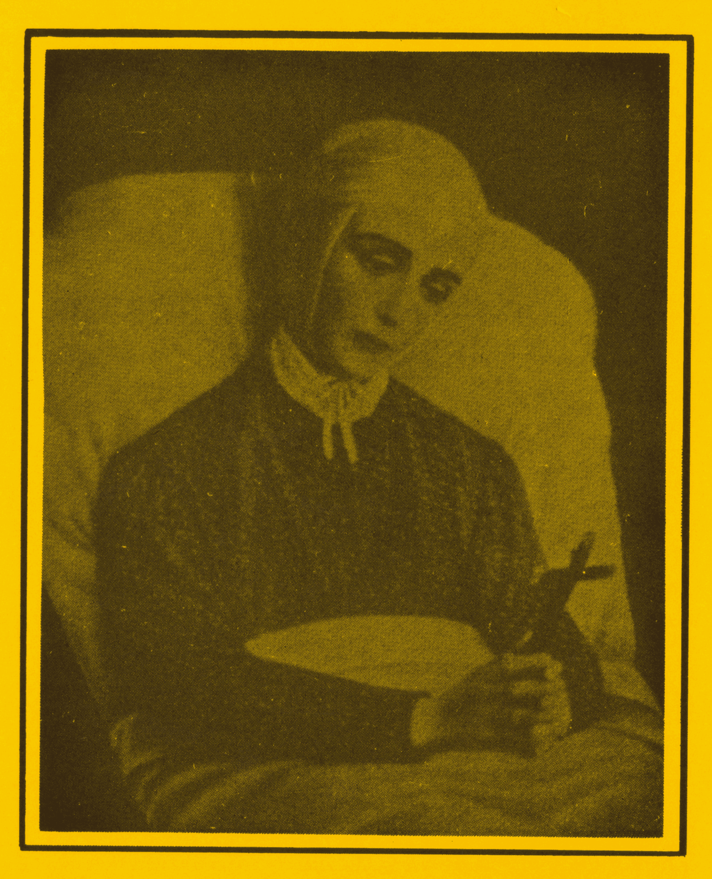
Ana Catalina EMMERICK



Visiones y Revelaciones Completas

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del

R. P. José Fuchs, S. D. B.

Tomo Segundo
Libro I

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO
VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

México, D. F.

INTRODUCCION

El Génesis, libro sublime que relata los primeros tiempos del mundo, es, empero, tan sobrio, que el lector anheloso queda sin conocer pormenores que la investigación moderna juzga muy apreciables. Ana Catalina ve numerosísimos aspectos sorprendentes, que expone con sencillez y candor, los cuales complementan, como eslabones que faltaran, noticias truncadas o lacónicas del sagrado texto. Sus visiones nos ilustran más ampliamente acerca de la creación de los coros angélicos y de la rebelión de Lucifer; de la formación de la tierra, con detalles precisos del Paraíso terrenal; de la creación de Adán y Eva, con la caída y el proceso de corrupción paralelo con la naturaleza; de la promesa de la Redención y la formación simbólica de la Virgen inmaculada, que aplastará la cabeza de la serpiente.

El Diluvio está mostrado con pormenores casi novelescos: la construcción del arca, la entrada de Noé con su familia, el incremento de las aguas y la desesperación de los hombres. La torre de Babel está descripta minuciosamente: se informa de la confusión de idiomas y hace valiosas consideraciones lingüísticas. Aparecen actuando los hombres perversos, descendientes de Cam: Nemrod, el famoso cazador, y sus artes diabólicas, como las de sus descendientes Darketo y Semíramis, creadoras de pueblos idólatras. Desvirtúa la cronología de las dinastías reales egipcias. Habla extensamente de Melquisedec, personaje misterioso, que aparece muy escuetamente en la Biblia, a quien ve como ser angélico, de la casta sacerdotal, fundador de pueblos y dispensador de dones. Cuenta las andanzas de los patriarcas Job y Abrahán, notables figuras de Jesucristo.

Algo totalmente nuevo y misterioso, que nos llena de profundo respeto y estupor, es la relación del don bendito de la descendencia divina, como sacramento sustancioso, que Dios puso al principio en Adán, que tuvieron después secretamente los patriarcas, hasta José, en Egipto, que pasó al Arca de la Alianza y concluyó en San Joaquín, padre de la Virgen, en la cual permaneció con la concepción inmaculada, como depósito sagrado donde se produciría la Encarnación del Verbo divino.

TERCERA PARTE

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO

I

Creación y caída de los ángeles

Primeramente he visto levantarse delante de mi vista un espacio inmenso lleno de luz y dentro de ese espacio de luz, muy arriba, como un globo resplandeciente cual un sol, y en él sentí que estaba la unidad de la Trinidad. Yo la llamo, en mí misma, la Armonía, la Concordancia. Y vi salir de allí virtud y poder, y de pronto aparecieron debajo del globo resplandeciente coros luminosos, anillos, círculos trabados entre sí, de espíritus maravillosamente esplendorosos, fuertes, de admirable hermosura. Este nuevo mundo de resplandores se levantó y quedó como un sol de luz debajo de aquel otro sol más levantado y primero.

Al principio estos coros de espíritus se movían como impulsados por la fuerza del amor que provenía del sol más elevado.

De pronto he visto una parte de todos estos coros permanecer inmóviles, mirándose a sí mismos, contemplando su propia belleza. Concibieron contento propio; miraron toda belleza en sí mismos; se contemplaron a sí mismos; estaban en sí mismos.

Al principio estaban todos en más altas esferas, moviéndose como fuera de sí mismos. Ahora, una parte de ellos, permanecía quieta, mirándose a sí misma. En el mismo momento he visto a toda esta parte de los espíritus luminosos precipitarse y oscurecerse, y a los demás coros de ángeles arremeter contra ellos y llenar sus claros. Los círculos quedaron entonces más reducidos. No he visto, sin embargo, que estos espíritus buenos saliesen del círculo del cuadro general para perseguirlos. Aquéllos (los rebeldes) que quedaron silenciosos, abismados en sí mismos, se precipitaron; y los que no se habían detenido en sí mismos llenaron los vacíos de los caídos. Todo esto sucedió en un breve momento.

Cuando estos espíritus cayeron he visto aparecer debajo un globo de tinieblas cual si fuese el lugar de su nueva morada, y supe que habían caído allí en forma involuntaria e impaciente. El espacio que ahora los encerraba, allí abajo, era mucho más pequeño del que habían tenido arriba, de modo que me pareció que estaban estrechados y angustiados, y no libres como antes.

Desde que siendo niña hube visto esta caída, estaba yo temerosa día y noche de su acción maléfica y siempre pensé que debían ellos dañar mucho a la tierra. Están siempre en

torno de ella, bien que ellos no tienen cuerpo. Ellos oscurecerían hasta la luz del sol, y los veríamos siempre como sombras vagando delante de la luz. Esto sería insoportable para nosotros.

II

Creación de la Tierra

En seguida de la caída de los ángeles, ví que los espíritus de los coros luminosos se humillaron delante de la Divinidad, protestaron sumisión y pidieron quisiera la Divinidad reparar y llenar los vacíos que se habían producido. Entonces ví como un movimiento y un obrar en la luz de la Divinidad, que hasta entonces había quedado inmóvil, y que había esperado, como yo lo sentí en mi interior, esa petición de los ángeles. Despues de esta acción de los ángeles estuve persuadida que ellos debían permanecer firmes y no podían ya caer. Se me dió a entender, sin embargo, que era decisión y decreto de Dios, por causa de la caída de los ángeles, que debía haber lucha y guerra mientras no se llenasen los coros de los ángeles caídos. Este tiempo se me representó en el espíritu como muy largo y como imposible. Esta lucha debía producirse en la tierra, y no en los cielos, donde no debía haber más lucha, ya que la Divinidad lo había afirmado en su estabilidad.

Después de esta persuación no pude tener compasión con el diablo, pues supe que él cayó por la fuerza de su propia mala voluntad. Tampoco puedo tener enojo contra Adán; siento, en cambio, mucha compasión hacia él, pues pienso que ya estaba todo previsto.

Inmediatamente luego de la súplica de los ángeles fieles y después del movimiento en la Divinidad, apareció un mundo, un globo oscuro al lado del globo de las tinieblas que se había formado debajo del sol luminoso de la Divinidad; este globo estaba a la derecha y no lejos del globo anterior.

Entonces fijé mi atención sobre el globo oscuro que estaba a la derecha de la esfera tenebrosa, y he visto un movimiento dentro de él, como si creciese por momentos. Aparecieron puntos luminosos en la masa oscura y la rodearon como bandas luminosas. Luego se vieron lugares más claros, y apartáronse estas bandas de tierra de las aguas que las rodeaban. Después ví en los lugares más claros un movimiento, como algo viviente que rebullía en ellos. Sobre la superficie de la tierra ví crecer hierbas y aparecer plantas y, en medio de ellas, seres vivientes

que se movían. Me parecía, como era todavía niña, que las plantas se movían.

Hasta este momento todo había sido gris y ahora se esclarecía al ver como una salida de sol. Parecía ese mundo como es la mañana sobre la tierra, que todo despierta del sueño. Todo lo demás que había visto antes, desapareció de mi vista. El cielo estaba azul y el sol recorría su camino. Ví una parte del mundo, iluminada por él, y tan brillante y agradable, que pensé: "Esto es el Paraíso".

A medida que en la tierra oscura se iban cambiando las cosas, yo veía algo que salía del altísimo círculo de la Divinidad. Me parecía, al ver subir el sol desde el horizonte, como cuando todo renace al amanecer; era la primera mañana del mundo. Con todo, no presenciaba esto ningún ser humano. Las cosas permanecían como si siempre hubiesen estado así. Todo estaba aún en la inocencia de la primitiva creación. Conforme subía el sol en el horizonte, yo veía que también las plantas y los árboles crecían elevándose a mayor altura. Las aguas me parecían más claras y santificadas; los colores más puros y luminosos; todo era indeciblemente agradable. No hay ninguna comparación ahora de como estaba la creación entonces. Las plantas, las flores y los árboles tenían otras figuras. Las cosas de ahora son, en su comparación, como achaparradas y estropeadas; todo está hoy como reseco y agostado.

A menudo, cuando veo frutas y plantas en nuestro jardín, y luego veo los mismos (en visión) en los países calurosos del Sur, completamente distintos en tamaño, hermosura y en sabor, por ejemplo, los duraznos, pienso para mí: "Lo que son nuestras frutas en comparación con las frutas de los países del Sur, así son estas frutas del Sur comparadas con las frutas del Paraíso terrenal". He visto allí rosas blancas y rojas, y pensé entre mí: "Estas significan la pasión de Cristo y la Redención". También he visto palmeras y árboles muy espaciosos que daban sombra como una techumbre. Antes que viera el sol, todo me parecía más pequeño y reducido; después, más grande, y, finalmente, grande del todo. Los árboles no estaban muy cerca uno de otro. Veía de cada planta, al menos de las más grandes, solo un ejemplar, y las veía separadas cual si pertenecieran a un vivero, plantadas según su clase. Todo lo demás estaba verde y tan puro, incorrupto y ordenado que ni remotamente se podía pensar en un ordenamiento humano. Yo pensaba: "¡Cómo está todo tan bello y ordenado, y no hay aquí hombre alguno!... Aún no hay

pecado; por eso no hay aquí nada manchado ni corrupto. Todo es aquí santo y saludable; nada ha sido remendado o compuesto; todo es limpio, puro e incontaminado".

Las praderas tenían elevaciones insensibles cubiertas de vegetación y de verdor. En el medio se veía una fuente, de la cual salían ríos en todas direcciones y algunos volvían a su origen. En estas aguas ví por primera vez movimiento y seres vivientes. Después ví animales entre las plantas y arbustos; parecía que despertaran del sueño mirando a través de las hierbas y plantas. Estos animales no eran ariscos y eran muy diferentes de los actuales. Si los comparo con los animales de ahora, aquéllos me parecían como hombres. Eran inocentes, puros, nobles, muy ágiles, llenos de contento y muy mansos. No puedo expresar con palabras cómo eran entonces estos animales. La mayoría de ellos me eran desconocidos. No veía allí ninguno igual a los de ahora. He visto elefantes, ciervos, camellos y especialmente el unicornio, que ví después también en el arca de Noé; era allí de modo particular manso y cariñoso. Era más corto que el caballo y tenía la cabeza más redondeada. No he visto entonces ningún mono, ni insectos, ni tampoco animal alguno repugnante o escuálido. He pensado siempre que estos animales surgieron después como castigo del pecado. He visto muchos pájaros y oía sus cantos tan agradables como en una alegre mañana. En cambio, no oía bramido de fieras ni ví aves de rapiña.

El Paraíso terrenal existe aún; pero le es del todo imposible al hombre el llegar hasta él. Lo he visto allá arriba en todo su esplendor, separado de la tierra oblicuamente, como lo está la esfera oscura de los ángeles caídos respecto del cielo(*).

III

Adán y Eva

He visto que Adán no fué creado en el Paraíso, sino en el lugar que más tarde fué Jerusalén. Lo he visto surgiendo, luminoso y blanco, de una pequeña elevación de tierra amarilla,

(*) San Roberto Belarmino escribe: "No he leído nunca en los antiguos escritores y Padres que uno solo haya afirmado que el Paraíso terrenal ha sido destruído por Dios". (*Const. de Grat. primit. hom.*, cap. 14). Santa Hildegarda, Santa Mectildis y Santa Liduvina han estado en el Paraíso terrenal y describen su belleza. Véase la descripción de Ana Catalina Emmerick en las Visiones generales, tomo I.

como saliendo de un molde. El sol brillaba, y yo pensaba, cuando niña, que el sol con su brillo lo hacía brotar de la tierra. Era como nacido de la tierra, entonces virgen. Dios bendijo esta tierra y ella fué como su madre. El no salió de repente de la tierra; tardó algún tiempo en aparecer. Estaba recostado sobre su parte izquierda, con el brazo sobre la cabeza, y parecía velado de una niebla florescente. Yo veía una figura en su costado derecho y estaba persuadida que era Eva, la cual fué más tarde sacada de Adán en el Paraíso por obra de Dios. Dios llamó a Adán y fué entonces como si la colina se abría y Adán surgía poco a poco del seno de ella. No había árboles en torno, sino sólo pequeñas plantas floridas. He visto también que los animales salían uno a uno de la tierra y que se separaban luego las hembras. He visto que Adán fué llevado muy lejos de allí, a un jardín colocado en alto, el Paraíso terrenal. Dios hizo desfilar a los animales ante él. Adán los nombraba y ellos le seguían y le hacían fiestas. Toda la creación servía a Adán antes del pecado. Eva no había sido aún sacada de su costado. Todos los animales que Adán había nombrado le siguieron después a la tierra. He visto a Adán en el Paraíso, no lejos de la fuente en medio del jardín, levantándose como del sueño, entre flores y arbustos. Su cuerpo era de una blancura tenuemente luminosa. Con todo su cuerpo tenía más de carne que de ser puramente espiritual. No se maravillaba de nada de lo que le rodeaba; paseaba entre los árboles y entre los animales como si estuviera acostumbrado, como quien visita sus campos y sus posesiones.

He visto a Adán descansando, con la mano izquierda apoyada en la mejilla, en aquella colinita junto a las aguas. Dios envió sueño sobre él. Adán estaba sumido en visiones. Entonces sacó del costado derecho de Adán a Eva, precisamente del lado donde fué abierto el pecho de Jesús por la lanza. He visto a Eva, al principio, pequeña y delicada; pronto creció hasta que la ví grande y hermosa. Si no hubiera habido pecado todos los hombres hubieran sido formados y hubieran nacido en un sueño tranquilo(*). La colina se dividió en dos partes, y ví del lado de Adán una roca como de cristal y piedras preciosas. Del lado

(*) Se preguntan los teólogos si en el estado de inocencia el acto de la generación se hubiera realizado como al presente. Lo niegan San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio Niseno, San Atanasio, San Juan Damasceno, San Jerónimo, Anastasio Sinaíta, etc,; y confirman esta negativa las revelaciones de Santa Brígida, Santa Gertrudis y Santa Mectildis. En cambio, Santo Tomás, Suárez y otros están por la opinión contraria.

de Eva se formó un vallecito cubierto de blanco y fino polvo fructífero. Cuando Eva fué creada, yo he visto que Dios le dió algo a Adán o le inspiró algo. Me pareció que salían de Dios, en forma humana, de la frente, de la boca, del pecho y de las manos, rayos de luz que se unían en un haz de resplandores, que entró en el lado derecho de Adán de donde había sido sacada Eva. He visto que sólo Adán recibió este torrente de luz. Era el germen de la bendición de Dios. En esta bendición había como una trinidad. La bendición que recibió más tarde Abrahán por el ángel era algo parecido, pero no tan luminoso como lo recibido por Adán.

Eva estaba de pie, delante de Adán, y éste le dió la mano. Eran como dos niños inocentes, maravillosamente hermosos y nobles. Estaban luminosos, cubiertos de luz como si fuera un vestido florescente. En la boca de Adán yo veía un ancho haz de luz y sobre su frente como una faz severa. Alrededor de su boca había un sol de rayos. En la de Eva no había tal resplandor. El corazón lo ví como al presente lo tienen los hombres; pero el pecho estaba rodeado de rayos de luz, y en medio del corazón ví una gloria luminosa, y adentro, una pequeña imagen con algo en la mano. Yo creo que era una representación de la tercera Persona de la Santísima Trinidad. También de sus pies y manos salían rayos de luz. Sus cabellos caían en cinco luminosos haces: dos desde las sienes, dos detrás de las orejas y uno detrás de la cabeza. He tenido siempre la persuación de que por las llagas de Jesús se abrieron puertas del cuerpo mortal que habían sido cerradas por el pecado, y que Longinos, al abrir el pecho de Jesús, abrió asimismo las puertas del renacimiento a la vida eterna. Por esto nadie pudo tener entrada en el cielo antes que estas puertas fueran abiertas. Los haces luminosos de la cabeza de Adán, los he visto como una superabundancia, como una gloria en relación con otros resplandores. Esta gloria vuelve de nuevo sobre los cuerpos glorificados de los bienaventurados. Nuestros cabellos son restos de la caída y perdida gloria, y como están nuestros cabellos ahora en comparación con los rayos de luz, así es nuestra carne comparada con el cuerpo de Adán anterior a la caída. El sol de luz sobre la boca de Adán tenía relación con la bendición de una santa descendencia por Dios, la cual, sin la culpa original, se hubiese efectuado por medio de la palabra. Adán dió la mano a Eva, y caminaron desde el lugar donde la mujer había sido creada, a través del Paraíso, examinándolo todo y gozando de la creación.

Este lugar era el más elevado del Paraíso terrenal: todo era resplandor y luz y más ameno que los demás lugares del mismo Paraíso.

IV

El árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal

En medio de aquel luciente jardín he visto aguas y dentro de ellas una isla, o mejor península, porque de un lado estaba unida por un dique. Esta isla, como el brazo de tierra que la unía con el jardín, estaba llena de hermosos árboles. En medio de la isla había un árbol tan bello que a todos vencía en hermosura y al mismo tiempo los cubría y protegía. Sus raíces formaban el conjunto de la isla. Este árbol cubría toda la isla y desde su anchura tan pronunciada se iba angostando hasta terminar en una graciosa punta. Sus ramajes se extendían en posición recta y de ellos nacían otras ramas, como pequeños arbolitos, hacia arriba. Las hojas eran delicadas y los frutos amarillos colgaban de una vaina y se abrían como una rosa con sus pétalos. Parecíase mucho al cedro. No recuerdo haber visto nunca a Adán o a Eva ni a ningún animal andar por la isla ni en torno del árbol. Sólo oía cantar unas aves muy hermosas, nobles y blancas en lo alto de sus ramas. Este árbol era el árbol de la vida.

Precisamente delante del dique o lengua de tierra, que llevaba a la isla, estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal. El tronco era escamado, como el de las palmeras; las hojas nacían inmediatamente del tronco; eran muy grandes y anchas, como suelas de zapatos. Delante y escondidas entre las hojas había frutas, que colgaban en racimo de a cinco, de las cuales una salía un tanto más que las otras cuatro que estaban en su pezón. Esta fruta amarilla no era tan parecida a la manzana, sino más bien a la pera o al higo: tenía cinco nervios o pequeñas ramificaciones. El interior de la fruta era blando, como el de un higo, de color del azúcar quemado, atravesado por nervaduras de color de sangre. El árbol era más ancho arriba que abajo y las ramas se internaban profundamente en la tierra.

Aún ahora veo esta especie de árbol en los países de clima caluroso. Echa renuevos de sus ramas en el suelo y las raíces se entierran y salen nuevos troncos, los cuales a su vez vuelven a echar raíces, de modo que estos árboles semejantes a menudo cubren gran extensión de tierra y bajo su sombra descansan a

veces familias enteras de caminantes. Un trecho hacia la derecha del árbol de la ciencia veo una colinita redondeada, como un huevo, cubierta de granitos de un rojo luminoso y toda clase de piedras preciosas de variados colores. Estaba rellenada de formas de cristales preciosos. Alrededor de la colinita había hermosos árboles de una altura tal que se podía estar en ella sin ser observado. También había en torno hierbas y arbustos. Estos arbolitos tenían brotes y frutos, reconfortantes y de variados colores. A corta distancia a la izquierda del árbol de la ciencia del bien y del mal, había una depresión, un pequeño valle, cubierto de un delicado polvo blanco como niebla, con flores blancas y estambres de frutos. Había variedad de plantas, pero eran más incoloras y más como polvillos que como frutos. Era como si los dos lugares tuviesen una relación íntima: cual si fuese la colinita tomada del valle o cual se tuviese que llenar el valle con la colinita. Eran como semilla y campo para sembrarla. Los dos lugares me parecieron sagrados. Los he visto resplandecer, especialmente la parte de la colinita. Entre estos lugares y el árbol de la ciencia había varios arbustos y pequeños arbolitos. Todo este conjunto y toda la naturaleza creada, parecían transparentes, llenos de luz. Ambos lugares eran las moradas de nuestros primeros padres. El árbol de la ciencia estaba como una división entre ellos. Creo haber visto que Dios les señaló estos lugares después de la creación de Eva. En efecto, al principio no los veía yo frecuentemente juntos. Los veía sin deseos el uno del otro: se retiraba cada uno a su lugar de preferencia. Los animales eran indeciblemente nobles, cubiertos de un brillo tenue, y servían a nuestros primeros padres. Tenía cada uno su lugar de retiro, según su naturaleza y sus caminos, según sus clases. Todos los lugares de los diversos animales y sus clases tenían relación entre sí con un gran misterio de las leyes eternas que Dios había establecido en la creación.

V

El pecado de nuestros primeros padres

He visto como Adán y Eva recorrían por primera vez el Paraíso terrenal. Los animales les salían al encuentro y les servían y acompañaban. He visto que tenían más relación con Eva que con Adán. Me parecía que Eva tenía más que hacer con la tierra y con las criaturas de la naturaleza; ella miraba más hacia abajo y en torno suyo y se manifestaba más curiosa e in-

vestigadora. Adán era más silencioso y más dirigido hacia Dios, su Creador, que hacia las criaturas.

Entre todas las criaturas había una que, más que las otras, se había aficionado a Eva. Era un animalito indeciblemente agradable, amistoso y halagador. No conozco otro animal en la naturaleza que pueda ser comparado con él. Era completamente liso, delgado de cuerpo, parecía no tener huesos; sus patitas traseras eran cortas y corría levantado sobre ellas(*). Tenía cola terminada en punta, que llegaba y arrastraba por el suelo, y arriba, cerca de la cabeza, tenía además dos pequeñas patitas muy cortas. La cabeza era redonda y de mirar prudente y mostraba a veces una lengüita muy movible. El color del vientre, del pecho y del cuello era blanco amarillento, y por encima, la parte superior, más oscuro, casi como una anguila. Su estatura, cuando estaba levantado, era como la de un niño de diez años de edad. Estaba siempre en torno de Eva, y era tan halagador y zalamero, tan movedizo e interesado en mostrarse y rodear a Eva, que ésta encontraba gran placer en su compañía. Con todo, este animalito tenía para mí algo misteriosamente temible y aún lo tengo ahora así ante mis ojos. No he visto que ni Adán ni Eva lo tocasen. Había, en efecto, antes de la caída, un gran distanciamiento entre el hombre y los animales. Ni siquiera a los primeros hombres del mundo los he visto tocar a los animales, y aún cuando los animales eran mansos y más relacionados con los hombres, se conservaban los unos más alejados de los otros.

Cuando Adán y Eva volvieron a aquel lugar resplandeciente, apareció una faz luminosa delante de ellos, como la de un hombre noble y severo, de blanca y luminosa cabellera, y me pareció que, indicándoles toda la naturaleza, se la entregaba y que algo, en cambio, les mandaba observar. Ellos no se mostraban cohibidos en su presencia y lo escuchaban sin mostrar temor alguno. Cuando este Sér desapareció me pareció que quedaron aún más contentos, más dichosos, y que entendían más y encontraban mayor orden en todo lo que veían en la naturaleza. Sentían un gran deseo de agradecer, y este sentimiento era mayor en Adán que en Eva, que encontraba más contento en su dicha y miraba más a las cosas que al agradecimiento a Dios. Ella no estaba tan abismada en Dios como

(*) Straubinger y otros traducen del hebreo *hanajash,* por serpiente, y *arum,* por astuto, que podría ser también insinuante; pero no pueden decirnos cómo era ese animal antes de la maldición de Dios y de su condenación de arrastrarse sobre la tierra.

Adán; ella tenía más su alma en la naturaleza. Creo que pasearon por el Paraíso terrenal tres veces. He visto a Adán dando gracias y maravillándose de la belleza de la creación, sobre la colinita luminosa donde había estado sumergido en sueño y en visiones, por obra de Dios, cuando fué creada Eva y sacada de su costado. Adán estaba solo debajo de los árboles.

He visto a Eva acercarse al árbol de la ciencia como si quisiese pasar de largo. El animalito aquél estaba de nuevo con ella y me pareció aún más halagador, zalamero y movedizo. Eva estaba toda entusiasmada con el animalito y sentía gran gusto en estar en su compañía. El animal subió al árbol a una altura tal que su cabeza llegaba a la de Eva; se sostenía con los pies al árbol. Volvió la cabeza hacia Eva y habló. Dijo que si comían de la fruta del árbol serían libres y no más esclavos, y sabrían cómo sería la forma de su descendencia. Ellos sabían ya que tendrían descendencia; pero entendí que aún no sabían cómo Dios lo quería, y que si lo hubiesen sabido y a pesar de ello hubiesen pecado, la redención no habría sido posible. Eva se mostraba cada vez más curiosa hacia las cosas que la serpiente le decía. Se produjo en ella algo que la sumió en oscuridad. Yo temblaba por ella. Miró ella hacia Adán, que estaba absorto debajo de los árboles. Ella lo llamó y él acudió a su llamado. Eva fué a su encuentro y luego retrocedió. Se notaba en ella una indecisión, una inquietud. Volvióse como si quisiera pasar de largo el lugar del árbol; pero se acercó a él por el lado izquierdo y estuvo detrás de él cubierta por las hojas largas y caídas. El árbol era por arriba más ancho que por abajo y las hojas colgaban pesadamente hasta el suelo. Colgaba también en la parte donde se hallaba Eva una fruta de particular hermosura. Cuando Adán llegó al lugar, Eva lo tomó del brazo y señaló al animal que hablaba, y Adán escuchó también sus palabras. Al tomarle del brazo fué la primera vez que lo hacía. Adán no la tocó, y ví que había ya oscuridad en ella. He visto que la serpiente señaló la fruta; pero no se atrevió a arrancársela para Eva. Pero no bien Eva manifestó deseos de tener la fruta, entonces la serpiente la desgajó y se la alcanzó a Eva. Era la fruta más hermosa del medio de un como racimo de cinco frutas juntas que colgaban del árbol. He visto que Eva se acercó a Adán con la fruta y se la dió, puesto que sin el consentimiento de éste no se habría realizado la culpa y el pecado primero. He visto como que la fruta se partía en las manos de Adán y que él veía figuras adentro. Parecía que ellos llegaban a saber lo que les convenía

ignorar. La parte interna de la fruta estaba cruzada con venas color de sangre. He visto cómo se oscurecían, perdiendo el resplandor que los envolvía y sus rostros perdieron la serenidad. Parecióme que hasta el sol se retiraba. La serpiente bajó al punto del árbol y huyó sobre sus cuatro patas.

No ví comer la fruta, como se hace al presente, con la boca; pero la fruta desapareció de entre las manos. Entendí que Eva ya había pecado cuando la serpiente estaba en el árbol, puesto que la voluntad de Eva estaba ya con la serpiente. Supe entonces algo que no puedo ahora explicar debidamente. Era como si la serpiente fuese la figura y la representación exterior de la voluntad de Eva, como de un ser con el cual pudiesen ellos hacerlo y alcanzarlo todo. Dentro de esta voluntad (en figura) entró Satán.

Por el gustar de la fruta prohibida no estaba aún completo el pecado; pero esta fruta de tal árbol, que echa sus ramas en la tierra y reproduce nuevas plantas de la misma especie, que hacen lo mismo luego al hincarse en el suelo, tiene en sí la significación de un trasplante y de una reproducción de su mismo poder, y esta reproducción es como un trasplante pecaminoso, apartado de Dios. De este modo se realizó, con la desobediencia y con el gustar de la fruta, la separación de la creatura de su Dios y la reproducción en sí y por sí, y el amor de sí, en la naturaleza humana. El hecho de gustar la fruta, que tenía en sí esta significación y este concepto, tuvo como consecuencia una reversión, una marcha hacia atrás en la naturaleza, y trajo el pecado y la muerte. La bendición de una descendencia santa y pura en Dios y por Dios, que había recibido Adán después de la creación de Eva, le fué quitada después de probar la fruta. Yo he visto cómo al dejar Adán su lugar en la colinita para ir hacia Eva, que lo llamaba, se aproximó el Señor por detrás de él y le quitaba algo de su cuerpo. Tuve la persuación de que de ello debía salir la salud del mundo. Tuve una vez, en la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, una visión de Dios sobre este misterio. He visto en Adán y Eva encerrada la vida corporal y espiritual de todos los hombres, y como por el pecado y la caída fué esta vida corrompida y mezclada, y como los ángeles caídos adquirieron entonces poder sobre los hombres. He visto en esta visión cómo la segunda Persona de la Santísima Trinidad descendió sobre Adán y con una especie de cuchillo retorcido le sacaba esa bendición antes que consintiese en el pecado. En el mismo momento he visto salir, como del costado de Adán, de donde se le había sacado la bendición,

a la Virgen Inmaculada y remontarse como una nubecilla luminosa hasta Dios en su gloria(*).

Con el gustar de la fruta prohibida se encontraron Adán y Eva como embriagados y con el consentimiento en el pecado se obró en ellos un cambio muy grande. Estaba entonces la serpiente entre ellos. Ellos estaban como penetrados con la esencia de ese ser y se vió entonces a la cizaña entre el buen trigo. La circuncisión fué instituída como penitencia y castigo. Como la viña se poda para que el fruto, el vino, no sea agreste ni la planta estéril, así tuvo que hacerse con el hombre para que pudiera ser nuevamente ennoblecido.

Cierta vez que se me mostró en visión la reparación de la culpa, ví un cuadro donde salía Eva del costado de Adán y ya estiraba el cuello hacia la fruta prohibida, corría apresurada y se abrazaba con el árbol. Y luego ví otro cuadro donde, por el contrario, se veía a Jesús, nacido de la Inmaculada Virgen María, que corría hacia el árbol de la cruz y se abrazaba con él. En esta ocasión ví que la descendencia de Eva, oscurecida por el pecado, se purificaba por los padecimientos de Jesús, y comprendí que debe ser arrancado el placer prohibido de la carne del hombre mediante el dolor de la penitencia. Las palabras de la Epístola (Gal. IV, 30-31) donde dice que el hijo de la esclava no debe ser heredero, las entendí siempre en el sentido de que bajo el nombre de esclava se comprendía la carne y la sujeción de la misma. El matrimonio es un estado de penitencia y requiere abnegación, oración, ayuno, la necesidad de dar limosna y de tener la intención de aumentar el reino de Dios con los hijos.

VI

Consecuencias del pecado de Adán y Eva

Antes del pecado eran muy distintos Adán y Eva de lo que somos nosotros ahora, miserables mortales. Con el gustar

(*) Esto, que parece nuevo e inaudito, no lo es. El franciscano Pedro Galatino escribe: "Era opinión de judíos antiguos que la Madre de Dios no sólo fué creada en la mente de Dios *ab initio* y *ante saecula*, sino que también la materia de ella fué formada en la materia de Adán. Cuando Dios plasmó a Adán hizo una masa de cuya parte más noble tomó la materia más pura para María, y del residuo o superfluidad formó a Adán". El mismo autor añade: "La materia de la Madre de Dios, creada desde el principio y encerrada en un miembro de Adán fué sacado de él, y, pasando de Adán a Set, de Set a Henoch, a Noé, a Sem, a Heber, a Abrahán, a Isaac y a Jacob, llegó hasta Joaquín. Es obvio suponer que se guardaba este misterio en el Arca de la Alianza para hacer posible la trasmisión a través de tantos siglos". (*De Arcanis Catholicae Veritatis,* libro VII).

de la fruta prohibida tomaron una forma en sí mismos y una realización de cosas *(Sache - Werden)* y lo que hasta entonces había sido espiritual se hizo carnal, cosa material, instrumento, recipiente. Hasta entonces eran unos en Dios, se amaban en Dios y por Dios; ahora estaban desligados en su propio amor y voluntad, y esta propia voluntad es amor propio, afición al pecado, impureza. Por el gustar de la fruta prohibida se apartó el hombre de su Creador y se efectuó algo así como si el hombre tomase en sí mismo la creación; y de este modo todas las fuerzas, propiedades y su relación entre sí y con la entera naturaleza se hicieron en el hombre corporales y tangibles, cosas de infinitas fases y variadas maneras. Antes era el hombre, por Dios, el señor de toda la naturaleza; ahora todo lo que hay en el hombre se le ha hecho naturaleza y siendo como un señor esclavizado y sujetado por su mismo servidor. Ahora tiene que pelear con el que había sido su esclavo. Yo no lo puedo expresar mejor, pero me parece poder decir que antes era el hombre el centro y fundamento de todas las cosas creadas, cuando estaba en Dios y con Dios, y por el pecado recibió en sí esta naturaleza que se ha hecho dueña del hombre, y lo tiraniza.

He visto en cuadros todo el interior del hombre, sus órganos como en carne y cuerpo, a modo de forma caída y corrupta. He visto la relación que existe entre los seres de la naturaleza desde las lejanas estrellas hasta el más pequeño de los animales. Toda esta naturaleza obra y tiene influencia sobre el hombre; de todas estas cosas depende y tiene con ellas que entender y proceder, y con todas ellas tiene alguna dependencia y ocasión de sufrimiento y de lucha. No lo puedo decir más claro, precisamente porque yo también soy un miembro de la humanidad caída.

El hombre ha sido creado para llenar los coros de los ángeles caídos. A no haber habido el pecado, se habría multiplicado la descendencia de Adán hasta llenar el número de los ángeles caídos, y entonces se habría completado la creación. Si hubiesen Adán y Eva vivido siquiera durante una generación sin pecado, hubiesen sido confirmados en gracia: ya no habrían caído. Se me ha asegurado que el fin del mundo no vendrá sino cuando el número de los ángeles caídos se haya completado con elegidos y se haya recogido en los graneros del Señor todo el trigo separado de la cizaña.

He tenido una vez una visión completa e interminable de todas las culpas y pecados y de su remedio y reparación. Veía

todos estos misterios claros y los entendía, pero ahora no atino a expresarlos con palabras. He visto la culpa desde la caída de los ángeles y el pecado de Adán hasta los pecados de los tiempos presentes en todas sus infinitas ramificaciones, y he visto también todos los preparativos del remedio y de la redención a través de todos los tiempos hasta la muerte de Jesús. Jesús mismo me mostraba la inconcebible corrupción y la interna impureza de todas las cosas y todo lo que desde un principio hizo para purificar y restablecer lo caído y perdido.

Con la caída de los ángeles vinieron muchos malos espíritus sobre la tierra y en el aire. He visto como muchas cosas están como embebidas y posesionadas de su influencia maléfica. El primer hombre era una imagen de Dios; era como un cielo. Todo era uno en El y con El. Su forma misma era un semejanza de la forma divina. Estaba destinado a poseer las cosas creadas y a gozarlas; pero debía hacerlo en Dios y por Dios, y en agradecimiento a su bondad. Era también libre y, por esto, sujeto a prueba: por esto se le prohibió comer de la fruta del árbol. En un principio todo era uniforme y llano. Cuando la colinita, la luminosa altura donde estaba Adán, se levantó, y se formó y se hundió el vallecito blanco de polvillo fructífero, donde estaba Eva, ya se había acercado el tentador.

Después de la culpa todo quedó cambiado y alterado. Todas las formas de lo creado se relajaron y se dispersaron en mil maneras. Lo que era uno se hizo múltiple, y los hombres ya no tomaron sólo de Dios, sino sólo de sí mismos. Ahora eran en verdad dos, y fueron luego tres, y, finalmente, muchedumbre. Imagen de Dios habían sido antes: ahora eran imágenes de sí mismos que reprodujeron otras imágenes pecaminosas de sí mismos. Ahora estaban en relación y contacto con los ángeles caídos. Recibieron de sí mismos y de la tierra, con los cuales los ángeles caídos tenían influencia. Por esta causa se produjo una inacabable mezcla y dispersión de la humanidad entre sí y con la naturaleza caída, siguiéndose una interminable secuela de pecados, de culpas, de miserias de toda clase.

Mi Esposo divino me mostró todo esto muy claramente, tan inteligible y llanamente como se ve la vida y las cosas de cada día, y yo pensaba entonces: "Esto lo puede entender un niño. No obstante, ahora no me es posible explicarlo". Jesús me mostró el plan y los medios de la Redención desde el principio y me hizo ver todo lo que El había hecho en ese sentido. He entendido también que no es acertado decir: "Dios no necesitó hacerse

hombre y morir en la cruz por nosotros; El hubiera podido, en su omnipotencia, hacerlo de otra manera". He comprendido que El obró así por su infinita perfección, por su infinita bondad y por su infinita justicia; que no hay en Dios un *debe*, sino que El obra lo que obra y es lo que es.

VII

La promesa de la redención

Después de la caída del hombre mostró Dios a los ángeles la forma en que deseaba reparar la humanidad caída. He visto en el trono de Dios, en la adorable Trinidad, un movimiento en las Personas divinas. He visto los coros de los ángeles, y como Dios les reveló de qué modo quería El reparar la humanidad caída en el pecado. Al oirlo he visto una alegría indescriptible en todos los coros angélicos. Ví aquella colinita de cristal y de piedras preciosas, donde estuvo Adán, ser llevada hasta el trono de Dios por los ángeles. Este montículo estaba relleno, creció, se hizo un trono, una torre y se extendió de modo que lo cubría todo.

Ví los nueve coros de los ángeles en torno de esta torre y sobre estos ángeles, en los cielos, la imagen de la Inmaculada Virgen. Era María, no en el tiempo: era María, en Dios y en la eternidad. Era algo que venía de Dios. La Virgen entró en la torre, que se abrió y se fundió el todo en uno. En ese momento ví salir algo de la Santísima Trinidad y entrar en la torre. Entre los ángeles he visto como un ostensorio en el cual todos trabajaban. Parecía también una torre con algunas figuras misteriosas; entre ellas ví dos figuras que se daban la mano mutuamente. Este Ostensorio crecía y se volvía más esplendoroso y magnífico. He visto salir de Dios algo entre los coros de los ángeles y penetrar en el Ostensorio, algo sagrado, que se hacía más perceptible a medida que se acercaba al Ostensorio. Me pareció que era el germen de la bendición divina para una descendencia pura que Dios había dado a Adán y que le quitó al punto que estaba por escuchar la voz de Eva y consentir en gustar de la fruta prohibida. Este germen de bendición fué dado después a Abrahán y quitado a Jacob cuando luchaba con el ángel. Más tarde pasó, por medio de Moisés, al interior del Arca de la Alianza, y, finalmente, se le dió a Joaquín, padre de María, para que pudiera ella ser concebida tan pura e inmaculada como

fué sacada Eva del costado de Adán sumergido en el sueño por Dios.

El Ostensorio entró también en la torre primera. Ví preparar por los ángeles un cáliz de la misma forma que el cáliz de la última Cena, el cual también fué a entrar en la torre. En la parte exterior derecha de la torre se veía, como sobre una nubecilla, una espiga de trigo y una vid entrelazados como dos manos que se enlazan. De esta unión nacía como un árbol genealógico, sobre cuyas ramitas había pequeñas figuras de hombres y mujeres que se daban las manos. El último brote terminaba en una cuna con el Niño.

He visto, pues, en cuadros el misterio de la Redención como promesa hasta cumplirse los tiempos, como también los efectos de una acción contraria diabólica. Finalmente ví sobre la colinita o peña luminosa un grande y espléndido Templo, que era la Una, Santa y Católica Iglesia, que lleva en sí, viviente, la salud de todo el universo. En todos estos cuadros había una maravillosa correlación entre una cosa y otra. Ví que aún lo malo y perverso, que era echado a un lado por los ángeles, servía al fin para el mayor desarrollo de la salvación y redención. Así ví levantarse el templo antiguo desde abajo (sinagoga), parecido a la Iglesia santa; pero no tenía torre. Era bastante grande; pero fué echado a un lado por los ángeles y quedó inclinado de un costado. Ví aparecer una concha marina (culto idolátrico) que pretendió entrar en el templo; pero fué echada a un lado por los ángeles guardianes. Luego ví aparecer una torre ancha y roma (pirámide egipcia), a través de cuyas puertas cruzaban numerosas caras como las de Abrahán y los hijos de Israel. Esto indicaba la esclavitud de los judíos en Egipto. También esta pirámide fué echada a un lado, como otra torre egipcia de varios pisos, que significaba la observación vana de las estrellas, la astrología y la adivinación. Finalmente ví un templo egipcio, el cual también fué echado de lado, quedando inclinado sobre su base.

Por último ví en un cuadro, sobre la tierra, cómo Dios anunciaba a Adán la redención, donde aparecía una Virgen que le había de traer la perdida salud y salvación. Adán, empero, no supo cuando se había de realizar esto, y así lo ví, más tarde, muy triste al ver que Eva le daba los primeros hijos y posteriormente una hija.

Ví a Noé y su sacrificio, durante el cual recibió la bendición de Dios. Luego tuve visiones de Abrahán, de su bendición y de

la promesa de Isaac. Ví como esta bendición de la primogenitura pasaba de un primogénito a otro, siempre como sacramental. Ví que Moisés recibió el misterio (el germen de la pura descendencia quitado a Adán) en la noche de la salida de Egipto y que sólo Aarón tenía conocimiento de la existencia de tal misterio y sacramento. Ví este misterio guardado en el Arca de la Alianza, y que sólo el Sumo Sacerdote y algunos santos, por revelación de Dios, tenían conocimiento de la existencia de este misterio. Así ví el curso de este misterio: pasaba del árbol genealógico de Jesús hasta Joaquín y Ana, que fueron los consortes más puros y santos de todas las edades, de quienes debía nacer María, inmaculada Virgen. Desde ese momento, era María misma el arca que contenía el misterio en su realización.

VIII

Adán y Eva son arrojados del Paraíso terrenal

He visto a Adán y a Eva errando de un lado a otro, llenos de tristeza y desconsuelo. Sus rostros estaban oscuros, y caminaban separados, como quienes buscaran algo perdido. Se avergonzaban el uno del otro. A cada paso que daban descendían más abajo; parecía que se escurría el suelo bajo sus pies. Donde ponían el pie se agostaban las plantas y perdían su resplandor, se tornaban grises; y los animales huían de ellos espantados. Buscaron y tomaron unas grandes hojas y se hicieron fajas alrededor de las caderas, y seguían caminando distanciados uno de otro. Cuando hubieron andado largo tiempo en esta forma, se había alejado ya el lugar de donde habían salido, y parecía una distante elevación o montaña. Adán y Eva buscaron un refugio, por separado, entre las matas de un oscuro valle.

Entonces los llamó una voz que venía de lo alto. Ellos, empero, no comparecieron. Se asustaron más, huyeron más lejos y se escondieron en la espesura. Esto me causaba mucha pena. La voz se hizo más severa. Ellos se hubieran escondido aún más; pero se vieron obligados a mostrarse. Un rostro severo y esplendoroso apareció. Ellos se presentaron con la cabeza inclinada y no se atrevían a mirar el rostro de Dios Se miraban uno a otro y se culpaban mutuamente de su desobediencia. Entonces Dios les señaló un lugar aún más abajo, donde había arbustos y árboles, y recién aquí se hicieron más humildes y reconocieron de lleno toda su miseria y su pecado. Cuando estuvieron solos los ví rezando. Se separaron y se echaron de rodillas

en el suelo, levantaron las manos al cielo, clamaron y lloraron. Al ver esto pensé cuánto ayuda y cuán saludable es apartarse en la soledad para entregarse a la oración. Tenían ahora una vestidura que les cubría el cuerpo desde los hombros hasta las rodillas. En torno del cuerpo tenían una faja de cortezas.

Mientras ellos huían, parecíame que el Paraíso terrenal, detrás de ellos, se alejaba y subía a lo alto, como una nube. En esto vino del cielo como un anillo de fuego, tal como un halo en torno del sol o de la luna, y se posó en lo alto donde había estado el Paraíso. Habían estado solo un día en el Paraíso. Aún ahora veo el Paraíso terrenal, a lo lejos, como un banco debajo del sol cuando éste se levanta. El sol, al parecer, se levanta a la derecha, al extremo de ese banco. Está situado al oriente del Monte de los Profetas, allí donde el sol se levanta y se me aparece siempre como un huevo flotando entre unas aguas admirablemente claras y limpias, que lo separan de la tierra. El Monte de los Profetas parece una montaña colocada delante del Paraíso. En el Monte de los Profetas se ven lugares verdes, y entre ellos profundos barrancos llenos de agua. He visto gentes subir al Monte de los Profetas, pero no llegaron muy alto.

Después ví a Adán y a Eva llegar a la tierra de penitencia. Era un cuadro conmovedor ver a nuestros primeros padres penitentes, echados en el desnudo suelo. Adán pudo sacar un ramo de olivo del Paraíso, que plantó ahí mismo. Más tarde se sacó leña de este árbol para la cruz del Salvador. Nuestros padres estaban sumamente tristes. Desde el sitio donde yo los veía ellos apenas podían divisar el Paraíso. Ellos se habían ido alejando siempre, avanzando hacia abajo, y parecía también que algo se invertía; y así llegaron de noche, en la oscuridad, hasta el lugar donde debían hacer penitencia.

IX

La familia de Adán

Era el lugar donde estuvo después el Huerto de los Olivos donde he visto a Adán y a Eva llegar y detenerse. La configuración del terreno era entonces distinta; pero se me ha mostrado que era el mismo sitio. Los he visto vivir y hacer penitencia en el lugar donde Jesús sudó sangre. Ellos trabajaron esta tierra. Los he visto rodeados de hijos y en grande tristeza

clamar a Dios que les diese hijas. Tenían la promesa de que la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente.

Eva le daba hijos a Adán, en determinados tiempos; pero siempre había unos años de penitencia entre estos períodos. Así nació Set, el niño de la promesa, después de siete años de penitencia; nació precisamente en la gruta de lo que fué Belén más tarde. Un ángel le dijo a Eva que se le daba a Set por el inocente Abel. Set estuvo bastante tiempo oculto en esa gruta y en otra gruta cercana, llamada gruta de la lactancia de Abrahán, porque sus hermanos le perseguían de muerte, como los hermanos envidiaban y persiguieron a José.

Una vez he visto en torno de Adán once personas: eran Eva, Caín, Abel, dos hermanas y otros niños pequeños. Todos estaban vestidos con pieles, que les caían como escapularios ceñidos a la cintura. Estas pieles eran más anchas delante del pecho y servían como bolsillos. Alrededor de las piernas estaban más abiertas y cerradas con ataduras a los lados. Los hombres llevaban pieles y vestidos más cortos, y un bolsón para guardar sus enseres. Sobre los hombros, hasta la mitad del antebrazo, eran estas pieles blancas y finas, y en las mujeres sujetas también bajo el brazo. El aspecto de estas personas así vestidas era muy hermoso y noble. He visto sus chozas que estaban algún tanto metidas en el suelo, cubiertas con ramas y plantas como techo. Noté que tenían una perfecta organización doméstica. He visto praderas cubiertas con árboles frutales de pequeño talle, pero de robusto tronco. También ví allí trigo y diversos cereales que Dios había dado a Adán para sembrar. No recuerdo haber visto en el Paraíso terrenal trigo ni vides. Allí no había ninguna fruta que necesitara ser preparada para comerla. La preparación de la comida es una pena del pecado y un símbolo del dolor. Dios dió a Adán todo lo que debía sembrar. Recuerdo a este propósito haber visto en tiempos de Noé a algunos hombres, como ángeles, que daban a este patriarca algo cuando entraba en el arca; me pareció que era un gajo de vid metido en una manzana.

Por este tiempo ya crecía una especie de trigo silvestre, y Adán tenía que separar el buen trigo de este cereal agreste. Esto mejoraba el silvestre, pero con el andar del tiempo este cereal fué desmejorando hasta volverse malo. Este cereal agreste crecía en los primeros tiempos bastante bien y mejorado, especialmente hacia la región del Oriente, como en la India y en la China, cuando había aún muy pocos hombres en el mundo.

En regiones donde abunda la vid y hay aguas con peces, no prospera este cereal. He visto que tomaban leche de algunos animales y hacían quesos que secaban a los rayos del sol. Entre los animales he visto ovejas. Todos los animales que Adán había nombrado en el Paraíso le siguieron después a la tierra; pero huían de él, y Adán tenía que atraerlos y domesticarlos dándoles alimentos. He visto revolotear muchos pájaros, pequeños animalitos y cabritos saltadores.

Reinaba allí un orden doméstico patriarcal. He visto a los hijos de Adán comiendo en una choza aparte; los alimentos estaban colocados sobre una gran piedra que servía de mesa. Los he visto rezar y dar gracias por el alimento. Dios había enseñado a Adán a ofrecer sacrificios, y Adán era sacerdote en su familia. Caín y Abel lo eran también en sus familias. Los preparativos se hacían en chozas separadas. Tenían la cabeza cubierta con una caperuza en forma de nave, tejida de juncos y hojas, con una parte saliente delante para aferrarla con facilidad. El aspecto y el color de sus rostros era algo hermosamente amarillento, brillante, como seda, y tenían cabellera rubia color de oro. Adán llevaba la cabellera larga. Al principio lo vi con barba corta, y más tarde con barba larga. A Eva la he visto al principio con los cabellos sueltos y largos; más tarde los tenía recogidos en trenzas, sobre la cabeza, como una cofia. El fuego que usaban lo veía como brasas, que conservaban ocultas en hoyos en la tierra. Lo recibieron del cielo por primera vez. Dios les enseñó el uso del fuego. Era una materia amarilla, como tierra o greda, que usaban como carbón para quemar. No los he visto cocinar; en cambio los veía al principio exponer al sol y tostar. También los he visto exponer al rayo del sol granos de trigo triturados, colocados en pequeñas cavidades hechas en el suelo, tapadas con cobertores hechos de ramas entretejidas. Los cereales que Dios les dió fueron trigo, centeno y cebada. Dios los instruyó en su cultivo, como también los guiaba en otros trabajos y necesidades primeras.

No he visto por entonces grandes ríos, como el Jordán; pero brotaban fuentes que ellos dividían en canales o apresaban en lagunas. Antes de la muerte de Abel no habían comido carne.

Sobre el monte Calvario tuve una vez la visión de como un profeta, el compañero de Elías, se metió en unas cuevas que entonces había debajo de ese monte, amuralladas, que servían de sepulcros. Allí tomó un sarcófago de piedra que contenía huesos de la calavera de Adán. Aparecióle entonces un ángel,

que le dijo: "Esta es la calavera de Adán". Y le prohibió sacar esos huesos de allí. Había aún sobre esa calavera cabellos delgados y rubios en partes. He sabido que por la narración de este profeta se dió a ese lugar el nombre de la Calavera. Justamente sobre el lugar de la calavera vino a dar la cruz de Jesucristo con sus sagrados pies. He sabido en visión que ese lugar es el punto medio del mundo. Se me mostró esto con números, calculando hacia el Oriente, el Sur y el Occidente. Pero he olvidado estas cifras.

X

Caín y Abel

He visto que Caín tomó la resolución de matar a Abel en el lugar que fué el Huerto de los Olivos y que después anduvo por aquí errante y fugitivo. Plantaba un árbol y lo volvía a sacar. Entonces ví el aspecto severo de hombre resplandeciente, que preguntó: "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?"... Caín no lo vió desde un principio; luego se volvió hacia él y contestó: "Yo no lo sé; no se me ha dado para guardarlo". Cuando habló Dios y dijo que la sangre de Abel clamaba desde la tierra, se llenó Caín de temor. Con todo, he visto que por largo rato disputaba con Dios. Dios le dijo que sería maldito sobre la tierra, que no le daría ningún fruto y que él iría errante de un lado a otro. Entonces dijo Caín que sería matado en cualquier lugar. Había entonces muchos hombres sobre la tierra. Caín ya era hombre de edad con muchos hijos, como también Abel. Había allí otros hermanos y hermanas de Caín y Abel. Dios le dijo que no lo matarían; que el que lo hiciera sería castigado siete veces más. Le hizo entonces una señal para ser reconocido y que nadie osara matarlo. Sus descendientes fueron hombres de color. Cam tuvo también hijos de color más oscuro que los de Sem. Los más nobles hombres siempre fueron de color blanco.

Los que estaban señalados con esta marca tuvieron hijos semejantes y con el aumento de la maldad de los descendientes esa mancha pasó a todo el cuerpo y estos hombres fueron luego cada vez más negros. Con todo, al principio no había ningún hombre completamente negro; esto se fué acentuando con el andar de los tiempos. Dios le indicó a Caín un lugar donde refugiarse. Como Caín dijese: "Así moriré de hambre, porque la tierra está maldita para mí", le dijo Dios: "¡No!"; y que comiera carne de los animales y que de él naciería un pueblo y

que algo bueno saldría de él. Antes de esto no comieron carne los hombres. Caín salió más tarde de este lugar y edificó una ciudad estable, que llamó Henoc, nombre de su hijo.

Abel fué muerto en el valle de Josafat, hacia el monte Calvario. Ocurrieron más tarde muchas muertes y desgracias en este lugar. Caín mató a Abel con una especie de clava o masa, con la cual deshacía terrenos y piedras, mientras plantaba y cultivaba la tierra. Creo que era de piedra muy dura, con manija de madera, pues tenía una dobladura como gancho.

XI

Aspecto de los hombres en general - Los gigantes Algunos patriarcas

La configuración de la tierra antes del diluvio era muy diferente de lo que es ahora. Por ejemplo, la Tierra Santa no estaba tan llena de cuevas, hendiduras y valles como al presente. Las llanuras eran mucho más extensas y las montañas con laderas muy suaves y fáciles de subir. El Huerto de los Olivos era sólo una pequeña altura. La gruta de Belén estaba ya, como cueva natural, pero los alrededores eran muy diferentes de lo que son ahora.

Los hombres eran de mayor altura que ahora, pero nada deformes. Los veríamos ahora con admiración, sin miedo o desagrado. Eran más perfectos en su contextura corporal. Entre algunas estatuas de mármol que veo en abundancia yacer en lugares subterráneos, encuentro esos ejemplares.

Caín llevó a sus hijos y a los hijos de sus hijos hacia la región que se le había destinado y desde allí volvieron a dividirse y a separarse en otras regiones. Sobre Caín no he visto luego nada reprensible; su castigo consistía en que debía fatigarse mucho y nada le salía bien. Lo he visto poco estimado de sus mismos hijos y de los hijos de sus hijos; a veces despreciado, nunca bien tratado. No obstante esto, le obedecían como a jefe y conductor; pero como a uno maldecido por Dios. He sabido que Caín no está condenado; sólo fué severamente castigado(*).

(*) Santa Brígida da como salvo a Salomón. En el proceso de beatificación de Sor Juana de la Cruz de Revoredo se lee que, por sus oraciones, Dios libró a Salomón del Purgatorio (X, 1674). Teresa Newmann ve a Pilatos bautizado, convertido, muerto por orden del Emperador, y salvo. Ana Catalina da como salvo a Caín, después de su castigo en este mundo. No es justo que en las explicaciones del Catecismo se calculen los años de Caín en el Infierno y menos que se estampe esta afirmación.

Uno de los descendientes de Caín fué Tubalcaín; de éste proceden varias industrias y también de él proceden los gigantes. He visto muchas veces que en la caída de los ángeles, cierto número de ellos tuvo un momento de arrepentimiento(*), o de duda, y que no cayeron tan profundamente como los demás. Estos ángeles recibieron morada en una montaña solitaria, alta e inaccesible, que en el diluvio universal quedó deshecha y se convirtió en un mar de aguas, creo el Mar Negro. Estos ángeles tenían facultad de obrar sobre los hombres, en cuanto éstos se apartaban de Dios. Después del diluvio desaparecieron de ese lugar y fueron dispersados por el ámbito de los aires. Recién en el juicio final serán arrojados al infierno. He visto a los descendientes de Caín volverse cada vez más impíos y sensuales. Se dirigieron siempre más a esos lugares, y los ángeles caídos se posesionaron de muchas de esas malas mujeres y las dirigían, enseñándoles toda suerte de industrias y seducciones. Los hijos de estas mezclas eran de grande estatura; estaban llenos de toda clase de mañas y artificios y se hicieron instrumentos de los espíritus y ángeles caídos. De este modo se formó en esa montaña y a su alrededor una raza de gente que por la fuerza y la seducción trató de pervertir a los descendientes del justo Set. Fué entonces cuando Dios anunció a Noé el diluvio, y el patriarca tuvo mucho que sufrir por causa de este pueblo impío y perverso.

He visto muchas cosas de este pueblo de gigantes. Con suma facilidad llevaban enormes piedras a las altas montañas; se volvían más atrevidos, y hacían obras enteramente maravillosas. Los he visto subir derecho por los troncos de los árboles y por las paredes de los edificios, tal como hacen hoy los poseídos por el demonio. Lo podían todo, aún las cosas que parecían más extraordinarias; pero lo más eran fantasmagorías y artificios que hacían por arte diabólica. Por esto he concebido gran aversión a todos los juegos de magia, de prestigio y de adivinación. Hacían toda clase de figuras y trabajos de metal y de piedra. De la ciencia de Dios no tenían ya rastro alguno y se hacían toda clase de ídolos para adorarlos. He visto que de pronto hacían de una piedra cualquiera una imagen perfecta, y la adoraban,

(*) Acerca de los ángeles menos culpables parece coincidir con Santa Francisca Romana, en cuyas revelaciones sobre el Infierno se lee: "Los demonios que están en el aire y entre nosotros son aquéllos que en el tiempo de la rebelión de Lucifer no se opusieron a los planes del rebelde y pensaron permanecer indiferentes entre Dios y Lucifer".

o algún animal espantoso u otro objeto de abyección. Lo sabían todo; lo veían todo; preparaban venenos; ejercían la magia, y se entregaban a toda clase de pecados. Las mujeres inventaron la música. Las he visto ir de un lado a otro para seducir a las mejores razas y llevarlas a los desórdenes que ellas practicaban. No edificaban casas como las nuestras, sino que hacían torres redondas, muy gruesas, de piedras relucientes, en cuyas bases se apoyaban pequeñas viviendas, que llevaban a extensas cuevas, donde se entregaban a sus horrendos desórdenes y pecados. Sobre los techos de estos edificios se podía caminar en derredor. Subían a las torres y miraban a través de ciertos telescopios a muy grande distancia; pero no por la perfección de estos instrumentos, sino por arte satánica. Veían donde había otros pueblos y ciudades; iban allá, y los vencían, e introducían sus costumbres de libertinaje: en todas partes introducían esta falsa libertad. Los he visto ofrecer sacrificios de niños, a los cuales enterraban vivos. Dios hundió esta montaña con sus moradores profundamente en el diluvio universal.

Henoch, antepasado de Noé, predicaba contra este pueblo perverso. También ha escrito mucho; era un hombre sumamente bueno y muy agradecido a Dios. En muchos lugares de los campos alzaba altares de piedra, y donde el suelo producía frutos, ofrecía sacrificios a Dios y agradecía los beneficios recibidos. Así conservó la religión en la familia de Noé. Fué trasladado al Paraíso terrenal y descansó junto a la portada de salida, y con él otro más (Elías). De ese lugar del Paraíso ha de volver a la tierra antes del juicio final.

Los hijos de Cam y sus descendientes también tuvieron, después del diluvio, relaciones con espíritus malignos; y por eso hubo entre ellos tantos poseídos, tantos entregados a la magia, y poderosos según el mundo, e igualmente hombres grandes, audaces y desenfrenados. Semíramis provenía de la unión de estos influenciados por los espíritus malignos. Ella lo podía todo; sólo ignoraba el arte de salvarse eternamente. De estos gigantes salieron también hombres potentes, tenidos más tarde por dioses en los pueblos paganos. Las primeras mujeres que se dejaron poseer por estos demonios sabían lo que hacían; las demás no lo sabían, pero lo tenían ya metido en la carne y la sangre como otra culpa de origen.

XII

Noé y sus descendientes

He visto a Noé como un anciano de infantil aspecto, cubierto de vestidura blanca y larga, trabajando en una huerta de árboles frutales. Podaba los árboles con un cuchillo retorcido, de piedra. Acercóse como una nube junto a él y apareció en ella la imagen de un hombre. Noé hincó las rodillas delante de la aparición, y entendí que Dios le dijo que quería destruir a la humanidad, y que Noé debía construir un arca. Noé se puso muy triste por ello y lo he visto pidiendo perdón y misericordia. Noé no empezó de inmediato su trabajo y por dos veces más se le apareció el Señor mandándole empezar la construcción. De no hacerla sería envuelto él mismo en la destrucción general. Lo ví luego salir del país e irse con su familia hacia la comarca donde más tarde vivió Zoroastro (la estrella brillante). Vivía por entonces en una región más alta, boscosa y más solitaria, con mucha gente que había emigrado con él, en tiendas de campaña. Tenía allí un altar delante del cual ofrecía sacrificios. Noé y su familia no edificaban casas de material, porque creían ya en el anuncio de Dios del diluvio. Los pueblos descreídos de los alrededores, en cambio, tenían caseríos de material, defensas de piedras, gruesas murallas y toda clase de edificaciones para defenderse de las amenazas divinas. Reinaba entonces un espantoso desorden sobre la tierra. Los hombres se habían entregado a todos los desórdenes, aún a los más innaturales. Cada uno robaba lo que podía. Invadían las heredades, casas y campos para destruirlos y talarlos, y robaban mujeres y vírgenes para satisfacer sus viciosas costumbres.

También los descendientes de Noé, a medida que aumentaban y se alejaban de él, se pervertían y causaban muchos disgustos depredando sus heredades y entregándose a los vicios. Los hombres de entonces no eran viciosos por ignorancia, o porque fueran salvajes, o poco civilizados; estaban provistos de todo lo necesario, vivían cómodamente y había bienestar general: eran malos por corrupción y por impiedad. Ejercían la más abyecta idolatría: cada uno se fabricaba un ídolo de lo que le parecía y le prestaba adoración. Intentaban, con artes diabólicas, pervertir también a los hijos de Noé.

Mosoc, un hijo de Jafet y nieto de Noé, fué seducido y cayó víctima de la seducción. Mientras trabajaba en el campo, bebió

del jugo de una planta y quedó embriagado. No era vino lo que tomaban, sino el jugo de una planta que llevaban consigo en pequeños recipientes, para beber en el trabajo. He visto que también mascaban las hojas y el fruto de esa planta. Mosoc fué así padre de un niño, al cual se le llamó Hom. Cuando nació el niño, pidió Mosoc a su hermano Tubal que se hiciera cargo del niño para ocultar su vergüenza, y Tubal accedió. El niño Hom fué colocado por su madre delante de la tienda de campaña de Tubal, poniéndole al lado un brote de la planta mucosa llamada Hom, con lo cual, según la costumbre, creía asegurarse los derechos a la herencia. Pero el tiempo del diluvio estaba próximo y terminaban así las insidias de estas mujeres. Tubal tomó para sí al niño y lo hizo criar en su casa sin delatar su origen. Así se explica que el niño llegó a entrar también en el arca de Noé. Tubal le dió el nombre de la planta Hom, porque era lo único que encontró junto al niño. El infante no fué nutrido con leche, sino con el jugo de esa planta. Esa planta crece hasta la altura de un hombre; cuando, en cambio, se arrastra, da renuevos con puntas blandas como el espárrago; la parte inferior es más dura. Sirve como alimento y sustitución de la leche. Crece de un tubérculo y sobre tierra se le forma una corona de pocas hojas oscuras. Su tronco se vuelve bastante grueso y su médula se convierte en harina, que sirve cocida o frita, o para extender sobre manjares. Donde crece esta planta se ven extensiones muy grandes. He visto que esta planta entró en el arca de Noé.

XIII

Noticias del arca y proximidad del diluvio

Transcurrió un tiempo notable en la construcción del arca, hasta que estuvo terminada. Noé empleó largos años en fabricarla. Por tres veces fué amonestado por Dios. Tomaba obreros y ayudantes; luego dejaba la obra, pensando que Dios había de perdonar, y demoraba su tarea hasta que finalmente la llevó a feliz término. He visto que en la fabricación del arca, como en la cruz de Cristo, se usaron diversas clases de maderas: palmeras, olivos, cedros y cipreses. Talaban y preparaban la madera en el mismo lugar. Noé llevaba troncos sobre sus hombros al lugar del trabajo, y me recordaba a Jesús llevando su cruz a cuestas. El lugar de la fabricación era una colinita rodeada de llanos. He visto como ponían los fundamentos del arca.

El arca era por atrás redonda, el fondo hueco como una artesa, y embreada. Tenía dos pisos; los montantes estaban dispuestos uno sobre otro. Estaban huecos y no eran troncos de árboles redondos; eran a lo largo, en la intersección, redondos, y tenían en el interior una médula blanca que se unía en el medio. Los troncos tenían estrías y las grandes hojas nacían en torno del tronco sin ramas. He visto como hacían saltar afuera la médula con un instrumento. Las maderas de los árboles las cortaban en tablas delgadas. Cuando terminó Noé de llevar y ordenar todo lo necesario, comenzaron a edificar el arca. La base estaba ya puesta y embreada; las primeras hileras de postes, colocados; fueron tapados con pez todos los huecos que se hacían durante el trabajo. Sobre este primer piso se colocó el segundo, y sobre él una hilera de postes para el tercer compartimento y el techo. Las ranuras y los intersticios entre los postes y las maderas eran cubiertos con maderas delgadas de color oscuro y amarillo con fibras entretejidas, y las aberturas, aún las más pequeñas, tapadas con algodón y con un musgo blanquizco que abundaba en ciertos árboles. Todo el exterior y el interior fué cubierto con una capa de pez y betún. La techumbre era redonda. En el medio, de un lado y a media altura, estaba la puerta, y a ambos lados, dos ventanas. En mitad de la techumbre había una abertura cuadrada. Cuando estuvo terminada y pintada con esa materia lustrosa, brillaba como un espejo a los rayos del sol. Mucho tiempo trabajó aún Noé solo en el interior del arca, haciendo los compartimentos para los animales. Los animales estaban separados unos de otros según sus clases, y había dos caminos en el medio del arca. En la parte posterior y redonda del arca había un altar de madera, cuya mesa formaba un semicírculo. Había también un lugar aparte, en torno del altar, con lienzos y tapetes. Delante del altar se veía un brasero con fuego y carbones, que era como el hogar. A derecha e izquierda había separaciones para moradas y habitaciones. Tenían toda clase de enseres y cajas adentro, y muchas semillas y plantas, que colocaban en tierra, junto a las paredes del arca, que aparecía así toda verde por la multitud de plantas. He visto que también llevaban adentro vides con racimos amarillos de un codo de largo.

No es para expresar cuanto sufrió Noé en la fabricación del arca por la malicia y la obstinación de los trabajadores que le ayudaban, a quienes él pagaba con animales y con pieles. Ellos se burlaban de él, le despreciaban de todas maneras y

le llamaban loco. Trabajaban por la paga abundante; pero no dejaban de blasfemar y de burlarse. Nadie sabía para quién fabricaba Noé el arca, y así sufría toda clase de invectivas. He visto como al terminar, finalmente, dió gracias a Dios. Se le apareció el Señor y le dijo que se volviese a las cuatro partes del mundo y con una flauta de caña llamase a los animales que habían de entrar. A medida que se acercaba el tiempo del diluvio el cielo se ponía más oscuro y se extendía un temor inexplicable sobre la tierra; el sol no salía; un tronar continuo estremecía los ánimos. He visto a Noé caminar un trecho hacia las cuatro partes del mundo y sonar su flauta. A su llamado acudían los animales en orden, de a par, machos y hembras, y pasaban por una pasadera de madera colocada delante de la puerta del arca, y que luego fué retirada hacia adentro. Venían los animales más grandes delante, y entraban; primero, elefantes blancos y camellos. Llegaban llenos de ese temor que suelen tener cuando se aproxima una tempestad. Varios días duró la llegada y entrada de los animales. Los pájaros volaban continuamente penetrando por la abertura de la techumbre. Las aves acuáticas iban a parar al fondo de la nave. Los animales terrestres en el espacio del medio. Los pájaros estaban debajo del techo, posados sobre estacas o en jaulas. Los animales para ser sacrificados entraban de a siete pares juntos. Cuando se miraba el arca terminada, desde lejos, posada solitaria sobre la colina, aparecía brillante con un resplandor azulado cual si viniera del cielo.

XIV

Noé entra en el arca con los suyos

Había llegado el tiempo del diluvio. Noé ya se lo había anunciado a los suyos. Tomó a sus hijos Sem, Cam y Jafet, con sus mujeres y sus hijos y descendientes: había allí nietos de cincuenta y sesenta años, y de éstos, hijos pequeños y grandes, que entraron en el arca. Todos los que habían trabajado en construir el arca, y quedado libres de idolatría, entraron en el arca. Había como cien personas adentro, lo cual era necesario para dar a tantos animales el pienso que necesitaban y hacer la limpieza de los compartimentos. No puedo decir otra cosa sino que siempre he visto que entraron en el arca los hijos de Sem, Cam y Jafet. Veo allí dentro muchas criaturas, niños y niñas; todos los descendientes de Noé que permanecieron buenos. En

la Sagrada Escritura no se habla tampoco de los hijos de Adán, fuera de Caín, Abel y Set, y, sin embargo, veo yo allí muchas criaturas entre ellos y siempre de a pares, es decir niños y niñas. Lo mismo se lee en la primera Epístola de San Pedro de solo ocho personas que estaban en el arca; es decir, los cuatro patriarcas con sus mujeres, de los cuales descendieron todos los demás después del diluvio. Al niño Hom también lo he visto en el arca, yaciendo en una artesa de cortezas, sujeto firmemente con una ligadura de pieles. He visto después nadando muchas de estas artesas de cortezas, como cunas de niños, acabado el diluvio. He visto también en los huecos y en las habitaciones de piedras y ladrillos estas cavidades llenas de cunas de niños. Los lechos de los judíos estaban generalmente en las cavidades de las paredes.

Cuando el arca se levantó sobre las aguas y los hombres subían sobre los techos, árboles y montañas, y se veían ya muchos cadáveres y árboles flotando sobre las aguas, Noé y los suyos estaban ya seguros dentro del arca. Aún antes de entrar Noé con su mujer y sus hijos y las mujeres de sus hijos, en el arca, pidió a Dios misericordia para los hombres. Retiraron el puente al interior y cerraron finalmente la puerta tras de ellos. Todo lo abandonó; también parientes cercanos, con hijos pequeños, ya que éstos se le habían retirado cuando fabricaba el arca. De pronto se desencadenó un temporal sin precedentes; los rayos caían sobre la tierra como columnas de fuego y los torrentes de las aguas caían como arroyos que se precipitaban de lo alto. La colina sobre la cual estaba el arca, pronto se convirtió en una isla. La calamidad fué entonces tan grande que yo creo que muchos se habrán convertido siquiera por temor.

He visto a un demonio negro, de espantable aspecto, cruzar la oscura tempestad induciendo a los hombres a la desesperación. Sapos y serpientes buscaban refugio en algún rincón del arca. No he visto entonces ni mosquitos ni insectos; éstos aparecieron después, para castigo y calamidad de los hombres.

He visto a Noé ofreciendo sacrificios sobre el altar, cubierto de lienzos blancos y colorados. Tenía Noé en un caja redonda varios huesos de Adán, que posaba sobre el altar cuando rezaba y hacía sacrificios. He visto sobre su altar el cáliz que usó Nuestro Señor en la última Cena; este cáliz le había sido traído a Noé, mientras fabricaba el arca, por tres seres de larga y blanca vestidura, como los tres hombres que aparecieron a Abrahán para anunciarle el nacimiento de su hijo. Habían venido

de una ciudad que después del diluvio se hundió, y hablaron con Noé expresándole que, ya que era hombre de fama, debía llevar dentro del arca ese cáliz, que encerraba un misterio grande, para que no se perdiera en el desastre del diluvio. En el cáliz había un grano de trigo grande como una semilla de mirasol y una ramita de vid. Noé metió ambas cosas en una manzana amarilla y los puso dentro del cáliz, que no tenía tapa. Debía crecer esa rama y brotar hacia fuera. Más tarde he visto este cáliz en poder de un descendiente de Sem, que vivió después de la dispersión de Babel en el país de Semíramis y que fué padre de los Samanes, los cuales fueron sacados por obra de Melquisedec del poder de Semíramis y trasladados a la tierra de Canán, y llevaron consigo este cáliz misterioso.

XV
Después del diluvio

He visto flotar el arca sobre las aguas y muchos cadáveres en torno de ella. El arca se detuvo sobre una alta montaña, al oriente de Siria, abajo; montaña aislada y muy rocosa. Estuvo mucho tiempo allí.

Veo que ya aparece tierra, aunque cubierta de lodo y verde moho. Al principio, después del diluvio, comían conchas y pescados, abundantes por doquiera; más tarde los he visto comer pan, y aves cuando se multiplicaron. Plantarón y cultivaron los campos. La tierra era tan fértil después del diluvio que el trigo que sembraron tenía granos tan grandes como los de maíz; también sembraron la raíz de la planta Hom, que era musilaginosa. La tienda de Noé la he visto, como más tarde la de Abrahán, en u ι llanura, y en torno de ella las de sus hijos y descendientes.

He visto la maldición de Cam. Sem y Jafet recibieron de rodillas la bendición de Noé, de la misma manera que más tarde Abrahán daba la bendición a Isaac. La maldición que Noé pronunció contra Cam, la he visto ir hacia él como una nube negra y oscurecerle la faz. Ya no era de tez blanca como antes. Su pecado fué como la profanación de una cosa sagrada, como la de un hombre que intentase entrar en el Arca de la Alianza. He visto surgir de Cam una descendencia muy perversa, que se fué pervirtiendo cada vez más, y oscureciéndose su cuerpo. Veo a los pueblos negros, paganos y los más atrasados y degradados, ser los descendientes de Cam. Veo que el color negro no es de-

bido al sol o al clima del lugar, sino que proviene de su origen oscuro y perverso, que produjo una raza inferior y corrupta.

No me es posible expresar como he visto crecer y multiplicarse los pueblos y oscurecerse de todas las maneras y embrutecerse. Con todo, de en medio de estos pueblos envilecidos, se esparcía alguna luz de verdad y algún deseo de ser clarificados.

XVI

Tubal y los descendientes de Noé

Cuando Tubal, hijo de Jafet, con sus hijos y los hijos de su hermano Mosoc, se hizo indicar por Noé las tierras que habían de habitar, eran ya quince familias. Los hijos de Noé se iban alejando del patriarca a tierras más o menos lejanas; pero en torno de él. Las familias de Tubal y de Mosoc se alejaron de Noé para ocupar comarcas más alejadas de ese centro común. Cuando finalmente los hijos de Noé se multiplicaron y empezaron a desunirse, quiso Tubal alejarse aún más, para no tener que comunicarse con los hijos de Cam, que habían concebido ya la idea de la construcción de la torre de Babel. Tubal y sus hijos no concurrieron a la edificación de la torre cuando más tarde se les llamó para ello, como también los hijos de Sem se negaron a cooperar. Tubal se llegó con los suyos a la tienda de Noé para que les señalase las tierras que habían de ocupar. Noé vivía entonces en una montaña entre el Líbano y el Cáucaso. Noé lloró, porque amaba a esta descendencia que se había conservado más piadosa que las otras. Les indicó una región hacia el Noreste y les recordó los mandamientos de Dios, y el ofrecimiento de sacrificios, y se hizo prometer que conservarían la pureza de su raza, no mezclándose con los hijos de Cam. Les dió vestidos y cinturones que había conservado en el arca, para que los usasen los jefes de familia en el culto de Dios y en los casamientos, para ser preservados del mal y de la impura descendencia. El culto que Noé ofrecía a Dios me recuerda a las ceremonias de la Misa. Consistía en oraciones y respuestas. Noé se movía de un lado a otro del altar y se inclinaba a veces profundamente. Noé les dió una cartera de cuero con un recipiente de corteza, dentro del cual había una caja de oro en forma de huevo, que contenía, a su vez, tres pequeños vasos. Recibieron también tubérculos de la planta musilaginosa llamada Hom. Les dió rollos de corteza y de pieles con escritos, donde he visto

letras y señales, como asimismo bastoncitos de madera que llevaban grabados signos y letras.

Los hombres de ese tiempo eran de hermoso aspecto, de un color amarillo-rojizo brillante. Vestían pieles, lanas y cinturones; sólo los brazos llevaban descubiertos. He visto cómo se acomodaban estas pieles. Apenas habían sacado la piel de un animal, se la acomodaban al cuerpo para que se ajustase perfectamente a sus miembros. Al principio me parecían estos hombres muy extraños, al verlos tan peludos, pues llevaban estas pieles tan ajustadas que parecían a primera vista algo natural de ellos mismos. Estos hombres que emigraron no llevaban muchas cosas consigo fuera de las semillas y pocos enseres. Emigraron hacia una región del Noreste. No he visto entre ellos camellos, pero sí caballos, asnos y animales con astas muy abiertas parecidos a los ciervos. A estos emigrados los he visto luego en una región montañosa, viviendo en grandes tiendas adosadas a las laderas de la montaña como el follaje a los árboles. Los he visto cavar, plantar árboles en grandes hileras. La otra parte de la montaña era más fría, y después toda esta región se hizo más fría, de modo que uno de los nietos de Tubal, un tal Dsemschid, emigró con todo este pueblo al Sudoeste. Todos los que habían conocido a Noé y se habían despedido de él, habían muerto ya, menos unos pocos. Los que emigraron con Dsemschid, nacidos en este lugar, tomaron a los ancianos que habían quedado, y con mucho cariño se los llevaron consigo colocados en canastos, para evitarles el cansancio.

XVII

Hom y sus aberraciones

Cuando Tubal con sus descendientes se despidió de Noé, ví también al hijo de Mosoc, conservado en el arca, que emigró con ellos. Hom estaba ya bastante crecido. Más tarde lo he visto muy diferente de los demás: grande, parecía un gigante, muy serio y muy singular en su modo de ser. Vestía un largo manto y parecía ser considerado como sacerdote. Se apartaba generalmente de los demás y muchas noches las pasaba solitario en las rocas y en las cavernas de las montañas. Sobre la cumbre de las montañas observaba los astros y ejercía la magia, y por arte diabólico tenía visiones, que él luego ordenaba, escribía y enseñaba, enturbiando así las puras enseñanzas que habían recibido de Noé. La mala inclinación que había heredado de su madre

se había mezclado en él con la pura enseñanza heredada de Henoc y de Noé, que habían sido hasta entonces las creencias de los hijos de Tubal.

Hom introdujo falsas interpretaciones y torcidas explicaciones por medio de sus visiones diabólicas y de sus alucinaciones, a la verdad pura tradicional. Hom escudriñaba y estudiaba el curso de los astros y por arte del diablo veía visiones en figura de verdades, que luego tomaba por tales, por su semejanza. De este modo llevaba a la idolatría y fué el origen de las aberraciones del paganismo. Tubal era un hombre bueno. Las andanzas de Hom y sus enseñanzas le disgustaban mucho y le dolía especialmente que uno de sus hijos, el padre de Dsemschid, fuera partidario de Hom. Yo oía lamentarse a Tubal diciendo: "Mis hijos no son unidos. Ojalá hubiese permanecido junto a Noé".

Hom consiguió dirigir desde la montaña, donde vivían, hacia abajo una corriente de agua en dos brazos, que luego formaron un riachuelo y más adelante un río caudaloso, sobre el cual los he visto más tarde salir de allí, bajo la guía de su jefe Dsemschid, para otra comarca. Hom recibió de sus partidarios una especie de culto, cual si hubiese sido un dios. Entre otros errores enseñó que Dios está en el fuego. Solía mezclar sus errores, sirviéndose del agua y de aquella raíz, que motivó su nombre y de la cual se alimentó, para sus maniobras de magia y curanderismo. Plantaba este vegetal y luego lo repartía como alimento sagrado y como remedio para enfermedades, con tanta solemnidad, que de esto nació una práctica supersticiosa. La savia de esta planta la traía consigo en un recipiente oscuro como un almirez. Las agarraderas estaban hechas de metal. Estos utensilios de metal provenían de otra tribu que vivía en una montaña lejana, que trabajaba con fuego derritiendo metales. Yo veía que de esas montañas salían llamaradas de fuego, y ese recipiente estaba formado allí con los metales derretidos.

Hom no se había casado y no llegó a larga vejez. Contaba muchas historias sobre su propia muerte, en las cuales creía él como más tarde Derketo y sus partidarios.

Lo he visto morir de un modo espantoso. De él nada quedó en el mundo, ya que el diablo se lo llevó consigo. Por esto creyeron sus partidarios que, a semejanza del justo Henoc, había sido arrebatado a un lugar sagrado. El padre de Dsemschid fué instruído por éste y le dejó su espíritu para que continuara su obra y ocupara su lugar como jefe de esta falsa religión.

XVIII

Dsemschid, jefe y conductor de pueblos

Dsemschid llegó a ser, por su sabiduría, el conductor de su tribu, que aumentó muy pronto y llegó a ser un pueblo respetable, que llevó cada vez más hacia el Sur. Dsemschid había sido bien instruído y formado en las enseñanzas de Hom. Era indescriptiblemente vivaracho, pronto en sus movimientos, más activo y mejor que Hom, que aparecía siempre pensativo y concentrado. Dsemschid tradujo a la práctica la religión de Hom; añadió algo más a esas enseñanzas y observaba mucho los astros. El pueblo que le seguía tenía ya el culto sagrado del fuego y se distinguía de los demás por señales propias de su raza. La gente de entonces solía mantenerse, más que ahora, separada por razas y tribus, y no se mezclaba tan fácilmente como hoy. Dsemschid se ocupaba mucho de mantener la pureza de su raza y el mejoramiento de sus tribus; separaba, trasladaba y colocaba a unos y otros como mejor le parecía. Los hombres vivían con gran libertad, aunque estaban naturalmente sujetos a sus guías.

Las razas salvajes que he visto y que veo todavía en muchos lugares, nada tienen que ver con estas razas de hombres de belleza natural y noble, aunque sencilla, y veo que los salvajes de esos lugares e islas nada tienen de la audacia, intrepidez y fuerza de los hombres primitivos. Dsemschid edificó, sobre los terrenos que asignó a sus tribus, poblaciones de tiendas de campaña, diseñó campos para cultivos, abrió caminos, bordeándolos con piedras, y repartió gente de un lado y de otro dotándola de animales, árboles frutales, diversas plantas y cereales. Cabalgaba sobre una extensión de tierra y golpeaba con un instrumento que siempre llevaba en las manos; en seguida venían sus gentes y cavaban, cortaban árboles, cercaban y hacían pozos. Era en extremo severo y justo con sus subordinados. Lo he visto como un anciano alto de estatura, delgado, de color amarillo rojizo, cabalgando sobre un animal muy ágil y veloz, de color amarillo y negro, semejante a un asno, pero de piernas más finas. Lo he visto sobre este animal alrededor de un trozo de campo, como hace entre nosotros la gente pobre, que rodea una maleza que ha de cultivar para sí. En ciertos puntos se detenía y golpeaba con un instrumento de punta, o plantaba una estaca en el suelo: allí se detenían sus hombres y colonizaban. Este instrumento, que más tarde se llamó "la dorada reja del arado de Dsemschid" tenía la forma de una cruz latina, de

un codo de largo, con una cuchilla que sacada de su vaina formaba con el asta un ángulo recto. Con este instrumento hacía un hoyo en la tierra. La figura de este instrumento la traía dibujada en su vestido, en el lugar de los bolsillos. Me recordó a la señal que llevaban siempre José y Asenet, en el Egipto, y con la cual José medía y distribuía las tierras; sólo que éste adoptaba mejor la forma de cruz y tenía arriba un anillo en donde podía ser encerrado. Dsemschid llevaba un manto que caía en pliegues de delante hacia atrás. Desde la cintura hasta las rodillas colgaban dos retazos de cuero, dos por delante y dos por detrás, que a los lados estaban sujetos debajo de las rodillas. Tenía los pies envueltos con cueros y correas. En el pecho llevaba un escudo de oro. Tenía varios de estos escudos, que cambiaba según las festividades y diversas ocasiones de ritos. Llevaba una corona de oro con puntas, que remataba por delante en un cuerno sobresaliente donde flameaba una especie de banderín.

Dsemschid hablaba mucho de Henoc: sabía que no había muerto, sino arrebatado de este mundo. Enseñaba que Henoc había trasmitido a Noé toda buena enseñanza de verdad: lo llamaba padre y heredero de todo lo bueno. Pero añadía que de Noé había llegado a él (Dsemschid) toda esa herencia de verdad y de bien. Tenía también, según he visto, un recipiente de oro de forma ovoidal que llevaba colgado del cuello, en el cual, afirmaba, estaba encerrado algo misterioso y bueno, que Noé había tenido guardado en el arca, y que había recibido en herencia. He visto que donde él, en sus correrías, se detenía para fundar una población, levantaba una columna y sobre ella colocaba, en sitio de honor, ese recipiente de oro. La columna tenía figuras entalladas: era hermosa construcción y encima levantaba un templete como si fuese un santuario. El recipiente tenía por tapa una especie de corona con abertura, y cuando Dsemschid hacía fuego, sacaba algo del recipiente y lo echaba sobre el fuego. En efecto, he visto que el recipiente había estado en el arca y que Noé había guardado en él el fuego. Por esto se convirtió en una especie de santuario y de objeto sagrado para Dsemschid y su gente. Cuando era expuesto al público, ardía siempre el fuego delante del cual prestaban adoración y sacrificaban animales. Dsemschid les enseñaba que el gran Dios habita en la luz y en el fuego, y que ese Dios tiene muchos otros espíritus y semidioses que le sirven. Todos los pueblos se sometían a su dominio; él establecía hombres y mujeres en uno y

otro lugar, dándoles animales de labranza, haciéndoles cultivar y sembrar la tierra. Esta gente no podía disponer de sí, sino que Dsemschid los manejaba como rebaños, y daba las mujeres a los hombres según su voluntad. Practicaba la poligamia, tenía varias mujeres y en especial una muy hermosa, de mejor procedencia, de la cual tuvo un hijo que fué su sucesor y su heredero. Edificaba grandes torres redondas, a las cuales se subía por escalones y desde donde exploraba y miraba las estrellas. Las mujeres, que vivían separadas y muy sujetas, llevaban vestidos cortos, y sobre el pecho y parte superior del cuerpo, un trenzado de cuero; detrás colgaba algún adorno y en torno del cuello y sobre los hombros, hasta las rodillas, descendía un paño ancho en la parte inferior, de forma redondeada. Esta vestimenta estaba adornada, en el pecho y en los hombros, con señales o letras. He visto que en todas las comarcas donde Dsemschid fundaba poblaciones, hacía construir caminos que iban en línea recta hacia el lugar donde se fabricaba la torre de Babel.

Donde este conductor de pueblos se establecía, aún no había habitantes. No tenía, por consiguiente, que echar ni desalojar a nadie; todo procedía pacíficamente; sólo se veía allí poblar y edificar. La raza de gente de Dsemschid era de color amarillo-rojizo, como ocre brillante; era realmente una hermosa raza de hombres. Todas las diversas razas eran contramarcadas, para reconocerlas y preservar las más nobles de las mezclas. Lo he visto trasponer con su gente una alta montaña nevada. No sé cómo alcanzó a pasar al otro lado; pero lo hizo con todo éxito, aunque con pérdida de mucha de su gente. Tenía caballos o asnos y él mismo cabalgaba un animal pequeño, veteado, muy veloz. Un cambio brusco de la naturaleza los había hecho alejar de su primera morada; se había vuelto la región muy fría. Ahora veo que es de nuevo más benigna. En su camino encontraba tribus en el mayor abandono: gentes que habían huído de la tiranía de sus jefes; otras que esperaban a algún conductor. Estas razas dispersas se unieron gustosas a su gente y a su mando, pues su carácter era bondadoso, y distribuía trigo y bendiciones por donde pasaba. He visto tribus que habían tenido que huir, porque habían sido saqueadas y robadas sus tierras, como le sucedió al paciente Job. Algunos no conocían el fuego y cocían su pan a los rayos del sol o sobre piedras recalentadas al sol. Cuando Dsemschid les hizo conocer el fuego, apareció ante ellos como un dios. Encontró en su camino una tribu que sacrificaba a los hijos defectuosos o que les parecía insuficiente-

mente hermosos; los enterraban hasta mitad del cuerpo y hacían fuego en torno de ellos. Dsemschid desterró esta bárbara costumbre; libró a estas criaturas y encargó a ciertas matronas que cuidasen y educasen a esos niños. Cuando eran grandes, los repartía entre las tribus, como peones y siervos. Siempre ponía máximo cuidado en preservar la pureza de su raza.

Dsemschid habitaba con su gente en un principio al Sudoeste, de modo que tenía el Monte de los Profetas a su izquierda, hacia el Sur. Más tarde se trasladó hacia el Sur, teniendo entonces el Monte a su izquierda, en el Oriente. Creo que después pasó al otro lado del Cáucaso.

Entonces, cuando en esos lugares todo bullía de gente y todo era movimiento, en nuestras tierras (Alemania) todo era sólo bosques, pantanos y tierras desiertas. Hacia el Oriente, aquí y allá, había algunas tribus dispersas.

El famoso Zoroastro (estrella brillante), que floreció mucho más tarde, fué un descendiente del hijo de Dsemschid y renovó la enseñanza de aquel conductor de pueblos. Dsemschid escribía sobre tablas de piedra y de cortezas toda clase de leyes, de preceptos y enseñanzas. Su alfabeto era de tal modo que a veces una sola letra o signo significaba una frase entera. Este lenguaje era todavía de la primera lengua y veo que tiene relación o semejanza, a veces, con nuestro idioma.

Dsemschid vivió hasta los tiempos de Derketo y de su hija, que fué la madre de la famosa Semíramis. Dsemschid no alcanzó hasta los tiempos de Babel, pero sus correrías se dirigieron en esa dirección.

XIX

Ocasión en que vió la vidente la historia de Hom y Dsemschid

He visto toda esta historia de Hom y Dsemschid en cierta ocasión en que Jesús enseñaba delante de los filósofos paganos en Lanisa, ciudad de Chipre (*). Estos filósofos hablaban de Dsemschid delante de Jesús como de un sabio rey del Oriente que habría vivido allá en las Indias, que poseía una daga, recibida de Dios, con la cual repartía y señalaba tierras y poblaba comarcas y esparcía bendiciones por donde pasaba. Le preguntaron a Jesús si sabía algo de él y de las maravillas que contaban de su paso sobre la tierra.

(*) En las visiones de la vida de Jesús se refiere al viaje del Señor a Chipre, del cual no dicen nada los Evangelios.

Jesús les respondió que Dsemschid había sido sólo un hombre prudente y sabio, según los sentidos y la naturaleza, que había sido un conductor de pueblos que había llevado su tribu y poblado ciertas regiones con su gente, cuando empezaban a dispersarse, como sucedió después de Babel en mayor escala. Les dijo que había dictado ciertas leyes, y que otros conductores de pueblos habían existido, semejantes a él, cuando las razas no se habían corrompido tanto, como después sucedió. Jesús les mostró, empero, cuantas fábulas se contaban de él y se inventaron; mientras en realidad Dsemschid no había sido sino un remedo y una falsa imagen del verdadero conductor de pueblos, que había sido Melquisedec, sacerdote y rey. Jesús les dijo en esta ocasión que mirasen a Melquisedec y al pueblo de Abrahán, puesto que al dispersarse los pueblos había Dios enviado las mejores familias a Melquisedec para que las guiara y las mantuviera unidas, y les preparase morada y tierras para habitar y se mantuvieran puras. De este modo, les dijo, estos pueblos se hicieron dignos o indignos de la gracia del llamamiento y de la promesa, según sus méritos. Jesús añadió: "Quien haya sido Melquisedec lo podéis pensar e imaginar; lo cierto es que fué una primitiva imagen de la ya cercana hora de la gracia del llamamiento; el sacrificio de pan y vino que él ofreció se ha de cumplir ahora y perfeccionar, y este sacrificio verdadero ha de durar hasta la consumación de los siglos"

XX

La torre de Babel

La construcción de la torre de Babel fué la obra de la soberbia y del orgullo. Los iniciadores quisieron hacer una obra, según su idea de resistir a la providencia y voluntad de Dios. Cuando los descendientes de Noé se multiplicaron en gran manera, los más entendidos y presuntuosos de ellos se reunieron y determinaron hacer una obra tan grande y tan extraordinariamente fuerte que fuera la admiración de todos los tiempos, y así todos los venideros hablasen de ellos como de los más atrevidos y más poderosos hombres del mundo. De ninguna manera pensaron en dar la gloria de todo a Dios: sólo pensaron en glorificarse a sí mismos. De no haber habido este olvido de Dios, el Señor les hubiera permitido terminar su obra. Esto se me dió a entender claramente. Los descendientes de Sem no tomaron

parte en esta construcción. Ellos vivían en lugares llanos donde crecían palmas y otros árboles gentiles que les daban frutos; no obstante, tuvieron ellos también que contribuir a la edificación de la torre puesto que no estaban tan distantes del lugar de la construcción. Solamente los descendientes de Cam y de Jafet se ocuparon de esta edificación, y llamaban a los Semitas un pueblo de menguados y de tontos, porque se negaban a unirse con ellos. Los Semitas no eran tampoco tan numerosos como los de Cam y Jafet. Entre los Semitas formaban una raza más preservada los descendientes de Heber y luego de Abrahán.

Sobre Heber, que no tomó parte en la construcción de Babel, puso sus ojos Dios para separarlo a él y a su descendencia de la común corrupción del mundo y hacerse de esta raza un pueblo más santo. Por este motivo Dios dió a este pueblo un idioma santo que no tuvo otro pueblo, para que se mantuviera separado de los demás. Este idioma es la pura lengua hebrea o caldea. La lengua - madre que hablaron Adán, Noé y Sem fué otra, y de ella no queda sino algo en cada una de las lenguas diversas existentes. Las primeras puras hijas de esta lengua primitiva son los idiomas de los Bactrios, el Zend y la sagrada lengua de los Indos. De estas lenguas hay aún palabras, como en el bajo alemán de mi pueblo nativo. En este mismo idioma está escrito el libro que yo veo aun existente en el actual Ktesifonte, en el Tigris. Heber vivió en los tiempos de Semíramis. Su abuelo Arfaxad fué el hijo de elección del patriarca Sem, lleno de inteligencia y buen juicio. Desgraciadamente se derivaron muchos errores más tarde de sus enseñanzas y culto idolátrico y aún muchas artes de magia. Los magos traen su origen de estos errores.

La torre de Babel se edificó sobre una altura extensa que tenía un circuito como de dos horas de camino. Alrededor había un extenso valle con muchos campos de árboles, jardines y plantaciones. Desde los fundamentos de la torre hasta la altura del primer piso, se veían veinticinco anchos caminos de material que llegando desde lejos subían hasta esa altura. Correspondían a las veinticinco principales tribus que edificaban la torre. Cada una de estas tribus debía tener su camino hacia la torre desde su lejana ciudad, para que en momento de peligro pudiera refugiarse por su calle en las alturas de la torre. La torre debía servir también para el culto idolátrico de sus dioses.

Estos caminos amurallados estaban muy apartados unos de otros en su comienzo, desde la ciudad de origen; se iban acer-

cando en dirección de la torre y al llegar a ella el espacio entre un camino y otro no era más ancho que una calle o camino real. Antes de su terminación, estaban estos caminos trabados entre sí con arcos transversales, y desde aquí había, entre cada dos caminos, una puerta ancha como de diez pies que daba a la base de la torre. Cuando estos caminos se acercaban a la torre estaban reforzados por una serie de arcadas con aberturas al través, y más cerca aún de la base de la torre, por una doble serie de arcos, uno sobre otro, y por encima de ellos se podía caminar en torno de la torre. Estos caminos servían para reforzar los fundamentos de la misma torre como las raíces de una planta y también para subir el peso de los materiales de construcción que se traían a todos los lados de la torre. Entre estos caminos, que eran como raíces de la torre, había muchas habitaciones subterráneas amuralladas. He visto que vivía una multitud grande de gente en tiendas de campaña, además de las que habitaban en los huecos, subterráneos y habitaciones que había en la base misma de la torre. Era un ir y venir, un movimiento extraordinario y febril, cual las hormigas en sus hormigueros. Camellos, elefantes y asnos en cantidad inmensa subían y bajaban por los caminos, tan anchos, que podían encontrarse sin molestarse unos a otros. A lo largo del camino había sitios para cargar y descargar, así como depósitos para forraje y descanso de los animales. He visto que muchos de estos animales subían y bajaban por los caminos sin hombres que los guiasen. Los caminos que habían en la base de la torre llevaban a un laberinto de entradas, salas, pasadizos, escaleras y cámaras. De esos subterráneos de la torre se podía, por medio de escalones abiertos en las paredes, subir por todos lados a lo alto de la torre. Desde la terraza del primer piso se abría un camino exterior que corría en forma de caracol en torno del edificio. El interior de la construcción estaba lleno de sólidos sótanos, de cámaras y pasadizos en todas direcciones. La edificación se llevaba a término con uniformidad de todos lados, hacia el centro, donde en un principio había una gran tienda de campaña. Edificaban con ladrillos. He visto, sin embargo, que arrastraban también grandes piedras labradas de otros lugares. La parte exterior de estos caminos que subían a la torre tenían un color blanquizco y resplandecían a los rayos del sol: desde lejos presentaban un espléndido espectáculo. La torre estaba edificada con arte exquisito y se me ha dicho que la hubiesen podido terminar y que subsistiría aún ahora, como un hermoso recuerdo

de la fuerza de unión de los hombres, si la hubiesen emprendido teniendo en cuenta a Dios y su gloria. Pero ellos no pensaban en Dios; era la obra de la pura soberbia humana.

En el interior de las bóvedas dejaban grabadas con piedras de diversos colores, en grandes letras, los nombres de los que habían contribuído mayormente a la edificación, y en las columnas figuraban las alabanzas de sus hechos y proezas. Estas gentes no tenían reyes, sino patriarcas, que gobernaban según ciertos acuerdos que tomaban entre sí. Las piedras que usaban estaban cortadas de modo que al colocarlas se unían perfectamente entre sí. Todo el mundo trabajaba en la obra. He visto que habían abierto canales y cisternas para el agua y que las mujeres pisaban el barro y la mezcla con los pies. Los hombres llevaban los brazos y el pecho descubiertos cuando estaban en el trabajo. Los más nobles tenían sobre la cabeza una especie de gorra con un botón. Las mujeres llevaban la cabeza cubierta.

La torre había subido ya tanto, que de un lado se sentía un frío intenso por la sombra que proyectaba, y del otro, un calor notable por el reflejo del sol sobre los caminos y murallas del edificio.

Habían trabajado ya por espacio de treinta años y apenas habían llegado al segundo piso de la enorme torre. A esta altura trabajaban en el interior del edificio, haciendo las columnas en forma de torre y grabando sus nombres con piedras de colores y las proezas de sus tribus respectivas, cuando de pronto se introdujo la confusión. No eran obras muy artísticas estas grabaciones en piedra; pero mucho se fijó con piedras de diversos colores y en los nichos se colocaron también figuras y estatuas.

Entre los maestros y dirigentes de la obra he visto aparecer a Melquisedec, que les pidió cuenta del modo que procedían y les anunció el castigo de Dios, si no cambiaban de conducta. Ya desde entonces comenzó la confusión de ideas. Muchos que hasta entonces habían trabajado en paz y concordia comenzaron a gloriarse de sus obras, de su saber y de su aporte a la empresa, y a pretender exenciones y privilegios, formando partidos unos contra otros. Contra éstos se levantaron protestas, enemistad y, por fin, abierta guerra. Al principio pareció que eran sólo dos las tribus descontentas y rebeldes, y se determinó refrenarlas; pero pronto se vió que todos estaban desunidos. Riñeron entre ellos, hubo muertos y heridos. No se entendieron, se separaron y se dispersaron por toda la redondez de la tierra. He visto que los descendientes de Sem fueron más al Mediodía, donde vivió

Abrahán. He visto, en esta ocasión, que un hombre bueno no se apartó por entonces de Babel, sino que permaneció por causa de su mujer entre los malos del lugar. Este hombre fué el origen de los Samanes, que más tarde fueron oprimidos por Semíramis, hasta que los libró y los sacó del lugar el mismo Melquisedec, llevándolos a la tierra prometida.

Cuando yo veía, desde niña, la torre de Babel, no podía imaginarme lo que podría ser y desechaba esa visión, porque no había visto más que las casitas de mi pueblo, donde la puerta sirve también de escape al humo de la cocina, y la ciudad de Koesfeld. A veces pensé, en mi simplicidad de niña, que eso debía ser el cielo. Pero puedo decir que siempre he visto esta torre de la misma forma como ahora; más tarde he visto el aspecto de la torre como estaba aún en tiempos de Job.

XXI

Nemrod

Uno de los principales jefes de la edificación de la torre fué Nemrod, que más tarde fué tenido por dios, bajo el nombre de Belo. Fué el antepasado de Derketo y de Semíramis, que recibieron veneración como diosas. Este mismo Nemrod edificó la ciudad de Babilonia con las piedras de la torre de Babel y Semíramis terminó en sus tiempos esta obra. Nemrod puso también los fundamentos de la ciudad de Nínive introduciendo la costumbre de poner bases de material a las habitaciones y tiendas de campaña. Fué un renombrado cazador y un tirano en su gobierno. Había por aquel tiempo grandes y temibles animales que causaban daños y devastaciones; por esto las expediciones contra estos animales eran casi como las expediciones guerreras contra los enemigos. Los que lograban matar animales más dañinos y fuertes eran tenidos por semidioses. Nemrod forzaba a otros hombres a someterse a su tiranía. Ejercía culto de idolatría, estaba lleno de crueldad, practicaba la magia y tuvo mucha descendencia. Llegó a la avanzada edad de doscientos setenta años. Tenía una tez amarillenta, desde joven llevó una vida salvaje, era un instrumento del demonio y muy dado a las observaciones de la astrología. De las mismas figuras y representaciones que él veía en los astros y en las estrellas y con las cuales predecía cosas sobre pueblos y razas, hacía luego imágenes e ídolos, que pasaban más tarde a ser adorados como

dioses. De este modo recibieron los egipcios la Esfinge y los diversos ídolos de varios brazos y cabezas, que son invenciones de Nemrod. Por setenta años estuvo Nemrod empeñado y preocupado con estas visiones diabólicas, formando luego con ellas el culto de los ídolos y los sacrificios, e instituyendo la casta de los sacerdotes para este culto idolátrico. Por medio de su ciencia diabólica y por la violencia que ejercía, había logrado sujetar a las demás tribus y llevarlas al proyecto de la construcción de la torre de Babel. Cuando se declaró la confusión de las lenguas, muchas tribus se separaron de su dominio y las más depravadas de ellas se dirigieron, al mando de Mesraim, a las tierras de Egipto. Nemrod edificó entonces a Babilonia, sujetó a su tiranía a las demás tribus de los alrededores y fundó el reino babilónico. Entre sus numerosos hijos se enumera a Nino y a Derketo, que después fué tenida por una diosa.

XXII

Derketo

Desde Derketo a Semíramis he visto que pasaron tres generaciones, sucediéndose una hija de la otra. He visto a Derketo como una mujer grande y fuerte, vestida de pieles, con muchos adornos colgantes de cueros y una especie de cola de animal. Tenía sobre la cabeza una gorra de plumas de pájaros e iba acompañada en sus correrías por otras muchas mujeres y hombres. Habían venido desde Babilonia. Derketo estaba siempre en visiones diabólicas; profetizaba esto o aquello, fundaba pueblos, ofrecía sacrificios y hacía continuas correrías por las comarcas cercanas y aún las más alejadas. Llevaba a veces una raza de gente consigo, con sus ganados y haberes; profetizaba buena permanencia en un lugar. Levantaban grandes piedras como recuerdos, ofrecían sacrificios y se entregaban a las orgías con las gentes que llevaban consigo. Estas piedras eran a veces extraordinariamente grandes. Todos se le sometían. Ella se encontraba en todo lugar; era venerada como una diosa y en edad avanzada tuvo una hija que siguió todo su proceder. He visto todas estas cosas en una llanura, de donde tomó origen todo este desorden. Más tarde la he visto, ya anciana, de aspecto feroz, en una ciudad cerca del mar, ocupada en obras de magia y como en éxtasis diabólico decía a las gentes, allí reunidas, que ella debía morir por todos ellos y sacrificarse. Añadió que ya no

podía quedarse más tiempo con ellos, pero que quería transformarse en un pescado para estar siempre en la cercanía con ellos. Señaló la veneración y el culto que le debían tributar y, en presencia de todo el pueblo, se precipitó en las aguas del mar. He visto que de inmediato se levantó un gran pescado de entre las olas y que el pueblo lo saludó con toda clase de manifestaciones de veneración, de sacrificios y de desórdenes. De todas las cosas que habían pertenecido a Derketo se originó una serie de supersticiones y de culto idolátrico. He visto también que las profecías, misterios y alucinaciones que ejercía Derketo, tenían relación en gran parte con el agua y su significación.

He visto surgir a otra hija de Derketo desde una pequeña montaña. Pronto debía ganar influencia y poderío. Esto sucedía todavía en tiempos de Nemrod; eran de la misma raza. A esta hija de Derketo la he visto obrar en todo como su madre, y aún más desenfrenadamente. Hacía a menudo largas correrías para cazar fieras con grande acompañamiento de gente y a veces a ciento de millas en comarcas lejanas. Entretanto ofrecía sacrificios, ejercía la magia y adivinaba lo futuro. Fundaba poblaciones en diversos lugares y establecía el culto idolátrico por doquiera. A ésta la he visto arrojarse a las aguas luchando contra un hipopótamo de gran tamaño.

A su hija, Semíramis, la he visto en una alta montaña, rodeada de las riquezas y tesoros del mundo, como si el diablo se las mostrase para dárselas, y luego he visto como completaba la corrupción de su raza en la ciudad de Babilonia. En los primeros tiempos estos estados de posesión diabólica eran, en muchos, en general tranquilos, sin ruido; más tarde se hicieron mucho más manifiestos y violentos. Estas personas se convirtieron de este modo en jefes y conductores y fueron tenidas por dioses. Introdujeron toda clase de prácticas de culto, según sus falsas visiones. Exteriormente hacían toda clase de grandes empresas con arte, usando de violencia; como estaban llenos de ciencia diabólica, inventaron cosas maravillosas. De este estado nació, en un principio, una casta de señores y sacerdotes; más tarde sólo sacerdotes. En los primeros tiempos he visto más mujeres que hombres con estas malignas influencias que actuaban de común acuerdo en la ciencia y en el obrar. Muchas cosas que se cuentan de estas personas son deformaciones de sus estados extáticos, magnéticos y diabólicos, y según hablaban, adivinaban y enseñaban como verdades las alucinaciones que sufrían por arte del demonio.

También los judíos ejercitaban en Egipto muchas de estas artes ocultas. Moisés las desarraigó y fué el verdadero vidente de Dios. Entre los rabinos quedó parte de esta enseñanza secreta, que fué privilegio de sus sabios. Esto degeneró con el tiempo, entre el pueblo ignorante, en prácticas bajas que acabaron en brujerías y en diversas supersticiones. Todo esto proviene de la única fuente diabólica, del árbol del mal y del reino de las tinieblas. Estas representaciones las veo como oscuras nubes sobre la tierra; muchas veces, debajo de la misma tierra. En el magnetismo hay bastante elemento de este poder oculto.

XXIII

Carácter de las visiones diabólicas

Para estos primeros servidores de los ídolos era el agua cosa muy sagrada. En todos sus cultos y ceremonias intervenía el agua; el principio de sus visiones diabólicas se obraba observando dentro del agua. Tenían depósitos particulares de agua sagrada. Más tarde, ese estado de alucinación se volvía permanente, y tenían visiones aún sin el agua. En cierta ocasión pude observar cómo veían sus malas visiones. Era cosa sumamente curiosa. He visto debajo de las aguas, como si estuviese allí el mundo exterior con todas las cosas, tal como están a la vista; sólo noté que estaba todo como velado y en una esfera de malicia. Así veía un árbol bajo el árbol que estaba arriba; una montaña correspondiente a la de arriba; el mar bajo el mar. De este modo estas mujeres, con la influencia del demonio, veían todas las cosas de la tierra: las guerras, los pueblos, los peligros. Pero no se contentaban con ver las cosas, como sería ahora, sino que de inmediato obraban según las visiones que habían tenido. Veían un pueblo y pensaban: "Podemos dominar a estas gentes y sujetarlas a nosotros; es posible asaltar aquella ciudad; más allá es conveniente fundar una fortaleza o una población". Veían hombres o mujeres de superior categoría y mejor raza y estudiaban el modo de seducirlos y corromperlos. En una palabra, todas las obras malas que ejercían las tenían previstas por estas visiones diabólicas.

Así Derketo vió de antemano que debía echarse al agua, que se cambiaría en pez y que sería adorada; y lo hizo como lo había visto con anticipación. Aún sus mismas orgías y desórdenes los veía de antemano; luego los ejecutaba según le eran mos-

trados. La hija de Derketo vivió en un tiempo en que se construían grandes diques y largos caminos. Hacía correrías lejanas hasta el Egipto y toda su vida fué una continua cacería y asaltos. Una banda de los suyos fué la que robó y asaltó, en Arabia, al paciente Job.

Las artes diabólicas de magia y de visiones tomaron gran incremento en Egipto. Los que las ejercían estaban tan metidos en ello que se veían a las brujas en curiosos asientos, delante de toda clase de espejos, en las cámaras de los templos, y centenares de hombres grababan en las piedras de las paredes subterráneas estas imágenes y visiones que les interpretaban los sacerdotes idólatras. Me extraña a veces ver estas malas artes y obras de las tinieblas ejecutarse con cierta uniformidad en diversos lugares, por muy diversas personas, aunque todas influidas por el mismo motivo. Sólo se diferencian en las diversas costumbres y malas tendencias de los pueblos. Algunos pueblos no estaban tan sumidos en la corrupción, sino que algo más cercanos a la verdad. Tales eran las familias de Abrahán, las tribus de las cuales descendían los Reyes Magos, como asimismo los que observaban los astros en la Caldea y los secuaces de Zoroastro en la Persia.

Cuando Jesús vino a la tierra, y ésta se vió bañada con su sangre preciosa, disminuyó muchísimo la fuerza diabólica y sus manifestaciones se volvieron más débiles. Moisés fué desde su niñez un vidente; pero lo fué según Dios, y se guiaba por las cosas que veía, porque venían de parte de Dios.

Derketo, su hija y su nieta Semíramis llegaron a edad muy avanzada según aquellos tiempos. Fueron de recia contextura, grandes, fuertes y de una estatura que hoy casi nos infundiría espanto. Fueron extraordinariamente osadas, temerarias, atrevidas sobremanera, y procedían siempre con gran seguridad, ya que por obra del mal espíritu veían de antemano los acontecimientos. Se sentían seguras; obraban como si fuesen seres superiores, y por tales los tenían sus semejantes. Eran una semejanza perfecta de aquellos seres más diabólicos que desaparecieron de su alta montaña en el diluvio universal. Es muy conmovedor ver como los antiguos hombres justos y los patriarcas se mantuvieron en la verdad, en medio de toda esta corrupción de costumbres; Dios los ayudaba con verdaderas revelaciones, aunque tuvieron mucho que sufrir y que luchar. Así llegó, por caminos difíciles y escondidos, la salud a los hombres, en el transcurso de los siglos, a pesar de que a aquellos servidores del

demonio todo les salía según sus deseos y depravadas inclinaciones.

Yo estaba muy triste cuando veía la enorme extensión del culto de los falsos dioses y diosas, y la gran veneración que había ganado en el mundo, y veía, por otra parte, la pequeña porción de los devotos de María, entonces figurada en aquella nube del profeta Elías. Estas visiones las tuve en ocasión que Jesús disputaba con los soberbios filósofos de Chipre, que trataban de exaltar sus falsas doctrinas. Contrastaba con la soberbia de ellos la humildad de Jesús, el cumplimiento de todas las esperanzas del mundo, que estaba ante ellos enseñándoles pacientemente, próximo ya a la muerte de cruz por los hombres. No era esto más que la historia de la verdad y de la luz que quiere penetrar en las tinieblas. Lo más triste es que las tinieblas no quieren recibir esa luz, lo cual pasa hasta en nuestros días.

Pero la misericordia de Dios es infinita. Yo he visto que en el diluvio universal muchos hombres se convirtieron en los momentos de espanto y de terror, al verse perdidos, y que pararon en el Purgatorio. Muchos de ellos fueron sacados por Jesús en su descenso a los infiernos. He visto también que muchos árboles fueron desarraigados durante el diluvio y perecieron; pero también hubo los que quedaron con sus raíces hincadas en el suelo, que volvieron a florecer.

XXIV
Historia de Semíramis

La madre de Semíramis había nacido en la región de Nínive. En lo exterior parecía esta niña tímida y recatada, pero a escondidas era disoluta y desenfrenada. El padre era un hombre de la Siria, envuelto en la mayor corrupción del culto de los ídolos; fué muerto después del nacimiento de Semíramis. Todo esto tenía relación con las visiones diabólicas y adivinaciones que se ejercían entonces. Semíramis nació lejos de la Caldea, en Ascalon de la Palestina y fué criada por los sacerdotes en la soledad, bajo el cuidado de unos pastores del lugar. Semíramis solía estar, cuando niña, en las montañas solitarias. A veces veía a los sacerdotes de los ídolos con ella o con su madre, que se detenía en su correrías o cacerías contra las fieras.

He visto al diablo, en forma de niño, jugando con ella, de la manera que he visto más tarde al niño Juan, en el desierto,

jugando con los ángeles y ayudado por ellos. He visto también que pájaros, de alas variopintas, volaban en torno de la niña y le traían juguetes curiosos. No recuerdo ya ni puedo expresar cuantas cosas se hacían con ella: era la más repugnante idolatría y corrupción. Ella era de hermosa presencia, llena de ciencia diabólica y todo le salía al sabor de sus deseos. Semíramis fué entregada primero, siempre por razón de manejos ocultos, como esposa a un personaje guardador de ganados del rey de Babilonia; más tarde llegó a ser esposa del rey mismo. Este rey había sojuzgado a un pueblo lejano del Norte y una parte lo había llevado como esclavo a su comarca. Este pueblo fué cruelmente tratado por la reina Semíramis, cuando quedó sola en el reino, y obligado a trabajar en las grandes obras de edificación. Semíramis fué tenida por una diosa por su pueblo.

He visto a la madre de Semíramis dirigiendo grandes cacerías contra temibles fieras y llevando un pequeño ejército de hombres sobre camellos, asnos rayados y caballos. La he visto, en una ocasión, llevando sus correrías a Arabia, en dirección al Mar Rojo, donde vivía Job. Estas mujeres cazadoras eran sumamente ágiles y cabalgaban como los hombres. Estaban vestidas hasta las rodillas y tenían correas sujetas en torno de las piernas. Llevaban sandalias que tenían un resalto con figuras grabadas en diversos colores. Los sacos cortos que usaban estaban adornados de plumas finas y variopintas de diversas formas. Los pechos y los brazos los cruzaban correas adornadas de plumas, y sobre los hombros llevaban una especie de collar de plumas entretejidas con piedras preciosas o perlas. Cubrían la cabeza con gorra de seda roja o de algodón, y delante de la cara llevaban un velo dividido en dos mitades con el cual se defendían del viento o del polvo. Detrás flotaba al viento un pequeño manto. Las armas eran venablos, arcos y hachas; a los costados llevaban el escudo. Por este tiempo las fieras se habían multiplicado en gran manera. Los cazadores las rodeaban desde grandes extensiones y las obligaban a reunirse en un sitio propicio, donde les era más fácil exterminarlas. Cavaban fosos y hacían trampas para cazarlas, y allí las ultimaban con lanzas y palos. He visto a la madre de Semíramis cazando al animal que Job describe con el nombre de Behemoth. Cazaban tigres, leones y otros animales semejantes. En estos primeros tiempos no he visto monos. También cazaban en las aguas, donde ejercían, por medio de ella, varias supersticiones y artes diabólicas. La madre de Semíramis no era, exteriormente por lo menos, tan depra-

vada como su hija. Con todo, tenía un aspecto demoníaco y era de fuerza y osadía terribles. Fué algo espantoso verla como luchaba contra un terrible hipopótamo del Nilo hasta arrojarse en el agua en su persecución. Cabalgaba sobre un dromedario y persiguiendo su presa, cayó en las aguas. Fué después venerada como diosa de la caza y tenida por bienhechora de los pueblos(*).

XXV

Fundación de ciudades en Egipto

Volviendo desde una excursión al Africa, Semíramis pasó por Egipto, reino fundado por Mesraim, nieto de Cam, el cual a su arribo a esas tierras había encontrado ya algunas tribus dispersas y corruptas. Egipto fué fundado y establecido como reino con varias tribus de gentes, y por eso tenía, ya a uno, ya a otro, de entre ellas, como jefe. Cuando llegó Semíramis a Egipto, había cuatro ciudades. La más antigua era Tebas, donde vivía una raza más esbelta, ágil y activa que en la ciudad de Menfis, cuyos habitantes eran de raza inferior. Estaba situada en la orilla izquierda del Nilo, adonde se llegaba por un largo puente. En la parte derecha estaba el castillo, donde en los tiempos de Moisés vivió la hija del Faraón. Los habitantes, oscuros, de cabellos lanosos, fueron desde los primeros tiempos esclavos, y nunca reinaron sobre el país. Los que primero llegaron y edificaron a Tebas, vinieron, me parece, de otras partes del Africa; otros vinieron a través del Mar Rojo por el lugar donde más tarde pasaron los israelitas. La tercera ciudad se llamaba Chume, en un principio; luego Heliópolis. Está situada muy lejos de Tebas. Cuando María, José y el niño Jesús huyeron a Egipto, había aún grandes edificios en torno de esta ciudad. Más abajo de Menfis está la ciudad de Sais; creo que es más antigua que Menfis. Cada una de estas cuatro ciudades tenía su propio rey.

Semíramis fué muy honrada en Egipto y aumentó, con proyectos y artes diabólicas, la idolatría que allí se ejercía. La he visto en Menfis, donde ofrecían sacrificios humanos, hacer planos y ocuparse en observar los astros y en obras de magia. No he visto, por este tiempo, al buey Apis; pero sí un ídolo con

(*) Semíramis, a quien la historia presente como fabulosa, aparece como persona real en las visiones de Ana Catalina. Fué reina de Asiria y Babilonia, casó con el rey Ninos, al cual hizo matar para reinar sola. Fundó Babilonia, conquistó Egipto y Libia, y reinó durante cuarenta años, dejando en el trono a su hijo Ninias; desapareció de la vista de sus súbditos, que la adoraron como diosa.

cabeza como el sol y terminando en cola. Ella dió aquí el plano para la primera pirámide, que se edificó sobre la orilla oriental del Nilo, no lejos de Menfis. En esta obra se vió todo el pueblo obligado a trabajar. Cuando esta pirámide estuvo terminada, he visto volver a Semíramis con un centenar de sus guerreros. Se celebró una fiesta de inauguración y Semíramis fué venerada casi como una diosa. Esta pirámide estaba edificada sobre un lugar donde había agua y pantanos. Por eso se había hecho un fundamento sólido, de grandes pilares, que parecía un inmenso puente, sobre el cual se levantó luego la pirámide. Debajo de la pirámide se podía caminar, alrededor, como en un gran templo de columnas. Allí debajo habían hecho muchas cámaras, espacios, prisiones y salas; en la parte interior de la pirámide había muchas cámaras pequeñas, y en la exterior se veían muchas ventanas y aberturas de las cuales colgaban paños y lienzos que flotaban al aire. En torno de la pirámide había grandes jardines y lugares de baño. En el interior de esta pirámide se ejercía la más abyecta idolatría; mejor dicho, era el sitio de la observación de los astros, de la magia y de las peores corrupciones. Se sacrificaban niños y ancianos. Astrólogos, hechiceros y magos de toda categoría tenían allí su asiento, su morada y sus diabólicas visiones e ilusiones. En el lugar de los baños había una instalación para purificar las aguas del Nilo.

Más tarde he visto a mujeres egipcias en grandes orgías, en estos baños, relacionadas con las mayores atrocidades del culto de los dioses. Esta pirámide no subsistió mucho tiempo: fué destruída. El pueblo era muy supersticioso y los sacerdotes de los ídolos estaban sumidos en tanta ignorancia, tinieblas y en tales artes adivinatorias, que en Heliópolis preguntaban hasta los sueños de las gentes, y los reunían, escribían y conservaban relacionándolos con las observaciones de las estrellas y astros. Cada vez había más personas magnetizadas con visiones diabólicas, las cuales mezclaban algo de verdad con falsedades. De este modo se ordenó el culto de los ídolos y aún la cronología de los egipcios. He visto, por ejemplo, que los dioses Isis y Osiris no eran otra cosa que José (virrey del Egipto) y Asenet (su esposa), que los astrólogos de Egipto habían predicho a raíz de visiones diabólicas y que ellos habían colocado entre sus dioses. Cuando llegaron, fueron venerados como dioses. He visto que Asenet se lamentaba y lloraba por ello, y hasta escribió en contra del culto que se le tributaba.

XXVI
Las cronologías del antiguo Egipto

Los sabios modernos que escriben sobre Egipto están en grande error, porque tienen por historia, experiencia y ciencia egipcias muchas cosas que descansan sólo en falsas visiones y en sueños astrológicos. Esto está claro, puesto que los egipcios permanecieron siendo un pueblo tan ignorante y de vida tan bestial, como lo fueron en efecto. Los sabios tienen a estas influencias diabólicas por cosas imposibles; las desechan, y como no pueden explicar ciertos misterios del Egipto no admitiendo los influjos demoníacos, se ven forzados a atribuir a los egipcios una gran antigüedad, puesto que tenían ciertos conocimientos y cálculos misteriosos inexplicables.

Yo misma he visto que, ya en los tiempos de Semíramis, en Menfis, estos sacerdotes tenían desde entonces grandes pretensiones respecto de la antigüedad, y hacían toda clase de embrollos en los cálculos de sus reyes. Pretendían siempre aparecer como el pueblo más antiguo y confeccionaban cálculos y dinastías de reyes equivocados. Así llegaron a colocarse completamente fuera de toda cronología. Como repetidas veces cambiaban y corregían sus cálculos interesados, al final ya no supieron cuál era la verdadera cronología de su país. Como, además, solían perpetuar sus fechas equivocadas con grandes edificios y largas inscripciones, la confusión se hizo total e irremediable. He visto que contaban el tiempo de los antepasados y de los descendientes, de tal modo como si el día de la muerte del padre fuera el del nacimiento del hijo. Los reyes siempre discutían con los sacerdotes sobre estos cálculos e interponían entre sus antepasados a personas que ni siquiera habían existido. He visto que los cuatro reyes o faraones que reinaron al mismo tiempo en Tebas, Heliópolis, Menfis y Sais, los calculaban como si hubiesen reinado uno después de otro. He visto también cómo, en ocasiones, contaban un año por 970 días, meses por años, y viceversa. Me fué mostrado como a un sacerdote, que hacía cuentas, le salían siempre 1100 años donde en realidad no había más que 500.

Todas estas cuentas falsas me fueron mostradas en ocasión en que Jesús, en Aruma, hacía la instrucción del Sábado y hablaba a los fariseos de la vocación de Abrahán y de su estada en Egipto: les hizo ver la falsedad de los cálculos exagerados de los sacerdotes egipcios. Jesús les dijo a los fariseos que el mundo

tenía entonces 4028 años de existencia. Cuando oí decir esto a Jesús estaba El mismo en el trigésimo primero de su edad.

En esta misma oportunidad he visto que mucha gente iba en peregrinación al supuesto sepulcro de Set, a quien tenían por dios y cuyo sepulcro creían que estaba en Arabia. Estos viajes eran muy peligrosos y largos. Me parece que aún hoy viven algunas de estas gentes, que atraviesan ahora por territorio turco, y se les permite pasar precisamente porque se dirigen a ese sepulcro sagrado.

XXVII

Melquisedec

He visto muchas veces a Melquisedec; pero nunca como un hombre, sino como un ser de otra naturaleza, como mensajero y enviado de Dios. Jamás he visto un determinado lugar de su habitación; ningún país que fuera su patria; ninguna relación de Melquisedec con parientes, ascendientes o descendientes(*). Jamás lo he visto que comiera, bebiera o estuviera descansando o durmiendo; ni siquiera me entraba la duda de que pudiera ser un hombre, como los demás. Tenía vestiduras tales que nadie las usaba sobre la tierra, ni sacerdotes ni otras personas. En cambio, he visto que tenía parecido con los ángeles que yo veía en la celestial Jerusalén, y con el estilo que más tarde, por orden de Dios, Moisés hizo confeccionar los vestidos sacerdotales.

He visto a Melquisedec, en diversos lugares, apareciendo para aconsejar, interceder, ordenar muchas cosas que miraban al bien de los pueblos y las tribus, como también en ocasiones de triunfo en algunas batallas. Donde él se presentaba, su autoridad era incontrastable: todos la acataban aún por el prestigio personal que rodeaba su aparición. Nunca he visto que alguien le resistiese, a pesar de que no usaba medio violento; y todos los hombres, aun los idólatras y paganos, recibían sus decisiones y cumplían sus órdenes. He visto que no tenía ningún semejante, ningún compañero: siempre aparecía solo. A veces tenía dos mensajeros que corrían delante, anunciando su llegada.

(*) Orígenes y Dydimo sostienen que Melquisedec era ángel. San Agustín escribe: "La aparición de Melquisedec es tan sorprendente que muchos dudan de si se trata de un hombre o de un ángel" (III, 519). En otro pasaje dice: "Melquisedec no era un hombre: aparecía en forma de hombre como figura del sacerdocio de Jesucristo" (XVI, 490).

Vestían de blanco, ropas cortas. Anunciaban su llegada a algunos lugares; luego él los licenciaba. Todo lo que necesitaba lo tenía siempre consigo. Si recibía algo de los hombres, éstos no sufrían necesidad: lo daban de buena voluntad, libremente y con gozo. Se consideraban dichosos los que gozaban de su presencia y le tenían un temor reverencial. Los perversos, al hablar de él, solían burlarse en su ausencia; pero delante de él se humillaban y le temían. Ocurría a mi modo de ver, a Melquisedec, entre estos paganos, idólatras y sensuales, lo que ocurre hoy con un hombre de reconocida santidad de vida: que aparece entre la multitud y derrama a su paso salud, bendiciones y palabras de consuelo.

De este modo lo he visto también entre los cortesanos de la reina Semíramis, en Babilonia. Tenía la reina un esplendor extraordinario; hacía construir con turbas de esclavos los más soberbios edificios y trataba a estos pueblos con mayor crueldad que los faraones a los hijos de Jacob en Egipto. Se ejercía allí la más abominable idolatría. Se ofrecían sacrificios humanos, enterrando a seres humanos hasta el cuello. Todo el lujo, el esplendor, la riqueza y el arte estaban allí en todo su apogeo, de modo que parecía exceder toda medida y moderación. Semíramis acometía grandes empresas guerreras, con numerosos soldados, casi siempre contra pueblos del Oriente. La ví poco en el Occidente. En el Norte no había entonces más que pueblos atrasados, sumidos en la oscuridad y la bajeza. Existía entonces, en los confines de Semíramis, un pueblo muy numeroso, de raza semita, que después de la torre de Babel se había establecido allí multiplicándose mucho. Vivían como los pastores, bajo tiendas; tenían mucho ganado y celebraban culto durante la noche en una tienda abierta bajo la bóveda del cielo estrellado. Tenían la bendición de Dios. Todo prosperaba entre ellos y sus animales eran siempre los mejores y más preciados. A esta raza bendecida pensó la satánica Semíramis destruirla y ya había comenzado su obra en parte. Sabía la perversa mujer, por la bendición que había en esa raza, que Dios tenía algún designio especial con ese pueblo; y por esto, como ella era hechura de demonio, quiso destruirlo. Cuando la persecución se hizo intolerable, ví aparecer a Melquisedec. Se presentó ante Semíramis y le exigió que dejase partir de allí a ese pueblo. Le echó en cara su crueldad. Ella no pudo oponer resistencia a la exigencia de Melquisedec, que sacó a ese pueblo elegido y, en diversos grupos, lo trasladó a la tierra prometida. Durante su permanencia en Ba-

bilonia, he visto que Melquisedec habitaba en una tienda, y desde allí repartía pan a los necesitados del pueblo, para que pudieran viajar. Llegados a la tierra de Canán, les señaló lugares para edificar, y adquirieron tierras en propiedad. El mismo Melquisedec los distribuyó en lugares donde no se mezclasen con razas impuras e idólatras. El nombre de esta raza suena como Samanes o Semanes. A algunos de ellos les señaló lugares hacia lo que fué más tarde el Mar Muerto. La ciudad que edificaron pereció en la destrucción de Sodoma y Gomorra.

Semíramis había recibido a Melquisedec con una mezcla de reverencia, de secreto temor y de admiración por su sabiduría. Melquisedec apareció ante ella como Rey de la Estrella Matutina, es decir, rey del lejano Oriente. Ella se imaginaba quizás poder conquistarlo por esposo y aumentar su poderío. Melquisedec le habló con mucha severidad y le afeó su crueldad y su tiranía, y le predijo la cercana ruina de la pirámide que había hecho edificar cerca de Menfis. Semíramis pareció muy atemorizada y permanecía delante de Melquisedec muy apocada. He visto que le sobrevino un castigo: se volvió como un animal y estuvo largo tiempo encerrada. Se le daba con desprecio paja y heno, como a un animal en un pesebre. Sólo un criado la aguantaba, dándole de comer y beber. Cuando recobró el juicio, volvió a sus crueldades antiguas. He visto que terminó miserablemente; se le arrancaron las entrañas del cuerpo. Vivió ciento diecisiete años.

XXVIII

Melquisedec y los Samanes

Melquisedec era considerado como un ser superior: un profeta, un sabio, un hombre de jerarquía a quien todas las cosas le salían bien. Hubo en aquellos tiempos y aún más tarde varios de estos seres de superior jerarquía. No eran extraños a aquellos pueblos, como no lo fueron los ángeles que conversaban familiarmente con Abrahán. Pero he visto que también había apariciones de seres malignos que trataban de turbar las obras de los buenos; así como entre los buenos profetas, los había malos y engañadores. La salida de los Samanes de la tierra de Babilonia tuvo parecido con la salida, más tarde, de los israelitas de Egipto. No eran estos Samanes tan numerosos como los israelitas. De los Samanes llevados a la tierra prometida, he visto a tres hombres en las cercanías del monte Tabor, en el lugar

llamado Montaña del Pan, viviendo en cuevas, mucho tiempo antes de Abrahán. Estaban vestidos con pieles; eran de rostro más oscuro que Abrahán, y sobre la cabeza llevaban sujeta una hoja muy ancha para protegerse de los rayos del sol. Llevaban una vida santa de solitarios, al modo de Henoc; tenían un conjunto de creencias simples, aunque secretas, y recibían revelaciones y visiones muy simples. Había en su religión la persuasión de que Dios se ligaría un día con los hombres y como si ellos debían preparar el camino para su realización. Ofrecían sacrificios: de todos sus alimentos separaban la tercera parte, la exponían al sol y la dejaban allí. Esto es lo que me pareció a mí. Podría ser también que lo pusieran allí para los pobres, pues he visto a veces a éstos acudir y llevarse los alimentos. Los he visto vivir muy sencillamente, apartados de los demás hombres que aún no eran numerosos y habitaban en tiendas, formando agrupaciones de pueblos. He visto a estos hombres peregrinar a diversos lugares del país, cavando, a veces, pozos, desmontando montes y colocando piedras como fundamentos de futuras poblaciones. Los he visto arrojar a los malos espíritus de ciertos lugares del aire, y desterrarlos a sitios pantanosos, estériles y llenos de neblinas. En esta ocasión he comprobado, una vez más, que los malos espíritus suelen habitar frecuentemente en sitios pantanosos y oscuros. He visto a menudo a estos hombres en lucha abierta con los malos espíritus. Yo me maravillaba al principio cuando veía que los lugares donde colocaban piedras para levantar luego poblaciones, eran cubiertos por hierbas y plantas salvajes; y con todo he visto que las ciudades de Safet, Betsaida, Nazaret, etc., se edificaron precisamente donde habían puesto por fundamento esas piedras. Así trabajaron en el sitio donde más tarde se levantó la casita en la cual recibió María el anuncio del ángel. Del mismo modo los he visto trabajando en Gatefer, Séforis, en el lugar de la casita de Ana, cerca de Nazaret; en Megido, Naím, Ainón y Hebrón, y en la cueva cerca de Belén. También fundaron Micmetat y otros lugares de cuyos nombres ya no me acuerdo.

Sobre el monte Tabor los veía reunirse mensualmente con Melquisedec, quien les traía cada vez un pan cuadrado, de un grosor de tres pies cuadrados, ya dividido en muchas partes pequeñas. Este pan era moreno y estaba cocido en la ceniza. He visto a Melquisedec llegar hacia ellos siempre solo. El pan que traía en las manos parecía flotar en ellas sin peso; pero cuando se acercaba lo ponía sobre el hombro, como si le pesara.

Creo que procedía así para aparecer como hombre. Ellos se comportaban con temor reverencial y se postraban con el rostro en tierra en su presencia. Melquisedec les enseñaba a cultivar la viña en las cercanías del Tabor y ellos sembraban por muchas partes del país toda clase de buenas semillas que él les daba. Estas plantas aún crecen allí en estado selvático. Los veía cortar cada día un trozo de pan con el oscuro instrumento o pala con que trabajan la tierra. Comían pájaros que en grandes cantidades volaban hacia ellos. Observaban los días festivos, conocían las estrellas, y el octavo día lo celebraban con sacrificio y oración, como también ciertos días del año. Los he visto abrir caminos hacia donde habían puesto las piedras de futuras fundaciones y donde habían sembrado o abierto pozos. Los sitios de donde arrojaban a los espíritus malignos, luego los purificaban, los limpiaban y los desocupaban con toda naturalidad. Hicieron caminos hacia Caná, Megido, Naím, y prepararon la mayoría de los lugares en donde nacieron los profetas. Pusieron los fundamentos de Abelmehola y Dotaim e hicieron el hermoso pozo y los baños de Betulia. A Melquisedec lo veían caminando de un lado a otro del país, y nadie sabía cual era su residencia. Los hombres me parecían muy viejos, pero aún activos y llenos de vida. En el paraje donde estuvo después el Mar Muerto y en Judea, ya había ciudades. También había algunas en el Norte del país. En cambio, en el centro no había ninguna población.

Aquellos tres varones se cavaron ellos mismos su sepultura; el uno cerca de Hebrón, el segundo cerca del Tabor y el tercero no lejos de Safet. Estos varones fueron para Abrahán lo que fué más tarde Juan para la venida de Jesús. Ellos preparaban y purificaban el país; hacían caminos, sembraban buenas semillas y frutos y encauzaban canales de agua para el que había de ser padre de las muchedumbres del pueblo de Dios. Juan, en cambio, preparaba los corazones a la penitencia y al renacimiento, por medio de Jesucristo. Ellos hacían para Israel lo que Juan hizo para la Iglesia. He visto en diversos lugares hombres semejantes a éstos, los cuales habían sido puestos en sus sitios por el mismo Melquisedec.

Muchas veces he visto a Melquisedec, mucho antes de Semíramis y de Abrahán, recorriendo Tierra Santa, entonces salvaje e inculta, ordenando, disponiendo y señalando lugares. Lo veía siempre solo y pensaba para mí: "¿Qué querrá este hombre aquí ahora, siendo que no hay nadie en esta tierra?" Lo he visto cavar un pozo en una montaña, de donde brotó el río Jordán.

Tenía en sus manos un taladro delgado y largo, que entraba como un rayo en las entrañas de la tierra. Lo he visto abrir en diversos lugares fuentes de agua. En los primeros tiempos del mundo no había, como ahora, ríos que fluyen y corren engrosados por la tierra; veía yo, en cambio, que muchas aguas descendían desde una alta montaña en el Oriente.

Melquisedec tomó en posesión muchos lugares de la Tierra Santa señalándolos desde entonces. Midió el espacio donde más tarde estuvo la fuente de Betesda. Puso una piedra donde debía levantarse el templo, antes que existiera Jerusalén. Lo he visto plantar como semillas, y crecieron esas doce nobles piedras, a orillas del Jordán, donde se detuvieron los sacerdotes con el Arca de la Alianza en su paso por el río. De este modo he visto siempre a Melquisedec, solo, menos cuando intervenía entre los hombres para reconciliar, apartar y guiar familias y jefes de pueblos de un punto a otro del mundo. He visto que Melquisedec edificó un castillo cerca de Salén. Era más bien una serie de tiendas, con galería en torno y escaleras, semejante al castillo que vi en el país del rey Mensor, en Arabia. Sólo los fundamentos eran de piedras firmes. Me parece haber visto que subsistían aún en tiempos de Juan Bautista los cuatro ángulos donde estaban metidos los principales pilotes. Quedaba sólo un fuerte fundamento de piedras que parecía un parapeto, donde Juan puso su casita de pajas y juncos. Ese castillo o tienda era un lugar donde caminantes y viajeros se detenían como en público albergue, cerca de agradables y abundantes aguas. Quizás tenía Melquisedec el castillo allí para albergar y enseñar a las gentes que pasaban, ya que yo veía a Melquisedec siempre ocupado en aconsejar y en dirigir a las razas y los pueblos. El lugar tenía desde entonces una relación con el futuro bautismo. Este era el punto de partida de Melquisedec; de allí salía para las obras de edificación de Jerusalén, hacia Abrahán o a cualquier otro punto del país. El reunía aquí y repartía familias y tribus, que luego se establecían en diversos lugares. Esto sucedía mucho antes del sacrificio de pan y vino, el cual me parece sucedió en un valle en la parte meridional de Jerusalén. Había edificado a Salén antes de comenzar la misma Jerusalén.

Donde él obraba o edificaba parecía colocar el fundamento de una futura gracia, como si señalase el lugar de un acontecimiento o comenzase algo que debía realizarse con el andar de los tiempos. Melquisedec pertenece a ese coro de ángeles que están puestos sobre países, comarcas y pueblos. Al mismo coro

pertenecieron aquellos ángeles que llevaban mensajes a Abrahán y a los patriarcas. Estos ángeles están como enfrentando a los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

XXIX
El paciente Job

El padre de Job, gran conductor de pueblos, fué hermano de Faleg, hijo de Heber. Poco antes de su tiempo ocurrió la dispersión de la torre de Babel. Tuvo trece hijos, el más joven de los cuales fué Job y vivía en la parte Norte del Mar Negro, en una montaña donde de una parte es cálido y de la otra frío y nevado. Job es un antepasado de Abrahán, cuya madre era bisnieta de Job, casada en la familia de Heber. Job puede haber alcanzado el tiempo del nacimiento de Abrahán. Había vivido en distintos lugares y sus desgracias las padeció en tres partes. Desde la primera calamidad había tenido nueve años de tranquilidad; en la segunda, siete años, y en la tercera, doce años. Las desgracias le pasaron en diversos lugares de su habitación. En ninguna de sus calamidades había quedado reducido a la última miseria, de modo que no tuviera ya nada; quedaba reducido a la pobreza en comparación con su abundancia anterior. Siempre, empero, había podido pagar sus deudas con lo que le quedaba.

Job no pudo permanecer en la casa de sus padres; tenía otras inclinaciones. Adoraba al único verdadero Dios, especialmente en la naturaleza, en las estrellas y en las cambiantes de la luz. Hablaba siempre de las admirables obras de Dios y tenía un culto de la Divinidad, puro y simple. Al separarse de su padre, se dirigió con los suyos al Norte del Cáucaso. Aquí encontró una comarca muy miserable y cenagosa. Creo que hoy vive allí una gente de narices chatas, abultados pómulos y ojos pequeños. Aquí comenzó a trabajar y todo le prosperaba. Reunía a toda clase de gentes pobres y desamparadas, que vivían en cuevas y matorrales y no tenían para alimentarse otra cosa que aves y animales de caza, que comían crudos, hasta que Job les enseñó a preparar debidamente los alimentos. Les enseñó a cultivar la tierra. Job y su gente llevaban pocos vestidos y vivían en tiendas de campaña. Job tenía ya mucho ganado, asnos manchados y otros animales. Le nacieron aquí, en una vez, tres hijos, y en otra ocasión, tres hijas. No tenía aún ciudad estable, sino que

se trasladaba de una parte a otra de sus posesiones que alcanzaban una extensión de siete horas de camino. No cultivaban en esta tierra pantanosa ninguna clase de trigo, sino una gruesa caña que crecía aún en el agua, que contenía una médula que comían como gacha o asaban al fuego. La carne la tostaban al principio al sol en cavidades en la tierra, hasta que Job les enseñó a cocinar. Solían plantar muchas clases de calabazas para su alimento. Job era indescriptiblemente bueno, manso y caritativo y ayudaba a las gentes pobres. Era muy puro en sus costumbres. Tenía trato familiar con Dios, que se le aparecía con cierta frecuencia en forma de ángel o de hombre sabio, como solían decir las gentes. Estas apariciones angélicas las veía yo en forma de jóvenes resplandecientes, sin barba, con largas y blancas vestiduras de muchos pliegues, que caían hasta los pies de modo que cubrían toda la persona. Estaban ceñidos, y los veía tomar alimentos y bebidas.

Job era consolado por Dios, por medio de estas apariciones, en sus calamidades; y estas mismas juzgaban a sus amigos, a los hijos de sus hermanos y a los parientes. Job no adoraba ningún ídolo, como lo hacía la gente de los contornos. Sólo se había confeccionado una imagen del Todopoderoso, según su idea. Era la figura de un Niño, con resplandores en torno de la cabeza, las manos una sobre otra; en una de ellas tenía un globo donde se veían dibujadas aguas y una nave. Yo creo que era una representación del diluvio, del cual hablaba a menudo Job con dos de sus más fieles amigos, ponderando la sabiduría y la bondad de Dios. La figura era resplandeciente como el metal. El solía llevarla consigo a todas partes. Job ofrecía cereales, quemándolos en sacrificio, delante de la imagen. He visto que el humo subía como por un tubo hacia lo alto. En este lugar le alcanzó a Job su primera calamidad. Tenía siempre lucha y dificultades con los vecinos, que era gente mala. Se trasladó entonces hacia la montaña del Cáucaso, donde recomenzó su trabajo, que prosperó de nuevo. En este lugar empezó, tanto él como su gente, a usar más vestidos: vivían con más perfección la vida familiar. De este segundo sitio se encaminó Job una vez, con grande acompañamiento, hacia el Egipto, donde reyes pastores extranjeros dominaban una parte del país. Más tarde estos reyes pastores fueron arrojados del país por otro rey o faraón de Egipto. Job tuvo la misión de acompañar a una esposa, para uno de estos reyes al Egipto, ya que era pariente de ese rey. Llevaba muchos regalos consigo y he visto como treinta came-

llos cargados y muchos criados de compañía. Cuando lo ví en Egipto, Job era un hombre de gran estatura, vigoroso, de agradable rostro amarillo oscuro y de cabellos rubios.

Abrahán, en cambio, era de color más claro. Los hombres en Egipto eran de color moreno oscuro. Job no estaba de buena gana en Egipto, y he visto que suspiraba por volver al Oriente, a su patria, situada al Sur, más lejos que la tierra de los Reyes Magos. Yo le oía decir delante de sus servidores que prefería vivir entre animales salvajes antes que vivir en Egipto con estos hombres. Estaba sumamente afligido por la espantosa idolatría que reinaba en el país. Ofrecían sacrificios de criaturas vivas a un espantoso ídolo con cabeza de buey y con las fauces abiertas, poniéndole el niño en los brazos calentados al rojo. El rey pastor, para cuyo hijo Job había traído la esposa a Egipto, quería retenerlo allí, y le señaló a Matarea para su vivienda. Este lugar era muy distinto en su aspecto de lo que fué en tiempos en que la sagrada Familia se estableció allí. Con todo, he visto que Job vivió en el mismo lugar donde habitaron María, José y el Niño, y que el pozo de María ya le había sido mostrado por Dios en ese lugar. Cuando más tarde María lo descubrió, este pozo estaba solo cubierto por arriba, pero el interior estaba bien amurallado y conservado. Job usó la piedra del pozo para la ceremonia de su culto a Dios. Job libró su habitación de muchas fieras y animales venenosos, con la oración y los sacrificios. Tuvo visiones de la futura redención de los hombres y aviso de las pruebas que le esperaban. Hablaba con calor contra las abominaciones del culto idolátrico de los egipcios y sus sacrificios, y creo que fueron abolidos en su tiempo.

Al volver por segunda vez a Egipto le sobrevino la segunda calamidad. Cuando después de doce años le sorprendió la tercera desgracia, vivía Job al Sur de Jericó, hacia el Oriente. Creo que le fué dada esta región después de la segunda desgracia, porque en todas partes se le quería mucho y se le honraba por su grande justicia, temor de Dios y sabiduría. Comenzó de nuevo a trabajar y a prosperar en una comarca llana. Cerca, en una montaña fructífera, corrían toda clase de animales apreciados, como camellos en estado salvaje, que se cazaban como entre nosotros suele hacerse con los animales de los bosques. En esta altura se acomodó, se hizo rico y poderoso y edificó una población; esta ciudad tenía sus fundamentos de piedras y lo demás eran tiendas de campaña. Aquí, cuando se hallaba en el apogeo de su gloria y grandeza, le sobrevino la tercera prueba que le

dejó reducido a la miseria y postrado en su extrema enfermedad. Cuando hubo pasado esta prueba, sanó de su enfermedad, tuvo de nuevo muchos hijos e hijas y creo que murió muy anciano en una época en que se introdujo otro pueblo extraño en sus tierras.

Aunque en el libro de Job están narrados los hechos de otra manera, con todo hay allí muchos discursos verdaderamente de él y creo que yo los podría distinguir unos de otros. En la historia de los siervos, que anuncian, uno tras otro, corriendo y seguidos, hay que notar que las palabras "cuando aún hablaba" significan: cuando aún la gente hablaba y recordaba las anteriores desgracias de Job, ya sobrevenía la segunda y tercera. Que Satán se presentó delante de Dios, con los hijos de Dios, para acusar a Job, es una manera de decir. Había entonces mucho comercio entre los malos espíritus y los hombres perversos, y aparecían en forma de ángeles. De esta forma fueron agitados los ánimos de los malos vecinos, que murmuraban de Job diciendo que servía a Dios porque estaba en la prosperidad; que así cualquiera, sintiéndose feliz, podía servir y amar a Dios. Entonces quiso Dios mostrar que el dolor y el padecimiento son muchas veces sólo una prueba para el hombre.

Los amigos de que hablan los libros santos significan los dichos y pareceres de los que le eran favorables y la manera de juzgar los hechos de su prueba. Job aguardaba con ansia al Redentor y es parte del tronco de David, ya que se relacionaba con Abrahán, por la madre de este patriarca, que era de su descendencia, como fueron los ascendientes de Ana respecto de María Santísima.

La historia de Job y sus conversaciones con Dios fueron escritas por dos de sus fieles servidores, que eran como sus mayordomos, a los cuales les narró él mismo sus vicisitudes y la historia de sus calamidades. Estos dos servidores se llamaban Hai y Uis u Ois. Escribían sobre cortezas de árboles. Esta historia se conservó como cosa santa entre sus descendientes y llegó de generación en generación hasta Abrahán. En la escuela de Rebeca se narraba esta historia a los Cananitas, para enseñarles la resignación en las pruebas que Dios manda en esta vida. Así llegó esta historia, por medio de Jacob y José, a los hijos de Israel en Egipto, y Moisés le dió otra redacción para que sirviera de consuelo a los israelitas, durante su esclavitud en Egipto y en su peregrinación a través del desierto. Antes la historia tenía mayor extensión; había muchas cosas en ella que

no hubiesen entendido los israelitas, ni les hubiese servido de nada. Más tarde Salomón le dió nueva redacción: dejó fuera muchas cosas y puso mucho de lo suyo a esta historia. De este modo el primitivo escrito se fué convirtiendo en un libro de edificación, lleno de la sabiduría de Job, de Moisés y de Salomón, pero difícilmente se puede extraer del escrito de hoy la verdadera historia de Job. También en los nombres de personas y lugares hubo cambios: se hizo a Job habitante de Idumea para acercarlo más a los pobladores de la tierra de Canaán.

XXX
El patriarca Abrahán

Abrahán y sus ascendientes eran de una raza de hombres de gran estatura. Llevaban vida pastoril y no eran, en realidad, de Ur, en Caldea, sino que habían emigrado hasta ese lugar. En aquellos tiempos la gente tenía un modo particular de apropiarse de las tierras, mezcla de justicia y de poder. Llegaban a una comarca desocupada donde había buenos pastos, marcaban los límites de sus posesiones, levantaban piedras en forma de altar y de este modo el terreno designado venía a ser su propiedad. En su juventud le pasó a Abrahán algo semejante a lo que le pasó al niño Moisés: su nodriza le salvó la vida. Le había sido predicho al jefe de la tribu que tendría un descendiente que sería un niño maravilloso, el cual, con el andar del tiempo, vendría a ser peligroso para él. El jefe tomó medidas de precaución. La madre de Abrahán se mantuvo oculta, y el niño nació en la misma gruta donde había visto que Eva tuvo que ocultar a Set de la ira de los perseguidores. Abrahán fué criado aquí secretamente por su nodriza Maraha. Esta mujer vivía como sierva pobre en el desierto y tenía su habitación no lejos de la cueva que después, por ella, se llamó gruta de la leche, y donde, a su pedido, fué enterrada por Abrahán. Abrahán era de alta estatura. Sus parientes lo admitieron con los demás, porque les pareció que ya debía haber nacido antes de la profecía recibida. Estuvo, sin embargo, en peligro por su extraordinaria prudencia, que lo distinguía demasiado de los demás. La nodriza lo salvó nuevamente y lo ocultó largo tiempo en la cueva. He visto que en esta ocasión se mataron a muchos niños de su edad. Abrahán estuvo siempre mûy agradecido a esta nodriza y la llevaba consigo en sus viajes sobre un camello. Vivio Abrahán con ella en

Sukot. Murió a los cien años, y Abrahán le preparó la sepultura en un bloque de piedra blanca que, como una colinita, estrechaba la misma cueva. Esta gruta se convirtió en un lugar de peregrinación y de devoción, especialmente para las madres.

En toda esta historia hay un misterio y preanuncio de la persecución que sufrirían María con el niño Jesús, ya que la Virgen escondió al Niño Jesús precisamente en esta cueva, cuando se acercaban los soldados de Herodes que buscaban al Niño para matarlo. El padre de Abrahán sabía muchas artes secretas y poseía muchos dones. La gente de su estirpe tenía el don de conocer y descubrir donde había oro en la tierra, y él hacía de oro algunos ídolos semejantes a aquéllos que Raquel había sustraído a Labán. Ur es la población que está al Norte de Caldea. He visto en esta comarca, en muchos lugares de la llanura y en la montaña, salir un fuego blanquizco, como si ardiese la tierra. No sé si este fuego era natural o lo hacían los hombres.

Abrahán era gran conocedor de las estrellas: veía las propiedades de las cosas y la influencia de los astros sobre los nacimientos. Veía muchas cosas por las estrellas; pero lo refería todo a Dios, seguía a Dios en todo y le servía a Él solo. Enseñaba también a otros esta ciencia en la Caldea; pero vinculaba toda esta ciencia a Dios. Ví que recibió de Dios en una visión la orden de salir de su país. Dios le mostró otro país; y Abrahán, sin decir nada a nadie, dispuso a toda su gente a la mañana siguiente y partió. Después ví que tenía su tienda levantada en una región de la tierra prometida, que me pareció era donde estuvo más tarde Nazaret. Abrahán levantó aquí un altar extenso de piedras, con techo. Mientras estaba hincado delante del altar, llegó un resplandor sobre él y apareció un ángel, mensajero de Dios, que le entregó un don muy resplandeciente. El ángel habló con Abrahán y éste recibió el sacramento o misterio de la bendición, el misterio santo del cielo. Abrió su vestido y lo guardó en su pecho. Me fué dicho que ello era el Sacramento del Antiguo Testamento. Abrahán no conocía aún su contenido; le era desconocido, como a nosotros nos está oculto el Sacramento de la Eucaristía. Le fué dado, empero, como misterio y prenda de una descendencia prometida y santificada. El ángel que se le apareció era semejante al que se apareció a la Virgen María anunciándole la concepción inmaculada del Mesías. Este ángel era manso, quieto en sus modales y no tan veloz ni acelerado como veo a otros ángeles cuando dan sus comunicados.

Pienso que Abrahán llevaba siempre consigo este misterio sagrado. El ángel habló con Abrahán de Melquisedec, que celebraría delante de él un sacrificio, que debía ser completado después de la venida del Mesías y durar eternamente. Abrahán tomó luego cinco grandes huesos de una caja y los puso sobre su altar en forma de cruz. Encendió luz delante y ofreció un sacrificio. El fuego brillaba como una estrella; en el medio era blanco y en las puntas, rojo.

Más tarde ví a Abrahan en Egipto con Sara. Había emigrado por necesidad de sustento; pero también para rescatar un tesoro que, por medio de una parienta de Sara, había sido llevado allí. Esto le había sido revelado y mandado por Dios. El tesoro era un registro de la descendencia de los hijos de Noé, especialmente desde Set hasta ese tiempo. El registro estaba hecho de trozos de oro, en forma de triángulos enhebrados. Una hija de una hermana de la madre de Sara lo había sustraído y llevado a Egipto. Esta había venido a Egipto con los pueblos pastoriles de la raza lateral, algo decaída de la civilización, del patriarca Job. Allí había servido como sirvienta. Había sustraído el tesoro de igual modo que Raquel sustrajo los ídolos de Labán. Este árbol genealógico estaba hecho a manera de platillo de balanza junto con hilos o cordones, formados de trozos triangulares enlazados con otras líneas laterales. Sobre estos trozos de oro estaban grabados, con figuras y letras, los nombres de los patriarcas, desde Noé, especialmente desde Sem, hasta esa fecha. Cuando se soltaban estos cordones, todo el artificio quedaba encerrado en el platillo. Se me ha dicho cuántos siclos valía este tesoro; pero lo he olvidado. Este árbol genealógico había ido a parar a manos de los sacerdotes de Egipto y del Faraón, los cuales por medio de él habían tratado de contar y fijar sus genealogías; pero todo lo hacían falsamente. Cuando más tarde el Faraón fué afligido con graves plagas y desgracias, se aconsejó con sus sacerdotes idólatras y entregó a Abrahán cuanto éste le había pedido.

Cuando Abrahán volvió a la tierra prometida, he visto a Lot, con él, en la tienda y a Abrahán señalando con la mano toda la extensión Abrahán tenía mucha semejanza en su proceder con los Reyes Magos: vestidura blanca y larga, de lana, con mangas; por delante, colgábale un cinturón también blanco, con borlas, y por detrás, una capucha. Sobre la cabeza llevaba una especie de gorra y en el pecho ostentaba un escudo de metal o piedra preciosa en forma de corazón. Llevaba barba larga. Me

es imposible expresar cuán bondadoso y generoso era. Cuando tenía algo que a otros le agradaba poseer, especialmente animales, lo daba de inmediato. Era adversario de las enemistades, la envidia y la codicia.

Lot estaba vestido como Abrahán; pero no era de tan elevada estatura ni de tan noble porte. Era bueno, aunque algo codicioso. He visto como sus criados discutían y reñían, y como se apartó de Abrahán; pero he visto oscuridad y niebla en torno de él. Sobre Abrahán yo veía resplandor. Ví que se alejó de allí, peregrinando, y levantó un altar de piedras, debajo de un pabellón. Los hombres eran bastante industriosos para hacer figuras de las piedras y trabajaban en ello tanto el patrón como el siervo. Este altar estaba en Hebrón, que fué más tarde lugar de la vivienda de Zacarías, padre del Bautista. La comarca elegida por Lot era muy buena, como todos los campos en torno del Jordán. He visto luego que fueron saqueadas las ciudades donde vivía Lot y él mismo llevado de allí con todo lo que poseía. He visto que un fugitivo logró narrar el hecho a Abrahán. Este rezó y salió con todos sus siervos en persecución de los asaltantes, los sorprendió y libró a su hermano Lot. Este le dió las gracias y mostraba pesar de haberse apartado de Abrahán. Los jefes y guerreros enemigos, especialmente los gigantes que asaltaban y subyugaban con prepotencia, y que fueron esta vez vencidos, no vestían como Abrahán y su gente. Llevaban vestidos más angostos y más cortos; su vestimenta tenía más pliegues, con muchos botones y adornos de estrellas y alhajas.

XXXI

El sacrificio de pan y vino de Melquisedec

A Melquisedec lo he visto varias veces con Abrahán. Llegaba de la manera que otros ángeles solían visitar a Abrahán. Una vez le ordenó un sacrificio triple de palomas y otras aves y le predijo lo que había de suceder a Sodoma y a Lot. Le anunció que volvería para ofrecer un sacrificio de pan y de vino. Le indicó también lo que debía pedir a Dios. Abrahán se mostraba lleno de respeto delante de Melquisedec y ansioso de ver el sacrificio que se le había anunciado. Levantó un altar muy hermoso y lo rodeó de una techumbre de hojas.

Cuando Melquisedec volvía para celebrar el sacrificio de pan y de vino, hízose anunciar a Abrahán por un mensajero,

como rey de Salén. Abrahán le salió al encuentro, se hincó delante y recibió su bendición. Esto sucedió en el valle meridional de una llanura que se extiende hacia Gaza. Melquisedec venía del lado donde fué más tarde Jerusalén. Venía en un animal muy veloz, de cuello corto y ancho, que estaba muy cargado. De un lado traía un recipiente con vino, algo achatado en la parte que tocaba a la bestia; del otro, un recipiente con panes ovalados, planos, apilados unos sobre otros, y el cáliz que he visto más tarde en la institución del Sacramento del altar, junto con unos vasos pequeños en forma de barrilitos. Estos vasitos no eran de oro ni de plata sino de una materia transparente, como piedras preciosas, de color oscuro. Me parecían más bien nacidos y crecidos, que hechos a mano. Melquisedec me parecía ahora como el Señor durante su vida pública. Era esbelto y alto de estatura, de rostro severo y bondadoso. Llevaba un vestido largo, tan blanco y cándido que me recordó la vestidura resplandeciente con que apareció Jesús en el Tabor. El vestido blanco de Abrahán parecía gris en comparación con el de Melquisedec. Llevaba un cinturón con letras, como he visto más tarde a los sacerdotes judíos, y como ellos, también, una especie de mitra en la cabeza cuando ofrecía el sacrificio. Sus cabellos eran de amarillo resplandeciente, lúcidos como seda; su rostro, luminoso.

El rey de Sodoma estaba presente cuando se acercó Melquisedec a la tienda de Abrahán. En derredor había mucha gente con cabalgaduras, sacos, cajones y diversas cargas. Todos permanecían silenciosos, en actitud respetuosa y solemne, llenos de veneración hacia Melquisedec, cuya presencia infundía temor. Este se acercó al altar, sobre el cual había una especie de tabernáculo, dentro del cual colocó el cáliz. En el altar había una cavidad, creo que para el sacrificio. Abrahán, como acostumbraba hacerlo, había puesto sobre el altar huesos de Adán, que antes había tenido Noé consigo en el arca. Pedían con ellos a Dios quisiera cumplir la promesa del Mesías, que antes había hecho a Adán. Melquisedec puso sobre el altar un mantel colorado que había traído consigo y luego otro de blancura transparente. Las ceremonias me recordaron el rito de la santa Misa. Lo he visto alzar en sus manos el pan y el vino, ofrecer, bendecir y partir el pan. Le dió a Abrahán el cáliz, que se usó más tarde en la última Cena, para beber de él; los otros bebieron en los vasitos, que fueron distribuídos por Abrahán y por los principales del pueblo. Lo mismo se hizo con los panes. Cada

uno recibía un bocado bastante grande, como se acostumbraba en los primeros tiempos de la Iglesia, durante la comunión. He visto que esos bocados resplandecían; estaban solo bendecidos, no consagrados. Los ángeles no pueden consagrar. Todos estaban conmovidos y elevados hacia Dios. Melquisedec dió a Abrahán pan y vino para gustar: este pan era más delicado y luminoso que los otros. Recibió en esta ocasión gran fortaleza y una tan robusta fe que no dudó más tarde en ofrecer a su propio hijo, el hijo de la esperanza, por mandato de Dios. Profetizó y dijo estas palabras: "Esto no es lo que Moisés dió a los Levitas en el Sinaí". No puedo asegurar si Abrahán mismo ofreció luego el sacrificio de pan y vino; pero puedo asegurar que el cáliz del cual él bebió es el mismo que usó Jesucristo más tarde cuando instituyó el Santísimo Sacramento del altar. Al tiempo que Melquisedec bendijo a Abrahán, durante el sacrificio de pan y vino, lo consagró sacerdote. Pronunció sobre él estas palabras: "Y dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha. Tú eres sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec. El Señor lo ha jurado y no se arrepentirá de ello".

Le impuso las manos, y Abrahán le dió los diezmos. He entendido el significado del diezmo de Abrahán después de su consagración; pero se ha borrado de mi memoria. He visto también que David, al escribir esas palabras, tuvo una visión de la consagración de Abrahán por Melquisedec y que pronunció las últimas palabras proféticamente. Las palabras "siéntate a mi diestra", tienen una especial significación.

Cuando veo en forma de figura la eterna generación del Verbo en el seno del Padre, se me muestra al Hijo saliendo de la derecha del Padre en forma luminosa, rodeada de un triángulo, como se representa el ojo de Dios; en la parte superior se ve al Espíritu Santo. Todo esto es inexplicable para mí. Asimismo he visto a Eva salir del costado derecho de Adán. Los patriarcas tenían la bendición en la parte derecha, y colocaban a sus hijos, cuando les daban la bendición, a su derecha. Jesús recibió la lanzada en el costado derecho. La Iglesia nace del costado derecho de Jesús. Para entrar en la Iglesia, lo hacemos por el lado derecho del costado de Jesús y así estamos unidos por medio de El con su Eterno Padre.

Creo que con el sacrificio de Melquisedec y la bendición de Abrahán, terminó su misión sobre la tierra. Después de esto no he vuelto a verlo. Melquisedec dejó a Abrahán el cáliz con los seis vasitos que usó en el sacrificio.

XXXII

Abrahán recibe el misterio del Antiguo Testamento

Abrahán estaba sentado, rezando delante de su tienda, bajo un frondoso árbol que miraba hacia el camino principal. Lo he visto a menudo sentado así para ofrecer hospitalidad a los viajeros. Estaba entonces mirando hacia el cielo. Tenía delante una visión de Dios, como en un rayo de luz solar y se le anunció la proximidad de los tres hombres sabios que habrían de visitarlo. Al punto ofreció un cordero sobre el altar, y lo ví de rodillas, como en éxtasis, pidiendo por la redención de los hombres. Este altar estaba a la derecha del gran árbol, en una tienda abierta por arriba. Más lejos, a la derecha, había otra tienda, donde Abrahán guardaba los enseres del sacrificio y donde se entretenía con sus pastores cuando acudían a verlo. Del otro lado, algo más alejada de la calle principal, estaba la tienda de Sara y de sus mujeres, porque las mujeres solían vivir aparte. El sacrificio de Abrahán estaba por terminar cuando aparecieron en el camino real los tres ángeles. Caminaban uno detrás de otro, con los vestidos recogidos, como viajeros. Abrahán les salió al encuentro; les habló, inclinándose delante de ellos, hacia Dios, y los llevó junto a la tienda del altar, donde dejaron caer sus vestidos, e indicaron a Abrahán que se hincase. He visto lo que sucedió con Abrahán, que estaba entonces como en éxtasis, y lo que hicieron los ángeles, en muy corto tiempo, como todo lo que sucede en ese estado. El primer ángel anunció a Abrahán, que estaba de rodillas, que Dios quería hacer salir de su descendencia una virgen sin mancha de pecado, la cual, como virgen inmaculada, debía ser la madre del Redentor. Le dijo que él iba a recibir lo que Adán había perdido por el pecado. Diciendo esto, el ángel le dió un bocado luminoso y le hizo beber, de un recipiente pequeño, un líquido brillante. Después el ángel bendijo con su mano a Abrahán de la cabeza hacia abajo; luego del hombro derecho hacia el pecho, y finalmente del izquierdo hacia el mismo sitio, donde se unieron las tres líneas de la bendición. Con ambas manos el ángel dió a Abrahán algo luminoso, como una nubecilla: se la puso sobre el pecho. He visto que la nubecilla pasó a su interior, y tuve la certidumbre de que recibía el santo misterio.

El segundo ángel le dijo que él debía entregar este misterio, en la misma forma como lo había recibido, antes de su muerte,

al primer hijo que tendría de Sara, y le anunció que Jacob, su nieto, sería padre de doce hijos, que serían los padres de las doce tribus. Añadió que este misterio de bendición le sería quitado a Jacob; y cuando Jacob se hubiese convertido en un pueblo numeroso debía pasar al Arca de la Alianza, como una bendición para todo el pueblo, que debía conservarse mediante la oración. Le mostró, también, como a causa de los pecados de los hombres, pasaría este misterio desde el arca a los profetas, y, por último, a un hombre, que sería el padre de la Virgen inmaculada. Supe en esta ocasión que a los paganos se les daría la promesa por medio de seis profetisas, y por el anuncio que harían las estrellas del nacimiento de la salud del mundo de una virgen incorrupta. Abrahán tuvo en esta ocasión una visión: vió a esta virgen en lo alto del cielo y a su derecha cernirse un ángel que le tocaba la boca con un ramito. Del manto de la Virgen salía luego la Iglesia.

El tercer ángel anunció a Abrahán el nacimiento de Isaac. He visto a Abrahán tan contento con el anuncio de la Virgen prometida y con la visión que había tenido, que casi no pensó mucho en Isaac, y creo que más tarde fué la promesa de la futura Virgen lo que le consoló y le hizo fácil el cumplimiento del mandato de Dios de sacrificar a Isaac.

Después de estas cosas ví que Abrahán sirvió a los ángeles, y ví la risa de Sara. Luego ví cómo guiaba a los ángeles por el camino y como rogaba por Sodoma. Cuando Abrahán volvió de su extásis, condujo a los ángeles bajo el gran árbol y puso una tarima, sobre la cual se sentaron los ángeles, mientras él les lavaba los pies. Luego fué adonde se encontraba Sara para que preparase una comida, la cual trajo ella, cubierta con el velo, hasta mitad del camino. Después de la refección acompañó Abrahán a los ángeles un trecho del camino, y como hablasen del nacimiento del hijo, fué entonces cuando rió Sara, que oyó decir esto porque se había acercado por detrás de la tienda. He visto muchas palomas, mansas como gallinas, en torno de la casa. La comida consistió precisamente de palomas, panes redondos y miel. Abrahán había tenido, antes de su partida y salida de Caldea, por ministerio de un ángel, conocimiento del misterio de la bendición, pero veladamente, y más como una prenda del cumplimiento de la Promesa de que sería padre de un numeroso pueblo. Ahora le fué renovado, por medio de los ángeles, este misterio o sacramento, y fué instruído mayormente.

XXXIII
Historia de Jacob

Rebeca sabía que Esaú no tenía rayo ninguno del misterio de Dios. Esaú era torpe, grosero y holgazán. Jacob, por el contrario, era muy vivo, prudente, y se asemejaba a la madre. Isaac se inclinaba más hacia Esaú por ser el primogénito. Este salía a menudo de caza. Rebeca iba meditando cómo podía hacer recaer en Jacob el derecho de la primogenitura y la bendición paterna. La compra de este derecho se lo había sugerido Rebeca a Jacob. La comida consistió en una legumbre con carne y hojas verdes, como lechuga. Esaú venía rendido; Jacob le arrancó con sus artes la entrega de la primogenitura. Isaac era ya anciano, estaba ciego, y temiendo morirse quiso dar su bendición a Esaú. Rebeca sabía que Jacob debía tenerla y no consiguió persuadir a Isaac: estaba muy conturbada e inquieta. Como Isaac no quería diferir el cumplimiento de su deseo, y llamase a Esaú, que estaba cerca, se tuvo que ocultar Jacob, para que no lo viera Esaú. Rebeca mandó a Jacob que fuera a buscar un cabrito de la majada, porque Isaac había pedido a Esaú que le trajese algo de su caza. Apenas hubo salido Esaú, ya estaba la comida de Rebeca pronta. Los buenos vestidos de Esaú, que Rebeca puso a Jacob, consistían en una chaqueta, como él solía llevar, pero más tiesa y bordada en el pecho. Esaú tenía los brazos y el pecho muy velludos, como una piel; por eso Rebeca le acomodó pieles sobre los brazos y el pecho, en la parte de la abertura. Sólo en los bordados y adornos era esta chaqueta diferente de las demás; en los lados estaba abierta y tenía una abertura bordada de pieles delicadas, de color oscuro, por donde se ponía al cuello. A los lados se anudaba con cintas de cuero. La faja de la cintura servía también de bolsillo. La chaqueta no tenía mangas. El pecho estaba libre. Lo que cubría la cabeza, como asimismo la especie de mandil, eran de color rojo oscuro. He visto como Isaac tanteaba a Jacob en los brazos y el pecho, donde era tan velludo Esaú, y como vacilaba y se mostraba pesaroso e indeciso. Pero llegado el momento, como era voluntad de Dios, terminó por creer que era Esaú y dió a Jacob la bendición, que él había recibido de Abrahán, y éste del ángel.

He visto, sin embargo, que antes había preparado con Rebeca algo misterioso que pertenecía a esta bendición; era una bebida contenida en un vaso. Los hijos nada sabían de esto: sólo aquél que tenía la bendición recibía el misterio, el cual,

con todo, permanecía misterioso para él, como para nosotros el santo Sacramento. Este recipiente era de un lado más chato que de otro; era transparente y luminoso como madreperla; estaba lleno de un líquido rojizo, y tuve la impresión que fuera sangre, como sangre del mismo Isaac. Rebeca intervino en la preparación. Cuando Isaac bendijo a Jacob, éste estaba solo con su padre. Tuvo que descubrirse el pecho delante de su padre. El padre llevó su mano, bendiciendo, desde la frente, en línea recta, hacia abajo; luego, desde el hombro derecho hasta abajo, y lo mismo desde el hombro izquierdo. Puso la mano derecha sobre la cabeza de Jacob y la izquierda bajo el corazón. En esto tuvo que beber Jacob del líquido; luego siguió una ceremonia, como si Isaac le diera todo, potestad y fuerza, pues pareció que sacaba con ambas manos algo de su cuerpo y lo ponía en el de Jacob. Tuve la persuación que era toda su fuerza la bendición. En todos estos actos Isaac recitaba oraciones en alta voz. Isaac estaba incorporado en el lecho al dar la bendición, lleno de entusiasmo, y salía como un resplandor de él. Cuando trazaba las líneas de la bendición tenía las manos algo levantadas, como el sacerdote cuando dice el *Dominus vobiscum*. Cuando Isaac rezaba Jacob tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

Cuando Isaac le dió la bendición, la recibió Jacob cruzando las manos sobre el pecho como quien abraza algo sensible. Por último, Isaac puso sus manos sobre la cabeza y en la región del estómago. El vasito del cual bebió Jacob, le fué también entregado. Cuando terminó el acto de la bendición, he visto a Isaac completamente exhausto por el esfuerzo o por la real entrega de algo que él perdía al dárselo a Jacob. En cambio, he visto a Jacob lleno de fuerza, rozagante, pleno de vida y animación.

En este momento volvía Esaú de su caza. Cuando Isaac se enteró del cambio de persona, en cuanto a la bendición, no se irritó; conoció que era la voluntad de Dios. Esaú, en cambio, estaba rabioso; y se arrancaba los cabellos; pero me pareció que no era tanto por la pérdida de la bendición, como por envidia contra Jacob. Ambos hermanos eran ya hombres cuando recibió Jacob la bendición. Esaú tenía entonces dos mujeres, cosa que disgustaba grandemente a sus padres. Ambos tenían más de cuarenta años de edad. Cuando Rebeca vió la ira de Esaú, envió secretamente a Jacob a casa de su hermano Labán. Lo he visto partir. Vestía chaqueta hasta la cintura y túnica hasta las rodillas, sandalias en los pies y lienzos en la cabeza. Llevaba un bastón de viajero y un saco con panes colgado de los hombros

del otro lado, una botella con bebida. Era todo lo que llevaba consigo. Así lo he visto partir del lado de su madre, deshecha en lágrimas. Isaac lo bendijo también y le dijo que partiera y tomase mujer allí mismo. Los padres sufrieron mucho por causa de Esaú, especialmente Rebeca.

XXXIV
Viaje de Jacob a Mesopotamia

He visto a Jacob durante su viaje a Mesopotamia descansando y durmiendo en el lugar donde después estuvo Betel. El sol se había ocultado. Puso una piedra por almohada y se durmió, echado de espaldas. Su bastón descansaba sobre su brazo. He visto la escala que vió él en sueños y de la cual dice la Escritura que estaba sobre la tierra y que su punta llegaba al cielo. Yo he visto, en cambio, esta escala comenzar en Jacob, tendido, y llegar hasta el cielo. La he visto como un vivo árbol genealógico de su propia descendencia. Del mismo modo que se suele representar un árbol genealógico, he visto que nacía, bajo el seno del mismo Jacob durmiente, un sarmiento verde que se dividía en tres ramificaciones, las cuales subían derechamente, como una pirámide de tres partes, para terminar en lo alto del cielo. Estas tres ramas iniciales estaban unidas abajo con ramas laterales. Estas ramas de las tres ramificaciones principales formaban como los peldaños de la escala. He visto estos peldaños llenos de figuras y apariciones, que eran los descendientes de Jacob, subiendo en la escala, que representaban la genealogía de Jesús, según la carne. Estas ramas laterales, a veces sobrepasaban unas a otras; otras veces se cruzaban; otras, quedaban rezagadas, y otras, viniendo de otro lado, sobrepasaban a éstas, según que por el pecado se enturbiaba alguna línea o era purificado por la penitencia y la castidad este germen de la humanidad del Verbo. En la cumbre de la escala había una flor pura y hermosa, la Inmaculada María, de la cual debía nacer Jesucristo, tocando los confines del cielo. He visto, sobre esta flor, el cielo abierto, y el esplendor de Dios, y cómo Dios mismo habló a Jacob desde esa altura. Luego vi cómo Jacob, al despertar por la mañana, dispuso primeramente un fundamento de piedras redondas; colocó una piedra plana, y sobre ésta puso la misma piedra sobre la cual había reclinado su cabeza. Hizo fuego y ofreció algo; luego derramó alguna cosa sobre esa pie-

dra. Rezaba allí hincado de rodillas. Me parece que hizo fuego, de la manera que lo hacían los Reyes Magos, por medio de frotación y fricción.

Después he visto a Jacob caminando con su bastón hacia la casa de Labán, y deteniéndose en varios lugares como Betel. En este viaje lo ví de nuevo en Ainón, donde había estado ya antes; allí renovó una cisterna, que fué donde más tarde bautizaba Juan. Lo he visto en el lugar de Mahanim, rezando y pidiendo al Señor le protegiese y le conservase los vestidos para no parecer tan mal a su llegada a casa de Labán, y éste le reconociese como pariente. He visto que entonces aparecieron a ambos lados, flotando en el aire, dos grupos de gentes como significando que estaba protegido y que así se multiplicaría y sería poderoso. A la vuelta de Mesopotamia tuvo la confirmación de lo que había visto en visión. Después lo vi, caminando más hacia el Este, llegar a la parte meridional del río Yabok y pasar la noche allí, en el mismo lugar donde a la vuelta luchó con el ángel. Aquí también tuvo una visión.

En la vuelta de Mesopotamia se detuvo Jacob más al Oriente de lo que fué Jabesh - Gilead. He visto cómo su suegro Labán le fué persiguiendo, porque le habían sido robados sus ídolos, cómo lo alcanzó y lo hizo volver, y cómo por motivo de esos ídolos robados hubo mucha discusión entre los dos. Jacob ignoraba que Raquel los había sustraído ocultamente. Cuando Raquel vió que su padre, que había revisado todo el campamento en busca de sus ídolos, acercábase hacia ella, escondió los ídolos hurtados bajo una gran cantidad de paja para los camellos, y se sentó encima cubierta con el velo, como si estuviera enferma y retirada. Este montón de heno estaba amontonado no lejos de su tienda, en el declive del valle, al Sur del río Yabok. Estos ídolos eran de metal, en forma de muñecos en pañales, de un largo de cinco brazos y medio. Sobre ese montón de heno se sentaron otras mujeres con Raquel. Recuerdo haber visto sentado sobre un montón de heno, aún más grande, a Job en su desgracia. El montón era como de una carrada entera de heno. Los viajeros llevaron mucho heno consigo en el viaje y cargaron más en el camino. Raquel se había enfadado mucho antes a causa de esos ídolos de su padre y los había hurtado para librarlo de esa idolatría.

Jacob había enviado mensajeros a Esaú, por quien sentía temor. Estos volvieron aunciándole que Esaú se acercaba con cuatrocientos hombres. Dividió entonces Jacob a su gente en dos

partes, y al ganado de la primera, en varias secciones, que envió delante a presencia de Esaú. Jacob llevó a su gente hacia Mahanim y allí tuvo de nuevo aquella visión que había visto a la salida para Mesopotamia: un ejército de ángeles. Por esto dijo: "Con un bastón salí y me veo enriquecido con dos ejércitos". Entendió entonces la visión. Cuando todo fué transportado al otro lado del río Yabok, hizo pasar a sus mujeres e hijos, y se quedó solo. Levantó su tienda allí donde, a su salida de Palestina, había visto la presencia de Dios. Quería pasar allí la noche para rezar. Hizo cerrar por todos lados su tienda y dijo a sus servidores que se alejasen. He visto aquí como clamaba al Señor, presentándole sus angustias, y especialmente su gran temor de Esaú. La tienda tenía una abertura arriba para poder mirar mejor a lo alto del cielo.

XXXV

La lucha con el ángel

He visto la lucha de Jacob con el ángel: fué todo en visión. El se levantó para rezar. Entonces vino del cielo la aparición de una persona grande y luminosa, y comenzó a luchar con él, como si quisiera sacar fuera de la tienda a Jacob. De este modo lucharon de un lado a otro de la tienda. La aparición hacía como si quisiera echar a Jacob hacia todos los cabos del mundo, mientras Jacob volvía, luchando siempre, al medio de la tienda. Era un presagio de que Jacob sería con su descendencia forzado a ir por todas partes del mundo, pero que no saldría nunca de la tierra prometida. Al punto que Jacob volvía nuevamente al centro de su tienda, tocóle el ángel su cadera. Esto lo he visto en el momento en que Jacob, luchando en este sueño visionario, quiso tenderse en su lecho o que cayó sobre él rendido. Mientras el ángel tocaba su cadera y hacía allí lo que debió hacer, dijo él a Jacob, que aún seguía sujetando al ángel: "Déjame, pues ya es la aurora". Entonces despertó Jacob de su sopor y de su lucha, vió al ángel que estaba delante de él y dijo: "No te dejaré si no me bendices". Se sentía necesitado de fortaleza y de la bendición de Dios, pues temía aún el encuentro de Esaú. Entonces preguntó el ángel: "¿Cómo te llamas tú?" Esto pertenece ya a la bendición. También Abrahán fué llamado Abrahán cuando fué bendecido. Respondióle: "Me llamo Jacob". Díjole el ángel: "Te llamarás Israel, pues has luchado con Dios y con los hombres y no has sido vencido". Jacob preguntó: "¿Cómo te

llamas tú?" El ángel contestó: "¿Por qué me preguntas mi nombre?" Esto significa: '¿No me conoces acaso?' Jacob se hincó delante de él y recibió la bendición. El ángel bendijo a Jacob como Dios había bendecido a Abrahán y como éste bendijo a Isaac y como Isaac a Jacob, en tres líneas. Esta bendición tenía relación especial con la paciencia y con la perseverancia en la adversidad. Desapareció el ángel. Jacob vió la aurora y llamó a este lugar Phanuel. Hizo desmantelar su tienda y se reunió con su familia, pasando el río Yabok. Salía el sol entonces y comenzó Jacob a cojear de un lado, pues había sido allí debilitado.

Cuando se separaron Esaú y Jacob, se retiró éste con todos los suyos a Mahanim y se posesionó de la comarca de Sukot hasta la colina de Ainón con sus ganados y sus siervos. Vivió diez años en Ainón. Después se extendió con sus posesiones desde Ainón, hacia el Oriente, hasta más allá del Jordán, hacia Salén, y tuvo sus tiendas hasta donde fué Siquem y compró allí mismo un campo.

He visto como Dina paseaba por allí con sus criadas curiosamente y conversaba con los Siquemitas. He visto que Siquem la trataba amigablemente y que volviendo sus criadas a casa, ella se quedó dentro de Siquem. Por este hecho sobrevino luego gran calamidad sobre ella misma y asalto y muerte sobre los Siquemitas. Siquem era entonces una pequeña población hecha de piedras cuadradas y tenía una sola puerta.

Abrahán, Isaac y Jacob y los Patriarcas eran, en la parte derecha de sus cuerpos, de mayor potencia que en la parte izquierda. No se notaba el hecho exteriormente. Llevaban vestidos amplios, de modo que lo podían ocultar. Había en ellos, en esa parte, una plenitud, como una hinchazón. Era un sagrario, una bendición y un misterio encerrado. Tenía la forma de una habichuela con un germen, y era luminoso. El primogénito lo recibía de su padre y por esto tenía tanta preeminencia. Jacob lo recibió en lugar de Esaú y la madre sabía que estaba destinado para eso. Cuando el ángel, después de su lucha con Jacob, le tocó, perdió éste el germen misterioso de bendición. No le quedó herida alguna; fué como un agotarse aquella plenitud. Desde entonces no fué tan fuerte y ni tan seguro de la protección de Dios. Antes era como un hombre fortalecido con un sacramento. Después de haberlo perdido fué, en cambio, más humilde, más cuidadoso y solícito y sufrió mayor necesidad. Sintió Jacob que se le quitaba su bendición de fortaleza, y por eso no quiso dejar al ángel hasta que éste lo bendijera, para fortalecerlo. Después

José recibió nuevamente, por medio de un ángel, esta bendición, cuando se encontraba en la cárcel del Faraón de Egipto.

XXXVI

Historia de José

Cuando José fué vendido en Egipto tenía dieciséis años de edad. Era de regular estatura, esbelto, flexible, animoso de alma y cuerpo. Era muy diferente de sus hermanos. Todos se sentían inclinados a amarle. Si su padre no le hubiese dispensado tanta preferencia, sus hermanos le hubiesen amado. Rubén era más noble que los demás; Benjamín era, en cambio, un joven grande, tosco, pero bondadoso y dócil de carácter.

José llevaba los cabellos partidos en tres partes, dos de cada lado y la tercera parte rizada y a lo largo del cuerpo. Cuando fué virrey de Egipto, lo llevó corto; más tarde, de nuevo largo. Con la túnica polimita dió Jacob a José también algunos huesos de Adán, sin que José supiese lo que eran. Jacob se los dió con objeto de protección, pues sabía que sus hermanos le envidiaban. José tenía estos huesos de Adán encerrados en una bolsita de cuero redondeada, que colgaba en su pecho. Cuando sus hermanos lo vendieron, le despojaron sólo de su túnica de color y de su acostumbrado vestido; pero José llevaba aún sobre su cuerpo una faja y una especie de escapulario sobre su pecho, debajo del cual estaba la bolsita de las reliquias. Esa túnica polimita era blanca con rayas coloradas y tenía sobre el pecho tres cordones negros con adornos amarillos en el centro. Esta túnica estaba ceñida más ampliamente arriba para poder llevar objetos dentro; abajo era más angosta y a los lados tenía aberturas para poder caminar con soltura. Le llegaba muy abajo; por detrás era algo más pendiente y por delante staba abierta. En cambio, su vestido ordinario le llegaba sólo más abajo de las rodillas. José era ya conocido del Faraón y su mujer cuando llegó a la cárcel. José cuidaba también los asuntos de Putifar, y éste cumplía tan bien sus oficios con Faraón, cuando estaba José en su casa, que Faraón deseó mucho ver a este siervo. La mujer del Faraón estaba muy ansiosa de conseguir salud y ayuda de los dioses, y era muy apegada a los ídolos, y aun deseaba conocer nuevas divinidades. Así se maravillaba mucho de la sabiduría, viveza y nobleza del joven extranjero, de tal modo que en su interior lo tenía por un dios y decía al Faraón: "Este hombre

ha sido mandado por los dioses: no es un hombre como los demás". Lo pusieron en la parte más decente de los encarcelados y llegó a ser superintendente de los demás presos. La mujer del Faraón lloraba y se lamentaba mucho de que hubiese sido puesto en la cárcel como un malvado y creía que se había equivocado en su concepto anterior. Cuando fué sacado de la cárcel y llegó a la corte, le fué siempre muy adicta. La copa que más tarde mandó poner en la bolsa de Benjamín, fué el primer regalo de la mujer del Faraón. Conozco bien esta copa: tiene dos asas y no tiene pie. Estaba formada de una piedra preciosa o de una materia transparente, que me es desconocida, y tenía forma muy semejante a la parte superior del cáliz de la última Cena. Se halló entre los recipientes que los hijos de Israel llevaron de Egipto y más tarde fué guardada en el Arca de la Alianza.

José estuvo siete años en la cárcel, y estando allí mismo en la más grande aflicción, recibió el misterioso germen de Jacob, como los patriarcas lo habían recibido y tuvo allí una visión de su numerosa descendencia. Conozco bien a la mujer de Putifar, y sé cómo lo quiso seducir. Después de la elevación de José, hizo penitencia de su falta y vivió castamente. Era una mujer de elevada estatura, fuerte, de color amarillo oscuro, como seda brillante. Llevaba un vestido de colores y encima otro adornado de finas figuras, debajo del cual el vestido interior sobresalía con puntillas. José trataba mucho con ella porque Putifar le había entregado el gobierno de todas las cosas. Cuando José notó que ella le trataba con demasiada confianza no quiso más dormir en la casa de su patrón si él no estaba presente. Ella le visitaba con frecuencia cuando trabajaba o escribía. La he visto una vez presentarse muy desvestida mientras estaba José en un ángulo de la sala, escribiendo y anotando. Escribían entonces en rollos que apoyaban sobre tablas sobresalientes de las paredes, delante de las cuales podían estar de pie o sentados. Ella le habló y José contestó; pero ella estaba muy atrevida esa vez. Entonces se dió vuelta José y se marchó de allí. Ella se aferró de su manto y él lo dejó abandonado.

XXXVII

Asenet. — Origen de las divinidades Isis y Osiris

He visto a José junto al sacerdote de los dioses, Putifar, en Heliópolis. Hallábase allí Asenet, hija de Dina y del Siquemita,

como una profetisa y adornadora de los ídolos, que vivía en compañía de otras siete jóvenes. Putifar había comprado a esta niña en su quinto año de edad de manos de su ama, que huyendo de la casa de Jacob la había ocultado en un lugar del Mar Muerto para librarla de las asechanzas de los hijos de Jacob. Poseía el don de la profecía y servía a Putifar como profetisa. José la conocía, pero ignoraba que fuese su sobrina. Asenet era una joven que vivía retirada, muy seria, y buscaba la verdad, y aunque de mucha belleza, huía de la compañía de los hombres. Tenía profundas visiones, conocía la astrología egipcia y sentía secreta simpatía por la religión de los patriarcas. No he visto en ella nada de brujería o artes mágicas.

Vió en sus visiones todo el misterio de la vida, de la descendencia, del futuro de los hijos de Israel y su salida de Egipto, como también el camino por el desierto. Escribía sobre hojas de una planta acuática y también sobre cuero con extraños caracteres que parecían cabecitas de animales y de pájaros. Estos escritos fueron ya en vida de la misma Asenet mal interpretados por los egipcios, que hallaban en ellos materia para sus ritos idolátricos. Asenet se afligía mucho por este abuso diabólico que hacían de sus escritos y lloraba mucho por la ceguera de los egipcios. Ella tuvo más visiones que cualquier otro de su tiempo y estaba llena de maravillosa sabiduría. Obraba, sin embargo, en gran silencio, sin ostentación y a todos daba saludables consejos. Sabía tejer y bordar; estaba llena de ciencia, y conoció cómo se perdía la verdad por la perversidad de los hombres. Por esto tenía siempre una nube de tristeza y se mantenía retirada y silenciosa. He visto que Asenet fué ocasión de que se la venerase como diosa con el nombre de Isis, por la torcida interpretación de sus escritos y rollos. José fué luego venerado bajo el nombre de Osiris. Creo que por esto la veía tan llorosa y afligida. Escribió libros contra esta mala interpretación, protestando de que se la hiciera madre de las diosas. Cuando Putifar ofrecía sacrificios, Asenet subía a una torre donde se había formado un jardín y desde allí miraba las estrellas al resplandor de la luna. Estando así en éxtasis veía en las estrellas las cosas con mucha claridad: veía la verdad en estas figuras, porque era una criatura elegida de Dios. En cambio, otros sacerdotes de los ídolos veían las cosas más abominables, porque eran transportados a extrañas y diabólicas regiones. Así se transformaron y empañaron las secretas visiones de Asenet y pasaron a servir a los crueles ritos de los sacerdotes egipcios.

XXXVIII

Progresos hechos por José y Asenet en Egipto

Asenet reportó mucho progreso al pueblo egipcio. Hizo introducir útiles animales domésticos, por ejemplo, vacas. Enseñó la fabricación del queso, la tejeduría y otras artes desconocidas. Sabía curar muchas enfermedades. José, a su vez, llevó a Egipto el uso del arado que él mismo sabía guiar y emplear. He visto en Asenet algo que me causa estupor. Hacía una recolección de toda la carne de los numerosos sacrificios que se ofrecían, la cocía largo tiempo en grandes calderas, bajo el cielo abierto, hasta que se formaba una masa líquida, que luego usaban como alimento cuando marchaban los soldados a la guerra o había carestía en el país. De esto se alegraban los egipcios y se maravillaban en gran manera. Cuando José se acercó a Asenet, que estaba junto al sacerdote de los dioses, quiso Asenet abrazarlo. Esto no era en ella una osadía, sino una especie de profecía y así lo hizo en presencia del sacerdote. Asenet era tenida como persona santa y sagrada. Pero he visto que José la detuvo con sus manos extendidas, diciéndole severas palabras. La ví entonces retirarse a su tienda muy conturbada y muy afligida, y hacer penitencia. He visto luego a Asenet en su cámara; estaba detrás de un cortinado; sus cabellos colgaban largos y finos rizados en los extremos. Tenía en la cavidad del estómago una figura grabada en la carne: era como una balanza en forma de corazón. Adentro había un niño con los brazos abiertos; en una mano tenía una copa o concha y en la otra un vaso o cáliz. En la concha se veían tres espigas verdes, que salían de la vaina y la figura de una paloma que parecía picar en las uvas del cáliz que estaba en la otra mano del niño. A Jacob no le era desconocida esta señal; con todo tuvo que alejar a Asenet para librarla de la ira de sus hermanos. Cuando más tarde fué Jacob a Egipto, junto a José, y éste le confió todo el secreto, reconoció a Asenet como a su nieta por esta señal. También José tenía en el pecho la señal de una vid con muchos racimos.

He visto aparecer un ángel, vestido de gran fiesta, con una flor de loto en la mano. Saludó a Asenet; ella lo miró y se cubrió con el velo. El ángel le ordenó que cesara de llorar y de afligirse, que se vistiera de fiesta y le diese comida. Ella se fué y volvió más compuesta, trayendo sobre una mesita liviana y baja panecillos al rescoldo y vino. No estaba cohibida delante del ángel, sino con sencillez y humildad, como he visto a Abra-

hán y a otros patriarcas en semejantes apariciones. Cuando el ángel hablaba se despojó del velo. Pidió le diese miel y ella contestó que no tenía, porque no la comía como otras jóvenes. Entonces el ángel le dijo que encontraría miel entre los ídolos que estaban en la cámara, en diversas figuras, con cabezas de animales y colas de serpientes enroscadas por las piernas. En efecto, encontró allí un panal de miel en forma de hostia, con muchas celdillas y lo puso delante del ángel, que le mandó comer del panal. El ángel bendijo el panal: lo he visto entonces resplandecer y como suspendido entre ambos. No puedo ahora explicar el significado de esta miel, porque cuando se ven las cosas así, lo sabe una todo; después le parece a uno miel lo que es miel, flor lo que es flor, y abejas y panal lo que son tales, sin recordar lo que ello significa. Recuerdo sólo lo siguiente: Asenet tenía hasta entonces pan y vino y ninguna miel en sí misma; por medio de esta miel se despojó de los ídolos y de su culto, y la religión de los israelitas, la salud del Antiguo Testamento, entró en ella. Significaba también que muchos encontrarían ayuda en ella y que, como abejas, estarían en torno de ella. Dijo entonces ella que no quería ya beber vino, que la miel le era suficiente. He visto en Madián, junto a Jetró, que se cuidaban muchas abejas, muchos panales. El ángel bendijo el panal con sus dedos, señalando todas las partes del mundo. Esto significaba que debía ser madre y conductora de muchos con su sabiduría, con su presencia allí y con las visiones y revelaciones. Cuando más tarde se la veneró como diosa y se le ponían tantos senos, era esto una representación falsa de su misma misión sobre la tierra, que era la de consolar a muchos necesitados. El ángel le dijo también que debía ser mujer de José, con el cual debía vivir. La bendijo al modo como hizo Isaac con Jacob y el ángel con Abrahán. Las tres líneas de bendición las pasó el ángel dos veces sobre ella: la primera sobre el corazón y la segunda sobre su regazo.

Más tarde tuve una representación de como se llegó José a Putifar y pidió a Asenet por esposa. Recuerdo sólo que José traía entonces una flor de loto en las manos. El sabía la mucha ciencia de Asenet, pero ni uno ni otra conocían su parestesco tan cercano. He visto también que el hijo del Faraón amaba a Asenet y que por esto se tuvo que mantener oculta algún tiempo. Ví que este hijo de Faraón se había entendido con Dan y Gad para matar a José y se mantuvieron ocultos para este fin; pero fueron impedidos por Judá para realizar su intento. Creo que

Judá tuvo un aviso del cielo y advirtió a José que en su viaje pasara por otro camino. Recuerdo que también Benjamín tuvo mérito en ello y defendió a Asenet. Dan y Gad recibieron un castigo del cielo, pues se les murieron algunos hijos. Habían sido avisados también por Dios, antes que nadie conociese su mala intención. José y Asenet llevaban, como era costumbre en los sacerdotes de los dioses, una señal considerada santa, de su gran poder, cuando se mostraban ante el pueblo. La llevaban en la mano como un cetro. La parte superior de esta señal era un anillo y la inferior, una cruz latina, una T. Servía como sello: cuando se medía trigo y se distribuía, eran señalados los montones con este sello. Los depósitos de trigo y las obras de canales y las bajas y subidas del Nilo, eran señaladas con este signo. Las escrituras eran selladas con él, después que eran rociadas con un líquido rojo de plantas. Cuando José desempeñaba un oficio de su cargo tenía esta señal, esta cruz, metida en el anillo, junto a él, sobre un tapete. Me pareció como una copia del misterio del Arca de la Alianza encerrado aun en José. Asenet tenía un instrumento como una vara, con el cual estando en visión caminaba, y cuando se agitaba esta vara en sus manos, golpeaba el suelo y encontraba agua subterránea y fuentes. Este instrumento estaba hecho bajo la influencia de las estrellas.

En las salidas de fiestas viajaban José y Asenet sobre un carro reluciente. Asenet llevaba un escudo de oro sobre el pecho, el cual, bajo los brazos, cubríale todo el cuerpo. Sobre este escudo había muchas figuras y señales. El vestido le llegaba hasta las rodillas. Desde las rodillas para abajo tenía las piernas envueltas. Sobre las espaldas llevaba un manto grande, sujeto por delante a la altura de las rodillas. Los zapatos tenían una elevación en la punta, como los botines de patinaje. La gorra consistía en una especie de yelmo, hecho de plumas de varios colores, entretejido de perlas. José usaba chaqueta apretada, con mangas y un escudo de oro, también con figuras; en medio del cuerpo se veían tiras con nudos de oro; sobre el hombro un manto, y su gorra estaba también compuesta de plumas con adornos.

XXXIX

Idolatría en Egipto en tiempos de José

Cuando llegó José a Egipto, se edificaba la nueva Menfis, que está como a siete horas al Norte de la Menfis antigua. Entre

las dos ciudades había, sobre diques, una ancha calle como una avenida. Entre árboles y árboles había figuras de ídolos y diosas de aspecto espantable y grotesco, con cuerpos de perros, sentadas sobre plataformas de piedras. No existían aun hermosos edificios, sino largos vallados y artísticos montes de piedra *(pirámides)* llenos de cámaras y subterráneos. Las moradas eran livianas con una superestructura de madera. Existían entonces muchos bosques y pantanos entre estas edificaciones. El Nilo había ya cambiado su curso cuando María tuvo que huir a Egipto.

Los egipcios adoraban toda clase de animales: sapos, serpientes, cocodrilos y muchos más. No se inmutaban si veían que un cocodrilo devoraba a un hombre. Cuando llegó José a Egipto, no estaba todavía en uso la adoración del toro. Este culto vino a raíz del sueño de Faraón de las siete vacas gordas y siete flacas del Nilo. Tenían muchas formas de ídolos: uno como niños en pañales, otros enrollados como serpientes y otros que se podían angostar o ensanchar a voluntad. Algunos ídolos tenían figuras en el pecho, como escudos, en los cuales estaban representados, a veces, planos, ciudades o el curso del Nilo de modo maravilloso. Estos escudos se hacían en conformidad con los sueños y visiones que tenían los sacerdotes en sus torres, según los cuales hacían los canales y fabricaban las ciudades. En esta forma edificaron a Menfis.

Los malos espíritus debían tener en aquel entonces una mayor influencia corporal sobre los hombres. Veo salir de la tierra y de las profundidades todas las influencias de las artes mágicas de los egipcios. Cuando un sacerdote comenzaba a ejercer sus artes de magia, yo veía salir de la tierra toda clase de asquerosos animales, y entrar en su boca en forma de un vapor negro. Por esto se encontraba luego como borracho, fuera de sí y viendo visiones. Era como si con cada vapor que le entraba se le abría un mundo desconocido ante su vista, y veía entonces lo cercano y lo lejano, la profundidad de la tierra, las comarcas apartadas y los hombres de ellas, cosas escondidas y ocultas; es decir todas aquéllas que tenían relación con los malos espíritus. La magia posterior me pareció que estaba mayormente bajo la influencia de los espíritus del aire. Todo lo que estos magos veían por medio de estos espíritus, me pareció que eran como trucos, ilusiones e imágenes ficticias, que los demonios formaban ante su vista. Yo misma me puse a mirar estas imágenes: era como ver a través de una sombra o de algo transparente.

Cuando estos sacerdotes querían mirar en las estrellas lo futuro, hacían preceder algunos actos de ayuno y purificaciones: se cubrían con sacos y se derramaban ceniza, y mientras observaban las estrellas, se ofrecían sacrificios. Observaban desde sus torres y pirámides. Los paganos de aquellos tiempos tenían un conocimiento confuso y corrupto de los misterios de la religión del verdadero culto de Dios, que por medio de Set, Enoc, Noé y los Patriarcas habían pasado al pueblo hebreo. Por esto se explica que había tanta crueldad y perversión en el culto de los ídolos, porque el demonio enturbiaba y corrompía el verdadero culto y las verdades reveladas por Dios, como más tarde sucedió con la magia y artes de la diabólica brujería. Por esta causa mandó Dios que el secreto del Arca de la Alianza fuera rodeado por fuego, para su conservación. Las mujeres del tiempo de los Faraones vestían aún como en tiempo de Semíramis.

Cuando Jacob fué adonde estaba José en Egipto pasó por el mismo camino que recorrió más tarde Moisés llevando a los israelitas a la tierra prometida. El tenía la previsión de que volvería a ver a José: llevaba esto en el corazón, aunque en forma vaga. Cuando peregrinaba a Mesopotamia tuvo ya una visión del porvenir de sus hijos; no en el lugar de la visión de la escala, sino donde erigió la piedra. Vió que uno de ellos, en el lugar donde fué vendido José más tarde, se hundía, y luego se levantaba una estrella en el Sur. Por esta causa, cuando le trajeron la túnica teñida en sangre, recordó la visión anterior, que ya había olvidado, y dijo: "He de llorar a José hasta que lo vuelva a ver". Jacob hizo averiguar, por medio de Rubén, qué mujer tenía José, sin decirle, empero, que era una sobrina. Se hizo amigo de Putifar y éste, después de mucha amistad con Jacob, se circuncidó y abrazó el culto del verdadero Dios y la religión de los hebreos. Jacob vivía a la distancia de un día de camino de José. Cuando enfermó, José fué a verlo. Jacob le preguntó varias cosas acerca de Asenet, y cuando supo lo de la señal del pecho, dijo a José: "Esta es carne de tus carnes, esta es hueso de tus huesos", revelándole así quien era Asenet. José se sintió tan conmovido, que desmayó por la impresión. Cuando llegó a casa se lo dijo a su mujer y ambos lloraban de corazón por todo lo que entonces supieron.

XL

Muerte de Jacob y de José

Jacob se fué debilitando cada vez más y José volvió de nuevo con él. Jacob apoyó sus piernas sobre el suelo y José le puso la mano sobre la cadera jurándole que le enterraría en Canaán. Cuando hubo jurado, Jacob bendijo a José. El sabía que José había recibido la bendición que le había sido sustraída por el ángel. José llevó esta bendición en su parte derecha hasta la muerte. Permaneció en su cuerpo, aún después de su muerte, hasta la noche de la salida de Egipto, en la cual Moisés retiró el misterio con los restos de José, que más tarde colocó en el Arca de la Alianza, como un sagrado secreto para el pueblo de Israel. Unos tres meses después de la visita de José, murió Jacob. Después de su muerte, los egipcios e israelitas celebraron un juicio, según su costumbre, en el cual fué muy alabado y apreciado por todos.

Asenet dió a José varios hijos: los primeros, Manasés y Efraím, y en total diez y ocho hijos, entre los cuales varios gemelos. Murió tres años antes que José y fué embalsamada por mujeres judías. Mientras vivió José, permaneció en su monumento. Los ancianos del pueblo sacaron algo de sus entrañas que conservaron en una figura de oro. Como también los egipcios trataban de sacar parte del cuerpo, se le confió a las comadres judías el cuerpo de Asenet y una de ellas lo mantuvo oculto entre los cañaverales del Nilo, encerrado en una caja bien calafateada. En la noche de la salida de Egipto, una comadre, de nombre Sara, de la tribu de Aser, trajo a Moisés este tesoro escondido. José fué embalsamado después de su muerte por algunos judíos, en presencia de los egipcios, y se produjo luego la unión de los cuerpos de José y Asenet, según los dibujos y anotaciones que Asenet había hecho, conforme a sus visiones y que había dejado a los judíos. También los sacerdotes egipcios y observadores de los astros, que recibieron a José y Asenet entre los dioses, tenían un conocimiento de estos dibujos y una idea de la gran importancia de la bendición de José y de Asenet para el pueblo hebreo. Por esto trataban de pasar a sí mismos esta bendición, y comenzaron entonces a oprimir a los hebreos. Después de la muerte de José fueron muy duramente tratados los hebreos, que se habían multiplicado grandemente, por el Faraón de Egipto. Sabían los egipcios que ellos no saldrían de Egipto sin los huesos de José. Por esto robaron varias veces estos

restos y finalmente se apropiaron de ellos totalmente. El común del pueblo sabía de la existencia del cuerpo de José, pero ignoraba el misterio allí encerrado; esto lo sabían unos pocos. El pueblo entero experimentó gran consternación cuando se enteró por los ancianos, que el cuerpo de José y el misterio sobre el cual descansaban las promesas, les había sido sustraído. Moisés, que había sido educado en la corte de Faraón en todas las ciencias de los egipcios, visitaba a su pueblo, y así conoció la causa de su tristeza. Cuando más tarde mató al egipcio y tuvo que huir, fué providencia de Dios que se refugiase en casa de Jetró: éste, por su amistad con la sibila Ségola, le pudo ayudar a descubrir el oculto tesoro del misterio(*).

Moisés habíase casado con Séfora por inspiración de Dios, que quería juntar esta rama dispersa y unirla a Israel.

XLI

Ségola, Moisés y el cuerpo de José

Ségola era una hija natural de Faraón, de madre judía y aunque instruída y educada en la astrología egipcia, era muy afecta a los hebreos. Ella fué la que primero descubrió que Moisés no era hijo de Faraón, aunque se educaba en la corte. Aarón, después de la muerte de su primera mujer, se unió a una hija de Ségola, para que la amistad y la unión con los israelitas se hiciese más fuerte y duradera. Los hijos de este matrimonio salieron con los israelitas de Egipto. Aarón tuvo más tarde que separarse de ella para que el sacerdocio fuese de pura sangre hebrea. Esta hija de Ségola casó nuevamente, y sus descendientes vivían, en tiempo de Jesucristo, en Abila, adonde había sido llevada su momia por su madre. Ségola era muy esclarecida y tenía gran influencia en la corte de Faraón. Tenía en la frente como una excrecencia, como he visto en antiguos tiempos en otros hombres dotados de profecía. Se sentía inclinada por el espíritu de Dios a hacer muchos favores a los hebreos.

Precisamente en la noche en la cual pasó el ángel exterminador matando a los primogénitos, salió Ségola cubierta, con

(*) Acerca de las sibilas, escribe Clemente Alejandrino: "Dios dió a los hebreos, a los profetas y a los paganos las sibilas, para que no se perdiera entre ellos la idea del verdadero Dios. *Agnoscite sybillam quomodo Deum significet.* A la sibila Eritrea se atribuyen estas palabras, que tienen por primeras letras la expresión *Ixtis*, que corresponden a *Iesous Xristos Teou Ios Soter*, es decir: Jesucristo Hijo de Dios Salvador".

Moisés, Aarón y otros tres israelitas y dirigióse adonde había dos colinas sepulcrales, separadas por un canal y unidas por un puente. El canal se echaba, entre Menfis y Gosen, en el río Nilo. La entrada al monumento sepulcral estaba debajo del puente, más profundo que la superficie de las aguas, y había que bajar por escalones que arrancaban desde el puente mismo. Ségola bajó sola con Moisés y escribiendo el nombre de Dios sobre un pergamino, lo echó a las aguas, que se dividieron, dejando patente la entrada del monumento. Golpearon sobre la piedra que hacía de puerta y se abrió hacia adentro. Entonces llamaron a los demás hombres. Moisés les sujetó las manos con su estola y les hizo jurar que guardarían el secreto. Después del juramento les soltó las manos y entraron todos en el monumento, donde encendieron luz. Se veían allí muchas otras salas y figuras de muertos. El cuerpo de José y los restos de Asenet yacían en un monumento egipcio, en forma de toro, hecho de metal, que resplandecía como oro apagado. Levantaron la tapa y Moisés tomó el misterio del hueco esqueleto de José, lo ocultó en un paño y se lo pasó a Ségola, que lo llevó, ocultándolo entre las ropas de su vestido. Los demás huesos fueron amontonados sobre una piedra, y acomodados en paños para ser llevados por los hombres. Ahora que tenían los restos de José y el misterio consigo podían los hijos de Israel salir de Egipto. Ségola lloraba de consuelo. El pueblo estaba lleno de alegría.

Moisés encerró en la punta de su bastón una reliquia del cuerpo de José. Este bastón terminaba en un níspero con hojas en torno. No era el mismo que arrojó en presencia de Faraón y que se convirtió en una serpiente. Este era hueco por arriba y por abajo, de modo que las partes superior e inferior se podían sacar o acortar a voluntad. Con la parte inferior, que me pareció de metal, tocó Moisés la roca como si escribiese algo sobre ella. La roca se abrió al contacto de esa punta y saltó el agua. Donde Moisés tocaba con la punta de su bastón, en la arena, y escribía algo, saltaba agua. La parte superior, en forma de níspero, podía sacarse fuera o meterse, y al contacto de esta parte se dividió el Mar Rojo en dos partes.

Desde la muerte de José hasta la salida de Egipto pasaron ciento sesenta años, según nuestro modo de calcular. En Egipto usaban otro sistema para calcular las semanas y los años. Se me lo ha declarado varias veces, pero no puedo ahora reproducir esta explicación. Mientras moraron los israelitas en Egipto, tenían sólo tiendas en lugar de templo. Por altar levantaban uno de

piedras, derramaban óleo sobre él y ofrecían generalmente trigo entre los vegetales y corderitos entre los animales. Mientras ofrecían el sacrificio, cantaban y rezaban.

XLII
Melquisedec, Eliseo y el sacerdocio

He visto siempre a Melquisedec como ángel sacerdotal y figura de Jesús, sacerdote de la tierra. En cuanto el sacerdocio está en Dios, Melquisedec era sacerdote según el orden eterno, aunque ángel. He visto que fué enviado a la tierra para preparar, fundar, edificar y apartar las razas de los hombres y establecerlas sobre la tierra.

He visto las obras de Henoch y de Noé y su importancia para mantener a los hombres en el bien; pero he visto también, al lado de esto, la acción incesante del poder de las tinieblas y del infierno con las mil formas y manifestaciones de una idolatría terrena, carnal y diabólica, y de esta idolatría nacer y reproducirse una serie interminable de otros pecados y corrupciones de parecida forma y manera, como por fuerza y necesidad interna de las cosas. He visto los pecados y las derivaciones y figuras de estas reproducciones, las cuales, según su especie, eran de las mismas formas que sus causantes, como en un principio el hombre fué imagen de Dios. Así me fué mostrado todo esto desde Abrahán hasta Moisés, y desde Moisés hasta los profetas, siempre en relación y en imágenes de cosas que llegaban hasta nuestros días.

Aquí se me mostró, por ejemplo, por qué los sacerdotes de ahora ya no sanan ni ayudan en las enfermedades, y se me enseñó por qué no lo consiguen o lo consiguen en muy diverso grado. Se me mostró este don del sacerdocio entre los profetas y la causa de su forma de obrar.

He visto, por ejemplo, en la historia de Eliseo cuando dió su bastón a Giezi para que lo pusiese sobre el niño muerto de la mujer de Sunam. En el bastón estaba la fuerza de Eliseo y encerrado en él la fuerza de una misión espiritual. El bastón era como su brazo a la distancia. Con ocasión de esta historia he visto la interna razón de la fuerza del báculo de los obispos, del cetro de los reyes y su poder, mientras que lo sostenga la virtud de la fe que lo ata con el enviado y lo separa de los demás que no son tales. En el caso de Giezi he visto que él no

tenía fe suficiente y la madre del niño creía que solamente Eliseo lo podía resucitar. De este modo se interpuso entre la fuerza de Eliseo (que era de Dios) y el bastón del profeta, la duda, por causa del humano modo de ver y sentir, y el bastón de Eliseo no pudo obrar por interposición de este impedimento humano. Luego he visto a Eliseo echarse sobre el muerto, mano con mano, boca con boca y pecho con pecho, en fervorosa oración, hasta que volvió el alma al cuerpo del niño difunto. Se me mostró en esta ocasión la semejanza de esta obra y su relación con la muerte de Jesús en la cruz. En el caso de Eliseo se abrieron por la fe y el poder de Dios las fuentes de la gracia y de la reparación del hombre, encerradas por la culpa y el pecado: cabeza, pecho, manos y pies. Eliseo se echó como una cruz viviente y figurativa sobre la cruz muerta y cerrada del niño muerto, y mediante su oración y su fe trajo la vida y la salud al niño, y reparó y pagó por los pecados que los padres habían cometido con cabeza, manos, pies y corazón, ocasionando la muerte del niño. He visto en todo esto una imagen de la muerte de Jesús en la cruz y sus heridas y llagas, y como en todo esto hay una admirable e inexplicable armonía. Desde la muerte de Jesús en la cruz he visto en el sacerdocio de la Iglesia este poder de reparar y de sanar en toda plenitud, especialmente en los cristianos verdaderamente creyentes. En el grado en que vivimos en Jesús y con El estamos crucificados, se abren en nosotros las puertas de sus sagradas llagas con toda su eficacia. He visto muchas cosas acerca de la eficacia de poner las manos sobre la cabeza y acerca de la fuerza de la bendición y de la virtud de la mano a distancia, y me fué declarado y mostrado todo esto con motivo y con relación del bastón de Eliseo, que era el representante de su mano milagrosa.

XLIII

El Arca de la Alianza

La misma noche en que Moisés rescató el misterio del cuerpo de José, se construyó la caja en forma de sarcófago, de oro, en la cual se guardó el misterio a la salida de Egipto. Debía ser tan grande que pudiera caber un hombre dentro; debía ser como una iglesia para ellos y un cuerpo. Fué en la misma noche que debían teñir con sangre las puertas. Al ver la rapidez con que trabajaban en esta caja, pensé en la santa cruz, que también fué

apresuradamente hecha la noche antes que muriera Cristo en ella. El arca era de chapas de oro y tenía la figura de un sarcófago de momias egipcias. Era más ancha arriba que abajo; arriba tenía la figura de un rostro con rayos de luz y a los costados los espacios de los brazos y de las costillas. En medio del arca se puso una cajita de oro que contenía el sacramento o misterio que Ségola había sacado del sepulcro de José. En la parte inferior se pusieron vasos sagrados y las copas de los patriarcas, que Abrahán había recibido de Melquisedec, y heredado con la bendición de la primogenitura. Tal era el contenido y la forma de la primera Arca de la Alianza, que estaba cubierta con un paño colorado y encima otro blanco. Recién en el monte Sinaí se construyó el arca de madera, forrada de oro por fuera, en la cual se encerró el sarcófago de oro con el sacramento o misterio. Este sarcófago no alcanzaba más que a la media altura del arca y no era tampoco tan largo como ella; había aún lugar para dos pequeños recipientes, en los cuales había reliquias de la familia de Jacob y de José, y donde más tarde entró la vara de Aarón. Cuando esta Arca de la Alianza se colocó en el templo de Sión, sufrió cambios en su interior: se sacó el sarcófago y se puso en su lugar una figura pequeña del mismo, hecho con una materia blanca.

Desde niña había visto muchas veces el arca y todo lo que ella contenía por dentro y por fuera, como las cosas que se iban añadiendo. Solían poner adentro todas las cosas sagradas que conseguían. Con todo, no era pesada, pues se podía llevar con facilidad. El arca era más larga que ancha; el alto era igual que el ancho. Tenía abajo una moldura sobresaliente como pie. La parte superior tenía un adorno de oro muy artístico de medio codo de largo; aparecían allí pintadas flores, volutas, caras, soles y estrellas. Todo estaba muy bien trabajado, y no sobresalía mucho sobre el borde superior del arca. Debajo, al final de los costados, había dos anillos donde se ponían los palos de las andas. Las demás partes del arca estaban adornadas con toda clase de figuras de maderas de color, maderas de Sitim y oro. En medio del arca había una puertecita pequeña, que no se notaba casi, para que el sumo Sacerdote pudiese sacar y volver a poner el sacramento o misterio cuando estaba solo, para bendecir o profetizar. Esta puerta se abría en dos hacia el interior y era de tal modo que podía el sacerdote meter su mano. La parte por donde corrían los palos de las andas estaban algo elevadas, para que dejaran descubierta la puerta. Cuando se abrían am-

bas hojas hacia adentro, se abría al mismo tiempo el dorado recipiente, rodeado de cortinas, como un libro, mostrando el sacramento o misterio que allí estaba. Sobre la cubierta del arca se levantaba el trono de la gracia. Era una plancha cubierta de oro que contenía huesos sagrados, grande como la misma tapa, sobresaliendo sólo un poco de ella. De cada lado estaba sujeta con cuatro clavos de madera de Sitim, que entraban en el arca, y de tal manera, que se podía, a través de ellos, ver el interior. Los clavos tenían cabezas como frutas; los cuatro tornillos exteriores sujetaban los cuatro lados del arca; los cuatro interiores se perdían adentro. A cada lado del trono de la gracia estaba sujeto un querubín del tamaño de un niño. Ambos eran de oro. En medio de este trono de gracia había una abertura redonda, como una corona, y del centro subía una pértiga que terminaba en una flor de siete puntas. En esta pértiga descansaban la mano derecha de un querubín y la izquierda de otro, mientras tenían extendidas las otras dos manos. Las alas derecha del uno e izquierda del otro se unían elevadas y las dos alas restantes caían sobre el trono de gracia. Las manos extendidas de los querubines estaban en posición de advertir y avisar. Los querubines estaban sobre el trono de gracia apoyados con una rodilla; las otras, sobresalían del arca. Sus rostros y miradas estaban vueltos hacia fuera del santuario, como si temieran mirarlo. Llevaban un vestido solo, de medio cuerpo. En los largos caminos se solía sacarlos de sobre el arca y llevarlos aparte. He visto que arriba, donde terminaba la pértiga en siete puntas, quemaban los sacerdotes en el fuego una materia oscura, como un incienso sagrado, que sacaban de una caja. He visto también que a menudo salían rayos de luz del interior hacia el exterior de la pértiga y otras veces bajaban del cielo rayos de luz que entraban adentro. Otras veces, luces a los lados, indicaban el camino que debía recorrerse en las peregrinaciones. Esta pértiga entraba en el interior del arca y tenía unos sostenes, de donde estaban suspendidos el vaso de oro del sacramento o misterio y sobre él, las dos tablas de la Ley. Delante del sacramento colgaba un vaso con maná. Cuando yo miraba el interior del arca de un lado, no podía ver el sacramento.

Yo siempre reconocía y tenía al arca como una iglesia, al misterio como un altar con el sacramento y el vaso con el maná me parecía la lámpara delante del Santísimo. Cuando iba a la iglesia siendo niña, yo me explicaba las cosas que veía allí en relación con lo que había observado en el Arca de la Alianza.

El misterio de ella me pareció el Santísimo Sacramento del Altar. Sólo que no me parecía aquello tan lleno de gracia, sino más bien mezclado de temor y reverencia. Me producía una impresión más de temor y de miedo, que de amor y de gracia; pero me pareció siempre muy santo y misterioso. Me pareció que estaba en el arca todo lo que es santo; que nuestras cosas santas estaban en él como en germen, como en una existencia futura, y que el sacramento del arca era lo más misterioso de todo. Me parecía que era el arca el fundamento del sacramento del altar, y éste, el cumplimiento y la realidad. No lo puedo decir mejor. Este misterio les estaba tan oculto a los hebreos, como a nosotros el Sacramento del altar. Yo sentí que sólo pocos sacerdotes sabían lo que era y que pocos, por iluminación del cielo, sabiéndolo, lo usaban. Muchos lo ignoraban y no lo usaban: les pasaba como a nosotros, que ignoramos muchas gracias y maravillas de la Iglesia, y cómo hasta nuestra eterna salvación se comprometería si estuviera sólo fundada sobre la fuerza y el entendimiento humanos. Pero nuestra fe está fundada sobre una roca.

La ceguera de los judíos se me presenta siempre digna de ser llorada y lamentada. Tenían todo en germen, y no quisieron reconocer el fruto de ese mismo germen. Primero tuvieron el misterio: era como el testimonio, la promesa; luego vino la ley, y, por último, la gracia. Cuando hablaba el Señor en Sichar, le preguntaron las gentes adonde había ido a parar el misterio o sacramento del Arca de la Alianza. Les contestó que de él ya mucho habían recibido los hombres, y que ahora se había pasado a ellos; del mismo hecho que ya no existía podían reconocer que el Mesías había llegado.

XLIV

Joaquín recibe el misterio

Yo veo este sacramento o misterio en forma de involucro, como una capacidad, un ser, una fuerza. Era pan y vino, carne y sangre: era el germen de la bendición y descendencia, antes del pecado; era la existencia sacramental de la descendencia, antes del pecado, que fué guardado para los hombres en la religión y que debía hacer cada vez más pura, por la virtud, esta descendencia, hasta llegar a María, en la que debía comple-

tarse, para darnos, por obra del Espíritu Santo, el tan esperado Mesías nacido de esta pura Virgen.

Noé plantó la viña y esto fué ya una preparación: aquí había ya algo de reconciliación y de protección. Abrahán recibió este misterio en la bendición, y he visto que trasmitió este sacramento como una cosa real, como algo substancial. Quedó como un secreto de familia. Por esto se explican las grandes prerrogativas que traía el derecho de la primogenitura. Antes de la salida de Egipto, recibió Moisés este misterio y como antes había sido un secreto de familia y de religión, así pasó a ser misterio de todo el pueblo. Entró en el Arca de la Alianza, como el Santo Sacramento del Altar en el tabernáculo, como en la custodia.

Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro de oro y cayeron en grande aberración, Moisés mismo dudó del poder del sacramento, y por eso fué castigado con no poder entrar en la tierra prometida. Cuando el Arca de la Alianza caía en manos de los enemigos o en cualquier otro peligro, era sacado el sacramento por el sacerdote y con todo era tan santa el arca que los enemigos se veían obligados a devolverla por los castigos que recibían. Sólo pocos conocían la existencia de este misterio en el arca y su fuerza de expansión benéfica. A menudo sucedía que un hombre manchaba por el pecado y la impureza la línea sagrada de la descendencia hasta el Mesías, y así la unión del Salvador con el hombre era retardada; pero los hombres podían por la penitencia renovar y purificar este sagrado misterio. No puedo decir con precisión si por el contenido de este sacramento se efectuaba, por una especie de consagración, un fundamento divino o una plenitud sobrenatural en los sacerdotes, o si venía todo enteramente de Dios inmediatamente. Creo lo primero; porque he visto que algunos sacerdotes lo despreciaron e impidieron la venida de la salud y fueron por ello castigados hasta con la muerte.

Cuando el sacramento obraba y la oración era oída, resplandecía el misterio, crecía y brillaba con luz rojiza a través de su envoltura. Esta bendición del misterio aumentaba o disminuía según los tiempos y la piedad y la pureza de los hombres. Mediante la oración, el sacrificio y la penitencia, parecía que crecía y aumentaba en fuerza. Delante del pueblo lo he visto usar solamente por Moisés, cuando la adoración del becerro de oro y en el paso del Mar Rojo, aunque lo tuvo velado, cubierto a las miradas de los hombres. Fué sacado por él del vaso sagrado y

cubierto, como se saca en Viernes Santo el Santísimo Sacramento y llevado delante del pecho para bendecir o conjurar, como si obrase a la distancia. De este modo Moisés libró a muchos de la idolatría y de la muerte. He visto que el Sumo Sacerdote, cuando estaba solo en el santuario, lo usaba, moviéndolo de un lado a otro, como una fuerza, una protección o una bendición, una elevación para bendecir o para castigar. No lo tomaba con las manos, sino con un velo. Para fines santos he visto usarlo sumergiéndolo en el agua, que quedaba bendita y se daba a beber. La profetisa Débora, como luego Ana, la madre de Samuel, en Silo, como también más tarde Emerencia, madre de santa Ana, bebieron de esta agua sagrada. Por la bebida de esta agua sagrada fué preparada Emerencia para engendrar santamente a Ana. Santa Ana no bebió de esta agua, porque la bendición estaba en ella.

Joaquín recibió, por ministerio de un ángel, el sacramento del Arca de la Alianza. De este modo fué concebida María, bajo la puerta dorada del templo, y con su nacimiento pasó a ser ella misma el arca del misterio. El objeto de este sacramento estuvo cumplido. El arca de madera del templo quedaba ya sin sacramento y sin misterio. Cuando Joaquín y Ana se encontraron bajo la puerta de oro del templo, se llenaron de luz y la inmaculada Virgen fué concebida sin pecado original. Había en torno de ella un sonido maravilloso, como una voz de Dios. Este misterio de la inmaculada Concepción de María, en santa Ana, no pueden los hombres comprenderlo y permanece escondido a su entendimiento. La línea de generación de Jesús había recibido el germen de la bendición de la Encarnación del Verbo. Jesucristo instituyó el Sacramento de la Nueva Alianza como el fruto, como el cumplimiento de ella, para unir de nuevo a los hombres con Dios.

XLV

Al fin del mundo se descubrirá y se aclarará este misterio

Cuando Jeremías, durante la cautividad de Babilonia, hizo ocultar el Arca de la Alianza con otros objetos sagrados, en el monte Sinaí, el misterio ya no estaba adentro. Sólo la envoltura de él quedó escondida con el Arca de la Alianza. El conocía la santidad del contenido y quiso a menudo hablar de ello a los hombres, como también de la perversidad del pueblo, que lo deshonraba; pero el profeta Malaquías lo detuvo en su intento

y sacó el misterio de allí. Por medio de este profeta, llegó a los esenios más tarde, y por un sacerdote fué de nuevo al arca hecha posteriormente. Malaquías fué como Melquisedec, un enviado de Dios: no lo he visto nunca como un hombre común y ordinario(*). Aparecía como hombre, a semejanza de Melquisedec, aunque algo diferentemente de él, como lo exigían los tiempos. Poco después de haber sido llevado Daniel a Babilonia, he visto a Malaquías como un niño de siete años, perdido, con una vestidura verde y bastoncito en sus manos, que se dirigía, al parecer, a Sarepta, a la tribu de Zabulón, a casa de una piadosa familia. Estos lo recibieron como a uno de los perdidos hijos israelitas de la cautividad, y lo tuvieron consigo. Era sumamente bondadoso, paciente al extremo y manso, de modo que todos lo amaban y así podía él enseñar y aconsejar sin contradicción. Tuvo mucha relación con Jeremías y le ayudó en las grandes necesidades con sus consejos. Por él fué librado Jeremías de la cárcel en Jerusalén. El Arca de la Alianza escondida por Jeremías en el monte Sinaí, no fué jamás encontrada. El arca que se hizo después, no fué tan hermosa ni contenía lo que había en la anterior. La vara de Aarón pasó a manos de los esenios, en el monte Horeb, donde también se escondió parte de las cosas sagradas. La tribu que Moisés había destinado a la custodia del arca subsistió hasta los tiempos de Herodes.

En el último día aparecerá todo lo escondido y se aclarará el misterio, para terror de todos aquéllos que lo han profanado y desconocido.

(*) Kaulen escribe en el *Kirchenlexikon:* "Malaquías significa *enviado de Dios*, ángel de Dios. Los Setenta traducen *ángel*. Muchos cristianos de los primeros siglos, tomando el concepto en su sentido estricto, han creído ver en Malaquías a un ángel con apariencia de hombre".

CUARTA PARTE

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

INTRODUCCION

Toda ponderación, toda alabanza resulta mísera voz al lado de la solemne grandeza que emana de las contemplaciones de la vida de María, la excepcional doncella predestinada desde la eternidad a ser la Madre de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Es tal la riqueza de pormenores de sus antepasados, de su natividad, de su mística relación con el Altísimo, que el ánimo se suspende.

La vida de Nuestro Señor Jesucristo supera, sin embargo, esta maravilla que Dios se ha dignado revelarnos a través del espíritu de Ana Catalina. Los preludios y la conmoción universal que rodeó el nacimiento de Jesús, su infancia, su juventud; los actos, los milagros y las enseñanzas del Redentor; su adorable Pasión y los hechos que antecedieron y sucedieron a su Resurrección, inclusive numerosos viajes y prodigios no consignados en los Evangelios, no pueden ser imaginados ni por espíritus angélicos: sólo Dios pudo revelarlos a los hombres.

El abad de Solesmes, Dom Próspero Gueranger, al aparecer la versión francesa de estas visiones, publicó un artículo en Le Monde, *en 1860, donde expresaba: "He dicho que la vida de Jesús me ha parecido aún más extraordinaria que la amarga Pasión y la vida de la Virgen, y no dudo que esta idea sea compartida por todos aquellos que piensan en la imposibilidad en que se encontraría cualquier escritor, si tuviera que narrar, día por día, con igual interés y con la más grande verosimilitud, la vida de una persona, aún concedido que le fuera sumamente amada y grandemente estimada.*

"¿Y qué fuera si al mismo tiempo cuidara en ese escrito la más exacta topografía de todos los pueblos y lugares que su Héroe recorre, si descubre todas las costumbres, usos y la vestimenta en todos sus detalles, narrando los episodios pequeños y los grandes de tantos caracteres, ricos y variados, de las personas en escena, durante tres años completos y sin notarse en todo ello ni un rastro, no digo de invención, pero ni siquiera de esfuerzo en la narración de los hechos?... ¿Y qué diremos si el ordenador de semejante drama es una sencilla campesina del corazón de Europa, sin ninguna idea de las costumbres del Oriente, las cuales, sin apartarse un ápice, describe y pinta,

superando el pincel de un artista y la ciencia de un arqueólogo?... ¿Y qué pensar, finalmente, si el Héroe de esta admirable odisea no es otro que el mismo Hijo de Dios, del cual son conocidos los hechos principales por los Evangelios, quien, sin embargo, nos es mostrado aquí en los menores detalles de su vida escondida, sin que se pueda descubrir ni una sola discordancia que pudiera provenir de una débil, humilde y mortal narradora...".

Publícase aquí, in extenso, *en el orden en que fueron escritos en la primera edición alemana, preparada por el padre Carlos E. Schmoeger, la vida de la Virgen y la vida de Jesucristo y su dolorosa Pasión, inclusive detalles posteriores a la Ascensión, que han sido omitidos en todas las ediciones castellanas publicadas hasta ahora.*

Las fechas en bastardillas, que anteceden al texto, indican los días en que Ana Catalina ha ido relatando sus visiones.

Epoca primera

Desde el nacimiento de María Santísima hasta la muerte de San José

Los esenios

Principios de Agosto de 1821. — Los antepasados de Santa Ana fueron Esenios(*). Estos piadosísimos hombres descendían de aquellos sacerdotes que en tiempos de Moisés y Aarón tenían el encargo de llevar el Arca de la Alianza, los cuales recibieron, en tiempos de Isaías y Jeremías, ciertas reglas de vida. Al principio no eran numerosos. Más tarde vivieron en Tierra Santa reunidos en una extensión como de 48 millas de largo y 38 de ancho, y sólo más tarde se acercaron a las regiones del Jordán. Vivían principalmente en el monte Horeb y en el Carmelo. En los primeros tiempos, antes que Isaías los reuniese, vivían desparramados, entregados a la penitencia. Llevaban siempre los mismos vestidos y no los remendaban, no cambiándolos hasta que se les caían de puro viejos. Vivían en estado de matrimonio, pero con mucha pureza de costumbres. A veces, de común acuerdo, se separaban hombre y mujer, y vivían cierto tiempo entregados a la oración. Cuando comían estaban separados los hombres de las mujeres; comían primero aquéllos y cuando se alejaban los hombres, lo hacían las mujeres.

Ya desde entonces había, entre estos judíos, antepasados de Ana y de la Sagrada Familia. De ellos también derivan los llamados "hijos de profetas". Vivían en el desierto y en los alrededores del monte Horeb. En Egipto también he visto a muchos de ellos. Por causa de las guerras estuvieron un tiempo alejados del monte Horeb; pero fueron nuevamente recogidos por sus jefes. Los Macabeos pertenecieron también a ellos. Eran grandes veneradores de Moisés: tenían un trozo de vestido de él, que éste había dado a Aarón y que les había llegado en posesión. Era para ellos cosa sagrada, y he visto que en cierta ocasión unos quince murieron en lucha por defender este sagrado tesoro.

(*) En otra parte dice la vidente que estos solitarios tuvieron tres nombres: *Escarenios, Khasideos* y *Esenios*. El primer nombre provenía de *askarah*, conmemoración, y era la parte del sacrificio sin sangre para recordar a Dios su misericordia. *Khasideos* significa compasión por los pobres. De *Esenios* no pudo recordar el origen.

Los jefes de los Esenios tenían conocimiento del misterio encerrado en el Arca de la Alianza. Los que permanecían célibes formaban una agrupación aparte, una orden espiritual, y eran probados largamente durante varios años antes de ser admitidos. Los jefes de la orden los recibían por mayor o menor tiempo, según la inspiración que recibían de lo alto. Los Esenios que vivían en matrimonio observaban mucho rigor entre ellos y sus mujeres e hijos, y guardaban la misma relación, con los verdaderos Esenios, que los Terciarios Franciscanos respecto a la Orden Franciscana. Solían consultar todos sus asuntos al anciano jefe del monte Horeb. Los Esenios célibes era de una indescriptible pureza y piedad. Llevaban blancas y largas vestiduras, que conservaban perfectamente limpias. Se ocupaban de educar a los niños. Para ser admitidos en la orden debían contar, por lo menos, catorce años de edad. Las personas de mucha piedad eran probadas por sólo un año; los demás, por dos. Vivían en perfecta pureza y no ejercían el comercio; lo que necesitaban para el sustento lo obtenían cambiando sus productos agrícolas. Si un Esenio faltaba gravemente, era arrojado de la orden, y esta excomunión era seguida generalmente de castigo, como en el caso de Pedro con Ananías, es decir, moría. El jefe sabía por revelación divina quién había faltado gravemente. He visto que algunos debían sólo hacer penitencias: se ponían un saco muy tieso, con los brazos extendidos, que no se podían doblar y el interior lleno de puntas agudas. Tenían sus cuevas en el monte Horeb. En una cueva mayor se había acomodado una sala de mimbre donde a las once reuníanse todos para la comida en común. Cada uno tenía delante un pequeño pan y un vaso. El jefe iba de uno a otro, bendiciendo los panes. Después de la refección cada uno volvía a su celda. En esa sala vi un pequeño altar, y sobre él panes bendecidos cubiertos, que luego se distribuían a los pobres. Poseían muchas palomas tan mansas que picoteaban en las manos. Comían de estas palomas, y supe que tenían algún culto religioso por medio de ellas, porque decían algo sobre las aves y las dejaban volar. De la misma manera he visto que decían algo sobre corderos, que luego dejaban vagar por el desierto.

Tres veces al año iban al templo de Jerusalén. Tenían sacerdotes entre ellos, que cuidaban de las vestiduras sagradas, a las cuales purificaban, hacían de nuevo y costeaban su hechura. Se ocupaban de agricultura, de ganadería y especialmente de cultivar huertas. El monte Horeb estaba lleno de jardines y

árboles frutales, en medio de sus chozas y viviendas. Otros tejían con mimbres o paños, o bordaban y adornaban vestiduras sacerdotales. La seda no la usaban para sí: la llevaban atada al mercado y la cambiaban por productos. En Jerusalén tenían un barrio especial para ellos y aún en el templo un lugar reservado. Los judíos comunes no congeniaban con ellos. Vi llevar al templo ofrendas como uvas de gran tamaño, que cargaban dos hombres, atravesadas en un palo. Llevaban corderos, que no eran sacrificados, sino que se dejaban correr libremente. No los he visto ofrecer sacrificio cruento. Antes de partir para el templo se preparaban con la oración, riguroso ayuno, disciplinas y otras penitencias. Quien se acercaba al templo con pecados no satisfechos penitencialmente temía ser castigado con muerte repentina, cosa que a veces sucedía. Si en el camino a Jerusalén encontraban a un enfermo o necesitado, no proseguían su camino hasta no haber ayudado al desvalido. Los he visto juntar yerbas medicinales, preparar bebidas y curar enfermos con estos medios: les imponían las manos o se tendían con los brazos extendidos sobre los mismos enfermos. Los he visto sanar a veces a la distancia. Los enfermos que no podían acudir, mandaban algún mensajero, en el cual hacían todo lo que el enfermo verdadero necesitaba, y éste sanaba en el mismo instante.

II

Ascendientes de Santa Ana

Agosto 16 de 1821. — En tiempo de los abuelos de Ana era jefe de los Esenios el anciano Arcos. Este hombre tenía visiones en la cueva de Elías, en el monte Horeb, referentes a la venida del Mesías. Sabía de qué familia debía nacer el Mesías. Cuando Arcos tenía que profetizar sobre los antepasados de Ana, veía que el tiempo se iba acercando. Ignoraba, empero, que a veces se retardaba e interrumpía el orden por el pecado, y por cuanto tiempo era la tardanza. Sin embargo, exhortaba a la penitencia y al sacrificio. El abuelo de Ana era un Esenio que se llamaba Estolano antes de su matrimonio. Por su mujer y por las posesiones de ésta se llamó después Garesha o Sarziri. La abuela de Ana era de Mara, en el desierto, y se llamaba Moruni o Emorún, esto es, madre excelsa. Se unió con Estolano por consejo del profeta Arcos, que fué jefe de los Esenios por noventa años,

y era un santo varón con quien siempre se aconsejaban antes de contraer matrimonio, para oír su palabra y acertar en la elección. Me extrañaba ver que estos santos hombres y profetas siempre profetizaban sobre descendencia de mujeres y que los antepasados de Ana y la misma Ana tenían siempre hijas mujeres. Parecía que fuera su intento religioso preparar recipientes puros, que debían dar hijos santos, como el Precursor, el Salvador, los apóstoles y los discípulos.

He visto que Emorún, antes de su casamiento, fué a consultar a Arcos. Tuvo que entrar en la sala de reunión, en el monte Horeb, en un lugar señalado y hablar, a través de una reja, con el jefe supremo, como se usa en el confesonario. Después se encaminó Arcos por muchos escalones a lo alto del monte Horeb, donde estaba la cueva de Elías. La entrada era pequeña y unas gradas llevaban hacia abajo. La cueva estaba limpia y aseada y la luz entraba en el interior por una abertura superior. He visto, contra la pared, un pequeño altar de piedra, y sobre él, la vara de Aarón y un cáliz brillante como hecho de piedra preciosa. En este cáliz estaba depositada una parte del sacramento o misterio del Arca de la Alianza. Los Esenios habían adquirido este tesoro en ocasión en que el Arca había caído en manos de los enemigos. La vara de Aarón estaba guardada en una vaina de forma de arbolito con hojas amarillas alrededor. No podría decir si el arbolito era verdadero o sólo un trabajo artístico, como una raíz de Jessé. Cuando rezaba el superior de los Esenios, por causa de un :asamiento, tomaba la vara de Aarón en sus manos. Si la unión se refería a la genealogía de María Virgen, la vara daba un brote y éste varias floraciones con la señal de la elección. Los antepasados de Ana fueron elegidos brotes de esta genealogía, y sus hijas lo fueron por medio de estas señales, las cuales daban otros brotes cuando estaban por contraer matrimonio. Este arbolito con sus retorcidas ramas, era como el árbol genealógico, como la raíz de Jessé, mediante el cual se podía conocer, según lo que hubiera crecido, la proximidad del nacimiento de María. Había allí otros pequeños arbustos en tarros, sobre el altar, los cuales tenían significación cuando reverdecían o se agostaban. En torno de las paredes había espacios guardados con rejillas, donde se conservaban, envueltos en seda y lana, huesos de antiguos santos varones israelitas que habían vivido y muerto en el monte y en los alrededores. También en las mismas cuevas de los Ese-

nios vi semejantes huesos delante de los cuales rezaban, ponían flores o encendían lámparas.

Arcos se revestía al modo de los sacerdotes del templo, cuando oraba en la cueva de Elías. Su vestidura se componía de ocho partes. Primero se ponía sobre el pecho un vestido que había llevado Moisés: una especie de escapulario, que tenía una abertura para el cuello y caía en igual largo sobre el pecho y las espaldas. Sobre esto se ponía un alba blanca de seda, ceñida con un cíngulo ancho y una estola cruzada sobre el pecho que le llegaba hasta las rodillas. Luego se ponía una especie de casulla de seda blanca, que por detrás llegaba hasta el suelo, con dos campanillas en la parte inferior. Sobre el cuello llevaba una especie de corbata tiesa, cerrada por delante con botones. Su larga barba descansaba sobre esta corbata. Por último se ponía un pequeño manto brillante de seda blanca, que se cerraba por delante con tres garfios con piedras, sobre los cuales había letras o signos grabados. De ambos hombros colgaba una serie de piedras preciosas en número de seis, algunas también grabadas. En medio de la espalda había un escudo con signos y letras. En el manto se veían flecos, borlas y frutos. En el brazo llevaba un manípulo. La mitra era de seda blanca arrollada a modo de turbante y terminaba en un adorno de seda que tenía en la frente una plancha de oro con piedras preciosas.

Arcos rezaba postrado o echado sobre el suelo delante del altar. Vi que tuvo una visión en la cual vió que salía de Emorún un rosal con tres ramas. En cada rama había una rosa y la rosa de la segunda rama estaba señalada con una letra. También vió a un ángel que escribía una letra en la pared. A raíz de esto declaró Arcos a Emorún que debía casarse con el sexto pretendiente que tendría una hija, con una señal, que sería un vaso de elección de la cercana promesa. Este sexto pretendiente era Estolano. No vivieron mucho tiempo en Mara, sino que pasaron a Efrón.

He visto también a sus hijas Emerencia e Ismeria consultar al anciano Arcos, el cual les aconsejó el casamiento porque eran ellas también vasos elegidos de la próxima promesa. La mayor, Emerencia, casóse con un Levita de nombre Afras y fué madre de Isabel(*), madre, a su vez, de Juan el Bautista. Otra hija de Estolano se llamó Enué. Ismeria fué la segunda hija de Estolano y Emorún. Ésta tuvo en su nacimiento la señal que dijo Arcos

(*) La tradición dice que Emerencia, mujer de Estolano, dió a luz a Ismeria, madre de Santa Isabel, y a Ana, madre de María. Pero según la vidente, Ana no sería hija, sino nieta de Estolano.

haber visto en la segunda rosa en su visión de Emorún. Ismeria casó con Eliud, de la tribu de Leví. Eran de condición noble y ricos de bienes. Lo he visto esto en la vasta economía de la casa. Tenían mucho ganado, pero todo parecía que lo destinaban para los pobres y no para sí mismos. Vivían en Séforis, a seis horas lejos de Nazaret, donde poseían una heredad. Tenían una posesión en el valle de Zabulón, adonde iban en los tiempos buenos del año y donde Eliud fijó su residencia después de la muerte de su mujer Ismeria. En el mismo valle se había establecido el padre de Joaquín con su familia. La piadosa educación que había tenido Estolano y Emorún pasó a su hija Ismeria y a Eliud. La primera hija de Ismeria se llamó Sobe. Ésta se casó más tarde con Salomón y fué la madre de María Salomé, que se casó con Zebedeo, padre de los apóstoles Santiago el Mayor y Juan. Como no llevase Sobe la señal dicha por Arcos se contristaron mucho los padres y fueron al monte Horeb, a ver al profeta, quien les impuso oración y sacrificio, y los consoló. Por espacio de dieciocho años no tuvieron hijos, hasta el nacimiento de Ana. Tuvieron entonces ambos una visión nocturna. Ismeria vió a un ángel que escribía una letra en la pared, junto a su lecho. Contó esto a su marido, que había visto lo mismo, y ambos vieron la letra al despertar. Era la letra M, que Ana había traído al mundo al nacer, grabado en el bajo vientre. Los padres amaban a Ana de una manera particular. He visto a la niña Ana: no era hermosa en grado notable, pero si más que otras niñas de su edad. No fué de ningún modo tan hermosa como lo fué María; pero era muy sencilla, inocente y piadosa. Así la he visto en todo tiempo, como joven, como madre, como anciana, de manera que cuando veo a una campesina realmente sencilla, pienso siempre: "Esta es como Ana". Ana fué llevada a la edad de cinco años al templo, como más tarde María. Vivió doce años allí y a los diecisiete volvió a su casa. Entre tanto tuvo su madre una tercera hija, llamada Maraha, y Ana encontró a su vuelta a un hijo de su hermana mayor Sobe, llamado Eliud.

Maraha consiguió más tarde la posesión de la casa paterna, en Séforis, y fué madre de los discípulos Arastaria y Cocharia. El joven Eliud fué más tarde marido segundo de la viuda de Naím, Maroni. Un año después enfermó Ismeria y murió. Desde el lecho de dolor hizo venir a su presencia a todos los de la casa, los exhortó y aconsejó y designo a Ana como ama de casa después de su muerte. Luego habló con Ana y le dijo que debía casarse, pues era un vaso de elección y de promesa.

III

San Joaquín y Santa Ana

Un año y medio más tarde se casó Ana con Helí o Joaquín, también por un aviso profético del anciano Arcos. Hubiera debido casar con un levita de la tribu de Aarón, como las demás de su tribu; pero por la razón dicha casó con Joaquín, de la tribu de David, pues María debía ser de la tribu de David. Había tenido varios pretendientes y no conocía a Joaquín; pero lo prefirió a los demás por aviso de lo alto. Joaquín era pobre de bienes y era pariente de San José. El abuelo de José provenía de David, a través de Salomón y se llamó Matan. Tuvo dos hijos: José y Jacob: éste fué padre de San José. Cuando murió Matan casó la viuda con un hombre llamado Leví, de la descendencia de David, por Natán, y fué hijo de Leví, Matat, padre de Helí o Joaquín. Este Joaquín era pequeño de estatura, delgado, y San José, aún en la edad madura, era mucho más hermoso que Joaquín. Era, en cambio, Joaquín hombre de buena índole y de atrayentes maneras. Tenía, como Ana, algo de inexplicable en sí. Ambos eran perfectos israelitas y había en ellos algo que ellos mismos no conocían: un ansia y un anhelo del Mesías y una notable seriedad en su porte. Pocas veces los he visto reír, aunque no eran melancólicos ni tristes. Tenían un carácter sosegado y callado, siempre igual y aún en la edad temprana llevaban la madurez de los ancianos. Fueron unidos en matrimonio en un pequeño lugar donde había una pequeña escuela. Sólo un sacerdote asistió al acto. Los casamientos eran entonces muy sencillos; los pretendientes se mostraban en general apocados; se hablaban y no pensaban en otra cosa sino que así debía ser. Decía la novia "sí", y quedaban los padres conformes; decía, en cambio, "no", teniendo sus razones, y también quedaban los padres de acuerdo. Primeramente eran los padres quienes arreglaban el asunto; a esto seguíase la conversación en la sinagoga. Los sacerdotes rezaban en el lugar sagrado con los rollos de la ley y los parientes en el lugar acostumbrado. Los novios se hablaban en un lugar aparte sobre las condiciones y sus intenciones; luego se presentaban a los padres. Éstos hablaban con el sacerdote que salía a escucharlos, y a los pocos días se efectuaba el casamiento.

Joaquín y Ana vivían junto a Eliud, el padre de Ana. Reinaba en su casa la estricta vida y costumbres de los Esenios. La casa estaba en Séforis, aunque un tanto apartada, entre un grupo de

casas, de las cuales era la más grande y notable. Allí vivieron unos siete años. Los padres de Ana eran más bien ricos; tenían mucho ganado, hermosos tapices, notable menaje y siervos y siervas. No he visto que cultivasen campos, pero sí que llevaban el ganado al pastoreo. Eran muy piadosos, reservados, caritativos, sencillos y rectos. A menudo partían sus ganados en tres partes: daban una parte al templo, adonde lo llevaban ellos mismos y que eran recibidos por los encargados del templo. La otra parte la daban a los pobres o a los parientes necesitados, de los cuales he visto que había algunos allí que los arreaban a sus casas. La tercera parte la guardaban para sus necesidades. Vivían muy modestamente y daban con facilidad lo que se les pedía. Por eso yo pensaba en mi niñez: "El dar produce riqueza; recibe el doble de lo que da". He visto que esta tercera parte siempre se aumentaba y que muy luego estaban de nuevo con lo que habían regalado, y podían partir de nuevo su hacienda entre los demás. Tenían muchos parientes que solían juntarse en las solemnidades del año. No he visto en estas fiestas derroche ni exceso. Daban una parte de la comida a los pobres. No he visto verdaderos banquetes entre ellos. Cuando se encontraban juntos se sentaban en el suelo sobre tapetes, en rueda, y hablaban mucho de Dios con grandes esperanzas. A veces había entre los parientes gente no tan buena que miraba mal estas conversaciones y cómo dirigían los ojos a lo alto y al cielo. Sin embargo, con estos malos, ellos se mostraban buenos y les daban el doble. He visto que estos mal criados exigían con tumulto y pretensiones lo que Joaquín y Ana daban de buena voluntad. Si había pobres entre su familia les daban una oveja o a veces varias. En este lugar tuvo Ana su primera hija, que llamó también María. He visto a Ana llena de alegría por el nacimiento de esta niña. Era una niña muy amable; la he visto crecer robusta y fuerte, pero muy piadosa y mansa. Los padres la querían mucho. Tenían, sin embargo, una inquietud que yo no entendía bien: les parecía que ella no era la niña prometida que debían esperar de su unión. Tenían pena y turbación como si hubiesen faltado en algo contra Dios. Hicieron larga penitencia, vivieron separados uno de otro y aumentaron sus obras de caridad. Así permanecieron en la casa de Eliud unos siete años, lo que pude calcular en la edad de la primera niña, cuando determinaron separarse de sus padres y vivir en el retiro para empezar de nuevo su vida matrimonial y aumentar su piedad para conseguir la bendición de Dios.

Tomaron esta resolución en casa de sus padres y Eliud les preparó las cosas necesarias para el viaje. Los ganados eran divididos, separando los bueyes, asnos y ovejas; estos animales me parecían más grandes que los de nuestro país. Sobre los asnos y bueyes fueron cargados utensilios, recipientes y vestidos. Estas gentes eran tan diestras en cargarlos, como los animales en recibir la carga que les ponían. Nosotros no somos tan capaces de cargar mercaderías sobre carros como eran diestros éstos en cargar sus animales. Tenían hermoso menaje: todos sus utensilios eran mejores y más artísticos que los nuestros. Delicados jarrones de formas elegantes, sobre los cuales había lindos grabados, eran empaquetados, llenándolos con musgo y envueltos diestramente; luego eran sujetados con una correa y colgados del lomo de los animales. Sobre las espaldas de los animales colocaban toda clase de pequetes con vestimentas en multicolores envoltorios, mantas y frazadas bordadas de oro. Eliud les dió a los que partían una bolsita con una masa pequeña y pesada, como si fuera un pedazo de metal precioso. Cuando todo estuvo en orden acudieron siervos y siervas a reforzar la comitiva y arreaban los animales cargados delante de sí hacia la nueva vivienda, la cual se encontraba a cinco o seis horas de camino. La casa estaba situada en una colina entre el valle de Nazaret y el de Zabulón. Una avenida de terebintos bordeaba el camino hasta el lugar. Delante de la casa había un patio cerrado cuyo suelo estaba formado por una roca desnuda, rodeado por un muro de poca altura, hecho de peña viva; detrás de este muro por encima de él había un seto vivo. En uno de los costados del patio había habitaciones de poca monta para hospedar pasajeros y guardar enseres. Había un cobertizo para encerrar el ganado y las demás bestias de carga. Todo estaba rodeado de jardines, y en medio de ellos, cerca de la casa, se levantaba un gran árbol de una especie rara; sus ramas bajaban hasta la tierra, echaban raíces y así brotaban nuevos árboles formando una tupida vegetación. Cuando llegaron los viajeros a la casa encontraron todo arreglado y cada cosa en su lugar, pues habían los padres enviado a algunos antes con el encargo de preparar todo lo necesario. Los siervos y siervas habían desatado los paquetes, colocando cada cosa en su lugar, con la misma habilidad y cuidado con que antes habían cargado los bultos: eran tan inteligentes, diestros y cuidadosos y lo hacían todo con tanta calma y ponderación, que no era necesario ordenarles nada, al contrario de lo que suele hacerse hoy día. Pronto quedó

todo ordenado y habiendo los padres dejado instalados a sus hijos en la nueva casa, se despidieron de Ana y Joaquín, con besos y bendiciones, y regresaron llevándose a la pequeña María, de debía permanecer con los abuelos. En todas estas visitas y en otras ocasiones nunca los he visto comer con exceso o despilfarro. Se colocaban en rueda, teniendo cada uno, sobre la alfombra, dos platitos y dos recipientes. No hablaban generalmente en todo el tiempo sino de las cosas de Dios y de sus esperanzas en el Mesías. La puerta de la gran casa estaba en medio. Se entraba por ella a una especie de antesala, que corría por todo lo ancho de la casa. A derecha e izquierda de la sala había pequeñas piezas separadas por biombos de juncos entretejidos, que se podían quitar o poner a voluntad. En la sala se hacían las comidas más solemnes, como se hizo cuando María fué enviada al templo.

Desde entonces comenzaron una vida completamente nueva. Queriendo sacrificar a Dios todo su pasado y haciendo como si por primera vez estuviesen reunidos, se empeñaron, desde ese instante, por medio de una vida agradable a Dios, en hacer descender sobre ellos la bendición, que era el único objeto de sus ardientes deseos. Los vi visitando sus rebaños y dividiéndolos en tres partes, siguiendo la costumbre de sus padres: una para el templo, otra para los pobres y la tercera para ellos mismos. Al templo enviaban la mejor parte; los pobres recibían un buen tercio y la parte menos buena la reservaban para sí. Como la casa era amplia, vivían y dormían en pequeñas habitaciones separadas, donde era posible verlos a menudo en oración, cada uno por su lado, con gran devoción y fervor. Los vi vivir así durante largo tiempo. Daban muchas limosnas y cada vez que repartían sus bienes y sus rebaños, éstos se multiplicaban de nuevo rápidamente. Vivían con modestia en medio de sacrificios y renunciamientos. Los he visto vestir ropas de penitencia cuando rezaban y varias veces vi a Joaquín, mientras visitaba sus rebaños en lugares apartados, orar a Dios en la pradera. En esta vida penitente perseveraron diecinueve años después del nacimiento de su primera hija María, anhelando ardientemente la bendición prometida y su tristeza era cada día mayor. Pude ver también a algunos hombres perversos acercarse a ellos y ofenderlos, diciéndoles que debían ser muy malos para no poder tener hijos; que la niña devuelta a los padres de Ana, no era suya; que Ana era estéril y que aquella niña era un engaño forjado por ella; que si así no fuera la tendrían a su lado y otras muchas

cosas más. Estas detracciones aumentaban el abatimiento de Joaquín y de Ana. Tenía ésta la firme convicción interior de que se acercaba el advenimiento del Mesías y que ella pertenecía a la familia dentro de la cual debía encarnarse el Redentor. Oraba pidiendo con ansia el cumplimiento de la promesa, y seguía aspirando, como Joaquín, hacia una pureza de vida cada vez más perfecta. La vergüenza de su esterilidad la afligía profundamente, no pudiendo mostrarse en la sinagoga sin recibir ofensas. Joaquín, a pesar de ser pequeño y delgado, era de constitución robusta. Ana tampoco era grande y su complexión, delicada: la pena la consumía de tal manera que sus mejillas estaban descarnadas, aunque bastante subidas de color. De tanto en tanto conducían sus rebaños al templo o las casas de los pobres, para darles la parte que les correspondía en el reparto, disminuyendo cada vez más la parte que solían reservarse para sí mismos.

IV

La santa e inmaculada concepción de María

Julio - Agosto de 1820. — Cuando Joaquín, que se encontraba de nuevo entre su ganado, quiso ir de nuevo al templo para ofrecer sacrificios, le envió Ana palomas y otras aves en canastos y jaulas por medio de los siervos para que fuesen a llevárselas a la pradera. Joaquín tomó dos asnos y los cargó con tres animalitos pequeños, blancos y muy despiertos, de cuellos largos, corderos o cabritos, encerrados en cestas. Llevaba él mismo una linterna sobre su cayado: era una luz en una calabaza vacía. Lo vi con sus servidores y sus bestias de carga llegar a una hermosa pradera, entre Betania y Jerusalén. Allí mismo vi más tarde a Jesús detenerse a menudo. Subieron al templo, guardando sus asnos en una posada, que estaba cerca del mercado, donde se hospedaron más tarde el día de la presentación de María. Llevaron sus ofrendas hasta los escalones más altos y pasaron, como lo hicieron más adelante, por las habitaciones de los servidores del templo. Allí se reunieron los siervos de Joaquín después que les fueron tomadas las ofrendas. Entró Joaquín en la sala donde se hallaba la fuente llena de agua en la cual eran lavadas las víctimas; se dirigió por un largo corredor a otra sala a la izquierda del sitio donde estaba el altar de los perfumes, la mesa de los panes de la proposición

y el candelabro de los cinco brazos. Se hallaban reunidas en aquel lugar varias personas que habían acudido para sacrificar.

Joaquín tuvo que sufrir aquí una pena muy cruel. Vi a un sacerdote, de nombre Rubén, que despreció sus ofrendas, puesto que en lugar de colocarlas junto a las otras, en lugar aparente, detrás de las rejas, a la derecha de la sala, las puso completamente de lado. Ofendió públicamente al pobre Joaquín a causa de la esterilidad de su mujer y sin dejarlo acercarse, para mayor injuria, lo relegó a un rincón. Vi entonces a Joaquín lleno de tristeza abandonar el templo, y, pasando por Betania, llegar a los alrededores de Maquero. Había allí una casa donde se reunían los esenios y entró en ella buscando consuelo y consejos. En esta misma casa y anteriormente en aquélla que está cerca de Belén, vivió el profeta Manahem que predijo a Herodes, en su juventud, que sería rey y cometería grandes crímenes. De allí se dirigió Joaquín al lugar más alejado de sus rebaños, cerca de la montaña de Hermón. El camino que tomó pasaba por el desierto de Gaddi, más allá del Jordán. Hermón es una montaña esbelta, toda verde y sembrada de hermosos árboles frutales por el lado del mediodía, en tanto que por el lado opuesto está siempre cubierta de nieve. Joaquín permaneció tan triste y avergonzado que, por algún tiempo, no dió aviso del sitio donde se encontraba. La aflicción de Ana fué extraordinaria cuando le refirieron lo que le había acontecido en el templo y al ver que no volvía. Cinco meses permaneció Joaquín oculto en el monte Hermón. He visto su oración y sus angustias. Cuando iba donde estaban sus rebaños y veía a sus corderitos, se ponía muy triste y se echaba en tierra cubriéndose el rostro. Los siervos le preguntaban por qué se mostraba tan afligido; pero él no les decía que estaba siempre pensando en la causa de su pena: la esterilidad de su mujer. También aquí dividía su ganado en tres partes: lo mejor lo enviaba al templo; la otra parte lo recibían los esenios y él se quedaba con la más inferior.

También Ana tuvo que sufrir mucho por la desvergüenza de una criada, que le reprochaba su esterilidad. Mucho tiempo la estuvo sufriendo hasta que la despachó de su casa. Había pedido ésta ir a una fiesta a la cual, según la rigidez de los esenios, no se podía concurrir. Cuando Ana le negó permiso ella le reprochó duramente esta negativa, diciendo que merecía ser estéril y verse abandonada de su marido por ser tan mala y tan dura. Entonces despachó Ana a la criada, y por medio de dos servidores la envió a la casa de sus padres, llenándola antes

con regalos y dones, rogándoles la recibiesen de nuevo ya que no podía retenerla más consigo. Después de esto se retiró a su pieza y lloró amargamente. En la tarde del mismo día se cubrió la cabeza con un paño amplio, se envolvió toda con él y fué a ponerse bajo un gran árbol, en el patio de la casa. Encendió una lámpara y se entregó a la oración. Este árbol enviaba sus ramas sobre el muro y se hundían en la tierra para brotar allí echando renuevos que, a su vez, volvían a brotar hasta cubrir así grandes extensiones con su follaje. Las hojas son bastante grandes y creo que eran como aquéllas con que se cubrieron Adán y Eva después del pecado. La forma de este árbol me recuerda la semejanza con el árbol de la fruta prohibida. Los frutos cuelgan comúnmente de a cinco en la punta de la rama: tienen forma de peras, el interior es carnoso, con venas como de sangre, y tienen en el medio un lugar vacío donde están las pepitas dentro de la parte carnosa. Las hojas más grandes las usaban los judíos para techar las chozas y adornar las paredes, ya que puestas en forma de escamas se juntan y encuadran muy bien. Alrededor de este árbol había una glorieta con asientos. Permaneció aquí mucho tiempo Ana clamando a Dios y diciendo: "Si quieres, Señor, que yo quede estéril, haz que, al menos, mi piadoso esposo vuelva a mi lado". Entonces se le apareció un ángel. Venía de lo alto y se puso delante, diciéndole que pusiera en paz su corazón porque el Señor había oído su oración; que debía a la mañana siguiente ir con dos criadas a Jerusalén y que entrando en el templo, bajo la puerta dorada del lado del valle de Josafat, encontraría a Joaquín. Añadió que él estaba de camino a ese lugar, que su ofrenda sería bien recibida, y que allí sería escuchada su oración. Le dijo que también ya había estado con Joaquín, y mandóle que llevase palomas para sacrificio, y anuncióle que el nombre de la criatura que tendría, luego lo vería escrito.

Ana dió gracias a Dios y volvió a su casa contenta. Cuando después de mucho rezar en su lecho, se quedó dormida, he visto aparecer sobre ella un resplandor que la penetraba. La he visto avisada por una inspiración interior, despertar e incorporarse en su lecho. En ese momento vi un rostro luminoso junto a ella, que escribía con grandes letras hebreas a la derecha de su cama. He conocido el contenido de la frase, palabra por palabra. Expresaba en resumen, que ella debía concebir; que su fruto sería único, y que la fuente de esa concepción era la bendición que había recibido Abrahán. La he visto indecisa pensando como

le comunicaría esto a Joaquín; pero se consoló cuando el ángel le reveló la visión de Joaquín.

Tuve entonces la explicación de la inmaculada concepción de María y supe que en el Arca de la Alianza había estado oculto un sacramento de la Encarnación, de la Inmaculada Concepción, un misterio de la Redención de la humanidad caída. He visto a Ana leer con admiración y temor las letras de oro y rojas brillantes de la escritura, y su gozo fué tan grande que pareció rejuvenecer cuando se levantó para dirigirse a Jerusalén. He visto, en el momento en que el ángel se acercó a ella, un resplandor bajo el corazón de Ana, y allí, un vaso iluminado. No puedo explicarlo de otro modo sino diciendo: había allí como una cuna, un tabernáculo cerrado que ahora se abría para recibir algo santísimo. No puedo expresar cómo he visto esto maravillosamente. Lo vi como si fuera la cuna de toda la humanidad renacida y redimida; lo vi como un vaso sagrado abierto, al cual se le quita el velo. Reconocí esto con toda naturalidad. Este conocimiento era a la vez natural y celestial. Ana tenía entonces, según creo, cuarenta y tres años.

V

La visión de Joaquín

He visto la aparición del ángel a Joaquín. El ángel le mandó llevar las ofrendas al templo y le prometió que sería escuchada su oración. A pesar de que le dijo que fuera después a la puerta dorada en el templo, Joaquín sentíase temeroso de ir. Pero el ángel le dijo que los sacerdotes ya tenían aviso de su visita. Esto sucedía en tiempo de la fiesta de los tabernáculos. Joaquín había levantado su choza con ayuda de sus pastores. Al cuarto día de fiesta dirigióse a Jerusalén con numeroso ganado para el sacrificio, y se alojó en el templo. Ana, que también llegó el mismo día a Jerusalén, fué a hospedarse con la familia de Zacarías, en el mercado de los peces, y se encontró con Joaquín al finalizar las fiestas. Cuando Joaquín llegó a la entrada del templo, le salieron al encuentro dos sacerdotes, que habían recibido un aviso sobrenatural. Joaquín llevaba dos corderos y tres cabritos. Su oferta fué recibida en el lugar acostumbrado: allí mismo degolladas y quemadas las víctimas. Una parte de este sacrificio, sin embargo, fué llevada a la derecha de la antesala,

y allí consumida(*). En el centro del lugar estaba el gran sillón desde donde se enseñaba. Mientras subía el humo de la víctima descendía un rayo de luz sobre el sacerdote y sobre Joaquín. Hubo entonces un silencio general y gran admiración. Luego vi que dos sacerdotes llevaron a Joaquín a través de las cámaras laterales, hasta el *Sancta Sanctorum,* ante el altar del incienso. Aquí echó el sacerdote incienso, no en granos, como era costumbre, sino una masa compacta sobre el altar(**), que se encendió. Joaquín quedó solo delante del altar del incienso, porque los sacerdotes se alejaron.

Vi a Joaquín hincado de rodillas, con los brazos levantados, mientras se consumía el incienso. Permaneció encerrado en el templo toda la noche, rezando con gran devoción. Estaba en éxtasis cuando se le acercó un rostro resplandeciente y le entregó un rollo que contenía letras luminosas. Eran los tres nombres: Melia, Anna y Miryam(***). Junto a ellos veíase la figura del Arca de la Alianza o un tabernáculo pequeño. Joaquín colocó este rollo escrito bajo sus vestidos, junto al corazón. El ángel habló entonces: "Ana tendrá una Niña inmaculada y de ella saldrá la salud del mundo. No debe lamentar Ana su esterilidad, que no es para su deshonra sino para su gloria. Lo que tendrá Ana no será de él (Joaquín) sino que por medio de él, será un fruto de Dios y la culminación de la bendición dada a Abrahán". Joaquín no podía comprender esto, y el ángel lo llevó detrás del cortinado que estaba separado lo bastante para poder permanecer allí. Vi que el ángel ponía delante de los ojos de Joaquín una bola brillante como un espejo: él debía soplar sobre ella y mirar. Yo pensé que el ángel le presentaba la bola, según costumbre de nuestro país donde, en los casamientos, se presenta una cabeza pintada para ser besada, dándosele catorce centavos al sacristán. Cuando Joaquín echó su aliento sobre la bola, aparecieron diversas figuras en ella, sin empañarse lo más mínimo. Joaquín observaba. Entendí que el ángel le decía que de esa manera Ana daría a luz, por medio de él, sin ser empañada. El ángel tomó la bola y la levantó en alto, quedando suspendida. Dentro de ella pude ver, como por una abertura, una serie de

---

(*) Según la tradición judía varias partes, especialmente el nervio de la cadera, que en la lucha de Jacob con el ángel fué tocado y se secó, no eran quemados sobre el altar, sino cerca de allí hacia el Oriente, sobre el "montón de cenizas".

(**) Era una mezcla de incienso, mirra, casia, nardo, azafrán, canela, sal fina y otros productos y pertenecía al sacrificio diario.

(***) Diversas formas de los nombres de Joaquín, Ana y María.

cuadros conexos que se extendían desde la caída del hombre hasta su redención. Había allí todo un mundo, donde las cosas nacían unas de otras. Tuve conocimiento de todo, pero ya no puedo dar los detalles.

En lo más alto hallábase la Santísima Trinidad; más abajo, a un lado, el Paraíso, Adán y Eva, el pecado original, la promesa de la redención, todas las figuras que la anunciaban de antemano, Noé, el diluvio, el Arca, la bendición de Abrahán, la trasmisión de la bendición a su hijo Isaac, y de éste a Jacob; luego, cuando le fué retirada a Jacob por el ángel con quien luchó; cómo pasó a José en el Egipto; cómo se mostró en él y en su mujer, Asenet, en un grado de más alta dignidad; y cómo el don sagrado, donde reposaba la bendición, era sacado de Egipto por Moisés con las reliquias de José y de Asenet y se transformaba en el Santo de los Santos del Arca de la Alianza, la residencia de Dios vivo en medio de su pueblo. Vi el culto y la vida del pueblo de Dios en sus relaciones con este misterio, las disposiciones y las combinaciones para el desarrollo de la raza santa, del linaje de la Santísima Virgen, así como las figuras y los símbolos de María y del Salvador en la historia y en los profetas. Vi todo esto en cuadros simbólicos dentro de la esfera luminosa. Vi grandes ciudades, torres, palacios, tronos, puertas, jardines, flores, todas estas imágenes maravillosamente unidas entre sí por puentes de luz. Todo esto era embestido por fieras y otras temibles apariciones. Estos cuadros mostraban como la raza de la Santísima Virgen, al igual que todo lo santo, había sido conducida por la gracia de Dios a través de combates y asaltos. Recuerdo haber visto, en esta serie de cuadros, un jardín rodeado por densa valla espinosa, a través de la cual se esforzaban por pasar, en vano, una cantidad de serpientes y bestias repulsivas semejantes. Vi también una torre muy firme, asaltada por todas partes por guerreros, que luego eran precipitados desde lo alto de las murallas. Observé muchas imágenes análogas que se referían a la historia de la Virgen en sus antepasados. Los pasajes y puentes que unían el conjunto significaban la victoria obtenida sobre obstáculos e interrupciones que se oponían a la obra de la salvación. Era como si una carne inmaculada, una sangre purísima hubiesen sido puestas por Dios en medio de la humanidad, como en un río de agua turbia, y debiesen, a través de muchas penas y esfuerzos, reunir sus elementos dispersos, mientras el río trataba de atraerlas hacia sí y empañarlas; pero al final, con la gracia de Dios, de los innumerables favores y de

la fiel cooperación de parte de los hombres, esto debía, después de oscurecimientos y purificaciones, subsistir en un río que renovaba sus aguas sin cesar, y elevarse fuera del río bajo la forma de la Santísima Virgen, de la cual nació el Verbo, hecho carne, que habitó entre nosotros. Entre las imágenes que contemplé en la esfera luminosa había muchas que están mencionadas en las letanías de la Virgen: las veo, las comparo, las comprendo y las voy considerando con profunda veneración cuando recito las letanías. Más tarde se desarrollaban en estos cuadros hasta el perfecto cumplimiento de la obra de la divina Misericordia con la humanidad, caída en una división y en un desgarramiento infinitos. Por el costado del globo luminoso opuesto al Paraíso, llegaban los cuadros hasta la Jerusalén celestial(*), a los pies del trono de Dios.

Cuando hube visto todo, desvanecióse el globo resplandeciente, que no era sino la misma sucesión de cuadros que partiendo de un punto volvían todos a él luego de haber formado un círculo de luz. Creo que fué una revelación hecha a Joaquín por los ángeles, bajo la forma de una visión, de la cual tuve yo también conocimiento. Cuando recibo una comunicación de esta clase se me aparece siempre dentro de una esfera luminosa.

VI

Joaquín recibe el misterio del Arca de la Alianza

Tomó el ángel, sin abrir la puerta del Arca, algo de dentro. Era el misterio del Arca de la Alianza, el sacramento de la Encarnación, de la inmaculada Concepción, el cumplimiento y la culminación de la bendición de Abrahán. He visto como un cuerpo luminoso este misterio del Arca. El ángel ungió o bendijo con la punta del pulgar y del índice la frente de Joaquín; luego pasó el cuerpo luminoso bajo el vestido de Joaquín, desde donde, no sé decir cómo, penetró dentro de él mismo. También le dió a beber algo de un vaso o cáliz brillante que sostenía por debajo con sus dos dedos. Este cáliz tenía la forma del cáliz de la última Cena, pero sin pie, y Joaquín debió conservarlo para sí y llevarlo a su casa. Entendí que el ángel le mandó a Joaquín

(*) María de Agreda dice, en sus visiones sobre la vida de la Virgen, que le fué explicado que la nueva y celestial Jerusalén de que habla el Apocalipsis (XXII), no es otra cosa que la Virgen Santísima.

que conservase el misterio, y entendí, entonces, por qué Zacarías, padre del Bautista, quedó mudo después de haber recibido la bendición y la promesa de tener hijo de Isabel, bendición y promesa que venían del misterio del Arca de la Alianza. Sólo más tarde fué echado de menos el misterio del Arca por los sacerdotes del templo. Desde entonces se extraviaron del todo y se volvieron farisaicos. El ángel sacó a Joaquín del *Sancta Sanctorum* y desapareció. Joaquín permaneció tendido en el suelo rígido y fuera de sí. Vi que luego llegaron los sacerdotes y sacaron de allí reverentemente a Joaquín y lo sentaron en un sillón, sobre unas gradas, que sólo usaban los sacerdotes. El sillón era cómodo y forrado en el asiento, semejante a las sillas que usaba Magdalena en sus tiempos de lujo. Los sacerdotes le echaron agua en la cara y le pusieron delante de la nariz algo o le dieron alguna cosa para tomar; en una palabra, lo trataron como a uno que se ha desmayado. Con todo, he visto que Joaquín quedó, después de lo recibido del ángel, todo luminoso, más joven y rozagante.

VII
Encuentro de Joaquín y Ana

Joaquín fué guiado por los sacerdotes hasta la puerta del pasillo subterráneo, que corría debajo del templo y de la puerta derecha. Era éste un camino que se usaba en algunos casos para limpieza, reconciliación o perdón. Los sacerdotes dejaron a Joaquín en la puerta, delante de un corredor angosto al comienzo, que luego se ensanchaba y bajaba insensiblemente. Había allí columnas forradas con hojas de árboles y vides y brillaban los adornos de oro en las paredes iluminadas por una luz que venía de lo alto. Joaquín había andado una tercera parte del camino, cuando vino a su encuentro Ana, en el lugar del corredor, debajo de la puerta dorada donde había una columna en forma de palmera con hojas caídas y frutos. Ana había sido conducida por los sacerdotes a través de una entrada que había del otro lado del subterráneo. Ella les había dado con su criada las palomas para el sacrificio, en unos cestos que había abierto y presentado a los sacerdotes, conforme le había mandado el ángel. Había sido conducida hasta allí en compañía de otras mujeres, entre ellas, la profetisa Ana. He visto que cuando se abrazaban Joaquín y Ana, estaban en éxtasis. Estaban rodeados de numerosos ánge-

les, que flotaban sobre ellos, sosteniendo una torre luminosa y recordando la torre de marfil, la torre de David y otros títulos de las letanías lauretanas. Desapareció la torre entre Joaquín y Ana: ambos estaban llenos de gloria y resplandor. Al mismo tiempo, el cielo se abrió sobre ellos y vi la alegría de los ángeles y de la Santísima Trinidad y la relación de todo esto con la concepción de María Santísima. Cuando se abrazaron, rodeados por el resplandor, entendí que era la concepción de María en ese instante, y que María fué concebida como hubiera sido la concepción de todos sin el pecado original.

Joaquín y Ana caminaban así, alabando a Dios, hasta la salida. Llegaron a una arcada grande, como una capilla donde ardían lámparas, y salieron afuera. Aquí fueron recibidos por los sacerdotes, que los despidieron. El templo estaba abierto y adornado con hojas y frutos. El culto se realizaba bajo el cielo, al aire libre. En cierto lugar había ocho columnas aisladas adornadas con ramajes. Joaquín y Ana llegaron a una salida abierta al borde extremo de la montaña del templo, frente al valle de Josafat. No era posible ir más lejos en esa dirección, pues el camino doblaba a derecha e izquierda. Hicieron todavía una visita a un sacerdote y luego los vi con su gente dirigirse a su casa. Una vez llegado a Nazaret, Joaquín dió un banquete de regocijo, sirvió a muchos pobres y repartió grandes limosnas. Vi el júbilo y el fervor de los esposos y su agradecimiento a Dios, pensando en su misericordia hacia ellos; observélos a menudo orando juntos, con los ojos bañados en lágrimas. Se me explicó en esta ocasión que los padres de la Santísima Virgen la engendraron en una pureza perfecta, por el efecto de la obediencia. Si no hubiera sido con el fin de obedecer a Dios, habrían guardado perpetua continencia. Comprendí, al mismo tiempo, cómo la pureza, la castidad, la reserva de los padres y su lucha contra el vicio impuro tiene incalculable influencia sobre la santidad de los hijos engendrados. En general, siempre vi en la incontinencia y en el exceso, la raíz del desorden y del pecado. Vi también que mucha gente se congratulaba con Joaquín por haber sido recibida su ofrenda en el templo.

Después de cuatro meses y medio, menos tres días, de haber concebido Ana bajo la puerta dorada, he visto formarse el alma de María por la Santísima Trinidad. Vi un movimiento en la Trinidad y penetrar algo como un monte resplandeciente y con todo un rostro de hombre. Vi subir algo de la parte media hacia la boca y salir de la boca un resplandor. Este resplandor estaba

fuera del rostro de Dios y tomó forma de persona o mejor fué formada así. Mientras tomaba esta forma de persona, vi que era hecha tan hermosa por voluntad de Dios. Vi cómo Dios mostraba a los ángeles la belleza de esa alma y como ellos sintieron por ello inexplicable alegría. Después vi reunirse esta alma con el cuerpo de María en el seno de Ana. Ana estaba tendida en su lecho. Vi un resplandor sobre ella y un rayo de luz descender hacia la parte media de su costado: este resplandor, en forma de pequeña figura de persona, entró en santa Ana. En ese momento se incorporó Ana, rodeada de luz, transfigurada, como si estuviera fuera de sí; vió en el resplandor una luminosa Virgen, como en un tabernáculo, de donde salía toda salud para la humanidad. He visto también, en ese momento, como María se movió por primera vez dentro del seno materno. Ana se levantó al punto y le comunicó todo a Joaquín; luego salió a rezar bajo aquel árbol debajo del cual le había sido anunciada la Concepción inmaculada. Entendí también que el alma de María se unió al cuerpo cinco días antes del tiempo en que pasa con los demás niños y que asimismo nació doce días antes del término común que los demás hombres.

VIII

Figuras del misterio de la Inmaculada Concepción

Vi la tierra de Palestina reseca por falta de lluvia y a Elías subiendo con dos servidores al monte Carmelo; al principio, a lo largo de la ladera; luego sobre escalones, hasta una terraza, y después de nuevo sobre escalones en una planicie con una colina que tenía una cueva hasta la cual llegó. Dejó a sus servidores sobre la ladera de la planicie para que mirasen al mar de Galilea, que aparecía casi seco, con honduras, pantanos y hoyos llenos de peces y animales muertos. Elías se inclinó sobre si hasta poner su cabeza sobre las rodillas, se cubrió y clamó con fuerza a Dios. Por siete veces llamó a sus siervos, preguntándoles si no veían alguna nube levantarse sobre el mar. Finalmente vi que en medio del mar se levantaba una nubecilla blanca, de la cual salió otra nube negra, dentro de la cual había una figura blanca; se agrandó y en lo alto se abrió ampliamente. Mientras la nube se levantaba, vió Elías dentro de ella la figura de una Virgen luminosa. Su cabeza estaba coronada de rayos, los brazos levan-

tados en forma de cruz, en una mano una corona de victoria y el largo vestido estaba como sujeto bajo los pies. Parecía que flotaba y se extendía sobre la tierra de Palestina.

Elías reconoció cuatro misterios de la Virgen Inmaculada; que debía venir en la séptima época del mundo y de qué estirpe debía venir; vió también a un lado del mar un árbol pequeño y ancho, y al otro, uno muy grande, el cual echaba sus ramas superiores en el árbol pequeño. Observé que la nube se dividía. En ciertos lugares santificados, donde habitaban hombres justos que aspiraban a la salvación, dejaba la nube como blancos torbellinos de rocío, que tenían en los bordes todos los colores del arco iris, y vi concentrarse en ellos la bendición, como para formar una perla dentro de su concha. Fuéme explicado que era ésta una figura profética y que en los lugares bendecidos donde la nube había dejado caer los torbellinos hubo cooperación real en la manifestación de la Santísima Virgen(*). Vi en seguida un sueño profético, en el cual, durante la ascensión de la nube, conoció Elías muchos misterios relativos a la Santísima Virgen. Desgraciadamente, en medio de tantas cosas que me perturban y me distraen, he olvidado los detalles, como también otras muchas cosas. Supo Elías que María debía nacer en la séptima edad del mundo; por esto llamó siete veces a su servidor. Otra vez pude ver a Elías que ensanchaba la gruta sobre la cual había orado y establecer una organización más perfecta entre los hijos de los profetas. Algunos de ellos rezaban habitualmente en esta gruta para pedir la venida de la Santísima Virgen, honrándola desde antes de su nacimiento. Esta devoción se perpetuó sin interrupción, subsistió gracias a los esenios, cuando estaba ya sobre la tierra y fué observada más tarde por algunos ermitaños, de los cuales salieron finalmente los religiosos del Carmelo.

Elías, por medio de su oración, había dirigido las nubes de agua según internas inspiraciones: de otro modo se hubiera originado un torrente devastador en lugar de lluvia benéfica. Observé como las nubes enviaron primero el rocío; caían en blancas líneas, formaban torbellinos con los colores del arco iris en los bordes, y finalmente caían en gotas de lluvia. Reconocí en esto una relación con el maná del desierto, que por la mañana aparecía rojizo y denso cubriendo el suelo como una piel que se podía extender. Estos torbellinos corrían a lo largo del Jor-

(*) En un antiguo comentario hebraico sobre los salmos se leen las palabras siguientes: "Yo he creado siete mares, dice Dios, mas entre todos he elegido solamente el de Genesaret".

dán, y no caían en todas partes, sino en ciertos lugares, como en Salén, donde Juan debía más tarde bautizar. Pregunté qué significaban los bordes rojizos, y se me dió la explicación de la concha del mar, que tiene también estos multicolores bordes, que expuesta al sol absorbe los colores y purificada de colores se vá formando en su centro la madreperla blanca y pura. No puedo explicar mejor todo esto; pero se me dió a entender que ese rocío y esa lluvia significaba mucho más de lo que podía ser considerándolo solo un refrescamiento de la tierra sedienta. Entendí que sin ese rocío la venida de María se hubiese retardado cien años, mientras las descendencias que se nutren de los frutos de la tierra y se ennoblecen por el aplacamiento y la bendición del suelo, realzasen de nuevo esas descendencias recibiendo la carne la bendición de la pura propagación. La figura de la madreperla se refería a María y a Jesús. Además de la aridez de la tierra por falta de lluvia, observé la esterilidad de los hombres, y cómo los rayos del rocío caían de descendencia en descendencia, hasta la substancia de María. No puedo decirlo mejor. A veces presentábanse sobre los bordes multicolores una o varias perlas en forma de rostro humano que parecía derramar un espíritu que volvía luego a brotar con los demás.

IX

Se anuncia a los paganos el futuro Mesías

He visto que por la gran misericordia de Dios se anunció a los paganos piadosos de esa época que el Mesías debía nacer de una Virgen en Judea. Esto sucedió en Caldea, donde había astrólogos, que tenían visiones de una figura en los astros o en mitad del cielo; estos astrólogos profetizaban luego todo lo que veían. También en Egipto he visto anuncios de la futura salud.

Le fué mandado a Elías que reuniera a varias piadosas familias dispersas en el Norte, Oriente y Mediodía y las llevase a Judea. Elías envió a tres discípulos de los profetas, que reconoció aptos para dicho objeto, por una señal que le dió el mismo Dios a Elías. Necesitaba gente muy segura, porque era una empresa ardua y arriesgada. Uno de ellos fué al Norte, otro al Oriente y el tercero al Mediodía. Este camino lo llevaba a Egipto por un camino peligroso para los israelitas. Lo he visto en el mismo camino cuando huyó a Egipto la Sagrada Familia, y luego

en la ciudad de Heliópolis. En un valle había un gran templo, rodeado de muchos edificios, y él llegó allí a tiempo que se prestaba adoración a un buey vivo. De estos animales había varias figuras en el templo, junto a otros ídolos. Se sacrificaban al ídolo niños que habían nacido deformes. Como el profeta pasara por allí, lo detuvieron y lo llevaron delante de los sacerdotes. Por suerte éstos eran, en general, muy curiosos de novedades: de otro modo lo habrían matado. Le preguntaron de dónde era, y él les contestó claramente que nacería una Virgen de la cual vendría la salud del mundo; que entonces todos sus ídolos caerían por tierra deshechos(*). Se maravillaron de lo que les decía, se conmovieron y lo dejaron marchar.

Después se reunieron en consejo e hicieron la figura de una Virgen, que pendieron en medio de su templo, extendida en el aire como si planeara. La imagen tenía un peinado semejante al de sus ídolos, de los cuales gran número habían sido puestos en fila. Tenían busto de mujer y el resto era semejante al león(**). La imagen de la Virgen que hicieron los egipcios llevaba en la cabeza un pequeño vaso, bastante hondo, parecido al que usaban para medir las frutas; los brazos hasta el codo estaban pegados a lo largo del cuerpo, separándose de él y extendiéndose al alzarse. La imagen tenía algunas espigas de trigo en las manos; tenía tres senos, uno mayor en el centro y dos pequeños más abajo a cada lado. La parte inferior del cuerpo estaba envuelta en largo ropaje; de los pies, pequeños y muy finos, colgaban algo así como borlas. De los dos hombros se alzaban hermosas plumas en forma de rayos, que parecían alas y que eran como dos peines estrechamente unidos entre sí. Tenía otras plumas cruzadas a lo ancho de las caderas, replegadas hacia arriba por la mitad del cuerpo. El vestido no tenía pliegues. Honraron a esta imagen y le ofrecieron sacrificios, rogándole que no destruyera a su buey Apis ni a las demás deidades. Por otra parte, perseveraron en todas las abominaciones de su culto idolátrico, empezando, sin embargo, desde ese momento a invocar primero a la Virgen de la cual habían hecho la imagen, según creo, de acuerdo con diversas indicaciones

(*) San Epifanio, en un libro sobre la vida de los profetas, dice de Jeremías: "Este profeta dió una señal a los sacerdotes de Egipto anunciándoles que sus ídolos caerían al suelo hechos pedazos cuando una virgen Madre con su divino Hijo entrare en Egipto". Este discípulo de Elías no fué Jeremías, que nació tres siglos después.

(**) Un arqueólogo señala una estatua egipcia que representa a Isis con las mismas características.

tomadas del relato del profeta y tratando de reproducir la figura vista por Elías.

He visto cuadros de la historia de Tobías y del casamiento del joven Tobías, por intermedio del ángel, y supe que había allí una figura de Santa Ana y de su historia. El viejo Tobías representaba a la raza piadosa de los judíos que esperaban al Mesías. El haberse puesto ciego significaba que no debía tener más hijos y que debía entregarse más a la meditación y a la oración. Las molestias que le ocasionaba su mujer con sus quejas significaban las formas vacías de los fariseos y doctores de la ley. La paloma era una indicación de la primavera cercana y de la salud venidera. La ceguera indicaba la espera ansiosa de la redención y la ignorancia del lugar de su advenimiento. El ángel dijo verdad al afirmar que era Azarías, hijo de Ananías, pues estas palabras significan más o menos: la ayuda de Dios que viene de la nube de Dios. El ángel era la conducción de las descendencias y la conservación y dirección de la bendición misteriosa, hasta su cumplimiento en la Concepción Inmaculada de María. Las oraciones del viejo Tobías y de Sara, llevadas ante el trono de Dios por los ángeles, por haber sido escuchadas, significaban los clamores y deseos de los piadosos israelitas y de las hijas de Sión, pidiendo la venida de la redención, y también el clamor de Joaquín y de Ana para conseguir la hija de la promesa. La ceguera de Tobías y la murmuración de su mujer indicaban también el desprecio que se hizo a Joaquín al rechazarle su sacrificio. Los siete pretendientes de Sara muertos, significaban aquéllos antepasados de la santa Virgen que habían impedido la venida de María y la salud, como asimismo los pretendientes que Ana tuvo que rechazar antes de Joaquín. El desprecio de la criada de Sara indicaba el desprecio de los paganos y de los incrédulos judíos, ante la venida del Mesías, que llevaba a los buenos a rezar. También expresaba el desprecio de la criada de Ana, que movió a ésta a rezar con más fervor hasta que fué oída su petición. El pez que pretendía devorar a Tobías significaba la larga esterilidad de Ana; el corte del hígado, la bilis y el corazón del pez expresaban la mortificación y las buenas obras. El cabrito que la mujer de Tobías había traído a casa en pago de su trabajo, era realmente hurtado, que los hombres le dieron por bueno y pagado barato. Tobías conocía a esta gente y lo sabía, y fué por esto reprochado. Tenía también la significación de los desprecios que sufrían los buenos judíos y esenios de parte de los fariseos y judíos formulistas y otras que

no recuerdo. La hiel con la cual el ciego Tobías recobró la vista indicaba la mortificación y la penitencia, por las cuales los judíos elegidos llegaban al conocimiento de la salud y redención. Indicaba además la entrada de la luz en la oscuridad, por medio de la amarga pasión de Jesucristo, desde su niñez.

X

Cuadros de la Inmaculada Concepción

Vi salir de la tierra una hermosa columna como el tallo de una flor. A semejanza del cáliz de una flor o la cabeza de la amapola que surgen de un pedúnculo, así salía de la columna una iglesia octogonal, resplandeciente, que permaneció firme sobre la columna. Esta subía hasta el centro de la iglesia como un pequeño árbol, cuyas ramas, divididas con regularidad, llevaban las figuras de la familia de la Santísima Virgen, las cuales, en esta representación de la fiesta, eran objeto de veneración particular. Estaban como sobre los estambres de una flor. Santa Ana estaba colocada entre Joaquín y otro, quizás su padre. Debajo del pecho de Santa Ana vi una cavidad luminosa, como un cáliz y en ella la figura de un niño resplandeciente que se desarrollaba y crecía. Sus manecitas estaban cruzadas sobre el pecho; de su cabecita inclinada partían infinidad de rayos que se dirigían hacia una parte del mundo. Me parece que no era en todas direcciones. Sobre otras ramas circundantes había varias figuras vueltas hacia el centro en actitud respetuosa. En la iglesia vi un número infinito de santos en fila, rodeándola o formando coros, que se inclinaban, al rezar, hacia la santa Madre. Se exteriorizaba el fervor más dulce y notábase una íntima unión en esta fiesta, que sólo podría compararse a la de un cantero de flores muy variadas, que agitadas por el aura suave girasen hacia el sol, como para ofrecer sus fragancias y sus colores al astro del cual recibían sus propios dones y su propia vida. Por encima de este cuadro simbólico de la festividad de la Inmaculada Concepción, se alzó el pequeño árbol luminoso con un nuevo vástago en la extremidad, y en esta segunda corona de ramas pude contemplar la celebración de una segunda etapa de la fiesta. Aquí María y José estaban hincados de rodillas y algo más abajo, delante de ellos, Santa Ana. Todos adoraban al Niño Jesús, sentado, con el globo del reino en la mano,

en lo más alto del tallo, rodeado de un resplandor maravilloso. En torno de este cuadro veíanse a corta distancia varios coros: los de los Reyes Magos, de los pastores, de los apóstoles y discípulos, mientras otros santos formaban círculos algo más alejados del centro. Observé en las alturas algunas formas más difusas: los coros celestiales. Más alto aún, el brillo como de un medio sol penetraba atravesando la cúpula de la iglesia. Parecía indicar este segundo cuadro la proximidad de la fiesta de la Natividad que sigue a la Inmaculada Concepción.

Cuando apareció el primer cuadro me pareció hallarme fuera de la iglesia, bajo la columna, en un país circundante; después me encontré dentro de ella. Vi a la pequeña María creciendo en el espacio luminoso, debajo del corazón de Santa Ana. Me sentía penetrada de la íntima convicción de la ausencia absoluta de toda mancha original en la concepción de María. Leí esto con toda claridad como se lee un libro y lo comprendí entonces perfectamente. Me fué dicho que en otros tiempos hubo en este lugar una iglesia levantada en memoria de esta gracia inestimable otorgada por Dios; pero que fué entregada a la destrucción a causa precisamente de las muchas disputas y escándalos que se suscitaron a raíz de las controversias acerca de la Inmaculada Concepción de María. Entendí también estas palabras: "En cada visión permanece un misterio hasta que se haya realizado".

La Iglesia triunfante sigue celebrando allí mismo la fiesta de la Inmaculada Concepción.

XI

Misterios de la vida de María

Diciembre 26 de 1822. — A menudo oí a María contar a algunas mujeres de su confianza, Juana Chusa y Susana de Jerusalén, diferentes misterios relativos a Nuestro Señor y a ella misma, que sabía por iluminación interior del cielo o por lo que le había narrado Santa Ana. Le oí decir a Susana y a Marta que durante el tiempo que llevaba a Jesús en su seno jamás había sentido el más pequeño sufrimiento, sino un continuo regocijo y felicidad indecible. Contaba que Joaquín y Ana se habían encontrado bajo la Puerta Dorada en una hora también dorada; que en aquel sitio habían recibido la plenitud de la

gracia divina en virtud de la cual ella sola había recibido la existencia en el seno de su madre por efecto de la santa obediencia y del puro amor de Dios, sin mezcla de impureza alguna. Les hacía comprender también que, sin el pecado original, la concepción de todos los hombres hubiera sido igualmente pura.

Vi en seguida de nuevo todo lo relacionado con la gracia acordada a los padres de María, desde la aparición del ángel hasta su encuentro bajo la Puerta Dorada. Bajo ella he visto a Joaquín y a Ana rodeados de una multitud de ángeles que resplandecían con luz celestial. También ellos eran luminosos y puros, casi como espíritus. Hallábanse en el estado sobrenatural en que ninguna pareja humana se hubo hallado antes. Creo que era bajo la Puerta Dorada donde tenían lugar las pruebas y ceremonias de la absolución para las mujeres acusadas de adulterio, así como otras expiaciones. Debajo del templo había cinco pasajes subterráneos de esa clase y existía además otro bajo el lugar donde habitaban las vírgenes. Estos pasajes servían para ciertas expiaciones. Ignoro si otras personas pasaron por este camino antes que Joaquín y Ana; pero fué este un caso muy raro. No recuerdo si lo usaban para los sacrificios que se ofrecían por las personas estériles; pero sé que en esta circunstancia les fué ordenado a los sacerdotes disponer las cosas en la forma sucedida.

XII

Víspera del nacimiento de María

¡Qué alegría tan grande hay en toda la naturaleza!... Oigo cantar a los pajaritos, veo a los corderitos y cabritos saltar de alegría, y a las palomas rondar en bandadas de un lado a otro con inusitado alborozo, allí donde estuvo antes la casa de Ana. Ahora no existe nada: el lugar es todo desierto. Tuve una visión de peregrinos de muy antiguos tiempos que, recogidos sus vestidos, con turbantes en las cabezas y largos bastones de viaje, atravesaban esta comarca para dirigirse al monte Carmelo. Ellos también notaron esta alegría extraordinaria de la naturaleza. Cuando manifestaron su extrañeza y preguntaron a las personas con las cuales se hospedaron, la razón de tal suceso, les respondieron que tales contentos y manifestaciones de alegría se notan

todas las vísperas, desde el nacimiento de María y que allí había estado la casa de Ana. Hablaron entonces de un varón santo, de tiempos antiguos, que había observado esta renovación de la naturaleza, que fué la causa de que se celebrase entonces la fiesta del nacimiento de María en la Iglesia Católica.

Doscientos cincuenta años después del tránsito de María al cielo vi a un piadoso peregrino atravesar la Tierra Santa y visitar y anotar todos los lugares por donde había estado Jesús en su peregrinación sobre la tierra, para venerarlos y recordarlos. Este hombre gozó de una inspiración sobrenatural que le guiaba. En algunos lugares se detenía varios días, probando especial dulzura y contento, y recibía revelaciones mientras estaba en oración y meditación piadosas. Había tenido siempre la impresión de que del 7 al 8 de Septiembre había una grande alegría en la naturaleza en Tierra Santa y oía en ese tiempo armoniosos cantos de pájaros. Finalmente obtuvo, después de mucho pedir en oración, la revelación de que esa era la fecha del nacimiento de María. Tuvo esta revelación en el camino al monte Sinaí y el aviso de que allí había una capilla murada dedicada a María, en una gruta del profeta Elías. Se le dijo que debía decir estas cosas a los solitarios que habitaban en las faldas del monte Sinaí, adonde le he visto llegar. Donde ahora están los monjes, había ya ermitaños que vivían aislados: el lugar era entonces tan agreste del lado del valle, como ahora, necesitándose un aparato para poder subir arriba. Observé que, según sus indicaciones, se celebró allí la festividad del nacimiento de María el 8 de Septiembre del año 250 y que luego pasó esta fiesta a la Iglesia universal. Vi también que los ermitaños, juntos con el peregrino, escudriñaron la gruta de Elías buscando la capilla murada de María. No era cosa fácil encontrarla, pues había muchas grutas de antiguos ermitaños y de los esenios, entre jardines y huertas agrestes, donde aún crecían hermosas frutas. El vidente dijo que trajeran a un judío, y la gruta de la cual el judío fuera arrojado afuera, sería la señal de que ésa era la de Elías. Le fué dicho esto en una revelación. Tuve luego la visión de cómo buscaron a un viejo judío y lo llevaron a las grutas del monte, y cómo éste era siempre arrojado afuera de una gruta, que tenía una puerta angosta amurallada, a pesar de que él se esforzaba por entrar. Por este prodigio reconocieron la gruta de Elías, dentro de la cual encontraron otra segunda cueva amurallada, que había sido la capilla donde el profeta había orado a la

futura Madre del Salvador. Allí dentro hallaron huesos sagrados de profetas y antiguos padres, como también biombos tejidos y utensilios que habían servido antiguamente para el servicio divino. El lugar donde estuvo la zarza se llama, según el lenguaje de la región, "Sombra de Dios", y es visitado por los peregrinos, que se descalzan antes. La capilla de Elías estaba hecha con hermosas piedras de colores y floreadas. Hay en las cercanías una montaña de arena rojiza, en la falda de la cual se cosechan hermosas frutas.

XIII
Oraciones para la fiesta de la Natividad de María

Vi muchas cosas relacionadas con Santa Brígida y tuve conocimiento de varias comunicaciones hechas a esta santa sobre la Concepción Inmaculada y la Natividad de María. Recuerdo que la Virgen Santísima le dijo que cuando las mujeres embarazadas santifican la víspera del día de su Nacimiento, ayunando y recitando con devoción nueve veces el Ave María, en honor de los nueve meses que ella había pasado en el seno de su madre, y cuando renuevan con frecuencia este ejercicio de piedad en el curso de su preñez y la víspera de su alumbramiento, acercándose con piedad a los sacramentos, lleva ella esas oraciones ante Dios y les obtiene un parto feliz, aunque las condiciones se presenten difíciles.

En cuanto a mí, se me acercó la Virgen y me dijo, entre otras cosas, que quien en el día de hoy, por la tarde, recite con devoción nueve veces el Ave María en honor de su permanencia de nueve meses en el seno de su madre y de su nacimiento, y continúe durante nueve días este ejercicio de piedad, da a los ángeles cada día nueve flores destinadas a formar un ramillete que ella recibe en el cielo y presenta a la Santísima Trinidad, con el fin de obtener una gracia para la persona que ha dicho esas mismas oraciones. Más tarde me sentí transportada a la altura, entre el cielo y la tierra. Debajo estaba la tierra, oscura y esfumada. En el cielo, entre los coros de los ángeles y santos, vi a la Santísima Virgen ante el trono de Dios. Pude ver construir, para ella, con las oraciones y las devociones de los fieles del mundo dos puertas o tronos de honor que crecían hasta formar iglesias, palacios y ciudades enteras. Me admiró que estos edificios estuvieran hechos totalmente de plantas, flores

y guirnaldas, expresando, las diversas especies, la naturaleza y el mérito de las oraciones, dichas por los individuos o por las comunidades. Vi que para conducirlo hasta el cielo los ángeles y santos tomaban todo esto de entre las manos de quienes decían tales oraciones.

XIV
Nacimiento de María Santísima

Con varios días de anticipación había anunciado Ana a Joaquín que se acercaba su alumbramiento. Con este motivo envió ella mensajeros a Séforis, a su hermana menor Marha; al valle de Zabulón, a la viuda Enue, hermana de Isabel; y a Betsaida, a su sobrina María Salomé, llamándolas a su lado. Vi a Joaquín, la víspera del alumbramiento de Ana, que enviaba numerosos siervos a los prados donde estaban sus rebaños, yendo él mismo al más cercano. Entre las nuevas criadas de Ana, sólo guardó en su casa a aquéllas cuyo servicio era necesario. Vi a María Helí, la hija mayor de Ana, ocupándose en los quehaceres domésticos. Tenía entonces unos diez y nueve años, y habiéndose casado con Cleofás, jefe de los pastores de Joaquín, era madre de una niñita llamada María de Cleofás, de más o menos cuatro años en aquel momento. Joaquín oró, eligió sus más hermosos corderos, cabritos y bueyes y los envió al templo como sacrificio de acción de gracias. No volvió a casa hasta el anochecer.

Por la noche vi llegar a casa de Ana a sus tres parientas. La visitaron en su habitación situada detrás del hogar, y la besaron. Después de haberles anunciado la proximidad de su alumbramiento, Ana, poniéndose de pie, entonó con ellas un cántico concebido más o menos en estos términos: "Alabad a Dios, el Señor, que ha tenido piedad de su pueblo, que ha cumplido la promesa hecha a Adán en el paraíso, cuando le dijo que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente...". No me es posible repetir todo con exactitud. Se encontraba Ana en áxtasis, enumerando en su cántico todas las imágenes que figuraban a María. Decía: "El germen dado por Dios a Abrahán ha llegado a su madurez en mi misma". Hablaba luego de Isaac, prometido de Sara, y agregaba: "El florecimiento de la vara de Aarón se ha cumplido en mi". La he visto penetrada de luz en medio de su aposento, lleno de resplandores, donde aparecía también, en lo alto, la escala de Jacob. Las mujeres, llenas de asom-

bro y de júbilo, estaban como arrobadas, y creo que vieron la aparición. Después de la oración de bienvenida se sirvió a las mujeres una pequeña comida de frutas y agua mezclada con bálsamo. Comieron y bebieron de pie, y fueron a dormir algunas horas para reposar del viaje. Ana permaneció levantada, y oró. Hacia la media noche, despertó a sus parientas para orar juntas, siguiéndola éstas detrás de una cortina cerca del lecho. Ana abrió las puertas de una alacena embutida en el muro, donde se hallaban varias reliquias dentro de una caja. Vi luces encendidas a cada lado; pero no sé si eran lámparas. Al pie de este pequeño altar había un escabel tapizado. El relicario contenía algunos cabellos de Sara, a quien Ana profesaba veneración; huesos de José, que Moisés había traído de Egipto; algo de Tobías, quizás un trozo de vestido, y el pequeño vaso brillante en forma de pera donde había bebido Abrahán al recibir la bendición del ángel y que Joaquín había recibido junto con la bendición. Ahora sé que esta bendición constaba de pan y vino y era como un alimento sacramental. Ana se arrodilló delante de la alacena. A cada lado de ella estaba una de las dos mujeres, y la tercera, detrás. Recitó un cántico: creo que se trataba de la zarza ardiente de Moisés. Vi entonces un resplandor celestial que llenó la habitación, y que, moviéndose, condensábase en torno de Ana. Las mujeres cayeron como desvanecidas con el rostro pegado al suelo. La luz en torno de Ana tomó la forma de la zarza que ardía junto a Moisés, sobre el monte Horeb, y ya no me fué posible contemplarla. La llama se proyectaba hacia el interior: de pronto vi que Ana recibía en sus brazos a la pequeña María, luminosa, que envolvió en su manto, apretó contra su pecho y colocó sobre el escabel delante del relicario. Prosiguió luego sus oraciones. Oí entonces que la niña lloraba. Vi que Ana sacaba unos lienzos debajo del gran velo que la cubría, y fajándola, dejaba la cabeza, el pecho y los brazos descubiertos. La aparición de la zarza ardiendo desapareció.

Levantáronse entonces las mujeres y en medio de la mayor admiración recibieron en brazos a la criatura recién nacida, derramando lágrimas de alegría. Entonaron todas juntas un cántico de acción de gracias, y Ana alzó a la niña en el aire como para ofrecerla. Vi entonces que la habitación se volvió a llenar de luces y oí a los ángeles que cantaban Gloria y Aleluya. Pude escuchar todo lo que decían: supe que, según lo anunciaban, veinte días más tarde la niña recibiría el nombre de María. Entró Ana en su alcoba y se acostó. Las mujeres tomaron a la

niña, la despojaron de la faja, la lavaron y, fajándola de nuevo, la llevaron en seguida junto a su madre, cuyo lecho estaba dispuesto de tal manera que se podía fijar contra él una pequeña canasta calada, donde tenía la niña un sitio separado al lado de su madre. Las mujeres llamaron entonces a Joaquín, el cual se acercó al lecho de Ana, y arrodillándose, derramó abundantes lágrimas de alegría sobre la niña. La alzó en sus brazos y entonó un cántico de alabanzas, como Zacarías en el nacimiento del Bautista. Habló en el cántico del santo germen, que colocado por Dios en Abrahán se había perpetuado en el pueblo de Dios y en la Alianza, cuyo sello era la circuncisión y que con esta niña llegaba a su más alto florecimiento. Oí decir en el cántico que aquellas palabras del profeta: "Un vástago brotará de la raíz de Jessé", cumplíanse en este momento perfectamente. Dijo también, con mucho fervor y humildad, que después de esto moriría contento. Noté que María Helí, la hija mayor de Ana, llegó bastante tarde para ver a la niña. A pesar de ser madre ella misma, desde varios años atrás, no había asistido al nacimiento de María quizás porque, según las leyes judías, una hija no debía hallarse al lado de su madre en tales circunstancias. Al día siguiente vi a los servidores, a las criadas y a mucha gente del país reunidos en torno de la casa. Se les hacía entrar sucesivamente, y la niña María fué mostrada a todos por las mujeres que la atendían. Se emocionaron mucho y algunos se volvieron más buenos. Otros vecinos acudían porque durante la noche había aparecido una luz encima de la casa, y porque el alumbramiento de Ana, después de tantos años de esterilidad, era considerado como una especial gracia del cielo.

XV

El nacimiento de María en el Cielo, en el Limbo y en la naturaleza

En el instante en que la pequeña María se hallaba en los brazos de Santa Ana, la vi en el cielo presentada ante la Santísima Trinidad y saludada con júbilo por todos los coros celestiales. Entendí que le fueron manifestados de modo sobrenatural todas sus alegrías, sus dolores y su futuro destino. María recibió el conocimiento de los más profundos misterios, guardando, sin embargo, su inocencia y candor de niña. Nosotros no podemos

comprender la ciencia que le fué dada, porque la nuestra tiene su origen en el árbol fatal de Paraíso terrenal. Ella conoció todo esto como el niño conoce el seno de la madre donde debe buscar su alimento. Cuando terminó la contemplación en la cual vi a la niña María en el cielo, instruída por la gracia divina, por primera vez pude verla llorar. Vi anunciado el nacimiento de María en el Limbo a los santos Patriarcas en el mismo momento en que tuvo lugar. Los vi a todos, y en particular a Adán y Eva, penetrados de alegría inexplicable, porque se había cumplido la promesa hecha en el Paraíso. Supe también que hubo un progreso en el estado de gracia de los Patriarcas: su morada se hacía más clara, más amplia y adquirían mayor influencia sobre las cosas que acontecían en el mundo. Era como si todos sus trabajos, todas las penitencias de su vida, todos sus combates, sus oraciones y sus ansias hubiesen llegado, por decirlo así, a su completa madurez produciendo frutos de paz y de gracia.

Observé un gran movimiento de alegría en toda la naturaleza al nacimiento de María; en los animales, y en el corazón de los hombres de bien; y oí armoniosos cantos por doquiera. Los pecadores se sintieron como angustiados y experimentaron pena y aflicción. Vi que en Nazaret y en las regiones de la Tierra Prometida varios poseídos del demonio se agitaban en medio de convulsiones violentas. Corrían de un lado a otro con grandes clamores; los demonios bramaban por boca de ellos clamando: "¡Hay que salir!... ¡Hay que salir!..."

He visto en Jerusalén al piadoso sacerdote Simeón, que habitaba cerca del templo, en el momento del nacimiento de María, sobresaltado por los clamores desaforados de locos y posesos, encerrados en un edificio contiguo a la montaña del templo, sobre el cual tenía Simeón derechos de vigilancia. Lo vi dirigirse a media noche a la plaza, delante de la casa de los posesos. Un hombre que allí habitaba le preguntó la causa de aquellos gritos, que interrumpían el sueño de todo el mundo. Uno de los posesos clamó con más fuerza para que lo dejaran salir. Abrió Simeón la puerta y el poseso gritó, precipitándose afuera, por boca de Satanás: "Hay que salir... Debemos salir... Ha nacido una Virgen... ¡Son tantos los ángeles que nos atormentan sobre la tierra, que debemos partir, pues ya no podemos poseer un solo hombre más...!" Vi a Simeón orando con mucho fervor. El desgraciado poseso fué arrojado violentamente sobre la plaza, de un lado a otro; y vi que el demonio salía por fin de

su boca. Quedé muy contenta de haber visto al anciano Simeón. Vi también a la profetisa Ana y a Noemí, hermana de la madre de Lázaro, que habitaba en el templo y fué más tarde la maestra de la niña María. Fueron despertadas y se enteraron, por medio de visiones, de que había nacido una criatura de predilección. Se reunieron y se comunicaron unas a otras las cosas que acababan de saber. Creo que ellas conocían ya a Santa Ana.

XVI

En Caldea, Egipto y otros lugares se anuncia el nacimiento de María

En el país de los Reyes Magos mujeres videntes tuvieron visiones del nacimiento de la Santísima Virgen. Ellas decían a los sacerdotes que había nacido una Virgen, para saludar a la cual habían bajado muchos espíritus del cielo; que otros espíritus malignos se lamentaban de ello. También los Reyes Magos, que observaban los astros, vieron figuras y representaciones del acontecimiento.

En Egipto, la misma noche del nacimiento de María, fué arrojado del templo un ídolo y echado a las aguas del mar. Otro ídolo cayó de su pedestal y se deshizo en pedazos.

Llegaron más tarde a casa de Ana varios parientes de Joaquín que acudían desde el valle de Zabulón y algunos siervos que habían estado lejos. A todos les fué mostrada la niña María. En casa se preparó una comida para los visitantes. Más tarde concurrieron muchas gentes para ver a la niña María, de modo que fué sacada de su cuna y puesta en sitio elevado, como sobre un caballete, en la parte anterior de la casa. Estaba sobre lienzos colorados y blancos por encima, fajada con lienzos colorados y blancos transparentes hasta debajo de los bracitos. Sus cabellos eran rubios y rizados. He visto después a María Cleofás, la hija de María Helí y de Cleofás, nieta de Ana, de algunos años de edad, jugar con María y besarla. Era María Cleofás una niña fuerte y robusta, tenía un vestidito sin mangas, con bordes colorados y adornos de rojas manzanas bordadas. En los brazos descubiertos llevaba coronitas blancas que parecían de seda, lana o plumas. La niña María tenía también un velo transparente alrededor del cuello.

XVII

La Niña recibe el nombre de María

Septiembre 22-23. — Hoy vi una gran fiesta en casa de Ana. Los muebles habían sido cambiados de lugar y puestos a un lado en las habitaciones del frente. Los tabiques de juncos, que formaban habitaciones separadas, habían sido quitados para poder disponer una gran mesa. En torno de la sala vi una mesa amplia, baja, llena de platos y fuentes para la comida. En el centro se había levantado un altar cubierto con un paño rojo y blanco, sobre el cual había una cunita también de rojo y blanco y una colcha celeste. Al lado del altar había un atril cubierto, con rollos de pergamino conteniendo oraciones. Delante del altar había cinco sacerdotes de Nazaret con vestimentas de ceremonias. Joaquín estaba con ellos. En el fondo, en torno del altar, había mujeres y hombres, parientes de Joaquín, todos con trajes de fiesta. Recuerdo a la hermana de Ana, Maraha de Séforis y a su hija mayor. Santa Ana había dejado el lecho; pero no asistió a la ceremonia, quedándose en la habitación, detrás del hogar. Enue, la hermana de Isabel, trajo a la pequeña María, poniéndola en brazos de Joaquín. Los sacerdotes se colocaron delante del altar, cerca de los rollos y recitaron en alta voz las oraciones. Joaquín entregó la niña al principal de ellos, el cual alzándola en el aire, mientras rezaba, como para ofrecerla a Dios, la dejó luego en su cuna, sobre el altar. Tomó después unas tijeras de forma particular, con las cuales cortó tres pequeñas guedejas de cabello a ambos lados de la cabeza y la frente de la criatura, quemándolas en el brasero. Tomó luego una caja que contenía aceite y ungió los cinco sentidos de la niña, tocándole con el pulgar las orejas, los ojos, la nariz, la boca y el hueco del estómago. Sobre el pecho de la criatura colocó un pergamino donde estaba escrito el nombre de María. Luego se cantaron salmos y se sirvió la comida, la cual no pude ver.

Varias semanas después del nacimiento de María, vi a Joaquín y a Ana que iban con la Niña al templo para ofrecer un sacrificio. La presentaron al templo con vivos sentimientos de piedad y agradeciendo a Dios de un modo parecido a lo que más tarde hizo la Virgen Santísima cuando presentó al Niño Jesús y lo rescató del templo, según las prescripciones de la

ley. Al día siguiente entregaron su ofrenda, prometiendo consagrar la niña a Dios en el templo dentro de algunos años. Después volvieron a Jerusalén.

XVIII
Preparativos para la presentación en el templo

Octubre 28 de 1821. — María era de tres anos de edad y tres meses cuando hizo el voto de presentarse en el templo entre las vírgenes que allí moraban. Era de complexión delicada, cabellera blonda un tanto rizada hacia abajo; tenía ya la estatura que hoy en nuestro país tiene un niño de cinco a seis años. La hija de María Helí era mayor en algunos años y más robusta. He visto en casa de Ana los preparativos de María para ser conducida al templo. Era una fiesta muy grande. Estaban presentes cinco sacerdotes de Nazaret, de Séforis y de otras regiones, entre ellos Zacarías y un hijo del hermano del padre de Ana. Ensayaban una ceremonia con la niña María. Era una especie de examen para ver si estaba madura para ser recibida en el templo. Además de los sacerdotes estaban presentes la hermana de Ana de Séforis y su hija, María Helí y su hijita y algunas pequeñas niñas y parientes.

Los vestidos, en parte cortados por los sacerdotes y arreglados por las mujeres, le fueron puestos en esta ocasión a la niña en diversos momentos, mientras le dirigían preguntas. Esta ceremonia tenía un aire de gravedad y de seriedad, aun cuando algunas preguntas estaban hechas por el anciano sacerdote con infantil sonrisa, las cuales eran contestadas siempre por la niña, con admiración de los sacerdotes y lágrimas de sus padres. Había para María tres clases de vestidos, que se le pusieron en tres momentos. Esto tenía lugar en un gran espacio junto a la sala del comedor, que recibía la luz por una abertura cuadrangular abierta en el techo, a menudo cerrada con una cortina. En el suelo había un tapete rojo y en medio de la sala un altar cubierto de paño rojo y encima blanco transparente. Sobre el altar había una caja con rollos escritos y una cortina que tenía dibujada o bordada la imagen de Moisés, envuelto en su gran manto de oración y sosteniendo en sus brazos las tablas de la ley. He visto a Moisés siempre de anchas espaldas, cabeza alta, nariz grande y curva, y en su gran frente dos elevaciones vueltas un tanto una hacia otra, todo lo cual le

daba un aspecto muy particular. Estas especies de cuernos los tuvo ya Moisés desde niño, como dos verrugas. El color de su rostro era rojo oscuro de fuego y los cabellos rubios. He visto a menudo semejante especie de cuernos en la frente de antiguos profetas y ermitaños y a veces una sola de estas excrecencias en medio de la frente.

Sobre el altar estaban los tres vestidos de María; había también paños y lienzos obsequiados por los parientes para el arreglo de la niña. Frente al altar veíase, sobre gradas, una especie de trono. Joaquín, Ana y los miembros de la familia se encontraban reunidos. Las mujeres estaban detrás y las niñas al lado de María. Los sacerdotes entraron con los pies descalzos. Había cinco, pero sólo tres de ellos llevaban vestiduras sacerdotales e intervenían en la ceremonia. Un sacerdote tomó del altar las diversas prendas de la vestimenta, explicó su significado y presentólas a la hermana de Ana, Maraha de Séforis, la cual vistió con ellas a la niña María. Le pusieron primero un vestidito amarillo y encima, sobre el pecho, otra ropa bordada con cintas, que se ponía por el cuello y se sujetaba al cuerpo. Después, un mantito oscuro con aberturas en los brazos: por arriba colgaban algunos retazos de género. Este manto estaba abierto por arriba y cerrado por debajo del pecho. Calzáronle sandalias oscuras con suelas gruesas de color amarillo. Tenía los cabellos rubios peinados y una corona de seda blanca con variadas plumas. Estas plumas eran de un dedo de largo y dobladas para dentro. Conozco el pájaro de esas comarcas que tiene esas plumas. Colocáronle sobre la cabeza un velo cuadrado de color ceniza, que se podía recoger bajo los brazos, para que éstos descansaran como sobre dos nudos. Este velo parecía de penitencia o de oración. Los sacerdotes le dirigieron toda clase de preguntas relacionadas con la manera de vivir las jóvenes en el templo. Le dijeron, entre otras cosas: "Tus padres, al consagrarte al templo, han hecho voto de que no beberás vino ni vinagre, ni comerás uvas ni higos. ¿Qué quieres agregar a este voto?... Piénsalo durante la comida". A los judíos, especialmente a las jóvenes judías, les gusta mucho el vinagre, y María también tenía gusto en beberlo. Le hicieron otras preguntas y le pusieron el segundo género de vestido. Constaba éste de uno azul celeste, con mantito blanco azulado, y un adorno sobre el pecho y un velo transparente de seda blanca con pliegues detrás, como usan las monjas. Sobre la

cabeza le pusieron una corona de cera adornada con flores y capullos de hojas verdes. Los sacerdotes le pusieron otro velo para la cara: por arriba parecía una gorra, con tres broches a diversa distancia, de modo que se podía levantar un tercio, una mitad o todo el velo sobre la cabeza. Se le indicó el uso del velo: cómo tenía que recogerlo para comer y bajarlo cuando fuese preguntada.

Con este vestido presentóse María con los demás a la mesa: la colocaron entre los dos sacerdotes y uno enfrente. Las mujeres con otros niños se sentaron en un extremo de la mesa, separadas de los hombres. Durante la comida probaron los sacerdotes a la niña María en el uso del velo. Hubo preguntas y respuestas. También se le instruyó acerca de otras costumbres que debía observar. Le dijeron que podía comer de todo por ahora dándole diversas comidas para tentarla. María los dejó a todos maravillados con su forma de proceder y con las respuestas que les daba. Tomó muy poco alimento y respondía con sabiduría infantil que admiraba a todos. He visto durante todo el tiempo a los ángeles en torno a ella, que le sugerían y guiaban en todos los casos.

Después de la comida fué llevada a la otra sala, delante del altar, donde le quitaron los vestidos de la segunda clase para ponerle los de la tercera. La hermana de Santa Ana y un sacerdote la revistieron de los nuevos vestidos. El sacerdote explicaba el significado de cada pieza, relacionándola a cosas espirituales. Recibió entonces la niña María los vestidos de fiesta. Era un vestido color violeta con adorno de paño bordado sobre el pecho. Se ataba de costado con el paño de atrás, formaba rizos y terminaba en punta por debajo. Pusiéronle un mantito violeta más amplio y más festivo, redondeado por detrás, que parecía una casulla de misa. Tenía mangas anchas para los brazos y cinco líneas de adornos de oro. La del medio estaba partida y se recogía y cerraba con botones. El manto estaba también bordado en las extremidades. Luego se le puso un velo grande: de una parte caía en blanco y de otra en blanco violeta sobre los ojos. Sobre esto colocáronle una corona cerrada, con cinco broches, que constaba de un círculo de oro, más ancho arriba, con picos y botones. Esta corona estaba revestida de seda por fuera, con rositas y cinco perlas de adorno; los cinco arcos terminales eran de seda y tenían un botón. El escapulario del pecho estaba unido por detrás; por delante, tenía cintas. El manto estaba sujeto por delante sobre el pecho. Re-

vestida en esta forma fué la niña María llevada sobre las gradas del altar. Las niñas rodeaban el altar de uno y otro lado. María dijo que no pensaba comer carne ni pescado ni tomar leche; que sólo tomaría una bebida hecha de agua y de médula de junco, que usaban los pobres y que pondría a veces en el agua un poco de zumo de terebinto. Esta bebida es como un aceite blanco, se expande, y es muy refrescante aunque no tan fina como el bálsamo. Prometió no gustar especias y no comer en frutas más que unas bayas amarillas que crecen como uvas. Conozco estas bayas: las comen los niños y la gente pobre. También dijo que quería descansar sobre el suelo y levantarse tres veces durante la noche para rezar. Las personas piadosas, Ana y Joaquín lloraban al oír estas cosas. El anciano Joaquín, abrazando a su hija, le decía: "¡Ah, hija! Esto es muy duro de observar. Si quieres vivir en tanta penitencia creo que no te podré ver más, a causa de mi avanzada edad". Era una escena muy conmovedora. Los sacerdotes le dijeron que se levantara sólo una vez, como las demás, y le hicieron otras propuestas para mitigar sus abstinencias. Le impusieron comer otros alimentos, como el pescado, en las grandes festividades.

Había en Jerusalén, en la parte baja de la ciudad, un gran mercado de pescados, que recibía el agua de la piscina de Bethseda. Un día que faltó el agua, Herodes el Grande quiso construir allí un acueducto, vendiendo, para lograr dinero, vestiduras sacerdotales y vasos sagrados del templo. Por este motivo hubo un intento de sublevación, pues los esenios, encargados de la inspección de las vestiduras sacerdotales, acudieron a Jerusalén de todas partes del país y se opusieron firmemente. Recordé en este momento estas cosas. Por último dijeron los sacerdotes: "Muchas de las otras niñas que van al templo sin pagar su manutención y sus vestidos, se comprometen, con el consentimiento de sus padres, a lavar los vestidos de los sacerdotes manchados con la sangre de las víctimas, y otros paños burdos, trabajo muy pesado que lastima las manos. Tú no necesitas hacer esto, porque tus padres te costean tu manutención". María respondió prontamente que quería hacer también eso, si era tenida por digna de hacerlo. Joaquín se emocionó grandemente al oírla. Mientras se hacían estas ceremonias vi que María, en varias ocasiones, había crecido de tal modo ante ellos, que los superaba en altura. Era una señal de la gracia y de su sabiduría. Los sacerdotes se mostraron serios, con grata admiración.

Por último fué bendecida la niña María por el sacerdote. La he visto de pie sobre el tronito resplandeciente. Dos sacerdotes estaban a su lado; otro, delante. Los sacerdotes tenían rollos en las manos y rezaban preces sobre ella con las manos extendidas. Tuve una admirable visión de María. Me parecía que por la bendición se hacía transparente. Vi una gloria de indescriptible esplendor y dentro de ella el misterio del Arca de la Alianza como si estuviese en un brillante vaso de cristal. Luego vi el corazón de María que se abría en dos como una puertecita del templete, y el misterio sacramental del Arca de la Alianza penetró en su corazón. En torno de este misterio había formado un tabernáculo de variadas y muy significativas piedras preciosas. Entró en el corazón, como el Arca en el Santísimo, como el Ostensorio en el tabernáculo. Vi a la niña María como transformada, flotando en el aire. Con la entrada del sacramento en el corazón de María, que se cerró luego, lo que era figura pasó a ser realidad y posesión, y vi que la niña estuvo desde entonces como penetrada de una ardorosa concentración interior. Vi también, durante esta visión, que Zacarías recibió una interna persuación o una celestial revelación de que María era el vaso elegido del misterio o sacramento. Había recibido él un rayo de luz que yo vi salir de María.

Después de esto condujeron los sacerdotes a la niña adonde estaban sus padres. Ana levantó a su hija en alto y estrechándola contra su pecho la besó con interna dulzura y afecto, mezclada de veneración. Joaquín, muy conmovido, le dió la mano, lleno de admiración y veneración. La hermana mayor de María Santísima, María de Helí, abrazó a la niña con más vivacidad que Santa Ana, que era una mujer muy reservada, moderada y muy medida en todos sus actos. La sobrinita, María Cleofás, le echó los brazos al cuello, como hacen las criaturas. Después los sacerdotes tomaron a la niña de nuevo, le quitaron los vestidos simbólicos y le pusieron sus acostumbrados vestidos. Todavía los he visto de pie, tomando algún líquido de un recipiente, y luego partir.

XIX

La partida hacia el templo de Jerusalén

He visto a Joaquín, a Ana y a su hija mayor, María de Helí, ocupados toda la noche preparando paquetes y utensilios. Ardía una lámpara con varias mechas. A María Helí la veía

con una luz ir de un lado a otro. Unos días antes Joaquín había mandado a sus siervos que eligieran cinco de cada especie de los animales de sacrificio, entre los mejores y los había despachado para el templo: formaban estos animales una hermosa majada. Después tomó dos animales de carga y los fué cargando con toda clase de paquetes: vestidos para la niña y regalos para el templo. Sobre el lomo del animal acomodo un ancho asiento para que se pudiera sentar cómodamente. Los objetos que se cargaron estaban acondicionados en bultos y atados, fáciles de llevar. Vi cestas de diversas formas sujetas a los flancos del animal. En una de ellas había pájaros del tamaño de las perdices; otros cestos, semejantes a cuévanos de uvas, contenían frutas de toda clase. Cuando el asno estuvo cargado completamente, tendieron encima una gran manta de la que colgaban gruesas borlas. Todavía quedaban dos sacerdotes. Uno de ellos era muy anciano, que llevaba un capuz terminado en punta sobre la frente y dos vestiduras, la de arriba más corta que la de abajo. Este sacerdote es el que se había ocupado el día anterior en el examen de María, y le he visto dar otras instrucciones más a la niña. Tenía una especie de estola colgante. El otro sacerdote era más joven. María tenía en aquel momento algo más de tres años de edad: era bella y delicada y estaba tan adelantada como un niño de cinco años de nuestro país. Sus cabellos lisos, rizados en sus extremos, eran de un rubio dorado y más largos que los de María Cleofás, de siete años, cuya rubia cabellera era corta y crespa. Casi todas las personas mayores llevaban largas ropas de lana sin teñir.

Yo no notaba la presencia de dos niños que no eran de este mundo: estaban allí en una forma espiritual y figurativa, como profetas; no pertenecían a la familia y no conversaban con nadie. Parecía que nadie notaba su presencia. Eran hermosos y amables; tenían largos cabellos rubios y rizados. Mirando a uno y otro lado me dirigieron la palabra. Llevaban libros, probablemente para su instrucción. La pequeña María no poseía libro alguno a pesar de que sabía leer. Los libros no eran como los nuestros, sino largas tiras de más o menos media vara de ancho, enrolladas en un bastón, cuyas extremidades asomaban por cada lado. El más alto de los dos niños se me acercó con uno de los rollos desplegados en la mano y leyó algo, explicándomelo luego. Eran letras de oro, totalmente desconocidas para mí, escri-

tas al revés y cada una de ellas parecía representar una palabra entera. La lengua me era completamente desconocida también y, sin embargo, la entendía perfectamente. Lástima que haya olvidado la explicación. Tratábase de un texto de Moisés sobre la zarza ardiente. Me declaró: "Como la zarza ardía y no se quemaba, así arde el fuego del Espíritu Santo en la niña María, y en su humildad es como si nada supiera de ello. Significa también la divinidad y humanidad de Jesús y como el fuego de Dios se une con la niña María". El descalzarse explicólo como que la ley se cumplía, la corteza caía y llegaba ahora la sustancia. La pequeña bandera que traía la extremidad del bastoncito significaba que María empezaba su camino, su misión para ser Madre del Redentor. El otro niño jugaba con su rollo inocentemente, representando con esto el candor infantil de María, sobre la cual reposaba una promesa muy grande, la cual, no obstante tan alto destino, jugaba ahora como una criatura. Explicáronme aquellos niños siete pasajes de sus rollos; pero a causa del estado en que me encuentro, se me ha ido de la memoria. ¡Oh Dios mío! Cuando se me aparece todo esto ¡qué bello y profundo es y, al mismo tiempo, qué simple y claro!...

Al rayar el alba vi que se ponían en camino para Jerusalén. La pequeña María deseaba vivamente llegar al templo y salió apresuradamente de la casa acercándose a la bestia de carga. Los niños profetas me mostraron todavía algunos textos de sus rollos. Uno de éstos decía que el templo era magnífico, pero que la niña María encerraba en sí algo más admirable aún. Había dos bestias de carga. Uno de los asnos, el más cargado, iba conducido por un servidor y debía ir siempre delante de los viajeros. El otro, que estaba delante de la casa, cargado con más bultos, tenía preparado un asiento, y María fué colocada sobre él. Joaquín conducía el asno. Llevaba un bastón largo con un grueso pomo redondo en la extremidad: parecía un cayado de peregrino. Un poco más adelante iba Ana con la pequeña María Cleofás y una criada que debía acompañarla en todo el camino. Al empezar el viaje se juntaron con ellas unas mujeres y niñas: se trataba de parientas que en los diversos cruces del camino se separaban de la comitiva para volverse a sus casas. Uno de los sacerdotes acompañó a la comitiva durante algún tiempo. He visto unas seis mujeres parientas, con sus hijos y algunos hombres. Llevaban una linterna, y vi que la luz desaparecía totalmente ante aquella otra claridad

que derramaban las santas personas sobre el camino en su viaje nocturno, sin que, al parecer, lo notaran los demás. Al principio me pareció que el sacerdote iba detrás de la pequeña María con los niños profetas. Más tarde, cuando ella bajó del asno para seguir a pie, yo estuve a su lado. Más de una vez oí a mis jóvenes compañeros cantando el salmo 44: *Eructavit cor meum,* y el 49: *Deus deorum Dominus locutus est.* Supe por ellos que estos salmos serían cantados a doble coro cuando la Niña fuera admitida en el templo. Lo escucharé cuando lleguen al templo. Al principio vi que el camino descendía en pendiente de una colina, para volver a subir después. Siendo temprano, y habiendo buen tiempo, el cortejo se detuvo cerca de un manantial del que nacía un arroyo. Había allí una pradera y los caminantes descansaron sentándose junto a un cerco de plantas de bálsamo. Debajo de estos frágiles arbustos solían poner vasos y recipientes de piedra para recoger el bálsamo que iba cayendo gota a gota. Los viajeros bebieron bálsamo y echaron un poco en el agua, llenando pequeños recipientes. Comieron bayas de ciertas plantas que allí había, con panecillos que traían en las alforjas.

En ese momento desaparecieron los dos niños profetas. Uno de ellos era Elías; el otro me pareció que era Moisés. La pequeña María los había visto; pero no habló de ello con nadie. Así sucede que a veces vemos en nuestra infancia a santos niños y en edad más madura a santas jóvenes o muchachos, y callamos estas visiones sin comunicarlas a los demás por ser tal momento un instante de gozo celestial y de recogimiento. Más tarde vi a los viajeros entrar en una casa aislada, en la que fueron bien recibidos y tomaron provisiones, pues los moradores parecían ser de la familia. En aquel sitio se despidieron de la niña Cleofás, que debía volver a su casa. Durante el día, vi el curso del camino que suele ser bastante penoso, pues hay muchas subidas y bajadas. En los valles hay a menudo neblina y rocío; con todo, veo algunos lugares mejor situados, donde brotan flores. Antes de llegar al sitio donde debían pasar la noche, hallaron un pequeño arroyo. Se hospedaron en una posada al pie de una montaña en la cual se veía una ciudad. Por desgracia, no recuerdo el nombre de esa ciudad, pues la he visto durante otros viajes de la Sagrada Familia, por lo cual confundo los nombres. Lo que puedo decir es que ellos siguieron el camino que tomó Jesús en el mes de septiembre, cuando

tenía treinta años e iba de Nazaret a Betania y luego al bautismo de Juan y aun esto lo digo sin certidumbre completa. La Sagrada Familia hizo más tarde este camino en la época de la huída a Egipto. La primera etapa fué Nazara, pequeño lugar entre Massaloth y otra ciudad ubicada en la altura, más cercana a esta última. Veo por todas partes tantas poblaciones, cuyos nombres oigo pronunciar, que luego confundo unos con otros. La ciudad cubre la ladera de una montaña y se divide en varias partes, si es que realmente todas forman una misma ciudad. Allí falta agua y tienen que hacerla subir desde el llano con la ayuda de cuerdas. Veo allí torres antiguas en ruinas. Sobre la cumbre de la montaña hay una torre que parece un observatorio con un aparato de mampostería que tiene vigas y cuerdas como para hacer subir algo desde la ciudad. Hay una cantidad tan grande de estas cuerdas que el conjunto aparenta mástiles de buques. Debe haber como una hora de camino desde abajo a la cumbre de la montaña, desde donde se disfruta de una espléndida vista muy extensa. Los caminantes entraron en una posada situada en la llanura. En una parte de la ciudad había paganos, considerados como esclavos por los judíos, debiendo someterse a rudos trabajos en el templo y en otras construcciones.

Noviembre 4 de 1821. — Esta noche he visto a la pequeña María llegando con sus padres a una ciudad situada a seis leguas más o menos de Jerusalén en dirección noroeste. Esta ciudad se llama Bet-Horon y se encuentra al pie de una montaña. Durante el viaje atravesaron un pequeño río que desemboca en el mar en los alrededores de Jopé, donde enseñó San Pedro después de la venida del Espíritu Santo. Cerca de Bet-Horon tuvieron lugar grandes batallas que he visto y olvidado. Faltaban aun dos leguas para llegar a un punto del camino desde donde se podía divisar a Jerusalén; he oído el nombre de este lugar, que ahora no puedo precisarlo. Bet-Horon es una ciudad de Levitas de cierta importancia: produce hermosas uvas y gran cantidad de frutas. La santa comitiva entró en la casa de unos amigos, que estaba muy bien situada. Su dueño era maestro en una escuela de Levitas y había allí algunos niños. Me admira ver allí a varias parientas de Ana, con sus hijas pequeñas, que yo creía que habían regresado a sus casas al principio del viaje: ahora advierto que llegaron antes, tomando algún atajo, quizás para anunciar la llegada de la santa comitiva.

Los parientes de Nazaret, de Séforis y de Zabulón, que habían asistido al examen de María, se hallaban allí con sus hijas: vi, por ejemplo, a la hermana mayor de María con su hija María de Cleofás, y a la hermana de Ana venida de Séforis con sus hijas. Con motivo de la llegada de la pequeña María hubo grandes fiestas. María fué llevada en compañía de otras niñas a una gran sala, y puesta en un asiento alto, a semejanza de un trono, dispuesto para ella. El maestro de escuela y otras personas hicieron toda clase de preguntas a María y le pusieron guirnaldas en la cabeza. Todos estaban asombrados por la sabiduría que manifestaba en sus respuestas. Oí hablar en esta ocasión del juicio y prudencia de otra niña que había pasado por allí poco antes, volviendo de la escuela del templo a la casa de sus padres. Esta niña se llamaba Susana y más tarde figuró entre las santas mujeres que seguían a Jesús. *(En otra ocasión Ana Catalina dijo que esta niña era parienta de María).*

María ocupó su puesto vacante en el templo, pues había un número fijo de plazas para estas jóvenes. Susana tenía quince años cuando dejó el templo, es decir, cerca de once más que la niña María. También Santa Ana había sido educada allí a la edad de cinco años. La pequeña María estaba llena de júbilo por hallarse tan cerca del templo. He visto a Joaquín que la estrechaba entre sus brazos, llorando y diciéndole: "Hija mía, ya no volveré a verte". Habían preparado comida y mientras estaban en la mesa, vi a María ir de un lado a otro, apretarse contra su madre, llena de gracia, o, deteniéndose detrás de ella, echarle los bracitos al cuello.

Noviembre 6. — Esta mañana muy temprano vi a los viajeros salir de Bet-Horon para dirigirse a Jerusalén. Todos los parientes con sus criaturas se habían juntado a ellos y lo mismo los dueños de la casa. Llevaban regalos para la niña, consistentes en ropas y frutas. Me parece ver una fiesta en Jerusalén. Supe que María tenía en ese momento tres años y tres meses. En su viaje no fueron a Ussen Sheera ni a Gofna, a pesar de tener allí amistades; pasaron sólo por los alrededores. Vi que el maestro de los Levitas con su familia los acompañó a Jerusalén. Cuanto más se acercaban a la ciudad tanto más se mostraba María contenta y ansiosa. Solía correr delante de sus padres.

XX

La ciudad de Jerusalén

Hoy al mediodía he visto llegar la comitiva que acompañaba a María al templo de Jerusalén. Jerusalén es una ciudad extraña. No hay que pensar que sea como una de nuestras ciudades, con tanta gente en las calles. Muchas calles bajas y altas corren alrededor de los muros de la ciudad y no tienen salida ni puertas. Las casas de las alturas, detrás de las murallas, están orientadas hacia el otro lado, pues se han edificado barrios distintos y se han formado nuevas crestas de colinas y los antiguos muros quedaron allí. Muchas veces se ven las calles de los valles sobreedificadas con sólidas bóvedas. Las casas tienen sus patios y piezas orientadas hacia el interior; hacia la calle sólo hay puertas y terrazas sobre los muros. Generalmente las casas son cerradas. Cuando la gente no va a las plazas o mercados o al templo está generalmente entretenida en el interior de sus casas. Hay silencio en las calles, fuera de los lugares de mercado o de ciertos palacios, donde se ve ir y venir a soldados y viajeros. En ciertos días en que están casi todos en el templo, las calles parecen como muertas. A causa de las calles solitarias, de los profundos valles y de la costumbre de permanecer las gentes en sus casas, es que Jesús podía ir y venir con sus discípulos sin ser molestado. Por lo general falta agua en la ciudad: frecuentemente se ven edificios altos adonde es llevada y torres hacia las cuales es bombeada el agua. En el templo se tiene mucho cuidado con el agua porque hay que purificar muchos vasos y lavar las ropas sacerdotales. Se ven grandes maquinarias y artefactos para bombear el agua a los lugares elevados. Hay muchos mercaderes y vendedores en la ciudad: están casi siempre en los mercados o en lugares abiertos, bajo tiendas de campaña. Veo, por ejemplo, no lejos de la Puerta de las Ovejas, a mucha gente que negocia con alhajas, oro, objetos brillantes y piedras preciosas. Las casitas que habitan son muy livianas, pero sólidas, de color pardo, como si estuviesen cubiertas con pez o betún. Adentro hacen sus negocios; entre una tienda y otra están extendidas lonas, debajo de las cuales muestran sus mercaderías. Hay, sin embargo, otras partes de la ciudad donde hay mayor movimiento y se ven gentes que van y vienen cerca de ciertos palacios.

Comparada Jerusalén con la Roma antigua, que he visto, esta ciudad era mucho más bulliciosa en las calles; tenía aspecto más agradable y no era tan desigual ni empinada. La montaña sobre la cual se halla el templo está rodeada, por el lado en que la pendiente es más suave, de casas que forman varias calles detrás de espesos muros. Estas casas están construídas sobre terrazas colocadas unas sobre otras. Allí viven los sacerdotes y los servidores subalternos del templo, que hacen trabajos más rudos, como la limpieza de los fosos, donde se echan los desperdicios provenientes de los sacrificios de animales. Hay un costado norte, creo, donde la montaña del templo es muy escarpada. En todo lo alto, alrededor de la cumbre, se halla una zona verde formada por pequeños jardines pertenecientes a los sacerdotes. Aun en tiempos de Jesucristo se trabajaba siempre en alguna parte del templo. Este trabajo no cesaba nunca. En la montaña del templo había mucho mineral, que se fué sacando y empleando en la construcción del mismo edificio.

Debajo del templo hay fosos y lugares donde funden el metal. No pude encontrar en este gran templo un lugar donde poder rezar a gusto. Todo el edificio es admirablemente macizo, alto y sólido. Los numerosos patios son estrechos y sombríos, llenos de andamios y de asientos. Cuando hay mucha gente causa miedo encontrarse apretado entre los espesos muros y las gruesas columnas. Tampoco me gustan los continuos sacrificios y la sangre derramada en abundancia, a pesar de que esto se hace con orden e increíble limpieza. Hacía mucho tiempo que no había visto con tanta claridad, como hoy, los edificios, los caminos y los pasajes. Pero son tantas las cosas que hay aquí que me es imposible describirlas con detalles.

Los viajeros llegaron con la pequeña María, por el norte, a Jerusalén: con todo, no entraron por ese lado, sino que dieron vuelta alrededor de la ciudad hasta el muro oriental, siguiendo una parte del valle de Josafat. Dejando a la izquierda el Monte de los Olivos y el camino de Betania, entraron en la ciudad por la Puerta de las Ovejas, que conducía al mercado de las bestias. No lejos de esta puerta hay un estanque donde se lava por primera vez a las ovejas destinadas al sacrificio. No es ésta la piscina de Bethseda.

La comitiva, después de haber entrado en la ciudad, torció de nuevo a la derecha y entró en otra barriada siguiendo un largo valle interno dominado de un lado por las altas murallas de una zona más elevada de la ciudad, llegando a la parte

occidental en los alrededores del mercado de los peces, donde se halla la casa paterna de Zacarías de Hebrón. Se encontraba allí un hombre de avanzada edad: creo que el hermano de su padre. Zacarías solía volver a la casa después de haber cumplido su servicio en el templo. En esos días se encontraba en la ciudad y habiendo acabado su tiempo de servicio, quería quedarse sólo unos días en Jerusalén para asistir a la entrada de María al templo. Al llegar la comitiva, Zacarías no se encontraba allí. En la casa se hallaban presentes otros parientes de los contornos de Belén y de Hebrón, entre ellos, dos hijas de la hermana de Isabel. Isabel tampoco se encontraba allí en ese momento. Estas personas se habían adelantado para recibir a los caminantes hasta un cuarto de legua por el camino del valle. Varias jóvenes los acompañaban llevando guirnaldas y ramas de árboles. Los caminantes fueron recibidos con demostraciones de contento y conducidos hasta la casa de Zacarías, donde se festejó la llegada. Se les ofreció refrescos y todos se prepararon para llevarlos a una posada contigua al templo, donde los forasteros se hospedan los días de fiesta. Los animales que Joaquín había destinado para el sacrificio habían sido conducidos ya desde los alrededores de la plaza del ganado a los establos situados cerca de esta casa. Zacarías acudió también para guiar a la comitiva desde la casa paterna hasta la posada. Pusieron a la pequeña María su segundo vestidito de ceremonias con el peplo celeste. Todos se pusieron en marcha formando una ordenada procesión. Zacarías iba adelante con Joaquín y Ana; luego la niña María rodeada de cuatro niñas vestidas de blanco, y las otras chicas con sus padres cerraban la marcha. Anduvieron por varias calles y pasaron delante del palacio de Herodes y de la casa donde más tarde habitó Pilatos. Se dirigieron hacia el ángulo Noreste del templo, dejando atrás la fortaleza Antonia, edificio muy alto, situado al Noroeste. Subieron por unos escalones abiertos en una muralla alta. La pequeña María subió sola, con alegre prisa, sin permitir que nadie la ayudara. Todos la miraban con asombro. La casa donde se alojaron era una posada para días de fiesta situada a corta distancia del mercado del ganado. Había varias posadas de este género alrededor del templo, y Zacarías había alquilado una. Era un gran edificio con cuatro galerías en torno de un patio extenso. En las galerías se hallaban los dormitorios, así como largas mesas muy bajas. Había una sala espaciosa y un hogar para la cocina. El patio para los animales enviados por Zacarías

estaba muy cerca. A ambos lados del edificio habitaban los servidores del templo que se ocupaban de los sacrificios. Al entrar los forasteros se les lavaron los pies, como se hacía con los caminantes; los de los hombres fueron lavados por hombres; y las mujeres hicieron este servicio con las mujeres. Entraron luego en una sala en medio de la cual se hallaba suspendida una gran lámpara de varios brazos sobre un depósito de bronce lleno de agua, donde se lavaron la cara y las manos. Cuando hubieron quitado la carga al asno de Joaquín, un sirviente lo llevó a la cuadra. Joaquín había dicho que sacrificaría y siguió a los servidores del templo hasta el sitio donde se hallaban los animales, a los cuales examinaron.

Joaquín y Ana se dirigieron luego con María a la habitación de los sacerdotes, situada más arriba. Aquí la niña María, como elevada por el espíritu interior, subió ligerísimamente los escalones con un impulso extraordinario. Los dos sacerdotes que se hallaban en la casa los recibieron con grandes muestras de amistad: uno era anciano y el otro más joven. Los dos habían asistido al examen de la niña en Nazaret y esperaban su llegada. Después de haber conversado del viaje y de la próxima ceremonia de la presentación, hicieron llamar a una de las mujeres del Templo. Era ésta una viuda anciana que debía encargarse de velar por la niña. Habitaba en la vecindad con otras personas de su misma condición, haciendo toda clase de labores femeniles y educando a las niñas. Su habitación se encontraba más apartada del templo que las salas adyacentes, donde habían sido dispuestos, para las mujeres y las jóvenes consagradas al servicio del Templo, pequeños oratorios desde los cuales podían ver el santuario sin ser vistas por los demás. La matrona que acababa de llegar estaba tan bien envuelta en su ropaje que apenas podía vérsele la cara. Los sacerdotes y los padres de María se la presentaron, confiándola a sus cuidados. Ella estuvo dignamente afectuosa, sin perder su gravedad. La niña María se mostró humilde y respetuosa. La instruyeron en todo lo que se relacionaba con la niña y su entrada solemne en el templo. Aquella mujer bajó con ellos a la posada, tomó el ajuar que pertenecía a la niña y se lo llevó a fin de prepararlo todo en la habitación que le estaba destinada. La gente que había acompañado a la comitiva desde la casa de Zacarías, regresó a su domicilio, quedando en la posada solamente los parientes. Las mujeres se instalaron allí y prepararon la fiesta que debía tener lugar al día siguiente.

Noviembre 7. — Joaquín y algunos hombres condujeron las víctimas al Templo al despuntar el nuevo día y los sacerdotes las revisaron nuevamente. Algunos animales fueron desechados y llevados en seguida a la plaza del ganado. Los aceptados fueron conducidos al patio donde habrían de ser inmolados. Vi allí muchas cosas que ya no es posible decirlas en orden. Recuerdo que antes de inmolar, Joaquín colocaba su mano sobre la cabeza de la víctima, debiendo recibir la sangre en un vaso y también algunas partes del animal. Había varias columnas, mesas y vasos. Se cortaba, se repartía y ordenaba todo. Se quitaba la espuma de la sangre y se ponía aparte la grasa, el hígado, el bazo, salándose todo esto. Se limpiaban los intestinos de los corderos, rellenándolos con algo y volviéndolos a poner dentro del cuerpo, de modo que el animal parecía entero, y se ataban las patas en forma de cruz. Luego, una gran parte de la carne era llevada al patio donde las jóvenes del Templo debían hacer algo con ella: quizás prepararla para alimento de los sacerdotes o ellas mismas. Todo esto se hacía con un orden increíble. Los sacerdotes y levitas iban y venían, siempre de dos en dos. Este trabajo complicado y penoso se hacía fácilmente, como si se efectuase por sí solo. Los trozos destinados al sacrificio quedaban impregnados en sal hasta el día siguiente, en que debían ser ofrecidos sobre el altar.

Hubo hoy una gran fiesta en la posada, seguida de una comida solemne. Habría unas cien personas, contados los niños. Estaban presentes unas veinticuatro niñas de diversas edades, entre ellas Serapia, que fué llamada Verónica después de la muerte de Jesús: era bastante crecida, como de unos diez o doce años. Se tejieron coronas y guirnaldas de flores para María y sus compañeras, adornándose también siete candelabros en forma de cetro sin pedestal. En cuanto a la llama que brillaba en su extremidad no sé si estaba alimentada con aceite, cera u otra materia. Durante la fiesta entraron y salieron numerosos sacerdôtes y levitas. Tomaron parte en el banquete, y al expresar su asombro por la gran cantidad de víctimas ofrecidas para el sacrificio, Joaquín les dijo que en recuerdo de la afrenta recibida en el templo, al ser rechazado su sacrificio, y a causa de la misericordia de Dios que había escuchado su oración, había querido demostrar su gratitud de acuerdo con sus medios. Hoy pude ver a la pequeña María paseando con las otras jóvenes en torno de su casa. Otros detalles los he olvidado completamente.

XXI

Presentación de María en el Templo

Noviembre 8 de 1821. — Esta mañana fueron al Templo Zacarías, Joaquín y otros hombres. Más tarde fué llevada María por su madre en medio de un acompañamiento solemne. Ana y su hija María Helí, con la pequeña María Cleofás, marchaban delante; iba luego la santa niña María con su vestidito y su manto azul celeste, los brazos y el cuello adornados con guirnaldas: llevaba en la mano un cirio ceñido de flores. A su lado caminaban tres niñitas con cirios semejantes. Tenían vestidos blancos, bordados de oro y peplos celestes, como María. y estaban rodeadas de guirnaldas de flores; llevaban otras pequeñas guirnaldas alrededor del cuello y de los brazos. Iban en seguida las otras jóvenes y niñas vestidas de fiesta, aunque no uniformemente. Todas llevaban pequeños mantos. Cerraban el cortejo las demás mujeres. Como no se podía ir en línea recta desde la posada al Templo, tuvieron que dar una vuelta pasando por varias calles. Todo el mundo se admiraba de ver el hermoso cortejo y en las puertas de varias casas rendían honores. En María se notaba algo de santo y de conmovedor. A la llegada de la comitiva he visto a varios servidores del Templo empeñados en abrir con grande esfuerzo una puerta muy alta y muy pesada, que brillaba como oro y que tenía grabadas varias figuras: cabezas, racimos de uvas y gavillas de trigo. Era la Puerta Dorada. La comitiva entró por esa puerta. Para llegar a ella era preciso subir cincuenta escalones; creo que había entre ellos algunos descansos. Quisieron llevar a María de la mano; pero ella no lo permitió: subió los escalones rápidamente, sin tropiezos, llena de alegre entusiasmo. Todos se hallaban profundamente conmovidos.

Bajo la Puerta Dorada fué recibida María por Zacarías, Joaquín y algunos sacerdotes que la llevaron hacia la derecha, bajo la amplia arcada de la puerta, a las altas salas donde se había preparado una comida en honor de alguien. Aquí se separaron las personas de la comitiva. La mayoría de las mujeres y de las niñas se dirigieron al sitio del Templo que les estaba reservado para orar. Joaquín y Zacarías fueron al lugar del sacrificio. Los sacerdotes hicieron todavía algunas preguntas a María en una sala y cuando se hubieron retirado, asombrados de la sabiduría de la niña, Ana vistió a su hija con el tercer

traje de fiesta, que era de color azul violáceo y le puso el manto, el velo y la corona ya descritos por mí al relatar la ceremonia que tuvo lugar en la casa de Ana.

Entre tanto Joaquín había ido al sacrificio con los sacerdotes. Luego de recibir un poco de fuego tomado de un lugar determinado, se colocó entre dos sacerdotes cerca del altar. Estoy demasiada enferma y distraída para dar la explicación del sacrificio en el orden necesario. Recuerdo lo siguiente: no se podía llegar al altar más que por tres lados. Los trozos preparados para el holocausto no estaban todos en el mismo lugar, sino puestos alrededor, en distintos sitios. En los cuatro extremos del altar había cuatro columnas de metal, huecas, sobre las cuales descansaban cosas que parecían caños de chimenea. Eran anchos embudos de cobre terminados en tubos en forma de cuernos, de modo que el humo podía salir pasando por sobre la cabeza de los sacerdotes que ofrecían el sacrificio. Mientras se consumía sobre el altar la ofrenda de Joaquín, Ana fué, con María y las jóvenes que la acompañaban, al vestíbulo reservado a las mujeres. Este lugar estaba separado del altar del sacrificio por un muro que terminaba en lo alto en una reja. En medio de este muro había una puerta. El atrio de las mujeres, a partir del muro de separación, iba subiendo de manera que por lo menos las que se hallaban más alejadas podían ver hasta cierto punto el altar del sacrificio. Cuando la puerta del muro estaba abierta, algunas mujeres podían ver el altar. María y las otras jóvenes se hallaban de pie, delante de Ana, y las demás parientas estaban a poca distancia de la puerta. En sitio aparte había un grupo de niños del Templo, vestidos de blanco, que tañían flautas y arpas.

Después del sacrificio se preparó bajo la puerta de separación un altar portátil cubierto, con algunos escalones para subir. Zacarías y Joaquín fueron con un sacerdote desde el patio hasta este altar, delante del cual estaba otro sacerdote y dos levitas con rollos y todo lo necesario para escribir. Un poco atrás se hallaban las doncellas que habían acompañado a María. María se arrodilló sobre los escalones; Joaquín y Ana extendieron las manos sobre su cabeza. El sacerdote cortó un poco de sus cabellos, quemándolos luego sobre un bracero. Los padres pronunciaron algunas palabras, ofreciendo a su hija, y los levitas las escribieron. Entretanto las niñas cantaban el salmo 44: *Eructavit cor meum verbum bonum,* y los sacerdotes el salmo 49: *Deus deorum Dominus locutus est,* mientras los

niños tocaban sus instrumentos. Observé entonces que dos sacerdotes tomaron a María de la mano y la llevaron por unos escalones hacia un lugar elevado del muro, que separaba el vestíbulo del Santuario. Colocaron a la niña en una especie de nicho en el centro de aquel muro, de manera que ella pudiera ver el sitio donde se hallaban, puestos en fila, varios hombres que me parecieron consagrados al Templo. Dos sacerdotes estaban a su lado; había otros dos en los escalones, recitando en alta voz oraciones escritas en rollos. Del otro lado del muro se hallaba de pie un anciano príncipe de los sacerdotes, cerca del altar, en un sitio bastante elevado que permitía vérsele el busto. Yo lo vi presentando el incienso, cuyo humo se esparció alrededor de María.

Durante esta ceremonia vi en torno de María un cuadro simbólico que pronto llenó el Templo y lo oscureció. Vi una gloria luminosa debajo del corazón de María y comprendí que ella encerraba la promesa de la sacrosanta bendición de Dios. Esta gloria aparecía rodeada por el arca de Noé, de manera que la cabeza de María se alzaba por encima y el arca tomaba a su vez la forma del Arca de la Alianza, viendo luego a ésta como encerrada en el Templo. Luego vi que todas estas formas desaparecían mientras el cáliz de la santa Cena se mostraba fuera de la gloria, delante del pecho de María, y más arriba, ante la boca de la Virgen, aparecía un pan marcado con una cruz. A los lados brillaban rayos de cuyas extremidades surgían figuras con símbolos místicos de la Santísima Virgen, como todos los nombres de las Letanías que le dirige la Iglesia. Subían, cruzándose desde sus hombros, dos ramas de olivo y de ciprés, o de cedro y de ciprés, por encima de una hermosa palmera junto con un pequeño ramo que vi aparecer detrás de ella. En los espacios de las ramas pude ver todos los instrumentos de la pasión de Jesucristo. El Espíritu Santo, representado por una figura alada que parecía más forma humana que paloma, hallábase suspendido sobre el cuadro, por encima del cual vi el cielo abierto, el centro de la celestial Jerusalén, la ciudad de Dios, con todos sus palacios, jardines y lugares de los futuros santos. Todo estaba lleno de ángeles, y la gloria, que ahora rodeaba a la Virgen Santísima, lo estaba con cabezas de estos espíritus. ¡Ah, quién pudiera describir estas cosas con palabras humanas!... Se veía todo bajo formas tan diversas y tan multiformes, derivando unas de las otras en tan continuada transformación, que he olvidado la mayor parte de ellas. Todo lo

que se relaciona con la Santísima Virgen en la antigua y en la nueva Alianza y hasta en la eternidad, se hallaba allí representado. Sólo puedo comparar esta visión a otra menor que tuve hace poco, en la cual vi en toda su magnificencia el significado del santo Rosario. Muchas personas, que se creen sabias, comprenden esto menos que los pobres y humildes que lo recitan con simplicidad, pues éstos acrecientan el esplendor con su obediencia, su piedad y su sencilla confianza en la Iglesia, que recomienda esta oración. Cuando vi todo esto, las bellezas y magnificencias del Templo, con los muros elegantemente adornados, me parecían opacos y ennegrecidos detrás de la Virgen Santísima. El Templo mismo parecía esfumarse y desaparecer: sólo María y la gloria que la rodeaba lo llenaba todo. Mientras estas visiones pasaban delante de mis ojos, dejé de ver a la Virgen Santísima bajo forma de niña: me pareció entonces grande y como suspendida en el aire. Con todo veía también, a través de María, a los sacerdotes, al sacrificio del incienso y a todo lo demás de la ceremonia. Parecía que el sacerdote estaba detrás de ella, anunciando el porvenir e invitando al pueblo a agradecer y a orar a Dios, porque de esta niña habría de salir algo muy grandioso. Todos los que estaban en el Templo, aunque no veían lo que yo veía, estaban recogidos y profundamente conmovidos. Este cuadro se desvaneció gradualmente de la misma manera que lo había visto aparecer. Al fin sólo quedó la gloria bajo el corazón de María y la bendición de la promesa brillando en su interior. Luego desapareció también y sólo vi a la niña María adornada entre los sacerdotes.

Los sacerdotes tomaron las guirnaldas que estaban alrededor de sus brazos y la antorcha que llevaba en la mano, y se las dieron a las compañeras. Le pusieron en la cabeza un velo pardo y la hicieron descender las gradas, llevándola a una sala vecina, donde seis vírgenes del Templo, de mayor edad, salieron a su encuentro arrojando flores ante ella. Detrás iban sus maestras, Noemí, hermana de la madre de Lázaro, la profetisa Ana y otra mujer. Los sacerdotes recibieron a la pequeña María, retirándose luego. Los padres de la Niña, así como sus parientes más cercanos, se encontraban allí. Una vez terminados los cantos sagrados, despidióse María de sus padres. Joaquín, que estaba profundamente conmovido, tomó a María entre sus brazos y apretándola contra su corazón, dijo en medio de las lágrimas: "Acuérdate de mi alma ante Dios". María se dirigió luego con las maestras y varias otras jóvenes a las habitaciones de las

mujeres, al Norte del Templo. Estas habitaban salas abiertas en los espesos muros del Templo y podían, a través de pasajes y escaleras, subir a los pequeños oratorios colocados cerca del Santuario y del Santo de los Santos. Los deudos de María volvieron a la sala contigua a la Puerta Dorada, donde antes se habían detenido quedándose a comer en compañía de los sacerdotes. Las mujeres comían en sala aparte.

He olvidado, entre otras muchas cosas, por qué la fiesta había sido tan brillante y solemne. Sin embargo, sé que fué a consecuencia de una revelación de la voluntad de Dios. Los padres de María eran personas de condición acomodada y si vivían pobremente era por espíritu de mortificación y para poder dar más limosnas a los pobres. Así es cómo Ana, no sé por cuánto tiempo, sólo comió alimentos fríos. A pesar de esto trataban a la servidumbre con generosidad y la dotaban. He visto a muchas personas orando en el Templo. Otras habían seguido a la comitiva hasta la puerta misma. Algunos de los presentes debieron tener cierto presentimiento de los destinos de la Niña, pues recuerdo unas palabras que Santa Ana en un momento de entusiasmo jubiloso dirigió a las mujeres, cuyo sentido era: "He aquí el Arca de la Alianza, el vaso de la Promesa, que entra ahora en el Templo". Los padres de María y demás parientes regresaron hoy a Bet-Horon.

XXII

María en el Templo

Noviembre 21. — He visto una fiesta en las habitaciones de las vírgenes del Templo. María pidió a las maestras y a cada doncella en particular si querían admitirla entre ellas, pues esta era la costumbre que se practicaba. Hubo una comida y una pequeña fiesta en la que algunas niñas tocaron instrumentos de música. Por la noche vi a Noemí, una de las maestras, que conducía a la niña María hasta la pequeña habitación que le estaba reservada y desde la cual podía ver el interior del Templo. Había en ella una mesa pequeña, un escabel y algunos estantes en los ángulos. Delante de esta habitación había lugar para la alcoba, el guardarropa y el aposento de Noemí. María habló a Noemí de su deseo de levantarse varias veces durante la noche, pero ésta no se lo permitió. Las mujeres del

Templo llevaban largas y amplias vestiduras blancas, ceñidas con fajas y mangas muy anchas, que recogían para trabajar. Iban veladas.

No recuerdo haber visto nunca a Herodes que haya hecho reconstruir de nuevo la totalidad del Templo. Sólo vi que durante su reinado se hicieron diversos cambios. Cuando María entró en el Templo, once años antes del nacimiento del Salvador, no se hacían trabajos propiamente dichos; pero, como siempre, se trabajaba en las construcciones exteriores: esto no dejó de hacerse nunca.

He visto hoy la habitación de María en el Templo. En el costado Norte, frente al Santuario, se hallaban en la parte alta varias salas que comunicaban con las habitaciones de las mujeres. El dormitorio de María era uno de los más retirados, frente al Santo de los Santos. Desde el corredor, levantando una cortina, se pasaba a una sala anterior separada del dormitorio por un tabique de forma convexa o terminada en ángulo. En los ángulos de la derecha e izquierda estaban las divisiones para guardar la ropa y los objetos de uso; frente a la puerta abierta de este tabique, algunos escalones llevaban arriba hasta una abertura, delante de la cual había un tapiz, pudiéndose ver desde allí el interior del Templo. A izquierda, contra el muro de la habitación, había una alfombra arrollada, que cuando estaba extendida formaba el lecho sobre el cual reposaba la niña María. En un nicho de la muralla estaba colocada una lámpara, cerca de la cual vi a la niña de pie, sobre un escabel, leyendo oraciones en un rollo de pergamino. Llevaba un vestido de listas blancas y azules, sembrado de flores amarillas. Había en la habitación una mesa baja y redonda. Vi entrar en la habitación a la profetisa Ana, que colocó sobre la mesa una fuente con frutas del grosor de una haba y una anforita. María tenía una destreza superior a su edad: desde entonces la vi trabajar en pequeños pedazos de tela blanca para el servicio del Templo. Las paredes de su pieza estaban sobrepuestas con piedras triangulares de varios colores. A menudo oía yo a la niña decir a Ana: "¡Ah, pronto el Niño prometido nacerá! ¡Oh, si yo pudiera ver al niño Redentor!"... Ana le respondía: "Yo soy ya anciana y debí esperar mucho a ese Niño. ¡Tú, en cambio, eres tan pequeña!"... María lloraba a menudo por el ansia de ver al niño Redentor. Las niñas que se educaban en el Templo se ocupaban de bordar, adornar, lavar y ordenar las vestiduras sacerdotales y limpiar los utensilios sagrados del Templo.

En sus habitaciones, desde donde podían ver el Templo, oraban y meditaban. Estaban consagradas al Señor por medio de la entrega que hacían sus padres en el Templo. Cuando llegaban a la edad conveniente, eran casadas, pues había entre los israelitas piadosos la silenciosa esperanza de que de una de estas vírgenes consagradas al Señor debía nacer el Mesías.

Cuán ciegos y duros de corazón eran los fariseos y los sacerdotes del Templo se puede conocer por el poco interés y desconocimiento que manifestaron con las santas personas con las cuales trataron. Primeramente desecharon sin motivo el sacrificio de Joaquín. Sólo después de algunos meses, por orden de Dios, fué aceptado el sacrificio de Joaquín y de Ana. Joaquín llega a las cercanías del Santuario y se encuentra con Ana, sin saberlo de antemano, conducidos por los pasajes debajo del Templo por los mismos sacerdotes. Aquí se encuentran ambos esposos y María es concebida. Otros sacerdotes los esperan en la salida del Templo. Todo esto sucedía por orden e inspiración de Dios. He visto algunas veces que las estériles eran llevadas allí por orden de Dios. María llega al Templo teniendo algo menos de cuatro años: en toda su presentación hay signos extraordinarios y desusados. La hermana de la madre de Lázaro viene a ser la maestra de María, la cual aparece en el Templo con tales señales no comunes que algunos sacerdotes ancianos escribían en grandes libros acerca de esta niña extraordinaria. Creo que estos escritos existen aún entre otros escritos, ocultos por ahora. Más tarde suceden otros prodigios, como el florecimiento de la vara en el casamiento con José. Luego la extraña historia de la venida de los tres Reyes Magos, de los pastores, por medio del llamado de los ángeles. Después, en la presentación de Jesús en el Templo, el testimonio de Simeón y de Ana; y el hecho admirable de Jesús entre los doctores del Templo a los doce años. Todo este conjunto de cosas extraordinarias las despreciaron los fariseos y las desatendieron. Tenían las cabezas llenas de otras ideas y asuntos profanos y de gobierno. Porque la Santa Familia vivió en pobreza voluntaria fué relegada al olvido, como el común del pueblo. Los pocos iluminados, como Simeón, Ana y otros, tuvieron que callar y reservarse delante de ellos.

Cuando Jesús comenzó su vida pública y Juan dió testimonio de El, lo contradijeron con tanta obstinación en sus enseñanzas, que los hechos extraordinarios de su juventud, si es que no los habían olvidado, no tenían interés ninguno en darlos

a conocer a los demás. El gobierno de Herodes y el yugo de los romanos, bajo el cual cayeron, los enredó de tal manera en las intrigas palaciegas y en los negocios humanos, que todo espíritu huyó de ellos. Despreciaron el testimonio de Juan y olvidaron al decapitado. Despreciaron los milagros y la predicación de Jesús. Tenían ideas erróneas sobre el Mesías y los profetas: así pudieron maltratarlo tan bárbaramente, darle muerte y negar luego su resurrección y las señales milagrosas sucedidas, como también el cumplimiento de las profecías en la destrucción de Jerusalén. Pero si su ceguera fué grande al no reconocer las señales de la venida del Mesías, mayor es su obstinación después que obró milagros y escucharon su predicación. Si su obstinación no fuese tan grandemente extraordinaria, ¿cómo podría esta ceguera continuar hasta nuestros días?

Cuando voy por las calles de la presente Jerusalén para hacer el *Via Crucis* veo a menudo, debajo de un ruinoso edificio, una gran arcada en parte derruída y en parte con agua que entró. El agua llega al presente hasta la tabla de la mesa, del medio de la cual se levanta una columna, en torno de la que cuelgan cajas llenas de rollos escritos. Debajo de la mesa hay también rollos dentro del agua. Estos subterráneos deben ser sepulcros: se extienden hasta el monte Calvario. Creo que es la casa que habitó Pilatos. Ese tesoro de escritos será a su tiempo descubierto.

He visto a la Santísima Virgen en el Templo, unas veces en la habitación de las mujeres con las demás niñas, otras veces en su pequeño dormitorio, creciendo en medio del estudio, de la oración y del trabajo, mientras hilaba y tejía para el servicio del Templo. María lavaba la ropa y limpiaba los vasos sagrados. Como todos los santos, sólo comía para el propio sustento, sin probar jamás otros alimentos que aquéllos a los que había prometido limitarse. Pude verla a menudo entregada a la oración y a la meditación. Además de las oraciones vocales prescriptas en el Templo, la vida de María era una aspiración incesante hacia la redención, una plegaria interior continua. Hacía todo esto con gran serenidad y en secreto, levantándose de su lecho e invocando al Señor cuando todos dormían. A veces la vi llorando, resplandeciente, durante la oración. María rezaba con el rostro velado. También se cubría cuando hablaba con los sacerdotes o bajaba a una habitación vecina para recibir su trabajo o entregar el que había terminado. En tres lados del Templo estaban estas habitaciones, que parecían semejantes a

nuestras sacristías. Se guardaban en ellas los objetos que las mujeres encargadas debían cuidar o confeccionar.

He visto a María en estado de éxtasis continuo y de oración interior. Su alma no parecía hallarse en la tierra y recibía a menudo consuelos celestiales. Suspiraba continuamente por el cumplimiento de la promesa y en su humildad apenas podía formular el deseo de ser la última entre las criadas de la Madre del Redentor.

La maestra que la cuidaba era Noemí, hermana de la madre de Lázaro. Tenía cincuenta años y pertenecía a la sociedad de los esenios, así como las mujeres agregadas al servicio del Templo. María aprendió a trabajar a su lado, acompañándola cuando limpiaba las ropas y los vasos manchados con la sangre de los sacrificios; repartía y preparaba porciones de carne de las víctimas reservadas para los sacerdotes y las mujeres. Más tarde se ocupó con mayor actividad de los quehaceres domésticos. Cuando Zacarías se hallaba en el Templo, de turno, la visitaba a menudo; Simeón también la conocía. Los destinos para los cuales estaba llamada María no podían ser completamente desconocidos por los sacerdotes. Su manera de ser, su porte, su gracia infinita, su sabiduría extraordinaria, eran tan notables que ni aún su extrema humildad lograba ocultar.

XXIII

El nacimiento de Juan es anunciado a Zacarías

He visto a Zacarías hablando con Isabel, confiándole la pena que le causaba tener que ir a cumplir su servicio en el Templo de Jerusalén, debido al desprecio con que se le trataba por la esterilidad de su matrimonio. Zacarías estaba de servicio dos veces por año. No vivían en Hebrón mismo, sino a una legua de allí, en Juta. Entre Juta y Hebrón subsistían muchos antiguos muros; quizás en otros tiempos aquellos dos lugares habían estado unidos. Al otro lado de Hebrón se veían muchos edificios diseminados, como restos de la antigua ciudad que fué en otros tiempos tan grande como Jerusalén. Los sacerdotes que habitaban en Hebrón eran menos elevados en dignidad que los que vivían en Juta. Zacarías era así como jefe de estos últimos y gozaba, lo mismo que Isabel, del mayor respeto a causa de su virtud y de la pureza de su linaje de Aarón, su antepasado. He visto a Zacarías visitar, con varios sacerdotes del país, una

pequeña propiedad suya en las cercanías de Juta. Era un huerto con árboles frutales y una casita. Zacarías oró allí con sus compañeros, dándoles luego instrucciones y preparándolos para el servicio del Templo que les iba a tocar. También le oí hablar de su aflicción y del presentimiento de algo que habría de sucederle. Marchó Zacarías con aquellos sacerdotes a Jerusalén, donde esperó cuatro días hasta que le llegó el turno de ofrecer sacrificio. Durante este tiempo oraba continuamente en el Templo. Cuando le tocó presentar el incienso, lo vi entrar en el Santuario, donde se hallaba el altar de los perfumes delante de la entrada del Santo de los Santos. Encima de él el techo estaba abierto, de modo que podía verse el cielo. El sacerdote no era visible desde el exterior. En el momento de entrar, otro sacerdote le dijo algo, retirándose de inmediato.

Cuando Zacarías estuvo solo, vi que levantaba una cortina y entraba en un lugar oscuro. Tomó algo que colocó sobre el altar, encendiendo el incienso. En aquel momento pude ver, a la derecha del altar, una luz que bajaba hacia él y una forma brillante que se acercaba. Asustado, arrebatado en éxtasis, le vi caer hacia el altar. El ángel lo levantó, le habló durante largo tiempo, y Zacarías respondía. Por encima de su cabeza el cielo estaba abierto y dos ángeles subían y bajaban como por una escala. El cinturón de Zacarías estaba desprendido, quedando sus ropas entreabiertas; vi que uno de los ángeles parecía retirar algo de su cuerpo mientras el otro le colocaba en el flanco un objeto luminoso. Todo esto se asemejaba a lo que había sucedido cuando Joaquín recibió la bendición del ángel para la concepción de la Virgen Santísima.

Los sacerdotes tenían por costumbre salir del Santuario inmediatamente después de haber encendido el incienso. Como Zacarías tardara mucho en salir, el pueblo, que oraba afuera, esperando, empezó a inquietarse; pero Zacarías, al salir, estaba mudo y vi que escribió algo sobre una tablilla. Cuando salió al vestíbulo muchas personas se agruparon a su alrededor preguntándole la razón de su tardanza; mas él no podía hablar, y haciendo signos con la mano, mostraba su boca. La tablilla escrita, que mandó a Juta en seguida a casa de Isabel, anunciaba que Dios le había hecho una promesa y al mismo tiempo le decía que había perdido el uso de la palabra. Al cabo del tiempo se volvió a su casa. También Isabel había recibido una revelación, que ahora no recuerdo cómo. Zacarías era un hombre de estatura elevada, grande y de porte majestuoso.

XXIV
Noticias acerca de San José

Marzo 18 de 1820 y Marzo 18 de 1821 (*). — José, cuyo padre se llamaba Jacob, era el tercero entre seis hermanos. Sus padres habitaban un gran edificio situado poco antes de llegar a Belén, que había sido en otro tiempo la casa paterna de David, cuyo padre, Jessé, era el dueño. En la época de José casi no quedaban más que los anchos muros de aquella antigua construcción. Creo que conozco mejor esta casa que nuestra aldea de Flamske. Delante de la casa había un patio anterior rodeado de galerías abiertas como al frente de las casas de la Roma antigua. En sus galerías pude ver figuras semejantes a cabezas de antiguos personajes. Hacia un lado del patio, había una fuente debajo de un pequeño edificio de piedra, donde el agua salía de la boca de animales. La casa no tenía ventanas en el piso bajo, pero sí aberturas redondas arriba. He visto una puerta de entrada. Alrededor de la casa corría una amplia galería, en cuyos rincones había cuatro torrecillas parecidas a gruesas columnas terminadas cada una en una especie de cúpula, donde sobresalían pequeños banderines. Por las aberturas de esas cupulitas, a las que se llegaba mediante escaleras abiertas en las torrecillas, podía verse a lo lejos, sin ser visto. Torrecillas semejantes a éstas había en el palacio de David, en Jerusalén; fué desde la cúpula de una de ellas desde donde pudo mirar a Bersabé mientras tomaba el baño. En lo alto de la casa, la galería corría alrededor de un piso poco elevado, cuyo techo plano soportaba una construcción terminada en otra torre pequeña. José y sus hermanos habitaban en la parte alta con un viejo judío, su preceptor. Dormían alrededor de una habitación colocada en el centro, que dominaba la galería. Sus lechos consistían en colchas arrolladas contra el muro durante el día, separadas entre sí por esteras movibles. Los he visto jugando en su pieza. También vi a los padres, los cuales se relacionaban poco con sus hijos. Me parecieron ni buenos ni malos. José tendría ocho años más o menos. De natural muy distinto a sus hermanos, era muy inteligente, y aprendía todo muy fácilmente, a pesar de ser sencillo, apacible, piadoso y sin ambiciones. Sus herma-

(*) Corresponde este capítulo a varias visiones tenidas el mismo día en dos años diferentes.

nos lo hacían víctima de toda clase de travesuras y a veces lo maltrataban.

Aquellos muchachos poseían pequeños jardines divididos en compartimentos: vi en ellos muchas plantas y arbustos. He visto que a menudo iban los hermanos de José a escondidas y le causaban destrozos en sus parcelas, haciéndole sufrir mucho. Lo he visto con frecuencia bajo la galería del patio, de rodillas, rezando con los brazos extendidos. Sucedía entonces que sus hermanos se deslizaban detrás de él y le golpeaban. Estando de rodillas una vez uno de ellos le golpeó por detrás, y como José parecía no advertirlo, volvió aquél a golpearlo con tal insistencia, que el pobre José cayó hacia delante sobre las losas del piso. Comprendí por esto que José debía estar arrebatado en éxtasis durante la oración. Cuando volvió en sí, no dió muestras de alterarse, ni pensó en vengarse: buscó otro rincón aislado para continuar su plegaria.

Los padres no le mostraban tampoco mayor cariño. Hubieran deseado que empleara su talento en conquistarse una posición en el mundo; pero José no aspiraba a nada de esto. Los padres encontraban a José demasiado simple y rutinario; les parecía mal que amara tanto la oración y el trabajo manual. En otra época en que podría tener doce años lo vi a menudo huir de las molestias de sus hermanos, yendo al otro lado de Belén, no muy lejos de lo que fué más tarde la gruta del pesebre, y detenerse allí algún tiempo al lado de unas piadosas mujeres pertenecientes a la comunidad de los esenios. Habitaban estas mujeres cerca de una cantera abierta en la colina, encima de la cual se hallaba Belén, en cuevas cavadas en la misma roca. Cultivaban pequeñas huertas contiguas e instruían a otros niños de los esenios. Frecuentemente veía al pequeño José, mientras recitaban oraciones escritas en un rollo a la luz de la lámpara suspendida en la pared de la roca, buscar refugio cerca de ellas para librarse de las persecuciones de sus hermanos. También lo vi detenerse en las grutas, una de las cuales habría de ser más tarde el lugar de nacimiento del Redentor. Oraba solo allí o se ocupaba en fabricar pequeños objetos de madera. Un viejo carpintero tenía su taller en la vecindad de los esenios. José iba allí a menudo y aprendía poco a poco ese oficio, en el cual progresaba fácilmente por haber estudiado algo de geometría y dibujo bajo su preceptor. Finalmente las molestias de sus hermanos le hicieron imposible la convivencia en la casa paterna. Un amigo que habitaba cerca de Belén, en

una casa separada de la de sus padres por un pequeño arroyo, le dió ropa con la cual pudo disfrazarse y abandonar la casa paterna, por la noche, para ir a ganarse la vida en otra parte con su oficio de carpintero. Tendría entonces de diez y ocho a veinte años de edad. Primero lo vi trabajando en casa de un carpintero de Libona, donde puede decirse que aprendió el oficio. La casa de su patrón estaba construída contra unos muros que conducían hasta un castillo en ruinas, a todo lo largo de una cresta montañosa. En aquella muralla habían hecho sus viviendas muchos pobres del lugar. Allí he visto a José trabajando largos trozos de madera, encerrado entre grandes muros, donde la luz penetraba por las aberturas superiores. Aquellos trozos formaban marcos en los cuales debían entrar tabiques de zarzos. Su patrón era un hombre pobre que no hacía sino trabajos rústicos, de poco valor. José era piadoso, sencillo y bueno; todos lo querían. Lo he visto siempre, con perfecta humildad, prestar toda clase de servicios a su patrón, recoger las virutas, juntar trozos de madera y llevarlos sobre sus hombros. Más tarde pasó una vez por estos lugares en compañía de María y creo que visitó con ella su antiguo taller.

Mientras tanto sus padres creían que José hubiese sido robado por bandidos. Luego vi que sus hermanos descubrieron donde se hallaba y le hicieron vivos reproches, pues tenían mucha vergüenza de la baja condición en que se había colocado. José quiso quedarse en esa condición, por humildad; pero dejó aquel sitio y se fué a trabajar a Taanac, cerca de Megido, al borde de un pequeño río, el Kisón, que desemboca en el mar. Este lugar no está lejos de Afeké, ciudad natal del apóstol Santo Tomás. Allí vivió en casa de un patrón bastante rico, donde se hacían trabajos más delicados. Después lo vi trabajando en Tiberíades para otro patrón, viviendo solo en una casa al borde del lago. Tendría entonces unos treinta años. Sus padres habían muerto en Belén, donde aún habitaban dos de sus hermanos. Los otros se habían dispersado. La casa paterna ya no era propiedad de la familia, totalmente arruinada. José era muy piadoso y oraba por la pronta venida del Mesías. Estando un día ocupado en arreglar un oratorio, cerca de su habitación, para poder rezar en completa soledad, se le apareció un ángel, dándole orden de suspender el trabajo: que así como en otro tiempo Dios había confiado al patriarca José la administración de los graneros de Egipto, ahora el granero que encerraba la cosecha de la Salvación habría de ser confiado a su guardia

paternal. José, en su humildad, no comprendió estas palabras y continuó rezando con mucho fervor hasta que se le ordenó ir al Templo de Jerusalén para convertirse, en virtud de una orden venida de lo alto, en el esposo de la Virgen Santísima. Antes de esto nunca lo he visto casado, pues vivía muy retraído y evitaba la compañía de las mujeres.

XXV

Desposorio de la Virgen María con San José

María vivía entre tanto en el Templo con otras muchas jóvenes bajo la custodia de las piadosas matronas, ocupadas en bordar, en tejer y en labores para las colgaduras del Templo y las vestiduras sacerdotales. También limpiaban las vestiduras y otros objetos destinados al culto divino. Cuando llegaban a la mayoría de edad se las casaba. Sus padres las habían entregado totalmente a Dios y entre los israelitas más piadosos existía el presentimiento de que de uno de esos matrimonios se produciría el advenimiento del Mesías. Cuando María tenía catorce años y debía salir pronto del Templo para casarse, junto con otras siete jóvenes, vi a Santa Ana visitarla en el Templo. Al anunciar a María que debía abandonar el Templo para casarse, la vi profundamente conmovida, declarando al sacerdote que no deseaba abandonar el Templo, pues se había consagrado sólo a Dios y no tenía inclinación por el matrimonio. A todo esto le fué respondido que debía aceptar algún esposo [*]. La vi luego en su oratorio, rezando a Dios con mucho fervor. Recuerdo que, teniendo mucha sed, bajó con su pequeño cántaro para recoger agua de una fuente o depósito, y que allí, sin aparición visible, escuchó una voz que la consoló, haciéndole saber al mismo tiempo que era necesario aceptar ese casamiento [**]. Aquello no era la Anunciación, que me fué dado ver más tarde en Nazaret. Creí, sin embargo, haber visto esta vez la aparición de un ángel. En mi juventud confundí a veces este

(*) Entre las numerosas clases de votos que enumera el *Michnah* usados por los judíos, no se halla el de castidad. Esto explica por qué los sacerdotes no accedieron al deseo de María, a pesar de haber personas que, como los esenios, vivían en castidad.

(**) En el *Protoevangelium* Jacobi apócrifo se habla de un ángel que se le aparece y le dice: "Ave María", y luego: "María, no temas".

hecho con la Anunciación, creyendo que había tenido lugar en el Templo.

Vi a un sacerdote muy anciano, que no podía caminar: debía ser el Sumo Pontífice. Fué llevado por otros sacerdotes hasta el Santo de los Santos y mientras encendía un sacrificio de incienso leía las oraciones en un rollo de pergamino colocado sobre una especie de atril. Hallándose arrebatado en éxtasis tuvo una aparición y su dedo fué llevado sobre el pergamino al siguiente pasaje de Isaías: "Un retoño saldrá de la raíz de Jessé y una flor ascenderá de esa raíz". Cuando el anciano volvió en sí, leyó este pasaje y tuvo concc**i**miento de algo al respecto.

Luego se enviaron mensajeros a todas las regiones del país convocando al Templo a todos los hombres de la raza de David que no estaban casados. Cuando varios de ellos se encontraron reunidos en el Templo, en traje de fiesta, les fué presentada María. Entre ellos vi a un joven muy piadoso de Belén, que había pedido a Dios, con gran fervor, el cumplimiento de la promesa: en su corazón vi un gran deseo de ser elegido por esposo de María. En cuanto a ésta, volvió a su celda y derramó muchas lágrimas, sin poder imaginar siquiera que habría de permanecer siempre virgen.

Después de esto vi al Sumo Sacerdote, obedeciendo a un impulso interior, presentar unas ramas a los asistentes, ordenando que cada uno de ellos marcara una con su nombre y la tuviera en la mano durante la oración y el sacrificio. Cuando hubieron hecho esto, las ramas fueron tomadas nuevamente de sus manos y colocadas en un altar delante del Santo de los Santos, siéndoles anunciado que aquél de entre ellos cuya rama floreciere sería el designado por el Señor para ser el esposo de María de Nazaret. Mientras las ramas se hallaban delante del Santo de los Santos siguió celebrándose el sacrificio y continuó la oración. Durante este tiempo vi al joven(*), cuyo nombre quizás recuerde, invocar a Dios en una sala del Templo, con los brazos extendidos, y derramar ardientes lágrimas, cuando después del tiempo marcado les fueron devueltas las ramas anunciándoles que ninguno de ellos había sido designado por Dios para ser esposo de aquella Virgen. Volvieron los hombres a sus casas y el joven se retiró al monte Carmelo, junto con los sacerdotes que vivían allí desde el tiempo de Elías, quedándose

(*) La tradición lo llama *Agabus* y en el cuadro de Rafael es el joven que rompe su vara sobre las rodillas.

con ellos y orando continuamente por el cumplimiento de la Promesa.

Luego vi a los sacerdotes del Templo buscando nuevamente en los registros de las familias si quedaba algún descendiente de la familia de David que no hubiese sido llamado (**). Hallaron la indicación de seis hermanos que habitaban en Belén, uno de los cuales era desconocido y andaba ausente desde hacía tiempo. Buscaron el domicilio de José, descubriéndolo a poca distancia de Samaría, en un lugar situado cerca de un riachuelo. Habitaba a la orilla del río y trabajaba bajo las órdenes de un carpintero. Obedeciendo a las órdenes del Sumo Sacerdote, acudió José a Jerusalén y se presentó en el Templo. Mientras oraban y ofrecían sacrificio pusiéronle también en las manos una vara, y en el momento en que él se disponía a dejarla sobre el altar, delante del Santo de los Santos, brotó de la vara una flor blanca, semejante a una azucena; y pude ver una aparición luminosa bajar sobre él: era como si en ese momento José hubiese recibido al Espíritu Santo. Así se supo que éste era el hombre designado por Dios para ser prometido de María Santísima, y los sacerdotes lo presentaron a María, en presencia de su madre. María, resignada a la voluntad de Dios, lo aceptó humildemente, sabiendo que Dios todo lo podía, puesto que Él había recibido su voto de pertenecer sólo a Él.

Lunes 24 de septiembre de 1821. — Las bodas de María y José, que duraron de seis a siete días, fueron celebradas en Jerusalén en una casa situada cerca de la montaña de Sión que se alquilaba a menudo para ocasiones semejantes. Además de las maestras y compañeras de María de la escuela del Templo, asistieron muchos parientes de Joaquín y de Ana, entre otros un matrimonio de Gofna con dos hijas. Las bodas fueron solemnes y suntuosas, y se ofrecieron e inmolaron muchos corderos como sacrificio en el Templo.

He podido ver muy bien a María con su vestido nupcial. Llevaba una túnica muy amplia abierta por delante, con anchas mangas. Era de fondo azul, con grandes rosas coloradas, blancas y amarillas, mezcladas de hojas verdes, a modo de las ricas casullas de los tiempos antiguos. El borde inferior estaba adornado con flecos y borlas. Encima del traje llevaba un peplo celeste parecido a un gran paño. Además de este manto, las mujeres judías solían llevar en ciertas ocasiones algo así como

(**) Sábese por antiguos documentos que por lo menos desde la cautividad de Babilonia se guardaban en el Templo registros genealógicos exactos.

un abrigo de duelo con mangas. El manto de María caíale sobre los hombros volviendo hacia adelante por ambos lados y terminando en una cola. Llevaba en la mano izquierda una pequeña corona de rosas blancas y rojas de seda; en la derecha tenía, a modo de cetro, un hermoso candelero de oro sin pie, con una pequeña bandeja sobrepuesta, en el que ardía algo que producía una llama blanquecina.

Las jóvenes del Templo arreglaron el cabello de María, terminando el tocado en muy breve tiempo. Ana había traído el vestido de boda, y María, en su humildad, no quería ponérselo después de los esponsales. Sus cabellos fueron ajustados en torno a la cabeza, de la cual colgaba un velo blanco que caía por debajo de los hombros. Sobre este velo le fué puesta una corona. La cabellera de María era abundante, de color rubio de oro, cejas negras y altas, grandes ojos de párpados habitualmente entornados con largas pestañas negras, nariz de bella forma un poco alargada, boca noble y graciosa, y fino mentón. Su estatura era mediana. Vestida con su hermoso traje, era su andar lleno de gracia, de decencia y de gravedad. Vistióse luego para la boda con otro atavío menos adornado, del cual poseo un pequeño trozo que guardo entre mis reliquias. Llevó este traje listado en Caná y en otras ocasiones solemnes. A veces volvía a ponerse su vestido de bodas cuando iba al Templo. Personas acomodadas mudaban tres o cuatro veces sus vestidos en las bodas. En ese traje de gala María me recordaba a ciertas mujeres ilustres de otras épocas, por ejemplo a Santa Elena y a Santa Cunegunda, aunque distinguiéndose de ellas por el manto con que se envolvían las mujeres judías, más parecido al de las damas romanas. Había en Sión, en la vecindad del Cenáculo, algunas mujeres que preparaban hermosas telas de todas clases, según pude ver a propósito de sus vestidos. José llevaba un traje largo, muy amplio, de color azul con mangas anchas y sujetas al costado por cordones. En torno al cuello tenía una esclavina parda o más bien una ancha estola, y en el pecho colgábanle dos tiras blancas.

He visto todos los pormenores de los esponsales de María y José: la comida de boda y las demás solemnidades; pero he visto al mismo tiempo otras tantas cosas. Me encuentro tan enferma, tan molesta de mil diversas formas, que no me atrevo a decir más para no introducir confusión en estos relatos.

XXVI

El anillo nupcial de María

He visto que el anillo nupcial de María no es de oro ni de plata ni de otro metal. Tiene un color sombrío con reflejos cambiantes. No es tampoco un pequeño círculo delgado, sino bastante grueso como un dedo de ancho. Lo vi todo liso, aunque llevaba incrustados pequeños triángulos regulares en los cuales había letras. Vi que estaba bien guardado bajo muchas cerraduras en una hermosa iglesia. Hay personas piadosas que antes de celebrar sus bodas tocan esta reliquia preciosa con sus alianzas matrimoniales. En estos últimos días he sabido muchos detalles relativos a la historia del anillo nupcial de María; pero no puedo relatarlo en el orden debido.

He visto una fiesta en una ciudad de Italia donde se conserva este anillo. Estaba expuesto en una especie de viril, encima del tabernáculo. Había allí un gran altar embellecido con adornos de plata. Mucha gente llevaba sus anillos para hacerlos tocar en la custodia. Durante esta fiesta he visto aparecer de ambos lados del altar del anillo, a María y a José con sus trajes de bodas. Me pareció que José colocaba el anillo en el dedo de María. En aquel momento vi el anillo todo luminoso, como en movimiento. A la izquierda y a la derecha del altar, vi otros dos altares, los cuales probablemente no se hallaban en la misma iglesia; pero me fueron mostrados allí en esta visión(*). Sobre el altar de la derecha se hallaba una imagen del *Ecce Homo,* que un piadoso magistrado romano, amigo de San Pedro, había recibido milagrosamente. Sobre el altar de la izquierda estaba una de las mortajas de Nuestro Señor.

Terminadas las bodas, se volvió Ana a Nazaret, y María partió también en compañía de varias vírgenes que habían dejado el Templo al mismo tiempo que ella. No sé hasta dónde acompañaron a María: sólo recuerdo que el primer sitio donde se detuvieron para pasar la noche fué la escuela de Levitas de Bet-Horón. María hacía el viaje a pie. Después de las bodas, José había ido a Belén para ordenar algunos asuntos de familia. Más tarde se trasladó a Nazaret.

(*) Esto fué narrado el 4 de Agosto y Brentano comprobó que el 3 de Agosto se había mostrado en Perusa el anillo de la Virgen, coincidiendo con el día que la vidente tuvo la visión.

XXVII
La casa de Nazaret

He visto una fiesta en la casa de Santa Ana. Vi allí a seis huéspedes sin contar a los familiares de la casa y a algunos niños reunidos con José y María en torno de una mesa, sobre la cual había vasos. La Virgen tenía un manto con flores coloradas, azules y blancas, como se ve en las antiguas casullas. Llevaba un velo transparente y por encima otro negro. Esta parecía una continuación de la fiesta de bodas. Mi guía me llevó a la casa de Santa Ana, que reconocí en seguida con todos sus detalles. No encontré allí a José ni a María. Vi que Santa Ana se disponía a ir a Nazaret, donde habitaba ahora la Sagrada Familia. Llevaba bajo el brazo un envoltorio para María. Para ir a Nazaret tuvo que atravesar una llanura y luego un bosquecillo, delante de una altura. Yo seguí el mismo camino. La casa de José no estaba muy lejos de la puerta de la ciudad y no era tan grande como la de Santa Ana. Había en la vecindad un pozo cuadrangular al cual se bajaba por algunas gradas; delante de la casa había un pequeño patio cuadrado. He visto a Ana visitando a María y entregarle lo que había traído para ella, volviéndose luego a su casa. María lloró mucho y acompañó a su santa madre un trozo de camino. Vi a San José frente a la casa en un sitio algo apartado.

La casita de Nazaret, que Ana había preparado para María y José, pertenecía a Santa Ana. Ella podía desde su casa llegar allí sin ser observada, por caminos extraviados, en media hora de camino. La casita no estaba lejos de la puerta de la ciudad. Tenía delante un patiecito. Estaba sobre una colinita, no edificada ni cavada, sino que estaba separada de la colina por la parte de atrás, y a la cual conducía un sendero angosto abierto en la misma roca. En la parte posterior tenía una abertura por arriba, en forma de ventana, que miraba a lo alto de la colina. Había bastante oscuridad detrás de la casa. La parte posterior de la casita era triangular y era más elevada que la anterior. La parte baja estaba cavada en la piedra; la parte alta era de materiales livianos. En la parte posterior estaba el dormitorio de María: allí tuvo lugar la Anunciación del Angel. Esta pieza tenía forma semicircular debido a los tabiques de juncos entretejidos groseramente, que cubrían las paredes posteriores en lugar de los biombos livianos que se usaban. Los

tabiques que cubrían las paredes tenían dibujos de varias formas y colores. El lecho de María estaba en el lado derecho, detrás de un tabique entretejido. En la parte izquierda estaba el armario y la pequeña mesa con el escabel: era éste el lugar de oración de María. La parte posterior de la casa estaba separada del resto por el hogar, que era una pared en medio de la cual se levantaba una chimenea hasta el techo. Por la abertura del techo salía la chimenea, terminada en un pequeño techito. Más tarde he visto al final de esta chimenea dos pequeñas campanas colgadas. A derecha e izquierda había dos puertas con tres escalones que iban a la pieza de María. En las paredes del hogar había varios huecos abiertos con el menaje y otros objetos que aún veo en la casa de Loreto. Detrás de la chimenea había un tirante de cedro, al cual estaba adherida la pared del hogar con la chimenea. Desde este tirante plantado verticalmente salía otro a través a la mitad de la pared posterior, donde estaban metidos otros por ambos lados. El color de estos maderos era azulado con adornos amarillos. A través de ellos se veía el techo, revestido interiormente de hojas y de esteras; en los ángulos había adornos de estrellas. La estrella del ángulo del medio era grande y parecía representar el lucero de la mañana. Más tarde he visto allí más número de estrellas. Sobre el tirante horizontal que salía de la chimenea e iba a la pared posterior por una abertura exterior, colgaba la lámpara. Debajo de la chimenea se veía otro tirante. El techo exterior no era en punta, sino plano, de modo que se podía caminar sobre él, pues estaba resguardado por un parapeto en torno de esa azotea.

Cuando la Virgen Santísima, después de la muerte de San José, dejó la casita de Nazaret y fué a vivir en las cercanías de Cafarnaúm, se empezó a adornar la casa, conservándola como un lugar sagrado de oración. María peregrinaba a menudo desde Cafarnaúm hasta allá, para visitar el lugar de la Encarnación y entregarse a la oración.

Pedro y Juan, cuando iban a Palestina, solían visitar la casita para consagrar en ella, pues se había instalado un altar en el lugar donde había estado el hogar. El armarito que María había usado lo pusieron sobre la mesa del altar como a manera de tabernáculo.

XXVIII

La santa casa en Loreto

He tenido a menudo la visión del traslado de la santa casa a Loreto. Yo no lo podía creer, a pesar de haberlo visto repetidas veces en visión. La he visto llevada por siete ángeles, que flotaban sobre el mar con ella. No tenía piso, pero había en lugar del piso un fundamento de luz y de claridad. De ambos lados tenía como agarraderas. Tres ángeles la sostenían de un lado; otros tres del otro, llevándola por los aires. Uno de los ángeles volaba delante arrojando una gran estela de luz y de resplandor. Recuerdo haber visto que se llevaba a Europa la parte posterior de la casa, con el hogar y la chimenea, con el altar del apóstol y con la pequeña ventana. Me parece, cuando pienso en ello, que las demás partes de la casa estaban pegadas a esta parte y que quedaron así casi en estado de caerse por sí solas. Veo en Loreto también la cruz que María usó en Efeso: está hecha de varias clases de madera. Más tarde la poseyeron los apóstoles. Muchos prodigios se obran por medio de esta cruz. Las paredes de la santa casa de Loreto son absolutamente las mismas de Nazaret. Los tirantes que estaban debajo de la chimenea son los mismos. La imagen milagrosa de María está ahora sobre el altar de los apóstoles.

XXIX

La anunciación del Angel

Marzo 25 de 1821. — Tuve una visión de la Anunciación de María el día de esa fiesta. He visto a la Virgen Santísima poco después de su desposorio, en la casa de San José, en Nazaret. José había salido con dos asnos para traer algo que había heredado o para buscar las herramientas de su oficio. Me pareció que se hallaba aún en camino. Además de la Virgen y de dos jovencitas de su edad que habían sido, según creo, sus compañeras en el Templo, vi en la casa a Santa Ana con aquella parienta viuda que se hallaba a su servicio y que más tarde la acompañó a Belén, después del nacimiento de Jesús. Santa Ana había renovado todo en la casa. Vi a los cuatro mujeres yendo y viniendo por el interior paseando juntas en el patio. Al atardecer las he visto entrar y rezar de pie en torno de una pequeña mesa redonda; después comieron verduras y se sepa-

raron. Santa Ana anduvo aún en la casa de un lado a otro, como una madre de familia ocupada en quehaceres domésticos. María y las dos jóvenes se retiraron a sus dormitorios, separados. El frente de la alcoba, hacia la puerta, era redondo, y en esta parte circular, separada por un tabique de la altura de un hombre, se encontraba arrollado el lecho de María.

Fuí conducida hasta aquella habitación por el joven resplandeciente que siempre me acompaña, y vi allí lo que voy a relatar en la forma que puede hacerlo una persona tan miserable como yo.

Cuando hubo entrado la Santísima Virgen se puso, detrás de la mampara de su lecho, un largo vestido de lana blanca con ancho ceñidor y se cubrió la cabeza con un velo blanco amarillento. La sirvienta entró con una luz, encendió una lámpara de varios brazos que colgaba del techo, y se retiró. La Virgen tomó una mesita baja arrimada contra el muro y la puso en el centro de la habitación. La mesa estaba cubierta con una carpeta roja y azul, en medio de la cual había una figura bordada: no sé si era una letra o un adorno simplemente. Sobre la mesa había un rollo de pergamino escrito. Habiéndola colocado la Virgen entre su lecho y la puerta, en un lugar donde el suelo estaba cubierto con una alfombra, puso delante de sí un pequeño cojín redondo, sobre el cual se arrodilló, afirmándose con las dos manos sobre la mesa. María veló su rostro y juntó las manos delante del pecho, sin cruzar los dedos. Durante largo tiempo la vi así orando ardientemente, con la faz vuelta al cielo, invocando la Redención, la venida del Rey prometido a Israel, y pidiendo con fervor le fuera permitido tomar parte en aquella misión. Permaneció mucho tiempo arrodillada, transportada en éxtasis; luego inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entonces del techo de la habitación bajó, a su lado derecho, en línea algún tanto oblicua, un golpe tan grande de luz, que me vi obligada a volver los ojos hacia la puerta del patio. Vi, en medio de aquella masa de luz, a un joven resplandeciente, de cabellos rubios flotantes, que había descendido ante María, a través de los aires. Era el Arcángel Gabriel. Cuando habló vi que salían las palabras de su boca como si fuesen letras de fuego: las leí y las comprendí. María inclinó un tanto su cabeza velada a la derecha. Sin embargo, en su modestia, no miró al ángel. El Arcángel siguió hablando. María volvió entonces el

rostro hacia él, como si obedeciera una orden, levantó un poco el velo y respondió. El ángel dijo todavía algunas palabras. María alzó el velo totalmente, miró al ángel y pronunció las sagradas palabras: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra".

María se hallaba en un profundo arrobamiento. La habitación resplandecía y ya no veía yo la lámpara del techo ni el techo mismo. El cielo aparecía abierto y mis miradas siguieron por encima del ángel una ruta luminosa. En el punto extremo de aquel río de luz se alzaba una figura de la Santísima Trinidad: era como un fulgor triangular, cuyos rayos se penetraban recíprocamente. Reconocí allí Aquello que sólo se puede adorar sin comprenderlo jamás: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y, sin embargo, un solo Dios Todopoderoso.

Cuando la Santísima Virgen hubo dicho: "Hágase en mí según tu palabra", vi una aparición alada del Espíritu Santo, que no se parecía a la representación habitual bajo la forma de paloma: la cabeza se asemejaba a un rostro humano; la luz se derramaba a los costados en forma de alas. Vi partir de allí como tres efluvios luminosos hacia el costado derecho de la Virgen, donde volvieron a reunirse. Cuando esta luz penetró en su costado derecho, la Santísima Virgen volvióse luminosa ella misma y como transparente: parecía que todo lo que había de opaco en ella desaparecía bajo esa luz, como la noche ante el espléndido día. Se hallaba tan penetrada de luz que no había en ella nada de opaco o de oscuro. Resplandecía como enteramente iluminada.

Después de esto vi que el ángel desaparecía y que la faja luminosa, de donde había salido, se desvanecía. Parecía que el cielo aspirase y volviese hacia sí la luz que había dejado caer

Mientras veía todas estas cosas en la habitación de María tuve una impresión personal de naturaleza singular. Me hallaba en angustia continua, como si me acechasen peligrosas emboscadas, y vi una horrible serpiente que se arrastraba a través de la casa y por los escalones hasta la puerta, donde me había detenido cuando la luz penetró en la Santísima Virgen. El monstruo había llegado ya al tercer escalón. Aquella serpiente era del tamaño de un niño, con la cabezota ancha y chata, y a la altura del pecho tenía dos patas cortas membranosas, armadas con garras, sobre las cuales se arrastraba, que parecían alas de murciélago. Tenía manchas de diferentes colores, de aspecto repugnante; se parecía a la serpiente del Paraíso terre-

nal, pero de aspecto más deforme y espantoso. Cuando el ángel desapareció de la presencia de la Virgen, ésta pisó la cabeza del monstruo que estaba delante de la puerta, el cual lanzó un grito tan espantoso que me hizo estremecer. Después he visto aparecer tres espíritus, que golpearon al odioso reptil echándolo fuera de la casa.

Desaparecido el ángel he visto a María arrobada en éxtasis profundo, en absoluto recogimiento. Pude ver que ya conocía y adoraba la Encarnación del Redentor en sí misma, donde se hallaba como un pequeño cuerpo humano luminoso, completamente formado y provisto de todos sus miembros.

Aquí, en Nazaret, no es lo mismo que en Jerusalén, donde las mujeres deben quedarse en el atrio, sin poder entrar en el Templo, porque solamente los sacerdotes tienen acceso al Santuario. En Nazaret la misma Virgen es el Templo: el Santo de los Santos está en Ella, como también el Sumo Sacerdote y se halla Ella sola con Él. ¡Qué conmovedor es todo esto y qué natural y sencillo al mismo tiempo! Quedaban cumplidas las palabras del salmo 45: "El Altísimo ha santificado su tabernáculo; Dios está en medio de El, y no será conmovido".

Era más o menos la medianoche cuando contemplé todo este espectáculo. Al cabo de algún tiempo Ana entró en la habitación de María con las demás mujeres. Un movimiento admirable en la naturaleza las había despertado: una luz maravillosa había aparecido por encima de la casa. Cuando vieron a María de rodillas, bajo la lámpara, arrebatada en el éxtasis de su plegaria, se alejaron respetuosamente.

Después de algún tiempo vi a la Virgen levantarse y acercarse al altarcito de la pared; encendió la lámpara y oró de pie. Delante de ella, sobre un alto atril, había rollos escritos. Sólo al amanecer la vi descansando.

El guía me llevó fuera de la habitación; pero cuando estuve en el pequeño vestíbulo de la casa me vi presa de gran temor. Aquella horrible serpiente, que estaba allí en acecho, se precipitó sobre mí y quiso ocultarse entre los pliegues de mi vestido. Me encontré en medio de una angustia horrible; pero mi guía me alejó de allí y pude ver que reaparecían los tres espíritus, que golpearon nuevamente al monstruo. Aun resuena en mí su grito horroroso y me espanta su recuerdo.

Contemplando esta noche el misterio de la Encarnación comprendía todavía muchas otras cosas. Ana recibió un conocimiento interior de lo que estaba realizándose. Supe también

por qué el Redentor debía quedar nueve meses en el seno de su Madre y nacer bajo la forma de niño; el por qué no quiso aparecer en forma de hombre perfecto como nuestro primer padre Adán saliendo de las manos de Dios: todo esto se me explicó, pero ya no lo puedo explicar con claridad. Lo que puedo decir es que El quiso santificar nuevamente el acto de la concepción y la natividad de los hombres, degradados por el pecado original. Si María se convirtió en Madre y si El no vino más temprano al mundo fué porque ella era lo que ninguna criatura fué antes ni será después: el puro vaso de gracia que Dios había prometido a los hombres y en el cual El debía hacerse hombre, para pagar las deudas de la humanidad, mediante los abundantes méritos de su pasión.

La Santísima Virgen era la flor perfectamente pura de la raza humana abierta en la plenitud de los tiempos. Todos los hijos de Dios entre los hombres, todos, hasta los que desde el principio habían trabajado en la obra de la santificación, han contribuído a su venida. Ella era el único oro puro de la tierra; solamente ella era la porción inmaculada de la carne y de la sangre de la humanidad entera, que preparada, depurada, recogida y consagrada a través de todas las generaciones de sus antepasados; conducida, protegida y fortalecida bajo el régimen de la ley de Moisés, se realizaba finalmente como plenitud de la gracia. Predestinada en la eternidad, surgió en el tiempo como Madre del Verbo eterno.

La Virgen María contaba poco más de catorce años cuando tuvo lugar la Encarnación de Jesucristo. Jesús llegó a la edad de treinta y tres años y tres veces seis semanas. Digo tres veces seis, porque en este mismo instante estoy viendo la cifra seis repetida tres veces.

XXX

Visitación de María a Isabel

Algunos días después de la Anunciación del Angel a María, José volvióse a Nazaret e hizo ciertos arreglos en la casa para poder ejercer su oficio y quedarse, pues hasta entonces sólo había permanecido dos días allí. Nada sabía del misterio de la Encarnación del Verbo en María. Ella era la Madre de Dios y era la sierva del Señor, y guardaba humildemente el secreto. Cuando la Virgen sintió que el Verbo se había hecho carne en

ella, tuvo un gran deseo de ir a Juta, cerca de Hebrón, para visitar a su prima Isabel, que según las palabras del ángel hallábase encinta desde hacía seis meses. Acercándose el tiempo en que José debía ir a Jerusalén, para la fiesta de Pascua, quiso acompañarle con el fin de asistir a Isabel durante su embarazo. José, en compañía de la Virgen Santísima, se puso en camino para Juta. El camino se dirigía al Mediodía. Llevaban un asno sobre el cual montaba María de vez en cuando. Este asno tenía atada al cuello una bolsa perteneciente a José, dentro de la cual había un largo vestido pardo con una especie de capuz. María se ponía este traje para ir al Templo o a la sinagoga. Durante el viaje usaba una túnica parda de lana, un vestido gris con una faja por encima, y cubría su cabeza una cofia amarilla. Viajaban con bastante rapidez. Después de haber atravesado la llanura de Esdrelón, los vi trepar una altura y entrar en la ciudad de Dotán, en casa de un amigo del padre de José. Este era un hombre bastante acomodado, oriundo de Belén. El padre de José lo llamaba hermano a pesar de no serlo: descendía de David por un antepasado que también fué rey, según creo, llamado Ela, o Eldoa o Eldad (*), pues no recuerdo bien su nombre.

Dotán era una ciudad de activo comercio. Luego los v pernoctar bajo un cobertizo. Estando aún a doce leguas de l casa de Zacarías pude verlos otra noche en medio de un bos que, bajo una cabaña de ramas toda cubierta de hojas verde con hermosas flores blancas. Frecuentemente se ven en est país al borde de los caminos esas glorietas hechas de ramas de hojas y algunas construcciones más sólidas en las cuales l viajeros pueden pernoctar o refrescarse, y aderezar y cocer l alimentos que llevan consigo. Una familia de la vecindad encarga de la vigilancia de varios de estos lugares y propo ciona las cosas necesarias mediante una pequeña retribuci No fueron directamente de Jerusalén a Juta. Con el fin viajar en la mayor soledad dieron una vuelta por tierras Este, pasando al lado de una pequeña ciudad, a dos leguas Emaús y tomando los caminos por donde Jesús anduvo dura sus años de predicación. Más tarde tuvieron que pasar montes, entre los cuales los vi descansar una vez comiendo pan, mezclando con el agua parte del bálsamo que habían recogido durante el viaje. En esta región el país es muy montañoso.

(*) Este vástago de David podría ser Eliada, citado en el libro II de los Reyes.

Pasaron junto a algunas rocas, más anchas en su parte superior que en la base; había en aquellos lugares grandes cavernas, dentro de las cuales se veían toda clase de piedras curiosas. Los valles eran muy fértiles. Aquel camino los condujo a través de bosques y de páramos, de prados y de campos. En un lugar bastante cerca del final del viaje noté particularmente una planta que tenía pequeñas y hermosas hojas verdes y racimos de flores formados por nueve campanillas cerradas de color de rosa. Tenía allí algo en qué debía ocuparme; pero he olvidado de qué se trataba(**).

Julio, 1820. — La casa de Zacarías estaba situada sobre una colina, en torno de la cual había un grupo de casas. Un arroyo torrentoso baja de la colina. Me pareció que era el momento en que Zacarías volvía a su casa desde Jerusalén, pasadas las fiestas de Pascua. He visto a Isabel caminando, bastante alejada de su casa, sobre el camino de Jerusalén, llevada por un ansia inquieta e indefinible. Allí la encontró Zacarías, que se espantó de verla tan lejos de la casa en el estado en que se encontraba. Ella dijo que estaba muy agitada, pues la perseguía el pensamiento de que su prima María de Nazaret estaba en camino para visitarla. Zacarías trató de hacerle comprender que desechase tal idea, y, por signos y escribiendo en una tablilla, le decía cuán poco verosímil era que una recién casada emprendiera viaje tan largo en aquel momento. Juntos volvieron a su casa. Isabel no podía desechar esa idea fija, habiendo sabido en sueños que una mujer de su misma sangre se había convertido en Madre del Verbo eterno, del Mesías prometido. Pensando en María concibió un deseo muy grande de verla, y la vió, en efecto, en espíritu que venía hacia ella. Preparó en su casa, a la derecha de la entrada, una pequeña habitación con asientos y aguardó allí al día siguiente, a la expectativa, mirando hacia el camino por si llegaba María. Pronto se levantó y salió a su encuentro por el camino.

Isabel era una mujer alta, de cierta edad: tenía el rostro pequeño y rasgos bellos; la cabeza la llevaba velada. Sólo conocía a María por las voces y la fama. María, viéndola a cierta distancia, conoció que era ella Isabel y se apresuró a ir a su encuentro, adelantándose a José que se quedó discretamente a la distancia. Pronto estuvo María entre las primeras casas de la vecindad, cuyos habitantes, impresionados por su extraordinaria

(**) Las nueve campanillas tenían relación mística con los nueve meses que permaneció Jesús en el seno de María.

belleza y conmovidos por cierta dignidad sobrenatural que irradiaba toda su persona, se retiraron respetuosamente en el momento de su encuentro con Isabel. Se saludaron amistosamente dándose la mano. En aquel momento vi un punto luminoso en la Virgen Santísima y como un rayo de luz que partía de allí hacia Isabel, la cual recibió una impresión maravillosa. No se detuvieron en presencia de los hombres, sino que, tomándose del brazo, se dirigieron a la casa por el patio interior. En el umbral de la puerta Isabel dió nuevamente la bienvenida a María y luego entraron en la casa.

José llegó al patio conduciendo al asno, que entregó a un servidor y fué a buscar a Zacarías en una sala abierta sobre el costado de la casa. Saludó con mucha humildad al anciano sacerdote, el cual lo abrazó cordialmente y conversó con él por medio de la tablilla sobre la que escribía, pues había quedado mudo desde que el ángel se le había aparecido en el Templo. María e Isabel, una vez que hubieron entrado, se hallaron en un cuarto que me pareció servir de cocina. Allí se tomaron de los brazos. María saludó a Isabel muy cordialmente y las dos juntaron sus mejillas. Vi entonces que algo luminoso irradiaba desde María hasta el interior de Isabel, quedando ésta toda iluminada y profundamente conmovida, con el corazón agitado por santo regocijo. Se retiró Isabel un poco hacia atrás, levantando la mano y, llena de humildad, de júbilo y entusiasmo, exclamó: "Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Pero de dónde a mí tanto favor que la Madre de mi Señor venga a visitarme?... Porque he aquí que como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura que llevo se estremeció de alegría en mi interior. ¡Oh, dichosa tú, que has creído; lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!"

Después de estas palabras condujo a María a la pequeña habitación preparada, para que pudiera sentarse y reposar de las fatigas del viaje. Sólo había que dar unos pasos para llegar hasta allí. María dejó el brazo de Isabel, cruzó las manos sobre el pecho y empezó el cántico del *Magníficat:*

"Mi alma glorifica al Señor; y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador. Porque miró a la bajeza de su sierva; porque he aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho grandes cosas conmigo el Todopoderoso; y santo es su nombre. Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen. Hizo valentías con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de su corazón.

Quitó a los poderosos de los tronos y levantó a los humildes. A los hambrientos hinchó de bienes y a los ricos envió vacíos. Socorrió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Como habló a nuestros padres, a Abrahán y a su simiente, para siempre".

Isabel repetía en voz baja el *Magníficat* con el mismo impulso de inspiración de María. Luego se sentaron en asientos muy bajos, ante una mesita de poca altura. Sobre ésta había un vaso pequeño.

¡Qué dichosa me sentía yo, porque repetía con ellas todas las oraciones, sentada muy cerca de María! ¡Qué grande era entonces mi felicidad!

XXXI

En casa de Zacarías e Isabel

José y Zacarías están juntos conversando acerca del Mesías, de su próxima venida y de la realización de las profecías. Zacarías era un anciano de alta estatura y hermoso cuando estaba vestido de sacerdote. Ahora responde siempre por signos o escribiendo en su tablilla. Los veo al lado de la casa en una sala abierta al jardín. María e Isabel están sentadas sobre una alfombra en el huerto, bajo un árbol grande, detrás del cual hay una fuente por donde se escapa el agua cuando se retira la compuerta. En todo el contorno veo un prado cubierto de césped, de flores y de árboles con pequeñas ciruelas amarillas. Están juntas comiendo frutas y panecillos sacados de la alforja de José. ¡Qué simplicidad y qué conmovedora frugalidad! En la casa hay dos criados y dos mozos de servicio: los veo ir y venir preparando alimentos en una mesa, debajo de un árbol. Zacarías y José se acercan y comen también algo.

José quería volverse de inmediato a Nazaret; pero tendrá que quedarse ocho días allí. No sabe nada aún del estado de embarazo de María. Isabel y María habían guardado silencio sobre esto, manteniendo entre ellas una armonía secreta y profunda, que las unía intimamente. Varias veces al día, especialmente antes de las comidas, cuando todos se hallaban reunidos, las santas mujeres decían una especie de Letanías. José oraba con ellas. Pude ver una cruz que aparecía entre las dos mujeres, a pesar de no existir aún la cruz: aquello era como si dos cruces se hubiesen visitado. Ayer, por la tarde, se juntaron to-

dos para comer, quedándose hasta la medianoche sentados a la luz de una lámpara, bajo el árbol del jardín. Vi luego a José y a Zacarías solos en su oratorio, y a María y a Isabel en su pequeña habitación, una frente a la otra, de pie, absortas y extáticas, diciendo juntas el cántico del *Magníficat*.

Además del vestuario mencionado, la Virgen usaba algo parecido a un velo negro transparente, que bajaba sobre el rostro cuando debía hablar con los hombres. Hoy Zacarías condujo a José a otro jardín retirado de su casa. Zacarías era un hombre muy ordenado en todas sus cosas. En este huerto abundan árboles con frutas hermosas de todas clases: está muy bien cuidado, atravesado por una larga enramada, bajo la cual hay sombra; en su extremidad hay una glorieta escondida cuya puerta se abre por un costado. En lo alto de esta casa se ven aberturas cerradas con bastidores; dentro hay un lecho de reposo, hecho de esteras, de musgos o de otras hierbas. Vi allí dos estatuas blancas del tamaño de un niño: no sé cómo se encuentran allí ni qué representan. Yo las hallaba parecidas a Zacarías y a Isabel, de cuando serían más jóvenes.

Julio 3. — Hoy por la tarde vi a María y a Isabel ocupadas en la casa. La Virgen tomaba parte en los quehaceres domésticos y preparaba toda clase de prendas para el esperado niño. Las he visto trabajando juntas: tejían una colcha grande destinada al lecho de Isabel, para cuando hubiera dado a luz. Las mujeres judías usaban colchas de esta clase, las cuales tenían en el centro una especie de bolsillo dispuesto de tal manera que la madre podía envolverse completamente en él con su niño. Encerrada allí dentro y sostenida mediante almohadas podía sentarse o tenderse según su voluntad. En el borde de la colcha había flores bordadas y algunas sentencias. Isabel y María preparaban también toda clase de objetos para regalarlos a los pobres cuando naciera la criatura. Vi a santa Ana durante la ausencia de María y de José, enviar a menudo su criada a la casa de Nazaret para ver si todo seguía en orden allí. Una vez la vi ir allá sola.

Julio 4. — Zacarías fué con José a pasear al campo. La casa se hallaba sobre una colina y es la mejor de toda esa región; otras casitas veo dispersas alrededor. María se encuentra sola, un tanto fatigada, en la casa con Isabel.

He visto a Zacarías y a José pasar la noche en el jardín situado a alguna distancia de la casa. Unas veces los vi dur-

miendo en la glorieta, otras, orando a la intemperie. Volvieron al amanecer. He visto a Isabel y a María dentro de la casa. Todas las mañanas y las noches repiten el *Magníficat*, inspirado a María por el Espíritu Santo, después de la salutación de Isabel. La salutación del ángel fué como una consagración que hacía el templo de María Santísima a Dios. Cuando pronunció aquellas palabras: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra", el Verbo divino, saludado por la Iglesia y saludado por su sierva, entró en ella. Desde entonces, Dios estuvo en su templo y María fué el templo y el Arca de la Alianza del Nuevo Testamento. La salutación de Isabel y el alborozo de Juan en el seno de su madre, fueron el primer culto rendido ante aquel Santuario. Cuando la Virgen entonó el *Magníficat*, la Iglesia de la Nueva Alianza, del nuevo matrimonio, celebró por primera vez el cumplimiento de las promesas divinas de la Antigua Alianza, del antiguo matrimonio, recitando, en acción de gracias, un *Te Deum laudamus*. ¡Quién pudiera expresar dignamente la emoción de este homenaje rendido por la Iglesia a su Salvador, aún antes de su nacimiento!

Esta noche, mientras veía orar a las santas mujeres, tuve varias intuiciones y explicaciones relativas al *Magníficat* y al acercamiento del Santo Sacramento en la actual situación de la Santísima Virgen. Mi estado de sufrimiento y mis numerosas molestias me han hecho olvidar casi todo lo que he podido ver. En el momento del pasaje del cántico: "Hizo valentías con su brazo", vi diferentes cuadros figurativos del Santísimo Sacramento del Altar en el Antiguo Testamento. Había allí, entre otros, un cuadro de Abrahán sacrificando a Isaac, y de Isaías anunciando a un rey perverso algo de que éste se burlaba, y que he olvidado. Vi muchas cosas desde Abrahán hasta Isaías, y desde éste hasta María Santísima. Siempre veía el Santísimo Sacramento acercándose a la Iglesia de Jesucristo, quien reposaba todavía en el seno de su Madre. Hace mucho calor allí donde está María en la tierra prometida. Todos se van al jardín donde está la casita. Primero Zacarías y José, luego Isabel y María. Han tendido un toldo bajo un árbol como para hacer una tienda de campaña. Hacia un lado veo asientos muy bajos con respaldos.

Julio 6. — Anoche vi a Isabel y a María que iban al jardín un tanto alejado de la casa de Zacarías. Llevaban frutas y panecillos dentro de unas cestas y parecía que querían pasar la noche en ese lugar. Cuando José y Zacarías volvieron más

tarde, vi a María que les salía al encuentro. Zacarías tenía su tablilla, pero la luz era insuficiente para que pudiera escribir y vi que María impulsada por el Espíritu Santo le anunció que esa misma noche habría de hablar y que podía dejar su tablilla, ya que pronto podría conversar con José y rezar junto a él. Tanto me sorprendió esto que yo, sacudiendo la cabeza, no quise admitirlo; pero mi Angel de la Guarda, o mi guía espiritual, que siempre me acompaña, díjome, haciéndome una señal para que mirase a otra parte: "¿No quieres creer esto? Pues mira lo que sucede allí". Mirando hacia el lado que me indicaba vi un cuadro totalmente distinto, de época muy posterior. Vi al santo ermitaño Goar en un lugar donde el trigo había sido cortado. Hablaba con los mensajeros de un obispo mal dispuesto con él y aún aquellos hombres no le tenían afecto. Cuando los hubo acompañado hasta su casa lo vi buscando un gancho cualquiera para poder colgar su capa. Como viera un rayo de sol que entraba por la abertura del muro, en la simplicidad de su fe colgó su capa de aquel rayo y ella quedó suspendida allí en el aire. Me admiró tanto este prodigio que ya no me asombré de oír hablar a Zacarías, puesto que aquella gracia le llegaba por intermedio de María Santísima, dentro de la cual habitaba el mismo Dios. Mi guía me habló entonces de aquello a que se da el nombre de milagro. Entre otras cosas recuerdo que me dijo: "Una confianza total en Dios, con la simplicidad de un niño, da a todas las cosas el ser y la substancia". Estas palabras me aclararon acerca de todos los milagros, aunque no puedo explicarme esto con claridad.

Vi a los cuatro santos personajes pasar la noche en el jardín: se sentaron y comieron algunas cosas. Luego los vi caminar de dos en dos, orar juntos y entrar alternativamente en la glorieta para descansar en ella. Supe también que después del Sábado, José se volvería a Nazaret y que Zacarías lo acompañaría un trecho de camino. Había un hermoso claro de luna y el cielo estaba muy puro.

XXXII

Misterios del "Magníficat"

Durante la oración de las dos santas mujeres vi una parte del misterio relacionado con el *Magníficat*. Debo volver a ver todo esto el Sábado, víspera de la octava de la fiesta y entonces

podré decir algo más. Ahora sólo puedo comunicar lo siguiente: el *Magníficat* es el cántico de acción de gracias por el cumplimiento de la bendición misteriosa de la Antigua Alianza. Durante la oración de María vi sucesivamente a todos sus antepasados. Había en el transcurso de los siglos tres veces catorce parejas de esposos que se sucedían, en los cuales el padre era siempre el vástago del matrimonio anterior. De cada una de estas parejas vi salir un rayo de luz dirigido hacia María mientras se hallaba en oración. Todo el cuadro creció ante mis ojos como un árbol con ramas luminosas, las cuales iban embelleciéndose cada vez más, y por fin, en un sitio determinado de este árbol de luz, vi la carne y la sangre purísimas e inmaculadas de María, con las cuales Dios debía formar su Humanidad, mostrándose en medio de un resplandor cada vez más vivo. Oré entonces, llena de júbilo y de esperanza, como un niño que viera crecer delante de sí el árbol de Navidad. Todo esto era una imagen de la proximidad de Jesucristo en la carne y de su Santísimo Sacramento. Era como si hubiese visto madurar el trigo para formar el pan de vida del que me hallara hambrienta. Todo esto es inefable. No puedo decir cómo se formó la carne en la cual se encarnó el mismo Verbo. ¿Cómo es posible esto a una criatura humana que todavía se encuentra dentro de esa carne, de la cual el Hijo de Dios y de María ha dicho que no sirve para nada y que sólo el espíritu vivifica?... También dijo El que aquéllos que se nutren de su carne y de su sangre gozarán de la vida eterna y serán resucitados por El en el último día. Unicamente su carne y su sangre son el alimento verdadero y tan sólo aquéllos que toman este alimento viven en El, y El en ellos.

No puedo expresar cómo vi, desde el comienzo, el acercamiento sucesivo de la Encarnación de Dios y con ella la proximidad del Santo Sacramento del Altar, manifestándose de generación en generación; luego una nueva serie de patriarcas representantes del Dios vivo que reside entre los hombres en calidad de víctima y de alimento hasta su segundo advenimiento en el último día, en la institución del sacerdocio que el Hombre-Dios, el nuevo Adán, encargado de expiar el pecado del primero, ha trasmitido a sus apóstoles y éstos a los nuevos sacerdotes, mediante la imposición de las manos, para formar así una sucesión semejante de sacerdotes no interrumpida de generación en generación. Todo esto me enseñó que la recitación de la genealogía de Nuestro Señor ante el Santísimo Sa-

cramento en la fiesta del *Corpus Christi*, encierra un misterio muy grande y muy profundo. También aprendí por él que así como entre los antepasados carnales de Jesucristo hubo algunos que no fueron santos y otros que fueron pecadores, sin dejar de constituir por eso gradas de la escala de Jacob, mediante las cuales Dios bajó hasta la Humanidad, también los obispos indignos quedan capacitados para consagrar el Santísimo Sacramento y para otorgar el sacerdocio a otros con todos los poderes que le son inherentes. Cuando se ven estas cosas se comprende por qué los viejos libros alemanes llaman al Antiguo Testamento la Antigua Alianza o antiguo matrimonio, y al Nuevo Testamento la Nueva Alianza o nuevo matrimonio. La flor suprema del antiguo matrimonio fué la Virgen de las vírgenes, la prometida del Espíritu Santo, la muy casta Madre del Salvador; el vaso espiritual, el vaso honorable, el vaso insigne de devoción donde el Verbo se hizo carne. Con este misterio comienza el nuevo matrimonio, la Nueva Alianza. Esta Alianza es virginal en el sacerdocio y en todos aquéllos que siguen al Cordero, y en ella el Matrimonio es un gran sacramento: la unión de Jesucristo con su prometida la Iglesia.

Para poder expresar, en cuanto me sea posible, cómo me fué explicada la proximidad de la Encarnación del Verbo y al mismo tiempo el acercamiento del Santísimo Sacramento del Altar, sólo puedo repetir, una vez más, que todo esto apareció ante mis ojos en una serie de cuadros simbólicos, sin que, a causa del estado en que me encuentro, me sea posible dar cuenta de los detalles en forma inteligible. Sólo puedo hablar en forma general. He visto primero la bendición de la promesa que Dios diera a nuestros primeros padres en el Paraíso y un rayo que iba de esta bendición a la Santísima Virgen, que se hallaba recitando el *Magníficat* con Isabel. Vi a Abrahán, que había recibido de Dios aquella bendición, y un rayo que partiendo de él llegaba a la Santísima Virgen. Vi a los otros patriarcas que habían llevado y poseído aquella cosa santa y siempre aquel rayo yendo de cada uno de ellos hasta María. Vi después la trasmisión de aquella bendición hasta Joaquín, el cual, gratificado con la más alta bendición venida del Santo de los Santos del Templo, pudo convertirse por ello en el padre de la Santísima Virgen concebida sin pecado. Y por último es en ella donde, por la intervención del Espíritu Santo, el Verbo se hizo carne. En ella, como en el Arca de la Alianza del Nuevo Testamento, el Verbo habitó nueve meses entre nosotros, oculto

a todas las miradas, hasta que habiendo nacido de María en la plenitud de los tiempos, pudimos ver su gloria, como gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Julio 7. — Esta noche vi a la Santísima Virgen dormir en su pequeña habitación, teniendo su cuerpo de costado, la cabeza reclinada sobre el brazo. Se hallaba envuelta en un trozo de tela blanca, de la cabeza a los pies. Bajo su corazón vi brillar una gloria luminosa en forma de pera rodeada de una pequeña llama de fulgor indescriptible. En Isabel brillaba también una gloria, menos brillante, aunque más grande, de forma circular; la luz que despedía era menos viva.

Julio 8. — Ayer, Viernes, por la noche, empezando ya el nuevo día, pude ver en una habitación de la casa de Zacarías, que aun no conocía, una lámpara encendida para festejar el Sábado. Zacarías, José y otros seis hombres, probablemente vecinos de la localidad, oraban de pie bajo la lámpara, en torno de un cofre sobre el cual se hallaban rollos escritos. Llevaban paños sobre la cabeza; pero al orar no hacían las contorsiones que hacen los judíos actuales. A menudo bajaban la cabeza y alzaban los brazos al aire. María, Isabel y otras dos mujeres se hallaban apartadas, detrás de un tabique de rejas, en un sitio desde donde podían ver el oratorio: llevaban mantos de oración y estaban veladas desde la cabeza a los pies. Luego de la cena del Sábado vi a la Virgen Santísima en su pequeña habitación recitando con Isabel el *Magníficat.* Estaban de pie contra el muro, una frente a la otra, con las manos juntas sobre el pecho y los velos negros sobre el rostro, orando, una después de la otra, como las religiosas en el coro. Yo recité el *Magníficat* con ellas, y durante la segunda parte del cántico pude ver, unos lejos y otros cerca, a algunos de los antepasados de María, de los cuales partían como líneas luminosas que se dirigían hacia ella. Vi aquellos rayos de luz saliendo de la boca de sus antepasados masculinos y del corazón del otro sexo, para concluir en la gloria que estaba en María. Creo que Abrahán, al recibir la bendición que preparaba el advenimiento de la Virgen, habitaba cerca del lugar donde María recitó el *Magníficat,* pues el rayo que partía de él llegaba hasta María desde un punto muy cercano, mientras que los que partían de personajes mucho más cercanos en el tiempo, parecían venir de muy lejos, de puntos más distantes. Cuando terminaron el *Magníficat,* que recitaban todos los días por la mañana y por la noche, desde la

Visitación, se retiró Isabel, y vi a la Virgen entregarse al reposo. Habiendo terminado la fiesta del Sábado los vi comer de nuevo el Domingo por la noche. Tomaron su alimento todos juntos en el jardín cercano a la casa. Comieron hojas verdes que remojaban en salsa. Sobre la mesa había fuentes con frutas pequeñas y otros recipientes que contenían, creo, miel, que tomaban con unas espátulas de asta.

XXXIII

Regreso de José a Nazaret

Más tarde, con claro de luna, estando la noche estrellada y limpia, se puso en viaje José acompañado de Zacarías. Llevaba un pequeño paquete con panes, un cántaro y un bastón de empuñadura curva. Los dos tenían abrigos de viaje con capuz. Las mujeres los acompañaron corto trecho, volviendo solas en medio de una noche hermosísima. Ambas entraron directamente en la habitación de María, donde había una lámpara encendida, como era habitual cuando ella oraba y se preparaba para el descanso. Las dos se quedaron de pie, una en frente a la otra, y recitaron el *Magníficat.*

Julio 11. — Esta noche he visto a María e Isabel. Lo único que recuerdo es que pasaron toda la noche en oración, aunque no sé la causa de ello. Durante el día he visto a María ocupada en diversos trabajos, como ser trenzado de colchas. Vi a Zacarías y a José, que se hallaban aún en camino: pasaron la noche en un cobertizo. Habían dado grandes rodeos y visitado, me parece, a diversas familias. Creo que les faltaban tres días para el término del viaje. No recuerdo otros detalles.

Julio 13. — Ayer vi a José en su casa de Nazaret. Creo que ha ido a ella directamente, sin detenerse en Jerusalén. La criada de Ana se encarga del cuidado doméstico, yendo de una casa a otra. Fuera de ella no hay nadie más en la casa de José, que está completamente solo. También vi a Zacarías de vuelta en su casa. Vi a María e Isabel recitando el *Magníficat* y ocupándose de diversos trabajos. Al caer la tarde pasearon por el huerto, donde había una fuente, cosa no común en el país. Por la noche, pasadas las horas de calor, iban a pasear por los alrededores, pues la casa de Zacarías se halla aislada y rodeada de campiñas. Habitualmente se acostaban más o menos a las nueve, levantándose siempre antes de la salida del sol.

Fiesta de la Visitación. — He visto un cuadro indescriptible de la Iglesia. Se me apareció la Iglesia en forma de una fruta octogonal muy delicada que nacía de un tallo cuyas raíces tocaban en una fuente ondulante de la tierra. El tallo no era más alto de lo necesario como para poder ver entre la iglesia y la tierra. Delante de la iglesia había una puerta, sobre la fuente misma, la cual ondeaba arrojando de sí algo blanco como arena hacia ambos lados, y en derredor todo reverdecía y fructificaba. En la parte delantera de la Iglesia no se veía raíz alguna de las que iban a la tierra. Dentro de la iglesia y en medio de ella había, a semejanza de la cápsula de la semilla de la manzana, un recipiente formado de filamentos blancos, muy tiernos, en cuyos intersticios veíanse como las semillas de una manzana. En el piso interno de la iglesia había una abertura por la cual se podía mirar la fuente ondeante de abajo. Mientras miraba esto vi que caían algunos granos resecos y marchitos en la fuente. Esa especie de flor se iba transformando cada vez más en una iglesia y la cápsula del medio se iba convirtiendo en un artístico armazón parecido a un hermoso ramo. Dentro de este artificio he visto a la Santísima Virgen y a Santa Isabel, que parecían a su vez como dos santuarios o *Sancta Sanctorum*. Vi que ambas se saludaban volviéndose una hacia la otra. En ese momento aparecían dos rostros de ellas: Jesús y Juan. A Juan lo he visto encorvado dentro del seno materno. A Jesús lo vi como lo suelo ver en el Santísimo Sacramento: a semejanza de un pequeño Niño luminoso que iba hacia donde estaba Juan. Estaba de pie, como flotando, y llegándose a Juan le quitaba como una neblina. El pequeño Juan estaba ahora con el rostro echado sobre el suelo. La neblina caía al pozo por la mencionada abertura y era absorbida y desaparecía en la fuente que estaba debajo. Luego Jesús levantó al pequeño Juan en el aire, y lo abrazó. Después de esto he visto volver a ambos al seno materno, mientras María e Isabel cantaban el *Magníficat*. Bajo este cántico he visto a ambos lados de la Iglesia a José y a Zacarías adelantarse, y detrás de ellos otros muchos hasta llenarse la iglesia, que concluyó en una gran festividad realizada adentro. En derredor de la iglesia crecía una viña con tanta pujanza que fué necesario podarla por varias partes.

La iglesia asentóse, por fin, en el suelo; apareció un altar en ella y en la abertura que daba al pozo se formó un bautisterio. Muchísima gente entraba por la puerta a la iglesia. Todas

estas transformaciones se produjeron lentamente, como brotando y creciendo. Me es difícil explicar todo esto tal como lo he visto.

Más tarde, en la fiesta de San Juan, tuve otra visión. La iglesia octogonal era ahora transparente como cristal o, mejor dicho, como si fueran rayos de agua cristalina. En medio de ella había una fuente de agua, bajo una torrecita, donde vi a Juan bautizando. De pronto se cambió el cuadro y de la fuente del medio brotó un tallo como una flor. En derredor había ocho columnas con una corona piramidal sobre la cual estaban los antepasados de Ana, de Isabel y de Joaquín, con María y José y los antepasados de Zacarías y de José algo apartados de la rama principal. Juan estaba arriba en una rama del medio. Pareció que salía una voz de él, y he visto entonces a muchos pueblos, a reyes y príncipes entrar en la iglesia y a un obispo que distribuía el Santísimo Sacramento. Oí a Juan que hablaba de la gran dicha de la gente que había entrado en la iglesia.

XXXIV

Nacimiento de Juan. María regresa a Nazaret

Vi a la Virgen Santísima después de su vuelta de Juta a Nazaret, pasando algunos días en casa de los padres del discípulo Parmenas, el cual en aquella época no había nacido aún. Creo haber visto esto en el mismo momento del año en que sucedió. Tengo la sensación de que fué así. Según esto, el nacimiento de Juan habría tenido lugar a fines de Mayo o principios de Junio. María se quedó tres meses en casa de Santa Isabel, hasta el nacimiento de Juan. En el tiempo de la circuncisión del niño ya no se hallaba allí.

Cuando María partió para Nazaret, José acudió a su encuentro a la mitad del camino. Cuando José volvió a Nazaret con la Santísima Virgen, notó que se hallaba encinta, y le asaltaron toda clase de dudas y de inquietudes, pues ignoraba la aparición del ángel y su revelación a María. Después de su desposorio, José había ido a Belén por asuntos de familia, y María, entre tanto, a Nazaret, con sus padres o algunas compañeras. La salutación angélica había tenido lugar antes del retorno de José, y María, en su tímida humildad, había guardado silencio sobre el secreto de Dios. José, turbado e inquieto, no demostraba nada exteriormente; pero luchaba en silencio contra sus dudas. La Virgen, que había previsto esto, perma-

necía grave y pensativa, lo cual aumentaba las angustias de José. Cuando llegaron a Nazaret la Virgen no se dirigió en seguida a su casa con San José, sino que se quedó dos días en casa de una familia emparentada con la suya, donde habitaban los padres del discípulo Parmenas, no nacido aún, que fué más tarde uno de los siete diáconos en la primera comunidad de los cristianos de Jerusalén. Aquellas gentes se hallaban vinculadas a la Sagrada Familia, siendo la madre, hermana del tercer esposo de María de Cleofás, el cual fué padre de Simeón, obispo de Jerusalén. Tenían una casa y jardín en Nazaret. También tenían parentesco con María Santísima por Isabel. Vi a la Virgen permanecer algún tiempo en esa casa, antes de volver a la de José. Entre tanto la inquietud de José aumentó de tal manera, que cuando María volvió a su lado, José se había formado el propósito de dejarla, huyendo secretamente de la casa y de su lado.

Mientras iba pensando estas cosas se le apareció un ángel, que le dijo palabras que tranquilizaron su ánimo.

XXXV

Preparativos para el nacimiento de Jesús

Noviembre 11 de 1821. — Desde hace varios días veo a María en casa de Ana, su madre, cuya casa se halla más o menos a una legua de Nazaret, en el valle de Zabulón. La criada de Ana permanece en Nazaret cuando María está ausente y sirve a José. Veo que mientras vivió Ana casi no tenían hogar independiente del todo, pues recibían siempre de ella todo lo que necesitaban para su manutención. Veo desde hace quince días a María ocupada en preparativos para el nacimiento de Jesús: cose colchas, tiras y pañales. Su padre Joaquín ya no vive. En la casa hay una niña de unos siete años de edad que está a menudo junto a la Virgen y recibe lecciones de María. Creo que es la hija de María de Cleofás y que también se llama María. José no está en Nazaret, pero debe llegar muy pronto. Vuelve de Jerusalén donde ha llevado los animales para el sacrificio. Vi a la Virgen Santísima en la casa, trabajando, sentada en una habitación con otras mujeres. Preparaban prendas y colchas para el nacimiento del Niño.

Ana poseía considerables bienes en rebaños y campos y proporcionaba con abundancia todo lo que necesitaba María, en

avanzado estado de embarazo. Como creía que María daría a luz en su casa y que todos sus parientes vendrían a verla, hacía allí toda clase de preparativos para el nacimiento del Niño de la Promesa, disponiendo, entre otras cosas, hermosas colchas y preciosas alfombras. Cuando nació Juan pude ver una de estas colchas en casa de Isabel. Tenía figuras simbólicas y sentencias hechas con trabajos de aguja. Hasta he visto algunos hilos de oro y plata entremezclados en el trabajo de aguja. Todas estas prendas no eran únicamente para uso de la futura madre: había muchas destinadas a los pobres, en los que siempre se pensaba en tales ocasiones solemnes. Vi a la Virgen y a otras mujeres sentadas en el suelo alrededor de un cofre, trabajando en una colcha de gran tamaño colocada sobre el cofre. Se servían de unos palillos con hilos arrollados de diversos colores. Ana estaba muy ocupada, e iba de un lado a otro tomando lana, repartiéndola y dando trabajo a cada una de ellas.

Noviembre 12 de 1821. — José debe volver hoy a Nazaret. Se hallaba en Jerusalén donde había ido a llevar animales para el sacrificio, dejándolos en una pequeña posada dirigida por una pareja sin hijos situada a un cuarto de legua de la ciudad, del lado de Belén. Eran personas piadosas, en cuya casa se podía habitar confiadamente. Desde allí se fué José a Belén; pero no visitó a sus parientes, queriendo tan solo tomar informes relativos a un empadronamiento o una percepción de impuestos que exigía la presencia de cada ciudadano en su pueblo natal. Con todo, no se hizo inscribir aún, pues tenía la intención, una vez realizada la purificación de María, de ir con ella de Nazaret al Templo de Jerusalén, y desde allí a Belén, donde pensaba establecerse. No sé bien qué ventajas encontraba en esto, pero no gustándole la estadía en Nazaret, aprovechó esta oportunidad para ir a Belén. Tomó informes sobre piedras y maderas de construcción, pues tenía la idea de edificar una casa. Volvió luego a la posada vecina a Jerusalén, condujo las víctimas al Templo y retornó a su hogar. Atravesando hoy la llanura de Kimki, a seis leguas de Nazaret, se le apareció un ángel, indicándole que partiera con María para Belén, pues era allí donde debía nacer el Niño. Le dijo que debía llevar pocas cosas y ninguna colcha bordada. Además del asno sobre el cual debía ir María montada, era necesario que llevase consigo una pollina de un año, que aún no hubiese tenido cría. Debía dejarla correr en libertad, siguiendo siempre el camino que el animal tomara.

Martes, Noviembre 13. — Esta noche Ana se fué a Nazaret con la Virgen María, pues sabían que José debía llegar. No parecía, sin embargo, que tuvieran conocimento del viaje que debía hacer María con José a Belén. Creían que María daría a luz en su casa de Nazaret, pues vi que fueron llevados allí muchos objetos preparados, envueltos en grandes esteras. Por la noche llegó José a Nazaret. Hoy he visto a la Virgen con su madre Ana en la casa de Nazaret, donde José les hizo conocer lo que el ángel le había ordenado la noche anterior. Ellas volvieron a la casa de Ana, donde las vi hacer preparativos para un viaje próximo. Ana estaba muy triste. La Virgen sabía de antemano que el Niño debía nacer en Belén; pero por humildad no había hablado. Estaba enterada de todo por las profecías sobre el nacimiento del Mesías que ella conservaba consigo en Nazaret. Estos escritos le habían sido entregados y explicados por sus maestras en el Templo. Leía a menudo estas profecías y rogaba por su realización, invocando siempre, con ardiente deseo, la venida de ese Mesías. Llamaba bienaventurada a aquélla que debía dar a luz y deseaba ser tan sólo la última de sus servidoras. En su humildad no pensaba que ese honor debía tocarle a ella. Sabiendo por los textos que el Mesías debía nacer en Belén, aceptó con júbilo la voluntad de Dios, preparándose para un viaje que habría de ser muy penoso para ella, en su actual estado y en aquella estación, pues el frío suele ser muy intenso en los valles entre cadenas montañosas.

XXXVI

Partida de María y de José hacia Belén

Esta noche vi a José y a María, acompañados de Ana, María de Cleofás y algunos servidores, salir de la casa de Ana para su viaje. María iba sentada sobre la albarda del asno, cargado además con el equipaje. José lo conducía. Había otro asno sobre el cual debía regresar Ana.

Esta mañana he visto a los santos viajeros a unas seis leguas de Nazaret, llegando a la llanura de Kimki, que era el lugar donde el ángel se le había aparecido a José dos días antes. Ana poseía un campo en aquel lugar y los servidores debían tomar allí la burra de un año que José quería llevar, la cual corría y saltaba delante o al lado de los viajeros. Ana y María de Cleofás se despidieron y regresaron con sus servidores. Vi a

la Sagrada Familia caminando por un sendero que subía a la cima de Gelboé. No pasaban por los poblados, y seguían a la pollina, que tomaba caminos de atajo. Pude verlos en una propiedad de Lázaro, a poca distancia de la ciudad de Ginim(*), por el lado de Samaría. El cuidador los recibió amistosamente, pues los había conocido en un viaje anterior. Su familia estaba relacionada con la de Lázaro. Veo allí muchos hermosos jardines y avenidas. La casa está sobre una altura; desde la terraza se alcanza a contemplar una gran extensión de la comarca. Lázaro heredó de su padre esta propiedad. He visto que Nuestro Señor se detuvo con frecuencia durante su vida pública en este lugar y enseñó en los alrededores. El cuidador y su mujer trataron muy amistosamente a María. Se admiraron que hubiese emprendido semejante viaje en el estado en que se encontraba, dado que hubiera podido quedarse tranquilamente en casa de Ana.

Noche del Jueves 15 al Viernes 16 de Noviembre. — He visto a la Sagrada Familia a varias leguas del sitio anterior, caminando en medio de la noche hacia una montaña a lo largo de un valle muy frío, donde había caído escarcha. La Virgen María, que sufría mucho el frío, dijo a José: "Es necesario detenernos aquí, pues no puedo seguir". No bien dijo estas palabras se detuvo la borriquilla debajo de un gran árbol de terebinto, junto al cual había una fuente. Se detuvieron y José preparó con las colchas un asiento para la Virgen, a la cual ayudó a desmontar del asno. María sentóse debajo del árbol y José colgó del árbol su linterna. A menudo he visto hacer lo mismo a las personas que viajan por estos lugares. La Virgen pidió a Dios ayuda contra el frío. Sintió entonces un alivio tan grande y una corriente de calor tal que tendió sus manos a José para que él pudiera calentar un tanto sus manos ateridas. Comieron algunos panecillos y frutas, y bebieron agua de la fuente vecina, mezclándola con gotas del bálsamo que José llevaba en su cántaro. José consoló y alegró a María. Era muy bueno y sufría mucho en ese viaje tan penoso para ella. Habló del buen alojamiento que pensaba conseguir en Belén. Conocía una casa cuyos dueños eran gente buena y pensaba hospedarse allí con ciertas comodidades. Mientras iban de camino hacía el elogio de Belén, recordando a María todas las cosas que podían

(*) En este sitio se halla Ghimea, al pie del monte Gelboé. Los viajeros la llaman Ghinin o Djenim.

consolarla y alegrarla. Esto me causaba lástima, pues yo sabía todo lo que sufriría: todo iba a acontecer de diferente manera.

A esta altura habían pasado ya dos pequeños arroyos, uno a través de un alto puente, mientras los dos asnos lo cruzaban a nado. La borriquilla que iba en libertad, tenía curiosas actitudes. Cuando el camino era recto y bien trazado, sin peligros para perderse, como entre dos montañas, corría delante o detrás de los viajeros. Cuando el camino se dividía, aguardaba y tomaba el sendero recto. Cuando debían detenerse, se paraba como lo hizo bajo el terebinto. No sé si pasaron la noche bajo este árbol o buscaron otro hospedaje. Este viejo terebinto era un árbol sagrado, que había formado parte del bosque de Moré, cerca de Siquem. Abrahán, viniendo de Canaán, había visto aparecer allí al Señor, el cual le había prometido aquella tierra para su posteridad, y el Patriarca alzó un altar debajo del terebinto. Jacob, antes de ir a Betel para ofrecer sacrificio al Señor, había enterrado bajo el árbol los ídolos de Labán y las joyas de su familia. Josué había levantado allí el tabernáculo donde se hallaba el Arca de la Alianza, y, reunida la población, le había exigido renunciar a los ídolos. En este mismo sitio Abimelec, hijo de Gedeón, fué proclamado rey por los siquemitas.

Sábado, Noviembre 17. — Hoy vi a la Sagrada Familia llegar a una granja, a dos leguas al Sur del terebinto. La dueña de la finca estaba ausente y el hombre no quiso recibir a José, diciéndole que bien podía ir más lejos. Un poco más adelante vieron que la borriquilla entraba en una cabaña de pastores, y entraron ellos también. Los pastores que se hallaban allí, vaciando la cabaña, los recibieron con benevolencia: les dieron paja y haces de junco y ramas para que encendieran fuego. Fueron después a la finca donde había sido rechazada la Sagrada Familia, e hicieron el elogio de José y de la belleza y santidad de María, ante la señora de la casa, la cual reprochó a su marido por haber rechazado a personas tan buenas. Luego vi a esta mujer ir adonde estaba María; pero no se atrevió a entrar por timidez y volvió a su casa a buscar alimentos. La cabaña estaba en el flanco Oeste de una montaña, más o menos entre Samaría y Tebez. Al Este, más allá del Jordán, está Sucot. Ainón se encuentra un poco más al Mediodía, al otro lado del río. Salim está más cerca. Desde allí habría unas doce leguas hasta Nazaret. La mujer volvió en compañía de dos niños a visitar a la Sagrada Familia, trayendo provisiones. Disculpóse afablemente y se mostró muy conmovida por la difícil situación

de los caminantes. Después que éstos hubieron comido y descansado, presentóse el marido de aquella mujer y pidió perdón a San José por haberlo rechazado. Le aconsejó que subiera una legua más por la cima de la montaña, que allí encontraría un buen refugio antes de comenzar las fiestas del Sábado, donde podría pasar el día del reposo festivo.

Se pusieron en camino y después de haber andado una legua llegaron a una posada de varios edificios, rodeados de árboles y jardines. Vi algunos arbustos que dan el bálsamo, plantados a espaldera. La posada estaba en la parte Norte de la montaña. La Virgen Santísima había desmontado y José llevaba el asno. Se acercaron a la casa y José pidió alojamiento; pero el dueño se disculpó, diciendo que estaba lleno de viajeros. Llegó en esto la mujer, y al pedirle la Virgen alojamiento con la más conmovedora humildad, aquélla sintió una profunda emoción. El dueño no pudo resistir y les arregló un refugio cómodo en el granero cercano y llevó el asno a la cuadra. La borriquilla corría libre por los alrededores. Siempre estaba lejos de ellos cuando no tenía que señalar camino.

XXXVII

La festividad del Sábado

José preparó su lámpara y se puso a orar en compañía de la Virgen Santísima, guardando la observancia del Sábado con piedad conmovedora. Comieron alguna cosa y descansaron sobre esteras extendidas en el suelo. Vi a la Sagrada Familia permanecer allí todo el día. María y José oraban juntos. He visto a la mujer del dueño de la posada pasar el día al lado de María con sus tres hijos. Allegóse también aquella mujer que los había hospedado la víspera, con dos de sus hijos. Se sentaron al lado de María amigablemente, quedando muy impresionados por la modestia y la sabiduría de la Virgen, que conversó también con los niños, dándoles algunas útiles instrucciones. Los niños tenían pequeños rollos de pergamino. María les hizo leer y les habló de modo tan amable que las criaturas no apartaban la vista ni un instante de ella. Era algo muy conmovedor ver esta atención de los niños y escuchar las enseñanzas de María. Al caer la tarde vi a José paseando con el dueño de la posada por los alrededores, mirando los campos y los jardines y tratándose familiarmente. Así veo a las personas piadosas del país en el día festivo del

Sábado. Los santos viajeros quedaron en ese lugar la noche siguiente. Los buenos esposos de la posada se encariñaron sumamente con María y le pidieron que se quedara con ellos hasta el nacimiento del Niño. Le mostraron una habitación muy cómoda, y la mujer se ofreció a servirles de todo corazón y con amable insistencia; pero los viajeros reanudaron su viaje por la mañana muy temprano y descendieron por el Suroeste de la montaña, hacia un hermoso valle. Se alejaron aún más de Samaría. Mientras iban descendiendo se podía ver el templo del monte Garizim, pues se lo ve desde muy lejos. Sobre el techo hay figuras de leones o de otros animales semejantes, que brillan a los rayos del sol.

Hoy los he visto hacer unas seis leguas de camino. Al atardecer se encontraban en una llanura a una legua al Sureste de Siquem. Entraron en una casa de pastores bastante grande donde fueron recibidos bien. El dueño de casa estaba encargado de cuidar los campos y jardines, propiedad de una vecina ciudad. La casa no estaba en la llanura sino sobre una pendiente. Todo era fértil en esta comarca y en mejores condiciones que el país recorrido anteriormente; pues aquí se estaba de cara al sol, lo que en la Tierra Prometida es causa de una diferencia notable en esta época del año. Desde este lugar hasta Belén se encuentran muchas de estas viviendas pastoriles diseminadas en los valles. Algunas hijas de pastores, que vivían en estos lugares, se casaron más tarde con servidores que habían venido con los Reyes Magos, y se quedaron en la comarca. De uno de estos matrimonios era un niño curado por Nuestro Señor, en esta misma casa, a instancias de María, el 31 de Julio de su segundo año de predicación, después de su diálogo con la Samaritana. Jesús eligió luego a este joven y a otros dos para acompañarlo durante el viaje que hizo por Arabia después de la muerte de Lázaro. Este joven fué más tarde discípulo del Señor. He visto que Jesús se detuvo aquí con frecuencia para predicar y enseñar. Ahora José bendice a algunos niños que encontró en la casa.

XXXVIII

Los viajeros son rechazados en varias casas

Lunes, Noviembre 19. — Hoy los he visto seguir un sendero más uniforme. La Virgen desmontaba a ratos, siguiendo a pie algunos trechos. A menudo se detenían en lugares apropiados

para tomar alimento. Llevaban panecillos y una bebida que refresca y fortalece, en recipientes muy elegantes, con dos asas que parecían de bronce por el brillo. Esta bebida era el bálsamo que tomaban mezclado con agua. Recogían bayas y frutas de los árboles y arbustos en los lugares más expuestos al sol. La montura de María tenía a derecha e izquierda unos rebordes sobre los cuales apoyaba los pies: de esa manera no quedaban en el aire, como veo a la gente de nuestro país. Los movimientos de María eran siempre sosegados, singularmente modestos. Se sentaba alternativamente a derecha e izquierda. La primera diligencia de José, cuando llegaban a un lugar, era buscar un sitio donde María pudiese sentarse y descansar cómodamente. Ambos se lavaban con frecuencia los pies.

Era de noche cuando llegaron a una casa aislada. José llamó y pidió hospitalidad; pero el dueño de casa no quiso abrir. José le explicó la situación de María, diciendo que no estaba en condición de seguir su camino y agregando que no pedía hospedaje gratis. Todo fué inútil: aquel hombre duro y grosero respondió que su casa no era una posada, que lo dejaran tranquilo, que no golpeasen a la puerta. Ni siquiera abrió la puerta para hablar, sino que dió su respuesta desde el interior. Los viajeros continuaron su camino, y al poco tiempo entraron en un cobertizo cerca del cual habían visto detenerse a la borriquilla. José encendió luz y preparó un lecho para María, que lo ayudaba en todo esto. Metió al asno y le dió forraje. Rezaron, comieron y durmieron algunas horas. Desde la última posada hasta aquí habría unas seis leguas. Se hallaban ahora a unas veintiséis de Nazaret y a unas diez de Jerusalén. Hasta aquel camino no habían seguido el sendero principal, sino atravesando otros de comunicación que iban del Jordán a Samaría, tocando las grandes rutas que llevan de Siria a Egipto. Los atajos eran muy angostos y en las montañas se hallaban a menudo tan apretados que les era necesario tomar muchas precauciones para poder andar sin tropezar ni dar caídas. Los asnos avanzaban con paso muy seguro. El refugio estaba sobre un terreno llano.

Martes, Noviembre 20. — Antes de aclarar el día partieron y tomaron un camino que volvía a subir. Me parece que llegaron a la ruta que lleva de Gábara hasta Jerusalén, que en este lugar era el límite entre Samaría y Judea. En otra casa donde pidieron hospitalidad fueron igualmente rechazados groseramente. A varias leguas al Noreste de Betania, María se sintió muy

fatigada, y deseó descansar y tomar alimento. José se desvió una legua de camino en busca de una higuera grande que solía estar cargada de higos, en torno de la cual había asientos para descansar a su sombra. José conoció el lugar en uno de sus anteriores viajes. Al llegar a la higuera no encontró en ella ni una fruta, lo cual lo entristeció mucho. Recuerdo vagamente que Jesús halló más tarde esta higuera cubierta de hojas verdes, pero sin frutos. Creo que el Señor la maldijo en ocasión que había salido de Jerusalén, y el árbol se secó por completo. Más tarde se acercaron a una casa cuyo dueño trató ásperamente a José, que le había pedido humildemente hospitalidad. Miró luego a la Santísima Virgen, a la luz de una linterna, y se burló de José porque llevaba una mujer tan joven. En cambio la dueña de casa se acercó y se compadeció de María: le ofreció una habitación en un edificio vecino y les llevó panecillos para su alimento. El marido se arrepintió de haber sido descomedido y se mostró luego más servicial con los santos viajeros. Más tarde llegaron a otra casa habitada por una pareja joven. Aunque fueron recibidos, no lo hicieron con cortesía y casi ni se ocuparon de ellos. Estas personas no eran pastores sencillos, sino como campesinos ricos, gente ocupada en negocios. Más tarde Jesús visitó una de estas casas, después de su bautismo. La habitación donde la Sagrada Familia había pasado la noche, la habían convertido en oratorio. No recuerdo si era propiamente la casa aquélla cuyo dueño se burló de José. Recuerdo vagamente que el arreglo lo hicieron después de los milagros que sucedieron al nacimiento de Jesús.

XXXIX

Ultimas etapas del camino

Noviembre 20; 1 del mes de Tisri. — En las últimas etapas José se detuvo varias veces, pues María estaba cada vez más fatigada. Siguiendo el camino indicado por la borriquilla, hicieron un rodeo de un día y medio al Este de Jerusalén. El padre de José había poseído algunos pastizales en aquella comarca, y él conocía bien la región. Si hubieran seguido atravesando directamente el desierto que se halla al Mediodía, detrás de Betania, hubieran podido llegar a Belén en seis horas; pero el camino era montañoso y muy incómodo en esta estación.

Siguieron a la borriquilla a lo largo de los valles y se acercaron algo al Jordán.

Miércoles, Noviembre 21. — Hoy vi a los santos caminantes que entraban en pleno día en una casa grande de pastores. Está a tres leguas de un lugar donde Juan bautizaba más tarde en el Jordán y a siete de Belén. Es la misma casa donde Jesús, treinta años más tarde, estuvo la noche del 11 de Octubre, víspera del día en que por primera vez, después de su bautismo, pasó delante de Juan Bautista. Junto a la casa, y un tanto apartada de ella, había una granja donde guardaban los instrumentos de labranza y los que usaban los pastores. El patio tenía una fuente rodeada de baños que recibían las aguas de aquélla mediante conductos especiales. El dueño parecía tener extensas propiedades y allí mismo tenía un tráfico considerable. He visto que iban y venían varios servidores que comían en aquella finca. El dueño recibió a los viajeros muy amigablemente, se mostró muy servicial y los condujo a una cómoda habitación, mientras algunos servidores se ocuparon del asno. Un criado lavó en una fuente los pies de José y le dió otras ropas mientras limpiaba las suyas cubiertas de polvo. Una mujer rindió los mismos servicios a María. En esta casa tomaron alimento y durmieron. La dueña de casa tenía un carácter bastante raro: se había encerrado en su casa y a hurtadillas observaba a María, y como era joven y vanidosa, la belleza admirable de la Virgen la había llenado de disgusto. Temía también que María se dirigiera a ella para pedirle que le permitiese quedarse hasta dar a luz a su Niño. Tuvo la descortesía de no presentarse siquiera y buscó medios para que los viajeros partieran al día siguiente. Esta es la mujer que encontró Jesús allí, treinta años más tarde, ciega y encorvada, y que sanó y curó después de hacerle advertencias sobre su poca caridad y su vanidad de un tiempo. He visto algunos niños. La santa Familia pasó la noche en este lugar.

Jueves, Noviembre 22. — Hoy al medio día vi a la Sagrada Familia abandonar la finca donde se habían alojado. Algunos de la casa los acompañaron cierta distancia. Después de unas dos leguas de camino, llegaron al anochecer a un lugar atravesado por un gran sendero, a cuyos lados se levantaba una fila de casas con patios y jardines. José tenía allí parientes. Me parece que eran los hijos del segundo matrimonio de su padrastro o madrastra. La casa era de muy buena apariencia; sin

embargo, atravesaron este lugar sin detenerse. A media legua dieron vuelta a la derecha, en dirección de Jerusalén, y arribaron a una posada grande en cuyo patio había una fuente con cañerías de agua. Encontraron reunidas a muchas gentes que celebraban un funeral. El interior de la casa, en cuyo centro estaba el hogar con una abertura para el humo, había sido transformado en una amplia habitación, suprimiendo los tabiques movibles que separaban ordinariamente las diversas piezas. Detrás del hogar había colgaduras negras y frente a él algo así como un ataúd cubierto de paño negro. Varios hombres rezaban. Tenían largas vestimentas de color negro y encima otros vestidos blancos más cortos. Algunos llevaban una especie de manípulo negro, con flecos, colgado del brazo. En otra habitación estaban las mujeres completamente envueltas en sus vestiduras, llorando, sentadas sobre cofres muy bajos. Los dueños de casa, ocupados en la ceremonia fúnebre, se contentaron con hacerles señas de que entrasen; pero los servidores los recibieron muy cortésmente y se ocuparon de ellos. Les prepararon un alojamiento aparte con esteras suspendidas, que le daba aspecto de carpa. Más tarde he visto a los dueños de casa visitando a la Sagrada Familia, en amigable conversación con ellos. Ya no llevaban las vestiduras blancas. José y María tomaron alimento, rezaron juntos y se entregaron al descanso.

Viernes, Noviembre 23. — Hoy a mediodía María y José se pusieron en camino hacia Belén de donde se hallaban sólo a unas tres leguas. La dueña de casa insistía en que se quedaran, pareciéndole que María daría a luz de un momento a otro. María, bajándose el velo, respondió que debía esperar treinta y seis horas aún. Hasta me parece que haya dicho treinta y ocho. Aquella mujer los hubiera hospedado con gusto, no en su casa, sino en otro edificio cercano. En el momento de la partida vi que José, hablando de sus asnos con el dueño de la casa, elogiaba los animales de éste, y dijo que llevaba la borriquilla para empeñarla en caso de necesidad. Los huéspedes hablaron de lo difícil que sería para ellos encontrar alojamiento en Belén, y José dijo que tenía varios amigos allá y que estaba seguro de ser bien recibido. A mí me apenaba oírle hablar con tanta convicción de la buena acogida que le harían. Aún habló de esto mismo con María en el camino. Vemos, pues, que hasta los santos pueden estar en error.

XL

Llegada a Belén

Desde el último alojamiento, Belén distaba unas tres leguas. Dieron un rodeo hacia el Norte de la ciudad acercándose por el Occidente. Se detuvieron debajo de un árbol, fuera del camino, y María bajó del asno, ordenándose los vestidos. José se dirigió con María hacia un gran edificio rodeado de construcciones pequeñas y de patios a pocos minutos de Belén. Había allí muchos árboles. Numerosas personas habían levantado sus carpas en ese lugar. Ésta era la antigua casa paterna de la familia de David, que fué propiedad del padre de San José. Habitaban en ella parientes o gente relacionada con José; pero éstos no lo quisieron reconocer y lo trataron como a extraño. En esta casa se cobraban entonces los impuestos para el gobierno romano. José entró acompañado de María, llevando el asno del cabestro, pues todos debían darse a conocer cuando llegaban, y allí recibían el permiso para entrar en Belén.

La borriquilla no está junto a ellos: va corriendo alrededor de la ciudad, hacia el Mediodía, donde hay un vallecito. José ha entrado en el gran edificio. María se encuentra en compañía de varias mujeres en una casa pequeña que da al patio. Estas mujeres son bastante benévolas y le dan de comer, pues cocinan para los soldados de la guarnición. Son soldados romanos; tienen correas que cuelgan de la cintura. La temperatura no es fría: es agradable; el sol se muestra por encima de la montaña, entre Jerusalén y Betania. Desde este lugar se contempla un paisaje muy hermoso. José se halla en una habitación espaciosa, que no está en el piso bajo. Le preguntan quién es y consultan grandes rollos escritos, algunos suspendidos de los muros; los despliegan y leen su genealogía, como también la de María. José parecía no saber que también María, por Joaquín, descendía en línea directa de David. El hombre pregunta dónde se halla su mujer. Hacía unos siete años que no habían regularizado el impuesto para la gente del país, a causa de cierta confusión y desorden. Este impuesto se halla en vigor desde hace dos meses: se pagaba en los siete años precedentes, pero sin regularidad. Ahora es necesario pagarlo dos veces. José ha llegado un poco retrasado para pagarlo, pero a pesar de ello lo tratan con cortesía. Aún no ha pagado. Le preguntan cuáles son sus medios de vida; él responde que no posee bienes raíces, que vivía de su oficio y que además recibía ayuda de su suegra.

Hay en la casa gran cantidad de escribientes y empleados. Arriba están los romanos y los soldados. Veo fariseos, saduceos, sacerdotes, ancianos, cierto número de escribas y otros funcionarios romanos y judíos. No hay ningún otro comité semejante en Jerusalén; pero los hay en otros lugares del país, como Mágdala, cerca del lago de Genesaret, adonde acuden a pagar las gentes de Galilea y de Sidón, según creo. Sólo aquéllos que no tienen bienes raíces, sobre los cuales recae el impuesto correspondiente, tienen que presentarse en el lugar de su nacimiento. Este impuesto será dividido dentro de tres meses en tres partes, cada uno con destino diferente. Una parte es para el emperador Augusto, para Herodes y para otro príncipe que habita cerca de Egipto. Habiendo participado en una guerra y teniendo derechos sobre una parte del país, es preciso darle algo. La segunda parte está destinada a la construcción del Templo: me parece que debe servir para abonar una deuda contraída. La tercera debiera ser para las viudas y los pobres, que desde tiempo no reciben nada; pero como casi siempre sucede, aún en nuestra época, este dinero no llega casi nunca adonde debe llegar. Se dan estos buenos motivos para exigir el impuesto, pero casi todo queda en manos de los poderosos.

Cuando estuvo arreglado lo de José, hicieron venir a María ante los escribas, pero no pidieron papeles. Dijeron a José que no era necesario haber traído a su mujer consigo. Añadieron algunas bromas a causa de la juventud de María, dejando al pobre José lleno de confusión.

XLI

La Sagrada Familia se refugia en la gruta

Entraron en Belén. Las casas aparecen muy separadas unas de otras. Entraron por entre escombros, como si hubiese sido una puerta derruída. María se quedó tranquila, junto al asno, al comienzo de una calle, mientras José buscaba inútilmente alojamiento entre las primeras casas. Había muchos extranjeros y se veían numerosas personas yendo de un lado a otro. José volvió junto a María, diciéndole que no era posible encontrar alojamiento; que debían penetrar más dentro de la ciudad. Caminaban llevando José al asno del cabestro y María iba a su lado. Cuando llegaron a la entrada de otro calle, María permaneció junto al asno, mientras José iba de casa en casa; pero no

encontró ninguna donde quisieran recibirlos. Volvió lleno de tristeza al lado de María. Esto se repitió varias veces, y así tuvo María que esperar largo rato. En todas partes decían que el sitio estaba ya tomado, y habiéndolo rechazado en todas partes, José dijo a María que era necesario ir a otro lado en donde, sin duda, encontrarían lugar. Retomaron la dirección contraria a la que habían tomado al entrar y se dirigieron hacia el Mediodía. Siguieron una calleja que más parecía un camino entre la campiña, pues las casas estaban aisladas, sobre pequeñas colinas. Las tentativas fueron también allí infructuosas.

Llegados al otro lado de Belén, donde las casas se hallaban aún más dispersas, encontraron un gran espacio vacío, como un campo desierto en el poblado. En él había una especie de cobertizo y a poca distancia un árbol grande, parecido al tilo, de tronco liso, con ramas extendidas, formando techumbre alrededor. José condujo a María bajo este árbol, y le arregló un asiento con los bultos al pie, para que pudiera descansar, mientras él volvía en busca de mejor asilo en las casas vecinas. El asno quedó allí con la cabeza pegada al árbol. María, al principio, permanecía de pie, apoyada al tronco del árbol. Su vestido de lana blanca, sin cinturón, caíale en pliegues alrededor. Tenía la cabeza cubierta por un velo blanco. Las personas que pasaban por allí la miraban, sin saber que su Salvador, su Mesías, estaba tan cerca de ellos. ¡Qué paciente, qué humilde y qué resignada estaba María! Tuvo que esperar mucho tiempo. Por fin sentóse sobre las colchas, poniéndose las manos juntas en el pecho, con la cabeza baja. José regresó lleno de tristeza, pues no había podido encontrar posada ni refugio. Los amigos de quienes había hablado a María apenas si lo reconocían. José lloró y María lo consoló con dulces palabras. Fué una vez más, de casa en casa, representando el estado de su mujer, para hacer más eficaz la petición; pero era rechazado precisamente también a causa de eso mismo.

El paraje era solitario. No obstante, algunas personas se habían detenido mirándola de lejos con curiosidad, como sucede cuando se ve a alguien que permanece mucho tiempo en el mismo sitio a la caída de la tarde. Creo que algunos dirigieron la palabra a María, preguntándole quién era. Al fin volvió José, tan conturbado, que apenas se atrevía a acercarse a María. Le dijo que había buscado inútilmente; pero que conocía un lugar, fuera de la ciudad, donde los pastores solían reunirse cuando iban a Belén con sus rebaños: que allí podrían encontrar si-

quiera un abrigo. José conocía aquel lugar desde su juventud. Cuando sus hermanos lo molestaban, se retiraba con frecuencia allí para rezar fuera del ancance de sus perseguidores. Decía José que si los pastores volvían, se arreglaría fácilmente con ellos; que venían raramente en esa época del año. Añadió que cuando ella estuviera tranquila en aquel lugar, él volvería a salir en busca de alojamiento más apropiado. Salieron, pues, de Belén por el Este siguiendo un sendero desierto que torcía a la izquierda. Era un camino semejante al que anduvieran a lo largo de los muros desmoronados de los fosos de las fortificaciones derruídas de una pequeña ciudad: se subía un tanto al principio, luego descendía por la ladera de un montecillo, y los condujo en algunos minutos al Este de Belén, delante del sitio que buscaban, cerca de una colina o antigua muralla que tenía delante algunos árboles: terebintos o cedros de hojas verdes; otros tenían hojas pequeñas como las del boj.

XLII

Descripción de la gruta de Belén

En la extremidad Sur de la colina, alrededor de la cual torcía el camino que lleva al valle de los pastores, estaba la gruta en la cual José buscó refugio para María. Había allí otras grutas abiertas en la misma roca. La entrada estaba al Oeste y un estrecho pasadizo conducía a una habitación redondeada por un lado, triangular por otro, en la parte Este de la colina. La gruta era natural; pero por el lado del Mediodía, frente al camino que llevaba al valle de los pastores, se habían hecho algunos arreglos consistentes en trabajos toscos de mampostería. Por el lado que miraba al Mediodía había otra entrada, que generalmente estaba tapiada. José volvió a abrirla para mayor comodidad. Saliendo por allí hacia la izquierda, había otra abertura más amplia, que llevaba a una cueva estrecha e incómoda a mayor profundidad, que terminaba debajo de la gruta del pesebre. La entrada común a la gruta del pesebre miraba hacia el Oeste. Desde el lugar se podían ver los techos de algunas casitas de Belén. Saliendo de allí y torciendo a la derecha, se llegaba a una gruta más profunda y oscura, en la cual hubo de ocultarse María alguna vez. Delante de la entrada, al Oeste, había un techito de juncos apoyado sobre estacas, que se extendía al Mediodía y cubría la entrada de ese lado, de modo

que se podía estar a la sombra delante de la gruta. En la parte Meridional tenía la gruta tres aberturas, con rejas por arriba, por donde entraba aire y luz. Una abertura semejante había en la bóveda de la misma roca: estaba cubierta de césped y era la extremidad de la altura sobre la cual estaba edificada la ciudad de Belén. Pasando del corredor, que era más alto, a la gruta, formada por la misma naturaleza, había que descender más. El suelo en torno de la gruta se alzaba, de modo que la gruta misma estaba rodeada de un banco de piedra de variable anchura.

Las paredes de la gruta, aunque no completamente lisas, eran bastantes uniformes y limpias, hasta agradables a la vista. Al Norte del corredor había una entrada a otra gruta lateral más pequeña. Pasando delante de esta entrada, se hallaba el sitio donde José solía encender fuego; luego la pared daba vuelta al Noreste en la otra gruta, más amplia, situada a mayor altura. Allí he visto más tarde el asno de José. Detrás de este sitio había un rincón bastante grande, donde cabía el asno con suficiente forraje. En la parte Este de esta gruta, frente a la entrada, fué donde se encontraba la Virgen Santísima cuando nació de ella la Luz del mundo. En la parte que se extiende al Mediodía estaba colocado el pesebre donde fué adorado el Niño Jesús. El pesebre no era sino una gamella excavada en la piedra misma, destinada a dar de beber a los animales. Encima tenía un comedero, con ancha abertura, hecho de enrejado de maderas y alzado sobre cuatro patas, de modo que los animales podían alcanzar cómodamente el heno o el pasto colocado allí. Para beber no tenían más que agachar la cabeza al bebedero de piedra que estaba debajo. Delante del pesebre, hacia el Este de esta parte de la gruta, estaba sentada la Virgen con el Niño Jesús cuando vinieron los tres Reyes a ofrecerle sus dones. Saliendo del pesebre, y dando vuelta al Oeste en el corredor delante de la gruta, se pasaba por frente a la entrada Meridional antedicha y se llegaba a un sitio donde hizo José más tarde su habitación, separándola del resto mediante tabiques de zarzos. En ese lado había una cavidad donde él depositaba varios objetos. Afuera, en la parte Meridional de la gruta, pasaba el camino que conducía al valle de los pastores. Diseminadas por las colinas, veíanse casitas, y en el llano cobertizos con techos de cañas, sostenidos por estacas. Delante de la gruta la colina bajaba a un valle sin salida, cerrado por el Norte, ancho de más o menos medio cuarto de legua. Había allí zarzales, árboles y jardines.

Atravesando una hermosa pradera, donde había una fuente, y pasando bajo los árboles alineados con simetría, se llegaba al Este del valle, en el cual se encontraba una colina prominente y en ella la gruta de la tumba de Maraha, la nodriza de Abrahán. Se llama también la *Gruta de la leche*. La Virgen Santísima se refugió allí con el Niño Jesús repetidas veces. Sobre esta gruta había un gran árbol, alrededor del cual veíanse algunos asientos. Desde aquí se podía contemplar a Belén mejor que desde la entrada de la gruta del pesebre.

He sabido muchas cosas de la gruta del pesebre, sucedidas en los antiguos tiempos. Recuerdo, entre otras, que Set, el niño de la promesa, fué concebido y dado a luz en esta gruta por Eva, después de un período de penitencia de siete años. Fué allí donde un ángel le dijo que le daba Dios a Set en lugar de Abel. Aquí fué escondido y alimentado Set, y en la gruta de Maraha, pues sus hermanos querían quitarle la vida, como los hijos de Jacob lo intentaron con José.

En una época muy lejana, donde he visto que los hombres vivían en grutas, pude verlos a menudo haciendo excavaciones en la piedra para poder habitar y dormir cómodamente en ellas con sus hijos, sobre pieles de animales o sobre colchones de hierbas. La excavación hecha debajo de la gruta del pesebre, puede haber servido de lecho a Set y a los habitantes posteriores. No tengo ya certeza de estas cosas. Recuerdo también haber visto en mis visiones de la predicación de Jesús que el 6 de Octubre el Señor, después de su bautismo, celebró la festividad del Sábado en la gruta del pesebre, que los pastores habían transformado en oratorio.

Abrahán tenía una nodriza llamada Maraha, muy honrada por él y que llegó a edad muy avanzada. Esta nodriza seguía a Abrahán en todas partes montada en un camello, y vivó a su lado, en Sucot (*), mucho tiempo. En sus últimos tiempos lo siguió también al valle de los pastores, donde Abrahán había alzado sus carpas en los alrededores de la gruta. Habiendo pasado los cien años y viendo llegar su última hora pidió a Abrahán que la enterrara en esa gruta, acerca de la cual hizo algunas predicciones, y a la que llamó *Gruta de la leche o Gruta de la nodriza*. Aconteció en ella un hecho milagroso, que he olvidado, y brotó allí una fuente del suelo. La gruta era entonces un corredor estrecho y alto, abierto en una piedra blanca, no muy

(*) Plinio dice que Sucot o Schytópolis se llamó antiguamente Nysa, porque Baco había enterrado allí a su nódriza Nysa.

dura. De un lado había una capa de esta materia que no alcanzaba hasta la bóveda. Trepando sobre esta capa de materia se podía llegar hasta la entrada de otra gruta más alta. La gruta fué ensanchada más tarde, puesto que Abrahán hizo excavar su parte lateral para la tumba de Maraha. Sobre un gran bloque de piedra había una especie de gamella, también de piedra, sostenida por patas cortas y gruesas. Quedé muy asombrada al no ver nada de esto en tiempos de Jesucristo. Esta gruta de la tumba de la nodriza tenía una relación profética con la Madre del Salvador, al alimentar allí oculto a su Hijo, al cual perseguían; pues en la historia de la juventud de Abrahán se halla también una persecución figurativa de ésta, y su nodriza le salvó la vida ocultándolo en la gruta. Esta gruta era desde tiempos de Abrahán lugar de devoción, sobre todo para las madres y nodrizas: en esto había algo de profético, pues en la nodriza de Abrahán se veneraba, en figura, a la Santísima Virgen, lo mismo como Elías la había visto en aquella nube que traía la lluvia y le había dedicado un oratorio en el monte Carmelo. Maraha había cooperado en cierta manera al advenimiento del Mesías, habiendo alimentado con su leche a un antepasado de María. No puedo expresar esto bien; pero todo era como un pozo profundo que iba hasta la fuente de la vida universal y del que siempre se sirvieron, hasta que María surgió como única fuente de agua limpia e inmaculada. El árbol que extendía su sombra sobre la gruta, desde lejos parecía un gran tilo; era ancho por abajo y terminaba en punta: era un terebinto. Abrahán se encontró con Melquisedec debajo de este árbol, no recuerdo ahora en qué ocasión. Este coposo árbol tenía algo de sagrado para los pastores y las gentes de los alrededores: les gustaba descansar bajo su sombra y orar. No recuerdo bien su historia, pero creo que el mismo Abrahán lo plantó. Junto a él había una fuente donde los pastores iban por agua en ciertas ocasiones y le atribuían virtudes singulares. A ambos lados del árbol habían levantado cabañas abiertas, para descansar, y todo esto estaba rodeado de un cerco protector. Más tarde he visto que Santa Elena hizo construir allí una iglesia, donde se celebró la santa Misa.

XLIII

José y María se refugian en la gruta de Belén

Viernes, Noviembre 23. — Era bastante tarde cuando José y María llegaron hasta la boca de la gruta. La borriquilla, que desde la entrada de la Sagrada Familia en la casa paterna de José había desaparecido corriendo en torno de la ciudad, corrió entonces a su encuentro y se puso a brincar alegremente cerca de ellos. Viendo esto la Virgen, dijo a José: "Ves, seguramente es la voluntad de Dios que entremos aquí". José condujo el asno bajo el alero, delante de la gruta; preparó un asiento para María, la cual se sentó mientras él hacía un poco de luz y penetraba en la gruta. La entrada estaba un tanto obstruída por atados de paja y esteras apoyadas contra las paredes. También dentro de la gruta había diversos objetos que dificultaban el paso. José la despejó, preparando un sitio cómodo para María, por el lado del Oriente. Colgó de la pared una lámpara encendida e hizo entrar a María, la cual se acostó sobre el lecho que José le había preparado con colchas y envoltorios. José le pidió humildemente perdón por no haber podido encontrar algo mejor que este refugio tan impropio; pero María, en su interior, se sentía feliz, llena de santa alegría. Cuando estuvo instalada María, José salió con una bota de cuero y fué detrás de la colina, a la pradera, donde corría una fuente, y llenándola de agua volvió a la gruta.

Más tarde fué a la ciudad, donde consiguió pequeños recipientes y un poco de carbón. Como se aproximaba la fiesta del Sábado y eran numerosos los forasteros que habían entrado en la ciudad, se instalaron mesas en las esquinas de algunas calles con los alimentos más indispensables para la venta. Creo que había personas que no eran judías. José volvió trayendo carbones encendidos en una caja enrejada; los puso a la entrada de la gruta y encendió fuego con un manojito de astillas; preparó la comida, que consistió en panecillos y frutas cocidas. Después de haber comido y rezado, José preparó un lecho para María Santísima. Sobre una capa de juncos tendió una colcha semejante a las que yo había visto en la casa de Ana y puso otra arrollada por cabecera. Luego metió al asno y lo ató en un sitio donde no podía incomodar; tapó las aberturas de la bóveda por donde entraba aire, y dispuso en la entrada un lugarcito para su propio descanso.

Sábado, Noviembre 24. — Cuando empezó el Sábado, José se acercó a María, bajo la lámpara, y recitó con ella las oraciones correspondientes; después salió a la ciudad. María se envolvió en sus ropas para el descanso. Durante la ausencia de José la vi rezando de rodillas. Luego se tendió a dormir, echándose de lado. Su cabeza descansaba sobre un brazo, encima de la almohada. José regresó tarde. Rezó una vez más y se tendió humildemente en su lecho a la entrada de la gruta. María pasó la fiesta del Sábado rezando en la gruta, meditando con gran concentración. José salió varias veces: probablemente fué a la sinagoga de Belén. Los vi comiendo alimentos preparados días antes y rezando juntos.

Por la tarde, cuando los judíos suelen hacer su paseo del Sábado, José condujo a María a la gruta de Maraha, nodriza de Abrahán. Allí se quedó algún tiempo. Esta gruta era más espaciosa que la del pesebre y José dispuso allí otro asiento. También estuvo bajo el árbol cercano, orando y meditando, hasta que terminó el Sábado. José la volvió a llevar, porque María le dijo que el nacimiento tendría lugar aquel mismo día a medianoche, cuando se cumplían los nueve meses transcurridos desde la salutación del ángel del Señor. María le había pedido que lo tuviera dispuesto todo, de modo que pudiesen honrar en la mejor forma posible la entrada al mundo del Niño prometido por Dios y concebido en forma sobrenatural. Pidió también a José que rezara con ella por las gentes que, a causa de la dureza de sus corazones, no habían querido darles hospitalidad. José le ofreció traer de Belén a dos piadosas mujeres, que conocía; pero María le dijo que no tenía necesidad del socorro de nadie. En cuanto se puso el sol, antes de terminar el Sábado; José volvió a Belén, donde compró los objetos más necesarios: una escudilla, una mesita baja, frutas secas y pasas de uva, volviendo con todo esto a la gruta. Fué a la gruta de Maraha y llevó a María a la del pesebre, donde María se sentó sobre sus colchas, mientras José preparaba la comida. Comieron y rezaron juntos. Hizo Jose una separación entre el lugar para dormir y el resto de la gruta, ayudándose de unas pértigas de las cuales suspendió algunas esteras que se encontraban allí. Dió de comer al asno que estaba a la izquierda de la entrada, atado a la pared. Llenó el comedero del pesebre de cañas y de pasto y musgo y por encima tendió una colcha. Cuando la Virgen le indicó que se acercaba la hora, instándole a ponerse en oración, José colgó del techo varias lámparas encendidas y

salió de la gruta, porque había escuchado un ruido a la entrada. Encontró a la pollina que hasta entonces había estado vagando en libertad por el valle de los pastores y volvía ahora, saltando y brincando, llena de alegría, alrededor de José. Este la ató bajo el alero, delante de la gruta y le dió su forraje. Cuando volvió a la gruta vió, antes de entrar en ella, a la Virgen rezando de rodillas sobre su lecho, vuelta de espaldas y mirando al Oriente. Le pareció que toda la gruta estaba en llamas y que María estaba rodeada de luz sobrenatural. José miró todo esto como Moisés la zarza ardiendo. Luego, lleno de santo temor, entró en su celda y se prosternó hasta el suelo en oración.

XLIV

Nacimiento de Jesús (*)

He visto que la luz que envolvía a la Virgen se hacía cada vez más deslumbrante, de modo que la luz de las lámparas encendidas por José no eran ya visibles. María, con su amplio vestido desceñido, estaba arrodillada en su lecho, con la cara vuelta hacia el Oriente. Llegada la medianoche la vi arrebatada en éxtasis, suspendida en el aire, a cierta altura de la tierra. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. El resplandor en torno de ella crecía por momentos. Toda la naturaleza parecía sentir una emoción de júbilo, hasta los seres inanimados. La roca de que estaban formados el suelo y el atrio parecía palpitar bajo la luz intensa que los envolvía. Luego ya no vi más la bóveda. Una estela luminosa, que aumentaba sin cesar en claridad, iba desde María hasta lo más alto de los cielos. Allá arriba había un movimiento maravilloso de glorias celestiales, que se acercaban a la tierra, y aparecieron con toda claridad seis coros de ángeles celestiales. La Virgen Santísima, levantada de la tierra en medio del éxtasis, oraba y bajaba las miradas sobre su Dios, de quien se había convertido en Madre. El Verbo eterno, débil Niño, estaba acostado en el suelo delante de María.

Vi a nuestro Señor bajo la forma de un pequeño Niño todo luminoso, cuyo brillo eclipsaba el resplandor circundante, acostado sobre una alfombrita ante las rodillas de María. Me parecía muy pequeñito y que iba creciendo ante mis miradas; pero todo esto era la irradiación de una luz tan potente y deslumbradora

(*) La vidente ve la Anunciación y la Encarnación el 25 de Febrero, y la Natividad de Nuestro Señor el 25 de Noviembre.

que no puedo explicar cómo pude mirarla. La Virgen permaneció algún tiempo en éxtasis; luego cubrió al Niño con un paño, sin tocarlo y sin tomarlo aún en sus brazos. Poco tiempo después vi al Niño que se movía, y lo oí llorar. En ese momento fué cuando María pareció volver en sí misma, y, tomando al Niño, lo envolvió en el paño con que lo había cubierto, y lo tuvo en sus brazos, estrechándolo contra su pecho. Se sentó, ocultándose toda ella con el Niño bajo su amplio velo, y creo que le dió el pecho. Vi entonces en torno a los ángeles, en forma humana, hincándose delante del Niño recién nacido, para adorarlo.

Cuando habría transcurrido una hora desde el nacimiento del Niño Jesús, María llamó a José, que estaba aún orando con el rostro pegado a la tierra. Se acercó, prosternándose, lleno de júbilo, de humildad y de fervor. Sólo cuando María le pidió que apretara contra su corazón el Don sagrado del Altísimo, se levantó José, recibió al Niño entre sus brazos, y derramando lágrimas de pura alegría, dió gracias a Dios por el Don recibido del cielo.

María fajó al Niño: tenía sólo cuatro pañales. Más tarde vi a María y a José sentados en el suelo, uno junto al otro: no hablaban, parecían absortos en muda contemplación. Ante María, fajado como un niño común, estaba recostado Jesús recién nacido, bello y brillante como un relámpago. "¡Ah, decía yo, este lugar encierra la salvación del mundo entero y nadie lo sospecha!"

He visto que pusieron al Niño en el pesebre, arreglado por José con pajas, lindas plantas y una colcha encima. El pesebre estaba sobre la gamella cavada en la roca, a la derecha de la entrada de la gruta, que se ensanchaba allí hacia el Mediodía. Cuando hubieron colocado al Niño en el pesebre, permanecieron los dos a ambos lados, derramando lágrimas de alegría y entonando cánticos de alabanza.

José llevó el asiento y el lecho de reposo de María junto al pesebre. Yo veía a la Virgen, antes y después del nacimiento de Jesús, arropada en un vestido blanco, que la envolvía por entero. Pude verla allí durante los primeros días sentada, arrodillada, de pie, recostada o durmiendo; pero nunca la vi enferma ni fatigada.

XLV

Señales en la naturaleza. Anuncio a los pastores

He visto en muchos lugares, hasta en los más lejanos, una insólita alegría, un extraordinario movimiento en esta noche. He visto los corazones de muchos hombres de buena voluntad reanimados por un ansia, plena de alegría, y, en cambio, los corazones de los perversos llenos de temores. Hasta en los animales he visto manifestarse alegría en sus movimientos y brincos. Las flores levantaban sus corolas, las plantas y los árboles tomaban nuevo vigor y verdor, y esparcían sus fragancias y perfumes. He visto brotar fuentes de agua de la tierra. En el momento mismo del nacimiento de Jesús, brotó una fuente abundante en la gruta de la colina del Norte. Cuando al día siguiente lo notó José, le preparó en seguida un desagüe. El cielo tenía un color rojo oscuro sobre Belén, mientras se veía un vapor tenue y brillante sobre la gruta del pesebre, el valle de la gruta de Maraha y el valle de los pastores.

A legua y media más o menos de la gruta de Belén, en el valle de los pastores, había una colina donde empezaba una serie de viñedos que se extendía hasta Gaza. En las faldas de la colina estaban las chozas de tres pastores, jefes de las familias de los demás pastores de las inmediaciones. A distancia doble de la gruta del pesebre se encontraba lo que llamaban *la torre de los pastores*. Era un gran andamiaje piramidal, hecho de madera, que tenía por base enormes bloques de la misma roca: estaba rodeado de árboles verdes y se alzaba sobre una colina aislada en medio de una llanura. Estaba rodeado de escaleras; tenía galerías y torrecillas, todo cubierto de esteras. Guardaba cierto parecido con las torres de madera que he visto en el país de los Reyes Magos, desde donde observaban las estrellas. Desde lejos producía la impresión de un gran barco con muchos mástiles y velas. Desde esta torre se gozaba de una espléndida vista de toda la comarca. Se veía a Jerusalén y la montaña de la tentación en el desierto de Jericó. Los pastores tenían allí a los hombres que vigilaban la marcha de los rebaños y avisaban a los demás tocando cuernos de caza, si acaso había alguna incursión de ladrones o gente de guerra. Las familias de los pastores habitaban esos lugares en un radio de unas dos leguas. Tenían granjas aisladas, con jardines y praderas. Se reunían junto a la torre, donde guardaban los utensilios que tenían en común. A lo largo de la colina de la torre,

estaban las cabañas, y algo apartado de éstas había un gran cobertizo con divisiones donde habitaban las mujeres de los pastores guardianes: allí preparaban la comida. He visto que en esta noche parte de los rebaños estaban cerca de la torre, parte en el campo y el resto bajo un cobertizo cerca de la colina de los pastores.

Al nacimiento de Jesucristo vi a estos tres pastores muy impresionados ante el aspecto de aquella noche tan maravillosa; por eso se quedaron alrededor de sus cabañas mirando a todos lados. Entonces vieron maravillados la luz extraordinaria sobre la gruta del pesebre. He visto que se pusieron en agitado movimiento los pastores que estaban junto a la torre, los cuales subieron a su mirador dirigiendo la vista hacia la gruta. Mientras los tres pastores estaban mirando hacia aquel lado del cielo, he visto descender sobre ellos una nube luminosa, dentro de la cual noté un movimiento a medida que se acercaba. Primero vi que se dibujaban formas vagas, luego rostros, finalmente oí cánticos muy armoniosos, muy alegres, cada vez más claros. Como al principio se asustaran los pastores, apareció un ángel ante ellos, que les dijo: "No temáis, pues vengo a anunciaros una gran alegría para todo el pueblo de Israel. Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo, el Señor. Por señal os doy ésta: encontraréis al Niño envuelto en pañales, echado en un pesebre". Mientras el ángel decía estas palabras, el resplandor se hacía cada vez más intenso a su alrededor. Vi a cinco o siete grandes figuras de ángeles muy bellos y luminosos. Llevaban en las manos una especie de banderola larga, donde se veían letras del tamaño de un palmo y oí que alababan a Dios cantando: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra para los hombres de buena voluntad".

Más tarde tuvieron la misma aparición los pastores que estaban junto a la torre. Unos ángeles también aparecieron a otro grupo de pastores, cerca de una fuente, al Este de la torre, a unas tres leguas de Belén. No he visto que los pastores fueran en seguida a la gruta del pesebre, porque unos se encontraban a legua y media de distancia y otros a tres: los he visto, en cambio, consultándose unos a otros acerca de lo que llevarían al recién nacido y preparando los regalos con toda premura. Llegaron a la gruta del pesebre al rayar el alba.

XLVI

Señales en Jerusalén, en Roma y en otros pueblos

Esta noche vi en el Templo a Noemí, la maestra de María, a la profetisa Ana y al anciano Simeón. Vi, en Nazaret, a Ana, y en Juta, a Santa Isabel. Todos tenían visiones y revelaciones del nacimiento del Salvador. He visto al pequeño Juan Bautista, cerca de su madre, manifestando una alegría muy grande. Vieron y reconocieron a María en medio de aquellas visiones, aunque no sabían donde había tenido lugar el acontecimiento. Isabel tampoco lo sabía. Sólo Ana sabía que tenía lugar en Belén. Esta noche vi en el Templo un acontecimiento admirable y extraño: todos los rollos de escrituras de los saduceos saltaban fuera de los armarios donde estaban encerrados, dispersándose(*). Este suceso causó mucho espanto en todos, pero los saduceos lo atribuyeron a efectos de brujería, y repartieron dinero a los que lo sabían para que mantuvieran el secreto.

He visto muchas cosas en Roma esta noche. Cuando Jesús nació vi un barrio de la ciudad, donde vivían muchos judíos: allí brotó una fuente de aceite que causó maravilla a todos los que la vieron. Una estatua magnífica de Júpiter cayó de su pedestal en añicos, porque se desplomó la bóveda del templo. Los paganos se llenaron de terror, hicieron sacrificios y preguntaron a otro ídolo, el de Venus, creo, qué significaba aquello. El demonio respondió, por medio de la estatua: "Esto ha sucedido porque una Virgen ha concebido un Hijo sin dejar de ser virgen; y este Niño acaba de nacer". Este ídolo habló también desde la fuente de aceite. En el sitio donde brotó la fuente se alzó una iglesia dedicada a la Virgen María, Madre de Dios. Los sacerdotes paganos estaban consternados y hacían averiguaciones(**).

Setenta años antes de estos hechos vivía en Roma una buena y piadosa mujer. No recuerdo ahora si era judía. Se llamaba algo así como Serena o Cyrena y poseía algunos bienes de fortuna. Por ese tiempo se había recubierto de oro y piedras preciosas el ídolo de Júpiter y se le ofrecían sacrificios solemnes.

(*) Herodes había colocado algunos de sus hijos bastardos en la secta de los saduceos, como empleados del templo, para disminuir la influencia de los fariseos.

(**) La Iglesia de Santa María in Transtevere se llamó también *Santa María in fonte olei.*

La mujer tuvo visiones, y a consecuencia de ellas hizo varias profecías, diciendo públicamente a los paganos que no debían rendir honores al ídolo de Júpiter ni hacerle sacrificios, pues vendría un día en que lo verían caer hecho pedazos. Los sacerdotes la hicieron comparecer y le preguntaron cuándo habían de suceder estas cosas. Como no pudo determinar el tiempo, fué encerrada en prisión y maltratada, hasta que Dios le hizo conocer que ello sucedería cuando una Virgen purísima diera a luz un Niño. Cuando dió esta respuesta, se burlaron de ella y la dejaron en libertad, reputándola por loca. Sólo cuando se derrumbó el templo, haciendo pedazos al ídolo, reconocieron que había dicho la verdad, maravillándose de la época fijada y del acontecimiento, aunque no sabían que la Santísima Virgen había sido la Madre e ignorando el nacimiento del Salvador. He visto que los magistrados de Roma se informaron de estos hechos, como de la fuente que había brotado. Uno de ellos fué un tal Léntulo, abuelo de Moisés, sacerdote y mártir, y de aquel otro Léntulo, que fué amigo de San Pedro en Roma.

Relacionado con el emperador Augusto he visto algo que ahora no recuerdo bien. Vi al emperador con otras personas sobre una colina de Roma, en uno de cuyos lados se encontraba el templo, cuya techumbre se había derrumbado. Por unas gradas se llegaba hasta la cumbre de la colina donde había una puerta dorada. Era un lugar donde se ventilaban asuntos de interés. Cuando el emperador bajó de la colina, vió a la derecha, encima de ella, una aparición en el cielo. Era una Virgen sobre un arco iris, con un Niño en el aire, que parecía salir de ella. Creo que el emperador fué el único que vió esta aparición. Para conocer su significado hizo consultar a un oráculo que había enmudecido, el cual en esa ocasión habló de un Niño recién nacido, a quien todos debían adorar y rendir homenaje. El emperador hizo erigir un altar en el sitio de la colina donde había visto la aparición, y después de haber ofrecido sacrificios, lo dedicó al Primogénito de Dios. He olvidado otros detalles de este hecho.

He visto en Egipto un hecho que anunció el nacimiento de Jesucristo. Mucho más allá de Matarea, de Heliópolis y de Menfis había un gran ídolo que pronunciaba habitualmente toda clase de oráculos, y que de pronto enmudeció. El Faraón mandó hacer sacrificios en todo el país a fin de saber por qué causa había callado. El ídolo fué obligado por Dios a responder que guardaba silencio y debía desaparecer, porque había nacido el Hijo de la Virgen y que en aquel mismo sitio se levantaría un templo en honor de la

Virgen. El Faraón hizo levantar un templo allí mismo cerca del que había antes en honor del ídolo. No recuerdo todo lo sucedido; sólo sé que el ídolo fué retirado y que se levantó un templo a la anunciada Virgen y a su Niño, siendo honrados a la manera de ellos.

Al tiempo del nacimiento de Jesucristo vi una maravillosa aparición que se presentó a los Reyes Magos en su país. Estos Magos eran observadores de los astros y tenían sobre una montaña una torre en forma de pirámide, donde siempre se encontraba uno de ellos con los sacerdotes observando el curso de los astros y las estrellas. Escribían sus observaciones y se las comunicaban unos a otros. Esta noche creo haber visto a dos de los Reyes Magos sobre la torre piramidal. El tercero, que habitaba al Este del Mar Caspio, no estaba allí. Observaban una determinada constelación en la cual veían de cuando en cuando variantes, con diversas apariciones. Esta noche vi la imagen que se les presentaba. No la vieron en una estrella, sino en una figura compuesta de varias de ellas, entre las cuales parecía efectuarse un movimiento. Vieron un hermoso arco iris sobre la media luna y sobre el arco iris sentada a la Virgen. Tenía la rodilla izquierda ligeramente levantada y la pierna derecha más alargada, descansando el pie sobre la media luna. A la izquierda de la Virgen, encima del arco iris, apareció una cepa de vid, y a la derecha, un haz de espigas de trigo. Delante de la Virgen vi elevarse como un cáliz semejante al de la última Cena. Del cáliz vi salir al Niño, y por encima de Él, un disco luminoso parecido a una custodia vacía, de la que partían rayos semejantes a espigas. Por eso pensé en el Santísimo Sacramento. Del costado derecho del Niño salió una rama, en cuya extremidad apareció, a semejanza de una flor, una iglesia octogonal con una gran puerta dorada y dos pequeñas laterales. La Virgen hizo entrar al cáliz, al Niño y a la hostia en la iglesia, cuyo interior pude ver, y que en aquel momento me pareció muy grande. En el fondo había una manifestación de la Santísima Trinidad. La iglesia se transformó luego en una ciudad brillante, que me pareció la Jerusalén celestial. En este cuadro vi muchas cosas que se sucedían y parecían nacer unas de otras, mientras yo miraba el interior de la iglesia. Ya no puedo recordar en qué forma se fueron sucediendo. Tampoco recuerdo de qué manera supieron los Reyes Magos que Jesús había nacido en Judea. El tercero de los Reyes, que vivía muy distante, vió la aparición al mismo tiempo que los otros. Los Reyes sintieron

una alegría muy grande, juntaron sus dones y regalos y se dispusieron para el viaje. Se encontraron al cabo de varios días de camino. Los días que precedieron al nacimiento de Jesús, los veía sobre su observatorio, donde tuvieron varias visiones.

XLVII

Antecedentes de los Reyes Magos

Quinientos años antes del nacimiento del Mesías, los antepasados de los tres Reyes Magos eran poderosos y tenían más riquezas que sus descendientes, ya que sus posesiones eran extensas y su herencia menos dividida. Vivían entonces en tiendas de campaña, con excepción del antepasado del rey que vivía al Este del Mar Caspio, cuya ciudad veo en este momento. Esta ciudad tiene construcciones subterráneas de piedra, en lo alto de las cuales se alzan pabellones, pues se halla cerca del mar, que se desborda con frecuencia. Veo allí montañas muy altas y dos mares, uno a mi derecha y otro a mi izquierda. Aquellos jefes de raza eran, según sus tradiciones, observadores y adoradores de los astros, y existía en el país un culto abominable que consistía en sacrificar a los viejos, a los hombres deformes y a veces también a los niños. Lo más horrible era que estos niños eran vestidos de blanco y luego arrojados en calderas donde morían hervidos. Toda esta abominación fué abolida. A estos ciegos paganos Dios les anunció con mucha anticipación el nacimiento del Salvador.

Aquellos príncipes tenían tres hijas versadas en el conocimiento de los astros. Las tres recibieron el espíritu de profecía y supieron, por medio de una visión, que una estrella saldría de Jacob y que una Virgen daría a luz al Salvador del mundo. Vestidas de largos mantos recorrían el país predicando la reforma de las costumbres y anunciando que los enviados del Salvador vendrían un día al país trayendo el culto del Dios verdadero. Predecían muchas cosas más relativas a nuestra época y a épocas más lejanas aún. A raíz de estas predicciones los padres de estas jóvenes elevaron un templo a la futura Madre de Dios hacia el Mediodía del mar, en el mismo sitio de los límites de sus países y allí ofrecieron sacrificios. La predicción de las tres vírgenes se refería especialmente a una constelación y a diversos cambios que habrían de producirse. Desde entonces empezaron a observar aquella constelación desde lo alto de una colina cerca-

na al templo de la futura Madre de Dios, y de acuerdo con esas observaciones, cambiaban algunas cosas en los templos, en el culto religioso y en los ornamentos. Así he visto que el pabellón del templo era unas veces azul, otras rojo, otras amarillo, y demás colores. Me impresionó que pasaran su día de fiesta al Sábado, mientras antes celebraban el Viernes. Todavía recuerdo el nombre que daban a este día: Tanna o Tanneda.

XLVIII

Fecha del nacimiento del Redentor

Jesucristo nació antes de cumplirse el año 3997 del mundo. Más tarde fueron olvidados los cuatro años, menos algo, transcurridos desde su nacimiento hasta el fin del 4000. Después se hizo comenzar nuestra era cuatro años más tarde. Uno de los cónsules de Roma, llamado Léntulo, fué antepasado del sacerdote y mártir Moisés, del cual tengo una reliquia. Había vivido en tiempos de San Cipriano. De él desciende aquel otro Léntulo que fué amigo de San Pedro en Roma. Herodes reinó cuarenta años. Durante siete años no fué independiente; pero ya desde aquel tiempo oprimía al país y cometía actos de crueldad. Murió, creo, en el año sexto de la vida de Jesús; su muerte se guardó en secreto por algún tiempo. Herodes fué siempre sanguinario y hasta en sus últimos días hizo mucho daño. Lo vi arrastrándose en medio de una amplia habitación acolchada, con una lanza a su lado, queriendo herir a las personas que se le acercaban. Jesús nació más o menos en el año treinta y cuatro de su reinado.

Unos dos años antes de la entrada de María en el templo, Herodes mandó hacer algunas construcciones allí. No hizo de nuevo el templo, sino algunas reformas y mejoras. La huída a Egipto se produjo cuando Jesús tenía nueve meses, y la matanza de los inocentes ocurrió durante el segundo año de la edad de Jesús. El nacimiento de Jesús tuvo lugar en un año judío de trece meses, que era un arreglo semejante a nuestros años bisiestos. Creo también que los judíos tenían meses de veinte días dos veces al año y uno de veintidós días. Pude oír algo de esto a propósito de los días de fiesta; pero ahora no me queda más que un recuerdo confuso. He visto que se hicieron varias veces cambios en el calendario. Sucedió esto al salir de un cautiverio, mientras se trabajaba en la reconstrucción del Templo. He visto al hombre que cambió el calendario y supe también su nombre.

XLIX
Los pastores acuden con sus presentes

Noviembre 25. — A la caída de la tarde los tres pastores jefes se dirigieron a la gruta del pesebre con los regalos, consistentes en animalitos parecidos a los corzos. Si eran cabritos, eran muy distintos de los de nuestro país, pues tenían cuellos largos, ojos hermosos muy brillantes, eran muy graciosos y ligeros al correr. Los pastores los llevaban atados con delgados cordeles. Traían sobre los hombros aves que habían matado, y bajo el brazo otras vivas de mayor tamaño. Al llegar, llamaron tímidamente a la puerta de la gruta y San José les salió al encuentro. Ellos repitieron lo que les habían anunciado los ángeles y dijeron que deseaban rendir homenaje al Niño de la Promesa y a ofrecerle sus pobres obsequios. José aceptó sus regalos con humilde gratitud y los llevó junto a la Virgen, que se hallaba sentada cerca del pesebre, con el Niño Jesús sobre sus rodillas. Los tres pastores se hincaron con toda humildad, permaneciendo mucho rato en silencio, como absortos en una alegría indecible. Cantaron luego el cántico que habían oído a los ángeles y un salmo que no recuerdo. Cuando estaban por irse, María les dió al Niño, que ellos tomaron en sus brazos, uno después de otro, y llorando de emoción lo devolvieron a María, y se retiraron.

Lunes, Noviembre 26. — Por la noche vinieron de la torre de los pastores, a cuatro leguas del pesebre, otros pastores con sus mujeres y sus niños. Traían pájaros, huevos, miel, madejas de hilo de diversos colores, pequeños atados que parecían de seda cruda y ramas de una planta parecida al junco. Esta planta tiene unas espigas llenas de semillas gruesas. Después que entregaron estos regalos a San José, se acercaron humildemente al pesebre, al lado del cual se hallaba María sentada. Saludaron a la Madre y al Niño; después, de rodillas, cantaron hermosos salmos, el *Gloria in excelsis* de los ángeles y algunos otros muy breves. Yo cantaba con ellos. Cantaban a varias voces y yo hice una vez la voz alta. Recuerdo más o menos lo siguiente: "¡Oh Niñito, bermejo como la rosa, pareces semejante a un mensajero de paz!" Cuando se despidieron, se inclinaban ante el pesebre como si besaran al Niño.

Hoy he vuelto a ver a los tres pastores, ayudando a San José, uno después de otro, a disponer todo con mayor comodidad en la gruta del pesebre y en las cavernas laterales. He visto

también junto a la Virgen varias piadosas mujeres que la ayudaban en diversos servicios. Eran esenias que habitaban no lejos de la gruta en una angostura situada al Oriente. Estas mujeres vivían en unas especies de casas abiertas en la roca a considerable altura de la colina. Tenían jardincitos cerca de sus casas y se ocupaban en instruír a los niños de los esenios. San José las había hecho venir porque desde su niñez conocía a esta asociación. Cuando huía de sus hermanos habíase refugiado varias veces con esas piadosas mujeres en la gruta del pesebre. Estas acercábanse una tras otra a María, trayendo provisiones, y atendían los quehaceres de la Sagrada Familia.

Martes, Noviembre 27. — Hoy he visto una escena muy conmovedora: José y María se hallaban junto al pesebre, contemplando con profunda ternura al Niño Jesús. De pronto el asno se echó también de rodillas y agachó la cabeza hasta la tierra en acto de adoración. María y José lloraban emocionados. Por la noche llegó un mensaje de Santa Ana. Un anciano llegó de Nazaret con una viuda parienta de Ana, a la cual servía. Traían diversos objetos para María. Al ver al Niño se conmovieron extraordinariamente: el viejo derramaba lágrimas de alegría. Volvió a ponerse en camino llevando noticias de lo visto a Ana, mientras la viuda se quedó para servir a María.

Miércoles, Noviembre 28. — Hoy he visto que la Virgen con el Niño Jesús, acompañada de la criada de Ana, salieron de la gruta del pesebre durante algunas horas. María se refugió en la gruta lateral, donde había brotado la fuente después del nacimiento de Jesucristo. Pasó unas cuatro horas en esa gruta, en la cual habría de estar más tarde dos días enteros. José había estado arreglándola desde la mañana para que pudiera estar allí con más comodidad. Se refugiaron en esa gruta, por inspiración interior, pues habían venido personas de Belén a ver la gruta del pesebre, y paréceme que eran emisarios de Herodes. A consecuencias de las conversaciones de los pastores había corrido la voz de que algo milagroso había sucedido allí al tener lugar el nacimiento del Niño. Vi a esos hombres hablando un rato con José, a quien hallaron con los pastores delante de la gruta del pesebre, y luego se fueron, riéndose y burlándose, cuando vieron la pobreza del lugar y la simplicidad de las personas. María, después de haberse quedado cuatro horas oculta en la gruta lateral, volvió a la del pesebre con el Niño Jesús.

En la gruta del pesebre reina una amable tranquilidad, pues nadie viene hasta este lugar y sólo los pastores están en comunicación con ella. En la ciudad de Belén nadie se ocupa de lo que pasa en la gruta, pues hay mucha gente, agitación y movimiento por razón de los forasteros. Se venden y matan muchos animales porque algunos forasteros pagan sus impuestos con ganado. Veo que hay también paganos como criados y servidores.

Por la mañana el dueño de la última posada adonde se habían alojado José y María a pasar la noche, envió un criado a la gruta del pesebre con varios regalos. Él mismo llegó más tarde para rendir homenaje al Niño Jesús.

La noticia de la aparición del ángel a los pastores del valle en el momento del nacimiento de Jesús, fué causa de que todos los pastores y gentes del valle oyeran hablar del maravilloso Niño de la Promesa. Todos ellos acuden para honrarlo.

Viernes, Noviembre 30. — Hoy mismo varios pastores y otras buenas personas llegaron a la gruta del Pesebre y honraron al Niño con mucha devoción. Llevaban trajes de fiesta porque iban a Belén para la solemnidad del Sábado. Entre estos visitantes vi a aquella mujer que el 20 de Noviembre había compensado la grosería de su marido con la santa Familia, ofreciéndole hospitalidad. Hubiera podido ir más fácilmente a Jerusalén, porque está más cerca, para la fiesta del Sábado, pero quiso hacer un rodeo más largo para ir a Belén y ver al Niño santo y a sus padres. Sintióse después muy feliz por haberles ofrecido esta prueba de su afecto. Por la tarde vi a un pariente de José, al lado de cuya casa la Sagrada Familia había pasado la noche del 22 de Noviembre: ahora venía al Pesebre para ver y saludar al Niño. Este hombre era el padre de Jonadab, el cual, en la hora de la crucifixión, llevó a Jesús un lienzo para que se cubriera con él. Supo que José había pasado cerca de su casa y había oído hablar de los hechos maravillosos que acontecieron en el nacimiento del Niño, y teniendo que ir a Belén para el Sábado, llegó hasta la gruta trayendo algunos regalos. Saludó a María y rindió homenaje al Niño. José lo recibió amistosamente; pero no quiso aceptar de él nada, y sólo le pidió prestado algún dinero dándole en garantía la borriquilla a condición de recuperarla al devolverle el dinero. José necesitaba ese dinero para emplearlo en los regalos que debía hacer en la ceremonia de la circuncisión y en la comida que habría de ofrecer.

L

Celebra la Sagrada Familia la fiesta del Sábado

Mientras me hallaba meditando en la historia de la borriquilla empeñada ahora para cubrir los gastos de la circuncisión, y pensando que el próximo Domingo, día en que tendrá lugar la ceremonia, se leería el Evangelio del Domingo de Ramos, que relata la entrada de Jesús montado sobre un asno, vi un cuadro del cual no puedo explicar bien el sentido ni sé donde se realizaba. Bajo una palmera había dos carteles sostenidos por ángeles. Sobre uno de ellos estaban representados diversos instrumentos de martirio; en el centro había una columna y sobre ella un mortero con dos asas. En el otro cartel había unas letras: creo que eran cifras indicando años y épocas de la historia de la Iglesia. Por encima de la palmera estaba arrodillada una Virgen que parecía salir del tallo y cuyo traje flotaba en el aire. Tenía en sus manos, debajo del pecho, un vaso de igual forma que el caliz de la última Cena, del cual salía la figura de un Niño luminoso. Vi al Padre Eterno, en la forma que siempre lo veo, acercarse a la palmera por encima de unas nubes, quitar una gruesa rama que tenía la forma de una cruz y colocarla sobre el Niño. Después vi al Niño atado a esa cruz de palma y a la Virgen Santísima presentando a Dios Padre la rama con el Niño crucificado, mientras ella llevaba en la otra mano el cáliz vacío, que parecía también su propio corazón. Cuando me disponía a leer las letras del cartel, bajo la palmera, la llegada de una visita me sacó de esta visión. No sabría decir si este cuadro lo ví en la gruta del pesebre o en otra parte.

Cuando la gente se había ido a la sinagoga de Belén, José preparó en la gruta la lámpara del Sábado con las siete mechas; la encendió y colocó debajo de ella una pequeña mesa con los rollos que contenían las oraciones. Bajo esta lámpara celebró el Sábado con la Virgen Santísima y la criada de Ana. Se hallaban allí dos pastores un poco hacia atrás en la gruta y algunas mujeres esenias. Hoy, antes de la fiesta del Sábado, estas mujeres y la sirvienta prepararon los alimentos. Vi que asaron pájaros en un asador puesto encima del fuego. Los envolvían en una especie de harina hecha de semillas de espigas de unas plantas semejantes a cañas, que se encuentran en estado silvestre en lugares pantanosos de la comarca. Las he visto cultivadas en diversos sitios; en Belén y en Hebrón crecen sin ser cultivadas. No

las he visto cerca de Nazaret. Los pastores de la torre habían traído algunas para José. He visto que las mujeres con esas semillas hacían una especie de crema blanca bastante espesa y amasaban tortas con la harina. La Sagrada Familia guardó para su uso una cantidad muy pequeña de las abundantes provisiones que los pastores habían traído en sus visitas; lo sobrante lo regalaban a los pobres.

Sábado, Diciembre 1º — Hoy he visto varias personas que acudieron a la gruta del pesebre, y por la noche, después de la terminación de las fiestas del Sábado, vi que las mujeres esenias y la criada de Ana preparaban comida en una choza construída de ramas verdes, que José, con la ayuda de los pastores, había levantado a la entrada de la gruta. Había desocupado la habitación a la entrada de la gruta, tendido colchas en el suelo y arreglado todo como para una fiesta, según le permitía su pobreza. Dispuso así todas las cosas antes del comienzo del Sábado, pues el día siguiente era el octavo después del nacimiento de Jesús, cuando debía ser circuncidado de conformidad con el precepto divino. Al caer la tarde José fué a Belén y trajo consigo a tres sacerdotes, un anciano, una mujer y una cuidadora para esta ceremonia. Tenía ésta un asiento, del que se servía en ocasiones parecidas y una piedra octogonal chata y muy gruesa, que contenía los objetos necesarios. Todo esto fué colocado sobre esteras donde debía tener lugar la circuncisión, es decir en la entrada de la gruta, entre el rincón que ocupaba José y el hogar. El asiento era una especie de cofre con cajones, los cuales, puestos a continuación de los otros, formaban como un lecho de reposo con un apoyo a un lado; se estaba uno allí recostado más que sentado. La piedra octogonal tenía más de dos pies de diámetro. En el centro había una cavidad octogonal también cubierta por una placa de metal, donde se hallaban tres cajas y un cuchillo de piedra en compartimentos separados. Esta piedra fué colocada al lado del asiento, sobre un pequeño escabel de tres patas que hasta aquel momento había quedado bajo una cobertura, en el sitio donde había nacido el Salvador.

Terminados estos arreglos los sacerdotes saludaron a María y al Niño Jesús, y conversando amistosamente con la Virgen Santísima tomaron al Niño entre sus brazos, y quedaron conmovidos. Después tuvo lugar la comida en la glorieta. Muchos pobres que habían seguido a los sacerdotes, como solían hacer en tales ocasiones, rodeaban la mesa y durante la comida recibían los regalos de José y de los sacerdotes, de modo que pronto

quedó todo distribuído. Al ponerse el sol me parecía que su disco era más grande que en nuestro país. Lo vi descender en el horizonte: sus rayos penetraban por la puerta abierta al interior de la gruta.

LI

La circuncisión de Jesús

Domingo, Diciembre 2. — Ardían varias lámparas en la gruta. Durante la noche se rezó largo tiempo y se entonaron cánticos. La ceremonia de la circuncisión tuvo lugar al amanecer. María estaba preocupada e inquieta. Había dispuesto por si misma los paños destinados a recibir la sangre y a vendar la herida, y los tenía delante, en un pliegue de su manto. La piedra octogonal fué cubierta por los sacerdotes con dos paños, rojo y blanco, éste encima, con oraciones y varias ceremonias. Luego uno de los sacerdotes se apoyó sobre el asiento y la Virgen que se había quedado envuelta en el fondo de la gruta con el Niño Jesús en brazos, se lo entregó a la criada con los paños preparados. José lo recibió de manos de la mujer y lo dió a la que había venido con los sacerdotes. Esta mujer colocó al Niño, cubierto con un velo, sobre la cobertura de la piedra octogonal. Recitaron nuevas oraciones. La mujer quitó al Niño sus pañales y lo puso sobre las rodillas del sacerdote que se hallaba sentado. José inclinóse por encima de los hombros del sacerdote y sostuvo al Niño por la parte superior del cuerpo. Dos sacerdotes se arrodillaron a derecha e izquierda, teniendo cada uno de ellos uno de sus piececitos, mientras el que realizaba la operación se arrodilló delante del Niño. Descubrieron la piedra octogonal y levantaron la placa metálica para tener a mano las tres cajas de ungüento; había allí aguas para las heridas. Tanto el mango como la hoja del cuchillo eran de piedra. El mango era pardo y pulido; tenía una ranura por la que se hacía entrar la hoja, de color amarillento, que no me pareció muy filosa. La incisión fué hecha con la punta curva del cuchillo. El sacerdote hizo uso también de la uña cortante de su dedo. Exprimió la sangre de la herida y puso encima el ungüento y otros ingredientes que sacó de las cajas. La cuidadora tomó al Niño y después de haber vendado la herida lo envolvió de nuevo en sus pañales. Esta vez le fueron fajados los brazos que antes llevaba libres y le pusieron en torno de la cabeza el velo que lo cubría anteriormente.

Después de esto el Niño fué puesto de nuevo sobre la piedra octogonal y recitaron otras oraciones.

El ángel había dicho a José que el Niño debía llamarse Jesús; pero el sacerdote no aceptó al principio ese nombre y por eso se puso a rezar. Vi entonces a un ángel que se le aparecía y le mostraba el nombre de Jesús sobre un cartel parecido al que más tarde estuvo sobre la cruz del Calvario. No sé en realidad si el ángel fué visto por él o por otro sacerdote: lo cierto es que lo vi muy emocionado escribiendo ese nombre en un pergamino, como impulsado por una inspiración de lo alto. El Niño Jesús lloró mucho después de la ceremonia de la circuncisión. He visto que José lo tomaba y lo ponía en brazos de María, que se había quedado en el fondo de la gruta con dos mujeres más. María tomó al Niño, llorando, se retiró al fondo donde se hallaba el pesebre, se sentó cubierta con el velo y calmó al Niño dándole el pecho. José le entregó los pañales teñidos en sangre. Se recitaron nuevamente oraciones y se cantaron salmos. La lámpara ardía, aunque había amanecido completamente. Poco después la Virgen se aproximó con el Niño y lo puso en la piedra octogonal. Los sacerdotes inclinaron hacia ella sus manos cruzadas sobre la cabeza del Niño, y luego se retiró María con el Niño Jesús. Antes de marcharse los sacerdotes comieron algo en compañía de José y de dos pastores bajo la enramada. Supe después que todos los que habían asistido a la ceremonia eran personas buenas y que los sacerdotes se convirtieron y abrazaron la doctrina del Salvador. Entre tanto, durante toda la mañana se distribuyeron regalos a los pobres que acudían a la puerta de la gruta. Mientras duró la ceremonia el asno estuvo atado en sitio aparte.

Hoy pasaron por la puerta unos mendigos sucios y harapientos, llevando envoltorios, procedentes del valle de los pastores: parecía que iban a Jerusalén para alguna fiesta. Pidieron limosna con mucha insolencia, profiriendo maldiciones e injurias cerca del pesebre, diciendo que José no les daba bastante. No supe quienes eran, pero me disgustó grandemente su proceder. Durante la noche siguiente he visto al Niño a menudo desvelado a causa de sus dolores, y que lloraba mucho. María y José lo tomaban en brazos uno después de otro y lo paseaban alrededor de la gruta tratando de calmarlo.

LII

Isabel acude a la gruta de Belén

Lunes, Diciembre 3. — Esta noche vi a Isabel montada en un asno, conducido por un viejo criado en camino de Juta a la gruta de Belén. José la recibió afectuosamente y María la abrazó con un sentimiento de indecible alegría. Isabel estrechó al Niño contra su pecho, derramando lágrimas de júbilo. Le prepararon un lecho cerca del sitio donde había nacido Jesús. Delante de él había un banquillo alto como el de aserrador, sobre el cual había un cofre pequeño donde solían colocar al Niño Jesús. Debía ser una costumbre que usaban con los niños, pues ya había visto en casa de Ana a María en su primera infancia reposando en un banquillo parecido.

Martes, Diciembre 4. — Anoche y durante el día de hoy vi a María e Isabel sentadas juntas en afectuosa conversación. Yo me hallaba tan cerca de ellas que escuchaba sus palabras con sentimiento de viva alegría. La Virgen contó a su prima todo lo que había sucedido hasta entonces y cuando habló de lo que había sufrido buscando un albergue en Belén, Isabel lloró muy conmovida. Le dijo muchas cosas referentes al nacimiento de Jesús. Le explicó que en el momento de la anunciación, su espíritu se había sentido arrebatado durante diez minutos, teniendo la sensación de que su corazón se duplicaba y que un bienestar indecible entraba en ella llenándola por completo. En el momento del nacimiento, se había sentido también arrebatada con la sensación que los ángeles la llevaban arrodillada por los aires y le había parecido que su corazón se dividía en dos partes y que una mitad se separaba de la otra. Durante diez minutos había perdido el uso de los sentidos. Luego sintió un vacío interior y un inmenso deseo de la felicidad infinita que hasta aquel momento había habitado en ella y que ya no estaba más. Había visto delante de sí una luz deslumbradora, en medio de la cual su Niño había parecido crecer ante sus ojos. En ese momento lo vió moverse y lo oyó llorar. Volviendo en sí lo levantó de la colcha y lo estrechó contra su pecho, pues al principio había creído estar soñando y no se había atrevido a tocar al Niño rodeado de tanta luz. Dijo no haberse dado cuenta del momento en que el Niño se había separado de ella. Isabel le contestó: "En vuestro alumbramiento habéis gozado favores que no tienen las demás mujeres. El nacimiento de mi Juan fué también lleno de

dulzura, pero todo se realizó en forma muy diversa". Esto es lo que recuerdo de sus pláticas.

Al caer la tarde María se ocultó nuevamente con el Niño, acompañada de Isabel, en la caverna lateral, vecina a la gruta del pesebre; me parece que permanecieron allí toda la noche. María procedió así porque muchas personas de distinción acudían de Belén al pesebre por pura curiosidad, y no quiso mostrarse a ellas. Hoy vi a María saliendo con el Niño de la gruta del pesebre, yendo a otra que está a la derecha. La entrada es estrecha y unos catorce escalones inclinados llevan primero a una pequeña cueva y después a una habitación subterránea más amplia que la gruta del pesebre. José la separó en dos partes por medio de una colcha que suspendió de la techumbre. La parte contigua a la entrada era semicircular y la otra cuadrada. La luz no venía de arriba, sino de aberturas laterales que atravesaban una roca muy ancha. Unos días antes había visto a un hombre sacar de aquella gruta haces de leña y de paja y paquetes de cañas como los que usaba José para hacer fuego. Fué un pastor el que hizo este servicio. Esta gruta era más amplia y clara que la del pesebre. El asno no estaba en ella. Vi al Niño Jesús acostado en una gamella abierta en la roca. En los días precedentes ví a María a menudo junto a algunos visitantes mostrándoles al Niño cubierto con un velo y teniendo sólo un paño alrededor del cuerpo. Otras veces lo veía del todo fajado. He visto que la cuidadora que había asistido a la circuncisión venía a menudo a visitar al Niño. María le daba casi todo lo que traían los visitantes para que ella lo distribuyera entre los pobres del lugar y de Belén.

LIII

Los países de los Reyes Magos

Vi el nacimiento de Jesucristo anunciado a los Reyes Magos. He visto a Mensor y a Sair: estaban en el país del primero y observaban los astros, después de haber hecho los preparativos del viaje. Observaban la estrella de Jacob desde lo alto de una torre piramidal. Esta estrella tenía una cola que se dilató ante sus ojos, y vieron a una Virgen brillante, delante de la cual, en medio del aire, se veía un Niño luminoso. Al lado derecho del Niño brotó una rama, en cuya extremidad apareció, como una flor, una pequeña torre con varias entradas que acabó por trans-

formarse en ciudad. Inmediatamente después de esta aparición los dos Reyes se pusieron en marcha. Teokeno, el tercero de los Reyes, que vivía más hacia el oriente, a dos días de viaje, tuvo igual aparición, a la misma hora, y partió en seguida aceleradamente para reunirse con sus dos amigos, a los que encontró en en camino(*).

Me dormí con gran deseo de encontrarme en la gruta del pesebre, cerca de la Madre de Dios, con el ansia de que ella me diera al Niño Jesús para tenerlo en mis brazos algún tiempo y estrecharlo contra mi corazón. Me acerqué a la gruta del pesebre. Era de noche. José dormía apoyado en el brazo derecho, en su aposento, cerca de la entrada. María estaba despierta, sentada en su sitio de costumbre, cerca del pesebre, teniendo al pequeño Jesús a su pecho, cubierta con un velo. Me arrodillé allí y le adoré, sintiendo un gran deseo de ver al Niño. ¡Ah, María bien lo sabía! ¡Ella lo sabe todo y acoge todo lo que se le pide con bondad muy conmovedora, siempre que se rece con fe sincera! Pero ahora estaba silenciosa, en recogimiento; adoraba respetuosamente a Aquél de quien era Madre. No me dió al Niño, porque creo lo estaba amamantando. En su lugar, yo hubiera hecho lo mismo. Mi ansia crecía más y se confundía con el de todas las almas que suspiraban por el Niño Jesús. Pero esta ansia mía no era tan pura, tan inocente ni tan sincera como la del corazón de los buenos Reyes Magos del Oriente, que lo habían aguardado desde siglos en las personas de sus antepasados, creyendo, esperando y amando. Así fué que mi deseo se volvió hacia ellos. Cuando acabé de rezar, me deslicé respetuosamente fuera de la gruta y fuí llevada por un largo camino hasta el cortejo de los Reyes Magos.

A través del camino he visto muchos países, moradas y gentes con sus trajes, sus costumbres y su culto; pero casi todo se me ha ido de la memoria. Fuí llevada al Oriente a una región donde nunca había estado, casi toda estéril y arenosa. Cerca de unas colinas habitaban en cabañas, bajo enramadas, pequeños grupos de hombres. Eran familias aisladas de cinco a ocho personas. El techo de ramas se apoyaba en la colina donde habían cavado las habitaciones. Esta región no producía casi nada; sólo brotaban zarzales y algún arbolillo con capullos de algodón blanco. En otros árboles más grandes colocaban a sus ídolos. Aquellos

(*) Esta visión fué relatada el 25 de Noviembre. Se intercala en estas páginas para mantener la ilación de las escenas relacionadas con la visita de los Reyes Magos.

hombres vivían aún en estado salvaje. Me pareció que se alimentaban de carne cruda, especialmente de pájaros y se dedicaban al latrocinio. Eran de color cobrizo y tenían los cabellos rojos como el pelo de zorro. Eran bajos, macizos, más bien gordos que flacos; eran muy hábiles, activos y ágiles. En sus habitaciones no había animales domésticos ni tenían rebaños. Confeccionaban una especie de colchas con algodón que recogían de sus pequeños árboles. Hilaban largas cuerdas del espesor de un dedo que luego trenzaban para hacer anchas tiras de tejidos. Cuando habían preparado cierta cantidad ponían sobre sus cabezas grandes atados de colchas e iban a venderlas a la ciudad. También he visto sus ídolos en varios lugares, bajo frondosos árboles: tenían cabeza de toro con cuernos y boca grande; en el cuerpo agujeros redondos y más abajo una abertura ancha donde encendían fuego para quemar las ofrendas colocadas en otras aberturas más pequeñas. Alrededor de cada árbol, bajo los cuales había ídolos, veíanse otras figuras de animales sobre columnitas de piedra. Eran pájaros, dragones y una figura que tenía tres cabezas de perro y una cola de serpiente arrollada sobre si misma.

Al comenzar el viaje tuve la idea de que había gran cantidad de agua a mi derecha y que me alejaba cada vez más de ella. Pasada esta región, el sendero subía siempre. Atravesé la cresta de una montaña de arena blanca donde había gran cantidad de piedrecillas negras quebradas semejantes a fragmentos de jarrones y escudillas. Del otro lado bajé a una región cubierta de árboles que parecían alineados en orden perfecto. Algunos de estos árboles tenían el tronco cubierto de escamas; las hojas eran extraordinariamente grandes. Otros eran de forma piramidal, con grandes y hermosas flores. Estos últimos tenían hojas de un verde amarillento y ramas con capullos. He visto otros árboles con hojas muy lisas, en forma de corazón.

Llegué después a un país de praderas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en medio de alturas. Había allí innumerables rebaños. Los viñedos crecían alrededor de las colinas. Había filas de cepas sobre terrazas con pequeños vallados de ramas para protegerlas. Los dueños de los rebaños habitaban en carpas, cuya entrada estaba cerrada por medio de zarzos livianos. Aquellas carpas estaban hechas con tejido de lana blanca fabricado por los pueblos más salvajes que había visto antes. En el centro había una gran carpa rodeada de muchas otras pequeñas. Los rebaños, separados en clases, vagaban por extensos prados divididos por setos de zarzales. Había diferentes

tipos de rebaños: carneros cuya lana colgaba en largas trenzas, con grandes colas lanudas; otros animales muy ágiles, con cuernos, como los de los chivos, grandes como terneros; otros tenían el tamaño de los caballos que corren en libertad en nuestras praderas. Había también manadas de camellos y animales de la misma especie pero con dos jorobas. En un recinto cerrado vi elefantes blancos y algunos manchados: estaban domesticados y servían para los trabajos ordinarios. Esta visión fué interrumpida tres veces por diversas circunstancias, pero volví siempre a ella. Aquellos rebaños y pastizales pertenecían, según creo, a uno de los Reyes Magos que se hallaba entonces de viaje; me parece que eran del Mey Mensor y sus parientes. Habían sido puestos al cuidado de otros pastores subalternos que vestían chaquetas largas hasta las rodillas, más o menos de la forma de las de nuestros campesinos, pero más estrechas. Creo que por haber partido el jefe para un largo viaje todos los rebaños fueron revisados por inspectores, y los pastores subalternos tuvieron que decir la cantidad exacta, pues he podido ver a cierta gente, cubierta de grandes abrigos, venir de cuando en cuando para tomar nota de todo. Se instalaban en la gran carpa principal y central y hacían desfilar a todos los rebaños entre esta carpa y las más pequeñas. Así se examinaba y contaba todo. Los que hacían las cuentas tenían en las manos una especie de tablilla, no sé de qué materia, sobre la cual escribían. Viendo esto, me decía: "¡Ojalá pudieran nuestros obispos examinar con el mismo cuidado los rebaños confiados a los pastores subalternos!" Cuando después de la última interrupción de esta visión volví a estas praderas, era ya de noche. La mayor parte de los pastores descansaban bajo carpas pequeñas. Sólo algunos velaban caminando de un lado a otro en torno a las reses, encerradas, según su especie, en grandes recintos separados. Yo miraba con afecto estos rebaños que dormían en paz pensando que pertenecían a hombres, los cuales habían abandonado la contemplación de los azules prados del cielo, sembrados de estrellas, y habían partido siguiendo el llamado de su Creador Todopoderoso, como fieles rebaños, para seguirlo con más obediencia que los corderos de esta tierra siguen a sus pastores terrenales. Veía a los pastores que miraban más a menudo las estrellas del cielo que sus rebaños de la tierra. Yo pensaba: "Tienen razón en levantar los ojos asombrados y agradecidos hasta el cielo mirando hacia donde sus antepasados, desde hace siglos, perseverando en la espera y en la oración, no han cesado de levantar sus miradas".

El buen pastor que busca la oveja perdida, no descansa hasta haberla encontrado y traído de nuevo. Lo mismo acaba de hacer el Padre que está en los cielos, el verdadero pastor de los innumerables rebaños de estrellas extendidos en la inmensidad. Al pecar el hombre, a quien Dios había sometido toda la tierra, Dios maldijo a ésta en castigo de su crimen; fué a buscar al hombre caído en la tierra, su residencia, como a una oveja perdida; envió desde lo alto del cielo a su Hijo único para que se hiciera hombre, guiara a aquella oveja descaminada, tomara sobre Él todos sus pecados en calidad de Cordero de Dios, y, muriendo, diera satisfacción a la justicia divina. Y este advenimiento del Redentor había tenido lugar. Los reyes de aquel país, guiados por una estrella, habían partido la noche anterior para rendir homenaje al Salvador recién nacido. Por causa de esto, los que velaban sobre los rebaños, miraban con emoción los prados celestiales y oraban; pues el Pastor de los pastores acababa de bajar de los cielos, y fué a los pastores, antes que a nadie, a quienes había anunciado su venida.

INDICE

Tercera Parte

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

EPOCA PRIMERA

Desde el nacimiento de María Santísima hasta la muerte de San José

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del

R. P. JOSÉ FUCHS, S. D. B.

TOMO SEGUNDO
LIBRO II

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO
VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

México, D. F.

Licencia Eclesiástica

Se publica al amparo del Decreto de 15 de noviembre de 1966, publicado en el ACTO APOSTOLICAE SEDIS, Vol. 58, No. 16, del 29 de Diciembre de 1966.

CUARTA PARTE

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

LIV
La comitiva de Teokeno

Mientras yo contemplaba la inmensa llanura, el silencio de la noche fué interrumpido por el ruído que producía un grupo de hombres que llegaban apresuradamente montados en camellos. El cortejo, pasando a lo largo de los rebaños que descansaban, se dirigió rápidamente hacia la carpa central. Algunos camellos se despertaban aquí y allá e inclinaban sus largos cuellos hacia la comitiva que pasaba. Se oía el balar de los corderos, interrumpidos en su sueño. Algunos de los recién llegados bajaron de sus monturas y despertaban a los pastores que dormían. Los vigías más próximos se juntaron al cortejo. Pronto todos estuvieron en pie y en movimiento en torno de los viajeros. La gente conversaba mirando al cielo e indicando las estrellas. Se referían a un astro o a una aparición celeste que ya no se percibía más, pues yo misma ya no pude verla. Era el cortejo de Teokeno, el tercero de los Reyes Magos que habitaba más lejos. Había visto en su patria la misma aparición en el cielo que vieron sus compañeros y de inmediato se puso en camino. Ahora preguntaba cuánta ventaja le llevaban de camino Mensor y Sair, y si aún se veía la estrella que había tomado como guía. Cuando hubo

recibido los informes necesarios, continuó su viaje sin detenerse mayormente. Este era el lugar donde los tres Reyes, que vivían muy lejos uno de otro, solían reunirse para observar los astros y en su cercanía se hallaba la torre piramidal en cuya cumbre hacían observaciones. Teokeno era entre los tres el que habitaba más lejos. Vivía más allá del país donde residió Abrahán al principio, y se había establecido alrededor de esa comarca.

En los intervalos entre las visiones que tuve tres veces, durante este día, relativas a lo que sucedía en la gran llanura de los rebaños, me fueron mostradas diversas cosas sobre los países donde había vivido Abrahán: he olvidado la mayor parte. Vi una vez, a gran distancia, la altura donde Abrahán debía sacrificar a su hijo Isaac. La primera morada de Abrahán se hallaba situada sobre una gran elevación, y los países de los tres Reyes Magos eran más bajos y estaban alrededor de aquel lugar de Abrahán. Otra vez vi, muy claramente, a pesar de ocurrir muy lejos, el hecho de Agar y de Ismael en el desierto. Relato lo que pude ver de esto. A un lado de la montaña de Abrahán, hacia el fondo del valle, he visto a Agar con su hijo errando en medio de los matorrales. Parecía estar fuera de si. El niño era todavía muy pequeño y tenía un vestido largo. Ella andaba envuelta en un largo manto que le cubría la cabeza y debajo llevaba un vestido corto con un corpiño ajustado. Puso al niño bajo un árbol cerca de una colina y le hizo unas marcas en la frente, en la parte superior del brazo derecho, en el pecho y en la parte alta del brazo izquierdo. No vi la marca de la frente; pero las otras, hechas sobre el vestido, permanecieron visibles y parecían trazadas en rojo. Tenían la forma de una cruz, no común, sino parecida a una de Malta que llevara en el centro un círculo, del que partían los cuatro triángulos que formaban la cruz. En cada uno de los triángulos Agar escribió unos signos o letras en forma de gancho, cuyo significado no pude comprender. En el círculo del centro trazó dos o tres letras. Hizo todo el dibujo muy rápidamente con un color rojo que parecía tener en la mano y que quizás era sangre. Se apartó de allí, levantando sus ojos al cielo, sin mirar el lugar donde dejaba a su hijo, y fué a sentarse a la sombra de un árbol como a la distancia de un tiro de fusil. Estando allí oyó una voz en lo alto; se apartó más aún del lugar primero, y habiendo escuchado la voz por segunda vez dió con una fuente de agua oculta entre el follaje. Llenó de agua su odre, y volviendo de nuevo al lado de su hijo, le dió de beber; luego lo llevó consigo junto a la fuente, y encima del vestido que

tenía las marcas hechas, le puso otra vestimenta. Me parece haber visto otra vez a Agar en el desierto antes del nacimiento de Ismael.

Al amanecer(*), el acompañamiento de Teokeno alcanzó a unirse al de Mensor y de Sair cerca de una población en ruínas. Se veían allí largas filas de columnas, aisladas unas de otras, y puertas coronadas por torrecitas cuadradas, todo medio derruído. Aún se veían algunas grandes y hermosas estatuas, no tan rígidas como las de Egipto, sino en graciosas actitudes, cual si fueran vivientes. En general el país era arenoso y lleno de rocas. He visto que en las ruínas de la ciudad se habían establecido gentes que más bien parecían bandoleros y vagabundos; como único vestido llevaban pieles de animales echadas sobre el cuerpo y tenían armas de flechas y venablos. Aunque eran de estatura baja y gruesos, eran ágiles en gran manera; tenían la piel tostada. Creía reconocer este lugar por haber estado antes, en ocasión de mis viajes a la montaña de los profetas y al país del Ganges. Cuando se encontraron reunidos los tres Reyes, dejaron el lugar por la mañana muy temprano, con ánimo de continuar viaje con apuro. He visto que muchos habitantes pobres siguieron a los Reyes, por la liberalidad con que los trataban. Después de otro medio día de viaje se detuvieron. Después de la muerte de Jesucristo, el apóstol San Juan envió a dos de sus discípulos, Saturnino y Jonadab (medio hermano de San Pedro) para anunciar el Evangelio a los habitantes de la ciudad en ruínas(**).

LV

Nombres de los Reyes Magos

Cuando estuvieron juntos los tres Reyes Magos, he visto que el último, Teokeno, tenía la piel amarillenta: lo reconocí porque era el mismo que unos treinta y dos años más tarde se encontraba en su tienda enfermo al visitar Jesús a estos Reyes en su residencia, cerca de la Tierra prometida. Cada uno de los Reyes Magos llevaba consigo a cuatro parientes cercanos o amigos más íntimos, de modo que en el cortejo había como unas quince personas de alto rango sin contar la muchedumbre de camelleros y

(*) Relatado entre el 26 y el 28 de Noviembre.

(**) Según la tradición San Saturnino predicó en el país de los Medos. La vidente vió que los Reyes pasaban el día del santo, de quien conservaba una reliquia.

de otros criados. Reconocí a Eleazar, que más tarde fué mártir, entre los jóvenes que acompañaban a los Reyes. Estaban sin ropa hasta la cintura y así podían correr y saltar con mayor agilidad. Tengo una reliquia de este santo.

Mensor, el de los cabellos negros, fué bautizado más tarde por Santo Tomás y recibió el nombre de Leandro. Teokeno, el de tez amarilla, que se encontraba enfermo cuando pasó Jesús por Arabia, fué también bautizado por Santo Tomás con el nombre de León. El más moreno de los tres, que ya había muerto cuando Jesús visitó sus tierras, se llamaba Sair o Seir. Murió con el bautismo de deseo. Estos nombres tienen relación con los de Gaspar, Melchor y Baltasar, y están en relación con el carácter personal de ellos, pues estas palabras significan: el primero, *Va con amor;* el segundo, *Vaga en torno acariciando, se acerca dulcemente;* el tercero, *Recibe velozmente con la voluntad, une rápidamente su querer a la voluntad de Dios*(*).

Me parece haber encontrado reunido por primera vez el cortejo de los tres Reyes a una distancia como de medio día de viaje, más allá de la población en ruínas donde había visto tantas columnas y estatuas de piedra. El punto de reunión era una comarca fértil. Se veían casas de pastores diseminadas, construídas con piedras blancas y negras. Llegaron a una llanura, en medio de la cual había un pozo y amplios cobertizos: tres en el centro y varios alrededor. Parecía un sitio preparado para descanso de los caminantes. Cada acompañamiento estaba compuesto de tres grupos de hombres. Cada uno comprendía cinco personajes de distinción, entre ellos el rey, o jefe, que ordenaba, arreglaba y distribuía todo como un padre de familia. Los hombres de cada grupo tenían tez de diferente color. Los hombres de la tribu de Mensor eran de un color moreno agradable; los de Sair eran mucho más morenos, y los de Teokeno eran de tez más clara y amarillenta. A excepción de algunos esclavos, no había allí ninguno de piel totalmente negra. Las personas de distinción iban sentadas en sus cabalgaduras, sobre envoltorios cubiertos de alfombras, y en la mano llevaban bastones. A éstos seguían otros animales del tamaño de nuestros caballos, montados por criados y esclavos que cargaban los equipajes. Cuando llegaron, desmontaron, descargaron a los animales, les daban de beber del agua del pozo, rodeado de un pequeño terraplén, sobre el cual había un muro con tres entradas abiertas. En ese recinto se en-

(*) El célebre cristólogo Sepp acepta esta etimología: dice que el primer nombre es índico; el segundo, persa, y el tercero, árabe.

contraba el pozo de agua en sitio más bajo. El agua salía por tres conductos que se cerraban por medio de clavijas, y el depósito, a su vez, estaba cerrado con una tapa que fué abierta por uno de los hombres de aquella ciudad en ruínas, agregado al cortejo. Llevaban odres de cuero divididos en cuatro compartimentos, de modo que cuando estaban llenos podían beber cuatro camellos a la vez. Eran tan cuidadosos del agua, que no dejaban perdar ni una gota. Después de haber bebido fueron instalados los animales en recintos sin techo, cerca del pozo, donde cada uno tenía su compartimento. Pusieron a las bestias delante de los comederos de piedra donde se les dió el forraje que habían traído. Les daban de comer unas semillas del tamaño de bellotas, quizás habas. Traían como equipaje jaulones colgando de ambos lados de las bestias, en los cuales tenían pájaros como palomas o pollos, de los cuales se alimentaban durante el viaje. En unos recipientes de hierro traían panes como tablitas apretadas unas contra otras del mismo tamaño. Llevaban vasos valiosos de metal amarillo, con adornos y piedras preciosas. Tenían la forma de nuestros vasos sagrados, cálices y patenas. En ellos presentaban los alimentos o bebían. Los bordes de estos vasos estaban adornados con piedras de color rojo. Los vestidos de estos hombres no eran iguales. Los hombres de Teokeno y los de Mensor llevaban sobre la cabeza una especie de gorro alto, con tira de género blanco enrollado; sus túnicas bajaban a la altura de las pantorrillas y eran simples con ligeros adornos sobre el pecho. Tenían abrigos livianos, muy largos y amplios, que arrastraban al caminar. Sair y los suyos llevaban bonetes con cofias redondas bordadas de diferentes colores y pequeño rodete blanco. Sus abrigos eran más cortos y sus túnicas, llenas de lazos, con botones y adornos brillantes, descendían hasta las rodillas. A un lado del pecho llevaban por adorno una placa estrellada y brillante. Todos calzaban suelas sujetas por cordones que les rodeaban los tobillos. Los principales personajes tenían en la cintura sables cortos o grandes cuchillos; llevaban también bolsas y cajitas. Había entre ellos hombres de cincuenta años, de cuarenta, de veinte; unos usaban la barba larga, otros corta. Los servidores y camelleros vestían con tanta escasez, que muchos de ellos sólo llevaban un pedazo de género o algún viejo manto.

Cuando hubieron dado de beber a los animales y los encerraron, bebieron los hombres e hicieron un gran fuego en el centro del cobertizo donde se habían refugiado. Utilizaron para el fuego pedazos de madera de más o menos dos pies y medio de

largo que los pobres del país traen en haces preparados de antemano para los viajeros. Hicieron una hoguera de forma triangular, dejando una abertura para el aire. Hicieron todo esto con mucha habilidad. No sé cómo consiguieron hacer fuego; pero vi que pusieron un pedazo de madera dentro de otro perforado y le dieron vueltas algún tiempo, retirándolo luego encendido. De este modo hicieron fuego. Asaron algunos pájaros que habían matado. Los Reyes y los más ancianos hacían cada uno en su tribu lo que hace un padre de familia: repartían las raciones y daban a cada uno la suya; colocaban los pájaros asados, cortados en pedazos, sobre pequeños platos, y los hacían circular. Llenaban las copas y daban de beber a cada uno. Los criados subalternos, entre ellos algunos negros, estaban sentados sobre tapetes en el suelo. Esperaban con paciencia su turno y recibían su porción. Me parecieron esclavos. ¡Qué admirables son la bondad y la simplicidad inocente de estos excelentes Reyes!... A la gente que va con ellos le dan de todo lo que tienen y hasta le hacen beber en sus vasos de oro, llevándolos a sus labios como si fueran niños.

Hoy he sabido muchas cosas acerca de los Reyes Magos, especialmente el nombre de sus países y ciudades; pero lo he olvidado casi todo. Aún recuerdo lo siguiente: Mensor, el moreno, era de Caldea y su ciudad tenía un nombre como Acaiaia(*): estaba levantada sobre una colina rodeada de un río. Mensor habitaba generalmente en la llanura cerca de sus rebaños. Sair, el más moreno, el de la tez cetrina, estaba ya con él preparado para partir en la noche del Nacimiento. Recuerdo que su patria tenía un nombre como de Parthermo. Al Norte del país había un lago. Sair y su tribu eran de color más oscuro y tenían los labios rojos. Los otros eran más blancos. Sólo había una ciudad más o menos del tamaño de Münster. Teokeno, el blanco, venía de la Media, comarca situada en un lugar alto, entre dos mares. Habitaba en una ciudad hecha de carpas, alzadas sobre bases de piedras: he olvidado el nombre. Me parece que Teokeno, que era el más poderoso de los tres y el más rico, habría podido ir a Belén por un camino más directo y que sólo por reunirse con los demás había hecho un largo rodeo. Me parece que tuvo que atravesar a Babilonia para alcanzarlos. Sair vivía a tres días de viaje del lugar de Mensor, calculando el día de doce leguas de camino. Teokeno se hallaba a cinco días de viaje.

(*) En el diccionario de Franke se lee: Acaiacula, fortaleza sobre las islas del Eufrates, en la Mesopotamia.

Mensor y Sair estaban ya reunidos en casa del primero cuando vieron la estrella del nacimiento de Jesús y se pusieron en camino al día siguiente. Teokeno vió la misma aparición desde su residencia y partió rápidamente para reunirse a los dos Reyes, encontrándose en la población en ruínas. La estrella que los guiaba era como un globo redondo y la luz salía como de una boca. Parecía que el globo estuviera suspendido de un rayo luminoso dirigido por una mano. Durante el día yo veía delante de ellos un cuerpo luminoso cuya claridad sobrepasaba la luz del sol. Me asombra la rapidez con que hicieron el viaje, considerando la gran distancia que los separaba de Belén. Los animales tenían un paso tan rápido y uniforme que su marcha parecía tan ordenada, veloz e igual como el vuelo de una bandada de aves de paso. Las comarcas donde habitaban los tres Reyes Magos formaban en conjunto un triángulo. La caravana permaneció hasta la noche en el lugar donde los había visto detenerse. Las personas que se les agregaron ayudaron a cargar de nuevo las bestias y se llevaron luego las cosas que dejaron abandonadas allí los viajeros. Cuando se pusieron en camino, ya era de noche, y se veía la estrella, con una luz algo rojiza como la luna cuando hay mucho viento. Durante un tiempo marcharon junto a sus animales, con la cabeza descubierta, recitando sus plegarias. El camino estaba muy quebrado y no se podía ir de prisa; sólo más tarde, cuando el camino se hizo llano, subieron a sus cabalgaduras. Por momentos hacían la marcha más lenta y entonces entonaban unos cantos muy expresivos y conmovedores en medio de la soledad de la noche.

En la noche del 29 al 30 me encontré nuevamente muy próximo al cortejo de los Reyes. Estos avanzaban siempre en medio de la noche en pos de la estrella, que a veces parecía tocar la tierra con su larga cola luminosa. Los Reyes miran la estrella con tranquila alegría. A veces descienden de sus cabalgaduras para conversar entre ellos. Otras veces, con melodía lenta, sencilla y expresiva, cantan alternativamente frases cortas, sentencias breves, con notas muy altas o muy bajas. Hay algo de extraordinariamente conmovedor en estos cantos, que interrumpe el silencio nocturno, y yo siento profundamente su significado. Observan un orden muy hermoso mientras avanzan en su camino. Adelante marcha un gran camello que lleva de cada lado cofres, sobre los cuales hay amplias alfombras y encima está sentado un jefe con su venablo en la mano y una bolsa a su lado. Le siguen algunos animales más pequeños, como caballos

o asnos, y encima del aquipaje, los hombres que dependen de este jefe. Viene después otro jefe sobre otro camello y así sucesivamente. Los animales andan con rapidez, a grandes trancos, aunque ponen las patas en tierra con precaución; sus cuerpos parecen inmóviles mientras sus patas están en movimiento. Los hombres se muestran muy tranquilos, como si no tuvieran preocupaciones. Todo procede con tanta calma y dulzura que parece un sueño. Estas buenas gentes no conocen aún al Señor y van hacia Él con tanto orden, con tanta paz y buena voluntad, mientras nosotros, a quienes Él ha salvado y colmado de beneficios con sus bondades, somos muy desordenados y poco reverentes en nuestras santas procesiones. Se detuvieron nuevamente en una llanura cerca de un pozo. Un hombre que salió de una cabaña de la vecindad abrió el pozo y dieron de beber a los animales, deteniéndose sólo un rato sin descargarlas.

Estamos ya en el día 30. He vuelto a ver al cortejo ascendiendo una alta meseta. A la derecha se veían montañas, y me pareció que se acercaban a una región con poblaciones, fuentes y árboles. Me pareció el país que había visto el año pasado, y aún recientemente, hilando y tejiendo algodón, donde adoraban ídolos en forma de toros. Volvieron a dar con mucha generosidad alimento a los numerosos viajeros que seguían a la comitiva; pero no utilizaron los platos y bandejas; lo que me causó alguna sorpresa. Era un Sábado, primer día del mes.

LVI

Llegan al país del rey de Causur

He vuelto a ver a los Reyes en las inmediaciones de una ciudad, cuyo nombre me suena como Causur. Esta población se componía de carpas levantadas sobre bases de piedra. Se detuvieron en casa del jefe o rey del país, cuya habitación se encontraba a alguna distancia. Desde que se habían reunido en la población en ruínas hasta aquí, habían andado cincuenta y tres o sesenta y tres horas de camino. Contaron al rey del lugar todo lo que habían observado en las estrellas y este rey se asombró mucho del relato. Miró hacia el astro que les servía de guía y vió, en efecto, a un Niñito en él con una cruz. Pidió a los Reyes volvieran a contarle lo que vieren, porque él también deseaba levantar altares al Niño y ofrecerle sacrificios. Tengo curiosidad de ver si cumplirá su palabra. Era Domingo, día 2.

Oí que hablaban al rey de sus observaciones astrales, y de esa conversación recuerdo lo siguiente: Los antepasados de los Reyes eran de la estirpe de Job, que antiguamente había habitado cerca del Cáucaso, aunque tenía posesiones en comarcas muy lejanas. Más o menos 1500 años antes de Cristo aquella raza no se componía más que de una tribu. El profeta Balaam era de su país y uno de sus discípulos había dado a conocer allí su profecía: "Una estrella ha de nacer de Jacob;" dando las instrucciones al respecto. Su doctrina se había extendido mucho entre ellos. Levantaron una torre alta en una montaña y varios astrólogos se turnaban en ella alternativamente. He visto esa torre, parecida a una montaña, muy ancha en su base y terminada en punta. Todo lo que observaban era anotado y pasaba luego de boca en boca. Estas observaciones sufrieron repetidas interrupciones debido a diversas causas. Más tarde se introdujeron prácticas execrables, como el sacrificio de niños, aunque conservaban la creencia de que el Niño prometido llegaría pronto. Alrededor de cinco siglos antes de Cristo cesaron estas observaciones y aquellos hombres se dividieron en tres ramas diferentes, formadas por tres hermanos que vivieron separados con sus familias. Tenían tres hijas a las que Dios había concedido el don de profecía, las cuales recorrieron el país vestidas de largos mantos, haciendo conocer las predicciones relativas a la estrella y al Niño que debía salir de Jacob.

Se dedicaron desde entonces nuevamente a observar los astros y la expectación se hizo muy intensa en las tres tribus. Estos tres Reyes descendían de aquellos tres hermanos a través de quince generaciones que se habían sucedido en línea recta durante quinientos años. Con la mezcla de unas razas con otras había variado también la tez de estos tres Reyes, y en el color se diferenciaban unos de otros. Desde esos cinco siglos no habían dejado de reunirse los reyes de vez en cuando para observar los astros. Todos los hechos notables relacionados con el nacimiento de Jesús y el advenimiento del Mesías les habían sido indicados mediante las señales maravillosas de los astros. He visto algunas de estas señales, aunque no las puedo describir con claridad. Desde la concepción de María Santísima, es decir, desde quince años atrás, estas señales indicaban con más claridad que la venida del Niño estaba próxima. Los Reyes habían observado cosas que tenían relación con la pasión del Señor. Pudieron calcular con exactitud la epoca en que saldría la estrella de Jacob, anunciada por Balaam, porque habían visto la escala de Jacob, y,

según el número de escalones y la sucesión de los cuadros que allí se encontraban, era posible calcular el advenimiento del Mesías, como sobre un calendario, porque la extremidad de la escala llegaba hasta la estrella o bien la estrella misma era la última imagen aparecida. En el momento de la concepción de María habían visto a la Virgen con un cetro y una balanza, sobre cuyos platillos había espigas de trigo y uvas. Algo más tarde vieron a la Virgen con el Niño. Belén se les apareció como un hermoso palacio, una casa llena de abundantes bendiciones. Vieron también allí dentro a la Jerusalén celestial, y entre las dos moradas se extendía una ruta llena de sombras, de espinas, de combate y de sangre. Ellos creyeron que esto debía tomarse al pie de la letra: pensaron que el Rey esperado debía haber nacido en medio de gran pompa y que todos los pueblos le rendirían homenaje, y por esto iban con gran acompañamiento a honrarle y a ofrecerle sus dones. La visión de la Jerusalén celestial la tomaron por su reino en la tierra y pensaban encaminarse a esa ciudad. En cuanto al sendero lleno de sombras y espinas, pensaron que significaba el viaje que hacían lleno de dificultades o alguna guerra que amenazaba al nuevo Rey. Ignoraban que esto era el símbolo de la vía dolorosa de su Pasión. Más abajo, en la escala de Jacob, vieron, y yo también la vi, una torre artísticamente construída, muy semejante a las torres que veo sobre el monte de los Profetas, y donde la Virgen se refugió una vez durante una tormenta. Ya no recuerdo lo que esto significaba; pero podría ser la huída a Egipto. Sobre la escala de Jacob había una serie de cuadros, símbolos figurativos de la Virgen, algunos de los cuales se encuentran en las Letanías, y además "la fuente sellada", el jardín cerrado, como asimismo unas figuras de reyes entre los cuales uno tenía un cetro y los otros ramas de árboles. Estos cuadros los veían en las estrellas continuamente durante las tres últimas noches. Fué entonces que el principal envió mensajes a los otros; y viendo a unos reyes que presentaban ofrendas al Niño recién nacido, se pusieron en camino para no ser los últimos en rendirle homenaje. Todas las tribus de los adoradores de astros habían visto la estrella; pero sólo estos Reyes Magos se decidieron a seguirla. La estrella que los guiaba no era un cometa, sino un meteoro brillante, conducido por un ángel.

Estas visiones fueron causa de que partieran con la esperanza de hallar grandes cosas, quedando después muy sorprendidos al no encontrar nada de lo que pensaban. Se admiraron de la

recepción de Herodes y de que todo el mundo ignorase el acontecimiento. Al llegar a Belén y al ver una pobre gruta en lugar del palacio que habían contemplado en la estrella, estuvieron tentados por muchas dudas; no obstante, conservaron su fe, y ya ante el Niño Jesús, reconocieron que lo que habían visto en la estrella se estaba realizando. Mientras observaban las estrellas hacían ayuno, oraciones, ceremonias y toda clases de abstinencias y purificaciones. El culto de los astros ejercía en la gente mala toda clase de influencias perniciosas por su relación con los espíritus malignos. En los momentos de sus visiones eran presas de convulsiones violentas, y como consecuencia de éstas agitaciones tenían lugar los sacrificios sangrientos de niños. Otras personas buenas, como los Reyes Magos, veían todas estas cosas con claridad serena y con agradable emoción, y se volvían mejores y más creyentes.

Cuando los Reyes dejaron a Causur, he visto que se unió a ellos una caravana de viajeros distinguidos que seguía el mismo derrotero. El 3 y el 4 del mes vi que atravesaban una llanura extensa, y el 5 se detuvieron cerca de un pozo de agua. Allí dieron de beber a sus bestias, sin descargarlas, y prepararon algunos alimentos. Canto con estos Reyes. Ellos lo hacen agradablemente, con palabras como éstas: "Queremos pasar las montañas y arrodillarnos ante el nuevo Rey". Improvisan y cantan versos alternativamente. Uno de ellos empieza y los otros repiten; luego otro dice una nueva estrofa, y así prosiguen, mientras cabalgan, cantando sus melodías dulces y conmovedoras.

En el centro de la estrella o, mejor, dentro del globo luminoso, que les indicaba el camino, vi aparecer un Niño con la cruz. Cuando los Reyes vieron la aparición de la Virgen en las estrellas, el globo luminoso se puso encima de esta imagen, poniéndose prontamente en movimiento.

LVII

La Virgen Santísima presiente la llegada de los Reyes

María había tenido una visión de la próxima llegada de los Reyes, cuando éstos se detuvieron con el rey de Causur, y vió también que este rey quería levantar un altar para honrar al Niño. Comunicólo a José y a Isabel, diciéndoles que sería preciso vaciar cuanto se pudiera la gruta del Pesebre y preparar la recepción de los Reyes. María se retiró ayer de la gruta por

causa de unos visitantes curiosos, que acudieron muchos más en estos últimos días. Hoy Isabel se volvió a Juta en compañía de un criado.

Diciembre 6. — En estos dos últimos días hubo más tranquilidad en la gruta del Pesebre y la Sagrada Familia permaneció sola la mayor parte del tiempo. Una criada de María, mujer de unos treinta años, grave y humilde, era la única persona que los acompañaba. Esta mujer, viuda, sin hijos, era parienta de Ana, que le había dado asilo en su casa. Había sufrido mucho con su esposo, hombre duro, porque siendo ella piadosa y buena, iba a menudo a ver a los esenios con la esperanza del Salvador de Israel. El hombre se irritaba por esto, como hacen los hombres perversos de nuestros días, a quienes les parece que sus mujeres van demasiado a la iglesia. Después de haber abandonado a su mujer, murió al poco tiempo. Aquellos vagabundos que, mendigando, habían proferido injurias y maldiciones cerca de la gruta de Belén, e iban a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación del Templo, instituída por los Macabeos, no volvieron por estos contornos. José celebró el Sábado bajo la lámpara del Pesebre con María y la criada. Esta noche empezó la fiesta de la Dedicación del Templo y reina gran tranquilidad. Los visitantes, bastante numerosos, son gentes que van a la fiesta. Ana envía a menudo mensajeros para traer presentes e inquirir noticias. Como las madres judías no amamantan mucho tiempo a sus criaturas sino que les dan otros alimentos, así el Niño Jesús tomaba también, después de los primeros días, una papilla hecha con la médula de una especie de caña. Es un alimento dulce, liviano y nutritivo. José enciende su lámpara por la noche y por la mañana para celebrar la fiesta de la Dedicación. Desde que ha empezado la fiesta en Jerusalén, aquí están muy tranquilos.

Lunes, Diciembre 10. — Llegó hoy un criado mandado por Santa Ana trayendo, además de varios objetos, todo lo necesario para trabajar en un ceñidor y un cesto lleno de hermosas frutas cubiertas de rosas. Las flores puestas sobre las frutas conservaban toda su frescura. El cesto era alto y fino, y las rosas no eran del mismo color que las nuestras, sino de un tinte pálido y color de carne, entre otras amarillas y blancas y algunos capullos. Me pareció que le agradó a María este cesto y lo colocó a su lado.

Mientras tanto yo veía varias veces a los Reyes en su viaje. Iban por un camino montañoso, franqueando aquellas montañas donde había piedras parecidas a fragmentos de cerámica. Me agradaría tener algunas de ellas, pues son bonitas y pulidas.

Hay algunas montañas con piedras transparentes, semejantes a huevos de pájaros, y mucha arena blanquizca. Más tarde vi a los Reyes en la comarca donde se establecieron posteriormente y donde Jesús los visitó en el tercer año de su predicación. Me pareció que José, deseando permanecer en Belén, pensaba habitar allí después de la Purificación de María y que había tomado ya informes al respecto.

Diciembre 11-13. — Hace tres días vinieron algunas personas pudientes de Belén a la gruta. Ahora aceptarían de muy buena gana a la Sagrada Familia en sus casas; pero María se ocultó en la gruta lateral y José rehusó modestamente sus ofrecimientos. Santa Ana está por visitar a María. La he visto muy preocupada en estos últimos días revisando sus rebaños y haciendo la separación de la parte de los pobres y la del Templo. De la misma manera la Sagrada Familia reparte todo lo que recibe en regalos. La festividad de la Dedicación seguía aún por la mañana y por la noche y deben de haber agregado otra fiesta el día 13, pues pude ver que en Jerusalén hacían cambios en las ceremonias. Vi también a un sacerdote junto a José, con un rollo, orando al lado de una mesa pequeña cubierta con una carpeta roja y blanca. Me pareció que el sacerdote venía a ver si José celebraba la fiesta o para anunciar otra festividad. En estos últimos días la gruta estuvo muy tranquila porque no tenía visitantes.

La fiesta de la Dedicación terminó con el Sábado, y José dejó de encender las lámparas. El Domingo 16 y el Lunes 17 muchos de los alrededores acudieron a la gruta del Pesebre, y aquellos mendigos descarados se mostraron en la entrada. Todos volvían de las fiestas de la Dedicación. El 17 llegaron dos mensajeros de parte de Ana, con alimentos y diversos objetos, y María, que es más generosa que yo, pronto distribuyó todo lo que tenía. Vi a José haciendo diversos arreglos en la gruta del pesebre, en las grutas laterales y en la tumba de Maraha. Según la visión que había tenido María, esperaban próximamente a Ana y a los Reyes Magos.

LVIII

El viaje de los Reyes Magos

Diciembre 14-17. — He visto llegar hoy la caravana de los Reyes, por la noche, a una población pequeña con casas disper-

sas, algunas rodeadas de grandes vallas. Me parece que es éste el primer lugar donde se entra en la Judea. Aunque aquella era la dirección de Belén, los Reyes torcieron hacia la derecha, quizás por no hallar otro camino más directo. Al llegar allí su canto era más expresivo y animado; estaban más contentos porque la estrella tenía un brillo extraordinario: era como la claridad de la luna llena, y las sombras se veían con mucha nitidez. A pesar de todo, los habitantes parecían no reparar en ella. Por otra parte eran buenos y serviciales. Algunos viajeros habían desmontado y los habitantes ayudaban a dar de beber a las bestias. Pensé en los tiempos de Abrahán, cuando todos los hombres eran serviciales y benévolos. Muchas personas acompañaron a la comitiva de los Reyes Magos llevando palmas y ramas de árboles cuando pasaron por la ciudad. La estrella no tenía siempre el mismo brillo: a veces se oscurecía un tanto; parecía que daba más claridad según fueran mejores los lugares que cruzaban. Cuando vieron los Reyes resplandecer más a la estrella, se alegraron mucho pensando que sería allí donde encontrarían al Mesías.

Martes, Diciembre 18. — Esta mañana pasaron al lado de una ciudad sombría, cubierta de tinieblas, sin detenerse en ella, y poco después atravesaron un arroyo que se echa en el Mar Muerto. Algunas de las personas que los acompañaban se quedaron en estos sitios. He sabido que una de aquellas ciudades había servido de refugio a alguien en ocasión de un combate, antes que Salomón subiera al trono. Atravesando el torrente, encontraron un buen camino.

Diciembre 19. — Esta noche volví a ver el acompañamiento de los Reyes que había aumentado a unas doscientas personas porque la generosidad de ellos había hecho que muchos se agregaran al cortejo. Ahora se acercaban por el Oriente a una ciudad cerca de la cual pasó Jesús, sin entrar, el 31 de Julio del segundo año de su predicación. El nombre de esa ciudad me pareció Manatea, Metanea, Medana o Madián(*). Había allí judíos y paganos; en general eran malos. A pesar de atravesarla una gran ruta, no quisieron entrar por ella los Reyes y pasaron frente al lado oriental para llegar a un lugar amurallado donde había cobertizos y caballerizas. En este lugar levantaron sus carpas, dieron de beber y comer a sus animales y tomaron también ellos su alimento. Los Reyes se detuvieron allí el Jueves 20

(*) San Jerónimo menciona el pueblo de Metán, cerca del Arnón.

y el Viernes 21 y se pusieron muy pesarosos al comprobar que allí tampoco nadie sabía nada del Rey recién nacido. Les oí relatar a los habitantes las causas porque habían venido, lo largo del viaje y varias circunstancias del camino. Recuerdo algo de lo que dijeron. El Rey recién nacido les había sido anunciado mucho tiempo antes. Me parece que fué poco después de Job, antes que Abrahán pasara a Egipto, pues unos trescientos hombres de la Media, del país de Job (con otros de diferentes lugares) habían viajado hasta Egipto llegando hasta la región de Heliópolis. No recuerdo por qué habían ido tan lejos; pero era una expedición militar y me parece que habían venido en auxilio de otros. Su expedición era digna de reprobación, porque entendí que habían ido contra algo santo, no recuerdo si contra hombres buenos o contra algún misterio religioso relacionado con la realización de la Promesa divina. En los alrededores de Heliópolis varios jefes tuvieron una revelación con la aparición de un ángel que no les permitió ir más lejos. Este ángel les anunció que nacería un Salvador de una Virgen, que debía ser honrado por sus descendientes. Ya no sé cómo sucedió todo esto; pero volvieron a su país y comenzaron a observar los astros. Los he visto en Egipto organizando fiestas regocijantes, alzando allí arcos de triunfo y altares, que adornaban con flores, y después regresaron a sus tierras. Eran gentes de la Media, que tenían el culto de los astros. Eran de alta estatura, casi gigantes, de una hermosa piel morena amarillenta. Iban como nómades con sus rebaños y dominaban en todas partes por su fuerza superior. No recuerdo el nombre de un profeta principal que se encontraba entre ellos. Tenían conocimiento de muchas predicciones y observaban ciertas señales trasmitidas por los animales. Si éstos se cruzaban en su camino y se dejaban matar, sin huír, era un signo para ellos y se apartaban de aquellos caminos. Los Medos, al volver de la tierra de Egipto, según contaban los Reyes, habían sido los primeros en hablar de la profecía y desde entonces se habían puesto a observar los astros. Estas observaciones cayeron algún tiempo en desuso; pero fueron renovadas por un discípulo de Balaam y mil años después las tres profetisas, hijas de los antepasados de los tres Reyes, las volvieron a poner en práctica. Cincuenta años más tarde, es decir, en la época a que habían llegado, apareció la estrella que ahora seguían para adorar al nuevo Rey recién nacido. Estas cosas relataban los Reyes a sus oyentes con mucha sencillez y sinceridad, entristeciéndose mucho al ver que aquéllos no parecían querer prestar

fe a lo que desde dos mil años atrás había sido el objeto de la esperanza y deseos de sus antepasados.

A la caída de la tarde se oscureció un poco la estrella a causa de algunos vapores, pero por la noche se mostró muy brillante entre las nubes que corrían, y parecía más cerca de la tierra. Se levantaron entonces rápidamente, despertaron a los habitantes del país y les mostraron el espléndido astro. Aquella gente miró con extrañeza, asombro y alguna conmoción el cielo; pero muchos se irritaron aun contra los santos Reyes, y la mayoría sólo trató de sacar provecho de la generosidad con que trataban a todos. Les oí también decir cosas referentes a su jornada hasta allí. Contaban el camino por jornadas a pie, calculando en doce leguas cada jornada. Montando en sus dromedarios, que eran más rápidos que los caballos, hacían treinta y seis leguas diarias, contando la noche y los descansos. De este modo, el Rey que vivía más lejos pudo hacer, en dos días, cinco veces las doce leguas que los separaban del sitio donde se habían reunido, y los que vivían más cerca podían hacer en un día y una noche tres veces doce leguas. Desde el lugar donde se habían reunido hasta aquí habían completado 672 leguas de camino, y para hacerlo, calculando desde el nacimiento de Jesucristo, habían empleado más o menos veinticinco días con sus noches, contando también los dos días de reposo.

La noche del Viernes 21, habiendo comenzado el Sábado para los judíos que habitaban allí, los Reyes prepararon su partida. Los habitantes del lugar habían ido a la sinagoga de un lugar vecino pasando sobre un puente hacia el Oeste. He visto que estos judíos miraban con gran asombro la estrella que guiaba a los Magos; pero no por eso se mostraron más respetuosos. Aquellos hombres desvergonzados estuvieron muy importunos, apretándose como enjambres de avispas alrededor de los Reyes, demostrando ser viles y pedigüeños, mientras los Reyes, llenos de paciencia, les daban sin cesar pequeñas piezas amarillas, triangulares, muy delgadas, y granos de metal oscuro. Creo por eso que debían ser muy ricos estos Reyes. Acompañados por los habitantes del lugar dieron vueltas a los muros de la ciudad, donde vi algunos templos con ídolos; más tarde atravesaron el torrente sobre un puente y costearon la aldea judía. Desde aquí tenían un camino de veinticuatro leguas para llegar a Jerusalén.

LIX

Llegada de Santa Ana a Belén

Noche de Diciembre 19. — He visto a Santa Ana con María de Helí, una criada, un servidor y dos asnos pasando la noche a poca distancia de Betania, de camino para Belén. José había completado los arreglos tanto en la gruta del Pesebre como en las grutas laterales, para recibir a los Reyes Magos, cuya llegada había anunciado María, mientras se hallaban en Causur, y también para hospedar a los venidos de Nazaret. José y María se habían retirado a otra gruta con el Niño, de modo que la del Pesebre se encontraba libre, no quedando en ella más que el asno. Si mal no recuerdo José había pagado ya el segundo de los impuestos hacía algún tiempo, y nuevas personas venidas de Belén para ver al Niño tuvieron la dicha de tomarlo en sus brazos. En cambio, cuando otras lo querían alzar, lloraba y volvía la cabeza. He visto a la Virgen tranquila en su nueva habitación discretamente arreglada: el lecho estaba contra la pared y el Niño Jesús se encontraba a su lado, en una cesta larga, hecha de cortezas, acomodada sobre una horqueta. Un tabique hecho de zarzos separaba el lecho de María y la cuna del Niño del resto de la gruta. Durante el día, para no estar sola, se sentaba delante del tabique con el Niño a su lado. José descansaba en otra parte retirada de la gruta. Lo he visto llevando alimentos a María, servidos en una fuente, como también ofrecerle un cantarillo con agua.

Jueves, Diciembre 20. — Esta noche comenzaba un día de ayuno: todos los alimentos debían estar preparados para el día siguiente; el fuego estaba cubierto y las aberturas veladas(*). Entre tanto había llegado Santa Ana con la hermana mayor de María y una criada. Estas personas debían pasar la noche en la gruta de Belén: por eso la Sagrada Familia se había retirado a la gruta lateral. Hoy he visto a María que ponía el Niño en los brazos de Santa Ana. Esta se hallaba profundamente conmovida. Había traído consigo colchas, pañales y varios alimentos, y dormía en el mismo sitio donde había reposado Isabel. María le relató todo lo sucedido. Ana lloraba en compañía de María. El relato fué alegrado por las caricias del Niño Jesús.

(*) Los días de ayuno de los judíos son el 8 y 16 del mes de Tebet.

Viernes, Diciembre 21. — Hoy vi a la Virgen volver a la gruta del Pesebre y al pequeño Jesús acostado allí de nuevo, Cuando José y María se encuentran solos cerca del Niño, los veo a menudo ponerse en adoración ante Él. Hoy vi a Ana cerca del Pesebre con María en una actitud reverente, contemplando al Niño Jesús con sentimiento de gran fervor. No sé si las personas venidas con Ana habían pasado la noche en la gruta lateral o habían ido a otro lugar; creo que estaban en otro sitio. Ana trajo diversos objetos para el Niño y la Madre. María ha recibido ya muchas cosas desde que se encuentra aquí; pero todo sigue pareciendo muy pobre porque María reparte lo que no es absolutamente necesario. Le dijo a Ana que los Reyes llegarían muy pronto y que su llegada causaría gran impresión. Me parece que durante la estadía de los Reyes, Ana se retirará a tres leguas de aquí, a casa de su hermana, para volver después. Esta misma noche, después de terminado el Sábado, vi que Ana con sus acompañantes se retiró de la compañía de María, yendo a tres leguas de aquí, a la casa de su hermana casada. Ya no recuerdo el nombre de la población, de la tribu de Benjamín, que se compone de algunas casas, en una llanura y se encuentra a media legua del último lugar del alojamiento de la Santa Familia en su viaje a Belén.

LX

Llegada de los Reyes Magos a Jerusalén

La comitiva de los Reyes partió de noche de Metanea y tomó un camino muy transitable, y aunque los viajeros no entraron ni atravesaron ninguna otra ciudad, pasaron a lo largo de las aldeas donde Jesús más tarde enseñó, curó a enfermos y bendijo a los niños al finalizar el mes de Junio del tercer año de su predicación. Betabara era uno de esos sitios adonde llegaron una mañana temprano para pasar el Jordán. Como era Sábado encontraron pocas personas en el camino. Esta mañana vi la caravana de los Reyes que pasaba el Jordán a las siete. Comúnmente se cruzaba el río sirviéndose de un aparato fabricado con vigas; pero para los grandes pasajes, con cargas pesadas, se hacía por una especie de puente. Los boteros que vivían cerca del puente hacían este trabajo mediante una paga; pero como era Sábado y no podían trabajar, tuvieron que ocuparse los mismos viajeros, cooperando algunos hombres paganos ayudantes de los boteros

judíos. La anchura del Jordán no era mucha en este lugar y además estaba lleno de bancos de arena. Sobre las vigas, por donde se cruzaba de ordinario, fueron colocadas algunas planchas, haciendo pasar a los camellos por encima. Demoró mucho antes que todos hubieron pasado a la orilla opuesta del río. Dejando a Jericó a la derecha van en dirección de Belén; pero se desvían hacia la derecha para ir a Jerusalén. Hay como un centenar de hombres con ellos. Veo de lejos una ciudad conocida: es pequeña y se halla cerca de un arroyuelo que corre de Oeste a Este a partir de Jerusalén, y me parece que han de pasar por esta ciudad. Por algún tiempo el arroyo corre a la izquierda de ellos y según sube o baja el camino. Unas veces se ve a Jerusalén, otras veces no se la puede ver. Al fin se desviaron en dirección a Jerusalén y no pasaron por la pequeña ciudad.

El Sábado 22, después de la terminación de la fiesta, la caravana de los Reyes llegó a las puertas de Jerusalén. He visto la ciudad con sus altas torres levantadas hacia el cielo. La estrella que los había guiado casi había desaparecido y sólo daba una débil luz detrás de la ciudad. A medida que entraban en la Judea y se acercaban a Jerusalén, los Reyes iban perdiendo confianza, porque la estrella no tenía ya el brillo de antes y aún la veían con menos frecuencia en esta comarca. Habían pensado encontrar en todas partes festejos y regocijo por el nacimiento del Salvador, a causa de quien habían venido desde tan lejos y no veían en todas partes más que indiferencia y desdén. Esto les entristecía y les inquietaba, y pensaban haberse equivocado en su idea de encontrar al Salvador.

La caravana podía ser ahora de unas doscientas personas y ocupaba más o menos el trayecto de un cuarto de legua. Ya desde Causur se les había agregado cierto numero de personas distinguidas y otras se unieron a ellos más tarde. Los tres Reyes iban sentados sobre tres dromedarios y otros tres de estos animales llevaban el equipaje. Cada Rey tenía cuatro hombres de su tribu; la mayor parte de los acompañantes montaban sobre cabalgaduras muy rápidas, de airosas cabezas. No sabría decir si eran asnos o caballos de otra raza, pero se parecían mucho a nuestros caballos. Los animales que utilizaban las personas más distinguidas tenían bellos arneses y riendas, adornados de cadenas y estrellas de oro. Algunos del séquito de los Reyes se desprendieron del cortejo y entraron en la ciudad, regresando con soldados y guardianes. La llegada de una caravana tan nu-

merosa en una época en que no se celebraba fiesta alguna, y no siendo por razones de comercio, y llegando por el camino que llegaban, era algo muy extraordinario. A todas las preguntas que se les hacía respondían hablando de la estrella que los había guiado y del Niño recién nacido. Nadie comprendía nada de este lenguaje, y los Reyes se turbaron mucho, pensando que tal vez se habían equivocado, puesto que no encontraban a uno siquiera que supiese algo relacionado con el Niño Salvador del mundo, nacido allí, en sus tierras. Todos miraban con sorpresa a los Reyes, sin comprender el por qué de su venida ni lo que buscaban. Cuando estos guardianes de la puerta vieron la generosidad con que trataban los Reyes a los mendigos que se acercaban, y cuando oyeron decir que deseaban alojamiento, que pagarían bien, y que entretanto deseaban hablar al rey Herodes, algunos entraron en la ciudad y se sucedió una serie de idas y venidas, de mensajeros y de explicaciones, mientras los Reyes se entretenían con toda la suerte de gentes que se les había acercado. Algunos de estos hombres habían oído hablar de un Niño nacido en Belén; pero no podían siquiera pensar que pudiera tener relación con la venida de los Reyes, sabiendo que se trataba de padres pobres y sin importancia. Otros se burlaban de la credulidad de los Reyes. Conforme a los mensajes que traían los hombres de la ciudad, comprendieron que Herodes nada sabía del Niño. Como tampoco habían contado con encontrarse con el rey Herodes, se afligieron mucho más y se inquietaron sumamente, no sabiendo qué actitud tomar en presencia del rey ni qué iban a decirle. Con todo, a pesar de su tristeza, no perdieron el ánimo y se pusieron a rezar. Volvió el ánimo a su atribulado espíritu y se dijeron unos a otros: "Aquél que nos ha traído hasta aquí con tanta celeridad, por medio de la luz de la estrella, Ése mismo podrá guiarnos de nuevo hasta nuestras casas".

Al fin regresaron los mensajeros, y la caravana fué conducida a lo largo de los muros de la ciudad, haciéndola entrar por una puerta situada no lejos del Calvario. Los llevaron a un gran patio redondo rodeado de caballerizas, con alojamientos no lejos de la plaza del pescado, en cuya entrada encontraron algunos guardianes. Los animales fueron llevados a las caballerizas y los hombres se retiraron bajo cobertizos, junto a una fuente que había en medio del gran patio. Este patio, por uno de sus costados tocaba con una altura; por los otros estaba abierto, con árboles delante. Llegaron después unos empleados, quizás adua-

neros, que de dos en dos inspeccionaron los equipajes de los viajeros con sus linternas. El palacio de Herodes estaba más arriba, no lejos de este edificio, y pude ver el camino que llevaba hasta él iluminado con linternas y faroles colocados sobre perchas. Herodes envió a un mensajero encargado de conducirle en secreto a su palacio al rey Teokeno. Eran las diez de la noche. Teokeno fué recibido en una sala del piso bajo por un cortesano de Herodes, que le interrogó sobre el objeto de su viaje. Teokeno dijo con simplicidad todo lo que se le preguntaba y rogó al hombre que preguntara al rey Herodes dónde había nacido el Niño, Rey de los Judíos, y dónde se hallaba, ya que habían visto su estrella y habían venido tras de ella. El cortesano llevó su informe a Herodes, que se turbó mucho al principio; pero disimulando su malcontento hizo responder que deseaba tener más datos relativos sobre ese suceso y que entre tanto instaba a los reyes a que descansasen, añadiendo que al día siguiente hablaría con ellos y les daría a conocer todo lo que lograse saber sobre el asunto. Volvió Teokeno y no pudo dar a sus compañeros noticias consoladoras; por otra parte, no se les había preparado nada para que pudiesen reposar y mandaron rehacer muchos fardos que habían sido abiertos. Durante aquella noche no pudieron descansar y algunos de ellos andaban de un lado a otro como buscando la estrella que los había guiado. Dentro de la ciudad de Jerusalén había gran quietud y silencio; pero en torno de los Reyes había agitación, y en el patio se tomaban y daban toda clase de informes. Los Reyes pensaban que Herodes lo sabía todo perfectamente, pero que trataba de ocultarles la verdad.

Se celebraba una gran fiesta esa noche en el palacio de Herodes al tiempo de la visita de Teokeno, porque veía las salas iluminadas. Iban y venían toda clase de hombres y mujeres ataviadas sin decencia alguna. Las preguntas de Teokeno sobre el rey recién nacido turbaron el ánimo de Herodes, el cual llamó en seguida a su palacio a los príncipes, a los sacerdotes y a los escribas de la Ley. Los he visto acudir al palacio antes de la media noche con rollos escritos. Traían sus vestiduras sacerdotales, llevaban condecoraciones sobre el pecho y cinturones con letras bordadas. Había unos veinte de estos personajes en torno de Herodes, que preguntó dónde debía ser el lugar del nacimiento del Mesías. Los vi cómo abrían sus rollos y mostraban con el dedo pasajes de la Escritura: "Debe nacer en Belén de Judá, porque así está escrito en el profeta Miqueas. Y tú

Belén, no eres la más mínima entre los príncipes de Judá, pues de ti ha de nacer el jefe que gobernará mi pueblo en Israel". Después vi a Herodes con algunos de ellos paseando por la terraza del palacio, buscando inútilmente la estrella de la que había hablado Teokeno. Se mostraba muy inquieto. Los sacerdotes y escribas le hicieron largos razonamientos diciendo que no debía hacer caso ni dar importancia a las palabras de los Reyes Magos, añadiendo que aquellas gentes son amigas de lo maravilloso y se imaginan siempre grandes fantasías con sus observaciones estelares. Decían que si algo hubiera habido en realidad se hubiera sabido en el Templo y en la ciudad santa, y que ellos no podrían haberlo ignorado.

LXI

Los Reyes Magos conducidos al palacio de Herodes

Domingo, Diciembre 23. — En esta mañana muy temprano Herodes hizo llevar al palacio, en secreto, a los Reyes. Fueron recibidos bajo una arcada y conducidos luego a una sala, donde he visto ramas verdes con flores en vasos y refrescos para beber. Después de algún tiempo apareció Herodes. Los Magos se inclinaron ante él y pasaron a interrogarle sobre el Rey de los Judíos recién nacido. Herodes ocultó su gran turbación y se mostró contento de la noticia. Vi que estaban con él algunos de los escribas. Herodes preguntó algunos detalles sobre lo que habían visto, y el Rey Mensor describió la última aparición que habían tenido antes de partir. Era, dijo, una Virgen y delante de ella un Niño, de cuyo costado derecho había brotado una rama luminosa; luego, sobre ésta había aparecido una torre con varias puertas. La torre se transformó en una gran ciudad, sobre la cual se manifestó el Niño con una corona, una espada y un cetro, como si fuese Rey. Después de esto se vieron ellos mismos, como también todos los reyes del mundo, postrados delante de ese Niño en acto de adoración; pues poseía un imperio delante del cual todos los demás imperios debían someterse; y así en esta forma describió lo que habían visto. Herodes les habló de una profecía que hablaba de algo parecido sobre Belén de Efrata; les dijo que fueran secretamente allá y cuando hubiesen encontrado al Niño volvieran a decirle el resultado, para que él también pudiera ir a adorarle. Los Reyes no tocaron los alimentos que se les había preparado y volvieron a su alojamiento. Era muy

temprano, casi al amanecer, pues he visto todavía las linternas encendidas delante del palacio de Herodes. Herodes conferenció con ellos en secreto para que no se hiciera público el acontecimiento. Al aclarar del todo prepararon la partida. La gente que los había acompañado hasta Jerusalén se hallaba ya dispersa por la ciudad desde la víspera.

El ánimo de Herodes estaba en aquellos días lleno de descontento e irritación. Al tiempo del nacimiento de Jesucristo se encontraba en su castillo, cerca de Jericó, y había ordenado hacía poco un cobarde asesinato. Había colocado en puestos altos del Templo a gente que le referían todo lo que allí se hablaba, para que denunciasen a los que se oponían a sus designios. Un hombre justo y honrado, alto empleado en el Templo, era el principal de los que consideraba él como su adversario. Herodes con fingimiento lo invitó a que fuera a verlo a Jericó y lo hizo atacar y asesinar en el camino, achacando ese crimen a algunos asaltantes. Algunos días después de esto fué a Jerusalén para tomar parte en la fiesta de la Dedicación del Templo, que tenía lugar el 25 del mes de Casleu y allí se encontró enredado en un asunto muy desagradable. Queriendo congraciarse con los judíos había mandado hacer una estatua o figura de cordero o más bien de cabrito, porque tenía cuernos, para que fuera colocada en la puerta que llevaba del patio de las mujeres al de las inmolaciones. Hizo esto de su propia iniciativa, pensando que los judíos se lo agradecerían; pero los sacerdotes se opusieron tenazmente a ello, aunque los amenazó con hacerles pagar una multa por su resistencia. Ellos replicaron que pagarían, pero que no toleraban esa imagen contraria a las prescripciones de la Ley. Herodes se irritó mucho y pretendió colocarla ocultamente; pero al llevarla un israelita muy celoso tomó la imagen y la arrojó al suelo, quebrándola en dos pedazos. Se promovió un gran tumulto y Herodes hizo encarcelar al hombre. Todo esto lo había irritado mucho y estaba arrepentido de haber ido a la fiesta; sus cortesanos trataban de distraerlo y divertirlo.

En este estado de ánimo lo encontró la noticia del nacimiento de Cristo. En Judea hacía tiempo que hombres piadosos vivían en la esperanza de que pronto había de llegar el Mesías y los sucesos acontecidos en el nacimiento del Niño se habían divulgado por medio de los pastores. Con todo, muchas personas importantes oían estas cosas como fábulas y vanas palabras y el mismo Herodes había oído hablar y enviado secretamente algunos hombres a tomar informes de lo que se decía. Estos emisarios

estuvieron, en efecto, tres días después de haber nacido Jesús y luego de haber conversado con José, declararon, como hombres orgullosos, que todo era cosa sin importancia: que en la gruta no había más que una pobre familia de la cual no valía la pena que nadie se ocupara. El orgullo que los dominaba les había impedido interrogar seriamente a José desde un principio, tanto más que llevaban orden de proceder en el mayor secreto, sin llamar la atención. Cuando de pronto llegaron los Reyes Magos con su numeroso séquito, Herodes se llenó de nuevas inquietudes, ya que estos hombres venían de lejos y todo esto era más que rumores sin importancia. Como hablaran los Reyes con tanta convicción del Rey recién nacido, fingió Herodes deseos de ir a ofrecerle sus homenajes, lo cual alegró mucho a los Reyes, creyéndolo bien dispuesto. La ceguera del orgullo de los escribas no acabó de tranquilizarlo y el interés de conservar en secreto este asunto fué causa de la conducta que observó. No hizo objeciones a lo que decían los Reyes, no hizo perseguir en seguida al Niño para no exponerse a las críticas de un pueblo difícil de gobernar, y resolvió recabar por medio de ellos noticias más exactas para tomar luego las medidas del caso.

Como los Reyes, advertidos por Dios, no volvieron a dar noticias, hizo explicar que la huída de los Reyes era consecuencia de la ilusión mentirosa que habían sufrido y que no se habían atrevido a comparecer de nuevo, porque estaban avergonzados del engaño en que habían caído y al que habían querido arrastrar a los demás. Mandaba a decir: "¿Qué razones podían tener para salir clandestinamente después de haber sido recibidos aquí en forma tan amistosa?..." De este modo Herodes trató de adormecer este asunto disponiendo que en Belén nadie se pusiese en relación con esa Familia, de la que se había hablado tanto, ni recoger los rumores e invenciones que se propalaban para extraviar los espíritus. Habiendo vuelto quince días más tarde la Sagrada Familia a Nazaret, se dejó pronto de hablar de cosas de las cuales la multitud no había tenido más que conocimientos vagos, y las gentes piadosas, por otro lado, llenas de esperanza, guardaban un discreto silencio. Cuando pareció que todo quedaba olvidado pensó entonces Herodes en deshacerse del Niño y supo que la Familia había dejado a Nazaret, llevándose al Niño. Lo hizo buscar durante bastante tiempo; pero habiendo perdido toda esperanza de encontrarlo, creció mayormente su inquietud y determinó ejecutar la medida extrema de la matanza de los niños. Tomó en esta ocasión todas sus medidas

y envió tropas de antemano a los lugares donde podía temerse una sublevación. Creo que la matanza se hizo en siete lugares diferentes.

LXII
Viaje de los Reyes de Jerusalén a Belén

Veo la caravana de los Reyes junto a una puerta situada al Mediodía. Un grupo de hombres los acompañaba hasta un arroyo delante de la ciudad, y luego volvieron. No bien habían pasado el arroyo se detuvieron buscando con los ojos la estrella en el firmamento. Habiéndola visto prorrumpieron en exclamaciones de alegría y continuaron su marcha cantando sus melodías. La estrella no los llevaba en línea recta sino que se desviaba algo hacia el Oeste. Pasaron frente a una pequeña ciudad, que conozco muy bien; se detuvieron detrás de ella, y oraron mirando hacia el Mediodía, en un paraje ameno cerca de un caserío. En este lugar, delante de ellos, surgió un manantial de agua, que los llenó de contento. Bajando de sus cabalgaduras cavaron para esta fuente un pilón, rodeándolo de piedras, arena y césped. Durante varias horas se detuvieron allí dando de beber y alimentando a sus bestias. También tomaron su alimento, ya que en Jerusalén no habían podido descansar ni comer debido a las preocupaciones de la llegada. He visto más tarde que Jesucristo se detuvo varias veces junto a esta fuente en compañía de sus discípulos. La estrella, que brillaba en la noche como un globo de fuego, se parecía ahora más bien a la luna cuando se la ve de día; no era perfectamente redonda, sino que parecía recortada y a menudo estaba oculta entre las nubes. En el camino de Belén a Jerusalén había mucho movimiento de caminantes con equipajes y animales de carga. Eran personas que volvían quizás de Belén después de pagar los impuestos, o que iban a Jerusalén al mercado o para visitar el Templo. Esto sucedía en el camino principal; pero el sendero de los Reyes estaba solitario, y Dios los guiaba por allí sin duda para que pudieran llegar de noche a Belén y no llamar demasiado la atención. Se pusieron en camino cuando el sol estaba muy bajo; marchaban en el orden con que habían venido. Mensor, el más joven, iba delante; luego Sair, el cetrino, y por último, Teokeno, el blanco, por ser de más edad.

Hoy, a la hora del crepúsculo, he visto a la caravana de los Reyes llegando a Belén, cerca de aquel edificio donde José y

María se habían hecho inscribir y que había sido la casa solariega de la familia de David. Quedan sólo algunos restos de los muros del edificio que había pertenecido a los padres de José. Era una casa grande rodeada de otras menores, con un patio cerrado, delante del cual había una plaza con árboles y una fuente. Vi soldados romanos en esta plaza, porque la casa se había convertido en una oficina de impuestos. Al llegar la caravana cierto número de curiosos se agolpó en torno de los viajeros. La estrella había desaparecido de nuevo y esto inquietaba a los Reyes. Se acercaron algunos hombres dirigiéndoles preguntas. Ellos bajaron de sus cabalgaduras y desde la casa he visto que acudían empleados a su encuentro, llevando palmas en las manos y ofreciéndoles refrescos: era la costumbre de recibir a los extranjeros distinguidos. Yo pensaba para mí: "Son mucho más amables de lo que lo fueron con el pobre José; sólo porque éstos distribuían monedas de oro". Les dijeron que el valle de los pastores era apropiado para levantar las carpas, y ellos quedaron algún tiempo indecisos. No les he oído preguntar nada del Rey y Niño recién nacido. Aún sabiendo que Belén era el lugar designado por las profecías, ellos, recordando lo que Herodes les había encargado, temían llamar la atención con sus preguntas. Poco después vieron brillar en el cielo un meteoro, sobre Belén: era semejante a la luna cuando aparece. Montaron en sus cabalgaduras, y costeando un foso y unos muros en ruína dieron la vuelta a Belén por el Mediodía y se dirigieron al Oriente, en dirección a la gruta del Pesebre, que abordaron por el costado de la llanura, donde los ángeles se habían aparecido a los pastores.

LXIII

La adoración de los Reyes Magos

Se apearon al llegar cerca de la gruta de la tumba de Maraha, en el valle, detrás de la gruta del Pesebre. Los criados desliaron muchos paquetes, levantaron una gran carpa e hicieron otros arreglos con la ayuda de algunos pastores que les señalaron los lugares más apropiados. Se encontraba ya en parte arreglado el campamento cuando los Reyes vieron la estrella aparecer brillante y muy clara sobre la colina del Pesebre, dirigiendo hacia la gruta sus rayos en línea recta. La estrella estaba muy crecida y derramaba mucha luz; por eso la miraban con grande asombro.

No se veía casa alguna por la densa oscuridad y la colina aparecía en forma de una muralla. De pronto vieron dentro de la luz la forma de un Niño resplandeciente y sintieron extraordinaria alegría. Todos procuraron manifestar su respeto y veneración. Los tres Reyes se dirigieron a la colina, hasta la puerta de la gruta. Mensor la abrió, y vió su interior lleno de luz celestial, y a la Virgen, en el fondo, sentada, teniendo al Niño tal como él y sus compañeros la habían contemplado en sus visiones. Volvió para contar a sus compañeros lo que había visto.

En esto José salió de la gruta acompañado de un pastor anciano y fué a su encuentro. Los tres Reyes le dijeron con simplicidad que habían venido para adorar al Rey de los Judíos recién nacido, cuya estrella habían observado y querían ofrecerle sus presentes. José los recibió con mucho afecto. El pastor anciano los acompañó hasta donde estaban los demás y les ayudó en los preparativos, juntamente con otros pastores allí presentes. Los Reyes se dispusieron para una ceremonia solemne. Les vi revestirse de mantos muy amplios y blancos, con una cola que tocaba el suelo. Brillaban con reflejos, como si fueran de seda natural; eran muy hermosos y flotaban en torno de sus personas. Eran las vestiduras para las ceremonias religiosas. En la cintura llevaban bolsas y cajas de oro colgadas de cadenillas, y cubríanlo todo con sus grandes mantos. Cada uno de los Reyes iba seguido por cuatro personas de su familia, además de algunos criados de Mensor que llevaban una pequeña mesa, una carpeta con flecos y otros objetos.

Los Reyes siguieron a José, y al llegar bajo el alero, delante de la gruta, cubrieron la mesa con la carpeta y cada uno de ellos ponía sobre ella las cajitas de oro y los recipientes que desprendían de su cintura. Así ofrecieron los presentes comunes a los tres. Mensor y los demás se quitaron las sandalias y José abrió la puerta de la gruta. Dos jóvenes del séquito de Mensor, que le precedían, tendieron una alfombra sobre el piso de la gruta, retirándose después hacia atrás, siguiéndoles otros dos con la mesita donde estaban colocados los presentes. Cuando estuvo delante de la Santísima Virgen, el rey Mensor depositó estos presentes a sus pies, con todo respeto, poniendo una rodilla en tierra. Detrás de Mensor estaban los cuatro de su familia, que se inclinaban con toda humildad y respeto. Mientras tanto Sair y Teokeno aguardaban atrás, cerca de la entrada de la gruta. Se adelantaron a su vez llenos de alegría y de emoción, envueltos en la gran luz que llenaba la gruta, a pesar de no

haber allí otra luz que el que es Luz del mundo. María se hallaba como recostada sobre la alfombra, apoyada sobre un brazo, a la izquierda del Niño Jesús, el cual estaba acostado dentro de la gamella, cubierta con un lienzo y colocada sobre una tarima en el sitio donde había nacido. Cuando entraron los Reyes la Virgen se puso el velo, tomó al Niño en sus brazos, cubriéndolo con un velo amplio. El rey Mensor se arrodilló y ofreciendo los dones pronunció tiernas palabras, cruzó las manos sobre el pecho, y con la cabeza descubierta e inclinada, rindió homenaje al Niño. Entre tanto María había descubierto un poco la parte superior del Niño, quien miraba con semblante amable desde el centro del velo que lo envolvía. María sostenía su cabecita con un brazo y lo rodeaba con el otro. El Niño tenía sus manecitas juntas sobre el pecho y las tendía graciosamente a su alrededor. ¡Oh, qué felices se sentían aquellos hombres venidos del Oriente para adorar al Niño Rey!

Viendo esto decía entre mí: "Sus corazones son puros y sin mancha; están llenos de ternura y de inocencia como los corazones de los niños inocentes y piadosos. No se ve en ellos nada de violento, a pesar de estar llenos del fuego del amor". Yo pensaba: "Estoy muerta; no soy más que un espíritu: de otro modo no podría ver estas cosas que ya no existen, y que, sin embargo, existen en este momento. Pero esto no existe en el tiempo, porque en Dios no hay tiempo: en Dios todo es presente. Yo debo estar muerta; no debo ser más que un espíritu". Mientras pensaba estas cosas, oí una voz que me dijo: "¿Qué puede importarte todo esto que piensas?... Contempla y alaba a Dios, que es Eterno, y en Quien todo es eterno".

Vi que el rey Mensor sacaba de una bolsa, colgada de la cintura, un puñado de barritas compactas del tamaño de un dedo, pesadas, afiladas en la extremidad, que brillaban como oro. Era su obsequio. Lo colocó humildemente sobre las rodillas de María, al lado del Niño Jesús. María tomó el regalo con un agradecimiento lleno de sencillez y de gracia, y lo cubrió con el extremo de su manto. Mensor ofrecía las pequeñas barras de oro virgen, porque era sincero y caritativo, buscando la verdad con ardor constante e inquebrantable. Después se retiró, retrocediendo, con sus cuatro acompañantes; mientras Sair, el rey cetrino, se adelantaba con los suyos y se arrodillaba con profunda humildad, ofreciendo su presente con expresiones muy conmovedoras. Era un recipiente de incienso, lleno de pequeños granos resinosos, de color verde, que puso sobre la mesa, delante

del Niño Jesús. Sair ofreció incienso porque era un hombre que se conformaba respetuosamente con la voluntad de Dios, de todo corazón y seguía esta voluntad con amor. Se quedó largo rato arrodillado, con gran fervor. Se retiró y se adelantó Teokeno, el mayor de los tres, ya de mucha edad. Sus miembros algo endurecidos no le permitían arrodillarse: permaneció de pie, profundamente inclinado, y puso sobre la mesa un vaso de oro que tenía una hermosa planta verde. Era un arbusto precioso, de tallo recto, con pequeñas ramitas crespas coronadas de hermosas flores blancas: la planta de la mirra. Ofreció la mirra por ser el símbolo de la mortificación y de la victoria sobre las pasiones, pues este excelente hombre había sostenido lucha constante contra la idolatría, la poligamia y las costumbres estragadas de sus compatriotas. Lleno de emoción estuvo largo tiempo con sus cuatro acompañantes ante el Niño Jesús. Yo tenía lástima por los demás que estaban fuera de la gruta esperando turno para ver al Niño. Las frases que decían los Reyes y sus acompañantes estaban llenas de simplicidad y fervor. En el momento de hincarse y ofrecer sus dones decían más o menos lo siguiente: "Hemos visto su estrella; sabemos que Él es el Rey de los Reyes; venimos a adorarle, a ofrecerle nuestros homenajes y nuestros regalos". Estaban como fuera de sí, y en sus simples e inocentes plegarias encomendaban al Niño Jesús sus propias personas, sus familias, el país, los bienes y todo lo que tenía para ellos algún valor sobre la tierra. Le ofrecían sus corazones, sus almas, sus pensamientos y todas sus acciones. Pedían inteligencia clara, virtud, felicidad, paz y amor. Se mostraban llenos de amor y derramaban lágrimas de alegría, que caían sobre sus mejillas y sus barbas. Se sentían plenamente felices. Habían llegado hasta aquella estrella, hacia la cual desde miles de años sus antepasados habían dirigido sus miradas y sus ansias con un deseo tan constante. Había en ellos toda la alegría de la Promesa realizada después de tan largos siglos de espera.

María aceptó los presentes con actitud de humilde acción de gracias. Al principio no decía nada: sólo expresaba su reconocimiento con un simple movimiento de cabeza, bajo el velo. El cuerpecito del Niño brillaba bajo los pliegues del manto de María. Después la Virgen dijo palabras humildes y llenas de gracia a cada uno de los Reyes, y echó su velo un tanto hacia atrás. Aquí recibí una lección muy útil. Yo pensaba: "¡Con qué dulce y amable gratitud recibe María cada regalo! Ella, que no tiene necesidad de nada, que tiene a Jesús, recibe los dones con

humildad. Yo también recibiré con gratitud todos los regalos que me hagan en lo futuro". ¡Cuánta bondad hay en María y en José! No guardaban casi nada para ellos, todo lo distribuían entre los pobres.

LXIV
La adoración de los servidores de los Reyes

Terminada la adoración del Niño, los Reyes se volvieron a sus carpas con sus acompañantes. Los criados y servidores se dispusieron a entrar en la gruta. Habían descargado los animales, levantado las tiendas, ordenado todo; esperaban ahora pacientemente delante de la puerta con mucha humildad. Eran más de treinta; había algunos niños que llevaban apenas unos paños en la cintura y un manto. Los servidores entraban de cinco en cinco en compañía de un personaje principal, al cual servían; se arrodillaban delante del Niño y lo adoraban en silencio. Al final entraron todos los niños, que adoraron al Niño Jesús con su alegría inocente. Los criados no permanecieron mucho tiempo en la gruta, porque los Reyes volvieron a hacer otra entrada más solemne. Se habían revestido con mantos largos y flotantes, llevando en las manos incensarios. Con gran respeto incensaron al Niño, a la Madre, a José y a toda la gruta del Pesebre. Después de haberse inclinado profundamente, se retiraron. Esta era la forma de adoración que tenía la gente de ese país.

Durante todo este tiempo María y José se hallaban llenos de dulce alegría. Nunca los había visto así: derramaban a menudo lágrimas de contento, pues los consolaba inmensamente al ver los honores que rendían los Reyes al Niño Jesús, a quien ellos tenían tan pobremente alojado, y cuya suprema dignidad conocían en sus corazones. Se alegraban de que la divina Providencia, no obstante la ceguera de los hombres, había dispuesto y preparado para el Niño de la Promesa lo que ellos no podían darle, enviando desde lejanas tierras a los que le rendían la adoración debida a su dignidad, cumplida por los poderosos de la tierra con tan santa munificencia. Adoraban al Niño Jesús juntamente con los santos Reyes y se alegraban de los homenajes ofrecidos al Niño Dios.

Las tiendas de los visitantes estaban levantadas en el valle, situado detrás de la gruta del Pesebre hasta la gruta de Maraha. Los animales estaban atados a estacas enfiladas, separados por

medio de cuerdas. Cerca de la carpa más grande, al lado de la colina del Pesebre, había un espacio cubierto con esteras. Allí habían dejado algo de los equipajes, porque la mayor parte fué guardada en la gruta de la tumba de Maraha. Las estrellas lucían cuando terminaron todos de pasar a la gruta de la adoración. Los Reyes se reunieron en círculo junto al terebinto que se alzaba sobre la tumba de Maraha, y allí, en presencia de las estrellas, entonaron algunos de sus cantos solemnes. ¡Es imposible decir la impresión que causaban estos cantos tan hermosos en el silencio del valle, aquella noche! Durante tantos siglos los antepasados de estos Reyes habían mirado las estrellas, rezado, cantado, y ahora las ansias de tantos corazones había tenido su cumplimiento. Cantaban llenos de exaltación y de santa alegría.

Mientras tanto José, con la ayuda de dos ancianos pastores, había preparado una frugal comida en la tienda de los Reyes. Trajeron pan, fruta, panales de miel, algunas hierbas y vasos de bálsamo; pusieron todo sobre una mesita baja cubierta con un mantel. José habíase procurado todas estas cosas desde la mañana, para recibir a los Reyes, cuya venida ya esperaba, porque la había anunciado de antemano la Virgen Santísima. Cuando los Reyes volvieron a su carpa, vi que José los recibía muy cordialmente y les rogaba que, siendo ellos los huéspedes, se dignaran aceptar la sencilla comida que les ofrecía. Se colocó junto a ellos y dieron principio a la comida. José no mostraba timidez alguna; pero estaba tan contento que derramaba lágrimas de pura alegría. Cuando vi esto pensé en mi difunto padre, que era un pobre campesino, el cual en ocasión de mi toma de hábito se vió en la ocasión de sentarse a la mesa con muchas personas distinguidas. En su sencillez y humildad había sentido al principio mucho temor; luego se puso tan contento que lloró de alegría: sin pretenderlo, ocupó el primer lugar en la fiesta.

Después de aquella pequeña comida José se retiró. Algunas personas más importantes se fueron a una posada de Belén, y los demás se echaron sobre sus lechos tendidos formando círculo bajo la tienda grande, y allí descansaron de sus fatigas. José, vuelto a la gruta, puso todos los regalos a la derecha del Pesebre, en un rincón, donde había levantado un tabique que ocultaba lo que había detrás. La criada de Ana que habíase quedado después de la partida de su ama, se mantuvo oculta en la gruta lateral durante todo el tiempo de la ceremonia, y no volvió a aparecer hasta que no se hubieron marchado todos. Era una mujer inteligente, de espíritu muy reposado. No he visto ni a la

Santa Familia ni a esta mujer mirar con satisfacción mundana los regalos de los Reyes: todo fué aceptado con reconocimiento humilde, y casi en seguida repartido caritativamente entre los necesitados.

Esta noche hubo bastante agitación con motivo de la llegada de la caravana a la casa donde se pagaba el impuesto. Hubo más tarde muchas idas y venidas a la ciudad, porque los pastores, que habían seguido el cortejo, regresaban a sus lugares. También he visto que mientras los Reyes, llenos de júbilo, adoraban al Niño y ofrecían sus presentes en la gruta del Pesebre, algunos judíos rondaban por los alrededores, espiando desde cierta distancia, murmurando y conferenciando en voz baja. Más tarde volví a verlos yendo y viniendo en Belén y dando informes. He llorado por estos desgraciados. Sufro viendo la maldad de estas personas que entonces como también ahora se ponen a observar y a murmurar, cuando Dios se acerca a los hombres, y luego propalan mentiras, fruto de malicia y perversidad. ¡Oh, cómo me parecían aquellos hombres dignos de compasión! Tenían la salvación entre ellos y la rechazaban, en tanto que estos Reyes, guiados por su fe sincera en la Promesa, habían venido desde tan lejos para buscar la salvación.

En Jerusalén he visto hoy a Herodes en compañía de algunos escribas leyendo rollos y hablando de lo que habían contado los Reyes. Después, todo entró de nuevo en calma como si hubiese interés en hacer silencio en torno de este asunto.

LXV
Nueva visita de los Reyes Magos

Lunes, Diciembre 24. — Hoy, de mañana, he visto a los Reyes Magos y a otras personas de su séquito que visitaban sucesivamente a la Sagrada Familia. Los vi también durante el día junto a sus campamentos y bestias de carga, ocupados en diversas distribuciones. Como estaban llenos de alegría y se sentían felices, repartían muchos regalos. He entendido que era costumbre entonces hacerlos en ocasión de acontecimientos felices. Los pastores que habían ayudado a los Reyes recibieron valiosos regalos, como también muchos pobres. Vi que ponían chales y paños sobre los hombros de algunas viejecitas que habían llegado hasta el lugar. Algunas personas del séquito de los Reyes deseaban quedarse en el valle de los pastores para vivir con

ellos. Hicieron conocer su deseo a los Reyes, los cuales no sólo les dieron permiso sino que los colmaron de regalos, proveyéndoles de colchas, vestidos, oro en grano, y dejándoles los asnos en que habían venido montados. Cuando vi que los Reyes distribuían tantos trozos de pan, yo me preguntaba de dónde podían haberlo sacado, y recordé que los había visto, en los lugares donde hacían campamento, preparar, con la provisión de harina que traían, panecillos chatos como galletas, en moldes y amontonarlos dentro de cajas de cuero muy livianas, que cargaban sobre sus bestias. Han llegado muchas personas de Belén que, bajo diversos pretextos, rodeaban a los Reyes para obtener obsequios.

Por la noche volvieron los Reyes para despedirse. Apareció primero Mensor. María le puso al Niño en los brazos, que el rey recibió llorando de alegría. Luego acercáronse los otros dos reyes, derramando lágrimas. Trajeron muchos regalos a la Sagrada Familia: piezas de telas diversas, entre las cuales algunas parecían de seda sin teñir, y otras de color rojo o con diversas flores. Dejaron muy hermosas colchas. Dejaron sus grandes y amplios mantos de color amarillo pálido, tan livianos que al menor viento eran agitados: parecían hechos de lana extremadamente fina. Traían varias copas, unas dentro de otras; cajas llenas de granos, y en un canasto, tiestos donde había hermosos ramos de una planta verde, con hermosas flores blancas: eran plantas de mirra. Los tiestos estaban colocados unos encima de otros dentro del canasto. Dejaron a José unos jaulones llenos de pájaros, que habían traído en cantidad sobre sus dromedarios, para su alimento durante el viaje. Al momento de despedirse de María y del Niño, derramaron abundantes lágrimas. María estaba de pie junto a ellos en el momento de la despedida. Llevaba en brazos al Niño envuelto en su velo, y dió algunos pasos para acompañar a los Reyes hasta la puerta de la gruta. Se detuvo en silencio, y para dejar un recuerdo a aquellos hombres tan buenos quitóse el gran velo que tenía sobre la cabeza, que era de tejido amarillo y con el cual envolvía a Jesús, y lo puso en manos de Mensor. Los Reyes recibieron el regalo inclinándose profundamente. Una alegría llena de respeto los embargó cuando vieron a María sin velo, teniendo al Niño en brazos. ¡Cuán dulces lágrimas derramaron al dejar la gruta! El velo fué para ellos desde entonces la reliquia más preciada que poseyeran. La Santísima Virgen recibía los dones, pero no parecía darles importancia alguna, aunque en su humildad encantadora mostraba un

profundo agradecimiento a la persona que hacía el regalo. En todos estos homenajes no he visto en María ningún acto o sentimiento de complacencia para consigo misma. Sólo por amor al Niño Jesús y por compasión a San José se dejó llevar de la natural esperanza de que en adelante el Niño Jesús y José encontrarían en Belén más simpatía que antes y que ya no serían tratados con tanto desprecio como lo fueron a su llegada. La tristeza y la inquietud de José la habían afligido en extremo.

Cuando volvieron los Reyes a despedirse ya estaba la lámpara encendida en la gruta. Todo estaba oscuro afuera. Los Reyes se fueron en seguida con sus acompañantes y se reunieron debajo del terebinto, sobre la tumba de Maraha, para celebrar allí, como en la víspera, algunas ceremonias de su culto. Debajo del árbol habían encendido una lámpara, y al aparecer las estrellas comenzaron a rezar sus preces y a entonar melodiosos cantos, produciendo un efecto muy agradable en ese coro las voces de los niños. Después se dirigieron a la carpa donde José había preparado una modesta comida. Concluída ésta, algunos se volvieron a la posada de Belén y otros descansaron bajo sus carpas.

LXVI

El Angel avisa a los Reyes los designios de Herodes

A medianoche tuve una visión. Vi a los Reyes descansando bajo su carpa sobre colchas tendidas en el suelo, y junto a ellos vi a un joven resplandeciente: un ángel los despertaba diciéndoles que debían partir de inmediato, sin pasar por Jerusalén, sino a través del desierto, costeando las orillas del Mar Muerto. Los Reyes se levantaron de sus lechos y todo el séquito estuvo de pie en poco tiempo. Uno de ellos fué al Pesebre a despertar a José, quien corrió a Belén para avisar a los que allí se hospedaban; pero los encontró por el camino, porque habían tenido la misma aparición. Plegaron la carpa, cargaron los animales con el equipaje, y todo fué enfardado y preparado con asombrosa rapidez. Mientras los Reyes se despedían en forma sumamente conmovedora de San José, delante de la gruta del Pesebre, una parte del séquito ya partía en grupos separados para tomar la delantera en dirección al Mediodía, para costear el Mar Muerto a través del desierto de Engaddi. Mucho instaron los Reyes a la Sagrada Familia de que partiesen con ellos, diciendo que un

gran peligro los amenazaba, y rogaron a María que por lo menos se ocultase con el pequeño Jesús para que no sufriesen molestias por causa de ellos mismos. Lloraban como niños: abrazando a José decían palabras muy conmovedoras. Montando sobre sus cabalgaduras, ligeramente cargadas, se alejaron por el desierto. He visto al ángel a su lado indicándoles el camino, y pronto desaparecieron de la vista. Siguieron separados, unos de otros, como un cuarto de legua; luego en dirección al Oriente, por espacio de una legua, y finalmente torcieron hacia el Mediodía. He visto que pasaron por una región que Jesús atravesó más tarde al volver de Egipto en el tercer año de su predicación.

El aviso del ángel a los Reyes había llegado a tiempo, pues las autoridades de Belén abrigaban la determinación de prenderlos hoy mismo, con el pretexto de que perturbaban el orden público, de encerrarlos en las profundas mazmorras que existían debajo de la sinagoga y acusarlos después ante el rey Herodes. No sé si obraban así por una orden secreta de Herodes o si lo hacían por exceso de celo ellos mismos. Cuando se conoció esta mañana la huída de los Reyes, en el valle tranquilo y solitario donde habían acampado, los viajeros se encontraban ya cerca del desierto de Engaddi. En el valle no quedaban más que los rastros de las pisadas de los animales y algunas estacas que habían servido para levantar las tiendas.

La aparición de los Reyes había causado gran impresión en Belén y muchos se arrepentían de no haber hospedado a José. Otros hablaban de los Reyes como de aventureros que se dejaban llevar por imaginaciones extrañas. Había quienes creían, en cambio, encontrarles alguna relación con los relatos de los pastores acerca de la aparición de los ángeles. Todas estas cosas determinaron a las autoridades de Belén, quizás por instigación de Herodes, a tomar medidas. He visto reunidos a todos los habitantes de la ciudad por una convocatoria en el centro de una plaza de la ciudad, donde había un pozo rodeado de árboles delante de una casa grande, a la cual se subía por escalones. Precisamente desde esos escalones fué leída una especie de proclama, donde se declamaba contra las cosas supersticiosas y se prohibía ir a la morada de la gente que propalaba semejantes rumores. Cuando la muchedumbre se hubo retirado, vi a José acudir a esa casa, donde había sido llamado, y vi que fué interrogado por unos ancianos judíos. Lo he visto volver al Pesebre y retornar ante el tribunal de ancianos. La segunda vez llevaba un poco del oro que le habían dado los Reyes, y lo entregó a

esos hombres, que luego lo dejaron en paz. Por eso me pareció que todo este interrogatorio no tuvo otro objeto que el de arrancarle un puñado de oro.

Las autoridades habían hecho poner un tronco de árbol atravesado para obstruír el camino que llevaba a los alrededores del Pesebre. Este camino no salía de la ciudad sino que comenzaba en la plaza donde la Virgen se había detenido bajo el árbol grande, salvando una muralla. Dejaron un centinela en una choza junto al árbol y pusieron unos hilos sobre el camino, que hacían tocar una campanilla que estaba en la cabaña de aquél, que les permitiría detener a quien intentase pasar. Por la tarde vi un grupo de dieciséis soldados de Herodes hablando con José. Habían sido enviados allí por causa de los tres Reyes como si fuesen perturbadores de la tranquilidad pública. No hallaron más que silencio y paz en todas partes, y en la gruta no vieron más que una pobre familia. Como por otra parte tenían orden de no hacer nada que llamara la atención, regresaron como habían venido, informando de lo que habían podido ver. José había llevado ya los regalos de los Reyes y demás cosas que habían dejado antes de su partida, guardándolos en la gruta de Maraha y en otras cavernas escondidas en la colina del Pesebre. Las cuevas existían desde los tiempos del patriarca Jacob. En aquella época en que sólo había allí algunas cabañas en la que es hoy plaza de Belén, Jacob había levantado su tienda sobre la colina del Pesebre.

LXVII

Visita de Zacarías. La Sagrada Familia se traslada a la tumba de Mahara

Diciembre 25. — Esta noche he visto a Zacarías de Hebrón que iba por primera vez a visitar a la Sagrada Familia.

Diciembre 26. — María estaba en la gruta, y Zacarías, llorando lágrimas de alegría, tomó en sus brazos al Niño, y repitió, cambiando algunas frases, el cántico de alabanza que había dicho en el momento de la circuncisión de Juan Bautista. Más tarde Zacarías volvió a su casa, y Ana acudió al lado de la Santa Familia con su hija mayor. María de Helí era más alta que su madre y parecía de más edad que ella.

Reina gran alegría entre los parientes de la Sagrada Familia, y Ana se siente muy feliz. María pone con frecuencia al Niño en sus brazos y lo deja a su cuidado. Con ninguna otra persona he visto que hiciera esto. Una cosa me conmovió mucho: los cabellos del Niño Jesús, rubios y formando bucles, tenían en su extremidad hermosos rayos de luz. Creo que le rizan el cabello, pues veo que le frotan la cabecita al lavarlo, poniéndole un pequeño abrigo sobre el cuerpo. Veo en la Sagrada Familia una piadosa y tierna veneración en el trato con el Niño; pero todo lo hacen sencilla y naturalmente, como pasa entre los santos y elegidos de Dios. El Niño muestra un cariño y una ternura tal con su madre como nunca he visto en otros niños de corta edad. María contaba a su madre Ana todo lo sucedido con la visita de los Reyes, alegrándose mucho Ana de ver cómo habían sido llamados desde tan lejos esos hombres para conocer al Niño de la Promesa. Observó los regalos de los Reyes, ocultos en una excavación abierta en la pared, y ayudó en la distribución de una gran parte de ellos y a poner en orden los demás. Todo estaba tranquilo en los alrededores de Belén, porque los caminos que llevaban a la gruta y que no pasaban por la puerta de la ciudad estaban obstruídos por las autoridades, y José no iba ya a Belén a hacer sus compras porque los pastores le traían cuanto necesitaba. La parienta a cuya casa iba Ana y que estaba en la tribu de Benjamín, se llamaba Mara, hija de Rhod, hermana de Santa Isabel. Era pobre y tuvo varios hijos, que luego fueron discípulos de Jesús. Uno de ellos fué Natanael(*), el novio de las bodas de Caná. Esta Mara se halló presente en Efeso en los momentos de la muerte de María.

Ana está en este momento sola con María en la gruta lateral. Están trabajando juntas tejiendo una colcha ordinaria. La gruta del Pesebre estaba completamente vacía. El asno de José estaba oculto detrás de unas zarzas. Hoy volvieron algunos agentes de Herodes y pidieron en Belén noticias acerca de un Niño recién nacido. Llenaron especialmente de preguntas a una mujer judía que poco tiempo antes había dado a luz a un niño. No fueron a la gruta porque antes no habían encontrado allí nada más que a una pobre familia: estuvieron lejos de pensar que podría tratarse del Niño de esa familia. Dos hombres de edad, de los pastores que habían adorado al Niño Jesús, relataron a José la

(*) Natanael, el de las bodas de Caná, no es el Natanael que vió Jesús bajo la higuera.

historia de esas investigaciones. La Sagrada Familia y Ana se refugiaron en la gruta de la tumba de Maraha. En la gruta del Pesebre no quedaba nada que pudiera dar a entender que hubiera estado habitada: parecía un lugar abandonado. Los vi durante la noche caminando por el valle con una luz velada: Ana llevaba el Niño, y María y José caminaban a su lado. Los pastores los guiaban llevando las colchas y todo lo que necesitaban las mujeres y el Niño.

Tuve una visión, que no sé si la tuvo también la Sagrada Familia. Vi una gloria formada por siete rostros de ángeles colocados uno sobre otro alrededor del Niño Jesús. Aparecieron otras caras y otras formas luminosas, junto a Ana y a José, que parecían llevarlos por el brazo. Al entrar en el vestíbulo cerraron la puerta, y al llegar a la gruta de la tumba hicieron los preparativos para el descanso.

He visto a dos pastores que avisaban a María de la llegada de gente enviada por las autoridades para tomar informes sobre su Niño. María sintió gran inquietud. De pronto vi a José que entraba, tomaba al Niño en brazos y lo envolvía en un manto para llevarlo. No recuerdo ya dónde fué con Él. Entonces vi a María, sola, durante todo un medio día, en la gruta, llena de inquietud materna, sin el Niño en su presencia. Cuando llegó la hora en que la llamaron para dar el pecho al Niño, hizo lo que hacen las madres cuidadosas que han sufrido alguna agitación violenta o tenido una conmoción de terror. Antes de amamantar al Niño, exprimió de su seno la leche que se habría podido alterar, en una pequeña cavidad de la piedra blanca de la gruta. María habló de esta precaución con uno de los pastores, hombre piadoso y grave que había ido a buscarla para llevarla junto al Niño. Este hombre, profundamente convencido de la santidad de la Madre del Redentor, sacó cuidadosamente aquella leche de la cavidad de la piedra, y lleno de fe sencilla y simple, la llevó a su mujer, que tenía un niño de pecho al que no podía calmar ni acallar. Aquella buena mujer tomó ese alimento con confianza y respeto, y su fe se vió recompensada, pues se encontró desde entonces con leche buena y abundante para su hijo. Después de esto, la piedra blanca de la gruta recibió una virtud semejante: he visto que aún hoy en día también infieles y mahometanos usan de ella como de un remedio en éste y otros casos análogos(*). Desde entonces aquella tierra mezclada con

(*) Castro, en la *Vida de María,* y Grotanus, en la *Vida de San José,* consignan esta tradición tomada de un antiguo manuscrito armenio.

agua y comprimida en pequeños moldes es distribuída a toda la cristiandad como objeto de devoción y a esta especie de reliquias llaman "Leche de la Virgen Santísima".

LXVIII
Preparativos para la partida de la Sagrada Familia

Diciembre 28-30. — En estos últimos días y hoy mismo he visto a José haciendo preparativos para la próxima partida de la Sagrada Familia. Cada día iba disminuyendo los muebles y utensilios. A los pastores les daba los tabiques movibles, los zarzos y otros objetos con los cuales había hecho más habitable la gruta. Por la tarde, muchas personas que iban a Belén para la fiesta del Sábado, pasaban por la gruta del Pesebre, pero la hallaron abandonada y prosiguieron su camino. Ana debe volver a Nazaret después del Sábado. He visto que están ordenando, envolviendo paquetes y que cargan sobre dos asnos los objetos recibidos de los Reyes, especialmente las alfombras, colchas y diversas piezas de género. Esta noche celebraron la fiesta del Sábado en la gruta de Maraha continuándola durante el día 29, mientras en los alrededores reinaba gran tranquilidad. Terminada la fiesta del Sábado se preparó la partida de Ana.

Esta noche vi por segunda vez que María salía de la gruta de Maraha y llevaba al Niño a la gruta del Pesebre en medio de las tinieblas de la noche. Lo colocó sobre una alfombra en el lugar donde había nacido y rezó de rodillas junto al Niño. Se llenó toda la gruta de luz celestial, como en el día del Nacimiento. Creo que María debió ver toda esa luz. El Domingo 30, por la mañana, Ana se despedía con ternura de la Sagrada Familia, y de los tres pastores, y se encaminaba con su gente a Nazaret. Llevaban sobre sus bestias de carga todo lo que quedaba aun de los regalos de los Reyes y me admiré mucho de que se llevasen un atadito que me pertenecía a mí. Tuve la impresión de que se hallaba dentro de su equipaje y no podía comprender cómo Ana se llevase algo que era mío. Ana se llevó muchos regalos de los tres Reyes, especialmente ciertos tejidos. Una parte de ellos sirvió en la Iglesia primitiva y algunas de estas cosas han llegado hasta nosotros. Entre mis reliquias hay un trocito de colcha que cubría la mesita donde se pusieron los regalos de los Reyes, y otro es de uno de sus mantos. Yo mismo debo tener un pedazo de género que procede de los Reyes Magos.

Poseían varios mantos: uno grueso y de tela tupida para el mal tiempo; otro de color amarillo, y un tercero, rojo, de una hermosa lana muy fina. En las grandes ceremonias llevaban mantos de seda sin teñir: los bordes estaban bordados de oro y la larga cola era llevada por los hombres del séquito. Creo que hay cerca de mi un trozo de aquellos mantos, y por esta razón he podido ver junto a los Reyes, antes y esta noche, de nuevo, algunas escenas relativas a la producción y al tejido de la seda. En una región del Oriente, entre el país de Teokeno y el de Sair, había árboles cubiertos de gusanos de seda. Alrededor de cada árbol habían cavado un pequeño foso, para que estos gusanos no pudieran irse de allí, y vi que colocaban con frecuencia unas hojas debajo de esos árboles. En las ramas estaban suspendidas cajitas, de donde sacaban objetos redondeados más largos que un dedo. Pensé que se tratase de huevos de pájaros de alguna especie rara; pero luego entendí que eran capullos hilados por estos gusanos al ver cómo las gentes los devanaban y sacaban hilos muy delgados. Sujetaban una gran cantidad de ellos contra su pecho e hilaban con un hermoso hilo que enrollaban sobre algo que tenían en la mano. Tejían entre los árboles y su telar era muy sencillo. La pieza del género era del ancho de la sábana que tengo en mi lecho.

LXIX

Presentación de Jesús en el Templo

Acercándose el día en que la Virgen debía presentar su Primogénito en el Templo y rescatarlo según lo prescribía la Ley, se hicieron los preparativos para que la Sagrada Familia pudiese ir al Templo y de allí volver a Nazaret. Ya el Domingo 30 los pastores habían llevado lo que Ana había dejado. La gruta del Pesebre, la lateral y la de Maraha se hallaban completamente vacías y limpias. José las había dejado en las condiciones en que las encontró. He visto a María y a José con el Niño visitando por última vez la gruta y despedirse del paraje. Tendieron la carpeta de los Reyes en el lugar donde Jesús había nacido, pusieron allí al Niño y rezaron. De allí pasaron al sitio de la circuncisión y también allí se detuvieron rezando. Al amanecer he visto a la Virgen sentarse sobre el asno que los pastores dejaron ensillado delante de la gruta. José tuvo al Niño mientras María se acomodaba, y luego se lo dió. La Virgen iba sentada de modo

que sus pies, un tanto levantados, descansaban sobre una tablilla. Llevaba al Niño contra su pecho, envuelto en su gran manto, mientras lo contemplaba llena de felicidad. Sobre el asno sólo había dos colchas y dos pequeños fardos, entre los cuales estaba María. Los pastores se despidieron con mucha emoción acompañándolos un trecho. No hicieron el mismo camino por donde habían venido, sino que cruzaron entre la gruta del Pesebre y la de la tumba de Maraha, costeando a Belén por el Oriente, de modo que nadie los observó.

Enero 30. — Hoy los vi seguir el camino con lentitud, recorriendo la distancia bastante corta de Belén a Jerusalén. Emplearon mucho tiempo porque se detenían con frecuencia. A mediodía los vi hacer alto sobre unos asientos alrededor de un pozo techado, mientras dos mujeres se acercaron a María y trajeron dos cantaritos con agua mezclada con bálsamo, y panecillos. La ofrenda que María ofrecería en el templo estaba en un cestillo colgado de un lado del asno. Este cesto tenía tres compartimentos: dos de ellos, cubiertos, contenían frutas; el tercero era una jaula calada con dos palomas. Al amanecer los vi entrando en la casa pequeña de dos esposos ancianos que los recibió con todo afecto: estaban a un cuarto de legua de Jerusalén. Eran esenios, parientes de Juana Chusa. El marido se ocupaba en trabajos del jardín, podando cercos, y tenía a su cargo la parte del camino.

Febrero 2. — Pasaron todo el día en casa de esos ancianos. María estuvo casi todo el día sola con el Niño en una habitación: lo tenía junto a ella sobre una alfombra. María estaba siempre en oración y parecía disponerse para la ceremonia que tendría lugar muy pronto. En aquella ocasión tuve una advertencia interior acerca de la manera que debía prepararme para la Comunión. Vi aparecer en la habitación a varios ángeles que adoraban al Niño Jesús. No podría decir si María los vió, aunque creo que sí, porque estaba muy emocionada; por otra parte, los dueños de la casa prestaron toda clase de atenciones a María presintiendo algo extraordinario en el Niño Jesús.

A las siete de esta tarde vi al anciano Simeón. Era un hombre delgado, de mucha edad y barba corta. Este sacerdote tenía mujer y tres hijos, de los cuales el más joven contaría veinte años. Vivía junto al templo, y vi que se dirigía por un corredor estrecho y oscuro hacia una celdilla abovedada, abierta en los gruesos muros. No vi más que una abertura por la cual se miraba al interior. El anciano estaba arrodillado en su oración como

en éxtasis. Se le apareció un ángel y le dijo que prestase atención al primer niño que se presentara a la mañana siguiente en el templo, pues ese Niño era el suspirado Mesías que él tanto había deseado contemplar. Le avisó que habría de morir después de ver al Mesías. El espectáculo era admirable. La celda estaba inundada de luz y el anciano Simeón lleno de contento. Al volver a su casa contó a su mujer lo que le había pasado, y cuando ésta fué a descansar, vi al anciano de nuevo en oración. Cuando veía a los piadosos israelitas de entonces rezando y a los sacerdotes, nunca los vi hacer las contorsiones ridículas que hacen hoy los judíos; en cambio, los he visto darse a veces a la disciplina. He visto que la profetisa Ana tuvo también una visión mientras rezaba en su celda del templo, referente a la presentación del Niño Jesús.

Esta mañana, antes de amanecer, he visto a la Sagrada Familia en compañía de los dueños de casa, que dejaban el albergue para dirigirse al templo de Jerusalén con el cesto donde estaban las ofrendas que debía presentar. Entraron primero en un patio cercano al templo, rodeado de muros, y mientras José y el dueño de casa colocaban el asno bajo un cobertizo, la Virgen fué recibida muy fraternalmente por una anciana que la llevó más lejos por un corredor cubierto. Llevaban una linterna, pues no había aclarado aún. Desde la entrada, en aquel pasaje, el anciano Simeón salió al encuentro de María. Dijo algunas palabras de alegría, tomó al Niño en sus brazos, lo estrechó contra su corazón y se dirigió por otro camino apresuradamente al templo. Tenía un deseo tan vivo de ver al Niño, por lo que el ángel le había dicho, que quiso esperar la llegada de las mujeres para ver más pronto lo que tanto tiempo había suspirado. Llevaba Simeón largas vestiduras, como acostumbraban los sacerdotes cuando no estaban en función. Lo he visto con frecuencia en el templo y siempre en calidad de sacerdote, pero sin ocupar un cargo muy elevado en jerarquía. Sobresalía por su piedad, sencillez y sabiduría.

LXX

Presentación de María en el Templo

La Virgen fué llevada por la mujer que le servía de guía hasta el vestíbulo del templo, donde se hacía la purificación. Fué recibida allí por Ana y Noemí, su antigua maestra, las cuales

habitaban en esa parte del templo. Simeón acudió nuevamente al encuentro de María y la condujo al lugar donde se hacía el rescate de los hijos primogénitos. Ana, a quien José entregó el cesto con las ofrendas, la siguió con Noemí. José se dirigió a otra puerta, donde debían entrar los hombres. El cesto contenía frutas en la parte de arriba y palomas en la de abajo. Ya se sabía en el templo que varias mujeres tenían que presentarse con sus primogénitos y todo estaba preparado para la ceremonia, que se celebró en un lugar tan amplio como la catedral de Dülmen. Había una serie de lámparas encendidas contra los muros, que formaban como una pirámide de luces. La llama salía por la extremidad de una caña curva terminada en un pico de oro, que brillaba tanto como la llama y que llevaba sujeta por un resorte un pequeño apagador. Cuando éste era alzado por detrás, se apagaba la llama sin despedir humo ni olor, y para prenderlo bastaba bajarlo. Delante de una especie de altar, en una de cuyas extremidades había algo parecido a unos cuernos, varios sacerdotes habían llevado un cofre cuadrangular, algo alargado, que formaba el soporte de una mesa bastante amplia sobre la cual había una gran placa. En esta mesa colocaron una colcha roja y otra blanca, transparente, que colgaba hasta el suelo alrededor de la mesa. En los cuatro extremos de la mesa había lámparas encendidas de varios brazos y en el centro dos fuentes ovaladas y dos cestillas en torno a una larga cuna. Todos estos objetos se habían extraído de los compartimentos del cofre. De ahí también sacaron ropas sacerdotales, depositándolas sobre el altar fijo. La mesa para recibir las ofrendas estaba rodeada de una reja. A ambos lados de esta sala del templo había hileras de asientos, unas más altas que otras, donde se encontraban varios sacerdotes orando. Simeón se acercó a María que tenía al Niño envuelto en una tela azul celeste; y la condujo por la reja hasta la mesa de las ofrendas, donde María puso al Niño en la cuna. Desde ese momento vi el templo lleno de luz de un resplandor indescriptible. Vi que Dios estaba allí, y encima del Niño Jesús, vi los cielos abiertos hasta el trono de la Santísima Trinidad.

Simeón volvió a llevar a María al sitio donde se encontraban las mujeres detrás de la reja. María tenía vestido azul celeste y velo blanco, y estaba envuelta en largo manto amarillento. Simeón se acercó entonces al altar fijo, donde se hallaban las vestiduras sacerdotales y se revistió con otros tres sacerdotes para la ceremonia. En los brazos llevaban algo así como una rodela pequeña y sobre la cabeza una especie de mitra. Uno

de estos sacerdotes se colocó detrás de la mesa de las ofrendas, el otro delante y los restantes se hallaban a los costados recitando plegarias frente al Niño. La profetisa Ana acercóse entonces a María, le presentó el cesto de las ofrendas y la llevó hasta la reja, delante de la mesa del sacrificio. Ella quedó allí de pie, y Simeón, que estaba junto a la mesa, abrió la reja, acercó a María a la mesa y colocó allí sus ofrendas. En una de las fuentes ovaladas pusieron las frutas y en la otra monedas, mientras las palomas permanecieron en el cesto. En tanto Simeón quedaba con María ante el altar de las ofrendas, el sacerdote, detrás del altar, tomó al Niño Jesús, lo alzó en el aire presentándolo hacia diversos lados del templo y oró largo tiempo. Después entregó el Niño al anciano Simeón, el cual lo puso en brazos de María, leyendo ciertas oraciones en un rollo puesto a su lado sobre un atril. Simeón volvió a conducir a María delante de la balaustrada, de donde fué llevada por Ana, que la esperaba, al sitio donde estaban comúnmente las mujeres. Había allí una veintena de ellas, que había concurrido para presentar a sus primogénitos. José y los demás hombres estaban más lejos, en el sitio designado. Los sacerdotes que estaban delante del altar comenzaron un servicio con incensarios y oraciones, y los que se encontraban sentados tomaron parte en él haciendo ademanes, aunque no exagerados, como hacen los judíos de hoy.

Terminada esta ceremonia Simeón acercóse a María, recibió al Niño en sus brazos y, lleno de entusiasmo, habló de Él durante largo tiempo en términos sumamente expresivos. Agradeció a Dios el haber cumplido su promesa y entre otras cosas dijo: "Ahora, Señor, puedes dejar morir a tu siervo en paz, según tu promesa, porque mis ojos han visto tu Salud, que has preparado a la faz de todos los pueblos como luz que iluminará a las gentes y gloria de tu pueblo Israel". José se había acercado después de la Presentación, y escuchó, igual que María, con sumo respeto, las inspiradas palabras de Simeón, el cual, bendiciendo a ambos, dijo a María: "He aquí que Éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y en señal de contradicción. Una espada traspasará tu alma, para que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones". Al terminar su discurso Simeón, la profetisa Ana se sintió inspirada y habló largo tiempo del Niño Jesús, dando a su Madre el nombre de Bienaventurada. He visto que todos los presentes escucharon esto con devoción, sin que resultara desorden alguno. Me parece que los sacerdotes también oyeron estas cosas. Parecía que aquella manera de

rezar, en alta voz, no fuera cosa insólita; que sucedían con frecuencia estas cosas y que era natural que así sucedieran en el templo. Todos los presentes manifestaban grandes muestras de respeto al Niño y a su Madre. María brillaba como una rosa del Paraíso.

En apariencia, la Sagrada Familia había presentado de las ofrendas la más pobre, pero José dió al anciano Simeón y a la profetisa Ana, secretamente, muchas pequeñas monedas amarillas triangulares, con intención de favorecer especialmente a las vírgenes pobres que se educaban en el templo y que no tenían medios para costearse el mantenimiento. He visto luego que la Virgen era llevada con su Niño por Ana y Noemí al atrio desde donde la habían traído, y allí se despidieron. José ya se encontraba allí con los dueños de la casa donde se alojaban. Como habían traído el asno, María montó en él, con el Niño en brazos, y saliendo del templo se dirigieron a Nazaret, atravesando Jerusalén. No pude ver la ceremonia de la presentación de los demás niños en el día de hoy; pero tengo la impresión de que todos ellos recibieron gracias particulares, y que muchos fueron de aquellos niños inocentes degollados por orden de Herodes. Toda la ceremonia de la Presentación debió terminar a eso de las nueve de la mañana, pues a esa hora he visto que partía la Sagrada Familia de Jerusalén.

Llegaron ese día hasta Bethorón y pasaron la noche en la casa que había sido el último albergue de María, cuando fué llevada al templo trece años antes. Me pareció que la casa estaba habitada por un maestro de escuela. Algunas personas, enviadas por Ana, los estaban esperando para acompañarlos. Al volver a Nazaret siguieron un camino más directo del que habían tomado para ir a Belén, porque entonces evitaban las aldeas y entraban sólo en las casas aisladas que encontraban. La borriquilla, que les había indicado el camino cuando fueron a Belén, había quedado en casa de un pariente de José, porque pensaba éste volver a Belén y construirse allí una vivienda en el valle de los pastores. De esto había tratado con ellos y les decía que volvía a Nazaret sólo para que María pudiera pasar algún tiempo en casa de su madre a reponerse de las incomodidades sufridas en el mal alojamiento de Belén. Había dejado por esto muchas cosas en poder de los pastores, por la intención que tenía de volver. José llevaba unas monedas muy raras que había recibido de los Reyes Magos: en una especie de bolsillo interior de su ropa, tenía cierta cantidad de hojitas de metal amarillo, muy delgadas, brillantes

y dobladas unas sobre otras, de forma cuadrada, con las puntas redondeadas que tenían un grabado encima. En cambio, he visto que las monedas recibidas por Judas en pago de su tración, eran de forma de lengua.

En estos días pude ver de nuevo a los Reyes reunidos más allá de un río donde se detuvieron el día entero consagrado a la celebración de una de sus fiestas. Había allí un caserón grande, rodeado de casas más pequeñas. Al principio viajaron muy rápidamente, pero desde que se detuvieron en aquel sitio su marcha era más lenta. Yo veía a un joven resplandeciente que iba delante del cortejo y que a veces hablaba con ellos.

LXXI
Muerte de Simeón

El anciano Simeón tenía tres hijos, el mayor de unos cuarenta años y el más joven de unos veinte, y los tres estaban empleados en el templo. Más tarde se hicieron amigos fieles, aunque secretos, de Jesús y de sus discípulos y después lo fueron también ellos, no recuerdo si antes de la muerte de Cristo o después de su Ascensión al cielo. Fué uno de ellos el que en la última Cena preparó el cordero pascual para Jesús y los apóstoles. En los primeros tiempos de la persecución, después de la Ascensión, hicieron grandes servicios a los amigos de Jesús. No recuerdo ahora si todos esos hombres fueron hijos o nietos de Simeón. Simeón era pariente de Serafia (más tarde Verónica), como también de Zacarías, por medio del padre de Verónica. Este anciano, luego de haber profetizado en la Presentación de Jesús en el templo, al volver a su casa cayó enfermo casi de inmediato, y a pesar de su enfermedad, manifestaba gran alegría en las conversaciones con su mujer y sus hijos. Esta noche vi que era hoy cuando debía morir, y sólo recuerdo lo siguiente. Desde su lecho de muerte Simeón dirigió palabras conmovedoras a su mujer y a sus hijos hablándoles de la salvación que había llegado para Israel, de lo que había anunciado el ángel, todo esto en términos entusiastas, elocuentes y jubilosos. Después de esto lo vi morir plácidamente. La familia lo lloró en silencio, y alrededor de él he visto muchos sacerdotes y judíos orando. Su cadáver fué llevado en seguida a otra sala. Allí lo pusieron sobre una tabla agujereada y lo lavaron bajo una colcha con esponjas, de modo que no lo veían desnudo. El agua corría a

través de los orificios de la tabla hasta una fuente de cobre que estaba debajo. Después pusieron sobre el cuerpo grandes hojas verdes, alrededor hermosos ramos de hierbas y lo amortajaron en un lienzo grande, envolviéndolo luego con una tela en forma de tira larga, como se fajaría a un niño. Su cuerpo estaba tan rígido e inflexible que parecía atado a la tabla. La misma noche lo enterraron. Lo transportaron seis hombres, llevando luces. El cuerpo estaba colocado sobre una tabla con la forma del cuerpo y un borde algo levantado en los cuatro costados. Así envuelto y descubierto pusieron el cuerpo sobre la tabla. He visto que los que lo llevaban y los que acompañaban iban más de prisa de lo que suele hacerse en nuestros días. Lo sepultaron en la tumba de una colina no distante del templo. La bóveda tenía en su parte exterior la forma de un montículo, donde se había colocado, desde afuera, una puerta oblícua, con trabajo de albañilería en la parte interior, hecha de un modo particular que me recordó el tipo de obra que hacía San Benito cuando edificó su primer monasterio. Las paredes estaban adornadas de flores y estrellas con piedras de diferentes colores, tal como era la celda de la Virgen en el templo. La pequeña bóveda donde pusieron a Simeón tenía apenas el espacio para circular alrededor del cadáver. Tenían otras costumbres en los entierros, tales como dejar monedas, piedrecillas y creo que también alimentos, aunque ya no recuerdo bien estas cosas.

LXXII

Visión de la Purificación de María

La fiesta de la Candelaria o Purificación se me mostró en un gran cuadro que ahora me es difícil explicar. Vi esta fiesta en una iglesia diáfana suspendida sobre la tierra, que representa la Iglesia Católica en general, y que veo cuando debo contemplar no una iglesia en particular, sino la Iglesia como tal. Estaba llena de ángeles, que rodeaban a la Santísima Trinidad. Así como yo debía ver a la Segunda Persona de la Trinidad en el Niño Jesús presentado y rescatado en el templo, a pesar de hallarse presente en la Trinidad Santísima, así me parecía que el Niño Jesús se hallaba junto a mí y me consolaba en mis dolores mientras yo veía a la augusta Trinidad.

Febrero 3. — Estaba, pues, cerca de mí el Verbo encarnado, y parecía que el Niño Jesús estaba unido a la Santísima Trinidad

mediante una vía luminosa. No dejaba de estar allá, aunque estuviera a mi lado, y no dejaba de estar junto a mí, aunque estuviera en la Trinidad. En el momento en que sentí fuertemente la presencia del Niño Jesús junto a mí, vi la figura de la Santísima Trinidad en otra forma que cuando Ella me es presentada solamente como imagen de la Divinidad.

En esto apareció un altar en medio de la iglesia: no era un altar determinado de una de nuestras iglesias, sino un altar en general y simbólico. Sobre él había un árbol pequeño con grandes hojas colgantes, como había visto que era el árbol de la ciencia del bien y del mal en el Paraíso terrenal. Después vi a la Virgen Santísima con el Niño Jesús en brazos como si emergiese de la tierra, delante del altar, mientras el árbol que estaba sobre él se inclinaba ante Ella y se secaba de inmediato. Después ví que un ángel de vestiduras sacerdotales, con un aro luminoso en la cabeza, se acercaba a María. Ella le dió el Niño y el ángel lo puso sobre el altar, y en el mismo momento vi al Niño en el cuadro de la Santísima Trinidad, la cual contemplé esta vez en su forma común. Vi que el ángel daba a María un pequeño globo, sobre el cual había una figura como de un Niño fajado y María, después de haberlo recibido, quedó suspendida en el aire sobre el altar. De todos lados salían brazos llevando antorchas que se dirigían hacia ella, y María las presentaba al Niño, sobre el globo, en el que entraron de inmediato. Las antorchas formaron, por encima del Niño y de María, un resplandor de luz que iluminaba todo el cuadro. María desplegaba un amplio manto sobre toda la tierra. Luego todo cambió y se transformó en otra escena, que parecía la celebración de una fiesta.

Creo que la muerte del árbol de la ciencia del bien y del mal en el momento de aparecer María y la absorción del Niño ofrecido sobre el altar dentro del cuadro de la Santísima Trinidad, debían ser imágenes de la reconciliación de los hombres con Dios. Por esto mismo he visto que las luces dispersas presentadas a la Madre de Dios y remitidas por ella al Niño Jesús se convertían en una sola luz en Jesús, que es la Luz del mundo que ilumina a todo hombre y al mundo entero, representado por aquel globo como por un globo imperial. Las luces presentadas indicaban la bendición de las candelas, que se celebra en la fiesta de la Candelaria.

LXXIII

La Sagrada Familia llega a casa de Santa Ana

Esta noche vi que la Sagrada Familia había llegado a la casa de Ana, a media legua de Nazaret, hacia el valle de Zabulón. Tuvo lugar allí una fiestecita familiar, como aquella celebrada cuando partió María para el templo. Estaba María de Helí, la hija mayor de Ana. Habían quitado la carga al asno porque pensaban quedarse algún tiempo. Todos recibieron al Niño Jesús con alegría, con una alegría tranquila, interior: no había nada de apasionado en todas estas personas. Estuvieron presentes algunos sacerdotes de edad y hubo una fiestecita con una comida. Las mujeres comían separadas de los hombres.

En otra ocasión veo de nuevo a la Sagrada Familia en casa de Ana. Están presentes algunas mujeres, entre ellas María Helí, hija mayor de Ana, con su hija María de Cleofás; veo, además, a otra mujer del país de Santa Isabel, y aquella sirvienta que había estado con María en Belén. Esta sirvienta, después de perder a su marido, que la había tratado mal, no quiso volver a casarse y se fué a Juta, a casa de Isabel, donde María la conoció cuando fué a visitar a su prima. De allí la viuda fué a casa de Ana.

Hoy he visto a José atareado, cargando muchos bultos en casa de Ana, e ir luego con la criada de Ana a Nazaret, seguido de dos o tres asnos cargados. En los casos desesperados invoco a Santa Ana, Madre de María, y hoy, estando en visión en su casa, vi en el jardín muchas peras, ciruelas y otras frutas pendientes de los árboles, a pesar de no ser estación de frutas, y los árboles estuviesen sin hojas. Recogí algunas antes de salir de la casa y llevé las peras a personas enfermas, que se curaron de inmediato. Di también frutas a otras personas conocidas y desconocidas, que sintieron gran alivio en sus penas y enfermedades. Creo que estas frutas indican favores obtenidos por intercesión de Santa Ana, y que significan para mí nuevos sufrimientos de expiación. Por experiencia sé que sucede esto al tomar frutas de los jardines de los santos: pago el favor que recibo con nuevos dolores en favor de las almas.

En Palestina veo ahora a menudo brumas y lluvias; a veces un poco de nieve que se derrite en seguida. Veo también árboles sin hojas, pero con algunas frutas. Veo varias cosechas en el año y una que corresponde a nuestra estación de primavera.

En el invierno veo a la gente completamente cubierta, con mantos sobre la cabeza.

Febrero 6. — Hoy, por la tarde, he visto a María con el Niño, acompañada de su madre, que iban a la casa de José en Nazaret. El camino es agradable. Habrá una media legua de distancia, entre colinas, jardines y huertas. Ana envía alimentos a José y a María a su casa de Nazaret. ¡Qué conmovedor es todo lo que veo en la Sagrada Familia! María es como una Madre y al mismo tiempo como la servidora del Niño Jesús y la servidora de San José, y José es para María como el amigo más devoto y el servidor más humilde. ¡Cuánto me conmueve ver a María mover y dar vueltas al Niño Jesús como a un niño que no puede valerse por si mismo!

El Niño Jesús puede tener un año de edad. Lo vi jugando en torno de un balsamero, en un momento en que sus padres se detuvieron durante el viaje; algunas veces lo hacían andar un rato. Vi a la Virgen tejiendo vestiditos a punta de aguja o ganchillo. Tenía una madeja de lana sujeta a la cadera derecha y en las manos dos palillos de hueso, si no me equivoco, con unos ganchillos en la extremidad. Uno de ellos podía medir media vara de largo, el otro era más corto. La Virgen trabajaba de pie o sentada, junto al Niño, que se hallaba acostado en una pequeña cesta. A José lo he visto trabajar trenzando diferentes objetos y hacer tabiques y entarimados para las habitaciones con largas tiras de cortezas amarillas, pardas y verdes. Tenía una provisión de objetos semejantes superpuestos en un cobertizo contiguo a la casa. Me inspiraba compasión pensando que pronto tendría que dejar todo y huir a Egipto. Santa Ana venía con frecuencia, casi todos los días, desde su casa que está a solo media legua.

LXXIV

Agitación de Herodes en Jerusalén

He visto lo que sucedía en Jerusalén, y cómo Herodes mandó llamar a mucha gente como cuando reclutan soldados en nuestra tierra. Los soldados recibieron trajes y armas en un amplio patio donde se habían reunido. En el brazo tenían una media luna (*una rodela*). Tenían venablos y sables cortos y anchos, como cuchillas, y sobre la cabeza cascos; muchos de ellos se ceñían las piernas con cintas. Todo esto tenía relación con la matanza de los niños inocentes, porque Herodes andaba

sumamente agitado. Hoy lo he visto de nuevo en gran agitación, como cuando llegaron los Reyes Magos a preguntarle acerca del Rey de los judíos recién nacido. Estuvo consultando a viejos escribas y doctores, que portaban largos rollos de pergamino fijos sobre dos pedazos de madera, y estuvieron leyendo allí algo. He visto que los soldados vestidos y equipados la víspera fueron enviados a diversas direcciones, a los alrededores de Jerusalén y de Belén. Creo que fué para ocupar aquellos lugares donde más tarde las madres debían acudir con sus hijos a Jerusalén, sin sospechar que habrían de ser degolladas allí las criaturas. Quería impedir Herodes que su crueldad fuera causa de algún levantamiento. Hoy he visto a los soldados llegar a tres sitios diversos cuando salieron de Jerusalén: fueron a Hebrón, a Belén y a un tercer lugar que está entre los dos en dirección al Mar Muerto, cuyo nombre no recuerdo. Los habitantes de estos lugares, no sabiendo la causa de la llegada de los soldados, estaban intranquilos y sobresaltados. Como Herodes era astuto, no se traslucían sus malas ideas y buscaba a Jesús secretamente. Los soldados apostados en esos lugares permanecieron allí algún tiempo con el propósito de no dejar escapar al Niño recién nacido en Belén. Herodes hizo degollar a todas las criaturas menores de dos años.

LXXV

La Sagrada Familia en Nazaret

Hoy he visto a Ana yendo con su criada desde su casa a Nazaret. La criada llevaba un paquete colgado a su costado, una cesta sobre la cabeza y otra en la mano. Estas cestas eran redondas y una de ellas calada, porque dentro tenía aves. Llevaban alimentos para María, que no tenía instalada la cocina, porque recibía todo de la casa de Ana.

Martes, Febrero 27. — Hoy por la tarde volví a ver a Ana y a su hija mayor, María de Helí, la cual tenía junto a sí a un niñito muy robusto de cuatro a cinco años: era ya un nieto, hijo de su hija María de Cleofás. José estaba ausente, en casa de Ana. Yo pensé entre mis adentros: las mujeres son siempre del mismo modo. Las veía sentadas juntas, hablando familiarmente, jugando con el Niño Jesús, con besos y caricias y poniéndolo en los brazos del niñito de María Cleofás; todo pasaba como pasa en nuestros días en iguales casos. María de Helí vivía en una aldea

a unas tres leguas de Nazaret, hacia el Oriente, y su casa estaba también arreglada casi como la de Ana, con un patio rodeado de muros y un pozo de bomba, del cual salía un chorro de agua cuando se ponía el pie sobre un sitio determinado, cayendo el agua sobre una fuente de piedra. Su marido se llama Cleofás y su hija, casada con Alfeo, vivía en otro extremo de la aldea. Por la noche he visto a las mujeres en oración. Estaban delante de una mesa pequeña arrimada al muro y cubierta con un tapete rojo y blanco. María estaba delante de Ana y su hermana cerca de ella. A veces cruzaban las manos sobre el pecho, las juntaban y luego las extendían y María leyó en un rollo que tenía delante. Sus oraciones me recordaban la salmodia de un coro conventual, por el tono y el ritmo con que procedían.

LXXVI

El Ángel se aparece a José y le manda huir a Egipto

Noche del Jueves, Marzo 1º — Los veo partir de Nazaret. Ayer José había vuelto temprano de Nazaret y Ana y su hija estaban aún en Nazaret con María. Ya habían ido a descansar cuando el Ángel apareció a José. María y el Niño descansaban a la derecha del hogar; Ana a la izquierda; María de Helí entre la habitación de su madre y la de José. Estas diversas habitaciones estaban separadas por tabiques de ramas de árboles trenzadas y cubiertos en lo alto con zarzos de la misma clase. El lecho de María estaba separado de los demás de la pieza por medio de una mampara. El Niño Jesús dormía a los pies de María sobre unas alfombras en el suelo. Al levantarse, lo podía fácilmente tomar en brazos.

Vi a José descansando en su habitación, acostado de lado, con la cabeza sobre el brazo, cuando un joven resplandeciente se acercó a su lecho y le habló. José se incorporó; pero como estaba abrumado de sueño, volvió a caer. El Ángel lo tomó de la mano y lo levantó hasta que José volvió completamente en sí y se levantó. El Ángel desapareció. José encendió su propia lámpara en otra que estaba colgada delante del hogar en medio de la casa; luego golpeó a la entrada donde estaba María y preguntó si podía recibirlo. Lo vi entrar y hablar con María, la cual no descorrió la cortina que tenía delante. Luego José entró en una cuadra donde tenía el asno y pasó a una habitación donde había

diversos objetos y arregló todo para la pronta partida. Cuando José dejó a María, ésta se levantó y se vistió para el viaje. Fué a ver a su santa madre y le dió cuenta de la orden del Ángel de partir. Ana se levantó, como también María de Helí con su nieto. Al Niño Jesús lo dejaron aún descansando. Para aquellas santas personas la voluntad de Dios era lo primero. Estaban muy afectados y afligidos, pero no se dejaron llevar por la tristeza y dispusieron lo necesario para el viaje. María no tomó casi nada de lo que habían traído de Belén. Hicieron un envoltorio de regular tamaño con las cosas que José había dispuesto y añadieron algunas colchas. Todo esto se hizo con calma y muy rápidamente, como cuando se despierta uno para huir en secreto. María tomó al Niño y su prisa fué tanta que no la vi cambiarle pañales.

El momento de partir había llegado y no es posible decir cuánta era la aflicción de Ana y de su hija mayor: estrechaban contra su pecho al Niño Jesús, llorando, y el niñito besó también a Jesús. Ana besó varias veces a María, llorando, como si no la hubiera de ver más, mientras María de Helí se echó al suelo derramando abundantes lágrimas. Aún no era media noche cuando dejaron la casa, y Ana y María Helí acompañaron a los viajeros un trecho de camino. José marchaba detrás con el asno y aunque iban en dirección de la casa de Ana, la dejaron a un lado hacia la derecha. María llevaba al Niño Jesús sujeto con una faja que descansaba sobre sus hombros. Tenía un largo manto que la envolvía toda con el Niño y un gran velo cuadrado que no cubría más que la parte posterior de la cabeza y caía a ambos lados de la cara. Habían avanzado algo en el camino cuando José los alcanzó con el asno, cargado con un odre lleno de agua y un cesto lleno de objetos, como panecillos, aves vivas y un cantarito. El pobre equipaje de los viajeros, junto con algunas colchas, iba empaquetado alrededor del asiento, puesto de través con una tablilla para descansar los pies. Otra vez volvieron a besarse, llorando, y Ana bendijo a María, que montó sobre el asno, que conducía José, y prosiguieron su camino.

Viernes, Marzo 2. — Por la mañana temprano he visto a María de Helí que iba con su muchachito a la casa de Ana; después envió a su suegro con un servidor a Nazaret, y regresó a su propia casa. Ana estaba empaquetando y ordenando todo lo que había quedado en la casa de José. Por la mañana acudieron dos hombres de la casa de Ana: uno de ellos no llevaba encima mas que una piel de carnero, con toscas sandalias sujetas por correas en torno de las piernas; el otro llevaba ropas largas.

Ayudaron a poner orden en la casa de José, empaquetando las cosas que debían llevar a casa de Ana.

Mientras tanto vi a la Sagrada Familia, la noche de su partida, descansar en varios lugares y por la mañana en un cobertizo. Por la tarde, no pudiendo llegar más lejos, entraron en un lugar llamado Nazara, en una casa separada de las demás, porque eran tratados con cierto desprecio los dueños de ella. No eran judíos: en su religión había algo de paganismo, porque iban a adorar al monte Garizím, cerca de Samaría, por un camino montañoso y abrupto. Estaban obligados a pesadas tareas y trabajaban como esclavos en el templo y en otras obras públicas. Esta gente recibió a la Sagrada Familia con mucha amabilidad. Se quedaron allí el día siguiente. Al volver de Egipto la Sagrada Familia visitó a esa buena gente, y también más tarde, cuando Jesús tenía doce años, fueron al templo, y cuando volvió a Nazaret toda esa familia se hizo bautizar por San Juan y se unió a los discípulos de Jesús. El pueblo de Nazara no está lejos de otra ciudad puesta sobre una altura, cuyo nombre no recuerdo, pues he oído nombrar varias ciudades en los alrededores, como Legio, Massoloth, y entre ellas está Nazara, si mal no recuerdo.

LXXVII

Descanso bajo el terebinto de Abrahán

Domingo, Marzo 4. — Ayer, Sábado, después de la fiesta, la Sagrada Familia dejó a Nazara durante la noche. La he visto todo el Domingo y la noche siguiente ocultándose cerca de aquel árbol grande bajo el cual habían estado cuando fueron a Belén y donde María había sufrido tanto el frío. Este árbol era el terebinto de Abrahán, cerca del bosque de Moré, no muy distante de Siquem, de Yhenat, de Silch y de Aruma. Las intenciones de Herodes se conocían en aquel país y por eso no se sentían seguros. Cerca de este árbol fué donde Jacob enterró los ídolos robados a Labán, y junto a este terebinto Josué reunió al pueblo y estuvo levantado el tabernáculo donde se hallaba el Arca de la Alianza y exigió al pueblo renuncia de los ídolos. Allí fué saludado como rey por lo siquemitas, Abimelec, hijo de Gedeón.

Esta mañana he visto a la Sagrada Familia descansando, muy temprano, junto a una fuente, bajo unos arbustos de bálsamo, en una región fértil. El Niño Jesús estaba con los pies desnudos

sobre las rodillas de María. Los arbustos estaban cubiertos de bayas rojas: en algunas ramas había incisiones, de las que salía el líquido que era recogido en pequeños recipientes. Yo me maravillaba de que no los robaran. José llenó su cantarito con el licor que manaba y comieron lo que habían traído, pan y bayas recogidas en los arbustos vecinos, mientras el asno pastaba y abrevaba junto a ellos. Hacia la izquierda se veía, en lontananza, la altura donde estaba asentada Jerusalén. Era un cuadro conmovedor mirarla desde este lugar.

LXXVIII
Santa Isabel huye al desierto con el niño Juan

Martes, Marzo 6. — Zacarías e Isabel conocían el peligro que amenazaba a los niños, porque creo que la Sagrada Familia les envió un mensaje de confianza. He visto a Isabel llevándose al niño Juan a un sitio muy retirado del desierto, a unas dos leguas de Hebrón. Zacarías los acompañó hasta un lugar donde atravesaron un arroyuelo, pasando sobre una viga tendida. Allí se separó de ellos y se encaminó a Nazaret por el camino que María había tomado cuando fué a visitar a su prima Isabel. Creo que iba a pedir mejores informes a Santa Ana. Allí, en Nazaret, varios amigos de la Sagrada Familia estaban muy tristes por la partida. He visto que Juan, en el desierto, no llevaba sobre el cuerpo más que una piel de cordero, y a los dieciocho meses ya podía correr y saltar. Tenía en la mano un bastoncito blanco, con el que jugaba como juegan los niños. El desierto no era una inmensa extensión arenosa y estéril, sino una soledad con muchas rocas, barrancos y grutas, donde crecían arbustos diversos con bayas y frutos silvestres. Isabel llevó al niño Juan a una gruta donde más tarde vivió María Magdalena después de la muerte del Salvador. No sé cuánto tiempo estuvo oculta allí Isabel con el niño: probablemente quedó todo el tiempo hasta que no podía ya temerse la persecución de Herodes. Regresó con su hijo a Juta, pero volvió a huir cuando Herodes convocó a las madres que tenían hijos menores de dos años, lo cual tuvo lugar un año más tarde. No puedo decir los días, pero contaré las escenas de la huída conforme recuerdo haberlas visto.

LXXIX

La Sagrada Familia se detiene en una gruta y ve al niño Juan

Cuando hubo pasado la Sagrada Familia algunas alturas del Monte de los Olivos, la vi huyendo hacia Belén, en dirección de Hebrón. A unas dos leguas del bosque de Mambré los vi refugiarse en una gruta amplia, abierta en un desfiladero agreste, encima del cual se hallaba un lugar parecido al nombre de Efraim. Me parece que era la sexta vez que se detenían en el camino. Llegaron llenos de fatiga y de tristeza. María estaba muy afligida y lloraba. Sufrían toda clase de privaciones, pues tenían que tomar los senderos apartados y evitar los poblados y las posadas públicas. Descansaron durante todo el día. Tuvieron lugar aquí algunos hechos milagrosos para aliviar su miseria. Brotó una fuente en la gruta, por la oración de María, y una cabra salvaje se acercó a ellos y se dejó ordeñar. Finalmente se les apareció un ángel, que los consoló y animó. En esta gruta había rezado a menudo un profeta y Samuel se detuvo algunas veces. David guardaba en la vecindad los rebaños de su padre, y aquí mismo mientras oraba recibió de un ángel la orden y el mandato de combatir contra Goliat(*).

Después de dejar la gruta caminaron siete leguas hacia el Mediodía, dejando a su izquierda el Mar Muerto, y unas dos leguas más allá de Hebrón entraron en el desierto donde se encontraba por entonces el pequeño Juan, pasando a un tiro de flecha de la gruta donde estaban refugiados. Los he visto avanzar en medio de un desierto de arena, muy lánguidos y cansados. El recipiente de agua y el cantarillo de bálsamo estaban vacíos; María estaba sedienta y triste, y el Niño también tenía sed. Se detuvieron fuera del camino en una hondonada donde había zarzales y un poco de césped reseco. María bajó del asno, sentóse en el suelo y puso al Niño ante sí. Estaba triste y rezaba. Mientras María, como Agar en el desierto, pedía un poco de agua para el Niño, mis ojos vieron una escena conmovedora. La gruta donde Isabel tenía escondido al niño Juan, estaba a poca distancia, en medio de unas rocas altas. Pude ver al niño Juan vagando entre malezas y piedras. Me pareció lleno de inquietud y como si esperara algo; no pude ver a su madre.

(*) Arvieux, en el segundo tomo de sus Memorias (Leipzig, 1783), dice: "Entre Hebrón y Belén pasamos por la aldea de la Santísima Virgen, donde se dice que descansó cuando huía a Egipto".

La vista de aquel niño corriendo con paso seguro por ese lugar desierto producía una viva impresión. De la misma manera que se había estremecido en el seno de su madre, como queriendo ir al encuentro de su Señor, esta vez se hallaba excitado por la vecindad de su Redentor, que estaba sediento. Tenía sobre los hombros una piel de cordero, sujeta por la cintura, y en la mano un bastoncito, en cuya alta punta flotaba una banderola de corteza. Sentía que Jesús pasaba y que tenía sed. Se puso de rodillas y clamó a Dios con los bracitos tendidos. Luego se levantó con rapidez corrió impulsado por el espíritu hasta un costado de la roca, y golpeó el suelo con su vara, brotando de inmediato agua abundante. Juan corrió hacia el sitio donde caía, y allí se detuvo, y vió a lo lejos a la Sagrada Familia que pasaba. María alzó al Niño en los brazos y señalando hacia el lugar, dijo: "Mira a Juan en el desierto". Vi a Juan estremecerse de alegría junto al agua que caía; hizo una señal con su banderola, y luego huyó a su soledad. El arroyo, después de algún tiempo, llegó hasta el camino que seguían los viajeros. Los he visto pasar y detenerse junto a unos zarzales en un lugar cómodo donde había un poco de césped, aunque seco. María bajó con el Niño de la cabalgadura y se sentó sobre el césped. Todos estaban llenos de alegría. José cavó una pequeña hondura, que pronto se llenó de agua, y cuando estuvo limpia todos bebieron. María bañó al Niño y luego se lavaron las manos, la cara y los pies; José trajo el asno y le dió de beber, y finalmente llenó de agua su recipiente. Estaban llenos de alegría y de agradecimiento. El césped seco reverdeció con el agua; el sol se mostró brillante, y todos se encontraron reanimados, aunque silenciosos. Se detuvieron allí dos o tres horas.

A poca distancia de una ciudad sobre la frontera del desierto, a dos leguas más o menos del Mar Muerto, fué donde se detuvo la Sagrada Familia por última vez en los dominios de Herodes. El nombre de la ciudad era así como Anam, Anem o Anim(*). Pidieron entrada en una casa aislada, que era posada para gentes que atravesaban el desierto. Contra una altura había algunas cabañas y cobertizos, y en los alrededores muchos frutales silvestres. Me pareció que los habitantes eran camelleros, porque he visto pastando varios camellos rodeados de vallas. Eran gentes de costumbres salvajes, dedicadas, me pa-

(*) San Jerónimo y Eusebio hablan de un lugar llamado Anim o Anem, a nueve millas al Sur de Hebrón, en el distrito de Daroma.

rece, al pillaje; con todo, recibieron bien a la Sagrada Familia y le dieron hospitalidad. En la vecina ciudad habitaban gentes de costumbres desordenadas, que habían huído después de una guerra. Entre las personas de la posada había un joven de unos veinte años, llamado Rubén.

Jueves, Marzo 8. — En una noche estrellada he visto hoy a la Sagrada Familia atravesando un terreno arenoso, cubierto de maleza corta. Me parecía viajar con ellos por el desierto. El paraje era peligroso por la cantidad de serpientes ocultas en la maleza y enrolladas entre la hojarasca. Se acercaban silbando y levantando sus cabezas contra la Sagrada Familia, que pasaba tranquila, rodeada de luz. He visto otros animales dañinos, de patas cortas, y una especie, con alas sin plumas, como grandes aletas, y el cuerpo largo y negruzco. Pasaban rápidamente como si volaran; la cabeza se parecía a la de los peces. (Quizás lagartos voladores). La Sagrada Familia llegó a un camino ahuecado, que era una excavación profunda del terreno y quisieron descansar allí entre los zarzales. Tuve miedo por ellos, porque el sitio era horrible y quise hacerles una muralla de zarzas entrelazadas; pero se me presentó una bestia horrible, parecida a un oso y me sentí llena de ansiedad terrible. De pronto apareció un viejo amigo mío, sacerdote, que ha muerto hace poco, y se presentaba ahora como un hermoso joven. Tomó a la bestia feroz por la nuca y la alejó de allí. Yo le pregunté por qué había venido, pues seguramente se encontraría mejor allá donde estaba, y me respondió: "Quería socorrerte; no me quedaré mucho tiempo". Me dijo también que yo volvería a verlo.

LXXX

En la morada de los ladrones

La Santa Familia avanzó unas dos leguas hacia el Oriente por el camino principal; el último sitio donde llegaron, entre la Judea y el desierto, tenía el nombre de Mara. Pensé en el lugar donde había nacido Ana, pero no es éste. Los habitantes eran bárbaros e inhospitalarios, y la Sagrada Familia no recibió ayuda alguna. Entraron más tarde en un gran desierto arenoso, donde no había camino ni nada que indicara la dirección que debían tomar, y no sabían qué hacer. Después de haber andado un poco subieron por una cadena de montañas sombrías. Estaban de nuevo tristes y se pusieron a rezar de rodillas, clamando al

Señor que los ayudase. Varios animales salvajes grandes se agruparon a su alrededor. Me pareció al principio que eran peligrosos, pero aquellas bestias no eran malas; por el contrario, miraban a los viajeros amistosamente, como me mira el viejo perro de mi confesor cuando viene hacia mí. Entendí que aquellas bestias fueron mandadas para indicarles el camino. Miraban hacia la montaña; corrían delante; luego volvían, como hace un perro cuando quiere guiar a su dueño.

Vi a la Sagrada Familia seguir a las bestias y, atravesando esas montañas, llegar a una región triste y agreste. Todo estaba oscuro y los viajeros caminaron a lo largo de un bosque, donde, fuera del camino delante del bosque, había una choza de mal aspecto. A poca distancia de ella veíase colgada una lámpara de un árbol, que se distinguía desde lejos, destinada a atraer a los caminantes. El camino era difícil, cortado a trechos por zanjas. Había hoyos alrededor de la choza y por el camino hilos ocultos tendidos unidos a unas campanillas puestas en la cabaña. Los ladrones eran de este modo avisados de la presencia de viajeros, y salían a despojarlos.

Esta cabaña no estaba siempre en el mismo lugar: como era movible sus habitantes la trasladaban de un lugar a otro, según las necesidades. Cuando la Sagrada Familia llegó adonde estaba la linterna, se encontró rodeada por el jefe de los ladrones y cinco de sus compañeros. Tenían al principio malas intenciones; pero vi que partía del Niño Jesús un rayo luminoso que como una flecha tocó el corazón del jefe de la banda, el cual ordenó a su gente que no hicieran daño alguno a los viajeros. María vió este rayo luminoso llegar al corazón del jefe, porque a su vuelta contó el hecho a la profetisa Ana. El ladrón condujo a la Sagrada Familia a la cabaña, donde se encontraba su mujer y sus dos hijos. Ya era de noche. El hombre contó a su mujer la impresión extraordinaria que le produjo la vista del Niño y la mujer recibió a la Sagrada Familia con timidez, aunque con buena voluntad. Los viajeros se sentaron en el suelo, en un rincón de la casa y comieron algo de lo que llevaban. Los dueños de casa se mostraron al principio tímidos y reservados, cosa no habitual en ellos; pero poco a poco se fueron acercando. Otros hombres albergaron el asno de José bajo un cobertizo. Aquellas gentes se animaron poco a poco y fueron colocándose en torno de la Sagrada Familia y conversaron. La mujer ofreció a María panecillos con miel y frutas y trajo agua para beber. El fuego estaba encendido en una excavación hecha en un rincón de la casa.

La mujer arregló un sitio separado para María y le llenó, a su pedido, una gamella llena de agua para bañar al Niño, lavando también sus pañales que puso a secar junto al fuego. María bañó al Niño Jesús bajo una sábana.

El ladrón estaba tan conmovido, que dijo a su mujer: "Este Niño judío no es un niño común: es un niño santo. Pídele a la madre que nos deje bañar a nuestro hijo leproso en el agua donde ha lavado a su hijo. Quizás esto lo cure de su enfermedad". Cuando la mujer se acercó, la Virgen le dijo, antes que ella hablara, que debía bañar a su niño leproso en aquella agua, y la mujer trajo a un muchacho de tres años más o menos en sus brazos. Estaba muy comido por la lepra y su cara era toda una costra. El agua donde Jesús había sido bañado aparecía más clara que antes y al ser puesto el niño dentro del agua las costras se desprendieron y el niño se encontró perfectamente curado. La madre estaba fuera de si de contenta, y quería besar a María y al Niño Jesús; pero María no se dejó tocar por ella ni tocar al Niño. María le dijo que cavara una pequeña cisterna, echase el agua dentro, y que la virtud curativa del agua pasaría a la cisterna. Conversó un rato con ella, la cual prometió dejar ese lugar en la primera oportunidad que se le presentara. Los padres sentían gran alegría por la curación del hijo, y habiendo acudido otros durante la noche, ellos les mostraban al niño, contándoles lo acontecido. Los recién llegados, entre los cuales había algunos jóvenes, rodeaban a la Sagrada Familia, mirándola con gran asombro. Me extrañó más esta actitud de los bandidos al mostrarse tan respetuosos con la Sagrada Familia, porque los había visto esa misma noche asaltar a varios viajeros atraídos por la luz y conducirlos a una gran caverna que estaba más abajo, en el bosque. Esta caverna, con la entrada oculta por malezas, parecía servirles de depósito, porque vi allí a varios niños robados de siete a ocho años y a una vieja que cuidaba de todo lo que había almacenado. Allí adentro he visto vestidos, carpetas, carne, camellos, carneros, animales grandes y presas de toda clase.

Durante la noche vi a María descansando un rato, la mayor parte del tiempo sentada en su lecho. Salieron por la mañana temprano, provistos de alimentos que les habían dado los bandidos. Aquellas gentes los acompañaron un trecho, los guiaron a través de varias zanjas y se despidieron de ellos con gran emoción. El jefe dijo a los viajeros de modo muy expresivo: "Acordaos de nosotros dondequiera que vayáis". Al oír estas palabras vi de pronto la escena de la Crucifixión y escuché al buen ladrón

diciendo a Jesús: "Señor, acuérdate de mi cuando hayas llegado a tu reino". Reconocí en el buen ladrón al niño curado de la lepra. La mujer del bandido dejó, después de algún tiempo, la mala vida y fué a vivir en un sitio donde había descansado la Sagrada Familia. Allí había brotado una fuente y crecido un jardín de arbustos de bálsamos. Varias familias buenas fueron más tarde a habitar en aquel lugar.

LXXX

La primera ciudad egipcia. - La fuente milagrosa

He visto a la Sagrada Familia entrar en un lugar desolado: se habían extraviado y vi que se acercaban reptiles de diversas clases, entre ellos unos lagartos con alas de murciélagos, que iban arrastrándose y muchas serpientes. No les hicieron daño alguno, más bien parecía que querían indicarles el camino. Algún tiempo después, no sabiendo ya qué dirección tomar, vi que les fué mostrado el camino por medio de un gracioso milagro. A ambos lados del camino brotó la rosa llamada de Jericó con ramas de hojas rizadas que tenían florecitas en el centro. Avanzaron con alegría en medio de ellas, viendo que se alzaban las flores en toda la extensión que alcanzaba la vista. Este prodigio continuó por todo el desierto. A la Virgen le fué revelado que más tarde vendrían gentes del país a recoger estas flores, para venderlas a viajeros extranjeros y comprar pan con el producto de la venta. En efecto, he visto que así sucedió más tarde. El nombre del lugar era Gaz o Gose.

Los he visto arribar a un lugar llamado, si mal no recuerdo, Lep o Lap, donde había agua, fosos, canales y diques. Para atravesar el arroyo lo hicieron en balsas de madera, en las cuales había unas tinas donde metían a los asnos. Los que los pasaron en balsas fueron dos hombres de feo aspecto, cetrinos, con narices muy chatas y labios gruesos, que andaban medio desnudos. Más tarde llegaron a unas casas apartadas de la población, pero al ver a los habitantes tan altaneros y soeces, no pararon ni hablaron con ellos. Habían llegado a la primera población pagana egipcia, habiendo viajado durante diez días en territorio de Judea y otros diez en el desierto.

He visto a la Sagrada Familia en un país llano, en territorio egipcio. Aparecían grandes praderas donde pastaban los rebaños. Vi árboles a los cuales habían sujetado algunos ídolos semejantes

a niños fajados. Las tiras que los sujetaban estaban cubiertas de figuras y caracteres. Algunos hombres gruesos, de corta estatura, vestidos al modo de los hilanderos que he visto en el país de los tres Reyes, rendían homenajes a esos ídolos. La Sagrada Familia se refugió en un corral, del cual salieron las bestias para dejarles lugar. No tenían en ese momento ni agua ni alimento y nadie les dió cosa alguna. María apenas podía alimentar a su Niño. Soportaron todos los sufrimientos humanos en esos días. Cuando finalmente llegaron algunos pastores a dar de beber a sus animales en un pozo cerrado, le dieron a José un poco de agua para satisfacer su pedido. Más tarde vi a la Sagrada Familia, desprovista de todo socorro humano, atravesando un bosque, a la salida del cual había un datilero muy alto con gran número de dátiles en su extremidad superior pendientes de un racimo. María se acercó al árbol, tomó en sus brazos al Niño Jesús, y alzándolo, rezo una oración. El árbol inclinó su copa como arrodillándose ante ellos, y pudieron así recoger su abundante fruta. El árbol quedó en la misma posición. Toda clase de gente del lugar seguía luego a la Sagrada Familia, mientras María repartía dátiles a muchos niños desnudos que corrían detrás de ella. Como a un cuarto de legua llegaron cerca de un sicomoro de grandes dimensiones y se metieron dentro del hueco del árbol que estaba en gran parte vacío, ocultándose a la vista de la gente que los seguía, de tal modo que pasaron de largo por el lugar sin verlos y así pudieron pasar la noche ocultos.

Los he visto al día siguiente seguir a través de un arenal. Sin agua y cansados se detuvieron junto a un montículo del camino. María rezó con fervor y vi entonces brotar un manantial de agua abundante que regaba la tierra reseca del arenal. José le abrió un cauce para apresar el agua en un hoyo que hizo y se detuveron a descansar. María lavó y refrescó al Niño, y José llenó su odre de agua y dió de beber al asno. He visto que se acercaban para refrescarse unos animales muy feos, como grandes lagartos, y también tortugas. No hicieron daño alguno a la Sagrada Familia, sino que, por el contrario, la miraban con expresión de cariño amistoso. Vi que el agua brotada, después de recorrer un camino bastante largo, volvía a resumirse en la tierra a poca distancia de la primera fuente. La tierra regada por esta agua fué fecunda, de modo que pronto se cubrió de abundante vegetación y creció allí el árbol del bálsamo en abundancia. A la vuelta de Egipto, pudieron sacar bálsamo de esos mismos árboles. Más tarde este lugar fué conocido como "el

monte del bálsamo". Se establecieron allí varias personas, entre ellas la madre del niño leproso curado en la choza de los ladrones. Volví después a ver este lugar. Un hermoso cerco de árboles de bálsamo rodeaba todo el monte, donde habían plantado otros frutales. Abrieron un pozo ancho y profundo del cual sacaban agua por medio de una noria tirada por bueyes y que, mezclada con la fuente de María, la utilizaban para regar jardines y huertas. Sin esa mezcla he entendido que el agua del pozo hubiera sido mala y dañosa. Noté también que los bueyes que tiraban de la noria dejaban de trabajar desde el Sábado al mediodía hasta el Lunes por la mañana.

LXXXI

El ídolo de Heliópolis

Después de haber descansado y tomado alimentos se encaminaron a una gran ciudad, bien construída, aunque por entonces medio ruinosa; era Heliópolis, llamada también On. Este era el lugar donde, en tiempos de los hijos de Jacob, habitaba el sacerdote egipcio Putifar, en cuya casa vivía la joven Asenet, la hija que había tenido Dina después que fué robada por los siquemitas, y que se casó más tarde con José, virrey de Egipto. He visto que allí vivía, cuando murió Jesús en la cruz, Dionisio el Areopagita. La ciudad había sido devastada por la guerra; y fueron a establecerse toda clase de gentes en sus ruinosos edificios. Pasaron allí por un puente muy ancho y muy largo, a través de un río con varios brazos. Llegaron a una plazoleta situada delante de la puerta de la ciudad, bordeada por una especie de paseo. Había allí sobre una columna tronchada, más ancha en su base que en la altura, un ídolo grande con cabeza de buey que tenía en sus brazos algo así como un niño fajado. Alrededor del ídolo había unas mesas de piedras sobre los cuales ponían sus ofrendas las gentes que venían de todas partes de la ciudad.

Cerca de allí había un árbol corpulento bajo el cual la Sagrada Familia se detuvo a descansar. Hacía algunos momentos que estaban allí descansando cuando tembló la tierra; el ídolo tambaleó sobre su base y cayó a tierra. Este hecho fué causa de gran tumulto: la gente comenzó a dar voces y acudieron varios hombres que trabajaban en el canal. Un buen hombre, que había acompañado a la Sagrada Familia por el camino, acudió también

y la condujo rápidamente a la ciudad; creo que era uno de los trabajadores del canal. Se hallaban fuera de la plaza cuando el pueblo, atribuyendo a ellos la caída de su ídolo, se enfureció contra ellos y los amenazaba e injuriaba. Mientras sucedía esto la tierra tembló nuevamente, el árbol se desplomó, cortándose sus raíces, y el suelo donde habían estado el árbol y el ídolo se convirtió en un lodazal de agua negra y fangosa, donde se hundió el ídolo hasta los cuernos, que sobresalían. También se hundieron en el pantano algunos perversos de aquella multitud furiosa. La Sagrada Familia continuó tranquila su viaje, dirigiéndose a la ciudad. Fueron a albergarse en un edificio sólido junto al templo grande de un ídolo donde encontraron sitios desocupados.

LXXXII

La Sagrada Familia en Heliópolis

Una vez que atravesé el mar y fuí a Egipto ví a la Sagrada Familia habitando aún en la gran ciudad en ruinas. Esta ciudad se extiende a lo largo de un gran río de varios brazos y se ve desde lejos debido a su elevada posición. Hay algunas partes abovedadas, debajo de las cuales corre el río. Para pasar a través de los brazos del río usan vigas colocadas sobre el agua. Vi allí, con gran admiración mía, restos de grandes edificios, torres en ruinas y templos en bastante buen estado. Había columnas que parecían torres, a las cuales se podía subir por la parte exterior; otras muy altas terminadas en punta y cubiertas con imágenes extrañas y figuras semejantes a perros acurrucados con cabeza humana. La Sagrada Familia habitaba las salas de un gran edificio, sostenido por un lado por gruesas columnas de poca altura, unas de canto recto y otras redondas. Bajo las columnas habitaban muchas personas. En la parte alta, encima del edificio, había un camino por el que se podía transitar, y enfrente un gran templo de ídolos con dos patios. Delante de un espacio cerrado por un lado y abierto por otro, bajo una hilera de gruesos pilares, había hecho José una construcción liviana de madera, dividida en varias partes por medio de tabiques, donde habitaba la Sagrada Familia. Noté, por primera vez que detrás de aquellos tabiques tenían un altarcito ante el cual oraban: era una mesa pequeña cubierta por un paño rojo y otro blanco transparente. Encima pendía una lámpara. Más tarde vi a José, ya bien insta-

lado allí y que a menudo salía afuera a trabajar. Hacía bastones con pomos redondos en la extremidad, cestos y banquitos de tres pies y levantaba tabiques livianos con ramas entrelazadas y tejidas. Las gentes del país las untaban con un baño especial y las utilizaban para dividir las viviendas en compartimentos, contra los muros y aún dentro de los muros, que eran de mucho espesor. Con tablas delgadas y largas hacían torrecitas livianas de seis y ocho lados terminados en punta con adorno redondo por remate. Una parte quedaba abierta de modo que podía una persona refugiarse dentro como en una garita: tenían escalones por fuera para poder subir hasta la punta de la torre. Delante de los templos de los ídolos y sobre las azoteas vi estas torrecitas, que parecían refugios para guardianes como defensa contra los ardores del sol.

Vi a la Virgen Santísima ocupada en trenzar alfombras y en otros trabajos para los cuales se servía de un bastón con pomo: me parecía que hilaba o hacía otra labor semejante. Vi a menudo gente que iba a visitarla y a ver al Niño Jesús que estaba a su lado, en el suelo, en una cunita. Esta cunita la vi con frecuencia colocada sobre una tijera parecida a la de los aserradores. He visto al Niño graciosamente acostado y una vez lo vi sentado mientras María tejía a su lado teniendo junto a sí una cestilla con utensilios. Había otras tres mujeres allí. Los hombres que se habían refugiado en la ciudad ruinosa vestían como aquéllos que hilaban algodón que vi cuando fuí al encuentro de los Reyes Magos; pero éstos llevaban unos vestidos cortos en torno del cuerpo. Vi muy pocos judíos, rondando con precaución, como si no tuvieran autorización para habitar la ciudad. Al norte de Heliópolis, entre la ciudad y el río Nilo, que se devidía en varios brazos, estaba el país de Gessen. Allí había un lugar, entre dos canales, donde vivían muchos judíos que habían degenerado en la práctica de la religión. Como varios conocían a la Sagrada Familia, María hacía para ellos toda clase de labores femeninas con que ganarse el sustento. Estos judíos de Gessen tenían un templo que comparaban con el de Salomón, pero que era muy distinto. Vi otras veces a la Sagrada Familia viviendo en Heliópolis, cerca del templo de los ídolos de que ya he hablado. José había construído, no lejos de allí, un oratorio para los judíos, porque antes de llegar José no tenían lugar donde ejercer su culto religioso. El oratorio terminaba en una cúpula liviana, que se podía abrir al aire libre. En el centro había una mesa donde colocaban rollos escritos. El sacerdote o escriba de

la ley era un anciano; los hombres se colocaban a un lado y las mujeres a otro, cuando se reunían para rezar. Vi a la Virgen Santísima la primera vez que fué con el Niño al oratorio: estaba sentada en el suelo, apoyada sobre un brazo. El Niño Jesús, vestido de celeste, estaba delante de ella, con las manecitas juntas sobre el pecho. José parábase detrás de ella, cosa que hacía siempre, a pesar de que los demás se sentaban.

Me fué mostrado el Niño Jesús cuando era ya grandecito y recibía la visita de otros niños. Ya podía hablar y corretear. Estaba casi siempre al lado de José y lo acompañaba cuando salía. Tenía un vestidito semejante a una túnica hecha de una sola pieza. Como habitaban junto a un templo de ídolos, algunos de ellos cayeron hechos pedazos. Había quienes se acordaban de la caída de aquel gran ídolo que estaba delante de la puerta cuando ellos llegaron y atribuían el hecho a la cólera de los dioses contra ellos. A causa de esto tuvieron que sufrir muchas molestias y persecuciones.

LXXXIII

La matanza de los inocentes

Se apareció un Angel a María y le hizo conocer la matanza de los niños inocentes por el rey Herodes. María y José se afligieron mucho y el Niño Jesús, que tenía entonces un año y medio, lloró todo el día. He sabido lo siguiente: Como no volvieron los Reyes Magos a Jerusalén, y estando Herodes ocupado en algunos asuntos de familia, sus temores se habían calmado un tanto; pero cuando regresó la Sagrada Familia a Nazaret y oyó las cosas que habían acontecido en el templo y las predicciones de Simeón y de Ana en la ceremonia de la Presentación en el templo, aumentaron sus temores y angustias. Mandó soldados que con diversos pretextos debían guardar los lugares alrededor de Jerusalén, a Gilgal, a Belén hasta Hebrón, y ordenó hacer un censo de los niños. Los soldados ocuparon esos lugares durante nueve meses, mientras Herodes se hallaba en Roma. Después de su vuelta se produjo la degollación de los inocentes. Juan tenía entonces dos años, y había estado escondido en casa de sus padres antes que Herodes diera la orden para que las madres se presentaran con sus hijos de dos años o menos ante las autoridades locales. Isabel, advertida por un ángel, volvió a huir al desierto con el niño Juan. Jesús tenía entonces año y medio.

La matanza tuvo lugar en siete sitios diferentes. Se había engañado a las madres, prometiéndoles premios a su fecundidad; por eso ellas se presentaban a las autoridades vistiendo a sus criaturas con los mejores trajecitos. Los hombres eran previamente alejados de las madres. Los niños, separados de sus madres, fueron degollados en patios cerrados y luego amontonados y enterrados en fosos.

Hoy, al mediodía, vi a las madres con sus niños de dos años o menos acudir a Jerusalén, desde Hebrón, Belén y otro lugar donde Herodes había ordenado a sus soldados y funcionarios. Se dirigían a la ciudad en grupos diversos: algunas llevaban dos niños montados en asnos. Cuando llegaban eran conducidas a un gran edificio siendo despedidos los hombres que las habían acompañado. Las madres entraban alegremente, creyendo que iban a recibir regalos y gratificaciones en premio a su fecundidad. El edificio estaba un tanto aislado y bastante cerca del que fué más tarde el palacio de Pilatos. Como se hallaba rodeado de muros, no se podía saber desde afuera lo que pasaba adentro. Parecía aquello un tribunal, pues vi unos pilares en el patio y bloques de piedra con cadenas colgantes. También vi árboles que se encorvaban y ataban juntos y luego, soltados rápidamente, despedazaban a los desgraciados a ellos atados. Todo el edificio era sombrío, de construcción maciza. El patio era casi tan grande como el cementerio que hay al lado de la iglesia parroquial de Dülmen. Se abría una puerta entre dos muros y se llegaba al patio, rodeado de construcciones por tres lados. Los edificios de derecha e izquierda eran de un solo piso y el del centro parecía una antigua sinagoga abandonada. Varias puertas daban al patio interno. Las madres eran llevadas a través del patio a edificios laterales, y allí encerradas. Parecía aquello una especie de hospital o posada. Cuando se vieron encerradas, tuvieron miedo y empezaron a llorar y a lamentarse. Pasaron la noche allí dentro.

Marzo 9. — Hoy, después de mediodía, vi el cuadro horrible de la matanza de los niños. El gran edificio posterior que cerraba el patio tenía dos pisos. El inferior era una sala grande, desprovista, parecida a una prisión, o a un cuerpo de guardia, y en el piso superior había ventanas que daban al patio. Allí vi a algunas personas reunidas en un tribunal; delante de ellas había rollos sobre una mesa. Creo que Herodes estaría presente, pues vi a un hombre con manto rojo adornado de piel blanca, con pequeñas colas negras. Estaba rodeado de los demás y miraba

por la ventana de la sala que daba al patio. Las madres eran llamadas una a una para ser llevadas desde los edificios laterales hasta la sala inferior grande del cuerpo que estaba detrás. Al entrar, los soldados les quitaban los niños, llevándolos al patio, donde unos veinte hombres los mataban atravesándoles la garganta y el corazón con espadas y picas. Había niños aún fajados, a los cuales amamantaban sus madres, y otros que usaban ya vestiditos. No se ocuparon de desvestirlos, sino que tal como venían los tomaban del bracito o del pie y los arrojaban al montón. El espectáculo era de lo más horrible que puede imaginarse.

Entre tanto las madres eran amontonadas en la sala grande, y cuando vieron lo que hacían con sus niños, lanzaban gritos desgarradores, mesándose los cabellos y echándose en brazos unas de otras. Al fin se encontraron tan apretadas que apenas podían moverse. Me parece que la matanza duró hasta la noche. Los niños fueron echados más tarde en una fosa común, abierta en el mismo patio. Me fué dicho el número de ellos, pero ya no me acuerdo. Creo que había setecientos, más una cifra donde había un siete o diez y siete. Cuando vi este cuadro horrible no sabía donde estaba ocurriendo eso, y me parecía que era aquí, donde estaba yo. A la noche siguiente vi a las madres sujetas con ligaduras y conducidas por los soldados a sus casas. El lugar de la matanza en Jerusalén fué el antiguo patio de las ejecuciones, a poca distancia del tribunal de Pilatos; pero en la época de éste había sufrido varios cambios. Cuando murió Jesús, vi que se abrió la fosa donde estaban los niños inocentes y que sus almas salieron de allí apareciéndose en diversos lugares.

LXXXIV

Santa Isabel vuelve a huir con el niño Juan

Santa Isabel, avisada por un ángel antes de la matanza de los inocentes, se refugió con el pequeño Juan nuevamente en el desierto. Vi que estaba buscando durante mucho tiempo una cueva que le pareciera segura y escondida: cuando la encontró permaneció allí con el niño durante unos cuarenta días. Más tarde volvió a su hogar, y un esenio del monte Horeb fué al desierto para llevar alimentos al niño y ayudarle en sus necesidades. Este hombre, cuyo nombre he olvidado, era pariente de la profetisa Ana. Al principio iba cada semana y después cada

quince días, mientras Juan necesitó ayuda. No tardó en llegar el momento en que al niño le gustaba más estar en el desierto que entre los hombres. Estaba destinado por Dios para crecer allí en toda inocencia, sin contacto con los hombres y sus maldades. Juan, como Jesús, no fué a la escuela, y era instruído por el Espíritu Santo. A menudo vi una luz a su lado o figuras luminosas como las de los ángeles. El desierto no era estéril ni desolador, porque entre las rocas brotaban abundantes hierbas y arbustos con frutas y bayas de diversas clases. He visto allí fresas silvestres que recogía el niño para comer. Tenía extraordinaria familiaridad con los animales, especialmente con los pájaros que venían volando para posarse sobre sus hombros; y mientras él les hablaba, parecía que le comprendieran y le servían de mensajeros. A veces iba a lo largo de los arroyos: los peces le eran familiares, porque se acercaban cuando los llamaba y le seguían cuando caminaba al borde del agua. Vi que se alejaba mucho de los lugares habitados por el peligro que le amenazaba. Los animales lo querían tanto que le servían en muchas cosas. Lo llevaban a sus refugios o a sus nidos, y cuando los hombres se acercaban, él podía huir a los escondites sin peligro. Se alimentaba de frutas silvestres y de raíces; no le costaba mucho encontrarlas, pues los animales mismos lo conducían donde estaban y se las mostraban. Llevaba siempre su piel de cordero y su varita y se internaba cada vez más en el desierto. A veces se acercaba a su pueblo y dos veces vió a sus padres que anhelaban vivamente su presencia. Ellos debían tener revelaciones, pues cuando Isabel o Zacarías deseaban ver a Juan, éste no dejaba de acudir a su encuentro desde muy lejos.

LXXXV

La Sagrada Familia se dirige a Matarea

Estuvieron diez y ocho meses en Heliópolis, y teniendo ya Jesús alrededor de dos años, dejaron la ciudad por falta de trabajo y por las persecuciones de que eran objeto. Al mediodía se encaminaron hacia Menfis. Mientras pasaban por una pequeña ciudad, no lejos de Heliópolis, descansaron en el vestíbulo del templo de un ídolo; éste cayó por tierra y se rompió en pedazos. El ídolo tenía cabeza de buey, con tres cuernos; en su cuerpo había varias aberturas donde ponían a quemar las ofrendas. La caída del ídolo produjo un gran tumulto entre los sacer-

dotes paganos, que detuvieron a la Sagrada Familia con amenazas e injurias. Uno de ellos, sin embargo, dijo que quizás fuera mejor encomendarse al dios de esa gente, recordándoles las desgracias que habían sufrido sus antepasados que persiguieron a la raza a la cual pertenecían estos extranjeros, y les recordó la muerte de los primogénitos de cada familia la noche anterior a la salida de Egipto. Después de esto dejaron marchar a la Sagrada Familia sin hacerle daño. Caminaron hasta la ciudad de Troya, en la orilla oriental del Nilo, frente a Menfis. Había en esa villa mucho barro. Pensaron quedarse; pero no los recibieron en ninguna parte y hasta les rehusaron el agua para beber y los pocos dátiles que pedían. La ciudad de Menfis se veía en la otra orilla. El río era muy ancho en ese punto, había algunas islas y una parte de la ciudad se extendía al otro lado.

He visto el sitio donde fué descubierto Moisés, siendo niño, entre juncos y cañaverales. En tiempos del Faraón había un gran palacio con jardines y una alta torre a la cual subía a menudo la hija del Faraón. Menfis formaba como tres ciudades en ambos lados del río. La ciudad de Babilonia, en la orilla oriental del Nilo, un poco más adelante, casi formaba parte del conjunto de edificación de Menfis. En la época del Faraón, toda esa región del Nilo entre Heliópolis, Babilonia y Menfis, estaba llena de altos diques de piedra, de canales y de edificios, unos contra otros, de modo que el conjunto constituía como una sola ciudad. En la época de la Sagrada Familia había grandes separaciones y lugares desocupados. La Sagrada Familia se dirigió al Norte descendiendo el río en dirección a Babilonia. Esta ciudad estaba despoblada y aparecía mal construída y llena de fango. Costearon la ciudad, pasando entre el Nilo y la población, y dirigieron sus pasos en dirección opuesta a la que llevaban. Recorrieron unas dos leguas por la ribera del Nilo. Al borde del camino se alzaban edificios en ruinas. Atravesaron un canal y un pequeño brazo de río y llegaron a un paraje cuyo nombre primitivo no recuerdo, que más tarde se llamó Matarea. Estaba cerca de Heliópolis, situado sobre una lengua de tierra, de modo que el agua lo rodeaba por ambos lados; bastante despoblado, con casas muy aisladas y mal trazadas, hechas de madera de datileros con limo del río reseco, cubiertas de cañas. José encontró allí algún trabajo. Con ramas entrelazadas construyó casas más sólidas, abriendo encima galerías para poder pasear por ellas.

Se instalaron en un lugar solitario, bajo una bóveda oscura, no lejos de la puerta por la que habían entrado. José construyó

una casita liviana delante de esta bóveda. También aquí cayó un ídolo, que estaba en un templo pequeño, y después todos los ídolos fueron derrumbándose uno tras otro. Un sacerdote tranquilizó al pueblo enfurecido recordándoles las plagas de Egipto. Más tarde, cuando se hubo reunido allí una pequeña comunidad de judíos y de paganos convertidos, los sacerdotes les dejaron el pequeño templo, cuyo ídolo había caído al llegar la Sagrada Familia. José lo transformó en una sinagoga, convirtiéndose él mismo en el padre de la pequeña comunidad; les enseñaba a cantar los salmos con regularidad puesto que habían ya olvidado en gran parte el culto de sus antepasados. Había algunos judíos tan pobres que vivían en hoyos abiertos en el suelo. En cambio, en la aldea judía, entre On y el Nilo, vivían muchos israelitas que tenían un templo de propiedad; pero habían caído en el culto idolátrico, porque poseían un becerro de oro, una figura con cabeza de buey y en torno animales pequeños parecidos a garduñas, bajo doseles. Eran animales que defienden contra los cocodrilos. Tenían una imitación del Arca de la Alianza, dentro de la cual conservaban cosas abominables. Practicaban cultos detestables con toda clase de impurezas que ejercían en un pasaje oscuro subterráneo, pensando de esta forma invocar y atraer la venida del Mesías. Eran impenitentes y no querían corregirse de sus vicios. Más tarde varios de ellos se fueron adonde estaba José, con su pequeña comunidad, a dos leguas de distancia. No podían ir directamente por causa de los canales y malecones, debiendo hacer un rodeo por Heliópolis. Los judíos del país de Gessen habían ya conocido a la Sagrada Familia cuando se hallaba en On, y María hacía para ellos toda clase de labores de tejidos y bordados. María no quiso nunca hacer cosas de puro lujo o inútiles, sino sólo objetos de uso habitual y las ropas que se ponían en las ceremonias del culto y cuando rezaban. He visto que a varias mujeres que habían ido a encargarle ropas y adornos de vanidad y de moda, María rehusó hacerles esos trabajos, aunque tenía mucha necesidad de recibirlos. Algunas de estas mujeres la insultaron.

Desde un principio la estadía de la Sagrada Familia en Matarea estuvo llena de dificultades; no había allí ni agua potable, ni leña para el fuego. Los habitantes quemaban hierbas secas y cañas. La Sagrada Familia no comía la mayoría de las veces sino alimentos fríos. Más tarde José halló trabajo arreglando las cabañas del país. La gente lo trataba como a un pobre esclavo, pagándole el trabajo con lo que les parecía; a

veces un salario, otras veces nada. Los hombres eran muy inhábiles para construir viviendas. No había maderas, y si bien es cierto que vi lugares con árboles, la gente no tenía herramientas para trabajar. La mayoría usaba cuchillos de piedra o de hueso, y escarbaba la tierra para extraer la turba. José llevaba consigo los instrumentos más indispensables, y así pudo instalarse con regular comodidad. Dividió su habitación en varios departamentos, con tabiques de zarzos; fabricó un hogar, varias mesitas y banquitos, ya que la gente del lugar comía sentada en el suelo.

Vivieron en este lugar varios años, y pude ver escenas de las diversas épocas de la vida de Jesús. Vi el lugar donde dormía. En el muro de la bóveda donde descansaba María, José había abierto una cavidad donde se puso el lecho del Niño Jesús. María dormía a su lado y pude ver a María a menudo, durante la noche, rezando de rodillas ante el lecho de Jesús. José se había acomodado en otro sitio. Vi también un oratorio que José había hecho bajo el mismo techo, en un pasillo apartado. José y María tenían sus sitios determinados y había un lugarcito para el Niño, donde rezaba de pie, sentado o de rodillas. María tenía un altarcito, delante del cual oraba: consistía en una mesa cubierta de tela roja y blanca que se sacaba de un compartimento abierto en el muro y después podía cerrarse. En el hueco del muro había una especie de relicario. Allí he visto la extremidad de la vara de José florecida, por la cual había sido designado esposo de María en el templo de Jerusalén. Vi ramitos dentro de vasos en forma de cálices. Además vi otro relicario, sin poder decir lo que fuera.

LXXXVI

Santa Isabel vuelve por tercera vez al desierto con el niño Juan

Mientras estaba la Sagrada Familia en Egipto, el pequeño Juan había vuelto secretamente a su casa de Juta, porque he visto que fué llevado nuevamente al desierto cuando tenía cuatro o cinco años. Zacarías no estaba presente cuando salieron de la casa; creo que había partido para no presenciar la despedida, porque amaba mucho a su hijito; pero antes de salir le había dado su bendición, como bendecía siempre a Isabel y a Juan antes que saliesen de camino. El pequeño Juan usaba por vestido una piel de carnero, que saliéndole del hombro izquierdo caíale sobre el pecho y los costados y volvía unirse sobre el lado de-

recho. No usaba más que esta piel. Sus cabellos eran castaños y más oscuros que los de Jesús. Llevaba el bastoncito blanco que había tomado al dejar la casa. Así lo vi mientras su madre lo llevaba de la mano. Isabel era una mujer de edad, alta, de ágiles movimientos, cabeza pequeña y rostro agradable. El niño Juan corría a menudo, adelantándose a la madre. Tenía toda la inocencia propia de su edad, pero no la irreflexión. Al principio se dirigieron hacia el Norte, teniendo a su derecha un pequeño arroyo; luego los vi atravesar la corriente sobre una pequeña balsa de madera, porque no había puente. Isabel era una mujer decidida y dirigía la balsa con una rama de árbol. Más allá del arroyo siguieron camino hacia el Oriente, entrando en un desfiladero de rocas, desnudo y árido en su parte alta, el fondo lleno de zarzales, de frutas silvestres y de fresas, que el niño recogía y comía. Después de hacer un trecho en aquel desfiladero, Santa Isabel se despidió del niño, lo bendijo, lo estrechó contra su corazón, lo besó en ambas mejillas y en la frente, y regresó, volviéndose varias veces, llorando, para mirarlo. El niño no sentía inquietud alguna: caminaba con pasos seguros por el desfiladero.

Como durante estas visiones me sentía muy enferma, el Señor me consoló haciendo que asistiese a todo lo que sucedía como si yo fuese una niña. Me parecía tener la misma edad que Juan, y por eso me afligía viendo que se alejaba tanto de su madre. Creía que no iba a poder encontrar la casa paterna; pero una voz me tranquilizó, diciendo: "No te inquietes; el niño sabe muy bien lo que hace". Me pareció entrar en el desierto con el niño, como compañera de juegos infantiles. De este modo pude ver varias veces lo que le sucedía. El niño me contó varios episodios de su vida en el desierto: cómo se mortificaba y violentaba sus sentidos en toda forma y se volvía cada vez más clarividente, y cómo era instruído en todo lo que necesitaba saber. Nada de lo que me contaba me sorprendía, porque yo misma, cuando siendo pequeña cuidaba las vacas, había vivido en el desierto con el niño Juan. Cuando deseaba verlo lo llamaba desde los matorrales: "Niño San Juan, ven a buscarme con tu bastón y la piel sobre tus hombros". Y Juan venía con su bastoncito y su piel de cordero; y jugábamos como niños; y él me enseñaba toda clase de cosas útiles.

No me asombraba que supiese tantas cosas de los animales y de las plantas del campo. Yo también, cuando andaba por el campo, por los bosques y las praderas, siendo niña, estudiaba,

como en un libro, en cada hoja o en cada flor, al recoger las espigas y al arrancar el césped, y estas plantas, como los animales que veía pasar, eran para mí motivos de enseñanza y de reflexión. Las formas de las hojas, sus colores y la disposición de las plantas me sugerían pensamientos profundos. Las personas a quienes los comunicaba me escuchaban con asombro, pero se reían de mí en la mayoría de los casos. Esto fué causa de que más tarde guardase silencio sobre estas cosas, porque pensaba, y pienso todavía, que a todos los hombres les pasa lo mismo, y que en ninguna parte aprende mejor que en este libro de la naturaleza escrito por el mismo Dios. Cuando en mis contemplaciones posteriores seguí al niño Juan por el desierto, he visto sus gestos, sus actitudes y sus acciones; lo vi jugando con los animales y las flores y entreteniéndose con las plantas. Los pájaros, especialmente, estaban familiarizados con él: se posaban sobre su cabeza o sus hombros cuando caminaba o rezaba. A veces ponía su bastoncito atravesado sobre las ramas de los árboles y pájaros de todas variedades acudían a su llamado y se posaban sobre su bastón unos tras otros. Él les hablaba y los miraba con familiaridad, los trataba como si les estuviera enseñando. Otras veces lo vi seguir a los animales hasta sus cuevas y darles allí de comer, observándolos con toda atención.

LXXXVII

Muerte de Zacarías e Isabel

Una vez que Zacarías fué al templo a llevar víctimas para el sacrificio, Isabel aprovechó su ausencia y fué a visitar a su hijo en el desierto. Juan tendría unos seis años entonces. Zacarías no había ido a ver al niño nunca: de modo que si Herodes le preguntaba por el niño podía, sin mentir, responder que lo ignoraba. Pero para satisfacer el gran cariño de sus padres y por el deseo de verlos, visitó varias veces el niño secretamente, de noche, la casa de sus padres, permaneciendo allí algún tiempo. Sin duda su Ángel de la Guarda lo guiaba para que evitara los peligros que lo amenazaban. Siempre lo vi guiado y protegido por espíritus celestiales y muchas veces vi figuras luminosas que lo rodeaban.

Juan estaba predestinado a vivir así en la soledad, apartado de los hombres y privado de los socorros humanos ordinarios para ser mejor guiado por el espíritu de Dios. La Providencia

divina dispuso las cosas de tal manera que aún por las circunstancias exteriores tuviera que retirarse al desierto. También se hallaba como impulsado por un instinto irresistible, pues desde su niñez lo veía siempre pensativo y solitario. Cuando fué llevado el Niño Jesús a Egipto, Juan, su precursor, estaba escondido en el desierto por advertencia divina, ya que también él se hallaba en peligro. Se había hablado mucho de él desde los primeros días de su vida: era conocido su nacimiento maravilloso y mucha gente afirmaba haberlo visto rodeado de resplandor. Por esta causa Herodes quería apoderarse de él para matarlo. Repetidas veces Herodes había preguntado a Zacarías dónde se escondía el niño, sin atreverse entonces a prenderlo. Pero ahora, yendo Zacarías al templo, fué asaltado y maltratado por los soldados encargados de vigilarlo, delante de la puerta de Jerusalén, llamada de Belén, en un lugar del camino bajo desde donde no se divisaba la ciudad. Lo llevaron a una prisión, en el flanco de la montaña de Sión, donde pude ver más tarde a los discípulos de Jesús cuando iban al templo. El anciano fué torturado para que descubriese el lugar donde se ocultaba su hijo y como no pudieron obtener lo que deseaban, terminaron por matarlo por orden de Herodes. Sus amigos, más tarde, lo enterraron no lejos del templo.

Este Zacarías no era aquél, muerto entre el templo y el altar, que vi salir de los muros del templo cerca del oratorio del anciano Simeón, cuando los difuntos aparecieron después de la muerte de Jesús. La tumba de este Zacarías, que se hallaba dentro del muro, se derrumbó junto con otras ocultas en el templo. Este Zacarías fué muerto entre el templo y el altar con motivo de una lucha acerca del linaje del Mesías y de los derechos que pretendían tener ciertas familias en el templo y los lugares que ocupaban en él. Vi, por ejemplo, que no todas las familias tenían derecho de hacer educar a sus hijos en el templo. Recuerdo haber visto a un niñito de familia real confiado a la educación de la profetisa Ana. En la lucha murió sólo Zacarías, hijo de Baraquías. He visto, más tarde, que se hallaron sus huesos, pero ya no recuerdo los detalles del hecho.

Santa Isabel volvió del desierto a la ciudad de Juta para esperar la llegada de su marido, acompañada en una parte del camino por el niño Juan. Isabel lo besó en la frente y lo bendijo, y el niño volvió al desierto. La madre al entrar en su casa conoció la triste noticia de la muerte de su esposo. Su dolor fué muy grande y parecía inconsolable. Retornó al desierto, quedándose

allí con el niño, hasta su muerte, que aconteció poco tiempo antes que la Sagrada Familia volviera de Egipto. Aquel esenio que cuidaba al niño Juan, sepultó a Isabel en las arenas del desierto.

Después de esto, Juan se internó más en el desierto: abandonando el desfiladero de rocas se fué a un lugar más despejado y se estableció junto a un pequeño lago. En la playa había mucha arena blanca. Lo he visto avanzar bastante aguas adentro, mientras los peces nadaban alrededor de él sin temor. Allí vivió mucho tiempo, porque lo vi fabricarse una cabaña o glorieta en medio de los arbustos, para pasar la noche: era pequeña y baja, de modo que apenas podía acostarse en ella para dormir. Allí como en otras partes veía formas luminosas que trataban con él sin temor e inocente piedad: parecía que lo instruían y le hacían notar diferentes cosas. Vi también que tenía una varilla atravesada en su bastoncito, de modo que formaba una cruz. Había una tira de corteza atada al cabo del bastoncito, como una banderilla que flotaba al viento mientras jugaba con ella. La casa de Isabel en Juta la ocupó una hija de la hermana de Isabel. Era una casa muy bien cuidada, en perfecto orden y limpieza. Siendo ya grande, volvió Juan otra vez en secreto a ella, regresando inmediatamente al desierto hasta el momento de su aparición entre los hombres.

LXXXVIII

Vida de la Sagrada Familia en Matarea

En Matarea los habitantes no tenían más agua que la turbia del Nilo. María, con sus oraciones, halló una fuente. Cuando se establecieron tuvieron mucho que sufrir, porque no tenían para comer más que algunas frutas y bebían el agua mala del Nilo. Como hacía tiempo que no tenían agua buena, José pensaba ir con sus herramientas y su asno al desierto, hasta el manantial del jardín de los balsameros; pero estando María en oración apareciósele un ángel, quien le indicó que detrás de la casa encontraría una fuente de agua. Se encaminó al otro lado del muro, donde estaba su habitación, y vió un espacio libre, más abajo, en medio de escombros donde se levantaba un árbol muy viejo y muy grueso. Llevaba en la mano un bastón con una palita en el extremo, semejante a la que usan las personas que viajan en tales lugares. Llena de alegría María llamó a José, el

cual después de cavar descubrió que había habido allí anteriormente una fuente revestida de mampostería, ahora tapada por los escombros. José limpió y restauró aquello. Encontró cerca de la fuente, por el lado donde había venido María, una piedra de gran tamaño que parecía un altar y creo que en realidad lo había sido en otra época; pero no recuerdo más detalles sobre esto. En esa fuente María hacía beber al Niño, lo bañaba, lavaba su ropa; y así quedó para uso exclusivo de la Sagrada Familia siendo desconocida para los demás, hasta que el Niño Jesús, ya crecido, pudo él mismo ir por agua y ayudar a María. Una vez lo vi con varios niños junto a la fuente para darles de beber en el hueco de una hoja grande. Estos niños contaron a sus padres lo del agua, y de este modo acudieron otros a usar de la fuente, aunque estaba para uso casi exclusivo de la comunidad judía del lugar. Cierta vez que María rezaba arrodillada en medio del camino de su casa, vi al Niño Jesús que iba a la fuente con un recipiente para buscar agua. Era la primera vez que hacía esto. María se emocionó profundamente cuando lo vió, y, siempre de rodillas, le rogó que no lo hiciera más por el peligro de caer al agua. El Niño contestó que tendría mucho cuidado, porque su deseo era sacar agua siempre que ella lo necesitase.

El Niño Jesús ayudaba a sus padres en todo lo que podía, siendo muy atento y cuidadoso con todas las cosas. Cuando José trabajaba cerca de la casa y se olvidaba alguna herramienta, yo veía al Niño llevársela, poniendo mucha atención en lo que hacía. La alegría que daba a sus padres compensaba a éstos de los muchos sacrificios que hacían en Egipto. Más de una vez vi al Niño dirigirse hasta la aldea de los judíos, a una milla de Matarea, para traer el pan que María recibía a cambio de los trabajos que hacía. Los animales dañinos, abundantes en aquel país, no le hacían mal y se mostraban familiares con él: cierta vez lo vi jugando con unas serpientes. La primera vez que lo vi ir a esa aldea solo, tendría de cinco a siete años y llevaba un trajecito color pardo con flores amarillas, que le había hecho María. Lo vi arrodillarse en el camino para rezar, cuando aparecieron dos ángeles que le anunciaron la muerte de Herodes. Jesús no dijo nada de esto a sus padres, no sé si por humildad, o por indicación de los ángeles, o porque no era aún el momento de salir de Egipto. Otra vez lo vi yendo a la aldea con otros niños judíos y al volver a casa lloraba por la degradación en que veía sumidos a esos israelitas de Egipto.

LXXXIX

Origen de la fuente de Matarea. Historia de Job

La fuente de Matarea no tuvo origen por la oración de María: ella sólo la hizo brotar de nuevo. La fuente ya existía, revestida de mampostería, aunque oculta bajo los escombros. Vi que Job había estado en Egipto antes que Abrahán y que había vivido en este lugar, donde halló la fuente y ofreció sacrificios sobre la gran piedra que allí estaba aún. En esta ocasión supe que Job fué el menor de trece hermanos y que su padre era un gran jefe de tribu cuando fué levantada la torre de Babel. De un hermano de este hombre descendía la familia de Abrahán. Los descendientes de ambos hermanos se casaban entre sí con frecuencia. La primera mujer de Job fué de la raza de Faleg. Cuando después de varias aventuras fué Job a habitar en el tercer lugar, se había casado sucesivamente con tres mujeres de la raza de Faleg. De una de ellas tuvo un hijo, éste una hija, la cual, casándose dentro de la misma familia, dió a luz a la que fué madre del patriarca Abrahán. De modo que Job venía a ser bisabuelo de la madre de Abrahán.

El padre de Job se llamó Joctán; era hijo de Heber y habitaba al norte del Mar Caspio, junto a una cadena de montañas en una de cuyas laderas había bastante calor, mientras en la otra, cubierta de nieve, hacía mucho frío. He visto muchos elefantes en este país. La comarca donde había estado al principio Job era pantanosa y no hubiera sido favorable para los elefantes. Ese país está al norte de una cadena de montañas, entre dos mares. Uno de estos dos mares, el del Occidente, había sido una alta montaña, según he visto antes, donde habitaban los gigantes y hombres poseídos por malos espíritus antes del diluvio(*).

Había allí una región estéril y pantanosa, ahora habitada, creo, por una gente de ojos pequeños, nariz ancha y pómulos salientes. Al volver Job a este lugar tuvo su primera tribulación y primera prueba. Después de ella emigró hacia el Mediodía, en el Cáucaso, estableciéndose en esta región. De aquí hizo un viaje a Egipto, dominado entonces por unos reyes extranjeros que procedían de pueblos pastoriles de su país. Uno de estos reyes era de la misma región de Job, mientras el otro provenía

(*) En otra visión Ana Catalina dice que el Mar Muerto fué, antes del Diluvio, una cadena de montañas habitada por espíritus malignos que tomaron posesión de los gigantes de aquel tiempo.

del lugar más lejano donde habitaban los Reyes Magos. Estos reyes pastores sólo eran dueños de una parte de Egipto, y más tarde fueron desalojados por un Faraón egipcio. He visto gran cantidad de estos pastores reunidos delante de una ciudad donde se habían establecido. El rey de los pastores compatriota de Job quería para su hijo una mujer de la raza vecina del Cáucaso, de donde provenía él. Job, con numeroso séquito, condujo a Egipto a aquella novia real, que era también parienta suya. En el cortejo llevaba treinta camellos y gran cantidad de servidores con muchos regalos. Era entonces Job un hombre joven, alto, de tez morena amarillenta, muy agradable y de cabellos más bien rojizos. Los habitantes de Egipto eran también morenos, pero de color desagradable. Egipto no estaba entonces muy habitado: sólo se veían, de tanto en tanto, grandes aglomeraciones de gente. No se veían tampoco esos grandes edificios que comenzaron a construirse en la época de los israelitas en Egipto. El rey rindió muchos homenajes a Job, y deseando que se estableciera allí con toda su tribu, no quería dejarlo partir. Le dió por habitación la ciudad donde ahora vivía la Sagrada Familia, que entonces era muy diferente. Allí vivió Job cinco años. Era el mismo lugar donde estaba ahora la Sagrada Familia, y le había sido mostrada la fuente del agua y la piedra donde ofrecía sus sacrificios.

Aunque Job era gentil, era justo y conocía al verdadero Dios, adorándole como a su Creador, mientras contemplaba los astros, la naturaleza y la luz. Le agradaba hablar de Dios y de sus obras de la naturaleza, y no adoraba imágenes de animales monstruosos como hacían los pueblos gentiles. Se había imaginado una representación del verdadero Dios. Era una figura humana pequeña, con rayos en torno de la cabeza, y me parece que con alas. Tenía las manos juntas sobre el pecho y llevaba un globo sobre el cual se veía un navío navegando sobre las olas. Quizás le recordaba el diluvio. Cuando ofrecía sacrificios a Dios, el patriarca Job quemaba delante de su imagen diversas clases de semillas. He visto que más tarde fueron introducidas en Egipto unas figuras pequeñas, sentadas como en un púlpito coronado por dosel.

Al llegar Job a Egipto encontró un culto detestable: provenía de las supersticiones que habían presidido la construcción de la torre de Babel. Poseían un ídolo con cabeza de buey muy ancha que terminaba en punta y como levantada en el aire, la boca abierta y los cuernos inclinados hacia abajo. En el interior

del ídolo se encendía fuego y se colocaban niños vivos entre sus brazos ardientes, y vi que sacaban algo de las aberturas de aquel cuerpo. La gente de la comarca era muy cruel y la región estaba llena de animales espantosos. Vi animales negros que parecían arrojar llamas de fuego y volaban en grandes bandadas envenenándolo todo, puesto que si se posaban en un árbol éste se secaba de inmediato. Vi animales que tenían las patas traseras muy largas y las delanteras muy cortas, como topos, que saltaban de un techo a otro. Había unas bestias horribles que andaban entre las piedras y en los agujeros y se enlazaban a los hombres y los asfixiaban. En el Nilo vi un animal grande, con dientes espantosos y grandes patas negras: tenía algo del cerdo y era del grosor de un caballo. He visto otros animales horribles; pero el pueblo era aún más abominable, y Job, a quien había visto librar a su país de origen de las malas bestias, por medio de oraciones, sentía aversión por vivir entre aquellos hombres y a menudo manifestaba sus juejas a los que le rodeaban. Prefería vivir entre las malas bestias que entre tales hombres. Lo vi muchas veces mirar hacia el Oriente, con ojos llenos de ansia, hacia su patria, al Mediodía del país más alejado aún que habitaban los Reyes Magos. Tuvo visiones proféticas de la llegada de los israelitas a Egipto, y también, en general, de la salvación del género humano y de las grandes pruebas por las que debía pasar el hombre. No pudo dejarse persuadir para permanecer en Egipto, y al cabo de cinco años salió del país con todo su séquito.

Las pruebas de Job sucedieron por intervalos. Primero gozó de tranquilidad por nueve años, luego por siete y después por doce años. Las palabras del libro de Job: "Y hablando aún el mensajero", equivalen a decir: se hablaba aún en el pueblo de la desgracia que le había acontecido, cuando sobrevenía otra calamidad a afligirlo. Las tres pruebas las sobrellevó en tres distintos países. La última, que fué seguida de su prosperidad final, le alcanzó cuando vivía en un país llano, al Oriente de Jericó. Aquel país producía incienso y mirra, y tenía una mina de oro y se trabajaban los metales. En otra ocasión tuve nuevas visiones relativas a Job. Recuerdo lo siguiente. Tenía Job dos confidentes, que eran como intendentes, administradores y secretarios suyos, y se llamaban Haí y Uis u Ois. Estos recogieron de su boca toda su historia con las conversaciones que tuvo con Dios, la cual fué trasmitida por sus descendientes, de uno a otro, hasta los tiempos de Abrahán y sus hijos, y se servían de ella

para instruir a sus hijos con la narración. Por medio de los hijos de Israel llegó la historia a Egipto,y Moisés hizo una síntesis de ella, para consuelo de los israelitas oprimidos por los egipcios y después durante la estadía en el desierto. En un principio era una historia mucho más larga y con mayores cosas que los judíos no hubieran comprendido. Más tarde Salomón la arregló, haciendo un libro de piadosa lectura: de modo que el libro está lleno de la sabiduría de Job, de Moisés y de Salomón. Es difícil encontrar ahora allí la verdadera historia de Job, pues han variado los nombres de los pueblos, introduciéndose otros más cercanos a la tierra de Canaán. Se le creyó idumeo porque el país donde habitó hacia el final de su historia, estuvo habitado mucho tiempo antes de su muerte por los descendientes de Esaú o Edóm. Creo que Job vivía todavía cuando nació Abrahán.

XC

Abrahán y Sara en Egipto. La fuente abandonada

Cuando Abrahán fué a Egipto instaló allí su campamento y lo he visto instruyendo al pueblo. Residió allí varios años con Sara, su mujer, y muchos hijos e hijas, cuyas madres habían quedado en Caldea. También Lot vivió en aquel país con su familia, aunque ya no puedo precisar el lugar de su residencia. El patriarca Abrahán fué a Egipto una vez, por orden de Dios, a causa del hambre que se pasaba en el país de Canaán(*), y volvió por segunda vez para recuperar el tesoro de familia que una sobrina de la madre de Sara había trasladado a Egipto. Aquella mujer era de la tribu de pastores de la raza de Job, que había reinado sobre una parte del Egipto. Habiendo llegado como criada, casóse con un egipcio. De ellos procedía una tribu cuyo nombre he olvidado. Una de sus hijas fué Agar, madre de Ismael, que por esto era de la misma raza que Sara. Aquella mujer había sustraído un tesoro familiar, a semejanza de Raquel, que robó los ídolos de Labán; lo había vendido en Egipto por una gran suma de dinero, yendo a parar así a las manos del Faraón y de los sacerdotes egipcios.

El tesoro era un especie de árbol genealógico de los hijos de Noé, en particular de los descendientes de Sem hasta el tiempo de Abrahán, hecho con piezas triangulares de oro sujetas

(*) Flavio Josefo dice que Abrahán enseñó a los egipcios aritmética y astronomía.

unas a otras formando una balanza con sus brazos. La placas triangulares se hallaban enfiladas; otras indicaban las ramas laterales. Sobre esas placas estaban los nombres de los miembros de la familia y toda su serie: partiendo del centro de una tapa se reunían en el platillo de la balanza cuando se hacía descender la tapa por encima. La balanza entera se podía encerrar de este modo en una caja. Las placas principales eran amarillas y grandes, mientras que las de los intervalos eran más delgadas y blancas, como la plata. Oí decir cuanto pesaba todo esto en siclos, representando una suma respetable. Aunque los sacerdotes de Egipto habían relacionado diversos cálculos con este árbol genealógico, ellos estaban muy lejos de la verdad. Mediante sus astrólogos y sus pitonisas supieron algo de la llegada de Abrahán a Egipto: supieron que era de origen noble, como su mujer, y que de ellos debía salir una descendencia muy elegida. En sus adivinaciones querían descubrir los linajes nobles para unirse a ellos por medio de casamientos. Satanás introducía de este modo el libertinaje y la crueldad para degradar los linajes más nobles que aún subsistían. Abrahán temía que los egipcios lo mataran por causa de la belleza de Sara; por eso la hacía pasar por hermana, y esto no era mentira, pues en realidad era su hermana sanguínea por ser hija de su padre Tharé, de otra madre. El Faraón hizo llevar a Sara a su residencia para tomarla por mujer. Esto los afligió mucho y rogaron a Dios que los socorriese, y Dios castigó al rey. Todas sus esposas y la mayoría de las mujeres de la ciudad cayeron enfermas. Asustado el Faraón, indagó la causa y descubrió que Sara era mujer de Abrahán. Se la devolvió y le rogó que saliera de Egipto lo antes posible al reconocer que los dioses lo protegían. Los egipcios eran un pueblo muy singular. Por un lado eran muy orgullosos y se creían los más grandes y sabios del mundo, y por otro, increíblemente serviles y cobardes, cediendo en seguida cuando creían encontrar una fuerza superior a la suya. Esto provenía de que no estaban seguros de su ciencia y de que no conocían las cosas sino por medio de adivinaciones oscuras y equívocas, que les anunciaban toda clase de sucesos contradictorios y complejos. Cuando el acontecimiento no respondía a sus cálculos, se asustaban de inmediato, por ser muy supersticiosos e inclinados a ver lo maravilloso.

Abrahán se dirigió al Faraón muy humildemente pidiéndole trigo, como a padre de los pueblos, y le ganó la voluntad, de modo que le hizo muchos regalos. Cuando le devolvió a Sara y

le rogó que abandonara el país, Abrahán le respondió que no podía salir sin antes recobrar un tesoro que le pertenecía, y le habló del árbol genealógico sustraído y llevado a Egipto. El rey reunió a los sacerdotes, y éstos consintieron en devolverlo, siempre que se les permitiera sacar una copia, cosa que Abrahán concedió sin dificultad. Hecho esto, regresó el patriarca al país de Canaán.

Vi luego varias cosas referentes a la fuente de Matarea hasta nuestra época. En tiempos de la Sagrada Familia los leprosos usaban del agua por parecer que tenía una virtud particular, la que aumentó más tarde cuando se levantó una pequeña capilla sobre la habitación de María, con una entrada junto al altar mayor para descender a una cueva donde vivió la Sagrada Familia durante algún tiempo. Vi entonces a la fuente rodeada de habitaciones, y que el agua era empleada como remedio contra la lepra: se bañaban en ella para curarse las enfermedades de la piel. Esto sucedía cuando los mahometanos eran dueños del país: los turcos tenían siempre una lámpara encendida en la iglesia. sobre la habitación de María, temiendo que les sucediera alguna desgracia si abandonaban el cuidado de la lámpara. En la época moderna vi a la fuente en pleno abandono y soledad, a gran distancia de los lugares habitados. La ciudad había desaparecido del primitivo sitio y en los alrededores crecían plantas con frutas silvestres.

XCI

Un ángel avisa a la Sagrada Familia que abandone Egipto

He visto que la Sagrada Familia abandonaba su residencia en Egipto. Aunque Herodes había muerto hacía mucho tiempo, no pudieron regresar antes porque subsistía el peligro. La estadía en Egipto se le hacía a José insoportable porque sus habitantes practicaban la más horrible idolatría. Sacrificaban a los niños deformes, y cuando sacrificaban a los mejores creían hacer una obra más meritoria. Su culto estaba lleno de impurezas, y los mismos judíos se contagiaban, pues tenían un templo que decían ser como el de Salomón, aunque era una ridícula vanidad. Poseían una imitación del Arca de la Alianza y en ella conservaban figuras obscenas, y se dedicaban a las prácticas abominables del culto idolátrico. No cantaban ya los Salmos, hasta que José estableció un orden perfecto en esta comunidad de Matarea. El

sacerdote egipcio que habló en favor de la Sagrada Familia en la vecina ciudad de Heliópolis, donde cayeron los ídolos, se había establecido allí con varias personas, reuniéndose a la comunidad judía. Veía a San José ocupado en su carpintería, y cuando llegaba la hora de dejar el trabajo, estaba triste, pues no le daban el salario y no tenía nada que llevar a su casa, donde se sufría grandes privaciones.

Afligido por estas preocupaciones, José se hincó de rodillas en el campo y expuso a Dios su necesidad rogándole que acudiera en su ayuda. He visto que durante la noche se le apareció un ángel en sueños y le dijo que los que buscaban la muerte del Niño ya no existían; que se levantara y preparase lo necesario para volver a la patria por los caminos más frecuentados. Le animó asegurándole su protección para que nada temiera. José hizo conocer esta orden a María y al Niño Jesús. Ellos, obedeciendo en seguida, hicieron los preparativos con la misma rapidez con que lo hicieron cuando debieron partir para Egipto. Cuando conocieron al día siguiente su designio de partir, muchas gentes se entristecieron por su salida, y fueron a despedirse con regalos contenidos en pequeños vasos de corteza. Se veía que su aflicción era sincera. Entre ellos había algunos judíos, aunque la mayoría eran paganos convertidos. La mayor parte de los judíos que habitaban allí habían caído de tal modo en la idolatría que era casi imposible reconocerlos por israelitas. Algunos hubo que se alegraban de la partida de la Sagrada Familia, porque los consideraban magos que tenían por protectores a espíritus maléficos muy poderosos. Entre las personas buenas vi algunas madres con sus hijos, que habían sido compañeros de juego del Niño Jesús. Había una mujer distinguida que llevaba un pequeñuelo a quien llamaba "el hijo de María". Había deseado mucho tiempo tener hijos, y por las oraciones de María había conseguido tener esa criatura a quien llamó Deodato. Ella se llamaba Mira. Vi que daba monedas al Niño Jesús; eran pequeños trozos triangulares amarillos, blancos y pardos. El Niño Jesús, al recibirlos, miraba a su madre. Cuando José hubo cargado el asno con las cosas necesarias se pusieron en camino acompañados por aquellos amigos. El asno era el mismo que había montado María al ir a Belén. Habían tenido también una burrita en la huída a Egipto, pero José en sus apuros tuvo que venderla.

XCII
Regreso de Egipto

Siguieron el camino que pasa por Heliópolis, desviándose un tanto hacia el Mediodía en dirección de la fuente que había brotado mediante la oración de María. Aquel lugar se encontraba ahora cubierto de tupida vegetación, y el arroyo corría en torno a un jardín cuadrado, rodeado de balsameros. Este sitio tenía una entrada y era tan grande como el picadero del Duque de Dülmen. Había muchos frutales de pocos años, datileros, sicomoros y otros más, y los balsameros eran casi tan grandes como cepas de vid de mediano tamaño. José había hecho pequeños vasos con la corteza de los árboles, elegantes, bien pulidos y untados con pez. Con frecuencia hacía recipientes para diversos usos. Arrancó hojas parecidas a las del trébol de los ramajes rojizos de los balsameros y colgó de ellos los pequeños vasos de corteza para almacenar el bálsamo que destilaban los arbustos. Al llegar a este lugar se despidieron los acompañantes en forma tierna y la Sagrada Familia permaneció allí varias horas. Vi a María lavando y secando ropa. Descansaron, llenaron sus recipientes y continuaron el viaje por las sendas más frecuentadas.

Los vi varias veces en este camino, donde no corrieron ningún peligro. El Niño Jesús, María y José llevaban, para protegerse del sol, la corteza de una planta muy grande sobre la cabeza, sujeta bajo el mentón con un paño. Jesús llevaba vestido pardo y calzado de corteza, fabricado por José, que le cubría la mitad de los pies. María llevaba sandalias. Con frecuencia los vi inquietarse porque el Niño apenas podía andar mucho tiempo por la arena ardiente, y tenían que detenerse para sacarle la arenilla de sus zapatitos; otras veces lo hacían subir sobre el asnillo para que no se cansara demasiado. Los vi atravesando varias ciudades o pasando cerca de otras, cuyo nombre no me acuerdo, excepto Rameses. Cruzaron un arroyo que habían atravesado al ir: este arroyo iba del Mar Rojo al Nilo. José no quería volver a Nazaret, sino más bien establecerse en Belén su patria; pero estaba inquieto porque supo que en Judea reinaba Arquelao, también cruel y malo. He visto que al llegar a Gaza permanecieron unos tres meses. Había en Gaza muchos paganos. Finalmente un ángel ordenó a José que volviera a Nazaret, lo que hicieron de inmediato. Santa Ana vivía aún y sabía donde ha-

bitaba la Sagrada Familia, como también lo sabían algunos parientes. El regreso de Egipto tuvo lugar en el mes de Septiembre. La edad de Jesús entonces era de ocho años menos tres semanas.

XCIII

La Sagrada Familia en Nazaret

En la casa de Nazaret había tres divisiones. La mayor y más arreglada era para María, adonde acudían José y Jesús para el rezo en común. Cuando rezaban lo hacían de pie con las manos cruzadas sobre el pecho, y oraban en voz alta. Los he visto a menudo rezar bajo la luz de una lámpara con varias mechas. En la pared había un candelero donde brillaba una luz. Fuera de estos casos cada uno estaba en su propio compartimento. José trabajaba en su taller: lo vi haciendo listones, tallando palos y cepillando maderas, o transportando tirantes. Jesús le ayudaba en estos trabajos. María estaba de ordinario ocupada en coser y tejer con palillos, sentada, con las piernas cruzadas, y teniendo a su alcance un canastillo con los utensilios de labor. Cada uno dormía en lugar aparte. El lecho consistía en mantas, que por la mañana eran arrolladas.

He visto a Jesús haciendo toda clase de trabajos para sus padres, en la casa y en la calle, ayudando a todo el que se encontrase necesitado, con benevolencia y gracia. Cuando no ayudaba a José, se entregaba a la oración y a la meditación. Era un modelo para todos los niños de Nazaret, que lo querían bien y se guardaban mucho de disgustarle. Los padres solían decir cuando sus criaturas se portaban mal: "¿Qué dirá el hijo de José cuando sepa tu comportamiento?... ¿Querrás darle un disgusto?"... A veces llevaban a sus hijos, delante de Jesús, para reprenderlos, pidiéndole que les dijera que no hicieran esto o aquello. Jesús recibía estas quejas con simplicidad infantil, y lleno de benevolencia les decía lo que debían hacer. A veces rezaba con ellos, solicitando a Dios fuerza para corregirse, los persuadía a que se mejorasen y pidiesen perdón a sus padres, reconociendo sus faltas.

A una hora de distancia más o menos de Nazaret, hacia Séforis, había una aldea llamada Ofna, donde vivían en tiempos de Jesucristo los padres de Juan y de Santiago el Mayor. Estos niños se encontraban con frecuencia con Jesús hasta que sus padres se trasladaron a Betsaida y ellos se entregaron al oficio

de pescadores. En Nazaret vivía una familia, parienta de Joaquín, esenia, con cuatro hijos: Cleofás, Jacobo, Judas y Jafet, unos mayores y otros menores que Jesús. Estos también eran compañeros de infancia de Jesús, y sus padres solían juntarse con la Sagrada Familia cuando marchaban a las fiestas del templo de Jerusalén. Estos cuatro hermanos fueron más tarde discípulos de Juan Bautista, y después de la muerte del Precursor pasaron a ser discípulos de Jesucristo. Cuando Andrés y Saturnino atravesaron el Jordán, permanecieron todo el día con Jesús y más tarde fueron, como discípulos de Juan, a las bodas de Caná. Cleofás es el mismo que, en compañía de Lucas, tuvo la aparición de Jesús en Emaús. Estaba casado y vivía en Emaús. Su mujer se agregó más tarde a las santas mujeres de la comunidad cristiana.

Cuando Jesús tuvo ocho años fué por primera vez con sus padres a Jerusalén y desde entonces iba año tras año a las festividades del templo. Jesús había despertado curiosidad desde su primera aparición en el templo, entre sus amigos y entre los escribas y fariseos del templo. Se hablaba, entre los parientes y amigos de Jerusalén, del niño tan prudente y piadoso, hijo de José, llamándole admirable, tal como aquí, entre nosotros, se habla en las anuales peregrinaciones o en los encuentros de personas conocidas, de éste o aquel niño piadoso o modesto de alguna familia de campesinos. De este modo tenía Jesús, cuando a los doce años se quedó en el templo, varios amigos y conocidos en Jerusalén, y no se extrañaron sus padres de no verlo al salir de Jerusalén, porque ya desde la primera hasta esta quinta vez que iba al templo siempre solía juntarse con los niños de otras familias que viajaban camino de Nazaret. Esta vez se separó Jesús de sus acompañantes al llegar al huerto de los Olivos y ellos pensaron que lo hacía para juntarse con sus padres, que venían detrás. Jesús se dirigió a la parte de la ciudad que mira hacia Belén y se fué a aquella posada donde se detuvo la Sagrada Familia cuando se dirigía al templo para la Presentación. Sus padres creían que estaría con los que iban a Nazaret, y éstos pensaron que se apartaba de ellos para juntarse con sus padres. Pero cuando llegaron a Gofna y advirtieron que Jesús no estaba con los viajeros, el susto de María y de José fué muy grande. De inmediato volvieron a Jerusalén, preguntando en el camino a los parientes y amigos por el Niño; pero no pudieron encontrarlo por ningún lado, pues no se había detenido donde ordinariamente solía hacerlo al ir al templo.

Jesús pasó la noche en la posada cerca de la puerta betlemítica, donde eran conocido él y sus padres. Se juntó con otros jovencitos y se fué a dos escuelas que había en la ciudad. El primer día fué a una escuela y el segundo a la otra. El tercer día estuvo por la mañana en una escuela del templo y por la tarde en el templo mismo, donde lo encontraron finalmente sus padres. Estas escuelas eran de diversas clases y no sólo para conocer la ley y la religión: se enseñaban diversas ciencias, y la postrera de ellas estaba situada junto al templo, y era la de la cual salían los levitas y sacerdotes. Con sus preguntas y respuestas asombró tanto el Niño Jesús a los maestros y rabinos de estas escuelas y tanto los estrechó, que éstos se propusieron a su vez humillar al Niño con los rabinos más sabios en diferentes ramas del saber humano. Con este fin se habían confabulado los sacerdotes y escribas, que al principio se habían complacido con la preparación del Niño Jesús, pero luego quedaron mortificados y querían vengarse. Aconteció esto en el aula pública, situada en el vestíbulo del templo, delante del Santo de los Santos, en el ámbito circular, desde donde Jesús más tarde enseñó al pueblo. Vi sentado al Niño Jesús en una gran silla, que no llenaba, y alrededor de Él había una multitud de judíos y ancianos con vestimentas sacerdotales. Escuchaban atentos, y parecía que estaba todos furiosos contra Él y por momentos creí que lo iban a maltratar. En la parte alta de la cátedra había unas cabezas pardas como si fueran perros y en los puntos superiores lucían y relumbraban. Tales figuras y cabezas veíanse en varias mesas largas de cocina que había en la parte lateral de este recinto del templo y que estaban llenas de ofrendas. Todo el espacio era tan grande y amplio y tan lleno de gente que no parecía estarse en un templo. Como Jesús hubiese aducido en las otras escuelas toda clase de ejemplos de la naturaleza, de las artes y de las ciencias en sus respuestas y explicaciones, se habían reunido aquí maestros en todas esas diversas asignaturas. Cuando ellos comenzaron a preguntarle y a disputar en particular con Jesús sobre estas materias, Él dijo que no pertenecía esto al lugar del templo; pero que también quería satisfacerlos en esto por ser tal la voluntad de su Padre. Como ellos no comprendían que hablaba de su Padre celestial, pensaron que José le había dicho que hiciera alarde de toda su ciencia delante de los sacerdotes. Jesús comenzó a responder y a enseñar sobre medicina describiendo el cuerpo humano y diciendo cosas que no conocían ni los más entendidos en la materia.

Habló asimismo de astronomía, de arquitectura, de agricultura, de geometría y de matemática. Luego pasó a la jurisprudencia. De este modo todo lo que iba ofreciendo lo aplicaba tan bellamente a la ley, a las promesas, a las profecías, al templo y a los misterios del culto y del sacrificio, que unos estaban admirados sobremanera, mientras otros estaban avergonzados y disgustados. Así discurrieron, hasta que todos corridos se molestaron mucho especialmente al oír cosas que jamás habían sabido ni entendido o que interpretaban de muy diferente manera.

Hacía algunas horas que Jesús estaba enseñando cuando entraron en el templo José y María, y preguntaron por su Hijo a los levitas que los conocían. Estos dijeron que estaba en el atrio con los escribas y sacerdotes, y no siendo éste lugar accesible para ellos, enviaron a un levita en busca de Jesús. Mas Éste les hizo decir que primero quería terminar su trabajo. La circunstancia de no acudir afligió mucho a María: era la primera vez que les daba a entender que había para Él otros mandatos fuera de los de sus padres terrenales. Continuó enseñando aún no menos de una hora, y cuando todos se vieron refutados, confundidos y corridos en sus preguntas capciosas, dejó el aula y se llegó al vestíbulo de Israel y de las mujeres. José, tímido, callaba, lleno de admiración. María se acercó a Él, diciéndole: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?... He aquí que tu padre y yo te hemos buscado con tanto dolor". Jesús estaba todavía muy serio, y dijo: "¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo estar en las cosas de mi Padre?..." Esto no lo entendieron y regresaron con Él de inmediato. Los que habían oído tales palabras estaban asombrados y quedaron mirándolo. Yo estaba llena de temor: me parecía que iban a echarle mano, porque estaban llenos de encono contra el Niño. Me admiré que dejasen partir tranquilamente a la Sagrada Familia, porque le abrieron ancho camino en medio de la muchedumbre apiñada en el lugar. La doctrina de Jesus excitó fuertemente la atención de los escribas: algunos anotaron sus dichos como algo notable y se hacían toda clase de comentarios y murmuraciones acerca del particular. Pero todo lo acontecido en el templo se lo guardaron entre sí, tergiversando las cosas y calificando al Niño de intruso y atrevido, a quien habían corregido: que sin duda tenía mucho talento, pero que eran cosas que había que pensarlas mejor.

Vi a la Sagrada Familia salir de nuevo de Jerusalén y reunirse con dos mujeres y algunos niños que yo no conocía, pero que parecían ser de Nazaret. Fueron por diversos lugares alrede-

dor de Jerusalén, por varios caminos, por el Monte de los Olivos, deteniéndose acá y allá, en los hermosos y verdes lugares de recreo, y orando con las manos cruzadas sobre el pecho. Los ví cruzar un gran puente sobre un arroyo. El caminar y el orar del pequeño grupo me recordaban vivamente una peregrinación.

XCIV
Fiesta en casa de Ana

Cuando Jesús estuvo de vuelta en Nazaret, vi en la casa de Ana una gran fiesta, a la cual asistieron todos los jóvenes y niñas de los parientes y amigos. No sé si sería una fiesta por el hallazgo del Niño Jesús u otra solemnidad acostumbrada al regreso de la Pascua o la conmemoración del duodécimo aniversario de los hijos que solía celebrarse. Jesús estaba allí como el principal festejado. Encima de las mesas estaban tendidas bellas enramadas y colgaban sobre ellas guirnaldas de hojas de vid y espigas, y los niños llevaban uvas y panecillos. Estaban presentes treinta y tres niños, todos futuros discípulos de Jesús, lo que guardaba referencia con los años de vida de Jesús. Enseñó Jesús y contó a esos niños, durante la fiesta, una muy maravillosa y poco comprendida parábola de unas bodas donde el vino se convertiría en sangre y el pan en carne, y que ésta quedaría con los convidados hasta el fin del mundo para consuelo, fortaleza y vínculo de unión. Dijo también a un joven llamado Natanael, pariente suyo: “En tus bodas estaré presente”. A partir de este año duodécimo de su vida, Jesús fué siempre como el maestro de sus compañeros de infancia. A menudo estaba sentado con ellos refiriéndoles algo y paseando al aire libre. Más tarde comenzó a ayudar a José en su oficio. Era el Salvador de figura delgada y delicada, de rostro largo, ovalado y reluciente, de color sano, aunque pálido. El cabello, muy liso y rubio encendido, caíale en crenchas por la alta y serena frente sobre los hombros. Vestía larga túnica gris pardusca, que le llegaba hasta los pies; las mangas eran un tanto abiertas cerca de las manos.

XCV
Muerte de San José

Cuando Jesús se acercaba a los treinta años, José se iba debilitando cada vez más, y vi a Jesús y a María muchas veces

con él. María sentábase a menudo en el suelo, delante de su lecho, o en una tarima redonda baja, de tres pies, de la cual se servía en algunas ocasiones como de mesa. Los vi comer pocas veces: cuando traían una refección a José a su lecho era ésta de tres rebanadas blancas como de dos dedos de largo, cuadradas, puestas en un plato o bien pequeñas frutas en una taza. Le daban de beber en una especie de ánfora. Cuando José murió, estaba María sentada a la cabecera de la cama y le tenía en brazos, mientras Jesús estaba junto a su pecho. Vi el aposento lleno de resplandor y de ángeles. José, cruzadas las manos en el pecho, fué envuelto en lienzos blancos, colocado en un cajón estrecho y depositado en la hermosa caverna sepulcral que un buen hombre le había regalado. Fuera de Jesús y María, unas pocas personas acompañaron el ataúd, que vi, en cambio, entre resplandores y ángeles.

Hubo José de morir antes que Jesús pues no hubiera podido sufrir la crucifixión del Señor: era demasiado débil y amante. Padecimientos grandes fueron ya para él las persecuciones que entre los veinte y treinta años tuvo que soportar el Salvador, por toda suerte de maquinaciones de parte de los judíos, los cuales no lo podían sufrir: decían que el hijo del carpintero quería saberlo todo mejor y estaban llenos de envidia, porque impugnaba muchas veces la doctrina de los fariseos y tenía siempre en torno de Sí a numerosos jóvenes que le seguían. María sufrió infinitamente con estas persecuciones. A mí siempre me parecieron mayores estas penas que los martirios efectivos. Indescriptible es el amor con que Jesús soportó en su juventud las persecuciones y los ardides de los judíos. Como iba con sus seguidores a la fiesta de Jerusalén, y solía pasear con ellos, los fariseos de Nazaret lo llamaban vagabundo. Muchos de estos seguidores de Cristo no perseveraban y le abandonaban.

Después de la muerte de José, se trasladaron Jesús y María a un pueblito de pocas casas entre Cafarnaúm y Betsaida, donde un hombre de nombre Leví, de Cafarnaúm, que amaba a la Sagrada Familia, le dió a Jesús una casita para habitar, situada en lugar apartado y rodeada de un estanque de agua. Vivían allí mismo algunos servidores de Leví para atender los quehaceres domésticos; la comida la traían de la casa de Leví. A este pueblito se retiró también el padre del apóstol Pedro cuando entregó a éste su negocio de pesca en Betsaida. Jesús tenía entonces algunos adeptos de Nazaret, pero se apartaban con facilidad

de Él. Jesús ya iba con ellos alrededor del lago y a Jerusalén a las fiestas del templo. La familia de Lázaro, de Betania, ya era conocida de la Sagrada Familia. Leví le había entregado esa casa para que Jesús pudiera refugiarse allí con sus discípulos sin ser molestado. Había entonces en torno del lago de Cafarnaúm una comarca muy fértil, con hermosos valles, y he visto que recogían allí varias cosechas al año: el aspecto era hermoso por el verdor, las flores y las frutas. Por eso muchos judíos nobles tenían allí sus casas de recreo, sus castillos y sus jardines; también Herodes tenía una residencia. Los judíos del tiempo del Señor no eran como los judíos de otros tiempos; éstos, a causa del comercio con los paganos, estaban muy pervertidos. A las mujeres no se las veía de ordinario en público ni en los campos, a no ser las muy pobres que recogían las espigas de trigo. Se las veía, en cambio, en peregrinaciones a Jerusalén, y en otros lugares de oración. El comercio y la agricultura se hacía principalmente por medio de los esclavos y sirvientes. He visto todas las ciudades de Galilea, y allí donde ahora veo apenas dos o tres pueblitos entonces un centenar estaba lleno de gente en movimiento. María Cleofás, que con su tercer marido, padre de Simeón de Jerusalén, vivía hasta ahora en la casa de Ana, cerca de Nazaret, al dejar María y José su casa de Nazaret, se trasladó a esa casa con su hijo Simeón, mientras sus criados y parientes quedaban en la de Ana. Cuando en este tiempo Jesús se dirigió desde Cafarnaúm, a través de Nazaret, hacia Hebrón, fué acompañado por María hasta Nazaret, donde quedó esperando su vuelta. María solía acompañar a su Hijo con mucho cariño en estos cortos viajes. Acudieron allí José Barsabas, hijo de María Cleofás, habido con su segundo marido Sabas, y otros tres hijos de su primer marido Alfeo: Simón, Santiago el Menor y Tadeo, los cuales ejercían oficios fuera de casa. Todos iban para consolarse con la vista de María y consolarla de la muerte de José, y para ver de nuevo a Jesús, a quien no habían vuelto a ver desde su infancia. Habían oído comentar las palabras de Simeón en el templo y la profecía de Ana en ocasión de la Presentación de Jesús en el templo; pero apenas si las creían y por esto se unieron a Juan el Bautista, que había hecho su aparición en esos lugares.

EPOCA SEGUNDA

Desde el comienzo de la vida pública de Jesús hasta la primera Pascua

I

Comienzo de la vida pública de Jesús

Junio 3. — Jesús partió de Cafarnaúm, a través de Nazaret, hacia Hebrón. Pasó por la hermosa comarca de Genesaret, cerca a los baños calientes de Emaús. Estos se hallan entre Mágdala, en dirección de Tiberíades, quizás a una hora de camino, y este último punto en la ladera de una montaña. En los campos veíase mucha hierba alta y en las laderas de las montañas villorrios y casas entre hileras de higueras, datileros y naranjales. Junto al camino se celebraba una fiesta popular. Grupos de hombres y mujeres, separados unos de otros, disputaban diversos juegos con premios consistentes en frutos de diversas clases. Aquí vió Jesús a Natanael de Chased entre el grupo de hombres que estaba bajo una higuera(*). Natanael estaba luchando con una fuerte tentación de sensualidad mientras miraba hacia el grupo de mujeres. Jesús, al pasar, le dirigió una mirada de advertencia. Natanael sintió al punto una fuerte impresión y, sin conocer a Jesús, pensó entre sí: "Este Hombre tiene una mirada avasalladora". Tuvo la impresión como si ese Hombre era superior al común de los mortales. Se sintió conmovido, se reconcentró en si mismo, venció la tentación y fué desde entonces más severo consigo mismo. Me parece que vi a Neftalí, llamado Bartolomé, quién también quedó prendado de la mirada que Jesús les dirigió. Jesús iba caminando con dos compañeros de infancia por la Judea en dirección a Hebrón. Estos compañeros y discípulos no le fueron fieles; se separaron muy pronto de Él, y sólo después de la Resurrección y de la aparición a los discípulos en el monte Thebez de Galilea, se convirtieron de verdad y se unieron a la comunidad cristiana. Al llegar a Betania, Jesús se dirigió a casa de Lázaro. Lázaro parecía de más edad que Jesús; tendría por lo menos ocho años más. Poseía una gran casa con mucha gente, hacienda, huertas y jardines. Marta tenía casa aparte, y

---

(*) La mayor parte de los autores opinan que Natanael y Bartolomé son una misma persona. La vidente conoce a Bartolomé apóstol y lo distingue de dos Natanael. A uno lo llama Natanael Chased, que es el verdadero israelita en el cual no hay dolo, y a Natanael, el novio de las bodas de Caná, de quien dice que era compañero de infancia de Jesús. Natanael Chased fué discípulo del Señor, oculto, a semejanza de Nicodemus.

otra hermana, que vivía sola como reconcentrada en si misma, tenía también vivienda apartada del resto de la casa. Magdalena residía por ese tiempo en su castillo de Mágdala. Supe que Lázaro hacía mucho que era amigo de la Sagrada Familia. En otras ocasiones había ayudado a José y a María con muchas limosnas y desde el principio hasta el fin había ayudado a la comunidad cristiana. Todo el dinero que llevaba Judas provenía de sus larguezas, así como los gastos que necesitaban hacer los discípulos de Jesús eran sufragados con las limosnas de Lázaro. Desde Betania Jesús se dirigió al templo de Jerusalén.

II

La familia de Lázaro

El padre de Lázaro se llamó Zarah o Zerah y era de noble estirpe originaria de Egipto. Había vivido también en Siria, en los confines con Arabia, y tenía parentesco y amistad con un rey de Siria. Por sus merecimientos en una guerra fué premiado por el Emperador Romano con tierras y posesiones cerca de Jerusalén y en Galilea. Era como un príncipe entre sus compatriotas y muy rico, y por su casamiento con una mujer judía, de la clase de los fariseos, había aumentado sus bienes materiales. Su mujer se llamaba Jezabel. Lázaro se hizo judío y era observante de la ley, piadoso al modo de los fariseos de su tiempo. Tenía un derecho sobre parte de la ciudad, cerca del monte Sión, donde el torrente corre a través del barranco, junto a la colina del templo. Pero la mayor parte de sus derechos los había cedido al templo. Con todo había quedado en la familia un antiguo derecho sobre la parte donde vi más tarde que los apóstoles subían al Cenáculo, a pesar de no pertenecer ya a sus posesiones. El solar de Betania era muy grande, con muchos jardines, pozos y terrazas, y estaba circundado por un doble foso. La familia de Lázaro estaba enterada de las profecías de Simeón y de Ana. Esperaban al Mesías y en la infancia de Jesús tuvieron amistad con la Sagrada Familia, de la manera que aún hoy se ven familias nobles amigas de otras humildes. Los padres de Lázaro tuvieron quince hijos, de los cuales seis murieron tempranamente, nueve llegaron a la edad adulta y sólo cuatro vivían en tiempos de la predicación de Cristo.

Estos cuatro fueron: Marta, de dos años menor; una María, llamada la Silenciosa, de dos años menor que Marta, y María

Magdalena, de cinco años menos que María la Silenciosa, que era tenida por algo corta de mente. Esta María no está nombrada en la Escritura, pero valía mucho delante de Dios. En la familia quedaba como arrinconada y por esto era desconocida(*).

Magdalena, la menor de todas, era muy hermosa y desde sus primeros años se manifestó de aspecto lleno, vigoroso y esbelto; estaba llena de vanidad, de coquetería y de seducciones. Al cumplir siete años ya habían muerto sus padres. Ella no los sufría, por los severos ayunos que practicaban en la casa. Desde pequeña era vanidosa, orgullosa, muelle y caprichosa y por demás golosa. No le era fiel a nadie y sólo buscaba al que la halagaba más. Era derrochadora y dadivosa por compasión natural y dada a todo lo brillante y a las magnificencias exteriores. Su madre tenía parte de culpa por sus mimos; también había heredado de ella su compasión natural y sensible. La madre y la nodriza falsearon la formación de Magdalena, porque en todas partes la hacían aparecer para lucir, dejaban aplaudir sus coqueterías y artes de seducción y solían permanecer demasiado con ella a la ventana y en público. Esta costumbre de sentarse a la ventana para curiosear fué el comienzo de su ruina moral. La he visto en la ventana y en la terraza de su casa en un asiento de alfombras y almohadones, de modo que se la pudiera contemplar desde la calle en toda su hermosura y seducción. Sustraía desde entonces golosinas con que obsequiar a otras criaturas en el jardín y desde los nueve años comenzó a fantasear con cariños y amores. Con el andar de los años al crecer su talento crecía también el ruído en torno de ella y la admiración de las gentes. Reunía a muchos admiradores. Era instruída y sabía escribir versos de amor en pequeños rollos de pergamino. He notado que contaba algo con los dedos mientras escribía. Mandaba luego estos escritos a sus admiradores, y así era conocida en todas partes y se hablaba mucho de ella. Pero no vi en ella que realmente amase a alguno o que fuese amado por otro: en todo procedía por vanidad, sensualidad, amor propio y coquetería. Era tenida como escándalo para sus hermanas. Ella se desviaba de sus hermanas por la vida sencilla que llevaban. Cuando a la muerte de sus padres se repartieron por suertes la herencia pa-

(*) De María la Silenciosa, hermana de Marta y de María Magdalena, no hace mención el Evangelio. Era tenida por lela en la familia de Lázaro y murió antes de la pasión del Señor. De ella habla también Teresa Neumann en sus visiones de la familia de Lázaro y le da el mismo apodo: "La Silenciosa". (Ritter von Lama, Jahrbuch).

terna, le tocó a Magdalena el castillo de Mágdala, que era muy hermoso. Desde niña había estado allí varias veces y sentía por el lugar especial predilección. Contaba apenas once años cuando se retiró a ese castillo con mucho acompañamiento de criadas y de servidores de la casa y gran boato. Mágdala era lugar de fortalezas y edificios almenados formado de castillos, casas fortificadas, oficinas públicas, plazas con pórticos, paseos y jardines. Distaba ocho horas de camino al Oriente de Nazaret, a tres de Cafarnaúm y a una y media de Betsaida, hacia el Mediodía, a una milla del lago de Genesaret, en una altura, y en parte en el valle que corre hacia el mar de Galilea, terminando en el camino que se extendía alrededor del lago. Uno de los castillos pertenecía a Herodes, el cual poseía otro más grande en la fértil campiña de Genesaret. Por eso había allí soldados de Herodes, que eran causa de mayor licencia de costumbres: muchos oficiales tenían trato con Magdalena. Fuera de estos soldados habría en toda Mágdala unas cien personas más, la mayor parte empleados, cuidadores de los castillos, criados y mayordomos. No había allí sinagoga, y la gente piadosa iba a la de Betsaida. El castillo de Magdalena era el más hermoso y estaba situado en terreno más elevado que los demás del contorno: desde sus terrazas se podía contemplar la llanura del mar de Galilea hasta la orilla opuesta. A Mágdala confluían cinco caminos: en cada uno de ellos se veía, como a una media hora, el castillo correspondiente, una torre sobre una bóveda como una garita desde donde el centinela podía observar el horizonte a mucha distancia. Estas torres estaban desunidas entre sí y rodeadas de jardines, praderas y campos de pastoreo. Magdalena tenía criados y criadas, porque poseía allí campos con ganado; pero la administración era defectuosa y todo iba en decadencia. A través del valle y los barrancos agrestes, desde donde empezaba la edificación de Mágdala hacia la altura, corría un arroyo en dirección al mar, donde se refugiaban animales salvajes que llegaban allí para ocultarse desde tres lugares desiertos unidos al valle de Mágdala. Herodes solía tener allí grandes cacerías, además de hacerlo en el castillo de Genesaret, donde poseía un parque de animales.

La campiña de Genesaret empieza entre Tiberíades y Tarichea, como a cuatro horas de Cafarnaúm y se extiende desde el mar hasta tres horas en la comarca, y al Sur de Tarichea hasta la desembocadura del Jordán. Este hermoso valle, como el lago artificial y el lugar de baños de Betulia, formado por un arroyo,

son parte de un espléndido conjunto de arroyos que se echan en el mar. Esta corriente de agua forma varias cataratas artificiales y estanques en el hermoso valle, lleno de jardines, casas de veraneo, castillos, jardines zoológicos, quintas con árboles forestales y frutales de toda clase. Todo el año se ve allí vegetación y flores. Los ricos del país, especialmente de Jerusalén, tienen allí sus residencias de verano, con jardines, parques y paseos. El lugar está lleno de casitas, paseos, enramadas, con senderos de setos verdes y con caminos bordeados de árboles en forma de pirámides, figurando colinas y elevaciones de diferentes aspectos. Fuera de Mágdala no se ve, en los alrededores, otras poblaciones. Los habitantes estables durante todo el año son, en la mayoría, jardineros y guardianes de los castillos, y pastores que guardan el ganado de ovejas y cabras de razas escogidas. Vi además que cuidan toda clase de animales y pájaros raros en los jardines. Ningún camino principal corre a través de Mágdala, pero la circundan dos que vienen del mar y del río Jordán.

III

Jesús en Hebrón, en Dothaim y en Nazaret

Junio 7. — Cuando Jesús llegó a Hebrón, despachó a sus compañeros diciéndoles que Él debía visitar a un amigo. Zacarías e Isabel ya no vivían y Jesús se dirigió hacia el desierto adonde Isabel había llevado al niño Juan. Este desierto estaba entre Hebrón y el sur del Mar Muerto. Primero se atraviesa una alta montaña de piedras blancas y se entra en un ameno valle de palmas. Allí se dirigió Jesús y estuvo en la cueva donde había estado Juan, llevado por Isabel. Luego lo vi pasando un riachuelo por el cual había pasado también Juan con Isabel. Lo he visto solitario y en oración, como si se preparase para su vida pública. De este desierto volvió nuevamente a Hebrón. Ayuda en todas partes donde se ofrecía el caso: lo he visto junto al Mar Muerto ayudando a gentes que pasaban sobre balsas el mar y a extender una lona sobre la barcaza, ya que subían sobre la balsa hombres, animales y fardos de mercaderías. Jesús clamó a ellos y desde la orilla les alcanzó un tirante hasta la embarcación y les ayudó en cargar y mejorar la barcaza. La gente no podía imaginar quien fuera Él, pues aunque no se distinguía de los demás por su vestido exterior, pero su porte era tan digno, tan amable su trato y admirable su persona, que todos se sentían conmovidos sin saber

el por qué. Al principio creyeron que fuera Juan el Bautista, que había aparecido en esos lugares; pero pronto se desengañaron, pues Juan era más moreno y tenía más curtido el rostro por la vida del desierto.

Estando en Hebrón celebró la fiesta del Sábado y dejó libres a sus compañeros de viaje. Entraba en las casas donde había enfermos y los consolaba, les servía, los levantaba y les acomodaba los lechos; pero no he visto sanarlos de sus enfermedades. Su aparición era para todos una bendición y se admiraban de su presencia. Fué también adonde había algunos poseídos del demonio, que en su presencia se aquietaban, aunque no he visto que los librase de los espíritus malignos. Donde Él aparecía colaboraba cuando se presentaba la oportunidad: levantaba a los caídos, daba de beber a los sedientos y acompañaba a los viajeros a través de caminos difíciles. Todos deseaban su presencia, lo querían bien y se admiraban de tal caminante. Desde Hebrón se encaminó hacia la desembocadura del Jordán en el Mar Muerto. Pasó el río y se dirigió por el Oriente hacia Galilea. Lo vi caminando entre Pella y la comarca de Gergesa. Hacía el camino en pequeñas etapas, ayudando, mientras tanto, donde se ofrecía la ocasión. Visitaba a los enfermos y a los leprosos, los consolaba, los levantaba, los acomodaba en sus lechos, los exhortaba a la oración y les sugería remedios y cuidados. En uno de estos lugares había gente que sabía lo de Simeón y de Ana, y le preguntaron si acaso era Él ese niño del que profetizaron. Generalmente le acompañaban algunos voluntariamente, que lo hacían por gusto de ir con Él. Estuvo también en el hermoso riachuelo Hieromax que se echa en el Jordán, no lejos de aquel monte escarpado de donde Él más tarde arrojó los cerdos en el mar; este lugar está bajo el mar de Galilea. En la orilla había cierta cantidad de casitas cavadas en tierra, como chozas de pastores, donde habitaban gentes que trabajaban con sus canoas y barcos; y he visto que no entendían el oficio y adelantaban poco. Jesús fué hacia ellos, les ayudó bondadosamente llevándoles postes y tirantes, dándoles una mano en sus tareas e indicándoles ciertas conveniencias en el modo de trabajar, mientras los exhortaba a la paciencia y a la caridad mutua en la faena.

Junio 20. — Más tarde lo he visto en Dothaim, pequeño pueblo aislado al noreste de Séforis. No había allí sinagoga y la gente vivía despreocupada, aunque no era mala. Abrahán tuvo aquí pastores para los animales del sacrificio. También José y

sus hermanos tuvieron aquí sus ganados, y aquí fué vendido José. En los tiempos actuales Dothaim es una villa pequeña, aunque las praderas son buenas y hay ganado hasta el mar de Galilea. Había en este lugar una gran casa, especie de manicomio, donde se encontraban muchos poseídos de demonios: éstos se pusieron sumamente furiosos y se golpeaban unos a otros hasta parecer que se mataban al acercarse Jesús. Los guardianes no podían sujetarlos ni con ataduras. Jesús entró en la casa y les habló, y se aquietaron de inmediato. Los exhortó y amonestó, y he visto que salieron de allí completamente tranquilos, dirigiéndose cada uno a su casa. Los habitantes se admiraron grandemente al ver este hecho, no querían dejarlo partir de allí y terminaron por invitarlo a asistir a una boda. En esa fiesta no apareció sino como un hombre a quien se quiere honrar. Habló amigablemente, y con sabias palabras exhortó también a los esposos. He visto que éstos, después de la aparición de Jesús en Thebez, entraron en la comunidad cristiana.

IV

Regreso de Jesús a Nazaret

Junio 22. — Cuando Jesús volvió a Nazaret, visitó a los conocidos y parientes de sus padres, en los alrededores, siendo recibido muy fríamene por sus habitantes; de modo que cuando quiso entrar en la sinagoga para enseñar, no se lo permitieron. Habló entonces en la plaza pública delante de muchas personas, saduceos y fariseos, refiriéndose al Mesías que había de aparecer, muy distinto del que ellos se imaginaban según sus deseos. Llamó a Juan: "la voz que clama en el desierto". Le habían seguido desde la comarca de Hebrón dos jovencitos vestidos con largas túnicas como las de los sacerdotes, aunque no estaban siempre con Él. Celebró aquí la festividad del Sábado.

Junio 25. — He visto a Jesús, en compañía de María, María Cleofás y los padres de Pármenas, en total unas veinte personas, abandonar Nazaret y dirigirse a Cafarnaúm. Tenían asnos cargados de bultos. La casa de Nazaret quedó limpia, adornada y revestida interiormente con alfombras y mantas, que me daban la impresión de una capilla: así quedó vacía la casita de Nazaret. El tercer marido de María Cleofás, que trabaja en casa de Ana, cuidará la casa juntamente con sus hijos. Esta María Cleofás, su hijo menor José Barsabás y Simón, viven ahora muy cerca de

la casita que aquel hombre llamado Leví regaló a Jesús para su vivienda cerca de Cafarnaúm. Los padres de Pármenas vivían también no lejos de allí.

Junio 28. — Jesús fué de un pueblito a otro visitando especialmente los lugares donde había estado Juan, vuelto del desierto. Entraba en las sinagogas, enseñaba y consolaba y ayudaba a los enfermos. En cierta ocasión, mientras enseñaba en la sinagoga de un pueblito acerca del bautismo de Juan, de la proximidad del Mesías y de la necesidad de la penitencia, la gente del lugar murmuraba, diciendo: "No hace más que unos tres meses vivía su padre, el carpintero, y Él trabajaba con su padre; luego se dió a viajar un poco, y ahora ya se viene para echárselas de maestro".

Lo vi también en Caná, donde tenía parientes, a quienes Él visitó, y lo vi enseñando. Todavía no lo vi con ninguno de sus futuros apóstoles: parecería que se ocupara de ir conociendo a los hombres, y que ayudara solamente a la obra en que se había empeñado Juan. De un pueblo a otro le solía acompañar siempre algún buen hombre del lugar.

Julio 6. — Una vez he visto a cuatro hombres, entre ellos alguno que fué apóstol, aguardando a la sombra, sobre el camino entre Samaría y Nazaret, a que pasara Jesús, el cual acercábase precisamente en compañía de un discípulo. Los hombres le salieron al encuentro, y le contaron cómo habían sido bautizados por Juan, que les había hablado de la proximidad del Mesías. Le contaron que había hablado severamente con los soldados y que de ellos había bautizado algunos pocos. Le dijeron también que él podía tomar piedras del Jordán y bautizarlas, y le refirieron otras cosas de Juan. Luego continuaron el camino en su compañía. Después lo vi caminando por el lago de Galilea, hacia el Norte. Habló ya más claramente del Mesías, y en varios lugares los poseídos del demonio clamaban detrás de Él. Echó el demonio de un hombre y enseñó en la sinagoga. Le salieron al encuentro seis hombres, que venían del bautismo de Juan, entre ellos Leví, llamado Mateo, y dos hijos de viudas de la parentela de Isabel. Conocían algo a Jesús por el parentesco y por oídas, y sospechaban que pudiera ser Aquél de quien hablaba Juan el Bautista, aunque no estaban seguros. Le hablaron de Juan, de Lázaro y de María Magdalena, opinando que ésta debía tener algún demonio. Por este tiempo ya vivía María en su castillo de Mágdala. Estos hombres acompañaron a Jesús, maravillándose de sus enseñanzas. Los bautizados que iban de Galilea hacia

donde estaba Juan, contaban a éste lo que sabían de Jesús y lo que habían oído decir, y los de Ainón, donde bautizaba Juan, iban a Jesús contándole las cosas de Juan.

Después he visto a Jesús caminando solo junto al mar, en un lugar de pesca rodeado por una valla, donde estaban ancladas cinco barcas. En la orilla había varias chozas habitadas por pescadores. Pedro era el dueño de ese lugar de pesca. Dentro de la choza estaban Pedro y Andrés; Juan y Santiago y su padre el Zebedeo, con otros, estaban en la barca. En la barca del medio estaba el padre de la mujer de Pedro con sus tres hijos. Supe los nombres de todos estos hombres y los he olvidado. El padre tiene el sobrenombre de Zelotes, porque en cierta ocasión había disputado con los romanos sobre derechos de pesca en el mar de Galilea y había ganado el pleito. He visto unos treinta hombres sobre las barcas. Jesús se acercó, y andaba entre las chozas y las barcas por el espacio cercado. Habló con Andrés y otros pescadores; no sé si con Pedro también. Ellos no dieron señas de conocer quién era. Él les habló de Juan y de la proximidad del Mesías. Andrés era discípulo de Juan y había sido bautizado por él. Jesús les dijo que volvería.

V

Jesús va, a través del Líbano, a Sidón y a Sarepta

Julio 11. — Jesús se dirigió, desde la orilla del mar de Galilea, hacia el Líbano, a causa de las habladurías y del movimiento en todo el país: muchos tenían a Juan por el Mesías y otros hablaban de otro indicado por el mismo Juan. Le acompañaban ahora, a veces seis, a veces hasta doce discípulos, que se apartaban o reunían en el camino: se alegraban con su enseñanza y sospechaban que pudiera ser Aquél de quien hablaba Juan. Jesús no había elegido aún a nadie y andaba solo, como si estuviese sembrando y preparando el terreno para su misión. Todos estos caminos guardaban relación con los viajes de los profetas, especialmente Elías. Jesús se dirigió con sus acompañantes a las alturas del Líbano, en dirección a la gran ciudad de Sidón, a orillas del mar. Desde esas alturas se goza de una espléndida vista panorámica. La ciudad parece estar muy cerca del mar; pero cuando uno está dentro de ella ve que aún queda a tres cuartos de hora de camino de la orilla. Es una ciudad bastante grande y llena de movimiento: cuando se mira desde

una altura hacia abajo parece que uno viera una serie interminable de barcos, porque en los techos planos de las casas había como un bosque de palos de mástiles con grandes banderas coloradas y de otros tonos y unas telas sin pintar, tendidas y colgadas, y debajo una multitud de hombres que trabajaba. En las casas he visto que fabricaban toda clase de recipientes brillantes. Los alrededores estaban llenos de huertas pequeñas con árboles frutales. Había grandes árboles y alrededor asientos. Algunos de estos asientos estaban sobre las ramas de los árboles, a los que se subía por escalones, y allí descansaban sentadas muchas personas como en casas aéreas. La llanura en la cual está situada la ciudad, entre el mar y la montaña, es bastante angosta. Paganos y judíos traficaban en la ciudad, donde reinaba mucha idolatría. El Salvador enseñaba y predicaba, mientras andaba entre los pequeños pueblos, bajo los grandes árboles, hablando de Juan y su bautismo y de la necesidad de hacer penitencia. Jesús fué bien recibido en la ciudad. Había estado allí otra vez. Habló en la escuela de la ciudad de la proximidad del Mesías y de la necesidad de dejar la idolatría. La reina Jezabel, que tanto persiguió a Elías, era de esta ciudad.

Jesús dejó a sus acompañantes en Sidón y se trasladó más al Norte a un lugar apartado del mar. Quiso separarse de los demás para entregarse a la oración. Este lugar está rodeado de un lado por bosques; hay gruesos muros y muchos viñedos en torno. Es Sarepta, la ciudad donde Elías fué alimentado por la viuda. Los judíos han relacionado con este hecho una superstición de la que participan los paganos del lugar: dejan habitar en torno de los muros de la ciudad a piadosas viudas y con eso creen que pueden entregarse a toda suerte de licencias, seguros de que no les pasará nada malo. Ahora habitaban allí hombres ancianos. Jesús habitó en la finca de aquella viuda, que pertenece ahora a un hombre de mucha edad. Estos hombres son especie de solitarios que por antigua costumbre y por veneración a Elías se retiran viviendo allí entregados a la meditación, a la explicación e interpretación de las profecías sobre la venida del Mesías y a la oración. Jesús les habló del Mesías y del bautismo de Juan. Aunque son piadosos, tienen ideas equivocadas y piensan que el Mesías llegará con poder temporal y magnificencia exterior. Jesús se retira con frecuencia al bosque de Sarepta para entregarse a la oración. Otras veces va a la sinagoga y se ocupa también de instruir a los niños. En lugares donde viven muchos paganos les advierte que se mantengan alejados de las

costumbres de éstos. He visto que había aquí gente buena y también algunos muy perversos.

Julio 14. — Generalmente lo veo ir solo, a no ser que le acompañe alguno de los contornos. Lo veo con frecuencia enseñar bajo la sombra de los árboles, en las faldas de las colinas, rodeado de hombres y mujeres. El tiempo del año es tal que me parece cuando estamos aquí en el mes de Mayo, porque en esta tierra la segunda cosecha es parecida a la de Mayo, entre nosotros. Veo que no cortan el trigo tan bajo como nosotros; lo asen bajo las espigas con la mano y lo cortan a un codo de altura, y no lo trillan. Están de pie las pequeñas gavillas y pasan por encima un rodillo tirado por dos bueyes. El trigo es mucho más seco y cae con más facilidad que entre nosotros. El trabajo lo hacen en campo abierto o bajo un techo de paja, abierto a los lados. Desde Sarepta se dirigió Jesús al Noreste, a un lugarcito no distante del campo de los muertos visto por Ezequiel en visión, cuando los huesos de los muertos se juntaron, tomando carne y nervios, y viniendo un soplo recibieron vida y movimiento. Acerca de esto tuve una explicación: como si por la predicación y bautismo de Juan se cubrían los cadáveres de carne y de nervios, y por el espíritu de Jesús Redentor y más tarde por el Espíritu Santo recibían vida y movimiento. Jesús consoló aquí a las gentes que se mostraban abatidas, y les habló y explicó la visión del profeta Ezequiel(*). Después se dirigió más al Norte, hacia la comarca donde Juan se había encaminado al salir del desierto. Había allí una pequeña población donde se habían detenido Noemí y Ruth algún tiempo. La fama de estas mujeres era tal que aún se hablaba de ellas con alabanzas. Más tarde se retiró a Belén. El Señor predicó aquí con mucho celo. Se acerca el tiempo en que Él se retirará al Sur, para su bautismo, a través de la Samaría.

Jacob tuvo también aquí campos de pastoreo. A través de la pradera corre un riachuelo, detrás del cual está el pozo de Juan, bastante alto, desde el cual se abre un camino que lleva al campo de los muertos visto por Ezequiel. De allí se baja hasta el lugar donde Adán y Eva fueron echados del Paraíso, descendiendo siempre. En este descenso los árboles se volvían cada vez más pequeños y achaparrados, hasta que llegaron en medio de arbustos tupidos, donde todo era ya silvestre y deforme. El

(*) Véase Ezequiel, capítulo XXXVII.

Paraíso estaba alto, como el sol, y fué descendiendo como detrás de una montaña, que parecía a su vez levantarse.

El Salvador anduvo por el mismo camino que hizo Elías cuando fué desde el arroyo de Carit a Sarepta. Está de vuelta en el campo de los pastores hacia Sarepta. Enseña durante el trayecto y pasa sin detenerse por Sidón. Desde Sarepta irá muy pronto al Sur para el bautismo; pero se detiene en Sarepta para celebrar el Sábado.

Julio 27. — Después del Sábado lo veo caminando hacia Nazaret, enseñando en algunos lugares, solo o acompañado: siempre lo veo descalzo. Lleva sus sandalias, que se pone cuando llega a alguna población. Lo vi por los valles, en las cercanías del Carmelo, y otra vez en el camino, muy cerca de donde se va a Egipto. De pronto se dirigió hacia el Oriente.

Veo también, caminando hacia Nazaret, a la Madre de Dios, a María Cleofás, a la madre de Pármenas y a dos mujeres más; y de Jerusalén a la Serafia (la Verónica), a Juana Chusa y al hijo de Serafia, el cual más tarde se unió a los apóstoles. Estos van a reunirse con María; son conocidos de Ella por las anuales idas a Jerusalén. Hay tres lugares donde las piadosas familias, con María y José, solían hacer sus devociones cada año: el templo de Jerusalén, el árbol del terebinto junto a Belén y el monte Carmelo. La familia de Ana y otras piadosas personas iban a este lugar generalmente en Mayo, cuando volvían de Jerusalén. Había allí un pozo y la cueva de Elías que parecía una capilla. Llegaban en diversos tiempos piadosos judíos, que esperaban la venida del Mesías; había otros que vivían allí como solitarios, y más tarde hubo cristianos. Al oriente del monte Tabor enseñó Jesús, en la escuela de un pueblecito, sobre el bautismo de Juan. He visto con Jesús a cinco acompañantes, entre éstos algunos que más tarde fueron discípulos.

Agosto 1º — El Sanedrín de Jerusalén envió cartas a todas las sinagogas y puntos principales de Palestina con mensajeros, para prevenir a las gentes contra uno del cual había dicho Juan que era el que debía venir y que iría pronto a bautizarse. Se decía a los jefes estuvieran atentos con esa persona, dieran cuenta de sus andanzas, añadiendo que si era el Mesías no necesitaba el bautismo. Estos escribas y fariseos estaban muy preocupados, desde que supieron que era el mismo que cuando niño los había confundido en el templo. He visto a estos mensajeros llegar a una ciudad situada a cuatro horas del camino de Hebrón hacia el mar; es la misma de donde los mensajeros de Moisés y Aarón

trajeron aquellos grandes racimos de uva. La ciudad se llama Gaza. He visto aquí una larga hilera de tiendas y celdas que llegaba hasta el mar, donde se vendían sedas y otras mercaderías.

Agosto 4. — Jesús llegó aquí y enseñó en diversos lugares, hasta el pozo de Jacob, y celebró el Sábado. Cuando volvió a Nazaret, vi que la Madre de Dios le salió al encuentro; pero al ver que llegaba con algunos discípulos, permaneció a cierta distancia, y volvióse sin acercarse a saludar a Jesús. Quedé admirada de su espíritu de sacrificio, al privarse de ese gusto. Al enseñar Jesús en la sinagoga estaban allí las santas mujeres. Cuando algunos días después, con sus cinco acompañantes y unos veinte jóvenes ansiosos de su infancia, enseñó en la sinagoga delante de muchos de Nazaret, no estaban ya presentes las santas mujeres. Los oyentes murmuraban contra Él diciendo que tal vez quería tomar el lugar de bautismo, abandonado por Juan, y bautizando hacerse pasar por otro igual a Juan; pero que no lo conseguirá, porque Juan venía del desierto, y que en cambio a Él bien lo conocían, y no lograría engañarlos.

VI

Jesús en Betsaida y en Cafarnaúm

Agosto 9. — Jesús dejó Nazaret para dirigirse a Betsaida, donde quería despertar de su letargo a algunos con su enseñanza. Las santas mujeres y otros acompañantes permanecieron todavía en Nazaret. Jesús había estado en casa de su Madre, donde se reunieron otros amigos, y les declaró que pensaba ausentarse porque se habían suscitado murmuraciones contra Él: que pensaba ir a Betsaida, para volver a Nazaret más tarde. Estaban con Jesús un hijo de la que se llamó después Verónica, de nombre Amandor; otro hijo de una de las tres viudas emparentadas con Jesús: su nombre me suena como Sirac, y un pariente de Pedro, que más tarde fué discípulo.

Agosto 10. — En la sinagoga de Betsaida predicó Jesús con mucha energía en la festividad del Sábado. Les dijo que debían aceptar la confesión, ir al bautismo de Juan y purificarse por medio de la penitencia; de lo contrario vendría un tiempo en que clamarían: "¡ay! ¡ay!" Había mucha gente en la sinagoga; pero creo que ninguno de los futuros discípulos, excepto Felipe. Los demás apóstoles, que eran de Betsaida, me parece que

estarían en otras sinagogas ese Sábado. Vivía Jesús con sus hombres en una casa cerca de los pescadores en Cafarnaúm.

Mientras Jesús predicaba en Betsaida, yo rezaba para que la gente fuera al bautismo de Juan y se convirtiera. Entonces tuve una visión donde vi a Juan cómo lavaba y quitaba las manchas más grandes y graves de esa gente, en carácter de precursor del que había de venir. He visto como se esmeraba con ardor en su trabajo, de modo que a veces se le caía la piel de un hombro al otro hombro; esto me parece una figura de lo que pasaba con los bautizados, a los cuales he visto que les caían como tiña y escamas, y de otros salía como un humo negro; mientras sobre otros más dispuestos llegaban rayos de luz.

Agosto 13. — Enseñó también en la escuela de Cafarnaúm. De todas partes acudían oyentes: he visto a Pedro, a Andrés y a muchos otros que ya habían sido bautizados por Juan. Cuando abandonó a Cafarnaúm, lo vi enseñando en un lugar como a dos horas de camino hacia el Sur, rodeado por la muchedumbre. Con Él estaban tres discípulos. Otros apóstoles que le habían seguido y oído en Cafarnaúm se volvieron a sus ocupaciones, no habiendo Jesús hablado aún con ellos en particular. El tema de la predicación de Jesús fué, también aquí, el bautismo de Juan y la proximidad de la promesa cumplida. Después lo he visto al sur de la Baja Galilea, enseñando, y en dirección de Samaría. Celebró el Sábado en un pueblito entre Nazaret y Séforis. Allí estaban las santas mujeres de Nazaret, la mujer de Pedro y otras mujeres de los que fueron apóstoles más tarde. El lugar estaba formado de pocas casas y una escuela, en un espacio separado de la casa de Ana por un campo. De los futuros apóstoles habían acudido a escuchar su predicación Pedro, Andrés, Santiago el Menor, Felipe, todos discípulos de Juan. Felipe era de Betsaida, tenía aspecto distinguido y se ocupaba de escrituras. Jesús no se detuvo aquí ni tomó alimento: sólo enseñó. Posiblemente los apóstoles habían celebrado el Sábado en alguna sinagoga cercana. Era costumbre de los judíos visitar diferentes sinagogas. Estos discípulos se fueron después de haber oído a Jesús, quien aún no había hablado con ellos en particular.

VII

Los endemoniados de Séforis

Agosto 19. — Salió Jesús con tres discípulos, a través de una montaña, hacia Séforis, a cuatro horas de camino de Nazaret. Entró en casa de una tía, la hermana menor de Ana, llamada Maraha. Ésta tenía una hija y dos hijos con vestiduras blancas y largas: se llamaban Arastaria y Cocharia, y fueron más tarde discípulos. La Madre de Dios, María, María Cleofás y otras mujeres se dirigieron al mismo punto. Allí he visto que lavaron los pies a Jesús y se hizo una comida. Durmió en casa de Maraha, que era de los antepasados de Santa Ana. Séforis es una ciudad bastante grande y tiene tres comunidades: la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenios, y tres escuelas. Ha sufrido mucho a causa de guerras, y hoy no queda casi nada de ella.

Agosto 22. — Jesús permaneció varios días enseñando y exhortando al bautismo de Juan. El mismo día enseñó en dos sinagogas, una superior a la otra. En la primera los fariseos murmuraban contra Él; estaban presentes las santas mujeres. En la otra, de los esenios, no había lugar para las mujeres, y allí fué bien recibido.

Agosto 23. — Cuando se dispuso a enseñar en la sinagoga de los saduceos sucedió algo maravilloso. Había en Séforis un lugar donde se habían juntado a muchos endemoniados, retardados, locos y desequilibrados. Se los reunía en un recinto, cerca de la escuela, donde eran enseñados; y cuando había explicación para los demás en la sinagoga, eran introducidos para que la oyesen. Estaban detrás de los demás y escuchaban la predicación. Había entre ellos guardianes que los obligaban con azotes a permanecer quietos cuando se desbandaban. Vi a estos desgraciados, antes que Jesús entrase en la sinagoga, inquietarse e irritarse entre sí, desgarrándose, y atacados de convulsiones, mientras enseñaban los saduceos y los guardianes los sujetaban a fuerza de azotes. Al entrar Jesús, enmudecieron todos; pero al rato comenzó uno y otro a clamar: "Este es Jesús de Nazaret, nacido en Belén, visitado por los Reyes Magos de Oriente, y en Maraha está su Madre. Empieza a predicar una nueva doctrina, y no deben escucharla". De este modo clamaban, mientras narraban todos los acontecimientos de la vida de Jesús, ya uno, ya otro de los endemoniados, a pesar de los golpes de los guardianes. Entonces dijo Jesús que se los acercasen delante, y envió a

dos discípulos a la ciudad para que trajesen a los otros endemoniados. Al poco tiempo se hallaban allí reunidos unos cincuenta de ellos acompañados de muchos curiosos. Los endemoniados seguían clamando más que antes, hasta que Jesús intervino y dijo: "El espíritu que habla por ellos viene de lo profundo y debe volver a lo profundo de donde ha venido". Al punto se encontraron todos sanos y buenos, cayendo algunos al suelo por la salida de los espíritus. Se levantó un gran alboroto en la ciudad por este prodigio y Jesús y los suyos se vieron en gran peligro. Aumentó de tal manera el alboroto que Jesús se escurrió a una casa y por la noche salió de la ciudad, con los tres discípulos y Arastaria y Cocharia, hijos de la hermana de Ana. También salieron las santas mujeres. María se afligió y sufrió mucho aquí, porque vió por primera vez que perseguían a Jesús para hacerle daño. Fuera de la ciudad se juntaron bajo unos árboles y se dirigieron a Betulia.

VIII

Jesús en Betulia

Agosto 24-29. — La mayoría de los que sanó Jesús aquí fueron al bautismo de Juan y siguieron más tarde a Jesús como discípulos. Betulia es aquella ciudad en cuya defensa Judit mató a Holofernes. Está situada al Mediodía, al Oriente de Séforis, sobre una altura, desde donde se abarca una gran extensión. No hay mucha distancia desde aquí al castillo de Mágdala, donde moraba María Magdalena en todo su esplendor. En Betulia hay un castillo y hay abundantes pozos de agua. Jesús y sus acompañantes tomaron albergue a la entrada de la ciudad, y las santas mujeres volvieron a reunirse aquí. He oído que María le decía a Jesús que no enseñara allí, pues estaba muy temerosa de que se levantara un tumulto. Jesús le respondió que ya lo sabía y que debía cumplir su misión. María preguntó: "¿No debemos ir ahora al bautismo de Juan?" Jesús contestó con cierta seriedad: "¿Por qué hemos de ir ahora al bautismo de Juan? ¿Es acaso necesario?... Aún tengo que caminar y juntar discípulos. Ya diré cuando sea necesario ir al bautismo de Juan". María calló, como en las bodas de Caná.

Por mi parte sólo después de Pentecostés vi a las mujeres ser bautizadas en el estanque de Bethesda. Estas santas mujeres entraron en la ciudad de Betulia, y Jesús enseñó en la sinagoga

el Sábado. Se había reunido mucha gente de los alrededores para oír su explicación. También aquí he visto a muchos poseídos de demonios y otros fatuos en los caminos, delante de la ciudad, y en algunas calles por donde pasaba Jesús. Se callaban en su presencia, estaban sosegados y Jesús los libraba de su mal. La gente exclamaba: "Este hombre debe tener una fuerza prodigiosa, como los antiguos profetas, porque estos furiosos se aquietan en su presencia". Estos se sentían aliviados, aunque directamente no los hubiese tocado ni hablado, y se acercaron al albergue para darle las gracias. Jesús enseñó, exhortó con severas palabras y les dijo que fueran al bautismo de Juan. La gente de Betulia mostraba aprecio a Jesús y no permitió que siguiera viviendo fuera de la ciudad: se disputaban el honor de albergarlo en sus casas y los que no lo consiguieron quisieron por lo menos hospedar a alguno de los cinco discípulos que lo acompañaban. Estos no quisieron abandonar a Jesús; entonces el Salvador dijo a los invitantes que Él iría a las diversas casas que le ofrecían. Este amor y entusiasmo por Jesús no estaba con todo exento de interés y Jesús no dejó de hacérselo notar durante las enseñanzas de la sinagoga. Tenían la intención, no confesada, de recuperar, con las atenciones al nuevo profeta, la fama que habían perdido por su comercio y su mezcla con paganos y gentiles. No había, pues, en ellos verdadero amor a la verdad.

Cuando Jesús se retiró de Betulia, lo vi predicando en un valle cercano bajo los árboles. Le habían seguido los cinco discípulos y unas veinte personas en total. Las santas mujeres habían partido rumbo de Nazaret. Jesús abandonó a Betulia porque le urgían demasiado allí. Habían reunido a muchos posesos y enfermos de los alrededores, y Él no quería aún ejercer su poder de sanar tan públicamente. Cuando se alejó, quedaba el mar de Galilea a sus espaldas. El lugar desde donde hablaba era un sitio destinado desde mucho atrás para la enseñanza ejercida por los profetas a los esenios. Estaba cubierto de menudo pasto verde y tenía gradas para sentarse y oír más descansadamente. Alrededor de Jesús había entonces unas treinta personas. Por la tarde lo he visto con sus acompañantes en las cercanías de Nazaret, como a una hora de una pequeña población con una sinagoga, donde había estado antes de partir para Séforis. Lo recibieron amigablemente y lo llevaron a una casa con patio contiguo. Le lavaron allí los pies a Él y a sus acompañantes,

les quitaron sus mantos y los limpiaron del polvo, golpeándolos y cepillándolos, mientras les preparaban comida. Jesús enseñó en la sinagoga, mientras las santas mujeres llegaban a Nazaret.

IX

Jesús en Kedes y Jezrael

Agosto 30. — Pasados algunos días Jesús se encaminó, dos millas más lejos, a la ciudad de levitas Kedes o Kision. Le seguían unos siete poseídos del demonio, los cuales, en voz más alta aún que los de Séforis, iban proclamando su misión y su historia. De la ciudad salieron a su encuentro sacerdotes, ancianos y jóvenes con vestimentas blancas y largas. Algunos de los discípulos le habían precedido anunciando su llegada. Jesús no sanó ni libró a los posesos aquí y los sacerdotes los encerraron en un local para que no molestaran. Sanó y libró a estos infelices recien después de su bautismo. Lo recibieron muy bien y le sirvieron; pero cuando quiso enseñar le preguntaron qué misión llevaba y con qué autoridad, dado que era sólo conocido por hijo de María y de José. Él respondió diciendo, en términos generales, Quién le enviaba, Quién, era Él a quien enviaba, y que en el bautismo sabrían mejor Quién le enviaba. Enseñó largo tiempo, acerca del bautismo de Juan, sobre una colina en medio de la población, donde había, como en Thebez, un lugar dispuesto cubierto con una techumbre de juncos y ramas. De aquí pasó Jesús al lugar llamado de los pastores, donde más tarde, después de la segunda Pascua, sanó a un leproso y enseñó en diversos lugares de los contornos. El día de Sábado llegó con sus acompañantes a Jezrael, poblado con casitas desparramadas entre jardines, ruinosos edificios y torres derruídas. Cruza por medio un camino principal, llamado el Camino del Rey. Algunos acompañantes le habían precedido, y Jesús iba sólo con tres de sus discípulos.

En este lugar vivían algunos judíos, estrictos observantes de la Ley: no eran esenios sino nasireos. Hacían votos por determinado tiempo y vivían en cierta continencia. Poseían una escuela con varias habitaciones. Los niños vivían en comunidad en uno de estos edificios y las niñas en otro. Los casados solían hacer votos de continencia por algún tiempo, durante el cual los hombres residían en las casas de los niños y las mujeres en las de las niñas. Todos vestían de blanco o de gris. El jefe vestía tunica larga de color gris, el ruedo con dibujos de frutas blan-

cas y borlas, y llevaba un ancho cinturón gris con letras blancas. En un brazo tenía una cinta de una materia tejida bastante gruesa, gris y blanca, semejante a una servilleta doblada. Pendía de ella una punta terminada en flecos. Usaba también un manto corto alrededor del cuello, como el del jefe de los esenios Arcos, de color gris, y en vez de estar abierto por delante lo estaba por detrás. En el pecho tenía un escudo brillante cerrado por la espalda con cuerdecitas. Sobre los hombros llevaba unos retazos de tela. Todos usaban turbante de un color oscuro brillante: en la frente tenía letras y en la coronilla de la cabeza se juntaban tres bandas formando un botón semejante a la manzana. Los bordes del turbante eran blancos y grises. Los hombres llevaban barba larga y cabellera sin cortar. Me recordaban a los apóstoles, entre los cuales creía hallar semejanza; pero especialmente me recordaban a Pablo, que tenía los cabellos y los vestidos como éstos cuando perseguía a los cristianos. Más tarde he visto a Pablo entre ellos, porque era nasireo. Se dejaban crecer los cabellos hasta cumplir con el voto; luego se los cortaban y los ofrecían quemándolos en el fuego. Ofrecían también palomas. Uno podía entrar haciendo parte del voto de otro. Jesús celebró el Sábado en medio de ellos. Jezrael está separada de Nazaret por medio de una montaña. En las cercanías hay un pozo, donde estuvo un tiempo Saúl con su ejército.

Septiembre 1º — Jesús enseñó el Sábado sobre el bautismo de Juan. Les dijo, entre otras cosas, que la piedad era cosa muy buena; pero que la exageración ofrecía algún peligro; que los caminos de la salvación eran diversos; que el apartamiento de los demás puede degenerar en sectas; que fácilmente se mira con orgullo y propia complacencia a los demás hermanos y a los pobres no, los cuales, sin embargo, deberían ser ayudados y llevados por los más fuertes. Esta enseñanza era aquí muy oportuna porque en los contornos vivían gentes mezcladas con los gentiles, sin guía ni consejeros, porque los nasireos se apartaban de ellos. Jesús visitó a estos pobres de los alrededores y los exhortó a ir al bautismo de Juan. Estuvo al día siguiente en una comida de nasireos. Hablaron de la circuncisión relacionándola con el bautismo. Aquí oí por primera vez a Jesús tratar de la circuncisión. Me es imposible reproducir sus palabras. Dijo, más o menos, que el precepto de la circuncisión tenía un fundamento que había de cesar muy en breve; es decir, cuando el pueblo no estuviese ya unido tan carnalmnte a la descendencia de Abrahán, sino que renaciese por el bautismo del Espíritu

Santo a una vida espiritual. De entre estos nasireos se han hecho muchos cristianos; pero en general se atenían tanto al judaismo que muchos pretendían mezclar el cristianismo con el judaismo, y así cayeron en la herejía y el error.

X
Jesús entre los publicanos

Septiembre 3. — Cuando Jesús se despidió de Jezrael, se encaminó hacia el Oriente, bordeó la montaña que está entre Jezrael y Nazaret, y a dos horas de Jezrael permaneció en un pequeño grupo de casas a ambos lados del camino real. Vivían aquí muchos publicanos y otros judíos pobres algo más apartados del camino. El camino que pasaba entre las viviendas estaba guardado con rejas y cerrado a la entrada y a la salida. Había ricos publicanos que tenían bajo sus órdenes otras estaciones de pago, que a su vez subalquilaban estos puestos a otros. Uno de estos publicanos subordinados era Mateo, que tenía su puesto en otro lugar. Aquí había vivido aquella María, hija de una hermana de Isabel, que después de enviudar pasó a Nazaret, luego a Cafarnaúm y más tarde estuvo presente a la muerte de María Santísima. Por aquí pasaba el camino real que se dirigía de Siria, Arabia, Sidón hacia Egipto. Conducían por este camino, sobre camellos y asnos, grandes fardos de seda blanca, en haces, como lino, telas blancas y de color, alfombras gruesas entretejidas y muchas especias y yerbas. Cuando los camellos llegaban con sus cargas, eran detenidos, encerrados, y obligados a mostrar sus mercaderías. Los pasajeros debían pagar allí derechos en mercadería o dinero. Las monedas eran piezas triangulares o cuadradas amarillas, blancas o rojizas con una figura grabada a un lado en bajorrelieve y al otro en altorrelieve. Vi otras clases de monedas con torres, o una virgen, o un niño dentro de una canoa. Aquellas monedas delgadas que traían los Reyes Magos y ofrecieron en el pesebre volví a verlas entre algunos extranjeros que acudían al bautismo de Juan. Estos publicanos estaban entendidos entre sí y cuando uno de ellos lograba trampear en dinero o especias a los viajantes, se repartían las ganancias. Eran ricos y vivían cómodamente. Las casas estaban adornadas y provistas de patios, jardines y muros en torno: me recordaban las granjas de nuestros grandes campesinos. Sus moradores vivían apartados de los demás. Tenían una escuela y un maestro. Jesús

fué recibido bien por ellos. Llegaron algunas mujeres, entre ellas la de Pedro, creo. Una habló con Jesús y luego se retiraron de allí. Quizás venían de Nazaret y traían algún mensaje de María para Jesús. Jesús estaba ya con uno, ya con otro de los publicanos y enseñaba en la escuela. Les enrostró que algunas veces extorsionaran a los viajeros sacándoles más de lo debido en justicia. Ellos se mostraron avergonzados, sin explicarse cómo podía saberlo Él. A pesar de todo recibieron sus enseñanzas mejor que otros y se mostraron muy humillados en su presencia. Los exhortó a ir al bautismo de Juan.

XI

Jesús en Kisloth Tabor

Septiembre 5. — Jesús abandonó el lugar de los publicanos después de haber enseñado toda la noche. Muchos de ellos querían hacerle regalos, pero Él no aceptó sus dones. Algunos lo siguieron con el propósito de ir al bautismo de Juan. Jesús llegó a Dotaim, junto a la casa donde estaban aquellos furiosos que había habitado en su primera pasada desde Nazaret. Al pasar cerca empezaron a gritar el nombre de Jesús, e intentaron salir. Jesús indicó al guardián que los dejase libres, que Él se hacía responsable de las consecuencias. Fueron puestos en libertad, se sosegaron, viéronse librados de su mal y le seguían.

Hacia la tarde llegó Jesús a Kisloth, población junto al monte Tabor. Vivían allí muchos fariseos los cuales se escandalizaron al ver a Jesús en compañía de publicanos, de poseídos de demonios y de toda clase de gente baja. Jesús entró en la escuela de la ciudad y enseñó sobre el bautismo de Juan. A sus acompañantes les declaró que pensasen bien antes de seguirle, si podían hacerlo, pues su camino y modo de vida no era por cierto cómodo ni agradable. Les contó algunos ejemplos de constructores: si uno quisiera edificarse casa debía pensar si el dueño del campo lo permitía; que antes se amigase e hiciese penitencia; y si uno quería edificarse una torre, debía primero calcular su gasto. Dijo otras cosas que agradaron poco a los fariseos. No le escuchaban, sino que más bien le acechaban; luego los he visto tratar entre ellos que le darían una comida para espiar sus palabras y expresiones. En efecto, le prepararon una gran cena en un local abierto. Había allí tres mesas juntas, y a derecha e izquierda lámparas encendidas. En la mesa del medio estaba Jesús con

algunos de los suyos y los fariseos; el centro de la sala tenía la techumbre abierta; en las mesas de los lados estaban otros acompañantes de Jesús. Debía haber en esta ciudad la antigua costumbre de que cuando alguien preparaba un banquete para un extranjero, eran invitados también los pobres, de los cuales había muchos en la ciudad olvidados; puesto que cuando Jesús se puso a la mesa preguntó en seguida a los fariseos dónde estaban los pobres que tenían derecho de participar. Los fariseos se mostraron confusos y dijeron que esto ya hacía mucho tiempo que no se observaba. Entonces mandó Jesús a sus discípulos Arastaria, Cocharia, hijos de Maraha, y a Kolaya, hijo de la viuda Ceba, que fuesen a buscar a los pobres de la ciudad. Esto causó gran escándalo entre los fariseos y admiración en la ciudad. Muchos de estos pobres estaban ya durmiendo. He visto a los mensajeros despertar a estos pobres en sus covachas, y he visto muchos cuadros de alegría entre ellos, que acudieron al llamado. Jesús y los discípulos los recibían y les servían, mientras les impartía hermosas enseñanzas. Los fariseos estaban muy contrariados, pero nada podían hacer por el momento, pues Jesús tenía la razón y el pueblo se alegraba de ello. Había un gran movimiento en toda la ciudad por esta novedad. Cuando estos pobres hubieron comido, se llevaron todavía algo consigo para los que habían quedado en sus casas. Jesús había bendecido esos alimentos y después de haber rezado con ellos, los exhortó a ir al bautismo de Juan.

XII

Jesús en el lugar de los pastores llamado Kimki

Septiembre 6 y 7. — Jesús transitaba por la noche entre dos valles: lo veía hablar de vez en cuando con sus acompañantes; otras veces rezagarse, ponerse de rodillas y rezar, y a alcanzar a sus discípulos. La tarde del día siguiente he visto a Jesús llegar a un lugar de pastores con casas desparramadas. Había allí una escuela, aunque no tenían sacerdotes. Estos solían acudir de otro lugar muy distante. La escuela estaba cerrada. Jesús reunió a los pastores en la sala de una posada y les enseñó. Como estaba cercana la fiesta del Sábado, concurrieron por la tarde sacerdotes y fariseos, algunos procedentes de Nazaret. Jesús habló sobre el bautismo de Juan y la proximidad del Mesías. Los fariseos se mostraban contrarios a Jesús: referíanse a su humilde origen y trataban de desprestigiarlo. Jesús pasó allí la noche.

Septiembre 8. — El Sábado habló en parábolas: pidió una semilla de mostaza, y habiéndola obtenido, dijo que si tenían fe siquiera como un grano de mostaza podrían conseguir echar un peral en el mar. Había allí, en efecto, un gran peral cargado de frutas. Los fariseos se mofaban de estas enseñanzas, que juzgaban pueriles. Jesús explicó mejor sus palabras; pero he olvidado la explicación. También les habló del mayordomo infiel. El pueblo, en cambio, tanto aquí como en los contornos se maravillaba de Jesús, y decía como habían oído de sus antepasados, que hablaban de los profetas y sus doctrinas, pareciéndoles que Éste era como aquellos profetas en su modo de ser y y en sus enseñanzas; pero más bondadoso que los antiguos. Este lugar de pastores se llama Kimki. Desde aquí se veían las montañas de Nazaret: estaba como a dos horas de camino. Las casas están desparramadas; sólo en torno de la sinagoga hay un conjunto de viviendas. Jesús se albergó entre gente pobre. La dueña de casa estaba enferma, hidrópica. Jesús se compadeció de ella sanándola con sólo ponerle la mano sobre la cabeza y el estómago. Se encontró de pronto buena completamente y se puso a servir la mesa. Jesús le prohibió hablar de este prodigio hasta su vuelta del bautismo. Ella preguntó por qué no lo habría de contarlo por todas partes. Jesús le contestó: "Si hablas de ello, quedarás muda". En efecto, enmudeció hasta la vuelta de Jesús de su bautismo.

Faltarían, creo, unos 14 días para su bautismo, porque estando en Betulia o Jezrael habló de un término de tres semanas.

Septiembre 9. — Jesús enseñó aquí hasta el tercer día; los fariseos se le mostraban contrarios. Jesús habló de la proximidad de la venida del Mesías y les dijo: "Vosotros esperáis al Mesías en esplendor mundano; pero Él ya ha venido y apareció como pobre; Él traerá la verdad; recogerá más desprecios que alabanzas, pues Él ama la justicia. No os dejéis apartar de Él, para que no os perdáis como aquellos hijos de Noé que se burlaban de él mientras fabricaba el arca que debía salvarlos del diluvio universal". Luego habló sólo para sus discípulos: "No os apartéis de Mí como se apartó Lot de Abrahán, el cual buscando los mejores pastos se alejó hacia Sodoma y Gomorra; no miréis al esplendor del mundo, que será destruído por el fuego del cielo, para que no seáis convertidos en estatuas de sal. Permaneced conmigo en las adversidades, que Yo os ayudaré en todas las necesidades". Estas y otras cosas les dijo. Los fariseos se mostra-

ban cada vez más contrariados, y decían: "¿Qué les puede prometer Este a ellos, si no tiene nada Él mismo?... ¿No eres acaso Tú de Nazaret, hijo de María y de José?..." Jesús les dijo veladamente de Quién era Hijo Él, y cómo se sabría en su bautismo. Decíanle los fariseos: "¿Cómo puedes Tú hablar del Mesías aquí y en todas partes donde enseñaste, según nosotros lo hemos averiguado? ¿Crees, acaso, que nosotros hemos de creer que te despachas por el Mesías?..." Jesús se contentó con decir: "A esta pregunta no queda por ahora respuesta alguna, sino ésta: Sí, vosotros lo pensáis". Se promovió entonces un tumulto en la sinagoga; los fariseos apagaron las lámparas, y Jesús y los discípulos abandonaron el lugar y se dirigieron de noche por el camino real. Más tarde los he visto descansando bajo un árbol.

Lunes, Septiembre 10. — Al día siguiente por la mañana vi que mucha gente esperaba a Jesús en los caminos. No había estado con Él en el sitio anterior; en parte le habían precedido. He visto a Jesús apartarse con ellos del camino y hacia las tres de la tarde llegar a una pradera donde había algunas chozas de paja habitadas por pastores en ciertos tiempos del año. No he visto mujeres. Los pastores le salieron al encuentro. Seguramente sabían su próxima llegada por los que habían llegado antes. Mientras unos le salieron al encuentro, otros mataron y prepararon aves, hicieron fuego y dispusieron una comida en su honor. Esto sucedía en un vestíbulo abierto de la posada; adentro estaba el hogar separado del resto de la casa por una pared. Alrededor había asientos con respaldares cubiertos de verde. Llevaron a Jesús adentro, como también a sus acompañantes, que eran unos veinte y otros tantos pastores. Todos se lavaron los pies. Jesús tuvo una fuente aparte. Había pedido algo más de agua y les dijo que no la derramasen. Cuando se dispusieron para la comida vió Jesús que estaban algo cohibidos y les preguntó qué era lo que les preocupaba, y si no faltaban algunos. Le dijeron que estaban afligidos porque tenían a dos compañeros enfermos de lepra; dijeron que temían que por tratarse de enfermedad impura Jesús no quisiera acercarse y por esto ambos se habían escondido. Mandó entonces Jesús a sus discípulos que trajesen a los dos enfermos. Vinieron éstos dos envueltos de pies a cabeza en telas de modo que apenas podían andar, acompañado cada uno por dos compañeros. Jesús los amonestó y les dijo que su lepra no venía de dentro, sino de contagio exterior. Yo tuve entonces el conocimiento de que su lepra provenía no de su maldad y perversidad, sino sólo por seducción. Mandó que

se lavasen en el agua que le habían servido a Él, y al hacerlo así he visto que caían como escamas de sus cuerpos enfermos y sólo les quedaban algunas manchas rojas. Esa agua se derramó en un hoyo y se cubrió con tierra. Jesús mandó a esa gente que no dijese nada de lo acontecido hasta que Él volviese de su bautismo. Luego les habló de Juan y de la proximidad del Mesías. Preguntaron entonces, con toda sencillez, a quien debían seguir: a Juan o a Él, quién era el más grande. Él les explicó entonces que el más grande era aquél que más humildemente sirviese: aquél que más se humillase en amar, ése era el más grande. Los exhortó también a ir al bautismo de Juan. Les habló de las dificultades de su seguimiento y licenció a todos sus acompañantes, menos a los cinco discípulos. A los demás los citó en un lugar en el desierto, no lejos de Jericó, me parece en las cercanías de Ofra. Joaquín tuvo en estos lugares un campo de pastoreo. Una parte de esta gente lo abandonó definitivamente; otra parte fué al bautismo de Juan; y el resto se fué antes a su casa para prepararse a ir después al bautismo de Juan. Jesús y los cinco se dirigieron a Nazaret ya muy tarde, a sólo una hora de camino. No entraron en la ciudad: se acercaron por la puerta que daba al Este, donde pasaba el camino que lleva al mar de Galilea. Nazaret tenía cinco puertas; aquí estaba una de ellas, pequeña, a un cuarto de hora de la ciudad, en una altura empinada desde la cual pretendieron una vez precipitar a Jesús mismo. Al pie veíanse algunas chozas. Jesús les dijo que buscasen refugio en alguna de esas casitas, mientras Él pasaba la noche en otra. Todos recibieron agua para lavarse los pies, un trozo de pan para comer y lugar para descansar. Ana tenía una posesión en las cercanías de Nazaret, mirando al Oriente. He visto que los pastores pusieron pan sobre las cenizas, para cocerlo al rescoldo. Tenían un pozo de agua, pero no amurallado.

XIII

Jesús con el esenio Eliud
Misterios del Antiguo Testamento y la Encarnación

Septiembre 10. — El valle a través del cual anduvo Jesús durante la noche desde Kisloth-Tabor, se llama Aedrón, y el campo de los pastores con la sinagoga donde los fariseos de Nazaret se mofaron tanto de Jesús, se llama Kimki. Las personas a quienes habló Jesús cerca de Nazaret eran esenios, amigos de

la Sagrada Familia(*). Vivían en lugares acondicionados junto a ruinosos muros de la ciudad; habitaban hombres solteros y pocas mujeres, separadas de ellos. Cultivaban pequeñas ruertas; los hombres vestían largas túnicas blancas y las mujeres llevaban mantos. Habían vivido antes en el valle de Zabulón, junto al castillo de Herodes; pero por amistad a la Sagrada Familia se habían trasladado a estos lugares de Nazaret. El esenio junto al cual se hospedó Jesús, se llamaba Eliud, un anciano de larga barba y de aspecto muy venerable. Era viudo y lo atendía una hija. Era hijo de un hermano de Zacarías. Esta gente vivía en retiro: iba a la sinagoga de Nazaret, tenía amistad con la Sagrada Familia, y se le había encomendado el cuidado de la casita de Nazaret en ausencia de María. A la mañana siguiente se fueron los cinco discípulos de Jesús a Nazaret, visitando a sus parientes y a la escuela del lugar. Jesús permaneció entre tanto con Eliud, el esenio. Con este anciano se detuvo orando y conversando familiarmente. Muchos secretos divinos le habían sido revelados a este anciano de extrema sencillez.

En la casa de María estaban, además de ella, cuatro mujeres: su sobrina María Cleofás, la prima de Ana, la del templo, Juana Chusa, parienta de Simeón, María madre de Juan Marcos y la viuda Lea. La Verónica ya no estaba aquí, ni la mujer de Pedro, que había visto en el lugar de los publicanos. Por la mañana ví a María, con María de Cleofás, junto a Jesús. Jesús dió la mano a María, su madre. Su comportamiento con ella era lleno de amor, aunque aparecía serio y callado. María se manifestó muy preocupada por Jesús, y le dijo que no convenía ir a Nazaret, pues allí había mucha animosidad en su contra. Los fariseos de Nazaret, que habían estado en Kimki y le habían oído en la sinagoga, estaban muy enojados contra Él y habían predispuesto al pueblo. Jesús dijo a María que iba a dejar a sus acompañantes, hasta que fuera al bautismo de Juan y que Él solo iría a Nazaret. Dijo varias cosas más, puesto que María volvió en el día dos o tres veces junto a su Hijo. Le dijo también que Él iría tres veces a la Pascua a Jerusalén y que en la última sentiría ella gran aflicción. Le reveló otros secretos, que he olvidado en este momento. María de Cleofás era una mujer de hermoso porte y atrayente; habló con Jesús durante la mañana

(*) Desde el punto de vista religioso el pueblo judío estaba dividido en varias sectas: los Fariseos, los Saduceos, los Herodianos y los Esenios. Estos hacían una vida ascética, silenciosa y contemplativa; vivían en lugares retirados, algunos en perfecta continencia, otros temporalmente y otros casados.

de sus cinco hijos, rogándole los hiciera sus discípulos. Uno de ellos era escribiente, especie de juez de paz, llamado Simón; dos eran pescadores, Santiago el menor, y Judas Tadeo: éstos eran hijos de su primer marido Alfeo, el cual le había dado un hijastro llamado Mateo, de quien se lamentaba mucho por ser un publicano, recaudador de impuestos. De su segundo marido, Sabas, tenía un hijo llamado José Barsabas, pescador, y, por último, tenía otro hijo de su tercer marido, Jonás, pescador: este niño era Simeón. Jesús la consoló diciéndole que sus hijos vendrían con Él, y acerca de Mateo (que ya había estado con Jesús en el camino a Sidón) le dijo que también vendría y que sería uno de los mejores.

María entretanto partió de Nazaret hacia su morada de Cafarnaúm con algunas de sus amigas. Habían llegado de allá algunos criados con asnos para acompañarlas. Llevaron otros objetos que habían quedado en Nazaret la última vez: mantas y bultos con utensilios; todo se había acondicionado en canastos de mimbre y cargado en los asnos. La casita de María en Nazaret parecía durante esta ausencia una capilla bien adornada y el hogar semejaba un altar. Sobre él había un cajoncito y encima de éste un florero con siemprevivas. Durante la ausencia de María habitaban la casa algunos esenios.

Septiembre 11. — Durante el día estuvo Jesús en íntima conversación con el anciano Eliud. Éste preguntó a Jesús acerca de su misión y Él le declaró muchas cosas. Le dijo que era el Mesías y habló de toda la línea de su descendencia, aclarándole el misterio del Arca de la Alianza. Escuché cómo este misterio entró en el arca de Noé y cómo se perpetuó de generación en generación; cómo de tiempo en tiempo era sustraído y dado nuevamente. Le explicó que María, con su nacimiento, era el Arca misteriosa de la Alianza. Eliud consultaba a menudo sus rollos de la Escritura y señalaba trozos de los profetas, que Jesús le aclaraba mejor. Preguntó Eliud a Jesús por qué no había aparecido antes, y Jesús le explicó que Él no había podido nacer sino de una Virgen que hubiera sido concebida del modo que lo hubiesen sido los hombres, a no haber habido la culpa original, y que a nadie se había encontrado desde Adán y Eva tan puros para el caso como los esposos Joaquín y Ana. Jesús desarrolló esto y le mostró todos los impedimentos y dificultades que motivaron el retardo de su venida. En esta ocasión entendí muchos misterios que encerraba el Arca de la Alianza.

Cuando el Arca cayó en manos de los enemigos, los sacerdotes habían ya retirado el misterio de ella, como solían hacerlo en todo peligro. A pesar de esto era tan santa el Arca, que los enemigos eran castigados por su profanación, viéndose forzados a devolverla a los israelitas. He visto que una casta a la que había encomendado Moisés de manera especial el cuidado del Arca, subsistió hasta el rey Herodes. Cuando Jeremías, en la cautividad de Babilonia, escondió el Arca, con otras cosas sagradas, en el monte Sinaí, no se la volvió a encontrar; pero el misterio ya no estaba adentro. Más tarde se hizo un arca a semejanza de la primera, pero ya no contenía todo lo que antes había contenido. La vara de Aarón, como parte del misterio, estaba con los esenios del monte Horeb, y el sacramento de la bendición fué a estar de nuevo dentro, no recuerdo por ministerio de qué sacerdote(*).

En el estanque, después llamado de Bethesda, se conservaba el fuego sagrado. Muchas de estas cosas que Jesús revelaba a Eliud, parte yo las veía en imágenes y parte las oía de palabras; pero me es imposible reproducir todo lo que entonces entendí acerca de estos misterios. Jesús habló con Eliud explicando cómo Él tomó carne para hacerse hombre de aquel germen de bendición que Dios había dado a Adán y quitado de éste antes de caer en la culpa. Le dijo que ese germen de bendición debía haber pasado por muchas generaciones, para que todo Israel fuera participante de él, y que muchas veces este germen de bendición fué enturbiado y retenido por los pecados de los hombres. He visto estas cosas en la realidad y he visto cómo los patriarcas al morir daban realmente a sus primogénitos esta bendición misteriosa, de un modo sacramental, y entendí que el bocado y el sorbo del cáliz que el ángel dió a Abrahán cuando le prometió al hijo Isaac era figura del Santísimo Sacramento del Altar del Nuevo Testamento, y que esa fuerza recibida por Abrahán era en atención a la carne y sangre del futuro Mesías. He visto cómo la línea de descendencia de Jesús recibió este Sacramento para cooperar en la Encarnación de Cristo y que Jesús instituyó esta misma carne y sangre, recibida de sus

(*) Se trata del tabernáculo antiguo de Moisés y del Arca de la Alianza que se guardaban en el templo. Fueron escondidos por Jeremías en el monte Nebo y se volverán a encontrar en los últimos tiempos cuando se conviertan los judíos y se restablezca el reino mesiánico de que hablan los profetas. Véase I Macabeos II.

antepasados, en un más alto Sacramento y misterio para la unión del hombre con Dios(*).

XIV
Jesús habla con Eliud de Joaquín y de Ana

Septiembre 12. — Jesús habló mucho con Eliud de la santidad de Joaquín y de Ana y de la concepción sobrenatural de María bajo la Puerta Dorada de Jerusalén. Le declaró que Él no es nacido de José, sino que, según la carne, lo es de María Virgen, y que Ésta fué concebida de aquel germen puro que se le quitó a Adán antes de caer en la culpa, germen que llegó a través de Abrahán, de José en Egipto, y, por medio de éste, al Arca de la Alianza y desde allí a Joaquín y a Ana. Jesús le declaró que para salvar a los hombres había aparecido Él en toda la flaqueza propia del hombre, sintiendo y probando todo como hombre, y que sería elevado como la serpiente de Moisés en el desierto, sobre el monte Calvario, donde el cuerpo del primer hombre había sido sepultado. Le declaró lo que debía padecer y cómo serían de ingratos los hombres para con su Redentor. Eliud preguntaba con ánimo ingenuo y sencillo. Entendía estas cosas mejor que los apóstoles al principio y lo entendía todo más espiritualmente. Con todo, no podía comprender de qué modo se desarrollarían los hechos. Por eso preguntó a Jesús dónde estaría su reino, si en Jerusalén, en Jericó o en Engaddi. Jesús le contestó que donde Él estaba, estaba también su reino, y que, por lo demás, no tendría Él un reino exterior.

El anciano Eliud hablaba con Jesús con mucha sencillez y naturalidad y le contaba muchas cosas de María, como si Jesús no las supiera. Jesús le escuchaba con mucho amor. El viejo le hablaba también de Joaquín y de Ana, de su santa vida y de su muerte. Jesús añadió en esta ocasión que ninguna mujer hasta entonces había sido más pura que Ana, y que después de la muerte de Joaquín casó dos veces más por voluntad del cielo. Debía cumplir y llenar el número establecido de frutos de la bendición recibida. Cuando Eliud se refirió a la muerte de Ana,

(*) De este modo se puede decir que el Santísimo Sacramento existió en preparación desde el principio. Dios sacó de Adán no sólo la costilla de la que formó a Eva, sino otro elemento sacramental al cual dió su bendición y que fué la fuente de la Gracia para el pueblo antiguo y la preparación de la carne y la sangre de Jesucristo.

yo tuve una visión. He visto a Ana sobre un lecho algo levantado, como he visto después a María, en la parte posterior de su gran vivienda; la vi muy animada, conversando, como si no estuviese por morir. La vi bendecir a sus hijitas y a los demás que estaban en la parte anterior de la casa. María hallábase a la cabecera del lecho y Jesús a los pies. He visto cómo bendecía a su hija María y pedía la bendición de Jesús, que ya era un hombre y tenía una barba incipiente. La he visto después hablando alegremente. La he visto mirar a lo alto: se puso blanca como la nieve y aparecieron algunas gotas como perlas sobre su frente. Entonces no pude contenerme y exclamé: "¡Se muere, se muere...!" y en mi angustia pretendí tomarla en mis brazos. Parecióme que ella se venía a mis brazos, y al salir de mi éxtasis creía tenerla aún en mis brazos.

Eliud contó aún muchas cosas de la juventud de María en el templo. Vi todo esto en cuadros y en figuras. Supe que su maestra Noemí era parienta de Lázaro; esta mujer, de unos cincuenta años, y todas las demás que estaban en el templo, eran esenias. María aprendió de ella a bordar y a tejer; desde niña iba siempre con Noemí cuando ésta purificaba los vasos de la sangre del sacrificio y recibía parte de la carne de los sacrificios, que luego partía y preparaba para las que servían en el templo y para los sacerdotes; pues éstos recibían su parte de alimento de los sacrificios. Más tarde he visto a María ayudar en todos estos menesteres. He visto que Zacarías, cuando estaba de turno en el templo, visitaba a la niña María, y que Simeón la conocía. De este modo yo veía el andar y servir de María en el templo a medida que Eliud se lo contaba a Jesús. Hablaron también de la concepción de Jesús y Eliud contó la visita de María a Isabel, y dijo que María había hallado un pozo, el cual pude ver yo también. En efecto, María con Isabel, Zacarías y José fueron a una pequeña posesión de Zacarías, donde faltaba el agua. María se alejó sola delante del jardín con una varita, y rezó; al tocar la tierra con la vara brotó un hilo de agua, que luego engrosó, rodeando una pequeña colina. Zacarías y José acudieron al lugar, removieron la colinita con la pala, el agua brotó en mayor caudal y se encontraron con una fuente y pozo de agua excelente. Zacarías vivía al Mediodía de Jerusalén, a unas cinco horas de camino hacia el Oriente.

En estas y semejantes conversaciones estuvieron Jesús y Eliud, y éste honraba a Jesús gozosa y sencillamente, pero sólo como un hombre elegido y extraordinario. Una hija de Eliud

vivía en una gruta del lugar, alejada de allí. Los esenios que vivían en esta montaña, eran unos veinte: las mujeres vivían separadas, de cinco a seis, agrupadas entre sí. Todos veneraban a Eliud como a su jefe y se reunían todos los días con él para la oración. Jesús comió con él pan, frutas, miel y pescado, todo en pequeña cantidad. Los esenios se ocupaban en el trabajo de la huerta y el tejido. La montaña que habitaban era la punta más alta del conjunto donde Nazaret estaba edificada, aunque estaba todavía separada de la ciudad por un valle. Del otro lado había una pendiente, llena de verdor y de viñedos. En el fondo de la pendiente, adonde pretendieron los fariseos precipitar a Jesús, había una cantidad de desperdicios, huesos y basura. La casa de María estaba delante en la ciudad, sobre una colinita, de modo que una parte entraba como gruta en la misma colina. Con todo, se veía la casa sobresalir de la colina, en la cual se veían otras casitas desparramadas. María y las santas mujeres, en compañía de Colaya, hijo de Lea, llegaron a su vivienda en el valle de Cafarnaúm. Las amigas le salieron al encuentro. La casa de María en Cafarnaúm pertenecía a un hombre llamado Leví, que vivía no lejos de allí en una gran casa. Por medio de la familia de Pedro fué alquilada y dejada a la Sagrada Familia, pues Pedro y Andrés ya conocían a la Sagrada Familia por la fama y por Juan Bautista, cuyos discípulos eran. La casa tenía otras dependencias, donde discípulos y parientes podían ser alojados; por esto parecía que la habían elegido.

Hacia la tarde salió Jesús de la habitación de Eliud y, acompañado por él, se fué a Nazaret. Delante de los muros de la ciudad donde José tuvo su taller, vivían varias personas pobres y buenas, conocidas de José, con hijos que habían sido compañeros de infancia de Jesús. Dieron a los viajeros pan y agua fresca, pues Nazaret tenía agua verdaderamente buena. He visto a Jesús sentado en medio de esta gente, en el suelo, mientras los exhortaba a ir al bautismo de Juan. Esta gente se porta con Jesús con cierta reserva, pues lo conocían como a uno de ellos, y ahora lo veían respetado por el anciano Eliud, a quien todos honraban pidiéndole consejo y dirección. Ellos sabían que el Mesías debía venir, pero no podían concebir que pudiera serlo uno que había vivido en medio de ellos.

XV

Nuevas conversaciones de Eliud con Jesús

Septiembre 13. — Caminaba Jesús con Eliud desde Nazaret hacia el Mediodía por el camino de Jerusalén que pasa por el valle de Esdrelón. Cuando hubieron pasado el riacho Kisón, después de dos horas, llegaron a un lugarcito formado por una sinagoga, una posada y pocas viviendas. Es una avanzada de la cercana ciudad de Endor, y no lejos de aquí hay un pozo famoso. Jesús entró en la posada; la gente se mostró fría con Él, aunque no enemiga. Tampoco Eliud les merecía mucho respeto, pues eran aquí más farisaicos. Jesús dijo al jefe de la sinagoga que deseaba enseñar, y le replicaron que no era costumbre permitirlo a los forasteros. Él declaró que tenía la misión de hacerlo, y entrando en la escuela, habló del Mesías: que su reino no era de este mundo y que no aparecería con brillo exterior; luego habló del bautismo de Juan. Los sacerdotes del lugar no le eran favorables. Jesús hizo traer algunos rollos de la Escritura y les aclaró varios pasajes de los profetas.

De manera particular me conmovía ver el modo tan confiado y familiar de hablar de Jesús con Eliud, y cómo éste creía en la misión de Jesús y su venida sobrenatural; pero, al parecer, no podía tener una idea de que Jesús era Dios. Contaba a Jesús, con toda naturalidad, mientras paseaban juntos, muchos episodios de la infancia del mismo Jesús, lo que Ana, la del templo, le contó y lo que sabía ella de las cosas contadas por María después de su vuelta de Egipto, ya que varias veces la había visitado en Jerusalén. Jesús, a su vez, le contó otras cosas que el anciano ignoraba, todo esto con profundas reflexiones. Esta conversación fué llevada de modo muy natural y conmovedor, como hablaría un anciano venerable con un joven amigo íntimo de confianza. Mientras Eliud contaba estas cosas yo las veía en cuadros y me alegraba muy de veras al comprobar que eran las mismas que había visto y oído en otras ocasiones, excepto lo que a veces había olvidado en parte. Jesús habló también a Eliud de su viaje al bautismo de Juan. Éste había reunido a mucha gente, citándola al lugar de Ofra. Pero Jesús le dijo que pensaba ir allá solo, atravesando Betania, pues deseaba hablar con Lázaro antes. En esta ocasión mencionó a Lázaro con otro nombre, que ya he olvidado, y habló del padre de Lázaro y del cargo que había tenido en una guerra. Dijo que Lázaro y su

gente eran ricos y que ofrecerían todo su haber para la obra de la redención. Lázaro tenía tres hermanas: la mayor, Marta, y la menor, Magdalena, y otra mediana, que también se llamaba María. Esta última vivía retirada, escondida en casa, porque era tenida por idiota: llamábanla María la Silenciosa. Jesús dijo a Eliud que Marta era buena y piadosa y que le seguiría con su hermano Lázaro. De María la Silenciosa dijo que tenía un gran espíritu y gran entendimiento para las cosas de Dios; que para su bien se le había quitado el entendimiento de las cosas del mundo; que ella no es para el mundo, que tiene vida interior y no comete pecado. "Cuando hable con ella, entenderá aún los grandes misterios. Ella no vivirá mucho tiempo más, después que Lázaro y los demás me sigan y dejen todas sus cosas para la comunidad". Añadió que la menor andaba perdida ahora, pero que volvería y sería más que la misma Marta.

Septiembre 14. — Eliud habló también del bautismo de Juan, aunque él no estaba aún bautizado. Pernoctaron en la posada junto a la sinagoga, desde donde muy temprano al día siguiente partieron marchando a lo largo del monte Hermón hacia la ciudad de Endor. Desde el albergue se veían restos de muros tan anchos que hubieran podido pasar carros por encima; la misma ciudad estaba llena de ruinas, rodeada de huertas y jardines. A un lado se veían aún palacios y lindas casas, y el otro aparecía arruinado como por una guerra. Me parecía que habitaba aquí una casta especial de israelitas, separados de los demás por sus costumbres. No había sinagoga. Jesús se dirigió con Eliud a un lugar muy extenso, con tres hileras de edificios y muchas piezas en torno a un estanque; había allí un espacio lleno de verdor; en el lago, pequeñas canoas para baños y se veía una bomba de agua. Parecía el conjunto un balneario para enfermos y las cámaras estaban ocupadas por ellos.

Jesús entró con Eliud en una de esas cámaras, donde les lavaron los pies y les sirvieron. Enseñó en un espacio abierto, más levantado. Las mujeres que habitaban otras cámaras se situaron detrás de Él. Esta gente no eran del todo israelitas, sino una especie de esclavos que debían trabajar y pagar cierto tributo de los frutos de sus cosechas. Me parece que habían quedado allí después de una guerra y creo que su jefe, Sísara, fué batido no lejos y muerto por mano de una mujer. Fueron dispersados como esclavos por todo el país y aquí habían quedado unos cuatrocientos, teniendo que ocuparse en trabajar piedras para el templo, bajo David y Salomón. Solían usarlos en el templo y

en otras construcciones. El difunto rey Herodes los había empleado también para construir un acueducto muy largo, que iba hacia el monte Sión. Estaban muy unidos entre si: eran caritativos, llevaban largas vestiduras con fajas y gorras en punta que les cubrían las orejas y parecían trajeados como ermitaños. No solían comunicarse con los demás judíos, y aunque podían mandar sus hijos a la escuela común, no lo hacían, porque eran tan vejados, que preferían abstenerse. Jesús les tuvo mucha compasión y les dijo que le trajesen a los enfermos. Estaban sobre especies de camas, como mi sillón (pensé en él), porque debajo de los brazos de esos sillones había maderas, de modo que bajando los brazos quedaban convertidos en lechos.

Cuando Jesús les habló del bautismo y del Mesías, exhortándolos a ir allá, replicaron, muy confundidos, que ellos no se atrevían a participar, porque no tenían derechos y eran despreciados por los demás. Entonces les habló en una parábola del injusto mayordomo. Tuve entonces cabal entendimiento de la misma, que me preocupó todo el día y luego olvidé la explicación. Espero recibirla de nuevo. También les contó la parábola del hijo enviado a la viña, que solía repetir cuando hablaba a los gentiles despreciados por los judíos. Cuando prepararon una comida en honor de Jesús, bajo el cielo abierto, Jesús hizo llamar a los enfermos y pobres, y con Eliud les servía los manjares de la mesa. Al ver esto, se mostraron muy conmovidos. Por la tarde volvió Jesús con Eliud a la sinagoga, celebraron el Sábado y pernoctaron.

Al día siguiente siguió Jesús con Eliud hacia Endor que distaba solo el camino de un Sábado desde el albergue que habían tomado, y enseñó allí. Los pobladores eran cananitas, creo que de Siquem, pues oí el nombre de siquemitas. En una galería subterránea tenían oculto un ídolo, que por un ingenioso mecanismo salía afuera para ser visto sobre un altar adornado. Podían hacerlo desaparecer de pronto al solo contacto de un resorte. Este ídolo, que provenía de Egipto, se llamaba Astarté, que yo ayer había oído como Ester. La figura del ídolo tenía cara redonda como luna; los brazos delante, y presentaba la figura de algo largo, envuelto como una muñeca o crisálida de mariposa, en el medio ancha y en los extremos angosta, como un pez. En la espalda tenía una prominencia sobre el cual había una especie de cuba que sobresalía de la cabeza; dentro del recipiente se veía algo verde, como espigas con hojas verdes y frutas. Los pies, hasta la mitad del cuerpo, estaban en una tina

y en torno había floreros con plantas vivas. A pesar de que tenían a este ídolo oculto, Jesús los reprendió en su discurso. Antiguamente habían ofrecido y sacrificado a niños deformes. Pertenecía al ídolo Adonis, que venía a ser como el marido de esta diosa. El pueblo había sido vendido en tiempo de su jefe Sísara y dispersado entre los israelitas como esclavos: por eso eran despreciados y tenidos en menos. Habían promovido, no mucho antes de Cristo, bajo Herodes, tumultos y por eso fueron más oprimidos. Por la tarde volvió Jesús de nuevo con Eliud a la sinagoga, para concluir el Sábado. Los judíos habían visto con malos ojos la visita de Jesús a Endor; pero Él les reprendió severamente su dureza para con esta gente oprimida, los exhortó a tratarla con consideración y a dejarla ir al bautismo de Juan, ya que se habían decidido ir después de la exhortación de Jesús. Al finalizar esta enseñanza se mostraron más benévolos con Jesús.

Volvió Jesús con Eliud a Nazaret y los he visto en camino hacia la ciudad en amena conversación, como otras veces; a veces se detenían. Eliud contaba muchas cosas de la huída a Egipto y yo veía todas estas cosas en figuras. Llegó la conversación al punto de si serían también los egipcios llamados a la salud, ya que habían sido conmovidos con su presencia cuando huyó. En esta ocasión vi que el viaje de Jesús, después de la resurrección de Lázaro, a las tierras paganas de Asia y Egipto, que yo había visto en visión, no había sido fantasía mía, porque Jesús dijo que en todas partes donde había sido sembrado habría Él de recoger los sarmientos. Eliud habló también del sacrificio de Melquisedec, de pan y de vino, y preguntó ingenuamente si Jesús era como Melquisedec, ya que no podía formarse idea cabal de la personalidad de su compañero. Jesús le contestó: “No; aquél debía preparar mi sacrificio; Yo, empero, seré el Sacrificio mismo”.

En esta conversación oí también que Noemí, la maestra de María en el templo, era tía de Lázaro, hermana de la madre de Lázaro. El padre de Lázaro había sido hijo de un príncipe sirio; había servido en la guerra y recibido en premio vastas posesiones. Su mujer había sido una distinguida judía de la familia sacerdotal de Aarón de Jerusalén, emparentada con Ana por medio de Manasés. Tenían tres castillos: uno en Betania, otro en Herodión y un tercero en Mágdala, en el mar de Tiberíades, no lejos de Gabara. Se habló del escándalo que daba María Magdalena y del dolor que causaba a su familia. Jesús se hospe-

dó con Eliud en una casa donde se encontraron con los cinco discípulos, otros esenios y varias personas que pensaban ir al bautismo de Juan. Se reunieron allí otros publicanos de Nazaret, que querían ir al bautismo de Juan. Algunos grupos habían partido en esa dirección.

XVI
Jesús en Nazaret

Septiembre 16. — Jesús enseñó nuevamente por la mañana. Acudieron dos fariseos de Nazaret, los cuales lo invitaron familiarmente a acompañarlos a la escuela de Nazaret, ya que habían aprendido tantas cosas de Él, rogándole les explicara acerca de los profetas y sus palabras. Jesús los siguió hasta la casa de un fariseo, donde estaban reunidos muchos otros. Llevaba consigo a sus cinco discípulos. Los fariseos se mostraron amigos y Él les habló en tan bellas parábolas, que ellos manifestaron gran alegría y le llevaron a su sinagoga, donde había mucha gente. Él les habló de Moisés y les explicó muchas palabras de los profetas sobre el Mesías. Pero cuando les dió a entender que Él era ese Mesías, se escandalizaron. Con todo le prepararon comida y pasó la noche con sus discípulos en un albergue cerca de la sinagoga. Al día siguiente enseñó a un grupo de publicanos que iban al bautismo de Juan y les expuso la parábola del grano de trigo que debe ser enterrado. Volvieron a escandalizarse los fariseos y comenzaron a referirse al hijo del carpintero José. Le echaron en cara su compañía con publicanos y pecadores, y Él les respondió severamente. Le hablaron también de los esenios, diciendo que eran unos hipócritas que no vivían según la ley. Jesús les replicó que seguían mejor la ley que los fariseos, añadiendo que hipócritas más bien podían ser llamados los fariseos. Originóse la conversación sobre los esenios, porque Jesús bendecía a los niños, y era costumbre de los esenios bendecir las cosas y personas. Cuando Jesús salía o entraba en las sinagogas acudían las mujeres presentándoles sus criaturas para que las bendijera. Los niños permanecían quietos y sosegados cuando los bendecía, aunque lloraban antes desaforadamente. Las madres le pedían que bendijera a sus hijos y observaban si se mostraba orgulloso al ver cómo se callaban. Traían algunas criaturas, que sufrían espasmos, y no podían tranquilizarse, y apenas los bendecía se aquietaban. He visto que salía de algunos

de ellos como una niebla oscura. Jesús les ponía las manos sobre la cabeza y los bendecía, al modo de los patriarcas, con tres líneas, desde la cabeza y de ambos hombros hasta el corazón, donde convergían las líneas. A las niñas las bendecía sin poner las manos sobre ellas: les hacía una señal sobre la boca. Yo pensaba que era para que no hablasen tanto, pero creo que debía encerrar algún misterio. Pernoctó con sus discípulos en casa de un fariseo.

XVII
Jesús confunde a los sabios de Nazaret

Septiembre 18. — A los cinco discípulos se han añadido cuatro parientes o amigos de la Sagrada Familia. Uno de ellos era descendiente de Rut, que habíase casado con Booz en Belén. Había en Nazaret tres jóvenes de familias ricas, conocidos de Jesús, delicados y bien educados. Los padres, que habían oído la predicación de Jesús, convencidos de su sabiduría, persuadieron a sus hijos que hicieran una tentativa con Jesús; que le ofrecieran dinero para que Él los recibiese en su compañía, pudiesen oirle y aprender su ciencia. Estos padres estimaban mucho a sus hijos y pensaban que Jesús no tendría reparos en recibirlos como ayo e instructor de sus hijos. Los jóvenes acudieron hoy a la sinagoga. Por medio de los fariseos y por estos mismos jóvenes concurrió a la escuela cuanto de distinguido o sabio había en Nazaret para presenciar una prueba de la sabiduría de Jesús. Se encontraba entre ellos un letrado de la ley y un médico. Este era un hombre corpulento, de anchas espaldas y larga barba; llevaba una faja con señales en el vestido, a la altura de los hombros.

Jesús entró y lo vi bendiciendo a los niños que le traían las madres: había entre éstos algunos leprosos, que Él curó. Cuando predicaba, los sabios le interrumpían, intentando envolverle en sus preguntas y cuestiones. Pero a todos los fué confundiendo con sus respuestas y aclaraciones. Las afirmaciones del letrado las contestó con citas de Moisés, y cuando se trató del divorcio, fué decisivo. Si el hombre no puede vivir con su mujer, o viceversa, pueden separarse, pero permanecen un solo cuerpo y no pueden casarse de nuevo mientras viva uno de los dos. Esta doctrina no gustó a los fariseos ni a los judíos en general. El médico preguntó si Jesús sabía quién era de natu-

raleza húmeda o seca, bajo qué constelación ha nacido cada uno, qué clases de yerbas habría que dar a uno y a otro según su temperatura, y cómo estaba constituído el cuerpo humano. Jesús les respondió con gran sabiduría: habló de las diversas complexiones de los presentes, de sus enfermedades y remedios, y se refirió a la composición del cuerpo humano en términos totalmente desconocidos por el flamante médico. Habló del alma y cómo obra sobre el cuerpo; trató de las enfermedades que sólo pueden curarse con la oración y la mejora de la vida, y de otras que se curan con los remedios humanos de yerbas y medicamentos. Todo esto lo trató con tanta profundidad y tanta gracia que el médico se declaró vencido, confesando que lo oído excedía en mucho a sus conocimientos. Me parece hasta que desea seguir a Jesucristo. Él describió al médico todo el cuerpo humano: sus miembros, músculos, venas, nervios y entrañas; su importancia y sus propiedades, con tanta precisión y al mismo tiempo tanta brevedad, que el pretendido sabio quedó completamente humillado y admirado. Hallábase presente un astrólogo, y Jesús comenzó a hablar del camino de las estrellas, de cómo un astro influía sobre otro, y de cómo los diversos astros ejercen distintas influencias. Refirióse a los cometas y a las señales del cielo. Habló también con un arquitecto sobre edificación y le dijo cosas muy significativas del tema. Al tratar del comercio y del intercambio con países extranjeros, dijo cosas severas acerca de las vanidades, modas y lujos provenientes de Atenas. Se habían introducido ciertos juegos y artes de magia en el país por medio de estos extranjeros, que habían pasado también por Nazaret y otros pueblos vecinos. Añadió que ciertas artes malas son imperdonables, porque no se tienen por malas y no se pide perdón ni se hace penitencia por ellas.

Todos quedaron altamente maravillados de su sabiduría y comenzaron a decirle que se quedara entre ellos, que le iban a edificar una casa y le proveerían todo lo necesario. Le preguntaron por qué se había establecido con su madre en Cafarnaúm. Él les contestó sencillamente que no pensaba permanecer allí, hablándoles de su misión y de su destino; que, además, habíase establecido en Cafarnaúm porque deseaba estar en el centro del país. Ellos no comprendieron la referencia a su misión, y se ofendían porque no quisiera quedarse. Creían haberle ofrecido una posición muy ventajosa y que rehusaba por orgullo y presunción. Al atardecer dejaron el local de la escuela.

Septiembre 19. — Los tres jóvenes, que eran de unos veinte años, pidieron tratar con Jesús en particular, pero Él no los quiso recibir hasta que llegasen los nueve discípulos que le habían seguido: esta negativa los entristeció. Jesús dijo que procedía así para que fuesen testigos de lo que iba a hablar con esos jóvenes. Ellos entonces, con todo comedimiento, le dijeron cual era la voluntad de sus padres, que deseaban ser sus discípulos, que sus padres le darían dinero para los viajes, que ellos querían acompañarle y ayudarle en todas sus obras. Jesús se entristeció al tener que darles una negativa, ya por sí mismos, ya por causa de los discípulos, pues debía exponer motivos que ellos no podían comprender aún. Les dijo que quien ofrece dinero quiere sacar ganancia de ese mismo dinero, y que, en cambio, quien quisiere seguirle a Él debía renunciar a toda conveniencia humana. Más aún: el que quisiere seguirle debía renunciar hasta a sus parientes y amigos. Añadió que sus discípulos no buscaban ni pretendían conveniencias de casamientos. Les dijo cosas tan serias que aquellos quedaron muy abatidos. Atinaron a decir que también los esenios en parte vivían casados. Jesús les respondió que los esenios hacían bien siguiendo sus leyes, y que, por lo demás, ellos preparaban el camino para cosas que Él estaba por establecer con mayor perfección. Los despidió recomendándoles que meditasen lo que les convenía hacer. Los discípulos se asustaron por sus palabras, pareciéndoles una doctrina muy severa: no lo podían entender y decayeron de ánimo.

Jesús anduvo con ellos por las afueras de Nazaret; se dirigió a casa de Eliud y durante el camino les dijo que no desmayasen ni se desalentasen; que las causas por las cuales habló así a aquellos jóvenes eran secretas, y que alguno le seguiría más tarde y otros nunca; que ellos le siguiesen sin preocuparse.

Se ha suscitado un gran tumulto en Nazaret. No pueden perdonarle que no se haya querido quedar entre ellos, y dicen que todo lo que sabe lo ha aprendido yendo de un lado a otro. Añadían: "Es cierto que es diestro en responder y en enseñar, pero es demasiada soberbia para el pobre hijo de un carpintero". He visto regresar a sus casas a los tres jóvenes. Los padres interpretaron muy mal las dificultades que Jesús les puso, y los jóvenes pensaban lo mismo: de modo que todo el mundo estaba allí en contra de Jesús. Con todo, los tres jóvenes volvieron al día siguiente y prometieron a Jesús obedecerle y servirle. Jesús los despidió nuevamente y se entristeció de que no pudiesen comprender el motivo de su negativa. Luego hablo con sus nueve

discípulos, que le siguieron algún trecho, según les había dicho, para dirigirse luego al bautismo de Juan. Respecto de los jóvenes agregó que ellos pensaban sacar algún provecho, pero que no estaban dispuestos a dejarlo todo por amor; que los discípulos lo dejaban todo y recibirían, en cambio, mucho más. Díjoles cosas muy profundas sobre el bautismo de Juan, y les ordenó ir a Cafarnaúm, a anunciar a su madre que Él se dirigía al bautismo de Juan, que hablasen con los discípulos Juan, Pedro y Andrés, para ir al bautismo y que avisasen al Precursor que Él también se ponía en camino para ser bautizado.

XVIII

Una leprosería en el río Kisón

Septiembre 19 y 20. — He visto a Jesús caminando de noche con Eliud en dirección del Mediodía y Occidente. No hacían un camino directo, porque Jesús quería ir a Chim, lugar de leprosos. Llegaron al amanecer, y he visto que Eliud quería impedir que Jesús entrase para que no contrajese impureza legal: que no lo dejarían ir al bautismo si se llegaba a conocer su proceder. Jesús le contestó que debía cumplir su misión: que quería entrar porque había allí un hombre bueno que deseaba verlo. Para llegar debían pasar el río Kisón, porque el lugar estaba en un lago que recibía las aguas del Kisón donde se purificaban los leprosos. Esa agua no volvía al río Kisón. El lugar estaba completamente aislado y nadie llegaba hasta allí. Los leprosos vivían en chozas aisladas. Fuera de la gente que les servía nadie más vivía allí. Eliud se mantuvo lejos y esperó a Jesús, que entró en una choza aislada donde yacía un hombre enfermo en el suelo envuelto en lienzos. Jesús habló con él. Era un hombre bueno y no recuerdo por qué causa contrajo la enfermedad. Se incorporó, sumamente conmovido al ver que Jesús había querido visitarlo. Jesús le mandó que se levantase y se bañase en un recipiente que había junto a su casita. El hombre obedeció y Jesús puso sus manos sobre las aguas. De pronto el hombre se encontró sano y flexible, se vistió con otras ropas, y Jesús le mandó que no hablase de su curación hasta que Él volviera de su bautismo. Este hombre acompañó luego a Jesús y a Eliud un trecho de camino, hasta que Jesús le mandó que regresara.

Más tarde vi a Jesús y a Eliud caminando por el valle de Esdrelón hacia el Mediodía. A menudo hablaban entre si; otras

veces andaban aislados, como ocupados en la meditación y en la oración. El tiempo no es bueno: con frecuencia hay nieblas en estos valles y el cielo está nublado. Jesús no usa bastón; nunca lo llevó; los demás llevaban bastón curvado al uso de los pastores. Jesús calzaba sólo unas suelas, mientras otros llevaban un calzado más completo hecho de cortezas de árbol o entretejidos. Una vez, al mediodía, los vi descansando junto a una fuente, comiendo trozos de pan.

XIX

Jesús se transfigura delante de Eliud

Septiembre 20 y 21. — De noche he vuelto a verlos caminando. He visto luego una hermosa escena: mientras Jesús caminaba delante de Eliud, este comenzó a maravillarse de la corrección de sus modales y de la perfección de su cuerpo. Jesús le dijo: "Si vieras, dentro de pocos años, este cuerpo, no hallarías en él nada de hermoso: de tal manera lo pondrán los hombres y lo maltratarán". Eliud no podía entender esto. No podía imaginar cómo Jesús en tan corto tiempo pudiese constituir su reino, pues creyendo siempre en un reino temporal, pensaba que no podía hacerlo sino en diez o veinte años, hasta darle forma y consistencia. Mientras caminaban, dijo Jesús a Eliud, que marchaba pensativo detrás de Él, que se acercara, pues quería mostrarle lo que Él era en realidad, lo que era su cuerpo y cómo sería su reino. Eliud estaba a pocos pasos de Jesús. Jesús miró a los cielos, orando. De pronto descendió una nube que envolvió a los dos en un torbellino. Desde fuera no se los podía ver. Sobre sus cabezas se abrió el cielo y parecía descender hasta ellos la luz. Vi arriba una ciudad de luminosas murallas, que era la Jerusalén celestial. El interior de esta aparición estaba rodeado de un esplendor semejante al arco iris; adentro vi un rostro, como de Dios Padre, y a Jesús con Él, en una comunicación de luz y de esplendor. Jesús estaba resplandeciente y transparente. Eliud estuvo al principio admirado, mirando hacia arriba; luego se echó sobre su rostro, hasta que la luz y la visión se fueron perdiendo. Jesús siguió su camino y Eliud permaneció silencioso, maravillado de lo que había contemplado. Fué un cuadro como el de la transfiguración; pero Jesús no se elevó.

Creo que Eliud no sobrevivió hasta la crucifixión de Jesús. Jesús se mostraba más familiar con él que con los mismos

apóstoles, pues el anciano estaba muy iluminado en las cosas del cielo y en los secretos de la Sagrada Familia. Eliud honraba a Jesús como a un compañero y amigo: dióle todo lo que podía dar e hizo mucho por la comunidad de Jesús. Era uno de los esenios más instruídos(*). Los esenios, en los tiempos de Jesús, ya casi no vivían desparramados en los montes, sino más bien en torno de las ciudades. Esta aparición y transfiguración tuvo lugar de noche, cerca de las once. A la mañana siguiente vi a Jesús y a Eliud llegando a un campo de pastores. Amanecía y los pastores, ya con sus rebaños, salieron al encuentro de Jesús, a quien conocían, se postraron delante de Él, y llevaron a ambos a la choza donde tenían sus aperos. Allí les lavaron los pies, les prepararon un sitio para descanso y les pusieron delante panes y copas; asaron unas palomitas que tenían nidos en las mismas chozas y que andaban por todas partes familiarmente como las gallinas. Después he visto que Jesús despachó a Eliud, bendiciendo antes al anciano, que estaba de rodillas. Los pastores estuvieron presentes en esta escena. Le dijo que a él le convenía cerrar sus días en paz y tranquilidad, pues su misión era muy pesada e imposible que le pudiese seguir. Le dijo que lo consideraba de su comunidad, ya que había hecho su parte en la viña del Señor, y que recibiría el premio en su reino. Declaró esto con la parábola de los trabajadores en la viña. Eliud estaba muy serio y silencioso desde la aparición de la noche. Creo que fué más tarde bautizado por los apóstoles. Eliud acompañó todavía a Jesús un trecho de camino desde este lugar de los pastores; finalmente Jesús lo abrazó y se despidieron con varonil emoción.

Se puede ver desde aquí el lugar adonde se dirige Jesús para pasar el Sábado. En un tiempo lo habitaron parientes de Jesús. El lugar hacia donde se encamina ahora el Salvador solo se llama Gur y está sobre una altura. Un hermano de José, que luego se retiró a Zabulón, muy relacionado con la Sagrada Familia, estuvo habitando aquí. Jesús entró inadvertido en una posada, donde le lavaron los pies y le dieron alimentos. Tenía una pieza para Él solo; se hizo traer un rollo de la sinagoga y oró, leyendo unas veces de pie, otras hincado, mirando hacia arriba, en un sitio apartado. No fué a la escuela. He visto que algunos intentaban hablar con Él, pero los despidió.

(*) Eliud aparece como una personificación del espíritu de santidad que podía producir la ley antigua para las almas elegidas que, iluminadas y perfeccionadas por la venida del Mesías, debían dar testimonio de la nueva ley de gracia

He visto llegar a Cafarnaúm a los cinco discípulos más íntimos que Jesús había despachado. Hablaron con María y dos se dirigieron a Betsaida para buscar a Pedro y Andrés. Santiago el Menor, Simón, Tadeo, Juan y Santiago el Mayor estaban también allí. Los discípulos contaban muchas cosas de la mansedumbre, bondad y sabiduría de Jesús. Los demás hablaban elogiosamente de Juan, de su austeridad y de su enseñanza, añadiendo que jamás habían oído a otro semejante expositor de los profetas y de la Ley. El mismo Juan hablaba entusiasmado del Bautista, aunque ya conocía a Jesús, pues sus padres habían vivido a pocas horas de Nazaret y Jesús le amaba desde niño. Celebraron aquí el Sábado. Algunos días después he visto a los nueve discípulos guiados por los antes nombrados, camino de Tiberíades, desde donde se dirigieron, a través de Ephron y el desierto de Jericó, adonde estaba Juan Bautista. Pedro y Andrés hablaban con mayor entusiasmo del Bautista: que era de estirpe sacerdotal; que fué instruído por esenios en el desierto; que era tan severo como sabio y no podía tolerar desorden alguno. Los discípulos, en cambio, encomiaban la mansedumbre y sabiduría de Jesús. Otros alegaban que por su indulgencia se promovían desórdenes y daban algunos ejemplos. Decían que también Él había sido instruído por los esenios, cuando había viajado. A Juan no le oí hablar en este viaje. No iban siempre juntos: a veces un trecho o durante algunas horas. Yo pensaba: "Los hombres eran entonces como son ahora".

XX

Jesús en Gofna

Septiembre 22. — El sitio llamado Gur, donde Jesús oró solitariamente en la posada, no estaba lejos de la ciudad de Mageddo y lugar del mismo nombre. Yo había visto que hacia el fin de los tiempos habría una gran batalla en este lugar contra el Anticristo. Jesús se levantó al amanecer, arrolló su lecho, se ciñó la faja, dejó una moneda y salió. Atravesó varios pueblitos y no trató con la gente, ni entró en población alguna: caminaba junto al monte Garizim, en Samaría, a su izquierda. Se dirigía al Mediodía. De vez en cuando se alimentaba de cerezas y otras frutas, y con el hueco de la mano o con alguna hoja bebía agua de la fuente. Por la tarde llegó a una ciudad, en las montañas de Efraín, llamada Gofna, situada sobre un terreno

irregular, bajo y alto, con muchos jardines y granjas. Vivían aquí algunos parientes de Joaquín que no habían tenido mayores relaciones con la Sagrada Familia. Jesús se hospedó en una posada, donde le lavaron los pies y le dieron una refección. Luego llegaron algunos parientes acompañados de los principales fariseos y lo llevaron a una de las mejores casas. La ciudad era de cierta importancia y tenía la sede de una circunscripción de pueblos. El pariente de Jesús era empleado y se ocupaba de escrituras. Creo que la ciudad pertenece a Samaría. Se trató a Jesús con respeto. Tomaron una refección mientras caminaban bajo una especie de glorieta. Jesús pasó aquí la noche. Desde Jerusalén hasta aquí había un día de camino. Un riachuelo surcaba el paraje. Cuando María y José perdieron al Niño en el templo, habían llegado a este lugar: creían que Jesús pudo haberse adelantado para llegar a casa de estos parientes puesto que lo perdieron de vista en Michmas. María temía hasta que hubiera podido caerse al agua.

Jesús pidió algunos rollos de los profetas y enseñó acerca del bautismo y del Mesías. Explicó una profecía, según la cual el Mesías ya había llegado. Habló de acontecimientos que ya se cumplieron y de otros que debían cumplirse en un término de ocho años, no recuerdo si de una guerra o que el cetro de Judá había de ser quitado. Manifestó varios testimonios de hechos sucedidos que debían preceder a la venida del Mesías y habló de las sectas en que estaban ellos divididos y de muchas observancias que se habían convertido en vanas ceremonias. Dijo que el Mesías estaría entre ellos y no lo reconocerían. Aludió a Juan y añadió más o menos lo siguiente: "Él indicará al Mesías y no lo reconocerán por tal; querrán ver a un triunfador, a un guerrero brillante, rodeado de esplendor y de gente sabia y distinguida; no querrán reconocer por Mesías a uno que aparecerá sin brillo, sin hermosura, sin riquezas, sin aparato exterior; a uno que andará entre los pobres, campesinos y artesanos y se mezclará con los mendigos, lisiados, leprosos y pecadores". Habló mucho tiempo refiriéndose a las profecías y declaró lo que sucedería con el Mesías y con Juan. En todo esto nunca decía: "Yo", sino que hablaba como de otra persona. Estas enseñanzas llenaron casi todo el día y la gente y sus parientes terminaron por creer que Él sería un mensajero, un enviado del Mesías.

Cuando Jesús volvió a su habitación, ellos trajeron un libro en el cual habían escrito lo que había sucedido en el templo

con Jesús, el hijo de María, al tener doce años. Recordaron ciertas cosas dichas por Él entonces y las que decía ahora y al notar la semejanza quedaron admirados y extrañados. El dueño de la casa era un anciano viudo, con dos hijas, también viudas, quienes hablaban entre ellos recordando lo que habían visto en el desposorio de José y María: como habían sido lucidas esas fiestas en el templo de Jerusalén; ponderando las riquezas de Ana, y añadiendo como esa familia había decaído en esplendor. Estas cosas las decían, como se acostumbra en el mundo, con cierto aire de reproche y desprecio hacia el decaimiento social de tales familias. Mientras charlaban, como mujeres que eran, de las bodas de María y de sus trajes, veía yo un cuadro admirable de la ceremonia y del traje de bodas de María, con su significado. Los hombres volvían a leer las cosas escritas de Jesús niño en el templo: cómo los padres del Niño lo habían buscado con tanta ansia. La noticia de cómo y cuando lo encontraron en el templo se extendió fácilmente tanto más cuanto que se trataba de personas emparentadas con ellos.

Mientras estos parientes se maravillaban de la semejanza de sus enseñanzas y comenzaban a entusiasmarse, Jesús declaró que debía dejarlos, y partió, a pesar de los muchos ruegos para que se quedara más tiempo. Varios hombres lo acompañaron. Pasaron un riacho sobre un puente amurallado donde crecían arbolillos. Durante algunas horas lo acompañaron a una pradera de pastoreo donde había estado el patriarca José cuando su padre Jacob lo envió a ver a sus hermanos, en Siquem. En esta comarca estuvo también mucho tiempo Jacob. Muy tarde ya, Jesús se retiró a un lugar de pastores, al otro lado del riacho, y sus acompañantes lo dejaron. Del otro lado se extiende una comarca más extensa; la sinagoga estaba de este lado. Jesús se albergó en una posada. Se habían reunido aquí dos grupos de bautizandos que iban por el desierto al bautismo de Juan: éstos habían hablado de la venida de Jesús. Él conversó con ellos por la tarde y ellos partieron por la mañana. Lavaron los pies al Salvador, quien tomó una refección y se apartó para la oración y el descanso.

XXI

Jesús habla contra los vicios de Herodes

Septiembre 25. — Por la mañana fué Jesús a la escuela donde se había reunido mucha gente. Habló como de costumbre del bautismo de Juan y la proximidad del Mesías, a quien no querían reconocer. Les echó en cara su dureza de juicio en cuestiones de antiguas costumbres, que era la falta propia del lugar. Recibieron bien la reprensión, pues eran de hábitos sencillos. Jesús se hizo llevar por el jefe de la sinagoga adonde se hallaban unos diez enfermos: no sanó a ninguno porque había dicho a Eliud y a sus discípulos que antes de su bautismo no curaría enfermos en las cercanías de Jerusalén. Estos enfermos eran en su mayoría hidrópicos y artríticos, y había entre ellos algunas mujeres. Los exhortó a todos en general y en particular dijo, a cada uno, lo que debía hacer en lo espiritual, pues sus enfermedades eran, en su mayoría, castigo por sus desarreglos y pecados. A algunos les mandó que se purificasen para marchar al bautismo de Juan.

En la posada se preparó una comida a la cual concurrieron muchos hombres del vecindario. Antes de la comida hablaron algunos de ellos de la conducta de Herodes, reprochándole el mal proceder en su casamiento prohibido y querían saber lo que Jesús pensaba de ello. Jesús condenó el mal proceder con palabras severas, pero añadió que cada uno debía juzgarse a sí mismo antes y habló severamente acerca de los pecados que atentan contra el matrimonio. Había muchos pecadores, y Jesús habló en particular a cada uno condenando sus pecados e infidelidades en el matrimonio. Declaró a muchos sus pecados ocultos en este sentido, de tal manera que quedaron impresionados y prometieron hacer penitencia. De aquí partió hacia Betania, a unas seis millas. De nuevo lo vi andando por la montaña. Ahora reina tiempo invernal; hay neblina, el cielo está nublado y de noche caen heladas. Jesús se cubría la cabeza con un paño. Lo veo caminando hacia el Oriente.

He visto a María y a las santas mujeres de camino por una pradera cerca de Tiberíades, después que salieron de sus casas. Llevan en su compañía a dos criados de los pescadores del lugar: uno va delante y otro detrás. Ellas cargan sus equipajes que consisten en dos sacos: uno pendiente en el pecho y otro en las espaldas, sostenidos por un bastón sobre los hombros. Entre

ellas veo a Juana Chusa, María Cleofás, una de las tres viudas y María Salomé(*). Se dirigen también a Betania por el camino acostumbrado de Sichar, a su derecha. Jesús en cambio dejó este lugar a su izquierda. Las santas mujeres marchan generalmente en línea una tras otra, separadas algunos pasos, quizás porque los caminos, fuera de los reales, son angostos, a veces montañosos y con pasos difíciles. Caminan bastante ligero, con paso seguro, no como hoy en día andan las mujeres, porque entonces se acostumbraban desde pequeñas a largos viajes a pie. Llevan los vestidos algo levantados, ceñidos; las piernas fajadas; calzan unas sandalias gruesas y forradas, atadas a las plantas de los pies; sobre la cabeza un velo, sujeto con una tela angosta y larga, que cruza el pecho y por detrás llega hasta la cintura. A veces llevan las manos descansando dentro de esta tela. El hombre que marcha delante remueve los impedimentos del camino, abre los cercados, quita las piedras y facilita el tránsito como asimismo el hospedaje para las viajeras. El que marcha detrás cierra los cercos y puertas y deja las cosas como antes estaban.

XXII

Jesús en Betania

Septiembre 26. — Vi a Jesús en la montaña seis millas de camino hacia Betania. De noche llegó a una ciudad situada a pocas horas al Norte de Jerusalén: tiene una calle larga, como de media hora de camino, que se interna en la misma montaña. Betania está a tres horas de este lugar. Se puede ver el lugar desde la distancia, porque está en un valle. Desde la montaña se extiende hacia el Noreste un desierto de tres horas hasta el desierto de Efrón. Entre ambos desiertos he visto a María con sus acompañantes acampando esta noche en un albergue. Esta montaña es la misma en la cual se refugiaron Joab y Abisai en la persecución de Abner, cuando éste les habló. El monte se

(*) Las santas mujeres de las cuales se habla en las visiones son: María Helí hermana mayor de María Santísima y madre de María Cleofás, madre a su vez de varios apóstoles; Marta y Magdalena, hermanas de Lázaro; María Salomé, mujer de Zebedeo, madre de los apóstoles y Susana Alfeo; Serafia (Verónica, por el sudario), prima de Juan Bautista; María Marcos, madre de Juan Marcos; Juana Chusa, viuda sin hijos; Salomé, viuda que vivía en casa de Marta en Betania; Susana, hija de Cleofás, hermano de San José, que vivía en Jerusalén; Dina, la Samaritana convertida; Maroni, la viuda de Naim, madre de Marcial el resucitado; y María Sufanitis, a la cual libró Jesús del demonio.

llama Amma, y está al Norte de Jerusalén. El sitio donde estaba Jesús tiene vista hacia el Oriente y el Norte: me parece que se llama Giah y mira al desierto de Gibeón que comienza al pie y se enfrenta con el de Efrón. Es de una extensión de tres horas de camino. Jesús llegó a la tarde y entró en una casa pidiendo algún refrigerio. Le lavaron los pies, le dieron de beber y le pusieron pequeños panes delante. Llegaron gentes y como supieron que venía de Galilea, empezaron a preguntarle acerca de las enseñanzas del maestro de Nazaret, del cual tanto se habla y del cual habla también Juan en el desierto. Preguntaron si el bautismo de Juan era bueno. Jesús enseñó, como de costumbre; los exhortó a ir al bautismo de Juan y a hacer penitencia. Refiriéndose al profeta de Nazaret y al Mesías les dijo que aparecería entre ellos, y que ellos no lo reconocerían, sino que lo perseguirían y maltratarían. Que mirasen bien y considerasen que las señales ya se habían cumplido; que no aparecería con esplendor y magnificencia exterior, sino pobre y que marcharía entre los sencillos. La gente no lo reconoció, aunque lo recibieron bien, y mantenían cierto temor y reverencia en su presencia. Habían pasado por aquí algunos que iban al bautismo de Juan y hablaron de Jesús.

Después de haber descansado unas dos horas, algunas personas le acompañaron un trecho de camino. Jesús llegó a Betania durante la noche. Lázaro, que había estado días antes en su posesión en Jerusalén, cerca del monte Sión, al Occidente del monte Calvario, había vuelto a Betania: había tenido conocimiento de la próxima venida de Jesús por medio de algunos discípulos. El castillo de Betania pertenecía en realidad a Marta. Lázaro, empero, solía permanecer más tiempo aquí y se llevaba bien en compañía de su hermana. Esperaban a Jesús, con la comida ya dispuesta. Marta solía habitar los departamentos situados a un lado del edificio principal. Había huéspedes en la casa. Con Marta estaban Serafia, María de Marcos y otra mujer de Jerusalén: había estado con María en el templo; hubiera quedado allí de buena gana para siempre, pero por disposición de Dios tuvo que contraer matrimonio. Con Lázaro hallábanse Nicodemo, Juan Marcos, un hijo de Simeón y otro hombre de edad, Obed, un hermano o hijo de un hermano del marido de Ana, la del templo. Todos eran amigos, aunque ocultos, de Jesús, en parte por Juan Bautista, en parte por relaciones de familia y en parte por las profecías de Simeón y de Ana.

Nicodemo era un pensador que buscaba la verdad, y tenía esperanzas en Jesús. Todos habían recibido el bautismo de Juan y habían concurrido ocultamente, a invitación de Lázaro, para ver a Jesús. Desde entonces Nicodemo sirvió a Jesús y a su comunidad secretamente.

Lázaro había enviado algunos criados para recibir a Jesús. Media hora antes de llegar a la casa le salió al encuentro el antiguo y fiel criado de Lázaro, que más tarde fué también discípulo de Jesús. Este criado se echó a los pies de Jesús y le dijo: "Yo soy un criado de Lázaro, y si he encontrado gracia en tu presencia te ruego me acompañes hasta la casa de mi señor". Jesús le dijo que se levantara y le siguió. Se mostró familiar con él, manteniendo la dignidad propia de su persona. Precisamente era esto lo que atraía en Jesús: lo amaban como hombre y sentían algo de su Divinidad. El criado llevó a Jesús a la entrada del castillo, junto a un pozo, donde estaba todo dispuesto. Lavó los pies a Jesús y le puso otras sandalias. He visto las suelas de Jesús: eran gruesas, forradas y de color verde. Dejó aquí estas sandalias y se puso otras de cuero duro, con ataduras de cuero también, que luego llevó en sus viajes. El criado limpió los vestidos de Jesús.

Cuando se hubo lavado, llegó Lázaro con sus amigos. Trajeron entonces un vaso de bebida y una refección. Jesús abrazó a Lázaro y a los demás les tendió la mano. Todos le sirvieron amigablemente y le acompañaron hasta la casa. Lázaro lo acompañó antes a la habitación de Marta. Las mujeres, aquí reunidas, se echaron a tierra cubiertas con el velo. Jesús las levantó y dijo a Marta que María, su Madre, había de llegar y esperaría su vuelta del bautismo. Después de esto entraron en la casa y se pusieron a la mesa. He visto un cordero asado y palomas, miel, frutas, pequeños panes, verduras y vasos para beber. Se tendieron a la mesa, sobre asientos con apoyos, de dos en dos. Las mujeres comieron en una antesala aparte. Jesús rezó antes de la comida y bendijo los alimentos. Se mostró con el rostro serio y contristado. Dijo que se acercaban tiempos difíciles, que comenzaría un camino muy pesado y que el término de éste sería muy lamentable y amargo. Los exhortó a permanecer fieles, ya que eran ahora su consuelo, anunciándoles que ellos también tendrían mucho que sufrir. Les habló tan tiernamente, que lloraron, pero no lo entendieron todo: no podían imaginar que un hombre así era Dios. Nunca pude entender esta incomprensión de su Divinidad, pues tengo una persuación íntima y segura de su

Persona divina. Pensaba: '¿Por qué no les muestra a estas personas lo que yo veo tan claro y tan seguro?...'"

He podido contemplar cómo el hombre fué creado por Dios, cómo sacó a Eva del hombre, dándosela por compañera y cómo cayeron ambos. He visto la promesa del Mesías, la dispersión de los hombres y la Providencia admirable y el misterio de Dios hasta la formación de la Virgen María. He visto el camino de la bendición del cual el Verbo se hizo carne, como una línea de luz que corría por todos los antepasados de María. He visto el mensaje del Angel a María y el rayo de la Divinidad que la penetro cuando el Salvador se hizo hombre. Y después de todo esto, me resulta imposible concebir, a mi, criatura miserable, cómo estas santas personas, contemporáneas y amigas de Jesús, que está en su presencia, a quien aman y honran, creyendo todavía que su reino será temporal, le tienen amor y reverencia y lo creen el Mesías, y con todo no piensan siquiera que es Dios mismo el que les habla. Era para ellos el hijo de José y de María. Nadie imagina siquiera que María era Virgen; nada sabían de una inmaculada y pura Concepción; ignoraban el misterio encerrado en el Arca de la Alianza. Era ya mucho, empero, y señal de elección que le amasen y reconociesen como Mesías. Los fariseos, que conocían las profecías de Simeón y de Ana en el templo cuando la presentación, y que habían oído su doctrina a los doce años en el templo, estaban completamente endurecidos por el orgullo. Se habían interesado por conocer a la familia del Niño; pero les parecía todo tan pobre y tan pequeño que lo despreciaron: querían un Mesías con toda gloria y majestad. El mismo Lázaro, Nicodemo y muchos de sus amigos creían, siempre en silencio, que Él estaba llamado con sus discípulos a tomar Jerusalén, a librarla del yugo de los Romanos y a establecer el esplendor del reino de Israel. Sucedía como ahora que cada uno se imagina un Dios que debe dar a su patria libertad y esplendor. Entonces, como ahora, no sabían que el reino que nos debe interesar no es este reino de penitencia terrenal. Ellos se alegraban pensando de que en una u otra forma habrían de acabar con los eternos charlatanes que le rodeaban. Pero nadie se atrevía a hablar con Él abiertamente: permanecían con gran reverencia y cierto temor en su presencia, porque en sus palabras y en su modo de proceder no veían ninguna señal de que fuera a acometer la empresa que ellos habían imaginado.

Después de la comida fueron al sitio de oración. Jesús recitó una acción de gracias, diciendo que su tiempo y su misión ya

comenzaba. Lo dijo en tono tan conmovedor, que todos lloraban. Las mujeres estaban detrás, presentes a la escena. Rezaron algunas preces generales y Jesús los bendijo a todos. Luego Lázaro llevó a Jesús a su dormitorio. Había en una gran sala lugares aislados donde los hombres podían descansar. Todo estaba bien arreglado: el lecho no estaba aquí, como en otras partes, extendido en el suelo, sino más levantado y fijo, con un borde de verja donde había adornos de frazadas y borlas. En la pared, donde estaba afirmada la cama, había una estera muy delicada que se podía bajar o subir a voluntad, formando un techo para ocultar el lecho vacío. Junto a éste había una mesita y en un hueco abierto en la pared había una palangana y otro recipiente pequeño para llevar agua. De la pared pendía una lámpara y una toalla. Lázaro encendió la lámpara, se hincó de rodillas, pidiendo a Jesús la bendición, y se separaron.

XXIII

María la Silenciosa

María la Silenciosa (hermana de Marta y de Lázaro), que era tenida por lela, no apareció en todo este tiempo: nunca hablaba delante de hombres. Cuando estaba sola en su cuarto o en el jardín, hablaba en voz alta consigo misma relacionando sus palabras con lo que la rodeaba. Para ella las cosas parecían tener vida: sólo delante de los hombres callaba, permanecía inmóvil, miraba al suelo y quedaba como extática y silenciosa como una columna, aunque saludaba, inclinándose y se mostraba deferente. Cuando se hallaba sola trabajaba en los vestidos y ordenaba las cosas. Era piadosa, no frecuentaba escuelas, oraba en su cámara a solas. Creo que tenía visiones y hablaba con las personas que se le aparecían. Sentía gran amor por sus hermanas, especialmente por Magdalena. Había sido así desde niña y aunque tenía aya, no necesitaba de nadie, ni manifestaba ninguna señal de no estar en su cabal juicio.

De María Magdalena no se había hablado hasta el presente en presencia de Jesús: vivía ahora en el castillo de Mágdala en medio del esplendor y del fausto. La misma noche que Jesús llegó a casa de Lázaro vi a María, a Juana Chusa, a María de Cleofás, a la viuda Lea y a María Salomé en una posada, entre el desierto de Gibea y el de Efraím, a cinco horas de Betania, donde pasaron la noche. Durmieron en un galpón cerrado por

todos lados con tabiques muy livianos. Estaba dividido en dos partes: la parte anterior en dos hileras de camas, que tomaron las santas mujeres; la parte posterior, era la cocina. Delante de la casa había un lugar abierto, como una choza, donde ardía fuego. Los hombres que las acompañaban pasaron la noche allí, cerca de la casa del dueño de la posada. Al día siguiente de su llegada enseñó Jesús aquí caminando por los patios y jardines del castillo. Hablaba con seriedad, muy enternecido; se mostraba siempre digno, bondadoso y reservado, sin decir una palabra inútil o vana. Todos lo querían y seguían, pero se mostraban tímidos y apocados en su presencia. Lázaro le era más familiar: los demás demostraban respeto, mezclado con cierto temor reverencial.

Acompañado por Lázaro fué Jesús adonde estaban las mujeres y Marta lo llevó en presencia de su hermana María la Silenciosa, puesto que Jesús quería hablar con ella. Fueron por una puerta abierta en la pared desde la casa grande a otra más pequeña, aunque también espaciosa, con un patio cerrado y jardín, al cual estaba unido la habitación de María la Silenciosa. Jesús permaneció en el jardín y Marta fué a buscar a su hermana. El jardín era muy bonito: en el medio se levantaba un datilero; tenía otras plantas y arbustos. Había una fuente con borde y en medio de ella un asiento de piedra, al cual solía ir María la Silenciosa desde el borde, pasando por una tabla; allí se sentaba rodeada del agua, bajo una techumbre que cubría la fuente. Marta le dijo que pasara al patio, pues alguien la esperaba. María la Silenciosa, que era muy obediente, se cubrió con el velo, y sin decir palabra se encaminó sola al patio. María la Silenciosa era hermosa y esbelta, como de treinta años; casi siempre miraba al cielo, y cuando por acaso miraba donde estaba Jesús, la suya era una mirada incierta, de soslayo, como si mirase a lo lejos. Al hablar de sí no decía nunca *yo*, sino *tú*, como si se viese en otra persona y se hablase a sí misma. No habló a Jesús ni se echó a sus pies. Jesús le habló primero y así pasearon por el jardín conversando propiamente uno frente al otro. La Silenciosa hablaba siempre de cosas del cielo, como si las viera, y Jesús, de la misma forma, habló de su Padre y con su Padre. Ella no miraba de frente a Jesús y alguna vez de lado. Su conversación era más bien una alabanza, una oración a Dios, una meditación, una aclaración de misterios. María parecía no darse cuenta que vivía en este mundo, sino en otro. Recuerdo que habló de la Encarnación de Cristo como si la estuviera

viendo en la adorable Trinidad. Me es imposible reproducir su conversación ingenua y, sin embargo, profunda y misteriosa. Decía como si lo estuviera viendo: "El Padre dijo al Hijo que bajase a la tierra y una Virgen séale por Madre", añadiendo que todos los ángeles se alegraron de ello y que Gabriel fué enviado a la Virgen María. Hablaba como a través de los ángeles que veía, como hablaría una criatura ante una procesión, y se alegrara y se congratulara con cada uno de los que pasaban, por su piedad y devoción. Luego, como si mirase la cámara de María, le hablaba exhortándola a aceptar ser Madre de Dios, recibiendo el mensaje del Ángel, y viendo al Ángel descender y anunciar la Encarnación, hablaba, como si todo lo estuviera presenciando a alguna distancia, en voz alta, consigo misma. Se detuvo diciendo que María había reflexionado antes de contestar, y añadió: "Tú tenías un voto de virginidad; si Tú hubieses rehusado, ¿cómo habría sucedido todo esto?... ¿Se habría hallado otra Virgen digna de ser Madre de Dios?... ¡Mucho tiempo hubieras tenido, oh Israel, que llorar y suspirar por el Mesías!..." Volvió a referirse a la dicha por haber María consentido; alabó a la Virgen y habló del nacimiento de Jesús, y dirigiéndose al Niño, decía: "Manteca y miel has de comer, Niño". Recitó profecías, recordando las de Simeón y de Ana, todo esto como si lo viera ante sus ojos y hablase con ellos, como si estuviese presente en estos acontecimientos. Llegó así hasta el presente y dijo: "Ahora vas, oh Jesús, a comenzar tu camino amargo y doloroso...". En todas estas conversaciones estaba como ausente del cuerpo y hablaba con personas invisibles para los demás, y dirigiéndose a Jesús le hablaba como lo hiciera con los demás que la rodeaban. Jesús la interrumpió, finalmente, con oraciones y alabanzas a su Padre, rogando por todos los hombres, desde el lugar donde se habían detenido.

Esta escena fué conmovedora y misteriosamente hermosa. Jesús la dejó y ella quedó inmóvil, silenciosa, y lentamente se retiró a su aposento. Cuando Jesús volvió adonde estaban Lázaro y Marta, dijo más o menos lo siguiente: "Ella goza de plena razón y entendimiento; pero no pertenece a este mundo, no está en este mundo: su alma está ausente. El mundo no la entiende ni ella entiende al mundo. Es dichosa y se halla en estado de impecabilidad". Esta criatura silenciosa con la mirada puesta en lo sobrenatural, no sabía en realidad lo que pasaba en torno, pues siempre estaba como ausente en espíritu. Delante de nadie había hablado como delante de Jesús; delante de los demás

callaba, no porque fuera orgullosa o mal criada o despreciativa, sino porque parecía no ver a las personas o no tenían relación con las cosas que veía en espíritu acerca de la redención y salvación. Algunas veces le hablaban personas piadosas e instruídas y entonces decía algunas palabras en voz alta; pero nadie la entendía, porque lo que decía era una continuación de una conversación interior o de las cosas que veía y que los mismos sabios no comprendían. Por eso era tenida como una enferma mental y se la arrinconó, aislándola de los demás seres. Ella no vivía con su alma en este mundo, sino abstraída en esferas superiores y sobrenaturales. Hacía trabajos manuales; tejía para el templo labores que Marta le encargaba; era diestra en estos trabajos, que hacía mientras su mente se hallaba en piadosas consideraciones. Cuando no hacía estas tareas, trabajaba en el jardín y en la huerta. Rezaba mucho, con gran fervor, y padecía por los pecadores con especial sufrimiento. A menudo sentía tal pesadez sobre su alma como si los pecados del mundo la agobiasen a ella sola. Aunque tenía todas las comodidades en la casa, en lechos, asientos y descansos, comía siempre sola y muy poco. Murió de dolor y compasión por los padecimientos de Jesús en su pasión, que vió en visión anticipada(*).

XXIV

Llegada de María y las santas mujeres

Marta habló en esta ocasión de Magdalena, exponiendo su grande aflicción por el extravío de su hermana. Jesús la consoló diciéndole que volvería al buen camino; que no se cansasen de exhortarla, de rogar por ella y amonestarla. A eso de las dos y media llegó María Santísima, con María Chusa, Lea, María Salomé y María de Cleofás. El criado que las precedía anunció su llegada, y Marta, Serafía, María de Marcos y Susana les salieron al encuentro con lo necesario y alimentos, y las reci-

(*) María la Silenciosa aparece como un tipo de la vida contemplativa con la misión de orar y sufrir, apartada del mundo, por la conversión de los pecadores. La conversación de Jesús con ella indica que el objeto de la contemplación, tanto en la ley antigua como la nueva, es único: el gran misterio de la redención de Jesucristo. Estas almas las habrá en todas las épocas. A la vidente de 1824 sucedieron Louise Lateau, de Bois d'Haine, en 1883; Canori Mora, en la misma época; Gema Galgani, en 1903; las estigmatizadas Bárbara Pfister y Ana Schäfer, de Mindelstetten, en 1925; Magdalena de la Cruz, de Alemania, y Teresa Higginson, de Neston, en 1905, y en estos tiempos: Teresa Neumann, en Alemania; Padre Pío de Pietralcina, en Italia, y la Hermana Amalia, en Campinas, Brasil.

bieron en la antesala al comienzo de la entrada del castillo donde ayer fué recibido Jesús por Lázaro. Se saludaron y las de la casa lavaron los pies a las viajeras, que se cambiaron los vestidos y los velos. Tenían vestiduras blancas, amarillas o parduscas. Tomaron algún alimento y se retiraron a las habitaciones de Marta. Jesús y los hombres acudieron luego a saludarlas, y Jesús permaneció hablando solo con su Madre. Le dijo, lleno de amor y seriedad, que su camino pesado iba a comenzar; que iría al bautismo de Juan y vovería a verla algún tiempo para estar con ella en las cercanías de Samaría; que luego iría al desierto para ayunar cuarenta días en la soledad. María pidió a su Hijo que no quisiera ir a ese lugar horrible, para no desfallecer de hambre y miseria; pero Jesús le pidió que no le hiciera representaciones de humanos cuidados, puesto que debía cumplir su misión; debía comenzar a hacer lo que era necesario, porque comenzaba su camino, y los que estaban con Él debían padecer con Él: debían cumplir su misión y renunciar a todas las conveniencias humanas. Dijo que la amaba y siempre la amaría, pero que ahora pertenecía a todos los hombres. Pidióle que hiciese el sacrificio, que el eterno Padre se lo premiaría. Añadió que comenzaba a realizarse lo profetizado por Simeón: que una espada traspasaría su corazón y su alma. María se puso triste y muy seria, pero resignada con la voluntad de Dios, y fuerte y confiada en Dios. Jesús se mostró lleno de amor y de bondad.

Por la noche hubo todavía una comida en casa de Lázaro, a la que el fariseo Simón fué de los invitados con otros fariseos. Las mujeres comieron aparte en una sala dividida por una verja, de modo que podían oír las enseñanzas de Jesús, que habló de la fe, la esperanza y la caridad y acerca de la obediencia. Dijo que los que quisieran seguirle, no deberían volver atrás, sino hacer lo que Él decía y enseñaba, y padecer lo que deberían padecer; que Él no los abandonaría nunca. Volvió a hablar del pesado camino que le tocaba andar: cómo lo maltratarían y lo perseguirían; que sus amigos debían padecer y sufrir con Él. Todos le escucharon con respeto y admiración; pero lo que decía de que sería perseguido y maltratado les parecía más bien un modo de hablar de profeta, que no debía entenderse a la letra. A los fariseos tampoco les pareció su hablar escandaloso e inaceptable; pero se mantuvieron observando y oyendo con más curiosidad que los otros.

XXV
Jesús marcha con Lázaro al bautismo de Juan

Después de la comida y de un breve descanso, Jesús partió con Lázaro, en dirección de Jericó, al bautismo de Juan. Un criado de Lázaro los acompañó algún tiempo con una antorcha, pues era de noche. Después de media hora llegaron a un albergue, que pertenecía a Lázaro, y donde más tarde los discípulos hacían sus paradas y descansos. No es la misma posada, más lejos, en otra dirección, de la que he hablado otras veces y que usaban los discípulos con frecuencia. La galería donde Jesús y luego María fueron recibidos por Lázaro, era la misma donde Jesús más tarde permaneció y enseñó, antes de resucitar a Lázaro, desde donde le salió al encuentro Magdalena. Cuando llegaron al albergue Jesús se quitó las sandalias y estuvo descalzo, caminando. Lázaro le rogó que se calzase, por las piedras del camino, pero Jesús le dijo: "Deja que esto se haga así. Sé que debo hacerlo". En esta forma siguieron su marcha.

Este desierto se extiende durante un camino de cinco horas, con desfiladeros entre las montañas, hasta Jericó, y luego durante dos horas por el rico valle de Jericó aunque por lugares selváticos, de difícil tránsito. De allí quedaban aún dos horas hasta el lugar donde bautizaba Juan. Jesús andaba mucho más ligero que Lázaro, a veces le precedía una hora de camino. Un grupo de gentes, entre ellas publicanos, volvían del bautismo, al que les había enviado el mismo Jesús: pasaban cerca de Jesús algún trecho de camino a través del desierto hacia Betania. Jesús no entró en lugar alguno, y dejó a su izquierda a la ciudad de Jericó. Había un par de pueblitos en el trayecto, pero no entró en ninguno de ellos.

Los amigos de Lázaro: Nicodemo, el hijo de Simeón y Juan Marcos habían hablado poco con Jesús; pero se maravillaban de su sabiduría y de sus modales, ponderando las cualidades de su alma y de su cuerpo. Solían exclamar: "¡Qué hombre!... Nadie ha aparecido igual hasta ahora, ni nadie habrá como Él... tan manso, tan dulce, tan serio, tan sencillo a la vez que digno... ¡Cómo lo penetra y lo sabe todo!..." Y agregaban: "No lo llego a comprender del todo, y, sin embargo, debo creer. No se le puede mirar fijamente al rostro porque lee los pensamientos. ¡Qué presencia, qué rostro, qué porte, qué manera de andar tan ligero y sin apuro!... ¡Nadie puede caminar como Él! ¡Cómo

devora las distancias y cómo al llegar a un punto, de pronto predica y habla y vuelve a marchar! ¡Qué hombre extraordinario!..." Luego hablaban de su niñez, de sus enseñanzas en el templo con los doctores de la Ley y lo que habían oído contar de su primer viaje por el Mar Muerto, cuando ayudaba a los boteros y otras mil cosas. Pero ninguno sospechaba que Jesús era Dios. Lo encontraban más grande, más sabio que todos los hombres y lo veneraban; pero se mostraban esquivos en su presencia. Sólo lo tenían por un hombre extraordinario.

Obed era un hombre de edad, hijo de un hermano del marido de la anciana Ana del templo: era uno de los ancianos del templo, del Sanedrín; era piadoso y fué discípulo oculto de Jesús, y mientras vivió ayudó a la comunidad de Jesús.

XXVI

Historia de Juan Bautista

Mes de Mayo. — Juan recibió una revelación sobre el bautismo, y debido a ella, al salir del desierto, cavó un pozo en las cercanías de la Tierra Prometida. Lo vi en la parte occidental de una escarpada montaña. A su izquierda, había un río, quizás una de las fuentes del Jordán que nace en una gruta del Líbano, entre dos montañas: no se la ve brotar sino cuando se está cerca. A su derecha se extiende un llano, rodeado por el desierto, donde debía cavar una fuente.

Juan estaba hincado con una rodilla; sobre la otra tenía un rollo largo de corteza, en el cual escribía con un canuto. El sol brillaba ardientemente sobre él; miraba hacia el Líbano al frente, hacia Occidente. Mientras escribía, me pareció que se quedaba extático. Cuando lo vi así absorto, apareció un hombre ante él, que escribió muchas cosas y dibujaba señales en el rollo. Al volver en sí Juan pudo leer lo que el hombre había escrito y comenzó a trabajar en la obra del pozo con mucha energía. Mientras hacía el trabajo tenía el rollo de corteza escrito en el suelo, sujeto a dos piedras, para mantenerlo abierto, y miraba frecuentemente el dibujo, pues me parece que allí estaba diseñada la obra que debía hacer.

En relación con el pozo que estaba haciendo Juan, tuve una visión sobre Elías. Lo vi contrariado por una falta cometida, en el desierto, desanimado y soñoliento. Soñaba que un niño le empujaba con un bastoncito a un pozo, junto a él y que estaba

por caer; pues se vió como movido un trecho del lugar donde estaba echado. En ese momento fué cuando el ángel lo despertó y le dió de beber. Esto sucedió en el mismo lugar donde Juan iba a hacer la fuente y el pozo. Mientras Juan trabajaba conocí la explicación de cada capa de tierra que sacaba y el misterio de cada labor que hacía. Esto tenía relación con la dureza y la obstinación de los hombres, y con los caracteres que debía doblegar para que la gracia de Dios pudiese llegar hasta ellos. Este trabajo era, como toda su obra y toda su vida, una figura y anticipo que indicaba no sólo que era guiado por el Espíritu Santo, sino que en realidad obraba lo que debía obrar y lo que su trabajo significaba, puesto que Dios veía la buena voluntad que él ponía en su tarea. En todo este negocio era llevado, como los antiguos profetas, por el espíritu de Dios. Comenzó por cortar delicadamente el verdor de la superficie, en torno del pozo, de forma redonda, y luego hizo, cavando, un recipiente redondo bastante amplio, y lo rodeó con piedras elegidas, menos en el medio, donde cavó hasta encontrar una fuente de agua. Con la tierra que sacaba iba engrosando el borde de la fuente, dejando cinco lugares cortados. Frente a cuatro de estas aberturas plantó cuatro arbolillos a igual distancia. Estos árboles tenían la copa verde, eran de cuatro clases diferentes, con su significación particular. En medio de la fuente plantó un árbol especial, de hojas delgadas y ramas piramidales con brotes y espinas. Este árbol había estado algún tiempo reseco delante de su gruta. Los otros cuatro parecían arbustos y tenían bayas y les hizo en torno un refuerzo, amontonando tierra. Cuando hubo llegado con su excavación hasta el agua, donde plantó el árbol mencionado, pasó a hacer un canal que partía desde el río que corría junto a su gruta hasta el pozo cavado. Para esto lo he visto juntar en el campo muchas cañas que iba uniendo unas a otras y las hacía llegar hasta el pozo, y luego cubría estos canales con tierra. Podía a voluntad cerrar estos canales o abrirlos. Había hecho una senda a través de los matorrales hasta la abertura de su fuente, senda que corría alrededor del pozo, entre los cuatro árboles y las aberturas. Delante de la abertura dejada como entrada no había plantado árbol alguno. Sólo este lado de la fuente estaba libre; los otros estaban cerrados con matorrales o piedras. En torno de los cuatro árboles plantó una hierba, que no me es desconocida: la tuve desde niña por muy apreciada y cuando la encontraba la plantaba cerca de mi casa. Tiene un tallo alto y jugoso, con brotes de color rojo oscuro, y es muy

medicinal contra granos y dolores de garganta, según hoy lo he entendido. Plantó también otros arbolitos y diversas hierbas. Durante su faena él miraba de tanto en tanto el rollo dibujado y medía las distancias con su bastón. Me parece que todo lo que hacía y hasta los árboles estaban diseñados en el rollo escrito y dibujado. Recuerdo haber visto dibujada la figura del árbol que puso en medio de la fuente. Trabajó durante varias semanas y sólo al terminar su trabajo apareció un poco de agua en el fondo de su fuente. El árbol del centro, que parecía marchito y seco, reverdeció. Juan fué a buscar agua de otra fuente y la derramó adentro. El recipiente que usó parecía hecho de gruesas cortezas, en forma de saco y calafateado con pez o resina. Esta agua provenía de una fuente que surgía cerca junto de su gruta, que en otro tiempo él había hecho brotar hiriendo la peña con su bastoncito en forma de cruz. He oído en esta ocasión que él no hubiera podido hacer el pozo en ese lugar, porque era todo de piedra y esto tenía su significado. Dejó entrar tanta agua cuanta era necesaria; cuando sobrepasaba la medida era para salir por las aberturas y regar las plantas alrededor del pozo. He visto después que Juan entró en el agua hasta medio cuerpo; que se abrazaba con una mano al árbol erguido en medio de la fuente y con la otra sostenía un bastoncito al que había añadido una cruz y una banderita y con el cual pegaba en el agua haciéndola saltar sobre su cabeza. Cuando hacía esto vi que descendía una luz sobre él y se derramaba sobre él el Espíritu Santo, mientras dos ángeles aparecían en el borde de su fuente y le hablaban.

Todo esto fué lo último que hizo en el desierto. El pozo estuvo en uso aún después de la muerte de Cristo. Cuando los cristianos huyeron por la persecución, he visto que seguían trayendo a los enfermos y a los viajeros para ser bautizados allí donde acostumbraban a rezar sus preces. En tiempos de Pedro estaba el pozo rodeado de un cerco. Después de esta obra, salió Juan del desierto y fué hacia donde le esperaba la gente. Su presencia era imponente: alto de estatura, aunque delgado y enjuto por los ayunos; de fuerte musculatura; de porte noble, atrayente, puro, sencillo y compasivo; el color del rostro bronceado, la cara demacrada y el continente serio y enérgico; los cabellos castaño oscuros y crespos y la barba corta. A la mitad del cuerpo tiene una tela que le llega hasta las rodillas. Lleva un manto oscuro, que parece hecho de tres pedazos. Una piel, sujeta con una correa, le cubre las espaldas. Los brazos y el

pecho están descubiertos; el pecho curtido por la intemperie y cubierto de vello del color de su manto. Lleva un bastón con curvatura como el que usan los pastores.

XXVII
Predicación y viajes de Juan Bautista

Al volver del desierto hizo un puente sobre un río. No le interesaba que hubiera ya un pasaje a cierta distancia: hacía sus trabajos donde convenía para su misión. Cruzaba el lugar un antiguo camino real. Había enseñado en Cidessa, cuyos habitantes fueron los primeros de los paganos que acudieron a su bautismo. Esa gente vivía abandonada y en cuevas. Eran descendientes de varias castas que se habían establecido allí desde la destrucción del templo. Uno de los últimos profetas les había dicho que se radicaran allí hasta que llegara uno, que señaló como a Juan, que les diría lo que debían hacer. Más tarde se retiraron hacia Nazaret. Juan no se dejaba impresionar por nada de lo que le rodeaba y sólo hablaba de un asunto: hacer penitencia, pues se acercaba el Mesías. Todos le admiraban, permaneciendo obsortos en su presencia. Su voz era penetrante como una espada, potente y severa, pero con todo bondadosa. Se asociaba con toda clase de gentes y con los niños. En todas partes iba derechamente a su objeto: no le importaba de nada, no pedía ni necesitaba cosa de nadie. Lo he visto recorrer los desiertos y penetrar en los bosques; lo he visto cavar, remover piedras, desarraigar árboles o plantarlos, preparar asientos. A los hombres que le veían los llamaba para que le ayudasen, y le obedecían. A veces los sacaba de sus chozas. Todos lo respetaban. En ninguna parte paraba mucho y cambiaba constantemente de lugar. Anduvo por los caminos de Galilea, alrededor del lago, sobre Tarichea y el Jordán, por Salem, en el desierto hacia Betel, y cerca de Jerusalén, que no quiso tocar en toda su vida, ya que sus quejas y lamentos estaban dirigidos muchas veces contra la ciudad depravada. Aparecía siempre lleno de su misión y destino: serio, severo, sencillo y celoso, clamando a una voz: "¡Penitencia! ¡Preparad los caminos del Señor! ¡El Salvador viene!" Después volvía a su lugar por el valle de los pastores.

Sus padres ya habían muerto. Entre sus primeros discípulos había algunos jóvenes que eran parientes de Zacarías. Cuando Juan pasó por Betsaida, Cafarnaúm y Nazaret, no lo vió María,

porque después de la muerte de José, salía poco; pero algunas personas de su familia habían oído sus palabras y hasta le acompañaron un trecho de camino. Tres meses antes de empezar a bautizar recorrió Juan el país, por dos veces, anunciando al que debía venir después de él. Su andar era acelerado, con pasos ligeros, sin descanso, pero sin agitación. No se asemejaba al caminar tranquilo del Salvador. Donde no tenía nada que hacer yo lo veía correr de campo en campo. Entraba en las casas, en las escuelas, para enseñar; reunía a las gentes en las plazas y en las calles para hablarles. He visto que los fariseos y los grandes del pueblo a veces lo detenían, para impedir su predicación; pero luego quedaban maravillados y admirados, y lo dejaban en paz. La frase: "Preparad los caminos del Señor", no eran sólo figuras retóricas. He visto que Juan recorría todos los caminos que Jesús y los apóstoles hicieron después, removiendo los obstáculos y allanando las dificultades. Limpiaba de matorrales y piedras los caminos y hacía sendas nuevas. Colocaba piedras en ciertos lugares de vado, limpiaba los canales, cavaba pozos, arreglaba fuentes obstruídas, hacía asientos y comodidades, que después el Señor usó en sus viajes. Levantó techados donde Jesús más tarde reunió a sus oyentes o donde descansó de sus fatigas. En todos sus trabajos este hombre sencillo y serio despertaba la admiración de todos los que le observaban o ayudaban, aún en las chozas de donde los sacaba para que le prestasen herramientas. En todas partes era rodeado, y sin miedo los exhortaba a la penitencia para la proximidad del Mesías, llamándose a sí mismo el preparador de sus caminos. A menudo lo he visto indicando la dirección por donde Jesús caminaba en esos momentos. Con todo, nunca lo vi junto con Jesús, aunque a veces no estaban a más que a una hora de camino, uno de otro, en sus viajes. Una vez Juan dijo a las gentes que él no era el Salvador esperado; que no era más que un humilde preparador y precursor, y que "allí" (indicaba a poca distancia) iba el Salvador.

Juan, en realidad, vió sólo tres veces en su vida al Salvador. La primera, en el desierto cuando la Sagrada Familia, en su huída a Egipto, paso cerca de donde estaba Juan, y éste, guiado por el Espíritu, se acercó a saludar a su Maestro que le había santificado desde el seno de su madre; Juan sintió la cercanía de su Salvador, que tenía entonces sed: oró y tocó con su vara la peña, de la cual brotó abundante agua. En aquella ocasión corrió delante el niño Juan, y vió a María, a José y a Jesús.

Yo lo vi danzar y saltar de contento allí donde brotó la fuente, mientras jugueteaba con la banderita que llevaba consigo. La segunda vez lo vió al bautizarlo. La tercera, cuando pasó junto al Jordán y dió testimonio de Él delante de sus discípulos.

He oído que Jesús ponderaba delante de sus discípulos la mortificación de Juan: que en ocasión del Bautismo realizó las ceremonias del rito sólo por cumplir su deber, aunque su corazón estaba quebrantado de amor por su Salvador, por el deseo de estar con Él y seguirle. Dijo también Jesús que Juan se alejaba de su presencia por humildad y mortificación, porque su gusto hubiera sido visitarlo a menudo y permanecer con Él. Por otra parte, Juan veía siempre al Salvador en espíritu, pues estaba frecuentemente en estado sobrenatural y profético. Veía en Jesús el cumplimiento de la promesa y la realización de las profecías acerca de su misión. Jesús era para él, no un contemporáneo y un conciudadano: era el Salvador del mundo, el Hijo de Dios hecho hombre, el Eterno aparecido en el tiempo; y por esto no podía siquiera pensar en vivir con Él y familiarizarse en su presencia. Por otra parte, Juan mismo se sentía desvinculado de los hombres y no estaba enredado en ninguna de sus costumbres.

Desde el seno materno estuvo prevenido y regido por el Eterno, puesto en relación sobrenatural por el Espíritu Santo con su Redentor. Desde pequeño niño fué como sustraído del mundo y permaneció en el desierto no sabiendo nada más que las cosas de su Redentor, hasta que salió, como nuevamente nacido, del desierto para cumplir su misión seriamente, con entusiasmo, enérgicamente, sin preocuparse de lo que pasaba en el mundo. Su desierto es ahora la Judea; y como antes había hablado con animales, pájaros, piedras, plantas y árboles, mientras vivía en medio de ellos, así ahora lo hace con los hombres y pecadores, sin cuidarse de sí mismo ni de lo que pasa a su alrededor. Él no habla, no sabe y no ve otra cosa sino a Jesús. Su palabra es: "Él viene. Preparad el camino. Haced penitencia y recibid el bautismo. Ved al Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo". Puro y limpio, como un niño en el seno materno, salió del desierto; puro y sencillo es ahora, como un niño en los pechos de su madre. He oído que Jesús decía a sus apóstoles: "Él es puro como un ángel; nada impuro, ningún pecado llegó a mancharlo; ni una mentira llegó a sus labios".

XXVIII

Lugares donde bautizaba Juan Bautista

Julio 4. — Juan bautizó en diversos lugares. Primero en Ainón, cerca de Salem. Luego en On, frente a Bethabara, en la parte occidental del Jordán, no lejos de Jericó. El tercer lugar fué al Este del Jordán, bautizando más al Norte. Después volvió a bautizar en Ainón donde fué capturado por Herodes. El agua con que bautiza pertenece a un afluente del Jordán, que al Oriente hace un desvío de una hora de camino. Este brazo del Jordán es allí a veces tan angosto que se lo puede pasar de un salto. El lecho del río parece haber cambiado de curso, pues veía que algunos lugares iban quedando sin agua. El desvío del Jordán forma fuentes y pozos que reciben sus aguas del afluente del Jordán. Una de estas fuentes está separada del brazo principal: es el sitio del bautismo llamado de Ainón. Debajo de ese vallado hay canales que se pueden abrir y cerrar a voluntad, dispuesto así por el mismo Juan. En la orilla había como una canaleta y varias lenguas de tierra entraban en ella. Los bautizandos se colocaban entre dos de estas lenguas dentro del agua hasta la cintura apoyándose sobre un borde. Sobre una lengua de tierra estaba Juan, que recogía y derramaba el agua con una concha sobre la cabeza del bautizando, mientras en la otra parte estaba uno de los ya bautizados, que ponía la mano sobre los hombros del neófito. Al primero de estos testigos el mismo Juan le había puesto las manos sobre los hombros. Los bautizandos no tenían la parte superior del cuerpo completamente descubierta: se les ponía encima un paño blanco, dejando descubiertos solamente los hombres. Había allí una choza donde se vestían y desvestían. No he visto bautizar aquí a ninguna mujer. Cuando bautizaba Juan tenía puesta una ropa larga y blanca.

La región es una comarca hermosa y rica de agua, llamada Salem. La población de este nombre está a ambos lados del río. Ainón está situada al otro lado del Jordán, al Norte de Salem, más cerca del Jordán y es más grande. Veo muchos animales paciendo en las praderas, sobre todo asnos. Rige en Salem y Ainón una especie de derecho antiguo, según el cual nadie puede ser echado del lugar que ocupa, por ser declarado libre. Juan levantó su choza en Ainón sobre las ruinas de un antiguo edificio, cuyos muros estaban ya cubiertos de vegetación y se veían

otras chozas edificadas sobre ellos. Estas ruinas eran los antiguos fundamentos de tiendas levantadas por Melquisedec.

Acerca de este lugar tuve varias visiones, de antiguos tiempos. Recuerdo que Abrahán tuvo aquí una visión y dispuso dos grandes piedras: sobre una se hincó para orar y la otra la erigió en altar. He visto su propia visión. Era una ciudad como la celeste Jerusalén, de donde partían como rayos de agua brillantes hacia abajo. Se le dijo que debía rezar para el advenimiento de la ciudad de Dios sobre la tierra. Esa agua, que provenía de la ciudad celestial, se desparramaba hacia todos lados(*). Abrahán tuvo esta visión cinco años antes que Melquisedec levantara su tienda. Este castillo estaba compuesto más bien por una serie de tiendas con galerías y escaleras, semejantes a las habitaciones del rey Mensor en Arabia; solamente los fundamentos eran de piedras. Me parece reconocer ahora, en tiempos de Juan, los cuatro ángulos donde estaban plantadas las columnas del edificio. Sobre estos muros, que parecen una fortaleza, había construído Juan su choza de juncos. Melquisedec había edificado estas casas porque aquí se juntaban muchos extranjeros y viajeros, por ser lugar de abundantes aguas. Creo que también Melquisedec había edificado aquí porque, como siempre lo he visto aparecer como guía y conductor de pueblos, los reunía para aconsejarlos y guiarlos y hospedarlos hasta su partida. Pero desde entonces tenía ya una relación con el bautismo de Juan, y era para Melquisedec el lugar desde donde iba para edificar a Jerusalén, y para ir adonde estaba Abrahán. Desde aquí distribuían las familias y tribus que se hospedaban en el lugar. También Jacob tuvo mucho tiempo su campamento en Ainón. La cisterna del pozo del bautismo existía ya y he visto que Jacob la renovaba. Los restos de los edificios de Melquisedec estaban cerca de las aguas y del lugar del bautismo; y he visto que en los primeros tiempos del cristianismo se edificó, desde Jerusalén, una iglesia en el lugar donde bautizó Juan. Subsistía aún esta iglesia cuando María Egipcíaca se dirigía al desierto para hacer vida de penitente. Salem era una bella ciudad, de-

---

(*) En el capítulo 47 de Ezequiel se habla de estas aguas misteriosas. En el nuevo salterio ordenado por Pío XII se leen las siguientes palabras sobre el salmo 98: "Cuando el Señor, presente en el templo, sentado sobre Querubines, hace suyo el reino sobre todos los pueblos del cual es propia la justicia que ejercerá sobre el pueblo de Israel, mostrando que son invitados a entrar en el templo no sólo los Israelitas sino todos los habitantes de la tierra, porque Dios es el Creador y Pastor de todos". (Biblia de Straubinger).

vastada en guerras antes de Cristo, cuando se destruyó el templo. El último profeta anduvo también por estos lugares(*).

XXIX
Juan Bautista y Herodes

Junio 26 - 28. — Juan era ya célebre por su predicación desde hacía algunos meses cuando acudieron algunos mensajeros de Herodes, desde Kallirrohe, para verlo. Herodes vivía en el castillo al Oriente del Mar Muerto, donde había baños de mar y baños calientes. Herodes deseaba que Juan fuese adonde estaba él; pero Juan contestó a los mensajeros que tenía mucho que hacer; que si Herodes deseaba verlo y hablarle podía allegarse a él. Después de esto vi a Herodes viajando sobre un carruaje, más bien bajo, de ruedas, pero sobre un trono alto, desde el cual podía ver a su alrededor: este asiento tenía un techo y en torno del carro había soldados que custodiaban al rey. Iba a un pueblo como a cinco horas de viaje al Sur de Ainón y mandó a decir a Juan que podía llegarse hasta ese lugar. Juan accedió y fuera de la ciudad, en una choza, esperó a Herodes, quien concurrió sin acompañamiento. Recuerdo que Herodes le preguntó por qué habitaba una choza tan miserable en Ainón; que él, el rey, quería hacerle una casa buena. Juan respondió que no deseaba casa alguna, que tenía cuanto necesitaba y cumplía así la voluntad de Aquél que es superior a los reyes. Habló seria y enérgicamente y se volvió a su lugar. Habló a cierta distancia de Herodes, con la mirada vuelta a otro lado.

Junio 30. — He visto acudir a los hijos del difunto Alfeo y de María Cleofás: Simón, Santiago el Menor y Tadeo, y al hijo de su segundo matrimonio con Sabas, José Barsabas. Todos éstos fueron bautizados por Juan en Ainón. También Andrés y Felipe se hicieron bautizar en Ainón. Más tarde volvieron a sus ocupaciones. Los demás apóstoles y muchos discípulos tienen ya el bautismo.

Un día *(4 de Julio)* concurrieron muchos ancianos, sacerdotes de los pueblos vecinos de Jerusalén, para pedirle razón de quién era para predicar, quién le enviaba, cuál era su doctrina, y otras cosas semejantes. Él les contestó refiriéndose a la proximidad del Mesías y a su venida y reprendiólos, echándoles en

(*) Estas relaciones nos muestran la unidad de las figuras en Jesucristo y la sabiduría divina en la preparación del misterio de la Redención.

cara con valor su hipocrecía y su obstinación en no hacer penitencia. Algún tiempo después *(7 - 11 de Julio)* concurrieron toda clase de ancianos, sacerdotes, fariseos de Nazaret, Jerusalén y Hebrón para inquirir acerca de su misión, quejándose además de que se había apropiado del lugar donde bautizaba. He visto a muchos publicanos ser bautizados por Juan, después de haberles reprendido por sus injusticias. Entre ellos estaba el publicano Leví, más tarde Mateo, hijo del primer matrimonio del viudo Alfeo, que fué marido de María de Cleofás. Partió de allí muy conmovido, y mejoró de vida: hasta entonces había estado en gran desprestigio entre sus parientes. Muchos publicanos fueron rechazados por Juan por impenitentes.

XXX
Conmoción que produce el bautismo de Juan

Julio 19. — En Dothaim, donde Jesús había aquietado al endemoniado furioso, vivían mezclados con los judíos bastantes paganos desde el tiempo de la cautividad babilónica. Los infieles tenían en una altura de las cercanías un ídolo con altar. Los judíos, oyendo hablar de la proximidad de la venida del Mesías, no querían ya vivir mezclados con esos idólatras. Este movimiento se despertó desde que Juan recorrió toda esa región y cuando volvieron los bautizados de Juan. Un príncipe de Sidón tuvo que mandar soldados para proteger a los paganos. También Herodes envió soldados para apaciguar a la gente. Estos soldados eran de la peor clase. He visto que fueron primero a Kallirrohe, donde se encontraba Herodes, para decirle que querían hacerse bautizar por Juan. Lo hacían más por política y para causar buena impresión entre la gente. Herodes les contestó que no era necesario hacerse bautizar; que Juan no hacía milagro alguno y que no se podía probar su misión divina; que en todo caso preguntasen en Jerusalén lo que convenía hacer. Los he visto luego en Jerusalén. Estuvieron con tres jefes preguntando sobre el particular, por lo cual conocí que estaban divididos en tres sectas. Todo esto sucedió en el patio del juzgado donde más tarde Pedro negó a Cristo. Había allí muchos sentados delante del juez, rodeado de espectadores. Los sacerdotes respondieron con sorna que podían hacerlo o dejar de hacerlo, que era lo mismo. He visto que unos treinta de ellos fueron a Juan, el cual los reprendió con severidad, puesto que no los llevaba de-

seos de convertirse; de ellos bautizó a algunos de buena voluntad, después de haberles afeado su hipocrecía y mal proceder.

Las multitudes que llegan a Ainón es muy grande. Algunos días deja Juan de bautizar, y los emplea en predicar y reprender con energía. Veo muchos grupos de judíos, de samaritanos y de paganos, sentados separadamente en las colinas, en las praderas, bajo techumbres, o a la sombra, al aire libre, escuchando la predicación de Juan. Son muchos centenares. Escuchan su palabra, se hacen bautizar y parten luego. Una vez he visto a muchos paganos, algunos de Arabia y de otras regiones orientales que traían muchos asnos y ovejas, porque tenían parientes en estos lugares y como debían pasar por allí, fueron a oír la predicación de Juan.

Hubo en Jerusalén una importante reunión del Sanedrín por causa de Juan Bautista. Fueron enviados nueve hombres, tres por cada una de las tres autoridades, para que fueran a interrogar a Juan. Anás envió a José de Arimatea, al mayor de los hijos de Simeón y a otro sacerdote que velaba por los sacrificios y las ofrendas. Por el consejo fueron enviados tres mensajeros, y otros tres civiles iban en representación del pueblo. Debían preguntar a Juan quién era y decirle que se presentara en Jerusalén. Si su misión era verdadera debía presentarse antes en el templo. Le hacían cuestión respecto a su manera de vestir, y por qué bautizaba también a los judíos cuando sólo se acostumbraba hacerlo con los paganos. No faltaba quien creía que Juan era Elías vuelto al mundo.

Veo ahora a Andrés y a Juan el Evangelista con Juan. Estuvieron además con Juan la mayoría de los futuros apóstoles; muchos discípulos, además de Pedro, que se hizo bautizar ahora, y Judas el traidor, que había estado en Betsaida con los pescadores y se había enterado de todo lo que se decía de Jesús y de Juan. Cuando los enviados del Sanedrín llegaron, hacía ya tres días que Juan no bautizaba, y empezaba de nuevo a hacerlo. Los enviados querían que los oyera en seguida. Él les dijo que los escucharía cuando hubiese terminado su labor, y con palabras cortas y severas los dejó esperando. Le reprocharon de que se hubiese tomado él mismo la autoridad; que debía presentarse en Jerusalén y que no debía vestirse tan selváticamente. Cuando se alejaron estos mensajeros, permanecieron aún José de Arimatea y el hijo de Simeón y recibieron el bautismo de manos de Juan. Había muchas personas a las cuales Juan no quería bautizarlas. Éstas se unieron a los mensajeros del Sanedrín,

acusando a Juan de parcialidad y de animosidad contra ellos. Los futuros apóstoles vuelven ahora a sus casas, hablan de Juan y ponen atención en Jesús, de quien han oído hablar por Juan, el Precursor. José de Arimatea, al volver a Jerusalén, encontró a Obed, pariente de Serafia, que era servidor del templo. Contó José a Obed muchas cosas de Juan y Obed fué también a bautizarse. Como servidor del templo fué de los discípulos secretos de Jesús y más tarde se declaró cristiano.

XXXI

Juan recibe aviso de retirarse a Jericó

He visto más tarde que Juan pasó para bautizar a algunos enfermos. Llevaba su paño de vestido y su manto pendiente de los hombros. De un lado tenía el recipiente con agua bautismal y del otro colgaba la concha que usaba para bautizar.

Habían traído a muchos enfermos sobre camillas portátiles y sobre carretillas de mano, disponiéndolos a lo largo de la orilla, al otro lado del Jordán donde Juan bautizaba. Como no podían ser llevados a la orilla opuesta rogaron a Juan fuera adonde se encontraban. Juan fué con algunos discípulos. Había preparado allí una hermosa fuente cercada por un vallado hecho por él mismo. Llevaba consigo una pala. Dejó entrar agua por un canal que hizo y la mezcló con la que traía en su recipiente. Catequizó a los enfermos y los bautizó, después de ordenar que los dispusiesen a la orilla de la fuente, mientras él pasaba derramando el agua sobre ellos. Después de haberlos bautizado volvió a pasar al otro lado del Jordán a Ainón.

Aquí he visto presentársele un ángel y decirle que volviera al otro lado del Jordán, hacia Jericó, pues se acercaba Aquél que debía venir, a Quien debía anunciar. Juan y sus discípulos levantaron sus tiendas, caminaron unas horas por la parte oriental del Jordán, hacia arriba, y pasaron a la otra orilla, por donde hicieron un trecho. Allí se veían sitios de baños, cavados y cercados, de ladrillos blancos, con canal que se abría y cerraba a voluntad para traer el agua del Jordán; aquí el río no tenía isla. Este segundo lugar de bautismo estaba entre Jericó y Bethagla, en la parte occidental del Jordán, frente a Bethabara, en la parte oriental del río. Habrá unas cinco millas de Jerusalén. El camino recto va por Betania, a través del desierto, hasta llegar a un albergue, un poco fuera del camino, ameno lugar entre Jericó

y Bethagla. Las aguas del Jordán son aquí muy claras, sosegadas. Percíbese el aroma delicioso de las plantas aromáticas y de las flores, cuyos pétalos caen en el agua. En algunos puntos, el río es tan angosto y poco profundo que se puede ver el fondo; en las orillas se ven grietas cavadas por el agua con el tiempo. Me alegro mucho cuando me encuentro en la Tierra Santa; pero me extrañan las mudanzas del tiempo comparado con el de nosotros. Cuando aquí es invierno, allá florece todo, y cuando aquí es verano, ya están allá brotando las plantas para la segunda cosecha. Viene luego un tiempo en que hay mucha neblina y llueve mucho.

Junto a Juan veo unas cien personas, entre ellas sus discípulos y muchos paganos. Trabajan en mejorar el bautisterio y en arreglar la choza. Traen desde Ainón cosas. Los enfermos son transportados en angarillas. Este es el lugar del Jordán donde Elías hirió con su manto las aguas, para pasar al otro lado, y donde hizo lo mismo Eliseo cuando volvió a pasar. Eliseo descansó aquí de su viaje. Por aquí pasaron también los hijos de Israel al entrar en Tierra Santa.

De Jerusalén fueron enviados de nuevo a Juan gente del templo, fariseos y saduceos. Un ángel se lo anunció al Bautista. Cuando llegaron cerca del Jordán, mandaron un mensajero a Juan para decirle que se aproximara. Sin abandonar su obra contestó que si querían hablar con él podían hacerlo allegándose donde él bautizaba. Acercáronse, pero Juan no dejó de proseguir su predicación y su bautismo en presencia de los enviados. Cuando terminó Juan su trabajo atendió a los mensajeros y mandó a sus discípulos que los cobijaran bajo una techumbre, llegándose a ellos acompañado por diversos oyentes. Los mensajeros preguntaron quién era Aquél del cual decía siempre que había de venir, que según las profecías era el Mesías y que se decía había llegado ya. Juan les respondió que Uno habíase levantado contra ellos, a quien no conocían. Añadió que él tampoco le había visto, pero que desde antes de haber nacido le había ordenado preparar su camino y que había de bautizarle. Les dijo que volviesen en cierto tiempo en que debía venir Él para ser bautizado. Les habló luego severamente diciéndoles que no habían venido para el bautismo, sino para espiarlo. Le respondieron que ahora sabían quién era él: que bautizaba sin misión recibida; que era un hipócrita al vestirse tan extrañamente y se volvieron a Jerusalén. Poco tiempo después llegaron otros mensajeros del sanedrín de Jerusalén en número de unos

veinte: sacerdotes procedentes de varias ciudades, con sus mitras, anchas fajas y largas cintas que colgaban de los brazos. Le conminaron diciendo que venían del gran Sanedrín, que se presentara delante de él para dar cuenta de su misión y de su conducta; que era una señal de que no tenía misión al no obedecer al Sanedrín. Oí entonces a Juan que les dijo que esperasen un poco, que vendría Aquél que le había enviado, señalando claramente a Jesús: que era nacido en Belén, educado en Nazaret, que había tenido que huir a Egipto y él no le había visto aún. Le echaron en cara que él estaba entendido con Jesús; que se enviaban recíprocamente mensajeros. Juan les respondió que los mensajeros que se enviaban no podía él mostrárselos, porque eran ciegos. Los mensajeros se fueron disgustados y contrariados.

Acuden de todas partes turbas de judíos y paganos. El mismo Herodes manda gente a oír su predicación con encargo de que le cuenten lo que han oído de él. Veo que está mejor ordenado el lugar del bautismo. Juan levantó con sus discípulos una gran techumbre donde son agasajados los enfermos y los fatigados por el viaje y donde se reunen para oír su predicación. A veces cantan salmos; así, por ejemplo, oí el salmo que habla del pasaje del Mar Rojo por los hijos de Israel. Por momentos parece que hubiera improvisado una pequeña población de tiendas y de chozas; estas casitas están cubiertas con pieles y juncos que crecen a orillas del río. Se nota mucha afluencia de viajeros provenientes de las regiones de los Reyes Magos: vienen en camellos, en asnos y en caballos hermosos y muy ágiles. Están en camino a Egipto. Ahora se reunieron todos en torno de Juan, oyen su predicación sobre el Mesías y reciben el bautismo. De aquí suelen ir en grupos hasta Belén. No lejos de la gruta del pesebre, frente al campo de los pastores, había un pozo, donde Abrahán había vivido con Sara, y estando enfermo deseó vivamente beber agua; habiéndosele traído en un recipiente agua del pozo, no quiso luego beberla, dejándola por Dios, y al punto, en recompensa, lo libró Dios de su mal. A causa de su gran profundidad era muy difícil sacar agua del pozo. Hay allí un árbol muy grande y no lejos está la gruta de Maraha. Siendo la nodriza muy anciana la solía llevar en sus viajes sobre un camello. Por estos hechos se ha convertido éste en un lugar de peregrinación para los piadosos israelitas, como lo son el monte Carmelo y el monte Horeb. En este lugar rezaron también los santos Reyes Magos.

De Galilea no habían venido muchos a ver a Juan, aparte de los que fueron sus discípulos. Más gente llegaba de Hebrón, entre ellos muchos gentiles. Por eso, mientras Jesús pasaba por Galilea, exhortaba a los habitantes a ir al bautismo de Juan.

XXXII

Herodes en el baptisterio. Una fiesta tradicional

Agosto 28 - 30. — El lugar donde Juan enseñaba estaba como a media hora del baptisterio. Era éste un sitio sagrado lleno de recuerdos para los hebreos y estaba cercado como un jardín. En el interior había chozas y en medio una gran piedra que señalaba por donde pasaron los hijos de Israel con el Arca de la Alianza, y dónde la habían depositado para ofrecer un sacrificio de acción de gracias. Sobre esta piedra había levantado Juan el asiento desde donde enseñaba; había construído un gran galpón con techo de juncos; al pie de la piedra estaba la cátedra de Juan. Hallábase rodeado de sus discípulos enseñando, cuando llegó el rey Herodes; pero Juan no se perturbó por ello en su predicación.

Herodes había estado en Jerusalén, donde se unió con la mujer de su hermano, que tenía una hija, llamada Salomé, de unos diez y seis años. Tenía intención de unirse con esta mujer y había en vano tratado de conseguir el beneplácito del Sanedrín. Habíase suscitado por esto una viva discusión entre ellos. El rey temía, por otra parte, la voz del pueblo y pensó escudarse con alguna palabra de permisión de parte de Juan. Pensaba que el Bautista, para congraciarse con el rey, diría algo de conformidad con su plan. Veo ahora a Herodes con la joven Salomé, hija de Herodías y sus camareras, en campañía de unas treinta personas de viaje hacia el Jordán. Él iba con las mujeres sobre un carruaje y había enviado un mensajero a Juan. El Bautista no quería recibir al rey en el lugar sagrado, ya que venía con tales mujeres. Dejó, entonces, de bautizar y se retiró con sus discípulos adonde solía predicar, y habló enérgicamente del asunto que Herodes quería saber. Le dijo que esperase a Aquél que debía venir; que no permanecería mucho tiempo bautizando, que debía ceder el lugar a Aquél de quien era sólo su precursor. Habló de tal manera a Herodes que éste entendió que trataba su asunto y conocía su intención. Herodes le presentó un rollo muy grande que contenía su procedimiento; pero Juan no quiso

manchar sus manos de bautizador tocando el escrito. Vi luego a Herodes, muy contrariado, abandonar el lugar con su séquito. Vivía en esa ocasión cerca de los baños de Kallirrohe, a pocas horas del baptisterio. Herodes había dejado a unos delegados con el rollo para que lo leyera Juan, pero inútilmente: Juan volvió al lugar del bautismo. He visto a las mujeres que iban con el rey: estaban vestidas lujosamente, pero con decencia. Magdalena estaba adornada más fantásticamente por este tiempo.

Se celebra ahora una fiesta de tres días junto a la piedra del pasaje de los hebreos. Los discípulos de Juan adornaron el lugar con plantas, coronas y flores. Veo entre ellos a Pedro, Andrés, Felipe, Santiago el Menor, Simón y Tadeo y muchos de los futuros discípulos de Jesús. El paraje era aun sagrado para los piadosos israelitas; pero esta veneración estaba muy decaída y Juan volvió a renovarla. Vi a Juan y algunos de los suyos con vestiduras que parecían sacerdotales. El Bautista tenía, sobre un vestido oscuro, otro blanco, largo; estaba ceñido con una faja amarilla, entretejida de franjas blancas, de la cual pendían borlas. Sobre los dos hombros llevaba una gran piedra preciosa donde estaban grabados seis nombres en cada lado de las doce tribus de Israel. En el pecho tenía un escudo cuadrado, amarillo y blanco, sujeto de las cuatro puntas con cadenillas de oro. Sobre el escudo había también doce piedras grabadas con los nombres de las doce tribus. Del hombro le colgaba una banda como estola entretejida de amarillo y blanco que le llegaba muy abajo y terminaba en borlas. Sobre el vestido exterior en la parte baja habían cosido brotes de frutas en seda blanca y amarilla. Llevaba la cabeza descubierta, pero en la espalda le colgaba una especie de capucha que podía alzar sobre la cabeza hasta la frente y terminaba en punta. Delante de la piedra donde había estado el Arca de la Alianza había un altar pequeño, casi cuadrado, vacío en el medio y cubierto con una rejilla; debajo un agujero para la ceniza y en los cuatro costados caños huecos como cuernos. Juan y varios discípulos estaban con vestiduras que me recordaban a las que vi cuando los apóstoles celebraban los misterios en los primeros tiempos. Estos ayudaban en el sacrificio. Se incensó el lugar y Juan quemó varias hierbas aromáticas, plantas y creo que también granos de trigo sobre el altar, que era transportable. Se habían congregado muchísimos que esperaban ser bautizados. Las vestiduras sacerdotales fueron preparadas en este lugar del bautismo, porque moraban

ahora mujeres en los alrededores del Jordán y ellas hacían toda clase de ornamentos y utensilios para Juan. Con todo, no eran bautizadas allí. Parecía como si Juan comenzaba una iglesia nueva con un culto propio. Ya no lo veía trabajar como antes con sus propias manos y se ponía para bautizar una larga vestidura blanca. Lo he visto aún preparar él solo el lugar del bautismo de Jesús, mientras los discípulos le traían lo necesario.

Juan dijo en este día de fiesta un gran sermón muy animado. Estaba, con sus vestiduras sacerdotales, sobre la tienda, que tenía una galería en torno como había visto en las tiendas en el país de los Reyes Magos. Alrededor habían levantado graderías donde se colocaba la gente, en esta fiesta; era una incontable muchedumbre. Habló del Salvador que le había enviado, y al cual él no había visto aún, y habló del paso del Jordán por los israelitas. Luego, en el interior de la tienda, hubo de nuevo ofrecimiento de incienso y se quemaron hierbas. Desde Maspha hasta la Galilea había corrido la voz de que Juan iba a pronunciar un gran sermón, y así fué como se congregó una muchedumbre tan grande. Los esenios estaban todos presentes. La mayoría de los oyentes llevaban vestiduras largas y blancas. Venían hombres y mujeres, las mujeres generalmente montadas sobre asnos, en medio de alforjas, con palomas y comestibles, mientras los hombres guiaban los animales. Los hombres ofrecían panes en sacrificio, y las mujeres, palomas. Juan estaba detrás de una reja y recibía los panes: eran depositados sobre una mesa con rejilla, purificaban con harina y luego, amontonados, eran bendecidos por Juan y alzados a lo alto en ofrecimiento. Estos panes eran luego divididos en pedazos y repartidos; a los que venían de más lejos les tocaba partes mayores por estar más necesitados. La harina que caía y los pedazos de panes desprendidos eran pasados a través de la rejilla y quemados en el altar. Las palomas eran distribuídas entre los necesitados. Esto duró casi medio día. Toda la fiesta duró, con el Sábado, tres días. Después volví a ver a Juan en el baptisterio.

XXXIII

Brota la isla para el bautismo de Jesús en el río Jordán

Agosto 23 y 24. — El Bautista habló a sus discípulos acerca de la proximidad del bautismo del Mesías. Afirmó nuevamente que no le había visto aún, pero añadió: “Yo quiero enseñaros

el lugar de su bautismo. Mirad: las aguas del Jordán se habrán de dividir y se formará una isla". En ese momento las aguas del Jordán se dividieron en dos y se levantó sobre la superficie una pequeña isla redonda y blanquecina. Era el mismo lugar por donde los hijos de Israel pasaron el Jordán con el Arca de la Alianza y donde Elías dividió con su manto las aguas. Se produjo una gran conmoción entre los presentes: oraban y daban gracias a Dios. Juan y sus discípulos trajeron grandes piedras, que pusieron en el agua, y luego, con ramas, árboles y plantas acomodaron un puente hasta la isla y cubrieron el pasaje con piedras pequeñas y blancas. Cuando terminaron el trabajo, se veía correr el agua bajo el puente. Juan y sus discípulos plantaron doce árboles en torno de la islita y unieron sus copas para formar un techo con el follaje. Entre estos arbolillos pusieron cercos de varias plantas que nacen muchas a orillas del Jordán. Tenían brotes blancos y colorados, y frutos amarillos, con una pequeña corona, como nísperos. La isla que había surgido en el lugar donde había estado depositada el Arca de la Alianza a su paso por el Jordán, parecía de roca, y el fondo del río, más levantado que en tiempos de Josué. El agua, en cambio, me pareció más profunda; de modo que no sabría decir si el agua se retiró más o la isla se levantó sobre el agua, cuando Juan la hizo comparecer para formar el baptisterio de Jesús. A la izquierda del puente, no en el medio, sino más bien al borde de la isla, hizo una excavación, a la cual afluía un agua clara. Llevaban a esta fuente algunas gradas; en la superficie del agua había una piedra triangular, plana, de color rojo, donde debía estar Jesús durante su bautismo. A la derecha se levantaba una esbelta palmera con frutos, la cual habría de abrazar Jesús. El borde de esta fuente estaba delicadamente trabajado y todo el conjunto presentaba un hermoso aspecto.

Cuando Josué llevó a los israelitas a través del Jordán, he visto que el río estaba muy crecido. El Arca de la Alianza fué llevada bastante distante del pueblo hacia el Jordán. Entre los doce que la conducían y acompañaban figuraban Josué, Caleb y otro personaje, cuyo nombre suena como Enoi. Llegados al Jordán tomó uno solo la parte delantera del Arca que solían llevar dos; los otros sostenían por detrás y en el instante en que el pie del Arca tocó las aguas, éstas se aquietaron, pareciendo como gelatinas que subían unas sobre otras, formando una muralla o más bien una montaña que se podía ver desde la ciudad de Zarthan. Las aguas que corrían al Mar Muerto se perdieron en

el mar, y se pudo pasar a pie enjuto por el lecho del Jordán. Así cruzaron los israelitas que estaban distantes del Arca por el lecho del río. El Arca fué llevada por los levitas aguas adentro, donde había cuatro piedras cuadradas colocadas con regularidad. Eran estas piedras de color de sangre y a cada lado había dos hileras de seis piedras triangulares, planas y trabajadas. Los doce levitas dejaron el Arca de la Alianza sobre las cuatro piedras del medio y pasaron doce por cada lado sobre las otras piedras triangulares que tenían su cono hundido en las aguas. Otras doce piedras triangulares fueron colocadas a distancia: eran muy gruesas, de colores diversos, grabadas con figuras y dibujos con flores. Josué eligió a doce hombres de las doce tribus para que llevaran sobre sus espaldas desnudas estas piedras y a distancia una serie de dos hileras para recuerdo del pasaje. Más tarde se levantó allí una población. Fueron grabadas en las piedras los nombres de las doce tribus y los de los que llevaron las piedras. Las piedras sobre las cuales estuvieron los levitas eran más grandes, y cuando pasaron el río, las piedras fueron vueltas con las puntas hacia arriba.

Las piedras que habían estado fuera del agua, no eran ya visibles en tiempos de Juan Bautista: no sé si fueron destruídas por las guerras o estaban simplemente cubiertas por tierra y escombros. Juan había levantado su tienda en el lugar de ellas. Más tarde hubo una iglesia allí, creo que en tiempos de Santa Elena. El lugar donde había estado el Arca de la Alianza es exactamente el mismo de la isla y de la fuente donde fué bautizado Jesús. Cuando los israelitas pasaron con el Arca y hubieron erigido las doce piedras, el Jordán volvió a seguir su curso como antes. El agua de la fuente del bautismo de Jesús era de tal hondura que desde la orilla sólo se podía ver desde el pecho cuando estaba un hombre dentro. La profundidad algo escalonada y esta fuente octogonal, que medía como cinco pies de diámetro, estaba rodeada de un borde, cortado en cinco lugares, desde donde podían algunas personas presenciar el acto. Las doce piedras triangulares sobre las cuales habían estado los levitas se alzaban a ambos lados de la fuente bautismal de Jesús con sus puntas hacia arriba fuera del agua. En la fuente del bautismo yacían aquellas cuatro piedras cuadradas coloradas, sobre las cuales había descansado el Arca de la Alianza, debajo de la superficie del agua. Estas piedras aparecían con sus puntas fuera del agua en épocas de bajantes. Muy cerca del borde de la fuente había una piedra triangular, en forma de pirámide,

con la punta hacia abajo, sobre la cual estuvo Jesús cuando el Espíritu Santo vino sobre Él. A su derecha estaba la palmera, junto al borde, a la cual Jesús se sujetó con la mano, mientras a su izquierda estaba el Bautista. La piedra triangular donde estuvo Jesús, no era de las doce: me parece que Juan la trajo desde la orilla. Había allí un misterio porque he visto que estaba señalada con dibujos de flores y estrías(*). Las otras doce piedras eran también de diversos colores, dibujadas con flores y ramificaciones. Eran más grandes que las llevadas a tierra: me parece que eran al principio piedras preciosas que plantó Melquisedec desde pequeñas, cuando el Jordán no pasaba sobre ellas. He visto que en muchos lugares hacía esto; ponía los fundamentos de obras que venían luego a ser lugares sagrados o donde sucedían hechos notables, aunque por mucho tiempo quedaran en pantanos o escondidas entre matorrales. Creo también que las doce piedras que llevaba Juan en la fiesta en el escudo del pecho eran trozos de aquellas doce piedras preciosas plantadas por Melquisedec.

XXXIV

Herodes nuevamente con Juan

Septiembre 3 - 17. — Cuando Juan volvió al baptisterio fué a verlo nuevamente un grupo de unas veinte personas para pedirle cuenta de su misión. Venían de Jerusalén. Aguardaron en el sitio donde había tenido lugar la fiesta e invitaron a Juan; pero éste no se movió. Al día siguiente he vuelto a verlos a media hora del lugar donde bautizaba Juan; pero Juan no los dejó entrar en el recinto de las tiendas que estaba cercado. Vi luego que Juan, cuando terminó su trabajo, les habló desde cierta distancia: les dijo las cosas de siempre, refiriéndose al que pronto iba a venir al bautismo, a Aquél que era más que él, y al que no había visto aún personalmente. Algunas de sus preguntas, no contestó.

Más tarde he visto a Herodes, montado sobre una cabalgadura, acomodado en una especie de asiento de cajón, y a la

(*) No puede menos que reconocerse la coincidencia de estas piedras con la descripción de la Iglesia en el Apocalipsis. El Cordero está en medio de los cuatro animales, como aquí el Arca, y como Jesús en medio de las cuatro piedras simbólicas de su bautismo. Estas cuatro piedras, cuatro animales, son los cuatro testimonios o evangelistas del Cordero. Los 24 ancianos están representados por las 24 piedras que hizo colocar Josué: los jefes de las 12 tribus de Israel y los 12 apóstoles.

mujer de su hermano, con la cual vivía, también montada sobre una cabalgadura, orgullosa y atrevida, vestida con lujo y desvergüenza, que se aproximaban al lugar donde estaba Juan bautizando. La mujer se detuvo a cierta distancia, mientras Herodes bajó de su cabalgadura y se acercó a Juan y comenzó a hablar con él. Herodes litigaba con Juan porque éste le había excomulgado, prohibiéndole participación en el bautismo y en la salud del Mesías si no dejaba su escandalosa compañía. El rey le presentaba de nuevo aquel escrito en defensa de su proceder. Herodes le preguntó si sabía algo de un tal Jesús de Nazaret, de quien se hablaba mucho en el país y de quien, según había oído, recibía mensajes; si ese Jesús era el Esperado, ya que siempre hablaba de Él. Le exigía le dijese claramente, pues quería tratar su asunto con el Mesías. Juan le contestó que Jesús no le escucharía, como no le escuchaba él su demanda; que era adúltero y como tal sería tratado; que por más que presentara su caso en una forma u otra, se trataba siempre de un adulterio. Cuando Herodes le preguntó por qué le hablaba a la distancia y no se acercaba, contestóle Juan: "Tú eres ciego, y por el adulterio cometido te has vuelto más ciego aún, y cuanto más me acercare a ti más ciego te pondrías. Cuando yo esté en tu poder, harás conmigo lo que más tarde sentirás mucho haber hecho". Con esto anunciaba proféticamente su próxima muerte. Herodes y la mujer regresaron muy contrariados.

Se acerca el momento del bautismo de Jesús. Veo a Juan muy entristecido. Parecía que su tiempo iba a terminar muy pronto: ya no lo veo tan vehemente en su obra y lo veo perseguido por todos lados. Acudían ya de Jericó, ya de Jerusalén, ya de parte de Herodes, para arrojarlo del lugar del bautismo. Sus discípulos habían ocupado una parte bastante considerable de los alrededores del bautismo y por eso urgían a Juan que se retirase de allí y pasase al otro lado del Jordán. Los soldados de Herodes llegaron a deshacer hasta cierto punto el cercado, echando a la gente; con todo no llegaron a molestar en la tienda de Juan, entre las doce piedras. Juan habló muy contristado, con el ánimo decaído, con sus discípulos: deseaba ya que acudiese Jesús al bautismo; luego se retiraría de su presencia al otro lado del Jordán y no permanecería mucho tiempo en su puesto. Sus discípulos se mostraban muy tristes por las cosas que les decía y no querían que los dejase abandonados.

XXXV

Jesús es bautizado por Juan

Septiembre 19-26. — Cuando Juan recibió aviso de que Jesús se acercaba, cobró nuevos bríos para bautizar. Acudieron grupos de aquéllos a quienes Jesús había exhortado a ir al bautismo, entre ellos publicanos, y he visto a Parmenas con sus parientes de Nazaret. Juan habló a sus discípulos sobre el Mesías y se humilló ante Él de tal manera que aquéllos quedaron contristados. Llegaron también a Juan aquellos discípulos a quienes Jesús había rechazado en Nazaret: he visto a éstos hablando con Juan de Jesús y sus obras. Juan ardía de tal amor por Jesús que casi se manifestaba impaciente de que el Mesías no se declarase más abiertamente. Cuando Juan los bautizó, recibió la seguridad de que se acercaba Jesús. Vió una nube luminosa que envolvía a Jesús y a los suyos, y los vió en visión que se acercaban. Desde entonces se muestra extraordinariamente contento y ansioso y mira con frecuencia hacia el lado de donde vendrá. La islita con la fuente bautismal está toda verde y nadie va a ella fuera de Juan, cuando tiene algo que arreglar: el camino que lleva a ella está ordinariamente cerrado.

Septiembre 28. — Jesús caminaba más ligero que Lázaro y llegó dos horas antes que éste al lugar del bautismo. Era la alborada cuando llegó Jesús al mismo tiempo que otros. Éstos no lo conocían y caminaban a la par de Él; pero lo miraban con extrañeza, porque veían en Él algo admirable que no podían explicarse. Había una turba extraordinaria de gente. Juan predicaba con mayor entusiasmo de la proximidad del Mesías y de la necesidad de hacer penitencia. Decía que pronto él desaparecería. Jesús estaba en medio de los oyentes. Juan sintió su cercanía, lo veía y se mostraba muy contento y animado; pero no dejó por eso de hablar, y comenzó luego a bautizar. Había ya bautizado a muchos y eran como las diez de la mañana, cuando le tocó el turno a Jesús, que bajó a la fuente. Entonces se inclinó Juan ante Él y dijo: "Yo debo ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?..." Jesús le contestó: "Deja ahora que se haga esto; es menester que cumplamos toda justicia: que tú me bautices y Yo sea por ti bautizado". Jesús añadió: "Tú debes recibir el bautismo del Espíritu Santo y de la sangre". Entonces Juan le dijo que le siguiera a la islita. Jesús dijo que así lo haría añadiendo que deseaba que las aguas con que eran bautizados

los demás se dejasen afluir a aquel lugar, que todos los que debían ser luego bautizados fueran allí bautizados, y que el árbol que Él iba a abrazar fuera trasplantado adonde eran bautizados los demás y que todos lo tocasen al ser bautizados. El Salvador pasó con Juan y sus discípulos Andrés y Saturnino sobre el puente de la islita. Jesús se retiró a una pequeña tienda, junto a la fuente, al lado oriental, para vestirse y desvestirse. Los discípulos lo siguieron a la isla. Hasta el puente había gran multitud de gente y en la orilla del río más aún. En el puente podían permanecer hasta tres hombres: entre ellos estaba Lázaro. La fuente bautismal estaba hecha en una excavación escalonada, de forma octogonal y tenía debajo un borde de igual forma con cinco canales en el fondo que comunicaban con las aguas del Jordán. El agua llenaba la fuente por medio de entradas cortadas en los bordes. Tres de estas entradas eran visibles en la parte Norte, por donde las aguas entraban y dos salidas estaban cubiertas en la parte Sur de la fuente; por aquí se pasaba y por este lado no se veía el agua rodeando la fuente. Del lado Sur subían unas gradas de hierbas verdes. La isla misma no era del todo plana, sino un tanto más elevada en el medio, rellenada con piedras y partes blandas, todo cubierto de verdor. Los nueve discípulos de Jesús, que en los últimos tiempos estaban con Él, acercáronse a la fuente y permanecieron en el borde. Jesús dejó en la tienda su manto, su faja y su vestido de lana amarilla abierto por delante y cerrado con cintas, una banda de lana más angosta cruzada sobre el pecho, que alzaba sobre la cabeza por la noche o en la intemperie, y quedó con un vestido oscuro, con el cual salió de la tienda, para entrar en el agua, donde, por la cabeza, se quitó también esta prenda de vestir. Tenía, dentro del agua, sólo una banda desde la mitad del cuerpo a los pies. Todos sus vestidos los recibió Saturnino, el cual se los pasó a Lázaro, que estaba al borde de la fuente. Jesús bajó a la fuente, donde quedó cubierto por las aguas hasta el pecho. Con la mano izquierda se asió a la palmera y puso la derecha en el pecho, mientras la faja blanca flotaba sobre las aguas. Juan estaba en la parte Sur de la fuente; tenía en la mano un recipiente de borde ancho del cual salía el agua por tres aberturas. Se inclinó, tomó agua con el recipiente y la vertió en tres líneas sobre la cabeza del Salvador. Una línea de agua cayó sobre la parte anterior de la cabeza y la cara; otra, en medio de la cabeza, y la tercera en la parte posterior. No recuerdo bien las palabras que dijo Juan al bautizar, pero fueron más

o menos éstas: "Jehová, por medio de los Serafines y Querubines, derrame su bendición sobre Tí, con ciencia, inteligencia y fortaleza". No recuerdo bien si fueron estas tres últimas palabras; pero eran tres gracias o dones para el espíritu, el alma y el cuerpo, y allí estaba contenido todo lo que cada uno necesita para presentar al Señor un espíritu, un alma y un cuerpo renovados. Mientras Jesús salía fuera del agua, los discípulos Saturnino y Andrés, que estaban a la derecha del Bautista, sobre la piedra triangular, sostenían una tela, que pusieron sobre Él para que se secara, y una túnica blanca y larga. Al detenerse Jesús sobre la piedra triangular roja, a la derecha de la entrada de la fuente, pusieron sus manos sobre sus hombros, y Juan sobre su cabeza. Hasta entonces se ponía a los bautizados sólo un paño pequeño; pero después del bautismo de Jesús se usó otro más extenso.

XXXVI

La voz del Padre después del bautismo

Cuando estaban por subir las gradas para salir de la fuente se oyó la voz de Dios sobre Jesús, detenido solo en la piedra en oración. Llegó como una ráfaga de viento desde el cielo y un trueno; de modo que todos los presentes se atemorizaron y miraron hacia arriba. Descendió una nube blanca luminosa, y yo vi una figura alada sobre Jesús, que le llenó como un torrente. He visto el cielo abierto, y vi la aparición del Padre celestial en forma y rostro común, y oí la voz que resonaba: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias". Era una voz como dentro del trueno. Jesús estaba completamente rodeado de luz y apenas se le podía mirar: su rostro era transparente. He visto ángeles en torno de Él.

A cierta distancia, sobre las aguas del Jordán, vi a Satanás en figura oscura, como nube negra, donde se agitaba una confusión de sabandijas y de reptiles de todas clases: era la representación de cómo todo lo malo, todo lo pecaminoso, todo lo ponzoñoso de la región se concentraba allí, en su origen, huyendo de la presencia del Espíritu Santo que se había difundido en Jesús. Era algo espantoso y horrible, que contrastaba mejor con la claridad y la luz que se difundía en torno de Jesús y del lugar del bautismo. La misma fuente brillaba hasta el fondo; todo estaba como transfigurado. Se veían las cuatro piedras, sobre las cuales había estado el Arca de la Alianza, resplandecer con

brillo de regocijo en el fondo de la fuente, y en las doce piedras donde habían estado los levitas aparecieron ángeles en oración, porque el Espíritu de Dios había dado testimonio delante de todos los hombres sobre Aquél que debía ser la piedra viva, la piedra preciosa elegida, la piedra angular de la Iglesia. De este modo nosotros debemos, como piedras vivas, formar un edificio espiritual y un espiritual sacerdocio, para poder ofrecer a Dios sacrificios aceptables, como sobre un altar, por medio de su Hijo divino en quien sólo encuentra sus complacencias.

Después de esto, Jesús se dirigió a la tienda. Saturnino le trajo sus vestidos, que Lázaro había tenido en custodia, y Jesús volvió a ponérselos. Ya vestido, salió Jesús de la tienda, y, rodeado de sus discípulos, se colocó en el lugar libre de la isla al lado del arbolito central. Entonces Juan habló con viveza y gran alegría al pueblo, dando testimonio de Jesús, diciendo que era el Hijo de Dios y el prometido y esperado Mesías. Para confirmar su testimonio recordó las profecías de los patriarcas y profetas y señaló su cumplimiento, diciendo lo que él había visto y lo que todos habían oído ahora, agregando que no bien Jesús volviera, después de una ausencia, él, Juan, desaparecería del lugar. Dijo también que en ese lugar había estado el Arca, cuando Israel recibió en herencia la tierra prometida y que ahora se producía el cumplimiento de la Alianza, de lo cual daba testimonio el mismo Dios Padre en su Hijo divino. Recomendóles que siguiesen a Jesús, llamando feliz el día del cumplimiento de la promesa para Israel.

Mientras tanto habían llegado otras personas, entre ellas amigos de Jesús: Nicodemo, Obed, José de Arimatea, Juan Marcos y otros varios que había visto entre la turba. Juan dijo a Andrés que hablase en Galilea del bautismo de Jesús como Mesías. Jesús, por su parte, dió testimonio de Juan, afirmando que había hablado verdad; añadió que se alejaría por algún tiempo; pero que luego viniesen a Él todos los enfermos y afligidos, pues quería consolarlos y ayudarlos; que se preparasen entretanto con penitencia y buenas obras. Dijo que se alejaba por algún tiempo para luego entrar en el reino que su Padre le había encomendado. Jesús expresó esto como en la parábola del Hijo del Rey, que antes de cumplir la voluntad de su Padre, quería recogerse, implorar su ayuda y prepararse. Había entre los oyentes algunos fariseos, los cuales tomaron estas palabras en un sentido burlesco, diciendo: "Quizás no sea el hijo del carpintero, como pensamos, sino el hijo bastardo de algún rey,

y ahora quiere ir allá, juntar gente y luego venir a tomar Jerusalén". Les parecía todo esto muy curioso e insensato.

En cuanto a Juan continuó ese día bautizando a los presentes sobre la isla de la fuente de Jesús: eran, en su mayoría, de los escasos hombres que fueron más tarde discípulos de Jesús. Entraban en el agua que rodeaba la fuente y Juan los bautizaba desde el borde. Jesús, con sus nueve discípulos y otros que se le agregaron, partió de allí. Le siguieron Lázaro, Andrés y Saturnino. Habían llenado, por orden de Jesús, un recipiente con el agua del bautismo de Jesús y lo llevaban consigo. Los presentes se echaron a los pies de Jesús, rogándole se quedara con ellos. Jesús les prometió volver muy pronto, y se alejó.

XXXVII
Jesús predica en la sinagoga de Luz

Septiembre 29 y 30. — Jesús se dirigió con sus acompañantes hacia un pequeño lugar a un par de horas de Jerusalén: el nombre sonaba como Bethel. Había allí un hospital con muchos enfermos. Jesús entró y tomó algún alimento con sus discípulos. Acudieron muchas personas, que lo saludaron ceremoniosamente como a un profeta, pues ya se sabía lo que Juan decía de Él. Jesús recorrió luego los lechos de los enfermos, los consoló y les dijo que volvería de nuevo y los sanaría si creían en Él. Sanó sólo a un enfermo que estaba en la tercera cámara: hallábase este enfermo muy consumido, tenía en la cabeza llagas y granos. Jesús lo bendijo y le mandó que se levantara. El hombre se levantó al punto y se hincó delante del Salvador. Saturnino y Juan bautizaron aquí a algunas personas. Jesús mandó traer un recipiente de agua grande, donde podía caber un niño y lo hizo colocar sobre una tarima de la habitación; bendijo el agua, y con una ramita esparció algo dentro de ella: creo que fué el agua traída de la fuente de Jesús. Los bautizandos se cubrían hasta el pecho, se inclinaban hacia la fuente, y Saturnino los bautizaba. Decía palabras que Jesús le había enseñado; pero ya no las recuerdo claramente. Jesús celebró aquí el Sábado y después envió a Andrés a Galilea.

Jesús entró en una ciudad que se llama Luz; fué a la sinagoga, donde hizo una larga explicación declarando cosas ocultas de la santa Escritura, que eran figuras de las presentes. Recuerdo que dijo, hablando de los hijos de Israel, que después que

hubieron pasado el Mar Rojo anduvieron peregrinando tanto tiempo en el desierto por causa de sus pecados; más tarde pasaron el Jordán y entraron en la tierra prometida; que había llegado el tiempo en que esto era realidad en el bautismo del Jordán. Entonces era sólo una figura: ahora debían permanecer y cumplir los mandamientos de Dios, para entrar en la tierra prometida de la celestial Jerusalén y ciudad de Dios. Ellos pensaban en una Jerusalén libertada del yugo de los romanos. Habló del Arca de la Alianza y de la severidad de la antigua Ley, pues quien se acercaba al Arca recibía la muerte. Ahora se ha cumplido el tiempo de la Ley y vino el tiempo de la Gracia, que trae el Hijo del Hombre. Dijo que ahora era el tiempo en que el ángel lleva a Tobías a la tierra prometida, el cual había estado tanto tiempo viviendo fiel a los mandamientos de Dios, como prisionero. Habló también de la viuda Judit, que cortó la cabeza al ebrio Holofernes y libró a la oprimida Betulia: ahora habría de crecer y prosperar aquella Virgen, que existe desde la eternidad, y muchos soberbios Holofernes que oprimían a Betulia, habrían de caer. Aludía a la Iglesia y a su triunfo sobre los príncipes soberbios de este mundo. Jesús recordó muchos hechos semejantes que ahora tendrían cumplimiento. Nunca decía: "Yo soy Ése". Hablaba siempre en tercera persona. Refirióse también a las normas para seguir la ley, de que modo debían dejarlo todo y no tener preocupación demasiada por lo temporal, porque era mucho más importante ser regenerado y nacido de nuevo que andar en busca de la comida; que, por lo demás, si estaban regenerados por el agua y el Espíritu Santo, el mismo que los había hecho renacer cuidaría de su alimento y vestido. Dijo que los que quisieran seguirle debían dejar a sus parientes y abstenerse de mujeres, porque no era tiempo de sembrar sino de recoger. Habló también del pan del cielo.

Todos lo escuchaban respetuosos y admirados, pero todo lo entendían de modo material y corporal. Aquí se despidió Lázaro; los otros amigos de Jesús se habían despedido en el Jordán. Las santas mujeres, que estaban en Jerusalén, en casa de Susana, se pusieron en marcha a través del desierto. Jesús con sus discípulos partió de Luz hacia el Sur, atravesando el desierto. Durante el camino, mientras Jesús y sus discípulos pasaban entre una hilera de datileros, éstos tuvieron escrúpulo de juntar y comer los frutos que habían caído en tierra. Jesús les dijo que los comiesen tranquilamente y que no fuesen tan miedosos y

meticulosos; que cuidasen la limpieza del alma en sus conversaciones y en sus acciones, y no tanto en las cosas que son para comer. En este viaje vi que Jesús visitó a unos diez enfermos en unas casitas desparramadas: a algunos los consoló y a otros los sanó. Algunos de ellos le siguieron después.

XXXVIII

Jesús en Ensemes

Octubre 2. — He visto a Jesús llegar a un pequeño pueblo llamado Ensemes, donde le salieron al encuentro algunas personas, ya avisadas de la llegada del nuevo profeta. Lo rodearon muchos, con sus criaturas tomadas de la mano, lo saludaron con solemnidad y se echaron a sus pies humildemente. Jesús los levantaba familiarmente, con bondad. Lo llevaron a su casa gente de noble alcurnia. Los fariseos lo llevaron a su escuela: eran bien intencionados y se alegraban de tener a un profeta entre ellos. Pero cuando supieron por los discípulos que era hijo de José, el carpintero de Nazaret, comenzaron a advertirle detalles que a ellos no les parecía bien. Creían que era profeta, y cuando Jesús habló del bautismo, preguntaron ellos, para tener motivo sobre qué murmurar, cuál de los dos bautismos era mejor: el de Juan o el suyo. Jesús les repitió lo que el Bautista había dicho de su bautismo y del bautismo del Mesías, y añadió que el que despreciaba el bautismo de Juan, despreciaría también el del Mesías. Con todo, Él nunca decía: "Yo soy", sino que hablaba en tercera persona, o como dice en el Evangelio: "El Hijo del hombre". En la casa donde se alojó tomó su alimento y oró con sus discípulos antes de ir al descanso. De Ensemes partió con sus acompañantes a través del torrente Cedrón, en la Judea. Casi siempre iba por caminos pocos frecuentados y cruzaba los valles, que habían recorrido María y José cuando fueron a Belén. Ahora hay mucha neblina en el país y hace bastante frío: veo a veces nieve o rocío y helada en los valles; pero en la parte donde hiere más el sol todo se presenta verde y hermoso. Aun cuelgan frutos de los árboles. Durante el camino veo a Jesús y a sus discípulos comer de estos frutos.

Evita entrar en las grandes ciudades, porque en todas partes ha corrido la fama de las cosas sucedidas en su bautismo y del testimonio de Juan. También en Jerusalén se advierte alarma por estos acontecimientos. Jesús quiere presentarse sólo después

de su vuelta del desierto de Galilea, y si anda ahora por estos lugares es por amor a los enfermos o para mover a otros al bautismo. No va siempre con todos sus discípulos: a veces no veo más que a dos de ellos con Él. Los otros se desparraman por las calles por donde pasan y rectifican lo que se dice de Jesús. En general están entusiasmados con Juan y creen que Jesús es sólo un ayudante del Bautista; y así le llaman su ayudante. Los discípulos les cuentan la aparición del Espíritu Santo y la voz que oyeron del Padre y repiten lo que Juan dice de sí mismo: que él no es sino el precursor y preparador de los caminos, y por eso es tan recio y severo como quien dispone el camino. Por esta causa acuden a veces a Jesús los pastores y tejedores de estos valles, que oyen a Jesús bajo los árboles o galpones, y se echan a sus pies, mientras Jesús los bendice y los exhorta al bien. Mientras andan explica Jesús a sus discípulos que las palabras que han oído del Padre: "Este es mi Hijo amado", las dice también para todos los que reciben sin pecado el bautismo del Espíritu Santo.

Esta comarca es la misma que recorrieron José y María cuando fueron a Belén. José conocía mejor estos lugares porque su padre había tenido campos de pastoreo. José habíase apartado como de un día y medio de Jerusalén para evitar las grandes ciudades y por pequeñas etapas prefería pasar por estos lugares, donde las chozas de los pastores estaban más unidas. Mucho le costaba a María estar cabalgando largo tiempo, como también andar a pie. La población principal a la que ahora se dirige Jesús estaba formada por dos casas de pastores, a las cuales habían llegado antes José y María. Se detuvo primero en aquella casa donde había sido mal recibida la Virgen. El dueño de casa era un anciano grosero. Ahora tampoco quería recibir a Jesús. Tenía el aire como el de algunos de nuestros campesinos de hoy, que parecen decir: "¿Qué me importa a mí todo esto? Yo pago los derechos y voy a la iglesia". Por lo demás, viven luego como quieren. Así decían aquellas gentes: ¿Para qué necesitaban todo esto? Tenían la ley de Moisés, ésta la había dado Dios y no necesitaban más. Jesús les habló de la hospitalidad y de la caridad con el prójimo, que los antiguos patriarcas habían ejercitado. ¿Dónde, en efecto, estarían la bendición y la ley, si Abrahán no hubiese recibido al ángel que se las traía?... Les expuso luego esta parábola: Quien rechaza a una madre, que trae al hijo en su seno, cansada, golpeando a su puerta, y se burla del hombre que amigablemente le pide hospe-

daje, ése rechaza también la salud que el Hijo le trae. Jesús dijo esto tan claramente que parecía un rayo que hería el corazón del hombre duro. Esta era la casa donde José y María habían sido despedidos sin piedad. He reconocido muy bien la casa. Los viejos de ella tuvieron grandísima confusión, porque sin que Jesús nombrase a José y a María, les dió a entender todo lo que ellos habían hecho con la Sagrada Familia. Entonces uno de ellos se echó a los pies de Jesús, y le pidió se hospedase con él, pues seguramente, dijo, es un profeta Aquél que sabe todo lo que sucedió aquí treinta años atrás. Jesús no tomó alimento en su casa, como el hombre deseaba, y dijo, enseñando a los pastores reunidos, que muchas cosas que se hacen son preparación y semilla de otras que se harán, y que el arrepentimiento y la penitencia pueden destruír las raíces de los malos sentidos por el bautismo del Espíritu Santo, que hace renacer al hombre y llevar frutos de vida eterna.

De aquí salió recorriendo otros valles, enseñando en diversos lugares. Algunos poseídos gritaban a su paso, pero callaban cuando Él lo mandaba. Jesús llegó a otra casa de pastores, sobre una altura, donde también había estado la Sagrada Familia en su paso a Belén. El dueño tenía gran cantidad de ganado. A lo largo del valle vivían pastores y fabricantes de tiendas. Habían tendido grandes lonas como toldos y trabajaban al aire libre de común concierto. Había ganado y animales silvestres; las palomas andaban en grandes bandadas, como las gallinas, en torno de la casa, como también otras aves grandes de larga cola. En el campo veíanse muchos corzos con pequeños cuernos: eran domésticos y se mezclaban con el ganado. Aquí fué recibido Jesús muy amistosamente. La gente de la casa, los vecinos y los niños le salieron al encuentro y se arrodillaban ante Él. Había algunos jóvenes en la casa, hijos del anciano que aún vivía y que había hospedado a José y a María; era de pequeña estatura, inclinado y caminaba con un bastón. Jesús tomó algunos alimentos, frutas y verduras, que se mojaban en salsa, y comieron pequeños panes al rescoldo. Esta gente era muy piadosa e instruída. Llevaron a Jesús a la misma camara donde habían hospedado a María, que habían convertido en lugar sagrado de oración. Constituía sólo una repartición de la casa, pero la habían aislado haciéndole un camino; habían deshecho los cuatro ángulos de la casa, formando un octógono, y el techo lo habían recogido en un cono truncado. Colgaba una lámpara y en medio del techo había una abertura que podía abrirse a voluntad. De-

lante de la lámpara había una mesa angosta semejante a un banco de comunión, entre nosotros, donde se podía rezar apoyado al banco. Todo estaba limpio y ordenado como una capilla. El anciano llevó a Jesús y le mostró el lugar donde había descansado su Madre y donde su abuela Ana también se había hospedado en su paso a Belén, cuando fué a visitar a María en la gruta de Belén. Esta gente sabía del nacimiento de Jesús, de la adoración de los Reyes Magos, de la profecía de Simeón y Ana en el templo, de la huída a Egipto y de la enseñanza del Niño Jesús en el templo. Algunos de estos días los festejaban con oraciones en este lugar, creyendo, esperando y amando con fidelidad. Preguntaban a Jesús con simplicidad: "¿Cómo será esto? En Jerusalén, entre los grandes, se dice que el Mesías será un rey de los judíos, que restituirá la grandeza del reino y lo librará del yugo de los romanos. ¿Será esto así como lo dicen ellos?" Jesús les declaró todo en la parábola de un Rey que manda a su Hijo para ocupar el trono, restablecer el santuario y librar a sus hermanos del yugo; pero que ellos no reconocerían al Hijo enviado, lo perseguirían y maltratarían... pero que Él sería levantado, y así los atraería a todos al reino celestial de su Padre, si guardaban sus mandamientos. Fué mucha gente con Jesús al lugar de oración y Él enseñó y sanó a algunos enfermos. El anciano pastor llevó a Jesús a casa de una vecina, que desde hacía años estaba en cama enferma de gota. Jesús la tomó de la mano y le mandó que se levantase. Ella al punto obedeció, se hincó y le acompañó hasta la puerta. Andaba encorvada como la suegra de Pedro. Jesús se hizo llevar luego a un valle profundo donde había muchos enfermos: sanó a algunos y consoló a todos. Los curados fueron sólo unos diez.

Juan bautiza aún y va mucha gente a él. El árbol que tocó Jesús durante su bautismo fué trasplantado al medio de la gran fuente y está verde y hermoso. Esta fuente bautismal tiene gradas desde la orilla y varias lenguas de tierra que se internan hasta el lago. La gente va pasando una tras otra; entran por un lado y salen por el opuesto.

Octubre 3. — Cuando Jesús dejó la casa del pastor, que está como a cinco horas de Belén, lo acompañaron algunos hombres, parientes de aquellos pastores que habían visitado a Jesús en el pesebre. Por esto se mostraban tan bien dispuestos con Jesús. El Salvador y sus discípulos anduvieron por muchos recovecos y reunieron, aquí y acullá, grupos de pastores y trabajadores, a quienes Él enseñaba con parábolas y comparaciones de sus

propios oficios. Los exhortó aún a ir al bautismo de Juan y a la penitencia, y les habló de la proximidad del Mesías y de la salud. En una ladera del monte, en un buen lugar del camino de Jesús, he visto a la gente trabajando en faenas de campo: en los viñedos y en los trigales. Vi llevar trigo, arar y sembrar, pues esa región es muy fértil, aunque en otras veo heladas y nieve en los valles. El trigo no estaba en gavillas, sino que era cortado bajo la espiga un medio pie y los manojos estaban atados de tal manera por medio que a ambos lados salían las espigas. Estos atados yacían en montones juntos. Los campesinos no llevaban estos atados a sus casas, como en tiempo de la cosecha terminada: quedaban allí formando pequeñas montañas, y ahora, que comienza el tiempo de las lluvias, eran cubiertas con heno mientras preparan de nuevo los campos. Los granos eran cortados con una cuchilla curvada, el heno amontonado y emparvado luego. Cuando lo llevaban dentro lo hacían sobre unos carritos que tiraban cuatro hombres. El heno lo tenían en hileras y arrollado en paquetes, quizás para quemar. En otras partes araban con arados sin ruedas y lo tiraban los hombres. El arado que veía era a modo de un trineo con tres tramos cortantes, agravados con pesos; entre ellos estaba el yugo; no era generalmente guiado, y lo tiraban personas o asnos. Araban a lo largo y de través. Sus rastras eran triangulares, con la parte ancha adelante y marchaban muy bien. Donde la tierra era pedregosa arañaban un poco, y algo crecía también allí. Los sembradores tenían las bolsas de semillas delante y atrás, a veces sobre el pescuezo con los dos cabos caídos sobre el pecho. He visto sembrar ajo y una planta con grandes hojas, que creo la llaman durra. Los discípulos reunían a estos trabajadores en los caminos y Jesús les hablaba en parábolas sobre arar, sembrar y cosechar. A los discípulos les decía que debían sembrar por medio del bautismo, y designó a algunos, entre ellos a Saturnino, para que bautizasen en el Jordán por algún tiempo. Les dijo que esto será la semilla y luego cosecharían ellos después de dos meses, como las gentes que sembraban aquí. Habló de la paja, que sería destinada al fuego. Mientras Jesús enseñaba, vino una turba de trabajadores desde Sichar: tenían palas, hachas y largos palos; parecían esclavos que trabajaban en una obra pública y se dirigían ahora a sus casas. Quedaron muy sobrecogidos, no atreviéndose a unirse a los judíos y escucharon desde cierta distancia. Jesús los llamó diciéndoles que su Padre celestial los llamaba a todos por medio de Él, hablando de la igualdad de todos ante Dios, de los que hacen

penitencia y se bautizan. Estos pobres hombres se conmovieron tanto al ver la mansedumbre y la bondad de Jesús, que le rogaron de rodillas quisiera ir con ellos a Samaría a ayudarles. Jesús les contestó que iría después, que ahora tenía que aislarse para prepararse a entrar en el reino al que su Padre celestial le había mandado. Los pastores lo llevaron por otros caminos que había recorrido su santa Madre. Como Jesús conocía mejor que ellos estos caminos, le decían: "Señor, Tú eres un profeta y un buen Hijo, puesto que conoces bien los pasos de tu santa Madre y los vas recorriendo". Después de haber enseñado y exhortado, Jesús se encaminó hacia el pueblo de Bethabara. Era de tarde cuando llegó con sus discípulos, y al aire libre subió a una tribuna para la enseñanza que estaba a la sombra de los árboles. Congregáronse muchos oyentes y mostraron buenos sentimientos con Jesús.

XXXIX

Jesús en el valle de los pastores de Belén

Octubre 4. — Jesús, acompañado por muchos oyentes, se dirigió al valle de los pastores, como a tres horas y media de camino de este lugar. Lo vi con sus discípulos bajo una techumbre donde comían bayas coloradas y granos que habían recogido. Los discípulos se desparramaron en distintas direcciones y Jesús les señaló el sitio donde volverían a reunirse con Él. Los discípulos exhortaban a las gentes al bautismo y les hablaban de Jesús; algunos hombres fueron con ellos hasta el lugar señalado por Jesús. Jesús iba por caminos y vericuetos. Lo he visto a menudo pasar la medianoche en oración sobre colinas solitarias; así ocupaba el tiempo de sus viajes. He oído que los discípulos decían a Jesús que no se arruinase la salud con su vida tan dura, con su caminar descalzo, con sus ayunos y velas nocturnas, con estos fríos y tiempos húmedos. Jesús los oyó con bondad, pero continuó su vida mortificada como siempre. En la alborada he visto a Jesús con sus discípulos subir por la ladera de una montaña en el valle de los pastores. Los habitantes de los alrededores ya tenían noticias de su venida. Todos estaban bautizados por Juan y algunos de ellos habían tenido como visiones y prevenciones de la llegada de Jesús y vigilaban siempre por donde debía llegar el Salvador. Lo vieron resplandeciente, lleno de luz, bajar de la montaña hacia su valle. Muchas de estas personas sencillas tenían dones extraordinarios. Tocaron en seguida un cuerno llamando

la atención de los que vivían lejos, para que se congregaran. Seguían esta costumbre en toda ocasión solemne. Todos acudían al encuentro del Señor, y se arrojaban a su paso, avanzando humildemente el cuello en señal de sumisión, mientras sostenían en las manos sus largos bastones de pastor. Llevaban jubones cortos de piel de ovejas, abiertos algunos en el pecho; les llegaban hasta las rodillas. Sobre los hombros tenían sacos atravesados. Saludaron al Salvador con palabras de los salmos, que se referían a la venida del Mesías y la acción de gracias de Israel por el cumplimiento de las profecías. Jesús se mostró muy bondadoso con ellos y les habló de su estado dichoso. Enseñaba en una u otra de las chozas que estaban a lo largo del valle de los pastores; sus enseñanzas iban acompañadas de comparaciones del pastor y las ovejas.

Después, acompañado por ellos mismos, se trasladó hasta la torre de los pastores en Belén, construída en medio del valle, sobre una altura, con un fundamento de gruesas piedras. Se componía de un parapeto bastante alto de tirantes y estaba reforzado con árboles de hojas perennes. Colgaban esteras de él y tenía escalones desde afuera para subir a las galerías y de tanto había pequeñas garitas de observación. A la distancia tenía el aspecto de un buque alto con velas extendidas y guardaba semejanza con las torres que vi en el país de los Reyes Magos usadas para observar las estrellas. Desde esa torre veían toda la comarca, se distinguía a Jerusalén y aún la montaña de la tentación de Jesús. Los pastores observaban desde esta torre el camino y el ganado y vigilaban las posibles irrupciones de ladrones, pues desde allí daban aviso a los habitantes del valle. Los demás pastores vivían con sus familias en un circuito a cinco horas de camino de la torre; tenían sus campos, jardines y huertas. El lugar de la torre era el de las reuniones generales; tenían allí el depósito de sus herramientas y acudían a recibir los alimentos. A lo largo de la colina había chozas y casitas y había una casa o galpón muy amplio, donde vivían las mujeres que preparaban la comida para los pastores. Estas mujeres no salieron con ellos al encuentro de Jesús; más tarde recibieron la visita de Jesús y sus enseñanzas. Había unos veinte pastores, a los cuales habló Jesús de su dichoso estado y les dijo que los visitaba porque ellos habían querido visitarle en su cuna en el pesebre y le habían demostrado amor a Él y a sus padres. Les habló en parábolas del pastor y las ovejas, diciendo que Él era también pastor que tenía otros pastores que debían reunir a las

ovejas, cuidarlas, sanarlas y guiarlas hasta el final de los tiempos. Los pastores a su vez narraban cosas del anuncio de los ángeles, de María y José y del Niño recién nacido. También ellos habían visto en la estrella que estaba sobre el pesebre, la imagen del Niño. Narraron de los Reyes Magos y cómo éstos desde su país habían visto la torre en las estrellas y se refirieron a los muchos dones que habían dejado los Reyes en su venida; que habían empleado muchas cosas de las recibidas por ellos aquí en la torre, en las chozas y en sus viviendas. Había hombres de edad que habían intervenido en todos estos acontecimientos cuando jóvenes y habían ido al pesebre de Belén: éstos contaban las cosas que habían presenciado.

Octubre 5. — Jesús y sus discípulos fueron conducidos por los pastores cerca de Belén, a la vivienda de los hijos de los tres pastores más ancianos, ya difuntos, a los cuales el ángel se les había aparecido primero y que fueron a adorar al Niño recién nacido. Los sepulcros de éstos no estaban lejos de sus viviendas, como a una hora de camino de la gruta del pesebre. Tres de estos hijos, ya de edad, vivían allí y eran muy respetados. Esta familia era como guardiana de los demás, como lo eran los tres Reyes Magos entre su gente. Recibieron a Jesús con mucha humildad y lo llevaron al sepulcro de sus padres, en una colinita donde crecía la vid: se levantaba aislada y tenía en torno una techumbre debajo de la cual se podía andar en subterráneos; arriba estaba la sepultura de los ancianos, que recibía luz por una abertura superior. Las tres sepulturas estaban en el suelo en estas posiciones: | — |, y tenían puertas. Los pastores abrieron las puertas, y yo vi los cadáveres envueltos y sus rostros resecos y ennegrecidos. El espacio entre las tres sepulturas estaba rellenado con piedrecitas bien dispuestas. Dentro de los sepulcros estaban sus cayados pastoriles. Los pastores mostraron a Jesús el tesoro que tenían guardado allí mismo consistente en objetos de valor regalados por los Reyes Magos, que aún les había quedado. Consistía este tesoro común en plaquitas de oro y en géneros entretejidos de oro. Preguntaron a Jesús si lo debían llevar al templo, y Jesús les dijo que lo guardasen para la comunidad cristiana, que sería el nuevo templo, añadiendo que un día se levantaría una iglesia sobre este sepulcro. Esto lo he visto realizado por Santa Elena. La colina era el principio de una serie de montañas de viñedos que se extendían hasta Gaza y servía de común sepultura para los pastores del lugar. De aquí lo llevaron los pastores al lugar de su nacimiento en la gruta del

pesebre, como a una hora de camino, por un hermoso valle por donde corrían tres sendas entre árboles frutales. Durante el camino contaban los pastores la escena del *Gloria in excelsis*. En esta ocasión he visto estas escenas renovadas. Los ángeles aparecieron en tres lugares: primero, a los tres pastores; la noche siguiente, en la torre de los pastores, y luego, en el pozo del lugar donde Jesús ayer fué recibido por los pastores. Junto a la torre de los pastores aparecieron en mayor número ángeles hermosos y grandes personas sin alas. Los pastores llevaron a Jesús también a la gruta de Maraha, la nodriza de Abrahán, junto al gran terebinto.

XL

La gruta del pesebre, lugar de oración y de peregrinación para los pastores

El camino a la gruta del pesebre sigue por el lado del Mediodía, por el cual no es fácil llegar a Belén, porque no hay camino directo. La ciudad apenas se veía por este lado: estaba como separada por gruesas murallas en ruinas y por escombros, donde había hondas depresiones entre ella y el valle de los pastores. La entrada más cercana a la ciudad estaba por el lado de la puerta del medio que llevaba hacia Hebrón. Desde este punto se debía caminar hacia el Oriente en torno de la ciudad, si uno quería llegar a la comarca de la gruta, unida al valle de los pastores, y desde el cual, sin tocar a Belén, se entraba en esta región. La gruta del pesebre, como las grutas adyacentes, pertenecían a los pastores, y desde un principio las usaron para refugio de los animales y para sus utensilios de labranza, y ninguno de Belén tenía en este lugar propiedades ni derechos de tránsito ni senderos. José, que había tenido su casa solariega en la parte meridional, había tratado varias veces cuando niño con estos pastores, para ocultarse de las molestias de sus hermanos o para entregarse más tranquilamente a la oración.

Cuando los pastores fueron a la gruta con Jesús, estaba ya bastante cambiada. Habían convertido el lugar en sitio de oración y devoción, nadie debía entrar y por esto habían hecho en derredor del pesebre un cerco de reja y la misma gruta la habían agrandado. Desde la entrada habían hecho varias habitaciones hacia dentro, en la roca, a modo de las celdas conventuales. Colgaban de las paredes algunas colchas de los Reyes Magos y en el piso había alfombras de la misma procedencia: eran de

varios colores y adornos, especialmente figuras de pirámides y torres. Desde estos pasajes laterales de la gruta habían hecho dos escaleras que llevaban al techo, de donde habían quitado el cobertor con dos ventanas transversales, convirtiéndolo en una cúpula que dejaba entrar la luz. Desde una de estas escaleras podían subir a la montaña y dirigirse a Belén. Estos cambios y comodidades las hicieron con los regalos que les dejaron los Reyes Magos en su paso por la comarca. Era el principio de la festividad del Sábado cuando llevaron a Jesús. Habían encendido las lámparas que estaban en la gruta. El pesebre estaba conservado como antes. Jesús les señaló lo que ellos no sabían: el lugar exacto donde nació. Tuvo aquí mismo una conversación instructiva con ellos, y celebraron el Sábado. Les dijo que su Padre celestial había preelegido desde la eternidad este lugar cuando María lo engendró, y yo tuve conocimiento de varios hechos preanunciantes del Antiguo Testamento, referentes a este lugar. Abrahán y Jacob habían estado en este mismo sitio, y Set, el hijo prometido en lugar de Abel, nació en esta gruta de Eva, que había hecho siete años de penitencia. Aquí mismo el ángel se le había aparecido a Eva anunciándole que le sería dado a Set por Abel. Set estuvo aquí largo tiempo escondido por la envidia de los suyos y fué tenido en la gruta de la nodriza Maraha y alimentado mucho tiempo, porque sus hermanos lo perseguían, como los hijos de Jacob al inocente José. Los pastores llevaron también a Jesús a la otra gruta donde María estuvo oculta algún tiempo por temor de los soldados de Herodes. La fuente que había brotado en el nacimiento de Cristo la habían arreglado y usaban de sus aguas en las enfermedades. Jesús les dijo que llevaran de esa agua consigo. Después de esto lo he visto visitar cada una de las chozas de los pastores.

Octubre 7. — He visto a Saturnino bautizar a varios ancianos que no podían ir al bautismo de Juan. He visto que al agua de la fuente del bautismo de Jesús de la isla del Jordán, mezclaban esta agua de la gruta del pesebre. En el bautismo de Juan había siempre antes una confesión general de los pecados. En el nuevo bautismo de Jesús se confesaban los pecados en particular, se arrepentían y recibían el perdón. Los ancianos se hincaban y recibían el agua del bautismo desvestidos hasta medio cuerpo. Inclinaban la cabeza sobre un gran recipiente, donde se les derramaba el agua. En este bautismo usaban las palabras de Juan, porque oí el nombre de Jehová y el don de las tres gracias, pero añadían el nombre del Mesías.

XLI

Jesús visita las posadas donde descansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto

Octubre 8. — Jesús pasaba a veces las noches en oración solitaria. Cuando se disponía a despedirse de los pastores dijo a sus discípulos que deseaba hacer una visita a las gentes que habían albergado y socorrido a María y José cuando huían a Egipto; que tenía que curar algún enfermo y convertir algún pecador. Dijo que ninguna pisada de sus padres quedaría sin ser bendecida y visitada. A todos los que entonces les ayudaron, socorrieron y mostraron amor, quería visitarlos y llevarles la salud. Toda demostración de benevolencia era una parte de la obra de la redención y quedaría por la eternidad. Añadió que así como Él ahora visitaba y agradecía a los que habían demostrado amor y benevolencia hacia María y José, así mismo su Padre celestial pensará en todos aquéllos que benefician a uno de los más pequeñuelos de sus hermanos. Citó a sus discípulos para encontrarse en un lugar cerca de la montaña de Efraim, donde se reuniría a ellos después de su viaje.

He visto a Jesús andando solo por los confines del territorio de Herodes, hacia el desierto de Anim y en Enganim, a un par de horas del Mar Muerto, atravesando una región algo salvaje, pero no infructuosa ni estéril. Pastaban allí muchos camellos; conté unos cuarenta y estaban como en corrales. Había una posada para los viajeros que atravesaban el desierto, hacia donde Jesús se dirigía. En el trayecto vi galpones y chozas, unos junto a las otras. Este lugar tenía el último sitio de hospedaje en el territorio de Herodes que usó la Sagrada Familia en su huída a Egipto, y aunque era gente de mal vivir y hasta aún había ladrones entre ellos, recibieron bien a la Sagrada Familia. En la cercana ciudad vivía también mucha gente de avería, que se había retirado allí después de una guerra.

Jesús pidió hospedaje en una casa cuyo dueño se llamaba Rubén, hombre de unos cincuenta años, que en la huída a Egipto había estado ya allí. Cuando Jesús le habló y le miró, fué como si un rayo penetrara en su pecho. La palabra de Jesús fué para él como una bendición y el saludo como una salud. El hombre dijo: "Señor, me parece que viene contigo a mi casa como la tierra prometida". Jesús le dijo que si creía en el cumplimiento de la venida del Mesías y no rechazaba su reali-

dad, sería partícipe de la tierra prometida. Le habló de las buenas obras y de sus consecuencias. Añadió que Él venía a su casa a traerle la salud, puesto que él había recibido bien a su Madre y a su padre adoptivo en esa misma casa treinta años atrás, en su huída a Egipto. Así ésta como toda obra buena lleva siempre su consecuencia, del mismo modo las malas llevan sus malas consecuencias. El hombre se echó a los pies de Jesús humildemente, diciendo: "Señor, ¿cómo puede ser que Tú vengas a mi casa siendo yo un hombre perdido y miserable?..." Jesús le declaró que venía para quitar los pecados y purificar al hombre. El otro seguía hablando de su miseria moral, y como todos los del lugar eran más o menos de la misma clase. Agregó que sus nietos estaban enfermos y contrahechos y en estado miserable. Jesús le contestó que si creía en Él y se dejaba bautizar, daría también la salud a sus nietos. El hombre lavó los pies a Jesús y le presentó lo que tenía para que comiera. Cuando se acercaron sus vecinos, les dijo quién era Jesús y lo que le había prometido. Había entre ellos un pariente llamado Isacar. Llevó luego a Jesús para que viera a sus nietos, de los cuales uno estaba leproso, y otro baldado y contrahecho. También visitó algunas mujeres enfermas. Mandó a estas criaturas que se levantasen, y cuando lo hicieron se encontraron sanas. Mandó preparar un baño; trajeron un gran recipiente con agua y lo pusieron debajo de un techado. Jesús tomó agua de un recipiente, de los cuales tenía dos, sujetos a la correa de su vestido, y derramó un poco de esa agua del Jordán en el recipiente grande, y lo bendijo. Los hombres se lavaron allí, y salían sanos y limpios de sus enfermedades, y daban gracias al Señor. Jesús no los bautizó: este lavado era como un bautismo de necesidad, y los exhortó a bautizarse en el Jordán. Como preguntaran si las aguas del Jordán tenían la virtud de sanar las enfermedades, les respondió: "El camino del Jordán está medido y fundado, y todos los lugares santos de esta tierra están predestinados, antes que existieran hombres y antes que existieran el Jordán y la tierra, por mi Eterno Padre". Añadió cosas muy admirables a todo esto. Con las mujeres habló del matrimonio: les recomendó la continencia y la pureza de costumbres. Les dijo que la miseria de la gente de la comarca y las enfermedades de las criaturas, eran consecuencias de las malas uniones. Habló de la culpa y de la responsabilidad de los padres en las miserias y males de sus hijos: cómo esta culpa y estos males se deben atajar y aminorar con la penitencia. Luego habló del renacimiento del hombre por

medio del bautismo de penitencia. Después conversó con todos acerca de lo que habían hecho sus padres con la Sagrada Familia cuando pasaron por allí y enseñó donde los habían hospedado y dado de comer. Tenían en su huída a Egipto un asno y una asnilla. Jesús les mostró estos hechos como señales de su actual paso del pecado a la salud. La gente preparó a Jesús una comida lo mejor que pudo. He visto que presentaron una leche espesa como queso fresco, miel, pequeños panes al rescoldo, aves y uvas.

Acompañado por algunos hombres del lugar salió Jesús de Anim por otro camino y llegó por la noche a un lugar montañoso donde se extendía un valle agreste con muchos barrancos. El lugar y la montaña se llamaban Efraim o Ephron. La montaña se dirigía a Gaza. Jesús salía de la región de Hebrón. Algo lejos del camino se veía una población medio en ruinas, con una torre, llamada algo así como Malaga. (Quizás sea Molada; Flavio Josefo la llama Malatha). Alrededor del lugar, como a una hora de camino, está el bosque de Mambre, donde los ángeles trajeron a Abrahán la promesa del hijo Isaac. Cerca de allí están la cueva que Abrahán compró a Ephron Hetita, donde estuvo su sepulcro, y el paraje donde tuvo lugar el combate de David contra el gigante Goliat. Jesús, a quien ya habían dejado sus acompañantes, anduvo por el lado donde estaba edificada la ciudad, y en el valle agreste lo encontraron los discípulos a quienes había dado cita. Los llevó a una gruta agreste, pero espaciosa, donde pasaron la noche. Era la sexta parada de la Sagrada Familia en su huída a Egipto. Jesús decía estas cosas a sus discípulos, mientras éstos frotaban una madera dura contra otra y sacaban chispas para el fuego. Les dijo que ese lugar era sagrado; que allí se detenía a menudo un profeta para orar: creo que Samuel. David había guardado las ovejas de su padre y había orado en esta cueva y recibido ahí mandatos de un ángel; y mientras estaba en oración le llegó el mandato de matar al gigante Goliat. La Sagrada Familia había llegado muy cansada y oprimida; María estaba tan triste que había llorado. Padecían toda clase de privaciones, porque huían por caminos inhospitalarios, evitando las ciudades y las posadas de los caminos públicos. Allí pasaron un día entero descansando de sus fatigas. Sucedieron allí algunos prodigios para su consuelo: saltó agua de una roca de la gruta y una cabra silvestre se acercó dejándose ordeñar. Jesús habló a sus discípulos de los grandes trabajos que les esperaba a ellos y a todos los que le siguen

a Él, de los trabajos que pasó su Madre y de la bondad y misericordia de su Padre celestial. Les anunció que un día se levantaría allí una iglesia, y bendijo el lugar como si lo consagrase. Tenían frutas y pequeños panes que habían traído los discípulos, y comieron.

XLII

Jesús se dirige a Maspha a casa de un pariente de San José

Octubre 10. — Cuando Jesús y sus discípulos abandonaron la gruta se encaminaron en dirección de Belén; entraron en algunas casas del otro lado de Ephron y en una posada tomaron alimento y descanso, lavándose los pies. La gente era buena y se mostró curiosa. Jesús enseñó sobre la penitencia, la venida de la salud y su seguimiento. Ellos le preguntaron por qué su santa Madre había hecho el camino de Nazaret a Belén, pudiendo haberlo pasado tan bien en su casa. Les habló Jesús de la promesa, de que Él debía nacer en la pobreza en Belén, entre los pastores, como Pastor que era, que debía juntar las ovejas; por eso caminaba ahora Él mismo por estas comarcas de pastores desde que su Padre había dado testimonio de su persona. De aquí pasó al centro de Belén, a pocas horas de camino, acortó el sendero del valle de los pastores, pasó al Oeste de Belén, dejando la casa solariega de José a su derecha. Al anochecer llegó a la pequeña ciudad de Maspha, a pocas horas de Belén, que se divisaba de lejos. En las calles ardían antorchas puestas dentro de recipientes de hierro. Tenía muros y torres y la cruzaban varios caminos. Esta ciudad había sido por mucho tiempo lugar de oración. Judas Macabeo había orado largamente aquí antes de la batalla, presentando a la presencia de Dios los edictos injuriosos del enemigo, despreciativos del poder divino, recordando a Dios sus promesas de protección. Aquí fueron desplegadas también las vestiduras sacerdotales delante del pueblo. A raíz de su oración se le aparecieron cinco ángeles delante de la ciudad, que le prometieron completa victoria sobre sus enemigos. En este lugar se reunió Israel contra la tribu de Benjamín para castigar el ultraje y la muerte de la mujer del levita viajero. Esta maldad sucedió bajo un árbol. El lugar estaba cercado y nadie se atrevía a acercarse. Samuel juzgaba en Maspha y aquí estuvo el convento de los esenios, donde vivió Manahem, que le predijo el reinado a Herodes cuando era niño

pequeño. Un esenio llamado Charioth lo había edificado. Este había vivido unos cien años antes de Cristo; era un hombre casado, de la comarca de Jericó, pero se había separado, por mutuo consentimiento, de su mujer y ambos edificaron varias comunidades de esenios, él para hombres y ella para mujeres. No lejos de Belén había edificado otro monasterio, donde murió. Era un santo varón, y en la muerte de Jesús fué de los primeros que resucitó y se apareció en Jerusalén.

En Maspha había varias posadas y la gente sabía en seguida cuando llegaba un forastero. Apenas hubo llegado Jesús a la posada, la gente se reunió en torno de Él. Fué llevado a la sinagoga, donde explicó la ley. Había espías que trataban de sorprenderle en sus palabras: habían oído que Él quería llevar también a los paganos al reino de Dios y de la salud, que había hablado en ese sentido al tratar de los Reyes Magos con los pastores de Belén. Jesús habló con severidad diciendo que el tiempo de la salud había llegado, que el tiempo de la promesa se había cumplido, que todos los que renacen por el bautismo y creen en Él, que ha sido enviado por el Padre y guardan sus mandamientos, serán participantes del reino de Dios, y que los que le siguieren serán herederos de ese reino. Añadió que si los judíos no creían, la promesa y la salud pasaría a los gentiles, apartándose de ellos. No puedo reproducir todo lo que les dijo. Agregó que sabía que estaban espiando sus palabras; que fueran a Jerusalén y dijeran allí lo que les había dicho. Habló también de Judas Macabeo y de otros hechos que tuvieron lugar aquí. Ellos quisieron hablar de la grandeza del templo de Jerusalén y de la preeminencia de los judíos sobre los demás pueblos. Jesús les dijo que el fin de haber sido elegido, como también el objeto del templo, habían dado término a su razón de ser, pues Aquél a quien el Padre celestial enviaba ahora había venido para fundar, según los profetas, el reino y el templo de su Padre celestial.

Después de esta enseñanza dejó Jesús a Maspha y se retiró al Este, a una hora de camino. Pasó primero por una hilera de casas y entró en una que era de una pariente de José. Un hijastro del padre de José, por medio de una viuda, se había establecido y casado, y sus descendientes vivían aquí. Tenían hijos; habían estado en el bautismo de Juan, y recibieron a Jesús con humilde corazón. Acudieron otros vecinos más. Jesús enseñó y tomó algún alimento. Después de la comida paseó con los dos hombres solos que se llamaban Aminadab y Manasés. Ellos le pre-

guntaron si Él sabía las circunstancias en las cuales se encontraban y si debían seguirle de inmediato. Jesús les contestó que no; que ahora se contentasen con ser sus discípulos ocultos. Se hincaron, y Él los bendijo. Estos hombres, aún antes de la muerte de Jesús, fueron sus discípulos ostensiblemente. Jesús pasó la noche con ellos.

Octubre 11. — Anduvo Jesús con sus discípulos algunas horas más adelante al lugar que fué la penúltima posada de María delante de Belén, de la cual dista unas cuatro horas. Le salieron al encuentro algunos hombres y se echaron a sus pies y le invitaron a ir a sus casas. Le recibieron con mucha alegría. Esta gente va a menudo al lugar del bautismo de Juan, y sabía lo sucedido en el bautismo de Jesús. Le prepararon una comida, un baño templado y un lugar de reposo muy bien acomodado. Jesús enseñó aquí. Vivía aún la mujer que treinta años atrás había recibido y servido a María y a José. Habitaba la casa principal sola, y los hijos, desde al lado, le enviaban el alimento. Cuando Jesús se hubo lavado fué adonde estaba la mujer, ciega y desde varios años atrás baldada y encorvada. Jesús le habló de la misericordia y de la hospitalidad, de las obras imperfectas y del amor propio y egoismo, y le manifestó que su estado miserable de ahora era un castigo por todas esas faltas. La mujer se mostró muy compungida, y confesó sus faltas. Jesús la sanó de su enfermedad. Jesús le mandó echarse en el agua que Él había usado para lavarse. Al punto recobró la vista y se irguió sana. Jesús le mandó no publicar el hecho. La gente le preguntó de nuevo, muy ingenuamente, quién era mayor, si Él o Juan. Él contestó: "Aquél de quien Juan da testimonio". Hablaron también de la fuerza y del celo de Juan, y ponderaron el hermoso y vigoroso rostro de Jesús. Jesús les dijo que en el término de cuatro años y medio no hallarían en Él hermosura alguna y no le reconocerían: de tal manera pondrían los hombres su cuerpo. Habló de la fuerza y del celo de Juan como de quien está golpeando a la puerta de uno que duerme y no atiende a la venida del Señor; como de quien prepara el camino a través de un desierto para que el rey pueda pasar y como del torrente que corre para sacar la basura del lecho de un río.

XLIII

"He ahí al Cordero de Dios"

Octubre 12. — Por la mañana, al despuntar el día, caminó Jesús hacia el Jordán, que podía distar de aquí tres o más horas, en campañía de sus discípulos y de un grupo de personas que se le habían reunido. El Jordán serpentea en un ancho valle que sube durante media hora de camino a ambos lados. La piedra del Arca de la Alianza que se hallaba en ese espacio cerrado donde se celebró la fiesta descripta, estaba quizás a una hora del lugar de bautismo de Juan, yendo hacia Jerusalén. La choza del Bautista entre las doce piedras estaba en dirección de Bethabara, algo más al Norte que la piedra del Arca. Las doce piedras quedaban a media hora del lugar del bautismo en dirección a Gilgal, lugar situado al Oeste de la altura desde donde comienza un nuevo declive. Una hermosa vista se abarcaba desde la fuente de Juan a las laderas de ambas orillas que eran muy fértiles y verdes. Una cinta d verdor verdaderamente hermosa, llena de frutales y de riqueza, bordeaba el mar de Galilea; pero aquí había, como en Belén, más huertas de ajos, de pepinos, de la planta durra y de praderas.

Jesús había pasado ya la piedra del Arca y estaba como a un cuarto de hora de la choza de Juan, donde éste se hallaba de pie, enseñando. Pasaba en ese momento por una estrecha abertura, por donde se podía ver a Juan desde lejos. Jesús no fué visible para Juan más que por espacio de unos minutos. Juan se sintió impulsado por el Espíritu Santo, señaló a Jesús, que pasaba, y clamó: "He ahí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo"(*). Jesús pasó rodeado de sus discípulos, unos delante, otros detrás. Los que se habían añadido recientemente venían en último término. La escena fué muy de mañana. Muchos corrieron hacia Jesús cuando oyeron clamar a Juan; pero Jesús ya había pasado y ellos clamaban y vivaban y le glorificaban, ya sin poder alcanzarle. Cuando esa gente volvió, dijeron a Juan que muchos seguían a Jesús, que habían oído que también los discípulos de Jesús habían bautizado, y qué significaba eso. Juan volvió a decirles que él pronto dejaría ese lugar

(*) Según las indicaciones de la vidente, ese día era el Tisri o segundo de la fiesta de la Purificación, cuando se echaba al desierto el macho cabrío cargado con los pecados y maldiciones de los sacerdotes. Al indicar Juan al divino Cordero índica que termina el simbolismo para dar paso a la realidad.

a Jesús, pues añadía que él no era sino su precursor y su siervo. Esto no les agradó mucho a sus discípulos, que se mostraban algo celosos de los de Jesús. Jesús torció su camino al Noroeste, dejó a Jericó a la derecha y se dirigió a Gilgal, que está como a dos horas de Jericó. Se quedó en algunos de estos lugares, donde los niños le salieron al encuentro cantando alabanzas, y entrando en las casas, de donde sacaban a sus padres.

XLIV

Jesús en Gilgal

Gilgal se llama toda la comarca alta que está sobre el valle más profundo del Jordán, rodeada de riachuelos que corren hacia el río en un espacio de cinco horas de camino. Pero la ciudad a la cual llegó Jesús por la tarde, se extiende desparramada entre muchos jardines por una hora de camino hacia el lugar donde bautizaba Juan. Jesús fué primeramente a un lugar sagrado delante de la ciudad, donde solían llevar a los profetas y a los grandes maestros. Era allí donde Josué comunicó a los hijos de Israel cosas que a él y a Elieser había participado Moisés antes de su muerte. Eran seis bendiciones y seis maldiciones. El montículo de la circuncisión de los Israelitas estaba cerca de este lugar rodeado de una muralla.

En esta ocasión vi la muerte de Moisés. Murió sobre una pequeña colina empinada que está en el seno de las montañas de Nebo, entre la Arabia y Moab. Las tiendas de los Israelitas estaban situadas lejos de allí; sólo algunos puestos de vigilancia se internaban en el valle que rodeaba la montaña. La colina estaba cubierta de verdor, como de hiedra, que crece allí como matas semejantes al enebro. Moisés tuvo que subir a lo alto agarrándose de estas plantas. Josué y Elieser estaban con él. Tuvo allí Moisés una visión que los otros no vieron. Le dió a Josué un rollo donde había seis maldiciones y seis bendiciones que él debía hacer conocer a los Israelitas cuando estuvieran en la tierra prometida. Luego los abrazó y les mandó alejarse de allí, sin volver el rostro. Después se hincó, alzó los brazos en oración y cayó muerto, inclinándose de un costado. He visto que la tierra se abrió allí mismo y volvió a cerrarse en una hermosa sepultura. Cuando Moisés apareció al lado de Jesús, en la transfiguración, vi que salía de este lugar para dirigirse al Tabor.

Las seis bendiciones y las seis maldiciones las leyó Josué al pueblo.

En Gilgal esperaban a Jesús muchos amigos: Lázaro, José de Arimatea, Obed, un hijo de la viuda de Nazaret y otros más. Había allí una posada donde lavaron los pies a Jesús y a sus acompañantes y les prepararon comida. Jesús predicó a las numerosas personas que se habían reunido allí, entre las cuales había muchas que iban al bautismo de Juan. El lugar era un puesto de baños y de purificaciones construído en la orilla del río, en un terreno en forma de terraza. Estaba cubierto con un lienzo y había allí lugares de esparcimiento, con árboles, matas y diversas plantas alrededor. Saturnino y dos discípulos más, que lo habían sido de Juan, bautizaron allí después que Jesús les habló del Espíritu Santo y les enseñó sus diferentes propiedades y dones y cómo se manifiesta cuando uno lo ha recibido.

Al bautismo de Juan solía preceder una exhortación general y una declaración de arrepentimiento de los pecados con la promesa de enmienda; pero en el bautismo de Jesús había no sólo la confesión en general, sino que cada uno se confesaba individualmente y reconocía sus pecados principales y más graves. Jesús exhortaba a ello, y a los que no querían hacerlo, por temor o por vergüenza, les decía sus pecados en su propia cara, para que se arrepintieran. Jesús enseñó sobre el pasaje del Jordán y sobre la circuncisión que tuvo lugar aquí, por lo cual se daba el bautismo en este lugar; y les dijo que se dejasen circuncidar en el corazón renunciando al pecado y cumpliendo los mandamientos. Los bautizandos no entraban aquí en el agua; sólo inclinaban la cabeza, y no recibían todo un lienzo, sino sólo un paño blanco sobre los hombros. Los discípulos que bautizaban no tenían recipiente con tres salidas para el agua, como el que usaba Juan, sino un vaso común; y la derramaban tres veces, con la mano, sobre la cabeza. Jesús había bendecido el agua y echado en ella un poco de la misma con que se había lavado. Cuando estos bautizandos, que eran unos treinta, fueron purificados, quedaron muy contentos y conmovidos y decían que sentían en sí mismos al Espíritu Santo.

Después de esto salió Jesús, entre cánticos de alabanza y con muchos acompañantes, hacia Gilgal, para celebrar el Sábado en la sinagoga, que estaba situada en la parte oriental de la ciudad y era bastante grande y antigua. Era cuadrada, con los ángulos cortados y tenía tres pisos, donde estaban instaladas las tres aulas de la escuela. Cada uno de estos pisos tenía una

galería exterior para circular y las escaleras corrían hacia arriba junto a los muros exteriores. En la parte superior, y precisamente en los ángulos cortados, había unos nichos donde se podía estar de pie y se alcanzaba a ver el paisaje a gran distancia. La sinagoga estaba libre a ambos lados y tenía parcelas de jardines alrededor. Delante de la entrada había un vestíbulo con una silla para enseñar desde ella, como en el templo de Jerusalén, y luego un patio con un altar al aire libre donde solían ofrecerse los sacrificios. Había aquí lugares cubiertos para las mujeres y los niños. Se veían vestigios de que había estado el Arca de la Alianza y de que se ofrecían sacrificios, por la semejanza de los arreglos con los del templo de Jerusalén. En el aula de la escuela del primer piso, mejor arreglada, se veía una columna octogonal en uno de los ángulos, con casilla en torno conteniendo diversos rollos escritos. Recordaba este lugar el del *Sancta Sanctorum* del Templo. En la parte baja había, en torno de la columna, una mesa y se veía la bóveda donde estuvo el Arca de la Alianza. Esa columna era muy hermosa, de piedra blanca pulimentada.

Jesús enseñó en la parte baja de la escuela, en presencia del pueblo, de los sacerdotes y de los ancianos y sabios. Les dijo que se habían puesto allí los primeros fundamentos del reino prometido y que luego se cometieron horribles pecados de idolatría; de modo que apenas había siete justos en la ciudad; que Nínive era cinco veces más grande, y se encontraron allí cinco justos; que Gilgal fué perdonada por Dios, pero que no desechasen ahora la realización de la promesa y del Enviado prometido; que hicieran penitencia y se dejasen renovar por el bautismo. Mientras predicaba tomó algunos rollos escritos y los leyó y explicó. Después pasó a enseñar en el segundo piso a los más jóvenes y luego a los niños en el piso tercero. Cuando descendió enseñó también bajo una arcada, a las mujeres, y luego a las jóvenes. Habló de la castidad y de la continencia, del vencimiento de los deseos, de la decencia en los vestidos, de cubrirse la cabeza y los cabellos en el templo y en la escuela. Habló de la presencia de Dios, especialmente en los lugares sagrados, y de la presencia de los ángeles, que se cubren el rostro por reverencia en estos mismos lugares. Dijo que son muchos los ángeles que están en el templo y en la escuela en torno de los hombres allí presentes y explicó por qué deben las mujeres cubrirse los cabellos y la cabeza. Los niños trataban a Jesús muy familiarmente: los bendecía y los levantaba, y ellos se mostraban muy

adictos a Él. Aquí hubo, en general, grande alegría y contento con Jesús, y cuando dejó la escuela todo el pueblo clamaba, tanto los que iban delante como los que le seguían: "Se ha cumplido la promesa; que permanezca con nosotros; que no se aparte nunca de nosotros esta bendición".

XLV

El Sanedrín de Jerusalén

Octubre 14. — Después que Jesús enseñó, la gente quería traerle enfermos. Jesús les dijo que no era el lugar apropiado ni convenía por ahora; que debía partir, porque era requerida su presencia en otra parte. Lázaro y los amigos de Jerusalén volvieron, y Jesús dejó dicho a María Santísima donde deberían encontrarse antes de su partida para el desierto. El Sanedrín de Jerusalén tuvo de nuevo una larga sesión sobre Jesús. Había establecido por todas partes espías pagados que debían referir todo lo que sabían de Él. Este Sanedrín estaba compuesto de 71 miembros, entre sacerdotes y escribas; de ellos habían sido elegidos unos veinte y distribuídos en grupos de cinco, con la misión de discutir y averiguar todo lo referente a Jesús y su proceder. Buscaron los registros genealógicos y no pudieron menos que reconocer que José y María descendían de David y que la madre de María era de la raza y tribu de Aarón; pero decían que esas familias habían decaído y que Jesús se mezclaba con toda clase de gente de mal vivir; que se manchaba tratando con publicanos y pecadores y adulando a los esclavos. Sabían ya que Jesús había tratado familiarmente poco tiempo antes, en las cercanías de Belén, con los esclavos siquemitas que volvían del trabajo; y pensaban si no estaría tramando alguna conjuración con esa gente. Algunos decían entre sí que quizás era un hijo bastardo de algún rey y que por eso hablaba de un reino y de la posibilidad de recuperarlo. Otros opinaban que debía tener una enseñanza secreta que no podía provenir sino del diablo, porque, decían, se retira a veces a solas y pasa las noches en el desierto o en una montaña. Todo esto lo habían espiado y averiguado. Entre estos había unos veinte miembros que conocían mejor a Jesús y a los suyos; habían sido ya conmovidos por su trato y eran ocultamente sus amigos. En esta ocasión no se levantaron a contradecir a los demás, para poder así en secreto ayudar mejor a los amigos de Jesús, por medio

de mensajes y de avisos. Finalmente, el consejo de los veinte miembros decidió adoptar una conclusión definitiva: Jesús no podía ser sino amaestrado por el demonio.

Por otro lado, el bautismo que se dió en Gilgal fué también anunciado a Juan como una intromisión en sus derechos. Él les respondió, como siempre, con profunda humildad, que pronto tendría que dejar el lugar delante de su Señor, puesto que no era sino su precursor y su anunciador. Los discípulos de Juan no se dieron por satisfechos con esta respuesta. Jesús dejó a Gilgal con unos veinte acompañantes y caminó por el Jordán pasando luego el río en una balsa de tablas. En el interior de la balsa había bancos para los pasajeros y en medio una gran artesa destinada a los camellos; de otro modo podían caer al agua a través de las tablas. Podían ponerse allí hasta tres camellos por vez, pero ahora no había ninguno. Sólo Jesús y los suyos ocupaban la balsa. Era de noche y por eso se hallaba iluminada por antorchas.

Jesús enseñó por medio de la parábola del sembrador, que siguió explicando a la mañana siguiente. La pasada del río duró un cuarto de hora, porque era torrentoso en este punto; se dirigieron primero hacia arriba y luego se dejaron llevar por la corriente. El Jordán tiene particularidades curiosas: en algunos lugares no es posible pasarlo por no haber vado alguno por las rocas escarpadas de ambos lados. A menudo tuerce de modo que parece atravesar una ciudad y luego desvía su curso. Corre entre rocas y piedras, unas veces turbio, otras claro, según el terreno que atraviesa; y tiene muchas isletas en su curso. Tiene también algunas cascadas. Sus aguas son suaves y templadas. En la orilla opuesta había casas habitadas por publicanos, porque venía una calle principal desde la comarca de Kedar, donde se abría un valle.

Jesús entró en casas de publicanos que habían recibido ya el bautismo de Juan. Muchos de sus acompañantes se extrañaron de su familiaridad con esa clase de gente y se mantenían a distancia por temor de contaminarse. Jesús y los suyos fueron servidos muy humildemente por estos publicanos. Las casas estaban situadas en el camino del valle del Jordán; a alguna distancia había albergues para los mercaderes y los camellos. Estaban sosegados porque al día siguiente comenzaba la fiesta de los Tabernáculos y no podían partir ni viajar y aunque eran la mayor parte paganos estaban obligados a observar el descanso. Los publicanos preguntaron a Jesús qué debían hacer con las

ganancias ilícitas que poseían. Les dijo que las llevaran al templo; que debía entenderse espiritualmente de su iglesia y de la comunidad cristiana; les dijo que comprasen con ellas un campo para las viudas pobres cerca de Jerusalén. Les explicó el por qué de esto, relacionándolo con la parábola del sembrador que expuso nuevamente.

Octubre 15. — Al día siguiente fué Jesús con ellos alrededor de la playa enseñando diversas aplicaciones de la parábola del sembrador y de la futura cosecha. Esto lo dijo porque era también una fiesta de la cosecha de frutas y de la vendimia.

Continuó Jesús su camino a través del valle. A ambos lados se extienden, por media hora de camino, en lo alto y en lo bajo, casitas o chozas donde se celebraba la fiesta de los Tabernáculos. El camino llevaba a Dibón, de la cual parecía eran estas las primeras casas. Al lado de ellas se veían por doquiera chozas verdes levantadas con ramas de árboles, adornadas con hojas, frutos y racimos de uvas. A un lado del camino estaban las chozas para las mujeres, separadas, y de otro lado las chozas para los sacrificios de animales. Traían toda clase de alimentos y se veían niños en grupos que iban de una o otra choza, tocando instrumentos de música y cantando. Estaban adornados con coronas y flores y tocaban unos instrumentos triangulares con anillos que sonaban; otros, un instrumento triangular con cuerdas e instrumentos de viento que tenían cañitos retorcidos.

Jesús iba de un lado a otro enseñando. Le trajeron, así como a sus discípulos, algunos alimentos; por ejemplo, uvas sobre palos llevados entre dos. Al final de esta hilera de casas entró Jesús en una posada cercana a la grande y hermosa sinagoga de Dibón, que estaba situada entre estas casas y la ciudad, en un amplio lugar del camino rodeado de árboles. Algunos días después Jesús enseñó de nuevo con la parábola del sembrador; habló del bautismo y de la proximidad del reino de Dios; de la fiesta de los Tabernáculos y del modo de festejarla aquí, diciéndoles que mezclaban algunas cosas paganas con el rito de la fiesta. En efecto, vivían allí moabitas y ellos se habían mezclado con esa raza. Cuando salió Jesús de la sinagoga encontró que habían traído a muchos enfermos en andas y carretillas. Estos enfermos clamaban: "Señor, eres un profeta. Tú eres un enviado de Dios. Tú nos puedes ayudar".

Sanó a muchos. Por la noche se le dió a Jesús y a los suyos una gran comida en la posada. Estaban presentes muchos mer-

caderes paganos, ya que hablaba de la vocación de los gentiles y de la estrella aparecida para llamar a los Reyes Magos que vinieron a adorar al Niño recién nacido. Por la noche Jesús abandonó el lugar y se fué sólo a orar en un monte. Citó a sus discípulos para reunirse a la mañana siguiente en el camino, al otro lado de Dibón. Esta localidad está a seis horas de distancia de Gilgal: es una comarca con muchas fuentes de agua y praderas y por esto se ven muchos jardines y casas con terrazas. Está en el valle, pero se ven edificios en las laderas de la montaña. De allí Jesús se dirigió a Sukkoth. Cuando llegó por la tarde a esta cudad se juntaron muchas gentes a Él y también muchos enfermos de los alrededores. Jesús enseñó en la sinagoga y por medio de Saturnino y de otros discípulos hizo bautizar a las gentes. Estos bautismos tuvieron lugar en la fuente de una roca que se abría en una cueva que miraba hacia el Occidente en dirección al Jordán. El río no se podía ver porque había otra montaña de por medio. Con todo, esa agua era del Jordán, porque sus aguas corrían hondas hasta allí. En esa gruta entraba luz por medio de una abertura en la parte superior. Delante de la gruta había un lugar de esparcimiento bastante amplio adornado con árboles, plantas y gramilla y se conservaba una piedra, recuerdo antiguo de una aparición de Melquisedec al patriarca Abrahán. Jesús habló del bautismo de Juan, diciendo que era de penitencia, que debía ceder su lugar a otro bautismo del Espíritu Santo y del perdón de los pecados. Les pidió antes una especie de confesión general y después particular a cada uno. A algunos les dijo sus pecados para humillar su obstinación. Ponía las manos sobre ellos en señal de absolución. Los bautizandos no eran sumergidos en el agua; había sobre esa piedra un recipiente y ellos, descubiertos hasta los hombros, inclinaban las cabezas sobre la fuente y recibían el agua. El bautizador derramaba tres veces el agua que sacaba con las manos de la fuente. De este modo fueron bautizadas muchas personas.

Abrahán había vivido en Sukkoth con su nodriza Maraha y tuvo campos en tres lugares. En este mismo lugar tuvo ocasión de dividir tierras con su pariente Lot, y Melquisedec vino por primera vez a ver a Abrahán al modo como los ángeles solían venir a él. Melquisedec le mandó hacer un sacrificio triple de palomas, pájaros con picos largos y otros animales. Le anunció también que vendría a él de nuevo para ofrecer un sacrificio de

pan y vino; le enseñó cosas que debía pedir y por las cuales debía orar y le anunció lo que iba a suceder con Sodoma y Gomorra. He visto que también Jacob tuvo sus tiendas en este lugar.

XLVI

Jesús en Corazín, Aruma y Betania

Octubre 18. — Desde Sukkoth dirigió Jesús sus pasos hacia la gran Corazín, que era el lugar adonde había citado a María y a las santas mujeres, en un albergue de sus cercanías. De camino pasó por Gerasa, donde celebró el Sábado, y después se dirigió a una posada casi en el desierto, a unas horas de camino del mar de Galilea. Esa posada estaba adornada para la fiesta de los Tabernáculos y los dueños vivían allí cerca. Las santas mujeres la habían ya alquilado de antemano y adornado. La comida la hacían venir de Gerasa. Estaban allí presentes la mujer de Pedro con otras, entre ellas Susana, de Jerusalén; pero no la Verónica. Jesús habló a solas con su Madre diciéndole que iba a Betania y luego al desierto. María estaba preocupada y seria y le rogó que no fuese a Jerusalén porque había sabido lo que el Gran Consejo maquinaba contra Él. Más tarde he visto a Jesús enseñando desde la altura de una colinita donde se acostumbraba a hacerlo, para lo cual habían dispuesto un asiento. Se había reunido mucha gente de los alrededores y [illegible] unas treinta mujeres que ocupaban un sitio aparte. Después de la enseñanza dijo a los suyos que Él se apartaría de ellos por algún tiempo; que podían separarse hasta que le viesen volver. Lo mismo dijo a las mujeres. Habló del bautismo de Juan, que debía cesar muy pronto, y predijo las graves persecuciones que sufrirían Él y todos los que le seguían.

Jesús dejó esta posada acompañado por unos veinte y caminó unas doce horas hacia el Sudoeste, en dirección a la ciudad de Aruma, cerca de la cual habían ya alquilado definitivamente un albergue para Él y los suyos. Marta, a quien por primera vez veo junto a las santas mujeres en este viaje a Gerasa, lo había arreglado ya, de paso. Los dueños vivían en las cercanías y los gastos los sufragaban los amigos de Jerusalén. Las mujeres indicaron a Jesús esta posada antes de su partida. Aruma está como a nueve horas de Jerusalén y a seis de Jericó. En torno de este albergue tenían sus habitaciones algunos esenios, quienes vinieron a ver a Jesús, hablaron y comieron con Él. Jesús fué

a la sinagoga y enseñó sobre el bautismo de Juan. Dijo que era un bautismo de penitencia, una primera purificación, una preparación y una ceremonia de las tantas que hay en la ley; pero que era diferente del bautismo de Aquél al cual Juan anunciaba. He visto que los bautizados por Juan no fueron rebautizados sino después de la muerte de Jesús y de la venida del Espíritu Santo, en el estanque de Bethesda.

Los fariseos preguntaron aquí por las señales con las cuales reconocerían al Mesías que debía venir y Él se las dijo. En este lugar habló de los matrimonios mixtos con los samaritanos. Aquí he visto a Judas Iscariote entre los oyentes de Jesús. Vino solo a escuchar su predicación y no con los discípulos. Después de haber oído por dos días la predicación de Jesús y de haber charlado sobre ella con los fariseos que la contradecían, fué a una población cercana, algo desprestigiada, donde se entretuvo en hablar, a propósito de dicha predicación, contra un hombre piadoso que vivía en este lugar y que invitó luego a Jesús a su casa. Judas se ocupaba en diversos negocios y escrituras y hacía toda clase de servicios por todas partes. Cuando Jesús llegó con sus discípulos a este lugar desprestigiado, aunque tenía nuevas edificaciones, Judas ya no estaba allí. Herodes tenía un castillo en sus alrededores. Debe haber acontecido algo aquí con los benjamitas, pues había un árbol cercado por una muralla, al que nadie se atrevía a acercarse. Allí habían ofrecido sacrificios Abrahán y Jacob, y se habían separado Esaú y Jacob después de sus diferencias por cuestión de la primogenitura. Isaac vivió por entonces en Sichar.

Octubre 24. — El hombre a quien visitó ahora Jesús se llamaba Jairo y era de los esenios casados, pues tenía mujer y varios hijos. Los varones se llamaban Amón y Caleb. Tenía también una hija a la cual Jesús curó más tarde. Este no era el Jairo a quien se refiere el Evangelio: era un descendiente del esenio Chariot, que había fundado los monasterios de Belén y de Maspha; sabía muchas cosas sobre los padres de Jesús y la infancia de Éste. Salió al encuentro de Jesús con sus hijos, humildemente. Este hombre era tenido por el principal de este pueblo despreciado y lo gobernaba con amor. Cuidaba a los enfermos; enseñaba a los ignorantes en determinados días, porque no había aquí ninguna escuela ni sacerdote encargado. Se ocupaba también de los niños y de los pobres. Jesús habló aquí como de costumbre del bautismo de Juan, como un bautismo de penitencia, y de la proximidad del reino de Dios. Luego fué

con Jairo adonde estaban los enfermos y los consoló, aunque no sanó a ninguno. Les prometió, empero, que volvería dentro de cuatro meses y los sanaría de sus dolencias. Recordó en su enseñanza algunos hechos acontecidos allí, como la separación por enojo de Esaú de su hermano Jacob y las razones por las cuales era despreciado este lugar. Señaló la bondad del Padre celestial, que prometió a todos, y se ha cumplido, la salud para quienes creyesen en el Enviado, se dejasen bautizar e hiciesen penitencia, indicando cómo la penitencia repara las consecuencias de las malas obras. Hacia la tarde se dirigió con Jairo y sus hijos a Betania. Jairo y sus hijos se volvieron a mitad de camino y los discípulos siguieron a Jesús.

Octubre 26. — En un albergue cerca de Betania habló Jesús con sus discípulos largamente sobre los peligros y tribulaciones que le esperaban, así como a todos los que seguirían más tarde sus pasos. Les dijo que ahora podían dejarle y mientras tanto pensasen seriamente si podían seguirle y perseverar con Él en el futuro. Lázaro vino a su encuentro, cuando habían ya partido para sus casas los acompañantes de Jesús, menos Aram y Themeni, que fueron con Él a Betania. Allí muchos amigos de Jerusalén esperaban a Jesús; también las santas mujeres, con Verónica. Aram y Themeni eran sobrinos por parte de madre de José de Arimatea. Eran discípulos de Juan y siguieron a Jesús cuando pasó por Gilgal, junto al lugar del bautismo de Juan. Jesús enseñó en la casa de Lázaro, hablando del bautismo de Juan y del Mesías, de la ley y de su cumplimiento, de las sectas de los fariseos y de su modo de ser. Dos amigos de Jesús habían traído varios rollos de Escritura y Él les explicó algunos pasajes de los profetas que se referían al Mesías. En esta explicación no estaban presentes todos sino Lázaro y algunos íntimos. Jesús habló de su futura residencia y los amigos le dijeron que no se estableciese en Jerusalén donde se tergiversaba todo lo que Él decía y enseñaba. Le proponían a Salem, donde había pocos fariseos. Jesús dijo algo sobre estos lugares y sobre Melquisedec, cuyo sacerdocio debía tener ahora su cumplimiento; dijo que éste había medido y visitado todos los lugares que había establecido su Eterno Padre para ser recorridos por su Divino Hijo. Les dijo que a menudo estaría junto al lago de Genesaret. Esta conversación tuvo lugar en un sitio retirado, donde había cuartos y lugares de baños.

Jesús habló también con las mujeres en un cuarto que había sido de Magdalena, cuyas ventanas daban a la calle que

llevaba a Jerusalén. Lázaro trajo, por deseo de Jesús, a María la Silenciosa, y la dejó allí con las otras mujeres, retirándose. Las otras paseaban entre tanto en la antesala. La conducta de la Silenciosa fué en esta ocasión diferente de la anterior: se echó a los pies de Jesús y se los besó. Jesús la dejó hacer y luego la levantó de la mano. Habló nuevamente, mirando a lo alto, cosas muy elevadas y profundas, con un modo muy sencillo. Habló de Dios y de su Hijo y de su Reino como hablaría una hija de campesinos del padre de su señor y de su herencia. Su hablar era como una visión, pues todo lo que decía lo veía delante. Habló de las grandes culpas y faltas cometidas por los siervos y siervas, y cómo ahora manda el Padre a su propio Hijo para que repare y pague las deudas de sus siervos; cómo le recibirían mal y le harían morir con grandes dolores, y cómo debía con su sangre salvar y fundar su reino, y pagando las deudas de sus siervos hacerlos herederos del reino e hijos de Dios. Dijo todas estas cosas de modo muy natural. La Silenciosa se alegraba, a veces, y otras se lamentaba de ser también ella una sierva inútil y mala, compadeciendo los grandes trabajos del Hijo del bondadoso Dios que lo enviaba. Se lamentaba de que los siervos no entendieran esto, que era tan natural y que así debía ser.

Jesús habló de la resurrección: cómo el Hijo iba a visitar a los detenidos en las cárceles subterráneas, para consolarlos y libertarlos, y una vez rescatados, subir con ellos al Padre celestial, y cómo todos los que no quieren reconocer esta redención y siguen obrando el mal serán arrojados al fuego, cuando venga de nuevo a juzgar. Después habló de Lázaro y de su muerte y resurrección. Sale de este mundo y lo ve todo; los demás lo lloran, como si no volviera; pero el Hijo de Dios lo llama de nuevo y él vuelve a trabajar en la viña del Señor.

Habló de la Magdalena diciendo: "La sierva está en el desierto más espantoso, donde estuvieron los hijos de Israel, en un lugar malo donde reinan las tinieblas y donde no pisó planta de hombre alguno; pero ella saldrá de esas tinieblas y remediará todos sus errores en otro desierto solitario". Hablando de sí María dijo que su cuerpo era como una cárcel; que no sabía lo que era su vida y deseaba mucho ir a la casa de su Padre; que la tierra le era estrecha; que nadie comprendía su modo de ser, porque estaban como ciegos. Añadió que no obstante quería quedar aquí por amor de Dios y esperar; que no merecía cosa mejor, por otra parte. Jesús le habló, lleno de amor, y, conso-

lándola, le dijo: "Tú irás a la casa de mi Padre, después de la Pascua, cuando Yo vuelva aquí de nuevo". La bendijo, mientras ella se hincaba; posó las manos sobre su cabeza y creo que derramó algo sobre ella de una botella, no sé si aceite o agua.

Esta María la Silenciosa era una persona muy santa. Nadie la conocía por tal ni la entendían. Vivía en continua visión sobrenatural sobre la obra de la Redención que entendía ella en modo muy sencillo y natural. Se la tenía por retardada o persona simple. Jesús le dijo el tiempo de su muerte y como iría a la casa de su Padre celestial, y ungió su cuerpo para la sepultura. De esto debe entenderse que conviene tener más atención con el cuerpo de lo que piensan los hombres. Jesús acude a María la Silenciosa porque siendo tenida por retardada quizás la privaran de los cuidados con que solían embalsamar a los difuntos. La santidad de esta persona era oculta y misteriosa. Jesús dejó a la Silenciosa y ella volvió a sus departamentos.

Jesús habló aún con los hombres sobre el bautismo de Juan y el bautismo del Espíritu. No recuerdo que hubiese gran diferencia entre el bautismo de Juan y el de los primeros discípulos de Jesús: sólo tenía este último más relación con el perdón de los pecados. Tampoco he visto que volviesen a bautizar a los bautizados por Juan, antes de la venida del Espíritu Santo. Antes del Sábado estos amigos de Jesús volvieron a Jerusalén. Aram y Themeni partieron con José de Arimatea. Jesús les había dicho que iba a separarse un tiempo de ellos con el fin de prepararse para su difícil misión. No les habló de su ayuno.

Epoca Tercera

Primera Pascua de Jerusalén

I

Jesús ayuna cuarenta días en el desierto

Octubre 27. — Jesús partió antes del Sábado acompañado por Lázaro desde la posada de éste hacia el desierto. Le dijo que tornaría después de cuarenta días. Desde esta posada caminó solo y descalzo y fué al principio, no en dirección de Jericó, sino hacia el Mediodía, como quien va a Belén, pasando entre los lugares de los parientes de Ana y los parientes de José, cerca de Maspha; luego torció hacia el Jordán. Anduvo por estos lugares, hasta el sitio donde había estado el Arca de la Alianza y donde había celebrado Juan aquella solemne fiesta. A una hora de Jericó subió a la montaña y se internó en una amplia gruta. Esta montaña se extiende desde Jericó, entre Oriente y Mediodía, sobre el Jordán, hacia Madián. Jesús comenzó su ayuno aquí, en Jericó; lo prosiguió en diversos lugares, al otro lado del Jordán, y lo completó aquí, adonde lo trajo el diablo cuando lo tentó.

Esta montaña ofrece, desde su cumbre, una vista muy extensa: en parte está cubierta de plantas y en parte aparece empinada y árida. La altura no es tanta como la de Jerusalén, pero está en una comarca más baja y se levanta solitaria. Cuando miro las montañas de Jerusalén veo la del Calvario más alta, de modo que está al mismo nivel que la mayor altura del templo. En dirección a Belén, o sea hacia el Sur, está Jerusalén, sobre una cumbre empinada y peligrosa; por este lado no hay entrada ninguna y todo está ocupado con palacios y edificios. Jesús subió ya de noche a una de las cumbres empinadas de la montaña del desierto, que llaman ahora de la Cuarentena. Hay como tres respaldos en esta montaña y tres grutas, una sobre otra. Desde la superior, adonde subió Jesús, se ve por detrás un abismo rocoso; toda la montaña está llena de quebradas muy peligrosas. En esta misma cueva habitó un profeta, de cuyo nombre no me acuerdo, 400 años antes. También Elías estuvo algún tiempo oculto aquí y agrandó la cueva. Sin que nadie supiese de donde venía, descendía a veces hasta el pueblo, ponía paz y profetizaba. Unos 150 años antes habían tenido aquí su habitación unos 25 esenios. Al pie de este monte estaba el cam-

pamento de los israelitas cuando con el Arca de la Alianza y las trompetas daban vueltas alrededor de Jericó. En este mismo lugar está el pozo cuyas aguas dulcificó el profeta Eliseo. Santa Elena hizo arreglar estas cuevas en forma de capillas, y yo he visto una vez, en una de estas capillas, un cuadro que representaba la escena de la tentación. En la parte de arriba hubo también, en otros tiempos, un convento. Yo no acababa de comprender como pudieron llegar los trabajadores hasta la altura del monte donde estaba ese convento. He visto que Santa Elena edificó muchas capillas en estos y otros santos lugares. También levantó una capilla sobre la casa paterna de Ana, a unas dos horas de Séforis, donde sus padres tenían otra casa. Me causa mucha tristeza ver que estos santos lugares fueron devastados hasta perderse el recuerdo de las iglesias y capillas allí existentes. Cuando yo era niña e iba, antes del amanecer, por entre la nieve a la iglesia de Koesfeld, veía todos estos lugares, muy claramente; y veía también que a veces personas piadosas, para evitar que los soldados y guerreros los devastaran, se interponían y se echaban al suelo delante de sus espadas.

Las palabras de la Escritura: "Fué llevado por el Espíritu al desierto", significan: "El Espírtu Santo, que había descendido sobre Él en el bautismo (ya que Jesús como hombre dejaba que todo sucediese en Él como tal), lo movió ahora a ir al desierto para prepararse a su misión y a sufrir como hombre, delante de su Padre celestial".

Octubre 27-28. — Jesús oraba en esa cueva arrodillado, con los brazos extendidos a su Padre celestial, para tener fuerza y consuelo en todos los sufrimientos que le estaban reservados. Veía delante de Sí todos los futuros sufrimientos y pedía fuerzas a su Padre para cada uno de ellos, Tuve en esta ocasión cuadros de sus dolores y he visto que recibía fuerza, constancia y mérito para cada uno de ellos. Una gran nube blanca, del tamaño de una iglesia, se posó sobre Él y por cada una de sus oraciones bajaban ángeles que tomaban forma humana; le honraban, le daban ánimo, consuelo y promesa de ayuda. Conocí que Jesús pidió aquí y consiguió para cada uno de nosotros toda ayuda, constancia, victoria y consuelo en nuestras penas y tentaciones; que compró para nosotros, con sus oraciones, el mérito y la victoria; que preparó allí todo el mérito de las mortificaciones y ayunos; y que ofreció a Dios Padre todos sus trabajos y padecimientos para dar mérito y valor a todos los padecimientos y penas de espíritu de los que creerían en Él. Conocí el tesoro que

Jesús instituyó para la Iglesia y que se abrió en los cuarenta días de su ayuno. Vi a Jesús sudar sangre en esta oración.

Jesús bajó de nuevo de esta montaña hacia el Jordán, entre Gilgal y el lugar del bautismo de Juan, que estaba más al Sur, como a una hora de camino. Pasó solo en una balsa el río, que era estrecho en este punto, y caminó dejando a su derecha a Bethabara y varios caminos reales que llevaban al Jordán. Seguía por senderos de montaña a través del desierto, internándose entre el Este y el Mediodía. Llegó a un valle que va hacia Kallirrohe, pasando un riachuelo, y se dirigió a una ladera de la montaña, más al Oeste, donde está Jachza, en un valle. En este lugar habían los israelitas vencido al rey amonita Sichón. En esta guerra había tres israelitas contra diez y seis enemigos; pero sucedió un prodigio. Vino sobre los amonitas una tormenta y un ruido espantoso, que los puso en fuga y los derrotó. Jesús estaba ahora sobre una montaña muy agreste. Era todo aquí más salvaje que en la montaña cercana a Jericó, que estaba como enfrente. Dista del Jordán nueve horas de camino.

II

Tentaciones interiores de Jesús

Octubre 30. — Está oculta a Satanás la divinidad de Jesús y su misión. Las palabras: "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido", las entendió como dichas a un hombre, a un profeta. Jesús está ahora apesadumbrado en su interior. La primera tentación que tuvo fué esta: "Este pueblo está demasiado pervertido. ¿Tendré Yo que padecer todo esto por él y no poder conseguir el pleno efecto de mi obra?..." Jesús venció esta tentación, a pesar de prever todos sus dolores, con inmensa bondad y amor a los hombres. Jesús rezaba en la cueva, a veces de rodillas, a veces de pie y a veces postrado echado sobre su rostro. Estaba con sus acostumbrados vestidos, pero los tenía más sueltos. No llevaba la correa y estaba descalzo. En el suelo estaban su manto, algunos bolsillos y el ceñidor. Cada día era el trabajo de su oración diferente, porque todos los días nos conseguía otras gracias; y así veía que no volvían las cosas que ya había vencido. Sin esta lucha y merecimiento de Jesús por nosotros no hubiera podido ser meritoria nuestra resistencia contra las tentaciones ni posible nuestra victoria. Jesús no comía ni bebía; pero he visto que los ángeles lo confortaban y fortalecían.

No había adelgazado por el largo ayuno: su rostro aparecía más pálido. En esta cueva, que no estaba en plena cumbre, había una abertura por la cual entraba un aire helado; y en este tiempo del año ya hacía frío y el día era nebuloso. El interior era de piedras coloridas, de modo que si hubiese sido pulido pudiera parecer pintado de varios colores. Los alrededores de la cueva tenían muy poca vegetación. Era tan amplia que Jesús podía estar hincado o echado en una parte de ella sin quedar bajo esa abertura.

Noviembre 2-3. — Lo he visto echado sobre su rostro. Sus pies desnudos estaban sangrando, heridos por las caminatas que había hecho, pues había ido al desierto con los pies descalzos. A veces se levantaba en pie; otras veces se echaba sobre su rostro. Estaba rodeado de luz. De pronto hubo adentro una conmoción y un ruido; la cueva se llenó de luz y apareció una multitud de ángeles que traían variados objetos. Yo me sentí tan agobiada y oprimida que me parecía estar metida dentro de la misma roca de la cueva; y con la impresión de que me hundía y me perdía, comencé a clamar: "¡Yo me hundo; yo debo hundirme junto a mi Jesús!"

Ahora he visto que los ángeles se inclinaban ante Jesús, le honraban y le preguntaban si podían presentarle los instrumentos de su misión, y si era su voluntad aún padecer por los hombres como hombre, como había sido esta su voluntad cuando descendió de su Padre y tomó carne en el seno de la Virgen. Como Jesús renovase de nuevo su resolución, levantaron ante Él los ángeles una cruz muy grande cuyas partes habían traído. Esta cruz tenía la forma que siempre veo y constaba de cuatro partes, como veo también las prensas del vino. La parte superior de la cruz, que se alzaba entre los dos trozos de madera de los lados, estaba también aparte. Cinco ángeles llevaban la parte inferior de la cruz, tres ángeles la parte superior, tres el brazo izquierdo y tres el derecho; tres llevaban el pedazo de madera donde descansaban los pies de Jesús; tres traían una escalera; otro un canasto con sogas y utensilios; otro la lanza, la caña, los azotes, la vara, la corona de espinas, los clavos, los vestidos de burla, y, en fin, todas aquellas cosas que fueron causa de sus dolores en su pasión. La cruz era hueca, de modo que se podía abrir como un armario, y adentro se veía toda clase de instrumentos de martirio. En medio de ella, donde correspondía al corazón abierto de Jesús, se veía un entrelazamiento de figuras de tormento con los más diversos objetos. El color de la cruz

era de sangre que conmovía. De este modo, todas las partes de la cruz eran de diversos colores, con los cuales se podía conocer los diversos dolores que debía padecer Jesús; y los rayos de estas partes iban hacia la imagen del corazón, que estaba en el medio. En cada parte había instrumentos diversos que indicaban futuros sufrimientos. Se veía igualmente en esa cruz vasos con hiel y vinagre; otros con mirra y áloe, que se usaron después de la muerte del Salvador. Había además adentro una cantidad de bandas como cintas, del ancho de la mano, de diversos colores, donde había grabadas varias formas de padecimientos y dolores. Los diferentes colores denotaban distintos grados y maneras de oscuridad y tinieblas que debían ser iluminadas y transparentadas por los dolores de Jesús. De color negro aparecía lo que se daba por perdido; pardo lo que era triste, duro, seco, mezclado y sucio; de color rojo aparecía lo que era pesado, terrenal, sensual; y de color amarillo lo muelle, demasiado delicado y cómodo. Había algunas bandas, entre amarillas y coloradas, que tenían que ser emblanquecidas e iluminadas. Había también otras bandas blancas, de un blanco de leche, con escrituras luminosas y transparentes. Esto significaba lo ganado, lo vencido, lo completado y perfeccionado. Estas bandas eran como señales y representaciones, la cuenta de todos los trabajos y dolores que Jesús tenía que sobrellevar en su carrera mortal. con sus discípulos y con los hombres. También se le presentaron al Señor todas aquellas personas que más le debían hacer sufrir: la obstinación de los fariseos, la traición de Judas y la crueldad de los judíos durante los dolores de su pasión y muerte. Todas estas cosas las desarrollaban los ángeles delante de la vista de Jesús con mucha reverencia y en cierto orden, como procedería un sacerdote en sus ceremonias; y cuando todo este aparato de dolores le fué presentado, he visto a Jesús, y a los ángeles con Él, derramando lágrimas.

Otro día vi que los ángeles representaban a Jesús la ingratitud de los hombres, las dudas, las burlas, las traiciones y negaciones de amigos y enemigos, hasta su amarga muerte y aún después; y todo lo que de sus dolores y penas se perdería para los hombres. Le mostraron también lo que se ganaba, para su consuelo. Todo esto se representaba en cuadros y ví a los ángeles señalando esos cuadros y representaciones. En todas estas representaciones yo veía la cruz de Jesús, como siempre, de cinco clases de maderas, con los brazos encajados adentro, con las cuñas debajo y un madero para descanso de los pies. El

pedazo de madera para poner el título lo vi añadido arriba, porque no había espacio sobre la cabeza para ponerlo. Este trozo de madera estuvo sobrepuesto, como una tapa sobre un costurero.

III
Jesús tentado por Satanás

Satanás no tenía certeza ni conocimiento de la Divinidad de Cristo: lo creía un profeta. Había observado la santidad de su infancia y juventud, y la santidad de su Madre, a quien nunca pudo llegar con sus tentaciones, pues ella no las recibía. No había en María ninguna materia por donde pudiese Satanás tentar. Era María la más hermosa Virgen; pero no tuvo a sabiendas relaciones con ningún pretendiente, fuera de la elección que de Ella se hizo en el templo por la señal de la vara florida. Le intrigaba a Satanás ver que Jesús, profeta según su parecer, no tenía los modos farisaicos y severidades de ley en los usos y costumbres con sus discípulos; lo tenía por un hombre, ya que veía que ciertas cosas exteriores escandalizaban a los fariseos.

Como viera que Jesús se mostraba a menudo con celo, quiso tentarlo, como si fuese un discípulo que le quería seguir; y como lo veía tan bondadoso, lo quiso tentar en forma de un anciano débil y disputar con Él como si fuese un esenio. Por esto he visto una vez a Satanás en la entrada de la cueva, bajo la forma de un joven(*) hijo de una viuda, sabiendo que Jesús amaba a ese joven. Hizo Satanás un ruido en la entrada para mover a displicencia a Jesús, en cuanto ese discípulo se llegaba hasta su retiro contra lo que Él había dicho que no lo siguieran. Jesús ni siquiera volvió su rostro para mirarlo. Satanás anduvo

---

(*) Él padre jesuíta Lamy, poseído por varios años, a raíz de un ofrecimiento voluntario, describe la presencia de Satanás en esta forma: "Satanás se me presenta alto y de hermosa presencia, cabellos rubios, barba corta y atildada. Lo veo como un hombre fuerte, de recia musculatura, vestido con una especie de peplo de forma griega, de color blanco, que le llega hasta los pies. Veo que de continuo se levantan a lo largo de su cuerpo, por la túnica y la barba, dos llamaradas desde los pies hasta la coronilla de la cabeza, donde parece que se juntan en un haz. Unas llamas más densas son de un color negro como pez hirviente y las otras como lenguas de fuego de color común. El sufre y calla. No le estorban estos tormentos en sus movimientos. Cuando María Santísima me hace el favor de mostrármelo en su aspecto de fuego, me persuado de [illegible] sufre horribles tormentos, aunque lo vea sereno".

por la cueva y hablaba de Juan el Bautista que, según él, debía estar muy contrariado contra Jesús que había hecho bautizar en diversos lugares, cosa que no le correspondía a Él sino a Juan solo.

Después de esto, Satanás envió arriba la figura de siete o nueve de sus discípulos, uno tras otro. Venía uno por vez a la cueva y decía que Eustaquio les había dicho que Él estaba en esta cueva; que lo habían estado buscando con grande ansia; que Él no debía arruinar su salud en este lugar, abandonándolos a ellos. Añadían que se hablaba mucho de Él y que no debía permitir corrieran tantas voces sobre su modo de proceder. Jesús nada contestó a todas estas representaciones y, al fin, dijo: "Vete de aquí, Satanás; ahora no es tiempo". Con esto desaparecieron todas las figuras de discípulos.

Más tarde apareció de nuevo Satanás en figura de un anciano esenio muy venerable, que venía cansado de subir por la montaña. Aparecía tan cansado que yo misma tuve compasión del que parecía venerable anciano. Se acercó a la cueva, cayendo de cansancio a la puerta misma, dando quejidos de dolor. Jesús ni siquiera miró al que acababa de entrar. Entonces se levantó el fingido esenio y dijo que era uno del Monte Carmelo, que había oído hablar de Jesús y que, por verlo, se había venido hasta allí, desfalleciendo casi por el cansancio. Le rogaba se sentase un momento en su compañía, para hablar de cosas de Dios. Dijo que sabía lo que era ayunar y rezar; y que si se unen dos en oración sirve de edificación mutua. Jesús solo contestó algunas palabras, como: "Apártate de mí, Satanás, no es llegado el tiempo". Sólo entonces ví que había sido Satanas el aparecido, puesto que al alejarse y desaparecer se puso negro, tenebroso y lleno de ira. Me causó risa ver que se echó al suelo como desfallecido y al fin tuvo que levantarse solo.

Noviembre 6. — Cuando Satanás apareció de nuevo para tentar a Jesús se apareció en figura del anciano Eliud. Debió haber sabido que a Jesús se le había mostrado la cruz con todos los sufrimientos que le esperaban, porque comenzó diciendo que había tenido una visión de los graves dolores que debía sufrir Jesús y que había sentido la impresión de que no habría podido soportar semejantes sufrimientos. Dijo que tampoco podría estar ayunando los cuarenta días y que por eso venía él para verle de nuevo y pedirle que le dejase participar de su soledad y tomar sobre sí una parte de su promesa y resolución. Jesús no miró siquiera al tentador, y levantando sus manos al cielo, dijo:

"Padre mío, quita esta tentación de Mí". Al punto Satanás desapareció, lleno de rabia y despecho.

Noviembre 11. — Después de esto, Jesús se hincó para rezar; y al rato vi que aparecieron allí aquellos tres jóvenes que habían estado con Él desde un principio en Nazaret, que habían querido ser discípulos suyos y que luego le habían dejado. Estos jóvenes se arrojaron a los pies de Jesús y le dijeron que no podían tener paz y tranquilidad si no les perdonaba; se mostraron muy compungidos y contritos. Pedían los volviera a recibir y les dejase ayunar en su compañía, añadiendo que querían ser en adelante sus más fieles discípulos. Se mostraban muy afligidos; y entrando en la gran cueva, andaban con toda clase de ruidos en torno de Él. Jesús se levantó entonces, alzó sus manos al cielo, rogó a su Padre y al punto desapareció la imagen de esos jóvenes.

Noviembre 7 y 8. — Una tarde, mientras Jesús rezaba de rodillas, he visto a Satanás, en luminosa vestidura, flotando por los aires y subiendo la ladera escarpada de la montaña. Esta ladera escarpada estaba al Oriente; no había por ese lado entrada alguna, sino sólo algunos agujeros en las rocas. Satanás se presentó luminoso, semejante a un ángel; pero Jesús ni lo miró siquiera. Veo que en estos casos la luz de Satanás nunca es transparente, sino con un brillo superficial e imitado; y su mismo traje hace impresión de dureza, mientras veo las vestiduras de los ángeles transparentes, ligeras y luminosas. Satanás, en forma de ángel, quedó en la entrada de la cueva, y dijo: "Soy enviado por tu Padre, para consolarte". Jesús no le dirigió siquiera una mirada.

Después de esto apareció de nuevo en otra parte del monte, junto a una abertura que era del todo inaccesible y dijo a Jesús que considerase cómo era un ángel, ya que volaba por esos sitios inaccesibles. Tampoco esta vez se dignó Jesús dirigirle una mirada. Entonces ví a Satanás terriblemente rabioso e hizo ademán como si quisiese aferrarlo con sus garras a través de esa abertura; su rostro y aspecto eran espantosos. Jesús no le dirigió siquiera una mirada. Satanás desapareció.

Noviembre 12. — He visto aparecer a Satanás en forma de un anciano ermitaño del monte Sinaí, todo desgreñado y penitente, y entrar en la cueva de Jesús. Lo he visto trepar cansadamente por la montaña; tenía una luenga barba y solo una piel por vestidura; pero a pesar de esto lo reconocí por no poder disimular algo de artero y de puntiagudo en su rostro.

Dijo que había estado con él un esenio del monte Carmelo, que le había hablado de su bautismo, de su sabiduría, de sus prodigios y ahora de su ayuno riguroso. Por esto había venido, a pesar de su mucha edad, hasta aquí; para que se dignase hablar con él, que tenía también una larga experiencia en cuestión de ayunos y penitencias. Le dijo que ya lo hecho bastaba, que dejase lo demás y que él mismo tomaría una parte de lo que aún faltaba por hacer. Habló en este sentido muchas cosas, y Jesús, mirando apenas de un lado, dijo: "Apártate de mí, Satanás". Ví entonces a Satanás precipitarse como una piedra, desde el monte abajo, con estruendo, como un cuerpo negruzco.

Yo me preguntaba cómo puede serle desconocido al Demonio que Jesús era Dios. Recibí entonces una instrucción y conocí claramente el provecho grande para los hombres de que Satanás, y el mismo hombre, no lo entendiesen y lo debiese creer. El Señor me dijo estas palabras: "El hombre no sabía que la serpiente que le tentaba era Satanás; por esto no debe saber Satanás que es un Dios el que salva al hombre". He visto en esta ocasión que Satanás recién reconoció la Divinidad de Cristo cuando Éste bajó a los infiernos a librar las almas de los santos padres.

Noviembre 18. — En uno de estos días siguientes he visto a Satanás aparecer en forma de un hombre de aspecto venerable y que venía de Jerusalén y se acercaba a la cueva de Jesús, que estaba en oración. Dijo que venía porque le interesaba mucho saber si Él estaba destinado a dar la libertad a su pueblo de Israel. Contó todo lo que se decía y contaba en Jerusalén de su persona y añadió que venía para ayudarle y protegerle. Dijo ser un mensajero de Herodes, que le invitaba a ir con él a Jerusalén, ocultarse en el palacio de aquél y reunir a sus discípulos, hasta poner en orden su designio de liberación. Insistía que era conveniente que viniese de inmediato con él. Todo esto lo dijo con muchas palabras y por extenso. Jesús no le miró. Rogó con instancia; y de pronto ví a Satanás alejarse de allí, volviéndose su rostro espantoso y despidiendo llamas y tinieblas por la nariz.

Noviembre 30. — Como Jesús estaba atormentado por el hambre, especialmente por la sed, se presentó Satanás en forma de un piadoso ermitaño, que le dijo: "Tengo mucha hambre; te ruego me des de los frutos que están aquí en la montaña, delante de la entrada, pues no quiero sacar nada sin permiso del dueño. Nos sentaremos luego amigablemente y conversaremos de cosas buenas". Había, en efecto, no en la entrada, sino al

lado, hacia el Oriente, a alguna distancia de la cueva, algunos higos y una clase de frutas como nueces, pero de cáscara blanda como la tienen los nísperos, y también bayas. Jesús le dijo: "Apártate de Mí; tú eres el mentiroso desde el principio, y no dejes daño alguno sobre esos frutos". Vi entonces al fingido ermitaño precipitarse como una sombra oscura contrahecha del monte abajo y escupir un vapor negro.

Diciembre 2. — Vino Satanás en forma de un viajero y preguntó si no podía él comer de las hermosas uvas que se veían allí cerca, que eran tan buenas para apagar la sed. Jesús no contestó nada ni miró hacia el lado donde le hablaba. Algunos días después le tentó mostrándole una fuente de agua.

IV

Satanás tienta a Jesús por medio de artificios de magia

Diciembre 3. — Satanás vino de nuevo a la cueva de Jesús, esta vez como un maestro de artificios y como sabio. Dijo que venía a Él como tal, que algo podía mostrar de lo que sabía hacer y le invitó a mirar dentro de un artefacto que traía. Diciendo esto mostró una máquina parecida a una bola, o mejor a un cesto de pájaros. Jesús no miró hacia él, le volvió las espaldas y salió de la cueva.

En ese caleidoscopio que traía Satanás se veía una maravillosa representación de la naturaleza: un jardín delicioso, de exuberante vegetación, con amena sombra, frescas fuentes, árboles llenos de hermosas frutas y de ubérrimos racimos de uva. Todo esto se veía tan cerca que se podía tomar con la mano y con numerosos cambiantes de paisajes y de objetos deleitosos. Cuando Jesús le dió las espaldas, Satanás huyó de allí con su aparato(*). Esta tentación se produjo en este momento para hacer quebrantar el ayuno a Jesús, que comenzaba ahora a sentir más que antes los estímulos del hambre y de la sed.

Satanás no sabe qué hacer con Jesús. Conoce las profecías que hay sobre Él y siente que tiene Jesús un poder que otros no tienen; pero no sabe que es Dios, ni sabe de fijo que es el Mesías que no puede ser tocado en sus obras; porque lo ve en muchas cosas tan humano; lo ve ayunar, sufrir tentaciones, tener

(*) Las seducciones del cine, inventado a principios de este siglo, compensan ampliamente el fracaso de la primera función y del primer operador cinematográfico: Satanás.

hambre y sed y padecer como los demás hombres. Satanás es en esto tan ciego, en parte, como los fariseos. Lo tiene por un hombre santo y justo, a quien conviene tentar para hacerlo caer en falta y ponerlo en turbación.

Diciembre 4. — Jesús padece hambre y sed. Lo veo con frecuencia delante de la entrada de la cueva. Hacia la noche vino Satanás en forma de un hombre grande y fuerte, subiendo la montaña. Había levantado abajo dos piedras del tamaño de pequeños panes, con ángulos; y mientras subía les había dado forma de panes en sus manos. Había en él algo de profundo encono cuando subió esta vez y entró en la cueva. Tenía una piedra en cada mano y dijo más o menos lo siguiente: "Tienes razón de no haber comido alguna fruta; ellas no sirven sino de placer. Pero si Tú eres el Hijo querido de Dios, sobre el cual vino el Espíritu Santo en el bautismo, mira: yo he hecho que estas piedras parezcan panes; haz Tú ahora que sean panes". Jesús no miró a Satanás; le oí sólo estas palabras: "El hombre no vive de pan". Estas palabras las entendí claramente. Entonces Satanás se puso rabioso. Extendió sus garras contra Jesús y vi las dos piedras en sus manos. Al punto huyó de allí. No pude menos que reir al ver que tuvo que llevarse las piedras que había traído.

V

Satanás lleva a Jesús al pináculo del templo y sobre la montaña

Hacia la tarde del día siguiente vi a Satanás volar hacia Jesús, como un ángel poderoso, con gran estrépito. Estaba con vestiduras guerreras, como veo con frecuencia a San Miguel. Pero en Satanás siempre se descubre algo de repelente y de opaco, aún en su mayor brillo. Se gloriaba delante de Jesús y decía: "Quiero mostrarte lo que puedo y quién soy y cómo los ángeles me llevan en sus palmas. Mira allá a Jerusalén, mira el templo. Te quiero colocar sobre el punto más alto. Muestra entonces lo que Tú puedes y si los ángeles te sostienen en sus manos". Mientras esto decía ví la ciudad de Jerusalén y el templo tan cerca como si estuvieran junto a la montaña. Creo que todo esto no era sino artificio de Satanás. Jesús no le respondió. Satanás lo tomó por las espaldas y lo llevó por el aire, volando bajo, hasta Jerusalén; lo puso sobre la punta de una de las torres de las cuatro que había sobre el templo y que yo

hasta entonces no había notado. Esta punta estaba en el ángulo occidental, hacia Sión, enfrente de la torre Antonia. La ladera de la montaña donde estaba el templo era en esta parte muy escarpada. Estas torres eran como prisiones y en una de ella estaban guardadas las preciosas vestiduras de los sacerdotes. Eran por arriba planas; de modo que se podía caminar en ellas; se alzaba, empero, todavía en medio de ellas un cono hueco que terminaba con una bocha tan grande que podían estarse allí dos hombres de pie. Desde aquí se podía contemplar el templo en su conjunto. En este punto más alto puso Satanás a Jesús, que nada dijo hasta este momento. Satanás, entonces, de un vuelo bajó a tierra, y dijo: "Si Tú eres el Hijo de Dios, muestra tu poder y déjate caer abajo, pues está escrito: Mandará a sus ángeles que te sostengan en sus manos para que no tropieces en piedra alguna". Entonces dijo Jesús: "Está escrito también: No tentarás a tu Dios".

Vino entonces Satanás todo rabioso contra Él, y Jesús dijo: "Usa del poder que se te ha dado". Le tomó entonces Satanás de los hombros, y furioso voló con Él a través del desierto, hacia Jericó. Sobre aquella torre cayó por la tarde luz vespertina del cielo. Voló en esta ocasión más despacio. Lo veía volar con rabia con Jesús, ya por lo alto, ya bajando, ya culebreando, como uno que quiere desahogar su enojo y no puede dominar el objeto de su rabia. Lo llevó sobre el mismo monte, a siete horas de Jerusalén, donde Jesús había comenzado su ayuno. Vi que lo llevó junto a un árbol de terebinto que se erguía grande y fuerte en medio de un jardín de un esenio que había vivido hacía tiempo en este lugar. También Elías había vivido allí. Estaba detrás de la cueva, no lejos de la escarpada ladera. Estos árboles son picados y cortados en la corteza tres veces al año y dan cada vez una cierta cantidad de bálsamo. Satanás puso a Jesús sobre un pico de la montaña, que era inaccesible y más alta que la cueva misma. Era de noche; pero conforme Satanás señalaba a un lado o a otro se veían los más hermosos paisajes de todas partes del mundo. Satanás dijo mas o menos a Jesús: "Yo sé que Tú eres un gran maestro y vas a buscar ahora discípulos para esparcir tu doctrina. Mira todas estas espléndidas comarcas, estos poderosos pueblos... y mira esta pequeña Judea. Allá es donde tienes que ir. Yo te quiero entregar todas estas comarcas, si Tú te postras y me adoras". Con esta adoración entendía ese obsequio y esa humillación que era de uso entre los fariseos y judíos delante de reyes y de personajes

poderosos, cuando querían obtener algo de ellos. El diablo presentó aquí una tentación semejante, aunque en mayor escala, que cuando se presentó en forma de un mensajero del rey Herodes venido desde Jerusalén, invitándole a ir a la ciudad y a vivir en el castillo bajo su protección. Cuando Satanás señalaba con su mano veíanse grandes países y mares extensos; luego sus ciudades, sus reyes y príncipes, sus magnificencias y triunfos, yendo y viniendo con sus guerreros y soldados con toda majestad y esplendor. Todo se veía tan claro como si estuviera cerca y más distinto aún. Parecía que uno estaba allí dentro de esa magnificencia y cada figura, cada cuadro, cada pueblo aparecía con diversos esplendores, con sus costumbres, usos y maneras peculiares. Satanás señaló de algunos pueblos sus particularidades principales y especialmente un país donde había grandes hombres y fuertes guerreros, que parecían gigantes, creo que Persia, y le dijo que allí tenía que ir a enseñar. La Palestina se la representó muy pequeña y despreciable. Fué una representación maravillosa: se veían tantas cosas, tan claras y al mismo tiempo tan espléndidas y atrayentes. Jesús no dijo otra cosa que: "Adorarás a Dios tu Señor y a Él sólo servirás. Apártate de Mí, Satanás". Entonces vi a Satanás, en espantoso aspecto, precipitarse de la montaña, caer en lo profundo y desaparecer como si se lo hubiese tragado la tierra(*).

VI

Los ángeles sirven a Jesús

Después de esto vi una multitud de ángeles aparecer al lado de Jesús, inclinarse ante Él y llevarlo delicadamente en las palmas a la cueva donde había comenzado su ayuno de cuarenta días. Había allí doce ángeles y otros grupos de ayudantes en determinado número. No recuerdo ya bien si 72, aunque creo que si, porque tuve durante esta visión el recuerdo continuo de los apóstoles y de los 72 discípulos. Se celebró en la cueva una fiesta de acción de gracias y de victoria con una comida. Vi a los ángeles adornar el interior de la cueva con hojas de parra de la cual descendía, sobre la cabeza de Jesús, una corona de hojas. Todo esto aconteció en un orden admirable y cierta

(*) Aunque la teología disputa sobre el lugar donde está situado el Infierno, la mayor parte de las revelaciones de los santos lo colocan en el centro de la tierra, pareciendo lógico que allí donde ha pecado el hombre allí sea castigado.

solemnidad y era luminoso y significativo, y no duró mucho tiempo; pues lo que se injertó en una intención siguió a la intención del todo al vivo y se esparció al exterior según su destino.

Los ángeles habían traído desde el principio una mesa pequeña con alimentos del cielo, que se agrandó luego. Los alimentos y los recipientes eran como los que veo siempre en las mesas del Cielo, y he visto que Jesús y los doce apóstoles y los otros ángeles tomaban parte de la comida(*). No era el de ellos un comer con la boca, y, sin embargo, era un tomar para sí y un traslado de las frutas en los que los gustaban, que eran recreados y participaban de la comida. Era como si la íntima significación de los alimentos pasase a quienes los tomaban. Esto es inexplicable. Al final de la mesa había un cáliz grande y luminoso y pequeños vasitos alrededor de él, en la forma de aquél que se usó en la última Cena; sólo que aquí era más espiritual y más grande. Había también un plato con panecillos redondos. Vi que Jesús echaba algo del gran cáliz en los vasos pequeños y mojaba pedazos de panes en los vasos y que los ángeles recibían de ellos y los llevaban.

Mientras veía estas cosas se disipó la visión y Jesús salió de la cueva y fué descendiendo la montaña en dirección al Jordán. Los ángeles lo hicieron en forma y orden diferentes. Los que desaparecieron con el pan y vino tenían vestidura sacerdotal. En ese mismo momento he visto toda clase de consuelo y de animación en los amigos de Jesús de ahora y de más tarde. Vi a Jesús aparecer a María, en Caná, de modo admirable y confortarla y consolarla. Vi a Lázaro y a Marta conmovidos de amor hacia Jesús. Vi a María la Silenciosa refrigerada en realidad con parte de ese alimento: vi al ángel junto a ella y a ella recibir el alimento. María la Silenciosa había contemplado siempre los dolores y tentaciones de Jesús y estaba en estas cosas admirables de tal manera que no se maravillaba de nada. Aún a la Magdalena la he visto conmovida: estaba en ese momento ocupada en adornarse para una fiesta, cuando de pronto le sorprendió un saludable temor de su vida y su salvación y arrojó su adorno al suelo, cosa que causó la burla de los que la rodeaban. A muchos de los que iban a ser más tarde sus discípulos, los vi aligerados y reconfortados y con ansias de Jesús. A Natanael lo vi en su pieza pensando en las cosas que había oído a

(*) "Por esto os preparo el reino como mi Padre me lo preparó a Mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lucas, 22-30).

Jesús, muy conmovido; pero luego él lo alejaba todo de su mente. A Andrés, a Pedro y a los demás apóstoles los vi fortalecidos y conmovidos. Fué esto un espectáculo admirable.

María vivió al principio del ayuno de Jesús en la casa cerca de Cafarnaúm. Tenía ocasión de oír a muchos que murmuraban diciendo que Él iba vagando y nadie sabía dónde; que Él abandonaba a su Madre; que era su deber, después de la muerte de José, tomar un oficio para mantener a su Madre. Ahora, especialmente, había mucha conversación, habiendo llegado noticias de lo sucedido en su bautismo, el testimonio de Juan y las cosas que contaban los discípulos dispersos en sus pueblos. Cosa semejante sólo sucedió nuevamente en la resurrección de Lázaro y en su pasión y muerte. María se mostraba preocupada y sufría en su interior. Nunca estuvo exenta de visiones, participaciones y sentimientos de compasión para con Jesús. Hacia el fin de los cuarenta días estuvo María en Caná de Galilea junto a los padres de la esposa de Caná. Son estas personas distinguidas en la ciudad y como jefes de ella; tienen una casa, casi en medio de la ciudad, que es hermosa y limpia; una calle principal pasa por ella; creo que de Ptolomais se ve venir el camino en esa dirección de la ciudad que no es tan desalineada y mal edificada como otras. El esposo hizo su casamiento en su casa. Tienen otra casa en la ciudad, la cual arreglada entregarán a la hija. Ahora está María habitando allí. El esposo es más o menos de la misma edad que Jesús y es como el padre en la casa de su madre, y lleva la administración de la misma. Esta buena gente pide consejo a María para la educación de sus hijos y le muestra todas sus cosas.

VII

Jesús se dirige al Jordán y hace bautizar allí

Juan estaba por este tiempo todavía ocupado en los bautismos. Herodes se esforzaba en conseguir que fuese junto a él: mandaba mensajeros para lisonjearlo y elevarlo sobre Jesús. Juan lo trataba siempre con poco aprecio y repitió su anterior testimonio sobre Jesús. De nuevo vinieron mensajeros a Juan para pedirle cuenta de su proceder con Jesús. Juan repetía lo mismo: que antes no lo había visto y que le habían mandado para preparar sus caminos. Desde el bautismo de Jesús, Juan enseñaba que el agua, por el bautismo de Jesús y del Espíritu

Santo que descendió sobre Él, estaba ahora santificada y que del agua habían salido muchas cosas maléficas; que había sido como un exorcismo de las aguas(*). Jesús se dejó bautizar para santificar las aguas. El bautismo de Juan era ahora más puro y más santo; por esto vi a Jesús bautizar en un recipiente aparte, y de esta fuente hacer correr al Jordán y al lugar común del bautismo, y veía a Jesús y a los discípulos llevar consigo de estas aguas para otros bautismos.

Diciembre 6. — Al clarear el día pasó Jesús el Jordán por aquel estrecho lugar donde había pasado hacía cuarenta días. Había allí balsas. No era este el vado general, sino un paso menos frecuentado. Jesús caminó por el oriente del Jordán hasta enfrentar el sitio del bautismo de Juan. Éste enseñaba y bautizaba; pero al punto señaló a la otra orilla y dijo: "He allí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Jesús se encaminó desde aquí hacia Bethabara. Andrés y Saturnino, que estaban con Juan, se apresuraron a pasar el Jordán por el mismo lugar que había pasado Jesús. Lo siguieron uno de los primos de José de Arimatea y otros dos discípulos de Juan. Se apresuraron a seguir a Jesús y Él les fué al encuentro y les preguntó qué buscaban. Entonces le preguntó Andrés, muy contento de haberlo encontrado, donde habitaba. Jesús les dijo que le siguieran y los llevó a un albergue junto a Bethabara, cerca del mar, y allí se sentaron. Jesús permaneció con estos cinco discípulos en Bethabara y tomó parte en una comida en su compañía. Dijo que daría principio a su vida pública y que se asociaría algunos discípulos. Andrés le nombró algunos conocidos y alabó a algunos de ellos; nombró a Pedro, a Felipe, a Natanael. Jesús habló del bautismo en el Jordán y que algunos de ellos debían bautizar. Dijeron ellos que allí no había ningún lugar cómodo, sino allá donde Juan bautizaba; pero que no convenía fuese Juan estorbado. Jesús habló de la misión y llamamiento de Juan, de su próximo término y confirmó todas las palabras que éste había pronunciado sobre el Mesías. Habló también de su preparación en el desierto para su ministerio y de la necesidad de una preparación para las obras importantes. Se mostró tierno y familiar con sus discípulos, porque estos estaban algo cohibidos y humillados en su presencia.

(*) Las preces ordenadas por León XIII en 1884 para que fueran recitadas después de la misa, contra los demonios, se relacionan con las frecuentes visitas que la estigmatizada Catalina Filljung hizo en Roma al Papa. Esta estigmatizada fué recibida más tarde por Pío X y murió el 4 de agosto de 1915.

Diciembre 9. — A la mañana siguiente fué Jesús con sus discípulos desde Bethabara hacia el Jordán a las casas de los que pasaban el río y enseñó en una reunión. Más tarde pasó el Jordán y enseñó en un pueblito de unas veinte casitas, a una hora de camino antes de llegar a Jericó. Iban y venían turbas de bautizados por Juan para oír a Jesús y volvían luego a narrar lo oído a Juan. Era ya casi mediodía cuando lo vi enseñando. Jesús encargó a varios discípulos que fuesen de la festividad del Sábado al otro lado del Jordán, como a una hora de camino arriba del río desde Bethabara, y preparasen allí una fuente donde Juan, viniendo de Ainón, había bautizado antes que pasase al oriente del Jordán, frente a Bethabara. Se quería preparar una comida a Jesús, pero Él salió de allí y antes del Sábado volvió a pasar el Jordán hacia Bethabara, donde celebró la fiesta del Sábado y enseñó en la sinagoga. Allí comió en casa del jefe de la sinagoga y durmió en la misma. El lugar del bautismo que Juan había usado algún tiempo, antes del que tenía ahora, fué restaurado por los discípulos de Jesús. La fuente no era tan grande como la de Juan, cerca de Jericó; tenía un borde con espacios para estar el bautizando y un pequeño canal alrededor por donde iba el agua a la fuente a voluntad, según la necesidad. Hay ahora tres lugares de bautismo: el que está sobre Bethabara, el lugar donde Jesús fué bautizado con la isla que nació allí en el Jordán y el más usado donde bautizaba Juan en ese momento. Cuando Jesús llegó echó en esta fuente agua de la fuente de la isla donde fué bautizado Él mismo, que Andrés había traído en un recipiente, y bendijo el agua de la fuente. Los aquí bautizados se sintieron todos muy conmovidos y admirablemente cambiados. Andrés y Saturnino eran los que bautizaban. No se sumergían del todo en el agua; las gentes se acercaban al borde de la fuente; se les ponía las manos sobre los hombros, y el bautizador derramaba con la mano tres veces el agua, y bautizaba en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. En el bautismo de Juan veo que usaban un recipiente que tenía tres aberturas por donde salían tres chorritos de agua. Aquí se hicieron bautizar muchas gentes, especialmente de Perea.

Jesús, de pie sobre un sitio elevado, lleno de hierba, enseñaba hablando de la penitencia, del bautismo y del Espíritu Santo. Dijo: "Mi Padre ha enviado al Espíritu Santo cuando fuí bautizado y clamó: Éste es mi Hijo amado en quien me he complacido". Esto lo dice Él también sobre cada uno de los que

aman al Padre celestial y se arrepiente de sus pecados. Sobre todos los que son bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo envía Él su Espíritu Santo, y son aquéllos en quienes encuentra Él sus complacencias; pues Él es el Padre de todos los que reciben su bautismo y que son renacidos para Él por el bautismo.

Yo me maravillo de como estas y otras cosas están tan brevemente en el Evangelio; como por ejemplo: Jesús, apenas le sigue Andrés, después del testimonio de Juan, se encuentra en seguida con Pedro, el cual ni siquiera estaba allí, sino en Galilea. Más admiración me causa que en el Evangelio, casi a continuación de la entrada triunfal en Jerusalén, se sigue en seguida la cena pascual del Jueves y la Pasión, mientras oigo yo tantas enseñanzas de Jesús en este intervalo y pasan tantos días. Yo creo que Jesús se detiene aquí todavía unos quince días antes de ir a Galilea. Andrés no había sido recibido aún en realidad como apóstol. Jesús no lo había llamado; él mismo se había ofrecido, diciendo que quería de buena gana estarse con Él. Era más servicial y más resuelto que Pedro, el cual pensaba con cierta ligereza: "Para esto no me siento capaz, no tendría fuerzas". Por esto volvió a sus ocupaciones ordinarias. El mismo Saturnino y los dos primos de José de Arimatea, Aram y Themeni, se habían agregado en esa forma a Jesús. Habrían venido muchos más discípulos de Juan a Jesús, si no fuera por algunos discípulos de Juan, que, celosos de su maestro, no los hubiesen retenido. El lugar del bautismo de Juan no era ya tan frecuentado. Éstos celosos se quejaron a Juan diciendo que no era justo viniesen los discípulos de Jesús a bautizar allí, que esto correspondía a Juan. Bastante trabajo tenía Juan en hacerles ver su cortedad de vista y su egoismo. Les decía que recordasen sus palabras, que siempre repetía: que él había venido para preparar los caminos, que él iba pronto a desaparecer cuando estos caminos estuviesen prontos. Ellos amaban mucho a Juan y no querían entender estas razones. Se habían agrupado ya tantos al bautismo de Jesús, que Él dijo a sus discípulos que convenía salir de allí.

Diciembre 10. — Jesús caminó, acompañado de unos veinte discípulos, entre los cuales estaban Andrés, Saturnino, Aram y Themeni, de Bethabara, por el paso común, a través del Jordán y se dirigió a Gilgal, y dejándola a la derecha, hacia la ciudad de Ophra, que estaba escondida en un valle entre montañas. Desde aquí venían siempre las gentes de los lados de

Sodoma y Gomorra, sobre camellos, con mercaderías que iban al Oriente del Jordán y se dejaban bautizar por Juan. Había aquí un camino menos principal desde Judea al Jordán. El lugar estaba como olvidado, situado a unas tres o cuatro horas del lugar de Juan, algo más cerca de Jericó y como a siete horas de Jerusalén. Esta ciudad era fría porque no le llegaba mucho sol, pero estaba bien edificada. Los habitantes tenían cierto bienestar que provenía de contrabandos, de comercios y de cambios como lo hacían los publicanos. Vivían, en una palabra, de los que transitaban por su comercio. No eran malos, pero sí indiferentes y con ese espíritu que suelen tener los comerciantes que viven bien de su negocio. No se habían preocupado tampoco mucho del bautismo de Juan; no ansiaban la salud espiritual y les pasaba como a los que tienen lo necesario para la vida y no se preocupan de más.

Cuando se acercó Jesús mandó a los primos de José de Arimatea que pidiesen las llaves de la sinagoga y llamasen a las gentes para la enseñanza. Jesús usaba a estos discípulos para este fin porque eran amables y diestros en el oficio de persuadir. Al entrar en la ciudad le gritaban los posesos y los furiosos: "Aquí viene el Profeta, el Hijo de Dios, Jesucristo, nuestro enemigo. Viene para echarnos de aquí". Jesús les mandó callar y estar sosegados. Callaron todos y le siguieron dentro de la sinagoga, para ir a la cual tuvo Jesús que atravesar casi toda la ciudad. Enseñó aquí hasta la tarde y sólo salió una vez para tomar alimento. Enseñó sobre la proximidad del reino de Dios, la necesidad del bautismo y exhortó con severas palabras a los habitantes a salir de su tibieza y su falsa seguridad antes que el juicio de Dios viniese sobre ellos. Les reprochó con severas palabras sus usuras, sus negocios injustos, y todos sus pecados, que eran como los de los publicanos y mercaderes. Los hombres no contradecían; pero no fueron muy asequibles, porque estaban muy metidos en sus turbios negocios. Algunos se sintieron muy conmovidos y mejoraron. Por la tarde vinieron otros de los distinguidos, como de los pobres, a su albergue dispuestos a ir al bautismo de Juan. En efecto, desde la mañana siguiente se dirigieron hacia donde estaba Juan.

Diciembre 11. — Desde Ophra partió Jesús con sus discípulos a la mañana hacia Bethabara y en el camino se dividieron. Andrés con el mayor número fué enviado adelante, en el camino que había tomado Jesús, con Saturnino y los primos de José de Arimatea; se dirigieron al lugar de Juan por el camino donde

éste había dado testimonio de Él, después del bautismo. Yendo de paso, entró en algunas casas y exhortaba a las gentes a ir al bautismo de Juan. Por la tarde estaban de nuevo en Bethabara y Jesús enseñó, mientras Saturnino y Andrés bautizaban. Como viniesen nuevos bautizandos, la enseñanza de Jesús era la de otras veces: que su Eterno Padre decía a todos los que hacían penitencia y se bautizaban: "Este es mi Hijo amado", puesto que todos eran hijos de Dios. Los más de los bautizados eran de la jurisdicción del tetrarca Felipe, que era un buen hombre. Estas gentes se consideraban dichosas y poco se habían preocupado hasta entonces del bautismo.

Diciembre 12. — Desde Bethabara se encaminó Jesús con tres discípulos, a través del valle, hacia Dibón, donde había estado antes para las fiestas de los Tabernáculos. Enseñó en algunas casas y en la sinagoga que estaba distante de la ciudad en medio del valle. No entró en la ciudad de Dibón, y se retiró, llegada la noche, a un albergue apartado donde trabajadores del campo de los alrededores recibían hospedaje y comida. Ahora se estaba sembrando allí y tenían que cavar la tierra porque encontraban con frecuencia piedras, arena y no podían usar los instrumentos comunes para arar la tierra. Acaban de almacenar parte de la cosecha recogida. Los habitantes de este valle, que podía tener de largo unas tres horas de camino, eran gente buena, sencilla y de vida modesta, y estaban bien dispuestos respecto de Jesús. Jesús les enseñó con la parábola del sembrador, tanto en la sinagoga como en el campo mismo, explicándoles la comparación. No siempre explicaba Jesús las parábolas. Cuando hablaba con los fariseos solía decir una parábola sin dar la explicación. Andrés y Saturnino fueron con otros discípulos a Ophra, porque las gentes de allí, ya conmovidas por la visita de Jesús, necesitaban ser confirmadas y fortalecidas en esas buenas disposiciones.

Diciembre 14 y 15. — Habiendo salido Jesús de Dibón, llegó a Eleale, que está como a cuatro horas de Bethabara; caminó por un sendero que está como a dos horas de distancia del Jordán hacia el Sur con respecto al camino que había andado antes desde Bethabara. Llegó con unos siete discípulos y entró en la casa del jefe de la sinagoga. Dando principio a las fiestas del Sábado enseñó en la sinagoga con una parábola de las ramas movidas por el viento en el árbol, del que caen las flores y luego no producen frutos. Los quería decir que ellos, en su mayor parte, no se habían mejorado con el bautismo de Juan, y

que se dejaban mover por todo viento, echando los brotes y flores de la penitencia, y no daban fruto de conversión. Usó de esta comparación porque aquí precisamente vivían principalmente de los frutos de sus árboles. Solían llevar lejos sus frutos, porque aquí no había camino real; he visto que trabajaban también en hacer mantas y en tejer diversos géneros en cantidad. Hasta ahora Jesús no encontró aquí contradictores. Las gentes de Dibón y, en general de los alrededores, le tienen afecto y dicen que nunca habían oído un maestro tal, y los ancianos lo comparan con los profetas, cuyas enseñanzas habían oído a sus antepasados.

Diciembre 16 y 17. — Después del Sábado se dirigió Jesús hacia el Occidente, como a tres horas de camino a Bethjesimoth, situado a una hora del Jordán, al Oriente de una montaña. Mientras andaban se juntaron a Jesús Andrés, Saturnino y otros discípulos de Juan. Jesús les habló de cómo los hijos de Israel habían acampado aquí, y cómo Moisés y Josué les hablaron al pueblo. Hizo una aplicación a los tiempos presentes y a su propia enseñanza. La ciudad de Bethjesimoth no es grande, pero su comarca es fértil especialmente en viñedos. Al tiempo que Jesús entraba en la ciudad habían llevado y dejado en libertad a algunos endemoniados y furiosos que estaban encerrados en una casa. Estos empezaron a clamar: "Ahora viene Él, el profeta; Él nos echará". Jesús se volvió a ellos, les mandó callar y que cayesen sus ataduras y les dijo que le acompañasen a la sinagoga. De pronto cayeron sus ataduras y quedaron tranquilos, se echaron a los pies de Jesús, le dieron gracias y le siguieron a la sinagoga. Les enseñó allí con parábolas de los frutos y de los viñedos. Después visitó y sanó a muchos enfermos en sus casas. Como la ciudad no da a ningún camino real, la gente lleva sus frutos al mercado para venderlos.

Diciembre 18-20. — Jesús sanó aquí por primera vez desde su salida del desierto: por esto le rogaba la gente del lugar que se quedase. Pero Jesús se dirigió, acompañado por Andrés, Saturnino, los primos de José de Arimatea, en todo unos doce discípulos, al Norte hacia el pasaje general al cual llevaba el camino de Dibón, el mismo que había hecho cuando fué a la fiesta de los Tabernáculos, desde Gilgal. Tuvieron que emplear bastante tiempo en atravesar el río, porque no estaban los lugares de embarco y desembarco por causa de la montaña escarpada del otro lado del río. De aquí caminaron por espacio de una hora en dirección de Samaría, a un lugarcito al pie de una montaña.

Este pueblo constaba de unas pocas casas y no tenía escuela. Habitaban allí pastores y gentes sencillas y buenas que vestían casi como los pastores de la gruta de Belén. Jesús enseñó al aire libre en un lugar elevado donde había un asiento. Esta gente había recibido ya el bautismo de Juan.

VIII

Jesús en Silo, Kibzaim y Thebez

Después he visto a Jesús en Silo, en la altura de una montaña de suave ladera, por ese lado, mientras los otros son escarpados; tiene una extensa altiplanicie. En esta altura estuvo edificada la choza donde se guardaba el Arca de la Alianza en los primeros tiempos de la salida de Egipto. Había un amplio lugar rodeado de una muralla derruida en parte donde se veían aún las ruinas de las galerías que se habían hecho sobre la choza del Arca. En el lugar donde estuvo el Arca, una columna semejante a la que está en Gilgal, bajo techo, en una galería abierta, perpetúa el recuerdo. Había allí, como también en Gilgal, una gruta cavada en la roca. No lejos había un sitio para el sacrificio y junto a él una cueva cubierta para arrojar los desperdicios, pues aún hoy tenían permiso de ofrecer sacrificios dos o tres veces en el año. También la sinagoga se encuentra allí, con murallas, desde donde se goza de una hermosa vista de las alturas de Jerusalén, el Mar de Galilea y otros contornos montañosos. La ciudad de Silo estaba más bien en decadencia y poco habitada; había allí una escuela de fariseos y saduceos. Los habitantes no eran buenos: eran soberbios, llenos de suspicacia y de falsa seguridad. A alguna distancia de las puertas de la ciudad se ven los muros ruinosos de un convento de esenios y cerca existía aún la casa donde los benjamitas habían encerrado a las jóvenes en ocasión de las fiestas de los Tabernáculos.

Jesús entró con sus discípulos, doce en número, en una casa donde los maestros viajeros y profetas tenían derecho adquirido de permanecer. Esta casa estaba junto a la escuela y a las habitaciones de los fariseos y saduceos. He visto a unos veinte de ellos reunidos en torno a Jesús, vestidos con sus largas vestiduras con cinturones y con largos trenzados que colgaban de sus mangas. Fingían no saber nada de Jesús y dirigían preguntas capciosas, cuales: "¿Cómo es eso?... ¿Que hay dos bautismos: uno de Juan y otro de un tal Jesús, hijo de un carpintero

de Galilea? ¿Cuál es, al fin, el verdadero bautismo?" Decían también que se juntan otras mujeres a la Madre de ese Jesús, hijo del carpintero, como una viuda con sus dos hijos y que andan de un lado a otro haciendo nuevos secuaces. Añadían que ellos, por otra parte, no necesitaban de esas novedades: les bastaba la ley y los profetas. Estas cosas las decían, no abiertamente, en tono ofensivo, sino con finura estudiada y con cierta sorna. Él les respondió que era Aquél del cual hablaban, y ya que hablaron también de la voz oída en el bautismo, les dijo que esa era la voz de su Padre celestial, que es Padre también de todos los que se arrepienten de sus pecados y son renovados por el bautismo. Como no lo querían dejar ir al lugar donde había estado el Arca de la Alianza, por ser sitio sagrado, Él se fué allá igualmente, y les echó en cara que ellos habían, precisamente por sus pecados, perdido el Arca de la Alianza, y que ahora, estando vacío el lugar, continuaban en sus malas obras como entonces que faltaban a la ley. Añadió que así como el Arca se había apartado de ellos, se apartaría también de ellos el cumplimiento de la ley. Como quisieran aún disputar con Él sobre la ley, los colocó de dos en dos, como a escolares y les comenzó a preguntar. Les declaró toda clase de cosas ocultas sobre la ley, haciéndoles preguntas que no supieron contestar. Quedaron avergonzados y enojados, y se culpaban unos a otros, murmuraron y comenzaron a alejarse de allí. Jesús los llevó al lugar de la cueva cubierta de los desperdicios, la hizo destapar y les dijo, en una comparación, que ellos eran semejantes a estas cuevas llenas de desperdicios y podredumbre por dentro, que no servían para el sacrificio, y sólo limpios por fuera y cubiertos, y precisamente en un lugar de donde, por los pecados de sus padres, se había alejado el Arca de la Alianza. Al oír estas cosas se alejaron todos rabiosos. En la sinagoga enseñó con palabras severas sobre el amor y respeto debido a los ancianos y padres. Les reprochó severamente porque estas gentes de Silo tenían por costumbre en la ciudad de despreciar a sus padres cuando se ponían viejos, de descuidarlos y echarlos de sí. Desde Betel, que está al Mediodía, desemboca una calle aquí. Lebona está en las cercanías. Hasta Samaría puede haber unas ocho a nueve horas de camino. El profeta Jonás está sepultado en Silo.

Diciembre 21. — Cuando Jesús abandonó a Silo, desde la parte de la ciudad que mira al Noroeste, se separaron de Él, Adrés, Saturnino y los primos de José de Arimatea y le precedieron en el camino de Galilea. Jesús llegó con los otros discí-

pulos que le acompañaban, antes del Sábado, a la ciudad de Kibzaim. Está en un valle, entre ramificaciones de la montaña, que se extienden en medio de los valles. Las gentes aquí eran buenas, familiares y obsequiosas con Jesús. Lo esperaban. Era una ciudad de Levitas, y Jesús entró en la casa del jefe de la escuela del lugar. Llegaron hasta aquí Lázaro, Marta y su antiguo criado; Juana Chusa y el hijo de Simeón, empleado del templo, y todos saludaron a Jesús. Estaban de camino a las bodas de Caná y sabían por un mensajero de que se encontrarían aquí con Jesús. Éste distinguió a Lázaro como a uno de sus queridos amigos; con todo, nunca le oí preguntar: "¿Qué hace éste o aquél de tus parientes o amigos?" Kibzaim está escondido en un rincón de la montaña. Los habitantes viven del comercio de las frutas y hacen tiendas, alfombras, esteras y suelas para sandalias. Jesús celebró aquí el Sábado y curó a varios enfermos con su palabra. Eran enfermos de gota y mentecatos que fueron llevados hasta su presencia en camillas, delante de la escuela. La comida tuvo lugar en casa de uno de los principales Levitas.

Diciembre 22. — Después del Sábado fué Jesús hasta Sichar, donde llegó muy tarde y se albergó en una posada lista de antemano. Lázaro y sus compañeros se dirigieron desde Kibzaim directamente hasta Galilea.

Diciembre 23. — A la mañana siguiente se dirigió desde Sichar, al Norte, hacia Thebez, porque en Sichar o Siquén no pudo enseñar. No había judíos, sino sólo samaritanos y una clase de gentes que desde la cautividad de Babilonia o después de una guerra se establecieron aquí: van al templo de Jerusalén, pero no ofrecen sacrificios. En Siquén hay buenos campos que Jacob compró para su hijo José. Una parte de esta comarca pertenece ya al galileo Herodes; por esto se ve desde el medio del valle un confín señalado con un montículo y unos postes. A través de Thebez, que es una ciudad regular, corre un camino real y hay bastante comercio. Pasan camellos muy cargados. Me causa admiración y extrañeza cuando veo aparecer estos animales cargados como torres a través de los desfiladeros de la montaña, o subiendo la cuesta y moviendo sus largos cuellos y cabezas entre los cargamentos de sus lomos. Se comercia también con seda cruda. Los habitantes de Thebez no eran malos ni se oponían a las enseñanzas de Jesús; pero no eran sencillos ni simples; eran más bien tibios, como suelen ser los hombres

de negocio a quienes les va bien la ganancia. Los sacerdotes y los escribas se mostraron más seguros y neutrales.

Cuando se acercó Jesús, los poseídos y los mentecatos clamaron: "Ahí viene el profeta de Galilea. Tiene poder sobre nosotros. Tenemos que salir". Jesús les mandó callar y se aquietaron al punto. Jesús entró en la sinagoga y como le trajeran muchos enfermos, los curó a todos. Por la tarde enseñó en la escuela y celebró la fiesta de la consagración del templo que empezaba esa tarde. En la escuela y en todas las casas se encendían siete luces; también en los campos y en las calles había multitud de luces que brillaban sobre largos postes. Thebez está situada en lo alto de la montaña de modo extraño: de un lado y a distancia se podía ver como bajaban los camellos cargados por los caminos de la montaña, y de cerca no se podía verlos. Andrés, Saturnino y los sobrinos de José de Arimatea habían partido ya de Silo a Galilea. Andrés había estado con los suyos en Betsaida y había dicho a Pedro que había encontrado al Mesías, que ahora venía a Galilea y quería llevar a Pedro a presencia de Jesús. Todos éstos partieron hacia Arbel, que también se llama Betharbel, a la casa de Natanael Chased, que tenía allí negocios y lo fueron a llamar para ir con ellos a Gennebris y celebrar la fiesta, pues allá había tenido Natanael su residencia en una casa, junto con otras, a la entrada de la ciudad. Hablaron mucho de Jesús y estuvieron de acuerdo con Andrés en ir a la fiesta, siendo que Andrés y los demás estimaban mucho a Natanael. Querían oír su parecer; más éste no se mostró muy convencido de todas estas cosas. Lázaro llevó a Marta y a Juana Chusa a casa de María, en Cafarnaúm, adonde había vuelto después de su estada en Caná y partió a Tiberíades, con el hijo de Simeón, donde se encontrarían de nuevo con Jesús. También el novio de Caná partió de allí al encuentro de Jesús. Este novio de Caná era el hijo de una hija de Sobé, hermana de Ana(*); se llamaba también Natanael, pero no era de Caná, sino que iba a Caná a casarse. La ciudad de Gennebris era muy poblada y tenía un camino real de por medio. Había mucho comercio en ella de varias cosas y de sedas. Estaba a pocas horas de Tiberíades, pero separada por montañas, de modo que había que torcer el camino al Sur y volver entre Emaús y Tiberíades para entrar en la ciudad. Arbel estaba entre Séforis y Tiberíades.

(*) Eliud e Ismeria fueron los padres de santa Ana, que tuvo por hermanas a Sobé y a Maraha.

IX

Primer llamamiento oficial de Pedro

Diciembre 24. — Jesús salió al amanecer de Thebez con sus discípulos y se dirigió al Oriente; luego al Norte, siguiendo al pie de las montañas, en el valle del Jordán, hacia Tiberíades. Pasó a través de Abel-Mehula, hermoso lugar donde la montaña tuerce al Norte; es la ciudad natal del profeta Eliseo. Se extiende sobre las laderas de la montaña, y pude ver aquí la fertilidad del lugar que da al sol y la del Norte. Las gentes eran bastante buenas y habían oído las maravillas de Kibzaim y de Thebez. Le detuvieron en el camino y le rogaron quisiera quedarse allí para sanar a los enfermos: era un correr de gentes; pero Jesús no se detuvo mucho tiempo. El lugar está como a cuatro horas de Thebez. Jesús llegó allí a través de Acithópolis y el Jordán. Cuando Jesús salió de Abel-Mehula le vinieron al encuentro Andrés, Pedro y Juan, cerca de una ciudad a seis horas de Tiberíades. Los otros estaban ya en Gennebris. Pedro había estado con Juan en la comarca de los pescadores por sus negocios. Querían ir también a Gennebris; pero Andrés los persuadió ir primero al encuentro de Jesús. Andrés llevó a su hermano Pedro a Jesús, y Éste le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás; en adelante te llamarás Cephas". Esto fué en breves palabras. A Juan dijo algo referente a que pronto se verían. Después de esto se dirigieron Pedro y Juan a Gennebris. Andrés permaneció con Jesús, que anduvo por los contornos de Tarichea.

Juan el Bautista había dejado su antiguo sitio, había pasado el Jordán y seguía bautizando a una hora de Bethabara donde Jesús había mandado bautizar y Juan había bautizado antes. Obró así porque muchas personas de la jurisdicción del tetrarca Felipe, que era buen hombre, querían hacerse bautizar, pero no pasaban gustosos el Jordán, porque había muchos paganos y porque muchos se habían determinado bautizar por la última estada de Jesús. También, para demostrar que él no estaba distanciado de Jesús, quiso bautizar en este mismo lugar.

Diciembre 25 y 26. — Cuando Jesús con Andrés llegó a las cercanías de Tarichea, se albergó en una casa de pescadores perteneciente a Pedro, junto al mar, donde Andrés había preparado albergue. No entró en la ciudad. Los habitantes tenían mucho de oscuro, de repelente y estaban dedicados a la usura

y a las ganancias ilícitas. Simón, que tenía aquí un empleo, había ido con Tadeo y Santiago el Menor, su hermano, a la fiesta de Gennebris donde estaban también Santiago el Mayor y Juan. Lázaro, Saturnino y el hijo de Simeón y el novio de Caná se reunieron con Jesús. El novio invitó a Jesús y a todos sus acompañantes a sus próximas bodas.

La razón principal por la cual Jesús pasó algunos días en Tarichea fué porque quería dar tiempo a sus futuros apóstoles para oír lo que Andrés y Saturnino contaban de Él y se entendieran entre ellos.

He visto que Andrés, mientras Jesús estaba en la comarca, quedó en casa y escribía con una especie de caña cartas sobre rollos de cortezas. Se podía enrollar lo escrito por medio de una madera. He visto que venían con frecuencia hombres y jóvenes a la casa en busca de trabajo y que Andrés los usaba como mensajeros. Él mandaba estas cartas a Felipe y a su hermano uterino, Jonatán, y a Pedro y a los otros en Gennebris, y les anunciaba que Jesús iría para el Sábado a Cafarnaúm y los citaba para ese lugar.

Diciembre 27. — Empero, vino un mensajero de Cafarnaúm hasta Andrés pidiéndole rogara a Jesús que fuese, pues le esperaba desde días un mensajero de Kades que pedía ayuda. Jesús pasó con Andrés, Saturnino, Obed y otros discípulos de Juan a Cafarnaúm. Esta ciudad no está junto al mar, sino en una altura, y al Sur de una montaña que al Occidente del mar forma un valle por el cual el Jordán se echa en el mar de Galilea. Jesús y sus discípulos caminaban separados unos de otros. Andrés salióle al encuentro en el camino con su hermano uterino Jonatán y con Felipe, que habían acudido a raíz de sus cartas; pero no se encontraron con Jesús. Andrés les dijo con viveza todo lo que había visto y oído de Jesús y afirmaba que era realmente el Mesías que esperaban. Si querían seguirle no tenían que andar en muchas diligencias. Si le escuchaban y lo deseaban de corazón, Él mismo les diría una palabra o una señal y le seguirían seguramente. María y las santas mujeres no estaban en Cafarnaúm, sino en la casa de María que está en el valle, delante de la ciudad hacia el mar, y celebraron allí la fiesta. Los hijos de María de Cleofás, Santiago el Mayor y su hermano, Juan y Pedro habían llegado ya de Gennebris, como también otros que fueron luego discípulos. Natanael Chased, Tomás, Baıtolomé y Mateo no estaban allí; en cambio, había otros parientes y amigos de la Sagrada Familia que estaban invitados

a las bodas de Caná y celebraban aquí el Sábado, ya que habían oído hablar de Jesús.

Jesús estaba habitando con Andrés, Saturnino, Lázaro, Obed y otros discípulos de Juan en la casa que pertenecía al novio de Caná, Natanael, cuyos padres ya habían muerto, dejándole una copiosa herencia. Los discípulos venidos de Gennebris se mostraban un poco retraídos, porque estaban dudosos entre la autoridad de Natanael Chased y las cosas admirables que narraba Andrés y los otros discípulos de Jesús; en parte la cortedad de ellos y en parte lo dicho por Andrés de que bastaba escuchar su doctrina para que se sintieran movidos a seguirle. Dos días esperó ese hombre aquí, en Kades, al Salvador. Se acercó a Jesús, se echó a sus pies y dijo que era el criado de un hombre de Kades; su patrón rogaba a Jesús fuese a su casa para sanar a su hijo enfermo, que tenía lepra y un demonio mudo. Era este un siervo fiel, y expuso vivamente el dolor de su amo. Jesús le dijo que no podía ir con él, pero que al hijo le vendría ayuda, porque era inocente. Le dijo al criado que su amo se echara con los brazos extendidos sobre el cuerpo de su hijo, dijera algunas cosas rezando, y que la lepra caería de él; añadió Jesús que él, el siervo, se tendiese también sobre el niño y soplase sobre él, y que saldría un vapor azulado del niño y se vería libre de la mudez. Tuve luego una visión: el padre y el siervo hicieron lo mandado y el niño se vió libre de su enfermedad. Había en esta orden de Jesús razones especiales por las cuales debían el padre y el siervo echarse sobre el niño enfermo. El siervo era en realidad el padre del niño, cosa que el amo no sabía, mientras que Jesús lo sabía. Ambos debían quitar en esa forma una culpa que pesaba sobre el inocente niño.

La ciudad de Kades está como a seis horas de Cafarnaúm, en los confines de Tiro, al Occidente de Paneas; había sido ciudad capital de los cainitas y ahora refugio donde podían esconderse reos perseguidos por la justicia. Confina con una comarca que se llama Kabul y los pueblos que Salomón regaló al rey de Tiro. Veo a esta región siempre oscura, siniestra, que Jesús evitaba, cuando iba a Tiro o Sidón. Creo que allí se cometían robos y asaltos.

Diciembre 28 y 29. — Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga estaba reunida allí mucha gente y parientes y amigos de Jesús. Para ellos era su enseñanza muy nueva y atrayente. Habló de la proximidad del reino de Dios, de la luz que no se debe poner

bajo el celemín, de la parábola del sembrador y del grano de mostaza. No eran estas las parábolas que se leen hoy en el Evangelio: las aplicaciones eran muy distintas, según los casos. Las parábolas eran comparaciones breves, de las cuales Jesús extendía luego sus enseñanzas y su doctrina. He oído muchas más parábolas, que no están en el Evangelio, y esas que están las usaba siempre con nuevas aplicaciones.

Después de la fiesta del Sábado fué Jesús con sus discípulos a un pequeño valle que era como un lugar de recreo. Había árboles a la entrada y en el valle mismo. Fueron con Él los hijos del Zebedeo, los hijos de María Cleofás y otros discípulos. Felipe, que era algo retraído y humilde, se quedó perplejo y no sabía si podía ir él también. De pronto se volvió Jesús y le dijo: "Sígueme". Entonces Felipe, lleno de alegría le siguió. Había allí como unos doce discípulos. Jesús habló debajo de un árbol sobre el seguimiento y sobre la misión que esperaba cumplir. Andrés era muy celoso, y estaba tan entusiasmado y deseaba que todos los demás estuviesen tan persuadidos de la mesianidad de Jesús, que se alegró mucho de que la predicación de Jesús en el Sábado hubiese gustado a todos: tenía el corazón tan lleno de amor y celo que volvía a contar a los demás lo visto y oído en el bautismo de Jesús y las otras maravillas que había presenciado. Oí a Jesús que les dijo que verían cosas aún mayores, jurándolo por el cielo, y habló luego de su misión y de su eterno Padre.

Jesús les habló también de su seguimiento: que cuando los llamara debían dejarlo todo para seguirle. Les dijo que Él cuidaría de ellos y no les faltaría nada. Por ahora podían seguir ejerciendo sus oficios y ocupaciones; que Él, antes de la Pascua que se acercaba, tenía que hacer todavía otras cosas antes de llamarlos; que cuando los llamase estuviesen prontos para dejarlo todo sin preocupaciones. Estas cosas se las dijo en contestación a ciertas preguntas que le habían dirigido: cómo debían portarse ellos con sus parientes; Pedro, por ejemplo, dijo que no podía por ahora dejar a su anciano padrastro, tío de Felipe. Todas estas dificultades las solucionó diciendo que Él no pensaba llamarlos antes de la Pascua; que se fuesen separando de sus empleos en la medida que su corazón se lo permitiese; que podían continuar en ellos mientras no los llamaba y que buscasen desprenderse desde luego para estar prontos. Después salió con ellos por el otro cabo del valle hacia la casa donde vivía María, entre la hilera de casas que había entre

Cafarnaúm y Betsaida. Los parientes más cercanos siguieron a Jesús, porque sus madres estaban también allí con María.

Diciembre 30. — Al día siguiente se dirigió Jesús con sus discípulos y parientes, muy temprano, hacia la ciudad de Caná. María con las santas mujeres siguieron el camino más corto en esa misma dirección: era una senda angosta, a veces entre montes. Las mujeres preferían caminar por estos caminos, porque podían estar más solas; por lo demás veo que no necesitan caminos anchos porque caminan en línea, una detrás de otra. Delante y detrás, a alguna distancia, iba un guía. Tenían que hacer un camino como de siete horas hacia Mediodía y Occidente.

Jesús hizo un rodeo con sus discípulos en dirección a Gennebris, que era un camino más ancho y más cómodo para andar unidos y poder enseñar. A veces Jesús callaba, y señalaba algo, o explicaba. El camino de Jesús estaba más al Sur que el de María, y requería como seis horas desde Cafarnaúm a Gennebris; torcía desde allí al Oriente unas tres horas hasta Caná de Galilea. Gennebris era una hermosa ciudad; tenía una sinagoga y una escuela y otra especie de academia para enseñar a hablar y había mucho comercio. Natanael tenía su despacho a la entrada de la cuidad donde había otras casas. Natanael no fué a la ciudad, aunque los discípulos y amigos le instaban. Jesús enseñó en la sinagoga y con parte de sus discípulos tomó algún alimento en casa de un rico fariseo. Otros discípulos precedían ya en el camino.

Jesús dijo a Felipe que fuese a Natanael y lo trajese a su presencia, mientras caminaran. Aquí en Gennebris trataron a Jesús con mucho respeto: pedían que se quedase más tiempo entre ellos y se compadeciese de los enfermos, ya que era compaisano. Empero, Jesús partió de allí muy pronto hacia Caná. Mientras tanto Felipe había llegado a casa de Natanael. Había allí algunos más de los escribas. Natanael estaba sentado a su mesa, en un cuarto de la parte superior de la casa. Felipe no había hablado nunca de Jesús con Natanael porque no había estado con los otros en Gennebris. Era muy conocido de Natanael y habló con mucho entusiasmo de Jesús: que era el Mesías del cual hablaban las profecías; que al fin lo habían encontrado a Jesús de Nazaret, hijo de José. Natanael era un hombre alegre, vivo, decidido y aferrado a su modo de pensar, aunque sincero y sin doblez. Dijo, pues, a Felipe: "¿Qué puede venir de bueno de Nazaret?" Sabía él que Nazaret tenía fama de gentes con-

tradictorias, con poco fundamento de ciencia y sus escuelas no gozaban de fama. Pensaba Natanael: "Un hombre formado en la escuela de Nazaret podrá contentar quizás a los pobres y sencillos habitantes de esa comarca, pero no satisfacer las ansias de saber que él sentía". Felipe le dijo que lo mejor sería ir, ver y examinar; que ahora iba a encontrarlo de camino hacia Caná. Entonces bajó Natanael con Felipe por el camino corto, que los separaba del camino real que debía seguir Jesús, y, en efecto, allí encontró a Jesús, en medio de algunos discípulos, callado en ese momento. Felipe estaba ahora, después que Jesús le dijo: "Sígueme", muy contento y confiado, en comparación de antes, que se mostraba tímido, y así clamó a Jesús cuando lo vió: "Maestro, aquí traigo a aquel que dijo: "¿Qué de bueno puede salir de Nazaret?"

Jesús habló a sus discípulos y les dijo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez". Esto lo dijo Jesús con gozo y con amor y Natanael contestó: "¿De dónde me conoces?" Que era decir: ¿cómo sabes que soy sin falsedad y sin mentira ya que nunca me has visto antes de ahora? Entonces dijo Jesús: "Antes que Felipe te llamase te he visto, cuando estabas bajo la higuera". Mientras decía esto, lo miró Jesús con una mirada que penetró su conciencia, haciéndole recordar algo. Entonces se despertó en él el recuerdo de que Jesús era Aquél que pasando le dirigió antes una mirada de advertencia que le infundió extraña fortaleza para resistir una tentación que había tenido mientras estaba bajo un árbol de higos, en un lugar de recreo de baños calientes, cuando miraba hacia el lado donde había hermosas mujeres que jugaban con frutas en un lado de la pradera. La fuerza de la mirada y el convencimiento de una fuerza extraña, que le había hecho vencedor de la tentación, se le despertaron de pronto en la memoria; pero la imagen del Hombre se le había borrado, o, si reconocía a Jesús, no podía coordinar su mirada con aquel hecho de entonces. Como ahora volvía a ver esa mirada y se le recordaba el hecho, se quedó turbado y conmovido profundamente: conoció que Jesús, mientras pasaba, había leído sus pensamientos y había sido para él un ángel avisador. Era de tan puras costumbres que el solo pensamiento de una impureza le turbaba profundamente.

Vió, pues, de repente en Jesús a su Redentor y Salvador y el conocimiento manifestado por Jesús de saber su íntimo pensamiento bastó a Natanael, que era de corazón recto, sincero y pronto a la gratitud, para reconocer a Jesús y confesarlo con-

tento delante de todos los discípulos. Se humilló al oír las palabras de Jesús y dijo prontamente: "Rabbi, Tú eres el Hijo de Dios. Tú eres el rey de Israel". Contestó Jesús: "Crees, porque te he dicho: Te he visto bajo la higuera. En verdad, te digo: verás cosas mayores". Y después, mirando a los demás discípulos, añadió: "En verdad, os digo: Veréis abrirse el cielo y a los ángeles descender y ascender sobre el Hijo del Hombre". Los otros apóstoles no entendieron el significado de las palabras de Jesús respecto de la higuera, y no pudieron entenderlo entonces porque Natanael Chased pudo cambiar tan pronto de idea respecto de Jesús, y a los demás les quedó también oculto como un caso de conciencia. Sólo a Juan se lo dijo el mismo Natanael en las bodas de Caná. Natanael preguntó a Jesús si él debía en seguida dejarlo todo y seguirle: dijo que tenía un hermano al cual quería en ese caso dejarle el empleo. Jesús le contestó lo que ayer había dicho a los demás apóstoles y por de pronto lo invitó a ir con él a las bodas de Caná. Después de esto se encaminaron Jesús y los discípulos a Caná, mientras Natanael volvió a su casa para disponerse a viajar a Caná, adonde llegó a la mañana siguiente.

EPOCA SEGUNDA

Desde el comienzo de la vida pública de Jesús hasta la primera Pascua

EPOCA TERCERA

Primera Pascua de Jerusalén

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del

R. P. José Fuchs, S. D. B.

Tomo Segundo
Libro III

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO
VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO
Y DE SU MADRE SANTISIMA

México, D. F.

X

Las bodas de Caná

Caná está situada al Occidente de una colina; es una ciudad hermosa y limpia, algo menor que Cafarnaúm. Hay allí una sinagoga con tres sacerdotes. En las cercanías está la casa con un vestíbulo, adornada con hojas y ramas donde se ha de celebrar la boda. Desde esta casa hasta la sinagoga hay colgaduras de hojas y de arcos con ramas, flores y frutos. Como sala de fiesta servirá el espacio que hay entre el vestíbulo y el hogar de la casa. Este hogar, que consta de una pared alta, ahora adornada como un altar con floreros y regalos para los novios, tiene además una prolongación detrás, donde las mujeres celebrarán las fiestas de bodas separadas de los hombres. De allí se ven las vigas de la casa adornadas con coronas y flores a las cuales se puede subir para encender las lámparas suspendidas.

Cuando Jesús llegó con sus discípulos fué recibido por María su Madre, por los padres de la novia; por el novio y por los demás que le habían precedido, y tratado con mucha reverencia, saliéndole al encuentro a cierta distancia de la casa. Se

hospedó Jesús con algunos de sus más fieles, que fueron luego sus apóstoles, en una casa aparte que la hermana de la madre del novio había puesto a su disposición; era esta mujer una hija de Sobé, hermana de Santa Ana. Durante las fiestas de las bodas hizo allí en la casa como madre del novio.

El padre de la novia se llamaba Israel y era de la estirpe de Ruth de Belén. Este era un hombre principal, con un gran comercio con casas de hospedaje, para alquilar y dar comida a viajeros y a sus animales, ya que ocupaba un lugar de tránsito frecuentado por caravanas; y tenía a otros empleados bajo sus órdenes. El bienestar y las riquezas de la ciudad estaban casi todas en manos de Israel y sus altos empleados; los demás vivían del trabajo que Israel les proporcionaba. La madre de la novia era algo baldada, rengueaba de un lado y necesitaba ayuda para caminar. Desde Galilea habíanse reunidos todos los parientes de Ana y de Joaquín, como cien personas. De Jerusalén vinieron María Marcos, Juan, Marcos, Obed y la Verónica. Jesús, por su parte, trajo como unos veinticinco huéspedes a las bodas.

Siendo Jesús niño de doce años, estando en una comida en casa de Ana, cuando volvió del templo, habló entonces con este novio y le dijo unas palabras misteriosas sobre pan y vino, y que Él un día estaría presente a sus bodas; pero su presencia en estas bodas tenía, además de lo misterioso y significativo como todas sus obras sobre la tierra, un sentido de conveniencia social y de consideración. Varias veces había enviado María mensajeros a Jesús rogándole que asistiera a estas bodas. Se corría un tanto la voz entre parientes y amigos de la Sagrada Familia: María, la madre de Jesús, es una viuda desolada y abandonada; Jesús va caminando por todas partes, y se ocupa poco o nada de su Madre y de su familia. Quería, pues, Jesús asistir a esa boda y darle allí el testimonio de su amor y respeto. Esta boda, pues, fué considerada por Jesús como una cuestión que miraba a su Madre y como cosa propia, y así María estuvo allí desde horas y ayudaba en los detalles de los preparativos como cosa propia. Jesús había tomado parte de la fiesta por su cuenta. Jesús se había comprometido a proveer el vino a los convidados y así se explica la solicitud de María cuando vió que faltaba el vino.

Jesús había citado también a Lázaro y a Marta a estas bodas y Marta ayudaba a María en los preparativos. Lázaro era el que debía proveer la parte a la cual se había comprometido

Jesús y esto lo sabía sólo María. Jesús tenía en Lázaro plena confianza. Recibía Jesús agradecido todo lo que daba Lázaro y éste se sentía feliz de dar: por esto fué Lázaro, hasta lo último, el tesorero de la comunidad cristiana. Aquí era tenido como un huésped de honor por los novios, y Lázaro se esmeraba por todo lo que pudiera ser necesario. Lázaro era fino y delicado en su modo de ser, serio, callado y muy reservado en todas sus manifestaciones; no hablaba mucho, y miraba con afecto interior a Jesús para que nada le faltara. Además del vino, había tomado Jesús por su cuenta proveer algunos alimentos especiales, las frutas, las aves de varias clases y las verduras. A todo esto se había provisto ya. Verónica había traído de Jerusalén un cesto de flores admirables y un artístico trabajo de confitería.

Jesús era aquí el jefe y principal de la fiesta. Él mismo dirigió los diversos entretenimientos, amenizándolos con útiles enseñanzas. Hizo la distribución del orden en esta fiesta y dijo que todos debían alegrarse según la costumbre y los usos divirtiéndose, pero que de todo debían procurar sacar ciencia y enseñanza. Entre otras cosas dijo que dos veces en el día debían abandonar la casa y recrearse en lugares abiertos al aire fresco. Por esto he visto en estas fiestas a los hombres y a las mujeres aparte, unos de otras, ir a un jardín hermoso y allí entretenerse en conversación y en amenos juegos. He visto, por ejemplo, que los hombres se acomodaban en el suelo, en rueda, mientras en el medio había toda clase de frutas y, según ciertas reglas, tiraban estas frutas unos a otros para que cayeran en ciertos hoyos, cosa que otros trataban de evitar. He visto al mismo Jesús tomar parte en este juego de las frutas con una moderada alegría: decía con frecuencia una palabra llena de significado, aunque sonriendo, cosa que a todos causaba admiración; unas veces la recibían en silencio, otras con conmoción y por ciertas palabras pedían explicación a los más entendidos. Jesús había ordenado el modo de estos juegos y determinaba los ganadores amenizando el todo con referencias y advertencias, según los casos.

Los más jóvenes se entretenían en correr y saltar sobre setos y ramas tejidas con frutos. Las mujeres se entretenían también aparte con frutos, mientras la novia estaba sentada con María y la tía del novio. Más tarde se organizó una especie de danza: los niños tocaban instrumentos y cantaban coros. Todos los danzantes tenían pañuelos en las manos, con los cuales jóvenes y niñas se tocaban mientras danzaban unas veces

en hileras y otras en filas más cerradas. Sin estos pañuelos nunca se tocaban. Para el novio y la novia eran estos pañuelos negros; los demás, los tenían amarillos. Primero danzaron el novio y la novia, solos, y luego todos unidos. Las jóvenes llevaban velos, aunque algo levantados, delante la cara; sus vestidos eran largos por detrás y por delante los tenían algo recogidos con una correa. Estas danzas no consistían en saltos y brincos, como entre nosotros: era más bien un caminar acompasado en líneas de varias clases, mientras se movían al compás de la música con las manos, cabeza y cuerpo. Me recordaba los movimientos de los fariseos, cuando hacían oración; todo era en conjunto decoroso y agradable. De los futuros apóstoles no danzó ninguno; en cambio lo hicieron Natanael Chased, Obed, Jonatán y otros discípulos. Las que danzaban eran todas jóvenes y todo procedió en orden y alegría con un contento reposado. Con los discípulos que serían más tarde sus apóstoles habló Jesús aparte, bastantes veces en estos días, cuando los demás no estaban presentes, a veces caminando por los alrededores con sus discípulos y con los convidados, mientras enseñaba, y estos futuros apóstoles comunicaban luego a los demás sus enseñanzas. Estas salidas y paseos servían también para que pudieran hacer sin estorbo los preparativos de las fiestas. Otras veces quedaban los discípulos y aún Jesús para los quehaceres, ordenando esto o aquello, porque había quienes tenían que disponer algunas cosas para el acompañamiento de los novios. Jesús deseaba que en esta fiesta solemne se pudiesen conocer todos, parientes y amigos, y que todos los que hasta ahora había ya elegido estuviesen reunidos y se conociesen y tratasen abiertamente.

Enero 1º — También en la sinagoga, donde estaban reunidos los convidados, habló Jesús del gozo permitido y de la alegría lícita, su significación, su medida, su seriedad, y de la ciencia que debía regir estos entretenimientos. Habló del matrimonio, del hombre y de la mujer, de la continencia y de la pureza y de las bodas espirituales. A la conclusión de esta enseñanza se adelantaron los novios y Jesús les dijo palabras de enseñanza y exhortación a cada uno en particular.

Enero 2. — Al tercer día de la llegada de Jesús tuvo lugar el casamiento, a las 9 de la mañana. La novia fué vestida y adornada por las jóvenes: sus vestidos eran como los de María en su casamiento, como también la carona que le pusieron, que era más rica aún. Sus cabellos no fueron divididos en trenzas finas sino en líneas y grupos más gruesos. Cuando su adorno

estuvo completo fué mostrada a María y a las otras mujeres que estaban allí. Desde la sinagoga fueron llegando las personas que debían llevar a los novios desde la casa a la sinagoga. En el cortejo había seis niños y seis niñitas que llevaban coronas entretejidas; luego seis jóvenes y doncellas, más crecidas, con instrumentos de música y flautas. Llevaban en las espaldas algo así como alas. Además, acompañaban a la novia doce jóvenes como guiadoras, y al novio, doce jóvenes. Entre estos estaba Obed, el hijo de Verónica, los sobrinos de José de Arimatea, Natanael Chased y algunos de los discípulos de Juan; ninguno de los futuros apóstoles. El casamiento se efectuó por los sacerdotes delante de la sinagoga. Los anillos que se cambiaron los había recibido el novio como regalo de María, y Jesús los había bendecido en las manos de María. Me causó admiración una ceremonia que no vi en las bodas de María con José: el sacerdote hirió con un instrumento cortante en el dedo anular izquierdo al novio y a la novia; dejó gotear dos gotas de la sangre del novio y una de la novia en un vaso lleno de vino, que tomaron ellos, dando luego el vaso a los otros. Después de esto se distribuyeron algunas prendas de telas, vestidos y diversos objetos a los pobres.

Cuando los casados fueron acompañados a su casa, los recibió Jesús allí mismo. Antes de la comida de bodas he visto a todos los invitados de nuevo reunidos en el parque. Las jóvenes y mujeres estaban sentadas bajo una techumbre de ramas y jugaban con frutas; tenían por turno un instrumento como una tabla triangular sobre las faldas con letras o signos en los bordes, y según se paraba el señalero que movían como un minutero sobre la pizarra, tenían derecho a ciertas clases y cantidades de frutas. (Una especie de ruleta). Para los hombres he visto, dispuesto por el mismo Jesús, una especie de juego que me causaba admiración. En el centro de la casa había una mesa redonda con muchas porciones de flores, hierbas y frutos dispuestos en los bordes, en cantidad igual a los hombres que jugaban. Estas frutas y hierbas las había ordenado de antemano el mismo Jesús según su íntima significación para cada uno de los presentes. Sobre la mesa había un aparatito consistente en un disco con un agujero. Cuando el disco era movido por un jugador, donde se detenía el lugar señalado con el agujero, sobre cierta porción de fruta o de hierba, ésta era la ganancia del jugador. En el medio de la mesa había además un vid llena de uvas, sobre un haz de espigas que la rodeaba; cuando más

se giraba la mesa, más se levantaba la vid y el haz de trigo. Los futuros apóstoles no jugaron a estos juegos, como tampoco Lázaro, y yo recibí la advertencia y explicación: quien tiene ya vocación de enseñar o sabe algo más que los otros, no debe jugar como los demás, sino observar el curso del juego y amenizar los movimientos del juego con útiles aplicaciones, para convertir lo jocoso en algo útil y provechoso. Pero había en este juego algo más que la casualidad de los ganadores: las frutas u objetos que sacaban en suerte correspondía muy bien a sus cualidades buenas o malas, y Jesús había ordenado estas frutas según ese significado. Cada ganancia estaba unida a una enseñanza de Jesús y yo veía que realmente todos recibían algo interior significado por esas frutas. Lo admirable era que mientras Jesús decía esa palabra a cada uno, él se sentía mejorado y advertido, ya sea por la palabra de Jesús, ya por el gusto de la fruta que realmente pasaba con su significado al gustador; pero de tal manera que los demás nada entendían, y los comentarios de Jesús sólo se festejaban como dichos para alegrar a la concurrencia. Cada uno sentía una mirada profunda de Jesús en su interior; de la misma manera que lo sintió Natanael cuando estaba bajo el árbol y que lo hirió en su interior sin que los demás se dieran cuenta. Recuerdo bien que entre lo ganado por Natanael estaba la planta resedá, y que Jesús le dijo a Natanael Chased: "¿Ves ahora bien que tuve razón en decirte que eres un verdadero israelita, sin falsedad?" Una ganancia me pareció del todo admirable y fué la del novio Natanael, que ganó una suerte que consistía en un tallo con dos frutas: la una parecía más a un higo y la otra a una manzana dentada v hueca. Era rojiza, por dentro blanca, con listas coloradas; de estas frutas he visto en el paraíso terrenal. Recuerdo que todos quedaron maravillados cuando el novio ganó esta fruta, y que Jesús habló del matrimonio y de la castidad, que era como una fruta múltiple. Todo esto lo dijo de tal manera que no hería las ideas que tenían los judíos del matrimonio, pero que algunos discípulos, entre ellos Santiago el Menor, que era esenio, entendieron más profundamente. He visto que los presentes se maravillaron más de esta suerte tocada a los recién casados que de las demás. Jesús dijo algo así como: "Podrían esta suerte y estas frutas producir aún mayores bienes de lo que pueden representar por sí mismas". Cuando el novio recibió esta fruta para sí y su novia, y hubieron gustado de ella, he visto que se conmovieron en su interior y palidecieron,

y luego vi salir una oscura nube de sus interiores, de modo que me parecieron entonces más claros y transparentes en comparación de lo que eran antes. La mujer, que estaba algo lejos de allí con las mujeres, también palideció y tuvo como un desmayo al gustar la fruta tocada en suerte, y vi salir también de ella una nube oscura. Esa fruta de los recién casados tenía relación con la virtud de la castidad y continencia. En este juego, además de las suertes que les tocaba a cada uno, tenían los favorecidos que cumplir ciertas penitencias o satisfacciones. Así he visto que los recién casados tenían que ir a la sinagoga y traer de allí algo cumpliendo con el rezo de algunas preces. La hierba que sorteó Natanael Chased era una planta de acedera. En todos los demás discípulos, que ganaron algunas de estas frutas o hierbas y gustaron de ellas, he visto que se levantaron sus propias pasiones en ellos, se resistieron algún tanto, y luego cedieron en fuerza o se encontraron con mayor fortaleza los agraciados para resistir a ellas.

XI

Reflexiones sobre las frutas y las hierbas. La comida de bodas.

Hay un misterio sobrenatural en todas las frutas y hierbas de la naturaleza; misterio que después de la caída del hombre se oscureció y quedó como un secreto natural para el hombre. De ese misterio y de sus efectos quedó en las frutas y hierbas sólo una idea hoy en día de la importancia, forma, gusto y efectos naturales de estas criaturas. Yo veo en mis visiones poner sobre las mesas del cielo estas frutas y hierbas según la significación y propiedades que tenían antes de la caída del hombre; pero no lo veo tan claramente porque está todo tan pervertido y trastornado en nuestro ser y entendimiento, que no podemos entender estas cosas sobrenaturales en nuestro presente modo de vivir terreno(*).

Cuando la mujer tuvo ese desmayo causado por el gusto de la fruta se le quitaron algunos adornos del traje que eran demasiados pesados y también varios de los anillos que llevaba en los dedos. Entre otros se le quitó uno que tenía en el dedo ma-

(*) La fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, tenía también, según la vidente, algo misterioso. "Veo, dice, que la fruta se partió, y vi dentro de ella figuras y cosas; desapareció de entre sus manos sin que yo haya visto un comer con la boca como al presente". Santa Hildegarda dice que existe aún el árbol en el Paraíso y que Enoch y Elías se abstienen de comer de su fruto.

yor la forma de embudo, que estaba metido como un dedal. Igualmente se le quitaron cadenas y broches de los brazos y del pecho para aligerarla. Después no quiso retener sino el anillo que le había regalado María en el anular izquierdo y un colgante de oro en el cuello que tenía la forma de un arco tendido. En el medio de este adorno había una masa algo oscura, como en el anillo de María y de José, y grabada una figura echada que miraba un brote de flor que tenía delante.

Después de estos juegos en el jardín siguió la comida de bodas. El lugar fué una sala de lujo cuyo interior se había dividido por mamparas en tres departamentos, de tal suerte que los convidados recostados en las mesas podían verse unos a otros. En cada uno de estos departamentos había una mesa larga y angosta. Jesús estaba en la sala central, en la parte superior de la mesa, dando los pies hacia el hogar adornado. En esta misma mesa estaban Israel, el padre de la novia, los parientes de Jesús, de la novia y Lázaro. En las mesas de los lados se sentaron los otros invitados y los discípulos. Las mujeres ocuparon un espacio detrás del hogar, de modo que podían oír todas las palabras de Jesús. El novio servía en las mesas, aunque había un maestresala con un delantal, que tenía a sus órdenes varios sirvientes. En las mesas de las mujeres servía la novia, ayudada de varias jóvenes. Cuando se trajeron los alimentos, presentaron delante del Señor un cordero asado: tenía las patas atadas en forma de cruz. Cuando el novio trajo una cajita donde estaba el trinchador, dijo Jesús al novio se recordase de aquella comida que habían hecho en su infancia después de la Pascua, donde contóle una comparación de una boda y le dijo que un día estaría Él en su propia boda. Esto se cumplía, dijo, en el día de hoy. El novio se puso muy serio y pensativo con este recuerdo: había olvidado ese recuerdo de su infancia y las palabras oídas entonces. Jesús se portó aquí en esta comida, como en todo el curso de las fiestas, muy complaciente y festivo, pero lleno siempre de enseñanza. A toda ceremonia del banquete le daba su explicación espiritual. Habló de la sana alegría y de las expansiones de las fiestas: dijo que un arco no debe estar siempre tendido y que la tierra necesitaba su lluvia para no resecarse. Lo dijo en parábolas. Cuando Jesús partió el cordero, dijo cosas admirables. Habló, mientras trinchaba, del apartamiento del cordero entre la majada, de su elección, no para el placer sino para morir. Habló del asarse, del dejar las impurezas por medio del fuego de la purificación y de la

sección de cada parte del cordero; que así debían los que querían seguir al Cordero desprenderse de los afectos carnales y de los parientes. Cuando hubo repartido los trozos y hubieron comido dijo: "Para los que ya están apartados y separados de los afectos de la carne, será el Cordero un lazo de unión y una comidad común. Debe, el que sigue al Cordero, renunciar a su campo, morir a sus pasiones, separarse de los miembros de su familia y convertirse así en un alimento y una comida de unión por medio del Cordero y con su Eterno Padre".

Cada comensal tenía delante de sí un plato y Jesús puso una fuente de color oscuro con bordes amarillos que fué pasando de uno a otro He visto a Jesús teniendo a veces una hierba en la mano y dando alguna enseñanza. Jesús había tomado a su cargo el procurar el segundo plato de la comida como también el vino y todo era aprontado por María y Marta. Cuando, pues, se trajo el segundo plato, que consistía en aves, pescado y miel, frutas y una especie de tortas que había traído Verónica, sobre las mesas de los lados, se levantó Jesús y repartió estas viandas en porciones pequeñas; después volvió a sentarse.

Los alimentos fueron servidos, pero empezó a faltar el vino. Jesús estaba ocupado en enseñar. Cuando vió, pues, la Virgen María, encargada de procurar esta parte del banquete, que el vino iba faltando, fué adonde estaba Jesús y le recordó que Él había prometido proveer el vino. Jesús, que en ese momento hablaba de su Padre celestial, contestó a María: "Mujer, no te preocupes; no lleves cuidado y no me lo des a Mí; mi hora aún no es llegada". Estas palabras no encierran contestación dura a su Madre María. Dijo "mujer" y no Madre porque en ese momento, como Mesías e Hijo de Dios, cumplía una misión misteriosa delante de los discípulos y de todos los parientes y estaba allí en su grandeza divina. En estos momentos en que Jesús como Verbo encarnado obraba, el que es nombrado por lo que es, es más honrado y viene a ser enfeudado en su obra con ser llamado por lo que es, como una dignidad y un cargo. Así María era la mujer que había engendrado a Aquél que allí estaba y al que se recurría por el vino, y quería decir que Él era Hijo de Dios más que hijo de María. Cuando Jesús estaba en la cruz y María lo lloraba, dijo Él: "Mujer, he ahí a tu hijo", señalando a Juan. Cuando Jesús dijo que Él iba a pensar en el vino, María hizo su oficio de mediadora y de intercesora y le recuerda la falta del vino. El vino que Él quería dar era más que el vino en sentido natural: se refería al misterio del vino

que Él iba a convertir en su sangre. Por eso dijo: "Mi hora aún no es llegada"; primero, para dar el vino que he prometido; segundo, de que cambie el agua en vino, y tercero, para que cambie el vino en mi sangre. Desde este momento María ya no se manifestó preocupada por la falta del vino: había rogado a su Hijo y por esto dijo a los criados: "Haced todo lo que Él os diga". Es lo mismo que cuando la esposa de Cristo, la Iglesia, pide: "Señor, tus hijos no tienen vino"; y contesta Jesús a ella: "Iglesia, no te preocupes; no pierdas la paz; mi hora aún no es venida". Como si la Iglesia dijese a sus sacerdotes: "Haced todo lo que os dice, pues Él os ha de ayudar". María dijo, pues, a los servidores que hiciesen todo cuanto les dijera Jesús.

Después de un momento mandó Jesús a los servidores que le presentasen los recipientes vacíos. Ellos los trajeron: eran tres para el agua y tres para el vino y mostraron que estaban vacíos, pues los dieron vuelta sobre una fuente. Jesús les mandó llenar los seis con agua; los llevaron en seguida a un pozo, que tenían en una especie de sótano con una pileta de piedra y una bomba. Los recipientes eran grandes y pesados, de barro cocido. Si estaba uno lleno se necesitaban dos hombres para llevarlo por las manijas. Tenían varios caños de arriba abajo tapados con corchos. Cuando el líquido estaba a cierta altura se abría el otro tapón para aprovechar lo restante. Estos recipientes no eran levantados para vaciarlos sino sólo algo inclinados, puestos sobre un pedestal. El pedido de María lo expuso en voz baja. La respuesta de Jesús fué en voz alta, como también la orden a los sirvientes. Cuando estos recipientes, llenos de agua, fueron llevados a presencia del maestresala, se levantó Jesús y se dirigió allá; bendijo los recipientes, y cuando se hubo acomodado de nuevo en su asiento, dijo: "Servid de ellos y llevad al maestresala un vaso". Cuando, pues, el maestresala gustó el vino fuése adonde estaba el novio y le dijo: "Se acostumbra dar el mejor vino al principio, y cuando los convidados están menos serenos, se les da del inferior; y ahora se da del vino mejor". No sabía él que este vino había sido provisto por Jesús, ni que había tomado a su cargo toda esta segunda parte de la comida. Esto lo sabían sólo los de la Sagrada Familia y la familia de los casados. Cuando tomaron del vino el novio y el padre de la novia, quedaron admirados, tanto más que los servidores decían que ellos habían echado sólo agua en las vasijas. Después tomaron todos del vino.

No se produjo ningún barullo por el prodigio: sólo se notaba una silenciosa admiración en toda la compañía. Jesús enseñó muchas cosas a propósito de este prodigio. Dijo, entre otras cosas: "El mundo da a sus seguidores primero vino fuerte, para emborrachar y privar del sentido, y terminar luego con vino malo; pero el reino que mi Padre celestial me da para fundar, no es así. Aquí el agua pura se convierte en precioso vino, al modo que la tibieza del espíritu tiene que cambiarse en generosidad y celo ardiente". Habló también de la comida que hizo cuando a los doce años volvió del templo en compañía de algunos de los presentes y como entonces había hablado de pan y vino, y una comparación sobre bodas donde el agua de la tibieza se cambiaría en vino de entusiasmo y de fervor, y que esto se acababa de cumplir ahora. Luego les dijo que verían aún mayores prodigios. Añadió que celebraría algunas pascuas y que en la última de ellas se convertiría el vino en sangre y el pan en carne, y Él permanecería con los hombres hasta el último de los días, para consolarlos y animarlos; también les dijo que verían en Él cosas que si las dijese ahora no las podían creer. Todas estas cosas no las dijo tan claramente, sino con parábolas veladas, que yo ahora no recuerdo, pero el sentido era el que he dicho. Ellos escucharon con admiración y cierta extrañeza. He visto que todos, al gustar el vino, quedaron como cambiados en sus sentimientos, no por la admiración ante el milagro, sino también por efecto del vino mismo, como antes había sucedido con el gusto de las frutas: recibían una fortaleza interna y un cambio saludable en sus afectos. Todos sus discípulos, sus parientes y todos los presentes estaban convencidos ahora de su poder, de su dignidad y de su misión sobrenatural. Todos creyeron en Él, y esta creencia en Él se hizo general. Todos se sintieron mejores y unidos los que habían gustado del vino milagroso. Por eso es considerado ésta como su primera aparición solemne en su comunidad y éste fué el primer prodigio y señal que Él daba en ella y para ella, para fortificarla en la fe, y por esto se cuenta este prodigio como el primero en su historia, como la institución de la Eucaristía fué la última para los que ya creían en Él.

XII

Conclusión de las bodas de Caná

Enero 3. — Al concluir la comida de bodas acercóse a Jesús el novio solo, y habló con Él, lleno de humildad, y le declaró cómo todas sus pasiones se habían apaciguado; y no sentía ya deseos, y se proponía vivir en continencia con su esposa, si ella lo consentía; y habiendo venido la esposa, diciendo lo mismo con Jesús, los llamó a ambos y les habló del matrimonio y de la pureza que tanto agrada a Dios y de los frutos múltiples de la castidad y del espíritu. Habló de muchos profetas y de santos, personas que habían vivido en castidad y habían ofrecido a Dios Padre su carne, y que éstos adquirían hijos espirituales, convirtiendo a hombres perdidos, a los que habían conducido al bien, y que ésta descendencia es santa y grande. Todo esto lo explicó con parábolas de sembrar y de cosechar. Ellos hicieron entonces un voto de castidad y de vivir como hermanos, por el término de tres años. Se hincaron de rodillas delante del Señor, que los bendijo.

En la tarde del cuarto día de las fiestas fueron conducidos ambos esposos a su casa con una solemne comitiva de invitados. Llevaban un especie de candelabro con luces diversas que formaban una letra; delante iban niños llevando dos coronas de flores, una cerrada y otra abierta, y desprendían de ellas flores delante de la casa de los esposos. Jesús estaba ya en la casa y los recibió y los bendijo. Los sacerdotes estaban presentes, pero desde que vieron la maravilla en las bodas, se mostraban humildes.

Enero 5. — En el día de Sábado enseñó Jesús en la sinagoga de Caná por dos veces. Habló refiriéndose a las fiestas de bodas, a la obediencia y a los piadosos sentimientos de los esposos. Cuando abandonó la sinagoga se vió rodeado de personas que le pedían de rodillas se compadeciese de los enfermos. Obró aquí dos curaciones milagrosas. Un hombre había caído de una torre; había muerto, y tenía todos los miembros despedazados. Jesús se acercó a Él, le ordenó los miembros, tocó las roturas que presentaba, y le mandó levantarse e ir a su casa; lo cual hizo él muy gozoso, después de haber dado gracias a su Salvador. Este hombre tenía mujer e hijos. Fué llevado también a un poseído del demonio que, estando furioso, había sido atado a una piedra. Jesús lo libró del demonio y de sus ataduras. Curó

también a varios gotosos y a una mujer hidrópica, pecadora. Fueron siete a los que sanó. Las gentes no habían podido venir antes por las fiestas de bodas y como oyeron decir que después del Sábado se iba a retirar de allí, ya no quisieron detenerse más. Los sacerdotes, después que vieron el milagro de las bodas le dejaron obrar, y estas curaciones se hicieron en presencia de ellos. Los discípulos no estaban presentes.

XIII

Jesús en Cafarnaúm y en el mar de Genesaret

Después del Sábado fué Jesús con sus discípulos de noche a Cafarnaúm. El esposo de Caná, su padre y otros le acompañaron un trecho de camino. Los pobres del lugar habían recibido mucho en las bodas de Caná: nada de lo que se presentaba una vez a la mesa, se guardaba, sino que iba en seguida a los pobres. He visto que se cocinaba antes del Sábado porque venían dos días de ayuno. Se apagaba todo fuego y las ventanas no absolutamente necesarias eran cerradas. La gente acomodada tiene sitios en el hogar donde conservar los alimentos calientes bajo la ceniza. Estos ayunos los observó Jesús en Cafarnaúm, donde también enseñó en la sinagoga. Dos veces al día le eran traídos los enfermos, a los cuales curaba y consolaba. Los discípulos de Betsaida volvieron a sus casas y en parte volvían.

Jesús caminaba por los alrededores y enseñaba; el resto del tiempo lo pasaba con su Madre. Andrés, Saturnino, Aram, Themeni y Eustaquio fueron mandados por Jesús adonde había bautizado Juan, en la gran fuente junto al Jordán, para que allí bautizaran. Jesús los acompañó un trozo de camino y se dirigió luego a Betulia, donde enseñó y sanó a los enfermos. De aquí fué caminando siete u ocho horas en dirección Noroeste de Cafarnaúm hacia Hanathon, donde había una colina con sitio para enseñar. La colina tenía una ladera que iba subiendo por espacio de una hora; sobre ella estaba instalado un sitio para enseñar: un asiento de piedra, rodeado de empalizadas, sobre las cuales se podían extender lonas para repararse del sol y de la lluvia. Bajo esta techumbre cabía una multitud de gentes. Después de cada enseñanza acudían nuevos oyentes. En la ladera de la colina había otras tres colinas, entre ellas la de las Bienaventuranzas. Desde donde Jesús enseñaba

ahora se descubría un gran panorama: el mar de Galilea a sus pies y las cercanías de Nazaret. Esta montaña está en parte cultivada y sembrada; la mayor altura, donde enseñaba Jesús, sin cultivo alguno. Los alrededores están cercados con murallas cuyos restos se descubren aún ahora: parecen restos de torres. En los alrededores de la montaña están los pueblos de Hanathon, Bethanat y Nejel, que dan la idea de que en otros tiempos pudieron haber formado una gran ciudad.

Jesús tenía sólo tres discípulos consigo: un hijo de la tía del esposo de Caná, un hijo de la otra viuda y un hermano uterino de Pedro, llamado Jonatán. Estos llamaron a las gentes a la montaña para que oyesen a Jesús. Jesús habló de los diversos espíritus de los hombres, de cada lugar, de cada familia y del espíritu que recibirían por el bautismo, por el cual estarían unidos en penitencia, mortificación y reparación para unirse con su Padre celestial. Les dijo cómo podían conocer en qué grado recibirían el Espíritu Santo en el bautismo. Enseñó también acerca del Padre Nuestro. Me admira que explicara cada una de las peticiones siendo que aún no había enseñado esta oración. Estas enseñanzas duraron desde el mediodía hasta la tarde, cuando bajó de allí y se fué a Bethanat, donde pernoctó. La noche anterior la había pasado en Hanathon.

Al día siguiente se encaminó en dirección del mar. En Bethanat se le habían agregado otros cinco discípulos de Juan, que eran de Apheka, ciudad natal de Tomás, en el Mediterráneo. Habían estado largo tiempo con Juan. Hacia el mediodía vi a Jesús con sus discípulos sobre una colina, entre la desembocadura del Jordán y Betsaida, como a media hora del lago. Tenían la vista del lago delante y miraban a Pedro, Juan y Santiago, sobre sus barcas en el lago. Pedro tenía una barca grande, donde estaban varios de sus peones y él navegaba en otra más pequeña gobernada por él mismo. Juan y Santiago tenían una barca grande y otras más pequeñas y estaban con su padre. He visto la pequeña nave de Andrés, entre las barcas del Zebedeo. Andrés estaba en este momento en el Jordán. Cuando los discípulos vieron a los amigos en el lago, quisieron ir a llamarlos. Jesús les dijo que no fuesen. Oí que decían: "¿Cómo pueden estos hombres andar navegando y pescando, cuando han visto tus obras y han oído tus enseñanzas?" Jesús les contestó: "Aún no los he llamado; tienen un gran negocio y ocupación, especialmente Pedro, y muchos hombres y familias viven de ese empleo. Les he dicho que hicieran así y se preparasen

hasta que Yo los llame. Aún tengo muchas cosas que hacer hasta entonces y tengo que ir por Pascua a Jerusalén".

En la parte occidental de la montaña hay veintiséis habitaciones, la mayor parte de pescadores y de campesinos. Cuando Jesús entró allí, clamó un poseído, que le seguía: "Ahí va Él. Ahí va Aquél delante del cual tendremos que huir. Ése es el Profeta". Pronto le rodearon otros poseídos, que clamaban y se enfurecían. Aumentó el gentío con los que acompañaban a estos posesos. Jesús les mandó callar y que le siguiesen. De este modo subió a la montaña y empezó a enseñar. Había entre los posesos y los que los acompañaban unas cien personas. Habló de los malos espíritus, cómo se les debe resistir y de la enmienda de la vida. Los poseídos fueron librados: se aquietaron, lloraron, dieron gracias y dijeron que no sabían lo que les había pasado. Estos infelices fueron traídos de diversos lugares de esta comarca, porque la gente había oído decir que venía el Profeta, tan santo como Moisés. Hubieran perdido a Jesús si uno de ellos no se hubiese desatado y hubiese gritado al Profeta.

Jesús volvió adonde estaba su santa Madre, entre Betsaida y Cafarnaúm. La primera de estas ciudades estaba cerca de esta montaña, algo más al Norte. Por la tarde, como se acercaba el Sábado, Jesús enseñó en la sinagoga de Cafarnaúm. Celebraron otra fiesta especial referente a Tobías, que había estado allí y había hecho mucho bien a la comarca. Había dejado bienes a la sinagoga y a la escuela; por eso Jesús habló también del deber de la gratitud. Después del Sábado, se reunió de nuevo con su Madre, con la cual se entretuvo a solas todavía parte de la noche. Habló de sus futuros viajes; que ahora iba al Jordán, a Jerusalén para la Pascua, y que luego llamaría a los apóstoles y comenzaría su vida pública abiertamente. Dijo que en Nazaret lo perseguirían. Aludió a su futura obra y misión, y de qué modo Ella y las demás santas mujeres deberían tomar parte a todo. Había entonces en la casa de María una anciana, la misma pobre viuda que había sido enviada por santa Ana a la gruta de Belén. Era ya tan vieja, que más bien que servir a María, ésta la cuidaba.

Con ocho discípulos se encaminó Jesús al Jordán. Comenzaron a caminar antes de la salida del sol hacia el Oriente del lago y llegaron de nuevo a la colina desde donde vieron las barcas de los futuros apóstoles. Para pasar el Jordán, que corre en un cauce profundo, cruzaron un empinado puente a media

hora antes de que el río se eche en el lago. Al otro lado, en un rincón hacia el mar, hay un pueblito de pescadores, donde se ven muchas redes extendidas: se llama Pequeña Corazín. Una hora de camino al Norte está Betsaida-Julias. Corazin la Grande está a unas horas al Este del mar. Allí vivía el publicano Mateo. Jesús anduvo por el Oriente del río hacia arriba y quedó en Hippos esa noche. A la mañana siguiente pasó por Gadara; libró a un endemoniado cerca de la ciudad. Había sido traído hasta allí arrastrado, atado con sogas; se soltó y clamó furioso detrás de Jesús: "Jesús, Hijo de David; Jesús, ¿adónde quieres ir? ¿Tú nos quieres echar?" Jesús mandó al demonio que callara y saliese del hombre y adonde debía ir.

A unas horas de Gadara se acercó Jesús al Jordán, pasó al otro lado y se encaminó al Occidente, dejando a Scythopolis a la izquierda. Llegó, a través del monte Hermón, a Jezrael, ciudad al Occidente de la llanura de Esdrelón. Aquí Jesús sanó públicamente a muchos enfermos delante de la sinagoga; con todo se detuvo sólo algunas horas. Magdalena, que a ruegos de Marta había llegado hasta ese lugar para ver a Jesús, ya no lo encontró. Sólo oyó pregonar las maravillas por boca de los enfermos sanados. Allí se separaron las dos hermanas, y Magdalena volvió a su castillo de Mágdala. Después he visto a Jesús en Hay, no lejos de Betel y del lugar del bautismo, distante nueve horas. Este pueblo había sido destruído y luego reedificado, más pequeño; estaba bastante oculto. Jesús enseñó y curó a algunos enfermos. Entre los fariseos del lugar había algunos de los que estuvieron presentes cuando Jesús, niño de doce años, se entretuvo en el templo. Éstos hablaban del caso e interpretaban como una hipocresía de que Él entonces se había colocado en tierra entre los discípulos en una sinagoga de sabios y disputado con ellos, preguntando a los maestros como si quisiera saber lo que debía hacer contra sus contrarios; por ejemplo: "¿Qué pensáis vosotros de esto? Enseñadnos. ¿Cuándo vendrá el Mesías?" Que con estas y otras preguntas los había atraído y adulado, y luego pretendía saberlo todo mejor que ellos. Le preguntaron si por ventura no era Él aquel niño de entonces.

XIV
Jesús manda bautizar en el Jordán

Desde Hay partió Jesús hacia el antiguo lugar del bautismo de Juan, a tres horas de Jericó, junto al Jordán. Andrés y otros discípulos le salieron al encuentro como a una hora de camino. Estaban algunos discípulos de Juan y otros venidos de Nazaret. Algunos fueron al pequeño lugar llamado Ono, a una hora del lugar del bautismo para avisar que Jesús celebraría el Sábado aquí y sanaría a los enfermos. Decían a la gente que Jesús completaba las enseñanzas de Juan haciéndolo con más fuerza y claridad, después de haber puesto Juan los fundamentos de la doctrina. Delante de Ono tenía Jesús preparado un albergue propio a media hora de distancia del lugar del bautismo. Lázaro lo había comprado, poniendo a un hombre para que recibiese a Jesús y a los suyos y les preparase la comida. Este albergue servía para cuando anduviera Jesús por estos contornos y desde aquí podía ir por las comarcas vecinas a enseñar y bautizar.

Cuando llegó el Sábado a Ono, enseñó en la sinagoga y sanó a muchos enfermos, entre ellos a una mujer contraída y con flujo de sangre. Herodes se había encontrado con frecuencia en estos últimos tiempos con Juan, el cual siempre lo trató como adúltero, no disimulando su pecado. Herodes sentía su culpabilidad en su interior; pero la mujer estaba rabiosa contra Juan. El Bautista hablaba siempre de Jesús: no bautizaba ya a nadie, y los mandaba al otro lado del Jordán, adonde estaban Jesús y sus discípulos. Por los discípulos mandados desde Caná al lugar del bautismo, por orden de Jesús, se habían cambiado allí muchas cosas, y en todo se procedía ahora con mayor solemnidad y orden que en los tiempos de Juan. El pasaje del río se había hecho por otro lugar más alejado por la muchedumbre que acudía y la fuente y lo demás hecho por Juan había sido removido. El lugar donde bautizaban ahora Andrés, Saturnino y otros discípulos por orden de Jesús, era el mismo donde había sido bautizado Jesús, la pequeña isla surgida en el Jordán, en la cual se había levantado un amplio pabellón. Mientras Jesús enseñaba y preparaba a las gentes, estos apóstoles bautizaban. También la fuente donde había sido bautizado Jesús, se había reformado: los cinco canales ocultos que traían el agua del Jordán, estaban ahora descubiertos, y las cuatro grandes piedras, quitadas, como también la piedra triangular grande, con vetas

rojizas, donde había estado parado Jesús durante su bautismo cuando el Espíritu Santo descendió sobre Él. Todas estas piedras fueron trasladadas al nuevo lugar.

Sólo Jesús y Juan conocían que el lugar del bautismo señalaba el sitio del Arca de la Alianza y que las piedras que estaban en la fuente eran las mismas donde había descansado el Arca en el Jordán. Ni Jesús ni Juan hablaron de ello a los discípulos. De la misma manera sólo Jesús sabía que las piedras eran las que formaban ahora el fundamento del nuevo bautisterio. Los judíos habían olvidado hacía tiempo el sitio exacto donde habían estado estas piedras y nada se dijo a los discípulos. Andrés había cavado en esa piedra triangular una fuente redonda, que descansaba sobre las cuatro piedras en un pozo lleno de agua, rodeando la piedra triangular como un vallado de agua. En estas aguas se había mezclado el agua del bautismo de Jesús. El agua de la piedra triangular era de la misma procedencia, y Jesús la había bendecido. Cuando los bautizandos descendían al agua, en el vallado alrededor de la piedra triangular, el agua les llegaba hasta el pecho. Al lado de este bautisterio había un especie de altar y encima vestidos blancos para los bautizandos. Dos discípulos ponían las manos sobre el hombro del bautizando, y Andrés o Saturnino, y a veces otro de los discípulos bautizaba con el agua sacada del cuenco de la piedra con la mano ahuecada, derramándola por tres veces, sobre la cabeza del bautizando, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Los que bautizaban y los que ponían las manos sobre los hombros, llevaban largas vestiduras blancas, con correas; de los hombros les colgaban largas bandas blancas, especie de estolas. El bautismo con trina inmersión lo he visto empezar recién en el estanque de Bethesda. Sobre la fuente del bautismo en el techo había una abertura; el bautizador y los padrinos estaban colocados en el ángulo de la piedra; el bautizando a los lados. Jesús enseñaba, mientras tanto, en un sitial levantado, y cuando el calor lo hacía necesario, se levantaba un toldo en el lugar. Predicaba sobre el bautismo, la penitencia, la proximidad del reino de Dios y del Mesías; y dónde tenían que buscarlo y reconocerlo, no entre los grandes y poderosos, sino entre los pequeños y los pobres. Llamaba a este bautismo, una purificación; al bautismo de Juan, de penitencia; y habló de otro bautismo, de fuego y del Espíritu, que seguiría a éstos. Los árboles y arbustcs que Juan había plantado alrededor de la isla del bautismo de Jesús, habían crecido: sus hojas se unían en

forma de pabellón. El árbol de la fuente emergía hermoso y crecido. Sobre la copa del mismo ví que habían puesto una figura que representaba a un niñito, con los brazos extendidos, que parecía nacer de una vid, y que con una mano repartía manzanas amarillas y con la otra, flores rosadas. Era un resto de los adornos del bautismo de Jesús.

Jesús se dirigió con algunos discípulos hacia el Mediodía, al Occidente del Mar Muerto, y se internó en una región donde Melquisedec se había detenido cuando medía el Jordán y las montañas circundantes. Melquisedec había traído a este lugar antepasados de Abrahán mucho antes de que éste naciera. Su ciudad se hundió con Sodoma y Gomorra. Pueden verse todavía las ruinas de los muros y las torres de lo que fué su derruída ciudad de Hazezon-Thamar. Toda esta región es ahora una comarca, con rocas negras y oscuras cavernas, lugares estériles, que se extiende a una media hora del Mar Muerto, dentro de la comarca. Donde ahora está el Mar Muerto estaba, antes del hundimiento de aquellas perversas ciudades, el río Jordán. Su anchura era aquí como de un cuarto de hora. La gente que habita este lugar no son judíos de raza, sino esclavos de otros pueblos que han pasado por aquí, ocupados ahora en los trabajos del campo; habitan en cuevas entre los muros ruinosos. Son muy pobres, despreciados, abandonados por los demás, y se muestran humildes. Consideran una gracia no merecida la visita de Jesús. Lo han recibido llenos de afecto y de amor, y Jesús sanó a muchos enfermos.

Actualmente veo esta región en mejor estado que en tiempos de Jesucristo; pero primitivamente era una región fértil y sobremanera hermosa. En los tiempos de Abrahán se convirtió, con la aparición del Mar Muerto, en una región desolada y desierta lo que era una de las comarcas más hermosas de Palestina. Una hilera de pueblos estaban alineados en las orillas del río Jordán de entonces, contenido por murallas de piedras, y se veían hermosas colinas. Todo estaba cubierto de vegetación: viñedos, datileros, frutales y campos de trigo. No es posible describir la belleza de esta comarca antes del Mar Muerto. El río Jordán estaba dividido en dos brazos antes que existiera el Mar Muerto, debajo de esas desaparecidas ciudades: uno se dirigía hacia el Oriente, recogiendo toda clase de aguas, y el otro hacia el desierto, donde ocurrió la huída a Egipto, fluyendo hasta la región de Mara, donde Moisés endulzó las aguas y de donde eran los antepasados de Santa Ana. Entre aquellas

ciudades había minas de sal; pero las aguas eran dulces y brotaban muchas fuentes naturales. Lejos, en el desierto, eran bebidas las aguas del Jordán y tenidas en honor y reverencia. Los antepasados de Abrahán, que Melquisedec había trasladado aquí, estaban ya bastante decaídos, y Abrahán fué por otra gracia de Dios sacado de entre sus parientes y llevado a la tierra prometida. He visto aquí a Melquisedec, antes que existiera el Jordán: él todo lo medía y determinaba los sitios y los lugares. Lo he visto ir y venir; a veces traía a algunos hombres que eran como sus servidores.

Después de esto vi a Jesús caminando con sus discípulos en dirección de Belén, a través de un trecho del valle de pastores, hacia Bethabara, a tres horas del lugar del bautismo. Ya había estado en este lugar cuando visitó a los pastores, después de su bautismo. Los habitantes viven de los viajeros que en caravanas atraviesan la comarca; está a cuatro horas de Betania, en los confines de Judá y Benjamín. Había en este lugar muchos endemoniados, que corrían clamando, cuando Jesús se acercó. Jesús les mandó que se cubriesen, y en pocos minutos todos se hicieron vestidos con hojas. Jesús los sanó y libró y mandó gentes del lugar que les trajesen vestidos para cubrirse mejor. Entre estos endemoniados he visto a algunos que eran subido a lo alto por fuerza invisible. Andrés y otros cinco discípulos habían llegado antes a este lugar y anunciado que Jesús celebraría el Sábado con ellos. Se albergó en una posada para Él y los suyos como había con frecuencia en ciertos lugares para maestros y rabinos que pasaban enseñando. Habían llegado Lázaro, José de Arimatea y otros de Jerusalén. Jesús enseñó en la sinagoga, en un lugar abierto y en varios caminos. Había mucha gente que no podía asistir a la enseñanza de la escuela. Sanó también muchos enfermos de diversas clases. Los discípulos los traían y les hacían lugar en medio de la muchedumbre. A cierta distancia estaban Lázaro y José de Arimatea. Para la conclusión del Sábado fué Jesús con los suyos hasta Ono. Siguió el camino del pequeño pueblo Bethagla, el mismo que hicieron los hijos de Israel cuando pasaron el Jordán; pues no caminaron por un mismo lugar sino que pasaron a una gran anchura a través del lecho del río enjuto. Cuando llegaron se arreglaron los vestidos, ciñéndose las correas. Jesús llegó a la piedra del Arca, donde Juan había celebrado la festividad de los Tabernáculos. Lázaro y José de Arimatea volvieron a Jerusalén. No estaba Nicodemus: se mantenía más oculto por razón de su empleo; servía en

secreto a Jesús y a sus discípulos, y les avisaba todo lo que tramaban los enemigos del Señor.

Algún día después he visto que era la fiesta de novilunio. En Jerusalén todos los trabajadores y empleados tenían un día feriado y de alegría; como era día de descanso no se bautizó tampoco. En los techos de las sinagogas colgaban, durante el novilunio, banderitas en largas pértigas. Eran telas que tenían nudos en determinados lugares de modo que el viento podía soplar dentro e hincharlas como globos. Por el número de los nudos de las banderas se avisaba a los lejanos en que número del novilunio se estaba. Banderas semejantes las vi también levantadas en señal de victoria o de algún peligro. Jesús preparó para el bautismo a muchas personas que se habían reunido desde ayer, y estableciéndose en los alrededores. Hoy tampoco se bautizó porque se ordenó un día de fiesta por la muerte de un rey impío (Alejandro Janeo). El bautisterio aparece adornado y hermoso.

Al día siguiente comenzaron Andrés y los otros discípulos a bautizar a aquéllos que Jesús había preparado el día anterior. Jesús caminó con Lázaro, que había vuelto con Obed, hijo de Simeón, desde ayer a la tarde y con éste desde el lugar del bautismo, a la mañana temprano hacia la comarca de Belén, entre Bethagla y Ophra, más al Occidente. Jesús tomó este camino porque Lázaro quería contarle lo que en Jerusalén se decía de Él, y porque quería darle normas a él y por medio de él a los demás. Así llegaron al camino de José y María, cuando iban a Belén, a unas tres horas hasta una hilera de chozas de pastores en una comarca aislada. Lázaro refirió a Jesús lo que se decía de Él en Jerusalén; lo que hablaban, en parte irritados, en parte burlándose, y en parte curiosos; querían ver si para Pascua acudía a las fiestas; si entonces iba a ser tan osado con sus milagros en una gran ciudad, como lo hacía entre los ignorantes de las aldeas. Le contó también lo que fariseos de diversos lugares decían de Él y del espionaje que ejercían. Jesús lo tranquilizó de todas estas cosas y le señaló en los profetas los pasajes en que todo esto estaba predicho. Le dijo que Él estaría todavía ocho días por el Jordán y luego volvería a Galilea, y que para la Pascua iría a Jerusalén y llamaría luego a sus discípulos.

Hablando de Magdalena, lo consoló, diciéndole que ya una centella de salud había prendido en ella, que pronto la inflamaría del todo. Pasaron el día entre las chozas de los pastores, quienes los agasajaron con pan, miel y frutas. Vivían unas veinte

mujeres ancianas, viudas de los pastores, con algunos hijos ya crecidos que las ayudaban. Sus habitaciones eran celdas separadas por ramajes que aún crecían, y entre ellas se encontraban algunas personas que habían ido al pesebre de Belén para adorar al Niño Jesús y ofrecerle dones. Jesús enseñó aquí y visitó las diversas dependencias sanando a algunas enfermas. Una de ellas era muy anciana y delgada; vivía en una pequeña choza y estaba tendida sobre un jergón. Jesús la sacó de la mano afuera. Estas ancianas tenían un lugar común para comer y rezar. Lázaro y Obed volvieron a Jerusalén. Jesús visitó y sanó a algunos enfermos en la comarca y a eso de las tres de la tarde volví a verlo en el lugar del bautismo.

XV

Jesús en Adummim y Nebo

Jesús anduvo con la mayoría de sus discípulos a través de Bethagla hacia Adummim. Este lugar está como escondido en una comarca silvestre llena de barrancos y rocas donde el camino es a veces tan angosto que apenas podía pasar por él un asnillo. Está como a tres horas de Jericó en los confines de Benjamín y de Judá: tan oculto es el lugar que yo no lo había visto antes. La ciudad está edificada en una ladera escabrosa. Había sido un refugio de criminales que podían buscar aquí protección contra las condenas de muerte. Eran vigilados hasta su mejoría o empleados como esclavos en las obras públicas. Se llamaba por esto el lugar de los reos o de los sanguinarios. Estas ciudades de refugio existieron ya desde los tiempos de David. Terminaron de serlo después de Jesucristo, en las primeras persecuciones de los fieles. Más tarde existió aquí un convento edificado por los hermanos del Santo Sepulcro. La gente vivía aquí de la viña y de la fruta. Presentaba el aspecto de una región salvaje, con rocas desnudas de vegetación; a veces caían grandes trozos de piedras arrastrando los viñedos de las laderas. El camino propio de Jericó a Jerusalén no pasaba por aquí, sino hacia el Occidente de Adummim, por cuyo lado no se podía entrar en la ciudad. Una senda desde el valle de los pastores a Jericó, a una media hora de Adummim, atraviesa el camino de Bethagla a Adummim. En las cercanías de este sendero había un pasaje muy peligroso y angosto. Veíase un lugar señalado con un asiento de piedra, donde mucho antes de Cristo había

sucedido en realidad lo que Jesús contó como una parábola del Samaritano caritativo y del hombre caído en manos de los ladrones.

Cuando Jesús iba hacia Adummim se apartó un tanto del camino y sobre ese asiento de piedra enseñó a los discípulos y los que se habían congregado el hecho que allí había sucedido tiempo atrás. Celebró el Sábado en Adummim y enseñó en la sinagoga con parábolas que se referían a la provincia de las ciudades de refugio para los criminales y la aplicó al tiempo de penitencia para los hombres durante la vida. Sanó a varios enfermos, especialmente a hidrópicos. Después del Sábado volvió con sus discípulos al lugar de los bautismos. Por la tarde del día siguiente fué a la ciudad de Nebo, que está al otro lado del Jordán, al pie del monte Nebo, que tiene una ladera de varias horas de camino. Habían acudido mensajeros pidiéndole a Jesús que fuese a enseñar y sanar a los enfermos. Vivía aquí gente de todas partes: egipcios, israelitas que se habían manchado con la idolatría y moabitas. Habían reaccionado con la predicación de Juan; pero no se atrevían a pasar al lugar del bautismo de Jesús. Creo que no les era permitido ir allá: eran despreciados por los demás israelitas, no recuerdo por cual de los pecados de sus antepasados, y por esto no podían ir a cualquier parte, sino sólo a algunos lugares. Vinieron humildemente a Jesús y le pidieron que los bautizara. Los discípulos llevaron consigo agua de la fuente bautismal en un odre; en el bautisterio quedaron algunos para vigilar. Nebo está separado por una montaña de una media hora del Jordán y de Macherus, unas cinco o seis horas. Tenía un terreno estéril. Para llegar hay que subir por la otra orilla del Jordán. La orilla de enfrente del lugar del bautismo es empinada, como montaña, y no hay modo de bajar. Más allá de esta montaña está Nebo. Existe aquí un templo de ídolos, pero está cerrado y parece mal edificado. Jesús prepara al aire libre a los bautizandos desde un asiento de enseñanza y los discípulos bautizaban. La tina estaba colocada sobre una cisterna de baño donde entraban los bautizandos; estaba llena de agua hasta cierta altura. Los discípulos habían llevado consigo las vestiduras blancas para los bautizandos: las llevaron envueltas y arrolladas en torno del cuerpo. En el bautismo las ponían a los neófitos y los camisones flotaban en el agua. Después del bautismo se les colgaba una especie de manto. Donde Juan bautizaba era ésta una especie de estola, ancha como una servilleta. Aquí era más bien un mantito al cual está cosida

una estola con flecos. La mayoría de los bautizados eran niños y ancianos, porque muchos fueron rechazados para que se mejorasen primero.

Jesús sanó también a varios enfermos de fiebres e hidrópicos, que habían sido traídos en camillas. No hay entre los paganos tantos endemoniados como entre los hebreos. Jesús bendijo el agua que tomaban, que no era buena, sino turbia y salobre, recogida en las rocas de la montaña. Había un recipiente que era llenado con mangueras. Jesús lo bendijo en forma de cruz y se detuvo con la mano sobre algunos puntos de la superficie.

A la vuelta al albergue de Ono permanecieron Jesús y sus discípulos la mayor parte del día en el camino de Nebo al pasaje del Jordán. Jesús enseñó aquí donde había muchas chozas, cuyos habitantes tenían sus frutas y su vino exprimido para vender a los transeúntes. Jesús volvió a la tarde con sus discípulos a su albergue cerca del lugar de bautismo. Fué pasando luego por los alrededores a diversos grupos de campesinos y reunía a la gente para adoctrinarla. Había buenas gentes que durante el tiempo que estuvo allí bautizando Juan proveían de alimentos a los que venían de lejos. Parece que Jesús desea visitar hasta los lugares más pequeños de esta comarca, pues pronto se ausentará a Galilea. Estuvo también con un rico campesino, a una media hora de Ono, cuyas posesiones cubrían casi el monte entero. Aquí hay un campo en uno de cuyos lados aún se está cosechando, mientras en el otro se empieza a sembrar. Aquí expuso Jesús una parábola sobre la siembra y la cosecha. Había una silla muy antigua para enseñanza de los tiempos de los profetas. Los campesinos la han arreglado muy bien, y sobre ese asiento está ahora Jesús enseñando. Otros asientos semejantes de piedra fueron restaurados aquí desde la predicación de Juan. Se lo había impuesto Juan a las gentes, ya que esto pertenecía también a su misión de preparar el camino del Mesías. Estas tribunas de enseñanza del tiempo de los profetas habían quedado en desuso y en ruinas, como entre nosotros pasa con muchas estaciones del *Vía crucis*. Elías y Eliseo habían estado muchas veces en estos lugares.

Jesús quiere celebrar el Sábado en Ono mañana. A esta fiesta sigue otra que se refiere a los frutos de la tierra, porque he visto llevar a las sinagogas y a las casas de los juzgados muchos canastos de frutas. En el lugar del bautismo se está ordenando todo y se guardan las cosas para el descanso de estas

fiestas. Donde está la piedra que señalaba el lugar del Arca se han levantado unas veinte casitas. Bethabara no está junto a la orilla, sino a una media hora de distancia; pero de aquí se la ve muy bien. Desde el pasaje del río hasta el lugar donde bautiza ahora Juan, sobre Bethabara, hay una hora y media de camino. He visto andar a Jesús en Ono de casa en casa. No sabía yo por qué, pero más tarde oí que tenía este andar relación con los diezmos, exhortando Él a las gentes a dar las limosnas que se solían hacer en las fiestas de los frutos.

Por la tarde celebró la festividad del Sábado en la sinagoga, donde enseñó. Después comenzaron los preparativos para la fiesta de los nuevos frutos del año. Era una fiesta triple: primero, porque entraba ahora la savia en los árboles; segundo, porque se entregaba el diezmo de los frutos, y tercero, porque se daba gracias por los frutos recibidos. Sobre esta cosas versó la predicación de Jesús. Se comían muchas frutas y se regalaban a los pobres diversas figuras formadas con frutas dispuestas sobre las mesas. Hasta ahora hay unos veinte discípulos más que siguen a Jesús.

XVI

Jesús en Phasael. Sana a la hija de Jairo. Primer encuentro con la Magdalena

Al término de la fiesta Jesús dejó a Ono con unos veinte discípulos y se encaminó a Galilea. Entró en aquellas chozas de pastores donde José y María en su viaje a Belén habían sido duramente rechazados. Aquí había tenido Jacob sus campos de pastoreo. Jesús visitó los albergues de los buenos, y enseñó allí. En los de los malos pasó la noche amonestándolos. La mujer vivía aún y Jesús la sanó de su enfermedad. Pasó luego por Aruma donde había estado ya antes.

Jairo, un descendiente del esenio Chariot, que vivía en el pueblo de Phasael algo despreciado por los demás, y que había rogado a Jesús sanase a su hija enferma, mandó un mensajero para recordar a Jesús su promesa de ayuda. Su hija había muerto. Jesús mandó a sus discípulos que continuasen su camino y los citó para encontrarse en un determinado sitio. Él siguió al mensajero a casa de Jairo, en Phasael. Cuando Jesús llegó a la casa estaba la hija, difunta ya, preparada para el entierro, envuelta en telas y ligaduras y rodeada de todos los

familiares, que se lamentaban. Jesús hizo reunir a otros del lugar y mandó desatar las ligaduras y las telas, tomó a la muerta de la mano y le mandó levantarse. De pronto se levantó viva y se irguió en su lecho. Era una joven de diez y seis años. No había sido buena; no amaba a su padre, que la quería sobre todas las cosas; se quejaba de él porque socorría a los pobres y se juntaba con los desgraciados. Jesús la resucitó en cuerpo y alma. Cambió de vida y se juntó más tarde con las santas mujeres. Jesús exhortó a todos no hablar de este prodigio; por eso no quiso tener a su lado a sus discípulos. Este Jairo no es el de Cafarnaúm, cuya hija resucitó más tarde Jesús, según narra el Evangelio.

Jesús dejó este lugar, se dirigió al Jordán, pasó el río y caminó por la Perea, al Norte; llegó a Sukkoth, al Occidente del río, y fué a Jezrael. En Jezrael enseñó y obró muchos prodigios en presencia de las grandes muchedumbres que se habían reunido. Todos los discípulos de Galilea habían venido a su encuentro. Natanael Chased, Natanael el de Caná, Pedro, Santiago, Juan, los hijos de María de Cleofás, todos estaban aquí.

Lázaro, Marta, Serafia (Verónica) y Juana Chusa, que habían salido de Jerusalén, habían visitado a María Magdalena en Mágdala y le habían dicho que fuera a Jezrael para ver, si no para oír al prodigioso, sabio, elocuente y admirable Jesús, de quien todo el país estaba hablando con admiración. Magdalena quiso complacer a las santas mujeres y con mucho adorno y mucha pompa las había acompañado hasta aquí. Cuando a través de una ventana de la posada, donde se alojaba, vió a Jesús caminando por el sendero con sus discípulos, Jesús le dirigió una mirada seria, que le entró en el alma y la cubrió de tanta vergüenza y confusión, que salió del albergue y se fué a una casa de leprosas donde había mujeres con flujo de sangre, en una especie de hospital a cargo de un fariseo. Lo hizo impulsada por un sobrenatural asco de su persona y la vista interior de su miseria. La gente del albergue que la conocía, dijo: "Allí le corresponde estar, entre leprosas y enfermas de flujo de sangre". Magdalena había corrido a casa de las leprosas para humillarse, ¡tanto le había herido la mirada de Jesús! Había pedido para sí, por vanidad y para no juntarse con otros pobres, un albergue especial y no el común de las otras mujeres. Lázaro, Marta y las otras mujeres volvieron con ella a Mágdala y celebraron allí el Sábado, pues había allí una sinagoga.

XVII

Jesús en Cafarnaúm y Gennebris

Hacia la tarde llegó Jesús a Cafarnaúm para el Sábado. Antes había visitado a su Madre María. Enseñó y se albergó en la casa que pertenecía al novio de Caná. Todos los discípulos estaban reunidos. El Sábado enseñó hasta la conclusión de la fiesta. Le habían traído de todos los puntos del país muchos enfermos y endemoniados. Él los sanó en público, delante de sus discípulos, y echó a los demonios asediado por las multitudes. Mensajeros de Sidón vinieron a rogarle pasara a visitarlos. Él rehusó. Acudieron gentes de Cesarea de Filipo y lo invitaron con instancia. Él los consoló con la esperanza para más adelante. El gentío creció tanto que Jesús abandonó a Cafarnaúm después del Sábado con algunos discípulos y se ocultó en la montaña, a casi una hora al Norte de la ciudad, entre el mar y la entrada del Jordán, donde había muchos barrancos. Se mantuvo oculto, entregado a la oración. Es la misma montaña donde Él, viniendo de Bethanat con sus discípulos, había visto en el mar las barcas de Pedro y del Zebedeo desde una colina. Los discípulos que habían estado con Jesús entraron en las viviendas de los pescadores y contaban cosas de Jesús. Andrés permaneció en Cafarnaúm y contó y enseñó lo que había oído de Jesús a las turbas que se habían congregado.

Por la tarde fué Jesús a casa de su Madre, entre Cafarnaúm y Betsaida. Se habían reunido Lázaro, Marta y las otras mujeres que venían de Mágdala: venían para despedirse y marchar a Jerusalén. Jesús los consoló respecto de Magdalena. Dijo que Marta se desolaba demasiado; que Magdalena estaba ya conmovida; que todavía caería miserablemente. No había dejado aún sus adornos vanos; había declarado que no podía resolverse a vestir tan pobremente como las otras mujeres, sino que debía hacerlo según su condición.

Cuando después vino un día de ayuno por la muerte de un hombre que contra la prohibición había hecho poner figuras en el templo, enseñó Jesús de nuevo en Cafarnaúm. De nuevo le trajeron muchos enfermos, de los cuales sanó a muchos. Acudieron nuevos mensajeros para invitarlo a ir con ellos a otras regiones. Hubo aquí algunos maliciosos fariseos que le contradecían y le preguntaron a dónde iba a parar todo esto. "Todo el país está alborotado por su causa y no deja de enseñar en pú-

blico y se extiende cada día su fama". Jesús los rechazó con severidad y les dijo que enseñaría públicamente y empezaría también a obrar a vista de todos. Por la tarde comenzó un día de ayuno por la extirpación de la tribu de Benjamín por las otras tribus a causa de una maldad y escándalo. He visto que este día de ayuno se observó con más rigor en la región de Phasael, donde había estado Jesús hacía poco por la resurrección de la hija de Jairo, también en Aruma, Gibea, porque el hecho había tenido lugar por allí. Vi que las santas mujeres ofrecían un sacrificio especial y tomaban parte en el acto con más esmero.

De noche fué Jesús llevado por Natanael Chased, con Andrés, Pedro y los hijos de María de Cleofás y del Zebedeo, a Gennebris, donde residía Natanael. Allí éste le había preparado un albergue. No entró en la casa de Natanael, aunque pasaron por delante y está fuera de la ciudad. Natanael, el de Caná, y su mujer están en este momento en Cafarnaúm y Jezrael. El lugar del bautismo en Ono, es vigilado por turno por los habitantes del lugar. Jesús enseña y sana a endemoniados en Gennebris. Atraviesa el lugar un camino de mercaderes. Las gentes no son tan sencillas como las de la orilla del lago; que aunque no contradicen abiertamente, con todo reciben con frialdad sus enseñanzas. Admás de los futuros apóstoles estuvo en Gennebris también Jonatán, hermano uterino de Pedro; los demás se distribuyeron por Cafarnaúm y Betsaida, para contar todo lo que habían visto y oído de Jesús de Nazaret. Desde Gennebris fué Jesús con sus futuros apóstoles a Betulia a tres horas de Gennebris, a cinco de Tiberíades y no lejos de Jezrael. La ciudad está situada en la ladera del monte empinado que parece quisiera caerse y se ven ruinas tan anchas de antiguas murallas que podían pasar carros sobre ellas. El camino desde aquí a Nazaret pasa por el monte Tabor, del cual está a pocas horas de distancia al Sudeste. Natanael Chased ha entregado su empleo en Gennebris a su primo hermano y quiere en adelante seguir a Jesús. Entrando en Betulia le salieron al camino los endemoniados, clamando. Al llegar al mercado de la ciudad se detuvo Jesús en un asiento de enseñanza y mandó a algunos discípulos que pidieran al jefe de la sinagoga abriese por todos los lados las puertas, mientras otros discípulos iban de casa en casa llamando al pueblo para la enseñanza. La sinagoga tenía varias puertas entre columnas que se solían abrir en las grandes concurrencias. Jesús enseñó aquí sobre el verdadero grano de trigo que tiene que ser puesto en tierra para que germine y dé fruto.

Se albergó en una posada dispuesta de antemano. Los fariseos no le contradijeron abiertamente, pero murmuraban. Jesús sabía que temían que celebrase aquí el Sábado. Jesús se lo dijo a los discípulos: quería ir para el Sábado a un lugar un par de horas más lejos, entre Occidente y Norte, hacia el Tabor, a un pueblo cuyo nombre no recuerdo y cuyos habitantes viven de colorear sedas para franjas y borlas.

Jesús sanó aquí a varios enfermos. Todos los discípulos que se habían quedado volvieron a reunirse. Cuando Jesús abandonó la ciudad de Betulia por las murmuraciones de los fariseos, enseñó un cuarto de hora al aire libre, fuera de la ciudad sentado en un asiento de piedra. Se veían restos de murallas y parece que esto formaba parte de la ciudad en otros tiempos. Después llegó a eso de las tres de la tarde a Kisloth, como a tres horas de aquí, a los pies del monte Tabor. Le habían precedido Andrés y otros apóstoles para prepararle albergue. Se había reunido aquí una gran muchedumbre de gente de los alrededores, entre ellos muchos pastores que tenían sus cayados y muchos mercaderes de Sidón y de Tiro. Las enseñanzas y los prodigios de Jesús se habían hecho conocer ya en los contornos. Todos se atropellaban por llegar al lugar, porque se había corrido la voz de que Jesús pensaba celebrar aquí el Sábado. También los que andaban de camino y de viaje se reunieron en esta ocasión. Donde Jesús aparecía se suscitaba siempre un gran movimiento. Se clamaba a su llegada; se trataba de llegar a donde Él estaba; algunos se echaban de rodillas a sus pies; le querían tocar. Por esto se mostraba a veces algo contrariado por la muchedumbre, y procuraba desaparecer de súbito cuando el tumulto crecía demasiado. A veces, en los caminos, enviaba a sus discípulos a otra parte, o se alejaba de ellos, para quedarse solo. Llegando a las poblaciones tenían a menudo que abrirse paso entre la turba. Algunos, a quienes permitía tocarle o acercarse a Él, sentían luego una conmoción interna, una mejora en lo espiritual y la curación de sus enfermedades.

XVIII

Jesús en Kisloth-Tabor

Por la tarde llegó Jesús a un albergue preparado ya de antemano por los discípulos fuera de la ciudad de Kisloth-Tabor, localidad donde estuvo ya dos veces. Esta ciudad está a siete

horas de camino de Nazaret, por los desvíos, y a cinco horas en línea recta. Los caminos van aquí, en la Palestina, entre vericuetos y senderos torcidos entre valles y montañas. Por eso los cálculos de distancia son con frecuencia muy diversos. Muchos pueblitos llenan la Palestina, aunque de las alturas no se alcanza a ver sino los principales y mejor situados. Kisloth-Tabor es una ciudad de mercaderes y traficantes; hay bastantes ricos y acomodados y muchos pobres que viven de la tintura de sedas crudas y del trabajo de franjas, borlas y otros adornos semejantes para las vestiduras de los sacerdotes. Estas tintorerías estaban antes la mayor parte junto al mar, en Tiro; ahora muchos de estos tintoreros se han internado en el país. Los ricos emplean a los pobres en sus talleres y fábricas. He visto gente que trabajaba en condición de esclavos.

Delante de la posada habían los discípulos cercado un lugar con gruesas sogas, que pasaban a través de palos enterrados en el suelo, formando una barrera contra el empuje de los turbas que se apretaban para oír las enseñanzas de Jesús. Aquí se instaló Jesús fuera de la ciudad para enseñar a las muchedumbres que acudían de todas partes. Vinieron también hombres ricos y mercaderes de la ciudad; y fué entonces que habló de las riquezas y de los peligros de la avaricia y de la codicia. Les dijo que su condición era más peligrosa que la de los publicanos, de los cuales muchos se convertían. Fué entonces que mirando a las sogas que le separaban del empuje del pueblo dijo las palabras severas del Evangelio: Una soga (como la que estaban viendo) pasa más fácil por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos(*). Estas sogas de pelos de camello eran gruesas como un brazo y pasaban por cuatro hileras a través de los palos o estacas delante del albergue. Estos ricos pretendieron defenderse diciendo que ellos daban limosna de sus ganancias. Jesús les contestó que las limosnas que exprimían del sudor de los pobres no les podía traer bendición alguna.

Kisloth era una ciudad de levitas, separada de Zabulón, y dada a los levitas de la tribu de Merari. Tenía la mejor escuela de la comarca; era bastante grande y todo se hizo allí con mucha solemnidad. Cuando Jesús enseñaba en las sinagogas en el Sábado, los sacerdotes del lugar servían entregando los rollos

(*) Muchas explicaciones eruditas e ingeniosas se han dado para explicar esta frase del Señor; pero lo que ve la vidente parece lo más satisfactorio; en efecto, las sogas pasarían por el ojo de la aguja, pero una a una; de igual modo el rico deberá despojarse de lo superfluo para entrar en el cielo.

de la Escritura o leían por turno los pasajes que Él deseaba. Sobre lo leído preguntaba Jesús e instruía. Se cantó también, pero no al modo farisaico. Yo oía la voz de Jesús sobresalir, más armoniosa, sobre las de los demás. No recuerdo haberlo oído cantar a solas.

Jesús enseñó por la mañana en la escuela de Kisloth, mientras Andrés enseñaba en las salas adyacentes a los niños y exhortaba a los forasteros que llegaban, diciéndoles las cosas oídas y vistas de Jesús. El tema de Jesús versó sobre la soberbía y la vanidad. No hizo aquí curaciones porque, como dijo, los veía hinchados: porque había enseñado aquí en su ciudad, se creían mejores que los otros, que por eso había venido Jesús a ellos; en lugar de reconocer que si venía a ellos era poque lo necesitaban más que los otros y que se humillasen para poder mejorar sus costumbres. Después de la enseñanza se detuvo delante de la sinagoga en un espacio libre donde había varias hileras de pequeñas celdas que pertenecían a la sinagoga y formaban como una antesala. Aquí sanó a varios niños que sufrían de convulsiones y otros males y que los habían traído las madres. Los sanó porque eran inocentes. Sanó también a varias mujeres que se humillaron delante de Él y le decían: "Señor, quítanos nuestros pecados y transgresiones". Se echaron a los pies de Jesús y confesaban sus culpas. Sufrían algunas de flujo de sangre y otras padecían de malas pasiones de las cuales pedían verse libres.

Por la tarde celebró el Sábado en la escuela y comió en la posada. Los futuros apóstoles y más íntimos amigos estaban con Él a la mesa, mientras otros discípulos estaban en otra mesa o servían a los comensales. Al día siguiente celebró el Sábado en la sinagoga y sanó a muchos delante de ella; fué a la casa de varios que no pudieron ser traídos, y los sanó. Los discípulos ayudaban, trayendo o llevando enfermos, haciendo lugar entre la multitud, yendo o viniendo con mensajes y cuidando el orden. Los gastos de estos viajes y posadas iban por cuenta de Lázaro. Obed, el hijo de Simeón, era el encargado de hacer los pagos.

Las pequeñas celdas que yo había visto delante de la sinagoga están ahora ocupadas por mujeres que a través de un enrejado hablan con Jesús a solas. Estas celdas estaban destinadas a mujeres pecadoras, penitentes o impuras legalmente, que debían tratar con los sacerdotes. Arriba, en el monte Tabor, no hay población, pero se ven fortalezas, murallas y parapetos

donde en otros tiempos había soldados estacionados. Por la tarde fué Jesús con sus más íntimos, futuros apóstoles, a casa de un fariseo para la comida. Este fariseo había escuchado la enseñanza de Jesús y habíase conmovido y mejorado. Días después estaba Jesús con sus discípulos en una gran comida que le daban los principales del lugar, en una sala preparada al efecto. Había enseñado y en la misma tarde abandonó la ciudad y se dirigía a Jezrael, que está como a tres horas de camino de Kisloth-Tabor. En Jezrael se apartaron de Jesús sus más íntimos con Andrés y Natanael y los de Betsaida para visitar a los suyos. Jesús les dijo donde debían volver a encontrarse.

Unos quince dscípulos más jóvenes aun quedaban con Jesús. Enseñó y sanó a algunos enfermos. Aquí hay varias escuelas de letras y de religión, porque es un gran centro. Jesús habló de la viña de Nabot. De Jezrael partió a una hora y media hacia el Oriente, a un campo que estaba en un valle ancho como de dos horas de camino y de igual largo. Había muchos árboles frutales con setos bajos y divisiones. Es un valle hermoso, lleno de frutales y vegetación.

Los habitantes de Kisloth-Tabor y de Jezrael tienen aquí sus posesiones y praderas. Se ven muchas tiendas, de dos en dos, repartidas por el valle, donde gentes de Sichar están encargadas de guardar, vigilar y cosechar las frutas. Me parece que estaban obligadas a hacerlo como un tributo que debían pagar. Se turnan en el oficio y viven cuatro en cada una de las tiendas. Aparte viven las mujeres que cocinan para los trabajadores. Jesús enseñó a estas gentes reunidas en una tienda. Se ven muchas fuentes y pozos de agua que fluyen al Jordán. Una de estas corrientes principales viene del lado de Jezrael y aquí es apresada en una hermosa fuente sobre la cual han hecho una cúpula como si fuese capilla. De esta fuente principal parten varios brazos que corren por el valle y se juntan otras corrientes que van al fin a parar al Jordán. Los oyentes eran unos treinta de estos guardianes que escuchaban a Jesús; las mujeres estaban algo apartadas. Les habló de la esclavitud peor, que es la del pecado, de la cual debían librarse ellos mismos. Estos hombres estaban fuera de sí de contentos porque Jesús se había dignado visitarlos. Jesús se mostró tan compasivo y tan tierno con estas pobres gentes que yo misma tuve que llorar de ternura. Presentaron a Jesús y a sus discípulos varias clases de frutas, de las cuales comieron. En algunos de estos lugares ya hay fruta madura, mientras en otros están sólo las flores. Veo aquí unos frutos de

color pardo, como higos, que nacen en racimos como las uvas; hay también unas plantas amarillas de las cuales hacen lechada. En este valle está la montaña de Gelboe, donde pereció Saúl en su guerra contra los filisteos.

XIX

Jesús en Sunem y en Ulama

Por la tarde partió Jesús, a través de Jezrael, hacia Sunem, población abierta situada sobre una montaña. Algunos discípulos le habían precedido para preparar albergue hablando a un hotelero a la entrada de la ciudad. El valle de los frutales, de donde había partido, está al Sur de Jezrael. Cerca de Sunem hay otras dos ciudades a una y dos horas de distancia, una de las cuales dejó Jesús de lado en su camino de Kisloth-Tabor a Jezrael. Las gentes de Sunem viven del trabajo de tejido. Tejen con hilos de seda cintas angostas con bordes, sencillas y adornadas con flores. Este lugar no está ya en el valle de Esdrelón, sino más en las alturas. Hubo aquí un concurso extraordinario en torno de Jesús que fué en aumento. Las gentes lo rodean por todas partes; se echan a sus pies; gimen y claman al nuevo Profeta, al enviado de Dios; muchos lo hacen con recta intención; otros, por imitación y curiosidad y por hacer tumulto. El concurso es aquí tan grande, que parece una sublevación popular, y como esto va en aumento en Galilea, pronto se ha de retirar Jesús. De este lugar era la hermosa Abisag, que tomó David por esposa en su ancianidad. También tuvo aquí el profeta Eliseo un albergue adonde acudía con frecuencia y donde resucitó al hijo del posadero. Tuve precisamente una visión de este hecho. Hay en esta ciudad una posada libre para viajeros y transeúntes, precisamente en recuerdo del profeta Eliseo y de su estadía. No sé si estuvo en esa misma casa o por lo menos en el lugar donde se levanta el albergue.

Jesús enseñó ese día en la escuela y entró en muchas casas de enfermos, para consolarlos y curarlos. El pueblo está algo desparramado entre alturas y en medio de la ciudad se levanta la cresta de la montaña. Hay un camino que lleva arriba; a medida que se sube las casitas son más pequeñas y apenas unas chozas. En un lugar vacío de la cumbre había un sillón de piedra para enseñar; para defenderse del sol pusieron una tienda de tela extendida sobre palos. Cuando Jesús, a la mañana del

siguiente día, subió a la altura con sus discípulos para enseñar, se promovió un grave tumulto en la ciudad. La multitud había llevado arriba, a lo largo del camino, a muchos enfermos en camillas. Jesús pudo apenas subir entre los gritos, el tumulto y los clamores de los enfermos. Había gente sobre las azoteas de las casas para poder ver y oír mejor sus palabras. Desde arriba, donde está el asiento, se descubre una vista espléndida alrededor del monte Tabor. Jesús habló aquí con severidad contra el orgullo, la jactancia y las charlas de las gentes que, en lugar de buscar la conversión en silencio, de hacer penitencia y de cumplir los mandamientos de Dios, gritan y claman vanamente: "¡El profeta; el enviado de Dios!", creyendo que la venida de Jesús sea por haberlo merecido y por ser una honra del enviado haber venido a ellos. Les dijo claramente que había venido para que reconocieran sus pecados y se convirtieran.

A las tres de la tarde se dirigió Jesús al Noreste, a unas tres horas de distancia, a una ciudad que parecía un conjunto de pueblos, más grande, aunque no tan antigua como Sunem. Esta ciudad tenía grandes y anchos muros, sobre los cuales crecían árboles. Se llama Ulama y está como a cinco horas al Este de Tabor. A dos horas de allí está la ciudad de Arbela, hacia el Norte. Hay aquí caminos entre montañas, llenos de piedras puntiagudas, que rompen y gastan las suelas, y por esto se fabrican en ese pueblo suelas para los pies. La ciudad está sobre una altura, en una región escabrosa; con todo, se ven las alturas plantadas de viñedos casi hasta las cumbres. He visto aquí una planta alta como un árbol, de ramajes enredados, gruesos, como un brazo que tienen frutos como zapallos, con los cuales hacen botellas y recipientes. (Posiblemente una variedad de calabaza). La ciudad no es tan antigua como otras y tiene algo que manifiesta que aun no ha sido terminada. Los habitantes no tenían la sencillez de los antiguos israelitas: querían aparecer más duchos y entendidos que sus vecinos. Creo que deben haber estado aquí por algún tiempo romanos u otros soldados extranjeros. También aquí hubo gran concurso de pueblo, porque Jesús dijo que quería celebrar el Sábado. Se habían reunido a Jesús algunos de sus discípulos, entre ellos Jonatán y los hijos de la viuda; eran unos veinte. Entre ellos estaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Menor, Natanael Chased y el Natanael de las bodas de Caná. Jesús los había citado para que oyeran su enseñanza y le ayudasen en las curaciones de los enfermos, por la gran multitud que acudía por doquiera. El pueblo lo recibió, saliéndole al

encuentro, porque se habían dado la voz que llegaba. Traían ramas de los árboles y plantas que echaban a su paso y ponían ante sus pies bandas largas y angostas para que pasara sobre ellas, y clamaban: "¡El Profeta, el Profeta!" Había unos hombres principales que mantenían el orden y lo saludaron a su llegada. Muchos endemoniados que había en la ciudad le seguían por detrás gritando y anunciando al que venía. Jesús los mandó callar. Al llegar al albergue no tuvo reposo; llegaron los endemoniados clamando, hasta que de nuevo les mandó callar y se apartasen de allí.

En Ulama había tres puntos de reunión: una escuela de letrados, una de niños y una sinagoga. Jesús fué a diversas casas consolando y sanando; luego habló en la escuela, tratando de la sencillez y del respeto a los padres. De ambas cosas faltaban especialmente en este lugar, y en su predicación les reprochó su orgullo y su vanagloria puesto que, habiendo venido el Profeta en medio de ellos, ellos malgastaban el tiempo en vanos clamores en lugar de aprovecharlo para el arrepentimiento, la penitencia y la conversión. Después del Sábado los principales de la ciudad le dieron una comida en una sala de festejos. Los apóstoles, que habían ido a sus casas, habían saludado a los suyos y habían conversado y visitado a María. Las mujeres se iban también manteniendo más unidas a Jesús por medio de María. El Bautista aún permanecía en su puesto, aunque sus discípulos disminuían día a día. Herodes iba con frecuencia a verlo y le enviaba mensajeros.

Al día siguiente del Sábado fué Jesús por la mañana, a las nueve, con sus discípulos a un cuarto de hora fuera de la ciudad, donde junto a una montaña había un lugar como un parque de recreo o de baños. Este lugar es casi tan grande como el cementerio de Dülmen, y alrededor tiene galerías, edificaciones, un hermoso pozo y un sitio para enseñar. Jesús había citado allí a los muchos enfermos que había en la ciudad, pues no quiso sanar en la ciudad por el gran tumulto originado. Los apóstoles ayudaban, guardando el orden. Los enfermos habían sido traídos en camillas y estaban en las galerías esperando su paso. Habían acudido tantas personas que no todas pudieron acercarse. Los sacerdotes y los principales mantenían el orden. Jesús sanó a muchos enfermos mientras iba de uno a otro. Cuando digo sanó a muchos, entiendo como a treinta; cuando digo a algunos, entiendo unos diez. Habló Jesús de la muerte de Moisés, cuya recordación se celebraba con un día de ayuno. Los ali-

mentos se conservaban calientes bajo las cenizas. Comían unos panes diferentes de los comunes. Jesús habló de la tierra prometida y de su fertilidad, diciendo que esta fertilidad no debe entenderse sólo de los frutos materiales, sino de la abundancia de los bienes espirituales, pues su país fué fértil en profetas y enviados de Dios, y el fruto es en estos casos la salud prometida y la penitencia en aquéllos que la quieren recibir de corazón. Después de esto, lo he visto ir a otro edificio donde habían llevado a los endemoniados. Se enfurecían y gritaban cuando llegó. La mayor parte eran gente joven y aún niños. Los hizo poner en línea y les mandó callar y estar quietos, y con una palabra los libró a todos de una vez. Algunos se desmayaron, al salir los demonios. Los padres y parientes estaban allí. Jesús enseñó y amonestó a los presentes. Después que enseñó en la sinagoga, abandonó esta ciudad, sin ser notado. Los discípulos habían salido antes. Creo que Jesús mismo lo había ordenado así. Dejando a muchas ciudades se dirigió hacia Cafarnaúm.

XX
Jesús en Cafarnaúm

Jesús caminó durante toda la noche con sus discípulos y llegó al amanecer adonde estaba su santa Madre. Allí, en casa de María, estaban la mujer de Pedro y una hermana de ésta, la mujer de las bodas de Caná y otras. La casa que María ocupa aquí es como las demás del lugar y bastante amplia, porque nunca está sola: varias viudas viven y paran allí. Las mujeres de Betsaida y Cafarnaúm vienen a menudo y también uno que otro de los discípulos. He visto que estaban observando un día de ayuno, que hacían luto y que las mujeres estaban veladas. Jesús habló en Cafarnaúm en la escuela, donde habíanse reunido los discípulos y las santas mujeres. Cafarnaúm está situada en línea recta, sobre la montaña, en dirección del valle, tirando al Mediodía. Como a media hora de camino de Cafarnaúm, sobre el camino a Betsaida, se ven algunas casas, una de las cuales es la que habita María. De Cafarnaúm corre un hermoso riachuelo hacia el Jordán, que se divide en Betsaida en varios brazos fertilizando toda esa región. María no tiene allí huerta ni campo ni animales para cuidar. Vive de la generosidad, como viuda, de los amigos, y se ocupa de hilar, coser y tejer con unos palillos; lo demás del tiempo lo emplea en la oración y en con-

solar y enseñar a otras mujeres que acuden a Ella el día de su llegada. María lloraba por el gran tumulto que se formaba en torno de Jesús, que entrañaba un peligro, por sus enseñanzas y sus prodigios. A Ella llegaban todas las murmuraciones de las gentes, todos los torcidos pareceres que se formaban sobre Jesús. No atreviéndose a decirlo al mismo Jesús, se lo decían a la Madre. Jesús dijo a su santa Madre que había llegado el tiempo en que dejaría Galilea para ir a Judea, donde, después de las fiestas pascuales, levantaría aún mayor conmoción por su causa.

Por la tarde comenzó en Cafarnaúm una fiesta de acción de gracias por la benéfica lluvia. Las sinagogas y los edificios públicos se adornaban con ramas verdes y plantas, formando pirámides y diversos adornos, y desde los techos de las sinagogas y de otras casas principales con galerías superiores, se tocaban instrumentos de viento extraños. Los que tocaban estos instrumentos eran los encargados de la sinagoga, como son los sacristanes entre nosotros. Este instrumento es parecido a un tubo flexible o un pellejo de unos cuatro pies de largo, al cual están adheridos varios pitos de color oscuro y agujeros como en las flautas, los cuales, cuando el instrumento no estaba hinchado, quedaban pegados y adheridos; cuando, en cambio, se hinchaba, soplando dentro un hombre, otros dos lo sostenían en alto, y éstos tenían el encargo de llenarlo de aire, soplando también o dando fuelle. Con el cerrar o abrir de los diversos agujeros el instrumento daba unos sonidos muy agudos de diversos tonos. Los dos hombres de al lado se turnaban en soplar.

Jesús habló en la sinagoga de un modo impresionante sobre la sequía y la lluvia. Narró cómo Elías suplicó en el Carmelo la lluvia, y cómo por seis veces envió a su siervo a ver si venía lluvia, y como la séptima vez anunció que una pequeña nube se levantaba del mar y se volvía cada vez más grande, y que luego hecha lluvia refrescó todo el país; añadiendo que Elías recorrió luego el país. Jesús explicó que estas siete preguntas de Elías significaban el tiempo hasta el cumplimiento de la promesa; agregó que señalaba el tiempo presente, y la lluvia era el Mesías, cuya enseñanza debía refrescar y hacer reverdecer todas las cosas secas. "Quien tenga sed, puede saciarse ahora y beba, y quien tenga su campo preparado, recibirá la lluvia benéfica". Dijo todo esto de modo tan conmovedor y tierno que los oyentes lloraban de emoción, y lloraban María y las santas mujeres que lo escuchaban.

La gente de Cafarnaúm se muestra más bien atenta con Jesús. Hay tres sacerdotes en esta sinagoga, y Jesús toma su comida con frecuencia con sus discípulos en una casa donde viven los sacerdotes de la sinagoga. Parece que hay como un derecho adquirido aquí de que los maestros que enseñan tienen libre albergue. Ayer de tarde y esta mañana volvieron los músicos a soplar sus raros instrumentos, y aún hoy tocaban los jóvenes y niños que encontraban su contento en ello. Jesús había despedido a sus discípulos, parientes y a los de Betsaida, porque quería dejar esta mañana la comarca de Galilea y partir para Judea. Parten con Él sólo unos once discípulos, que eran de Nazaret, de Jerusalén y otros que venían del lado de Juan.

XXI

Jesús ayuda a unos náufragos

Después de la fiesta de acción de gracias partió Jesús de Cafarnaúm en dirección Sudeste, como quien va entre Caná y Séforis. María y otras ocho mujeres le acompañaron un trecho; entre ellas estaban María de Cleofás, las tres viudas, la mujer de las bodas de Caná y una hermana de Pedro. Le acompañaron hasta una pequeña población, donde tomaron alimento juntos y despidieron a Jesús. En estas cercanías estuvo el pozo donde José había sido bajado por sus hermanos. El lugar se llama Dothaim. Hay otra Dothaim más grande que este poblado, en el valle de Esdrelón, como a cuatro horas al Norte de Samaría. Este Dothaim es un pequeño pueblo donde sus habitantes viven de traficar con los mercaderes que pasan por sus carreteras; está al final de un valle con pradera como para ochenta animales. Del otro lado está el gran edificio donde Jesús en otra ocasión hizo callar a una multitud de endemoniados que gritaban al verlo. Esta vez no entró en este lugar, que está a una hora y media entre el Norte y Oriente de Séforis, y a cuatro o cinco horas del monte Tabor. Los discípulos le habían precedido para buscar albergue. Salieron al encuentro de Jesús y de las santas mujeres unos ocho hombres y sacerdotes que los acompañaron a una casa que nadie habitaba y donde estaba dispuesta la comida. Delante de la entrada habían extendido una alfombra por donde debía pasar Él. Allí le lavaron los pies del polvo del camino. Las mujeres comieron aparte, detrás del hogar.

Jesús y sus discípulos estaban tendidos a la mesa. Se comía sólo alimentos fríos: pequeños panes, miel, hierbas verdes que se sopeteaban y frutas; la bebida era agua mezclada con bálsamo, de la cual dieron a Jesús y a las mujeres pequeños recipientes para llevarse. Los sacerdotes de la ciudad servían de pie con admirable humildad y amor. Jesús habló de José, que en este lugar había sido vendido por sus hermanos. Fué una escena tierna y conmovedora que me hizo llorar. Para mí es esto extraño: todo pasó tan cerca de mí que quisiera tomar parte, hacer esto o aquello y no puedo hacerlo. Después de esta comida, las santas mujeres tomaron el camino de vuelta a sus hogares. Jesús se despidió a solas de su Madre y luego pasó a saludar a las demás mujeres. He visto que Jesús también abrazaba a su Madre cuando se despedía y se encontraba, estando a solas. En otros casos sólo le daba la mano o se inclinaba saludando cariñosamente. María lloraba en esta ocasión. María presenta un aspecto joven: está crecida, aunque de delicados rasgos. Tiene frente alta, nariz prominente, ojos grandes aunque siempre inclinados al suelo, boca rosada muy atrayente, tez algo morena con mejillas rosadas y aterciopeladas.

Jesús permaneció algún tiempo en el albergue enseñando. Los hombres que no quisieron ninguna paga por las comidas le acompañaron hasta el pozo de José, que está como a media hora de camino en el valle. Este pozo ya no es como fué en el tiempo en que José fué encerrado adentro. Entonces era una cisterna seca, con borde verde; ahora lo han hecho un recipiente cuadrado, bastante amplio, casi un pequeño estanque y le han puesto un techo sostenido por columnas. Está lleno de agua y conservan en él variedades de pescados. Veo allí peces curiosos que tienen las cabezas en alto y no en punta como los nuestros: no eran tan grandes como los que veo en el mar de Galilea. No se veía exteriormente por donde fluía el agua al estanque; estaba cercado, y vivían algunas personas alrededor para cuidar su conservación. Jesús fué con sus acompañantes a este lugar y durante todo el camino habló de la historia de José y de sus hermanos. Enseñó también, aquí, junto al pozo. He visto que bendijo el pozo, cuando se alejó de allí.

La gente de Dothaim se volvió, y Jesús con sus discípulos se encaminó, haciendo una hora de camino, a Séforis, donde se albergó con los hijos de una hermana de Santa Ana. Séforis está sobre una montaña, a su vez rodeada por montañas, y es más grande que Cafarnaúm. Hay muchas granjas en torno de

la ciudad, que pertenecen a ella. Jesús fué recibido no tan bien por los jefes de la sinagoga. Había en la ciudad gente mala que murmuraba de Jesús, diciendo que andaba vagando por el país en lugar de quedarse con su Madre y cuidarla. No sanó aquí a los enfermos y se mantuvo reservado; enseñó el Sábado en la sinagoga y se hospedó junto a la misma. Visitó en cambio a muchos, en particular, especialmente a ciertos esenios, para consolarlos y exhortarlos, ya que las malas lenguas de los perversos los burlaban y molestaban por el amor que manifestaban a Jesús. En estas casas dijo también a varios hombres y a algunos primos de ellos que por ahora no le siguiesen, sino que permaneciesen amigos de Él en secreto, haciendo el bien que podían, mientras estuviera Él en vida y cumpliera su misión. Sus parientes hacen aquí todo el bien que pueden y ayudan a María, mandándole lo necesario. He visto a Jesús tratando con tanto amor y familiaridad con diversas familias de este lugar, que me quedé conmovida, y no lo puedo expresar: sólo lo recuerdo con lágrimas en los ojos.

Una cosa he visto esta noche que me impresionó de manera especial. Se levantó un viento muy impetuoso en Tierra Santa, y he visto a Jesús rezando junto con otras personas. Oraba con los brazos extendidos por la liberación de las desgracias. En el mismo momento tuve una visión de lo que pasaba en el mar de Galilea: se había levantado allí una gran tormenta y las barcas de Pedro, de Andrés y del Zebedeo estaban en gravísimo peligro de naufragar y romperse. A ellos los veía dormir tranquilos, en Betania, y sobre las barcas estaban sus criados. De pronto veía yo la figura de Jesús, mientras oraba, aquí, y al mismo tiempo sobre las barcas y en el mar; ya sobre una ya sobre otra, ayudando, alejando el peligro o sugiriendo medios de evitarlo. No estaba Él en persona, porque no lo vi ir allá: estaba algo más elevado que las otras personas; parecía que flotaba sobre ellos. La gente de las barcas no lo veían; era como si su espíritu obrase allí mientras su cuerpo estaba lejos. Nadie supo cómo Él ayudaba. Creo que los ayudó porque esos criados creían en Él y le habían invocado en el peligro.

XXII

Jesús en Nazaret. Los tres jóvenes. La fiesta de Purim

Desde Séforis fué caminando Jesús por senderos extraviados hasta algunas chacras, donde consoló y exhortó, en dirección a Nazaret, que está a dos horas. Tenía entre sus discípulos a dos o tres jóvenes hijos de unas viudas de esenios. Al llegar a Nazaret se albergó entre gente amiga y visitó a algunos en particular, sin llamar la atención. Los fariseos vinieron a verlo, exteriormente respetuosos, pero llenos de prevenciones contra Él. Le preguntaron qué pensaba hacer; por qué no se quedaba con su Madre. Jesús les contestó serio y decidido.

Aquí todo es preparativo para un día de ayuno por Ester y para la fiesta del Purim, que sigue de inmediato. Jesús enseñó en la sinagoga muy severamente. De noche lo he visto nuevamente orando, con los brazos extendidos. Lo vi aparecer en el mar de Galilea durante una tempestad. El peligro fué esta vez mayor y vi muchas barcas a punto de hundirse. Vi que Jesús ponía las manos en el timón, sin que el timonero se diera cuenta.

Después vi que los tres jóvenes ricos que habían estado antes con Jesús volvieron a rogarle los quisiera tomar como discípulos; casi se hincan delante de Él. Jesús no los admitió. Les dijo varias cosas que debían observar si querían ser sus discípulos. Jesús veía que estos jóvenes tenían sólo miras humanas y no entendían otros motivos. Querían seguirle como se seguiría a un filósofo, a un famoso rabino, para con la ciencia aprendida de tal sabio dar honra a la ciudad natal de Nazaret. Les dolía porque veían que jóvenes de humilde condición y pobres de la ciudad le seguían y los recibía; y ellos eran rechazados. Después vi a Jesús hasta altas horas de la noche con el anciano esenio Eliud de Nazaret. Este anciano parece estar en las últimas, y está siempre sobre su lecho. Jesús está como tendido junto a él, y, apoyado en su brazo, le habla. El hombre está todo absorto en Dios.

Con el principio de la fiesta de Purim se oyen sonidos de un instrumento que tocan sobre la sinagoga. El instrumento está apoyado sobre un trípode: es hueco, con varios pitos, que entran y salen, y emite una melodía de varios tonos. Había niños que tocaban en arpas y pífanos. En honor de la heroína Ester hoy gozan de grandes libertades y derechos las mujeres y las jóvenes en la sinagoga: no estaban, como de costumbre,

apartadas de los hombres, y hasta podían acercarse al recinto de los sacerdotes. Vinieron a la sinagoga procesiones de niños con varios vestidos: unos de blanco, otros de colorado. Entró también una joven que traía un aderezo extraño en la garganta: tenía una banda roja de sangre, figurando la garganta cortada, y de esa banda pendían cintas coloradas con botones sobre el vestido blanco, como si cayese sangre desde el cuello sobre la vestidura. Era una especie de comparsa, pues marchaba con un espléndido manto cuyos extremos sostenían otras jóvenes; le seguía una multitud de jóvenes, niños y niñas. Llevaba una gorra alta y puntiaguda y un velo muy largo; en la mano traía algo como un cetro. La joven era hermosa y alta. No pude comprender qué se representaba: me parece que representaba a Ester, y me recordaba por otra parte a Judit; pero no parecía la que mató a Holofernes, pues venía con una criada que traía un cesto con preciosos regalos para el primer sacerdote. Le regalaba placas de preciosa hechura, que traía a veces sobre la frente, a veces sobre el pecho.

En un rincón de la sinagoga veíase, detrás de una cortina, el simulacro de un hombre tendido sobre un lecho del cual esa joven le quitaba la cabeza y la presentaba al sacerdote principal. También daba a los sacerdotes, por una antigua costumbre, una amonestación sobre las principales faltas que se habían notado en el año; después de esto se retiraba. Vi que en otras fiestas semejantes tenían derecho ciertas mujeres de hacer amonestaciones a los sacerdotes.

En la sinagoga estaba abierto el libro de Ester y de ese rollo se iba leyendo por turno. También Jesús leyó. Los judíos, especialmente los niños, tenían maderitas y pequeños martillos consigo. Tirando un hilo pegaba el martillo sobre determinado nombre, mientras decían algo al mismo tiempo. Esto lo hacían cada vez que aparecía en la lectura el nombre de Amán.

Se celebraron también solemnes comidas. Jesús estuvo con los sacerdotes en la gran sala. Durante esta fiesta se veían adornos como en la fiesta de los Tabernáculos: muchas coronas de flores, hermosas rosas tan grandes como cabezas y pirámides de flores, hierbas, hojas, ramas y muchos frutos. Sobre la mesa se ponía un cordero entero y me maravillé del espléndido menaje que usaban en el servicio. Había fuentes de varios colores, transparentes, como piedras preciosas. Las gentes se hacen hoy muchos regalos unas a otras: alhajas, vestidos de fiesta, túnicas, manípulos, velos, correas con borlas y adornos varios. Jesús

recibió un vestido de fiesta, con borlas en la parte inferior; pero Él no lo quiso aceptar y lo regaló a otros. Muchos daban sus regalos a los pobres, los cuales eran en estos días muy recordados. Después de la comida paseó Jesús rodeado de sus discípulos y de los sacerdotes en una especie de parque de recreo cerca de Nazaret. Tenía consigo tres rollos escritos y el libro de Ester y por turno leían algunos trozos. Grupos de jóvenes y doncellas seguían detrás; las doncellas oían la lectura a cierta distancia. He visto a algunos hombres, yendo de casa en casa, cobrando algo como una contribución.

Desde Nazaret se dirigió Jesús con sus discípulos hacia la ciudad de Apheke, a cuatro horas de distancia; pero volvió a Nazaret para la fiesta del Sábado, y luego visitó al moribundo Eliud. Los sacerdotes de Nazaret no podían comprender cómo pudo Jesús adquirir una ciencia tan grande después de su corta ausencia de Nazaret. No podían contradecir su enseñanza con éxito y algunos le tenían verdadera envidia. Cuando abandonó Nazaret le acompañaron un trecho de camino.

XXIII

Jesús en una posesión de Lázaro en Thirza

Jesús se encaminó por el sendero que hizo la Sagrada Familia en su huída a Egipto, y llegó con sus discípulos a un pequeño lugar, no lejos de Legión, donde la Sagrada Familia se había refugiado y donde vivían hombres despreciados que trabajaban como esclavos. Jesús compró aquí panes, lo repartió y lo multiplicó al distribuirlo a muchos. No se produjo por esto mucho concurso, porque Jesús no se detuvo mucho aquí: fué como de pasada. Prosiguiendo su camino, le salieron al encuentro Lázaro, Juan Marcos y Obed. En compañía de los tres prosiguió hacia una propiedad de Lázaro, en Thirza, a cinco horas de camino. Aunque llegaron por la noche sin ser advertidos, todo estaba preparado para recibirlos. Esta propiedad estaba situada en una montaña en dirección a Samaría, no lejos de los campos de Jacob. Un anciano judío que andaba descalzo y ceñido es el cuidador: estaba desde que María y José habían pasado y se habían albergado en este mismo lugar en su viaje a Belén. En este sitio habían Marta y Magdalena servido al Señor en el último año de la vida de Jesús, cuando enseñaba y le habían rogado que fuese a ver a su hermano

Lázaro que estaba enfermo. Cerca de esta posesión de Lázaro estaba el pueblo de Thirza, en una hermosa situación, a unas siete horas de Samaría. En condiciones de recibir mucho el sol, era esta localidad muy rica en trigo, vino y toda clase de frutas; por esto la mayor parte de sus habitantes trabajan la tierra y venden los frutos. En otro tiempo fué una ciudad grande y hermosa, habitada por reyes; ahora se ve el castillo quemado y la ciudad muy dañada por las guerras. El rey Amri había habitado en la casa que pertenecía a Lázaro hasta que pudo trasladarse a Samaría. Las gentes son muy piadosas; se mantienen silenciosas y reservadas. El lugar está como escondido y empequeñecido. Creo que en nuestros tiempos debe haber rastros de su existencia. Los habitantes no se comunican con los de Samaría. Jesús enseño en la sinagoga, pero no sanó a los enfermos. Para el Sábado comenzó la fiesta de la dedicación del templo por Zorobabel, aunque no tan solemnes como las de los Macabeos. En las casas, en las calles, en los campos de pastoreo y en las sinagogas se ven luces y fuegos tradicionales. Jesús estuvo la mayor parte del día con sus discípulos en la sinagoga de Thirza. Comió en casa de Lázaro, pero muy parcamente: la mayor parte de los alimentos se repartían a los pobres, numerosos en este lugar. Los repartos se acostumbraban ya cuando se hospedaba Jesús aquí. De la grandeza de la ciudad quedan estos vestigios de murallas y torres derruidas. Parece que la casa de Lázaro, que está a un cuarto de hora de camino, formaba parte de la ciudad por los restos de murallas que se ven en lo que hoy son jardines y praderas cultivadas. Lázaro había heredado esta posesión de su padre. Aquí, como en todas partes, Lázaro es tenido en honor, considerado como un hombre no sólo rico, sino piadoso, prudente e iluminado; su conducta es por otra parte muy distinta de los demás: tiene un proceder serio, habla poco y es muy compasivo, bondadoso y en todo muy medido. Cuando terminaron las fiestas Jesús abandonó a Thirza con sus discípulos y Lázaro, y se encaminó hacia Judea. El camino era el mismo de José y María, cuando fueron a Belén, a través de las montañas, a un lado de Samaría y por las mismas comarcas.

Lo veo subir a una alta montaña por la noche. Era una noche tranquila y sobre la región se extendía una ligera neblina. Le acompañan unos diez y ocho discípulos: van de dos en dos por el sendero; unos delante, otros detrás de Jesús. Éste, por momentos, calla; unas veces, ora, y otras, habla. La noche

invita a la oración y a la quietud. Anduvieron toda la noche y hacia la mañana descansaron un tanto, tomando algún alimento; luego continuaron por una montaña fría, evitando las ciudades del camino.

No lejos de Samaría he visto al Señor con unos seis discípulos, cuando de pronto se presentó un hombre joven que, echándose a sus pies, le dijo: "Salva a este hombre, ya que Tú vas a librar a Judea y a restaurarla". Creía este hombre en un reino temporal de Cristo; pedía ser tomado como discípulo, y deseaba un empleo en ese reino. Este joven era huérfano, pero había heredado grandes posesiones de su padre y estaba empleado en Samaría. Jesús se mostró muy familiar con él; le dijo que cuando volviera le diría lo que le convenía hacer: le agradaba su humildad y su buena voluntad; que no había nada que decir sobre su pedido. Supe que el joven estaba muy aficionado a sus riquezas y que Jesús quería decirle lo que deseaba cuando hubiese elegido a sus discípulos para darles a ellos una enseñanza. Este joven vuelve, en efecto, de nuevo, y lo que entonces le dijo Jesús está en el Evangelio.

Por la tarde los veo llegar al albergue de los pastores, entre los dos desiertos, como a cinco o seis horas de Betania, donde en otro tiempo María y las santas mujeres pernoctaron cuando fueron a Betania, donde estaba Jesús antes de su bautismo. Los pastores de los alrededores se juntaron y trajeron regalos y alimentos. El albergue estaba convertido en sitio de oración. Ardía una lámpara y pernoctaron aquí. Jesús enseñó y celebró el Sábado.

En este camino difícil y solitario Jesús pasó por donde María, en su viaje a Belén, tuvo tanto frío y donde luego halló alivio. Jesús pasó todo el Sábado con sus discípulos entre pastores, que se consideraron muy felices y quedaron conmovidos. El mismo Jesús me pareció más alegre y jovial entre estos sencillos pastores. Después del Sábado se encaminó hacia Betania, a cuatro horas de camino.

XXIV

La primera Pascua en Jerusalén

Jesús se albergaba en casa de Lázaro en la misma pieza que ocupó otras veces. Está arreglada como una sinagoga y es el oratorio de la familia. En el medio hay un atril, sobre el cual

están colocados los rollos de las Escrituras. La pieza de Jesús está separada del oratorio por un tabique. A la mañana siguiente salió Marta para Jerusalén para ir a casa de María Marcos y de las otras mujeres a decirles que Jesús y Lázaro, su hermano, irían a la casa de María Marcos. En efecto, Jesús y Lázaro llegaron allí hacia el mediodía. En la comida estaban Verónica, Juana Chusa, Susana, los discípulos de Jesús y de Juan, de Jerusalén, Juan Marcos, los hijos de Simeón, el hijo de Verónica, los primos de José de Arimatea, como unos nueve hombres. No estaban ni Nicodemus ni José de Arimatea. Jesús habló de la proximidad del reino de Dios, de su misión, de su seguimiento y aún oscuramente de su pasión. La casa de Juan Marcos está delante de la ciudad, en la parte oriental, frente del Huerto de los Olivos: Jesús no necesitó atravesar la ciudad para ir hasta allá.

Por la tarde volvió con Lázaro a Betania. En Jerusalén ya se está hablando de Jesús, del nuevo Profeta que está ahora en Betania. Algunos se alegran de su cercanía; otros se escandalizan del Profeta de Nazaret. En los jardines y en el camino del Huerto de los Olivos se ve gente. Algunos fariseos están allí esperando verlo de pasada: habían oído decir que quizás entraría en la ciudad. Con todo, nadie le detuvo ni le interrogó. Veo que algunos se ocultan tras los setos para seguir observando, y dicen: "Ahí va el Profeta de Nazaret, el hijo del carpintero". Había mucha gente trabajando en los jardines y parques con la proximidad de las fiestas, limpiando, arreglando, podando y cortando los setos y las plantas. También se ven obreros y pobres trabajadores que van a Jerusalén a buscar ocupación en la ciudad y en los jardines: van con sus instrumentos de labor, montados en asnillos. Uno de ellos era aquel Simón, que más tarde cargó con la cruz de Cristo.

Días después veo a Jesús de nuevo en Jerusalén y en la casa de Obed, el hijo de Simeón, no lejos del templo; luego en otra casa donde solía habitar la antigua familia de Simeón, frente al templo. Allí tomó una refección preparada y enviada por Marta y las otras mujeres. Los discípulos de Jerusalén, como unos nueve, estaban allí con Jesús. Éste habló con mucha ternura de la proximidad del reino de Dios. Todavía no fué al templo. Va sin temor alguno de un lado a otro. Viste una larga vestimenta blanca, que solían llevar los profetas. A menudo aparece a la vista de los demás, sin llamar la atención, y desapa-

rece. Con todo, a veces su aparición es extraordinaria: su rostro es resplandeciente y su aspecto nada común.

Cuando por la tarde volvió a Betania, acudieron algunos discípulos de Juan, entre ellos Saturnino. Saludaron a Jesús y le hablaron de Juan: cómo ahora ya no iban a él tantos para ser bautizados; que en cambio Herodes trataba mucho al Bautista. Nicodemus vino esta tarde a Betania a casa de Lázaro y escuchó la enseñanza de Jesús. A la mañana siguiente fué Jesús a casa de Simón, el fariseo, que tenía una sala de fiesta en Betania. Había allí una comida: estaban reunidos Nicodemus, Lázaro, los discípulos de Juan, los discípulos de Jerusalén. Aparte estaban Marta y las mujeres de Jerusalén. Nicodemus casi no habla en presencia de Jesús, y sólo escucha atentamente su enseñanza. José de Arimatea pregunta algunas veces. Simón, el fariseo, no es mal hombre, pero aún está dudoso: está de parte de Jesús por la amistad que tiene con Lázaro y Nicodemus; pero le gusta andar bien con los demás fariseos. Jesús habló mucho en esta ocasión de los profetas y del cumplimiento de las profecías. Habló de la maravilla de la concepción de Juan, cómo lo libró Dios de la matanza de los inocentes y cómo fué su misión de preparar el camino. Habló también del poco caso que hace la gente del cumplimiento del tiempo de las profecías y dijo, entre otras cosas: "Son apenas treinta años, y ¿quién recuerda ahora, fuera de algunas piadosas y sencillas personas, que tres Reyes vinieron con su séquito desde el Oriente, siguiendo una estrella y buscaron a un Niño recién nacido, Rey de los Judíos, y lo encontraron como niño de pobres padres?... Tres días estuvieron allí. Si hubiesen venido para buscar a un príncipe nadie hubiese olvidado tan pronto su venida". No dijo, sin embargo, que ese Niño era Él mismo.

Después, acompañado por Lázaro y Saturnino, fué visitando las casas de los pobres enfermos y humildes obreros, sanando a unos seis. Estos enfermos eran estropeados, gotosos y melancólicos. Les mandó salir de sus casas a tomar el sol. No se nota en Betania ningún concurso de gente por causa de Jesús. Aún en estas curaciones se procedió sin llamar la atención. Lázaro, a quien todos respetan, es parte de que no se produzcan los tumultos y concurrencia desordenada de otros lugares. Por la tarde, que empezaba el primer día de Nisan, hubo una festividad en la sinagoga; me pareció la fiesta del novilunio, porque vi una iluminación en la escuela en forma de una luna, que en el

transcurso de la oración se iba iluminando cada vez más, porque un hombre iba encendiendo detrás más luces.

Algunos días después vi a Jesús con Lázaro, Saturnino, Obed y otros discípulos en el templo, tomando parte en los cultos que allí se hacían; se ofrecía allí un carnero. La presencia de Jesús en el templo trae una conmoción entre los judíos. Lo extraño es que cada uno siente esta conmoción y no la manifiesta a los demás, que también se sienten movidos de secreta admiración. Es esto providencial, para dar a Jesús el tiempo de cumplir toda su misión: si se hubiesen comunicado unos a otros su parecer, habrían puesto obstáculos a su desarrollo. Ahora combaten en algunos corazones el odio y la ira con la íntima admiración y emoción. En otros se despierta un deseo de conocer mejor a Jesús y se informan y preguntan para conocerlo mejor. Hubo también en esta ocasión un día de ayuno por la muerte de los hijos de Aarón.

En la casa de Lázaro están reunidos los discípulos de Jesús y otras personas piadosas. Jesús enseñó en una sala espaciosa donde se había colocado una silla para Él. De la misma forma como cuando hace poco habló de la venida de los tres Reyes Magos, así ahora habló de cosas pasadas. Dijo: "¿No hace diez y ocho años apenas desde que un pequeño Bachir (escolar) disputaba con los doctores de la ley, cuando ellos tanto se enojaron contra Él?". Dijo también lo que ese Niño les había enseñado.

Jesús estuvo de nuevo con Obed, que tiene un empleo en el templo y con otros discípulos en el sagrado recinto para la fiesta del Sábado. Estaban de a dos entre los otros hombres de Jerusalén. Jesús tenía una vestidura blanca con faja y un manto también blanco, al modo de los esenios. Había en Él siempre algo que imponía y admiraba: sus vestidos eran siempre limpios y llamaban la atención, porque Él los llevaba. Cantó algo de los rollos, y oró con los demás alternativamente. Algunos precedían al rezo y lo guiaban. Se notaba que los presentes miraban maravillados y conmovidos, sin decirle a Él nada, y hablaban entre sí en secreto. He visto en muchos admirables conmociones y cambios. Tuvieron lugar tres predicaciones sobre los hijos de Israel, sobre la salida de Egipto y sobre el cordero pascual. Encima de un altar había incienso. Los sacerdotes no podían verse: sólo se veía el fuego y el humo del incienso. El fuego se veía a través de una rejilla sobre la cual estaba el adorno de un cordero pascual con rayos: a través de este adorno

brillaba el fuego adentro. Este altar estaba cerca del *Sancta Sanctorum*, cuyas puntas parecían penetrar hasta él.

He visto a los fariseos, rezando, envueltos los brazos en una banda larga y angosta, como un velo. A eso de las dos de la tarde fué Jesús con sus acompañantes al templo, a una pieza en la antesala de Israel, donde se había preparado una comida de frutas trenzadas como coletas. Habían designado al maestresala que debía proveer al orden. En los lugares adyacentes se podía comprar todo lo necesario para esta comida. Los extranjeros tenıan este derecho de vender. El templo era como una ciudad en pequeño; todo se podía conseguir allí. Durante la comida Jesús enseñó. Cuando se alejaron los hombres comieron en el mismo lugar las mujeres. Hoy descubrí algo nuevo: Lázaro tenía un oficio en el templo, así como entre nosotros puede el alcalde tener ingerencia en la iglesia. He visto que pasaba con una caja en la mano colectando limosnas o el pago de algún impuesto. Jesús y los suyos permanecieron toda la tarde en el templo. No lo he visto en Betania sino a eso de las nueve de la noche. Con ocasión de este Sábado ardían innumerables lámpara en el templo.

XXV

María y los futuros apóstoles van a Jerusalén

María y las santas mujeres partieron de Cafarnaúm hacia Jerusalén. Van caminando por las cercanías de Nazaret y del Tabor, porque allí se juntarán otras mujeres, y a través de Samaría. Los discípulos de Galilea las habían precedido y algunos criados iban detrás de ellas llevando bultos y paquetes. Entre los hombres veo a Pedro, Andrés y su hermano uterino Jonatán, los hijos de Zebedeo(*), los hijos de María de Cleofás(**), Natanael Chased y Natanael, el de las bodas de Caná.

Al cuarto de Nisán estuvo Jesús toda la mañana con unos veinte discípulos en el templo. Después enseñó en casa de María Marcos(***) y tomó algún alimento. Luego lo vi en Betania, en

(*) Los hijos del Zebedeo son Santiago el Mayor y Juan Evangelista. Son hijos de María Salomé y del Zebedeo. María Salomé es hija de Sobé, hermana de Santa Ana.

(**) María Cleofás, llamada así por el nombre de su padre, es hija de María Helí, hija mayor de Santa Ana. María Cleofás es madre de Judas Tadeo, de Simón y de Santiago el Menor. Su marido Alfeo, que era viudo, le dió a Leví (Mateo). De su segundo matrimonio con Sabas, es madre de José Bársabas, y de su tercer matrimonio con Jonás, es madre de Simeón, que fué obispo de Jerusalén.

(***) María Marcos, madre de Juan Marcos, discípulo del Señor.

casa de Simón el fariseo, con su amigo Lázaro. En todas partes están ocupados en elegir los corderos para la Pascua. Jesús estuvo de nuevo en el templo por la tarde, y enseñó después en la casa de José de Arimatea(*). Esta vivienda está cerca de la de Juan Marcos, cerca de un taller de tallado de piedras. El lugar está algo apartado del pasaje común y los fariseos no frecuentan mucho este sitio; además ninguno de los enemigos se atreve a acercarse a Jesús: los que le odian lo hacen en secreto y no dan señal de ello en público. Jesús, por su parte, obra libremente en Jerusalén y en el templo. Se adelantó con Obed(**) entre el altar de los sacrificios y el templo donde hubo una prédica sobre la fiesta pascual y los usos de los sacerdotes. Sus discípulos quedaron atrás, en la antesala de Israel.Los fariseos se enojaron grandemente de verlo allí. Andando por los caminos habla con las gentes que van y vienen. Acude cada vez más gente a Jerusalén para las fiestas, especialmente trabajadores, obreros, peones, siervos y comerciantes con provisiones. Alrededor de la ciudad y en los sitios libres se levantan tiendas y chozas para albergar la gente que va llegando; también se traen a la ciudad muchos corderos y otros animales, y la gente elige sus corderos para la Pascua. Llegan también infieles y paganos.

En Betania Jesús enseña y sana a los enfermos públicamente. Le han traído algunos enfermos de otros lados y llegaron algunos parientes de Zacarías desde Hebrón para invitarlo a ir allá con ellos. Jesús estuvo de nuevo en el templo; y por la tarde, cuando la mayoría de los sacerdotes había abandonado el templo, enseñó en el lugar donde había estado con los discípulos, hablándoles a ellos y a otros piadosos israelitas de la proximidad del reino de Dios, de la Pascua, del cumplimiento de las profecías y de las figuras del cordero pascual. Habló con mucha severidad, y algunos sacerdotes que aún estaban allí ocupados se sintieron conmovidos por sus palabras aunque guardaban rencor interior contra Él.

Después volvió Jesús a Betania y de allí, con los hombres que habían venido a buscarlo, se encaminó la misma noche hacia Hebrón con algunos de sus discípulos. Hebrón está como a cuatro horas de camino. En el templo se trabaja en los preparativos de la Pascua. En el interior se modifican varias cosas para esta ocasión. Pasajes y galerías se abren y limpian, y los

(*) José de Arimatea y su amigo Nicodemus tenían en Jerusalén un taller de tallado de piedras. Ambos son del consejo del templo.

(**) Obed es hijo de Simeón, el anciano del templo de Jerusalén.

tabiques son quitados para dejar espacio. Ahora se puede ir hacia el altar por varias partes y todo el aspecto interior ha cambiado completamente. Mientras tanto, Jesús camina hacia Hebrón con algunos de sus discípulos y con la gente que lo vino a buscar, parientes de Zacarías. Va por el camino entre Jerusalén y Belén. Habrá que andar unas cinco horas. A través de Juta llegó a Hebrón, donde enseñó libremente y sanó a muchos enfermos. Volvió a Betania para la fiesta del Sábado. El camino va por alturas de la montaña. Comienza a hacer calor. Algunos discípulos de Juan, que habían venido con Jesús, vuelven ahora a ver a Juan. Para el Sábado estuvo en el templo y se fué hasta el vestíbulo con Obed, donde había una silla para enseñar; más tarde enseñó allí. Estaban sentados sacerdotes y levitas en círculo alrededor de la silla de enseñanza, desde la cual uno desarrollaba un tema sobre la fiesta pascual. La aparición de Jesús motivó una gran agitación entre los presentes, especialmente cuando hizo una pregunta que nadie pudo contestar, o hizo alguna aclaración sobre la predicación. Entre otras cosas dijo que había llegado el tiempo en que el tipo y figura del cordero pascual tendría su realización; que esta ceremonia y el templo mismo tendrían su fin. Habló en modo figurado, pero con tanta exactitud y claridad, que yo pensé, sin quererlo, en aquel pasaje del *Pange lingua,* que dice: *Et antiquum documentum novo cedat ritui.* Cuando los fariseos le preguntaron quien le había dicho esas cosas Él contestó que su Padre se las había dicho, sin decir más de su Padre. Jesús hablaba en general, y los fariseos, aunque grandemente airados contra Él, no se atrevieron a molestarle; estaban llenos de ira y de admiración al mismo tiempo, cosa que no sabían explicarse. No estaba permitido entrar en esta parte del templo, pero a Él, como Profeta, se le permitió. En el último año de su vida Jesús enseñó en este lugar.

Después del Sábado se volvió de nuevo a Betania. Hasta ahora no lo he visto hablar de nuevo con María la Silenciosa. Creo que su fin está cerca. Me parece que en ella se ha operado algún cambio. Está tendida en el suelo, sobre unas mantas oscuras, sostenida en brazos por las criadas: sufre una especie de desmayo. Me parece como si estuviera ahora más en contacto con la tierra, pues debe sufrir aquí y debe permanecer algún tiempo más sobre ella. Hasta ahora estuvo como ausente de la tierra; no sabiendo lo que en ella pasaba. Debe saber que ese Jesús, que está en su casa de Betania, es Aquél que deberá sufrir tanto, y ella debe quedarse algún tiempo más en esta tierra

para sufrir con Él por compasión. Luego habría de morir muy pronto. La noche del Sábado Jesús visitó a la Silenciosa y le habló largo rato. Por momentos estaba tendida en su lecho, y por momentos se paseaba. Se encuentra ahora en sus cabales: se da cuenta de lo que es la tierra, lo que es la vida del otro mundo y que Jesús es el Cordero de Dios, el Salvador, que por esa causa tendrá que padecer mucho. Está triste a causa de este pensamiento y el mundo pesa sobre ella en forma abrumadora. De un modo especial le contrista la ingratitud de los hombres, que conoce de antemano. Jesús habló largamente con ella de la proximidad del reino de Dios y de sus padecimientos; después la bendijo y la dejó. Está ahora muy hermosa y esbelta, pálida, como transparente; tiene las manos como de marfil y dedos finos.

A la mañana Jesús sanó en Betania a muchos que le habían traído de lugares aún lejanos y también a extranjeros que habían acudido a las fiestas, estropeados y ciegos. Todo lo hizo abiertamente y en público. Vinieron también algunos hombres del templo, a pedirle cuenta de su proceder, preguntándole quien le había autorizado ayer para mezclarse y hablar durante la explicación. Jesús les contestó con serenidad y habló de nuevo de su Padre. Los fariseos no se atrevían a enfrentarse directamente con Él: sentían como un temor en su presencia y no sabían explicarse lo que les pasaba. Jesús no se dejó atemorizar y enseñó nuevamente en el templo. Todos los discípulos de Galilea, que habían estado en las bodas de Caná, se habían reunido aquí. María y las santas mujeres habitan en la casa de María Marcos. Lázaro compró muchos corderos elegidos, y después de haberlos preparado los repartió entre los trabajadores y peones.

XXVI

Jesús echa a los mercaderes del templo

Cuando Jesús acompañado de sus discípulos llegó al templo, hizo salir del círculo de la oración, con toda amabilidad, a muchos vendedores de comestibles, de hierbas, de aves y corderos, y les indicó el lugar en la antesala llamada de los gentiles. Los amonestó amigablemente diciéndoles que era muy inconveniente el balido de los corderos y la presencia de animales en ese lugar. Ayudó con sus discípulos a transportar las mesas y cajones y les hizo lugar en el nuevo sitio. El mismo día sanó a muchos enfermos de los extranjeros venidos a Jeru-

salén, especialmente a pobres trabajadores estropeados que solían vivir en las cercanías del Cenáculo en el monte Sión.

Hay en Jerusalén una afluencia extraordinaria de gente. Alrededor de la ciudad se ven grandes extensiones de chozas y tiendas, y en las plazas y lugares abiertos hileras de edificios y tiendas largas, como calles, donde se puede obtener lo que se necesita en grande abundancia para levantar tiendas y amueblarlas y para la venta de los corderos de Pascua. En estos negocios algunas cosas se compran y otras se alquilan. Grandes masas de obreros y de pobres de todo el país están allí ocupados en traer y llevar objetos. Estos obreros hace ya tiempo que han limpiado los lugares y alejado todo lo que puede obstruir los sitios donde se instalan las tiendas y los puestos; otros obreros han cortado y arreglado los cercos, limpiado los caminos, preparado lugares sacando escombros e instalando casitas y tiendas. Desde semanas atrás se han mejorado los caminos carreteros. Todos estos trabajos se refieren a los preparativos de la Pascua, cuando se sacrifican los corderos, como los preparativos del Bautista se dirigían a preparar los caminos al Cordero de Dios que ha de ser sacrificado por los pecados del mundo.

Al volver más tarde Jesús al templo tuvo que echar nuevamente a los mercaderes que habían invadido los lugares prohibidos, porque estando ahora por la gran afluencia de gente todos los pasajes y puertas abiertos, muchos de ellos se habían internado hasta el lugar de oración. Jesús los echó de allí, empujando sus mesas, procediendo con más energía y decisión que la primera vez. Los discípulos le ayudaban en la obra; pero había allí gente soez y atrevida que, con ademán airado y estirando el cuello contra Jesús, le resistían, de modo que Jesús mismo tuvo que empujar con una mano las mesas que allí se veían. No pudieron hacerle nada, a pesar del enojo que tenían contra Él. El lugar de oración se encontró pronto desocupado. Los mercaderes fueron alejados hacia la parte exterior del templo. Les dijo claramente que por dos veces los había apartado de allí a las buenas; que si volvían por tercera vez iba a proceder con violencia. Por este motivo algunos de los más osados gritaron contra Él: qué se pensaba ese Galileo, ese discípulo de Nazaret... añadiendo que no le temían. A pesar de esto, salieron del lugar. Había mucho público alrededor y los judíos piadosos le daban razón y lo alababan, aunque a cierta distancia. Alguien clamó también: "El profeta de Nazaret". Los fariseos se mostraban escandalizados y avergonzados. En los días anteriores

habían dicho en secreto al pueblo que durante las fiestas se abstuvieran de juntarse con ese hombre extraño; que no le siguiesen y no hablasen tanto de Él y de sus cosas. Pero el pueblo mostraba cada vez mayor interés por Él, máxime ahora habían llegado muchas personas curadas por Él y que escucharon en otros sitios sus enseñanzas. Al salir Jesús del templo, estando en una antesala, clamó a Él un estropeado pidiéndole la salud, y habiéndolo sanado, empezó éste, contento, a gritar en el templo, contando su curación; de modo que se levantó allí un gran tumulto y admiración.

El Bautista no viene a las fiestas de Pascua; no se atiene a las exigencias exteriores de la ley, como los demás hombres. Es una voz que debe clamar; una voz revestida de carne humana con un destino superior. Hay ahora de nuevo grande afluencia en su bautismo, pues van llegando muchos forasteros para las fiestas de Jerusalén. Por la tarde se hizo silencio en la ciudad; todos se ocupaban en el interior de sus casas en barrer las levaduras para preparar el pan sin levadura; se veían los objetos cubiertos con colgaduras. Lo mismo ocurría en la casa que Lázaro tenía en el monte Sión, donde Jesús y los suyos se disponían a comer el cordero pascual. Jesús también andaba en estos preparativos, enseñando de paso. Las cosas se hacían con orden bajo su dirección. No se procedía aquí con ese temor como entre los demás judíos. Jesús les declaraba lo que había de símbolo en estos preparativos y lo que los fariseos habían añadido por su cuenta.

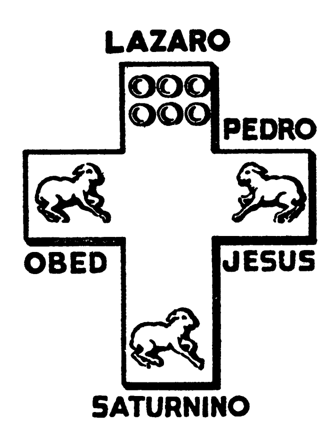
XXVII

I . celebración de la Pascua por Jesús, Lázaro y sus discípulos

Algunos días después hallábase Jesús en Betania. Cuando vi nuevamente muchos mercaderes en los lugares de oración del templo, pensé que si estuviera Jesús allí lo pasarían mal estos atrevidos. Por la tarde se sacrificaron los corderos en el templo. Hacíase esto con un orden y destreza admirables. Cada uno traía su cordero sobre los hombros; todos avanzaban en orden y había sitio para todos. Veíanse tres patios en torno del altar para esperar; entre el altar y el templo había gran multitud. Delante de los sacrificadores había barandillas y aparatos con todas las comodidades; con todo, estaban tan cerca unos de otros, que la sangre de un cordero salpicaba al del lado, y así los vestidos de estos encargados estaban llenos de sangre. Los

sacerdotes estaban en hileras hasta el altar y los recipientes, vacíos o llenos de sangre, pasaban de unas manos a otras. Antes que los judíos desentrañaran a estos corderos, los ataban de tal manera que las entrañas las podían sacar fácilmente con un instrumento, ayudado por otro. La operación de quitar la piel procedía con facilidad: la levantaban un tanto y la sujetaban a un bastón redondo; ponían el cordero delante de su pecho colgado y sujeto al cuello del sacrificador; y luego con las dos manos enrollaban la piel con mucha destreza. Hacia la tarde se había terminado la tarea de sacrificar corderos. Era un atardecer rojizo.

Lázaro, Obed y Saturnino(*) sacrificaron los tres corderos que comieron Jesús y los suyos. La comida tuvo lugar en la casa que Lázaro poseía en el monte Sión. Era un gran edificio con dos alas. En la sala donde comieron estaba instalado el bracero donde asaron los corderos; era, sin embargo, muy diferente del que he visto en el Cenáculo. Este era más levantado, como el hogar que había visto en casa de Ana y de María y en Caná de Galilea. En las gruesas paredes había lugares vanos donde colocaron los corderos: estaban sujetos sobre maderas, como crucificados. La sala estaba bien adornada y comieron en mesas que, con gran maravilla mía, estaban colocadas en forma de cruz. Lázaro estaba sentado donde termina la cruz, rodeado de muchas fuentes y platos para el servicio con hierbas amargas, y los corderos estaban como lo indica el siguiente esquema:



(*) Saturnino, hijo de padres paganos, había venido a Jerusalén a raíz de los Reyes Magos. Sus padres vivían en Patras y era de ascendencia real. Fué discípulo de Juan y muy temprano pasó a serlo de Jesús.

En torno de Jesús había parientes, amigos y discípulos de Galilea; en torno de Obed y de Lázaro estaban los discípulos de Jerusalén, y en torno de Saturnino, los discípulos del Bautista. Eran unos treinta.

Esta primera Pascua fué muy diversa de la última de Jesús, que procedió conforme al ceremonial judío. Todos tenían sus báculos en la mano; estaban ceñidos y comieron apresurados. En la otra Pascua, tuvo Jesús dos palos en forma de cruz. Cantaron aquí salmos y comieron de pie, no dejando nada sobrante. Más tarde se sentaron con más comodidad a la mesa. Con todo, había algunas cosas diferentes de lo que solían hacer los judíos. Jesús les declaraba las cosas y ellos dejaron de lado ciertas prácticas que habían introducido los fariseos por su cuenta. Jesús trinchó los tres corderos y sirvió en la mesa y dijo que Él hacía esto como servidor de odos. Después permanecieron hasta la noche juntos, y cantaron salmos y rezaron.

Hoy estaba todo silencioso y misterioso en Jerusalén. Los judíos que no sacrificaban, estaban quietos en sus casas, que solían adornar con plantas y hierbas de verde oscuro. La muchísima gente que después de sacrificar los corderos se había quedado en sus casas, está hoy ocupada en diversos quehaceres, y toda la ciudad tiene un apecto de tristeza abrumadora. Hoy he visto donde se asan tantos corderos para los forasteros acompañados en torno de la ciudad. Se habían levantado fuera y dentro de la ciudad, en los lugares libres, unas anchas paredes sobre las cuales se podía andar cómodamente y sobre éstas se habían erigido, uno al lado de otro, multitud de hornos. De distancia en distancia había un capataz que vigilaba el orden y daba, por una módica retribución, lo necesario para asar los corderos. En estos braceros y hornos solían cocinar en otras ocasiones los forasteros y extranjeros que iban a la ciudad. El quemar las gorduras de los corderos duró hasta muy entrada la noche; luego fué purificado el altar, y a la mañana siguiente se abrieron de nuevo las puertas del templo.

Jesús y sus discípulos habían pasado casi toda la noche en oraciones en casa de Lázaro. Los discípulos de Galilea durmieron en lugares que se habían levantado junto al edificio. Al rayar el día se dirigieron al templo, ya iluminado con muchas lámparas. En todas partes se veían gentes que subían al templo con sus sacrificios. Jesús y los suyos estaban en una antesala, donde Él enseñaba. De nuevo veíase allí una multitud de mercaderes, instalados hasta pocos pasos del lugar de oración y de

las mujeres. Como vinieran aún más, les mandó Jesús que se retirasen y ordenó salir a los que estaban allí; pero ellos se resistieron y llamaron a los guardianes pidiendo ayuda. Estos avisaron al Sanedrín, porque se sentían impotentes. Jesús ordenó a los mercaderes que se retiraran de allí, y como se resistiesen, sacó de sus vestidos un cinto tejido de juncos delgados; corrió un anillo, de modo que el cinto se abrió en forma de un azote de varias partes y con este instrumento arremetió contra los mercaderes, volteó las mesas y arrolló a los más osados por delante, mientras los discípulos hacían lo mismo a ambos lados, y así desocuparon todo aquel espacio. En esto llegó un grupo de sacerdotes del Sanedrín, y le pidieron cuenta de su proceder: quién le daba derecho de hacer eso. Él les contestó que aunque el Santo de los Santos ya no estaba en el templo y éste caminaba a su ruina, con todo era todavía un lugar sagrado; que la oración de tantos fieles se levantaba del templo; que el templo no era lugar de comercio, de trampas y engaños de monederos y de vil tráfico y usura. Ya que le pedían cuenta en nombre de quien obraba, les dijo que era en nombre de su Padre. Como le preguntaran quién era su Padre, contestó que no era el momento de explicarlo y que tampoco no lo entenderían. Diciendo esto se apartó de ellos, siguiendo en su tarea de echar a los mercaderes. Acudieron también dos grupos de soldados, y los sacerdotes nada osaron hacer contra Jesús, porque estaban avergonzados ellos mismos del desorden. Había muchos del pueblo que daban la razón al Profeta; los mismos soldados ayudaron a apartar las mesas de los vendedores y sacarlas con las mercaderías desparramadas. De este modo Jesús y sus discípulos arrojaron a los mercaderes fuera del templo. Sólo a los que vendían palomas, pequeños panes y refrescos en las tiendas instaladas en la antesala, los dejó, porque no molestaban y vendían cosas más o menos necesarias.

Después de esto salió con sus discípulos al vestíbulo. Serían las siete u ocho de la mañana cuando sucedió todo esto. Por la tarde salió una especie de procesión a lo largo del valle del Cedrón, para cortar los primeros manojos de la cosecha. En uno de estos días Jesús sanó a unos diez estropeados en el vestíbulo del templo y a otros que eran mudos. Esto levantó un murmullo de admiración, porque los sanados clamaban publicando el hecho, llenos de contento. Nuevamente se presentaron los fariseos para pedir cuenta a Jesús de su proceder; pero Jesús les contestó con tono severo, y nada pudieron hacer porque el pueblo

estaba muy entusiasmado con Él. Después de las ceremonias del culto oyó la explicación en una sala del templo con sus discípulos: se explicaba el libro de Moisés. Jesús hizo diversas preguntas, por que era ésta una especie de escuela pública, donde se podía discutir y preguntar; al fin redujo a silencio a todos, y dió una explicación muy distinta de la que daban los fariseos acerca del punto que se leía de Moisés.

Durante estos días Jesús no estuvo casi con su Madre que hallábase todo el tiempo en casa de María Marcos, llena de angustia y lágrimas y en oración, temerosa del alboroto que se levantaba a causa de su proceder en el templo. Después del tumulto mayor que se levantó a raíz de haber sanado a los enfermos, Jesús se retiró a Betania y celebró el Sábado en casa de Lázaro. Después del Sábado, fueron los fariseos a casa de María Marcos a buscar a Jesús para prenderlo. Como no lo encontraron, dijeron a María y a las demás mujeres, que eran secuaces de Jesús, que dejasen la ciudad y que saliesen de ella. María y las otras mujeres se afligieron mucho y se dirigieron a Betania, a casa de Marta. María, llorosa, se fué a la habitación de Marta, en ese momento junto a su hermana María la Silenciosa, que estaba muy enferma, de nuevo fuera de sí, en un mundo superior, donde ya veía lo que había entrevisto durante su vida mortal en espíritu. Así, no pudiendo más con su angustia y su tristeza, esta María la Silenciosa murió en brazos de María, de Marta, de María Cleofás y de las otras santas mujeres.

Nicodemus acudió durante el día por mediación de Lázaro, a pesar de la persecución contra Jesús, que la noche anterior la pasó enseñando. Antes de rayar el alba se dirigió Jesús con Nicodemus a casa de Lázaro, en el monte Sión. Llegó también José de Arimatea junto a Jesús. Él les habló y ellos se humillaron delante de Jesús. Dijeron que sabían quién era Él, que era más que un hombre ordinario e hicieron votos de servirle hasta la muerte. Jesús les mandó que se mantuvieran reservados y ellos le pidieron que los conservara en su amor. Después de esto llegaron los demás discípulos que habían comido la Pascua con Él, y Jesús les dió enseñanzas y advertencias para el futuro próximo. Se saludaron dándose la mano y se secaron las lágrimas con el paño angosto que solían llevar al cuello y con el cual a veces se cubrían la cabeza.

Epoca Cuarta

Desde la conclusión de la primera Pascua hasta la prisión de Juan Bautista

I
La carta del rey Abgaro

Desde Betania, donde Jesús estuvo algún tiempo como oculto, se dirigió al bautisterio, cerca de Ono. Los arreglos que allí se habían hecho los custodiaba un encargado. Al saber que Jesús iba allá se reunieron los discípulos y mucha gente de los alrededores. Mientras Jesús estaba hablando a la turba, que escuchaba en rueda, parte de pie y parte sentados sobre bancos de madera, se acercó un extranjero con seis acompañantes, montados sobre mulos, y llegando a cierta distancia del sitio donde hablaba Jesús, se detuvo, y levantó una tienda. Era un enviado del rey de Edesa, Abgaro, que estaba enfermo. El mensajero le traía regalos y una carta, rogándole fuese allá, para darle la salud. El rey Abgaro tenía un tumor en los pies y caminaba rengueando. Algunos viajeros le habían hablado de Jesús, de sus milagros, del testimonio de Juan y del enojo de los fariseos en la última Pascua, y todo esto lo había llenado de deseos de verlo en su propio país y obtener de Él su curación. El joven mensajero del rey sabía pintar y tenía la orden, si Jesús no podía o no quería acudir, de llevarle por lo menos su rostro en una pintura. He visto que este hombre se esforzaba por acercarse a Jesús y no lo podía conseguir: buscaba ya de un lado, ya de otro de introducirse entre la multitud para escuchar la enseñanza de Jesús y al mismo tiempo pintar su fisonomía. Entonces Jesús mandó a uno de los discípulos que trajese a ese hombre y le diese lugar en una tarima cercana. El discípulo llevó al mensajero al lugar señalado, como también a sus acompañantes, para que pudiesen oír y ver. Los regalos que traían consistían en lienzos, en placas de oro muy finas y unos graciosos corderitos.

El mensajero, muy contento de poder ver a Jesús, desplegó su tablero y poniéndolo sobre sus rodillas comenzó a contemplar con admiración a Jesús, mientras trataba de pintar su rostro. Tenía delante de su vista un tablero blanco como de madera de boj. Comenzó primero por grabar con una punta el contorno de la cabeza y de la barba de Jesús, sin el cuello; después pareció que ponía sobre la tabla algo como cera blanda, imprimiéndole forma con los dedos. De nuevo grabó sobre el

tablero, dándole forma y aunque trabajó largo tiempo no llegaba a terminar su trabajo. Cada vez que miraba el rostro de Jesús parecía que, lleno de admiración, rehacía el trabajo una y otra vez. Cuando vi que Lucas pintaba, no lo hacía en esa forma, sino que usaba pinceles. El trabajo de este hombre era de altorrelieve, de modo que se podían tocar los contornos del dibujo.

Jesús continuó algún tiempo más enseñando y al fin envió a un discípulo que dijese al hombre que se acercase para poder cumplir su mensaje. Entonces el hombre se acercó a Jesús, seguido por los acompañantes, que traían los regalos y los corderitos, detrás de su principal. Llevaba este hombre un vestido corto, sin manto, parecido a uno de los Reyes Magos. En el brazo izquierdo traía su dibujo en forma de un escudo, sostenido por una correa. En la mano derecha llevaba la carta de su rey. Se echó de rodillas ante Jesús, se inclinó profundamente, y dijo: "Tu siervo es el criado del rey Abgaro, de Edesa, que está enfermo y te manda esta carta pidiéndote que recibas sus regalos". Al decir esto se acercaron los siervos con los regalos. Jesús contestó que le agradaba la buena voluntad del rey, e indicó a algunos discípulos que recibiesen los regalos para repartirlos más tarde entre los pobres de esos contornos. Jesús tomó luego la carta, que desplegó ante si, y leyó. Recuerdo sólo que, entre otras cosas, decía la carta: Ya que Él era poderoso para resucitar muertos, le rogaba fuese adonde él se encontraba y le sanase de su dolencia. La carta era, en el medio, donde estaba escrita, más consistente, y los bordes, más blandos, como si fuesen de piel suave, o seda, cerraban la carta misma. Vi que había una cinta colgando. Cuando Jesús leyó la carta dió vuelta al sobre o superficie de la carta y escribió con un punzón, que sacó de sus vestidos y del cual extrajo algo, trazando algunos caracteres al otro lado del pergamino. Las palabras escritas eran bastante grandes; luego cerró la carta. Después hizo traer agua, se lavó el rostro y se pasó la parte más blanda del envoltorio del mensaje sobre su rostro y se lo devolvió al mensajero, el cual lo apretó contra el tablero de su dibujo. Vióse entonces un dibujo perfecto y acabado. El pintor estaba tan contento que tomando el tablero que colgaba de su lado, lo volvió a los espectadores que estaban mirando la escena, se echó delante de Jesús y se marchó en seguida.

Algunos de sus acompañantes se quedaron y siguieron luego a Jesús, el cual, después de esto, salió de allí y se dirigió al

segundo bautisterio que Juan había abandonado pasando el Jordán. Estos extranjeros se dejaron bautizar ahí mismo. Yo vi que el mensajero llegó a un lugar delante de una ciudad donde había edificios de piedras y hornos de ladrillos y pasó la noche allí. A la mañana siguiente algunos trabajadores vieron una luz, como un incendio y acudieron muy temprano, y vieron que esa maravilla provenía del lienzo que llevaba el mensajero. Se produjo por esta causa un tumulto: tantas fueron las gentes que acudieron allí. El pintor les mostró el cuadro y entonces ví que también el lienzo que Jesús había usado llevaba la misma impresión. El rey Abgaro le salió al encuentro algún trecho en su jardín, y al ver el cuadro y leer la carta de Jesús, quedó muy conmovido. De inmediato cambió de vida y despachó a las muchas mujeres con las cuales pecaba. Más tarde he visto que después de la muerte de ese rey y de su hijo, por causa de un sucesor malo, el cuadro, que estuvo siempre a la veneración del público, fué sustraído por un piadoso obispo junto con una lámpara que ardía delante, y amurallado, y que después de mucho tiempo se volvió a encontrar, y que la figura había quedado grabada también en el ladrillo que lo había ocultado(*).

II

Jesús en los confines de Sidón y Tiro

Desde Ono se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el lugar medio de los bautismos, arriba de Bethabara, enfrente de Gilgal, y allí hizo bautizar por medio de Andrés, Saturnino, Pedro y Santiago. Se había congregado una gran multitud. Esta corrida de la gente excitó la admiración de los fariseos. Mandaron cartas a todos los jefes de sinagogas con orden de que les enviasen a Jesús donde quiera lo encontrasen, y detuviesen también a sus discípulos, y los interrogasen sobre su doctrina. Jesús acompañado por algunos discípulos se dirigió, por el camino de Samaría, a los confines de Tiro; los demás discípulos se marcharon cada uno a su pueblo.

(*) Hablan del hecho del rey Abgaro, entre otros, Eusebio, en su historia de la Iglesia; San Efrem siro, diácono de la Iglesia de Edesa; Evagrio, San Juan Damasceno, Teodoro Estudita, Natal Alejandro y muchos otros historiadores. El Papa Gregorio II escribiendo al Emperador León Isáurico Iconoclasta, le recuerda el hecho del rey de Edesa y se apoya en el mismo parà defender el culto de las imágenes.

Por este tiempo Herodes mandó traer a Juan a Kallirrohe y lo tuvo preso en una especie de bóveda del palacio por el término de seis semanas; luego lo dejó en libertad. Mientras Jesús se dirigía a Samaría, pasando por los campos de Esdrelón, volvió Bartolomé del bautisterio de Juan y se dirigió a su pueblo de Dabbeseth, cuando se encontró con algunos discípulos. Andrés le habló con mucho entusiasmo de Jesús. Bartolomé(*) oía con gusto lo que le contaban y con cierto temor reverencial. Andrés, que gustoso solía instruir a otros hombres para hacerlos discípulos, se acercó a Jesús y le dijo que Bartolomé de buena gana le seguiría si lo permitía. Como en ese momento Bartolomé pasaba cerca de Jesús, Andrés señaló a Bartolomé, y Jesús, mirándolo, dijo: "Lo conozco; él me seguirá. Veo mucho de bueno en él y a su tiempo lo llamaré". Este Bartolomé vivía en Dabbeseth, no lejos de Ptolemaida, y era de oficio escribiente. He visto que después se unió con Tomás, y hablando con él de Jesús, lo ganó para la causa aficionándolo al Salvador.

En estos viajes apresurados Jesús padeció necesidad. He visto a menudo que Saturnino o algún otro discípulo sacaba un pan de la canastilla y que Jesús lo mojaba antes en agua para poder comer su corteza ya reseca. Llegando a Tiro entró Jesús con los suyos en un albergue cerca de la puerta del campo. Se había retirado a un peñasco alto, porque Tiro es una ciudad grande, edificada tan arriba que mirando desde allá parece que resbalara hacia abajo. Jesús no entró en la ciudad. Se mantuvo en esa parte, junto a los muros, donde había poca gente. El albergue estaba metido en esos gruesos muros, junto a los cuales venía un camino vecinal. Jesús llevaba un vestido pardusco y un manto blanco de lana. Entraba solo en las casas de los más pobres para visitarlos. Con él habían llegado Saturnino y otros discípulos. Los demás apóstoles, Pedro, Andrés, Santiago el Menor, Tadeo, Natanael Chased y todos los discípulos que habían estado en las bodas de Caná, iban llegando de uno a uno a un albergue que estaba en otra parte de la ciudad de Tiro, donde había un sitio de reunión de los judíos. Un dique ancho llevaba a esa parte de la ciudad y estaba cubierto de árboles. A esta casa a la cual estaba unida también la escuela pertenecía un gran parque o lugar de baños, que llegaba hasta el mar y separaba parte de la ciudad de la tierra firme. El parque estaba cercado

(*) Bartolomé era esenio; su padre Tolmai descendía del rey de Gesur. Como escriba era conocido de Tomás que tenía el mismo oficio y vivía en Arimatea.

por una muralla y dentro de él corría un cerco de plantas vivas, recortado en forma de figuras. En medio del parque estaba la cisterna con aguas vivas rodeada de columnas formando un pórtico, con pequeños cuartitos alrededor. Se podía entrar en la cisterna, en cuyo fondo se alzaba una columna con gradas y agarraderas de modo que se podía estar en el agua hasta la profundidad que uno deseaba. Unos judíos viejos vivían en este lugar; provenían de una descendencia despreciada y formaban entre ellos una secta; eran gente buena.

Me causaba alegría y emoción el modo con que Jesús saludaba a los discípulos que iban llegando: les daba la mano a cada uno. Ellos se mostraban reverentes y lo trataban con confianza, pero como a un hombre extraordinario y sobrenatural. Se mostraban muy contentos de haberlo encontrado de nuevo. Jesús enseñó largo tiempo delante de ellos y ellos iban contando lo que les había pasado a cada uno. Todos juntos hicieron una comida consistente en panes, frutas, miel y pescados traídos por los discípulos. Éstos habían sido molestados y llamados a juicio por los fariseos, algunos en Jerusalén, otros en Gennebris, preguntándoles en grandes asambleas acerca de la doctrina de Jesús, de sus designios, y por qué le seguían. En estos juicios he visto a Pedro, Andrés y a Juan con las manos atadas; pero ellos lograron desatarse de sus ligaduras con una facilidad que les pareció milagrosa. Se les dejó luego en libertad secretamente y ellos se retiraron a sus respectivos hogares. Jesús los animó a la perseverancia diciéndoles que poco a poco se desobligasen de sus oficios y esparciesen sus enseñanzas entre el pueblo. Les dijo que pronto volvería a estar entre ellos y proseguir su vida pública no bien llegase con ellos a Galilea.

Después de haberse despedido de estos discípulos Jesús llevó a cabo una enseñanza y una exhortación muy grande en la escuela y en el lugar de los baños, delante de los numerosos hombres, mujeres y niños que se habían reunido. Les habló de Moisés y de los profetas y de la proximidad del reino de Dios y del Mesías. A este propósito recordó que la sequía de la tierra, la oración de Elías pidiendo lluvia y la nube aparecida y la lluvia misma que siguió, eran señales y figuras de esta proximidad. Habló de la purificación por las aguas y les dijo que fueran al bautismo de Juan. Sanó a varios enfermos que le habían traído en camillas. Vi que a los niños los sumergía, teniéndolos en sus brazos en el agua, donde Saturnino había antes echado un poco del agua que traía en un recipiente y que Jesús

bendijo. Los discípulos bautizaban y como había otros más crecidos se introdujeron en el agua, sujetándose de los sostenes allí puestos, y así fueron bautizados. He visto que aquí hacían en el bautismo algo diferente que en otras partes. Muchos de los ya crecidos tuvieron que permanecer alejados. Estos trabajos continuaron hasta la entrada de la noche.

III

Jesús en Sichor-Libnath

Cuando Jesús dejó Tiro anduvo sin acompañantes porque había despachado a los dos discípulos con mensajes a Cafarnaúm y a Juan el Bautista. Jesús se dirigió a la ciudad de Sichor-Libnath, a diez u once horas de viaje desde Tiro hacia el Sudeste: era el mismo camino que había hecho al ir a Tiro. El lago Merom con las ciudades de Adama y Seleucia quedaron al Este, a su izquierda. La ciudad de Sichor-Libnath, o Amichores, llamada ciudad "del agua de lluvia", está a pocas horas de Ptolemaida, junto a un lago pequeño y triste, al ccal no se podía llegar de un lado por las altas montañas que lo rodean. De este lado sale el arroyo arenoso de Belus, que se echa en el mar, cerca de Ptolemaida. La ciudad me pareció tan grande que me maravilla que se hable tan poco de ella. La ciudad judía de Misael no está lejos de allí. Es este el país que el rey Salomón regaló al rey Hiram de Tiro. Sichor es un lugar libre, bajo el protectorado de Tiro. Hay mucho comercio de animales; veo grandes ovejas de fina lana que nadan en las aguas. Se hacen aquí finos trabajos de lana, que tiñen los de Tiro. No veo agricultura fuera de los árboles frutales. En el agua se cría una especie de cereal de gruesos tallos, del cual hacen pan: creo que no lo siembran. De aquí parte un camino hacia Siria y Arabia; pero no hay hacia Galilea. Jesús había andado por caminos y sendas vecinales hasta Tiro. Delante de Sichor había dos puentes bastante grandes: uno muy alto, servía para pasar cuando todo se inundaba; en otro puente se podía andar por las arcadas que tenía. Las casas estaban situadas en altura, contra las inundaciones. Los habitantes son en su mayoría paganos. Veo varios edificios con puntas y banderitas o pendones que me parece indican templos de ídolos.

Me maravilla ver como aquí también viven algunos judíos en grandes casas, a pesar de constituir ellos la minoría y estar

oprimidos. Creo que eran judíos huídos de su patria. La casa donde entró Jesús estaba delante de la ciudad; pero lo he visto pasar el río. En la cercanía de la casa había una sinagoga; Jesús había hablado a estas gentes ya antes cuando pasó para ir a Tiro, porque parecía que esperaban su llegada y le salieron al encuentro recibiéndolo respetuosamente. Eran judíos, entre ellos un hombre de edad, con numerosa familia, que habitaba una casa muy hermosa parecida a un palacio, con muchos otros edificios más pequeños adheridos. Este hombre, por respeto, no llevó a Jesús a su propia casa sino a una habitación de al lado, donde le lavó los pies y le sirvió alimento. He visto aquí una gran hilera de gente que venía a buscarse su alimento; eran trabajadores de todas clases, hombres, mujeres y jóvenes, una mezcla de pueblos paganos, donde había mestizos y negros, quizás esclavos de este hombre, que volvían de su trabajo y se reunían en un amplio lugar. Estos hombres traían palas e instrumentos de labor, carritos y pequeños barcos que tenían en el medio un asiento, remos y toda clase de instrumentos de pesca. Habían estado empleados en trabajos de puentes y en la ribera. Estos hombres recibían su alimento en recipientes, aves y hierbas; entre ellos habían algunos que comían carne cruda.

Jesús se hizo llevar a su presencia. Les habló cariñosamente, y ellos se alegraron mucho de conocer a semejante Hombre. Dos judíos ancianos vinieron luego a Jesús con rollos, y mientras comían preguntaban muchas cosas con curiosidad, porque eran maestros de la juventud. El judío rico, dueño de la casa, se llama Simeón y es de Samaría. Él o sus antepasados se interesaron por el templo de Garizim y se juntaron con los Samaritanos: por esto fueron desterrados y se establecieron aquí. Jesús enseñó todo el día en un lugar público rodeado de columnas en el cual se podía extender una tienda junto a la casa de aquel hombre. El dueño iba de un lado a otro. Se habían reunido muchos judíos de toda clase y condición. No lo he visto sanar, porque no había aquí baldados o enfermos. Los hombres son de aspecto seco, flacos, pero de gran estatura. Jesús, enseñando sobre el bautismo, les dijo que vendrían discípulos que bautizarían. Después fué Jesús con ese hombre al camino por donde volvían los esclavos de su trabajo; les habló, los consoló y les dijo una parábola. Entre ellos había algunos buenos que se sintieron conmovidos. Recibieron su paga y su alimento. Pensé en la parábola donde el dueño de la viña paga a sus tra-

bajadores. Estos peones vivían en casitas apartadas de allí como a un cuarto de hora. Trabajaban para Simeón pagando una especie de tributo.

Al día siguiente, habiendo Jesús enseñado todo el día, se acercaron, cuando ya todos los judíos se habían alejado, unos veinte paganos que desde varios días antes querían ser recibidos. La casa de Simeón estaba como a media hora de camino de la ciudad y no les era permitido a los paganos acercarse a más distancia que hasta una columna, como torre. Ahora el mismo Simeón trajo a los paganos, que saludaron muy reverentes y pidieron ser enseñados. Jesús habló con ellos en una sala, tan extensamente, que tuvieron que encenderse las luces. Los consoló, les habló en una parábola de los Reyes Magos y les anunció que la luz de la verdad pasaría a los gentiles.

IV

Jesús con varios discípulos en el camino de Tiro

Cuando los dos discípulos mandados por Jesús a Cafarnaúm regresaron a Sichor, le anunciaron el arribo de los cuatro discípulos mandados a buscar. Jesús les salió al encuentro en un camino de tres o cuatro horas, a través de una montaña y se reunieron en un albergue en territorio de Galilea. Además de los llamados, había otros siete, entre ellos Juan y algunas mujeres, entre las cuales reconocí a María Marcos, de Jerusalén, y a la madre de una hermana del novio Natanael, de Caná. Los discípulos llamados eran Pedro, Andrés, Santiago el menor y Natanael Chased. Cuando ya oscurecía anduvo Jesús con estos cuatro y los otros discípulos de vuelta a Sichor; los otros siete no llamados volvieron a Galilea.

Era una noche espléndida de verano. El aire estaba perfumado y el cielo sereno, tachonado de estrellas. Caminaban unas veces juntos, otras uno delante y los demás detrás, y Jesús en medio de ellos. Descansaron una vez bajo árboles cargados de frutas, en una comarca muy fértil y de ricas praderas. Cuando volvieron a andar se levantó una bandada de pájaros que había volado encima de ellos hasta allí. Eran grandes como gallinas, tenían picos colorados y grandes alas negras, como las que suelen pintar a los ángeles y emitían un clamor como una conversación. Estas aves volaron hasta la ciudad, donde se posaron sobre los juncos de las aguas. Yo los veía correr sobre la super-

ficie. Era hermoso ver, en esa noche tranquila, cuando Jesús callaba, oraba o enseñaba cómo callaban también esas aves y se posaban tranquilamente. De este modo siguieron a la caravana de Jesús a través de la montaña. Simeón les salió al encuentro, lavó los pies a todos, les dió una copa y una refección, y los llevó a su casa. Los pájaros pertenecían al dueño de la casa, y revoloteaban allí como las palomas. Durante el día enseñó Jesús aquí y por la tarde celebraron el Sábado en casa de Simeón. Además de Jesús y los discípulos, se habían reunido unos veinte judíos. La sinagoga se hallaba en un porticado subterráneo; tenía escalones y estaba muy bien ordenada. La casa de Simeón estaba en una elevación. Presidía la reunión un cazador, que leía y cantaba. Después enseñó Jesús. Jesús y los discípulos descansaron en esa misma casa.

Durmieron pocas horas, porque muy de madrugada los he visto ya en camino a través de sendas tortuosas, en dirección a una pequeña ciudad en la tierra judía de Chabul. Allí vivían judíos exilados que solían reunirse en oración común. Los fariseos no los querían adimitir en sus reuniones. Habían tenido largo tiempo el deseo de ver a Jesús entre ellos pero no se estimaban dignos y por eso no le habían mandado mensajeros. Dados los muchos vericuetos del camino anduvieron como cinco o seis horas de camino. Cuando se acercaron a la ciudad judía se adelantaron algunos discípulos para anunciar al jefe de la sinagoga la llegada de Jesús. Aunque era Sábado hizo Jesús este camino porque en estas comarcas no observaba Jesús estrictamente este precepto cuando había alguna necesidad. Se fué a los jefes de la sinagoga, que le recibieron muy humildemente; les lavaron a Él y a sus discípulos los pies y les dieron alimento.

Después se hizo llevar a todos los enfermos, y sanó a unos veinte de ellos. Entre ellos había algunos completamente encorvados, baldados, mujeres con flujo de sangre, ciegos, hidrópicos, muchos niños enfermos y algunos leprosos. Estando en el camino clamaron algunos endemoniados, y Jesús los libró. Todo procedía con orden y en silencio, sin tumulto. Los discípulos ayudaban a levantar a los enfermos, instruir a las gentes que los seguían y se agolpaban a las puertas. Jesús exhortó a los enfermos a creer, antes de sanarlos, y a mejorar de vida; a otros que eran creyentes los sanó sin más. Levantó los ojos en alto y oró sobre ellos. A algunos los tocaba y a otros pasaba las manos sobre ellos. Lo he visto bendecir el agua y rociar con ella a las gentes y hacer rociar las casas con el agua. En una de estas casas tomaron

Jesús y sus discípulos algún alimento. Algunos de los sanados se levantaron y se echaban a los pies de Jesús, le seguían luego como en una procesión y a la distancia, con temor reverencial. A otros les decía que se quedasen en su lugar. A algunos les mandó bañarse en el agua que Él había bendecido: eran niños y leprosos. Luego fué a un pozo de la sinagoga y lo bendijo; para esto bajó algunas gradas y echó también sal, que había bendecido. Enseñó aquí sobre Eliseo, que cerca de Jericó echó sal a las aguas para sanarlas, y dió el significado de la sal. Dijo que los enfermos se lavasen con las aguas de ese pozo cuando tuviesen necesidad. Cuando bendecía, lo hacía en forma de cruz; los discípulos le sostenían a veces el manto, que Él se quitaba y le alcanzaban la sal, que Él echaba en las aguas. Todo esto lo hacía con seriedad grande y santamente. Yo recibí en esta ocasión la advertencia de que los sacerdotes recibían la misma facultad y poder de sanar. Algunos enfermos eran traídos en camillas y Él los sanaba. Jesús llevó a cabo una enseñanza más en la sinagoga y no tomó alimento. Todo el día lo empleó en enseñar y sanar enfermos. Por la tarde, después del Sábado, dejó con sus discípulos el lugar, y despidiéndose de los entristecidos habitantes, les dijo que se quedasen, lo que ellos hicieron humildemente. Les bendijo y sanó las aguas porque tenían agua malsana. Había dentro de las aguas víboras y otros animales con gruesas cabezas y colas.

Se dirigió con sus discípulos a un gran albergue distante unas horas, sobre una montaña, y allí comieron y descansaron en la noche. Esta posada la habían dejado de lado cuando vinieron. Días después acudieron muchas gentes a la posada con sus enfermos, ya que sabían que Jesús debía llegar. Eran las que vivían en las laderas de la montaña, en chozas y cavernas. En el Oeste vivían, hacia Tiro, los paganos que también se acercaron y en el Este vivían los judíos muy pobres. Jesús enseñó hablando de purificación, de lavarse y hacer penitencia, y sanó unas treinta personas. Los paganos estaban aparte, y Jesús les enseñó cuando los demás se hubieron retirado; los consoló, y su conversación duró hasta la tarde. Esta gente tiene pequeñas huertas y plantaciones en torno de sus cuevas, y se alimenta de leche de oveja con la cual hacen quesos que comen como pan y de las frutas de sus huertas y otras frutas silvestres que venden en el mercado. Llevan agua buena en recipientes a lugares y ciudades donde se detuvo Jesús ayer. Había mu-

chos leprosos y Jesús bendijo las aguas, mandándoles que se bañasen en ellas.

A la tarde llegó Jesús de vuelta a Sichor-Libnath, donde enseñó de nuevo y dijo que al día siguiente bautizarían allí. Había en la gran casa de Simeón una fuente redonda y bastante plana rodeada de un borde hundido, donde afluían las aguas sobrantes. El agua tampoco era buena aquí: tenía un sabor desagradable y Jesús la bendijo. Echó dentro sal, como pequeñas piedras, ya que muy cerca había una montaña salitrosa. En esa fuente, que se llenó de agua y se vació repetidas veces para purificarla, se hizo el bautismo de unas treinta personas. Se bautizaron el dueño de casa, los hombres de su familia, otros judíos del lugar, varios paganos de los que habían estado antes con Jêsús y algunos de los esclavos de las chozas con los cuales había hablado frecuentemente cuando volvían del trabajo. Los paganos tuvieron que esperar el último turno y hacer antes otras abluciones. Jesús había echado antes en el agua de la fuente un poco de aquella agua del Jordán que traían siempre en los viajes, y bendijo las aguas. Se había dejado también agua en los canales transversales, de modo que los bautizandos podían estar en el agua hasta las rodillas. Jesús enseñó y los preparó durante este tiempo. Los bautizandos aparecieron con mantos largos, oscuros, con capucha sobre la cabeza, especie de vestidos de penitencia. Cuando llegaban a la excavación donde estaba la fuente, se quitaban el manto, permaneciendo cubiertos hasta la mitad del cuerpo con un especie de escapulario que les tapaba el pecho y las espaldas, y les dejaba libres los brazos. Uno de los discípulos le ponía las manos sobre la cabeza y otros sobre las espaldas. El bautizador derramaba varias veces el agua sobre la cabeza con un recipiente pequeño sacando agua de la fuente, en nombre del Altísimo. Primero bautizó Andrés; luego, Pedro, y más tarde, Saturnino. Los paganos fueron bautizados a continuación de los judíos. Todo esto duró hasta la tarde. Cuando la gente se hubo retirado, iba Jesús caminando apartado de sus discípulos, saliendo del lugar y reuniéndose de nuevo en el camino. Se dirigieron por el Oriente, a Adama, cerca del lago Merom. Descansaron durante la noche en una pradera de mucho pasto, bajo los árboles.

V

Jesús en Adama, en el Jardín de la Gracia

Aunque la ciudad de Adama parecía estar cerca, tuvieron Jesús y sus discípulos que andar por un camino algunas horas más lejos para poder pasar por las aguas del lago Merom, lo que hicieron en una balsa preparada para los viajeros. Al mediodía alcanzaron la ciudad de Adama, rodeada de agua por todos lados. Al Este de la ciudad está el lago Merom; el agua rodea la ciudad y se reúne en el lugar de los baños, para entrar nuevamente en el lago. Había cinco puentes a diversas distancias. Las orillas escarpadas del lago, a un nivel bajo, estaban cubiertas de juncos y de plantas; las aguas aparecen turbias hasta el centro del lago, donde corre más claro el río Jordán. En torno del lago veo muchos animales carniceros, que merodean. Cuando Jesús se acercaba al lugar de los baños se llegaron algunos hombres principales de la ciudad, que le aguardaban; le acompañaron a la ciudad y le presentaron al jefe, que habitaba un castillo con un vestíbulo y otras habitaciones situado en un lugar espacioso. El vestíbulo estaba adornado con chapas y baldosas brillantes de varios colores. Aquí lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos, les sacudieron los mantos y limpiaron las ropas. Se les trajo abundancia de frutas y de hierbas para comer. La gente de Adama tiene esta costumbre, heredada de sus mayores, de recibir y llevar al castillo a todo extranjero, y allí inquirirle el por qué de su venida. Si le agrada el forastero, lo sirven y atienden, pensando que esto, tarde o temprano, les traerá algún provecho.

A los viajeros que no les agrada llegan hasta a ponerlos en la cárcel. Adama y otras veinte poblaciones pertenecen a una comarca bajo uno de los Herodes. Los habitantes de la ciudad eran judíos samaritanos, los cuales por haberse alejado de los demás habían admitido otras aberraciones. No se practicaba, sin embargo, la idolatría, y aún los paganos que habitaban aquí tenían sus ídolos en secreto. Jesús fué conducido por los hombres de la ciudad a la sinagoga, que tenía tres pisos, adonde se habían reunido gran cantidad de personas, los hombres delante y detrás las mujeres. Primero rezaron, pidiendo a Dios que fuera para su mayor gloria lo que iban a entender de la enseñanza de Jesús. Éste habló primero de las promesas, diciendo que todas se habían cumplido, una tras otra. Enseñó sobre la

gracia: que no se pierde, sino que pasa a otro que en mérito esté más cerca, cuando por los méritos de los antepasados no pudo pasar a aquel primero, por haberse hecho indigno. Les dijo que por las obras de sus antepasados, que habían hecho un bien, que ellos ni siquiera sabían ahora, todavía gozaban de las consecuencias de esa obra buena. En tiempos lejanos habían sus antepasados recibido en la ciudad a gentes echadas de otra comarca.

Jesús y sus discípulos se alojaban en una gran posada, junto a la puerta por la cual habían entrado. En las cercanías de los baños, más al Sur, había un lugar donde se enseñaba. Alrededor de una colina cubierta de verdor se había erigido un sillón para enseñar: era un asiento de piedra. En torno había un gran espacio con cinco hileras de árboles que daban espesa sombra contra los ardores del sol. Era un sitio ameno y lo llamaban el Jardín de la Gracia, porque, decían las gentes, aquí habían recibido una vez una gracia muy grande; como había otro lugar en la parte Norte de la ciudad, de donde, decían, les había venido una gran calamidad en otros tiempos. Los discípulos entraban en las casas y avisaban a la gente que se reuniese en el Jardín de la Gracia, porque Jesús quería tener allí una gran reunión. La tarde anterior había tenido lugar un banquete en un pórtico abierto de la casa del jefe de la ciudad, donde se congregaron unas cincuenta personas principales en cinco mesas. Jesús tomó asiento con el principal y los discípulos se distribuyeron entre los demás comensales. Creo que Jesús y sus discípulos habían contribuído con algo en esta comida. Sobre las mesas se veían montones de fuentes con viandas. Jesús enseñaba durante la comida, y a veces se levantaba e iba de una mesa a otra, conversando con unos y otros. Sobre las mesas habían colocado arbolitos en macetas. Cuando se levantaron y dieron gracias, quedaron esas plantas sobre las mesas y todos los comensales se reunieron en torno de Jesús, en semicírculo. Tuvo con ellos una conversación y los invitó para la mañana a un gran sermón en el lugar llamado de la Gracia.

Al día siguiente, a eso de las nueve, se dirigió Jesús con sus discípulos al sitio indicado donde ya se habían reunido más de cien personas de las principales de la ciudad, bajo la sombra de los árboles, y en círculos más alejados, cierto número de mujeres. Andando pasaron por el castillo del jefe de la ciudad, que con gran aparato y en traje de etiqueta se dirigía al lugar de la conferencia. Jesús le dijo que no lo hiciera con ese

aparato, sino que fuese allá, como los demás hombres, vestido de largo manto y en traje de oración y penitencia. En efecto, estos hombres vestían mantos de lana multicolores y una especie de escapularios, cruzados sobre el pecho, sujetos por los hombros con una correa angosta, que caían por las espaldas en tiras anchas y largas. Estas tiras eran negras y sobre ellas estaban escritos, en diversos colores, los siete pecados capitales. Las mujeres estaban con la cabeza cubierta. Cuando Jesús llegó al sillón, la gente hizo una inclinación profunda y reverente; el jefe y los principales se colocaron cerca del sillón. Los discípulos tenían también cierto número de oyentes aparte, entre ellos mujeres y les enseñaban las cosas oídas a Jesús.

Jesús levantó sus ojos al cielo y oró en voz alta a su Padre, del cual viene todo bien, para que entrase la enseñanza en corazones contritos y dispuestos y mandó a la gente que repitiese con Él su plegaria, cosa que hicieron todos. Su gran sermón duró sin interrupción desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Se hizo una pausa solamente cuando trajeron a Jesús una bebida en una copa y un poco de alimento. Los oyentes iban y venían conforme tenían sus ocupaciones en casa. Jesús habló de la penitencia y del bautismo, del cual decía que era una purificación espiritual y una ablución. He visto que hasta Pentecostés no se bautizaba a las mujeres. Los niños y niñas, de cinco a ocho años, fueron también bautizados; pero no mayores. Yo no sé explicar ahora el misterio que todo esto encerraba. También habló Jesús de Moisés, cuando quebró las tablas de la ley, del becerro de oro, de los truenos y de los relámpagos del Sinaí.

VI

Conversión milagrosa de un judío obstinado

Cuando Jesús hubo terminado su gran sermón y muchos de los principales de la ciudad se habían vuelto a sus casas con el jefe, se adelantó osadamente un anciano judío de luenga barba y se acercó al sillón de Jesús. Era un hombre alto, de aspecto noble y dijo: "Ahora quiero yo también hablar contigo. Tú has enunciado 23 verdades y en realidad son 24". Diciendo esto comenzó a enumerar cierta cantidad de verdades, una tras otra, y a discutir con Jesús sobre ellas.

Jesús le contestó: "Yo te he permitido estar aquí para tu propia conversión, pudiendo hacerte salir delante de todo el

pueblo, puesto que has venido sin invitación. Tú dices que son 24 las verdades y que yo enumeré 23; en cambio, tú aumentas tres al número, pues son en realidad 20, como lo he enseñado". Jesús enumeró entonces 20 verdades, correspondientes a las 20 letras del alfabeto hebreo, con las cuales también el judío había contado. A continuación Jesús habló del castigo que merece el pecado de añadir algo a las verdades conocidas. Pero el obstinado judío no quería de manera alguna darse por vencido y confesar que se había equivocado. Había algunos que le daban razón y que se alegraban de lo que creían era un apuro de Jesús por contestar. Jesús al fin le dijo: "Tú tienes un hermoso jardín; tráeme las más hermosas frutas y las más sanas, y ellas se pudrirán aquí, ante tu vista, para que veas que te equivocas. Tú tienes también un cuerpo sano y recto y te verás encorvado, porque no tienes razón; para que veas que hasta lo mejor y más sano se echa a perder cuando a la verdad se añade algo que no corresponde. Si tú, en cambio, puedes hacer un solo milagro, serán verdades tus 24 dichos".

Oído esto, el viejo se fué con un ayudante a su cercano jardín. Tenía allí cuanto había de precioso y raro en frutas, hierbas y flores; en jaulas he visto pájaros raros y hermosos, y en medio del jardín una fuente de agua con graciosos pececillos. Prontamente juntó con su ayudante las mejores frutas, peras amarillas, manzanas y uvas tempranas y las puso en un par de pequeños canastos, y otras frutas menores las acomodó en una fuente tejida de una materia transparente y de color. Además llevó consigo, en un canasto cerrado, varios pajaritos y unos animales parecidos a conejos y un gatito. Jesús, mientras tanto, enseñó acerca de la obstinación y el castigo que merece añadir algo a las verdades conocidas. Cuando el viejo judío trajo en los canastos y jaulas todas sus rarezas y las depositó junto al sillón de Jesús, se suscitó gran expectativa entre los presentes. Como el viejo, lleno de orgullo, insistía en sus anteriores afirmaciones, se cumplió la palabra de Jesús sobre los objetos que había traído el viejo y sobre éste mismo. Las frutas comenzaron a moverse y salieron del interior gusanos asquerosos que se comieron toda una manzana, de modo que de ella no quedó sino un pedazo de cáscara sobre la cabeza de un enjambre de gusanos. Los animales que había traído enfermaron de pronto y salió de ellos una materia purulenta y luego gusanos que devoraban las carnes de los pájaros y de los animales. Todo se volvió repugnante, y la turba, que se había aproximado, comenzó a clamar

y a gritar, tanto más cuando vieron al viejo inclinarse de un lado, ponerse amarillo y quedar contrahecho de cuerpo.

El pueblo, al ver esto, comenzó a gritar lleno de admiración, y el viejo alzó la voz, quejándose, reconociendo su sin razón y rogando al Señor se compadeciese de su miseria. Se hizo un tumulto tan grande, que el jefe de la ciudad, que se había retirado, fué llamado de nuevo para restablecer el orden, mientras el viejo clamaba y decía públicamente que había sido injusto, que reconocía su error y que había añadido algo a la verdad. Cuando vió Jesús que el viejo se arrepentía y pedía a los presentes que rogasen por él para volver a su primer estado, bendijo los objetos traídos por el anciano judío, y todo volvió de nuevo a su primera forma, tanto los frutos como los pájaros y animales, y el mismo viejo, que llorando, lleno de agradecimiento, se postró a los pies de Jesús con mucha humildad. La conversión de este anciano fué tan sincera que de allí en adelante fué el más fiel de los discípulos, y convirtió a muchos otros con su palabra. Por penitencia repartió gran parte de las hermosas frutas de su huerta a los pobres. Este prodigio produjo una saludable impresión en todos los que iban y venían para comer o por negocios. Este milagro fué necesario aquí, donde la gente, aunque deseosa de oír, era algo obstinada en su error, como acontece en lugares donde hay matrimonios mixtos, y conviven diferentes religiones: éstos eran samaritanos unidos con paganos que habían sido echados de Samaría.

He visto que hoy ayunaban, no por la destrucción del templo de Jerusalén, sino por haber sido ellos echados de Samaría. Reconocían que estaban en error, pero no estaban dispuestos a salir de él. Habían recibido a Jesús con todos los honores, porque según una revelación antigua recibida de los mismos paganos, muchas señales habían sucedido en un tiempo cuando obtuvieron de Dios una gracia grande. Esa revelación había sido recibida en el sitio que llamaban ellos "Lugar de la Gracia". Recuerdo de esto sólo que mientras estos paganos estaban en grande apretura, habían levantado sus manos al cielo pidiendo ayuda a Dios y se les anunció que recibirían una gracia grande cuando aparecieran nuevas corrientes de agua que iban al mar y otra nueva en el lugar de los baños, y cuando la ciudad se extendiera hasta la fuente de baños. Ahora se habían cumplido todas estas señales. Se derramaban entonces cinco corrientes en el mar y en el Jordán. También se había cumplido una señal con un brazo del Jordán y al pozo de los baños habían corrido nuevas corrien-

tes de aguas saludables. Allí se va a bautizar, y las profecías se refieren a este lugar. Habían tenido aquí aguas malsanas. La ciudad se había extendido precisamente hacia el lado de la fuente.

En el Norte de la ciudad se halla una comarca baja y nebulosa, llena de pantanos, donde viven paganos de miserable condición en chozas y taperas. En la parte Sudeste, en cambio, había muchas huertas y viviendas nuevas casi hasta el lugar llamado de la Gracia. El sitio era algo bajo y en derredor llano. Por unos cambios en las riberas del río Jordán y una montaña, se había desviado un brazo del río hasta ese lugar, que se reunía luego con un pequeño río y volvía a entrar en su cauce. Comprendía esto una extensión considerable. Cuando las aguas del Jordán llegasen a afluir hasta allí se cumplía la señal convenida.

Cuando Jesús al día siguiente volvió a enseñar en la sinagoga, en medio de la cual había un esplendido armario con rollos de las Escrituras, acudieron los judíos descalzos. En ese día no les era permitido lavarse, cosa que ya habían hecho el día anterior, bañándose, por ser día de ayuno. Traían sobre los vestidos de los pasados días un manto largo y negro con una capucha: estaba abierto de lado y sujeto con cintas. En el brazo derecho tenían dos manípulos ásperos de color negro, en el izquierdo otro y detrás un colgajo. Rezaron y cantaron en tono de lamentación, se metieron por unos momentos en unos sacos abiertos en medio y se echaron en esa forma de rostro en el piso de la sinagoga. Las mujeres hicieron lo mismo en sus casas. Todo fuego estaba cubierto desde ayer. Sólo por la tarde he visto que hicieron una comida, sin poner la mesa, en el albergue de Jesús, el cual comió con sus discípulos. Los demás comieron en un gran vestíbulo, en el patio. Se trajeron viandas frías de la casa del jefe de la ciudad y Jesús enseñó sobre las comidas y los alimentos. Venían muchos junto a la mesa, turnándose unos con otros; al fin acudieron los enfermos y baldados. Sobre la mesa pusieron muchos recipientes con ceniza. El anciano judío convertido repartió hoy muchas de sus mejores frutas a los pobres.

El Sábado enseñó Jesús en la sinagoga, después anduvo con los discípulos y con otros diez judíos hacia el Norte de la ciudad, dentro de la montaña. Esta comarca era más áspera y salvaje. Delante de una casa descansaron bajo unos árboles y tomaron de los alimentos que habían llevado consigo. Jesús dió toda clase de reglas y advertencias, y les dijo que pronto se ausentaría y no volvería sino una vez más. Entre otras cosas les

dijo que no hiciesen tantos movimientos durante el rezo; también que no fuesen tan duros con los pecadores y paganos, sino que se compadeciesen de ellos. Aquí les contó la parábola del mayordomo infiel y la propuso como una adivinanza que debían solucionar. Ellos se maravillaron y Jesús les declaró por qué se alababa al mayordomo infiel. Me pareció que entendía Jesús, bajo el mayordomo infiel, a la sinagoga, y bajo los deudores, a las sectas y los paganos La sinagoga debía disminuir la deuda de las demás sectas y paganos, ya que tenía el poder y la gracia en su favor; esto es, que sin mérito ni merecerlo poseía la riqueza, para que si un día fuese desechada ella misma, se pudiera refugiar entre los deudores tratados humanamente.

Durante este tiempo he visto frecuentemente a la Santa Virgen. Moraba sola en la casa situada junto a Cafarnaúm. La veía trabajando u orando. Recibía la visita de las santas mujeres, y los discípulos le traían noticias de Jesús. He visto que a veces no recibía a las personas que venían de Nazaret o de Jerusalén solamente para verla. En Jerusalén todo está tranquilo respecto a Jesús. Lázaro está retirado en su castillo, y recibe frecuentemente noticias de Jesús, por los discípulos, y él envía sus noticias por el mismo conducto.

VII

La parábola del mayordomo infiel

Desde niña yo veía esta y otras parábolas como si fuesen figuras vivientes que pasaban delante de mis ojos y me parecía luego que veía en realidad a unos u otros personajes, reconociéndolos en la vida real. Lo mismo me pasó con este mayordomo, al cual yo veía siempre como un hombre algo jorobado, con cargo de administrador, de barba rojiza, muy ágil en su andar y como él hacía escribir a sus arrendatarios con una especie de caña. He visto vivir a este mayordomo en un lugar desierto de la Arabia no lejos de donde los hijos de Israel murmuraron contra Moisés; vivía en una tienda. Tenía su señor, muy lejos de allí, cerca del monte Líbano, un campo de cereales y de frutos, que llegaba a los límites con la Tierra Santa: en los dos extremos del campo vivían dos capataces, a los cuales él había subarrendado. Este mayordomo era un hombre pequeño, muy listo, que pensaba entre sí: "El señor no vendrá". Por eso dejaba correr las cosas y descuidaba su obligación; lo

mismo hacían sus dos capataces, que derrochaban en bebida y fiestas. De pronto vi que el señor del campo se puso en camino. Muy lejos vi a una hermosa ciudad y un palacio donde vivía el dueño y había un camino que salía de allí en dirección del campo. Vi salir de ese lugar al rey de la ciudad con gran acompañamiento de camellos, sobre un carro bajo y pequeño, tirado por un par de asnos, y con él venía toda su corte. Yo veía esto de tal manera que me parecía como si del cielo partía esa senda hermosa, saliendo de la Jerusalén celestial, y me parecía un rey del cielo que tüviera aquí en la tierra un campo de cereales y frutales. Venía este rey al modo de los antiguos reyes. Lo veía bajar desde lo alto a la tierra.

El mayordomo, el pequeño hombre, había sido, en efecto, acusado de disipar los bienes de su señor. Los deudores del mayordomo eran dos hombres que vestían largos sacos con muchos botones hasta abajo, y el mayordomo llevaba una especie de gorra. La tienda del mayordomo estaba situada hacia el desierto, y el campo de las mieses, frutales y olivares, en cuyos extremos vivían los dos capataces, estaba hacia la parte de Canaán. Estos campos estaban unidos como en forma de triángulos. El dueño cayó sobre el campo de los cereales. Los dos capataces derrochaban todo con el mayordomo, y como éstos tenían otros trabajadores a su mando tenían que reponer todo lo que malgastaban sus principales. Me pareció entender como si fuesen dos malos sacerdotes párrocos, y el mayordomo un obispo igual; pero me pareció también que eran mundanos, pues todo lo tenían que ordenar.

El mayordomo vió de lejos la venida del rey; se llenó de turbación y preparó un bran banquete y se mostró muy servicial y adulador. El rey dijo al mayordomo: "¡Ah! ¿qué es lo que tengo que oír?, ¿qué tú derrochas los bienes que te había encomendado? Dame cuenta, porque ya no podrás seguir siendo mi mayordomo". Entonces vi que el mayordomo llamó prontamente a los dos capataces. Tenían rollos, que abrieron. Les preguntó cuánto debían, pues ni eso sabía el mayordomo, y ellos mostraron sus deudas. Él tenía en las manos un cañito algo retorcido, y les hizo escribir prestamente menos cantidad de lo que debían, pensando: "Cuando yo sea removido de mi puesto, por lo menos me refugiaré entre ellos, y podré vivir, pues no puedo ya trabajar". Después de esto vi que los capataces y el mayordomo mandaban a los subordinados que fuesen a llevar al rey los frutos y el tanto por ciento de los campos, y éstos

llegaron con camellos y asnos cargados trayendo cereales en bolsas y olivos en canastos. Los que traían los olivos, venían también con dinero: eran pequeñas placas de metal reunidas en rosario, unas más grandes que otras, sujetas con anillos. El señor notó, comparando con lo que en años anteriores habían pagado, que era mucho menos de lo que debían y notó, en los escritos falsificados, la intención del mayordomo. Con una sonrisa se dirigió a los miembros de su cortejo, diciendo: "Mirad, este hombre es listo y prudente; quiere hacerse amigos entre sus deudores; los hijos del siglo son más prudentes en sus manejos que los hijos de la luz, los cuales poca veces obran en el bien como estos en el mal. Así serían compensados como estos serán castigados". Después de esto vi que el mayordomo jiboso fué removido y enviado más adentro, en el desierto. En ese lugar había comarcas de arena dura y estéril, de color ocre. El hombre se contristó mucho y se confundió grandemente.

He visto que, al fin, él empezó también a trabajar y a cultivar el campo y a cortar leña de unos árboles duros que allí había. Los dos capataces fueron también desalojados y enviados a otros campos de arena, aunque no tan estériles. En cambio, los pobres trabajadores subordinados fueron recompensados, porque les confió a ellos el cuidado del campo que había tenido el mayordomo infiel.

VIII

Jesús y sus discípulos en Seleucia

Jesús y sus discípulos se repartieron por la ciudad de Adama. Jesús se quedó más bien en la ciudad, mientras los discípulos fueron a sus términos, hasta las viviendas de los paganos, y entrando de casa en casa llamaban e invitaban al bautismo y a la enseñanza de Jesús para dos días adelante al otro lado del lago, en un lugar de verdor y cercado, cerca de Seleucia. Mientras invitaban, enseñaban. Esto duró hasta la entrada de la noche. Los discípulos se dirigieron entonces fuera de la ciudad, a la parte Oeste, donde los pescadores estaban con sus barcas, ocupados al resplandor de sus antorchas en la pesca, en donde el Jordán se echaba en el lago. La claridad de las antorchas atraía a los pescados, que sacaban con anzuelos y con pinchos. Los discípulos ayudaban en el trabajo y enseñaban e invitaban a los pescadores. Les decían también que llevasen sus pescados

al lugar de verdor, junto a Seleucia, donde tendría lugar el gran sermón de Jesús, que allí se los pagarían bien.

Ese lugar era una especie de parque de animales, cercado con vallado. Solía encerrarse allí a los animales salvajes que cazaban: por eso se veían todas clases de cuevas para ellos. El lugar pertenecía a Adama, y estaba a una hora y media de Seleucia. Al amanecer fué Jesús junto a sus discípulos y se dirigieron a unos recovecos donde había pobres chozas detrás de la ciudad. Luego, en la ciudad, fué Jesús con los suyos a la casa del jefe y tomó algún alimento en un lugar abierto. Consistía la comida en pequeños panes unidos de a dos. Había también pescados con cabezas levantadas, en una fuente que parecía de vidrio multicolor. Jesús puso un pescado entero sobre el pan, a cada uno de sus discípulos. La mesa tenía honduras excavadas, donde se colocaban las porciones, como si fuesen platos. Después de la comida Jesús dió una instrucción en vestíbulo abierto, delante del jefe y los familiares que debían recibir el bautismo; luego se dirigió al lugar de enseñanza, fuera de la ciudad, donde le aguardaba mucha gente, y los preparó para el bautismo.

Las gente iba y venía en grupos, turnándose, y pasaban a la sinagoga; oraban, se ponían ceniza en la cabeza y hacían penitencia; luego iban al huerto de los baños, junto al lugar de la Gracia y se purificaban en baños, separados por cortinas. Cuando los últimos abandonaron el lugar de la enseñanza, se dirigió también Jesús allí. El sitio para bautizar era aquel donde un brazo del Jordán afluía a la fuente, que era tan espaciosa y tenía el borde con excavaciones tan ancho que podían pasar dos a la vez. Corrían cinco canales, que podían cerrarse a voluntad y tiene al lado cinco pasajes para acercarse. En medio de la fuente había un palo con un brazo tan largo que podía cerrar o abrir la fuente. Esta fuente con cinco entradas no había sido arreglada ahora para el bautismo: era una forma común en Palestina que tenía relación con los cinco canales del estanque de Bethesda, con el pozo de Juan en el desierto, con la fuente del bautismo de Jesús, y con las cinco llagas del Señor. Jesús se refirió al próximo bautismo. Los bautizandos vestían largos mantos de los cuales se despojaban y entraban, cubiertos hasta la mitad del pecho con una especie de escapulario, en las excavaciones que rodeaban la fuente llena de agua. Sobre los bordes de la entrada estaban el bautizador y los padrinos. El agua era derramada tres veces sobre la cabeza en nombre de Jehová y de su Enviado. Cuatro discípulos bautizaban al mismo tiempo

y dos ponían las manos sobre los bautizandos. Esta ceremonia y las enseñanzas de Jesús duraron hasta la tarde. Muchos fueron rechazados y postergados.

Al amanecer se embarcaron los discípulos a Seleucia, al lugar cubierto de verdor que estaba del otro lado. A cierta distancia de Adama el lago tiene la forma de un violín, algo más angosto, como a un cuarto de hora de camino. Seleucia era una fortaleza con murallas y vallados. Del lado Norte era casi inaccesible por lo empinada, y estaba llena de soldados paganos. Las mujeres vivían en casas y en cámaras particulares. Los judíos que moraban aquí eran bastante despreciados y vivían en cuevas, abiertas en las mismas murallas, y trabajaban en labores forzadas, en cuevas y en terrenos pantanosos. No he visto ninguna sinagoga; pero había un templo de forma redonda, situado sobre un círculo de columnas que presentaban figuras sosteniendo pesos. En el centro había una columna gruesa donde estaba la escalera que llevaba a lo alto del templo.

Abajo, en los sótanos, ponían los recipientes con las cenizas de sus muertos. Cerca de allí se veía un lugar renegrido donde solían quemar los cadáveres. En este templo había figuras de serpientes con caras de hombres y figuras de hombres con cabeza de perros, y un ídolo con la luna y un pez. La tierra era más bien estéril; pero la gente era trabajadora, preparaba toda clase de aperos para cabalgaduras y había muchos herreros. Casi todos los trabajos eran para los soldados.

Los discípulos anduvieron por las calles de Seleucia invitando a las gentes a un sermón y a una comida. Mientras tanto, hacía esto mismo Jesús entre los paganos en Adama. Después se dirigieron los discípulos al parque de los animales, que estaba cubierto de hermosas plantas y flores, y arreglaron la comida con los pescados que los pescadores tenían guardados en una cisterna. Las mesas eran anchas tablas, que fueron sacadas del lago: serían anchas como de dos pies. Detrás del parque había hogares donde se cocían los pescados. Parece que aquí se suele hacer a menudo esta comida porque hay excavaciones planas en la roca como hechas por la naturaleza y dentro de las cuevas, donde se pueden colocar los alimentos. Prepararon panes, pescados, hierbas y frutas. Cuando todo estuvo preparado y había unos cien paganos reunidos, llegó Jesús a través del lago. Le seguían once judíos con el jefe y algunos paganos de Adama. Jesús predicó desde una colina. El jefe y los demás judíos tenían derechos sobre esa comida preparada, y junto

con Jesús y los discípulos servían a los comensales. Jesús explicó que el hombre se compone de cuerpo y de alma, y del alimento que necesitan el cuerpo y el alma; dijo que ellos podían seguir comiendo o escuchar su enseñanza. Dijo esto para probarlos. En efecto, algunos fueron en seguida a las mesas y una tercera parte quedó escuchándole. Jesús enseñó acerca de la vocación de los infieles y les contó la venida de los tres Reyes, cosa que no les era desconocida. Cuando acabaron el sermón y la comida, se dirigió Jesús con sus discípulos hacia Seleucia, como a hora y media al Sur, y no junto al lago. La mayoría de la gente había vuelto a sus hogares. Jesús fué recibido por los principales de la ciudad y obsequiado con una bebida y alimento, así como los discípulos y los judíos que habían venido con ellos. Fueron llevados a la ciudad y Jesús enseñó a las mujeres en un lugar no lejos de la puerta, donde se habían reunido en sitio apropiado para ver a Jesús. Vestían como las judías, pero no llevaban velo; en general era gente de baja estatura, pero fuerte y bien plantada. Jesús entró luego en un gran albergue donde le habían preparado una comida. Había en esta región mucho tráfico.

Jesús, sus discípulos y los judíos comieron en una mesa aparte. Los judíos no querían al principio comer allí. Jesús les dijo entonces que lo que entraba por la boca no era lo que manchaba al hombre: de modo que si no querían comer con Él, no eran seguidores de su doctrina. Mientras duró la comida, siguió enseñando a los comensales. Los paganos tenían mesas más altas que los judíos, a veces mesas particulares, y estaban sentados sobre almohadas, con las piernas cruzadas, como he visto en las gentes del país de los Reyes Magos. Los alimentos eras pescados, verduras, miel, frutas y carne asada. Jesús los conmovió de tal manera con sus enseñanzas, que cuando se despidió de ellos quedaron tristes y apesadumbrados. Le rogaron mucho que se quedase con ellos y Jesús les dejó a Andrés y Natanael. Los paganos también manifestaban mucho interés por oír cosas nuevas. Era ya de noche cuando los dejó. Las viviendas de las mujeres estaban edificadas con la parte trasera hacia los muros de la fortaleza y sólo por delante miraban a una calle muy ancha. Había bastantes casas hermosas, algunas con jardines y patios, donde trabajaban o lavaban. Jesús les habló del bautismo, como de una purificación; y como aún querían saber más, les dijo que hasta ahora no podían entender más de lo que les había dicho.

IX

Jesús vuelve a Adama y enseña en Berotha

De Seleucia volvió Jesús a Adama. Se celebraba ahora allí una fiesta para los nuevos bautizados en la sinagoga. Estaban delante de los demás entonando cantos de acción de gracias. Jesús enseñaba. Fueron bautizados más cuando volvieron Andrés y Natanael desde Seleucia. El anciano judío convertido hace en todas partes de sirviente y se muestra humilde y servicial con todos. Gran cantidad de enfermos no habían podido asistir a las enseñanzas de Jesús ni al bautismo; por eso fué Jesús con Saturnino y con el discípulo pariente a visitarlos en sus casas. Los otros fueron a las ciudades de Azor, Kades, Berotha y Thisbe, a dos o tres horas al Norte de Adama, para invitarlos a un sermón que Jesús iba a pronunciar en una colina de suave ladera que estaba en dirección de Kades hacia Berotha. En la altura de este monte había un antiguo sitial para enseñanza en un lugar cercado; el monte estaba cubierto de verdor. Los discípulos pidieron al jefe del lugar que invitara a la gente al sermón que iba a tener el profeta de Galilea, sobre el monte, el día siguiente al Sábado. Otros entraban en las casas y los invitaban a concurrir.

Mientras tanto seguía Jesús en Adama en medio de judíos ricos y pobres, y paganos; y sanó a los enfermos hidrópicos, baldados, ciegos y con flujo de sangre. Me admiró ver entre los judíos a diez endemoniados, hombres y mujeres. Entre los paganos nunca veía tantos como entre los judíos. Había algunos de las mejores familias encerrados en cámaras con rejas. Cuando Jesús se acercaba a esas casas comenzaban a gritar furiosamente. Cuando se aproximaba se aquietaban y le miraban fijamente, confundidos. He visto cómo, con su sola mirada, echó al demonio de ellos, que huyó visiblemente como un vapor negro en forma de una figura humana y que escapó de allí. La gente se espantaba y se admiraba, mientras los endemoniados palidecían y caían desmayados. Jesús les habló, les tomó de la mano y les mandó que se levantasen. Entonces despertaron como de un sueño y cayeron de rodillas, dando gracias. Volvieron a ser otros hombres. Los exhortó Jesús y les señaló los pecados de los cuales tenían que guardarse.

Cuando volvieron los discípulos a Adama, tomaron alimentos con Jesús en casa del jefe de la ciudad. Habían comprado en

aquel lugar pescados y pan que llevaron hasa el monte donde hubo el sermón para alimentar a los oyentes. Jesús recibió de algunas personas regalos, entre estos pequeñas plaquitas de oro. Estos obsequios se utilizaban luego para pagar las comidas a las turbas. Jesús no había comido desde su partida de Seleucia. El Sábado volvió a enseñar en la sinagoga de Adama. Había aquí un grupo de hombres, enemigos de Jesús, que dos fariseos habían mandado al lugar del bautismo de Juan con encargo de espiar lo que éste decía de Aquél, y también a Bethabara y a Cafarnaúm, donde dieron parte a otros fariseos de que Jesús estaba ahora en medio de ellos y bautizaba y hacía partidarios. Al volver esta gente de su espionaje hablaba mal de Jesús y murmuraba, aunque tenían pocos partidarios. Una vez preguntaron algunos principales a Jesús qué pensaba de los esenios. Querían tentarle, porque les parecía que tenía Jesús algo de parecido con esa gente, y porque Santiago el Menor, su pariente, pertenecía a esa secta. Culpaban a estos hombres de que se apartaran de los demás, haciéndose singulares y especialmente de que no quisieran casarse. Jesús les contestó que no se podía culpar a esta gente; que si tenían esa vocación era de alabarse; que cada uno tenía su vocación, y si uno no se sentía llamado a eso no debía hacerlo: de otro modo sería como si un baldado quisiera caminar derecho, sin conseguirlo. Cuando le reprochaban que en los esenios había tan pocas familias, Jesús les enumeró muchas familias de esenios y les habló de la buena educación que daban a sus hijos. Habló también del estado matrimonial bueno y malo. Jesús ni se declaró por los esenios ni los reprendió por su vida: de este modo la gente no lo entendió. Ellos pensaban, con estas preguntas, reprocharle que tuviera entre sus discípulos a algunos esenios y que tratara con ellos.

La noche del Sábado al Domingo salió Jesús antes del día de Adama, sin decir que no volvería, y se dirigió con sus discípulos y varios judíos a la montaña para el sermón al cual había invitado. Salió de la puerta de Adama pasando por el puente por donde había entrado. Si hubiesen salido por la otra hubieran debido atravesar el río que corre de Azor hacia Adama y Kades para echarse en el Jordán. Dejaron a Kades a la derecha y caminaron hacia Occidente por las faldas suaves de la montaña. Esta comarca tenía altos peñascos que arriba formaban grandes explanadas y no había aquí tantas cuevas y quebradas

como en las montañas de Palestina. Dejaron a la izquierda la ciudad de Thisbe, que se veía a gran altura.

Aquí vivió algún tiempo Tobías; había casado a un cuñado o hermano y había estado también en la ciudad de Amichoris (ciudad del agua). Habría podido quedarse allí, pero prefirió vivir con sus paisanos en la cautividad, para poder ayudar a su pueblo. Elías había estado también en Thisbe, y Jesús la había ya atravesado. La turba ya estaba reunida en lo alto del monte. La tarde anterior habían subido algunos hombres después del Sábado para ordenar el lugar allá. Había arriba un lugar no cercado y un sillón para enseñar. Las gentes que vivían en casitas, a ambos lados de la montaña, se ocupaban de alzar tiendas y tenían ya los palos y las sogas tendidas. Este lugar era histórico. Josué había celebrado aquí una fiesta a raíz de una victoria contra los canaanitas. Habían llevado agua en odres, y panes y pescados en canastos de mimbre que se podían poner unos sobre otros, en unos casilleros. Cuando Jesús llegó a la cumbre se alzó un clamor general: "Tú eres el verdadero Profeta, el Salvador". Cuando pasaba, la gente se inclinaba ante Él. Serían como las nueve de la mañana cuando llegó. Había desde Adama hasta allí unas seis o siete horas de camino. Habían llevado arriba a muchos endemoniados que gritaban enfurecidos. Jesús los miró y callaron de inmediato cuando les mandó quedarse quietos, y se encontraron libres de los demonios por la fuerza de su mandato. Cuando Jesús llegó a la tribuna puso orden en la turba por medio de los discípulos, haciéndola callar. Luego oró a su Padre, del cual se debe esperar toda ayuda y el pueblo oró con Él. Habló del lugar y de lo allí había sucedido a los hijos de Israel; cómo había aparecido Josué en este lugar para librarlos de los canaanitas y del paganismo, y como fué arrasada Azor. Declaró esto como figuras de otros hechos que estaban sucediendo ahora: que venía la verdad y la luz nuevamente a este lugar con gracia y mansedumbre para librarlos del poder del mal y del pecado. Dijo que no opusiesen resistencia como los canaanitas, para que no viniese el castigo de Dios como había venido sobre Azor. Contó una parábola, que está en el Evangelio y que usaba muchas veces; creo que era la de la siembra del trigo y del campo. Habló también de la penitencia y del reino, y habló de Sí y de su Padre con más claridad de lo que lo había hecho hasta ahora en este país.

X

Los mensajeros enviados por Lázaro

Llegaron mensajeros enviados por Lázaro para prevenir a Jesús de los espías que los fariseos de Jerusalén habían enviado a Adama. Estos mensajeros eran los hijos de Juana Chusa y de Serafia (Verónica). Los discípulos, aprovechando una pausa, llevaron a estos mensajeros ante Jesús, el cual respondió que no se inquietasen por Él, que debía cumplir su misión y que agradecía la atención. Los espías enviados por los fariseos de Jerusalén y los contrarios de Adama, estaban arriba, en la montaña. Jesús no habló con ellos; pero mientras enseñaba, dijo, en alta voz, que le espiaban y le perseguían. Añadió que no conseguirían impedirle que cumpliera lo que su Padre celestial le había encomendado. Les dijo que pronto volvería para anunciarles la verdad y el reino.

Se habían congregado muchas mujeres con sus hijos y les pedían la bendición para éstos. Los discípulos estaban preocupados: pensaban que Jesús no debía hacerlo por causa de los espías presentes. Jesús rechazó sus temores: dijo que la intención de las mujeres era buena y que los hijos serían mejores y pasó por la fila de ellas, bendiciendo. Duró el sermón hasta la tarde, desde las diez horas, y luego fué ordenado el pueblo para la comida. A un lado de la montaña había cierto número de parrillas, donde se podían asar los pescados. Reinaba un orden admirable. Los habitantes de cada ciudad se sentaban juntos, aún los de la misma calle y entre ellos los de la misma familia o vecinos. Cada grupo de una calle tenía un encargado para buscar los alimentos y repartirlos. Los comensales tenían, cada uno, o uno para varios del grupo, una especie de cuero enrollado, que abierto servía de fuente, y tenían también instrumentos de mesa, como cuchillos de hueso y cucharas, que llevaban consigo unidos por el cabo. Algunos llevaban recipientes hechos de calabazas, otros de corteza y tomaban el agua de los odres. Otros se hacían estos vasos allí mismo o en el camino con mucha facilidad. Los encargados recibían los alimentos de manos de los discípulos, que repartían una porción para cuatro o cinco comensales, a los cuales ponían panes y pescados sobre los cueros que tenían delante. Jesús bendijo los alimentos antes de ser repartidos. Hubo también aquí una multiplicación de alimentos, pues no hubiese alcanzado lo que se tenía preparado para los

millares que acudieron al sermón de Jesús. He visto que cada grupo no recibía sino una pequeña porción; a pesar de esto, al terminar todos quedaron satisfechos, y sobró aún mucho, que fué recogido por los pobres en canastos y llevado a sus casas. Había allí algunos soldados romanos de paso por la ciudad y de esos que Léntulo tenía a sus órdenes o que le conocían; quizás habían sido enviados por él para traerle noticias de Jesús: se llegaron a los discípulos y pidieron algunos de los panes bendecidos por Jesús para enviárselos a Léntulo. Recibieron esos panes que guardaron en saquitos que traían sobre sus espaldas.

Cuando terminó la comida ya había oscurecido y se necesitaron antorchas para andar. Jesús bendijo al pueblo y abandonó con sus discípulos la montaña. Se separó luego de ellos; los discípulos tomaron un atajo para llegar a Betsaida y Cafarnaúm, y Jesús con Saturnino y otros se dirigió al Sudoeste, a una ciudad cerca de Bertha, que se llama Zedad, y pasó la noche en un albergue fuera de la ciudad.

XI

Jesús se dirige a Cafarnaúm por Gatepher

Vi a Jesús la noche del Lunes al Martes caminando por la montaña con Saturnino y otros discípulos. Jesús andaba solo y rezaba, y los discípulos le preguntaron la razón; Él les habló entonces de la oración en común y de la oración a solas. Les trajo una comparación de serpientes y escorpiones. Si un niño pide un pescado no le dará el padre un escorpión. Este mismo día le he visto sanar enfermos y exhortar en casa de pobres pastores. Lo mismo hizo en la ciudad de Gatepher, patria de Jonás, donde vivían algunos parientes de Jesús. Sanó enfermos en esta ciudad y por la tarde se dirigió a Cafarnaúm. ¡Cómo era de incansable Jesús y cómo obligaba también a los discípulos al trabajo de continuo! Al principio quedaban completamente rendidos. ¡Qué diferencia veo con lo que pasa hoy en día!... Estos discípulos tenían que seguir a las gentes cuando iban por los caminos, catequizarlos o invitarlos a los sermones de Jesús.

En la casa de María, en Cafarnaúm, estaban ya Lázaro, Obed, los sobrinos de José de Arimatea, el novio de Caná y

otros discípulos; además habían llegado siete de las santas mujeres parientes o amigas de María. Todos esperaban a Jesús. Salían y entraban y miraban a lo largo de los caminos para ver si llegaba. Acudieron también discípulos de Juan, trayendo la noticia de que había sido tomado preso, lo cual, causó gran tristeza en todos. Los discípulos fueron al encuentro de Jesús, no lejos de Cafarnaúm y le dieron la noticia sobre Juan. Jesús los tranquilizó y se fué adonde estaba su Madre, sola. A sus discípulos les había mandado que le precedieran.

Lázaro salió a recibirle y le lavó los pies en el vestíbulo de la casa. Cuando Jesús entró los hombres se inclinaron profundamente. Él los saludó, y yendo hacia su Madre, le dió la mano. Ella se inclinó con mucho amor y humildad. No había aquí nada de echarse en los brazos: reinaba una sencilla renuncia a esos extremos; todo era amor, cariño y bondad interiores, que llenaba los corazones. Después fué Jesús hacia donde estaban las otras mujeres, las cuales, veladas, se hincaron delante de Jesús. En estas ocasiones, cuando llegaba y cuando partía, solía bendecir a todos. Después vi preparar una comida; los hombres estaban aparte en las mesas, y en el otro extremo estaban las mujeres con las piernas cruzadas. La conversación versó especialmente sobre la prisión de Juan, expresándose dolor y sentimiento por ello. Jesús les advirtió que no debían juzgar mal ni irritarse; que todo esto debía suceder así; que si Juan no fuera removido, no podría Él cumplir su misión ni llegarse ahora hasta Betania. Luego habló de las gentes entre las cuales había estado.

De la llegada de Jesús nadie sabía nada sino los presentes y los discípulos más fieles. Jesús pasó la noche en un edificio contiguo, donde se recogieron los otros forasteros. Citó a los discípulos para el próximo Sábado en las cercanías de Bethoron, en una casa solitaria que había en la altura. Después lo he visto hablar a solas con María, su Madre. Ésta se afligía y lloraba pensando que Él quería ir a Jerusalén, donde había tanto peligro. Jesús la consoló y le dijo que no se inquietase, que debía cumplir su misión, que aún no habían llegado los días más tristes. La ilustró cómo debía conducirse en la oración, y luego recomendó a todos los demás que se guardasen de todo juicio, de hablar de la prisión de Juan y de las maquinaciones de los fariseos contra su persona; que esto no haría más que entorpecer su misión y aumentar el peligro. Las maquinaciones de los fariseos

entraban también en los designios de Dios: ellos obraban en su propia perdición.

Se habló también de la Magdalena, y Jesús pidió de nuevo que rezasen y pensasen bien de ella; que ya vendría ella también y seria tan buena que daría ejemplo a muchos.

Después de esto vi que Jesús caminaba con Lázaro y cinco discípulos de Jerusalén hacia Betania. Se celebraba el principio del novilunio, y he visto otra vez en las sinagogas de Cafarnaúm y en otros lugares las largas telas con nudos que colgaban fuera y los acostumbrados frutos con sogas en las casas principales.

XII

Juan Bautista en la prisión de Macherus

Ya una vez Herodes había llevado preso por algunas semanas a Juan Bautista, pensando intimidarlo y hacerle cambiar de sentimiento respecto de su conducta con Herodías. Pero atemorizado el rey por la gran muchedumbre que acudía al bautismo, lo había soltado. Juan volvió a su lugar anterior junto a Ainon frente a Salem, a una hora y media del Jordán, al Sur de Sucoth, donde se encontraba su fuente bautismal a un cuarto de hora del gran mar del cual salían dos arroyos rodeando una colina y se echaban en el río Jordán. Junto a esta colina se encontraban los restos de un antiguo castillo con torres, rodeado de galerías y de habitaciones. Entre el mar y la colina estaba el pozo de Juan y en la cumbre de la colina, en un caldero amplio y hundido, habían sus discípulos arreglado una tienda sobre los restos de muralla con escalones. Allí enseñaba Juan.

Esta región pertenecía a Felipe, pero sobresalía como una punta en el territorio de Herodes, razón por la cual éste se abstenía de llevar a cabo su intención de apoderarse del Bautista. Había de nuevo un gran concurso de gentes hacia Juan, para oír su palabra: caravanas de Arabia, con camellos y asnos, y muchos centenares de personas de Jerusalén y de toda la Judea, hombres y mujeres, acudían allí. Las multitudes se turnaban y llenaban la plataforma del montículo, las laderas y se estacionaban en la colina. Los discípulos de Juan mantenían un orden perfecto. Unos están echados, otros sobre sus rodillas, otros de pie, y así todos pueden ser vistos. Los paganos están separados de los judíos, así como los hombres de las mujeres, siempre detrás de éstos. Los que están adelante, en las laderas

están de cuclillas, apoyando la cabeza en las rodillas, con los brazos, o están echados o sentados de lado. Juan parece ahora, desde que volvió de la prisión, como encendido de nuevo ardor. Su voz resuena dulce, de un modo particular, sin embargo, poderosa, y va lejos, de modo que se entiende cada una de sus palabras. Clama, y un millar de gente escucha constantemente su voz. Está de nuevo vestido de piel, y más austero que en On, donde a menudo se ponía un vestido largo. Habla de Jesús, cómo se le persigue en Jerusalén y señala hacia Galilea, donde Él sana, enseña y camina: añade que pronto volverá por estas comarcas, y que sus adversarios nada podrán contra Él, hasta que haya cumplido su misión.

También Herodes acude con una tropa de soldados. Está viajando desde su castillo de Livias a once horas de Dibón y debe pasar por dos brazos de río. Hasta Dibón es el camino muy bueno; después se hace pesado y desigual, sólo transitable para andantes y animales de carga. Herodes viajaba sobre un carro largo y angosto, donde estaba sentado o echado de lado, y había algunos con él. Las ruedas comunes eran gruesos y pesados discos, sin rayos; detrás llevaban otras ruedas colgadas. El camino era desigual, y de un lado habían puesto ruedas más altas y del otro más bajas y así procedían andando con mucho trabajo. La mujer de Herodes iba también sobre uno de estos carros en compañía de otras damas de su cortejo. Los carros eran llevados delante y detrás de Herodes. Herodes va al lugar de Juan, porque éste predica ahora con más fuerza que antes, porque le suele oír de buena gana y porque quiere saber si dice algo contra él. La mujer, en cambio, está espiando la oportunidad de excitarlo más contra él; se muestra dispuesta a acompañar a Herodes, pero está llena de rencor contra Juan.

Había otro motivo más y es que Herodes había oído que el rey Aretas, de Arabia(*), y padre de la mujer de Herodes repudiada, solía ir a oír a Juan, manteniéndose incógnito entre los oyentes. Quería ver si éste estaba allí y maquinaba algo ocultamente contra él. La primera mujer de Herodes, que era buena y hermosa, se había retirado de nuevo junto a su padre, el cual había oído que Juan se declaraba contra Herodes, y así para su propio consuelo había venido a escuchar la voz de Juan. Pero este rey no había aparecido en modo ostentoso sino

(*) El historiador Josefo dice que Aretas, rey de los Arabes y padre de la primera mujer de Herodes, declaró la guerra a su yerno para vengar la injuria hecha a su hija repudiada.

sencillamente vestido y se ocultaba entre los discípulos de Juan pasando por uno de ellos. Herodes entró en su antiguo castillo y se acomodó cerca de donde Juan hablaba, sobre una terraza de escalones, y su mujer se situó sobre almohadones, rodeada de su gente y de soldados debajo de una tienda. Con voz potente Juan clamó al pueblo que no se escandalizase del casamiento de Herodes: debían honrarlo, pero no imitarlo. Esto alegró e irritó al mismo tiempo a Herodes. La fuerza con que ahora clamaba Juan era indescriptible. Su voz era como un trueno y sin embargo dulce y asequible a todos. Parecía que daba todo lo que le quedaba. Ya había anunciado a sus discípulos que su tiempo terminaba; que no le abandonasen por eso; que lo visitasen cuando estuviera preso. Hacía tres días que no comía ni bebía: sólo enseñaba y clamaba de Jesús, y repudiaba el adulterio de Herodes. Los discípulos le rogaban que cesase y tomase algún alimento, pero él no cejaba y estaba como fuera de sí por el entusiasmo.

Desde el lugar donde Juan enseña y clama se disfruta de una vista estupenda: se ve el Jordán en una gran extensión, las lejanas ciudades, los campos sembrados y las huertas de frutales. Deben haber habido aquí grandes edificaciones, pues veo aún restos de gruesas murallas y arcadas de piedras, cubiertas de hierbas, que parecen puentes. En el castillo donde está Herodes hay varias torres restauradas. La comarca es muy abundante en aguas y el lugar de baños está en buen estado; es una obra maestra, pues el agua procede de un canal cubierto desde la colina donde enseña Juan. El lugar del bautismo, de forma oval, tiene tres terrazas cubiertas de verdor que lo rodean y está abierto por cinco pasajes. Es más hermoso aunque más pequeño que el estanque de Bethesda de Jerusalén que suele estar manchado con plantas y hojas de los árboles que le rodean. La fuente del bautismo está detrás de la colina y detrás de ésta, quizás a 150 pasos, hay una gran laguna, con muchos pescados, que veo salir a flote, vueltos hacia Juan, como si quisieran oír su predicación. Veo aquí pequeñas barcas de árboles ahuecados para apenas dos hombres, con asiento en el medio para poder pescar.

Juan se alimenta mal y aún cuando está en compañía de sus discípulos, come muy poco. Ora solo y de noche con la mirada fija en lo alto del cielo. Sabía que su prisión era inminente; por esto hablaba con este ardor y se había despedido de sus discípulos. Había clamado y señalado a Jesús con voz más poderosa que nunca. Decía: "Él viene ahora y yo debo irme; a Él deben

acudir todos. Yo seré quitado muy pronto". Les echaba en cara que eran un pueblo rudo y duro de corazón. Que considerasen lo que había hecho, para preparar los caminos del Señor: había hecho puentes y caminos, removido piedras, hecho fuentes y dirigido las aguas hasta allí. Había sido un trabajo pesado, con tierra infecunda y dura, con rocas ásperas y nudosos troncos. Que había tenido mucho que hacer con el pueblo, de dura cerviz, grosero y protervo. Que aquéllos, en fin, a quienes había podido ablandar y mover, fuesen ahora hacia Jesús, que era el amado Hijo del Padre. Aquél a quien Él admite, será tomado, y aquél a quien Él deseche, será desechado. Él vendrá ahora y enseñará y bautizará y perfeccionará lo que él (Juan) había comenzado. Repudió delante del pueblo el adulterio de Herodes repetidas veces, con toda fuerza. Éste, que por otra parte lo veneraba y temía, parece que disimulaba, aunque internamente estaba furioso contra Juan. La enseñanza había terminado; las turbas iban descendiendo en todas direcciones y las gentes venidas de Arabia y con ellas Aretas, el rey, mezclado con su gente. Herodes no pudo reconocerlo ni verlo. La mujer de Herodes ya se había ausentado y ahora partía también Herodes, ocultando su irritación y se despidió de Juan amigablemente. Juan envió varios mensajeros a diversas partes, despidió a los demás y se retiró a su tienda para recogerse en oración.

Ya oscurecía y los discípulos se habían retirado. De pronto unos veinte soldados rodearon la tienda de Juan, mientras otros mantenían guardia en todos lados. Uno después de otro entraron en la tienda. Juan declaró que los seguiría sin resistencia, pues sabía que su tiempo era llegado y que debía dar lugar a Jesús. No necesitaban ponerle ligaduras, pues él iba a seguirlos voluntariamente; que lo llevasen sin hacer ruído. De este modo los veinte hombres se alejaron de allí con Juan. Juan llevaba solamente su piel de camello y su bastón de caminante. Se aproximaron, sin embargo, algunos discípulos cuando lo llevaban. Juan, con una mirada, se despidió de ellos y les dijo que lo visitasen en su prisión. Empezó a juntarse la gente: los discípulos y muchos otros, y decían: "Se llevan a Juan". Se oyó entonces un clamor de llantos y de quejas. Querían seguirle y no sabían que camino habían tomado, pues los soldados se habían apartado del sendero acostumbrado y seguían otro completamente nuevo, en dirección al Sur. Se levantó un gran clamoreo, llantos y gemidos. Los discípulos se desparramaron en todas direcciones y huye-

ron como en la prisión de Jesús. De este modo se esparció la nueva por todo el país de la Palestina.

Juan fué llevado primero a una torre de Hesebon; los soldados habían caminado con él durante toda la noche. A la mañana vinieron otros soldados al encuentro de éstos, pues ya se había hecho público que Juan estaba preso y la gente se reunía aquí y allá. Los soldados que lo llevaron eran una especie de guardias de su real persona; tenían coraza escamada, el pecho y las espaldas protegidas y largas lanzas. En Hesebon se reunieron muchas personas delante de la prisión de Juan, de modo que los guardianes tenían bastante trabajo en alejarlos. Había aberturas arriba del encierro, y Juan, estando en su prisión, gritaba, de modo que lo oían los de fuera, diciendo que había arreglado los caminos, quebrado rocas, derribado árboles, dirigido corrientes de agua, cavado pozos, teniendo que hacerlo todo con mil dificultades y contrariedades; que así era también el pueblo y por eso ahora estaba preso. Les dijo que se dirigiesen a Aquél que les había señalado, que ya llegaba sobre los caminos preparados. Cuando el Señor viene deben alejarse los preparadores del camino; todos deben dirigirse ahora al Señor Jesús, del cual él no era digno de desatar las correas de sus zapatos. Jesús era la luz y la verdad y el Hijo de Dios. Estas y otras cosas semejantes les decía. A los discípulos les pedía que lo visitasen en su prisión, pues aún no se atreverían a poner las manos en él, y que su hora aún no había llegado. Decía todas estas cosas tan claras y tan altamente como si todavía estuviera en su antiguo lugar de enseñanza ante la muchedumbre. Poco a poco fué desalojada esta turba de pueblo.

Esta aglomeración de gente ante su prisión y estos discursos de Juan a los de afuera se repitieron varias veces. Juan fué llevado después por los soldados desde Hesebon a la prisión de Macherus, que estaba en una altura. Lo vi sentado con otros en un carro bajo, cubierto y angosto, parecido a un cajón y tirado por asnos. Llegados a Macherus lo llevaron a la fortaleza; pero no lo metieron por la puerta común, sino que lo llevaron a un portillo donde abrieron una entrada cubierta de hierbas, y bajaron algunos escalones hasta una puerta de bronce que llevaba a un sótano espacioso, que tenía aberturas arriba para la luz y que habían limpiado pero dejado sin ninguna comodidad.

Herodes se había retirado desde el bautisterio de Juan a su castillo de Herodium, que había edificado el viejo Herodes,

y donde una vez por diversión había hecho ahogar algunas personas en un estanque. Allí se mantenía apartado por el mal humor y no dejaba verse de nadie. Algunos pedían audiencia para quejarse de la prisión de Juan; por esto estaba algo temeroso y se mantenía encerrado en sus departamentos. Después de algún tiempo pudieron los discípulos, aunque pocos, acercarse a la prisión, hablar con él y alcanzarle algunas cosas a través de las rejas. Si eran muchos, los soldados los alejaban. Juan mandó a sus discípulos de Ainon que bautizaran hasta tanto viniese Jesús e hiciese bautizar por los suyos. La prisión de Juan era espaciosa y clara, pero para descansar sólo había un banco de piedra. Juan se mantenía serio y tranquilo. Siempre tuvo algo de triste y de impresionante en su rostro, como quien debía anunciar al Cordero de Dios y señalarlo a las gentes, aunque sabiendo que a ese Cordero de Dios lo habían de matar los mismos a quienes él lo anunciaba y lo señalaba.

XIII

Jesús otra vez en Betania

Desde Cafarnaúm se dirigió Jesús camino de Betania, con Lázaro y los cinco discípulos de Jerusalén a la comarca de Betulia. En realidad, no entraron en esta ciudad situada en una altura; el camino los llevaba por los contornos en dirección de Jezrael, cerca de donde Lázaro tenía una especie de posada con jardín. Los discípulos los habían precedido para preparar la comida. Un hombre de confianza de Lázaro cuidaba el puesto. Era muy de mañana cuando llegaron, se lavaron los pies, se sacudieron el polvo, tomaron algún alimento y descansaron. Desde Jezrael pasaron un riachuelo y dejando a Scythopolis y a Salem a la izquierda atravesaron la ladera de una montaña en dirección del Jordán. Cruzaron el Jordán al Sur de Samaría y descansaron, porque ya era de noche, algunas horas en una altura a orillas del Jordán, donde vivían unos buenos pastores. Antes de amanecer estaban ya andando entre Gilgal y Hay, a través del desierto de Jericó. Jesús y Lázaro marchaban juntos. Los discípulos habían tomado otro camino, adelantándose algún tanto. Jesús y Lázaro anduvieron todo el día por caminos solitarios y no entraron en ninguna población ni albergue, aunque Lázaro tenía algunos en estos lugares poco poblados.

Pocas horas antes de llegar a Betania se adelantó Lázaro y Jesús siguió solo su camino. En Betania estaban ya reunidos los cinco discípulos de Jerusalén, otros quince adeptos de Jesús y siete de las santas mujeres. He visto allí a Saturnino, Nicodemus, José de Arimatea, sus sobrinos (Aram y Themeni), los hijos de Simeón (Obed y otros dos), los hijos de Juana Chusa y de Verónica y los de Obed. Entre las mujeres estaban Serafia (Verónica), Juana Chusa, Susana (hija de un hermano mayor de San José llamado Cleofás), María Marcos, la viuda de otro Obed, Marta y su fiel criada, que lo era también de Jesús y sus discípulos. Todas estas personas esperaban silenciosas la llegada de Jesús, en un gran salón subterráneo en la casa de Lázaro. Hacia la tarde llegó Jesús y entró por una puerta reservada en el jardín. Lázaro le salió al encuentro en una sala de la casa y le lavó los pies. Había una fuente cavada a la cual afluía el agua desde la casa y Marta había mezclado agua fría con caliente para templarla. Jesús se sentó en el borde de la fuente y puso los pies dentro, mientras Lázaro los lavaba y los secaba. Luego sacudió los vestidos de Jesús del polvo del camino, le acomodó otras suelas a los pies y le trajo alimento.

Después fueron Jesús y Lázaro a través de una enramada larga, hacia la sala subterránea. Las mujeres se cubrieron con el velo y se hincaron delante de Él; los hombres sólo se inclinaron profundamente. Jesús saludó a todos y los bendijo. Después se sentaron a comer. Las mujeres estaban en un extremo de la mesa, sentadas, con las piernas cruzadas. Nicodemus se manifiesta siempre muy ansioso de la palabra de Jesús. Como los hombres hablaban, quejándose, irritados, por la prisión de Juan, Jesús dijo: "Esto debe suceder así y entra en la voluntad de Dios. Mejor es no hablar de esto y no excitar a nadie ni llamar la atención, para no aumentar el peligro". Si Juan no hubiese sido removido no hubiera podido obrar Él en estos lugares. "Las flores, añadió, deben caer de los árboles cuando llega el fruto". Hablaban, también irritados, por el espionaje de los fariseos y sus persecuciones. Jesús les mandó callar y permanecer tranquilos. Lamentó la ceguera de los fariseos y contó la parábola del mayordomo infiel. Los fariseos son también mayordomos infieles; pero no tan prudentes como aquél, y por consiguiente no tendrán ya refugio el día de su reprobación.

Después de la comida pasaron a otra sala donde ya estaban las lámparas encendidas y Jesús guió las oraciones, porque se

celebraba el Sábado. Habló aún con los hombres y luego se retiraron a descansar. Cuando todo estaba en silencio y todos dormían, se levantó Jesús secretamente, sin que nadie lo notara, y se fué a la cueva del Huerto de los Olivos, donde más tarde, antes de su pasión, sudó sangre. Jesús rogó varias horas a su Padre celestial pidiéndole fuerzas para su misión. Antes de rayar el alba, volvió a Betania sin ser notado.

Los hijos de Obed, que eran servidores del templo, fueron con otros a Jerusalén; los demás permanecieron quietos en casa y nadie se enteró de la presencia de Jesús en Betania. Jesús habló hoy, durante la comida, de sus viajes a las ciudades de la Alta Galilea, Amead, Adama y Seleucia; y como los hombres hablaron con vehemencia contra las sectas, les reprochó su dureza en juzgar y les contó la parábola de un hombre que había caído en mano de los ladrones en el camino de Jericó, y cómo un samaritano se compadeció más de este infeliz que los levitas. He oído varias veces ésta y otras parábolas, pero siempre con nuevas aplicaciones. Habló también de la suerte y del fin de Jerusalén. De noche, mientras todos dormían, fué Jesús de nuevo a la gruta del Huerto de los Olivos a rezar. Derramó muchas lágrimas y tuvo gran miedo y turbación. Era como un hijo que se dispone a emprender una gran obra de su padre y que antes se echa en los brazos de su Padre para recibir consuelo y fuerza.

Mi guía (el ángel custodio) me dijo que cuantas veces estaba en Betania y tenía algunas horas libres, se venía aquí a rezar. Era esta una preparación para su última oración y lucha en el Huerto de los Olivos. Me fué mostrado que Jesús oraba y se recogía especialmente en este lugar, porque Adán y Eva, echados del Paraíso terrenal, pisaron la tierra maldecida por primera vez en este Huerto de los Olivos. Los he visto en esta gruta lamentarse y llorar y orar. Vi también que Caín, trabajando aquí, comenzó a pensar y determinó matar a su hermano Abel. Yo pensé en Judas. He visto que Caín llevó a cabo la muerte de su hermano en el monte Calvario, y que luego aquí, en el Huerto de los Olivos, lo llamó Dios a cuentas. Jesús, al rayar el día, se encontraba de nuevo en Betania.

XIV

Tratan las santas mujeres de proveer posadas para Jesús y sus discípulos

Cuando terminaron las fiestas del Sábado se llevó a cabo una obra por la cual Jesús había principalmente venido a Betania. Las santas mujeres habían sabido con dolor que Jesús y sus discípulos habían sufrido mucha penuria en sus viajes, especialmente en el último apresurado a Tiro, donde les faltó lo necesario, y el mismo Jesús tuvo que comer un pedazo de pan duro que Saturnino había alcanzado a obtener de limosna, que debió Jesús antes ablandarlo en el agua. Las mujeres se ofrecieron para elegir en determinados lugares albergues y posadas, y proveerlas de lo necesario, y Jesús aceptó esta idea. Por eso también había venido Jesús hasta aquí. Como Jesús declaró que desde ahora se proponía enseñar públicamente en todos los lugares, se ofrecieron Lázaro y las mujeres a erigir y arreglar albergues, ya que los judíos de los alrededores de Jerusalén, por instigación de los fariseos, negaban a Jesús y a sus discípulos las cosas que necesitaban. Pidieron entonces a Jesús que señalase los puntos principales de los viajes que emprendería y el número de los discípulos que llevaría, para ordenar los albergues que debían preparar y la cantidad de provisiones que debían almacenar. Jesús señaló los puntos principales de sus viajes apostólicos y el número de los discípulos que llevaría, y así se determinaron quince albergues a erigirse y poner cuidadores de confianza, parientes o conocidos, repartidos en todo el país, a excepción de la tierra de Chabul, cerca de Tiro y de Sidón. Las santas mujeres se reunieron y trataron qué comarcas y qué clase de albergues iba a tomar cada una, y se distribuyeron para buscar los cuidadores, los utensilios, mantas, vestidos, suelas y sandalias, quiénes cuidarían de los mismos, de su lavado y conservación, no olvidando la provisión de pan y alimentos. Todo esto se hizo antes, durante y después de la comida. Marta parecía que estaba verdaderamente en su oficio. Después se sortearían entre ellas para cubrir los gastos, y cuanto correspondería a cada una de ellas.

Después de la comida estuvieron Jesús, Lázaro, los amigos y las santas mujeres reunidos reservadamente en una gran sala. Jesús estaba sentado a un lado del salón en un asiento levantado y los hombres, unos de pie, otros sentados, en torno de Él;

las mujeres estaban sentadas en otro lado de la sala, sobre gradas cubiertas de almohadones y esteras.

Jesús enseñó sobre la misericordia de Dios para con su pueblo; cómo enviaba un Profeta después de otro; cómo todos estos habían sido desconocidos y maltratados, y cómo este pueblo rechazará también la última gracia; y lo que le sucederá por eso. Como hablara largamente sobre esto, dijeron algunos: "Señor, enséñanos esto mismo en alguna hermosa parábola". Jesús dijo de nuevo la parábola del Rey que manda a su Hijo a la viña, después que los viñateros hubieron matado a los enviados anteriores, y cómo también mataron al Hijo. A continuación, como algunos hombres habían salido de la sala, Jesús se puso a pasear de un lado a otro con algunos. Marta, que iba y venía entre las mujeres, se acercó a Jesús y le habló de nuevo de su hermana Magdalena, después de haber oído las cosas que le contó Serafia, la Verónica.

XV

La parábola de la perla perdida y encontrada

Mientras Jesús se paseaba en la sala con los hombres, las mujeres se sentaron a jugar a una especie de lotería o suerte para ver a quien le tocaba proveer lo que habían tratado. Había allí una mesa con rollos que tenía la forma de una estrella de cinco rayos terminada en una caja alta como de dos pulgadas. En la parte superior de la caja, que estaba vacía y dividida en varios compartimentos, salían de las cinco puntas hacia el medio otros cinco canalitos hondos y cavados, y entre éstos varios agujeros que conducían al interior de la caja. Cada una de las mujeres tenía una cuerda larga con sarta de perlas y otras muchas piedras preciosas consigo, de las cuales, según el juego, mezclaban algunas que apretadas, las metían en uno de los canalitos, después ponía una tras otra una pequeña caja al extremo del canalito, detrás de la última perla y con un golpe de mano arrojaba una pequeña flecha de la caja contra la perla más próxima; con lo cual toda la hilera de perlas recibía un golpe, de modo que algunas saltaban y caían por la abertura o en el interior de la caja o saltaban sobre los otros canalitos. Cuando todas las perlas estaban fuera de las hileras, se sacudía la mesa que estaba sobre rodillos, algún tanto, y con este movimiento las perlas caídas adentro pasaban a otras cajitas pequeñas que

se sacaban del extremo de la mesa y que pertenecían a cada una de las mujeres. De este modo sacaba cada una de ellas una cajita y veía lo que había ganado para su empleo o lo que había perdido de su sarta de perlas. La viuda de Obed había perdido a su marido hacia poco tiempo y aún estaba de luto; su marido había estado aquí mismo con Lázaro y Jesús, antes de ir Éste al bautismo de Juan.

En este juego de sorteo se les perdió a las mujeres una perla de mucho valor, que había caído entre ellas. Mientras estaban removiendo todo y buscaban con cuidado la perla, después de haberla encontrado con mucho contento de las mismas, entró Jesús y les contó la parábola de la dracma perdida y de la alegría de haberla encontrado; y con esta parábola de la perla perdida y de la alegría de haberla encontrado pasó a referirse a Magdalena. Él la llamó perla más preciosa que otras muchas, que había caído de la mesa del amor al suelo y se había extraviado. "¡Con qué alegría, añadió, vais a encontrar de nuevo esa perla perdida!" Entonces preguntaron las mujeres ansiosas: "¡Ah, Señor! ¿Y esa perla se volverá a encontrar?" Jesús les dijo: "Es necesario buscar con más diligencia de lo que la mujer busca la dracma y que el pastor busca la oveja descarriada". Por estas palabras de Jesús prometieron todas hacer más diligencia para buscar a Magdalena y así alegrarse más que por la perla encontrada.

Algunas mujeres rogaron al Señor quisiera recibir al joven de Samaría entre sus discípulos, que le había rogado después de la Pascua en el camino de Samaría. Hablaron de la gran virtud y de la ciencia de ese joven, el cual, creo, estaba emparentado con alguna de esas mujeres. Jesús les contestó que difícilmente vendría: "Está ciego de un lado", explicándoles que estaba demasiado aficionado a sus riquezas.

Por la tarde resolvieron muchos hombres y mujeres ir a Bethoron, donde Jesús iría al día siguiente a enseñar. Jesús había estado de nuevo secretamente en la gruta del Huerto de los Olivos, y oró allí con gran ansiedad; después con Lázaro y Saturnino se encaminó a Bethoron, como a seis horas de camino. Era ya una hora después de medianoche. Cruzaron el desierto y cuando estaban como a dos horas de la ciudad viniéronles al encuentro algunos discípulos que habían sido enviados el día antes a Bethoron y estaban en un albergue. Estaban allí Pedro, Andrés, su medio hermano Jonatán, Santiago el Mayor, Juan, Santiago el Menor y Judas Tadeo, que por primera vez

había acompañado a los otros; Felipe, Natanael Chased, Natanael el novio de Caná y alguno que otro de los hijos de las viudas. Jesús descansó con ellos en el desierto bajo un árbol durante algún tiempo mientras enseñaba. Volvió a hablar sobre la parábola del Señor de la viña que envía a su Hijo. Luego fueron al albergue y comieron. Saturnino, que había recibido monedas de las mujeres, fué a comprar los alimentos.

XVI

Jesús en Bethoron. Fatiga de los discípulos

Hacia las ocho de la mañana llegaron a Bethoron. Unos discípulos se fueron a la casa del jefe de la sinagoga y pidieron las llaves diciendo que su Maestro quería enseñar. Otros recorrieron las calles llamando las gentes al sermón. Jesús entró con los demás en la sinagoga que pronto quedó llena. Comenzó nuevamente la parábola del Señor de la viña, cuyos enviados fueron muertos por los viñateros infieles, y del propio Hijo a quién mataron hasta que el Señor entregó la viña a otros trabajadores. Habló de la persecución contra los profetas, de la prisión de Juan Bautista, y de su propia persecución hasta que pusieran manos en Él. Sus palabras despertaron gran admiración entre los judíos: algunos se alegraron, otros se irritaron y decían: "¿De dónde viene Éste de nuevo aquí? Y eso que nada sabíamos de su venida". Algunos sabiendo que las mujeres se encontraban en un albergue del valle, fueron allá a preguntarles el motivo de la venida de Jesús.

Sanó aquí a algunos enfermos de fiebre y abandonó la ciudad. Al albergue habían llegado Verónica, Juana Chusa y la viuda de Obed y habían preparado la comida. Jesús y sus discípulos comieron algo, de pie; luego se ciñeron y emprendieron viaje de inmediato. El mismo día enseñó en la ciudad de Kibzaim y en algunas localidades pastoriles. En Kibzaim no estaban todos los discípulos juntos; se reunieron recién en un edificio junto a una casa de pastores bastante espaciosa, en los confines de Samaría, en el mismo lugar donde María y José, en el viaje a Belén, fueron recibidos después de haber pedido hospitalidad en otros lugares. Aquí comieron y pasaron la noche. De ellos he visto aquí unos quince. Lázaro y las santas mujeres habían vuelto a Betania.

Al día siguiente salió Jesús con sus discípulos, a veces juntos, a veces separados, con mucho apuro, a través de grandes y pequeñas poblaciones. Pasaron por Najoth y Gabaa, como a cuatro horas de Kizbaim. En todos estos lugares no dió tiempo el Señor para disponer la sinagoga, sino que enseñaba sobre alguna colina al aire abierto, en algún lugar apropiado y a veces a la vera de algún camino donde podía reunirse la gente. Los discípulos le precedían, entrando en las chozas y casas de los pastores, e invitando a reunirse en un punto donde Jesús podía enseñar. Sólo algunos discípulos quedaban con Él. Todo el día anduvieron con infinito trabajo y fatiga, de pueblo en pueblo. Jesús sanó a muchos enfermos que clamaban por salud. Había entre ellos algunos lunáticos. Muchos endemoniados gritaban detrás de Él, y Jesús les mandaba callar y salir de esas personas.

Lo que hacía más pesada esta jornada era la mala voluntad de parte de los judíos y la sorna de los fariseos. Estos lugares cercanos a Jerusalén estaban llenos de gentes que se habían declarado contra Jesús. Sucedía entonces como pasa ahora en los pequeños pueblos, donde de todo se charla y nada se hace. Además de esto la aparición de Jesús con tantos discípulos y su severa enseñanza agriaron más los ánimos. En estos lugares dijo Jesús lo que había dicho en otros: que era el tiempo de la última Gracia y de la postrera llamada; que luego vendría el juicio y el castigo. Hablaba del mal trato a los profetas, de la prisión de Juan y de la persecución que se hacía de su misma Persona. Repetía la parábola del Señor de la viña, que ahora enviaba a su Hijo; que el reino de Dios se acercaba y como el Hijo de ese Rey tomará posesión del reino. Clamó varias veces con ayes contra Jerusalén y contra aquéllos que no quieren aceptar su reino y no hacen penitencia. Estas severas enseñanzas se mezclaban con exhortaciones amorosas y con la curación de muchos enfermos. De este modo se procedía de un lugar a otro.

Los discípulos tenían mucho trabajo; traíales todo esto una extraordinaria fatiga. Donde llegaban y anunciaban el sermón de Jesús oían replicar sarcásticas expresiones contra Él: "¡Ya viene Ése de nuevo! ¿Qué es lo que quiere?... ¿De dónde viene?... ¿No se le ha prohibido?...". También a veces se reían de ellos; gritaban detrás de ellos y se burlaban. Algunos se alegraban del anuncio de Jesús; pero no eran muchos. A Jesús directamente nadie se atrevía a increpar. Pero donde enseñaba y los discípulos estaban cerca, o le seguían en los caminos y ca-

lles, todos los gritos se dirigían contra ellos; los detenían a veces y preguntaban. Habían oído a veces mal las palabras de Jesús, o no las habían entendido, y querían una explicación. Después resonaban de nuevo gritos de alegría. Jesús había sanado a algunos enfermos y ellos se irritaban y se alejaban de Él.

De este modo se sucedían los días, hasta la tarde, en apuros y trabajos, sin descanso y sin probar bocado. Yo veía como eran al principio flacos y descorazonados los discípulos. A menudo cuando Jesús enseñaba y ellos eran preguntados, se ponían cabizbajos y no entendían lo que realmente se quería de ellos. Y así no estaban contentos con su situación. Ellos pensaban y hablaban: "Lo hemos dejado todo y ahora venimos a parar en este barullo y en esta confusión. ¿Qué es este reino de que habla tan a menudo? ¿Lo alcanzará en realidad?" Esto es lo que pensaban, pero calladamente; aunque se notaba muchas veces que estaban dudosos y desconfiados. Sólo Juan iba del todo despreocupado, como un niño obediente y confiado. Y todo esto a pesar de haber visto y de estar viendo tantos milagros a cada momento. Era admirable ver como Jesús, que conocía todos sus pensamientos y angustias, proseguía imperturbable su misión, sin cambiar de aspecto ni inmutarse, siempre igualmente apacible y seriamente amable. Jesús anduvo ese día hasta la noche; después descansaron, con un pastor, donde no recibieron nada o casi nada, al otro lado de un riachuelo que limita con Samaría. El agua del riacho no era potable; el lecho era muy angosto y tenía, no lejos de su nacimiento, al pie del Garizim, un curso rápido hacia Occidente.

XVII

Jesús junto al pozo de Jacob

Al día siguiente pasó Jesús el riachuelo, dejando el monte Garizim a la derecha, hacia la ciudad de Sichar. Sólo Andrés, Santiago el Mayor y Saturnino estaban con Él; los demás habían tomado diversas direcciones. Jesús fué al pozo de Jacob al Norte del monte Garizim y al Sur del Ebal, en la herencia de José, sobre una pequeña colina, de donde dista Sichar un cuarto de hora al Oeste en un valle que se extiende en torno de la ciudad. De Sichar hacia el Norte a una hora está situada Samaría, sobre una montaña. Varias sendas abiertas en la roca y entre piedras suben de diversas partes a lo alto de la colina, donde hay

un edificio octogonal rodeado de árboles y de asientos de verdor que encierra el llamado pozo de Jacob. Este edificio está rodeado de una arcada abierta, debajo de la cual pueden estar cómodamente unos veinte hombres. Frente al camino a Sichar hay una puerta, generalmente cerrada, que lleva, por debajo de la galería, al pozo de Jacob, que tiene un techo con una abertura a veces cerrada con una cúpula. El interior de esta edificación tiene tanto espacio que se puede andar cómodamente. El pozo está cerrado con un cobertor de madera. Cuando se abre éste se ve un pesado cilindro frente a la entrada, hacia el lado contrario, sobre el borde del pozo, en posición transversal, al cual, por medio de una manivela, está unido el balde para sacar el agua. Frente a la puerta hay una bomba por medio de la cual se puede alzar al agua del pozo, hasta la pared de la casa, que sale por tres canales al Este, al Oeste y al Norte, y se dirigen a pequeñas fuentes hechas afuera, para lavarse los pies los viajeros, para limpieza de sus vestidos y para abrevar sus animales.

Era mediodía cuando llegó Jesús con sus tres discípulos a la colina. Mandó a éstos a Sichar para comprar alimentos y subió solo a la colina para esperarlos. Era un día muy caluroso; Jesús estaba rendido y con mucha sed. Se sentó a la vera del camino, cerca del pozo que llevaba de Sichar hacia arriba; parecía, mientras apoyaba la cabeza sobre la mano, esperar que alguien abriese el pozo y le diese de beber. Vi entonces salir una mujer samaritana, de unos treinta años, con el odre colgando del brazo, acercarse y subir al pozo para sacar agua. Su aspecto era hermoso. Ascendió con soltura y vigor, a grandes pasos, la colina del pozo. Su ropa era más distinguida que las comunes y un tanto rebuscada. Llevaba un vestido azul y colocado, con grandes flores amarillas; las mangas, en la mitad del brazo superior e inferior con pulseras amarillas, parecían rizadas en los codos. Tenía una pechera adornada con lazos y cuerdas amarillas; el cuello cubierto con un paño de lana amarilla adornado con abundantes perlas y corales. El velo, de costoso y fino trabajo, que colgaba hacia abajo, podía ser recogido y atado a mitad del cuerpo. Recogido el velo por detrás terminaba en un cabo formando a los lados del cuerpo dos pliegues en los cuales podían descansar cómodamente los brazos con los codos. Si tomaba con ambas manos el velo sobre el pecho quedaba todo el cuerpo cubierto como un manto. La cabeza estaba cubierta de modo que no se veían los cabellos; de la frente salía un adorno que recogía la parte anterior del velo, que podía ser bajado

sobre el rostro hasta el pecho. La mujer llevaba una especie de delantal de color más oscuro, que parecía de pelos de camello o de cabra, con bolsillos arriba; lo llevaba en el brazo, de modo que cubría en parte el odre de cuero pendiente de su brazo. Parecía a propósito para estos trabajos de sacar agua a fin de resguardar los vestidos. El odre era de cuero como un saco sin costura; en dos partes estaba abovedado como si estuviera forrado con planchas de madera; las otras dos partes se plegaban como una cartera vacía. En las dos partes tiesas había sujetas dos agarraderas y pasaba una correa de cuero con la cual tenía la mujer sujeto el odre a su brazo. La abertura del odre era angosta; cuando se llenaba formaba como un embudo y se cerraba como las blusas de los obreros. Cuando estaba vacío, el odre colgaba plano del brazo y cuando estaba lleno ocupaba el espacio de un balde lleno.

Esta mujer subió ágilmente la colina para buscar agua del pozo de Jacob para sí y para otros. Yo le tengo cariño: me parece bondadosa, ingeniosa y sincera. Se llama Dina[*], es hija de matrimonio mixto y de la secta de los samaritanos. Vive en Sichar, aunque no es nacida allí. Por su vida pasa por desconocida con el nombre de Salomé. La toleran en esta ciudad a ella y a su marido por su buena índole natural, sincera, amigable y servicial. Debido a los vericuetos del camino no pudo Dina ver a Jesús hasta que estuvo frente a Él. Su presencia aquí, donde estaba tan solitario y sediento en el camino del pozo, tenía algo de sorprendente. Jesús estaba vestido con una indumentaria larga y blanca, de lana fina, con ancha faja, como un alba. Era la vestimenta que usaban los profetas. Los discípulos solían llevársela en los viajes. Solía ponérsela cuando aparecía en lugares y solemnidades públicas, para enseñar o prefetizar. Al verse frente a Jesús de pronto e inesperadamente Dina dejó caer su velo sobre la cara y permaneció indecisa sin pasar adelante, pues el Señor estrechaba el camino. He podido ver su íntimo pensamiento: "¡Un hombre! ¿Qué quiere aquí?... ¿Es esta una tentación?"

Jesús, a quien ella reconoció como judío, la miró amigablemente, con luminosa mirada, y mientras retiraba los pies, porque el sendero era allí muy angosto, díjole: "Pasa adelante y dame de beber". Esto admiró a la mujer, porque los judíos y samaritanos no estaban acostumbrados sino a miradas despre-

(*) El Martirologio la llama Photina.

ciativas de unos a otros. Quedó suspensa y dijo: "¿Por qué estás Tú aquí, tan solo, en esta hora? Si me ven contigo habría un escándalo". Replicó Jesús que sus compañeros fueron a la ciudad a comprar alimentos. Dina contestó: "En verdad he visto a tres hombres en el camino, pero poco conseguirán en esta hora. Lo que los siquemitas han preparado hoy lo necesitan para si". Decía esto porque había en Sichar una fiesta o un día de ayuno, y nombró otro lugar donde podrían todavía conseguir alimentos. Jesús dijo de nuevo: "Pasa adelante y dame de beber".

Entonces Dina pasó adelante. Jesús se levantó y la siguió hasta el pozo, que fué abierto por ella. Mientras caminaba, dijo Dina: "¿Cómo puedes Tú que eres judío pedirme de beber a mí que soy samaritana?" Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios y Quien es el que te pide de beber, le hubieras pedido tú que te diera de beber, y Él te habría dado las aguas vivas". Entonces destapó Dina el pozo, sacó el balde y habló a Jesús, que se había sentado al borde del pozo: "Señor, Tú no tienes recipiente para sacar agua y la fuente del pozo está muy profunda. ¿De dónde sacarás esas aguas vivas?... Eres acaso más grande que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo y bebió él mismo de él y sus hijos y sus animales?" Mientras decía estas cosas vi en cuadros cómo Jacob cavaba este pozo y cómo saltó el agua contra su persona.

La mujer entendió como si se tratase de fuentes de aguas naturales. Dejó bajar el balde, que cayó pesadamente y luego lo levantó. Alzóse las mangas, que se hincharon en la parte de arriba, y con los brazos descubiertos llenó su odre con el balde, y luego llenó un recipiente de corteza pequeño que tenía y alcanzó el agua a Jesús, que bebió y dijo: "Quien toma de esta agua tiene sed de nuevo; pero quien bebiere del agua viva que Yo le daré a beber, no tendrá ya sed para siempre. Porque el agua que Yo le daré será para él una fuente que se alzará hasta la vida eterna". Dina dijo contenta a Jesús: "Señor, dame de esa agua viva para que no tenga más sed y no tenga que venir hasta aquí a sacar agua con tanto trabajo". Ya estaba conmovida con las expresiones de agua viva: sin entender del todo lo que Jesús quería decirle, tenía ya una idea de que Jesús se refería al cumplimiento de la promesa. Cuando pidió el agua viva ya había experimentado un movimiento profético en su corazón. Siempre he sentido y sabido que las personas con las cuales Jesús tuvo algo que hacer, no estaban como personas particu-

lares, sino que representaban la figura completa de una totalidad de personas o clase de personas con tales sentimientos. Y porque eran así, ya eso expresaba el cumplimiento de los tiempos. En Dina, la samaritana, estaba toda la secta samaritana, separada de la verdadera religión de los hebreos, y una secta separada de la fuente de agua viva, el Salvador. Jesús tenía, pues, sed de la salud del pueblo samaritano y deseos de darle el agua viva de la cual se habían apartado. Aquí se encontraba la parte salvable de la secta de Samaría que deseaba el agua de la vida y que extendía la mano abierta para recibirla. Samaría hablaba, pues, por medio de Dina: "Dame, Señor, la bendición de la promesa, apaga mi sed tan antigua, ayúdame a conseguir esa agua viva, para que tenga consuelo, algo más que con este pozo de Jacob, que es lo único que aún nos une con el pueblo judío".

Cuando Dina dijo esas palabras, Jesús contestó: "Vete a casa y llama a tu marido y vuelve aquí". Oí que le dijo esto dos veces, porque no estaba allí para instruirla a ella sola. Era como si dijera a la secta: Samaría, llama a aquél a quien tú perteneces, a aquél a quien en sagrada unión estás unida. Dina contestó: "No tengo marido". Con esto confesaba Samaría al Esposo de las almas, que ella (la secta) no tenía ninguno a quien pertenecía. Jesús respondió: "Dices bien: seis hombres has tenido, y aquél con quien ahora vives no es tu marido. En esto has hablado rectamente". Era como decir Jesús a la secta. Samaría, tú dices la verdad; con los ídolos de cinco pueblos(*) estabas enredada y tu presente unión con Dios no es una unión matrimonial. A esto respondió Dina, bajando los ojos e inclinando la cabeza: "Señor, veo que Tú eres un profeta". Esto diciendo, bajóse de nuevo el velo, dando a entender la secta samaritana que entendió la misión divina del Señor y se confesó culpable. Como si entendiera Dina las palabras de Jesús: "Aquel hombre con quien ahora vives no es tu marido"; esto es, tu presente unión con el Dios verdadero no es legal; el culto a Dios de los samaritanos ha sido, por el pecado y el amor propio, separado de la alianza de Dios con Jacob.

Como si percibiera el sentido de estas palabras, hizo referencia a los pecados del cercano monte Garizim y dijo buscando enseñanza: "Nuestros padres han adorado sobre este monte y

---

(*) El rey de Asiria llevó cautivos a los israelitas vencidos y transplantó a Samaría cinco pueblos con sus ídolos y creencias. Los pocos que habían quedado del pueblo judío se mezclaron con los paganos venidos de Asiria.

vosotros decís que Jerusalén es el lugar donde se debe adorar". Entonces dijo Jesús: "Mujer, créeme, viene la hora en que vosotros ni en Garizim ni en Jerusalén adoraréis al Padre". Con esto quería decir: Samaría, viene la hora en que ni aquí ni en el templo en el *Sancta sanctorum* habrá que adorar, porque está entre vosotros. Y dijo más: "Vosotros no sabéis lo que adoráis, pero nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salud viene de los judíos". Aquí le dijo una parábola de los brotes infructuosos y salvajes de los árboles que se van todo en madera y hojas y no dan fruto. Con esto quería decir a la secta: Samaría, tú no tienes seguridad de la adoración, no tienes ninguna alianza, ningún sacramento, ninguna prenda de la alianza, ninguna arca de la alianza, ningún fruto. Todo esto, en cambio, lo tienen los judíos; de ellos nace el Mesías. Y continuó Jesús: "Pero viene la hora, y ya está, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; pues el Padre quiere tales adoradores. Dios es espíritu y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad". Con esto quiso decir: Samaría viene la hora y ya está cuando el Padre debe ser adorado por los verdaderos adoradores en el Espíritu Santo y en el Hijo, que es el camino y la verdad. Dina contestó al Señor: "Yo sé que el Mesías viene. Cuando Él venga nos enseñará todas las cosas". Con estas palabras habló aquella parte de Samaría y la secta a la cual se le podía reconocer una participación de la promesa en el pozo de Jacob: Yo espero y creo en la venida del Mesías, Él nos ha de ayudar. Jesús contestó: "Yo soy; Yo, el que hablo contigo". Esto era tanto como decir a todos los de Samaría que deseaban convertirse: Samaría, Yo he venido al pozo de Jacob y tuve sed de ti, agua de este pozo, y ya que tú me diste de beber, te prometí aguas vivas para que no tengas sed; y tú has manifestado que crees y esperas en estas aguas vivas. Mira, premio tu buena voluntad porque has apagado mi sed de ti, con tu deseo de Mi. Samaría, yo soy la fuente de las aguas vivas. Yo soy el Mesías, que hablo ahora contigo.

Cuando Jesús dijo: "Yo soy; Yo, el que hablo contigo", miróle Dina admirada, temblando de santa alegría. Prontamente se resolvió: dejó su odre allí, y el pozo abierto, y descendió la colina con rapidez, hacia Sichar, para anunciar a su marido y a todos lo que le había sucedido. Estaba severamente prohibido dejar abierto el pozo de Jacob; pero, ¿qué le importaba ya del pozo de Jacob, qué de su odre de agua terrenal?... Había recibido aguas vivas y su corazón, lleno de amor y de alegría, que-

ría llenar a todos de esa agua. Mientras salía apresurada por la puerta abierta de la casa del pozo, pasó junto a los tres discípulos que habían traído alimentos y que llegados momentos antes habían esperado a distancia de la puerta del pozo extrañados de que hablase tan largo con la mujer samaritana. Con todo, no le hicieron pregunta alguna por respeto. Dina dijo a su marido y a otras personas, en la calle, con grande entusiasmo: "Venid arriba al pozo de Jacob; allí veréis a un hombre que me ha dicho todos los secretos de mi vida. Venid, debe ser el Cristo".

Se acercaron los discípulos a Jesús y le ofrecieron panes y miel de sus cestas, diciendo: "Maestro, come". Jesús se levantó, abandonó el lugar del pozo y dijo: "Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis". Los discípulos se preguntaban entre sí por si acaso alguno le habría traído alimentos y pensaron secretamente: "¿No le habrá traído de comer la mujer samaritana?" Jesús no quiso demorarse en comer. Se dirigió monte abajo a Sichar, y mientras los discípulos le seguían detrás, comiendo, hablóles, diciendo: "Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, para cumplir su obra". Quería decir: convertir las gentes de Sichar, puesto que tenía su alma sed de la salud de ellos.

En las cercanías de la ciudad ya venía Dina, la samaritana, al encuentro de Jesús. Se acercó humildemente llena de contento y sincera con El. Jesús habló todavía con ella, a veces parado, a veces andando. Le descubrió todas sus andanzas y todos sus sentimientos. Ella estaba toda conmovida, y prometió de su parte y de su marido dejarlo todo y seguir a Jesús, que le sugirió varios modos de expiar sus culpas personales y borrar sus pecados. Dina era una mujer franca, nacida de matrimonio mixto, pues su madre era judía y su padre un pagano, y había nacido en un lugar de Damasco. Perdió muy pronto a sus padres y fué criada por una nodriza perversa, de la cual sorbió también las malas inclinaciones. Había tenido ya cinco hombres: éstos habían sucumbido en parte por los disgustos y en parte desplazados por sus amantes. Tenía tres hijas y dos hijos, ya crecidos, que habían quedado entre los parientes de sus padres, cuando Dina abandonó la ciudad de Damasco. Los hijos fueron más tarde discípulos de Jesús, entre los 72. El hombre con el cual vivía ahora era pariente de otro de sus anteriores, un rico comerciante. Se vino con él a Sichar porque era de la secta de los samaritanos; le guardaba el orden de la casa y vivía con él,

sin ser casados, aunque en la ciudad se los tenía por casados. El hombre era de fuerte musculatura, de unos 36 años de edad, de rostro encendido y barba rojiza.

Dina tenía mucho de parecido con Magdalena en su vida, aunque había caído más hondamente en la culpa. He visto también que en los principios de la mala vida de Magdalena un rival había caído muerto por las iras de otro. Dina tenía un carácter muy franco, generoso, amable y muy servicial, y aunque era alegre y muy movida, en su conciencia no estaba contenta. Vivía ahora más honradamente en compañía de su presunto marido, pero en departamento aparte, en una casa rodeada de un canal, cerca de la puerta del pozo en Sichar. La gente, aunque no trataba mucho con ellos, no los despreciaban tampoco. Ella tenía costumbres algo diferentes de los demás y sus vestidos eran más elegantes que los de las demás mujeres del lugar, cosa que se le perdonaba por tratarse de una extranjera.

Mientras Jesús hablaba con la mujer, le seguían los discípulos a alguna distancia pensando: ¿Qué tratará ahora con esa mujer?... Hemos comprado los alimentos con tanto trabajo, y Él ahora ¿por qué no come?

Cerca de Sichar la mujer dejó a Jesús y entró apresurada al encuentro de su marido y de muchos otros que habían salido a la puerta para ver a Jesús. Al acercarse Éste, Dina, que estaba a la cabeza de todos, señalóles a Jesús. Las gentes, contentas, clamaron a su vista y le dieron la bienvenida. Jesús les indicó con la mano que se callaran, les habló unos minutos con mucha amabilidad y les dijo, entre otras cosas, que creyeran todo lo que les decía Dina. Fué también en esta conversación muy amigable y amable, su mirada era tan escrutadora e impresionante que todos los corazones se sintieron conmovidos y atraídos hacia Él. Con muchas instancias le rogaron que entrara también en su ciudad para enseñarles. Él así lo prometió; pero por ahora pasó de largo. Todo esto aconteció entre las tres y las cuatro de la tarde.

XVIII

Los discípulos se reúnen con Jesús

Mientras Jesús hablaba con los samaritanos a las puertas de la ciudad, llegaron los demás discípulos, entre ellos Pedro. Éstos habían tomado otra dirección en la mañana, quizás para

arreglar o encargar algo. Pedro como los demás estuvieron bastante extrañados de que hablara tanto tiempo con esos samaritanos. Se sentían contrariados porque desde su niñez habían oído que no debían tratar con ese pueblo y se habían acostumbrado. Estaban tentados de escandalizarse por esto. Pensaban en el cansancio del día anterior y de anteayer, en las burlas y sornas, en la carencia de todo lo más necesario que habían sufrido. Habían visto todo cuanto las mujeres de Betania habían prometido y esperaban que las cosas mejoraran. Ahora presenciaban esta conversación con los samaritanos, y entonces pensaban que no sería extraño que no fueran bien recibidos en otras partes adonde llegaran. Tenían siempre en la cabeza extrañas ideas y pretenciones humanas sobre el reino que fundaría Jesús en la tierra, y suponían que si todo esto se llegase a saber en Galilea, serían burlados. Pedro había hablado mucho en Samaría con aquel joven que debía ser recibido como discípulo; pero éste no acababa de decidirse. Pedro habló de ello a Jesús.

Jesús caminó con ellos como media hora en torno de la ciudad, al Noreste, y descansaron bajo los árboles. Les habló Jesús de la cosecha, y dijo: "Hay un proverbio que vosotros también usáis: Aún cuatro meses y viene la cosecha". Los haraganes quieren diferir siempre el trabajo; les dijo que mirasen los campos ya blanqueando para la cosecha. Se refería a los samaritanos y a todos los otros, que estaban maduros para recibir sus enseñanzas. Ellos, los discípulos, estaban llamados a la cosecha, aunque no habían sembrado, sino los profetas, Juan Bautista y Él mismo. Quien cosecha recibe la paga y junta los frutos para la vida eterna; de modo que el sembrador y el cosechador se alegran igualmente. "Aquí entra el refrán: Uno es el que siembra y otro el que cosecha. Yo os he mandado cosechar lo que no habéis sembrado; otros han trabajado y vosotros entráis en su trabajo". Estas cosas les dijo para darles ánimo para el trabajo.

Descansaron poco tiempo y luego se dispersaron. Quedaron con Jesús Andrés, Felipe, Saturnino y Juan; los otros se dirigieron hacia Galilea, entre Thebez y Samaría. Jesús caminó con sus discípulos, dejando a Sichar a su derecha, a una hora hacia el Sudeste de un campo donde había unas veinte casitas de pastores dispersas. En una casa más grande le esperaban María Santísima, María Cleofás, la mujer de Santiago el Mayor y dos de las viudas. Habían estado todo el día aquí, habían traído alimento y pequeños frascos de bálsamo. Prepararon una comida.

Jesús al ver a su Madre le tendió ambas manos. Ella inclinó su cabeza delante de Él; las mujeres saludaron, inclinándose y poniendo las manos sobre el pecho. Delante de la casa había un árbol y allí tomaron algún alimento. Entre los pastores vivían los padres de aquel joven que Jesús llevó consigo, después de la resurrección de Lázaro, en su viaje a la Arabia y a Egipto. Esta gente había acompañado al cortejo de los tres Reyes hasta Belén. Algunos se quedaron en el país a raíz del apresurado viaje de los Reyes y se casaron con hijas de pastores que vivían en los valles de Belén. Estas viviendas de pastores se extienden por los valles y desfiladeros hasta Belén. La gente del lugar cultivaba también la heredad de José que habían alquilado a los siquemitas. Estaban reunidos aquí muchos de ellos; no eran samaritanos.

María Santísima rogó a Jesús que curase a un niño estropeado traído por pastores vecinos que ya habían pedido su intercesión. Esto acontecía con frecuencia y era conmovedor ver cuando María rogaba a Jesús. Jesús hizo que le trajesen al niño y los padres lo trajeron sobre una camilla delante de la casa: era un niño de unos nueve años. Jesús exhortó a los padres, y como se mostrasen algo retraídos, se adelantaron los discípulos a Jesús. Habló al niño y se inclinó un tanto hacia él; luego lo tomó de la mano y lo levantó. El niño se alzó de su camilla y corriendo se echó en brazos de sus padres, los cuales después, con el niño, se echaron de rodillas delante de Jesús. Todos estaban llenos de contento y Jesús les dijo que alabasen a su Eterno Padre. Enseñó algún tiempo más a los pastores reunidos y comió con los discípulos el alimento preparado por las mujeres, bajo las ramas de un grueso árbol que había delante de la casa. María estaba con las otras mujeres sentadas aparte al extremo de la mesa. Creo que éste sería una de esos albergues que adquirían las santas mujeres de Cafarnaúm para los viajes de Jesús.

XIX

Dina y la gente de Sichar acuden a ver a Jesús

Se acercaron, algo cohibidas, algunas personas de Sichar con Dina, la samaritana. No se atrevían aproximarse en seguida porque no acostumbraban a tratar con estos pastores judíos. Dina se acercó la primera y habló con María y las otras mujeres. Jesús, después de la comida, se despidió de las mujeres, que

se dispusieron en seguida a volver a Galilea, adonde irá también Jesús pasado mañana. Jesús, pues, con Dina y los demás, se dirigió a Sichar. Dicha ciudad no es grande, pero tiene anchas calles y grandes palacios. La casa de oración está más adornada exteriormente que las sinagogas de los judíos. Las mujeres de Samaría no son tan retraídas como las de Judea y tratan más con los hombres. Apenas llegó Jesús a Sichar, le rodeó una gran multitud de gente. No entró en su sinagoga, sino que fué enseñando de un punto a otro en las calles y en un lugar donde había una tribuna. En todos estos lugares la afluencia de la gente era grande; estaban muy contentos de que el Mesías hubiese llegado hasta ellos.

Dina, aunque muy conmovida y vuelta en sí misma, está ahora en primera fila, más cerca de Jesús entre las mujeres. Se la considera ahora con más atención por haberse encontrado con el Mesías la primera. Mandó al hombre que vive con ella a Jesús, el cual le dijo pocas palabras de exhortación. El hombre estuvo muy compungido y avergonzado de sus pecados delante de Jesús. Jesús no se quedó mucho tiempo en Sichar y salió por la puerta opuesta, y enseñó delante de la ciudad y en varios puntos, en casas y huertas extendidas por largo trecho fuera de la ciudad. Permaneció luego más de media hora en un albergue y prometió enseñar dentro de ella al día siguiente. Cuando volvió a Sichar enseñó todo el día desde el sillón de enseñanza, y afuera, sobre colinas, y, por la noche, otra vez en el albergue.

Se habían reunido gentes de todas partes que iban de un lado a otro donde hablaba Jesús. Decían: “Ahora habla allí, ahora habla más allá”. El joven de Samaría oyó también la enseñanza de Jesús, pero no se acercó a hablar con Él en particular. Dina es siempre la primera y pasa entre la multitud para acercarse a Jesús. Está muy atenta, muy conmovida y muy seria. Ha hablado de nuevo con Jesús y quiere separarse en seguida del hombre. Quiere emplear todos sus bienes, de hoy en adelante, para la comunidad, según la voluntad del Señor. Jesús le dijo como debía hacerlo. Mucha gente, conmovida, decía a la mujer: “Tú has dicho bien; ahora le hemos oído nosotros mismos: Él es el Mesías”. La buena Dina está ahora muy contenta y muy seria y es bien vista. Yo la he querido desde el primer momento.

Jesús habló de la prisión de Juan, de la persecución de los profetas, del Precursor, del preparador de sus caminos, del

Hijo enviado a la viña a quien habrán de matar. Aquí dijo más claramente que el Padre le había enviado. Habló también de las cosas que le había dicho a la mujer junto al pozo de Jacob, de las aguas vivas, del monte Garizim, de que la salud viene de los judíos, de la proximidad del reino y del juicio, del castigo de los malos trabajadores que mataron al Hijo del dueño de la viña. Muchos preguntaron donde debían hacerse bautizar, ya que sabían que Juan había sido apresado. Jesús les dijo que los discípulos de Juan siguen bautizando detrás del Jordán, en Ainon, y que así, hasta que Él mismo vaya, se bauticen allá. En el mismo día salieron muchos para hacerse bautizar. Al día siguiente enseñó Jesús en el albergue, sobre las colinas y donde había pueblo, trabajadores y aún esclavos, que eran aquéllos que ya había visto en el campo de los pastores en Betharaba y que había consolado. Estaban presentes muchos espías mandados por los fariseos de los alrededores. Escuchaban con enojo todas sus enseñanzas, bajaban la cabeza o la arrimaban junto al vecino y murmuraban con sorna. No se atrevían, empero, a interrumpirle, y Jesús ni los miraba siquiera. Varios maestros de Samaría y otras personas presentes, escuchaban tiesos y malhumorados su enseñanza.

XX

Jesús en la ciudad de Ginnim

Cuando Jesús con cinco discípulos abandonó el albergue de Sichar marchó en dirección de la ciudad de Ginnim, dejando a Thebez a su derecha y a Samaría a su izquierda, a una distancia de seis horas de camino, en un valle sobre los límites de Galilea y Samaría. Llegaron entrada la noche, con los vestidos ceñidos, a la ciudad de Ginnim y entraron en seguida en la sinagoga, porque comenzaba el Sábado. Los otros discípulos enviados ya estaban allí. Salidos de la sinagoga fueron todos a una casa de Lázaro sobre una altura, no lejos de la pequeña ciudad de Thirza. Allí había estado ya Jesús hospedado y allí mismo se habían refugiado José y María en su viaje a Belén. El guardián, hombre anciano, de antiguo temple, tenía muchos hijos. Pasaron allí la noche. Esta posesión de Lázaro está como a tres cuarto de hora de Ginnim. Las santas mujeres habían pernoctado en Thebez, después de haber salido de Sichar. Se hacía el día anterior al Sábado un ayuno por causa de las murmura-

ciones de Israel contra Moisés. El Sábado enseñó Jesús en la sinagoga.

La lectura trató de la travesía del desierto por los Israelitas, de la repartición de la tierra de Canán y del profeta Jeremías. Jesús explicó todo esto aplicándolo a la proximidad del reino de Dios. Habló de la murmuración de los hijos de Israel en el desierto y cómo podían haber tomado un camino mucho más corto a través del desierto si hubiesen observado los Mandamientos que Dios les había dado en el Sinaí; por sus pecados eran rechazados siempre e impedidos de llegar, y los murmuradores murieron en el desierto. Explicó que aún ahora están caminando en el desierto y que morirían allí si murmuraban contra el reino de Dios que está cerca, y que es también el último aviso e invitación de Dios. Su vida era como el caminar en el desierto; debían tomar el camino más corto para entrar en el reino de Dios prometido, que se les mostraba. Dijo también cómo los hijos de Israel, no conformes con el gobierno de Samuel, gritaron pidiendo rey, y como obtuvieron a Saúl. Ahora, que las profecías se han cumplido y que el cetro salió de Israel, por sus pecados, piden de nuevo un rey para la restauración de su reino. Dios les envía a un Rey, a su propio Rey, como el Señor de la viña envió a su propio Hijo después que sus criados y enviados habían sido muertos por los viñateros infieles. De la misma manera tratarán a este Rey, desechándolo y dándole muerte. Enseñó sobre la piedra angular del salmo, que los edificadores echaron a un lado, y lo explicó refiriéndolo al Hijo del Señor de la viña. Habló del castigo que vendría sobre Jerusalén: que el templo no existiría ya y Jerusalén no sería reconocida. Se refirió también a Elías y a Eliseo.

Había entre los oyentes once fariseos empedernidos que querían disputar con Jesús. Tenían en sus manos rollos de Escritura y preguntaban qué significaba que Jonás hubiera estado tres días en el vientre de la ballena. Jesús les contestó: "Así estará tres días descansando en el sepulcro vuestro Rey, el Mesías; descenderá al seno de Abrahán y volverá a resucitar". Los fariseos se echaron a reír sobre esta explicación. Después se adelantaron tres fariseos y dijeron: "Reverendo Rabí, Tú hablas siempre del próximo camino; dinos cuál es ese nuevo camino". Simulaban respeto y eran hipócritas. Jesús les contestó: "¿Conocéis los Diez Mandamientos del Sinaí?" Respondieron: "Sí, los conocemos". "Guardad el primero de ellos y amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; no impongáis

a los subordinados cargas pesadas y preceptos que vosotros mismos no observáis. Este es el camino". Contestaron: "Esto lo sabíamos también nosotros". Jesús replicó: "En que vosotros lo sabéis y no lo practicáis, ahí está vuestra culpa, por la cual seréis castigados". Les echó en cara que imponían muchas cosas al pueblo que ellos mismos no cumplían, ni siquiera los preceptos, cosa que sucedía precisamente en esa ciudad. Habló del significado del traje de los sacerdotes, según los designios de Dios dados a Moisés y cómo ellos no cumplían lo que estos trajes indicaban, y en cambio añadían muchas cosas exteriores y superfluas. Los fariseos estaban muy irritados, pero nada pudieron hacer contra Él. Algunas veces decían entre si: "¿Y Éste es el profeta de Nazaret, el hijo del carpintero?" La mayoría de los fariseos abandonaron la sinagoga antes que terminara Jesús la explicación. Uno solo permaneció hasta el final, e invitó a Jesús y a sus discípulos a una comida. Era mejor que los otros; con todo, era también espía. Habían traído algunos enfermos delante de la puerta de la sinagoga, y los fariseos pidieron a Jesús que los sanase, para ver una prueba. Jesús no sanó allí a los enfermos y les dijo a los fariseos: "Vosotros no queréis creer y por eso no tendréis tampoco la señal". Precisamente querían ellos que sanase en Sábado para poder acusarlo.

Cuando hubo terminado el Sábado, los discípulos de Galilea marcharon, la mayor parte de ellos a sus casas. Jesús fué con Saturnino y otros dos discípulos a la posesión de Lázaro. Conmovedor fué ver aquí cómo Jesús hizo una instrucción, primero a los niños del cuidador y de otros más que se reunieron, y después otra instrucción a las niñas. Les habló de la obediencia a los padres y del respeto que deben a los ancianos. "El Padre celestial, dijo, os ha dado padres; si honráis a vuestros padres, honráis también al Padre celestial". Les habló también sobre los hijos de Jacob y los hijos de Israel, que habían murmurado y no pudieron entrar en la tierra prometida; y esa tierra era tan buena. Les mostró los hermosos árboles y los frutos del jardín, y habló del reino del cielo que se nos ha prometido si cumplimos los mandamientos de Dios. Añadió que el cielo era mucho más hermoso; que la tierra mejor era, en su comparación, como un desierto. Les mandó que fuesen obedientes y recibieran agradecidos todo lo que Dios les mandase; que no murmurasen para poder entrar en el cielo; que no dudasen de su hermosura, como los israelitas en el desierto; que creyesen que era mucho mejor de lo que aquí lo más hermoso podía ser. Les dijo que no

olvidasen nunca estas cosas y procurasen merecer ese cielo con las obras de cada día y el trabajo. En esta enseñanza tenía Jesús a los más pequeños delante de su Persona; a algunos los alzó y los estrechó a su pecho, o los abrazaba de a dos en sus brazos.

XXI

Jesús y el cadáver del fariseo de Atharot

Desde la propiedad de Lázaro fué Jesús con sus tres discípulos de nuevo al Sudeste, a unas cuatro horas más atrás, hacia la población de Atharot situada sobre una altura, ciudad de saduceos. Los saduceos de esta localidad habían perseguido, junto con los fariseos de Gennebris, a los discípulos, después de la Pascua; a algunos los habían tomado presos y molestado con interrogatorios. Algunos de ellos habían estado también en Sichar espiando las enseñanzas de Jesús, especialmente cuando reprochó la dureza de los fariseos y saduceos contra los samaritanos. Desde entonces habían planeado tentar a Jesús y le habían pedido que celebrara el Sábado en Atharot. Jesús, que conocía sus intenciones, se dirigió a Ginnim. Los saduceos se entendieron con los fariseos de Ginnim y le enviaron mensajeros el Sábado por la mañana, que dijeran: "Él había hablado tan bien del amor al prójimo; que uno tiene que amar a su prójimo como a sí mismo; por eso le rogaban viniese a Atharot para sanar a un enfermo. Si hacía este prodigio querían ellos, como también los fariseos de Ginnim, creer en Él y esparcir sus enseñanzas en toda la comarca".

Jesús conocía su maldad y la trampa que maquinaban contra Él, sirviéndose de un hombre que estaba ya desde algunos días inmóvil y muerto; pero ellos afirmaban, contra los habitantes de la ciudad, que ese hombre estaba sólo fuera de sí. Su misma mujer no sabía que en realidad estaba muerto. Si Jesús lo hubiera resucitado, ellos habrían dicho que en realidad no estaba muerto. Salieron al encuentro de Jesús y lo llevaron delante de la casa de aquel hombre, que había sido uno de los principales saduceos y que mayormente se había ensañado contra los discípulos de Jesús. Lo sacaron fuera sobre una camilla a la calle por donde venía Jesús. Había allí unos quince saduceos y todo el pueblo permanecía en espectativa. El cadáver presentaba un hermoso aspecto; lo habían desentrañado y embalsamado para engañar a Jesús.

Jesús, al verlo, dijo: "Este hombre está muerto y muerto quedará". Ellos replicaron que estaba sólo fuera de sí, en éxtasis, y que si estaba muerto ahora, es porque habría muerto en este momento. Jesús respondió: "Este hombre ha negado la resurrección y no ha de resucitar aquí. Vosotros lo habéis embalsamado con especies; pero, mirad con qué especies: descubrid su pecho". Entonces vi que uno de ellos abrió el pecho del muerto, como si fuese una válvula y salieron multitud de gusanos repugnantes que se agitaban allí adentro. Los saduceos se irritaron sobremanera, pues Jesús declaró también sus pecados y sus delitos públicamente, y que esos gusanos eran los gusanos de su mala conciencia, que él había sabido encubrir y que ahora devoran su corazón. Les reprochó descubriendo su hipocresía y engaño, y habló duramente de los saduceos y del juicio sobre Jerusalén y sobre todos aquellos que no reciben la salud que ha venido. Ellos llevaron prontamente al muerto a su casa y se suscitó allí un desorden y un tumulto espantoso. Cuando Jesús y sus discípulos pasaron por la puerta de la ciudad, la chusma, soliviantada, les tiraba piedras: el haber descubierto los gusanos del muerto y la maldad de los saduceos los había irritado grandemente.

Entre tantos malos había algunos buenos que lloraban. Vivían en una de esas calles algunas mujeres con flujo de sangre, que creían en Jesús, y rogaban desde lejos, puesto que no podían acercarse a Jesús. Él pasó, sabiéndolo, por esa calle, y cuando hubo pasado, las mujeres caminaban sobre sus huellas y las besaban. Jesús las miró y quedaron sanas de su enfermedad.

Jesús anduvo tres horas hasta una colina cerca de Engannim, casi en la misma dirección de Ginnim, pero algunas horas más al Este, en un valle. Es esta la línea recta de Nazaret, a través de Endor y Naím. De Naím está como a siete horas. Jesús pasó la noche en esa colina, donde algunos discípulos de Galilea le salieron al encuentro; pernoctaron en el salón de un albergue abierto, después de haber comido algo. Estaban allí Andrés, Natanael el novio de Caná y dos criados del jefe de Cafarnaúm. Estos pedían instantemente diciendo que el hijo del jefe estaba enfermo, que se apresurase en ir allá. Jesús les dijo que llegaría a tiempo. Este capitán retirado era un gobernador de Herodes Antipas sobre una parte de Galilea. Era de buen natural y había defendido a los discípulos en la última persecución de los fariseos y les había ayudado con dinero y alimentos. No era del todo creyente, aunque pensaba que Jesús

podía obrar milagros. Deseaba mucho la venida de Jesús, ya sea por la salud de su hijo como también para avergonzar a los fariseos. Deseaba que Jesús hiciese el milagro, y también los discípulos lo deseaban. Éstos se habían entendido con el jefe, diciendo: "Tendrán los fariseos que ver... Ya tendrán que escandalizarse... Verán entonces quien es Aquel a quien seguimos". Por esto habían Andrés y Natanael aceptado el mensaje. Jesús sabía de todo lo convenido. Enseñó todavía la mañana del viaje. Los dos criados del capitán, que eran paganos, se convirtieron y volvieron con Andrés y Natanael a Cafarnaúm, llevando comida consigo.

XXII

Jesús en Engannim

Desde el albergue sobre la colina anduvo Jesús con Saturnino y con un hijo de una hermana de la madre del novio de Caná y un hijo de la viuda de Obed, de Jerusalén, joven de unos diez y seis años, y dirigióse a la cercana ciudad de Engannim. Tenía aquí algunos parientes de la familia de Ana, que eran esenios. Esta gente recibió a Jesús muy humilde y muy amablemente. Vivían en una parte separada de la ciudad y su vida era casta; había muchos sin casarse y haciendo vida en común, como en un convento. A pesar de todo ya no reinaba tampoco allí el rigor de los antiguos tiempos: vestían como los demás e iban a la escuela con los otros. Mantenían en la ciudad una especie de hospital donde se reunían muchos enfermos y pobres de todas las sectas y eran allí alimentados en largas mesas. Recibían a todos los que se presentaban y los instruían y mejoraban. En la sala del hospital ponían si había uno malo entre dos buenos para que éstos lo aconsejasen y mejorasen. Jesús entró en este hospital y sanó a algunos de los enfermos. En la sinagoga enseñó todo el día. Había acudido muchísima gente de los alrededores. Venían por grupos y se turnaban en la sinagoga, porque no cabían todos adentro. Un grupo salía y otro entraba. Aquí enseñó sin amenazas, como en el camino, porque la gente era buena. Sucedió como al presente: cada pueblo tenía un modo diverso, según las ideas de los sacerdotes y principales del lugar. Jesús les dijo que cuando terminara de enseñar, iba a sanar los enfermos. Habló de la proximidad del reino y de la llegada del Mesías. Por las Escrituras de todos los

profetas les iba señalando que el tiempo había llegado. Habló de Elías y de lo que dijo y de lo que vió y nombró la cuenta de los años conforme lo había visto, añadiendo que Elías había erigido en una gruta un altar para honrar a la futura Madre del Mesías. Describió el tiempo presente, que no podía ser otro, que el cetro de Judá había pasado a manos extrañas y recordó también la venida de los Reyes Magos. Hablaba del Mesías, en general, como si hablara de una tercera persona y no se nombró a Sí mismo ni a su Madre. Habló también de la compasión y del buen trato de los samaritanos, y contó la parábola del samaritano, pero no nombró a Jericó. Añadió que Él mismo había experimentado como son de compasivos en el trato con los judíos, al contrario de lo que son los judíos con ellos. Contó la historia de la samaritana que le dió agua, cosa que un judío quizás no hubiera hecho con un samaritano y con qué miramientos lo habían recibido. Habló del castigo y del juicio contra Jerusalén y de los publicanos, de los cuales había algunos en este lugar.

Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga le traían enfermos de todas partes de la ciudad. Los habían estacionado por las calles donde tenía que pasar, en camillas y en otras formas, a lo largo de las casas; sobre algunos habían tendido tiendas como techos y los parientes estaban allí atendiéndolos. Habían ordenado que los enfermos estuviesen juntos los de una y otra clase. Parecía aquello un mercado de miserias humanas. Jesús salió fuera, después de la enseñanza, y recorrió las filas de los enfermos que le pedían humildemente la salud, y entre enseñanzas y exhortaciones sanó a unos cuarenta de ellos, baldados, ciegos, mudos, afiebrados, gotosos, con flujo de sangre. No he visto aquí a ningún endemoniado. Enseñó todavía sobre una colina de la ciudad, porque la multitud era muy grande; la avalancha se hizo al fin tan avasalladora que subían sobre los techos y las paredes y hasta cayeron algunas de ellas.

Cuando se produjo este desorden, se perdió Jesús entre la multitud, salió de la ciudad y tomando un camino lateral a través de la montaña, pronto se encontró solo. Los tres discípulos lo estuvieron buscando y lo encontraron por la noche cuando estaba en oración. Como le preguntaran qué debían rezar mientras rezaba Él, Jesús les repitió algunas peticiones cortas del Padre Nuestro: "Santificado sea tu nombre. Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos y líbranos del malo". Añadió: "Orad así, por ahora, y hacedlo también".

Les comentó admirablemente estas peticiones. Ellos lo hacían así siempre que Jesús caminaba solo, repitiendo esas preces. Veo que tienen ahora siempre algunos alimentos en sus bolsas, y cuando ven a otros viajeros que pasan cerca o lejos, ellos, siguiendo el mandato de Jesús, los llaman o los siguen y reparten su alimento, especialmente si son pobres y necesitan de algo que ellos llevan.

Engannim es una ciudad de levitas y está situada en la bajada de un valle que corre hacia Jezrael a través de una zarpa de la larga falda de la montaña. En el valle corre el río hacia el Norte. Los habitantes se ocupan de tejer y teñir vestidos para los sacerdotes y hacen borlas y franjas de seda y botones de todas clases que cuelgan de esas vestiduras. Las mujeres cosen y arreglan esos vestidos. El pueblo es bueno y bien dispuesto.

XXIII

Jesús entra en la ciudad de Naim

Jesús pasó por las ciudades de Jezrael y Endor, sin entrar y hacia el mediodía llegó a Naím y entró, sin llamar la atención, en un albergue fuera de la ciudad. La viuda de Naim, que era hermana de la mujer de Santiago el Mayor, supo por Andrés y por Natanael de su próxima venida y mandó que le esperasen. Llegó, pues, con otra viuda al albergue de Jesús, y, veladas, se echaron a sus pies. La viuda de Naim rogó al Señor quisiera recibir el ofrecimiento de la otra viuda que ofrecía todo lo suyo y lo ponía en la caja de las santas mujeres para cuidar a los discípulos y para los pobres, y ella misma quedaba a disposición de la comunidad. Jesús recibió el ofrecimiento de la viuda y consoló y exhortó a ambas. Traían también alimentos de regalos que recibieron los discípulos. La viuda les dió además dinero que enviaron a las mujeres de Cafarnaúm para el sostenimiento de la comunidad. Jesús descansó aquí con los discípulos, pues habíase fatigado mucho el día anterior enseñando y sanando a los enfermos y había hecho siete horas a pie.

La viuda recién recibida presentóle a otra mujer, de nombre María, que también quería dar todo lo suyo. Jesús le dijo que lo guardara para más adelante, que sería más necesario. Esta mujer era en verdad una adúltera y había sido despedida por su infidelidad por su marido, un rico comerciante de Damasco.

Había oído esta mujer hablar de la bondad de Jesús para con los pecadores; estaba muy conmovida, y no tenía otro deseo ahora que hacer penitencia y encontrar gracia y perdón. Fué a buscar a Marta, con la cual tenía lejano parentesco, reconoció sus culpas y pidió intercedieran por ella con María, la Madre de Jesús; y entregó a Marta una parte de sus bienes. Marta, Juana Chusa y Verónica tomaron a pecho la petición de esta mujer y la llevaron a Cafarnaúm, donde estaba María. María la miró seriamente, a cierta distancia. La mujer clamaba con grande llanto y decía: "¡Oh Madre del Profeta, ruega a tu Hijo por mí, para que yo encuentre perdón delante de Dios!" Estaba poseída a intervalos de un demonio mudo, y cuando le venían ataques se arrojaba al fuego o al agua, y no le era posible pedir ayuda. Cuando volvía en sí, lloraba, arrepentida, arrinconada en algún ángulo de la casa. María envió un mensajero a Jesús pidiendo por ella y Jesús contestó que llegaría el tiempo en que ayudaría a esa mujer.

XXIV

El mensajero del capitán de Cafarnaúm

Desde Naím Jesús pasó por el Tabor, dejando a Nazaret a la izquierda, y se dirigió a Caná, donde se hospedó en casa de un escriba, cerca de la sinagoga. El vestíbulo se llenó en seguida, porque habían conocido su llegada de Engannim y le esperaban. Enseñó toda la mañana, cuando de pronto llegó el criado del centurión de Cafarnaúm con varios acompañantes montados en mulos. Venía muy apurado con grande ansia y temor, buscando la manera de acercarse a Jesús, sin poder conseguirlo. Como inútilmente intentara varias veces penetrar, por la turba, al fin alzó la voz, clamando: "Señor, reverendo Maestro: deja que tu siervo se acerque a tu presencia. Yo soy un enviado de mi señor de Cafarnaúm, y como si yo fuese el señor y el padre del niño te ruego que vengas en seguida conmigo, pues que el hijo está muy enfermo y cercano a la muerte". Jesús no prestó atención a su clamor y el siervo buscaba la manera de llamar la atención sobre si y de penetrar entre la multitud, sin lograrlo. Volvió a clamar: "Ven en seguida conmigo, porque mi hijo está para morir".

Jesús volvió la cabeza hacia él y dijo: "Si vosotros no veis prodigios y señales no acabáis de creer. Conozco tu necesidad.

Vosotros queréis hacer alarde y hacer irritar a los fariseos, y tenéis tanta necesidad como ellos. No es mi misión que Yo haga prodigios para vuestros fines. No necesito vuestro testimonio. Yo obraré donde sea la voluntad de mi Padre y haré prodigios donde lo pida mi misión". En esta forma habló largamente, avergonzándolo delante de la turba. Todo esto escuchó el hombre sin inmutarse; sin darse por entendido se esforzó por acercarse más gritando de nuevo: "¿Qué me aprovecha esto, Maestro? Mi hijo está por morir, ven en seguida conmigo; quizás está ya muerto". Entonces díjole Jesús: "Vete, que tu hijo vive". El hombre preguntó: "¿Esto es verdad?" Jesús le respondió: "Está sano desde esta hora; te doy mi palabra".

Entonces creyó el hombre y no insistió en que Jesús marchase con él; montó en su cabalgadura y marchó en dirección de Cafarnaúm. Jesús dijo al pueblo: "Esta vez lo quiero hacer; en otro caso semejante ya no lo haré". Yo he visto a este hombre no como un simple siervo del capitán real, sino como verdadero padre del niño. Este mensajero era el primer siervo de aquel capitán de Cafarnaúm, que no tenía hijos aunque mucho lo deseaba, y al fin había adoptado a un hijo de este su criado que había tenido con su mujer. El niño tenía ahora catorce años de edad. El mensajero venía como enviado y como verdadero padre del niño. Lo he visto todo y me fué aclarado todo; por eso lo dejó Jesús clamar así y le dijo esas cosas. Por lo demás, nadie sabía nada de la paternidad del niño, que hacía tiempo pedía la presencia de Jesús. Primero era la enfermedad leve y pidieron ya a Jesús por causa de los fariseos. Desde catorce días la enfermedad se hizo grave y el enfermo había dicho respecto a los remedios que le daban: "Las muchas bebidas no me aprovechan sólo Jesús, el Profeta de Nazaret, me puede ayudar". Como ahora el peligro había aumentado, habían mandado mensajeros a Samaría con las santas mujeres, luego por medio de Andrés y Natanael en Engannim; finalmente marchó el mensajero y padre del niño donde estaba Jesús. Jesús había diferido la curación para castigar sus torcidas intenciones. Había desde Caná hacia Cafarnaúm un día de viaje, pero el mensajero se apuró tanto que llegó a la misma noche. A la distancia de algunas horas ya le salieron al encuentro algunos criados diciéndole que el niño estaba sano. Le salían al encuentro para avisarle que no se molestara más, si acaso no había encontrado a Jesús: se podía ahorrar el trabajo porque el niño había sanado de repente a las siete horas del día. Entonces el mensajero les dijo

la palabra de Jesús, y se admiraron y fueron con él a la casa. He visto al centurión Serobabel salirle al encuentro con el niño a la puerta de la casa. El niño lo abrazó y él contó las palabras de Jesús y los criados que le acompañaron atestiguaron lo mismo. Entonces fué un contento general. He visto que prepararon una gran comida. El niño estaba sentado entre su padre putativo y su verdadero padre. Estaba también la madre allí. El niño amaba a su verdadero padre como al putativo y aquél tenía también gran autoridad en la casa.

Después que Jesús despachó al enviado de Cafarnaúm sanó todavía a muchos enfermos que habían juntado en un patio de la casa. Había entre ellos algunos endemoniados, pero no eran de los peores. Por esto habían sido llevados varias veces para oír las enseñanzas de Jesús. Sólo delante de Él se enfurecían y agitaban terriblemente. No bien Jesús les mandaba callar, se aquietaban; después de algún tiempo parecía que ya no podían aguantar más y comenzaban de nuevo a convulsionarse. Entonces Jesús les hizo señal con la mano y callaron otra vez. Al fin mandó Jesús a Satanás salir de ellos. Caían como desfallecidos; luego volvían en sí; daban gracias contentos, y no se acordaban de lo que les había sucedido. He visto que había entre ellos algunos que estaban poseídos sin culpa propia y que eran buenos. Yo no lo puedo explicar claramente; pero he visto aquí y en otras ocasiones la relación que hay en esto: de cómo queda a veces perdonado y libre un hombre malo por gracia y misericordia, mientras el diablo toma posesión de otro inocente y débil, pariente del malo. Parece como que el bueno tomara parte del castigo del otro sobre sí mismo. No alcanzo a explicar esto más claramente(*). Tal cosa sucede porque todos somos miembros de un cuerpo, y sucede entonces como si un miembro sano enferma también por culpa de otro pecador en fuerza de una interna correlación de uno y otro. De estos poseídos había aquí algunos. Los malos y pecadores son siempre más malignos y obran en cooperación con el demonio mismo. En cambio, los

(*) Casos de posesión diabólica sin culpa propia y para expiación de otros culpables, son, entre otros el Padre Lamy, S. J., que se ofreció para librar a otro endemoniado. En el caso reciente de Earling, Norte América, la joven Mary es poseída sin culpa propia, y exorcizada por el Padre Capuchino Riesinger. Se alternan en ella las posesiones diabólicas con las visiones de Jesús y María y la de los santos. De este caso se desprenden algunas enseñanzas interesantes: 1º Los demonios cuando son legión y están en posesión de una víctima, no pueden dañar a otras personas; 2º Si son echados por los exorcismos de la Iglesia, son arrojados al abismo y no vuelven.

poseídos sin culpa, sufren solo la posesión y son, a pesar de ello, buenos y piadosos.

Jesús enseñó en la sinagoga a la cual le habían invitado algunos escribas y fariseos de Nazaret. Decíanle que había llegado hasta ellos la fama de los grandes prodigios obrados en Judea, Samaría y Engannim. Añadieron que Él sabía lo que pensaban en Nazaret: que quien no hubiese estado en la escuela de los fariseos no podía saber mucho; que era su deseo que fuese a Nazaret y enseñara allí algo mejor. Pensaban con esto halagar a Jesús. Éste les respondió que no pensaba por ahora ir allá y que cuando fuera no iban a conseguir de Él lo que pensaban. Después de la sinagoga asistió Jesús a una gran cena en casa del padre del novio de Caná. Este novio de Caná, llamado Natanael, fué seguidor de Jesús y ayudó a mantener el orden en la enseñanza de Jesús y mientras sanaba a los enfermos. Estos esposos viven solos y reciben sus alimentos de casa de sus padres. El padre renguea un poco: son gente buena. La ciudad de Caná es hermosa, limpia, sobre una alta explanada. Pasan por aquí varios caminos carreteros y uno en dirección a Cafarnaúm. Después de la cena se retiró Jesús a su vivienda y sanó a varios enfermos que le esperaban. Para curar no procede siempre de la misma manera: a veces sólo manda; a veces pone las manos sobre el enfermo; otras se inclina sobre él; otras manda que se purifique y se bañe, o mezcla saliva con el polvo del suelo y lo pasa sobre los ojos de los ciegos. Unas veces los exhorta; otras les dice sus pecados, y en algunas ocasiones los despacha, dejándolo para otra vez.

XXV

Jesús en Cafarnaúm

Cuando Jesús se dirigió desde Caná a Cafarnaúm con los discípulos, le siguió también Natanael. Su mujer, su tía y otras ya habían partido para Cafarnaúm. El camino, a unas siete horas, va en línea bastante recta y lleva a un pequeño lago como el de Ainon, rodeado de casitas y jardines. Aquí empieza el fértil valle de Genesaret. Se ven torrecitas y guardianes que cuidan los huertos. Cuando Jesús se acercó a Cafarnaúm empezaron a enfurecerse varios endemoniados delante de la puerta: "¡Viene el Profeta! ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué tiene que ver Él con nosotros?" Cuando Jesús llegó a la ciudad huyeron los endemoniados. Habían erigido una tienda delante de la ciudad.

Le salieron al encuentro el centurión de Cafarnaúm y el mensajero llevando al niño en medio de ellos, seguidos de toda la familia, los parientes, los siervos y los esclavos. Éstos eran paganos, enviados por Herodes. Parecía una procesión. Todos se echaron de rodillas delante de Jesús y le agradecieron; luego le lavaron los pies y le dieron alimento y bebida. Jesús puso sus manos sobre la cabeza del niño, hincado delante de Él, y recibió el nombre de Jessé, pues antes se llamaba Joel. El centurión se llamaba Serobabel. Éste le rogó encarecidamente que fuera a su casa a tomar parte de una comida. Jesús se negó, reprochándole su ansia de ver prodigios para mofarse de otros, y añadió: "No hubiera Yo sanado al niño, si la fe del mensajero no hubiese sido con su petición tan insistente". Después continuó su camino. Serobabel había preparado un gran banquete; los siervos y trabajadores de sus campos y huertas habían sido invitados. A todos se les había contado el prodigio. Todos creían conmovidos en Jesús. Los invitados y muchos pobres entonaron un canto de alabanza en el vestíbulo. Los pobres fueron generosamente obsequiados. La fama del prodigio se había difundido desde la mañana. Serobabel envió aviso a la Madre de Jesús y a los apóstoles, a los cuales he visto de nuevo ocupados en su oficio de pesca. He visto también que la noticia llegó a la suegra de Pedro, que estaba enferma.

En Cafarnaúm, Jesús se dirigió hacia la vivienda de su Madre, donde estaban reunidos cinco mujeres y Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Éstos fueron al encuentro de Jesús, y reinó allí mucha alegría por su venida y por el prodigio en favor del centurión. Tomó parte aquí en una comida y se dirigió casi en seguida a Cafarnaúm para la fiesta del Sábado. Las mujeres quedaron en la casa. En Cafarnaúm se habían reunido muchísima gente y numerosos enfermos. Los endemoniados corrían por la ciudad gritando, cuando Jesús llegaba. Él les mandó callar y a través de ellos se dirigió a la sinagoga. Después de la oración se llamó a un empedernido fariseo de nombre Manasés, a quien le tocaba hacer la lectura.

Jesús pidió los rollos de las Escrituras y dijo que quería hacer la lectura. Le dieron los rollos y Jesús comenzó a leer desde el principio del quinto libro de Moisés hasta la murmuración de los hijos de Israel, y enseñó acerca de la ingratitud de sus antepasados y de la misericordia de Dios para con ellos y de la proximidad del reino de Dios, y que ahora se guardasen de obrar como habían obrado sus antepasados. Explicó aquellos

caminos por el desierto como figura de sus errores actuales y comparó la tierra prometida con el reino de Dios ahora prometido a todos. Después leyó el primer capítulo de Isaías. Él lo explicó aplicándolo a estos tiempos: habló de los pecados y de los castigos, y cómo habiendo esperado tanto tiempo a un profeta, ahora que tenían a uno, más tarde lo maltratarían. Habló de los animales que conocen a sus dueños, y ellos no conocerán al suyo que ha venido. Habló también de cómo se vería reducido Aquél que había venido para ayudarlos, por sus malos tratos, y cómo sería castigada Jerusalén, y quedaría la comunidad de los suyos muy reducida; pero que el Señor la haría grande mientras los otros serían exterminados. Les mandó que se conviertan; que aún cuando estuviesen manchados con sangre, debían clamar a Dios y arrepentirse, y serían purificados. Habló también del rey Manasés, que había blasfemado contra Dios y había pecado tanto, y por esto castigado y llevado en esclavitud a Babilonia; y cómo allí se convirtió, había orado a Dios y encontrado misericordia y perdón. Abrió luego, como al acaso, una página y leyó el versículo de Isaías 7-14: "Mirad, una Virgen dará a luz". Y explicó este punto refiriéndolo a su persona y a la venida del Mesías. Esto mismo había explicado cuando estuvo en Nazaret, antes de su bautismo, y lo había comentado, y ellos, mofándose, decían entre si: "Manteca y miel no le hemos visto comer mucho en casa de su padre el pobre carpintero".

Los fariseos y otras personas no estuvieron conformes de que Jesús les hablase tan severamente sobre la ingratitud: esperaban algo más halagador, pues lo habían recibido bien. La enseñanza duró bastante tiempo y cuando hubo terminado y salían los fariseos, oí que alguno decía a otro: "¿Han traído enfermos?... Vamos a ver si se atreve a sanar en día de Sábado". Habían iluminado las calles con antorchas y muchas casas con lámparas. La gente había colocado a los enfermos delante de sus casas iluminadas por donde debía pasar Jesús, y otros habían sido traídos con luces en los brazos de sus parientes. Hubo un tumulto considerable y gemidos en la calle. Muchos endemoniados clamaban, y Jesús los mandó callar y salir de los posesos. A uno de ellos vi enfurecido y rabioso lanzarse contra Jesús, y con rostro descompuesto y los cabellos levantados, gritar: "Tú, ¿qué quieres aquí? ¿Qué tienes Tú que hacer aquí?" Jesús lo rechazó, diciéndole: "Sal de allí, Satanás". He visto al hombre caer como si hubiera de romperse el cuello y quebrantarse los huesos. Con todo, se levantó cambiado y

manso; se hincó delante de Jesús, llorando y dando gracias. Jesús lo exhortó a mejorar de conducta. He visto que a muchos los sanaba de pasada.

XXVI

Jesús en casa de su Madre en Bethsaida(*)

Jesús se dirigió por la noche con sus discípulos a la casa de su Madre. En el camino habló Pedro de sus intereses familiares; que habíase atrasado en el negocio de la pesca por haber estado ausente tanto tiempo y que debía pensar en su mujer, en sus hijos y en su suegra. Juan le replicó que él y Santiago debían pensar en sus padres, que eran más que una suegra. De este modo hablaban con naturalidad, a veces chanceándose un poco. Jesús les dijo que se acercaba el tiempo en que debían dejar del todo la ocupación de pescar, que debían ocuparse de pescar otra clase de pescados. Juan era más familiar; tenía una sencillez de niño en el trato con Jesús, más que los demás apóstoles. Era amable y dispuesto a todo, sin preocupaciones ni contradicciones. Jesús fué adonde estaba su Madre y los demás a sus casas.

A la mañana siguiente, temprano, se encaminó Jesús con sus discípulos a Cafarnaúm, saliendo de la casa de su Madre, como a tres cuartos de hora de Bethsaida. El camino sube un trecho y luego baja hacia Cafarnaúm. Antes de llegar a la ciudad hay una casa en el camino que pertenece a Pedro, que destinó para Jesús y los suyos, poniendo a un piadoso anciano a su cuidado. Esta casa estaba como a hora y media de camino del lago. En Cafarnaúm se encontraron todos los discípulos de Bethsaida y de los alrededores, y también María y las santas mujeres. Habían traído el día anterior muchos enfermos cuando Jesús llegó; estaban alineados en las calles. Jesús sanó a muchos en el camino a la sinagoga, en la cual enseñó y usó de parábolas. Mientras salía de la sinagoga y seguía enseñando, se echaron algunos a sus pies pidiéndole que les perdonase sus pecados. Eran dos mujeres adúlteras repudiadas por sus maridos, y cuatro hombres, entre ellos el seductor de las mujeres. Se deshacían en lágrimas y querían confesar sus pecados ante toda la multitud. Jesús les dijo que conocía sus pecados, que

(*) La vidente distingue dos Bethsaidas: una, la patria de los apóstoles Felipe, Andrés y Pedro; y Bethsaida-Julias, llamada así por el tetrarca Felipe después de la muerte del emperador Augusto.

vendría un tiempo en que sería necesario confesar los pecados; que aquí no sería sino ocasión de escándalo para la gente y de persecución para Él. Los exhortó a vigilar sobre sí mismos para no caer de nuevo, a no desesperar, sino a confiar en Dios y hacer penitencia. Luego les perdonó sus pecados. Como preguntaran a qué bautismo tenían que ir, si al bautismo de los discípulos de Juan o esperar a que bautizasen sus propios discípulos, les contestó que fuesen al bautismo de los discípulos de Juan.

Los fariseos que estaban presentes se admiraron de que hubiese perdonado los pecados, y se lo reprocharon. Jesús los obligó al silencio con sus respuestas: les dijo que le era más fácil perdonar pecados que sanar a los enfermos. Añadió que quien se arrepiente de veras a ése ya se le perdona, y no es tan fácil que vuelva a pecar de nuevo; mientras que los enfermos que son sanados, a veces permanecen enfermos de alma y usan de la salud del cuerpo para el pecado. Ellos preguntaron si ya que esas mujeres estaban perdonadas los hombres debían ahora recibirlas de nuevo. Jesús les dijo que para responderles en forma no había tiempo por el momento; que en otra ocasión pensaba hablar de esto y enseñar con más detención. También quisieron pedirle cuenta sobre el sanar en día de Sábado y Jesús les contestó que si en día de Sábado se les caía a ellos algún animal en una zanja seguramente se apresurarían a sacarlo.

Por la tarde se retiró a la casa delante de Cafarnaúm con todos sus discípulos; las santas mujeres ya estaban allí. Se hizo una comida dispuesta por el centurión Serobabel. Este jefe y el padre, que se llamaba Salathiel, tomaron parte en la comida mientras el niño sanado, Jesse, servía en la mesa. Las mujeres estaban en otra mesa. Jesús enseñaba entretanto. Trajeron algunos enfermos a la sala, que gritaban pidiendo salud. Jesús sanó a muchos de ellos. Después de la comida se fué de nuevo a la sinagoga; entre otras cosas lo he oído leer y explicar lo que el profeta Isaías decía al rey Achaz: "He aquí que una Virgen dará a luz y tendrá un Hijo".

Cuando abandonó la sinagoga, sanó a muchos enfermos colocados en las calles y esto duró hasta entrada la noche. Entre éstos había muchas mujeres con flujo de sangre que estaban a cierta distancia, tristes y veladas, porque no podían acercarse a Jesús ni al pueblo. Jesús que conocía su necesidad dirigió sus ojos hacia ellas y las sanó con una sola mirada. Nunca tocó a semejantes enfermas: hay en esta prohibición un misterio que yo no sé explicar. La misma tarde comenzaba un día de ayuno.

Cuando Jesús y sus discípulos se dirigían a casa de su Madre, se suscitó la conversación de que a la mañana siguiente quería Jesús viajar con ellos por el lago, y oí que Pedro se excusaba por el mal estado de su nave.

Veo que las personas a quienes Jesús había perdonado sus pecados tienen ahora vestidos de penitencia y están veladas. En el último Sábado estaban también los judíos vestidos de negro. Estos últimos tiempos eran días de penitencia por la conmemoración de la destrucción de Jerusalén. Por esto Jesús habló tan severamente de los castigos que habían de sobrevenir a Jerusalén. Al salir Jesús de Cafarnaúm llevaba el camino alrededor de un edificio rodeado de agua, donde habían sido encerrados los endemoniados más furiosos durante la noche. Gritaban enfurecidos al pasar Jesús: "Allí anda Él. ¿Qué quiere con nosotros?... ¿Por qué nos quiere echar de aquí?" Jesús les mandó: "Callad y permaneced allí hasta que Yo vuelva. Entonces será vuestro tiempo de iros". Al punto callaron y se aquietaron.

XXVII

Consejo de los fariseos y Serobabel

Cuando Jesús abandonó la ciudad se reunieron los fariseos y los príncipes del pueblo en consejo. El centurión Serobabel estaba presente. Habíanse reunido para tratar de todo lo que habían visto en Jesús y de cómo conducirse con Él. Decían: "¡Mirad qué tumultos y que desórdenes promueve con su presencia este Hombre! Todo lugar tranquilo está agitado con su presencia: los hombres dejan su trabajo y corren detrás de Él, vagando de un lado a otro. Él inquieta y amenaza a todos con castigos. Habla siempre de su Padre. ¿Acaso no es Él de Nazaret, hijo de un pobre carpintero?... ¿Cómo puede tener este atrevimiento y esta seguridad? ¿Sobre qué se funda su presunción? No observa el Sábado y estorba su observancia y llega hasta a perdonar los pecados... ¿Acaso vendrá su fuerza y su poder de lo alto?... ¿Tendrá alguna fuerza oculta y artes de magia? ¿De dónde saca todas sus raras explicaciones de la Escritura?... ¿Ha frecuentado acaso otras escuelas que las de Nazaret?... Debe tener relación con alguna potencia extranjera... Habla siempre de la proximidad del reino, de la venida del Mesías y de la destrucción de Jerusalén. Su padre era de noble linaje; quizás sea Él el hijo bastardo de algún otro prín-

cipe, su padre, que busca abrirse paso en esta comarca, para apoderarse luego de la Judea... Debe tener un lugar oculto donde se refugia, un protector poderoso al cual se confía. De otro modo no podría mostrarse tan osado y seguro y obrar contra las costumbres y usos recibidos, como si Él tuviera todos los derechos. Estuvo bastante tiempo ausente. ¿Con quién estará en relación? ¿De dónde sacará su poder maravilloso y su ciencia? ¿Qué haremos al fin de cuentas con Él?..."

De este modo hablaban y trataban de Jesús en medio de sus juicios y extrañezas, mostrándose escandalizados. El centurión Serobabel se mantuvo durante este tiempo callado y reflexivo y terminó por tranquilizar a los demás, diciéndoles: "Si su poder es de Dios entonces se ha de consolidar; si no lo es, entonces solo se ha de derrumbar. Mientras Él nos sana y nos mejora, debemos amarle sin duda y agradecer a Aquél que nos lo ha mandado".

XXVIII

Conversaciones de los discípulos con Jesús

Unos días después caminaba Jesús con sus discípulos, unos veinte, en las cercanías del lago de Genezaret. No habían tomado el camino directo, sino hacia el Sur, por las alturas donde estaba la casa de María hacia el Occidente. Esta montaña es como el final de una cadena de montes que corren en el Norte, algo separada por un valle. Jesús enseñaba mientras caminaban. Había aquí muchos hermosos arroyuelos que bajando de las alturas corrían por los valles para echarse en el lago. Corría también de este lado el arroyo de Cafarnaúm. Había diversas fuentes de agua en derredor de Bethsaida que enriquecían esta comarca. Jesús se detuvo varias veces en algunos de estos amenos lugares. A veces callaba y a veces enseñaba sobre los diezmos. Los discípulos hablaban de la gran opresión que se ejercía en Jerusalén con el pretexto de los diezmos y expresaban la idea de si tal precepto no podría ser quitado. Jesús les dijo que el dar el diezmo de los frutos al templo y a sus servidores era mandado por Dios, para que los hombres se acordasen de que no eran dueños de las cosas de la tierra, sino que sólo las tenían en uso; que también debían dar el diezmo de las hierbas para recordar la mortificación y la penitencia.

Los discípulos hablaron también de los samaritanos, expresando su pesar de que habían sido la causa de que saliera más

pronto de lo que había pensado del país; que si hubiesen sabido que estaban tan ávidos de la palabra de Dios y los habían recibido tan bien, no habrían insistido para salir pronto de aquel país. Jesús contestó que los dos días que había estado allí eran suficientes; que los siquemitas tenían sangre caliente y se conmovían fácilmente; que quizás sólo veinte de los convertidos permanecían ahora firmes; y que la próxima y más grande cosecha quedaba reservada para ellos (los futuros apóstoles). Los discípulos, conmovidos por la última enseñanza, expresaron su compasión y simpatía hacia los samaritanos, y recordaban en su alabanza la historia del hombre que había caído en manos de los ladrones junto a Jericó, mientras los sacerdotes y levitas pasaron de largo, y alababan al samaritano que había alzado al herido, lavándolo con aceite y vino. Esta historia era conocida y había sucedido en los primeros tiempos junto a Jericó.

Jesús tomó ocasión de su compasión para con el herido y de su alegría por la acción del samaritano, para contarles otra parábola. Contó cómo Adán y Eva, por causa del pecado, fueron echados del Paraíso y fueron a parar a un desierto lleno de ladrones y de salteadores, con sus hijos; y cómo el hombre yace allí, herido de pecados y maltrecho en el desierto. Contó esto sencillamente, como está en la Biblia. Entonces el Rey de cielos y tierra hizo todo lo posible para ayudar al hombre caído; le dió su ley y sus sacerdotes preparados, y le envió muchos profetas. Todos habían pasado sin salvar al hombre enfermo, porque en parte el hombre también había despreciado la ayuda que se le ofrecía. Finalmente mandó a su propio Hijo, en figura de un pobre, para ayudar a los pobres. Describió su propia pobreza: sin zapatos, sin sombrero, sin cinturón. Éste había derramado aceite y vino en sus heridas para sanarle. Añadió que aquéllos mismos que estaban preparados con todos los medios para ayudar no sólo no se apiadaron del herido, sino que tomaron preso al Hijo del Rey y lo mataron porque había socorrido con aceite y vino al infeliz herido. Les propuso esto para que pensaran sobre ello, diciéndoles que más tarde se lo declararía. Ellos no lo entendieron. No notaron que hablaba de su persona al hablar del Hijo del Rey, aparecido en pobreza y necesidad, y murmuraban al oído preguntándose quien sería ese Padre de quien siempre hablaba. Jesús les recordó también su conversación sobre sus angustias respecto al negocio de la pesca que habían tenido que abandonar y les dijo que el Hijo del Rey también había dejado todo lo que tenía con su Padre, y que mientras

otros dejaban al herido mal parado, Él le había derramado aceite y vino en sus heridas. Les dijo: "El Padre no dejará a los servidores de su Hijo ni los abandonará, y ellos recuperarán todo lo dejado, más ricamente, cuando Él los reúna en su reino".

Con estas y otras conversaciones llegaron al lado de Genezaret, junto a Bethsaida, donde estaban las barcas de Pedro y del Zebedeo. Era esta una parte cerrada de la ribera y había allí varias chozas de tierra para los pescadores. Jesús se aproximó con sus discípulos. En las barcas había varios pescadores paganos esclavos y ningún judío, porque era un día de ayuno. El Zebedeo estaba en la orilla, en una de las chozas. Jesús les dijo que dejasen de pescar y viniesen a la playa, y ellos obedecieron. Jesús enseñó allí. Después se dirigió a lo largo del lago, hacia Bethsaida, como a media hora. Los derechos de pesca de Pedro comprendían como una hora de camino de la ribera. Entre el lugar de las barcas y Bethsaida había una ensenada, donde desaguaban muchos arroyuelos, brazos de río, que venían desde Cafarnaúm a través del valle, recibiendo de paso las aguas de otros arroyos. Delante de Cafarnaúm forma un extenso estanque. Jesús no fué derecho a Bethsaida, sino que torció hacia el Occidente, y se dirigió al Norte del valle, hasta la casa de Pedro, al Este de la pendiente, en cuya parte occidental se encuentra la casa de María.

XXIX

Jesús en casa de Pedro

Jesús entró en casa de Pedro donde estaban reunidas María y otras de las santas mujeres. Los demás discípulos no entraron; se entretuvieron en los alrededores y en el jardín o fueron a la casa de María. Cuando Pedro entró con Jesús en su casa, dijo: "Señor, hemos tenido un día de ayuno; pero Tú nos has saciado con tus palabras". La casa de Pedro estaba bien ordenada, con un vestíbulo y jardín; era larga y se podía andar por la azotea y desde allí contemplar un espléndido panorama del lago. No he visto en la casa de Pedro ni a la hijastra(*) ni a los hijastros que le había traído su mujer viuda. Parece que estaban en la escuela. Su mujer estaba entre las santas mujeres; de ella no tuvo Pedro hijo alguno. Su suegra, una mujer alta,

(*) Esta hijastra de Pedro se llama Petronila y el Martirologio Romano coloca su fiesta el 31 de Mayo.

delgada y enfermiza, caminaba apoyándose en las paredes de la casa.

Jesús habló allí largamente con las mujeres sobre el modo de atender a los discípulos en los alrededores del lago, donde Él pensaba demorar bastante tiempo. Las exhortó a no ser gastadoras ni pródigas, pero a no estar tampoco con demasiada ansiedad y preocupación; que Él, para sí necesitaba pocas cosas, y que pensasen más bien en los discípulos y en los pobres. Desde aquí fué con sus discípulos a la vivienda de María, donde habló todavía y luego se retiró solo para orar. El río corre delante de la casa de Pedro y éste puede en una pequeña canoa navegar desde aquí hasta el lago con sus utensilios de pesca.

Cuando oyeron las santas mujeres que Jesús quería ir el próximo Sábado a Nazaret, que está a diez horas de camino, no lo vieron bien y deseaban más bien que se quedase o que, a lo menos, volviese muy pronto. Jesús les contestó que pensaba no quedarse mucho tiempo allá; que no estarían contentos con Él porque no podría hacer lo que ellos deseaban. Les dijo otras cosas que les disgustarían, y se lo avisó también a su santa Madre. Quería decírselo antes de que sucediese.

XXX

Jesús en Bethsaida

Jesús fué con sus discípulos desde la casa de su Madre, por el Norte del valle a lo largo de la ladera del monte, hacia Bethsaida, a una media hora de camino. Las santas mujeres salieron de la casa de Pedro hacia allá, a la casa de Andrés, al final de la ciudad; era una casa ordenada, pero no tan grande como la de Pedro. Bethsaida es una pequeña población de pescadores, que está en medio de una abertura y se extiende en estrechas viviendas hasta cerca del lago. Desde el lugar de pesca de Pedro, mirando al Norte, se ve la población. Está habitada por pescadores y por tejedores de tiendas y de mantas. Es un pueblo de costumbres rústicas y sencillas, y me recuerda a los trabajadores de la turbera, entre nosotros, comparados con otras gentes. Las mantas que hacen son de pelos de camello y de cabras. Los pelos largos que tienen los camellos en el pescuezo y en el pecho los ponen como franjas y borlas en las orlas de estas mantas, que son brillantes y hermosas.

El anciano jefe Serobabel no estaba aquí: era un hombre enfermizo y no podía caminar mucho. Hubiese podido cabalgar, pero entonces no hubiera oído las enseñanzas de Jesús durante el camino; además, no estaba bautizado aún. Se había congregado mucha gente de los alrededores; también extranjeros del otro lado del lago de las comarcas de Corozaím y de Bethsaida-Julias. Jesús enseñó en la sinagoga, que no era grande, de la proximidad del reino de Dios; y dijo bastante claramente que Él era el Rey de este reino. Despertó la admiración de sus discípulos y oyentes. Enseñó, en general, como en los días anteriores, y sanó a muchos enfermos traídos a la puerta de la sinagoga. Algunos endemoniados gritaban: "Jesús de Nazaret, Profeta, Rey de los Judíos". Jesús les mandó callar: aún no era el tiempo de decir quien era Él.

Cuando hubo terminado su enseñanza y de sanar enfermos fueron a la casa de Andrés para la comida; pero Jesús no entró, y dijo que Él tenía otra hambre. Caminó con Saturnino y otro discípulo un cuatro de hora hacia arriba, desde la casa de Andrés, hasta un hospital apartado junto a la ribera del lago donde había pobres, enfermos, leprosos, mentecatos y otros miserables que desfallecían en la miseria y el abandono. Algunos estaban casi enteramente desnudos. Ninguno de la ciudad le acompañó, para no contaminarse. Las celdas de estas pobres criaturas corrían en torno de un patio; no podían salir afuera y se les pasaba el alimento a través de los agujeros de las puertas. Jesús los hizo salir por el cuidador y traerles mantas y vestidos con los discípulos para cubrirlos. Les enseñó y los consoló. Fué de uno a otro grupo y sanó a muchos de ellos con la imposición de las manos. A algunos los pasaba, a otros les mandaba bañarse, a otros les ordenaba otras cosas. Los sanados se arrodillaban y daban gracias, llenos de lágrimas. Era un cuadro conmovedor. Algunos de éstos eran hombres completamente degradados. Jesús tomó al cuidador consigo llevándolo a casa de Andrés, para la comida. Acudieron algunos parientes de los curados desde Bethsaida, trayendo vestidos y se los llevaban contentos a sus casas, pasando por la sinagoga para dar gracias a Dios.

La comida en casa de Andrés fué muy buena, de grandes y hermosos pescados. Comieron en una sala abierta y las mujeres en mesa aparte. Andrés servía. Su mujer era muy hacendosa y diligente: no salía casi de su casa. Tenía en casa una especie de taller de tejido y fabricación de redes de pesca y ocupaba

en este trabajo a muchas muchachas pobres del lugar. Todo se hacía con mucho orden. Tenía también entre ellas a algunas mujeres caídas sin albergue, de las cuales se compadecía: les daba trabajo, sustento, y les enseñaba y las exhortaba a la oración. Por la tarde enseñó Jesús de nuevo en la sinagoga; luego se retiró con sus discípulos. Pasó junto a muchos enfermos y no los sanó todavía porque su tiempo no había llegado. Después de despedirse de su Madre, se dirigió con sus discípulos a la casa-albergue en las afueras de Cafarnaúm. Allí habló largamente con sus discípulos; luego se apartó de ellos y pasó la noche en oración sobre una colina puntiaguda llena de cipreses. Cafarnaúm está situada en una montaña, en semicírculo; tiene muchas terrazas a modo de jardines y viñedos, y en las alturas nace un trigo grueso como el junco. Es un lugar amplio y agradable: al parecer fué en otro tiempo una ciudad más grande, o había otra ciudad allí, pues se ven cerca de la existente ruinas de torres y paredes como restos de una destrucción.

XXXI
Jesús en la Pequeña Séforis

Jesús se dirigió desde Cafarnaúm hacia Nazaret. Los discípulos de Galilea le acompañaron unas cinco horas. Enseñó, durante el camino, acerca de su futura misión, y le pidió a Pedro que saliera de su habitación, cerca del lago, y fuese a su casa de Cafarnaúm, pues hablándole de su oficio le dijo que convenía dejarlo.

Pasaron por pequeñas poblaciones y junto a las chozas a orilla del lago. En un campo de pastores salieron a su encuentro algunos endemoniados pidiendo ser librados. Eran dueños de campos, y sólo a intervalos eran afligidos por el demonio; en ese momento estaban en buen estado. Jesús no los libró aún: les dijo que primero tenían que mejorar de conducta, les hizo la comparación de cómo uno teniendo dolor de estómago y deseando curarse, volviese a llenarse de comida. Estos hombres se retiraron confundidos de su presencia. Los discípulos dejaron a Jesús a unas horas de Séforis, y Saturnino volvió con ellos a la casa de Pedro. Con Jesús quedaron sólo dos discípulos de Jerusalén, que querían volverse. Jesús se dirigió primero hacia la Baja Séforis, una pequeña ciudad, y se refugió en casa de parientes de Ana. Esta casa no es la paterna que está entre

Séforis y la Alta Séforis, un lugar separado como de una hora de camino. Pertenecen a Séforis muchas casas desparramadas como a cinco horas de camino. No estuvo en esta ocasión en la Gran Séforis. Allí hay grandes escuelas de todas las sectas y juzgados. En la Baja Séforis no hay mucha gente rica. Trabajan allí en fabricar lienzos. Las mujeres ricas hacen franjas y borlas para el templo. Toda esta comarca es como un jardín, con muchas aldeas y casas desparramadas con sus huertas y avenidas. La Gran Séforis es importante y está edificada en lugar espacioso con castillos y grandes viviendas. La comarca es rica en pozos y buen ganado. Estos parientes de Jesús tenían tres hijos, uno de los cuales, de nombre Colaya, era discípulo de Jesús(*). La madre hubiera deseado que Jesús tomase también a los demás, y habló de María Cleofás. Jesús le dió buena esperanza. He visto que estos hijos, después de la muerte de Jesús, fueron no sólo discípulos sino consagrados sacerdotes po José Barsabas, en Eleuterópolis, donde él era obispo.

Jesús enseñó en la sinagoga donde se había reunido mucha gente de los alrededores. Anduvo con estos parientes por esas comarcas y enseñó en diversos lugares, en pequeñas reuniones, que a veces le seguían y a veces le esperaban en determinado sitio. Cuando volvió, sanó a muchos enfermos delante de la sinagoga y enseñó en ella sobre el matrimonio y el divorcio. Jesús reprochó a los maestros y escribas que añadiesen cosas a los escritos y a un anciano maestro o escriba le señaló en un rollo algo que él había añadido; lo convenció de falsedad y le mandó que borrase la añadidura. El escriba se humilló delante de Él, se echó de rodillas delante de todos, confesó su culpa y dió gracias por la advertencia de Jesús.

Jesús pasó la noche en oración. Desde la casa de sus parientes en la Pequeña Séforis fué andando entre la Pequeña y la Gran Séforis en la que fué en otro tiempo posesión de Ana. Llevaba un solo discípulo consigo. Los moradores eran parientes, muy lejanos, por diversos casamientos; sólo había una anciana, enferma de hidropesía, que era pariente bastante cercana; tenía consigo a un pequeñuelo ciego. Jesús oró con la anciana, que repetía las preces. Le puso luego la mano por un minuto en la cabeza y en la región del estómago. Y ella volvió a su estado normal, después de haber estado como desfallecida;

(*) Este discípulo de Jesús, llamado Colaja o Kolaya, es hijo de la viuda Seba, de Nazaret.

no estaba sana del todo; pero poco a poco pudo caminar; con algunas traspiraciones quedó del todo buena. La mujer pidió por el niño que tenía como ocho años de edad y nunca había visto ni hablado; sólo oía lo que se le decía; alabó la piedad y la obediencia del niño. Jesús puso su dedo índice en la boca y sopló sobre los pulgares de sus manos, los mojó en su saliva y los puso sobre los ojos cerrados, orando y mirando a lo alto. El niño entonces abrió los ojos. Lo primero que ve es a Jesús, su Salvador. Fuera de sí de contento se echa a los pies de Jesús, agradeciendo y llorando. Jesús lo exhortó a obediencia y amor a sus padres; ya que siendo ciego había sido obediente, lo fuera ahora que veía a sus padres y no usase nunca sus ojos para el pecado. Llegaron luego los padres, y la gente de la casa, y hubo allí una gran alegría y cantos de alabanzas.

XXXII
Modo de sanar de Jesús

Jesús no sanaba de la misma manera a todos los enfermos que le presentaban. No sanaba de otro modo que los apóstoles y los santos después y los sacerdotes hasta nuestros días. Él ponía sus manos sobre el enfermo y rezaba con ellos. Él lo hacía más pronto que los apóstoles. Sus curaciones debían ser también modelo para los apóstoles y sucesores. Lo hacía siempre en una forma en relación con la necesidad o gravedad o causa del mal. A los baldados los movía y sus músculos eran desatados y ellos se levantaban sobre sus pies. Si se trataba de miembros quebrados tomaba entre sus dedos la quebradura y los miembros se consolidaban. Si tocaba a los leprosos veía yo que las costras caían y quedaban manchas coloradas, las cuales desaparecían poco a poco según el mérito del enfermo. Nunca he visto que un jorobado se pusiera de repente derecho o que un hueso quebrado se curase de repente. No es que Jesús no pudiera hacerlo así: Él no lo hacía de este modo porque quería que sus curaciones no fuesen como espectáculos teatrales, sino como obras de misericordia; eran como símbolos de su misión: desatar, reconciliar, enseñar, desarrollar, redimir. Y como Jesús pedía la cooperación del hombre para ser participante de la redención, así debían en estas curaciones intervenir la fe, la esperanza, el amor, el arrepentimiento y la mejoría de conducta como cooperación de la salud corporal. A cada estado del enfermo correspondía un

modo diferente, en cuanto que cada enfermedad era símbolo de una enfermedad espiritual, de un pecado y de un castigo, así como cada curación era símbolo de un perdón y de una mejoría espiritual. Sólo tratándose de paganos veía yo que sus curaciones eran más espectaculares y raras. Los prodigios de los apóstoles y santos posteriores fueron más visibles y más contrarios al curso normal de la naturaleza; los paganos necesitaban conmoción y admiración; los judíos, sólo ser librados de sus enfermedades. A menudo sanaba con la oración a distancia; a veces con la mirada, desde lejos, con las mujeres que padecían flujo de sangre, las cuales no se atrevían a acercarse y que no lo podían hacer según prescripción judaica. Aquellos preceptos que tenían un sentido misterioso los observaba Jesús; los demás, no.

XXXIII

Los fariseos disputan con Jesús

Después se dirigió Jesús a una escuela que estaba a igual distancia de Nazaret como de la Pequeña Séforis, donde se le unió el discípulo Pármenas de Nazaret. Este hombre había sido compañero de infancia de Jesús y hubiera seguido en seguida a Jesús, como los otros discípulos, si no hubiera tenido que mantener a sus padres de Nazaret con el servicio de mensajero. En esta escuela se hallaban reunidos muchos escribas y fariseos de la Gran Séforis y de la Pequeña y algunos del pueblo. Los fariseos querían disputar con Jesús sobre el divorcio, que Jesús había declarado al maestro en la sinagoga que era añadidura hecha en el rollo de escrituras. Lo habían tomado muy a mal en la Gran Séforis, porque esta añadidura procedía precisamente de la enseñanza de éstos. Los divorcios se hacían allí con suma facilidad y tenían éstos una casa a propósito para las mujeres divorciadas. El maestro convicto de su culpa había copiado de un rollo y había añadido falsas explicaciones por su cuenta. Disputaron largo tiempo con Jesús y no querían entender que debían borrar las añadiduras introducidas en los rollos. Jesús los hizo enmudecer, pero no reconocieron que estaban en error como confesó el doctor primero. Él les probó la prohibición de las añadiduras y por consiguiente la obligación de borrarlas, les probó la falsedad de su explicación fundada en la añadidura y les reprochó severamente la facilidad de los di-

vorcios en la ciudad. Les dijo también en qué casos no es permitido al hombre repudiar a la mujer, y añadió que si una parte no puede de ninguna manera avenirse con la otra, pueden separarse uno de otro por consentimiento mutuo, pero no puede la parte más fuerte repudiar a la otra sin consentimiento y sin culpa. No consiguió nada con ellos, a pesar de que no pudieron contradecir su doctrina; estaban irritados y eran engreídos de su ciencia. El escriba de la Baja Séforis, convencido por Jesús de la falsedad por sus añadiduras, se convirtió y se apartó completamente de los fariseos y declaró a su comunidad que él enseñaría en adelante la ley sin añadidura, y si no lo querían así, se retiraría de ellos.

Esa añadidura en la ley del divorcio era la siguiente: "Si una parte de los dos casados tuvo relación antes con algún otro, entonces no subsiste el matrimonio, y aquél que tuvo relación con esa parte puede reclamar esa parte como suya, aun en el caso de que ambos vivan perfectamente de acuerdo". Esta añadidura y su explicación las rechazó Jesús declarando que la ley de la separación y del divorcio es ley dado sólo para un pueblo grosero. Dos de los principales fariseos estaban a punto de declarar una separación semejante para su propia conveniencia y por esto habían introducido esta añadidura a la ley general. Nadie sabía esto; pero lo sabía bien Jesús; por esto les dijo: "¿No estáis vosotros defendiendo con esta añadidura quizás vuestro propio asunto?" Estos fariseos se irritaron sobremanera al verse descubiertos.

XXXIV

Jesús en Nazaret

Jesus se dirigió a Nazaret para llegar a la cual tenía un camino de dos horas. Entró en la casa que había sido, fuera de la ciudad, del esenio ya difunto, Eliud, su amigo. Allí le lavaron los pies, le dieron alimento y le dijeron cuanto se alegraban los nazarenos de su venida. Jesús les respondió: "Esa alegría no durará mucho; pues no querrán oirme lo que les quiero decir". Subió a la ciudad. En la puerta había apostado uno que debía dar el aviso de su llegada. Apenas apareció Él le salieron al encuentro varios fariseos y gente del pueblo. Lo recibieron solemnemente y quisieron llevarlo a un albergue público donde le prepararon una comida de recepción antes del Sábado.

Él no aceptó y dijo que tenía otras cosas que hacer, y entró en la sinagoga, adonde le siguieron y donde se reunió mucha gente. Era antes del comienzo del Sábado.

Jesús enseñó de la venida del reino, del cumplimiento de las profecías; pidió el rollo de Isaías, lo abrió y leyó (61-1): "El Espíritu del Señor sobre mí, porque el Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar a los mansos, para curar a los de corazón contrito y predicar la redención de los esclavos y la libertad a los que están encarcelados". Estas frases las explicó como si se tratase de Él mismo: de que el Espíritu del Señor había venido sobre Él para predicar la salud a los pobres, a los miserables, y cómo debía ser arreglado todo lo injusto, consolando a las viudas, sanando a los enfermos y perdonando a los pecadores. Habló tan hermosamente y tan amablemente que todos estaban llenos de admiración y de alegría, diciéndose entre sí: "Habla como si realmente fuera Él mismo el Mesías". La admiración los había entusiasmado de tal manera que ya se tenían por gran cosa porque Él fuera de su ciudad. Jesús siguió enseñando mientras llegó el Sábado y habló de la voz del que prepara el camino en el desierto y como debe ser reparado lo injusto y allanado lo tortuoso. Después de esto estuvo Jesús con ellos en una comida. Se mostraron muy amigos y dijeron que había muchos enfermos y que se dignase curarlos. Jesús no aceptó y ellos lo llevaron a bien, pensando que a la mañana quizás lo haría. Después de la comida salió fuera de la ciudad, con los esenios. Como éstos se alegraban del buen recibimiento que le habían hecho en la ciudad, Jesús les dijo que esperasen hasta el día siguiente, que ya verían otra cosa muy diferente.

Cuando a la mañana siguiente Jesús entró de nuevo en la sinagoga, quiso un judío, al cual le correspondía el turno acostumbrado, tomar los rollos de las Escrituras; pero Jesús los pidió y leyó el libro quinto de Moisés, capítulo 4, de la obediencia a los Mandamientos, y cómo no se debía hacer nada en contra de ellos, y cómo Moisés les explicó a los hijos de Israel lo que Dios mandaba y cómo ellos los observaban muy mal. Entraron también en la lección los diez Mandamientos y la explicación del primero sobre el amor de Dios. Jesús enseñó con severas palabras y les reprochó que añadiesen muchas cosas a la ley para oprimir al pueblo, mientras ellos no observaban ni siquiera la ley. Les reprochó tan severamente que ellos se irritaron, pues no podían negarle que Él dijera la verdad. Murmuraban entre ellos, diciendo: "¿Cómo es que de repente se ha

puesto tan osado?... ¡Faltó algún tiempo de aquí y ahora se presenta como si fuera una maravilla!... Habla como si fuese el Mesías. Pero nosotros conocemos bien al que fué su padre, el carpintero, y a Él le conocemos también. ¿Dónde ha aprendido? ¿Cómo se atreve a decirnos esto?"

De este modo comenzaron silenciosamente a irritarse cada vez más contra Él, porque se avergonzaban delante del pueblo, al verse reprendidos. Jesús siguió enseñando; a su tiempo salió de la ciudad y se retiró con los esenios. Aquí acudieron a verlo los hijos de un hombre rico, aquéllos mismos que le habían pedido anteriormente que los recibiese entre los discípulos, pero cuyos padres sólo buscaban fama y provecho de ciencia para sus hijos. Pedían que Jesús comiese con ellos. Jesús no aceptó la invitación. Pidieron de nuevo que los recibiese diciendo que ellos habían cumplido lo que les había dicho. Entonces les contestó: "Si vosotros habéis cumplido todo eso, entonces no necesitáis ser mis discípulos; podéis ser vosotros también maestros". Con esto los despachó.

Jesús comió con los esenios y enseñó en rueda de familia. Ellos le contaron que eran oprimidos allí. Él les aconsejó ir a vivir a Cafarnaúm, donde Él también se retiraría a vivir en adelante.

XXXV

Los fariseos se irritan contra Jesús e intentan precipitarlo

Mientras tanto habían hecho consulta los fariseos y habían resuelto que si volvía a hablar tan osadamente como la tarde anterior le mostrarían que no tenía derecho alguno y harían con Él lo que los fariseos de Jerusalén deseaban hace tiempo. Esperaban, no obstante, que se mostraría adulado y que haría prodigios por respeto a ellos. Cuando Jesús llegó a la sinagoga para la conclusión del Sábado habían traído algunos enfermos. Jesús pasó entre ellos sin sanar a ninguno. En la sinagoga continuó hablando del cumplimiento de los tiempos, de su misión, del último tiempo de la gracia y de su corrupción y del castigo que sobrevendrá si no se corregían; y de cómo Él había venido para ayudarlos, sanarlos y enseñarles. Entonces se irritaron especialmente cuando dijo: "Vosotros decís: Médico, cúrate a tí mismo. Como has hecho prodigios en Cafarnaúm, hazlos también aquí, en tu patria. Pero no hay profeta acepto en su propia patria".

Añadió que los tiempos presentes eran como tiempos de grande hambre, y comparó las poblaciones a pobres viudas. "En tiempos de Elías, prosiguió, había muchas viudas pobres en el país, pero el profeta no fué enviado a ninguna de ellas, sino a la viuda de Sarepta; y en los tiempos de Eliseo había muchos leprosos, y sin embargo no sanó sino a Naaman, que era un sirio". Comparó su ciudad con un leproso, que no sería curado.

Los fariseos se irritaron sobremanera de que los igualase con los leprosos; se levantaron de sus asientos, se enfurecieron y quisieron poner las manos en Él; pero Jesús les dijo: "Cumplid lo que vosotros enseñáis sobre el Sábado y no lo quebrantéis; más tarde podréis hacer lo que pensáis hacer". Entonces lo dejaron enseñando y se fueron murmurando, con expresiones de burla. Dejaron sus asientos y se dirigieron a la puerta. Jesús explicó sus últimas palabras y salió de la sinagoga. Unos veinte fariseos le rodearon a la salida y sujetándolo junto a la puerta, le dijeron: "Vamos, ahora ven con nosotros a un lugar alto; allí podrás repetir tu enseñanza y nosotros te contestaremos como se merece". Él les dijo que lo dejasen libre porque los seguiría, y ellos marchaban rodeándole como guardias y mucho pueblo iba detrás. Se levantó un griterío y una serie de burlas no bien concluyó el Sábado. Se enfurecían cada vez más y cada uno quería rivalizar en decir alguna burla más hiriente. "¡Queremos contestarte! ¡Queremos que vayas a la viuda de Sarepta! ¡Conviene que vayas a sanar al sirio Naaman! ¡Si eres Elías, conviene que marches al cielo! Nosotros queremos señalarte un buen sitio. ¿Quién eres Tú? ¿Por qué no has traido a tus secuaces? No tuviste valor de traerlos. ¿No tenías el pan asegurado en compañía de tus pobres padres?... Y ahora que estás saciado, ¿quieres burlarte de nosotros? Nosotros queremos oirte. Debes hablar ahora delante de todo el pueblo, a cielo descubierto, y nosotros te contestaremos".

Con estos gritos sarcásticos y burlas fueron subiendo la pendiente de la ciudad. Jesús continuaba enseñando tranquilo, contestando sus sarcasmos con palabras de la Escritura y profundas reflexiones que los avergonzaba en parte y aumentaba su irritación.

La sinagoga estaba situada en la parte occidental de la ciudad. Era ya oscuro y portaban algunas antorchas consigo. Llevaron a Jesús a la parte oriental de la sinagoga, y detrás de ella se volvieron a una ancha calle hacia el occidente. Llegaron a una alta pendiente en cuyo lado Norte había un pantano y en

la parte del Mediodía formaba una prominencia rocosa sobre un precipicio escarpado. Había allí un lugar donde solían precipitar a los malhechores. Una vez en el lugar pretendían primero preguntar y hacer hablar a Jesús, para arrojarlo luego al precipicio, que terminaba en una estrecha garganta rocosa. Cuando se acercaban al lugar, se detuvo Jesús, que estaba entre los fariseos, como un preso, mientras ellos continuaron su camino, injuriando y denostando al Señor. En ese momento vi dos figuras luminosas al lado de Jesús: éste volvió sobre sus pasos y pasó por en medio del populacho que vociferaba (sin ser visto); luego lo vi caminando tranquilamente junto al muro de la ciudad hasta la puerta por donde había entrado ayer. Entró de nuevo a la casa de los esenios. Ellos no habían estado temerosos por Él; creían en Él y esperaban su llegada. Jesús habló con ellos de su caso; les dijo de nuevo se retirasen a Cafarnaúm; les recordó que les había predicho este suceso de Nazaret, y después de media hora abandonó el lugar y partió en dirección de Caná.

Nada puede imaginarse de más ridículo que la locura y la confusión que se originó entre los fariseos y demás cuando no vieron más a Jesús entre ellos, a quien creían tener seguro en sus manos. Era un griterío: "¡Alto! ¿Dónde está?" El populacho que venía detrás, avanzaba irresistiblemente. Ellos querían retroceder para ver donde se ocultaba y en el sendero angosto se formó una confusión y un desorden de gritos, de órdenes y contraórdenes, de inculpaciones recíprocas, mientras corrían a todos los huecos y cuevas pensando encontrarlo escondido en algún lugar secreto. Con las antorchas iluminaban todos los rincones y corrían peligro de romperse el pescuezo bajando y subiendo por los riscos en busca de Jesús. Terminaron por insultarse unos a otros culpándose de haberlo dejado escapar. Finalmente se dieron por vencidos y se volvieron calladitos a la ciudad. Jesús ya hacía tiempo que estaba fuera de la ciudad, de modo que tuvieron un nuevo desengaño al custodiar las laderas de la montaña y las salidas de la ciudad. Al regresar quisieron justificar su fracaso, diciendo: "Ya veis qué hombre es éste; un hombre entregado a la magia; un endemoniado; el diablo le ha ayudado; ahora aparecerá en otro rincón del país para perturbar allí el orden y causar trastorno".

A sus discípulos ya les había dicho Jesús que abandonasen la ciudad de Nazaret y le esperasen en un determinado lugar camino de Tarichea. Saturnino y otros discípulos habían sido

citados también en este lugar. A la alborada se encontraron todos juntos con Jesús y descansaron en un valle solitario. Saturnino había traido panes y miel. Jesús habló de los sucesos de Nazaret, mandándoles mantenerse serenos y callados para no estorbar su futura misión. Luego anduvieron por sendas solitarias, junto a algunas ciudades, a través de valles, hacia la desembocadura del Jordán en el mar de Galilea. Había una gran ciudad al pie de una montaña al extremo Sur del mar de Galilea, no lejos de la desembocadura del Jordán, en una especie de península. Había un gran puente y un dique para entrar en la ciudad. Entre la ciudad y el mar se extendía una faja de tierra con suave pendiente cubierta de verdor. La ciudad se llama Tarichea.

XXXVI

Jesús sana a los leprosos de Tarichea

Jesús no entró en la ciudad sino que por un sendero lateral se acercó a una muralla del Sur, no lejos de la entrada donde había una serie de chozas habitadas por leprosos. Cuando Jesús se acercó a estas chozas, dijo a los discípulos: "Llamad desde la distancia a estos leprosos para que me sigan, que los voy a sanar. Cuando salgan, apartaos para que no os espantéis y no contraigáis impureza legal y no habléis luego de lo que veáis aquí. Vosotros conocéis la ira de los nazarenos, y no debéis irritar a nadie". Jesús continuó su camino hacia el Jordán, mientras los discípulos clamaban a los leprosos: "Salid fuera y seguid al profeta de Nazaret. Él os ha de sanar". Cuando vieron que salía la gente ellos se apartaron prontamente de allí. Jesús caminaba lentamente apartado del camino. Cinco hombres de diversas edades salieron de las celdas hechas en las murallas, y seguían a Jesús en fila hasta un lugar apartado, donde se detuvo. Los leprosos vestían túnica larga y blanca, sin correa, llevaban una capucha sobre la cabeza que les cubría también la cara y delante tenía dos tiras de tela negra con dos aberturas para los ojos. El príncipe de ellos se echó al suelo y besó la orla de su vestido. Jesús, volviéndose a él, le puso la mano en la cabeza, oró, lo bendijo y le mandó ponerse a un lado. Luego hizo lo mismo con los cinco. Después descubrieron los rostros y las manos. Las costras de la lepra se desprendía de ellos. Jesús les hizo una admonición sobre el pecado por el cual ha-

bían contraído la enfermedad, les enseñó cómo debían portarse en adelante y les mandó no decir que Él los había sanado. Ellos decían: "¡Señor, Tú apareciste tan inesperado entre nosotros!... Tanto tiempo habíamos esperado tu presencia y suspirado por Ti. No teníamos a nadie que representara nuestra miseria y te condujera hasta nosotros. Señor, Tú apareces ahora de repente, ¿cómo quieres que callemos nuestra alegría y el portento que obraste con nosotros?"

Jesús les mandó nuevamente que no hablasen del caso hasta que hubiesen cumplido con las prescripciones de la ley; que se presentasen a los sacerdotes para que vieran que estaban limpios y cumplieran con el sacrificio y las purificaciones legales. Sólo entonces podían decir quién los había sanado. Se echaron de nuevo a sus pies y volvieron a sus celdas. Jesús se acercó a sus discípulos en dirección del Jordán. Estos leprosos no estaban encerrados: tenían marcado el sitio hasta donde podían andar; nadie se acercaba a ellos; se les hablaba desde la distancia; se les ponía la comida en fuentes en determinados lugares: estas fuentes no volvían a los sanos, sino que eran enterradas o deshechas por ellos mismos. Se les traía siempre nuevos cacharros de poco valor.

Jesús anduvo un trecho con sus discípulos, entre amenos lugares llenos de plantas e hileras de árboles hacia el Jordán donde descansaron y tomaron alimento en un paraje solitario. Pasaron luego el río sobre una navecilla. En diversos lugares del río se ven estos esquives para que uno mismo pueda pasar y eran después llevados a su lugar por hombres que trabajan de trecho en trecho en la playa y habitan en chozas de la ribera. Jesús marchó con sus cuatro discípulos no muy cerca del mar, sino en dirección Este, hacia la ciudad de Galaad. Los cuatro discípulos eran: Pármenas de Nazaret, Saturnino y Tharzissus y su hermano Aristóbulo. Este Tharzissus fué más tarde obispo de Atenas y Aristóbulo ayudante de Barsabas. Yo oí que se hizo esto llamándolo "hermano", pero entiendo que era sólo hermano espiritual. Estuvo mucho con Pablo y Barnabas y creo que fué obispo de Britania. Fueron llevados a Jesús por medio de Lázaro. Eran extranjeros, griegos, me parece y su padre había inmigrado hacia poco tiempo a Jerusalén. Eran comerciantes de ultramar y he visto que los siervos y esclavos de su padre habían venido sobre transportes con sus animales de carga al bautismo de Juan, después de haber escuchado sus enseñanzas. Por medio de estos siervos fueron noticiados los

padres de estos jóvenes, que concurrieron con sus hijos adonde estaba Juan; los padres se hicieron bautizar y circuncidar y se establecieron en Jerusalén con toda la familia. Tenían riquezas y dejaron más tarde todo para provecho de la comunidad cristiana. Ambos hermanos eran de alta estatura, algo morenos, diestros y poseían una esmerada cultura. Eran dos hombres jóvenes osados, resueltos y diestros en preparar lo necesario en los caminos.

XXXVII

Conversaciones con los discípulos

Jesús atravesó el arroyuelo que bajaba a la comarca. El profeta Elías había estado también en este lugar. Jesús habló de esto y durante todo el camino enseñó con comparaciones y parábolas tomadas de las cosas que se presentaban a la vista: arbustos, piedras, plantas, lugares y de los estados y ocupaciones de la vida. Los discípulos preguntaban sobre las cosas que habían pasado en Séforis y en Nazaret. Jesús habló del matrimonio con ocasión de la disputa con los fariseos de Séforis, contra el divorcio, y de la indisolubilidad de la palabra dada. Añadió que el divorcio sólo fué permitido por Moisés por tratarse de un pueblo grosero y pecador.

Los discípulos interrogaron a Jesús acerca de lo que decían los nazarenos, de que Él no había tenido amor fraterno, pues no había querido sanar a los enfermos en la ciudad paterna, que por eso debía serle más próxima; si no debía, acaso, amarse a los ciudadanos como a nuestros prójimos más cercanos. Les enseñó Jesús intensamente sobre el amor al prójimo con toda clase de comparaciones y preguntas. Tomaba las comparaciones de varios estados de la vida sobre los cuales hablaba, señalando lugares lejanos que se podían ver desde allí y donde se ejercían diversos oficios. Les dijo que los que pretendían seguirle debían dejar padre y madre, aún cumpliendo el cuarto mandamiento. Debían tratar a su ciudad natal, como Él había tratado a Nazaret, y, sin embargo, tener amor al prójimo. Dios, el Padre celestial, es el prójimo más cercano, y es le que le había enviado a Él. Pasó a hablar del amor al prójimo según la gente del mundo, y a propósito de Galaad, adonde iban encaminados, dijo que los publicanos de allí amaban más a aquellos que más dinero les proporcionaban, pagando más impuestos. Señalando luego

a Dalmanutha(*), que estaba a su izquierda, dijo: "Esos fabricantes de tiendas y de alfombras aman a los prójimos que más tiendas y más alfombras les compran, y dejan a sus pobres sin techo y abandonados". Luego tomó una comparación de los fabricantes de sandalias y suelas para los zapatos y la aplicó a los nazarenos que le invitaron por pura curiosidad. Les dijo: "No necesito de vuestras demostraciones de honor, que son como las suelas pintadas en los talleres de los zapateros y que luego se pisan y se llevan sobre el lodo". Y añadió: "Ellos son como los zapateros de aquella ciudad (y señaló una): desprecian a sus propios hijos y los despachan y cuando vuelven del extranjero y han aprendido algo nuevo sobre suelas pintadas, una nueva moda, entonces los hacen venir de nuevo por curiosidad y vanidad, para pavonearse con las nuevas suelas, que luego serán pisadas y arrastradas por el barro como ese mismo honor". Les hizo también una pregunta: "Si uno rompe una suela en el viaje y va al zapatero para comprar otra nueva, ¿le regalan acaso la otra?" De este modo habló también sobre la pesca, la edificación y otros oficios manuales de los contornos.

Los discípulos le preguntaron dónde pensaba habitar, si quería edificarse una casa en Cafarnaúm. Él les contestó que no edificaba sobre arena y habló de otra clase de ciudad que deseaba edificar. Yo no entendía bien cuando Jesús hablaba caminando. Cuando les hablaba estando sentado, entendía mejor. Recuerdo que dijo que quería tener una barca propia para ir y venir por el lago, pues deseaba enseñar desde el mar y desde la tierra.

XXXVIII

Galaaditis, Galaad, Gamala, Gerasa

Así llegaron a la comarca de Gelaaditis. Allí se habían detenido Abrahán y Loth, y hubo aquí una repartición de tierras entre ellos. Jesús recordó esto, y les dijo que no hablasen de la curación de los leprosos para no irritar a nadie y que debían portarse ahora prudentemente para no despertar la suspicacia de otros, puesto que los nazarenos habían hecho mucho ruido y despertado el enojo en otros. Dijo que el Sábado siguiente

(*) La vidente distingue Magdalum de Dalmanutha, que algunos exégetas confunden, porque en Mateo se habla de un desembarco de Jesús en los confines de Magdalum y en Marcos se dice: confines de Dalmanutha.

quería enseñar de nuevo en Cafarnaúm: allí verían lo que es el amor del prójimo y la gratitud de los hombres. Les anunció que lo recibirían de muy diferente manera que cuando sanó al hijo del centurión.

Habrían andado algunas horas hacia el Noreste en un recodo del mar cuando llegaron frente a Galaad al Sur de Gamala(*). Había aquí paganos y judíos como en la mayoría de estas ciudades. Los discípulos hubieran deseado entrar, pero Jesús les dijo que si iba Él con los judíos de aquí no le darían nada y le recibirían mal, y si entraban en casa de los paganos murmurarían los judíos y lo calumniarían. Dijo que esta ciudad sería destruída y que era muy mala. Los discípulos hablaron también de un cierto Agabus, un profeta que vivía ahora de Argob, en estas regiones, que de tiempo atrás tenía visiones de la misión de Jesús y que había profetizado de Él no hace mucho; más tarde fué un discípulo. Jesús les dijo que sus padres eran herodianos y que le habían educado en esa misma secta, pero que se había convertido. Añadió Jesús que estas sectas eran sepulcros blanqueados, que por dentro estaban llenos de podredumbre. Estos herodianos estaban de la parte oriental del Jordán, en Perea, Traconítidis, e Yturea especialmente. Se mantienen ocultos, llevan una vida tenebrosa y se ayudan unos a otros secretamente. Acuden muchas pobres gentes a ellos, y ellos, aparentemente, las ayudan, porque en lo exterior son muy farisaicos; trabajan secretamente por la libertad de los judíos del yugo de los romanos y son partidarios de Herodes. Hacen obra tenebrosa, como entre nosotros los masones.

Tuve el convencimiento, por las palabras de Jesús, de que ellos se mostraban muy observantes y santos, pero que eran hipócritas y fingidos. Jesús permaneció con los discípulos en un albergue de publicanos. Había aquí muchos publicanos reunidos a quienes los paganos pagaban impuestos por las mercaderías que introducían al país. Parecía que no lo conocían. Jesús no les habló. Enseñó aquí de la proximidad del reino y del Padre que envía a su Hijo a la viña y les dió a entender muy claramente que Él era el Hijo, añadiendo que todos aquellos que hacían la voluntad de su Padre eran hijos de Dios. Con esto

(*) El Doctor Johann Niessen escribe: "He anotado 400 nombres señalados por Ana Catalina de lugares, ciudades, ubicación y descripción, y he buscado luego en la Biblia, Josefo Flavio, Adricomio, Quaresmius, Calmet, Allioli, Hegel y Badeker, comprobando que la descripción de la vidente concuerda con los datos de estos autores".

quedó algo oculto lo que les había manifestado antes claramente. Los exhortó al bautismo: se convirtieron algunos y preguntaron si debían hacerse bautizar por los discípulos de Juan. Él les respondió que esperasen hasta que fuesen allá a bautizar sus propios discípulos. Los discípulos preguntaron hoy si su bautismo era diferente del de Juan, porque ellos habían recibido el de Juan. Jesús hizo una diferencia y llamó al de Juan una purificación de penitencia. En esta enseñanza con los publicanos hubo una referencia a la Trinidad, hablando del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en una Unidad; pero lo dijo en otra manera. Los discípulos de aquí no se extrañaban de tratar con los publicanos. Como Jesús había estado con los esenios en Nazaret y los fariseos le reprochaban esto mismo, preguntaron ellos algo sobre los esenios, y he oído que Jesús preguntando varias cosas indirectamente, los alababa. Así, mencionando las faltas que se cometían contra el amor del prójimo y la justicia, preguntaba: "¿Hacen los esenios esto?... ¿Hacen acaso los esenios aquello otro?".

Al llegar cerca de Galaad salieron algunos endemoniados gritando, mientras corrían hacia una comarca desierta. Estaban abandonados y robaban y asaltaban a las gentes de los alrededores, matando y cometiendo toda clase de fechorías. Jesús los miró, los bendijo desde lejos, y de pronto se callaron, se vieron libres y acudieron a postrarse a sus pies. Jesús los exhortó a la penitencia y al bautismo y les dijo que esperasen hasta que sus discípulos bautizasen en Ainón.

Alrededor de Galaad era un terreno pedregoso sobre un suelo blanquizco y deleznable. Se dirigió Jesús con los suyos hacia la montaña en cuyo extremo Sur está la ciudad de Gamala en dirección Noroeste respecto del mar de Galilea. Pasó por Gerasa, que se veía en lontananza, camino de una hora, en una hondonada, y que tenía en torno unos pantanos formados por las aguas detenidas por un dique, que corrían entre peñascos al mar de Galilea. Jesús habló con los discípulos de este lugar. Cierto profeta había sido burlado a causa de su rostro algo deforme y les había dicho: "Oíd vosotros, que os burláis de mi persona: vuestros hijos quedarán obstinados cuando venga Uno más grande que yo, que enseñará y sanará aquí, y ellos no se alegrarán de la salud, por la pena que tendrán a causa de la pérdida de animales inmundos". Era una profecía sobre Jesús, referente a la entrada de los demonios en los cerdos de los gerasenos.

Jesús habló también de lo que le esperaba en Cafarnaúm. Los fariseos de Séforis, irritados por su enseñanza sobre el matrimonio, habían enviado mensajeros a Jerusalén, y los nazarenos se habían unido a ellos en sus quejas, y ahora hay en Cafarnaúm una cuadrilla de fariseos de Jerusalén, de Nazaret y de Séforis para espiar a Jesús, contradecirle y disputar con Él. En este camino se encontraron con grandes caravanas de gente pagana con mulos y bueyes, de gruesas bocas, que caminaban con la cabeza inclinada por los pesados y anchos cuernos. Eran mercaderes que venían de Siria e iban a Egipto y que en parte pasaban el río en Gerasa y en parte más arriba, por los puentes del Jordán. Había mucha gente que se había agregado a la caravana para oír al profeta y así una parte acudió a Jesús y preguntaron si el profeta enseñaría en Cafarnaúm. Él les dijo que no fueran ahora a Cafarnaúm sino que se estacionaran en la ladera de la montaña, junto a Gerasa, que el Profeta pasaría por allí. Él habló de tal manera con ellos, que preguntaron: "Señor, ¿eres también un profeta?" Y por su aspecto se pusieron a pensar si no sería Él mismo el profeta.

Cuando Jesús entró con los discípulos en un albergue, cerca de Gerasa, había un tumulto tal de paganos y viajeros, que se retiró de allí. Los discípulos hablaron con los paganos del Profeta y los instruyeron. Gerasa está situada en la bajada de un valle, como a hora y media del mar de Galilea. Es más grande e importante que Cafarnaúm, con mezcla de paganos, como casi todas las ciudades de los contornos. Veo templos. Los judíos son la minoría y son oprimidos; con todo, tienen su escuela y sus maestros. Hay mucho comercio y manufactura, porque pasan por aquí las caravanas de Siria y de Egipto. Delante de la puerta he visto un largo edificio, como de un cuarto de hora de camino, donde fabricaban largas barras y caños de hierro. He visto que fabricaban las barras planas y luego las unían soldándolas y redondeándolas. También hacían caños de plomo. No trabajaban quemando troncos de leña, sino una especie de ladrillos negros que sacaban de la tierra. El hierro les llegaba de Argob. Los viajeros paganos se habían estacionado al Norte de Gerasa, en la parte Sur de la montaña, en una ladera. Había paganos y judíos que se mantenían apartados de los demás. Los paganos vestían diferente de los judíos: tenían ropas hasta la mitad de las piernas. Debía haber ricos entre ellos, porque he visto mujeres que tenían los cabellos recogidos con una gorra de perlas y piedras preciosas. Otras tenían el velo y los

cabellos afuera, recogidos, como formando un cestillo, adornado con perlas.

Jesús se dirigió a esta ladera y enseñó a las gentes, caminando, mientras iba de un grupo a otro, o parándose ya en uno ya en otro. Caminaba y enseñaba como en conversación con viajeros. Usaba preguntas y enseñaba con las respuestas. Preguntaba: "¿De dónde sois? ¿Qué os mueve a viajar? ¿Qué esperáis vosotros del Profeta?" Y les decía como tenían que hacer para hacerse partícipes de la salud. Decía: "¡Dichosos los que de tan lejos vienen a buscar la salud! ¡Ay de aquellos entre los cuales está la salud y no la reciben!" Les explicó las profecías del Mesías, la vocación de los infieles, y contó el llamado de los tres Reyes Magos, de lo cual tenían ellos conocimiento. Entre los de la caravana había algunos de la región de Edesa, donde el siervo del rey Abgaro había llevado la carta y el retrato de Jesús, y pernoctado en el horno de ladrillos. Jesús no sanó aquí a ningún enfermo. La gente en general era buena. Con todo había una parte a la cual le pesaba haber tomado parte en el viaje: se había imaginado una cosa muy diferente del profeta, según sus sentidos y gustos.

Después de esta enseñanza fué Jesús con los cuatro discípulos a comer con un maestro judío fariseo, que vivía delante de la ciudad y le había invitado, y que por soberbia no había aparecido en su enseñanza a los paganos. Estaban presentes otros fariseos de la ciudad. Recibieron a Jesús cortésmente, pero con hipocrecía, y en la mesa se presentó la ocasión para decirles de una vez toda la verdad. Un esclavo pagano trajo una hermosa fuente variopintada con una torta de confituras artísticamente hecha, formando figuras de pájaros y flores, para depositarla sobre la mesa. Uno de los fariseos promovió un tumulto diciendo que en la fuente había algo de impuro, rechazó al pobre esclavo, lo injurió y lo mandó afuera. Jesús dijo entonces: "No es la fuente, sino lo que está dentro lo que está lleno de impureza". El dueño de la casa replicó: "Tú te equivocas; la confitura es absolutamente pura y muy costosa". Jesús quería decir tanto como esto: "Es muy impuro, pues esto no es sino un compuesto de sensualidad amasado con el sudor, la sangre, los huesos y las lágrimas de las viudas, los huérfanos y los pobres". A continuación les dirigió una severa reprensión a su conducta de derroche, avaricia e hipocrecía. Ellos se irritaron mucho y como no pudieron replicarle, abandonaron la casa todos, menos el dueño de ella, que continuó halagando a Jesús, porque tenía

la consigna de espiarlo para llevarlo a la reunión que los fariseos pensaban celebrar en Cafarnaúm.

Hacia la tarde enseñó nuevamente a los paganos, junto a la montaña. Al preguntar si debían hacerse bautizar por los discípulos de Juan y al manifestar el deseo de establecerse en esta región, les aconsejó Jesús que en cuanto al bautismo esperasen un poco hasta que estuviesen mejor instruídos y en cuanto a lo demás, se fuesen al otro lado del Jordán, en la alta Galilea, en la región de Adama, donde había paganos bien instruídos y gente buena, donde pensaba Él ir dentro de poco a enseñar. Continuó su instrucción a la luz de las antorchas. Después los dejó y caminó por la orilla del mar hasta un lugar donde los criados de Pedro le esperaban con una barca.

Era ya muy tarde, y los tres criados de Pedro usaban teas encendidas cuando se embarcaron a una media hora de Bethsaida-Julias. La barca donde subió Jesús la habían acomodado Pedro y Andrés con sus siervos para Jesús. Éstos eran no sólo pescadores y marineros, sino que sabían hacer sus barcas. Pedro tenía tres de estas barcas, una de ellas tan grande como una casa. La barca que hizo para Jesús podía contener como diez hombres y por el ancho y largo tenía forma de un huevo. La parte delantera y la posterior estaban cerradas, y se podía guardar allí lo necesario y había comodidad para lavarse los pies. En medio se alzaba el mástil y desde los bordes salían pértigas que iban al mástil. Sobre las pértigas se enderezaban las velas. En torno del mástil estaban los asientos. Desde esta barca enseñó Jesús muchas veces y muchas navegó de una a otra orilla entre las otras naves. Las naves grandes tenían en torno del mástil pabellones redondos en forma de terrazas, como galerías, unas sobre otras, desde donde se podía ver, y arriba se podía uno retirar a solas. En las pértigas que iban al mástil había resaltos para poder subir y a ambos lados de la nave había cajones como lastre o balsas para que la nave no volcase en las tormentas y con las cuales se aligeraba la nave o se hundía a voluntad del conductor. A veces estos cajones estaban llenos de agua, a veces flotaban vacíos. También solían meter allí los pescados. Se podían acomodar tablas delante y detrás de estas naves para llegar mejor a las balsas o pasar de una nave a otra o recoger las redes. Cuando no pescaban usaban estas naves para pasar caravanas de mercaderes. Los siervos de estos pescadores y marinos eran en su mayor parte esclavos paganos. Pedro tenía cierto número de ellos a su servicio.

XXXIX
Jesús en casa de Pedro. Medidas de los fariseos

Jesús desembarcó arriba de Bethsaida, no lejos de la casa de los leprosos, donde le esperaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Menor y Felipe. Jesús no entró en Bethsaida, sino que anduvo con ellos por el camino más corto, sobre una altura, hasta la casa de Pedro, en el valle entre Bethsaida y Cafarnaúm. Allí estaban María y las santas mujeres. La suegra de Pedro estaba enferma, en cama. Jesús la visitó, pero no la sanó aún. Le lavaron los pies y se preparó una comida, durante la cual la principal conversación fué que los fariseos de diversas escuelas de Judea y de Jerusalén habían mandado a quince fariseos a Cafarnaúm para espiar las enseñanzas de Jesús. De los centros más grandes vinieron dos, de Séforis uno, y de Nazaret aquel hombre joven que varias veces había pedido a Jesús que lo admitiese entre sus discípulos y había sido rechazado. Había sido nombrado escriba por esa comisión y hacía poco había contraído matrimonio. Jesús dijo a los discípulos: "¿Veis por quién me habéis rogado? Viene para espiarme y pide ser mi discípulo". Este joven había querido ser discípulo por vanidad y adquirir fama, y como no fué recibido se había unido a los enemigos de Jesús. Estos fariseos debían permanecer largo tiempo en Cafarnaúm.

De los llegados a Cafarnaúm uno debía volver para referir y el otro permanecer para espiar a Jesús. Habían celebrado una reunión y tenían delante de sí al centurión Serobabel, al padre y al hijo preguntándoles sobre su curación y la enseñanza que habían oído. No podían negar la curación ni rechazar su enseñanza; pero no se mostraron satisfechos del modo como había sucedido. Les irritaba que Jesús no hubiese estudiado con ellos; que anduviera con gente despreciada, como eran los esenios, pescadores, publicanos y pecadores; que no tuviera mandato de Jerusalén; que Él no les preguntara a ellos, que eran sabios y doctores; que no fuera ni fariseo ni saduceo; que enseñara entre los samaritanos, y que sanara en día de Sábado. En una palabra, no les gustaba, porque debían humillarse y avergonzarse si le reconocían como Mesías. El hombre joven de Nazaret era enemigo declarado de los samaritanos, a los que perseguía en toda forma. Los amigos y parientes de Jesús deseaban que no fuera Jesús a enseñar el Sábado en Cafarnaúm. María estaba

muy preocupada y expresó el deseo de que pasase a la otra parte del mar. En tales ocasiones Jesús solía contestar brevemente, sin mayores explicaciones.

Había en Bethsaida y Cafarnaúm grandes multitudes de enfermos, de paganos y de judíos. Varios grupos de viajeros que habían encontrado a Jesús al otro lado del mar, le aguardaban aquí. En Bethsaida había grandes albergues abiertos cubiertos con juncos, separados, para los paganos y los judíos; en la parte superior estaban los baños para los paganos y en la parte inferior para los judíos.

Pedro había recibido a muchos enfermos judíos en el circuito de sus posesiones y alrededor de su casa. Jesús sanó a muchos de ellos al día siguiente, muy de madrugada. Jesús le había dicho ayer tarde que dejase hoy su oficio de pescar y le ayudase en la pesca de hombres: que pronto lo iba a llamar para ese oficio. Pedro obedeció, pero se encontraba en una angustia. A él siempre le pareció que la vida con Jesús era para él demasiado elevada, que no podría comprenderlo. Pedro creía, veía los milagros, daba todo lo que podía de buena gana, hacía todo con voluntad; pero siempre pensaba que él no era para tanto, que no servía para eso, que era demasiado simple, que no era digno, y a todo esto se mezclaba un secreto temor por su propio oficio y su negocio. También le era muy duro, cuando se burlaban de él, de que siendo un simple pescador alternaba con un profeta, andaba en pos de él y permitía que en su casa hubiese esa turba de gente que iba y venía, descuidando sus intereses. Todo esto batallaba dentro de Pedro: él no era tan ardiente como Andrés y los demás, aunque lleno de fe y de amor a Jesús; pero era corto, humilde y acostumbrado a su trabajo, y se mantenía sencillo en su humilde ocupación.

Jesús caminó con Pedro desde la casa, a través de la ladera del monte, hasta el extremo Norte de Bethsaida. Todo este camino estaba lleno de enfermos, paganos y judíos, aunque separados, y los leprosos puestos a distancia. Había allí ciegos, baldados, mudos, sordos, quebrados y judíos hidrópicos. Las curaciones se hacían con gran orden y con cierta solemnidad. Esta gente estaba allí desde hacía dos días, y los discípulos Andrés, Pedro y los demás a los cuales Jesús anunció su venida, los habían ordenado cómodamente, pues había en el camino algunos rincones apartados con sombra entre las rocas y en los jardines. Jesús enseñaba y sanaba a los enfermos, que eran traídos en grupos a su presencia. Varios querían confesar con

Él sus pecados, y Jesús se apartaba con ellos a solas. Ellos se hincaban, llorando y confesando sus culpas. Entre los paganos había algunos que habían cometido asesinatos y robos en su viaje. Algunos los dejaba Jesús yaciendo allí y pasaba a otros, y luego volvía a aquéllos y les decía: "Levántate, tus pecados te son perdonados". Entre los judíos había adúlteros y usureros. Cuando Él veía su arrepentimiento y les había impuesto la reparación, oraba con ellos, ponía sus manos sobre ellos, y se sentían entonces sanos. A muchos los mandaba bañarse. A algunos paganos los enviaba al bautismo o a los paganos convertidos de la Alta Galilea. Un grupo venía en pos de otro, y los discípulos guardaban el orden.

XL

Cura en Bethsaida a muchos enfermos

Jesús pasó a través de Bethsaida, que estaba llena de gentes, como en una gran romería, y sanó a muchos enfermos en los albergues y en las mismas calles. En la casa de Andrés le habían preparado una refección. Aquí había también niños: la hijastra de Pedro de unos diez años con otras niñas de su edad y otras dos niñas de diez y de ocho años, respectivamente, y un hijito de Andrés vestido con túnica amarilla y cinturón. Con ellas había algunas mujeres de edad. Estaban bajo el techo de la casa y hablaban del Profeta: corrían, iban y volvían, mirando si estaba cerca el Profeta. Estaban allí para verlo, porque ordinariamente los niños eran apartados en estas ocasiones. Jesús los miró al pasar y los bendijo.

Después he visto a Jesús volver a la casa de Pedro y sanar a muchos enfermos. Creo que eran más de cien las personas que sanó hoy, perdonándoles sus pecados y diciéndoles lo que debían hacer en lo sucesivo. He visto aquí que sanaba de diversos modos a los enfermos. Lo hacía así para enseñar a los apóstoles como debían hacerlo después ellos, y para la Iglesia de todos los tiempos. En su modo de obrar y andar era como un hombre en la forma y en la figura: nada había en estas curaciones de teatral o de espectacular. En todas las curaciones había siempre un pasaje gradual de la enfermedad y del pecado a la salud y al perdón. He visto que aquellos a los que ponía las manos sobre la cabeza o sobre los que oraba, sentían una conmoción interna de unos momentos, y se veían sanos después

de una especie de desvanecimiento momentáneo. Los baldados se levantaban lentamente, echaban sus muletas a un lado y se hincaban de rodillas para agradecer; pero las fuerzas completas y el vigor entraba en ellos de a poco; en algunos a las pocas horas, en otros después de unos días. He visto a hidrópicos que apenas podían llegar a Él y a otros que eran llevados: les ponía la mano sobre la cabeza y en la región del estómago; podían andar sanos después de su palabra, pero el agua se les iba luego poco a poco en sudor o en otra forma. Los leprosos perdían, ante su palabra, las costras enfermas; pero quedaban manchas encarnadas que desaparecían después de algún tiempo. Los que sanaban de la ceguera, mudez o de los oídos sentían al principio una sensación desacostumbrada por no haber usado esos sentidos. He visto a hidrópicos que se sentían sanos, pero que conservaban algún tiempo la hinchazón, que se les iba luego lentamente. Los que tenían convulsiones sanaban en seguida; los que tenían fiebre la perdían también de golpe; pero en general no se sentían de repente sanos, frescos y fuertes, sino que mejoraban como una planta reseca con el agua de la lluvia. Los endemoniados caían frecuentemente en desmayo breve y luego se levantaban libres, pero con la mirada cansada e intranquila. Todo procedía con orden y quietud, y sólo los incrédulos y los enemigos de Jesús podían encontrar en sus milagros algo que los atemorizaba.

Los paganos que habían venido hasta aquí eran generalmente gentes que habían estado en el bautismo o predicación de Juan: procedían de la Alta Galilea, donde los paganos habían ya oído a Jesús y visto sus milagros, y deseaban ser ellos instruídos y convertirse. Algunos tenían el bautismo de Juan, otros no lo tenían. Jesús no le mandaba a nadie la circuncisión. Enseñaba, cuando se le preguntaba, de la circuncisión de los afectos del corazón y de los sentidos y como debían portarse en adelante. Los exhortaba al amor del prójimo, a la templanza, a la mortificación, a cumplir los diez mandamientos de Dios; les enseñaba partes de una oración, como algunas peticiones del Padre Nuestro, y les prometía enviarles a los apóstoles.

XLI

Jesús enseña y hace curaciones en Cafarnaúm

En la pasada tarde se veían banderas con los nudos de costumbre y colgajos de frutas sobre la sinagoga y en los edificios públicos, porque entraba el último día del mes Ab y con el Sábado empezaba el primer día del mes Eliul(*). Después que Jesús hubo sanado a muchos enfermos judíos en Bethsaida, se dirigió con los discípulos a la casa de Pedro, junto a Cafarnaúm, adonde habían acudido ya las mujeres y donde le esperaban de nuevo muchos enfermos. Había allí dos sordos a quienes Jesús puso los dedos en los oídos. Trajeron a otros dos que apenas podían caminar, que tenían los brazos inmóviles y los dedos hinchados. Jesús les puso las manos, oró con ellos, y tomándolos de ambas manos, movió los dedos, y quedaron sanos. La hinchazón permaneció y desapareció después de algunas horas. Los exhortó a usar sus manos en adelante para la gloria de Dios; pues por causa de pecados habían quedado en ese estado. Sanó a muchos aun y después marchó para el Sábado a la ciudad. Había allí una gran multitud. Habían dejado libres a los endemoniados, que corrían por las calles al encuentro de Jesús y clamaban en pos de Él. Jesús les mandó callar y salir de ellos. Entonces quedaron callados, y silenciosos acompañaron a Jesús a la sinagoga, con maravilla de todos los presentes, y escucharon su enseñanza allí dentro.

Los fariseos, especialmente los quince que habían venido para espiar, estaban sentados en torno de su asiento y le trataban con fingida reverencia. Le dieron los rollos de la Escritura. Jesús enseñó sobre Isaías, capítulo 49, de que Dios no ha olvidado a su pueblo. Leyó: "Aunque una mujer olvide a su hijo, Dios no olvidará a su pueblo", y lo explicó con lo que sigue: Dios no puede, por la perversidad de los hombres, ser impedido de compadecerse de los desamparados. Es llegado el tiempo del cual el profeta habla, que ve siempre los muros de Sión. Ahora es el tiempo en que los destructores tienen que huir y vienen los maestros de obra. El juntará a muchos para adornar su santuario. Muchos se harán piadosos y buenos, muchos serán bienhechores y guías del pobre pueblo, de modo que la sinagoga infructuosa tendrá que decir: ¿quién me ha criado

(*) Los meses de Ab y de Eliul son el onceno y el duodécimo, respectivamente, del calendario hebreo.

todos estos hijos? Los paganos se convertirán a la Iglesia y los reyes la servirán. El Dios de Jacob quitará al enemigo, a la perversa sinagoga su gente y dejará a aquéllos que se harán culpables, como asesinos del Salvador, que se irriten y se destrocen entre ellos. Todo esto lo refirió a la destrucción de Jerusalén, si no recibía ahora el reino de la gracia. Dios pregunta: si se ha apartado de la sinagoga, si tiene una carta de repudio, si ha vendido a su pueblo. Sí, por causa de los pecados fué vendido. Las sinagogas son desechadas por causa de sus delitos. Él ha llamado y advertido, y nadie se dió por entendido. Dios es poderoso: puede remover cielos y tierra (Isaías 50 1). Todas estas cosas las refirió Jesús a su tiempo. Demostró que todo se había cumplido, que su Padre le había enviado a Él, para anunciar la salud y traerla, y para juntar a los dejados por la sinagoga y a los pervertidos por ella.

Cuando Jesús dijo las palabras de la Escritura, aplicándolas a Sí mismo, que Dios, el Señor, le había dado una lengua sabia para llevar a los dejados y a los extraviados al camino, que le ha abierto desde temprano los oídos para oír sus mandamientos, y que Él no había contradecido; cuando Jesús dijo estas cosas, las tomaron los fariseos tal como sonaban naturalmente y decían que se alababa a Sí mismo. Aunque estaban penetrados de su enseñanza y después de oír decían: "Nunca profeta alguno ha hablado así", con todo murmuraban luego uno a otro en los oídos. Jesús explicó todavía las palabras del profeta: de que Él se había tomado trabajo por ellos, que se había dejado pegar en el rostro y había dejado azotar su cuerpo, y sufrido la persecución, y sufrirá aún más. Habló del mal trato en Nazaret, diciendo que quien pudiera condenarle, se adelantara. Todos sus enemigos envejecerán y se marchitarán en su enseñanzas y el Juez vendrá sobre ellos. "Los que temen a Dios, que oigan sus palabras; los ignorantes sin luz, rueguen a Dios por luz y esperanza. El juicio vendrá y los que han encendido el fuego perecerán" (Isaías 50-11). Todo esto lo refirió a la destrucción del pueblo judío y de Jerusalén. Los fariseos no pudieron contradecir ni una de sus palabras. Oían callados; sólo se hablaban al oído, y escarnecían, aunque se sentían heridos y conmovidos. Luego Jesús explicó algo más sobre Moisés, y esto viene siempre por último, y añadió una parábola, hablando en esto más para sus discípulos, y especialmente para el joven escriba nazareno y traidor. Era la parábola de los talentos que Dios da; porque este joven estaba muy pagado

de su ciencia. Interiormente he visto que quedó herido y avergonzado, pero no se mejoró. Jesús no dice las parábolas del todo como están en el Evangelio; pero muy parecidas.

Delante de la sinagoga sanó algunos enfermos y fué con sus discípulos fuera de la puerta, hacia la casa de Pedro. Habían venido Natanael Chased, Natanael de Caná y Tadeo desde Caná a la fiesta del Sábado. Tadeo viaja a menudo, porque negocia en el país con redes de pescadores, velas de naves y sogas. La casa se llenó de nuevo de enfermos durante la noche. Aparte se encontraban varias mujeres con flujo de sangre. Otros trajeron mujeres enfermas todo envueltas en telas, sobre camillas. Aparecen pálidas y míseras, y desde tiempo esperaban a Jesús. Esta vez puso sus manos sobre ellas y las bendijo: a las que estaban en camillas las mandó levantarse y desatarles las vendas. Unas ayudaban a las otras. Las exhortó y las despachó sanas. En la noche se retiró Jesús a orar solo. Los fariseos espías de Cafarnaúm no habían manifestado públicamente su intento. Al centurión Serobabel lo habían interrogado privadamente. Se mantenían aquí con otros pretextos, como otros fariseos, por la festividad del Sábado, por ser un lugar donde había un maestro de fama, y también porque muchos suelen venir a la región de Genesaret por razón de comercio, o por la belleza del lugar a descansar en esta región de fertilidad privilegiada.

A la mañana siguiente, muy temprano, fué Jesús de nuevo a Cafarnaúm. Había muchísima gente y enfermos reunidos en torno de la sinagoga, de los cuales sanó a muchos. Cuando entró en la sinagoga, donde estaban ya reunidos los fariseos, empezaron a gritar los endemoniados, y uno especialmente, que era furioso, se adelantó hacia Jesús, gritando: "¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? Tú vienes para perdernos. Yo sé que eres el Santo de Dios". Mandóle el Señor que callase y saliese de allí. El hombre cayó al suelo y se agitó con furia, pero el diablo tuvo que salir gritando. El hombre se encontró sano y se hincó delante de Jesús. Dijeron entonces muchos, especialmente los discípulos, para que lo oyeran los fariseos, que se irritaron por ello: "¿Qué nueva enseñanza es esta? ¿Quién será Éste que hasta tiene fuerza y poder sobre los espíritus inmundos?" Había tanta gente reunida y tantos enfermos dentro y en derredor de la sinagoga, que Jesús fué a enseñar a un lugar donde podía volverse a los que estaban dentro y fuera en el vestíbulo. En torno de Él estaban los fariseos en el interior, y Jesús, mirando hacia fuera, enseñaba al pueblo:

ya se dirigía a los de adentro, ya a los de afuera. Los pórticos de la sinagoga estaban abiertos y los oyentes llenaban no sólo el vestíbulo sino los techos de los edificios, en torno de la sinagoga, a los cuales habían acomodado escaleras para subir. Debajo había tiendas y celdas para los que oraban y hacían penitencia. Para los enfermos habían preparado lugares aparte.

Jesús enseñó de nuevo muy vivamente de Isaías y aplicó todo a su tiempo y a su Persona. "Los tiempos se cumplieron y el reino se acerca". Siempre habían sentido ansias del cumplimiento de las profecías y habían pedido profetas y suspirado por el Mesías, para que viniera a quitarles la carga; pero cuando está con ellos no le querrán, porque Él no será como se lo imaginan en sus equivocadas ideas. Indicó las señales de los profetas según habían deseado que se cumpliesen; cosas que habían leído en las escuelas, en las Escrituras, y por las cuales habían orado y pedido; les mostró que se habían cumplido las señales. Les dijo: "Los baldados caminarán, los ciegos verán y los sordos oirán. ¿Acaso no ha sucedido? ¿Qué quieren estos paganos que han venido a la enseñanza? ¿Qué gritan los endemoniados? ¿Por qué alaban a Dios los sanados de sus males? ¿Acaso no me persiguen los malos? ¿Acaso no me espían los que me rodean? Ellos habrán de echar afuera al Hijo del Dueño de la viña y lo matarán, y luego ¿qué les sucederá a ellos? ¿No queréis recibir la salud? Pues no irá perdida. Vosotros no podréis impedir que vaya a los pobres, a los enfermos, a los pecadores, a los publicanos, a los arrepentidos, a los paganos, lo que vosotros no queréis recibir". De este tenor fué el conjunto de su predicación. Dijo también: "Vosotros tenéis como un profeta a Juan, a quien han tomado preso. Id a él, a su prisión; preguntadle qué camino ha preparado él, quién ha dado testimonio él".

Mientras así hablaba el enojo de los fariseos había crecido sobremanera y susurraban y murmuraban entre sí. Trajeron a ocho hombres medio enfermos y a cuatro nobles que padecían de enfermedad impura. Eran de Cafarnaúm y los pusieron en un lugar del vestíbulo donde Jesús los podía ver y pudieran ellos oír su voz. No podían ser traídos sino a un lado por razón de su enfermedad. Como ahora todo estaba ocupado con la multitud de oyentes no pudieron acercarse y entonces alzaron a estos enfermos sobre una muralla en alto y luego se abrieron camino entre la multitud, la cual se apartaba por tratarse de enfermos impuros. Cuando vieron esto los fariseos se irritaron mucho y murmuraban contra la osadía de esta gente, a la que

tachaban de pecadores públicos, que padecían de enfermedades impuras, y alzaron la voz diciendo que era un desorden que semejante gente se acercara a ellos. Como estas palabras llegaron a oídos de los enfermos, éstos se pusieron tristes, pensando que si Jesús conocía su enfermedad no iba a querer sanarlos. Estaban llenos de arrepentimiento y hacía tiempo que deseaban ser socorridos.

Cuando Jesús oyó las murmuraciones de los fariseos se volvió afuera con la mirada, hacia donde estaban estos enfermos tristes y hablándoles les dijo: "Vuestros pecados os son perdonados". Entonces estos hombres se desataron en lágrimas, mientras los fariseos comenzaron a murmurar con enojo: "¿Cómo puede decir Él esto? ¿Cómo puede decir que perdona los pecados?" Jesús les dijo: "Seguidme, y veréis lo que voy a hacer con ellos. ¿Por qué os irritáis de que Yo cumpla la voluntad de mi Padre? Vosotros no queréis recibir la salud; entonces no impidáis que la reciban los arrepentidos. Vosotros os irritáis porque sano en día de Sábado. ¿Acaso descansa la mano del Omnipotente en hacer bien en día de Sábado y en castigar el mal? ¿Y en día de Sábado no alimenta Dios, no sana, no bendice? ¿No deja Dios que os enferméis en día de Sábado o que muráis en ese día? No os irritéis de que el Hijo haga en Sábado la voluntad de su Padre". Cuando estuvo cerca de los enfermos, dijo a los fariseos: "Quedad ahí, porque ellos son para vosotros impuros; para Mi no lo son, puesto que sus pecados les son perdonados. Y ahora contestad: ¿es más fácil decir a un pecador arrepentido: tus pecados te son perdonados, que decir a un enfermo: levántate, toma tu camilla y vete?" No sabían qué responder, y Jesús, acercándose a los enfermos, puso sus manos sobre ellos, a uno después de otro; dijo una breve oración sobre cada uno, los levantó de las manos, y les mandó agradecer a Dios, no pecar más y que llevasen sus camillas. Los cuatro se levantaron de sus camillas, y los ocho que los habían traído, que habían estado medio enfermos, se vieron completamente sanos y ayudaron a los demás a salir de sus envoltorios. Estos cuatro sólo se sintieron algo cansados y no acostumbrados; no obstante, juntaron las maderas de sus camillas, las tomaron sobre sus hombros, y los doce pasaron llenos de contento entre la multitud, cantando: "Alabado sea el Señor Dios de Israel. Él ha obrado grandezas en nosotros. Él se ha compadecido de su pueblo y nos ha sanado por medio de su Profeta". Con estas

palabras se apartaron de la multitud, que se quedó llena de admiración.

Los fariseos, enojados y avergonzados, se fueron sin saludar. Todo les disgustaba, lo que Jesús hacía y cómo lo hacía: que Él no compartiera las ideas de ellos; que ellos, que se creían los sabios, los justos, los elegidos, no lo fueran, y que Jesús estimara a gentes de las cuales ellos huían y a las que despreciaban. Tenían siempre mil reparos que hacerle: que no observaba los ayunos como se debe; que iba con los pecadores, paganos, publicanos, samaritanos y toda la gentuza; que era de baja estirpe y condición; que dejaba a sus discípulos en demasiada libertad y no los tenía a raya. En una palabra, nada les agradaba, y, sin embargo, nada podían reprocharle: no podían negar su sabiduría y su poder extraordinario, y, a pesar de eso, se envolvían cada vez más en críticas e irritantes murmuraciones. Cuando se considera así la vida real de Jesucristo, uno ve que el pueblo y los sacerdotes de entonces eran como serían hoy en día. Si Jesús viniera ahora, le pasaría mucho peor aún con muchos escribas, sabios y doctores y con la policía.

La enfermedad de aquellos cuatro era un flujo impuro. Parecían resecos como si los hubiera herido un ataque de apoplejía. Los otros ocho estaban en parte baldados. Las camillas eran dos tablas con patas y maderas transversales y una lona tendida en el medio. Se podía enrollar todo para ser llevado sobre los hombros como un par de leños. Era algo conmovedor ver a estos hombres cantando alabanzas al Señor mientras atravesaban la multitud admirada.

XLII

Jesús sana a la suegra de Pedro. Humildad del apóstol

Jesús salió sin tardanza con los discípulos y se dirigió a lo largo de la montaña hacia la casa de Pedro, junto a Bethsaida: lo habían llamado con urgencia pues parecía que la suegra de Pedro estaba a punto de morir. Su enfermedad había aumentado y tenía fiebre muy alta. Jesús entró en su cámara. Estaba allí creo que la hijastra de Pedro. Jesús se acercó a la cama y se inclinó, medio de pie y medio sentado. Habló algunas palabras con ella y puso su mano sobre la cabeza y el pecho, y ella quedó sosegada compleamente. Luego de pie, delante de ella, la levantó de la mano hasta sentarla, y dijo: "Dadle de beber",

y la hijastra de Pedro le dió de beber en una taza en forma de nave. Jesús bendijo la bebida, y le mandó levantarse, y ella se levantó de su camilla baja. Estaba toda envuelta y tenía además un amplio vestido de dormir. Dejó los lienzos, se levantó y dió gracias al Señor, y con ella toda la casa. Durante la comida esta mujer sirvió en la mesa con las otras mujeres y estuvo del todo sana.

Después de esto fué Jesús con Pedro, Andrés, Santiago, Juan y otros discípulos más al lugar de pesca de Pedro, junto al mar, y habló allí especialmente de que pronto deberían dejar esta ocupación para seguirle a Él sólo. Pedro se asustó enteramente, se echó a los pies del Señor y le pidió que mirase a su ignorancia y su flaqueza, y no pidiese que tomase parte él en cosas tan importantes, que no era digno de esos asuntos tan grandes ni era capaz de instruir a otros. Jesús le contestó que no tuviese preocupación mundana alguna, y que Aquél que daba salud a los enfermos daría también fuerza, alimento y lo necesario para cumplir su misión(*). Los otros estaban del todo conformes. Sólo Pedro, en su humildad, no podía comprender como él, pobre pescador, pudiera ser otra cosa que pescador y no maestro. No era todavía el llamamiento que está en el Evangelio: este llamamiento no había tenido lugar aún. Con todo, desde entonces Pedro daba al Zebedeo su oficio más que antes.

Después de este camino junto al mar se fué Jesús hacia Cafarnaúm y encontró muchos enfermos en la casa de Pedro, cerca de la ciudad. Sanó a varios de ellos y enseñó en la sinagoga. Cuando a la tarde la multitud aumentó más todavía, Jesús se retiró casi sin ser notado y se fué solo hacia un barranco natural agradable que se extendía al Sur de Cafarnaúm, desde la posesión de Serobabel hacia la de su siervo y de sus trabajadores. En esta garganta había cuevas, arbustos, fuentes de agua y eran guardados allí muchos pájaros y animales raros. Era como una selva conservada por la mano del hombre, perteneciente a Serobabel. Por un lado estaba abierta a todos, como parte de ese país de recreo que era el de Genesaret. Jesús pasó allí la noche en oración, sin que sus discípulos lo supieran. He visto que levantaban aquí la segunda cosecha del país. Por la mañana muy temprano dejó Jesús el lugar. No volvió a Cafarnaúm, sino que mandó a Pedro, quien con otros discípulos lo habían

(*) San Belarmino enumera hasta once privilegios reunidos por Pedro Apóstol, fundados en el Evangelio, como recompensa de su humildad.

estado buscando, que le enviase a los discípulos Pármenas, Saturnino, Aristóbulo y Tharzissus a un determinado punto donde se juntaría con ellos, y marchó luego hacia los baños de Betulia. Recorrió las alturas donde está situada Magdalum, a un par de horas al Este, a su izquierda. Al Mediodía está la ciudad de Jotapata.

XLIII

Jesús en los baños de Betulia. Entretenimientos

Al principio creí que Jesús iba hacia Gennebris, como a tres horas al Oeste de Tiberíades. Pero no fué allá, sino al Norte del valle, al pozo de Betulia. Muchos nobles y ricos de Galilea y de Judea tienen aquí sus casas de campo y sus jardines, donde pasan temporadas en la hermosa estación del año. Al Mediodía del mar, en la ladera Norte de la altura de Betulia, hay una hilera de casitas con baños calientes. Los baños del Este son más calientes; los del Oeste son apenas tibios. Estos baños tienen un estanque grande común y en derredor celdas y entradas individuales, donde se puede yacer en gamellas altas y bajas, y se puede pasar al estanque común. Hay muchas posadas y casas que se pueden alquilar por la temporada con sus jardines y todo lo necesario. Las entradas son para el bienestar de Betulia y los de la ciudad administran el negocio y arriendo de casas. El lago es aquí muy claro y se ven los fondos de piedras blancas muy hermosas. Las aguas del estanque vienen del Oeste y luego salen hacia el valle de Magdalum. El estanque está lleno de pequeños esquives que a distancia parecen ánades que nadan. En la parte Norte están las viviendas de las mujeres mirando al Mediodía. Los senderos y los recreos se unen en el río que allí afluye al lugar de juego de los hombres. El valle está inclinado por ambos lados suavemente hacia el mar. Desde las habitaciones y los baños se extienden en torno sendas de comunicaciones, avenidas y caminos sombreados por árboles; el suelo está cubierto de hierba alta, verde, con jardines de frutas, picaderos y lizas. El panorama es espléndido, lleno de colinas, rebosantes de verdor, con mucha fruta, especialmente uvas. Se hace ahora la segunda cosecha del año.

Jesús permaneció cerca de la parte del lago donde había un albergue de viajeros. Se reunió la gente junto a Él, y Jesús enseñó delante del albergue con mucha mansedumbre. Había

muchas mujeres oyendo la predicación. A la mañana siguiente he visto acercarse muchas pequeñas embarcaciones del Mediodía del lago donde estaban los baños; un grupo de los principales hombres venían a invitar a Jesús a pasar al otro lado a enseñar. Jesús accedió y se hospedó en un albergue donde se le dió alimento. Enseñó por la mañana al fresco y por la tarde en una colinita, delante del albergue, bajo la sombra de los árboles. La mayor parte de los oyentes estaba de pie en torno de Él, y de otro lado las mujeres con velos. Reinaba aquí un orden agradable. La mayor parte era gente bien inclinada, que se mostraba alegremente educada y buena. Como no había aquí partidos, nadie se guardaba del otro para manifestar a Jesús su reverencia y su respeto, y todos lo trataron con suma consideración. Cuando lo hubieron escuchado se manifestaron muy contentos y satisfechos. Enseñó con ocasión de la purificación por medio de las aguas, de la amistad que reinaba aquí entre la sociedad, de la igualdad y del sentimiento de confianza que se notaba entre ellos. Pasó a hablar del misterio de las aguas, de la purificación de los pecados, del agua del bautismo, de Juan, de la hermandad de los bautizados y de los convertidos. Usó varias comparaciones del hermoso tiempo del año, del paisaje, de las montañas, de los árboles, de los frutos y del ganado que pacía por los campos, en fin, de todo lo que estaba a la vista. He visto que los oyentes se iban cambiando ordenadamente, turnándose, y Jesús repetía sus comparaciones y enseñanzas a los nuevos grupos. He visto enfermos de gota que se arrastraban en torno. La mayor parte de esta gente eran empleados y oficiales que se recreaban. Los conocí en sus vestidos cuando abandonaban el lugar y se marchaban a su oficio o empleo. Cuando estaban aquí todos vestían igual: los hombres de fina lana amarilla, como en sacos de cuatro partes distintas que llegaban hasta la rodilla; los pies calzados con sandalias y otros sin ellas. La parte superior del cuerpo la tenían cubierta por una especie de escapulario abierto a los lados con una ancha faja en la cintura. En los hombros llevaban una tela hasta el codo y la cabeza la tenían descubierta.

Estos hombres se entretenían en diversos juegos: peleaban con espadas de palos y corazas de hojas tejidas; se acometían en filas unos contra otros tratando de desalojarse de sus filas. Corrían carreras hasta un punto fijo o saltaban sobre cuerdas tendidas o con sortijas de las cuales colgaban toda clase de objetos brillantes. Corrían a través de arcos donde colgaban objetos que no debían tocar, pues sonaban al contacto y caían al suelo y

así perdían el juego según el número de objetos caídos. Jugaban por frutas. Unos tocaban flautas, y otros tenían unos tubos largos a través de los cuales miraban a distancia o el paisaje del mar, y con los mismos, soplando adentro, arrojaban flechas contra los peces. He visto que estos tubos los arrollaban como anillos para tenerlos colgados al brazo. He visto que ponían bolitas de vidrio de color sobre la punta de estos tubos y luego, moviéndolos contra el sol, se espejaba en ellos el paisaje, pero al revés, y parecía que el mar estaba sobre sus cabezas y desaparecía. Con esto y otros entretenimientos se alegraban y divertían. Había frutas muy hermosas, especialmente uvas, y he visto que algunos, con toda reverencia y agrado, traían a Jesús y le ofrecían las mejores frutas.

Las viviendas de las mujeres están del otro lado del lago, aunque los baños están de este lado, pero más hacia el Oeste, de modo que de la parte de los hombres no se ve allá. En la orilla del estanque he visto niños vestidos de lana blanca que guiaban y hacían nadar de un lado a otro con sus ramitas de sauce variopintas a bandadas de aves acuáticas. El agua del lago y del mar es bombeada hasta arriba, a los baños de los albergues, y allí apresada en regueras y levantada de nuevo. He visto a las mujeres entretenidas en diversos juegos sobre la pradera. Estaban vestidas con toda modestia, con largas vestimentas de lana blanca, de muchos pliegues y dos fajas que las sujetaban. Las mangas anchas podían ser levantadas o bajadas y en torno de las manos tenían gorgueras con muchos pliegues. Llevaban una especie de gorra con plumas de seda o plumas naturales, que en círculos cada vez más estrechos cubrían toda la cabeza; detrás estaba recogida y colgaba hacia abajo terminando con una borla. No llevaban velo, pero sí delante de la cara como dos partes de un abanico transparente, que les cubría hasta la nariz y que tenía dos aberturas para los ojos. Podían bajarlo o retirarlo según lo deseaban, para protegerse contra el sol. En presencia de los hombres llevaban este antifaz siempre bajo. He visto que estas mujeres practicaban un juego alegre. Cada una de ellas llevaba sujeta en su faja en torno del cuerpo un lazo y con una mano sujetaban el lazo de la vecina, teniendo la otra mano libre. En la pradera había oculto un dije o una alhaja y el círculo iba dando vueltas en torno hasta que viendo una de las mujeres la alhaja, se inclinaba para tomarla; las demás daban vuelta prontamente al círculo y mientras otra se incli-

naba para alcanzar la alhaja, debían sostenerse para no caer una sobre otra; a veces caían a pesar del esfuerzo por sostenerse, y entonces era la risa y la diversión de todas.

XLIV

Jesús en Betulia

Betulia está situada a una hora y media al Sur del mar, en una altura bastante solitaria y agreste. Tiene arriba una gran torre y muchos muros derruidos. Debe haber sido más grande y más fuerte en otra época; ahora crecen árboles y plantas sobre estos muros y se podría ir con carros encima de ellos. Desde el lugar de los baños he visto gente que paseaban sobre estas ruinas, sobre la montaña. Aquí es donde estuvo Judith. El ejército de Holofernes se extendía desde el mar, a través de la garganta de Jotapata, hasta Dothán, algunas horas al Mediodía de Betulia. Aquí había gentes de la ciudad de Jotapata; pero no oyeron la predicación de Jesús, sino que volvieron a Jotapata y contaron allí que Jesús estaba en el lugar de los baños. Jotapata está situada a una hora y media de aquí al Este, caminando al Mediodía, edificada en una entrada de la montaña como en una cueva. Delante tiene una montaña desde la cual se puede ir a la ciudad a través de agrestes y profundas excavaciones. Está edificada en una quebrada, mientras la montaña está arriba. Al Norte de esta montaña, como a dos horas de distancia, está Magdalum, al borde de un precipicio, y sus alrededores de avenidas, jardines y toda clase de torres se extienden hasta la mitad del precipicio. Entre la montaña y Magdalum existen los restos de unos canales de agua que ahora están cubiertos de hierbas y a través de sus arcadas se puede contemplar el panorama de los alrededores. Al Sur de Jotapata se ve una montaña agreste y a derecha e izquierda hay barrancos. Era una espléndido escondrijo.

Vivían aquí muchos herodianos, quienes en un muro de la fortaleza tenían sus reuniones secretas. Esta secta se componía de gente muy avisada, prudente, ilustrada y se regía con superior secreto. Tenían señales misteriosas por las cuales se conocían y los jefes podían saber si algún miembro traicionaba en algo a la sociedad; no recuerdo ahora en qué forma lo llegaban a saber. Eran enemigos secretos de los romanos y se comprometían a trabajar por la causa de Herodes. Aunque eran secretamente

secuaces de los saduceos, pasaban por fariseos y pensaban utilizar ambos partidos para sus fines. Sabían bien que era el tiempo del Rey de los judíos y pensaban sacar provecho de esa general creencia. En lo exterior eran en general mansos y amables, pero en lo interior maquinaban traiciones. En cuanto a religión, no tenían ninguna; pero bajo pretexto de religión trabajaban por un reino temporal libre de los romanos. Herodes los favorecía de todas maneras. Cuando los de la sinagoga de Jotapata conocieron la cercanía de Jesús mandaron algunos herodianos a los baños de Betulia, para espiarlo e invitarlo a ir a Jotapata. Jesús no les dió una respuesta clara. Habían llegado también unos siete discípulos de Jesús, que antes anduvieron con Él algunas semanas. Eran discípulos antiguos de Juan, algunos parientes de Hebrón y uno de los sobrinos de la Pequeña Séforis. Lo habían buscado en Galilea y lo encontraron aquí en Betulia.

He visto a Jesús durante el día tratar con familiaridad a algunos: deben ser algunos de sus secuaces. Cuando los herodianos volvieron a su ciudad, se preparó al pueblo para el caso que Jesús fuese a predicar. Se le dijo al pueblo que era posible que el profeta de Nazaret viniera para el próximo Sábado desde Betulia a Jotapata; que había hecho un gran espectáculo el Sábado pasado en Cafarnaúm y el Sábado anterior en Nazaret. Se les avisaba para que no se dejasen seducir ni aclamarlo; no dejarlo hablar mucho tiempo, y que, no bien dijera algo incomprensible o extraño, se le interrumpiera con voces y susurros; así se preparaba al pueblo para la llegada de Jesús. Jesús, entretanto, tuvo una sencilla conversación en los baños de Betulia. Había muchos hombres en torno de Él y Él iba en medio de ellos. Detrás y a cierta distancia había enfermos de gota que necesitaban los baños termales del lugar y que no se habían atrevido a acercarse a Jesús. Éste repitió lo que había dicho ayer y anteayer y los exhortó a la limpieza de los pecados.

Todos lo amaban aquí y algunos dijeron: "Señor, en verdad, el que te escucha no puede contradecirte". Jesús preguntó: "Vosotros habéis oído hablar mucho de Mí o me habéis oído. ¿Qué pensáis que soy Yo?" Respondieron algunos: "Señor, Tú eres un profeta". Otros: "Tú eres más que un profeta. Ningún profeta ha enseñado como Tú, ninguno ha obrado lo que Tú obras". Otros callaban. Y Jesús, que veía lo que pensaban los que callaban, dijo, mirándolos: "Éstos tienen razón". Uno de ellos dijo: "Señor, Tú lo puedes todo. ¿Es todo verdad? Algunos

dicen que has resucitado a los muertos, a la hija de Jairo". Se refería al Jairo de una ciudad no lejos de Gibea, donde había sido catequizado aquel pueblo tan perdido. Jesús respondió: "Sí". Y aquél habló todavía preguntándole por qué vivía aquel hombre en lugar tan perdido. Habló Jesús entonces de la fuente en el desierto, y que es natural y bueno que los flacos tengan un guía.

Como los hombres lo trataban con tanta familiaridad, Jesús preguntó: "¿Qué sabéis vosotros de Mi? ¿Qué os dicen de malo sobre mi Persona?" Dijeron algunos: "Dicen que Tú no dejas de obrar en día Sábado y sanas a los enfermos". Entonces señaló Jesús un estanque lleno de juncos, donde había unos niños de pastores que cuidaban corderitos y animalitos pequeños, y dijo: "Mirad a los pequeños pastores y a esos tiernos animalitos. Si uno de esos corderitos cae en el pantano ¿no quedan los otros allí balando y dando voces tristes? Y si esos niños no pudieran ayudar a ese corderito y pasara en día de Sábado, el Hijo del dueño de esos corderitos, mandado expresamente para ayudar a esos corderos y apacentarlos, ¿no se compadecerá de esos corderos y los sacará del pantano?" Entonces levantaron todos las manos en alto, como los niños en el catecismo, y dijeron: "Sí, sí, lo hará". "¿Y si en lugar de ser corderitos, fuesen hijitos del Padre celestial los caídos?... ¿si fuesen vuestros hermanos?... ¿si fuéseis vosotros mismos?... ¿No debería el Hijo del Padre celestial ayudar a esos hermanos?..." Todos clamaron de nuevo: "Sí, sí". Luego, señalando a los hombres enfermos que estaban a distancia, dijo Jesús: "¿Veis a esos hombres enfermos? ¿No deberé ayudarlos si me lo piden en día de Sábado? ¿No deben obtener perdón de los pecados, si lo piden en día de Sábado? ¿No podrán el Sábado arrepentirse y clamar al cielo?" Levantaron todos las manos y dijeron: "Sí, sí". Entonces Jesús llamó a aquellos enfermos, que se acercaron pesadamente a El. Les dijo algunas palabras de fe, oró con ellos y les mandó: "Extended vuestras manos". Extendieron entonces las manos contraídas hacia Él. Jesús pasó las manos sobre sus brazos, sopló sobre sus manos solo un momento, y ellos se sintieron sanos y pudieron mover sus brazos y manos. Jesús les dijo que fueran a bañarse y les mandó abstenerse de ciertas bebidas. Ellos se echaron de rodillas, dieron gracias y toda la reunión se deshizo en alabanzas y acción de gracias.

XLV

Jesús en Jotapata

Como Jesús quisiera alejarse de allí, le rogaban se quedase algún tiempo más; se mostraban llenos de amor y se sentían muy conmovidos. Jesús les dijo que tenía que ir a otros lugares para cumplir su misión; le acompañaron un trecho del camino en compañía de sus discípulos, y luego los bendijo y se dirigió a Jotapata, como a hora y media hacia el Este. Era la tarde cuando Jesús llegaba. Delante de la ciudad se lavó los pies y comio en un albergue. Llegados a Jotapata los discípulos precedieron y fueron a pedir las llaves de la sinagoga al jefe de ella para el Maestro que quería enseñar. Acudió mucha gente. Los fariseos y los herodianos estaban llenos de expectativa para espiarlo en su enseñanza.

Cuando estuvo en la sinagoga le hicieron preguntas sobre la proximidad del reino, sobre la cuenta y el cumplimiento de las semanas de Daniel y sobre la venida del Mesías. Jesús tuvo una larga enseñanza de esto demostrando el cumplimiento de las profecías y el término del tiempo, que era el presente. Habló de Juan y de su profecía. Dijeron ellos, en tono hipócrita, que en sus enseñanzas y modo de obrar observase los usos de los judíos, que mirase por Sí ya que sabía que Juan había sido tomado preso. Lo que Él dijo del cumplimiento de las semanas de Daniel y de la proximidad del Mesías y Rey de los judíos era exacto y era también el parecer de ellos; pero que no veían al Mesías por ningún lado por donde mirasen. Jesús había declarado las profecías en general sobre su Persona y ellos lo habían entendido así; pero se hacían los ignorantes, como que no hubiesen entendido. Deseaban que Él dijese claramente que era el Mesías para acusarlo. Díjole entonces Jesús: "¡Vosotros estáis fingiendo y sois hipócritas! Os apartáis de Mí y me aborrecéis. Vosotros espiáis mis palabras y queréis con los saduceos hacer un nuevo complot como en la Pascua pasada en Jerusalén. ¿Qué me estáis diciendo que me guarde de Herodes y me recordais la prisión de Juan?" Luego les mencionó a la cara todos los crímenes de Herodes, todos sus asesinatos, su temor en presencia del recién nacido Rey de los judíos, su execrable matanza de los inocentes y su abominable fin, como también los crímenes de su sucesor, el adulterio de Antipas y la prisión de Juan. Habló también de la hipócrita y secreta secta de los herodianos, que

están en combinación con los saduceos, y dijo qué Mesías y qué reino de Dios esperaban. Señaló en diversas direcciones y añadió: "No podrán nada contra Mí mientras no haya cumplido mi misión. Aún tengo que atravesar dos veces la Samaría, la Judea y la Galilea. Habéis visto grandes prodigios en Mí: veréis aún más grandes y quedaréis ciegos, a pesar de todo". Luego habló del juicio, de la matanza de los profetas y del castigo sobre Jerusalén. Los herodianos, que se guardaban de aparecer a la luz, se pusieron pálidos cuando Jesús habló de los crímenes de Herodes y publicó los secretos intentos de la secta. Callaron y abandonaron poco a poco la sinagoga, como también los saduceos que tenían en sus manos la escuela. No había aquí fariseos. Cuando estuvo solo con los siete discípulos y el pueblo, enseñó largo tiempo aún. Muchos estaban conmovidos y decían que jamás habían oído tal enseñanza, y que Jesús enseñaba mejor que sus maestros. Éstos se mejoraron y más tarde le siguieron. Una parte considerable del pueblo, en cambio, asustado por los herodianos, murmuraban e hicieron tumulto. Entonces abandonó Jesús la ciudad y se fué caminando con sus discípulos hacia el Sur, por el valle, y subiendo en un par de horas un campo de cosecha entre Betulia y Gennebris, entró en la casa espaciosa de un pastor del lugar. En esa casa había gente buena que ya le conocía. Las santas mujeres solían pernoctar aquí frecuentemente cuando iban camino de Betania, y los mensajeros paraban cuando iban y venían con partes de Jesús y de las santas mujeres.

XLVI

Jesús en el campo de cosecha de Dothaim

Jesús enseñó aquí en este campo haciendo comparaciones sobre el corte, la cosecha y el atado de las espigas: es el mismo campo donde más tarde, pasando con sus discípulos, tomó algunas espigas desgranándolas para comerlas. Él iba de un grupo a otro de los trabajadores y hablaba del sembrador y del campo pedregoso, porque el suelo estaba aquí también lleno de piedras. Decía que Él había venido para juntar los buenos granos, y contó la parábola de la cizaña entre el buen grano. Comparó la cosecha con el reino de Dios. Contaba la parábola en los descansos del trabajo e iba de un campo a otro. Los tallos quedaban allí altos; sólo las espigas eran cortadas y atadas en forma

de cruz. Por la tarde tuvo una gran enseñanza delante de todos los trabajadores, terminada la cosecha, en una colinita. Con ocasión de un arroyo que allí corría, habló del curso manso y tranquilo que trae bendición; de la gracia que pasa, expresando que se debe dirigir esa gracia sobre el campo de nuestro corazón. Después envió a dos discípulos de Juan hacia Ainón para que dijesen a los discípulos que allí estaban se fuesen a Macherus a tranquilizar al pueblo, pues sabía Jesús que se había producido un gran tumulto en Macherus por causa de Juan. En efecto, habían llegado muchos bautizandos a Ainón, y cuando oyeron que el profeta había sido tomado preso por Herodes, se dirigieron a Macherus y muchos empezaron a clamar que dejasen libre a Juan, que tenía que enseñar y bautizar; arrojaron también piedras contra el castillo de Herodes, quien dió a entender que no estaba allí, mientras mandó a cerrar bien las puertas por los guardias.

Por la tarde enseñó Jesús en otra casa de pastores, cerca de Gennebris, haciendo comparaciones, entre otras la del grano de mostaza. El hombre en cuya casa se alojaba se quejó con Jesús de un vecino que le había hecho mucho daño desde hacía tiempo en su campo, obrando contra justicia. Jesús fué con el hombre al campo pidiéndole que indicara dónde y cuánto era el daño padecido. Era un pedazo bastante considerable de campo el que se le había quitado y el hombre se lamentaba de que no podía entenderse con su vecino. Jesús le preguntó si con lo que tenía podía aún mantenerse él y su familia, y el hombre respondió que sí, que tenía una buena entrada, a pesar de todo. Replicó entonces el Señor que nada había perdido; que nada nos aprovecha, mientras se tiene para pasar la vida, eso basta; que aún diese más a aquel hombre insaciable para que contentase su hambre de bienes terrenos. Le dijo que todo lo que él dejase aquí con ánimo alegre para mantener la paz, lo encontraría de nuevo en su reino; que aquel hombre obraba de conformidad con su ideal, que era tener un reino sobre la tierra, y crecer y prosperar en este mundo y que nada quería saber de otro reino; que tomase una enseñanza del proceder de aquel hombre y viera donde convenía engrandecerse y que procurase adquirir y aumentar los bienes en el reino de Dios. Jesús tomó como punto de comparación un río, del cual dijo: si es impetuoso de un lado, come y saca tierra, destruyendo, y el otro, bien dirigido, puede fertilizar la tierra. Era una comparación como la del mayordomo, en cuya parábola se puede ver el deseo

de riquezas y la avaricia terrena conseguidas con astucia y engaño, y lo que debe hacer el bueno para obtener los bienes espirituales. El bienestar temporal y terreno se ponía frente al espiritual y celestial. La enseñanza era algo velada, pero era para el caso de los judíos y su religión; porque todo lo entendían y lo apreciaban terrena y corporalmente.

Era este el campo donde estaba el pozo de José, y Jesús contó un pleito semejante del Antiguo Testamento en el cual Abrahán le dió de lo que pedía a Loth. Jesús, explicando esto mismo, dijo: "¿Dónde están los hijos de Loth? En cambio, ¿no recibió Abrahán todo por haber dejado aquello? ¿No se debe hacer, acaso, como Abrahán? ¿No se le ha prometido a él el reino? ¿No lo ha recibido acaso?" Y aquel reino no es sino una figura del reino de Dios, y el pleito de Loth contra Abrahán es una figura del pleito de este hombre con su vecino: que obre entonces como Abrahán y se asegure el reino de Dios. Jesús citó el pasaje de esta cuestión entre Loth y Abrahán (I Moisés, 13-7). Y habló largo tiempo de este asunto y del reino de Dios(*) delante de todos los trabajadores reunidos después de la cosecha. Aquel injusto dueño del campo estaba presente con sus ayudantes; pero se mantuvo silencioso, a cierta distancia. Había este hombre aleccionado a los suyos para que interrumpieran a Jesús con algunas preguntas importunas. Así uno de ellos preguntó qué es lo que al fin pretendía con su enseñanza y qué debería sacarse de todo eso. Jesús le contestó de modo que nada pudieron hacer con la respuesta. Dijo algo así como lo siguiente: "Para unos será esta enseñanza larga, para otros será corta", y siguió haciendo comparaciones de la cosecha, del sembrador, del recoger las mieses, del desechar la cizaña, y luego del pan y de la comida de la vida eterna.

El hombre que recibió a Jesús siguió sus enseñanzas: no sólo no acusó a su vecino, sino que puso sus bienes a disposición de la comunidad cristiana, y sus hijos fueron discípulos de Jesús. Había aquí mucha conversación sobre los herodianos, quejándose la gente de que todo lo espiaban y que hacía poco habían acusado y llevado a los tribunales de Jerusalén a varios adúlteros de aquí y de Cafarnaúm y que serían juzgados. Deseaban que semejante gente fuera alejada de entre ellos, pues

(*) La frase *reino de Dios*, que San Marcos y San Lucas emplean más de 50 veces, como el *reino de los cielos*, según San Mateo, significa la obra del Mesías, la sociedad cristiana, la Iglesia y también, como coronación, el reino anunciado por Daniel.

no podían conformarse de verse siempre espiados por los herodianos. Jesús habló abiertamente contra estos herodianos. Dijo a las gentes que se guardasen del pecado, pero también de los juicios e hipocrecía de los demás. Que debe reconocer cada uno sus propios pecados antes de juzgar a los demás. Habló de la mala condición de esta gente y enseñó conforme al capítulo de Isaías, que se había leído el Sábado pasado en la sinagoga, referente de los perros mudos que no ladran, que no evitan los pecados y que desgarran a las gentes y les dijo que esos herodianos acusaban y llevaban a Jerusalén a los adúlteros, mientras su jefe y amigo Herodes vivía en adulterio. Enseñó también a las gentes cómo reconocerían a los herodianos. Había aquí en diversas chozas en los alrededores algunos enfermos y baldados por accidentes de trabajo. Jesús visitó estas chozas y sanó a los buenos y les dijo que fuesen a su enseñanza y al trabajo. Ellos así lo hicieron, dando gracias y cantando alabanzas a Dios.

XLVII
Herodes y Juan en Macherus

Jesús envió desde aquí otros pastores hacia Macherus con encargo para los discípulos de Juan de decir al pueblo reunido en Macherus, que se dispersase: que este tumulto era ocasión de más dura prisión para Juan y podía ser causa de su muerte. Herodes y su mujer estaban entonces en Macherus. He visto que Herodes hizo llamar a su presencia a Juan Bautista. Herodes estaba sentado en una gran sala cerca de la prisión de Juan, rodeado de guardias, de empleados y de escribas, especialmente de herodianos y saduceos. Juan fué traído a través de un pasadizo a esta sala y estaba de pie delante de la gran puerta abierta entre los guardias. He visto a la mujer de Herodes, con gran osadía y desvergüenza y con sorna, pasar delante de Juan para ir a sentarse en su elevado asiento. Esta mujer tenía en el rostro un aspecto diverso de las mujeres judías. Todas sus formas eran mordaces y agudas; su misma cabeza en forma aguda y sus modales siempre en movimiento. Era hermosa y bien desarrollada; en su traje muy atrevida y provocativa y muy ceñidos al cuerpo sus vestidos. Debía ser ocasión de escándalo para toda persona bien nacida, porque cautivaba con sus ojos la atención de las personas.

Herodes preguntó a Juan que le dijese claramente lo que pensaba de Jesús, que promovía tanto tumulto en Galilea: quién era, si Él venía a ocupar su lugar, ya que había oído decir que él (Juan) había anunciado su venida; que hasta ahora no había prestado mayor atención a ese anuncio; que ahora le dijese claramente todo su parecer, puesto que ese Hombre, decía Herodes, habla cosas maravillosas, habla de un reino, se llama Hijo de un Rey en sus comparaciones, a pesar de que se sabe que es hijo de un pobre carpintero.

Entonces vi cómo habló Juan como si estuviese delante del pueblo, con voz entonada y fuerte, dando testimonio de Jesús. Dijo que él no era sino un preparador de los caminos; que él no era nada en su comparación; que nadie había sido ni podía ser lo que Él era, ni siquiera los profetas; que era el Hijo del Padre, el Cristo, el Rey de los Reyes, el Salvador y Restaurador del reino; que no había fuerza alguna contra Él, que era el Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo, y otras cosas semejantes. Así habló de Jesús, en alta voz, llamándose a sí mismo un precursor y preparador de su camino, y su humilde siervo. Dijo todo esto en tono tan encendido y tenía un aspecto tan extraordinario en su ser, que Herodes apareció presa de grandísimo temor y angustia, y terminó por taparse los oídos por no oír más. Al fin dijo a Juan: "Tú sabes que te quiero bien; pero tú hablas de mi de un modo que levantas tumulto contra mi, porque me reprochas siempre mi casamiento. Si moderas tu celo indiscreto y reconoces delante del pueblo mi casamiento, te dejaré libre, y podrás ir a enseñar y a bautizar". Entonces levantó Juan de nuevo su voz contra Herodes, con gran severidad y reprochó su vida delante del pueblo y su mal ejemplo, y añadió: "Yo conozco tus sentimientos y sé que reconoces lo que es justo y que tiemblas ahora delante del juicio..., pero te has cargado con sacos pesados, que no te dejan mover y te has enredado en los lazos de la impureza". La ira de la mujer en ese momento no es para describirse, y Herodes cobró un temor tan grande que hizo alejar en seguida a Juan y lo mandó poner en otra prisión que no tenía vista hacia afuera, de modo que ya no podía ser oído por el pueblo. Tuvo Herodes esta reunión con Juan por causa del tumulto del pueblo que iba al bautismo y porque habían llegado a sus oídos, por los herodianos, las maravillas que obraba Jesús.

En todo el país se hablaba de la justicia severa que se había hecho en Jerusalén de algunos adúlteros que los herodianos ha-

bían acusado y llevado desde Galilea. Se decía que a los pequeños pecadores se los castigaba y a los grandes se los dejaba libres, pues precisamente los herodianos eran amigos de Herodes, el adúltero, y que este rey tenía preso a Juan precisamente porque le reprochaba su adulterio. Herodes no estuvo conforme con lo que sucedía en Jerusalén. He visto cómo ejecutaron a estos pecadores. Se les leyó su pecado y luego se les confinó en un lugar donde había un hoyo angosto, a cuyo borde estaban ellos. Caían de ahí sobre una cuchilla, que les cortaba la garganta, y abajo había unos encargados de sacar el cadáver. Caían en una máquina preparada donde les era cortada la cabeza. Era en el lugar donde después fué muerto Santiago.

Al día siguiente Jesús enseñó todavía entre los campesinos. Habían venido Andrés, Santiago y Juan a este lugar con Jesús. Natanael se encontraba en su casa en las afueras de la ciudad de Gennebris. Jesús dijo a sus discípulos que iría a través de Samaría, hacia el Jordán, al lugar de los bautismos. Del campo donde Jesús enseñaba no estaba lejos el pozo de Dothaim, donde fué vendido José por sus hermanos. Las gentes preguntaron si hacían bien manteniendo y alimentando a los trabajadores que se habían quedado baldados o enfermos y ya no podían trabajar. Jesús les dijo que cumplían un deber; pero que no se alabasen por ello; de otro modo perderían su premio. Fué luego a las chozas de esos enfermos, sanó a muchos y los mandó a la enseñanza y al trabajo.

XLVIII
Jesús en Gennebris

Se dirigió Jesús a Gennebris para la fiesta del Sábado. Esta ciudad es tan grande como Münster: está como a media hora desde la altura del campo donde estaba Jesús, hacia el Oriente, en una ladera con jardines, baños y lugares de recreo. Del lado de donde venía Jesús estaba fortificada con zanjas profundas de agua cavadas en las piedras. Después de media hora de camino llegó Jesús con sus discípulos a las murallas y las torres de la puerta de la ciudad. Habían llegado hasta allí varios discípulos de los alrededores y estaban como doce cuando entró en la ciudad. Estaban reunidos muchos fariseos, saduceos y herodianos para el Sábado. Se habían propuesto tender lazos a Jesús con preguntas, y decían entre sí que en pequeños lugares

era difícil hacerlo porque allí se mostraba más osado, pero que aquí, entre ellos, no iba a ser lo mismo: estaban seguros de su triunfo. Por causa de esta disposición que llevaban, los más de los presentes se mantuvieron quietos y no hicieron demostración alguna ante su venida.

Entró sin ruido en la ciudad y los discípulos le lavaron los pies en un lugar fuera de la sinagoga. Los escribas y fariseos estaban reunidos en la sinagoga y recibieron a Jesús sin demostraciones, con fingida reverencia. Le dejaron leer y explicar. Jesús leía a Isaías y explicaba. Eran los puntos de 54, 55 y 56 y se trataba de cómo Dios establece su Iglesia; cómo la quiere edificar costosamente; cómo todos deben acudir a beber las aguas, y los que no tienen dinero, que acudan y coman pan. Se esforzaron por saciar su hambre en la sinagoga, pero allí no había pan, y la palabra de su boca (del Mesías) debía completar su obra. En el reino de Dios deben los extranjeros, los paganos, trabajar también y ser fructíferos, si tenían la fe. Llamó a los paganos cortados de la rama, porque no tenían parte en la descendencia del Mesías, como los patriarcas. Jesús explicó todas estas cosas en relación con su reino, con la iglesia, con el cielo. Comparó también, a los maestros presentes de los judíos a perros mudos, que no vigilan, sino que comen, engordan y se divierten. Entendía a los herodianos y saduceos que sólo espiaban y, sin ladrar, asaltaban a las gentes y al mismo pastor. Su enseñanza fué muy severa y muy oportuna. Por conclusión leyó a Moisés, 5, 11-29, de la bendición y de la maldición, desde Garizim y Hebal, y mucho sobre los Mandamientos y sobre la tierra prometida. Todo se refería al reino de Dios. Un herodiano se adelantó y preguntó con mucha reverencia de cuántos sería el número de los que entrarían en su reino. Querían, con esta pregunta, ponerlo en apreturas, porque, según ellos, todos los circuncidados tendrían parte y, según Él, había hablado de circuncisos y de paganos y reprobaba a muchos judíos. Jesús no tocó directamente el punto de la pregunta, sino que enseñó en torno de la misma, llegando a un punto que hizo inútil la pregunta. Les respondió con otras preguntas: "¿Cuántos de los judíos del desierto entraron en la tierra prometida? ¿Acaso habían pasado todos por el Jordán? ¿Cuántos en realidad habían poseído la tierra prometida? ¿La habían poseído toda? ¿No la habían poseído acaso en parte con los paganos? ¿No habían sido nunca desalojados de ella?" Les dijo también que nadie entrará en su reino sino por el camino estrecho y la puerta de la esposa.

Me fué mostrado que esta puerta era María y la Iglesia, en la cual somos renacidos por el bautismo, y de la cual nació el Esposo, para que Él nos lleve a la Iglesia y por medio de la iglesia, a Dios. Contrapuso el entrar por la puerta de la Esposa al entrar por alguna puerta lateral. Era una comparación como la del buen pastor y la del mercenario (Juan I). Repitió que sólo por esa puerta era la entrada. La palabra de Jesús en la cruz, antes de su muerte, cuando nombró a María, madre de Juan, y a Juan, hijo de María, tiene un significado misterioso con este renacimiento por la muerte de Jesús. No pudieron esa tarde reprocharle nada y en realidad se harían preparado para la conclusión del Sábado.

Es una cosa notable la que observo en estos hombres: cuando están juntos, se glorían y tienen por seguro que pondrán en apuros a Jesús por su enseñanza, y cuando están en su presencia, no atinan a decir nada, se muestran admirados y callan, parte por admiración y por parte por la ira que los domina. Jesús dejó la sinagoga muy tranquilo y le llevaron a una comida con un fariseo donde tampoco fueron capaces de hablarle nada reprensible. Les contó aquí una parábola de cierto rey que preparó una comida e invitó a los comensales para determinada hora y a los que llegaron tarde no los dejaron entrar. De aquí se fué a dormir a casa de un fariseo, conocido de Andrés: este hombre recto había defendido a los discípulos, entre ellos a Andrés, los cuales habían sido citados ante el juicio después de la Pascua. Su defensa fué eficaz. Este hombre, de poco tiempo viudo, no era anciano aún y más tarde se juntó con los discípulos. Su nombre era Dinocus o Dinotus y su hijo de doce años se llamaba Josafat. Su casa está fuera de la ciudad, por la parte del Oeste. Jesús había entrado en la ciudad por el Mediodía, pues había caminado por la altura de Dothaim más al Mediodía que Gennebris y después vuelto a ese mismo paraje. La casa del fariseo estaba en el Oeste y la casa de Natanael al Norte, hacia Galilea.

Hoy he visto que Herodes, después de la entrevista que tuvo con Juan, mandó a un empleado que hablara con suavidad al pueblo amotinado y le dijera que no tuvieran temor por causa de Juan y que volvieran tranquilos a su casa; que se encontraba bien de salud y tenía buen trato; que Herodes sólo quería tenerlo más cerca de si, y que si persistían en sus tumultos podían perjudicar al mismo Juan y hacerlo sospechoso; que se volvieran a casa, pues pronto volvería a aparecer de nuevo

para bautizar en el Jordán. Como también llegaron los mensajeros enviados por Jesús, la gente se fué dispersando, aunque Herodes se mantuvo en grande ansiedad y temor. La ejecución de los adúlteros en Jerusalén despertó en todos el recuerdo de su propio adulterio y se decía en alta voz que había tomado preso a Juan porque decía la verdad y sostenía el derecho por causa de cuya transgresión habían sido ejecutados aquellos de Jerusalén. Además oía decir los prodigios y las enseñanzas de Jesús que quería venir al Jordán para enseñar. Estaba en grande temor pensando que con esto se levantaría aún más el pueblo y con esta agitación he visto que celebró una reunión de fariseos y herodianos para ver cómo podrían detener a Jesús. La conclusión fué que envió a ocho de ellos a Jesús con el encargo de decirle buenamente que se detuviese en la Alta Galilea y del otro lado del mar de Galilea y allí enseñase e hiciese prodigios y no pasase al territorio de Herodes en Galilea ni bajara al Jordán, en la comarca del mismo rey. Que le recordasen el caso de Juan, que Herodes podría fácilmente verse obligado a juntarlo con Juan en la misma prisión. Esta misión salió hoy mismo para la Alta Galilea.

A la mañana siguiente enseñó Jesús de nuevo en la sinagoga, sin mayores contradicciones; pues pensaban asaltarlo con preguntas recién en la enseñanza de la tarde. Jesús enseñó sobre Isaías y Moisés, 5. Vino también la oportunidad de enseñar sobre la manera digna de celebrar el Sábado y habló mucho tiempo sobre ello. Los enfermos de esta ciudad no se atrevieron a presentarse para pedir salud: tanto habían sido atemorizados por los adversarios. Jesús habló en la sinagoga, para que lo oyeran los espías, del mensaje que enviaba Herodes a Él: Cuando vengan digan a esos zorros que le lleven esta noticia al Zorro: que no tenga cuidado por Él y que prosiga y cumpla el designio que tiene contra Juan; que Él no se detendría por consideración alguna y enseñaría adonde tuviese misión de hacerlo, en cualquier lugar, y en Jerusalén, si fuera necesario; que Él cumpliría su misión para dar cuenta de ella ante su Padre celestial. Los oyentes se irritaron sobremanera al oír estas cosas.

Por la tarde fué Jesús con sus discípulos desde la casa del fariseo Dinotus a caminar un rato, y como pasaran, al llegar a la puerta, junto a la casa de Natanael, entró Andrés y lo llamó fuera. Natanael presentó a Jesús a un sobrino suyo, hombre joven, a quien él pensaba entregarle el negocio, para seguir luego a Jesús, despreocupado ya. Creo que está disponiendo las

cosas para ir con Jesús desde este momento, siguiéndole en su viaje. Después de este paseo entraron en la ciudad en la parte donde estaba la sinagoga. Unos doce pobres trabajadores que habían enfermado en el trabajo o accidentes habían oído la curación de sus hermanos del campo de las mieses y con la esperanza de igual curación se habían introducido en la ciudad y se habían dispuesto en fila delante de la sinagoga para implorar su curación. Jesús pasó entre ellos consolándolos y diciéndoles que tuvieran paciencia por algún tiempo. Pero detrás ya venían los escribas irritados porque estos extranjeros se hubiesen atrevido a pedir salud a Jesús, puesto que hasta ese momento habían logrado ellos detener a los enfermos. Fueron con furia contra estos pobres enfermos y aparentando mirar por Jesús, dijeron que no promovieran aquí estorbo y admiración y se alejasen, que Jesús tenía cosas más importantes que hacer que tratar con ellos; que ahora no era el tiempo de conversar con Él; y como los pobres enfermos no se apuraban a salir, los sacaron a viva fuerza.

En la sinagoga enseñó Jesús la manera de celebrar el Sábado. Trataba de esto el pasaje de Isaías que hoy leía. Cuando así estaba enseñando miró y señaló a la zanja honda que corría en torno de la ciudad, al borde de la cual estaban pastando los asnos en que habían viajado. Si uno de estos asnos cae en la zanja ¿podrán sacarlo para que no perezca? Ellos callaron. Preguntó si eso lo pueden hacer con un hombre. Callaron. ¿Permitirían ellos que les favorecieran en el cuerpo o en el alma en día Sábado? ¿Es lícito hacer una obra de misericordia en día Sábado?... También callaron. "Ya que calláis, debo concluir que vosotros no tendréis nada en contra. ¿Dónde están los enfermos que pidieron ayuda delante de la sinagoga? Traedlos aquí". Y como no quisieran hacerlo, dijo: "Como no lo queréis hacer, lo haré por mis discípulos". Entonces se consultaron entre ellos e hicieron venir a los enfermos. Éstos entraron en estado miserable; eran doce, unos baldados, hinchados otros por la hidropesía, de modo que algunos tenían los dedos separados unos de otros. Ahora estaban muy contentos, ya que antes habían quedado sumamente entristecidos por el rechazo de los escribas. Jesús les mandó ponerse en hilera. Era conmovedor ver cómo los menos enfermos dejaban a los más dañados ponerse delante y ayudarse unos a otros para que Jesús los pudiera curar antes. Jesús bajó algunos escalones y llamó a los primeros, que tenían en su mayoría los brazos en mal estado. Jesús oró sobre ellos,

en silencio, mientras alzaba los ojos al cielo, y pasó su mano sobre los brazos dañados; luego movió sus dedos, manos y brazos y les dijo que pasasen atrás y alabasen a Dios. Estaban sanos. Los hidrópicos apenas podían avanzar. Jesús les puso las manos sobre la cabeza y el pecho: se sintieron mejorados y con fuerzas, pudiendo volver a su lugar. El agua les fué saliendo luego en un par de días.

Mientras sucedía esto, se suscitó un gran concurso de pueblo y de otros enfermos que alababan a Dios en compañía de los recién sanados. El concurso fué tan grande que los escribas y fariseos, llenos de ira y de rabia, se fueron alejando; al fin terminaron con salir de la sinagoga. Jesús entonces enseñó al pueblo sobre la proximidad del reino, de la penitencia y de la conversión hasta la conclusión del Sábado. Los escribas con todo su aparato de preguntas y de capciosas interrupciones no atinaron a decir palabra. Es en verdad una cosa que causa risa como habían creído entre ellos poner en apreturas a Jesús y luego ni siquiera atinaron a decir una palabra y perdían toda autoridad delante de Él, no sabiendo siquiera contestar ninguna pregunta que Jesús les hacía.

XLIX

Jesús invitado a una comida. Otros viajes

Después del Sábado hubo una gran comida en un sitio abierto de recreo, con motivo de la terminación de la cosecha, y Jesús y sus discípulos fueron invitados. Estaban presentes los más distinguidos habitantes, algunos extranjeros y varios de los campesinos más acomodados del lugar. Había varias mesas preparadas. Sobre las mesas había todas clases de productos de la cosecha: frutas, trigo, aves y en general algo de todo lo propio de esa estación y en doblada cantidad. Había unos animales ya asados prontos para comer y otros muertos y preparados para ser asados, como señal de abundancia. Se le había señalado a Jesús y a sus discípulos un lugar principal; pero un orgulloso fariseo se había adelantado y acomodado en un lugar principal. Jesús al llegar a la mesa habló en voz baja con él, preguntándole cómo se ponía en ese lugar. Contestó el fariseo: "Porque aquí está establecida la loable costumbre de que los más sabios y más nobles ocupen el primer lugar". Jesús le replicó que aquellos que en la tierra toman los primeros pues-

tos, no encontrarán lugar alguno en el reino de su Padre. El hombre, avergonzado, salió de allí y se fué sentar en otro lugar más retirado, pero de tal modo disimulando como que elegía él, por gusto, otro lugar. En la mesa explicó Jesús algunas cosas más sobre Isaías, 58-7: "Lleva al hambriento tu pan y a los que están en miseria, llévalos a casa". Luego preguntó si no tenían allí alguna buena costumbre, como la acción de gracias por la abundante cosecha, de invitar a los pobres y de repartir con ellos los alimentos. Se maravillaba de que hubiesen dejado esa costumbre y preguntaba dónde estaban los pobres. Puesto que lo habían invitado y que presidía como maestro debía Él, añadió, cuidarse de que asistiesen los invitados naturales y de ley y mandó que llamasen a los que había sanado en la sinagoga y a todos los demás pobres del lugar. Como no lo hicieron en seguida, salieron sus discípulos a la calle y llamaron a los pobres, y cuando llegaron les dejó Jesús su lugar en la mesa y los discípulos hicieron lo mismo. Los fariseos, contrariados, poco a poco fueron abandonando las mesas. Jesús con sus discípulos y otras buenas personas sirvieron a los pobres y repartieron todo lo que sobraba, de modo que quedaron sobremanera contentos. Después se dirigió Jesús con los suyos a la casa del fariseo Dinotus para tomar algún descanso.

Al día siguiente vinieron innumerables enfermos de Gennebris y de los alrededores a la casa donde se albergaba, y Jesús se pasó toda la mañana sanando y exhortándolos. Había muchos mancos e hidrópicos. El hijo de Dinotus, que tenía unos doce años y se llamaba Josafat, siguió a Jesús cuando su padre se hizo discípulo. Los niños judíos llevaban un vestido largo con un cuchillo a ambos lados, cuyo ribete estaba partido; delante, hasta los pies, tenía botones y ligaduras. Cuando el vestido de los niños llevaba faja, entonces era rizado; de otro modo caía como una túnica que a menudo se recogía un tanto. Cuando Jesús se separó de Dinotus, lo estrechó contra su corazón, y el hombre lloró de ternura. Jesús se encaminó en compañía de varios de sus discípulos hacia el Sur a través de valles, por dos o tres horas, y pernoctó en una ladera de monte donde había un galpón de cosechadores vacío. Estaban con Él, Natanael, Andrés, Santiago, Saturnino, Aristóbulo, Tharzissus, Pármenas y otros cuatro discípulos. El lugar estaba entre dos ciudades, la de la izquierda Ulama y la de la derecha, Japhia. Ulama está enfrente de Tarichea, como Gennebris está enfrente de Betulia. Se encuentran a respetable distancia, pero la montaña está

de tal manera que parecería que Betulia se halla sobre estas ciudades. Este lugar está, en el viaje de Jesús, al parecer muy cerca; pero el camino tuerce, de modo que se lo pierde de vista. Aquel campo donde Jesús enseñó a los hombres de la cosecha, es realmente el campo donde José encontró a sus hermanos con el ganado, y el pozo cuadrangular allí existente es la misma cisterna donde echaron a José.

L

Jesús en Abelmehola

Jesús caminó desde ese refugio nocturno unas cinco horas más lejos hacia el Mediodía y llegó a eso de las dos de la tarde a la pequeña ciudad de Abelmehola, donde había nacido el profeta Eliseo. Está en una altura, de modo que las torres aparecen a nivel con los barrancos del lugar. Se halla sólo a algunas horas de Scytópolis y por el Oeste se entra en el valle de Jezrael, en la misma línea. No lejos de Abelmehola, próximo al Jordán, está el pueblo de Bezech. Samaría dista varias horas hacia el Sudoeste. Abelmehola está en los límites de Samaría, habitada por judíos. Jesús y sus discípulos se sentaron delante de la ciudad en un lugar de descanso, como es costumbre en Palestina, de donde son generalmente invitados a entrar en la casa por algún caritativo habitante que los vea allí descansando. Así sucedió aquí: pasaron algunos que los reconocieron porque habían estado aquí en la fiesta de los Tabernáculos, y lo anunciaron en casa. Vino entonces un acomodado campesino, con siervos, y trajo a Jesús y a sus discípulos bebida, pan y miel, los invitó a su casa, y ellos le siguieron. Les lavó los pies y cambió sus vestidos; sacudió y limpió los de ellos, que volvieron a ponerse después. En seguida preparó una comida, a la cual convidó también a varios fariseos con los cuales estaba en buenas relaciones, y éstos aparecieron bien pronto. Se mostró extremadamente amigo y cortés; pero internamente era un granuja: pretendía gloriarse después de que el Profeta había estado en su casa y dar ocasión a los fariseos de espiar a Jesús. Pensaban que solos en la mesa les sería más fácil que delante de todo el pueblo en la sinagoga. Apenas se había preparado la mesa cuando aparecieron todos los enfermos del lugar en la casa y en el patio del hombre que había invitado, cosa que irritó a los fariseos no menos que al dueño de casa. Salió fuera y quiso echar-

los; pero Jesús le dijo: "Yo tengo otra hambre que la de alimentos", y no se sentó a la mesa, sino que salió afuera, donde estaban los enfermos, y comenzó a sanarlos, y todos sus discípulos le siguieron en este trabajo. Había también varios endemoniados que clamaban: los libró con una mirada y con una orden. Muchos de estos enfermos tenían una o las dos manos baldadas. Jesús pasó sus manos sobre sus miembros doloridos y los movió una y otra vez; otros eran hidrópicos y les puso sus manos sobre la cabeza y el pecho; otros estaban como tísicos, otros con granos malos. A unos les mandaba a bañarse, a otros les decía que sanarían en pocos días y les prescribía ciertas obras. Lejos de allí, apoyados a un muro, estaban, veladas y avergonzadas, varias mujeres que miraban temerosas hacia Él; padecían flujo de sangre. Por último fué Jesús a ellas, las tocó y ellas se echaron a sus pies, sanas. Todos alababan y bendecían a Dios, mientras los fariseos, adentro, habían cerrado las puertas y entradas a la sala y comían allí, y de tanto en tanto miraban por las rejas la escena y se irritaban. Todo esto duró tanto tiempo que los fariseos, si quisieran volver a sus casas, debían atravesar entre los enfermos y sanados y de todo el concurso del pueblo que cantaba y alababa a Dios. Esto hubiera sido una lanzada a su corazón. Al fin se hizo tan grande el gentío que Jesús tuvo que retirarse al interior de la casa para que se dispersaran.

Era ya al anochecer cuando vinieron cinco levitas e invitaron a Jesús y a sus discípulos a su escuela y a albergarse con ellos. Dejaron la casa del rico campesino, dándole las gracias, y Jesús dió una lección breve y usó de la palabra "zorros", como cuando habló de los herodianos. El hombre, por su parte, se mostró siempre deferente. En la casa de la escuela tomó Jesús algún alimento con sus discípulos y pasaron la noche en un largo corredor donde habían preparado con alfombras lugares de descanso, divididos por biombos. En la misma casa hay una escuela de niños. En otra pieza se instruyen las jóvenes, ya algo crecidas, que necesitan una educación a fondo si piden ser judías de religión.

Esta escuela existía desde los tiempos de Jacob. Como Jacob era perseguido siempre por Esaú, Rebeca, su madre, lo había mandado a Abelmehola donde vivía en secreto cuidando su ganado y tenía consigo algunos peones y siervos. Vivía allí Jacob en tiendas y Rebeca mantenía una escuela para niñas cananitas y otras paganas que deseaban ser judías. Como Esaú, sus hijos y sus siervos solían casarse con estas extranjeras,

Rebeca tenía esta escuela donde instruía a las jóvenes paganas que iban a casarse con judíos, para que practicasen su religión y tuviesen sus costumbres. Esto lo hacía por necesidad, aunque tenía aversión a estas extranjeras; este campo le pertenecía. Jacob se mantuvo aquí mucho tiempo oculto y cuando preguntaban se les decía que Jacob estaba en el extranjero guardando su ganado. A veces venía secretamente a ver a su madre, que lo ocultaba algún tiempo, hasta que volvía a su escondite de Abelmehola. Allí cavó un pozo, que es el mismo donde estuvo Jesús sentado; este pozo era tenido en grande veneración y estaba cubierto. Jacob había cavado también otros pozos y cisternas cuadrangulares adonde se bajaba por escalones. Más tarde se vino a conocer su refugio y antes que él mismo se comprometiese con alguna cananita, Rebeca e Isaac lo mandaron a Labán, su tío, donde se ganó las manos de Raquel y de Lía.

LI

Noticias sobre la escuela de Rebeca y la gente de Canaán

Tuvo que poner Rebeca su escuela lejos de su casa, en el país de Heth, porque Isaac tenía frecuentemnte disputas con los filisteos que le arruinaban sus posesiones. Había puesto Rebeca en aquel lugar a un hombre de su país Mesopotamia y a su nodriza, que creo era su mujer. Las alumnas vivían en tiendas y eran instruídas en todas las cosas que necesitaban saber las mujeres de pastores que llevaban el orden en la casa. Aprendían los deberes de una mujer en la religión de Abrahán y sus costumbres. Tenían jardines y huertas; y plantaban zapallos, melones, sandías y pepinos y una variedad de trigo. Tenían ovejas de gran tamaño y bebían leche de cabras, o la comían en forma de quesos. Se instruían en leer y escribir, cosa que para ellas les resultaba muy difícil. No se escribía entonces tanto como ahora y se hacía sobre retazos gruesos y oscuros. No eran rollos, como más tarde, sino cortezas de ciertos árboles: he visto cómo las sacaban de las plantas. Para escribir marcaban con fuego las letras en la corteza. Tenían una cajita con casilleros y he visto que estos casilleros eran brillantes por arriba porque contenían toda clase de signos de metal dentro. Para escribir calentaban estos signos y los grababan en la corteza uno después de otro.

He visto el fuego donde calentaban estos signos, que usaban también para cocinar, asar, cocer y como lámpara, y cómo la usaban, y pensé en ese momento que tenían la lámpara bajo el celemín. En un recipiente que me recordaba algo parecido que tienen los ídolos sobre la cabeza, se veía encendida una masa negra que tenía en medio un agujero, creo, para el aire. Unas torrecitas en torno del borde del recipiente eran huecas y allí se echaba lo que había que cocer. Sobre este bracero ponían boca abajo un cobertor, arriba delgado, con agujeritos por encima y en torno torrecitas, en el cual se podía calentar algunas cosas. En estos braceros había en torno aberturas y hacia donde querían tener luz se abría o corría una de esas ventanitas y la llama de ese lado iluminaba el aposento. Solían abrir sólo por el lado donde no corría el viento, que en las tiendas de campaña suele colarse con facilidad. Debajo del bracero había un cenicero donde ponían, al rescoldo, tortas, y por la parte de arriba calentaban agua para baños, lavados y cocina. También asaban sobre estos braceros. Estos recipientes eran livianos y podían llevarlos en sus viajes. Sobre uno de estos braceros se calentaban las letras y luego eran grabadas en las cortezas.

Los cananitas eran de cabellos negros y más oscuros que Abrahán y su gente; éstos eran más amarillentos y de un rojizo brillante. Las mujeres cananitas vestían diferente de las judías. Tenían un vestido de lana amarillo que llegaba a las rodillas; se componía de cuatro trozos atados debajo de la rodilla y una ancha bombacha que no estaba sujeta a medio cuerpo, como en las mujeres judías, sino que caía en anchos pliegues; en torno del cuerpo estaba esta bombacha recogida. La parte superior del cuerpo estaba cubierta de dos trozos de telas que cubrían el pecho y la espalda. Estos trozos de tela estaban recogidos y atados sobre los hombros: era una especie de escapulario ancho abierto a ambos lados y cerrado en torno del cuerpo. Parecían de este modo el cuerpo y las caderas como un saco largo atado en el medio y terminado de pronto en las rodillas. Llevaban suelas atadas con correas nasta las rodillas, a través de las cuales se veían las piernas. Los brazos estaban cubiertos con trozos transparentes y anillos de metal brillante que se cerraban como mangas. Tenían en la cabeza una gorra de plumas finas terminada en punta por detrás como un yelmo con tupido mechón. Eran de hermosa contextura, pero mucho más ignorantes que las hijas de Israel. Algunas llevaban mantos largos, arriba estrechos y abajo anchos. Las mujeres de Israel llevaban una prenda

interior, luego un camisón largo y encima un vestido largo abotonado por delante; la cabeza cubierta con el velo o si no con telas rizadas como suelen llevar hoy las gentes en torno del cuello.

He visto también lo que aprendían en tiempos de Rebeca. Era la religión de Abrahán: la creación del mundo; y de Adán y Eva, su estadía en el paraíso, la tentación de Eva por Satanás y la caída del primer hombre en la culpa por faltar a la obediencia de abstenerse de la fruta que Dios les había prohibido. Con la comida de la fruta entró la concupiscencia en el hombre. Se les enseñaba que Satanás les había prometido una ciencia divina a nuestros primeros padres; mas el hombre se sintió como ciego después del pecado: se le cubrieron los ojos como con una piel, perdieron una vista clara de las cosas que antes tenían, ahora deben trabajar, criar hijos con dolor y esforzarse mucho para adquirir cualquier conocimiento de las cosas. Aprendían que a la mujer se le había prometido un Hijo que aplastaría la cabeza de la serpiente; de Caín y Abel; y de los descendientes de Caín, cómo se malearon, y cómo los hijos de Dios, es decir, los buenos, se dejaron seducir por la belleza de las hijas de los hombres, y cómo de su unión nació una raza de estatura gigantesca, llena de fuerza diabólica, y ciencias y artes malas. Estos gigantes habían inventado todas artes de engaño y seducción, falsa ciencia, todo lo que aparta de Dios y lleva al pecado, y habían pervertido de tal manera a los hombres, que Dios determinó exterminarlos salvando sólo a Noé y su familia. Esta raza había tenido su asiento en una alta montña y había avanzado cada vez más hasta que Dios los exterminó en el diluvio, y la alta montaña se hundió y se formó allí un mar (el mar Negro). Se les enseñaba del diluvio, de la salvación de Noé en el arca; de Sem, Cam y Jafet; del pecado de Cam y de la malicia de los hombres en la edificación de la torre de Babel. Esta edificación de la torre, su destrucción, la confusion de las lenguas y la enemistad de los hombres se les decía que tenía relación con aquellos soberbios gigantes de artes diabólicas que habitaban la montaña y que era el resultado de las uniones ilícitas con las cananitas; y que también en la torre de Babel se practicaban cultos idolátricos. Con estas enseñanzas se apartaban a esas jóvenes paganas de toda comunicación con los idólatras, de las artes de seducción y de los adornos inmodestos, de la magia, de la sensualidad y de todo lo que aleja de Dios, previniéndolas contra todo lo que pertenece al pecado, causa por el cual Dios

castiga a los hombres. Se las exhortaba, por el contrario, al temor de Dios, a la obediencia, a la sumisión y al cumplimiento de todas las obligaciones y a la observancia de la sencilla vida de los pastores. Se las instruía en los mandamientos que Dios había dado a Noé, por ejemplo, no comer carne cruda. Se les enseñaba cómo Dios eligió a la familia de Abrahán para formar un pueblo elegido, de cuya descendencia debía nacer el Mesías(*) sacando a Abrahán de la tierra de Ur y separándolo de los demás. Se les enseñaba cómo Dios había enviado a Abrahán a hombres sabios, es decir, hombres que aparecían con vestidos blancos y resplandecientes, y que éstos le dieron a Abrahán el misterio de la bendición de Dios para que su descendencia fuera más grande que todos los demás pueblos de la tierra. De la entrega del misterio sólo se les hablaba en general, como de una bendición de la cual debía nacer el Mesías. Se les hablaba de Melquisedec como de un hombre sabio que había ofrecido pan y vino y había bendecido al mismo Abrahán. También se les enseñaba del castigo caído sobre Sodoma y Gomorra.

LII

Jesús visita la escuela de Rebeca

Cuando Jesús entró en la escuela estaban las jóvenes haciendo un cálculo sobre la venida del Mesías y todas llegaron con sus cuentas a determinar el tiempo presente. La entrada de Jesús produjo una impresión extraordinaria. Jesús enseñó sobre esto mismo y explicó todo claramente. El Mesías estaba allí y no era reconocido. Habló del Mesías desconocido y del cumplimiento de las señales que deben hacerlo reconocer. De las palabras: "Una Virgen dará a luz un Hijo", habló Jesús en términos oscuros: esto les era difícil comprenderlo ahora. Les dijo que debían considerarse dichosas de vivir en este momento tan deseado por los patriarcas y los profetas, que no lo alcanzaron. Habló de las persecuciones y de los sufrimientos del Mesías, les explicó varios pasajes y les dijo que pusieran atención a lo que había de suceder en la próxima fiesta de los Tabernáculos, en Jericó. Habló de prodigios y de un ciego que había

(*) En otra revelación dice la vidente: "A estas Cananitas que iban a desposarse se les imprimía una señal indeleble en la región del corazón. Parecía que se les grababa también como un blasón de nobleza de Abrahán y que así se las incorporaba a su propia raza y familia".

de sanar. Les hizo un cálculo del tiempo del Mesías, habló de Juan y de su bautismo, y preguntó si ellas deseaban también el bautismo. Les enseñó la parábola de la dracma perdida.

Estas niñas estaban sentadas en la escuela con las piernas cruzadas, a veces con una rodilla levantada; cada una tenía un banquillo al lado que formaba un ángulo; de un lado se apoyaban lateralmente y sobre la parte más ancha ponían sus rollos cuando escribían; a menudo estaban de pie para escuchar las lecciones. Había en la misma casa una escuela de niños; era una especie de asilo, una fundación para educar niños huérfanos o niños judíos rescatados de la esclavitud, que habían crecido lejos de toda enseñanza judaica. Tenían parte en la enseñanza fariseos y saduceos, y eran recibidas también niñas pequeñas que eran instruídas por otras mayores.

Cuando entró Jesús en la escuela de los niños, estaban éstos ocupados en calcular algo sobre la historia de Job y no acababan de salir del paso. Jesús les explicó lo que no entendían y les puso en la pizarra algunos signos para aclararlo. Les explicó también algo que trataba de una medida de dos horas de camino o de tiempo, que ahora no recuerdo, y les habló mucho a los niños del libro de Job, que era desechado por algunos rabinos como verdadera historia, porque los edomitas, de cuyo país era Herodes, se burlaban de los judíos por ser crédulos de la historia de un hombre del país de Edom, donde nadie lo conocía. Decían que lo de Job sólo era una fábula o parábola para entretener a los israelitas en el desierto. Jesús explicó a los niños la historia de Job, cómo sucedió en realidad, y lo explicó al modo de los profetas y maestros de la niñez, como si viera todo ante sus ojos, como si fuese su propia historia, como si hubiese Él visto y oído todo, o como si Job mismo le hubiese contado a Él su historia. Parecíales a los niños que Él había vivido con Job, o que era un ángel de Dios o el mismo Dios. Y esto no les extrañaba a aquellos niños: sentían por momentos que era un Profeta, y sabían algo de Melquisedec de quien nadie sabía lo que era en realidad. Les habló, en una parábola, del significado de la sal y del hijo pródigo.

Mientras tanto habían llegado los fariseos, los cuales se irritaron porque Jesús se aplicaba a Sí mismo muchas cosas que decía del Mesías. Por la tarde anduvo Jesús con esos levitas y con los niños delante de la ciudad. Las niñas pequeñas, guiadas por las mayores, venían detrás. Algunas veces se detenía Jesús hasta que llegaran las niñas, mientras los niños cami-

naban delante. Les enseñaba, haciendo comparaciones con las cosas que veían en la naturaleza. De todas las circunstancias sacaba lección: de la vista de los árboles, de los frutos, de las flores, de las abejas, de los pájaros, del sol, de la tierra, del agua, del ganado y del trabajo del campo. Les habló maravillosamente de Jacob y del pozo que cavó en este lugar; y cómo ahora venía a ellos (a los niños) el agua viva; y lo que significa cegar el pozo, taparlo con basura, como hacían los enemigos de Abrahán y de Jacob, y aplicó esto a los que intentan desacreditar los prodigios y las enseñanzas de los profetas, como hacen los fariseos.

LIII

Jesús va de Abelmehola a Bezech

Cuando Jesús a la mañana siguiente volvió a la sinagoga, estaban todos los fariseos y saduceos presentes con mucho pueblo. Jesús abrió los rollos y explicó a los profetas. Los fariseos disputaron con Jesús obstinadamente, pero Él los avergonzó a todos. Se había introducido en la sinagoga un hombre con el brazo y las manos baldadas; había deseado tanto tiempo poder acercarse y ahora esperaba que Jesús al salir lo viera junto a la puerta de la sinagoga. Algunos fariseos se irritaron contra él y le mandaron se apartase, y como êl se resistiese, intentaron sacarlo a empujones. Él se plantó lo mejor que pudo en la puerta y miraba con aire de piedad a Jesús, bastante distante, por la mucha gente, en un sitial alto. Jesús se volvió al enfermo y le dijo: "¿Qué pides de Mi?" Habló entonces el enfermo: "Señor, te pido que me sanes, porque sé que lo puedes, con tal que lo quieras". Jesús le dijo: "Tu fe te ha salvado; extiende tu mano sobre el pueblo". Y en el mismo momento le vino salud al hombre desde distancia. Extendió sus manos a lo alto y clamó, alabando a Dios. Jesús le dijo: "Vete a tu casa y no hagas tumulto". El hombre contestó: "Señor, ¿cómo podré ocultar un favor tan grande que he recibido?" Salió fuera y publicó por todas partes el prodigio. Acudieron entonces muchos enfermos delante de la sinagoga, y Jesús, al pasar, los sanó. Después de esto estuvo con los fariseos en una comida, porque a pesar de su irritación y de su rabia interna, lo trataron con cortesía exteriormente, para tener ocasión de espiar mejor sus palabras y sus hechos. Por la tarde lo vi todavía sanando enfermos.

Durante la mañana estuvo Jesús en la escuela de los niños. Por último lo vi rodeado de las más pequeñas, que estaban juntitas a Él, tocando sus vestidos y tomándole de las manos. Jesús se mostró muy cariñoso con ellas y las exhortó a ser obedientes y a temer a Dios. Las mayores estaban detrás de las pequeñas. Los discípulos, a distancia, estaban extrañados y deseaban que se retirase de ellas. Ellos pensaban, al modo de los judíos, que tal familiaridad no era conveniente para un profeta, y que podría dar que hablar. Jesús desestimó sus vanos temores, y después que hubo exhortado a todos los niños, animado a los más crecidos y fortalecido a los maestros, mandó a uno de sus discípulos que hiciera a cada niña un regalito. Recibieron monedas unidas una con otra, creo que un par de dracmas. Luego bendijo a todas las niñas, abandonó con sus discípulos el lugar y se encaminó al Este, en dirección del Jordán.

En el camino enseñó a grupos de labradores y pastores, y llegaron a eso de las cuatro de la tarde frente a Bezech, que está como a dos horas al Este de Abelmehola, en dirección al Jordán. Hay allí dos lugares a ambos lados del río. La comarca es montañosa y quebrada y las casas están desparramadas. Bezech está formada más bien por dos poblaciones. Los habitantes viven como aislados y no tienen mucho comercio; la mayor parte son labradores que trabajan en un terreno pedregoso con mucha fatiga y se ocupan de fabricar instrumentos de labranza, que llevan al mercado, y hacen toscas mantas y telas para tiendas de campaña. Como a hora y media de allí hace el Jordán una vuelta hacia el Oeste, como si quisiese correr hacia el Huerto de los Olivos; pero da luego media vuelta y forma así una península en la ribera Oriental, sobre la cual hay una hilera de casas. Cuando vino Jesús de Galilea a Abelmehola tuvo que pasar un río; ahora desde Bezech hasta Ainón podrá haber cuatro horas de camino al otro lado del río. Delante de la ciudad, Jesús entró en un albergue, el primero de los que las mujeres de Betania habían destinado para Jesús y sus discípulos cuando andaba por esos contornos. Estaba al cuidado del albergue un hombre piadoso y bien intencionado, el cual salió al encuentro de los viajeros, les lavó los pies y les sirvió alimento. Jesús entró en la ciudad donde los jefes de la escuela le recibieron en la calle y entró en las casas de algunos enfermos, dándoles la salud. Se han reunido como unos treinta discípulos en torno de Jesús. Con Lázaro han venido varios discípulos de Jerusalén y de los alrededores y otros de Juan. Algunos venían

ahora de Macherus, con un mensaje de Juan para Jesús. Juan le pedía que dijese claramente que era el Mesías y se presentase públicamente. Entre los mensajeros estaba un hijo del viudo Cleofás. Entiendo decir Cleofás de Emaús, pariente del otro Cleofás, marido de la sobrina de María Santísima, y que por eso se llama María Cleofás. Otro de estos discípulos era José Barsabas pariente de Zacarías de Hebrón. Sus padres habían vivido primeramente en Nazaret y ahora en Caná. Entre estos discípulos de Juan acuden otros a mi memoria. Los hijos de María Helí, la hermana mayor de María Santísima, eran discípulos de Juan: habían nacido tan después de su hermana María Cleofás, que apenas eran mayores que los hijos de ésta. Éstos fueron discípulos de Juan y le siguieron hasta la muerte del Bautista; luego se pasaron a Jesús. Los esposos que cuidaban el albergue de Bezech eran piadosos y vivían, según voto que habían hecho, en continencia, aunque no eran esenios. Eran parientes lejanos con la Sagrada Familia.

Jesús habló varias veces a solas con estas personas. Todos los discípulos presentes comieron y durmieron en este albergue. Había allí, dispuestos por Lázaro y las mujeres de Betania, utensilios de cocina, mantas, alfombras, camillas, tabiques de separación, suelas, vestidos. Marta tenía, en una casa junto al desierto de Jericó, todo lo necesario para estos albergues. Había allí viudas pobres y algunas arrepentidas que trabajan en eso y se mantenían ellas mismas. Todo esto se hacía en silencio, sin llamar la atención. Pero no era poco trabajo tener todo lo necesario para tantas personas y vigilar continuamente estos lugares, enviar mensajeros o ir personalmente para ordenar y proveer. Jesús hizo un gran sermón a la mañana sobre una colinita, en un lugar donde los habitantes habían dispuesto un sillón para Jesús. Se habían reunido muchas personas para oír a Jesús, entre ellas unos diez fariseos de los alrededores para espiarlo.

Enseñó, con gran mansedumbre y amor hacia el pueblo, que era de buena índole y que por haber oído a Juan y haber sido bautizado por él, ya estaba convertido y mejorado. Los exhortó a permanecer contentos en su estado de pequeñez, a ser compasivos y trabajadores. Habló del tiempo de la gracia, del reino, del Mesías y más claramente de su misma Persona. Habló de Juan, de su testimonio, de su persecución y prisión. Habló del adulterio de los reyes por cuya causa estaba Juan en la prisión. Contrapuso la severidad de los fariseos que habían

ejecutado en Jerusalén a algunos adúlteros, que al fin no cometían el pecado tan escandalosamente como los reyes. Todo lo dijo claramente, sin reticencias. Exhortó a cada uno, según su estado, sexo, condición y edad. Un fariseo preguntó si Él entraba ahora en lugar de Juan, si Él era Aquél del cual Juan hablaba. Jesús contestó en general y le hizo notar su doblez y fingimiento.

Jesús tuvo aquí una conmovedora instrucción para los niños y niñas. Los exhortó a la paciencia: si otro maltrata, no responder con golpes, sino llevarlo con paciencia, apartarse y perdonar al ofensor. Nada devolver al malo, sino amor doble, y hasta a los enemigos debían quererlos bien. Les dijo que no tocasen los bienes ajenos ni los deseasen, y si otro niño deseaba tener sus plumas, sus útiles de escribir, sus juegos, sus frutas, que les diesen lo que deseaban y aún más, para dejarlos contentos, siempre que pudieran lícitamente dar esos objetos. Sólo los mansos, los compasivos y misericordiosos tendrán asiento en su reino. Y este asiento lo pintó a los niños muy hermosamente, como un trono. Habló de los bienes de la tierra que hay que abandonar para obtener los bienes del cielo. A las niñas les recomendó especialmente no envidiar los trajes de vanidad, la obediencia, respeto y amor a los padres, mansedumbre y temor de Dios.

Acabada la enseñanza pública dirigió una alocución a sus discípulos en particular consolándolos con mucho amor y exhortándolos a llevar con Él todo con paciencia y no tener preocupación por las cosas de la tierra. Les dijo que su Padre en el cielo los recompensaría abundantemente y que poseerían el reino con Él. Habló de la persecución que sufrirían Él y ellos, y les dijo claramente: "Si los fariseos, saduceos o herodianos os alaban, entonces pensad que os habéis apartado de mi enseñanza y que ya no sois mis discípulos". Nombró estas sectas con los nombres que les correspondían. Alabó a los habitantes del lugar por su misericordia y compasión, porque toman a menudo a su servicio niños pobres de Abelmehola y trabajadores necesitados. Los alabó también por la sinagoga nueva que habían edificado costeando ellos mismos los gastos, aunque les habían ayudado gentes buenas de Cafarnaúm. Después sanó a muchos enfermos y fué con los discípulos al albergue. Por la tarde se dirigió a la sinagoga, porque había comenzado el Sábado.

LIV

Jesús enseña en la sinagoga. Se declara Mesías

Jesús enseñó sobre Isaías, 51, 12: "Yo soy vuestro Consolador". Habló contra el respeto humano: que no tuviesen temor de los fariseos y de otros molestadores y pensasen que Dios los ha creado y los mantiene a cada uno. Las palabras: "Yo pongo mi palabra en tu boca", las explicó en el sentido de que Dios mandó al Mesías y que esta palabra de Dios está ahora en la boca del pueblo suyo, ya que el Mesías dice las palabras de Dios, y ellos son el pueblo del Mesías. Todo esto lo explicó tan abiertamente que los fariseos murmuraban entre sí: "Se despacha por el Mesías". Jesús continuó: que Jerusalén despierte de su somnolencia y borrachera, que la ira había pasado y la Gracia estaba allí. Dijo que la sinagoga infructuosa no daba hijos, y nadie rige y guía al pobre pueblo; pero que ahora los destructores, los hipócritas y los opresores serían castigados e irían a la perdición. ¡Que Jerusalén se despierte y Sión se levante! Todo lo declaró en sentido espiritual con respecto a las gentes piadosas, a los penitentes, a los que a través del bautismo del Jordán entran en la tierra prometida de Canaán, que es el reino de su Padre celestial; que ningún impuro, ninguno que no refrene sus pasiones, ningún pecador, pervierta ya a su pueblo. Enseñó de la redención y del nombre de Dios, que será anunciado ahora entre ellos; luego habló de Moisés V, 16, 18, sobre los jueces y empleados, sobre el torcer la justicia y el cohecho y reprobó severamente a los fariseos. Después sanó a muchos enfermos delante de la sinagoga. Al día siguiente volvió a la sinagoga a enseñar de Isaías, 51 y 52, y sobre Moisés V, 16 hasta 31. Habló de Juan y del Mesías, de las señales del Mesías en otra forma, y dió a entender claramente que Él era el Mesías, puesto que aquí hablaba a muchos que ya estaban preparados por el bautismo y la predicación de Juan. Trató de Isaías, 52-13 hasta 15, y dijo que el Mesías los había de juntar, que estaría lleno de sabiduría, que sería levantado y honrado, y les dijo que así como muchos se maravillaban de ver a Jerusalén pisoteada y devastada por los paganos, así aparecerá el Mesías entre los hombres, perseguido y despreciado. Él bautizará a muchos paganos y los purificará; los reyes callarán delante de Él cuando sean instruídos y aquéllos a los cuales no llegó su noticia tomarán su enseñanza y le verán. Les

recordó todas sus obras y prodigios desde su bautismo, y las persecuciones que padecía en Jerusalén y en Nazaret, el desprecio de los espías y las burlas de los fariseos. Recordó los prodigios de Caná, los ciegos, los sordos, los mudos, los baldados curados y la resurrección de la hija de Jairo de Phasael. Señaló el lugar y dijo: "No es lejos de aquí; id y preguntad y veréis que es así". Les dijo: "Vosotros habéis visto a Juan y le habéis conocido; él os ha dicho que era el preparador de los caminos, el anunciador y precursor. ¿Era Juan acaso muelle, delicado, distinguido? ¿O era uno venido del desierto? ¿Vivía en palacios, comía viandas delicadas, llevaba vestidos finos y hablaba palabras cultas y halagadoras?" Les dijo que Juan era el precursor: "¿No lleva entonces el siervo los vestidos de su Señor? Si el Mesías que esperáis debiera ser un rey poderoso, brillante, rico y vencedor ¿hubiera tenido por precursor a un tal Juan? Vosotros tenéis al Salvador entre vosotros y no queréis reconocerlo. No es según vuestra soberbia idea, y porque no es así, no lo queréis reconocer como Mesías".

Después enseñó mucho tiempo aún sobre Moisés V, 18, 19. "Yo les despertaré un profeta de entre sus hermanos, y quien no escucha su palabra en mi nombre, de ése tomaré yo cuenta". Fué una exposición fuerte, y nadie se atrevió a contradecirle. Dijo: "Juan estuvo en el desierto y no iba con nadie. Esto no os agradó. Yo voy ahora de pueblo en pueblo, enseño y sano a los enfermos, y esto tampoco os agrada. ¿Qué clase de Mesías queréis entonces? Cada uno de vosotros quiere otra cosa. Sois como los niños que andan por las calles, que cada uno se fabrica un instrumento diferente para soplar dentro; uno toma un caño profundo de corteza y otro una caña vacía". Y nombró varios juegos de niños, y cómo cada uno pide que le toquen en una u otra forma, en uno u otro tono y a cada uno le gusta sólo su modo propio.

Hacia la tarde, cuando salió de la sinagoga, se había reunido una gran cantidad de enfermos. Muchos yacían sobre camillas y se había extendido una techumbre sobre ellos. Jesús iba de uno a otro con sus discípulos, y los sanaba. Había algunos endemoniados, que clamaban y se irritaban. Jesús los libró del demonio mandándoles callar y pasando entre ellos. Había baldados, tísicos, hidrópicos, otros con granos en la garganta, mudos y sordos. Sanó a todos, en particular, imponiéndoles las manos o tocándolos, aunque su modo de obrar era diferente en cada caso. Los curados se sentían bien en seguida, sólo algo

cansados y la curación se seguía pronto según la clase de la enfermedad y la disposición de cada enfermo. Los sanados se alejaban cantando salmos de David. Había, empero, tantos enfermos que Jesús no podía llegar a cada uno, y entonces los discípulos ayudaban con alzar, levantar, desatar vendas de los enfermos. Jesús puso entonces sus manos sobre las cabezas de Andrés, Juan y Judas Barsabas, y tomando las manos de ellos en su mano les mandó que hicieran en su nombre con algunos enfermos lo que Él hacía. Ellos lo hicieron así y sanaron a muchos enfermos.

Después de esto fué Jesús con sus discípulos al albergue y comieron solos. Jesús apartó una gran parte de los alimentos que sobraron, los bendijo y los mandó repartir a los paganos pobres que estaban en Bezech. Estas caravanas de paganos fueron catequizadas por los mismos discípulos. Procedentes de ambas orillas del Jordán se había amontonado gran multitud de gente en Bezech. Todos los que antes habían oído a Juan querían ahora escuchar a Jesús. Una caravana de paganos, que había querido ir a Ainón, se detuvo para escuchar la enseñanza de Jesús. Bezech está como a tres cuartos de hora del Jordán, junto a una rápida corriente de agua que divide en dos partes el lugar.

LV

Jesús deja Bezech y va a Ainón

Jesús continuó enseñando y sanando delante del albergue. Los que se iban a bautizar, la caravana de los paganos y muchos otros se dirigieron al Jordán para pasar al otro lado. El pasaje estaba a una hora y media al Sur de Bezech, cerca de la ciudad de Zarthan, junto al Jordán, a una hora de Bezech. Del otro lado, entre Bezech y Zarthan, hay un lugarejo llamado Adam. Cerca de Zarthan es donde se paró el Jordán cuando pasaron los hijos de Israel. Allí hizo fundir Salomón cacharros y utensilios; hay todavía algunas de estas industrias y al Oeste de la vuelta que da el Jordán existe un taller instalado en una montaña que se extiende hacia Samaría. Encuentran ahí algo como cobre y bronce. Jesús enseñaba durante el camino. Cuando le preguntaron si pararía en Zarthan, contestó que otros lugares lo necesitan más, que Juan había estado aquí con frecuencia, y que le pregunten a él si había comido sabrosamente en buena

mesa y si se había divertido en este lugar. Había allí un vado amplio para pasar el Jordán; después tuerce el Jordán hacia el Oeste. Del otro lado caminaron como dos horas hacia el Oriente, a la parte Norte de un arroyo que se echa en el Jordán, no lejos de allí. Llegaron a un arroyo junto a Sukkoth, a la izquierda. Descansaron entre Sukkoth y Ainón, a cuatro horas de distancia, bajo tiendas. Cuando pasaron el Jordán pudieron ver a Salem, del otro lado, que hasta ese momento lo había cubierto la ribera montañosa: estaba en medio de la desembocadura Oeste del Jordán, frente a Ainón. En Ainón había una gran multitud de gente. Los paganos se habían extendido entre la colina de Ainón y el Jordán.

Habían acudido diez fariseos, de Ainón algunos, otros de diversos lugares, entre ellos el hijo del fariseo Simeón, de Betania. Con todo había entre ellos prudentes y moderados. En la parte Norte de la montaña hacia arriba está Ainón, como pequeña ciudad, como suelen ser las casas de lugares de recreo. En esta parte de la ciudad estaba la desembocadura de la fuente del estanque de los bautismos situada al Oriente de la montaña. La fuente de agua era llevada en canales de hierro. Esta desembocadura se había cerrado y se abría sólo según la necesidad. Había una casa para el cuidado de la fuente. Delante del lugar vinieron los fariseos, entre ellos el hijo de Simón el leproso, al encuentro de Jesús. Lo recibieron amigablemente, con deferencia y respeto. Llevaron a una tienda a Jesús y a sus discípulos, les lavaron los pies, sacudieron sus vestidos y los refocilaron con pan, miel y bebida. Jesús manifestó que estaba contento, que había allí gente bien intencionada; pero le pesaba que pertenecieran a esa secta de fariseos. Siguió con ellos a la ciudad y entró en un patio donde le esperaba gran multitud de enfermos, extranjeros y del país. Yacían en parte bajo tiendas y en parte en las galerías de la casa. Algunos podían caminar. Jesús sanó a todos con la imposición de las manos y con exhortaciones. Los discípulos ayudaban a traer enfermos, a levantarlos, a desatarlos de sus vendas. Varias mujeres con flujo de sangre estaban a distancia pálidas y veladas. Cuando Jesús terminó con los enfermos, fué hacia ellas, les impuso las manos y las sanó. Había baldados, hidrópicos, tísicos, con granos en el cuello y en el cuerpo, que no eran impuros, además de mudos, sordos y dolientes de todas clases. Este patio terminaba en un corredor de columnas, donde había una entrada. Había muchos espectadores, los fariseos y algunas señoras. Jesús estaba con los fariseos

aquí, porque había entre ellos algunos moderados y lo habían recibido bien y sinceramente; por eso les dió aquí ciertas preferencias. Quería mostrarles que no tenían razón en decir que sólo se juntaba con publicanos, pecadores y mendigos. Quería también mostrarles que les daba el honor que les era debido siempre y en todas partes donde se portaban correctamente. Aquí se empeñaron ellos mismos en mantener el orden entre los enfermos y Jesús dejó que hicieran todo como les parecía a ellos.

LVI
María de Suphan

Mientras Jesús estaba ocupado en sanar a los enfermos, entró por la puerta trasera del gran corredor una apuesta señora, de mediana edad, vestida a modo de extranjera. Llevaba cubierta la cabeza y los cabellos con un velo delicado, cuajado de perlas. La parte superior la cubría desde el cuello un corpiño que terminaba en forma de corazón abierto por los lados. Este corpiño estaba sobrepuesto como un escapulario, ajustado al cuerpo y cerrado con preciosas correas y adornos de perlas en el cuello y el pecho. De allí caían dos sacos plegados hasta los pies, el uno más corto que el otro, ambos de lana blanca, con adornos de hermosas flores. Las mangas eran anchas y en el hombro traía prendido un manto corto que caía sobre ambos brazos. Cubríase todo con un manto largo de lana blanca. Se acercó muy triste y angustiada, llena de confusión y de pesar; su rostro delgado indicaba llanto y su mirada era extraviada. Quería llegar hasta Jesús, y no podía por la multitud. Los atareados fariseos le salieron al encuentro, y ella les dijo: "Llevadme hasta el Profeta, para que me perdone mis pecados y me sane". Los fariseos contestaron: "Mujer, vete a casa. ¿Qué quieres aquí? Él no querrá hablar contigo. ¿Cómo podrá Él perdonar tus pecados? Él no querrá tratar contigo: eres una adúltera". Cuando la mujer oyó esto, palideció, se entristeció en extremo, se echó en tierra, rasgó su manto de arriba abajo, se quitó violentamente su velo, y gritó: "¡Ah, entonces estoy perdida! ¡Ahora vuelven a posesionarse de mi!... ¡Me desgarran!... ¡Allí están ellos!..." Y nombró a cinco diablos que entraron en ella: el diablo de su marido y los de cuatro otros amantes. Era un espectáculo espantoso. Unas mujeres que estaban allí la levantaron y llevaron a la desolada mujer a su casa.

Jesús, que sabía todo esto, no quiso, sin embargo, avergonzar aquí a los fariseos; dejó que hicieran según querían y continuó su enseñanza y sus curaciones con los demás. Su hora aún no había llegado. Se dirigió con sus discípulos, acompañado del pueblo a través de la ciudad, subiendo luego a la altura, al lugar de enseñanza de Juan, en la colina rodeada de casitas y vallados, a cuyo lado estaba situado el castillo medio derruído que había habitado Herodes cuando la predicación de Juan. Todo el contorno de la colina estaba lleno de pueblo que esperaba a Jesús. Éste subió al lugar de la predicación, cubierto con lonas por arriba y abierto por los cuatro costados. Tuvo lugar una gran predicación. Jesús habló de la gran misericordia de Dios con su pueblo, en especial, y con todos, y repasó los textos de los profetas, mostrando la providencia de Dios y demostrando que todo se cumplía ahora en este tiempo y momento. Con todo, no dijo tan claramente que Él era el Mesías, como en Bezech. Habló también de Juan, de sus trabajos y de su prisión. Las muchedumbres eran llevadas y alejadas de allí, por turno, para oirle. Jesús preguntó a algunos grupos por qué querían ser bautizados, por qué habían esperado hasta ahora, qué entendían por el bautismo. Los dividió en clases que debían bautizarse primero y luego los que debían esperar hasta después de recibir mayor intrucción. Recuerdo la contestación de un grupo a la pregunta de por qué habían esperado hasta ahora. Dijo uno: "Porque Juan siempre enseñaba que vendría Uno que era más grande que él y así hemos esperado para recibir mayor gracia". Sobre esto levantaron la mano todos los que eran de la misma idea y formaron así un grupo que recibió de Jesús algunos avisos y la indicación del tiempo en que debían bautizarse. Por la tarde, a las tres, se dió por terminada esta gran enseñanza.

Jesús fué con sus discípulos y los fariseos a la ciudad, donde le habían preparado una gran comida en una sala del albergue. Pero cuando Jesús llegó a la sala del festín, no entró, y dijo: "Yo tengo otra hambre", y preguntó, aunque lo sabía perfectamente, por la casa donde vivía la mujer que habían alejado de allí en la mañana. Le señalaron la casa, que no estaba lejos, y dejando Jesús a los demás, entró en el vestíbulo de esa casa. Yo he visto, cuando se acercó Jesús, el terror de la mujer. El demonio que la poseía la arrojaba de un rincón a otro de la pieza: parecía un animal que trataba de esconderse. Cuando Jesús entró al patio y se acercaba adonde estaba la infeliz, salió volando desde su casa y se metió en un sótano, ocultándose en

un especie de barril, que era más angosto arriba, y al querer ocultarse, se partió el recipiente con mucho estrépito, porque era un gran tonel de barro cocido. Jesús, al fin, habló, y dijo: "María de Suphan, mujer de... (aquí pronunció el nombre del marido, que yo he olvidado): Yo te mando, en nombre de Dios, que vengas junto a Mí". Vino entonces la mujer, toda envuelta desde la cabeza a los pies, como si el diablo la forzase a envolverse en su propio manto, como un perro que se acerca, esperando ser apaleado; acercóse a Jesús arrastrándose sobre manos y pies. Jesús le dijo: "Ponte en pie". Se levantó en seguida pero apretó su velo sobre la cabeza y el cuello tan estrechamente como si intentase estrangularse. Díjole entonces el Señor: Descubre tu rostro". Ella levantó el velo. Tenía los ojos bajos y extraviados, como si la forzase el diablo a apartarlos de Jesús. Jesús acercó su rostro al de ella y dijo: "Mírame". Y ella lo hizo así. Jesús sopló sobre ella, y un denso vapor salió de la infeliz a todos lados. Ella cayó de rodillas ante Jesús. Las criadas habían acudido por el ruído del recipiente hecho pedazos y estaban ahora a cierta distancia mirando la escena. Jesús les mandó llevar a la mujer a su casa en una camilla y la siguió con sus discípulos.

La encontró allí hecha un mar de lágrimas. Jesús se acercó a ella, le puso las manos sobre la cabeza y le dijo: "Tus pecados te son perdonados". Ella lloraba a mares, y se puso de pie. Luego vinieron sus tres hijos a la pieza: un niño de doce años y dos niñas de nueve y de siete años; éstas tenían un vestido amarillo con adornos y mangas cortas. Jesús se dirigió a los niños, les habló cariñosamente, les preguntó y les enseñó. La madre dijo: "Dad gracias al Profeta; Él me ha curado". Entonces se echaron los niños en tierra, delante de Jesús. Jesús los bendijo y, según su edad, llevó a cada uno de ellos junto a su madre y puso las manos de los niños en las de la madre, y me pareció que con eso quitaba de ellos un baldón, y que ahora eran niños legítimos, pues eran hijos tenidos en su extravío. Jesús consoló a la mujer diciéndole que podía todavía reconciliarse con su marido, y la exhortó a perseverar en la penitencia y en el arrepentimiento y a vivir ordenadamente. Después se fué con sus discípulos a la cena con los fariseos.

Esta mujer era de Suphán, de la tierra de Moab, y era descendiente de Orpha, viuda de Cheljón, nuera de Noemí, la que por consejo de Noemí no fué a Belén, para acompañar a Noemí, como Ruth, la otra viuda de su hijo Mahalón. Orpha, viuda de

Cheljón, hijo de Elimelech, de Belén, casó de nuevo en Moab y de esta familia era María de Suphán. Era la mujer de un judío y era rica, pero adúltera, y los tres hijos que tenía no eran de su marido. Su marido la había repudiado, conservando sus hijos legítimos. Ella vivía en su casa propia, en Ainón; estaba desde hacía tiempo llena de arrepentimiento y de dolor, se portaba bien y algunas mujeres buenas de Ainón se llevaban muy bien con ella. La enseñanza de Juan Bautista y sus reproches a Herodes por su adulterio la habían confirmado en sus buenos propósitos. Estaba a menudo poseída por cinco demonios, que se habían presentado súbditamente cuando la última vez había ido al patio donde Jesús sanaba, y cuando los fariseos la desecharon, colocándola esa vez al borde de la desesperación. Por su descendencia de Orpha, cuñada de Ruth, tenía esta mujer vínculo con la ascendencia de Jesús, desde David. Me fué mostrado cómo este brazo desviado del río de la descendencia, enturbiado por la culpa, era ahora purificado, y entraba por esa purificación, por medio de Jesús, en la Iglesia.

Jesús, como he dicho, entró en la sala del convite con los discípulos, donde estaban los fariseos, y se sentó a la mesa con ellos. Estaban algo amostazados porque Jesús hubiese prescindido de ellos y hubiese Él mismo buscado a la mujer que ellos, delante de tantos, habían rechazado y alejado; pero guardaron prudente silencio porque temían una reconvención de Jesús. Jesús los trató durante la comida con toda consideración y enseñó con parábolas y comparaciones. Hacia la mitad de la comida vinieron los hijos de la Suphanita vestidos de fiesta y entraron en la sala. Una de las hijitas traía un recipiente blanco con agua muy olorosa; la segunda, otro recipiente con esencia de nardo, y el niño otro recipiente. Se adelantaron a la parte abierta de la mesa, se echaron a los pies de Jesús y pusieron sus regalos sobre la mesa. La misma mujer entró luego con sus doncellas, aunque no se atrevía a adelantarse. Llevaba un velo y traía una copa de vidrio trasparente y brillante, donde había plantas aromáticas rodeadas de hierbas vivas. Los fariseos miraban contrariados a la mujer y a los hijos.

Jesús dijo a la mujer: "Acércate, Mara". La mujer se acercó humildemente y sus hijos, a quienes dió el regalo, lo depusieron junto a los demás sobre la mesa. Jesús agradeció los regalos. Los fariseos murmuraron, como más tarde con Magdalena pensando: "Esto es desperdiciar; es una prodigalidad, contra la moderación y en daño de los pobres". Lo decían sólo buscando qué reprochar

en la mujer. Jesús habló muy amigablemente con ella y con los hijos, a los cuales regaló frutas; y luego salieron. La Suphanita continuaba siempre humilde, detrás de Jesús, y dijo Jesús a los fariseos: "Todos los dones vienen de Dios. Para agradecer lo que es costoso hay que dar lo más costoso también, lo que uno tiene de mejor. Esto no es prodigalidad. La gente que trabaja en la confección de estas esencias, debe también vivir". Con todo, mandó a uno de sus discípulos que el precio de los regalos lo distribuyera a los pobres. Habló todavía del arrepentimiento y la conversión de esa mujer; reclamó para ella el debido respeto, y la consideración también de los demás habitantes de la ciudad. La mujer no dijo una palabra: sólo lloraba de continuo debajo de su velo. Se echó a los pies de Jesús y salió de la sala.

Jesús enseñó luego acerca del adulterio y añadió: "¿Quién de entre vosotros se encuentra libre del adulterio espiritual?" Dijo que Juan no pudo convertir a Herodes; pero que esta mujer estaba convertida; y trató de la oveja perdida y hallada. Había consolado a la mujer en su casa, deseándole que salieran buenos estos hijos que Dios le había dado; y le había dado esperanza de agregarse a las mujeres que estaban con Marta y trabajar para el hospedaje de los discípulos. Después de la comida he visto a los discípulos repartir muchas cosas entre los pobres. Jesús se retiró a la parte Oeste de la colina de Ainón, de donde estaba a cierta distancia el campamento de los paganos. Creo que había allí un albergue bajo tiendas, donde enseñó a los paganos. Ainón estaba en el territorio de Herodes, pero pertenecía, como una posesión al otro lado de los límites, al tetrarca Felipe. A pesar de ello, había varios soldados de Herodes enviados para espiar.

LVII

Jesús en Ramoth Galaad

Desde Ainón se dirigió Jesús con doce discípulos costeando el río Jabok y sus contornos. Andrés, Santiago y Juan quedaron en Ainón para bautizar en la fuente que estaba al Este de la colinita. El agua venía de la colina a la fuente, llenaba un pequeño estanque detrás, regaba algunas huertas y era apresada en la parte Norte de Ainón, en una fuente desde la cual podía dejársele correr de nuevo al Jordán. He visto a Jesús y a sus discípulos, a una hora al Este de Sukkoth, enseñando en una ciudad al Mediodía de Jabok. Entre los muchos enfermos que

sanó había un hombre ciego de nacimiento. Jesús lo tocó con su saliva, sus párpados se abrieron y el hombre tuvo vista. Jesús caminó a través del Jabok que corre en un valle y tuerce después al Este, hasta Mahanaim, ciudad limpia, dividida en dos partes. Jesús se sentó junto al pozo, cerca de la ciudad; pronto acudieron los jefes de la sinagoga y los ancianos de la ciudad, con lavabos, alimentos y bebida. Le dieron la bienvenida, les lavaron los pies a Él y a sus discípulos, derramaron una esencia en su cabeza, les ofrecieron a Él y a sus discípulos una refección y una bebida, y lo llevaron con gran contento y sencillez a la ciudad. Jesús hizo una breve explicación del patriarca Jacob, de lo mucho que por allí anduvo y sobrellevó. La mayoría de los oyentes tenía ya el bautismo de Juan. Reinaba aquí una vida patriarcal y muchas costumbres sencillas de los tiempos antiguos.

Jesús no se detuvo mucho tiempo. Era sólo una demostración de afecto y de honor que hacía a este pueblo. Pasó desde Mahanaim a la parte Norte de Jabok, a una hora al Este del lugar donde se encontraron Jacob y Esaú. El valle formaba allí un recodo. Durante el camino iba enseñando a sus discípulos. Después de algún tiempo repasaron el Jabok a la orilla del Mediodía, no lejos donde se unían dos arroyos y se echaban al Jabok. Caminaron al Este y tuvieron el desierto de Efraín a la derecha. Al Este del monte Efraín está situada, sobre un barranco que mira al valle, la ciudad de Ramoth-Galaad, una ciudad hermosa, limpia y bien trazada, donde había algunos paganos que vivían en calles propias y tenían templo. Había levitas que atendían el culto divino. Un discípulo los había precedido anunciando la venida de Jesús. Los levitas y otras personas distinguidas lo esperaban en una tienda, junto a un pozo, fuera de la ciudad. Lavaron los pies a los recién llegados, les dieron alimento y los acompañaron a la ciudad, donde había muchos enfermos reunidos en una plaza, que pedían ayuda al Señor.

A la tarde enseñó en la sinagoga, pues era este Sábado, de la fiesta de las ofrendas, un día de tristeza popular con motivo de la recordación de la hija de Jefté, que era de esta ciudad. Se habían reunido especialmente muchas jóvenes de la ciudad y de los alrededores. Jesús y sus discípulos tomaron su comida con los levitas y pernoctaron en casa junto a la sinagoga. En esta comarca no había albergues dispuestos para Jesús y los suyos; en cambio, en Ainón, Kamon y Mahanaim habían sido

alquilados con anterioridad. Ramoth está situada como una terraza en una montaña y detrás de ésta, en un pequeño valle, enfrente, está la parte habitada por los paganos. Tienen allí un templo y se conocen sus casas por las figuras que se ven sobre los techos. En el techo del templo también hay un grupo escultórico: en el medio, una figura coronada que llevaba una fuente en la mano y que estaba sobre otra fuente de agua; otras figuras de niños, en torno, sacaban agua y se la derramaban unos a otros. Las ciudades son aquí mucho más limpias y hermosas que las ciudades antiguas judías. Las calles tienen forma de una estrella que convergen en un punto céntrico; los ángulos son redondos, como también los muros que corren en torno. Era una ciudad libre de refugio para los culpables (Deut., 4-43 y Jos., 20-8) y tiene un gran edificio apartado de los demás, donde debían vivir. Ahora está arruinado y parece que ya no se usa para ese fin. La gente se ocupa de fabricar mantas, y bordar flores y animales en las mantas, parte para el comercio y parte para uso del templo. He visto a muchas mujeres y muchachas trabajar en esto en un gran edificio y en tiendas muy largas. Las gentes visten al modo de los antiguos israelitas y son muy limpios. Sus vestidos son de lana fina.

LVIII

La fiesta de la hija de Jefté

Jesús tomó parte en una gran fiesta que se hacía en conmemoración del sacrificio de la hija de Jefté. Caminó con sus discípulos y los levitas al Este de la ciudad, sobre un hermoso lugar al aire abierto donde se había preparado todo. Estaba reunido el pueblo de Ramoth-Galaad en numerosos círculos. Veíase la colinita con el altar donde había sido sacrificada la hija de Jefté y frente a él un semicírculo de asientos sobre la hierba para las jóvenes y asientos para los levitas y los jueces de la ciudad. Se inició una procesión ordenada hacia las afueras de la ciudad al lugar indicado. Las doncellas de Ramoth y las de otras ciudades de los alrededores llevaban vestidos de luto, y una doncella vestida de blanco y con velo hacía de hija de Jefté. Otro grupo de doncellas iban vestidas de oscuro con la barbilla cubierta; de un brazo llevaban pendientes unos correajes con franjas negras. Eran las que hacían de compañeras llorosas de la hija de Jefté.

Delante del cortejo iban niñas echando flores y otras tocaban en flautas unos aires tristes. Conducían también tres corderitos. Era una fiesta y una recordación en forma con toda clase de usanzas antiguas, enseñanzas y cantos; en parte recordaban el triste hecho y en parte eran cantos de salmos y de otros recordatorios del acontecimiento. La que hacía de hija de Jefté era cantada y consolada en coro por las compañeras, y ella misma pedía ser sacrificada. Los levitas y los ancianos celebraron un consejo sobre el caso con cantos apropiados y ella misma se adelantó recitando algunas palabras, donde pedía se cumpliese el voto de su padre. Traían rollos de los cuales leían trozos y otras partes recitaban de memoria.

Jesús mismo tomó parte en esta fiesta. Fungía de sumo Sacerdote o juez en el caso; dijo algunas de las fórmulas acostumbradas y otras enseñanzas. Se sacrificaron tres corderos, rociando con la sangre en torno del altar, y la carne asada se repartió entre los pobres del lugar. Jesús habló a las doncellas sobre el tema de la vanidad, y de sus palabras entendí que la hija de Jefté hubiera podido ser declarada libre de la muerte si no hubiese sido tan vanidosa.

Esta recordación duró hasta la tarde y varias jóvenes se cambiaban en el papel de hija de Jefté, o Jeftías, porque he visto que ya se sentaba una, ya otra en el banco de piedra, en medio del círculo, y cambiaba en una tienda los vestidos con la doncella anterior. Estaba vestida como la joven Jeftías en su sacrificio. El mausoleo de Jeftías estaba todavía sobre una colinita y el sacrificio de los corderos al lado. Este mausoleo era un sarcófago cuadrado, que se destapaba por arriba. Cuando la grasa y las partes del sacrificio estuvieron quemadas, el resto con las cenizas y los desperdicios se llevaron al mausoleo cercano y lo sostuvieron sobre la abertura de modo que la ceniza y los restos caían en el mausoleo. Cuando se sacrificaron los tres corderitos he visto que se roció con la sangre los contornos del altar mientras las doncellas recibían con un bastoncito un poco de la sangre en el borde final de los largos velos que tenían sobre sus hombros. Jesús explicó: "Jeftías, tú debías haberte quedado en casa para dar gracias a Dios por la victoria que el Señor había concedido al pueblo; pero tú saliste vanidosa buscando ser saludada como hija del héroe y la fama mundana, y saliste con adornos vanos y con gran estrépito buscando celebridad y gloriándote delante de las demás hijas del pueblo".

Cuando terminaron estas fiestas todos se fueron a un lugar de recreo cercano donde bajo emparrados y arcos de sombra se había preparado una comida. Jesús intervino también en esta parte de la fiesta y se sentó en una mesa donde eran servidos los pobres del lugar y contó allí algunas parábolas. Las doncellas comieron también en este lugar, pero estaban separadas de los hombres por divisiones. Estando sentados no se veían las mesas de ellas, pero de pie se veían, porque eran de poca altura las divisiones. Después de la comida fué Jesús con sus discípulos, los levitas y muchos otros de nuevo a la ciudad. Le esperaban muchos enfermos, a los cuales sanó, entre ellos lunáticos y melancólicos. Luego enseñó en la sinagoga sobre Jacob y José y la venta de éste a los egipcios, y añadió: "Un día Otro también será vendido por uno de sus hermanos; también Éste recibirá después a sus hermanos arrepentidos y los consolará en el tiempo de la carestía con el pan de la vida eterna". Luego, la misma tarde, preguntaron algunos paganos a los discípulos humildemente si podrían también ellos tener alguna parte en el gran Profeta, y los discípulos se lo dijeron al Señor, el cual les prometió ir mañana a su ciudad.

Jefté fué hijo de una mujer pagana echado de Ramoth por los hijos legítimos de su padre y vivió en la cercana comarca de Tob en compañía de soldados y gente de presa. (Ramoth se llama también Maspha). Jefté tenía de su difunta mujer pagana una hija única, de hermosa apariencia, prudente, pero muy vana. Jefté era un hombre decidido, fuerte y de mucha valentía, deseoso de triunfos y mantenía invariable su palabra dada. Aunque era judío de nacimiento era en verdad un guerrero pagano. Era en este caso un instrumento en las manos de Dios. Lleno de ansias de gloria, deseoso de vencer y ser cabeza de su pueblo, del cual había sido echado, hizo el voto solemne de sacrificar a Dios aquella persona que primero le saliera al encuentro de su casa. Como no amaba mucho a los demás de su casa no pensó que podía salirle precisamente su hija. Este voto no agradó al Señor; pero se hizo y su cumplimiento debía servir de castigo a él y a su hija, para acabar con su descendencia en Israel. Esta hija se habría maleado probablemente con la vanidad de la victoria y con la exaltación de su padre; en cambio, entonces hizo dos meses de penitencia y murió por Dios, y esta pérdida trajo al padre al buen camino y a su mejoramiento. He visto que la hija salió al encuentro de su padre a más de una hora de camino de la ciudad con gran acompañamiento de doncellas,

con cantos, tocadores de flautas y cítaras. Fué la primera persona que alcanzó a ver al dirigirse a la ciudad. Cuando supo su desgracia, pidió dos meses para pasar en la soledad con sus compañeras, para llorar su muerte como virgen, pues su padre no tendría descendencia en Israel y también para prepararse con la penitencia a la muerte. Salió con varias doncellas a través del valle de Ramoth y se fué a la montaña, y vivió allí dos meses en tiendas de campaña en oración y penitencia. Las doncellas de Ramoth se turnaban para hacerle compañía. Ella lloró allí su vanidad y su deseo de ser alabada. Se celebró en realidad un consejo sobre ella, si podía ser librada de la muerte; pero no era posible porque había sido dedicada por su padre con sagrado juramento, y era un voto que nadie podía desatar. He visto que ella misma pedía se cumpliera el juramento, hablando con gran prudencia y emoción. Su muerte fué acompañada de gran tristeza y sus compañeras cantaban cantos melancólicos en torno de ella. Ella estuvo sentada en el mismo lugar donde estaban las doncellas en la fiesta. Aquí volvió a celebrarse un consejo de si podía ser rescatada; pero ella nuevamente se adelantó y pidió ser sacrificada y morir, como en efecto se hizo. Tenía blancas vestiduras y estaba envuelta desde el pecho hasta los pies; desde la cabeza hasta el pecho estaba cubierta sólo de un velo transparente blanco, que dejaba ver su rostro, su espalda y su cuello. Ella misma se adelantó al altar. Su padre no pudo despedirse de ella y abandonó el lugar del sacrificio(*). Tomó una bebida roja en una taza, creo, para quedar como anestesiada. Uno de los guerreros de Jefté tenía que darle el golpe de muerte. Le vendaron los ojos, para significar que no era él un asesino, puesto que no veía a la persona que iba a matar. A ella se la inclinó sobre su brazo izquierdo y él puso sobre su garganta un cuchillo corto y con él le cortó el cuello. Cuando tomó ella la bebida roja, quedó como desmayada, y entonces el guerrero la sujetó. Dos de sus compañeras, vestidas de blanco, tomaron en una taza su sangre y rociaron con ella el altar. Después fué envuelta por sus compañeras y tendida sobre el altar, cuya superficie era un asador. Se encendió el fuego debajo y cuando

(*) Los autores que admiten la inmolación sangrienta de la hija de Jefté son, además de Targum: Josefo Flavio, Orígenes, San Epifanio, Tertuliano, San Efrén, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, Teodoreto, San Agustín, San Ambrosio, y entre los más modernos, Cornelio a Lápide, Calmet y Santo Tomás, el cual caracteriza a Jefté con una frase gráfica: *In vovendo fuit stultus, et in reddendo impius.*

todo no era más que una masa negra carbonizada, algunos hombres tomaron el cadáver con el asador, lo depositaron en el borde del mausoleo y dejaron que se deslizara dentro teniendo el asador inclinado; luego cerraron el mausoleo. Este mausoleo estaba aún en tiempos de Jesucristo.

Las compañeras de Jeftías y muchos de los presentes habían teñido sus velos con su sangre y algunos se llevaban las cenizas. Antes de ser envuelta en su traje de sacrificio había sido bañada y adornada en una tienda por sus compañeras. Era un camino como de dos horas, en la montaña al Norte de Ramoth, donde Jeftías fué al encuentro de su padre con sus compañeras. Cabalgaban en pequeños asnos, adornados con bandas y campanillas que sonaban al caminar. Una cabalgaba delante de Jeftías y dos a su lado; luego seguían los demás con cantos y estruendos. Cantaban el cántico de Moisés con motivo de la perdición de los egipcios. Cuando Jefté vió a su hija rasgó sus vestiduras y quedó desconsolado en extremo. Jeftías, en cambio, no se mostró tan desconsolada; permaneció silenciosa cuando oyó su destino. Cuando salió para el desierto con sus compañeras, que habían llevado alimentos de ayuno, habló su padre por última vez con ella: era esto el principio del sacrificio. Le puso las manos sobre la cabeza, como se hacía con las cosas que habían de ser sacrificadas y dijo estas solas palabras: "Ve, tú no tendrás a ningún hombre". Y ella contestó: "Sí, yo no tendré a ningún hombre". Y no hablaron más. Después de la muerte dedicó a ella y a la victoria un hermoso recuerdo en Ramoth, con un pequeño templete encima y ordenó una fiesta de recordación cada año en el mismo día, para conservar la memoria de su triste juramento para aviso a todos los osados. (Jue., 39-40).

La madre de Jefté había sido una pagana hecha judía y la mujer de Jefté era hija de una pagana y de un hombre judío nacido fuera de matrimonio. Su hija no estaba cuando fué echado de su patria y vivió en el país de Tob, porque había quedado todo el tiempo en Ramoth con su madre, que entre tanto había muerto. Jefté no había estado aún en su ciudad natal desde que había sido llamado por sus conciudadanos; en el campamento de Mizpha había concertado el plan, juntado gente y no había ido a su casa ni a ver a su hija. Cuando hizo el juramento no pensó en su hija, sino en los parientes que le habían echado de casa; y por eso fué por Dios castigado.

LIX

Jesús entre los paganos de Ramoth

Cuatro días duraron las fiestas de la conmemoración de Jefté. Después Jesús fué con sus discípulos al lugar donde habitaban los paganos en Ramoth, que lo recibieron con gran veneración a la entrada de la calle que habitaban. No lejos de su templo había un lugar para enseñar, adonde habían traído a los enfermos y ancianos, a los cuales sanó de sus dolencias. Los que le habían invitado parece que eran sabios, sacerdotes y filósofos; sabían de la venida de los Reyes Magos, cómo habían éstos observado la estrella del Mesías, y pertenecían a esta secta de observadores de astros. Tenían no lejos un lugar apropiado sobre una colina para observar las estrellas, como en el país de los Magos. Habían deseado hace tiempo una enseñanza y ahora la iban a recibir del mismo Jesús.

Habló muy profundamente; también se refirió a la Santísima Trinidad, y en esta ocasión oí estas palabras, que me causaron extrañeza: "Tres son las cosas que dan testimonio: el agua, la sangre y el espíritu, y éstas están juntas en uno". Les habló de la caída del primer hombre en el pecado, de la promesa del Redentor y muchas cosas de la conducta de los hombres, del diluvio, del pasaje del Mar Rojo y del Jordán y del bautismo. Les dijo que los judíos no habían poseído toda la Tierra Santa y que muchos paganos habían quedado dentro; que Él venía ahora a tomar lo que había quedado para incorporarlo a su reino; pero no con la espada y la violencia, sino con el amor y la gracia.

Conmovió a muchos sobremanera y los envió a bautizarse a Ainón. A otros siete hombres de edad que ya no podían ir allá los hizo bautizar aquí por sus discípulos. Se trajo un recipiente que se puso delante de ellos; éstos entraron en una cisterna de baño, de modo que estaban hasta las rodillas en el agua; sobre el recipiente de agua se puso un pasamanos para apoyarse. Dos discípulos pusieron sus manos en el hombro de los bautizandos y Matías, un discípulo de Juan, les echó el agua, a uno después de otro. Usó una especie de taza con mango para echar el agua sobre la cabeza. Jesús les dijo a los discípulos la fórmula que debían repetir en los bautismos. Los hombres se presentaron limpios, vestidos de blanco. Jesús enseñó luego al pueblo en general sobre la castidad y el matrimonio; a las mu-

jeres les recomendó la obediencia, la humildad y la educación de los hijos. Las gentes se mostraron muy bien dispuestas y lo acompañaron con mucho cariño de regreso. Cuando Jesús volvió a la ciudad de los judíos, sanó aún a los enfermos que estaban delante de la sinagoga. Los levitas no vieron bien que hubiese estado con los paganos. Jesús enseñó en la sinagoga, donde continuaban aún las fiestas de Jefté, sobre el llamamiento de los paganos y cómo muchos de ellos se sentarían en su reino, preferidos a los hijos de Israel; y que Él había venido a incorporar a la tierra de promisión a aquellos paganos que ellos, los israelitas, no habían podido echar de ella, y que esto se realizaba por la gracia, la enseñanza y el bautismo. Habló también de la victoria y del juramento de Jefté.

LX

Las jóvenes celebran la conmemoración de Jeftías

Mientras Jesús enseñaba en la sinagoga, las jóvenes celebraban su fiesta en el monumento de Jeftías, que su padre le había erigido, que luego fué restaurado y adornado ahora con muchas cosas traídas por las jóvenes en su anual recordación. Estaba el monumento en un templo redondo, cuyo techo tenía una abertura. En medio del templo había un templete redondo compuesto de columnas abiertas con una cúpula a la cual se subía por escalones ocultos en una de las columnas. En torno de esa cúpula había una representación de la victoria de Jefté con figuras del tamaño de niños. Esta representación es de una masa delgada, brillante, como de placas de metal; arriba parecía que las figuras miraban dentro del templete. Llegado uno arriba podía estar parado sobre una plataforma de metal, de cuyo medio sale una vara con brotes hacia fuera del techo del templo y desde allí se puede contemplar la ciudad y el paisaje en torno. Esta plataforma era tan ancha que podían dos jóvenes ir alrededor tomando de la mano la vara del centro del templete. En el medio de este mausoleo estaba la figura de Jeftías, de mármol blanco, sentada en una silla, semejante a aquella en la cual estuvo sentada en realidad. La cabeza de esta estatua alcanzaba la primera voluta de la escalera de caracol que subía al templete. En torno de la figura había tanto espacio como para tres hombres juntos. Las columnas del templete estaban unidas con hermosa rejilla. La parte exterior de este mausoleo era de

pidras veteadas de varios colores y las volutas de la escala eran cada vez más blancas al subir. En el templo de este monumento celebraban las jóvenes la fiesta de Jeftías, que tenía en la mano un pañuelo junto a los ojos, como si llorara, y la otra hacia abajo sostenía un ramo quebrado o una flor tronchada. Toda esta fiesta procedió con mucho orden. De vez en cuando extendían cortinas en torno del templo y se juntaban en grupos o separadas unas de otras, en oración, llanto y gemidos. Miraban la figura del medio y cantaban alternándose unas con otras. A veces venían delante de la figura, echaban flores, la adornaban con guirnaldas y entonaban cantos sobre la brevedad de la vida. Recuerdo esto: "Hoy a mi, mañana a ti". Alababan la fortaleza de Jeftías y su resignación, y la exaltaban como precio de la victoria. Subían después de a grupos sobre el templete y cantaban cantos de triunfo. Algunas subían a lo alto y mirando a lo lejos pronunciaban el terrible juramento. Luego volvía el cortejo junto al monumento y lamentaba y consolaba a la joven porque debía morir sin descendencia. Todo el acto estaba lleno de acciones de gracias a Dios, con meditaciones sobre la justicia divina. Había muchas hermosas escenas en toda esta representación, alternando la alegría con la tristeza y la devoción. Se llevó a cabo también una comida en el templo, y he visto a las jóvenes, no sentadas a la mesa, sino en grupos sobre escalones con las piernas cruzadas, siempre de tres a tres, en torno del templo teniendo pequeñas y redondas mesitas delante de sí. Los alimentos tenían varias figuras representativas. Una masa de pastelería tenía la forma de un cordero echado de espaldas; en el interior del mismo había hierbas y otros alimentos.

LXI

Jesús en Arga

Jesús, después de haber tomado parte en una comida con los levitas, salió con sus siete discípulos y otros acompañantes de Ramoth y se dirigió hacia el Norte, pasando el Jabok y subiendo la montaña como tres horas al Oeste, en la comarca que fué un día el reino de Basán, y llegó a una ciudad en medio de dos montañas puntiagudas. Se llama Arga y pertenece al distrito de Argob, en la mitad de Manasés. A una hora y media o dos horas de camino hay, en el lugar donde nace el arroyo de Og, una gran ciudad de Gerasa al Oriente de Arga. Al Sudeste de

ésta se ve, situada muy alta, la ciudad de Jabesch-Galaad. El terreno aquí es pedregoso; de lejos parecería que no habría árboles; pero en muchos lugares los espacios están cubiertos con arbustos y plantas variadas. Aquí empezaba el reino de Basán. Arga era la primera ciudad al entrar. La media tribu de Manasés se extiende un poco más al Sur. A una hora del río Jabok, al Norte, veo una empalizada que señala los límites. Jesús pernoctó con sus discípulos como a media hora de la ciudad, en un albergue abierto en el camino real que va desde el Oriente hasta Arga. Los discípulos habían llevado comida consigo. Mientras en la noche todos dormían, Jesús se levantó secretamente y fué a orar al aire libre.

Arga es una ciudad grande, muy limpia y, como la mayor parte de las ciudades de esta comarca donde habitan paganos con judíos, están las calles trazadas en líneas rectas y convergen en forma de estrella en un punto céntrico. Las gentes tienen otra manera muy diferente de vivir que en Judea y en Galilea y son de mejores costumbres. Hay aquí levitas mandados de Jerusalén y otros centros, que enseñan en las sinagogas y son cambiados de tiempo en tiempo. Cuando la gente no está contenta con ellos, puede quejarse, y los cambian. No se sufren tampoco a gentes de malas costumbres y hay un lugar de castigo adonde son enviadas. He visto que la gente no se ocupa de preparar la comida, sino que hay grandes cocinas donde se cocina, y las gentes van allá a comer o a buscar su alimento. Duermen sobre las azoteas, bajo tiendas que extienden allí. Veo aquí muchas tintorerías, muy finas, especialmente de color violeta. El confeccionar y el tejer grandes y artísticas alfombras es aquí más extenso que en Ramoth. Entre la ciudad y los muros de la misma hay una hilera grande de tiendas donde muchas mujeres están sentadas junto a largas tiras que trabajan y tejen. Debido a este oficio, reina aquí una gran limpieza desde tiempos muy antiguos. Los olivares se ven en largas hileras. En los valles que se extienden hacia el Jordán hay excelentes praderas con ganado y camellos. Nace en esta región una preciosa madera que se usó en el Arca de la Alianza y los panes de la proposición. El árbol tiene una hermosa corteza plana, sus ramas cuelgan como las del sauce y las hojas son de forma de peras grandes, verdes de un lado y oscuras del otro. Tiene bayas como majoletas, pero más grandes. La madera es muy dura y resistente y se deja cortar como corteza; es de color amarillo pálido; una vez seca es indestructible y muy hermosa.

Tiene adentro una médula delgada, pero un corte de serrucho destruye el canal de esta médula y no queda sino una vena rojiza en medio. Trabajan esta madera para hacer mesitas y toda clase de utensilios ensamblados. Comercian también aquí con mirra y otras especias, que veo, sin embargo, que no nacen en esta región: las reciben de las caravanas que a veces quedan durante semanas descansando, cargando o descargando sus mercaderías. Prensan estas especias con la mirra en balas y fardos para embalsamar, según es uso entre los judíos. Veo grandes bueyes y ovejas.

Cuando Jesús al día siguiente por la mañana llegó a la ciudad con sus discípulos vinieron los levitas y los principales, muy reverentes, a su encuentro, porque habían sido avisados por algunos discípulos; lo llevaron a una tienda, le lavaron los pies y le dieron alimento. Enseñó en la sinagoga y sanó a muchos enfermos, entre ellos tísicos; a otros enfermos los visitó en sus propias casas. Hacia las tres hubo una comida. Comió con los levitas en un salón y se trajeron los alimentos de la cocina común. Por la tarde enseñó de nuevo en la sinagoga, porque había comenzado el Sábado. Por la mañana habló mucho sobre Moisés en el desierto, en el monte Sinaí y en el Horeb, se refirió a la fabricación del Arca de la Alianza y a la mesa de la proposición. Las gentes de aquí habían dado sus ofertas para esos trabajos y Jesús les pintó esas ofertas de entonces como figuras, y los exhortó ahora, en la época del cumplimiento, a preparar sus corazones y sus almas por medio de la penitencia y la conversión al sacrificio, y les mostró su sacrificio y oferta de entonces en relación con su estado presente. Ya no recuerdo como fué. Lo principal de su enseñanza era esto. Yo vi durante la enseñanza de Jesús, muy detalladamente, con toda clase de circunstancias, que en el tiempo de la salida de Egipto, Jetró, suegro de Moisés, y Séfora, mujer de Moisés, con sus dos hijos y una hija, vivían en Arga. He visto que Jetró y Séfora con sus hijos cabalgaron hasta donde estaba él en el monte Horeb. He visto cómo Moisés los recibió con gran contento y contó cómo Dios los sacó de Egipto. He visto a Jetró ofreciendo sacrificio. He visto cómo Moisés mismo gobernaba a los israelitas y cómo Jetró le dijo que instituyera jueces bajo sus órdenes. Después he visto a Jetró volver a su casa, quedando la mujer y los hijos con Moisés. Jetró contó todas las maravillas en Arga, donde mucha gente tomó gran veneración por el Dios de los israelitas. Jetró envió en camellos regalos y ofrendas para los sacri-

ficios, y los de Arga contribuyeron para estos regalos. Estos dones consistían en un aceite muy puro que luego se usó para quemar en la lámpara del Arca, en largos y finos pelos de camello para confeccionar mantas y cobertores, y en maderas de Setim de la cual se hizo el Arca y la mesa de la proposición. Creo que mandaron también una especie de trigo con el cual se hicieron los panes de la proposición: era la médula de una planta como caña, con la cual María cocinaba una sopa para Jesús en Nazaret.

Jesús enseñó por la fiesta del Sábado de Isaías y de Moisés, (V, 21-26). Llegó a hablar sobre Balac, el profeta Balaam, y he visto muchas cosas de ambas personas, pero no puedo ya poner en orden todo lo que vi. En la enseñanza de la tarde habló, con ejemplos de las leyes de Moisés que se leían, de la historia de Zambri, muerto por Finees junto a los madianitas.

(Aquí Ana Catalina contó una serie de prescripciones del IV libro de Moisés, 25-7-8, *que ella nunca había oído decir ni leído del libro V,* 21-26, *y algunas que le llamaron mayormente la atención, como, por ejemplo: si uno saca nidos de pájaros se deben dejar allí a los padres; si uno cosecha debe dejarse los restos para los pobres, y otras cosas sobre las prendas de los pobres y sobre el préstamo. De todas estas cosas habló Jesús, especialmente de no dejar nada sin pagar del salario al obrero, porque los habitantes tenían allí muchos peones. Se alegra mucho de que todo esto, tan conforme a su sentir y modo de ser, esté en la Biblia y lo oye explicar a Jesús).*

Después del Sábado fué Jesús a visitar el albergue de los paganos, que le habían rogado mucho por medio de los discípulos. Lo recibieron con mucho cariño y humildad. Les habló de la vocación de los infieles; que Él había venido para conquistar a aquellos infieles que los Israelitas no habían podido conquistar ni desalojar de allí. Le preguntaron sobre el cumplimiento de las profecías y de que el cetro sería quitado de las manos de los judíos en tiempos del Mesías. Jesús les enseñó sobre esto. Deseaban ser bautizados y sabían de la venida de los tres Reyes Magos. Les explicó el bautismo, diciendo que era para ellos una preparación para la entrada en el reino del Mesías. Estos paganos tan bien inclinados eran de las caravanas que aguardaban a otras que debían llegar. Eran unas cinco familias y en total 37 hombres. No podían ir al bautismo de Ainón porque temían perder la caravana que esperaban. Preguntaron a Jesús

donde les convenía quedarse y Él les indicó este lugar. Nunca oí que haya hablado a los paganos de la circuncisión; sólo de la modestia en las costumbres y que no debían tener más que una mujer. Estos paganos fueron bautizados después por Saturnino y Judas Barsabas, discípulo de Juan Bautista. Entraban en una cisterna de baño y se inclinaban sobre un recipiente grande que Jesús había bendecido. El agua la derramaban tres veces sobre la cabeza. Todos venían vestidos de blanco. Hicieron luego un regalo a Jesús consistente en barritas de oro y aros de oro, porque comerciaban con estos artículos: todo era para la caja común de los discípulos. Se vendió más tarde todo esto y se distribuyó el dinero a los pobres. Después Jesús enseñó aún en la sinagoga, sanó a muchos enfermos allí y tomó parte en una comida en compañía de los levitas.

LXII

Jesús en la pequeña población de Azo

Después de haber comido se dirigió Jesús, acompañado de varias personas, a un lugar situado a varias horas al Norte, llamado Azo. Se reunieron allí muchas personas, porque por la tarde comenzaban unas fiestas con ocasión de la victoria de Gedeón. Jesús fué recibido delante de la ciudad por los levitas; le lavaron los pies y le dieron alimento. Después fué a la sinagoga y enseñó. Azo era una fortaleza en los tiempos de Jefté; cuando él fué llamado del país de Tob, fué destruída. Ahora Azo era una pequeña ciudad, pero muy limpia, que se extendía en una hilera larga de casas. No tenía paganos y las personas eran buenas, trabajadoras, de sanas costumbres y cultivaban olivares. Los olivares están delante de la ciudad, en las laderas, plantados en orden, artísticamente dispuestos. También preparan aquí telas y tejen. El modo de vivir es como en Arga: los pobladores se tienen por judíos puros de la tribu de Manasés, porque viven sin mezclarse con paganos. Todo respira limpieza. El camino lleva por un valle arriba donde está la ciudad al Oeste de una montaña. Cuando Débora era juez en el tiempo en que fué muerto Sísara por Jahel, vivía una mujer descendiente de la extinguida tribu de Benjamín que se ocultaba largo tiempo en Maspha. Llevaba vestidos de hombre y pudo disimular tan bien su condición que nadie la reconoció. Tenía visiones, profetizaba y sirvió a los israelitas como espía; pero donde eran

usados sus servicios siempre salían los sucesos mal. Estaban acampados aquí los madianitas, a los cuales se juntó en traje de soldado y se decía llamarse Anihuem, uno de los héroes que había escapado del desastre de Sísara (Jueces, IV, 17-20). Se había introducido ya en varios campamentos para espiar y ahora estaba en el del capitán de los madianitas, para entregarle, como decía, en sus manos a todo Israel. No tomaba nunca vino, era muy precavida y vivía castamente; pero aquí se emborrachó y fué reconocida como mujer. Se la clavó sobre una madera de pies y manos y se la arrojó en un hoyo, con la expresión y sentencia: "Perezca aquí con su nombre".

Desde Azo salió Gedeón para atacar a los madianitas. Descendía de Manasés y vivía con su padre en Silo. Estaba entonces Israel en un estado miserable. Los madianitas y otros pueblos paganos invadían el país, arrebataban las cosechas y devastaban el suelo. Gedeón, un hijo de Joás, el primer caballero de Ephra, era muy valiente y muy caritativo. Solía cortar su trigo primero que todos y repartía una parte de lo suyo con los pobres. Lo he visto ir de mañana con el rocío bajo un árbol muy corpulento debajo del cual tenía escondida su era. Era un hombre de buena presencia y robusto. El árbol de roble cubría con sus ramas extendidas una excavación en la roca, disimulada por un borde de piedras que llegaba hasta las ramas del árbol, de modo que de fuera no se sospechaba que había al pie del árbol una gruta donde estaba la era. La rama principal estaba como entretegida con las ramas secundarias. El piso era de piedra dura; alrededor había hoyos donde estaban depositados los recipientes de trigo en vasijas de corteza. Trillaban con un rodillo que se movía a rueda en torno del árbol y había martillos de madera que caían en el rodillo. En la parte superior del árbol había un sitio de donde se podía observar. Los madianitas estaban desde Basán, a través del Jordán, hasta el valle de Esdrelón. El valle del Jordán estaba lleno de camellos que pastaban. Esto le servía a Gedeón para su intento. Por varias semanas estuvo informándose de todo y con sus trescientos hombres se escurrió dentro de Azo. Lo he visto llegar hasta el campamento de los madianitas y escuchar la conversación de una tienda. Decía un soldado a otro: "He soñado que caía aquí un pan desde la montaña y que derribaba la tienda". El otro contestó: "Esto no es buena señal; seguramente Gedeón caerá sobre nosotros". A la noche siguiente Gedeón con pocos soldados entró en este campamento tocando las trompetas, con las antorchas en la mano,

mientras otra partida acometía por otro lado. Los enemigos cayeron en la mayor confusión; se mataban unos a otros y así fueron vencidos de todas partes por los hijos de Israel. La montaña de la cual caía el pan, según el sueño del soldado, estaba detrás de Azo; desde aquí en efecto comenzó Gedeón a luchar personalmente.

En Azo, pues, se celebraba ahora la conmemoración de su triunfo. Delante de la ciudad hay un roble muy grande en el seno de una colina y debajo un altar de piedra. Entre este árbol y la montaña del cual vió venir el pan rodando aquel soldado, estaba sepultada aquella mujer profetisa. Esta clase de árboles es diferente de nuestro roble; tiene una fruta gruesa con cáscara verde, debajo del cual está metido el carozo duro en una envoltura, como en nuestras encinas. De estos carozos hacen los judíos las cabezas de sus bastones. Había ahora una hilera grande de arcos con ramas de encinas adornados con toda clase de frutas desde este árbol hasta la ciudad para la gran muchedumbre que acudía a la fiesta.

Jesús con sus discípulos fué también en una procesión hasta el árbol. Llevaban delante cinco machos cabríos pequeños con coronas coloradas en el pescuezo que encerraron en cavernas con rejillas en torno de aquella encina. Llevaron también panes y tortas para el sacrificio, mientras tocaban las trompetas. Se leyeron los rollos de la Escritura sobre Gedeón y su victoria y se cantaron salmos de gloria; luego se mataron los machos cabríos para el sacrificio, puestos sobre el altar con las tortas. La sangre era rociada en torno del altar y un levita tenía un caño con el cual soplaba sobre el fuego debajo del altar en recuerdo de que el ángel había bendecido el sacrificio de Gedeón con una vara. Jesús desarrolló luego una enseñanza al pueblo reunido y así terminó la mañana. Por la tarde fué con los levitas y los principales del pueblo a un valle al Sur de la ciudad donde en torno de un arroyo había un lugar de baños y de recreo. Estaban allí reunidas, en lugar aparte, las mujeres y las jóvenes, entretenidas en diversas diversiones. Se preparó una comida, donde los pobres tenían también su lugar en unas mesas. Jesús se sentó a la mesa de esos pobres. Contó la parábola del hijo pródigo y habló del carnero que mató su padre para él. La noche la pasó Jesús en el techo de la sinagoga, bajo una tienda, pues era costumbre dormir en las azoteas.

Al día siguiente continuaban las fiestas. Las tiendas y chozas de ramas se dispusieron para la fiesta de los Tabernáculos

que venía unos 14 días después. Por la mañana enseñó Jesús en la sinagoga y sanó a muchos enfermos delante de la escuela: eran ciegos, tísicos y algunos endemoniados no furiosos. Después hubo una comida, y Jesús dejó la ciudad acompañado por los levitas y otros. Eran unos treinta los que le acompañaban. El camino llevaba primero por la montaña desde la cual había visto el soldado caer el pan de cebada en el campamento de los medianitas; después bajaron a un barranco a través de una alta montaña y caminaron una hora hacia el Norte en un valle junto a un agradable lago donde había casas pertenecientes a los levitas de Azo. Un río corre desde el lago a través del valle y va al Jordán. A unas seis horas de aquí, al Noreste, está Betharamphta-Julias en torno a una montaña. Jesús tomó algún alimento junto al lago. Tenían pescados fritos, miel, panes, botellas con bálsamo: todo esto lo habían llevado consigo. El camino de Azo hasta aquí es como de tres horas. Jesús contó en el camino y aquí parábolas del sembrador y de los campos pedregosos, porque aquí es muy pedregoso el terreno. Como se veían pequeñas canoas en el lago y pescadores con anzuelos, Jesús refirió parábolas de peces y del modo de pescar. Los pescados apresados se distribuían a los pobres.

LXIII

Jesús en Ephrón

A una hora y media está Ephrón, aunque de aquí no se puede verlo, sino las altas montañas que están enfrente. Jesús se separó de la gente de Azo, que eran las mejores de todos sus caminos, y siguió viaje hasta Ephrón. Delante de la ciudad fué recibido por los levitas. Ya habían dispuesto a muchos enfermos en camastros de madera, a los cuales ponían un techo de tela. Jesús sanó a estos enfermos. La ciudad está en la altura, a Mediodía de un pasaje estrecho en el cual corre un arroyo que se desborda a menudo hacia el Jordán, el cual se puede ver desde aquí en el barranco muy lejos. Enfrente hay una montaña alta y angosta, donde la hija de Jefté con sus compañeras esperaba a su padre vencedor, y luego a una señal que recibía con humo desde lejos, volvió apresurada a Ramoth para salir con grande algazara y esplendor al encuentro de su padre. Aquí enseñó Jesús y sanó a muchas personas. Estos levitas pertenecían a una antigua secta de los recabitas. Jesús les reprochó su demasiada

severidad y la dureza de algunas de sus ideas y dijo al pueblo que en eso no debían imitarlos. Jesús recordó en esta ocasión a aquellos levitas que habían examinado y mirado injustamente (con demasiada curiosidad) el Arca de la Alianza que devolvían los filisteos, y que fueron castigados.

Los recabitas[*] descienden de Jetró, el suegro de Moisés. Vivían bajo tiendas en un tiempo, no cultivaban la tierra y no probaban el vino. Eran generalmente los cantores y los porteros del templo de Jerusalén. Aquellos que en Bethsames habían mirado, contra la prohibición de Dios, el Arca que volvía y fueron castigados con la muerte, eran recabitas que vivían allí bajo tiendas (Reyes, I, 6-15). Jeremías intentó una vez en vano hacerles probar vino en el templo y su observancia a los preceptos de la secta era un ejemplo para los israelitas. Ahora, en tiempos de Jesucristo, ya no vivían bajo tiendas, pero tenían aún costumbres diferentes de los demás. Llevaban un efod (escapulario) de pelos como cilicio sobre la carne y un vestido de pieles y otro blanco y hermoso con una faja muy ancha. Por estos trajes se distinguían de los esenios. Observaban exageradas normas de limpieza y algunas costumbres extrañas en los casamientos y juzgaban por la sangre derramada si una persona debía casarse o no y según estas señales casaban o prohibían el casamiento. Algunos vivían en Argob, en Jabesh y en la Judea. No contradecían a Jesús: eran humildes y recibían los reproches que les hacía. Jesús les reprochó su demasiada severidad contra los adúlteros y asesinos, cuyo perdón y arrepentimiento no querían ellos recibir. Los ayunos los observaban rigurosamente. Junto a la montaña he visto varias fábricas y talleres de fundición y herrerías. Fabricaban ollas y caños para el agua, que hacían en dos partes y las soldaban luego.

LXIV

Abigail, la mujer repudiada por el tetrarca Felipe

Desde Ephrón anduvo Jesús con sus discípulos y algunos recabitas unas cinco horas al Noreste, hacia L ,haramphta-Julias, hermosa ciudad situada en lo alto. Durante el camino enseñó con motivo de un taller de metales donde se extraía el cobre que se trabaja en Ephrón. En Betharamphta había también

(*) Recabitas, descendientes de Recab, que por mandato de Jonadab, hijo de Recab, se abstenían de beber vino.

recabitas y algunos sacerdotes. Los de Ephrón me parece que están subordinados a éstos. La ciudad es grande y espaciosa en torno a la montaña. La parte Oeste está habitada por los judíos y la del Este, en las alturas, por los paganos. Ambas están separadas por un camino de murallas y parque de recreo con avenidas. Arriba, sobre la montaña, hay un hermoso castillo con torres, jardines y árboles. Allá vive una mujer repudiada por el tetrarca Felipe, que recibe de los impuestos recaudados en la ciudad. Tiene cinco hijas ya crecidas consigo y desciende de los reyes de Gessur. Se llama Abigail; es una mujer de edad, de hermosa presencia, fuerte y de carácter muy bondadoso y compasivo.

Felipe era de más edad que Herodes de Perea y Galilea. Era un hombre de modales pacíficos y bueno, al modo de los paganos, y medio hermano del otro Herodes nacido de otra madre. Había casado primero con una viuda que tenía una hija. Por ese tiempo el marido de Abigail tuvo que ir a la guerra o a Roma y dejó en la corte de Felipe a su mujer. Ésta fué entre tanto seducida por Felipe, quien luego casó con ella, razón por la cual el marido murió de pena y dolor. Cuando después de algunos años estuvo por morir la primera mujer repudiada por Felipe, rogó ésta al tetrarca que se hiciera cargo al menos de su hija. Felipe, cansado ya de Abigail, casó con su hijastra y relegó a Abigail con sus cinco hijas a Betharam, que se llamaba también Julias en honor de un Emperador romano. Abigail vivía pues aquí entregada a obras buenas; era muy amiga de los judíos, con un gran deseo de la salud y de conocer la verdad. Estaba siempre bajo la vigilancia de algunos empleados de Felipe. Felipe tenía también un hijo; su nueva mujer era mucho mas joven que él.

Jesús fué recibido bien en Betharam y servido. En la mañana de su llegada sanó a muchos enfermos de los judíos; por la tarde enseñó en la sinagoga, y a la mañana siguiente sobre los diezmos y los primogénitos de Moisés (V, 26-29), y sobre Isaías (cap. 60). Abigail estaba en muy buenas relaciones con los habitantes, que la estimaban; enviaba a menudo regalos a los judíos para servir a los discípulos de Jesús. Por el primer día de Tisri(*) era la fiesta del principio de año y se tocaban todas clases de instrumentos desde lo alto de la sinagoga. Había arpas entre éstos y trompetas con varias aberturas. He visto de

(*) El mes de Tisri o Ethanim es el séptimo del calendario judío, entre Septiembre y Octubre.

nuevo aquel instrumento extraño compuesto de varios otros que había visto en Cafarnaúm: era de fuelles y se soplaba dentro. Todo estaba adornado con frutos, hojas y flores. Había diversas costumbres según las distintas razas o tribus de pueblos. Durante la noche las mujeres, vestidas de largas túnicas, oraban sobre las tumbas, con las luces encubiertas. He visto que todos se bañaban, las mujeres en sus casas y los hombres en los baños públicos. Estaban siempre separados los hombres casados de los jóvenes, como las mujeres casadas de las jóvenes. Estos frecuentes baños entre los judíos procedían con economía, pues no abundaba el agua en todas partes. Por esto he visto que a veces se tendían de espaldas en un recipiente y derramaban el agua sobre el cuerpo con una taza: más bien se lavaban que se bañaban. Hoy se bañaban fuera de la ciudad, en agua completamente fría. También he visto que hoy todos se hacen regalos unos a otros: los pobres fueron generosamente socorridos. Se les dió primero una gran comida, había allí largas hileras de regalos en vestidos, mantas y alimentos que se les repartieron. Cada uno que recibía regalos de un amigo daba algo a los pobres. Los recabitas presentes ordenaban todo y miraban lo que cada uno repartía a los pobres. Tenían tres rollos de escritos, donde anotaban las virtudes de cada donador sin que ellos lo advirtiesen. A uno de los rollos lo llamaban el libro de la vida, a otro el libro de la senda del medio, y al tercero el de la muerte. Los recabitas tenían varias de estas ocupaciones, y en el templo eran los porteros, los encargados de contar y calcular, y especialmente cantores, como lo hacían en la fiesta de hoy. También Jesús recibió regalos de vestidos, mantas y monedas, que hizo repartir entre los pobres.

LXV

Jesús con los paganos y con Abigail

Mientras se celebraban estas fiestas fué Jesús adonde estaban los paganos. Abigail le había pedido con mucha instancia y los mismos judíos, a los cuales les hacía muchos favores, le habían pedido que fuera a hablar con ella. Lo he visto, con algunos de sus discípulos, cruzando la ciudad de los judíos, e ir a la de los paganos, por entre un parque, en el centro de la ciudad, que era el lugar de encuentro de judíos y paganos cuando se veían por cuestión de comercio. Allí se había detenido Abigail

con sus cinco hijas, con su séquito y con otras muchas jóvenes paganas. Abigail era una mujer fuerte, de elevada estatura, de unos cincuenta años, como Felipe. Tenía en su rostro algo de triste y de ansioso, deseaba salud y enseñanza, pero no sabía qué debía hacer; se encontraba envuelta en compromisos y era vigilada por los espías de Felipe. Se echó a los pies de Jesús, que la levantó; luego la adoctrinó a ella y a todas las presentes, mientras iba y venía de un lado a otro. Habló del cumplimiento de las profecías, del llamamiento de los paganos y del bautismo. De todos los puntos donde había estado Jesús iban grupos de personas a Ainón y eran bautizadas por los discípulos que Jesús había dejado allí: había entre ellos judíos y paganos, que pedían ser bautizados. Andrés, Santiago el Menor, Juan y los discípulos del Bautista bautizaban allí. Del lugar donde estaba preso el Bautista iban y venían mensajes.

Jesús recibió de Abigail las acostumbradas muestras de reverencia. Había dispuesto servidores judíos que le lavaron los pies y le dieron la bienvenida. Le pidió humildemente perdón por haber deseado conversar con Él, puesto que hacía tiempo ansiaba la salud y su enseñanza, y le pedía también tomara parte en una fiesta que había preparado. Jesús se mostró sumamente bueno hacia todos y hacia ella en particular. Las palabras de Jesús, como su mirada, la conmovieron profundamente. La enseñanza dada a los paganos duró hasta la tarde. Jesús aceptó la invitación de Abigail y se dirigió a la parte oriental de la ciudad, no lejos del templo de los paganos, lugar de muchos baños, donde se había organizado una fiesta. Los paganos también celebraban el novilunio con especial solemnidad. Antes de llegar Jesús, el camino llevaba a la calle divisoria de judíos y paganos. Allí vió muchos enfermos tendidos en camastros de madera, en las casas abiertas en los muros: eran paganos y estaban tendidos entre paja y tamo. Los paganos tiene aquí muchos pobres. Por el momento no sanó a ninguno. En ese lugar de recreo de los paganos enseñó Jesús largo tiempo a los paganos, en parte caminando y en parte durante la comida. Habló en parábolas de los pájaros, para mostrar sus trabajos inútiles e infructuosos; habló de las arañas que se desentrañan sin provecho, de la solicitud de las hormigas y de las avispas; y contrapuso el trabajo ordenado y fructuoso de las abejas.

La comida en la cual tomó parte Abigail, tendida como las demás a la mesa, fué de provecho para los pobres, porque Jesús ordenó que se repartiese entre ellos. Había también grandes

fiestas en el templo de los paganos, que era bastante hermoso y tenía cinco partes abiertas, con galerías de columnas, por las cuales se podía ver. En el medio había una cúpula alta. Había ídolos en varias galerías. El principal de estos ídolos se llamaba Dagón: tenía arriba forma de hombre y terminaba como un pez. Otros ídolos tenían figuras de animales; pero ninguna de formas hermosas, como las estatuas griegas y romanas. He visto a doncellas que ponían coronas y guirnaldas a los ídolos, mientras cantaban y danzaban, y a los sacerdotes que ofrecían incienso sobre un trípode. En la cúpula del templo había una maravillosa representación de la noche en movimiento. Se movía una bola luminosa rodeada de estrellas en torno del techo y se podía ver desde afuera y adentro. Parecía representar el movimiento de las estrellas, o la luna nueva, o el curso del nuevo año. La bola brillante caminaba despacio y cuando llegaba a la otra parte, cesaban los cantos de este lado y comenzaban del otro donde llegaba la luna. No lejos de donde Jesús había tomado parte en la comida, había un lugar de recreo donde he visto jugar a las doncellas: estaban ceñidas, las piernas con ataduras y llevaban arcos con flechas y picas pequeñas adornadas con flores; corrían en un espacio adornado con flores y otros artificios; tiraban flechas y arrojaban las picas contra aves sujetas y contra varios animales, como cabríos y pequeños asnos amarrados al palco delante del cual corrían. Había allí, cerca del lugar de la fiesta, un ídolo espantoso con las fauces abiertas, como una bestia, y en lo demás parecido a un hombre con las manos puestas delante; estaba vacío y debajo ardía fuego. Los animales que alcanzaban a matar los ponían en sus fauces y se quemaban allí, cayendo los restos abajo. Los animales que no eran alcanzados, eran tenidos por sagrados y apartados de los demás: se les cargaba, por medio de los sacerdotes, los pecados de los habitantes y lo largaban al desierto. Era algo semejante a lo que practicaban los judíos con el macho cabrío. A no haber allí el sufrimiento de los animales y ese ídolo espantoso, me habría agradado sumamente la ligereza y la habilidad de esas muchachas en el correr y tirar. La fiesta duró hasta la tarde, y cuando salió la luna se sacrificaron los animales.

Por la noche estaba todo el templo pagano y el castillo de Abigail lleno de antorchas luminosas. Jesús enseñó después de la cena y se convirtieron muchos paganos, que iban luego al bautismo a Ainón. Por la noche subió Jesús, a la luz de las antorchas, hasta el castillo de Abigail y habló con ella en el

vestíbulo de su palacio, bajo columnas. Estaban allí algunos empleados de Felipe. La mujer se hallaba así contrariada en todo, porque era espiada, y dió a entender a Jesús su situación con una mirada que dirigió a los hombres que la observaban. Jesús conocía todo su interior y también la banda que la vigilaba; tenía compasión de ella. Ella preguntó si podía reconciliarse con Dios. Un punto era el que la tenía siempre afligida: su anterior adulterio y la muerte prematura de su marido. Jesús la consoló y le dijo que sus pecados le eran perdonados; que siguiera haciendo obras buenas, perseverando y orando. Ella era de la raza de los jebusitas, paganos que tenían por costumbre abandonar a sus criaturas defectuosas y dejarlas perecer, y muchas supersticiones con motivo de las señales observadas en el nacimiento de los niños.

En todos los lugares donde llegaba Jesús, se veían preparativos para la fiesta de los Tabernáculos: se traían artefactos de lata y se hacían tiendas ligeras de campaña y chozas de ramas y hojas en Betharamphta y sobre los techos de las casas. Las doncellas estaban preocupadas en seleccionar flores y plantas y ponerlas en agua o en los sótanos y lugares frescos para conservarlas frescas. Como hay delante de esta fiesta varios días de ayuno, ya se hacen preparativos para las comidas de entonces y los muchos invitados. Las provisiones están repartidas entre varios encargados y se pagan a los pobres que ayudan, y al fin de las fiestas se les da una comida y son recompensados por su trabajo. No se ven en estos lugares públicos casas para comprar o vender mercaderías. En Jerusalén, además de los lugares del templo, hay sitios apropiados con negocios y almacenes; en las otras ciudades, a lo más, hay cerca de la puerta una tienda donde venden mantas, especialmente por donde pasan las caravanas; no se ven gentes que estén sentadas en fondas bebiendo juntas; a lo sumo se ve alguno que otro hombre junto a una tienda, a la entrada de la ciudad, con un jarrón de vino u otra bebida. Pasa un viajero, toma alguna bebida y sigue su camino. Raro será que se quede allí sentado, tomando; por esta causa jamás se ve un borracho por la calle. Hay personas que venden agua: llevan recipientes de cueros puestos sobre un palo, que apoyan en la espaldas, a ambos lados. Los utensilios de cocina y de trabajo de hierro cada cual los va a comprar allí donde se fabrican; viajan en asnos. Al día siguiente pasó Jesús entre la pared divisoria de los judíos y de los paganos y sanó a todos los pobres enfermos paganos que yacían en las cuevas y antros

miserables, a quienes los discípulos repartían limosnas. Más tarde Jesús enseñó, a modo de despedida, en la sinagoga. Como en esta fiesta ocurre también la conmemoración del sacrificio de Isaac, Jesús habló del verdadero Isaac y de su sacrificio; pero ellos no lo entendieron. En todos estos lugares habla bien claro del Mesías, pero nunca expresa claramente que Él es ese Mesías esperado.

LXVI

Jesús en Abila

Jesús anduvo con sus discípulos, acompañado por los levitas, tres horas al Noroeste hacia un barranco donde corre el río Karith, para echarse en el Hieromax, en dirección a la hermosa ciudad de Abila, que está en ese barranco. Los levitas le acompañaron hasta una montaña y luego se volvieron. Eran las tres de la tarde cuando llegó Jesús a las puertas de la ciudad, donde fué recibido por los levitas, entre los cuales había algunos recabitas. Con ellos estaban también tres discípulos de Galilea que esperaban a Jesús. Acompañaron a Jesús, dentro de la ciudad, junto a un hermoso pozo de agua. Era la fuente del arroyo Karith. La casa edificada sobre la fuente estaba sostenida con columnas,. en medio de la ciudad, donde estaban la sinagoga y otros edificios. A ambos lados de la ladera de la montaña continuaban los edificios y las casas; las calles estaban trazadas en diagonales o estrellas de modo que de todos los puntos se podía ver este centro donde estaba la fuente. Junto a ella los levitas lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos y les dieron la refección que acostumbraban. En los jardines y lugares adyacentes he visto a doncellas y hombres haciendo los preparativos para las fiestas de los Tabernáculos. Desde este lugar fué Jesús con ellos a una media hora de camino afuera de la ciudad, donde había un puente de piedra ancho sobre el río Karith. Había allí un sillón de enseñanza levantado en honor de Elías: la cátedra tenía ocho columnas alrededor sosteniendo la techumbre. Ambas orillas del río estaban arregladas en forma de escalones para los oyentes, y todo estaba lleno de personas deseosas de oír a Jesús. La cátedra consistía en una columna con un sillón arriba. De este modo Jesús al enseñar podía volverse a todos lados, según los casos. Se recordaba ese día a Elías, a quien le había sucedido algo junto al río. Después

de la enseñanza hubo una comida en un sitio de recreo y de baños, delante de la ciudad. Con el Sábado se cerraba esta fiesta, porque al día siguiente era día de ayuno por la muerte de Godolías (IV Reyes, 22-25). Se tocaron las trompetas.

He visto en la ladera de la montaña, al Este de la ciudad de Abila, una única hermosa excavación de sepultura con un jardincito delante, y mujeres de tres familias de la ciudad celebraban allí una conmemoración de muertos. Estaban sentadas, cubiertas con velo, llorando; recitaban salmos de lamentaciones y se echaban a menudo con el rostro en tierra. Mataban hermosos pájaros con plumas de colores, que sacaban y quemaban sobre el sepulcro. La carne de estas aves las repartían a los pobres. El sepulcro era de una egipcia de la cual descendían las mujeres que estaban allí. Antes de la salida de Egipto de los hijos de Israel vivía allí una mujer ilegítima, pariente del Faraón, el cual distinguía a Moisés y a los israelitas haciéndoles grandes favores. Era una profetisa que descubrió a Moisés el escondite donde habían ocultado la momia de José, la última noche que estuvieron en Egipto. Se llamaba Ségola. Una hija de Ségola fué mujer de Aarón; pero se separó de ella y casó luego con Isabel, hija de Aminadab, de la tribu de Judá. Con Aminadab tenía la mujer repudiada una relación que ya no puedo recordar. La hija de Ségola, que fué enriquecida por Aarón y su madre, y que llevó muchos tesoros a la salida de Egipto, siguió a los Israelitas en su salida del país, casó luego con otro hombre y se unió a los madianitas de la descendencia de Jetró. Los descendientes de éstos se establecieron en Abila, vivían en tiendas y el cadáver de esta mujer estaba allí enterrado. Después de los tiempos de Elías se edificó a Abila y entonces se establecieron permanentemente en la ciudad. En los tiempos de Elías yo no veía esta ciudad; o se edificó después, o si estaba antes habría sido destruída en alguna guerra. Vivían ahora aún tres familias de esa descendencia y celebraban la muerte de esta hija de Ségola: su momia había sido traída aquí del desierto y sepultada. Las mujeres ofrecían a los levitas aros y joyas diversas en memoria de la muerta. Jesús habló y alabó a esta mujer, y se refirió también a la compasión de su madre Ségola, enseñando desde el sitial de Elías. Las mujeres oían las palabras de Jesús, detrás de los hombres. En la comida, en ese lugar de recreo y de baños, estaban presentes muchos pobres, y cada comensal tenía que darles una parte de su porción.

Al día siguiente he visto a los levitas llevar a Jesús a un gran patio con muchas celdas en derredor, donde había unos veinte ciegos de nacimiento y sordomudos, cuidados por enfermeros y médicos, porque era una especie de hospital. Los sordomudos eran como niños: cada uno tenía un retazo de quinta donde plantaba o se divertía. Se acercaron todos a Jesús y con los dedos indicaban la boca. Jesús se inclinó y escribió con el dedo diversos signos en la arena. Ellos miraban con atención y según lo que escribía indicaban algún objeto de los alrededores: así les hizo entender algo de Dios. No sé si hacía Jesús figuras o letras, y si antes habían sido ya algo instruídos. Después Jesús puso los dedos en sus oídos y les tocó con el pulgar y el índice debajo de la lengua. Se sintieron conmovidos fuertemente, miraban en torno, oían. Lloraron de alegría, hablaron y se echaron a los pies de Jesús, terminando por entonar una melodía sencilla de pocas palabras. Parecía algo a lo que cantaban los Reyes Magos en su viaje a Belén. Jesús fué entonces junto a los ciegos, que estaban silenciosos en una hilera. Oró y puso sus dos pulgares sobre los ojos y de pronto tuvieron vista. Vieron a su Salvador y Redentor y mezclaron sus cantos de alabanza con los sordomudos, que lo alababan y podían ya oír sus enseñanzas. Era un espectáculo amable y sobremanera conmovedor. Toda la ciudad acudió a su encuentro, cuando salió Jesús con los sanados, a los cuales mandó que se bañasen y lavasen. Después fué con los discípulos y levitas, a través de la ciudad, hacia la cátedra de Elías.

Se había producido un gran movimiento en toda la ciudad. Habían soltado también, por el anuncio de los prodigios obrados, a algunos endemoniados. Corrían a un rincón de la calle algunas mujeres mentecatas que charlaban, gesticulaban y gritaban hacia Él: "¡Jesús de Nazaret; Tú eres el profeta; Tú eres Jesús; Tú eres el Cristo, el profeta!" Eran mentecatas y locas, de índole tranquila. Jesús les ordenó que callaran, y obedecieron al instante. Les puso las manos sobre la cabeza, ellas se echaron a sus pies, y lloraron, se pusieron silenciosas, se avergonzaron de sí mismas, y fueron sacadas de allí por sus parientes. También algunos endemoniados furiosos se abrieron paso entre la multitud y hacían ademán como si quisieran despedazar a Jesús. Él los miró y ellos acudieron como perros acosados a echarse a sus pies. Con un mandato hizo salir los demonios de ellos. Cayeron como en un desmayo, mientras salía un oscuro vapor de los cuerpos. Pronto volvieron en si: lloraron, dieron gracias y fue-

ron llevados por sus parientes. Ordinariamente les mandaba Jesús que se purificaran. Luego enseñó de nuevo sobre el sitial de Elías, sobre el río, hablando de Elías, de Moisés y de la salida de Egipto. Con ocasión de los sanados, habló de las profecías que anunciaban que en tiempos del Mesías, los sordos oirían, los mudos hablarían y los ciegos verían. Refirióse a aquellos que, viendo los signos, no querían creer.

LXVII

Descripción de Elías

En esta ocasión he visto muchas cosas sobre Elías. Era un hombre alto y delgado, de mejillas rojizas algo caídas, mirada penetrante y vivaz, barba larga y rara, cabeza calva con sólo unos cabellos detrás como una corona. Arriba en la cabeza tenía tres gruesos nudos en forma de cebolla: uno en el medio de la cabeza, y los otros dos más adelante, hacia la frente. Llevaba un vestido compuesto de dos pieles unidas por los hombros, estaba abierto a los lados y por la cintura atado con una cuerda. Del hombro y las rodillas colgaban los mechones de las pieles de su vestido. Tenía un bastón en la mano y sus tibias eran más oscuras que su rostro. Elías estuvo nueve meses en este lugar, y en Sarepta, en casa de la viuda, estuvo dos años y tres meses. Vivió aquí en una cueva, en la parte Este del valle, no lejos del río. He visto cómo el pájaro le traía el alimento. Primero venía una figura pequeña y oscura, como una sombra de la tierra, que traía en sus manos una torta delgada: no era éste ningún hombre ni animal: era el enemigo (el demonio) que le tentaba. Elías no tomaba este pan, sino que lo rechazaba. Después veía yo a un pájaro que venía cerca de su cueva con pan y alimentos, que escondía entre el follaje(*). Parecía como que lo escondía para si mismo: debía ser un ave acuática, puesto que tenía membranas entre las garras. Su cabeza era algo ancha y le colgaban como unas bolsas al lado del pico, y debajo como un buche; tableteaba a semejanza de la cigüeña. He visto que este pájaro se había familiarizado mucho con Elías, de modo que éste le indicaba a derecha o izquierda, como si lo mandara ir y venir a algún lugar. Esta misma clase de pájaros los he

(*) La palabra hebrea Horeb, que el latín traduce por *corvus*, significa, según los exégetas, varias clases de aves, entre ellas el *corvus aquaticus*, con plumas variopintas y pico largo. (Véase Calmet: *Dicc. S. Script.*).

visto con frecuencia con los solitarios, por ejemplo, con Zósimo y con María de Egipto. Cuando Elías estuvo con la viuda de Sarepta, además de haberse multiplicado la harina y el aceite, eran también traidos alimentos por algún cuervo.

Jesús fué con los levitas a esta cueva de Elías; estaba en la parte Este de la ladera de la montaña. Bajo un bloque de piedra, que sobresalía, había un pequeño asiento de piedra, donde Elías, cubierto por la roca, tomaba su descanso en la noche. El lugar estaba cubierto de musgo.

Cuando empezaba el Sábado del cuarto Tisri y se había terminado el ayuno, se hizo una comida en el parque y lugar de baños, y los pobres fueron nuevamente obsequiados. Cuando Jesús a la mañana siguiente enseñó de nuevo en la sinagoga y sanó a los enfermos, caminó con los discípulos, los levitas, los recabitas y algunos de la ciudad hacia la ladera Oeste de la montaña, durante una hora, entre viñedos. Sobre estas montañas hasta Gadara había montículos de piedras, unas naturales y otras colocadas a propósito, a las cuales estaban apoyadas las vides. Estas viñas eran gruesas, como el brazo de un hombre, estaban muy separadas una de otras y sus ramas se extendían a distancia. Los racimos eran gruesos y largos como un brazo, y los granos grandes como ciruelas. Las hojas eran más grandes que entre nosotros, pero más pequeñas que los racimos. Los levitas preguntaban diversos puntos de los salmos que se referían al Mesías. Decían: "Tú eres el más cercano al Mesías; Tú nos lo puedes decir". Entre otros había este verso: *Dixit Dominus Domino meo,* y de Isaías los versos que hablan del lagar y de los vestidos manchados de sangre (Isaías, 63-3). Jesús les explicó todos estos puntos, refiriéndolos a su propia Persona. Estaban sentados en ese momento sobre una colinita de estos viñedos y comían uva. Los recabitas no habían querido comer con ellos las uvas, porque les estaba prohibido el vino. Jesús les dijo que comiesen, y se lo mandó, añadiendo que si pecaban en eso Él tomaba sobre sí el pecado. Como viniese la conversación sobre esta prohibición se habló de cómo Jeremías les mandó una vez, por orden de Dios, que lo hicieran, y ellos no habían querido obedecer. Ahora, que se lo mandaba Jesús, lo hicieron. A la tarde regresaron, hubo una comida y los pobres fueron servidos. Después enseñó Jesús en la sinagoga y pernoctó en casa de los levitas, sobre la azotea, bajo una tienda.

LXVIII
Jesús se dirige a Gadara

Acompañado por los levitas se dirigió Jesús desde Abila a Gadara, adonde llegó por la tarde delante de la parte de la ciudad habitada por los judíos, separada de la habitada por los paganos, que era mayor y tenía cuatro templos de ídolos. Conocí que Gadara era una ciudad de paganos, porque allí estaba el ídolo de Baal bajo un grueso árbol. A Jesús lo recibieron bien. Había un sanedrín para esta comarca y fariseos y saduceos, aunque no pasaban de trescientos a cuatrocientos los hombres judíos. Llegaron algunos discípulos de Galilea: Natanael Chased, Jonatán y creo que Felipe. Jesús se hospedaba en un albergue delante de la ciudad judaica, donde se había dispuesto una gran cantidad de ramas, plantas y hojas para las fiestas de los Tabernáculos. A la mañana siguiente, cuando Jesús se dirigía a la sinagoga para enseñar, habían reunido una gran cantidad de enfermos y algunos endemoniados furiosos. Los fariseos y saduceos, que parecían bien intencionados aquí, querían sacar a los enfermos: que no fuesen cargosos, que no era tiempo todavía. Jesús, en cambio, les habló cariñosamente, mandándoles que se quedasen, que había venido para ellos, y sanó a muchos de los enfermos. El sanedrín judío se había reunido y había tratado si lo dejarían enseñar o no, porque se levantaban en todas partes protestas; pero decidieron unánimemente que podía hacerlo. Habían oído hablar muy ventajosamente de Jesús y sabían de la curación del hijo del centurión de Cafarnaúm. Los discípulos recién venidos le hablaron a Jesús de otro muy necesitado de ayuda de Cafarnaúm, que merecía ser ayudado.

Jesús habló en la sinagoga de Elías, de Achab, de Jezabel y del ídolo Baal levantado en Samaría. También habló de Jonás, que no recibió pan de un cuervo porque había sido desobediente. Se refirió al rey de Babilonia, Baltasar, que profanó los sagrados vasos del templo y que vió por eso la escritura en la pared. Sobre el profeta Isaías habló largamente y con fuerza. y aplicó admirablemente a Sí mismo sus palabras hablando de sus padecimientos y de su triunfo. Habló del lagar, de la vestidura teñida en sangre, del trabajo solitario y del pensar de los pueblos. Primero trató de la renovación de Sión, de los guardianes sobre los muros de Sión, y sentí la impresión de que hablaba de la Iglesia. Jesús habló tan claro, para mi, pero tan

honda y seriamente, que los sabios judíos se sintieron conmovidos y tocados, aunque sin lograr entenderlo. Vinieron aún de noche a juntarse entre ellos, revolviendo y consultando rollos y escritos, y hablaban y daban diversos pareceres. Pensaban: "Debe estar Él en combinación con un pueblo cercano, para venir con un gran ejército de soldados y apoderarse de la Judea".

El ídolo Baal, que estaba delante de la puerta de la ciudad pagana, era de metal. Estaba debajo de un añoso árbol; tenía una gran cabeza y las fauces abiertas. La cabeza terminaba algo en punta, como un pilón de azúcar, y tenía una corona de hojas. Este ídolo grueso y ancho, aunque corto, estaba como un buey erguido. En una mano tenía unas espigas de trigo y en la otra algo como racimo de uvas o alguna planta. Tenía siete aberturas en el cuerpo y estaba sentado como sobre un caldero, debajo del cual se hacía fuego. En sus fiestas se le adornaba con vestidos. Gadara es una fortaleza. La ciudad pagana es bastante grande y está más baja que la parte más alta de la montaña. En el Norte de la ladera hay baños termales y hermosos edificios. A la mañana siguiente, cuando Jesús sanó a muchos enfermos, vinieron los sacerdotes. Él les dijo: "¿Por qué habéis estado tan preocupados anoche por mis palabras de ayer? ¿Por qué teméis un ejército, cuando Dios protege a los justos? Cumplid la ley y los profetas, y no tengáis miedo". Luego enseñó como ayer en la sinagoga.

LXIX

Jesús con una sacerdotisa de los ídolos

Hacia el mediodía, vino una mujer pagana, temerosa, rogando a los discípulos dijeran a Jesús se dignase llegarse hasta su casa, que tenía un hijo a punto de morir. Jesús fué con varios discípulos a la ciudad pagana. El marido de esta mujer recibió a Jesús en la puerta y lo introdujo en la casa. La mujer se echó a sus pies y le dijo: "Señor, he oído hablar de tus obras y que haces mayores maravillas de las que hizo Elías. Mira, mi único hijo está por morir y nuestra sabia sacerdotisa no lo pudo sanar. Ten piedad de nosotros". En efecto, el niño estaba recostado en una especie de cajón en un ángulo de la casa: parecía como de tres años de edad. Su padre había estado ayer en la viña con el niño; había comida pocas uvas, y tuvo que traer a casa al niño que se quejaba de dolor. La madre lo

había tenido hasta ahora en su regazo, tratando inútilmente de aliviarlo. Parecía muerto, quizás ya lo estaba. Entonces la madre corrió a la ciudad judía y pidió ver a Jesús, porque había oído hablar de las curaciones obradas ayer con los judíos.

Jesús le dijo: "Déjame solo con tu hijo y mándame dos de mis discípulos". Entraron Judas Barsabas y Natanael el de Caná. Jesús tomó al niño del lecho en sus brazos, y acercó el pecho del niño a su pecho, y su rostro al del niño, y sopló sobre él. Entonces el niño abrió los ojos; se incorporó luego, y Jesús puso al niño delante de Sí, y dijo a los discípulos que pusieran sus manos sobre la cabeza del niño y lo bendijeran. Así lo hicieron. El niño se sintió completamente sano y Jesús lo llevó a sus ansiosos padres, que lo abrazaron, y se echaron a los pies de Jesús. La mujer exclamó: "Grande es el Dios de Israel. Es sobre todos los dioses. Mi marido ya me lo había dicho, y yo no quiero servir sino a ese Dios sólo". Se habían reunido entretanto muchas personas, que le trajeron sus niños. A un niñito de un año sanó con la imposición de las manos. Otro de siete años tenía convulsiones, era mentecato y estaba endemoniado; pero sin ataques furiosos y a veces impedido y mudo. Jesús lo bendijo y mandó lavarlo en un baño de tres aguas: las aguas termales de la fuente Amathus, al Norte de Gadara; de la fuente de Karith, cerca de Abila, y en las aguas del Jordán. Los judíos de aquí solían tener consigo agua del Jordán del lugar donde Elías pasó el río, y la usaban para los enfermos de lepra.

Se quejaban las madres que tenían tantas desgracias con sus criaturas y que su sacerdotisa no podía ayudarles en todos los casos. Mandó Jesús que llamasen a esa sacerdotisa. Vino ésta de mala gana, y no quería entrar. Estaba cubierta con su velo. Jesús la mandó acercarse. Ella no quería mirarlo de frente, y apartaba el rostro: su comportamiento era como el de los endemoniados, que eran obligados por una fuerza interior a apartar su mirada de la de Jesús; con todo, se sentía obligada por el mandato de Jesús a acercarse. Jesús dijo entonces a los paganos reunidos allí, hombres y mujeres: "Yo os quiero mostrar qué ciencia y poder veneráis en esta mujer y en su arte". Mandó a los espíritus que saliesen de ella. Salió entonces, a vista de todos, como un vapor negro de ella en forma de toda clase de animales asquerosos: serpientes, sapos, ratas, dragones. Era una vista espantosa, y Jesús dijo: "Mirad qué doctrina seguís vosotros". La mujer cayó de rodillas y comenzó a llorar y

a gemir. Luego se tornó tranquila y obsecuente, y Jesús le mandó dijese ante todos cómo procedía para sanar a los niños. Ella, entre lágrimas, aun contra su voluntad, dijo como procedía: que primero, por medio de artes de magia demoníaca, los hacía enfermar, y luego, al parecer, los volvía a sanar para honra de su ídolo y de sus dioses.

Jesús le mandó entonces venir con Él y sus discípulos al lugar donde estaba el ídolo Moloch(*), y mandó también que acudieran los sacerdotes de los ídolos. Se reunió gran multitud de gente, porque se había ya propagado la curación del niño. El lugar no era un templo sino una colina rodeada de excavaciones, y el mismo ídolo estaba en una de esas excavaciones y con una techumbre encima. Jesús les dijo que llamasen afuera a su dios, y como lo hiciesen salir por medio de artificio que habían hecho para eso, les dijo Jesús que los compadecía por tener un dios a quien tenían que ayudar para salir de su escondite, ya que no podía hacerlo solo. Dijo entonces Jesús a la sacerdotisa que dijese las alabanzas de su dios, cómo le servían y lo que ese dios les daba. Entonces le pasó a esta mujer lo que al profeta de Balaam: tuvo que decir públicamente todas las atrocidades de su culto y publicó abiertamente las maravillas del Dios de Israel, delante de todo el pueblo allí presente. Jesús mandó entonces a sus discípulos que volteasen al ídolo y ellos lo hicieron así. Jesús les dijo: "Mirad qué ídolo adoráis y qué espíritus son los que están en él y que adoráis". En este momento, a la vista de todo el pueblo, salieron de allí figuras espantosas de demonios de diversas formas que, temblando, se escurrían, y reptando, se ocultaban debajo de tierra, entre las tumbas y excavaciones del lugar. Los paganos estaban muy atemorizados y avergonzados. Jesús les dijo: "Si vosotros metéis de nuevo a vuestro ídolo en la cueva, se despedazará". Los sacerdotes le rogaron entonces que no lo destruyera y Jesús dejó que ellos lo levantasen de nuevo y lo izasen en alto. La mayoría de los paganos estaban conmovidos y avergonzados, especialmente los sacerdotes; pero algunos de ellos estaban irritados. El pueblo estaba, sin embargo, de parte de Jesús. Les hizo todavía una conmovedora y hermosa exhortación, y muchos de estos paganos se convirtieron.

(*) Calmet reunió cuanto se pudo saber sobre este ídolo en su *Dissertatio de Moloch*, que identifica con Bel, Baal, Chronos, Saturnus. La descripción de Ana Catalina es la más completa.

Este ídolo Moloch parecía un buey sentado sobre sus patas traseras; tenía los brazos como quien quiere abrazar algo, y podía cerrarlos por medio de un mecanismo. La cabeza tenía una boca ancha abierta y en la frente un cuerno retorcido. Estaba asentado sobre una extensa fuente y tenía en el cuerpo varias formas de bolsas abultadas y abiertas. En las fiestas le colgaban del cuello largas correas y adornos. En el tazón, debajo de él, se hacía fuego cuando ofrecían sacrificios. Ardían siempre muchas lámparas en torno de la fuente donde estaba asentado. En otras épocas le ofrecían niños; ahora ya no les era permitido. Le ofrecían toda clase de animales, que quemaban en las aberturas de su cuerpo, o echaban por la abertura de su cabeza. El sacrificio que más apreciaban para él era una alpaca. Había aquí unos aparatos con los cuales descendían hasta el fondo, donde estaba el ídolo entre excavaciones y cavernas. No había ya con el ídolo un culto regular: lo invocaban sólo en actos de magia, y la sacerdotisa tenía que ver con él en estos casos de enfermedades ficticias, que luego aparecían como curaciones milagrosas. En cada una de las aberturas de su cuerpo recibía un don particular. En otros tiempos le ponían los niños en su brazos, que eran quemados por el fuego debajo de él y alrededor, pues era todo hueco. Por un mecanismo se estrechaban sus brazos de modo que las víctimas no podían dar voces ni hacerse oír sus gritos. Tenía un mecanismo en las piernas y podían por medio del mismo levantarlo sobre sus pies. Tenía además rayos en torno de su cabeza.

LXX

Jesús en Dión

Los paganos, a quienes había Jesús sanado los hijos, preguntaron a Jesús adónde debían dirigirse ahora, porque ellos no querían más adorar a su ídolo. Jesús les habló del bautismo, y que por ahora se quedasen quietos allí y esperasen. Les habló de Dios, como de un Padre a quien hay que ofrecer como sacrificio las propias pasiones, puesto que no necesita ningún otro sacrificio que el de nuestros propios corazones. Cuando Jesús hablaba a los paganos les decía más claramente que a los judíos que Dios no necesita de nuestros sacrificios. Los exhortaba a la penitencia, al agradecimiento por los beneficios y la compasión por los miserables. En la ciudad de los judíos

celebró la festividad del Sábado, tomó parte en una comida, y luego comenzó el ayuno por causa de la adoración del becerro de oro, que se hacía el ocho de Tisri, porque el siete, que era el verdadero día, caía ese año en día Sábado. Jesús abandonó esta ciudad por la tarde. Los paganos, cuyos hijos había sanado, volvieron a agradecer a Jesús delante de su ciudad. Jesús los bendijo y caminó con doce discípulos a través del valle, al Sur de Gadara; luego, sobre una montaña hasta un arroyo que baja de la montaña de Betharamphta-Julias, donde existen talleres de fundición de metales. Había tres horas de camino desde Gadara hasta el albergue junto al río donde entró Jesús con sus discípulos. Los judíos que vivían allí estaban ocupados con la colecta de frutas y fueron adoctrinados por Jesús. Había también allí un grupo de paganos que juntaban flores blancas de unos arbustos de cerco y juntamente unos gruesos insectos y escarabajos. Cuando Jesús se acercaba a ellos, se retiraban, mostrándose esquivos.

Me fué enseñado que juntaban esos escarabajos para su dios Beelzebub(*) que tenían en Dión. He visto a este ídolo sentado bajo un grueso árbol delante de la puerta de la ciudad. Tenía forma de mono, con brazos cortos y piernas delgadas, y estaba sentado como los hombres. Su cabeza era puntiaguda con dos cuernos retorcidos como fases de luna; su rostro espantable con una nariz muy pronunciada. La barbilla era hundida, y la boca grande como de una bestia, el cuerpo esbelto y en torno del vientre como un delantal, las piernas largas y delgadas con garras en los dedos. En una mano tenía un recipiente sobre un estilo y en la otra una figura como mariposa que salía de la larva. Esta mariposa parecía en parte ave y en parte insecto asqueroso, y era brillante y variopinta. En torno de la cabeza tenía una corona de asquerosos insectos y gusanos voladores: uno tenía al otro agarrado; y sobre la frente y en medio de la cabeza puntiaguda había un insecto más grande y más repugnante. Eran brillantes y de varios colores, pero de formas asquerosas, y venenosos, con vientres abultados, pies, garras, aguijones y pinchos. Cuando Jesús se acercó a estos paganos

(*) Calmet, en su *Dissertatio de Numinibus Philistinorum*, después de exponer dos formas y significaciones de este ídolo, expone la tercera diciendo: "La tercera sentencia hace del ídolo una relación a la mosca, en forma de un ídolo, teniendo en la mano una mosca, a veces en la cabeza o a los lados del mismo" (1, 188). La vidente ve estos ídolos debajo de los árboles, a la entrada de las ciudades. (Esto concuerda con II, Rey. 17-10; Deut. 12-2; Is. 57-5; Jer. 2-20 y 3-6-13).

que juntaban insectos para el ídolo, toda esa corona se deshizo como un oscuro enjambre de insectos, que se refugiaron en los agujeros y escondrijos del lugar, y se vieron toda clase de figuras de espíritus inmundos que se escurrían como escarabajos en los agujeros del suelo. Eran los espíritus inmundos que eran adorados en los cuerpos de esos asquerosos insectos.

Al día siguiente por la mañana llegó Jesús a la ciudad judía de Dión, que es mucho más pequeña que la parte pagana de la misma ciudad, que está mejor edificada sobre la ladera de la montaña y tiene varios templos. Esta ciudad de los judíos está completamente separada de la pagana. En la parte donde entró Jesús estaban ya en gran número hechas las chozas para las fiestas de los Tabernáculos, y en una de ellas fué recibido por los sacerdotes y ancianos, con lavatorio de los pies y una refección, como de costumbre. Se dirigió en seguida a los muchos enfermos allí estacionados en las chozas. Los discípulos ayudaban a mantener el orden. Había enfermos de todas clases, baldados, mudos, ciegos, hidrópicos, gotosos. Sanó a muchos de ellos, exhortándolos a todos. Había algunos que eran sostenidos con muletas de tres pies; otros, que se apoyaban a estas muletas sin poner los pies al suelo. Después fué también adonde estaban las mujeres enfermas, sentadas, echadas o paradas, más cerca de la ciudad, en una choza larga que se había armado sobre una ladera de la montaña, en forma de una terraza. Estos asientos estaban cubiertos de hierba muy fina y delicada que colgaba desde arriba como hilos de seda y sobre este verdor habían puesto alfombras. Había allí mujeres con flujo de sangre, a la distancia, veladas, y otras melancólicas, de rostro triste y pálido. Jesús les habló, lleno de amor, a todas, y las iba sanando una después de otra, y les daba diversos avisos para mejorar de ciertas faltas y hacer la debida penitencia. Sanó también y bendijo a muchos niños que le traían las madres. Este trabajo duró hasta la tarde y terminó con una alegría general. Todos los enfermos sanados, cargando sus muletas y sus camillas, se pusieron en orden cantando alegremente, llenos de contento, acompañados de sus parientes, conocidos y siervos, y entraron en la ciudad con Jesús y sus discípulos en medio de ellos. Es indescriptible la humildad y la seriedad amable de Jesús en estas ocasiones. Los niños y las mujeres iban delante cantando el salmo 40: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.*

Se dirigieron a la sinagoga y dieron gracias a Dios. Luego hubo una comida bajo un dosel de plantas y ramas, que con-

sistió en frutas, aves, panal de miel y panes tostados. Al comenzar el Sábado se dirigieron todos en trajes de penitencia a la sinagoga: empezaba el gran día de la reconciliación de los judíos. Jesús hizo una exhortación a la penitencia y trató de la inutilidad de las purificaciones sólo corporales, mientras no se purificara el alma. Se azotaban algunos judíos debajo de sus amplios mantos en torno de las caderas y en las piernas. También los paganos de Dión tenían una fiesta con increíble cantidad de inciensos y se sentaban sobre asientos que tenían debajo especies e incienso que, encendidos, llenaban de humo y de perfume el ambiente.

He visto la fiesta de la reconciliación que se celebraba en Jerusalén; las muchas purificaciones de los sacerdotes, sus prolijas preparaciones y ayunos, los sacrificios, el rociar con sangre y el quemar de lo inciensos, y también el cabrón emisario, elegido entre dos: el uno era sacrificado mientras el otro era arrojado al desierto: a éste se le ataba algo en la cola, donde había fuego. En el desierto era atemorizado y caía en el abismo. En este desierto, que se extiende desde fuera del Huerto de los Olivos, estuvo también David.

He visto que el Sumo Sacerdote estaba muy contristado y turbado: hubiera deseado que otro hiciera su oficio y entró con grande temor en el Santuario. Recomendó al pueblo que rezara mucho por el. El pueblo estaba también persuadido que debía tener sobre sí el sacerdote una grave culpa y temía le sucediera en el Santuario alguna desgracia. Le remordía la conciencia de que él tenía culpa en la muerte de Zacarías, padre de Juan Bautista, y su culpa estaba incubando en su yerno, que condenó a Jesús. No era Caifás: creo que era su suegro Anás. En el Santuario ya no estaba el misterio en el Arca de la Alianza: sólo había allí diversos paños y recipientes. El arca de la alianza era nueva y de distinta forma que la primera; aun los ángeles eran diferentes y estaban sentados rodeados de tres bandas con un pie arriba y otro caído a un lado; la corona estaba aún entre ellos. Dentro había diversas especies de aceites y perfumes de incienso. Recuerdo que el Sumo Sacerdote ofrecía incienso y rociaba con sangre; que tomó un paño del santuario, y que, hiriéndose en un dedo y sacando sangre, lo mezclaba con agua y luego lo daba a beber a una hilera de otros sacerdotes. Era una especie de santa comunión. He visto que el Sumo Sacerdote fué herido por Dios; estaba muy decaído y enfermo de lepra. Se produjo una gran confusión en el mismo templo

Oí entonces una lectura muy conmovedora de Jeremías en el templo, mientras veía muchos cuadros de la vida de los profetas y de la abominación del culto de los ídolos en Israel.

LXXI

Visión de Elías y Eliseo. La idolatría moderna

He visto en esta ocasión, con motivo de la lectura que se hacía en el templo, que Elías escribió después de su muerte una carta al rey Joram. Los judíos no lo querían creer: lo explicaban como si Eliseo, que llevó la carta a Joram, la hubiese obtenido antes de la muerte de Elías, como una carta profética que ahora presentaba al rey. A mí me parecía también una cosa extraña esta carta escrita después de la muerte de Elías. De pronto me sentí llevada hacia el Oriente, y vi allí el Monte de los Profetas cubierto de nieve y de hielo. Había, sin embargo, torres allí: quizás era una figura de como estaba en tiempos de Joram. Llegué luego más al Este, al Paraíso terrenal, y vi a los admirables animales que caminaban allí dentro y jugaban, y he vuelto a ver a esas murallas brillantes que vi otras veces, y he visto adentro a Elías y a Enoch enfrente, que descansaban y dormían. Elías veía en espíritu todo lo que sucedía en Palestina. Un ángel trajo y puso delante de él una pluma de caña y un rollo fino, y Elías se levantó y escribió sobre sus rodillas. He visto un carro pequeño como un asiento sobre una colina o gradas, a un lado, cerca de la puerta, y que venía hacia Elías; era llevado por tres hermosos y blancos animales. Elías subió sobre su carro y descendió como sobre un arco iris, con ligereza, a Palestina. Llegó sobre una casa en Samaría y se detuvo. Vi que dentro estaba Eliseo orando, mirando arriba, y que Elías dejó caer la carta junto a Eliseo, y que Eliseo llevó esta carta a Joram. Los tres animales del carro de Elías estaban uncidos, uno delante y dos por la parte de atrás. Eran animales indescriptiblemente hermosos y amables, delicados como pequeños corzos, blancos como la nieve, de pelos largos y finos como seda. Las patas eran delgadas; las cabezas pequeñas y movibles, y sobre la frente tenían un gracioso cuernito algo retorcido. Con semejantes animales vi que estaba uncido su carro cuando subió a los cielos.

He visto también la historia de Eliseo con la Sunamitis. Obró aún mayores maravillas que el mismo Elías. Eliseo era

más fino y delicado en sus vestidos y en su modo de obrar que Elías. Elías era un hombre de Dios, y no según el modo común de los hombres; era como Juan Bautista, a cuya clase pertenecía por su misión y oficio. He visto también como el siervo de Eliseo, Giezi, corrió detrás de aquel hombre a quien había sanado de la lepra (Naaman). Era de noche; Eliseo dormía; lo alcanzó cerca del Jordán, y pidió regalos en nombre de su señor. Al día siguiente trabajaba tranquilo este siervo, como si nada supiera, en maderas, para hacer tabiques y separaciones de cámaras de dormir. Eliseo le preguntó: "¿Dónde estuviste?". Y le recordó todo lo sucedido durante la noche. Desde ese momento el siervo fué herido de lepra, que pasó a sus hijos.

Cuando me fué mostrada la idolatría de los hombres, la adoración de los animales y de los ídolos de esos primeros tiempos, y la frecuencia con que los Israelitas caían en la idolatría, y al mismo tiempo la gran misericordia de Dios a través de los profetas, y me maravillaba de que los hombres pudiesen adorar semejantes ídolos, me fué enseñado cómo aún ahora subsistía esta misma abominación, aunque de manera diferente, es decir, en cuanto a ídolos espirituales e intelectuales. He visto, en efecto, incontables cuadros de esta idolatría en todo el mundo, y cómo se llevaba a cabo, y lo he visto ahora bajo la figura de como se hacía entonces. He visto, así, sacerdotes que adoraban a serpientes administrando los sacramentos: sus propias pasiones semejaban estos animales y serpientes. He visto cómo entre los grandes y nobles se practicaba la idolatría bajo diversos animales que eran adorados según era la despreocupación que tenían de la religión estos señores. Entre personas de baja condición, pobres y desgraciados pecadores, he visto que adoraban a los sapos y otros animales asquerosos. He visto comunidades que adoraban a estos animales, como una religión reformada del Norte, que he visto, con un altar vacío, oscuro y detestable, sobre el cual había cuervos negros. Ellos, naturalmente, no veían semejantes animales; pero los adoraban, porque seguían sus pasiones, representadas en esos animales. He visto a eclesiásticos que al volver las hojas del breviario, volvían perritos, gatitos y otros mamarrachos. A otros he visto que adoraban en realidad idolillos que tenían entre sus libros y sobre la mesa, como Moloch, Baal y otras figurillas, y que hasta les echaban besos; estos mismos eran los que, por otra parte, se burlaban de las personas piadosas y religiosas. De este modo he visto que ahora es como entonces y aún peor; y he visto que estas

figuras de los antiguos ídolos no eran simples figuras, sino que si hoy la idolatría, la impiedad e irreligión tomasen cuerpo como entonces, se adorarían las mismas representaciones de ídolos que antes, y estarían de moda los mismos ídolos de aquellos tiempos.

LXXII

Jesús entra en la ciudad de Jogbeha

Cuando Jesús dejó a Dión, vinieron desde la ciudad de los paganos algunos muy temerosos a Jesús, porque habían oído las curaciones de Gadara y traían los niños enfermos que El curó de sus males. Exhortó a los padres a que fueran al bautismo. Después anduvo con sus discípulos unas cinco horas hacia el Sur, pasando el río que baja del valle de Ephron. A una media hora de este río, hacia el Mediodía, está escondida en un barranco, detrás de un bosque, la pequeña ciudad de Jogbeha. Es un lugar pequeño y olvidado. Principió esta población por un profeta y mensajero de Moisés y de Jetró, cuyo nombre suena como Malachai. No es el último de los profetas llamado Malachías. Jetró, el suegro de Moisés, lo tenía como siervo: era muy fiel y prudente, y Moisés lo envió a esta comarca. Estuvo aquí unos años antes que llegase Moisés y recorrió todos estos lugares hasta el lago, y daba luego cuenta de todo. Vivía todavía Jetró hacia el Mar Rojo y recién después de las noticias de su siervo se trasladó a Arga con la mujer de Moisés y los hijos. Este Malachai fué luego descubierto como espía, perseguido y se le quiso dar muerte. No había todavía ciudad alguna aquí; sólo vivían algunos en tiendas de campaña. El perseguido saltó a una cisterna o pantano, del cual lo sacó un ángel, que lo ayudó. El mismo ángel le trajo una orden escrita sobre una larga cinta en la cual decía que debía quedar aún tres años por allí, para informar. Los habitantes de estos lugares lo vistieron con sus trajes: llevaban largas túnicas coloradas y sacos rojos. Este hombre llegó hasta Betharamphta para dar informes y vivía entre los pobladores de las tiendas de Jogbeha y ayudaba a esas gentes con su destreza. En el barranco había una fuente de agua cerrada y una larga excavación para el agua cubierta de juncos, donde se ocultaba Malachai. Más tarde brotó el agua de la fuente y despedía mucha arena; a veces salía vapor y arrojaba pequeñas piedrecillas; poco a poco se

formó así una colinita alrededor de esta fuente. Este pantano se cubrió luego con los escombros y derrumbes de una montaña, y sobre todo ello se edificó la ciudad. De este modo se vino a edificar en torno de esa fuente la ciudad de Jogbeha, y la fuente se cubrió con una techumbre. El nombre de la ciudad significa: "Se ha de levantar". Ya mucho antes debió haber estado edificada aquí alguna población en torno de esta cisterna, porque hay restos de murallas llenas de moho y en los muros hay excavaciones para mantener pescados. Parecían ruinas de algún castillo y fundamentos para tiendas de campaña. Malachai les enseñó a las gentes a edificar con ladrillos unidos con betún negro que había en estos lugares.

Jesús fué recibido cariñosamente en esta pequeña Jogbeha. Vivían aquí separados de los demás algunos de la secta de los Karaitas. Llevaban largos escapularios amarillos, vestidos blancos y delantales de pieles; los niños llevaban vestidos cortos y las piernas envueltas. Ahora eran unos cuatrocientos hombres; antes habían sido muchos más, pero fueron muy oprimidos. Descienden de Esras y por un descendiente, de Jetró. Una vez tuvo una gran disputa uno de sus maestros con uno de los grandes fariseos. Se atenían severamente a la letra de la ley y rechazaban las explicaciones verbales; vivían en mucha sencillez y pobreza y tenían sus bienes en común, y ninguno salía a viajar con dinero o bienes. No había entre ellos ninguno pobre o necesitado, se mantenían unos a otros y aún a los que venían de otros lados. Respetaban mucho a los viejos y había algunos de mucha edad. Los jóvenes eran muy respetuosos y tenían guardianes sobre ellos a los que llamaban "mayores". Eran contrarios declarados de los fariseos que defendían las explicaciones verbales de la ley y las añadiduras. En algunos puntos tenían algo de los saduceos, aunque no las costumbres, que eran muy puras. Había entre ellos uno casado una vez con una mujer de la tribu de Benjamín y lo habían desterrado de aquí: era en tiempo de la pelea contra los de Benjamín. No sufrían ninguna imagen, pero tenían el error de creer que las almas de los difuntos pasaban a otros y aun a los animales, y se gozaban allá con hermosos animales en el paraíso. Esperaban en el Mesías y suspiraban por El; pero también ellos esperaban un Mesías guerrero y triunfador temporal. A Jesús lo estimaban por profeta. Eran muy limpios, pero no observaban las purificaciones de los fariseos ni el desechar las fuentes y cosas que no estaban en la ley. Vivían según la ley estricta, pero con interpretación más

amplia que los fariseos. Vivían aquí muy silenciosos y apartados, no padecían ninguna vanidad ni lujo y se mantenían de su trabajo. Tenían praderas, tejían canastos y trenzaban utensilios domésticos. Tenían muchos colmenares. Fabricaban mantas rústicas y recipientes de madera muy livianos. Los he visto trabajar en común en largas habitaciones.

Ya estaban prontas las chozas delante de la ciudad para las fiestas de los Tabernáculos. Obsequiaron a Jesús con una refección que consistió en panes al rescoldo y miel. Jesús enseñó y ellos lo escucharon muy reverentes. Les dijo que deseaba se fueran a vivir a Judea; les alabó la reverencia de los hijos a los padres, de los discípulos a los maestros y el respeto especialmente a los ancianos. También alabó su gran compasión a los pobres y enfermos, que cuidaban muy bien en casas destinadas a ese efecto.

FIN DEL TOMO II

EPOCA TERCERA

Primera Pascua de Jerusalén

Capítulo

EPOCA CUARTA

Desde la conclusión de la primera Pascua hasta la prisión de Juan Bautista



Av. Eloy Alfaro N29-150 y 9 de Octubre
Tel.: (593)(2) 2564 519 / 2528 611
Fax: (593)(2) 2561 445
P.O. Box 6252 C.C.I.
E-Mail: jesusmi@quik.com.ec
Quito-Ecuador





LIBRERÍA FIAT VOLUNTAS TUA INC.
2336 SW 67th Ave. Miami, FL 33155 U.S.A.
Tel.: (786) 388-3128 Fax: (786) 388-9698
E-Mail: fiatvtua@bellsouth.net